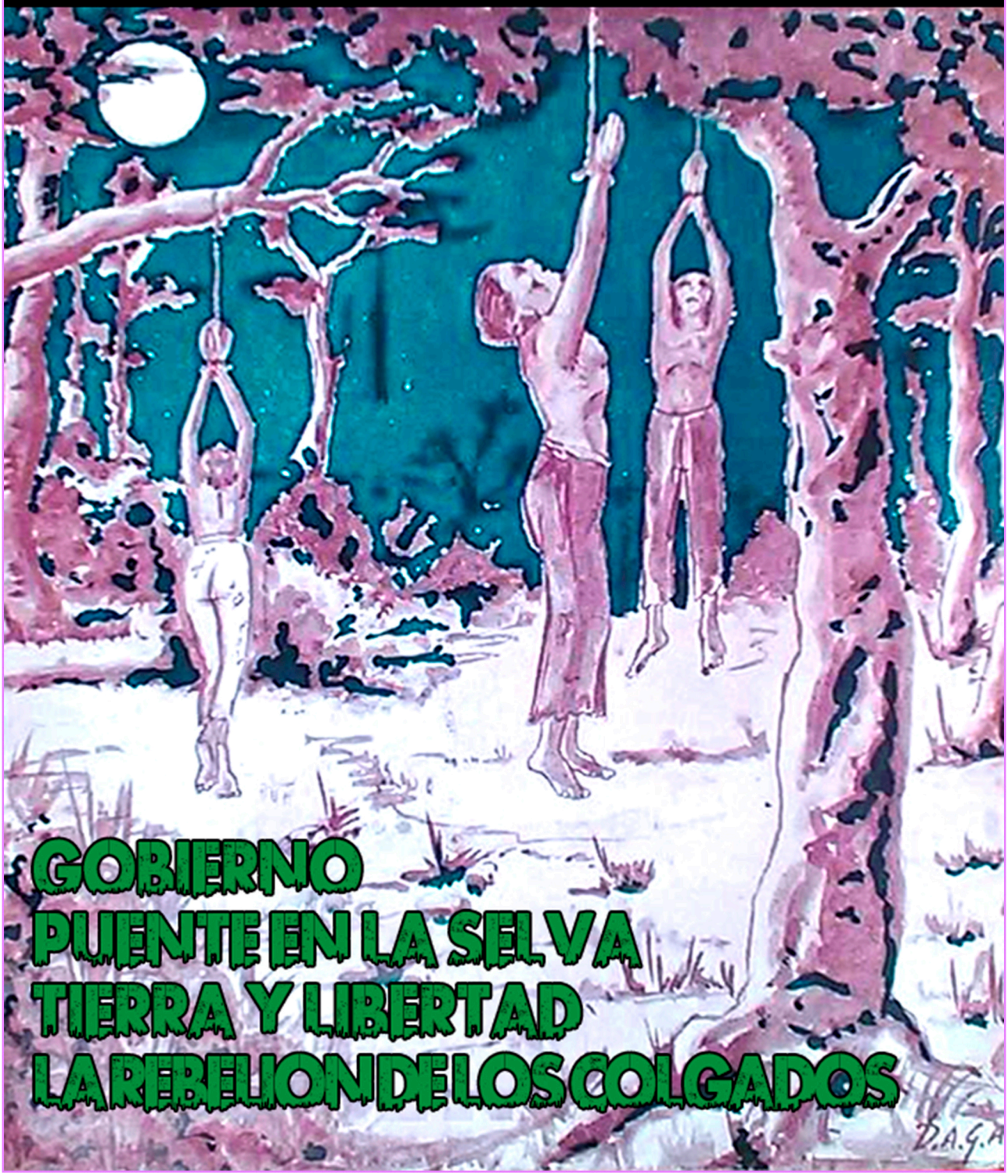
BRUNO TRAVEN

NOVELAS DE LA JUNGLA



GOBIERNO
PUENTE EN LA SELVA
TIERRA Y LIBERTAD
LA REBELION DE LOS COLGADOS

«TIERRA Y LIBERTAD. Con este grito de guerra en los labios, un grupo de indios abandonó las monterías del sur de la República para derrocar la dictadura y conquistar tierra y libertad.

Su grito, aunque simple y breve, les sonaba a canción heroica.

Expresaba lo que en medio de su lamentable pobreza y enormes sufrimientos había en ellos de poesía, de anhelo de belleza, de ansia de paz, de amor a los hombres, de ingenua fe en una justicia inquebrantable que en alguna parte debía existir, y su profunda tristeza por la suerte de los compañeros ignominiosamente asesinados o martirizados hasta sucumbir a causa de los bestiales tormentos; expresaba todo esto y muchas otras cosas que llevaban dentro sin saberlo. A veces, convertidos en una masa compacta, movidos por una misma voluntad, alzaban de pronto sus puños cerrados, como para exigirle a su Dios que no se olvidara de ellos, y al mismo tiempo y a una sola voz lanzaban su increpación hacia el universo. Su grito retumbaba como una poderosa ola contra las rocas. Sin embargo, cada uno distinguía claramente su propio grito, pues lo sentía en el alma como una oración muy íntima».

B. Traven

Obras escogidas II

ePub r1.0
Titivillus 14.06.2018

B. TRAVEN

OBRAS ESCOGIDAS

Título original: *Obras escogidas II*
B. Traven, 1969
Traducción: Esperanza López Mateos y Rosa Elena Luján
Títulos de las obras contenidas en este volumen
Traducción de Esperanza López Mateos
The Bridge in the Jungla (*Puente en la selva*)
Regierung (*Gobierno*)
The Wagon (*La carreta*)
Rebellion of the Hanged (*La rebelión de los colgados*)
Traducción de Rosa Elena Luján
General from the Jungle (*El general Tierra y libertad*)

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Dibujo de ANTONIETA FIGUEROA, 1967.

PUENTE EN LA SELVA

A LAS MADRES
de cada nación,
de cada pueblo,
de cada color,
de cada raza,
de cada credo,
de todos los animales y pájaros,
de todas las criaturas que
viven en la tierra.

I

—¡LEVÁNTELAS, forastero!

—¿……?

—¿No oye, idiota? ¡Arriba las manos, pronto!

Claramente sentí, a través de la camisa empapada de sudor, que lo que se apoyaba firmemente sobre mis costillas no era ni su dedo índice ni un lápiz; era realmente aquello cuyo calibre casi podía adivinar: una 38 bien pesada. Me había retardado en obedecer su orden porque creía que se trataba de una alucinación. Durante dos días de marcha, con mis dos mulas cargadas, a través de la espesa selva, no había encontrado un solo ser humano: ni blanco, ni indio, ni mestizo. Sabía que aún me hallaba lejos de la ranchería más próxima, a la que esperaba llegar en la mañana del día siguiente. Así, pues, ¿quién podía detenerme? Pero no era alucinación, era realidad. Supe que no era nativo por la forma en que él hablaba. Tiró de mi cinturón de un lado para otro: realmente era difícil sacar mi pistola de la funda, que estaba dura y seca como un palo. Por fin la sacó. Oí cómo retrocedía, y por la forma en que movía los pies sobre la tierra comprendí que se trataba de un hombre alto, viejo, o bien, muy cansado.

—Bueno —me dijo—, ahora, si quiere, puede volverse su señoría.

A cinco metros sobre la derecha de la vereda que cruzaba la selva, y por la cual caminaba, había una pequeña laguna de agua fresca no muy lodosa. La había visto brillar entre el follaje, y por las huellas de mulas y caballos que llevaban hasta allí comprendí que era un paraje en el que los arrieros descansaban y aun podían pasar la noche. Llevé a mis mulas para que bebieran. Yo también necesitaba un corto descanso y un buen sorbo de agua. No había visto a nadie cerca ni había escuchado ningún ruido, así es que me quedé estupefacto cuando aquella pistola se clavó en mis costillas como por obra de algún duende de la selva.

Me volví y miré al hombre, quien, como había supuesto, era más alto y un poco más grueso que yo, y tenía cerca de cincuenta o cincuenta y cinco años. Era algún vecino del lugar, a juzgar por la forma en que iba vestido (y que no se diferenciaba mucho de la mía): pantalones de algodón, botas altas, camisa sucia empapada de sudor y sombrero ancho de los más corrientes que se fabricaban en la República. Me sonrió y yo no pude evitar devolverle la sonrisa. No nos dijimos nuestros nombres ni nos estrechamos las manos. Siempre parece una simpleza decir cómo nos llamamos a otro, sin que nos lo haya preguntado.

Me dijo que era administrador de un ingenio que quedaba a unos cincuenta kilómetros del lugar donde nos encontrábamos, pero que de ser posible preferiría administrar un plantío de cacao. Yo le dije que era un explorador ocasional, presidente, tesorero y secretario de una expedición compuesta por un solo hombre en busca de raras plantas con valor comercial por sus propiedades medicinales o industriales, pero que estaba dispuesto a desempeñar cualquier trabajo que se me

ofreciera, y esperaba, además, encontrar algún yacimiento de oro o piedras preciosas.

—Mire, viejo, si existiera alguno por aquí yo lo conocería; hace mucho tiempo que ando por estos rumbos y conozco todas y cada una de las piedras, cauchos, matas y árboles de ébano que existen, pero esta maldita y encantadora selva es tan grande y tan rica… Bueno, lo que quiero decir es que hay en ella muchas cosas que pueden producir dinero, siempre que se sepa cómo usarlas y cómo manejarlas para venderlas, y, además, que puede usted encontrar no solo oro, sino hasta diamantes, nada más que no se canse buscándolos.

Sentí la ironía que ponía, no en sus palabras, sino en los ángulos de sus ojillos, que mantenía casi cerrados mientras hablaba.

Cuando dio de beber a su caballo, llenó su cantimplora y se echó un último trago de agua que sacó de la laguna con un vaso de aluminio, apretó las cinchas de la montura, que había aflojado para que su caballo pudiera beber a gusto, montó y me dijo:

—A doscientos metros de aquí puede recoger su pistola, que dejaré caer; no soy bandido, pero ¿sabe lo que yo sé de ustedes? Parece que se ha metido en una empresa nueva para usted, estoy seguro de que es novato en estos rincones de la tierra. En lugares como en el que hemos tenido el placer de conocernos —me refiero a éste— ningún muchacho avispado se deja sorprender, ¿me entiende? Es por esto que le alivié del peso de su pistola, solo para evitarle que jugara con ella. Podría haberme tomado por un holgazán a caza de sus provisiones y de sus animales y me hubiera despachado de puro miedo. Ya sé en qué iforma se trastornan los novatos como usted en el trópico, especialmente cuando andan solos a través de la selva, sin ver ni un alma o cuando menos una sombra en una semana. Entonces empiezan a mirar y a oír cosas, hablan solos y escuchan la charla de los gnomos; usted me entiende, ¿verdad? En casos semejantes, el primero que saca la pistola es el que gana. A mí siempre me satisface ser el vencedor de novatos como usted, porque les temo diez veces más que a un tigre hambriento. Cuando yo encuentro a un tigre sé perfectamente lo que desea y tal vez me sea posible engañarlo, pero tratándose de un novato que ha pasado solo tres días en la selva, nunca puede uno saber lo que hará al mirar a uno repentinamente frente a frente. Bueno, viejo, adiós y buena suerte; que descubra una nueva mata de caucho.

Caminé tras de él y vi cómo dejó caer mi pistola, después espoleó al caballo y dos segundos más tarde la selva se lo había tragado.

Cuando me encontré de nuevo solo con mis mulas me invadió una extraña sensación de haber soñado toda aquella escena. Me puse a repasar las palabras que, sea en realidad o en mi imaginación, él había dicho, encontrando que todas ellas significaban hechos positivos.

Es muy fácil ser víctima de alucinaciones de cualquier clase cuando se viaja solo a través de la selva si no se está acostumbrado a hacerlo. Decidí ponerme en guardia ante el acecho de la locura de la selva de que él me había hablado y decidí, además,

que la próxima vez que me encontrara con alguien en la selva trataría de ser el vencedor, haciendo exactamente lo que aquel hombre había hecho conmigo.

Tres meses después, en una región enteramente diferente, caminaba a caballo a través de la lodosa plaza de un pueblo indígena cuando vi a un hombre blanco recargado en el pórtico de un jacal.

—¡Oiga! ¿Qué hubo? —me gritó.

—¡Qué tal! —contesté.

Era Sleigh.

Me invitó a pasar a su casa para presentarme a su familia. Su esposa era india y era una mujer muy bonita, con la piel suave y aceitunada, ojos de color café y hermosos dientes fuertes. Tenía tres muchachitos, todos varones, que bien hubieran podido pasar por americanos del Sur. Su esposa era por lo menos veinticinco años menor que él. El mayor de los niños tenía más o menos ocho años y el menor tres.

Su mujer me frió seis huevos que me comí con tortillas y frijoles y me dio a beber café hervido y endulzado con piloncillo.

Cuando entré a la casa, la mujer me dio los buenos días, acompañando su saludo de un ligero movimiento de su cabeza coronada por dos espesas trenzas negras. Después de este pequeño saludo, más bien desconfiado que amistoso, no la volví a ver; tampoco los niños aparecieron más, aun cuando les oía jugar y gritar afuera.

En el jacal reinaba una gran pobreza. Los únicos muebles eran un catre, un equipal y una hamaca; además de esto había dos baúles viejos salpicados de lodo. El jacal tenía dos puertas, una al frente y la otra en la parte de atrás, por la que se entraba a un corral sucio y lodoso. No tenía ventanas y el piso era de tierra.

Sleigh, de quien nunca supe el primer nombre, no me invitó a pasar allí la noche, no porque se avergonzara de no poder ofrecerme una cama, simplemente porque es una regla establecida que un hombre que viaja a caballo o en mula por el campo sabe bien dónde debe pasar la noche. Por lo tanto, no se le debe obligar a cambiar sus planes; pero en el caso de que el viajero pregunte dónde puede pasar la noche, inmediatamente se le brinda la más abierta hospitalidad.

No pregunté a Sleigh qué cosa hacía allí ni cómo vivía. Tampoco él pronunció ninguna palabra o hizo algún gesto que denunciara su curiosidad por saber qué clase de negocio me llevaba a aquel pueblecito nativo, tan alejado de toda comunicación fácil.

II

Un año después hacía yo un difícil recorrido a caballo por la selva que atraviesa el río Huayalexco, en el que esperaba encontrar lagartos, cuyas pieles eran muy bien pagadas en aquel entonces. La tarea resultaba mucho más pesada de lo que había supuesto.

En algunos sitios, a lo largo de las márgenes del río, la selva era tan espesa que hubieran sido necesarios muchos días de trabajo duro, con la ayuda de algunos nativos, para limpiar las márgenes de modo que me fuera posible aproximarme a los puntos en los que se suponía había lagartos. Algunos otros lugares de la región eran tan pantanosos que nadie podía pasar por allí para alcanzar las márgenes. Decidí cabalgar río abajo, con la esperanza de hallar algún terreno en el que la caza fuera más fácil. Los indios me habían dicho que río abajo podía encontrar algunos brazos del río en los que por aquella época solían abundar los lagartos.

Un día, en mi camino río abajo, me encontré con una bomba que se hallaba prácticamente escondida en la selva. Pertenecía al ferrocarril y bombeaba agua del río para una estación que se hallaba a muchos kilómetros de allí, de la cual era bombeada para otra estación del ferrocarril, pues en el sitio en que se hallaba, y en una extensión de cerca de ciento cincuenta kilómetros, no había agua durante todo el año, salvo en unos dos meses, cuando la época de lluvias se encontraba en su apogeo. De ahí la necesidad de bombearla. Parte del agua se utilizaba en la máquina, pero la mayor parte era llevada por ferrocarril, en tanques especiales, a diversas estaciones y poblados que se encontraban a lo largo de la vía, porque de no ser así, todos sus habitantes habrían dejado las estaciones y los pueblos debido a la carencia de agua en tiempo de sequía.

El encargado de la bomba, o más bien, como a él le gustaba que le llamaran, el maestro maquinista, era indio y tenía como ayudante a un muchacho indio también. La caldera se calentaba con leña, alguna de la cual era traída de la selva por un leñador, quien la acarreaba en un burro. El resto del combustible se suplía con madera vieja y astillas podridas traídas de la estación.

La caldera parecía próxima a estallar en cualquier momento. El ruido producido por la bomba, que parecía haber sido usada por más de cien años, podía escucharse a dos kilómetros de distancia, porque cada una de sus tuercas, junturas y engranes chirriaba, bufaba y parecía aullar a cada movimiento, por lo que el primer día que pasé allí decidí colocarme a una respetable distancia, temiendo que aquel pobre esclavo mecánico, ultratrabajado y maltratado, rompiera sus cadenas y explotara para libertarse. La empresa del ferrocarril tenía, sin embargo, sus razones para usar la bomba en aquellas condiciones, porque el desmontarla, llevarla a la estación y enviarla a reparación hubiera costado más que la mitad del precio de una nueva. Así que resultaba mucho más barato dejarla donde estaba y hacerla trabajar hasta que se viniera abajo. Debido a las dificultades de carga y transporte, hubiera resultado muy

mal a la empresa del ferrocarril obtener una nueva bomba, y esperaba pacientemente a que cualquier día alguna compañía americana extrajera petróleo de los alrededores y se hiciera cargo del problema del agua en un centenar de kilómetros a lo largo de la vía.

A unos diecisiete metros de la bomba había un puente que cruzaba el río. Este puente había sido construido por la compañía petrolera y estaba hecho de troncos de árbol. Era lo suficientemente ancho para que pasaran por él camiones de carga, pero no tenía barandales, porque la compañía petrolera había considerado que gastar en ellos no era necesario. Si el puente hubiese tenido barandales, tal vez no hubiera habido lugar para narrar esta historia.

—Seguro que tenemos montones de lagartos en el río, señor —me dijo el maestro maquinista—. Por supuesto que no debe usted pensar que están aquí merito donde está la bomba.

Entendí perfectamente lo que quería decir. Ningún lagarto decente, respetuoso de la moral establecida, hubiera jamás podido vivir cerca de aquella estruendosa bomba y tener ánimos para desafiar las inclemencias de la vida.

—Mire, señor, a mí nunca me gustaría verlos por aquí, porque se robarían mis gallinas y mis puercos. ¡Y qué piensa usted! Tal vez no lo crea, pero es verdad: ellos se roban hasta a los muchachitos si uno los deja solos un ratito. No, por aquí, si es que hay, hay muy pocos y solo muy chiquitos, lo bastante jóvenes para desperdiciar una bala en ellos. Más lejos, río arriba, a tres o cuatro kilómetros de aquí, los encontrará usted en manadas, por cientos, y grandotes, ¡caray! Yo creo que deben tener unos trescientos años de edad, a juzgar por su tamaño.

Me volví hacia la margen opuesta y le pregunté:

—¿Quién vive allá, en aquellos jacales?

—¿Allá, dice usted? Es una pradera, hay mucha pastura, es una especie de rancho en el que crían ganado. Pero no está bardado, pertenece a un americano. Después de la pradera vuelve uno a encontrarse nuevamente con la selva, y si cabalga a través de ella unos seis o siete kilómetros se encuentra con un campo petrolero. Allí hay hombres que están perforando y haciendo pruebas para ver si encuentran petróleo. Hasta ahora no lo han hallado, y yo creo que nunca lo encontrarán. Ellos son quienes construyeron el puente, porque para perforar necesitan maquinaria que hay que traer aquí de la estación, y sin puente sería imposible pasar por el río cosas tan pesadas. Algunas veces lo probaron en las estaciones secas, pero los camiones se atascaron y se necesitó toda una semana para sacarlos. El puente les costó un montón de dinero, porque tuvieron que traer la madera desde quince kilómetros, y, créame usted, eso cuesta mucho.

—¿Quién vive en aquel rancho?

—Un gringo como usted.

—Ya eso me lo dijo antes; lo que quiero saber es quién cuida el ganado.

—Se lo acabo de decir: un gringo.

—¿En dónde vive?

—Atrás de aquellas matas.

Atravesé el puente a caballo, jalando tras de mí a mi mula cargada.

Tras de un grueso muro, formado por matas y árboles tropicales, encontré cerca de diez jacales. Había mujeres sentadas en cuclillas sobre el suelo, fumando cigarros gruesos, y con ellas niños de un color moreno bronceado. La mayor parte de ellos andaban desnudos, unos cuantos vestían una camisa o unos pantalones hechos jirones. Ninguna de las niñas, sin embargo, estaba desnuda, aun cuando estuvieran escasamente cubiertas por vestidos ligeros. Desde aquel sitio podía mirar el terreno al que el maestro maquinista llamaba pradera. Tenía como un kilómetro de largo por tres cuartos de kilómetro de ancho, y la selva lo cercaba por todas partes. Las huellas que los camiones de la compañía petrolera habían hecho sobre la pradera eran aún visibles.

Era natural que en aquel lugar hubiera un poblado indígena; las pasturas eran buenas y había agua durante todo el año. Los indios no necesitaban nada más. La pastura no era de ellos, pero eso no les molestaba. Cada familia poseía dos o tres cabras, dos o tres puercos, uno o dos burros, una docena de gallinas y el río los proveía de peces y de jaibas.

Los hombres cultivaban la tierra cercana a su jacal y cosechaban maíz, frijoles y chile, pero desde que la compañía petrolera había empezado a explotar las concesiones que había adquirido hacía veinte años, muchos de los hombres habían encontrado trabajo en los campos, donde trabajaban toda la semana, pasando la tarde del sábado y el domingo en sus hogares. Los hombres a quienes no agradaba ese trabajo o que no habían podido conseguirlo se dedicaban a hacer carbón que encostalaban y llevaban en burro a la estación, en donde lo vendían a los agentes que recorrían las estaciones traficando.

Ni a las mujeres ni a los niños les interesó mi presencia cuando pasé junto a ellos, porque durante los dos últimos años se habían acostumbrado a ver forasteros que con rumbo a los campos petroleros pasaban por allí en camión o a caballo, deteniéndose algunas veces en el poblado o en la bomba por una o dos horas y frecuentemente para pasar la noche si llegaban a la bomba ya avanzada la tarde, porque todos, hasta los más hábiles choferes, evitaban cruzar la selva durante la noche.

Entre los jacales me llamó la atención uno que era más alto y más grande que los demás. Se encontraba en un extremo del poblado y detrás de él había un corral mal construido. Ningún otro jacal, entre los que podía yo ver, contaba con corral. Allá me dirigí, y obedeciendo las costumbres de la tierra, detuve mi caballo respetuosamente a unos veinte metros de distancia, esperando que alguno de los habitantes se diera cuenta de mi presencia.

Como todos los otros jacales, aquél no tenía puerta, solamente una abertura que durante la noche era cubierta con un petate de varas amarrado a unos palos; las paredes eran de otates amarrados con cuerdas o lianas; por lo tanto, si algún visitante

no esperaba a alguna distancia hasta ser invitado a pasar, podía sorprender a los habitantes en situaciones embarazosas.

Había esperado sólo un minuto cuando una india apareció, me miró y me dijo:

—Buenas tardes, señor; pase, esta humilde casa es suya.

Desmonté, até mi caballo y mi mula a un árbol y entré al jacal. Me enteré de que la mujer que me había saludado era la esposa de mi viejo conocido Sleigh. Cuando me hubo reconocido repitió su saludo en forma más cordial. Tuve que sentarme en una silla de mimbre desvencijada que, sin lugar a duda, era el orgullo de la casa. Ella me dijo que su marido llegaría de un momento a otro. Andaba en la pradera tratando de coger a un becerrito al que había curado porque un toro lo había herido. No pasó mucho tiempo antes de que oyera a Sleigh ordenando a un muchacho que abriera la puerta del corral y metiera al becerro.

Llegó, y sin mostrar la más mínima sorpresa, me estrechó la mano y se dejó caer en una silla baja.

—¿No trae usted algún periódico? ¡Maldita sea! ¡Si por lo menos pudiera leer o mirar un periódico aun cuando fuera de hace ocho meses! Créame, hombre, me gustaría saber cómo andan las cosas por el mundo.

—Traigo el *San Antonio Express*, empapado de sudor y arrugado; es un número de hace cinco semanas.

—¿Cinco semanas? Hombre, entonces diré que está recién impreso. ¡Démelo!

Le pidió a su mujer que le diera sus anteojos, los que ella sacó de entre las hojas de palma del techo. Se los puso lenta y ceremoniosamente. Mientras se los colocaba cuidadosamente, fijándolos en sus orejas, dijo:

—Aurelia, dale al caballero algo que comer, tiene hambre.

De cada página leyó dos líneas, y a cada línea que leía hacía un signo de asentimiento aprobando lo que en ellas se decía. Después dobló con toda calma el periódico, como si estuviera digiriendo las líneas que había leído; se quitó los anteojos, se levantó y los colocó nuevamente entre las hojas de palma del techo. Finalmente, y sin dar las gracias, colocó el periódico detrás de uno de los palos que sostenían la pared. Volvió a su asiento, cruzó las manos y dijo:

—¡Maldita sea! Realmente es bueno volver a leer un periódico para saber lo que pasa en el mundo.

Su deseo de tener un periódico había sido ampliamente satisfecho con solo mirar uno, como para asegurarse de que la gente allá en su país los seguía imprimiendo. Supongamos que él hubiera leído que la mitad de los Estados Unidos y del Canadá habían desaparecido de la superficie de la tierra; estoy seguro de que hubiera dicho: «¡Caramba! ¿Cómo ha podido ser eso? Yo aquí no sentí nada; de cualquier modo, esas cosas tienen que suceder de vez en cuando, ¿verdad?» Y lo habría dicho sin mostrar el menor signo de sorpresa. Él pertenecía a la clase de individuos a quienes nada sorprende.

—Vengo a cazar lagartos.

—¿A cazar lagartos, dice usted? Magnífico. Hay cientos de ellos. Desearía que los cogiera usted todos. Yo no he logrado ahuyentarlos de mis reses y mis becerros, y me ocasionan muchos daños. Lo peor es que el viejo me echa a mí la culpa. Le anda diciendo a todo el mundo que yo vendo los becerros y que me embolso el dinero, mientras que lo que en realidad ocurre es que los lagartos y los tigres y leones de que está plagada la selva se los llevan. Lo que yo puedo decir a usted es que el viejo dueño de esta propiedad es un tal por cual. ¿Cómo podría yo vender una vaca o un becerro, o cualquier cosa, sin que se enteraran todas las gentes de aquí? Quiero que me diga. Pero el viejo así es; solo tiene pensamientos sucios, es un cochino. Si yo no cuidara aquí de su propiedad le juro que ya no le quedaría ni una vaca. Y él tiene miedo de vivir aquí en la selva porque es un cobarde. Eso es él.

—Debe tener dinero.

—¿Dinero? No, hombre; bueno, es decir, en efectivo. Tiene tierras y ganado, solo que usted sabe, aquí esas cosas no están a salvo porque esos holgazanes agraristas andan tras ellas. De cualquier modo, yo estoy absolutamente de acuerdo con usted en que podrá cazar cientos de lagartos aquí, manadas enteras. Hay entre ellos algunos enormes, mucho más fuertes que el becerro más pesado, y, sin embargo, son jóvenes esos lagartos gigantes. Si alguno de ellos llega a atraparlo no quedará de usted ni vestigios. Pero le voy a proponer una cosa: ¿por qué no perseguimos primero un antílope?

—¿Hay aquí también muchos antílopes? —pregunté.

—No precisamente muchos, si se lo pregunta a un vecino; pero si usted camina atrás de aquellos arbustos y se interna digamos unos trescientos metros, con solo disparar la escopeta hará blanco en alguno; después tendrá que caminar unos cien pasos más y encontrará a su antílope muerto en el campo, y a menudo hasta dos esperando que se los lleven. Así son las cosas aquí. Le diré lo que podemos hacer. Quédese aquí conmigo por algunos días, al fin que sus lagartos río abajo o río arriba no han de irse; ellos esperarán con mucho gusto unos dos días a que usted vaya a cogerlos. ¿Qué día es hoy? Jueves. Magnífico, no podía usted haber elegido un día mejor. Mi mujer se irá mañana con los chamacos a visitar a su familia. Yo los llevaré a la estación y pasado mañana estaré de regreso. A partir de entonces estaremos solos y haremos lo que nos dé la gana; la casa entera será nuestra, una de las muchachas del vecindario vendrá a arreglarla y a guisar.

III

Sleigh regresó el sábado en la mañana. Mientras él llegaba yo había estado pescando sin mucho éxito.

—Esta noche habrá un baile —me dijo—. La fiesta será al otro lado del río, en el campo donde está la bomba. El maestro maquinista ha ordenado la música.

—¿La pagará de su bolsa?

—Claro. Le diré cómo hacen esto: él ha encargado dos cajas de cerveza y cuatro de limonada a la tienda de la estación, así se repondrá del dinero que pagará a los músicos.

—¿Cuántos músicos?

—Un violinista y un guitarrista.

—Esa orquesta no debe costar mucho.

—Claro que no, pero tampoco él se hará rico vendiendo la cerveza y las limonadas. Ganará un poco, y bien se lo merece por arriesgarse a traer la música por su cuenta.

La muchacha india a quien Sleigh había llamado ya se encontraba ocupada haciendo los quehaceres de la casa. Aun cuando era casi una niña, ya tenía un hijo.

—El muchacho que le hizo el niño la dejó —dijo Sleigh.

Ciertamente que no era una muchacha bonita; era fea.

—Me parece —dije— que ese muchacho la vio sólo de noche o cuando estaba borracho; así que, cuando se serenó y pudo verla a la luz del día, debe haberse espantado de tal manera que lo único que se le ocurrió hacer fue correr todo lo que sus pies le permitían. De cualquier modo, la muchacha debe estar agradecida a la noche en que eso ocurrió, porque de no haber existido esa noche oscura ella nunca hubiera tenido al niño, y ahora que lo tiene no sería difícil que cualquier otro muchacho se interesara por ella creyéndola poseedora de raras cualidades imposibles de ser vistas desde afuera.

Sleigh me dirigió una mirada burlona, tal como si él ya hubiera pensado en lo que yo acababa de decir, y, después de reflexionar un rato, dijo:

—Hay algo de cierto en lo que usted acaba de decir. La verdad es que ella pasó un buen rato y estoy seguro de que no le importa que el muchacho la haya dejado; tal vez lo que la moleste es no poder pasar ratos semejantes todas las noches.

Nos sentamos a comer frijoles con tortillas mientras la muchacha cocinaba los pescados que yo había conseguido; es decir, lo único que hacía era ponerlos sobre las brasas y cuidar que no se quemaran.

El brasero era de lo más simple: consistía en un cajón de madera lleno de tierra, como de un metro de largo por medio de ancho, y al que se habían adosado cuatro estacas a manera de patas.

En la tarde acompañé a Sleigh a la pradera para ver el ganado. También buscamos huellas frescas de antílope, pero, como yo lo esperaba, tales huellas no aparecieron.

—Deben haber emigrado —dijo Sleigh—. Algunas veces lo hacen y entonces es imposible hallar alguna huella.

Al anochecer, mientras cenábamos, le pregunté si solamente la gente que vivía en el poblado asistiría al baile, y me explicó que por lo menos ochenta o cien personas más vendrían de todas direcciones: de otros poblados, municipios y jacales escondidos en las profundidades de la selva, así como de pequeños lugares a lo largo del río. Muchos tendrían que cabalgar hasta ocho kilómetros a caballo, en mula o burro; algunos vendrían aun desde más lejos.

—¿Y cómo hace el maestro maquinista para anunciar la fiesta?

—Es lo más fácil —dijo Sleigh—. A cualquier nativo que viene por estos rumbos se le dice que el sábado habrá fiesta o que en la bomba se dará un baile para el que ya se encargó la música; así, la gente que sabe la noticia la va repitiendo en los lugares que llega, y de esta manera se va extendiendo. Es realmente notable la rapidez con que estas noticias cunden en veinte leguas a la redonda.

IV

La noche había caído ya cuando nos dirigimos hacia la bomba, en la margen opuesta del río. Cuando pasamos por los jacales vecinos me percaté de que en uno de ellos había una linterna, amarrada con mecates al pórtico, y al acercarnos distinguí a un indio sentado en un banco tocando el violín. Parecía tener unos cuarenta y cinco años; unos cuantos pelillos blancos y sedosos, tan pocos que podrían haberse contado, festoneaban su barba morena, y estoy seguro de que, gracias a aquellos cuantos pelos, sus amigos le llamaban *el Barbón*. Tocaba lastimosamente mal, pero hacía la lucha y tenía algún éxito guardando el compás.

—¿Qué es eso? —pregunté a Sleigh—. Pensé que usted me había dicho que el baile sería en la bomba.

—Claro; bueno, es decir, no lo sé muy bien, pero de cualquier manera no creo que el baile sea aquí.

—Entonces, ¿por qué esta gente ha limpiado su patio? Y además, mire esa elegante linterna; no creo que sean tan poderosos para colgarla allí por darse gusto.

—En seguida sabremos. El maestro maquinista nos dirá. Pero en cualquier forma, ¿por qué no habrían ellos de tener su propio baile si les diera la gana? Casi siempre, cuando hay fiestas por aquí, hay dos o tres al mismo tiempo. A lo mejor él está disgustado con el maestro maquinista y quiere hacer su propio baile.

Llegamos a la orilla opuesta. Amarrada a una estaca, en el pórtico del jacal del maquinista, había también una linterna. La luz que daba era menos brillante que la de la linterna del violinista. Ésta echaba humo y el cristal no estaba limpio, pero el terreno que pertenecía a la casa estaba muy bien barrido.

Seis muchachas indígenas, quienes constantemente reían cuchicheando cosas sin importancia, trataron de sentarse en una banca en la que apenas podían caber tres. Ya estaban arregladas para el baile. Habían peinado cuidadosamente su hermoso pelo negro y grueso y lo llevaban suelto sobre la espalda, alcanzando hasta sus caderas. Sobre la cabeza llevaban coronas hechas con flores color de fuego. Sus vestidos de percal, de colores brillantes, estaban muy bien lavados y planchados. Un pesado olor a jabón corriente, fuertemente perfumado, las envolvía. Cuando nos vieron venir juntaron sus cabezas, se taparon la cara con el rebozo y rieron cuchicheando más aún que antes, como si cada una de ellas supiera un buen chisme acerca de Sleigh o de mí.

El maestro maquinista estaba recargado sobre la estaca a la que habían atado la linterna.

—¿Qué hay? —preguntó Sleigh—. ¿Tendremos baile o no? Porque si no, dígamelo para regresar.

El maestro maquinista se rascó la cabeza, tosió y carraspeó varias veces antes de decir:

—Eso es lo que yo quisiera saber. En primer lugar, para decirle a usted la pura verdad, la orquesta todavía no llega y, francamente, yo no creo que venga; la noche

está muy oscura y seguramente tendrán miedo de atravesar la selva en esta oscuridad, y la verdad es que yo no los culpo. ¡Por Jesucristo, que yo mismo temo atravesar esa maldita selva en la noche, y eso que conozco todos los senderos y veredas en veinte leguas a la redonda! Me prometieron por todos los santos que estarían aquí a las cinco de la tarde, pero estoy seguro de que los detuvieron en alguna otra fiesta, tal vez en la estación, en la que les deben haber prometido pagarles mejor, y el par de flojos habrán dicho: «¿Por qué hemos de cabalgar durante horas a través de esa selva fastidiosa, bajo el sol ardiente, si nos podemos quedar aquí en la estación y ganar más?» Usted hubiera hecho lo mismo, señor, ¿no es verdad?

—Ya que me lo pregunta usted, don Agustín, le diré que no me importa; yo no podría tocar ni la *Adelita* en un peine, y mucho menos en un órgano de boca. ¡Por Cristo, que estoy cansado y me gustaría regresar!

Y Sleigh bostezó tan ampliamente como su boca se lo permitió.

—Tome un cigarrito —dijo el maestro maquinista ofreciéndole su bolsita de tabaco.

Sleigh sacó una hoja de maíz, la alisó, la sujetó entre el pulgar y el índice, echó sobre ella el tabaco oscuro, la humedeció y empezó a enrollarla.

—A usted no le gustarán nuestros cigarros —me dijo el maestro maquinista mientras enrollaba el suyo—. Tome uno de éstos, le gustarán más; ustedes los gringos prefieren que los timen con mal tabaco.

Sacó de la otra bolsa de su camisa una cajetilla de cigarros importados, de una de nuestras marcas más anunciadas, y tendiéndomela dijo:

—Yo nunca fumo esas porquerías; solo los traigo para los petroleros que pasan por aquí, para que no echen de menos su tierra; también les vendo cerveza.

—¿Qué pasa en la casa de García? —preguntó Sleigh—. ¿Le está haciendo la competencia o él también va a dar un baile?

—Puede que sí. ¿Cómo podría yo saberlo? La cosa es que su muchacho, su hijo mayor, ha venido a pasar aquí el fin de semana. Viene desde Texas, en donde trabaja en alguno de los campos petroleros que están entre San Antonio y Corpus Christi, según me dijo, y está haciendo su buen dinero; parece un príncipe. Así es que tal vez el viejo esté celebrando el acontecimiento. Siempre está esperando una oportunidad para mostrar lo que puede hacer con su violín.

Después de esta conversación, y como la fiesta parecía retardarse, regresamos a la casa de Sleigh. En el camino me dijo que estaba preocupado por una vaca que no había regresado al corral.

García seguía sentado en el pórtico de su jacalito, rascaba su violín y ponía en ello toda el alma. Entonces vi al muchacho que había venido de Texas. Estaba sentado junto a su padre. Tenía más o menos veinte años, y para ser indio era bastante alto. Estaba limpio y cuidadosamente peinado. Por los dobleces que aún se notaban en su camisa se veía que era nueva. Su actitud era semejante, en cierto modo, a la que suele asumir un tío rico que visita a sus parientes pobres. Su semblante denotaba

claramente la satisfacción que sentía sabiéndose el consentido de la familia. Sobre su rodilla izquierda sostenía una taza de peltre llena de café negro, de lo que pude enterarme cuando un minuto después la vi rodar por el suelo. Sobre la rodilla derecha descansaba su codo y en la mano tenía una enchilada. De su larga experiencia había aprendido a comer sin mover ni las manos ni los brazos más de lo necesario. De no haber sido por su sonrisa y su expresión feliz, se le hubiera tomado por un autómata cenando. Se preparaba para bailar diez horas y hacía cuanto podía para no desperdiciar ni un átomo de su vigor. No le importaba que la música no hubiera llegado aún. Para que la fiesta tuviera lugar bastaba un violín y la presencia de muchachas bonitas.

En el preciso momento en que nos encontrábamos frente a la casa de García escuchamos la voz excitada de un niño que decía:

—¿Qué hay, Manuelito, qué pasa contigo? ¿Todavía no estás listo?

Y como si hubiera sido lanzado por una catapulta, un muchachito salió del jacal apareciendo en el pórtico. Con la agilidad de un leopardo joven saltó al cuello de su hermano mayor, tan bruscamente, que el café y la enchilada, o por lo menos lo que de ella restaba, rodaron por la arena del piso. Una vez que el muchachito se sintió bien afianzado al cuello de su hermano mayor, le empezó a revolver salvajemente el pelo que con tanto cuidado se había peinado para el baile. Cuando se lo dejó alborotado como el de un poseído, le empezó a estrujar la cabeza, el cuello y los hombros tan frenéticamente, que la pobre víctima de aquella terrible agresión tuvo al fin que levantarse. Riendo de buena gana, trató de desprenderse de las garras de aquel gatito que cabalgaba sobre su cuello. Carlitos, no pudiendo detenerse ya, resbaló por la espalda de su hermano. Apenas llegado al piso, se puso en guardia como un boxeador y le desafió. Manuelito aceptó el reto diciéndole que iba a demostrarle cómo boxeaban los profesionales.

Carlitos, sin embargo, no las tenía todas consigo. Acostumbrado a pararse, caminar y correr descalzo desde que había nacido, ahora se sentía inseguro sobre sus pies, le parecía tenerlos adheridos al piso cuando trataba de moverlos, y al mismo tiempo envueltos en hierro. Había perdido, sin saber cómo, toda la flexibilidad y la ligereza de sus pies, que hasta entonces le habían hecho sentirse tan ágil como un venadito. Cuando trató de pelear, se tambaleó y estuvo a punto de caer.

Manuel había traído para su hermanito un par de auténticos zapatos americanos, con las suelas pulidas y lisas como un cristal. Naturalmente, Carlitos se calzó los zapatos para mostrarle a su hermano cuánto le gustaban. Nunca en su vida los había usado y era natural que sintiera los pies pesados e inseguros.

García rascaba su violín incansablemente, sin que el ruido le molestara en lo más mínimo.

—El chico anda loco por su hermano —dijo Sleigh mientras nos encaminábamos a su palacio—. Es curiosa la forma en que ocurren las cosas en este mundo. Estos muchachos solo son medio hermanos; el mayor tiene otro como de quince años, los

dos hijos de la primera mujer de García. El segundo, el de quince años, está medio loco, al menos es lo que aquí pensamos todos, incluyéndome a mí. Suele tener las ideas más descabelladas y hacer las cosas más estúpidas que pueden suponerse. El más pequeño es de su segunda esposa, con quien vive actualmente. Ella es muy joven, por lo menos veinte años menor que él, y sin embargo parecen ser muy felices, nunca disputan. Manuel, el hermano mayor, ha venido aquí con el único objeto de ver a su hermanito. Ambos están locos uno por el otro. Ha gastado prácticamente todos sus ahorros en este viaje, para traer a su hermanito un par de zapatos y un ukelele. El solo viaje requiere más tiempo del que él puede permanecer aquí. El segundo, el medio loco, se muestra absolutamente indiferente acerca de sus hermanos, de su padre y de su madrastra. A menudo he tenido la impresión de que está celoso de su hermanito, no sé por qué, y de que está acechando la menor oportunidad para hacerle algún daño. Ya le ha jugado muchas malas pasadas, tales como quemarle los pies mientras duerme, tirarle de un mechón de pelo, arrojarle culebras y llenarlo de garrapatas. Ésa es una de las razones por que todos creemos que le falta un tornillo.

Llegamos al jacal de Sleigh. En un rincón de la única pieza de la casa, la muchacha había tendido su petate y se había enrollado en un cobertor viejo, cubriéndose con un mosquitero. Apenas entrados, Sleigh salió para ver si la vaca extraviada había regresado.

La muchacha, sin que mi presencia la turbara, se sentó en cuclillas sobre el piso, se bajó el vestido casi hasta las caderas y dio de mamar a su niño. Tan pronto como el chiquillo estuvo satisfecho, volvió a subirse el vestido, se acomodó en el petate, y por los movimientos que hacía bajo la malla, pude darme cuenta de que se estaba desvistiendo. Después la oí suspirar hondamente como queriendo decir: «Bueno, creo que merezco mi descanso; así que déjenme en paz.»

Aun cuando el trabajo que había hecho durante el día era tan sencillo que hasta un niño lo hubiera podido desempeñar, a ella no le importaba absolutamente nada que el mundo de más allá de su mosquitero se preparara para una alegre fiesta con música y danzas o para una tragedia. Ella tenía su nene, sus alimentos y un lugar seco en donde dormir, y eso era todo cuanto deseaba en este mundo.

V

En el jacal reinaba la melancolía. La lamparita de aceite despedía humo y daba una llamita que apenas alumbraba aquella triste estancia primitiva, dándole un aspecto fantástico. El lugar estaba muy lejos de sugerir que la civilización existía en alguna parte del mundo. Tuve la sensación de que en cualquier momento podían penetrar espectros de indios muertos o animales extraños. Por todos lados danzaban sombras producidas por el movimiento de la flamita humeante movida por el viento que se colaba a través de las paredes. Me imaginaba ver grandes arañas, tarántulas y enormes alacranes arrastrándose sobre las vigas del techo. A menudo la flama se hacía tan tenue que podía ver a través de las paredes los reflejos de las luces que alumbraban los jacales vecinos. La idea de que hubiera jacales cercanos habitados por hombres no me aliviaba; yo no los conocía, todos ellos eran indios, y si su superstición les hacía sospechar que yo podría acarrearles a ellos o a sus niños algún daño, habrían podido entrar cautelosamente y matarme tirándome en seguida al río, y antes de que Sleigh regresara habrían borrado toda huella de lo ocurrido.

Por la puerta abierta entraban escarabajos, polillas, mosquitos y mariposas nocturnas más grandes que mis dos manos juntas. Volaban alrededor de la lamparita, pero lejos de producir una sensación de vida, hacían más profundo el ambiente fantasmal de la estancia.

Escuchaba el murmullo del río, cuyas márgenes se encontraban a menos de veinte metros del jacal. No solamente el aire, sino la tierra que me rodeaba, plañían, crujían, silbaban y murmuraban sin descanso. Un burro rebuznó quejumbrosamente en la pradera y algunos otros le contestaron, como si desearan darle valor para desafiar los peligros de la noche. Después una vaca mugió. Una mula llegó corriendo hasta la puerta abierta perseguida por algún enemigo real o imaginario, pero cuando se asomó al jacal y vio que dentro había un ser humano sentado quietamente, recobró la calma, husmeó la tierra y regresó tranquilamente a la pradera.

De vez en cuando escuchaba fragmentos de conversación, palabras veladas. Una carcajada aguda cortó la noche y se acalló en seguida. De otra dirección llegó el alarido de una mujer. Por un segundo aquel alarido quedó suspendido en el aire, después pareció caer por tierra y ser tragado por la selva plañidera, dejando tras de sí la noche más profunda, más intensamente triste. Algunas notas temblorosas de violín pasaban con la brisa; parecían danzar en la noche y alejarse antes de que las pudiera escuchar con claridad.

Sleigh apareció como una sombra en la entráda del jacal. Solo le veía la cara. Su entrada repentina y silenciosa me sobresaltó. Todavía me alegro de que no haya podido ver mi semblante en aquel momento.

—¡Mal rayo! Quisiera saber si ese pedazo de perezosa me dejó un trago de café.

Sus palabras me devolvieron el aliento.

—¡Por el diablo que tengo sed! —agregó.

La muchacha, aquel pedazo de floja, no entendía el inglés, pero había captado la palabra café y, por el tono en que Sleigh hablaba, comprendió lo que quería, y desde abajo de su mosquitero dijo:

—Ahí le dejé un poco en el brasero.

Mientras Sleigh estuvo fuera, ella se había dormido profundamente, como pude darme cuenta por su respiración quieta y profunda. Sin embargo, con su excelente oído de indígena se había enterado de la llegada de Sleigh, en tanto que yo, enteramente despierto y de cara a la puerta, no me había percatado de nada.

—¿De veras? —dijo Sleigh—. Esto es como encontrarse un diamante en la pradera.

Se dirigió con cansancio a la parte posterior del jacal y tomó de entre las cenizas del fogón la cafetera de peltre.

—Gales, ¿no quiere usted otra taza de café?

—No, gracias.

Ya la muchacha roncaba. Tan rápidamente como había despertado se había vuelto a dormir.

Sleigh se sentó enfrente de mí. Al cabo de un rato, durante el que pareció dormir, me dijo:

—¡Mal rayo! No he podido encontrar a ese demonio de vaca y tal vez ni con cien pesos podría yo lograr que regresara. La maldita tiene a su becerrito en el corral y todas las noches regresa sin ninguna dificultad. También a mediodía, cuando hace demasiado calor y el ganado está plagado de tábanos, suele venir a tenderse con las otras a la sombra de los árboles. Estoy seguro de que algún león anda por aquí cerca. Tal vez una pareja de leones. Pérez, uno de los vecinos, tiene una magnífica cabra lechera que tampoco ha regresado desde hace días; también él está seguro de que por aquí andan algunos leones. El hecho es que su cabra nunca regresará. La vaca siempre había sido puntual como un reloj. Lo que yo le digo es que este maldito asunto anda muy mal. Bueno, ya veremos mañana, porque ahora, en esta endemoniada noche tan oscura, ya no podré hacer nada.

Un minuto después dormía y, no obstante, movía la cabeza, fruncía el ceño, murmuraba, sonreía cuando yo hablaba, tal como si estuviera despierto.

—¡Oiga! —le grité—. Si quiere dormir, duerma, pero no me deje hablando a las paredes.

—¿Dormir? ¿Quién duerme? ¿Me estoy durmiendo? —dijo con voz chillona, exaltado, como si le hubiera insultado—. Yo nunca duermo, nunca llego a dormir bien. Ésa es justamente una de las dificultades, nunca tengo tiempo para dormir. He oído todas las palabras que usted ha dicho, conozco desde hace años a Barreiro, el ladrón de quien me ha estado usted hablando. Bien que lo conocí en aquella plantación de cacao cerca de Coacoyula, y no solo es ladrón, también es asesino.

—¿Qué pasa con el baile? —pregunté—. Durante todo el día no hemos oído hablar de otra cosa, y ya estoy aburrido de tanta charla sobre ese baile que nunca se

lleva a cabo.

—Bueno, bueno, no se apure por el baile. Aquí tomamos tiempo suficiente para todo y nunca tenemos prisa. Vamos nuevamente a la bomba para ver cómo andan las cosas por allá. Yo le aseguro que el maestro maquinista ya resolvió el problema; él nunca se quedará sin vender sus limonadas y sus cervezas.

Sin darse mucha prisa, se quitó el pantalón de cuero, buscó con la vista el peine roto y se peinó en la misma forma en que los carniceros y los taberneros lo hacían hace veinticinco años. Se puso unos pantalones amarillos de algodón y dijo:

—Bueno, ya estoy listo para el baile. Vámonos. ¡Si tuviera la más mínima idea de dónde puede andar metida esa maldita vaca!

Cuando pasamos por la casa de García me percaté de que todavía la linterna colgaba del pórtico. Sin embargo, García ya no estaba sentado en el banco. Tampoco vi a los dos muchachos. Desde afuera pude ver a su mujer arreglándose a la luz de una lamparita de aceite como la de Sleigh.

—Bueno —dije a Sleigh—. Tendremos un verdadero baile; la señora se está echando encima lo mejor de su guardarropa para celebrar el gran acontecimiento.

VI

La noche es profundamente oscura. No se ve ni una de las estrellas que tan brillantes suelen verse en los trópicos.

A través de la margen del río tenemos que ir adivinando el camino que conduce al puente. Desde la margen opuesta, la linterna del maestro maquinista nos indica vagamente el camino. Después de algunos tanteos, más con los pies que con las manos, damos finalmente con los pesados tablones.

—¡Cristo! —vociferé—. Si no se anda uno con cuidado por aquí, de un resbalón va a dar al agua; parece que caminamos por la cuerda floja. Si me hubiese pasado un centímetro, de seguro que ya estaría en el maldito río.

Sleigh no le dio importancia a mi aventura, sólo gruñó con calma:

—Sí, solo Dios sabe el cuidado que hay que poner para atravesar el puente por la noche. El que lo atraviesa borracho no se salva; ya ve usted, no hay barandales.

—¿A qué profundidad cree usted que esté el agua cerca del puente?

—Entre tres y cinco metros; cerca de las márgenes no es profunda; como término medio yo diría que tiene unos tres metros. En medio de la corriente, si es que puede llamarse corriente a ese manso deslizarse, debe tener alrededor de cinco metros.

—Suficientemente profundo para desaparecer definitivamente —dije—. Y aun suponiendo que fuera uno buen nadador, si la noche es extremadamente oscura como ésta, bien se puede nadar en un mismo círculo sin llegar a alcanzar la orilla.

Conversando con Sleigh, y sin poner atención en los pasos que daba, había caminado hacia adelante, cuando de pronto vi justamente debajo de las puntas de mis botas una luz; me sorprendió tanto que me apresuré a examinar esta gran maravilla; pero mi sorpresa duró poco, porque en seguida me di cuenta de que aquella lucecita que se veía en el agua era reflejo de la linterna que se hallaba en el pórtico de la casa del maestro maquinista.

Tropecé con el pie derecho dando contra el borde, que tenía alrededor de quince centímetros de espesor, apenas lo suficiente para evitar que los camiones resbalaran fuera del puente cuando las tarimas se cubrían de lodo durante la estación de lluvias. De haber ido un poco más aprisa, indudablemente habría perdido el equilibrio y caído al río.

Cuando llegamos al final del puente encontramos a algunos muchachos indígenas sentados en las tarimas. Estaban cantando canciones mexicanas, y algunas americanas traducidas al español. Tenían las piernas colgando fuera de la orilla y las movían al compás de sus canciones, de las cuales muchas no pasaban de ser siete notas repetidas. De repente, y sin anunciarlo, sus voces pasaban a un tono dos octavos más alto, y como era imposible que alcanzaran notas tan agudas emitían verdaderos chillidos. En cualquier otro lugar bajo el cielo, aquel modo de cantar hubiera parecido una locura; pero en una ardiente noche tropical, rodeados por la selva negra y siempre amenazadora, invadida por aquella sinfonía de cientos y cientos de voces, suspiros,

melodías y cantares suavizados por el dulce murmullo de las aguas del río, sus canciones armonizaban con el universo entero.

A la izquierda del puente se hallaba la bomba; a la derecha había un amplio espacio arenoso en el que crecía, formando manchones, algún zacate ralo. Una caravana de mulas cargadas había llegado unos minutos antes y se encontraba acampando en aquel lugar. La caravana estaba integrada, según me enteré más tarde, por los arrieros, dieciséis mulas cargadas, tres mulas de tiro y un caballo. Llevaba mercancía de la estación a los pueblos que se hallan en la selva y más allá de ella, en la serranía. Por supuesto que los arrieros eran indios. Eran tres, y cuando nosotros llegamos se encontraban descargando las mulas, en tanto que un muchacho de doce años hacía una hoguera.

La casa del maestro maquinista parecía más animada que una hora antes. Él estaba limpiando otra linterna, y cuando la encontró lo bastante limpia la colgó de otro de los postes del pórtico.

La música no había llegado, y toda esperanza de que pudiera llegar aún se había desvanecido. No obstante, ya se encontraban reunidos muchos hombres, mujeres y muchachas.

Las mujeres vestían trajes alegres y vistosos de percal de colores. Todas llevaban medias y zapatos de tacón alto, aun cuando para atravesar la selva se habían despojado de semejantes lujos. Ninguna de ellas llevaba sombrero, pero la mayor parte se cubría con chales y rebozos o con velos negros delgados, con los que suelen envolverse la cabeza cuando salen en mañanas frías y nubladas.

Los hombres vestían como siempre. Muchos iban descalzos, algunos llevaban zapatos, y otros, la mayoría, calzaban huaraches. Todos sus niños habían ido con ellos. Ya que toda aquella gente había ido a un baile, o por lo menos a pasar un buen rato, era necesario hacer algo.

Al fin García había encontrado un auditorio. Sentado en uno de los bancos improvisados afuera del pórtico, cerca del poste del que colgaba la linterna, tocaba el violín continuamente, pasando de un son a otro sin hacer ningún intermedio. Nadie bailaba al son de su violín, pero eso no le importaba. Parecía muy satisfecho y hasta feliz de que hubiera gente alrededor que pudiera escucharle con gusto o sin él. Nadie le gritaba que dejara de rascar el violín en aquella forma insoportable.

Todos esperaban algo, pero nadie sabía qué. Se creería que aguardaban la llegada de algún gran músico y que ello motivaba la reunión de tanta gente, porque de otro modo la presencia de los visitantes parecía carecer de razón o de sentido.

Todas las mujeres habían hecho enormes esfuerzos para estar bien. Se habían lavado con jabón perfumado; durante horas y horas se habían peinado y cepillado el cabello; todos los andrajos que vestían se hallaban limpios; se habían puesto lo mejor que tenían, aun cuando los percales de sus vestidos eran de lo más corriente que los traficantes sirios vendían, no obstante que su costo era tan alto que durante muchos meses aquellas indias tenían que economizar para poder pagarlos. Habían adornado

sus vestidos y sus cabellos con las flores más bellas y raras que encontraron, y, por último, habían tenido que hacer un largo y pesado recorrido en mula o a caballo, de ocho, diez o doce kilómetros a través de la ardorosa selva, cruzando pantanos y vadeando ríos. ¡Y todo eso parecía haber sido en vano! Pero no, simplemente eso no podía ser. Todo el mundo deseaba regresar a su casa al día siguiente con material suficiente para tener de qué hablar por lo menos durante dos meses. ¡Son tan solitarios aquellos pueblecitos escondidos en la selva!

Nadie culpaba al maestro maquinista. Él no tenía la culpa, había hecho cuanto era posible hacer para conseguir la música. Además, a nadie beneficiaría culpar a alguien o a algo por el fracaso de la fiesta; todos sabían que era cuestión del destino.

VII

Las mujeres casadas hicieron círculo sentándose en bancos, tarimas y botes vacíos de petróleo. Charlaban y sonreían. Las muchachas reían espiando a los muchachos para criticarlos, burlarse y contar chismes acerca de ellos. De vez en cuando dos o tres muchachas se levantaban para ir disimuladamente tras de algún par de los muchachos favoritos, pretendiendo a veces no hacerles caso y caminando en dirección contraria, a sabiendas de que los elegidos las seguirían. Un rato después regresaban a sus asientos, y, cuando ellas se sentaban, otro grupo se levantaba a hacer el mismo juego, el más viejo del mundo y el que, sin embargo, es más gustado, con o sin automóviles, campos de turistas, radios y *cabarets*.

Los niños peleaban, corrían alrededor, rodaban por el campo, se perseguían unos a otros gritando, aullando y espiando a los arrieros en su campamento. Un muchacho que había estado arrojando piedras a los otros y que había herido a uno, fue llamado por su madre y recibió una zurra en público. Mientras recibía la paliza aullaba de tal manera, que la gente hubiera podido pensar que lo estaban destazando; pero tan pronto se vio libre, corrió a golpear a los chicos que se habían quejado de él, solo que esta vez se cuidó muy bien de no quedar al alcance de su querida mamá.

Los muchachos mayores, entre doce y quince años, se sentaron en grupos, fanfarroneando acerca de su fuerza y de sus habilidades en general y también acerca del tamaño de las serpientes, tigres y leones que ellos juraban haber encontrado en la selva cuando andaban buscando cabras o burros extraviados. Después se enseñaban unos a los otros jugarretas que podían hacer con los dedos, manos, brazos y cuerpos, cruzándolos y contorsionándolos. Algunos de ellos causaban la admiración de los otros porque volteaban los ojos de tal manera que solo podía vérseles la parte blanca. Otros contaban a los menores sus aventuras, relatándoles cómo cierta vez nadando en el río, al bucear, un lagarto les había cogido una pierna, y tirándose en el suelo mostraban en qué forma habían luchado para libertarse y alcanzar la orilla del río.

Todos fumaban: los hombres, las mujeres, los niños. Solo las muchachas no lo hacían, porque los muchachos decían que un beso dado por una muchacha cuyos labios guardaban sabor a tabaco era algo horrible en el amor. Fumaban cigarros hechos de tabaco oscuro enrollado en hojas de maíz. Las madres que tenían a sus niños en el regazo les echaban en la cara humo de sus cigarros para ahuyentar a los moscos. Los hombres conversaban, reían y fanfarroneaban en pequeños grupos, comprando de vez en cuando una botella de cerveza para ellos y una limonada para las mujeres, sin dejar de vigilar a sus esposas y a sus hijas.

Sleigh, el maestro maquinista, un indio que trabajaba con los petroleros y yo nos paramos entre el puente y la bomba, ligeramente más próximos al puente, sin distinguir ni uno ni otro, debido a la oscuridad de la noche.

Desde donde yo estaba parado, con solo volver la vista hacia la izquierda podía ver la hoguera encendida por los arrieros, en la que el muchacho calentaba café en un

trasto de lata, mientras los hombres calentaban sus tortillas y cortaban queso y cebollas.

A través de los arbustos de la margen opuesta se veían algunas lucecitas opacas. Como la brisa suave movía las matas, las llamitas aparecían y desaparecían constantemente. La mayor parte de ellas brillaba en los jacales en que las mujeres se arreglaban para el baile, pero algunas eran luciérnagas del trópico que andaban por todas partes.

Los muchachos que estaban sentados en aquel extremo del puente seguían cantando. Su repertorio de canciones era interminable, pero el son parecía ser siempre el mismo; sin embargo, había algunas diferencias que los indios reconocían.

Para dondequiera que mirara había animación, charla y ruido de niños jugando.

VIII

—Les digo que van a cementar nuevamente, y que lo harán la semana próxima —dijo Ignacio en tono sentencioso.

Trabajaba en los campos petroleros y se había detenido a conversar con Sleigh, el maestro maquinista y conmigo.

—¿A qué profundidad se encuentra ahora? —preguntó Sleigh.

—Yo creo que alrededor de cuatrocientos metros.

—A esa profundidad no hay razón para que cementen.

El maestro maquinista, quien en realidad no sabía nada absolutamente acerca de petróleo, trataba de impresionarnos con su sabiduría. Había captado algunas frases de los petroleros que solían pasar por allí, de tal modo que acometió con valor:

—¿Para qué han de cementar a cuatrocientos metros? Hay pozos que han perforado a mil trescientos y pico.

—¡Dígamelo usted a mí! —dijo Ignacio con la firmeza de un viejo experto.

Hacía tres meses que trabajaba con los petroleros y su trabajo consistía en trasladar tubos de hierro sobre sus hombros.

—Pero créanlo o no, van a cementar el lunes o el martes. Yo se lo apuesto.

García continuaba rascando su violín, pero nadie hacía caso de su plañidera invitación al baile.

El canto de los muchachos que estaban en el puente se hacía más débil, como si algunas de los voces se hubieran acallado o como si al fin los cantores se hubieran cansado.

Y en aquel momento algo extraño ocurrió. Tuve la impresión de que la atmósfera había sido invadida por algún ser misterioso que nos cubría como una gran bestia alada. Una especie de letargo embargó a todos los presentes. La gente empezó a bostezar. Y como obedeciendo a un mandato, todos dejaron de charlar y de reír. Reinaba un sentimiento de cansancio y depresión.

—Nunca podré comprender por qué ellos han de cementar a cuatrocientos metros —insistió el maestro maquinista.

Me pareció que él no tenía interés en lo que los petroleros pudieran hacer allí o en cualquier otro lado y que hablaba sólo para romper aquel extraño silencio que nos envolvía.

Ninguno de los de nuestro grupo secundó al maestro maquinista en su intento de conversar. La atmósfera estaba pesada como después de haber estallado una tormenta, y en el preciso momento en que todos se disponían a abrir la boca para romper el silencio se escuchó el ruido de algo pesado que caía en el río, el que durante los últimos quince minutos había permanecido silencioso, no dejando oír ni el más leve murmullo.

Aquel ruido fue muy corto, pero precisamente característico por su peculiar sonido. Sin embargo, nadie pareció haberse percatado de él. Nadie le dio importancia,

tal vez porque sonidos como aquél debían escucharse muchas veces todos los días.

Yo, sin embargo, sentí como si el río se hubiera lamentado diciendo: «No me olviden, todavía estoy aquí y sobreviviré a todos ustedes.»

Miré de lleno a Sleigh en la cara y él me miró en la misma forma. Pensaba en algo, y trataba de saber si coincidía con lo que yo pensaba en aquel momento. Él había oído el ruido, pero trataba de aparentar que le daba tan poca importancia como los otros.

¿Qué habría sido aquel ruido? ¿Alguno de los muchachos que se hallaban sentados en la orilla del puente había saltado al río por payasada? No, eso no podía ser, porque se hubiera oído el ruido producido por alguien nadando o chapaleando dentro del agua, y después del fuerte golpe escuchado todo había quedado en silencio. Ni risas ni gritos que indicaran el gusto que la zambullida de algún gracioso hubiera causado a los otros muchachos. Tal vez había sido una piedra o un tronco botado al agua por alguien. O quizá algún pez grande que sacara la cabeza al aire para tomar un buen bocado de mosquitos. Pero no, aquello no podía haber sido un pez, el sonido era diferente. ¡Si al menos pudiera encontrar algo con qué compararlo! Pero era imposible.

Tal vez haya sido un perro. No, el perro anda afuera, y, además, un perro hubiera hecho muchísimo ruido en el agua. Los muchachos lo hubieran acosado por todos lados para hacerle más difícil alcanzar la orilla. Y después del golpe no hubo ni el menor ruido; hasta un gato hubiera luchado y hecho algo; solamente se había escuchado aquel ruido seco.

García tocaba nuevamente su violín. Ya debía tener cansados los dedos, pero seguía tocando.

—¿Por qué van ellos a cementar? Yo se lo diré —dijo Ignacio—. Ya han cementado dos pozos más profundos aún en la selva. Así es como trabajan esos gringos. Lo que están haciendo ahora es robar a nuestro pobre país, dejándolo más pobre, en tanto que ellos se hacen mil veces más ricos de lo que ya son. Perforan hasta que encuentran petróleo. Tan pronto como lo encuentran cementan el pozo para dejar bien guardado el petróleo, y ya que lo tienen bien seguro le dicen a todo el mundo que no han encontrado ni una gota. Eso es lo que esos malditos americanos hacen.

El maestro maquinista meneó la cabeza y dijo:

—No, eso es algo que los gringos no harán. Los conozco bastante bien. Si ellos encuentran petróleo extraen hasta la última gota. Son capaces hasta de juntar el lodo y filtrarlo para sacar de él lo poco de petróleo que contenga.

—¿Usted qué cree, don Nacho? ¿Cuánto les costará perforar un pozo a una profundidad de setecientos metros? Debe costarles alrededor de treinta mil dólares; algunos pozos les cuestan más aún, cerca de cincuenta mil pesos americanos. ¿Cree usted que ellos iban a desperdiciar su dinero? Si su dinero fuera en pesos, tal vez lo harían; pero, palabra, su dinero es buen dinero, todo en dólares. Así que es tonto

pensar en que ellos cementan un pozo después de perforarlo y hallar petróleo.

Ignacio se rió. Él sabía todos los secretos de la compañía americana de petróleo.

—Sólo usted, don Agustín, que es un maestro maquinista y que nunca ha tenido experiencia en cuestiones de petróleo, puede hablar así. ¿No ve usted, hombre, por qué ellos cementan a cuatrocientos metros en lugar de seguir perforando hasta mil o mil trescientos? Esto lo comprendemos fácilmente nosotros, los que estamos en el secreto. Se debe a que ellos ya han podido extraer petróleo a cuatrocientos metros y no tienen necesidad de profundizar más. Por eso es por lo que cementan.

Manuel, el hermano mayor venido de Texas, estaba parado junto a una muchacha, conversándole casi incesantemente, en tanto que ella solo reía. Él era diferente a todos los otros muchachos que ella conocía; así que podía establecer fácilmente la diferencia, y ésta se debía a que él había trabajado en Texas. Él había corrido por el ancho mundo y sabía bien distinguir a una muchacha bonita. Allá en Texas había aprendido a distinguir a las muchachas bonitas y listas de las tontas y feas. Ella se dejaba entender claramente que estaba ansiosa de oírle decir aquello. La próxima vez que él regresara le traería sin duda un vestido fino, como los que usaban las gringas en Texas. Se había transformado en un verdadero *pocho* en Texas; hasta hablaba como los americanos, y ella estaba inmensamente orgullosa de que él la hubiera elegido para el baile aquella noche.

—Bueno, don Nacho —dijo el maestro maquinista—. Realmente usted no debía decirme esas cosas, acerca de los gringos. Por mi parte, todos los gringos pueden irse al diablo, no doy un cacahuate por ninguno de ellos; pero eso sí, no me diga usted que son estúpidos. Serán lo que usted quiera, hasta ateos que no creen ni en la Santísima Virgen, pero estúpidos no lo son.

—Yo nunca he dicho que sean estúpidos, don Agustín; usted ha cambiado el sentido de mis palabras, porque he querido decir justamente lo contrario. Ellos son demasiado listos, eso es lo que son, y eso es justamente lo que yo quería decir. Si no hubieran encontrado petróleo a cuatrocientos metros, ¿para qué hubieran cementado? Hubieran perforado por lo menos unos cuatrocientos metros más, hasta estar seguros. De otro modo, perderían todo el dinero que han invertido en la perforación del pozo. Y ahora yo le voy a decir por qué cementan. Es un secreto, pero tan verdadero como lo que más. Vea usted: ellos encuentran petróleo en cantidad a cuatrocientos metros; entonces cementan el pozo, legalizan la propiedad y dicen que no encontraron ni una gotita. ¿Por qué lo niegan? Por la sencilla razón de que todavía no consiguen que les renten todas las tierras de los alrededores. Y así, haciendo creer a los propietarios que no han encontrado petróleo en sus propiedades, pueden conseguir que les renten las tierras por unos cuantos dólares; de otro modo, las compañías más ricas vendrían y ofrecerían precios tan altos por las rentas, que esta compañía tendría que abandonar la empresa o gastar cien veces más de lo que hasta ahora ha gastado. Tan pronto como consigan alquilar todas las tierras que desean, volverán y abrirán todos los pozos cementados, y ya verá usted salir el petróleo a chorros.

El maestro maquinista quedó convencido de que había subestimado la sabiduría de su amigo y vecino Ignacio. Abrió los ojos desmesuradamente, lo miró con admiración y dijo:

—Bueno, don Nacho, usted conoce bien el asunto; después de todo tiene usted razón. Lo que usted acaba de decir debe ser lo cierto y es exactamente lo que yo siempre esperé que los gringos nos hicieran: robarnos no solamente todo nuestro petróleo, sino también toda nuestra tierra; eso es lo que ellos hacen. Porque si pagan por los alquileres cien dólares, en lugar de pagar diez mil, que es lo que en realidad valen, son unos desgraciados ladrones. El gobierno debía enterarse de todos estos sucios manejos. Y como he dicho antes un ciento de veces, ellos no son tan estúpidos, yo lo veo claramente, no son estúpidos; pero, francamente, son una caterva de bandidos y de cabrones.

—Ahí tiene usted, don Agustín —gritó Ignacio triunfante—, ahí tiene usted lo que yo le decía. Solo hay que abrir bien los ojos y las orejas cuando se está cerca de ellos, para enterarse de la forma en que se hacen de tanto dinero. Yo ya no me dejo deslumbrar; lo que es a mí ya no me engañan estos ladrones.

El hecho de que estas gentes, por naturaleza tan corteses, hablaran de esa manera delante de Sleigh y de mí acerca de los americanos, era una prueba de que no nos consideraban entre los gringos ladrones; simplemente porque no éramos petroleros, y, por lo tanto, en su opinión, nosotros no teníamos relación alguna con la raza a la que los petroleros pertenecían.

Mientras tanto, un hombre se había sentado cerca de García, le había quitado el violín y se lo había recargado contra el pecho a la manera india. Todas las muchachas lo miraron con una esperanza en la mirada, porque aquel hombre empezó a rascar el violín con tanta resolución como si fuera a mostrar a García cómo debía tocarse aquel instrumento. Tocó las primeras veinte notas tan asombrosamente bien, que las muchachas se arreglaron los vestidos y se compusieron el tocado, en tanto que los muchachos dirigían ansiosos su vista a los bancos y troncos en que las muchachas estaban sentadas. Pero en el preciso momento en que los muchachos se ponían de pie para buscar pareja, el son se hizo confuso y la pieza terminó repentinamente con una nota lastimera. El nuevo violinista, pretendiendo hacerlo bien, comenzó con otro son, pero entonces sí no quedó duda de que él era diez veces peor que García, quien por lo menos era capaz de guardar el compás.

García recuperó su violín con una sonrisa. Lo afinó colocando su oreja cerca de las cuerdas y miró a su alrededor como queriendo decir: «Bueno, ya ven ustedes quién es en realidad el único violinista bueno de estos contornos.»

Empezó a tocar nuevamente, e influenciado por las notas que había escuchado cuando el otro tocara, rascó el violín con más energía. Dos muchachas se pararon y empezaron a bailar. García se sentía en el cielo al ver que alguien tomaba en serio su música; pero a los veinte pasos más o menos, las muchachas se dieron cuenta de que era imposible bailar con aquella mezcolanza de sones que García hacía brotar de su

violín. ¡Si por lo menos hubiera alguien que tocara la guitarra y acompañara al violín, aun cuando éste era tan malo, tal vez se hubiera podido conseguir alguna música con la que fuera posible bailar!

Nadie tenía intención de abandonar la fiesta, y lo que es más, nadie se mostraba enfadado. De hecho nadie la consideraba como un fracaso. Hubiera sido magnífico contar con una buena música para bailar; ésta habría dado vida a la fiesta, pero ya que no había sido posible conseguirla, todos hacían cuanto era dado por divertirse.

La mayor parte de la gente allí reunida había venido de muy lejos; no podían regresar a través de la selva en aquella noche tan oscura, y toda vez que se encontraban allí, algo tenía que ocurrir, porque algo había de justificar su presencia.

Siempre que se reúne tanta gente algo tiene que pasar, y nada ni nadie puede evitarlo, es una ley natural.

Ni Sleigh ni yo intervinimos en la discusión que se había entablado en nuestro grupo, salvo para exclamar de vez en cuando:

—¡Ah caramba! ¿Realmente? Puede ser, no hay duda.

Ignacio, el poseedor de la gran sabiduría acerca de la forma en que los magnates suelen hacer sus millones, nos abandonó en busca de otro grupo ante el que poder lucirse, satisfecho de haber ganado la admiración del tan altamente respetado maestro maquinista. Esta grata conquista duraría en su mente para siempre. En adelante el maestro maquinista podría preguntarle cuanto deseara, que él nunca se negaría a darle explicaciones. Los hombres suelen ser condescendientes con quienes los admiran.

IX

Una mujer joven y muy bonita se acercó a nosotros. Vestía un traje corriente de percal verde mar, que dejaba transparentar la enagua blanca profusamente adornada con encajes. Dos grandes flores rojas adornaban su grueso cabello negro, peinado cuidadosamente. Llevaba prendidos al regazo y al cinturón dos ramos de florecillas silvestres. Su buen gusto era manifiesto, pues las flores que había elegido para adornarse hacían un bello conjunto con el vestido, armonizando delicadamente. Llevaba los labios pintados en un tono más claro que el rojo vivo. En tanto que otras mujeres habían usado en su tocado polvos demasiado blancos, ella había empleado en su atavío un hermoso tono ocre; pero, como las demás, iba envuelta en el pesado aroma de aquel jabón corriente que compraban a los traficantes sirios.

—¿No han visto a Carlitos? —preguntó en forma distraída, como si nuestra respuesta no le interesara y sólo se hubiera dirigido a nosotros para decir algo amistoso—. Todavía no cena. Está excitadísimo con la presencia de Manuel, tanto, que se olvida de comer y de todo.

Rió alegremente cuando habló del fervor del niño y trató de imitar los movimientos que él hacía: agitó los brazos en el aire y golpeó el suelo con los pies en una especie de zapateado, diciendo:

—¡Buenas noches, mamacita! ¡Adiosito, mamacita! ¿Cómo estás, mamacita linda, cielito? ¡Tengo que correr para encontrar a mi hermano Manuelito!… Así va y viene, corre de un lado para otro, no pudiendo permanecer quieto ni un instante. Se me escapa como el viento y no puedo lograr que esté en calma; así son los niños, solo que él debía haber tomado su cena. En fin, no ha de morirse si se priva de ella.

Después pareció reír no solo con la cara, sino con todo el cuerpo.

«Es una madre feliz como la que más», dije para mí.

El maestro maquinista bostezó, aburrido por la charla de la mujer acerca de su muchachito, y dijo:

—No ha andado por aquí, no lo he visto desde que vino en la tarde temprano a comprarle a mi mujer un centavito de chiles verdes.

—Es verdad, lo mandé a comprar chiles. Pero de eso hace mucho; de entonces para acá ha entrado y salido de la casa más de veinte veces. Ya lo encontraré.

Sleigh miró a su alrededor con tan poco interés como el que el maestro maquinista demostró cuando dijo:

—A lo mejor no anduvo por aquí; bueno, en realidad es que no debo haber reparado en él. ¿Quién puede distinguir a uno entre tantos muchachitos?

—No importa, señores, no importa; después de todo no es nada importante. Cuando tenga hambre regresará a la casa. Ya sabe él dónde puede encontrar sus frijoles. Fue solo por decir algo. ¡Olvídenlo, señores!

La mujer se alejó con una sonrisa feliz.

Un hombre se nos acercó caminando lentamente, nos saludó y se paró a conversar

acerca de la nueva caldera que le había sido prometida al maestro maquinista desde hacía dos años y que todavía no llegaba y probablemente tardaría en llegar otros dos años más.

Siguiendo con la vista a la hermosa mujer, vi que se dirigía a Manuel, a quien había descubierto parado junto a su muchacha a corta distancia de nosotros. Él la escuchó y yo le vi menear la cabeza y, sin dar mayor importancia a la interrupción, seguir conversando con la muchacha, cuya felicidad por su compañía no había disminuido.

Sin preguntar a Sleigh, sabía yo que aquella bonita mujer era la de García, madre de Carlitos y madrastra de Manuel, quien era solamente tres o cuatro años menor que ella.

Se dirigió al pórtico en el que su hombre seguía sentado en el banco. En aquel momento no tocaba el violín, estaba enrollando un cigarro. Escuchó la pregunta sin darle importancia, con la paciencia del hombre que tiene que escuchar lo mismo cien veces diarias, y, humedeciendo el cigarro, movió la cabeza como queriendo decir: «No me molestes por el chico, ahora tengo otras cosas en que pensar.»

Ella se paró un instante fuera del pórtico, bajo la linterna. Se mostraba indecisa, no sabía a dónde ir o qué hacer. Por la quietud de su cuerpo juzgué que reflexionaba sobre algo. Sin duda trataba de recordar en dónde y cuándo había visto al niño por última vez, o lo que le pudo haber dicho o hecho y que pudiera darle alguna idea de dónde había ido. Después, moviéndose lentamente, se mezcló con los grupos de gente, fijando la vista en los niños de la edad de Carlitos.

Lejos de la débil luz de las dos linternas, los hombres y las mujeres cobraban un aspecto fantasmal. La oscuridad que los rodeaba velaba de tal modo sus caras que las hacía desaparecer, quedando visibles solo sus sombreros y sus ropas blancas. Uno tenía a menudo la impresión de que solo las ropas caminaban, llevando consigo el sombrero misteriosamente suspendido en el aire.

Aquí y allá veía a la mujer de García caminando entre los grupos. Me pareció que se movía con alguna nerviosidad, meneando la cabeza de un lado para otro y haciendo avanzar su cara.

García había tomado nuevamente su violín. Algunos otros habían pretendido tocar, poniendo de manifiesto que García era el mejor violinista del lugar.

A lo lejos, y como brotando de las profundidades de la noche oscura, se escuchaban las notas quejumbrosas de un órgano de boca. Nuevamente las muchachas se entusiasmaron para bailar y nuevamente se descorazonaron al ver que era imposible.

La mujer del maestro maquinista, que sentada en un equipal cerca del pórtico había estado charlando con otras dos mujeres, se levantó, tomó una de las linternas y entró en su jacal.

Privada de la mitad de la iluminación, la plaza se hizo más oscura y fantasmal que nunca.

La fogata de los arrieros se había extinguido casi y los tres hombres y el muchacho se acercaron a la plaza para mezclarse en la fiesta. Pronto encontraron conocidos y tomaron parte en la conversación.

La mujer de García, saliendo del puente, se dirigió a nosotros. Caminaba rápidamente, como si tuviera prisa, y nos dijo:

—El niño no está ni por aquí, ni por allá, ni en parte alguna. No puedo encontrarlo. ¿Dónde creen ustedes que haya ido?

Su cara, que solo un cuarto de hora antes se mostraba llena de felicidad y de sonrisas, había tomado después una expresión severa, y ya cuando se dirigió a nosotros se mostraba inquieta y triste, sin llegar al temor. Levantó las cejas, abrió ampliamente los ojos y miró buscando la cara de alguno de nosotros. Y, por primera vez desde que la viera, apareció en sus ojos la sospecha de que pudiéramos saber algo o imaginar algo y de que lo ocultábamos por alguna razón, tal vez por lástima de ella.

Desamparada, como un animal herido que no pudiera levantarse sobre sus patas, volvió a mirarnos, más bien a penetrar nuestro semblante con sus ojos ardientes; pero no encontrando nada, movió la cabeza y se apretó el pecho con las manos.

Sus ojos sufrieron otro cambio. El ligero presentimiento que ella había tenido hacía unos minutos acababa de tornarse casi una certeza. Trató de rechazar aquel sentimiento con todas sus fuerzas, pero no pudo.

¡Bueno! ¡Por fin llegó el gran músico! Ya estaba listo para tocar, y aquel baile que todos esperaban podría realizarse salvajemente, como un verdadero remolino. Sería un baile en el que las trompetas y fanfarrias del Día del Juicio sonarían.

Los danzantes tomaron sus sitios.

—No se apure, Carmelita —dijo el maestro maquinista en tono paternal—. El niño se ha de haber cansado y sin duda se tendió a dormir en alguna parte, como todos los niños hacen; no hay nada extraño en ello.

—No está en la casa, no está en ninguna parte, lo he buscado en todos los rincones y escondites posibles.

—Estará en algún otro jacal, con otros niños; sin duda eso es.

—No, ya he preguntado en todos los jacales.

—No se excite, Carmelita, tal vez se arrastró hasta algún petate o se escondió en algún montón de sacos vacíos, o quizá se subió al tejado para sentir fresco y allí se quedó dormido.

La mujer dijo no haber pensado en lo del tejado. Frecuentemente él se subía al techo de su jacal o de cualquier otro jacal, solo o en compañía de otros chicos. La noche anterior, nada menos, se había quedado dormido en el tejado. No es muy cómodo dormir sobre un techo inclinado, pero los chicos tienen sus propias ideas sobre la comodidad.

Se animó con la esperanza y corrió a través del puente hacia la otra orilla.

La mujer del maestro maquinista regresó con la linterna. La colgó nuevamente, iluminando la plaza y haciendo que las sombras se retiraran a la selva.

X

García seguía tocando, sin importarle lo que ocurría a su alrededor. Ya antes, el chico, había dejado de llegar a cenar por un ciento de veces, y por un ciento de veces también habían tenido que buscarlo en los lugares inverosímiles donde los chicos suelen esconderse. Una docena de veces el niño se había montado en un burro y se había ido, sólo por el gusto de hacerlo. Y lo hacía a sabiendas de que a su regreso le esperaba una buena zurra. Pero ¡diablo! ¡Esas mujeres siempre se echan a temblar tan pronto como no traen a sus chamacos colgados de las enaguas! ¡Mal rayo!

Ya, aunque nadie trataba de bailar con la música de su violín, García no se sentía ofendido en lo más mínimo. Si alguien creía poder tocar mejor que él, ¿por qué no lo demostraba? Eso era: en el lugar no había nadie que tocara mejor que él. Si lo hubiera, le habría cedido con todo gusto su violín. Pero no existía. Sólo él sabía tocar. Sabía todos los *fox-trots*, *one-steps*, danzones, bostones blúes, aunque eso sí, un poco mezcladitos entre sí. Era necesario escuchar cuidadosamente durante un buen rato para saber al fin qué era lo que estaba tocando. Porque si después de doce notas se llegaba al convencimiento de que tocaba un vals, al fin se enteraba uno de que era un *two-step*. Pero de cualquier manera era música.

Aquí y allá alguien tocaba nuevamente un órgano de boca. Era imposible distinguir al músico, pero no era necesario tratar de investigarlo porque el órgano de boca pasaba de una en otra y entre son y son se escuchaba la voz y la risa de los músicos. De vez en cuando se les oía decir:

—¡Caray, no seas burro!, dame eso, que tú no sabes nada de música; cualquier bobo toca mejor que tú; ni siquiera sabes cogerlo bien.

Los muchachos que estaban en el puente habían dejado de cantar. Desde el lugar en que yo me encontraba no podía ver en qué sitio estaban sentados. Posiblemente se contaban cuentos, o tal vez se habían reunido a los tocadores de órgano para mostrarles su habilidad.

Reunidos el maestro maquinista, Sleigh, otro hombre y yo entre el puente y el jacal del primero, era natural que todos los que se dirigían al jacal pasaran junto a nosotros. Cuando la mujer de García regresó de su búsqueda y se dirigió a hablar con la mujer del maestro maquinista, nos vio y se detuvo. Su rostro no solo expresaba ansiedad como diez minutos antes, sino el paroxismo del temor. Sus ojos, ampliamente abiertos, nos miraron con fijeza, interrogantes. Sin embargo, una débil luz de esperanza brillaba de vez en cuando en su mirada.

No quería hacer su pregunta por temor a que ese rayito de esperanza desapareciera. Esperaba que nosotros le dijéramos que mientras había ido a su jacal habíamos sabido en dónde se encontraba el niño. Ninguno de nosotros podía resistir por largo tiempo su mirada interrogante. Aquella mirada me llegaba hasta el alma. Esquivé sus ojos y miré su cabeza. Su hermoso pelo, cuidadosamente arreglado antes, se hallaba entonces despeinado. Había trepado al techo y buscado a rastras entre las

yerbas que rodeaban el jacal.

—Tampoco está en el techo, señores.

Nos sentimos aliviados de su mirada y respiramos libremente cuando dijo:

—Los vecinos también lo han buscado y no lo han encontrado.

Esto lo dijo con la voz temblorosa de una niñita próxima a romper en llanto.

—No, tampoco está en la otra orilla.

Estas últimas palabras las pronunció con gran dificultad. No supo, durante algunos segundos, si debía o no esperar de nosotros alguna respuesta. Suspiró profundamente y se dirigió a donde estaba su marido. Sus pasos se habían tornado menos juveniles.

Mientras él tocaba sin cesar, ella le hablaba gesticulando con excitación. De pronto calló y lo miró ansiosamente, esperando su opinión.

Él produjo una última nota larga. Entonces, sosteniendo aún su violín contra el pecho, sobre el corazón, como hacen los indios, volvió la cabeza y miró a su mujer con sus negros ojos tristes y soñadores.

Repentinamente sus músculos se pusieron tensos. Aquel indio, considerablemente mayor que ella en edad y en experiencia, había visto en sus ojos más de lo que ella quería mostrar. No quería aparecer ridicula ante su hombre; eso iba contra el carácter de una india. Pero él ya se había enterado de lo que ella no podía y no quería decir. Abrió la boca y su quijada inferior cayó como la de un cadáver. Lentamente, como si no supiera lo que hacía, se quitó el violín del pecho y se lo puso sobre la rodilla izquierda. Mientras dejaba el instrumento, el maestro violinista vio que alguien se aproximaba y se lo quitaba de las manos. García se enteró de que habría música, más música de la que él podía soportar.

Solo hacía media hora que el chico se había perdido. Muchas veces desaparecía hasta medio día, y durante horas y horas nadie sabía dónde se encontraba. Pero García nunca había visto tanto temor en los ojos de su mujer.

—¡Manuel! —llamó la mujer.

Manuel llegó en seguida, gritando desde lejos algunas palabras alegres a su muchacha, que reía.

Todavía con voz riente preguntó:

—¿Qué pasa, mamacita?

—No encontramos a Carlos —dijo ella temblándole los labios y mirándole abiertamente dentro de los ojos, esperando oír de él la única palabra que podría aliviar la creciente pena de su corazón.

La sonrisa de Manuel se tornó un poco más brillante cuando dijo:

—Pero, mamá, si yo lo vi hace solo unos instantes.

—¿En dónde? —gritó la madre con el semblante inmediatamente iluminado, como si una corona de cien rayos de sol hubiera caído sobre ella.

—¿En dónde? —repitió Manuel—. ¿En dónde? Aquí mismo; quería sonarse con mi pañuelo de seda. Se sonó bien y volvió a meterlo en la bolsa de atrás de mi

pantalón. Mira, todavía lo tengo aquí. Después me dio de puñetazos en las piernas y me brincó sobre los dedos de los pies con sus zapatos nuevos para hacerme enojar, provocándome para que boxeáramos, y en seguida se echó a correr como un coyotito.

—¿Dices que hace solo unos instantes, Manuelito?

—Claro, mamá, ahora mismo…, hace un rato… Es decir…, justamente, espera, o…

—¿O qué? ¿O qué? Habla, muchacho.

La mujer lo sacudió violentamente por los brazos. Él era media cabeza más alto que ella.

—O…, espera… Bueno, déjame pensar; puede haber sido hace diez minutos, diría yo quince.

La mujer fijó los ojos en sus labios para captar las palabras con mayor rapidez de lo que sus oídos podían hacerlo.

—Déjame pensar, mamá. Yo he estado platicando todo el tiempo con Joaquina, y pensando en todo lo que hemos platicado desde entonces, bueno, podría ser media hora o una hora la que ha pasado desde que vi al niño. Puede ser que hasta más. Eso es, sí, más de una hora. Desde entonces no le veo, no ha andado por aquí, por lo menos en una larga hora.

El semblante de la madre se ensombreció y pareció encogerse, como si se fuera a marchitar. Entonces dejó salir las palabras de entre sus labios temblorosos:

—Después de estar aquí contigo regresó; él me dio el hilito que le pedí para amarrar el ramo de flores que traigo en el vestido. Esto ocurrió después de que tú lo viste.

En medio de su creciente miedo, ella hacía un esfuerzo para pensar claramente y sumar todos los pequeños detalles, tratando de colocarlos en el tiempo preciso en que pudieron haber ocurrido para saber exactamente el momento en que el niño se había perdido, como si precisando el instante fuera posible encontrarlo.

—Sí, sí, sí, eso fue después. Seguro que fue después. Porque él me dijo que te había sacado el pañuelo de la bolsa y que le hubiera gustado robártelo porque es un pañuelo de seda muy lindo, y que seguramente te lo hubiera robado si no fueras un Manuelito tan bueno, a quien quiere demasiado para robarle algo.

Manuel se asomó a la plaza con la esperanza de ver aparecer en la noche oscura a su hermanito haciéndole gestos.

Tan vivo estaba el muchachito en la mente de Manuel, que le era imposible pensar que algo serio le hubiera ocurrido. Era imposible que un chico tan vivaz y tan lleno de gracia pudiera desaparecer como una pluma, sin dejar una huella de lucha, sin lanzar un grito.

García se aproximó lentamente. Por un momento no supo qué hacer. Había dejado su violín en el banco. Sintiendo que llevaba algo en la mano derecha, miró y se dio cuenta de que era el arco. Se volvió y lo colocó cerca del violín. Entonces miró con ojos vacíos a la oscuridad.

La mujer del maestro maquinista se aproximó a Manuel y a su madrastra. Algunas mujeres la seguían y dos hombres acudieron a enterarse de lo que pasaba. Además de aquellas gentes, sólo García, su familia y nosotros cuatro sabíamos que el niño se había perdido.

La mujer del maestro maquinista se aproximó a hacerle razonamientos a la mujer de García. Ella también tenía chiquillos, dijo, y no había un solo día en el año que no tuviera dificultades para encontrar ya a uno, ya a otro, y en la mayoría de los casos los encontraba en lugares en que ningún cristiano podía imaginar que un chico pudiera meterse. Los había encontrado hasta dentro de los agujeros de los árboles, y nadie podía acertar a comprender cómo lograban meterse allí, pues para sacarlos era necesario agrandar el agujero con un hacha. «Muchachos, ¡pobre de mí!, no me hablen de ellos, sobre todo de los pequeños. Una vez encontramos a nuestro Roberto dentro de la caldera y solo de milagro se nos ocurrió mirar dentro antes de que fuera llenada de agua y encendido el fuego.»

Otra mujer, y con ella todas las madres que allí se hallaban, rieron del temor de la mujer de García, diciéndole que no se preocuparía tanto si en vez de uno tuviera una docena de chamacos.

—No me hablen a mí de esos sinvergüenzas —dijo una mujer—. Esos gusanillos, buenos para nada, siempre regresan a casa; justamente eso es lo malo. Ya quisiera yo que alguno de los míos se fuera para siempre y viera por sí mismo. No se apure, Carmelita; tan pronto como tenga hambre regresará y hará un gran escándalo si no encuentra listos sus frijoles y sus tortillas. Un chico como ése no puede haber volado como un mosquito sin ser visto por nadie. Pronto lo tendrá usted aquí, y entonces debe darle una buena zurra para que entienda, porque estos chicos son como perrillos; es así como ellos son.

Manuel se apartó de nosotros y al poco rato le oímos gritar en la oscuridad:

—¡Carlos! ¡Carlitos! ¡Tengo dulces! ¡Carlos! ¡Carlitos!

Su voz se adentró en la noche y pronto dejamos de escucharla.

La conversación cesó. Todos quedamos pendientes de la respuesta del niño, pero solo se escuchaba el plañir, el susurrar, el cantar de la selva, interrumpido de vez en cuando por los lejanos gritos de Manuel.

Las voces habían excitado la curiosidad de otros grupos que se hallaban en la plaza y que deseaban saber lo que ocurría.

Empezaron a moverse, a acomodarse para el baile, cuya fantástica música se dejaba oír cada vez con mayor claridad.

El maestro maquinista fue al vertedero que estaba cerca de la bomba y la caldera, y, encendiendo cerillos para alumbrarse, buscó por todos los rincones. Los que estaban próximos a él vigilaban todos sus movimientos, esperando de un momento a otro ver salir al chico de cualquier escondite, debajo o detrás de la bomba. Cuando se le vio regresar con las manos vacías, todos consideraron chistosa la idea de que el chico hubiera podido estar bajo la bomba o dentro de la caldera o en el depósito de la

ceniza.

Los García se miraron compasivamente entre sí. Ella se mordisqueaba inconscientemente los dedos de la mano derecha. Sus ojos eran como los de un animal que ve aproximarse un peligro del que no puede defenderse. Un pensamiento atravesó su mente. Bajó la mano y la colocó entre su izquierda, y con ambas se oprimió el pecho. Con un movimiento brusco dio la vuelta y se dirigió hacia el puente, y después de dar unos cuantos pasos se detuvo. Sus brazos resbalaron lentamente sobre su cuerpo hasta quedar colgantes e inanimados. Regresó del puente arrastrando pesadamente los pies.

El viejo García estaba parado con nosotros, y, no encontrando nada mejor qué hacer, empezó a enrollar un cigarro.

—¡Carlos! ¡Carlitos! ¡Carluchito!

Ya de un lado, ya de otro, de lejos, de cerca, se escuchaba la voz recia de Manuel llamando a su hermanito, pero solo la selva contestaba con su plañir.

Los muchachos, espoleados por la búsqueda ansiosa de Manuel, formaron una docena de grupos de dos o tres y se esparcieron en todas direcciones. Pronto de todos lados se escuchó el grito: «¡Carlitos!» Después de cada grito había un intervalo de silencio para dar oportunidad al niño de que contestara, aunque fuera débilmente.

Parecía también que la selva permanecía en silencio durante aquellos segundos, como deseosa de ayudar a encontrar al chiquillo.

XI

—¡Señora, señora García! ¡Señora García!

La voz vibrante y jubilosa de dos chicos rompió la monotonía de los gritos con que llamaban al niño. Las jóvenes voces refrescaron el ambiente como una suave brisa meciéndose en el aire abrasador y deprimente de una planicie sin árboles, bajo el ardiente sol de mediodía.

Corriendo como demonios y gritando sin cesar, los dos muchachos atravesaron el puente.

—Bueno, bueno, ¡por fin, ahí está el niño! —dijo la mujer del maestro maquinista, dando un suspiro de alivio—. ¿No le dije ya un ciento de veces que un muchachito tan sano como él no podía perderse? Bueno, ¡gracias al cielo, ya todo acabó!

La alteración abandonó todos los semblantes, que recobraron su apariencia humana. Voces precipitadas se elevaron de todos los grupos. Todos deseaban decir algo con rapidez y hacer constar que ya lo habían predicho. Algunos llegaban a asegurar que ellos siempre habían sabido dónde se encontraba escondido el niño.

Algunos jóvenes dejaron el centro de la plaza, aburridos de todo aquel ruido ocasionado por una simpleza. Toda aquella agitación era tonta. ¿Cómo era posible que un chico desapareciera habiendo cien gentes a su alrededor?

La mujer de García pareció tragar algo que llevara en su garganta desde hacía largo tiempo; se humedeció los labios y aspiró profundamente como si hiciera una hora que no respirara. Sin embargo, no se dejó llevar enteramente por el sentimiento de alivio que invadía a los otros. Una esperanza se elevó en su alma, pero más fuerte que ella era la duda que la oprimía. La idea de que su niño se había perdido se había apoderado con tal fuerza de su mente que le era casi imposible dar otra dirección a sus pensamientos. Tal vez ella no podía determinar sus verdaderos sentimientos en aquel momento. Todavía quedaba en su corazón un rescoldo en el que la duda se alimentaba. Esto podía leerse en sus ojos, en los que la incertidumbre y la sospecha se mezclaban con rayitos de esperanza.

Los dos muchachos se aproximaron a nuestro grupo y casi sin aliento dijeron:

—Señora García, usted anda buscando a su chiquillo, a su Carlitos, ¿verdad?

—Sí, sí, ella lo busca. Todos nosotros lo hemos andado buscando desde hace mucho rato.

No fue la mujer de García la que contestó a los muchachos; fue otra mujer del grupo, la que urgió a los chicos para que diesen una respuesta rápida.

—Bueno, ¿dónde está? ¡Digan pronto!

La mujer de García miraba a los chicos como si vinieran de otro mundo.

—Carlos se ha ido a Tlalcozautitlán —dijo el mayor de ellos, tartamudeando en fuerza de querer hablar rápidamente sin tomar aliento.

—Sí, es verdad —confirmó el menor—. Es absolutamente cierto, señora García;

lo juro por Dios.

—Bueno, entonces ya todo está arreglado —dijo la mujer del maquinista, dando golpecitos amistosos en el hombro a la de García.

—¿No lo había dicho? —dijo una mujer—. Un chico no puede desaparecer con el viento.

Los hombres nada agregaron. La mayoría regresó a los grupos en los que habían dejado una discusión interrumpida.

La mujer de García frunció el ceño como si tuviera gran dificultad para pensar. Llevándose ambas manos al regazo, miró a los muchachos sin hablar. Ellos se sentían molestos con su mirada y trataron de echar a correr, pero ella cogió a uno por un brazo, obligando al otro a permanecer allí también.

—¿Dijiste que se había ido a Tlalcozautitlán?

—Sí, señora; ésa es la pura verdad.

—¿En qué se fue a Tlalcozautitlán?

—A caballo, señora.

—¿En el caballo de quién? ¿En el caballo de quién pudo él haberse ido?

La mujer de García interrogaba a los muchachos con una calma mortal, con voz que atemorizaba. Solo una mujer condenada a muerte, con una sola hora de vida por delante, podría interrogar con esa calma, tratando de encontrar un nuevo testigo cuyo testimonio decidiera al gobernador a concederle el indulto.

—¿De quién era el caballo? —repitió la interrogación, ya que ninguno de los chicos había contestado.

Él mayor habló:

—Un muchacho más grande que yo, vino por este camino, en un hermoso caballo blanco.

—Sí, eso es verdad, señora —agregó el menor—; él venía sentado en un hermoso caballo blanco y dijo…

El mayor tomó nuevamente la palabra:

—Y el muchacho que venía en el caballo blanco dijo: «¿Quieres venir conmigo, Carlos? Estoy cabalgando velozmente.»

—:¿Y qué contestó Carlos?

—¿Vas a Tlalcozautitlán? —preguntó Carlos—. El muchacho no respondió, solamente meneó la cabeza. Entonces Carlos exclamó: «¡Qué bueno, así iré contigo a Tlalcozautitlán y allá me compraré un montón de dulces! Tengo veinte centavitos que me dio mi hermano grande, quien nos ha venido a ver desde Texas.» Entonces el muchacho del caballo blanco dijo: «Bueno, vámonos; es muy rápido, horriblemente rápido; estaremos allá en un suspiro.» Y diciendo eso, ayudó a Carlitos a subir en el caballo, y apenas hubo subido, el jinete se lanzó como un relámpago y no le vimos más.

Cada vez que alguno de los chicos hacía una parada o vacilaba durante el relato, el otro tomaba la palabra y continuaba la historia, que por todas las apariencias

parecía verídica. Dos chicos de su edad no eran capaces de inventar una historia como aquélla. La mujer de García penetraba el semblante de los chicos y ellos la miraban a los ojos con franqueza. Entonces ella recorrió con la vista el semblante de los presentes, aunque era difícil distinguir claramente su expresión.

Manuel llegó a donde se encontraba nuestro grupo. Algunos niños habían ido a buscarlo para avisarle que ya tenían noticias del niño en la casa del maestro maquinista.

La mujer de García le miró. Entonces volvióse rápidamente hacia los dos chicos y les dijo casi a gritos:

—¡No lo creo! Carlos jamás se habría ido de la casa estando Manuel aquí, y más sabiendo que se va mañana temprano. Él nunca hubiera perdido el tiempo que podía pasar a su lado. Y si realmente sus deseos eran ir a Tlalcozautitlán, habría venido a decírselo a Manuel y le hubiera obligado a acompañarlo.

—Pero es cierto, señora, él se fue con aquel muchacho grande —insistió el mayor.

—¿Quién era ese muchacho? —preguntó la García.

—No sabemos.

—¿Cómo es posible eso? ¡No saben! ¿No saben ni siquiera quién es ese muchacho?

—No, nosotros no le conocemos, señora —repitió el mayor.

El menor dijo:

—Yo le vi pasar una vez por aquí con un burro cargado, pero él no se detuvo ni para beber agua, como hacen todos los arrieros que pasan por este lugar.

El maestro maquinista se aproximó y preguntó:

—¿Cómo era el muchacho del caballo?

Hasta aquel momento los chicos habían sido precisos en su relato. Pero cuando trataron de dar respuesta a la nueva pregunta, se confundieron e incluso incurrieron en contradicciones. Ni siquiera recordaban cómo era aquel muchacho. Cuando se les preguntó si era indio, blanco o mestizo, dijeron que no lo habían visto lo bastante cerca y que había tal oscuridad que no habían podido distinguir si era blanco o indio, porque más bien habían fijado su atención en el hermoso caballo. No pudieron, cuando se les preguntó, describir siquiera la montura del caballo. El menor insistió en que no llevaba montura, en tanto que el mayor sostuvo que la llevaba. Tampoco pudieron dar ningún detalle acerca de la forma en que el muchacho iba vestido.

Sin embargo, la hora en que ellos decían que aquel muchacho había invitado a Carlos a subir en su caballo coincidía con la hora en que el chico había sido visto por última vez. De acuerdo con lo que ellos decían, hacía una hora que Carlos se había ido. Es decir, las ocho. Y eran exactamente las ocho cuando el chico se había ido con la rapidez del viento hacia donde sabía se encontraban Manuel v su padre. A partir de aquel momento, su madre no lo había vuelto a ver.

Todos los presentes, excepto la madre, habían creído la historia, sobre todo

cuando algunos de los hombres declararon que habían visto a algunos arrieros dirigirse a Tlalcozautitlán a caballo. Y agregaron, además, que los muchachos no tenían ninguna razón para inventar esa historia en aquellos momentos angustiosos, ya que lo único que podrían ganar, si se les descubría mintiendo deliberadamente, era una buena zurra.

García despertó de su letargo y buscó un caballo para dirigirse a Tlalcozautitlán. Era muy posible que el muchacho que montaba el caballo blanco se hubiera dirigido a algún lugar más retirado que Tlalcozautitlán y que al pasar por allí hubiera dejado a Carlos solo. A los muchachos les gusta hacer semejantes malas pasadas a sus compañeros, especialmente cuando éstos son más pequeños, sin ponerse nunca a pensar en las consecuencias. A esas horas todas las tiendas del lugar estarían cerradas y en las calles no había nunca luces. Carlitos estaría entonces sentado en algún lugar oscuro, asustado y llorando, o tal vez se habría quedado dormido. Y si por casualidad hubiera sido hallado por alguna buena gente, no habría sabido dar razón de dónde vivía, porque el poblado no tenía nombre y no hubiera podido ser encontrado ni en el mejor mapa. Se le conocía únicamente por «los jacales del río», y sitios como ése hay cientos en la República.

La actividad de García ensillando el caballo, escuchando una veintena de opiniones acerca de cuál era la vereda más corta, porque no había camino, llenó a su mujer de esperanzas. Por lo menos ella pensó que aquel sentimiento era una esperanza, pero lo que en realidad le ocurría era que sus pensamientos tomaban un nuevo derrotero. Se sentía mejor sabiendo que su hombre iba camino de encontrar al niño en el sitio donde todos aseguraban se encontraba. Se sentó con otra mujer en un banco y pronto empezaron a conversar acerca de las cosas de todos los días.

Manuel estaba recargado contra el tronco de un árbol, y por lo menos en aquel momento no tenía deseos de mezclarse con las muchachas, como los otros jóvenes lo hacían, ya que la excitación había pasado. Pero al cabo de diez minutos se encaminó lentamente al lugar en que se hallaba la suya y ambos desaparecieron por donde las sombras eran más profundas.

Sleigh había mostrado muy poco interés en el asunto y yo hubiera querido saber qué cosa era capaz de interesarle. Algunas veces pensé que era un perezoso mental, un abúlico, pero entonces le consideré como a un hombre sabio que ha llegado a la conclusión de que nada importa, ni siquiera su propia muerte. Es verdad que tenía interés en su ganado, pero a menudo dudé de ese interés, porque tal vez lo mostraba solo por considerar que le pagaban por tenerlo. O quizá sentía realmente cariño por el ganado y no deseaba que los demás se enteraran de ello. Cuando la excitación había llegado a su grado máximo, él me dijo que juzgaba conveniente regresar a su casa para ver si la vaca extraviada había vuelto. Cuando regresó, los dos muchachos estaban contando su historia.

Después ayudó a García a coger un caballo y a ensillarlo. En seguida se aproximó a mí, con toda calma, y me dijo con su hablar lento que la maldita vaca no había

regresado y que daría cualquier cosa por saber dónde podía estar a aquellas horas de la noche.

XII

Un muchacho llamó a Manuel, quien después de un rato salió de la oscuridad, y yo me aproximé para oír lo que quería decirle.

—No es cierto que Carlos se haya ido a Tlalcozautitlán —dijo el chico—; yo sé que Carlos y otro muchacho se fueron a Pacheco, y no en caballo, sino en burro.

—¿Tú lo viste? —preguntó Manuel escépticamente.

—Claro que lo vi, de otro modo no lo dijera; ¿qué cree usted, que soy un mentiroso?

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—Simplemente porque no sabía que aquellos dos muchachos les habían dicho que Carlos se había ido a Tlalcozautitlán.

La mujer de García oyó sus últimas palabras, dio un salto y corrió hasta donde estábamos. Sacudió salvajemente al muchacho por los hombros y gritó:

—¿Qué acabas de decir?

El chico repitió su cuento y juró por todos los santos que había visto a Carlos montado en burro con otro muchacho por la vereda que conduce a Pacheco. La García hundió la cabeza entre los hombros. Todo su cuerpo se encogió. Tenía la boca abierta y sus ojos resplandecían como los de un condenado.

El maestro maquinista la tomó por un brazo y la sacudió con suavidad, diciendo:

—No se vaya usted a afligir, Carmelita; por favor, cálmese. No deje que la pena se la coma, espere a que su señor regrese de Tlalcozautitlán; mientras tanto, nada, absolutamente nada se puede hacer.

La mujer no contestó.

Uno de los arrieros que acampaban allí, dijo:

—Conozco el camino a Pacheco; es una vereda horrible en el día y diez veces peor en la noche. Si no se la conoce muy bien es imposible regresar en la oscuridad. Ahora que, si alguien me presta una mula o un caballo, yo iré a Pacheco a buscar al niño. Nuestras mulas están muy cansadas, no podrían hacer ese camino estando tan fatigadas.

En seguida le ofrecieron una mula, y cuando ya había montado se aproximó un muchacho subido en un burro y se ofreció a acompañarlo, diciendo que él también conocía el camino.

—Muchachos, ¿tienen bastantes cerillos? —preguntó el maestro maquinista, sabiendo que tendrían que encender antorchas para alumbrar los lugares estrechos del accidentado camino.

—Tenemos bastantes —contestaron.

La mujer de García fijó la vista en la oscuridad, entre la que los dos se habían perdido. Se pasó la mano por los cabellos y se volvió a mirar al jacal del maestro maquinista.

El rayito de esperanza que había tenido por algunos minutos, al ver a todos tan

confiados en la creencia de que el chico debía estar en Tlalcozautitlán, había desaparecido. Nunca fue recia su esperanza. La certeza que le había invadido en el primer momento volvió a apoderarse de ella. Había perdido a su niño. Sabía lo que nadie en el mundo podía saber. Ella, su madre, sabía que el niño no volvería jamás. Su corazón y su instinto, ese instinto primitivo de las madres indias, no le habían mentido. Cualquiera podía abrigar dudas, pero ella, de hecho, nunca había dudado. Solo había tratado de esperanzarse para no volverse loca. Pero en aquel momento se enfrentaba a su certeza y volvía en sí. El resplandor desapareció de sus ojos, y, como llevada de una enérgica resolución, se rehizo. Había mucho que hacer, ella tenía que preparar muchas cosas para su niño. Tenía que ocuparse, no importaba lo que hubiera ocurrido; ella tenía que ver a su amorcito una vez más, una vez más tenía que tomarlo entre sus brazos y estrecharlo contra su corazón y cubrirlo de besos. Lo encontraría, aunque tuviera que sacarlo de las profundidades del infierno. Tenía que hallar aunque fuera lo que de él restara.

Con pasos firmes y rápidos atravesó el puente y se dirigió a su jacal. Unos minutos después se deslizaba con una linterna en la mano entre la maleza que cubría la ribera opuesta. Por momentos desaparecía entre la yerba para aparecer luego en la ribera. Llevaba la linterna colgando de una mano y extendió el brazo sobre el río para alumbrar el agua fangosa. Llamaba a su nene por los nombres más dulces que podía imaginar y que su corazón le inspiraba. Mirándola desde el lugar en que yo estaba, cada uno de sus movimientos parecía fantasmal. Todos esperaban escuchar de pronto el grito espantoso.

Durante medio minuto permaneció aún en la ribera, pensando en lo que debía hacer. Tenía los brazos colgantes e inmóviles; con la mano derecha sostenía la linterna, que le iluminaba el vestido, dejándole la cara medio velada. Nunca había visto un semblante como aquél: parecía ser la creación de un artista loco que hubiera pretendido pintar a la Naturaleza.

En el lado opuesto, la gente estaba reunida estrechamente, mirando a la madre solitaria que intentaba encontrar a su nene ayudándose de la linterna.

Eran dos campos enemigos separados por el río, dos mundos opuestos entre sí: uno, invadido por la pena más profunda; el otro, con el egoísta sentimiento de estar libre en cierto modo del destino cruel de aquél.

Algunos hombres cruzaron el río para reunirse a la madre. Con desgano se deslizaron a través de la maleza, sabiendo que allí no encontrarían al niño. Aquello lo hacían solo con el deseo de mostrar a la madre su voluntad de hacer todo lo que estuviera en su mano para aminorar su sufrimiento.

La madre vino a reunirse con nosotros. Cuando iba cruzando el puente tendía la linterna sobre el río, pero la luz difícilmente penetraba el agua fangosa y amarillenta. La mujer del maestro maquinista salió a su encuentro, y poniéndole una mano sobre el hombro le dijo:

—Esperemos, Carmelita. Veamos qué ocurre antes de afligirnos. Venga, nos

sentaremos un rato en la banca; ya deje de romperse la cabeza. Yo estoy segura de que el niño se fue con aquel muchacho. Ya habrá razón para afligirse si los hombres regresan sin haberlo encontrado. A lo mejor ya lo hallaron, y, de cualquier modo, nada logramos afligiéndonos; lo único que cabe hacer es esperar.

—Carlos no se ha ido —dijo la mujer de García con firmeza y convicción—. Él nunca se va cuando Manuel está en casa.

—¡Huy, huy, Carmelita! ¡Qué es eso, muchacha! —dijo la mujer del maestro maquinista riendo—. Lo que pasa es que usted solo tiene uno. ¿Qué sabe usted de estos chamacos? Yo, con mis cinco, sí que sé. Ellos hacen siempre aquello que uno ni siquiera puede imaginar.

La mujer de García colocó la linterna sobre el piso, a sus pies. Volvió la cabeza hacia el río y, con ojos cansados, trató de penetrar la oscuridad. Después se volvió al grupo de mujeres que se hallaban a su alrededor y recorrió el semblante de cada una sin decir palabra. Aun cuando se encontraba en medio de amigos y vecinos, se sentía enteramente sola en el mundo. Inclinó la cabeza y cerró los ojos por unos instantes. De pronto, su cuerpo se estremeció y gritó:

—¡El niño está en el río! ¡El niño se ha ahogado!

Todos se estremecieron de horror como si un rayo hubiera caído allí mismo. La mujer del maquinista luchó para recobrar el aliento y finalmente dijo:

—Carmelita, por el amor de Dios, por la Virgen Santísima y el Niño Jesús, no cometa usted ese horrible pecado contra Nuestro Señor. ¿Cómo puede usted decir semejante cosa? ¿Se ha vuelto usted loca, mujer?

La García lanzó un profundo suspiro y se sintió aliviada del nudo que desde hacía media hora tenía en la garganta. Estiró el cuello y movió la cabeza haciendo un amplio círculo como para librarse mejor de aquella pesadilla. Su mirar se tomó cuerdo, casi brutalmente cuerdo. Al fin volvió en sí.

Cuando todos permanecían aún como idiotizados, la mujer de García empezó a hablar con tanta claridad que sus palabras fluían, haciendo pensar que ella sabía de memoria lo que decía. Se desprendía de su ansiedad, hablando rápidamente, tratando de resumir todos los pormenores acerca de su nene.

—Cómo estaba excitado el niño aquella noche y cómo había estado toda la tarde. Nunca lo había visto así. Nervioso, travieso, moviéndose sin cesar. Si lo hubiera encadenado habría roto la cadena, tan agitado estaba. Había perdido el sentido de lo que hacía. Era imposible retenerlo en casa más de dos minutos. Siempre tenía necesidad de regresar a donde Manuel se encontraba, y para allá salía como un rayo. Conocía muy bien el camino del puente y el puente mismo, mejor quizá que cualquiera de nosotros, porque desde que él pudo correr había atravesado el puente no menos de cien veces diarias, sin pensar siquiera en que podía haberse caído, porque sabía que podía atravesarlo hasta con los ojos cerrados. Pero ahora llevaba en los piececitos los zapatos, los lindos zapatos nuevos con suela pulida y laqueada, de los que tan orgulloso estaba. Y así no era lo mismo. ¿Pero cómo podría él saberlo?

Era imposible que tuviera la seguridad y el control que tenía cuando caminaba descalzo. ¿Cómo podía un niñito como él saber la diferencia que hay cuando uno lleva zapatos? A mí me acaba de ocurrir. Ahora, cuando cruzaba el puente, por poco me caigo. Vi la linterna de la casa del maestro y me fui derecho a la luz, y solo cuando tropecé con el borde y casi perdí el equilibrio recordé que el puente no conduce directamente a la casa, sino que se tiende hacia la derecha. Cuando eso ocurrió, mi primer pensamiento fue que sin duda el niño, en medio de su excitación, corriendo locamente, sin poner ningún cuidado al atravesar el puente, debió haber tropezado con el borde y caído al río. Por eso cuando me dirigía hacia acá, lo primero que hice fue preguntar por él. De otro modo, si esto no me hubiera ocurrido, no habría pensado en él sino hasta haberle visto nuevamente. Y créanme todos ustedes, cuando pregunté por él y todos me contestaron que no lo habían visto, supe instantáneamente que ya era demasiado tarde, porque mi corazón se llenó repentinamente de pena.

Nadie interrumpió a la madre mientras hablaba. Pasó un largo rato sin que se dijera una palabra. Todos pensaban en lo que ella acababa de decir. Había tanta sensatez en su dicho, que muchos de los presentes empezaron a creer que todo había ocurrido como ella lo decía.

La mujer del maquinista fue la primera en hablar.

—Sea usted razonable, Carmelita; lo que usted dice es imposible. No puede ser. Alguien hubiera oído al niño tropezar y caer al río. Sin duda se hubiera escuchado el choque de su cuerpo en el agua.

Un tropiezo, una caída en el río, el ruido del choque en el agua. Miré a mi lado y encontré los ojos de Sleigh, que me miraba en aquel preciso momento. Ninguno de nosotros tenía deseos de decir algo.

—No, no; eso es imposible —dijo un hombre—. Nosotros lo hubiéramos oído; si un chico como él cae al agua hace ruido, ¿no es verdad? ¿Escuchó alguien el ruido? Por lo menos yo, no. Además, un niño de su edad no cae al agua y desaparece simplemente. Hubiera gritado, aullado como un diablo. Hubiera pateado y manoteado haciendo un ruido terrible que se habría oído a una legua de distancia. No, no me digan a mí que cayó al río, eso yo no lo creo.

—Naturalmente, hubiera hecho un ruido horrible —aseguró el maestro maquinista—. Yo conozco bien a ese chico. No había un solo día en el año que él no se metiera al río a nadar y a patalear y a hacer un escándalo tal, que cualquiera habría pensado que todo el río le pertenecía. Ese chico es como un pez en el agua. Él se hubiera salido volando con o sin zapatos, y si hubiera tenido alguna dificultad, habría vociferado como un demonio, seguro que lo habría hecho.

La mujer de García había escuchado todo aquello sin interrumpir ni una sola vez. Sin embargo, tenía que defender a su niño. Sin duda que él habría podido ganar la orilla, él solito, y hubiera gritado también si no hubiera podido salir. Pero ¿cómo habría de gritar? Llevaba puestos sus zapatos nuevos y no andaba seguro sobre sus

pies. Corriendo a través del puente, tan rápidamente como podía, y sin pensar más que en Manuel, debió haber tropezado con sus zapatos en el borde.

Si hubiera ido descalzo se habría podido detener de algún modo, pero las suelas eran lisas y estaban tan pulidas como un espejo. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que pasaba debió haberse golpeado la cabeza contra el borde o contra algún poste del puente, perdiendo el conocimiento inmediatamente, y antes de volver en sí debió encontrarse en el río, con la barriguita llena de agua y la garganta aplastada. ¿Cómo podía haber hecho algún ruido?

Una vez que ella se hubo expresado con sensatez bastante para convencer a los oyentes de que no estaba loca, no tuvo más que agregar. Nadie hubiera podido convencerla de que el niño se hallaba en cualquier otro lugar. Ella sabía que estaba en el río y de allí tenía que sacarlo. Eso era lo único en que podía pensar.

XIII

Ni los hombres ni las mujeres quedaron satisfechos con lo dicho por la mujer de García. Simplemente comentaron que ella imaginaba todo aquello porque estaba fuera de sí.

Alguien recordó entonces a los muchachos que estaban cantando sentados al borde del puente, más o menos a la hora en que se suponía que Carlos había caído al río. Pero cuando se les preguntó declararon que no habían visto ni oído nada, porque ellos solo miraban al agua y pensaban en sus canciones, pero que, no obstante, tenían la certeza de que el chico no hubiera podido caer al agua sin que ellos hubieran visto o escuchado algo. Desde luego, agregaron, la noche estaba muy oscura y hubiera sido difícil ver al chico si éste se hubiera hallado a la mitad del puente, y, además, ellos no habrían dado importancia al ruido, porque estaban muy interesados en sus canciones y porque, después de todo, un pez saltando fuera del agua para cazar un mosquito podía haber producido un ruido semejante.

—Ya ha oído usted, Carmelita —dijo el maestro maquinista—. Estos muchachos han estado aquí sentados durante toda la noche y no han oído absolutamente nada, ni el más ligero ruido. Ya ve que ha inventado una historia que no tiene fundamento. Es imposible que eso haya ocurrido como usted se imagina.

La mujer de García permaneció silenciosa.

Alguien dio otra opinión para convencerla de que estaba equivocada.

Dos hombres, dándose cuenta de que yo no había opinado, me preguntaron intempestivamente qué era lo que yo pensaba. Yo sabía en dónde estaba el niño, también Sleigh lo sabía. Le vi encogerse de hombros como si deseara contestar por mí. Entonces hablé:

—¿Qué puedo yo decir, amigos? Yo no conozco todos los escondites, rincones, agujeros, árboles y túneles de por aquí, en los que un chiquillo puede esconderse. Así, ¿qué puedo yo decir? Cualquiera puede caer al río; ¿por qué no había de caer el niño? Ya les he dado mi oponión. Es posible. Todo es posible bajo el cielo. Por lo tanto, es posible que el chico haya caído al agua, cualquiera puede caerse en cualquier momento.

—Entonces, ¿usted cree que haya caído al río?

—El señor tiene mucha razón —dijo un hombre próximo a mí—. ¿No se acuerdan, hace solamente un año, que a tres kilómetros de aquí se ahogó el egipcio, aquel egipcio que tenía allá su jacal y plantaba lechugas y cebollas para venderlas en el mercado?

—Sí, lo recuerdo perfectamente —alguien dijo—; pero las circunstancias eran enteramente diferentes. Aquel egipcio se estaba bañando en el río e inesperadamente fue a dar a una parte muy profunda, en la que desapareció para no salir jamás.

Un indio viejo se aproximó a nuestro grupo y me preguntó:

—¿Qué cree usted, señor? ¿Qué podríamos hacer? ¿Qué debiéramos hacer?

Un ciento de gentes hablaba, negaba y volvía a hablar, pero nadie sugería algo práctico. El indio viejo fue el primero en hacer algo.

—Ya que me lo ha preguntado, le diré que debe buscarse en el río por ambos lados del puente y hasta unos cincuenta metros siguiendo la corriente. Si el niño está realmente en el agua, lo encontraremos; por lo menos así sabremos en dónde está. Es más, si los hombres que salieron a buscarlo vuelven sin haberlo hallado en ninguna de las dos partes y, al mismo tiempo, nosotros no lo hemos encontrado en el agua, entonces sabremos que hay que buscarlo por toda la selva.

La mujer de García volvió a cruzar el puente. Después de un rato se aproximó al borde y extendió la linterna sobre el agua tan lejos como pudo. Repentinamente lanzó un grito horrible.

Algunos muchachos corrieron hacia ella. Regresaron en seguida y, señalándose la cabeza, dijeron:

—La señora se ha vuelto loca, porque en el agua no hay nada.

No era necesario que nos lo hubieran dicho, porque aunque el niño se encontrara allí, en aquel preciso lugar, la señora García no hubiera podido verlo porque el agua era demasiado fangosa y la luz de la linterna muy débil.

Sin embargo, ella gritaba continuamente. No bien había terminado uno de aquellos largos lamentos cuando ya estaba iniciando otro más agudo y plañidero. Era el grito de la india primitiva, lamentando la muerte de algún ser amado. No era llanto, era un aullido que parecía acusar al cielo. Era el aullar de un animal al que le han matado al macho o al cachorro, pero yo podía reconocer en aquel aullar casi salvaje el mismo dolor que hay en el silencioso llanto de una mujer americana.

Si todas las mujeres hubieran estado convencidas de que el niño se había ahogado, todas se hubieran unido a las lamentaciones de la señora García. Y se hubieran unido con toda la compasión de que las madres y las esposas son capaces cuando abren su corazón y su alma al sufrimiento de otra madre o de otra esposa. Porque solo una madre y una esposa pueden saber el dolor que sufre otra cuando ha perdido al ser amado. Porque lo que ocurre a una madre ocurre a cada una de las madres de la tierra en el mismo instante, dondequiera que viva, porque en toda la eternidad no es una sola mujer, no es solo la mujer de García en una selva de la América Central la que pena hondamente, son todas las mujeres sufriendo y llorando siempre.

Ninguna otra mujer estaba segura de la muerte del niño. Permanecían quietas. Algunas de ellas llamaban a sus pequeños, como si ellos estuvieran en peligro, y estrechaban a sus nenes contra el pecho, sintiendo que era aquel el lugar más seguro que podían ofrecerles.

Dos hombres cruzaron el puente y con desusada delicadeza y cariño condujeron a la señora García hacia la orilla, haciendo que se sentara en el banco que se hallaba en el pórtico de la casa del maestro maquinista. La mujer del maestro maquinista le dio a beber agua y, sentándose a su lado, le acarició los cabellos maternalmente y le secó

las lágrimas con la punta de su rebozo.

Los hombres estaban parados alrededor, pensando en qué podrían hacer y qué conducta debían seguir en esa situación. Era difícil su presencia ante aquella madre que había perdido a su niño, y quien, a pesar de toda la amistad que se le mostraba, estaba sola en el mundo. Tenían un sentimiento de culpabilidad y sentían deseos de esconderse. Nadie hablaba. Cada vez que la mujer iniciaba su llanto la cara de los hombres se descomponía. Su embarazo llegó a ser insoportable y empezaron a hacer lo que todo hombre hace cuando empieza a sentirse superfluo, es decir, aparentaron estar muy ocupados en algo que en realidad no tiene importancia.

Sin pronunciar muchas palabras y sin esperar los consejos de nadie, corrían como venados de un lado para otro. Algunos traían madera, otros se llevaban sus machetes y se internaban en la maleza para traer más leña. Se hicieron grandes hogueras en ambas márgenes, arreglándolas de tal manera que los dos extremos del puente quedaron iluminados.

Uno se desvistió, se lanzó al agua y empezó a bucear a lo largo del río. Era una empresa peligrosa que podía haber costado la vida al buzo.

El lecho del río estaba fangoso y cubierto con toda clase de plantas acuáticas de las que solo se hallan en los trópicos, mezcladas con yerbas y arbustos que el agua arrancaba de las orillas y que se detenían en el puente cuando eran arrastradas por la corriente. Unos minutos después, otro hombre se desvistió, se lanzó al agua y empezó a bucear también. Al poco rato ya había seis cuerpos bronceados en el río. Las mujeres y las muchachas se colocaron a lo largo de la ribera para ver a los hombres desnudos que buscaban al chico en el agua. Los oscuros cuerpos oscilantes aparecían como cubiertos de una película dorada y plenos de juventud, no obstante que muchos de los hombres eran padres ya. Su cabello grueso, largo y revuelto, se veía más negro y grueso aún cuando sus cabezas aparecían en la superficie. Respirando profundamente, miraban hacia el puente, desde el que eran observados por otros hombres y mujeres sin decir una palabra. Pero era fácil leer en sus oscuros ojos la respuesta a la callada interrogación:

—¡Nada! ¡Nada!

Entre los hombres que se hallaban en el río apareció un indio muy viejo, con cabello blanco. Su cuerpo se mantenía aún bien formado y esbelto, pero era menos moreno, menos ágil y flexible que los otros. Su piel era menos dorada y su pecho menos fuerte. De allí que no pudiera permanecer bajo el agua tanto tiempo como les era posible hacerlo a los jóvenes. Sin embargo, cuando los muchachos daban señales de cansancio era él quien los animaba a proseguir.

El maestro maquinista apareció en el puente llevando un largo gancho de hierro atado a un lazo. Empezó a caminar despacio por el borde, tirando del gancho y dragando con él el fondo del río. Cada vez que sentía que había cogido algo levantaba el gancho, encontrando solo algunas yerbas y ramas.

Sleigh estaba parado cerca de la bomba.

Me dirigí a él y le dije:

—Si tuviéramos un bote podría hacerse algo más. Es una lástima que el maestro maquinista no tenga uno.

—Río abajo hay un bote que pertenece a un alemán que cría pollos y cosecha jitomates, sin lograr con ello hacer dinero. Tiene un bote muy bueno hecho en casa, pero se encuentra por lo menos a tres, si no es que a seis kilómetros de aquí. Y lo que es peor, el camino no puede hacerse antes de que salga el sol.

Nos dirigimos hacia otro grupo, con el que Sleigh empezó a hablar de cosas que no tenían relación alguna con el niño. Tenía razón, no se puede hablar todo el tiempo sobre la misma cosa; es necesario vivir, con el niño muerto o no.

XIV

Era un cuadro, un cuadro exuberante, grandioso, pleno de realidad, de vitalidad, de colorido.

En ambas márgenes del río ardían grandes hogueras. Las llamas se elevaban a gran altura, resplandeciendo. Mil sombras diferentes, unas largas, otras cortas, unas gruesas y otras finas, se extendían ya de un lado, ya de otro; ahora, jugando sobre el campo; luego, barriendo el agua y el puente, para ser tragadas al fin por la selva, apareciendo nuevamente al cabo de dos segundos. Sobre el puente se hallaban alineados una veintena de hombres y de niños, alumbrando el agua con antorchas y ocotes encendidos. Otros corrían como venados a lo largo de las riberas, prendiendo nuevas hogueras o llevando luz a alguno de los buzos que la pedía gritando. Las antorchas que llevaban los hombres que pasaban corriendo dejaban largas columnas de humo.

Hombres y jóvenes de piel bronceada llevaban combustible fresco a las hogueras. Enjambres, cientos, miles, millones de chispas se elevaban al cielo oscuro. Aquí y allá había muchachos arrodillados en el puente inclinándose con sus antorchas lo más lejos que podían sobre el río.

Las mujeres, alegremente ataviadas para el baile, con sus vestidos baratos, de colores brillantes, con coronas de lindas flores silvestres sobre la cabeza y pequeños ramilletes prendidos al pecho y a la cintura, muchas de ellas con un niño en brazos y otro pendiente de su mano, caminaban asombradas de un lado a otro del puente. De vez en cuando algún grupo de gente corría a determinado lugar del puente para aproximarse a alguno de los hombres que gritaba, creyendo haber encontrado algo importante.

Pequeñas nubes, banderolas de humo, volaban sobre nuestras cabezas, como extraños pájaros nocturnos, como hadas o duendes, tratando de materializarse y de caer sobre la tierra al mismo tiempo todos.

La superficie del río parecía cubierta por millares de monedas de oro, y dentro de aquel río áureo, los cuerpos desnudos buceaban, iban saliendo, se aproximaban a alguno de los postes del puente, se quitaban el agua de la cara y sacudían su grueso cabello negro. A veces se veía a algunos de los buzos sosteniéndose de uno de los postes del puente con una mano, en tanto que con la otra se sacaba las espinas que se había clavado en sus pies entumecidos. Dando la espalda al río y la cara a la hoguera extendía sus brazos hacia ésta, abriendo y cerrando las manos con rapidez, mientras que algún amigo ponía un cigarrillo prendido entre sus labios.

Un niño que se había dormido, despertó y rompió a llorar, y otro pequeño, despertado por el llanto del primero, le imitó. Sus madres corrieron a darles de mamar.

La mayor parte de los niños se había dormido. Yacían sobre el campo, cerca del pórtico, apretados unos contra otros para calentarse y sentirse seguros. Algunos

estaban liados en su sarape y parecían tablas; otros se cubrían con telas rasgadas de algodón. Otros yacían en petates o en sacos vacíos de azúcar. Muchos estaban estirados sobre la arena, desnudos.

Los mayorcitos estaban pasando el mejor rato de su vida. Atisbaban a los buzos y apostaban a cuál de ellos podía permanecer por más tiempo bajo el agua. Otros mostraban mayor interés en las antorchas y en las hogueras, en tanto que algunos maliciosos se entretenían en jugar malas pasadas a los pequeños.

Algunos chicos a quienes nunca se les había dado la oportunidad, se aprovechaban, probando su habilidad con los órganos de boca, que habían sacado de las bolsas de los pantalones abandonados a la orilla del río por los buzos.

Así, todo el mundo parecía entretenido y gozaba de lo mejor de una fiesta que dos horas antes parecía un completo fracaso. Hasta las mulas de la caravana participaban, a su modo, en el entretenimiento general. Pastaban cerca de las orillas y de vez en cuando relinchaban con tristeza, y a través de la noche llegaba la respuesta lejana de las que se hallaban en la pradera. Frecuentemente se interponían en el camino de alguno de los hombres que se hallaba ocupado en la orilla y se ganaban algunas patadas en las ancas, pero ellas interpretaban esto como una demostración amistosa y no se movían hasta que les daba la gana cambiar de lugar, que es la forma en que suelen ganar los testarudos.

La noche enfriaba.

Ayudada por una vecina, la mujer del maestro maquinista estaba en la cocina preparando café. Su cocina era muy elegante; todos los vecinos estaban de acuerdo en eso. Las cocinas de todos los otros jacales estaban muy lejos de ser tan lujosas. Nadie más tenía una casa con la cocina separada de la habitación, y el hecho de que la mujer del maestro la tuviera demostraba claramente que ella pertenecía a una clase superior. El brasero era una caja de madera rellena de tierra, como el de Sleigh. El maestro maquinista y Sleigh eran la única gente en la comarca lo suficientemente elegante para tener aquel artefacto, que era el último grito de la moda en cuestión de braseros.

Pero el orgullo de aquella cocina, y la razón por la que todos la consideraban como la más elegante y mejor del mundo, residía en la variedad de jarros y cazuelas que la mujer del maquinista poseía. Todos estaban ricamente ornamentados con toda clase de dibujos de fantasía. Aquellos jarros tenían pintadas flores, abejas, mariposas, antílopes, pájaros, tigres, leones, perros, coyotes, aun cuando ninguna de las flores o de los animales tenía una apariencia natural. Eran creaciones de un artista indígena que de ninguna manera estaba satisfecho con el trabajo del Creador y que tenía la convicción de haberlo hecho mejor que Él, si hubiera tenido el poder necesario para crear la vida. Algunos jarros estaban cuidadosamente colocados en una repisa, otros colgaban de la pared en hileras. Siempre que alguna mujer llegaba a visitar a la del maestro maquinista se paraba enfrente de aquellas hileras de trastos y los miraba con los ojos resplandecientes, como si estuviera mirando el paraíso. Todas las otras familias del poblado usaban jarros y cazuelas comunes y corrientes, muchos de ellos

rotos o rajados. El que la mujer del maestro maquinista usara aquellas hermosas ollas era una de las razones por las cuales se la consideraba como de una clase superior.

El café, endulzado con piloncillo, hervía, mientras que en otra olla se cocían los frijoles negros. Colgado de la pared se veía el comal, y pendiente del techo, sujeta por una cuerda a una de las vigas que lo sostenían, se hallaba la canasta de las tortillas, junto con las cuales había algunas cebollas, chiles verdes y cilantro. En realidad, aquello era la despensa de la casa.

La señora García había ido nuevamente a su jacal. Ni ella misma hubiera sido capaz de decir qué era lo que buscaba o lo que esperaba encontrar. Cuando regresó, trayendo la linterna, que parecía haberse convertido en una parte de ella misma, se quedó mirando a los buzos como si estuvieran pescando algo que no tuviera para ella la menor importancia. Después, arrastrando los pies, regresó a la casa del maestro maquinista.

Manuel meditaba tristemente sentado en un banco. Su madre se paró cerca de él. Él la miró fríamente, con los ojos muy abiertos. Una idea cruzó por su mente. Saltó del asiento, atravesó el puente y por el largo camino arenoso que conducía a otros pueblos se perdió en la noche.

XV

El maestro maquinista tiraba de su gancho, dragando incansablemente. Con la pericia de un experto exploraba el fondo, tratando de reconocer cuándo se trataba de matas o si el bulto que percibía era el cuerpo del niño. Ocasionalmente sacaban un haz de hierba chorreando agua.

Los buzos empezaban a mostrar fatiga. Empezaban a espaciar los buceos y a permanecer por más tiempo asidos a los postes del puente antes de volver al agua. Algunos no llegaban a cogerse de los postes, pero nadaban hasta cerca de la orilla, donde podían permanecer de pie.

El viejo de la cabeza blanca tuvo que suspender el buceo y pronto fue seguido por los demás, que nadaron hasta la orilla, se vistieron y se aproximaron a las hogueras. Algunos de ellos tenían los labios morados y la cara pálida y descompuesta.

También las hogueras parecían cansadas, ya sus llamas no se levantaban vigorosamente. Los hombres y muchachos que las habían estado alimentando se hallaban cansados también. Gradualmente las hogueras se fueron extinguiendo hasta quedar convertidas en un montón de ascuas.

Una de las linternas de la casa del maquinista se había apagado. Se mandó a uno de los chicos que atravesara el puente y pidiera petróleo a uno de los vecinos. Dos de los buzos, vestidos únicamente con una camisa atravesada por las ingles, fumaban un cigarrillo, esperando solo que se les diera la señal para proseguir la búsqueda.

Debido a toda aquella actividad en el río y en los alrededores, todos habían llegado a dar por cierta la historia de la señora García. Los pocos que se rehusaban a creerla se basaban en la idea de que ningún ser humano, aun tratándose de un niño pequeñito, podía morir sin producir ni el más leve ruido. Para ellos la muerte era algo tan importante que no podía ocurrir silenciosamente, a excepción hecha de la de un anciano que muere en su cama, a causa de su avanzada edad. Por sus experiencias, ellos unían la muerte a gritos, sollozos, juramentos, balazos, cuchilladas, garrotazos; la caída de un caballo, un árbol derrumbado, el desprendimiento de una roca. Si alguien llega a caer dentro del río o de un lago, grita pidiendo auxilio. Siempre la muerte de un hombre es acompañada de un ruido; pollo tanto, ellos juzgaban imposible que la muerte hubiera podido pasar entre tantos hombres y mujeres como los que se hallaban reunidos en el baile sin producir siquiera el ruido que produce el viento al mover una hoja. La muerte nunca se comportaba de aquella manera. Si ellos habían buscado empeñosamente en el río, había sido con la sola idea de mostrar a la triste madre que no se hallaba sola en el mundo, que estaba rodeada de amigos y que cada uno de ellos hubiera sacrificado gustoso cuanto poseía con tal de devolverle a su nene.

Alguien tuvo una idea. Dos hombres fueron a buscar una garrocha y con ella empezaron a explorar el fondo del río, a ambos lados del puente, insistiendo en que si el niño se hallaba allí les sería fácil palparlo con una vara flexible.

Una vez más el escenario cambió enteramente. Alrededor de las extinguidas hogueras había hombres y muchachos, fumando unos y conversando de pie, y otros sentados en cuclillas. Los restos del fuego iluminaban tan poco que solo sombras de figuras podían verse.

Uno de los grupos sentados alrededor de las extinguidas hogueras se trababa en una acalorada discusión de la que solo medias frases incoherentes podían ser escuchadas, aun cuando los ademanes violentos podían verse a través del humo danzarín.

Algunos hombres y mujeres estaban sentados en el puente. Los chicos sacaban astillas ardientes de los restos del fuego y las agitaban al viento dibujando figuras fantásticas sobre los negros muros de la noche.

En alguna parte tocaban un órgano de boca, mientras tres muchachas cantaban lúgubremente escondidas entre los arbustos. De atrás del vertedero de la bomba salió la risita leve de una joven, unida a la voz semivelada, pero animada y ansiosa, de un hombre. De algún otro sitio más alejado, en medio de la oscuridad de la noche, llegaba la voz exaltada de una mujer que disputaba con un hombre. Una ráfaga de viento trajo consigo la frase del hombre, que decía en tono duro: «No grites, pueden oírte.» Y la de la mujer, que respondía: «Estáte quieto, burro.» Alguien silbaba más allá del campamento de la caravana y el silbido era arrogante y fanfarrón, como el de un hombre que acaba de vencer una situación difícil. En la plaza, frente a la casa del maestro maquinista, empezaban nuevamente a formarse grupos. Conversaban perezosamente, porque lo que se decía había sido dicho antes, por lo menos cien veces.

Las mujeres y las muchachas se paseaban o permanecían sentadas en bancos sobré montones de leña y palos podridos. Muchas de ellas iban a la cocina, donde la mujer del maestro maquinista les servía café negro y humeante en tazas de peltre o en jarritos. Cada vez que le ofrecía a alguien café señalaba con la cabeza el bote del azúcar, para aquellos que lo quisieran endulzar más. Cada una de las mujeres o de las muchachas bebía solamente la mitad y pasaba el jarro a otra persona para que todos pudieran dar aunque fuera unos cuantos sorbos. La noche había enfriado bastante y el café caliente caía muy bien. Ninguno de los invitados urgía a los demás para que le sirvieran primero. Cada cual esperaba su turno.

Sobre el puente varios hombres sondeaban aún el río con la esperanza de encontrar al niño.

Los gallos cantaron por primera vez. Eran las doce.

XVI

El maestro maquinista había cesado de lanzar su gancho al río. Se reunió a nosotros y habló de algunos otros accidentes fatales que había presenciado. Prácticamente se había olvidado al niño. Nadie lo mencionaba.

La señora García fue la primera a quien se ofreció café caliente; era la huésped de honor de la mujer del maestro maquinista y eso quería decir mucho.

En aquel pueblecillo escondido en la selva, la mujer del maestro era tenida más o menos en el concepto en que puede tenerse a una gran duquesa en alguna ciudad europea. Ella sabía leer y escribir perfectamente; por lo tanto, era considerada como una mujer altamente educada. Sus niños no tenían piojos —por lo menos no tantos como los otros niños—, y, lo que es más, nunca andaban desnudos. Los varones iban vestidos con unos pantalones rasgados y las niñas con sus remendados vestiditos de percal. El guardarropa de ella consistía en cinco vestidos de percal, todos de igual estilo, pero de diferente color. Además, tenía cinco camisas, y todas las mujeres del poblado sabían que tenía cuatro calzones, dos azules y dos amarillos, y dos fondos color de rosa. Dos de los calzones y uno de los fondos no debieran realmente haberse tomado en cuenta, porque ya habían sido desechados. También tenía arracadas de oro y una peineta española incrustada de perlitas que parecían verdaderas, pero era ella lo bastante modesta para admitir que la peineta era de pasta y las perlitas falsas.

Su esposo poseía un traje dominguero con saco y todo, lo que era de una elegancia suma en aquel poblado en que los hombres solo llevaban calzón y camisa de manta.

Tenían un despertador y un espejo adornado. Para la mesa tenían un cuchillo y dos tenedores, sin mencionar las cucharas, de las que poseían siete. Pero lo más notable de sus propiedades era un verdadero colchón con resortes y una cama de hierro, con globos de latón en los cuatro extremos. ¿Quién más en el mundo —preguntaban todos— tiene una cama y un colchón semejantes? Posiblemente el Presidente de la República.

Por supuesto que el maestro podía sostener todo aquel lujo. ¿Acaso no era él empleado del ferrocarril? Los empleados del ferrocarril son los hombres más notables del mundo. Cualquier cosa dicha por la mujer del maestro maquinista tenía una importancia diez veces mayor de lo que al respecto pudiera opinar el cura.

Aquel que gozaba de la amistad de la mujer del maestro no hubiera necesitado para nada ni de la mujer del Presidente, porque todavía está en duda que la mujer del Presidente posea dos pares de medias de seda, como la mujer del maestro, así como se duda también de que la esposa del Presidente tenga tres pañuelos de seda, uno de ellos con encaje. Eso es necesario comprobarlo antes de que cualquiera pueda creerlo, porque lo que la gente dice acerca de la riqueza de los presidentes y de los reyes y de todos esos personajes no siempre resulta cierto. En tanto que tratándose de las riquezas de la mujer del maestro no había lugar a duda, porque todo el mundo las

había visto.

Mientras las mujeres murmuraban y conversaban en la cocina, uno de los grupos se mostró repentinamente excitado. Pudo oírse un rápido relato interrumpido por un sinnúmero de interrogaciones. Una de las frases interrogantes pudo ser percibida claramente por nosotros:

—¿Qué dices? ¿Que el niño no estaba allá?

El arriero y el muchacho que lo acompañaban habían regresado del poblado vecino, al que fueran llevados por la noticia de que Carlos se había ido por allí rumbo a Pacheco.

—No, él no estaba allá y nadie lo ha visto.

—¿Preguntaron en todas partes, en todos los jacales?

—Por supuesto que lo hicimos. Todo el mundo dormía cuando llegamos. No obstante, visitamos todos los jacales y preguntamos a cada una de las familias si habían visto al niño, pero todos contestaron negativamente.

—¿No preguntaron si el chico había pasado por el pueblo solo o acompañado de alguien, de algún muchacho o de otro niño?

—Claro que preguntamos. En todo el día no ha pasado por allí nadie de Pacheco ni ha sido visto alguien que no sea del pueblo. Y si alguno hubiera cruzado el pueblo en la noche, los perros habrían ladrado.

—¿Y el camino, miraron bien por él camino?

—Sí, y estamos seguros de que no había huellas frescas. Iluminamos el camino veinte veces en sitios diferentes y no encontramos huellas de caballo o de burro, solamente las que dejara el ganado que cruzó por allí de regreso a sus corrales. Estamos enteramente seguros de que si el niño se fue solo o acompañado por alguien más no pasó por allí. Yo conozco todas las veredas que cruzan el camino principal; las revisamos cuidadosamente, sin dejar de ver una sola, y en ninguna encontramos huellas.

El arriero entregó la mula que había montado a uno de los hombres que se encontraban cerca, pidiéndole la devolviera a su dueño. Después se encaminó a su campamento, seguido aún por gentes que le hacían preguntas. Pero advirtió la presencia de la señora García, que estaba sentada en un banco del pórtico, y se dirigió a ella para enterarla de su regreso.

Ella se puso de pie y empezó a pasear su mirada interrogante por los semblantes de los hombres que la rodeaban. El arriero no pudo resistir esta mirada. Deseaba decir algo, pero ella volvió a sentarse antes de que él pudiera abrir la boca; ya sabía cuál era la respuesta. El arriero le volvió la espalda y nos miró. Parecía sentirse culpable de la desaparición del niño y no se sintió bien hasta que estuvo bastante alejado de ella y pudo encender un cigarrillo, mezclándose con los grupos de gente.

No sabiendo qué hacer me dirigí al puente, en el cual un indio seguía sondeando el fondo. De pronto se volvió a mí y me dijo en voz baja:

—Señor, ya lo tengo. Allí. Pálpelo usted con la vara, lo sentirá perfectamente.

—Tenga calma, Pérez —le dije—. Si usted hace el menor ruido ahora, en un segundo tendremos aquí amontonada a toda la gente y no podremos hacer nada. Asegurémonos antes de decir una palabra; no mueva la vara de donde la tiene ahora.

Con el mayor cuidado tomé la vara de sus manos. Centímetro por centímetro sondeé el fondo moviendo la vara suavemente. No cabía duda, en el fondo había algo; pero bien podía ser el cuerpo de un animal, un puerco, un perro o una cabra. Nuevamente empujé la vara lentamente hacia abajo contra aquello que se hallaba en el fondo y pude percibir claramente un cuerpo.

—Bueno —dijo Pérez—, ¿qué le parece?

—Todavía no estoy muy seguro. Mejor no alborotemos a la gente; quedaríamos en ridículo si diéramos ahora la nueva y esto resultara solo un montón de lodo.

Traté de medir la masa, verifiqué su ancho y su largo. Hasta aquel momento solo habíamos tocado algo que podía ser un pecho o un vientre. Sondeando hacia un lado sentí que el cuerpo no era largo y que nada de lo que palpaba podía ser tomado por piernas o brazos. Era un cuerpo que tenía las mismas dimensiones en todas direcciones, por lo que llegué al convencimiento de que lo que habíamos hallado no podía ser más que una gruesa bola de pasto o un montón de ramas enredadas por otras mayores o por lianas. Pero cualquier cosa que aquello fuera, no podía ser el cuerpo de un niño. Pérez admitió su equivocación. Sacó la vara y la dejó caer sobre el puente.

Cuando caminaba yo, alejándome de aquel lugar, volví la cara y tuve la impresión de que la vara abandonada guardaba una actitud acusadora. Quizá esto se debía a que yo estaba cansado, porque ya era más de medianoche. Me dirigí a la casa del maestro, en donde se me había ofrecido café caliente y frijoles con tortillas. Tocaba a los hombres el turno.

El puente quedó totalmente abandonado. Las mujeres y las muchachas conversaban alegremente. Parecía que el café había dado nuevas energías a los visitantes. Todo lo que había ocupado su atención durante las últimas tres horas parecía haber sido olvidado o por lo menos echado a un lado en aquel momento. Era obvio que el fastidio de aquellas gentes, que estaban de pie desde el alba, iba aumentando y sus emociones embotándose. Hasta a la señora García se la vio reír algunas veces. Como el niño no había sido hallado en el río, ella trataba de convencerse de que en realidad no había caído, sino que se hallaba en Tlalcozautitlán, como dijeran los dos muchachos, y que sería encontrado en aquel pueblecito, dormido en algún rincón.

Todos acordaron esperar hasta que García regresara de Tlalcozautitlán. Si regresaba solo y sin noticias del niño, todos permanecerían allí durante la noche y al día siguiente emprenderían una búsqueda más cuidadosa en el río. Todo iba volviendo a la normalidad. Si hubiera habido música, pronto hubieran vuelto a bailar.

Algunos hombres que andaban por ahí, cansados de conversar siempre sobre la misma cosa, regresaron lentamente al puente, tomaron la vara y el gancho y

empezaron nuevamente a sondear el río alumbrándose con una antorcha.

Durante cinco minutos la señora García estuvo observándolos. Repentinamente lanzó un grito y con la linterna en la mano corrió al puente.

Reteniendo la linterna sobre el puente, balanceándose sobre las puntas de los pies hacia adelante, gritó salvajemente:

—¡Nene mío! ¡Mi chiquito! ¡Carlitos mío! ¡Mi nene, mi nene! ¡Regresa con tu mamacita que tanto te quiere! ¡Oh, regresa, Carlitos! ¿En dónde estás, chiquito mío? ¡Carlitos, mi muchachito lindo!

El maestro maquinista y otro hombre corrieron hacia ella y la retuvieron por un brazo para evitar que saltara al río. Parecía que había perdido todo control. Agitándose, rechazando con pies y manos a los dos hombres, aventándolos hasta con la linterna para desasirse, les gritó:

—¡Déjenme ir! ¡Caray, déjenme ir! ¿Qué quieren? ¡Déjenme, por Dios o por el diablo, pero déjenme sola!

XVII

En la orilla del río, en la que yo me encontraba, un grupo de gentes empezó a llamar la atención. Se escuchaban frases excitadas, se les veía mover la cabeza y gesticular animadamente. Al acercarme vi que todos rodeaban al viejo indio de pelo blanco. El grupo que rodeaba al viejo se dirigió a la casa del maestro maquinista.

Nuevamente el puente se animó. Los chicos habían recibido del grupo de hombres ciertas instrucciones e invadiendo el puente preparaban algo que yo no podía imaginar, así que también me dirigí a la casa del maestro para enterarme de lo que ocurría.

Por todas partes la gente se mezclaba esparciéndose en todas direcciones. No cabía duda de que perseguían algún propósito, aun cuando corrían como venados sin dirección. La mayor parte de la gente, sin embargo, ignoraba la causa de aquella animación, porque parecía que aquellos que lo sabían no tenían tiempo para contestar interrogaciones. La gente se preguntaba entre sí la causa de aquella repentina agitación, y como nadie daba explicaciones, todos pensamos que se trataba del niño.

Los dos hombres que unos minutos antes habían recomenzado el sondeo trabajaban con mayor prisa que nunca, y otros dos se les reunieron.

En la casa del maestro maquinista oí al indio viejo decir:

—Sí, señora, tiene que ser una cera gruesa.

—Lo siento, solo tengo algunas delgadas, pero se las daré con gusto —repuso la mujer del maestro.

—Ésas no sirven.

El viejo miró a su alrededor y preguntó:

—¿Quién tendrá una cera gruesa? ¿Nadie de aquí tendrá una cera gruesa?

—Yo creo que nadie tiene una de esa clase —dijo la mujer—. Todas son delgaditas, como las que yo le ofrezco. Ya sé que no sirven mucho porque se derriten en seguida a causa del calor.

—¡Ojalá pudiéramos conseguir una buena cera gruesa! —repitió el viejo mirando vagamente alrededor, como si esperara que la cera le cayera llovida del cielo.

—¡Caramba! ¡Ahora recuerdo, espere un momento! —gritó triunfante la mujer del maestro—. Estoy segura de que tengo una. Solo que… —agregó con voz triste—, solo que es una cera consagrada, especialmente bendecida por el señor cura. La tengo guardada desde la fiesta de Corpus Christi en río Lodoso.

—¿Una vela consagrada? —dijo el viejo chillando—. ¿Una consagrada, realmente bendita? Mujer, muchas gracias; eso es exactamente lo que busco. Ahora no podremos fallar. ¡Démela! ¡Pronto! ¡Apresúrese! ¡Por favor, deme esa vela, señora!

La mujer del maestro maquinista tomó una linterna y desapareció del jacal. El viejo explicó a los hombres:

—¡Una vela consagrada es cien veces mejor que cualquiera otra, no importa que

sea cara o que esté recamada de adornos! ¡Ya verán cómo esta vela bendita nos dará resultado al instante!

Miró a su alrededor y descubrió un cajón de madera. Un cajón que probablemente había servido para empacar jabón o latas, pero como las lluvias lo habían bañado era difícil precisar su origen.

El viejo alumbró el cajón con la linterna y después de examinarlo cuidadosamente lo partió, tomando el pedazo que creyó más conveniente y que tenía más o menos un espesor de un centímetro y un área de veinte por diez centímetros. Le quitó los clavos, lo sopesó, juzgó su uniformidad, porque, como él explicó, los cuatro ángulos debían tener exactamente el mismo nivel; si la tabla estaba encorvada, aunque fuera levemente, no serviría. Después de examinarla cuidadosamente, dijo:

—Ésta servirá.

La mujer del maestro maquinista salió de su casa llevando en la mano un grueso cirio a medio quemar, adornado con una crucecita de papel dorado. Era uno de aquellos cirios que los niños pobres llevan en su primera comunión, porque los niños ricos llevan velas más largas y gruesas y ricamente decoradas para mostrar a Dios y a la Virgen Santísima —que de otro modo no podrían enterarse— la generosidad de los padres de esos niños —en lo que a cirios se refiere—, porque otras cosas no tienen importancia, ya que nadie las ve.

El viejo dejó la tabla en el suelo, y tomando la linterna que la mujer del maestro maquinista llevaba en la mano, la colocó junto a aquélla. Hizo con las uñas una señal en el centro de la tabla y la balanceó sobre su dedo índice, colocado en la marca, para ver si había acertado.

Satisfecho con la prueba, dejó nuevamente la tabla sobre el piso.

Encendió la vela y dejó caer sobre la marca que había hecho en la tabla algunas gotas de parafina, sobre las que asentó la vela; esperó un minuto y se cercioró de si había quedado bien sujeta. Todo esto lo hacía pacientemente y con gran cuidado.

Miró la vela desde todos los puntos y desde todos los ángulos, para cerciorarse de que estaba absolutamente derecha.

—Si estuviera inclinada hacia algún lado, aunque fuera ligeramente, habría que dudar del éxito —explicó, mientras admiraba su trabajo como hubiera podido hacerlo un artista.

Una veintena de hombres y mujeres observaban cada uno de sus movimientos. Mientras más observaban lo que hacía, más aumentaba la expresión aterrada de sus semblantes. Ellos habrían podido perder todo temor y respeto hasta por un cura católico, pero no podían perder el temor y el respeto hondamente arraigado que profesaban a aquel hombre de su propia raza, a quien consideraban investido de poderes divinos y conocedor de los secretos de la Naturaleza. Si el viejo hubiera dicho: «Ahora necesito el corazón sangrante de alguno de ustedes», una media docena de hombres y muchachos se hubieran adelantado a ofrecerlo, no por puro placer o con una débil esperanza de llegar a ser considerados como santos en el más

allá, sino porque habían perdido la voluntad propia en una especie de encantamiento.

Ninguno de ellos hubiera ofrecido el corazón, ni siquiera una mano, por complacer al cura católico; pero sus brujos y curanderos ejercen aún un gran poder sobre sus mentes y sus almas, en la mayoría de los casos para su bien.

Todo el mundo sabía que las extrañas y misteriosas manipulaciones del viejo tenían que ver con el niño perdido. Nadie hablaba. Nadie importunaba con preguntas al viejo. Mientras mayor paciencia ponía él en sus pruebas, mayor era el número de personas que lo rodeaban. Pero ya no se aproximaban a él familiarmente como media hora antes. Algo grande y difícil de comprender para ellos irradiaba de aquel hombre, haciéndole aparecer diferente. Todos estaban convencidos de que él trataba de ponerse en contacto con el más allá a favor del chiquillo.

Levantó el pedazo de madera, con el mismo cuidado y devoción que un sacerdote puede poner al elevar la custodia, y lo llevó a la orilla del río. Todos le siguieron como en procesión.

Los que permanecían aún en el puente se quedaron allí para observar lo que hacía. Los pocos que aún sondeaban con varas y ganchos dejaron de hacerlo, abandonaron sus herramientas y se aproximaron lentamente a la orilla del río.

XVIII

Una india viejísima, con el rostro surcado por un ciento de arrugas, y quien debía tener por lo menos cien años, se hallaba agazapada en el puente.

Como todos los demás, observaba la procesión, pero sin interesarse demasiado en ella, mostrando apenas una poca de curiosidad. Fumaba gustosamente un cigarro enorme. Contemplando su calma y su serenidad filosófica, pensé en lo hermoso que debe ser llegar a los cien años, no como asilado de una casa para ancianos, sino como jefe venerado y respetado de una familia o de una tribu. Después de cada fumada contemplaba su cigarro, reflexionando, sin duda, sobre el triste hecho de que todo lo bueno en esta tierra se acaba tarde o temprano, hasta un buen cigarro. Y sin duda aquél lo era, porque sus hojas no habían sido cocinadas, curadas, tostadas, perfumadas, enfriadas o endulzadas.

Por su falta de interés, concebí la idea de que, además del viejo, ella era la única que sabía lo que iba a ocurrir. Me senté a su lado, en cuclillas, a la manera india.

—¡Caray! —le dije—. ¡Su cigarro es muy bueno, *güele* a gloria!

—¡Y me lo dice usted a mí, que lo hice! ¡Además, joven, no se meta en lo que no le importa! ¿Entiende?

Pero ya era tarde para que yo dejara de meterme en lo que no me importaba; así que proseguí:

—¿Qué hacen ellos, con la vela puesta sobre la tabla?

Ella me miró con ojos a medio abrir —no, casi enteramente cerrados—, triplicando las arrugas de su rostro y manifiestamente satisfecha de mi paciencia; aspiró una gran bocanada de humo de su cigarro, consideró la cantidad de tabaco que se había consumido y dijo:

—¡Si ha de saber, maldito gringo, si ha de enterarse de la forma en que nosotros hacemos nuestras cosas sin pedir su opinión o su permiso, le diré que están buscando al bueno para nada del bastardo de esa inútil piojosa, pedazo de floja! Si ella hubiera cuidado de su chamaco y vigilado lo que hacía no tendríamos que estarnos ocupando de buscarlo y pidiendo ayuda a Dios y al diablo. Pero no se preocupe, joven, ya lo encontrarán. Ahora sí podrán encontrarlo. Lo sacarán de entre el lodo y la basura porque al fin lo están buscando debidamente. ¡Hace cuatro horas que debieran haberlo hecho así, sin esperar a que se lo comieran los cangrejos!

—¿A qué le llama usted buscar debidamente, señora?

—Buscando, sí; eso es lo que he dicho, buscando. Si el chamaco está en el río y nada más que allí, le tendrán dentro de un cuarto de hora, con tal de que la corriente no sea muy fuerte.

—Pero ¿cómo es posible que esté en el río, señora? Hemos buscado en él durante cuatro horas y no lo hemos encontrado.

Se sonrió de mí irónicamente. Sus dientes eran gruesos, largos y de un color amarillento, casi café. Las encías se le habían enjutado de tal modo que los dientes

aparecían desnudos hasta la raíz, lo que los hacía aparecer aún más largos.

—¿Qué dijo usted? ¡Ah, sí!, dijo que lo habían buscado durante cuatro horas. Bueno, ustedes han hecho eso a lo que la gente llama en este tiempo buscar; eso es lo que ustedes han hecho, es decir, nada bueno. ¡Qué listos son todos ustedes, los hombres de ahora! Hablan de supersticiones, pero no saben nada acerca de lo que hay tras el mundo, que pueden mirar con sus ojos, o es que ustedes se figuran que ven, cuando en realidad no ven nada, porque están ciegos, sordos y mudos y ni siquiera tienen olfato. Ahí está el porqué de que ustedes sufran tanto. En la forma en que usted y los otros han estado buscando, bueno, joven, puede usted estar seguro de que podrían haberse pasado siete días sin hallar al chamaco, a menos que él se hubiera presentado solo. Si se hubiera esperado hasta mañana por la mañana no hubiera quedado mucho del chico para mostrárselo a su padre, a ese maldito borracho, cuando regresara de ese inútil viaje que sin duda hizo nada más para emborracharse. Cualquier persona en su sano juicio sabe que el demonio de chico está en el río y en ninguna otra parte más. La dificultad está en que por ningún lado se encuentra una persona en su sano juicio, incluyéndome a mí, porque yo estoy tan loca, tan fuera de juicio, como todos los demás. Yo sé lo que le digo, joven, todos aquí están locos. Ahí los tiene usted esperando que el músico llegara, sin darse cuenta de que ya se encontraba aquí tocando hacía horas. Pero ellos son sordos y ciegos.

—Yo creo que usted tiene razón, señora. Lo único que no comprendo es el significado de esa vela sobre la tabla. Hemos buscado alumbrándonos con antorchas y grandes fogatas, y si no pudimos encontrarlo con tanta luz, ¿cómo creen posible encontrarlo con la lucecita de esa vela?

—Borregos, eso es lo que ustedes son, cabezas de burro. Usted y sus ganchos de hierro, y sus varas, y sus linternas. Todo eso podría servir tratándose de un perro, pero no de un ser humano. La vela sola le hallará, tan seguro como que ahora es de noche y mañana nos alumbrará la luz del sol. Todo lo que el viejo tiene que hacer es vigilar los movimientos de la vela, y en el lugar donde se estacione, justamente abajo, encontrarán al niño.

—Pero, ¿cómo podrá la vela encontrarlo, si no pudimos hallarlo nosotros?

Dio una nueva fumada, arrojó por la boca densas nubes de humo, contempló su cigarro con ojos soñadores y me recorrió de arriba abajo, como para calcular si era yo digno de seguir conversando con ella.

Nuestra conversación era difícil, porque ella mezclaba a su pobre español palabras de su dialecto indígena, y solo la viva expresión de su semblante, acompañada de alguno que otro ademán, me ayudaban a comprenderla. Cuando abría los ojos ampliamente, le brillaban como a una jovencita que relatara a su amiga íntima los detalles de su luna de miel.

Concentré toda mi atención en las actividades de los hombres que se hallaban en la orilla del río, olvidándome de hacer más preguntas a la viejecita, pero me di perfecta cuenta de que ella me observaba con el disimulo de un gato, para enterarse

de lo que yo pudiera pensar acerca de las extrañas manipulaciones que presenciaba. Tuve la seguridad de que vigilaba todos mis movimientos y hasta el más insignificante de mis gestos, y sin duda había ganado su confianza por el hecho de que tomaba con toda seriedad aquel rito o como quiera llamársele, y por ninguna circunstancia hubiera sido capaz de reírme o de mofarme de él. Porque en todas las religiones se esconde alguna razón, y la única sinrazón de ellas es el proselitismo.

En la ribera había una veintena de hombres formando círculo alrededor del viejo indio, quien tomó la tabla con la vela encendida. La flama de la vela quedaba al nivel de sus ojos. Olvidando las humildes ropas campesinas del viejo, su actitud en aquel momento debe haberse asemejado a la asumida por los viejos sacerdotes aztecas y toltecas en el momento de oficiar. Se hallaba investido de la dignidad y de la superioridad de un elevado sacerdote en el momento de celebrar algún rito misterioso. Posiblemente invocaba a los únicos dioses que tienen cabida en su corazón, porque cuando él y todos los de su raza oran en la iglesia de otro dios, éste vive sólo en sus labios, jamás en su corazón.

Mirando con el rabillo del ojo me percaté de que la viejecita no cesaba de observarme, pero yo aún no tenía nada que desaprobar en la conducta de aquellos hombres, porque, a final de cuentas, todo aquello era asunto suyo, no mío.

La viejecilla sospechó oportunamente lo que iba a preguntarle y me dijo de pronto:

—El niño llama, ¿no lo oye usted?

Posiblemente yo soñé que ella me decía aquellas palabras, lo cierto es que las escuché y repuse con aturdimiento:

—Lo siento, señora, pero no lo escucho. ¿Dijo usted que él llamaba?

—Eso es exactamente lo que dije, pero usted no debe apenarse de no poder escucharlo; yo tampoco le escucho en la forma en que escuchamos las cosas comunes y corrientes. Es solo la flama de la vela la que escucha su llamado. Nosotros solo podemos mirar su llama, pero no oímos.

—¿La luz de la vela? ¿Dijo usted la luz de la vela?

Todavía no estaba seguro de si aquello era realidad o sueño, o posiblemente era que yo no comprendía lo que la viejecita decía en su mal español mezclado con dialecto indígena. Así que le pregunté nuevamente:

—¿Quiere usted decir realmente que la luz escucha el llamado del niño?

—Sí, y no quiera hacerme creer que es tan idiota que no puede comprender lo que se le dice claramente. Le diré algo más. Nadie sabe en realidad si el niño se encuentra en el río; pero allí está, yo estoy segura, y ya verá usted cómo él llama a la luz hasta que se le aproxime. La luz le escuchará y se aproximará a él, esto es tan cierto como que hay un Dios en el cielo. Y la luz se fijará, porque la luz tiene que obedecer su llamado y no podrá hacer nada por su propia cuenta o por su propia voluntad, nunca en ocasiones como ésta.

Era de noche. Una noche profundamente oscura y todo aquello ocurría en una

selva tropical. Yo me hallaba rodeado de indios, de los cuales solo unos cuantos eran conocidos para mí. ¿Qué era todo aquello que la viejecita me había dicho? Lo que me había dicho era algo familiar de su vida. Me puse a pensar quién de los dos estaría loco, porque seguramente alguno de los dos lo estaba. Pero de cualquier modo, en una noche como aquella, en la selva, rodeado de indios, cualquier cosa que la viejecita me dijera me habría parecido sobrenatural. Posiblemente ella no podía expresarse más que en la forma en que lo había hecho, porque así estaba en armonía con todo aquello.

Veía claramente todo lo que los hombres hacían en la ribera; aquello no podía ser un sueño. Me hallaba perfectamente despierto y permanecía agazapado junto a la viejecita. Ella no habló más. Se deleitó inmensamente con su cigarro, y con mirada devoradora vigiló al grupo de hombres que preparaban la misteriosa ceremonia.

El viejo empezó a hablar en voz alta; parecía cantar. No pude comprender lo que decía porque aún me encontraba en el puente. Cuando terminó de hablar movió la tabla tres veces de arriba abajo, tres veces hacia ambos lados, y de nuevo tres veces de arriba abajo. Al cabo de unos cuantos minutos elevó la voz y volvió a cantar. Una docena de los hombres que le rodeaban repitieron el canto a manera de respuesta.

Todos los hombres se habían descubierto. Todos los allí presentes seguían con solemnidad la ceremonia.

Me aproximé tratando de comprender las palabras que pronunciaban, porque me hubiera gustado saber lo que expresaban, pero decidí permanecer un poco alejado, aun cuando las perdiera. Aquél era un servicio religioso al que ellos no me habían invitado y consideré imprudente aproximarme más, cuando todos sabían que no lo hacía movido por la fe, sino por una simple curiosidad.

Pude comprender algunas frases y darme cuenta de que las más de las palabras eran castellanas, mezcladas con palabras del dialecto indígena, que aún es hablado por cientos de familias que habitan aquella región. No obstante, la expresión «Madre Santísima» era usada frecuentemente y llegaba a mí con claridad. Yo sentía, sin embargo, que ellos rezaban a la Virgen Santísima solo con los labios, mientras invocaban desde el fondo de su corazón a la sagrada madre de sus antepasados, tal vez a Cioacoatl.

La ceremonia duró alrededor de diez minutos. El viejo elevó la tabla por arriba de su cabeza. La luz de la vela se reflejó en el agua. Mientras retenía la tabla en esa posición entonó otro pequeño cántico, al que dio respuesta el auditorio, terminando todos juntos. Yo escuché cuidadosamente, pero no pude distinguir que dijeran la palabra amén; solo oí un sonido parecido al «juuu» de las lechuzas.

Con la rapidez de un relámpago, Pérez se lanzó al agua y permaneció en ella por un momento. Después, con los brazos extendidos hacia adelante, se dirigió lentamente hacia donde se hallaba el viejo indio, quien a su vez se aproximó a él hasta hallarse también dentro del agua. Con gesto solemne entregó a Pérez la tabla y murmuró algunas palabras. Pérez hizo un ademán con la mano derecha sobre su

pecho y luego sobre la tabla. Quizá haya sido el signo de la cruz, tal vez algún otro signo. Cuando Pérez recibió la tabla también pronunció algunas palabras en voz baja como respuesta al cántico del viejo. Tan pronto como la tabla estuvo en manos de Pérez, el viejo hizo los mismos ademanes que éste había hecho con su mano derecha sobre ella y luego sobre su corazón. Después de esto regresó a la ribera caminando hacia atrás, dando la cara a la tabla. Se detuvo y esperó hasta que el agua se aquietó; entonces colocó la tabla sobre el agua con cuidado infinito. Cuando flotó, él se retiró lentamente hacia la ribera dando la cara a aquella extraña balsa pequeñita.

XIX

La tabla permaneció quieta en el agua, como si tratara de decidir el rumbo que había de tomar.

Pérez se enrolló la camisa en la cintura y regresó a la ribera con los ojos fijos en la tabla, caminó hacia atrás y volvió al puente, desde donde podría ver mejor lo que ocurría.

Según me enteré después, la tabla podría ir directamente hacia su meta, pero también podía desviarse, y entonces solo un experto sería capaz de determinar la dirección exacta.

Todos los presentes parecían hechizados; por momentos olvidaban respirar y después tenían que aspirar profundamente, en tal forma, que un prolongado lamento parecía escaparse de sus labios.

Hacían esfuerzos por no pestañear y sus ojos enrojecidos y agrandados les daban la apariencia de seres que se hallan en trance.

Algunos hombres retienen el sombrero entre sus manos, otros lo han dejado caer. Nadie fuma. No se escucha ni una palabra, ni un murmullo, ni un suspiro. Solo el cantar, suspirar y plañir de la selva llenan la noche. La gran sinfonía es inesperadamente interrumpida de vez en cuando por un silencio profundo, como si los insectos que pueblan la selva recibieran orden de guardar silencio por algunos segundos, con el único propósito de romper su canto nuevamente en un tono más elevado e intenso.

Estos intervalos repentinos en el cantar de la selva hacen más profundo el misterio de la noche y acrecientan la tensión de los hombres, quienes esperan estáticos que el milagro se opere. Nadie sabe si se realizará esta noche como se realizó quinientos o diez mil años antes bajo las mismas circunstancias. Todos los presentes tienen una fe inquebrantable. No existe uno solo entre todos ellos que ni por un instante pueda pensar en que la luz dejará de obedecer al llamado del niño. Por supuesto que podría fallar si éste no se hallara en el río, porque en ese caso no llamaría, y careciendo la luz de voluntad propia, solo puede moverse atendiendo a un llamado. Si flotara río abajo desapareciendo en la corriente, sería señal inequívoca de que el niño se encontraba en el agua.

De pronto aquel cuerpo multicéfalo lanzó un grito y tomó aliento para llenar sus dos grandes pulmones.

La tabla había principiado a moverse. Con infinita lentitud comenzó a navegar, partiendo de la orilla hacia el centro del río. Después se detuvo, se balanceó, se ladeó, tembló ligeramente y volvió a tomar la misma dirección.

El puente se encontraba lleno de gente. Los que se hallaban cerca del borde estaban de rodillas, estrechamente unidos entre sí; con las cabezas inclinadas todo lo más posible fuera del borde, acechaban con ojos ardientes los movimientos de la tabla. Nadie respiraba más de lo absolutamente necesario, en parte debido a la

tensión, pero principalmente porque su aliento hubiera podido desviar a la tabla de su curso.

Me paré en la orilla cercana al extremo del puente, desde cuyo lugar me era posible mirar las caras de todos los que se hallaban arrodillados a lo largo del borde. Aquellos rostros llenos de ansiedad eran iluminados por las hogueras que se habían encendido en los bordes. El hecho era que yo me interesaba más por aquellas dieciséis o diecisiete caras y por aquellos cuerpos de bronce que por los movimientos de la luz. Yo sabía que la tabla desempeñaría su papel a la perfección, pero en caso de que no fuera así, me importaba muy poco. Quizá nunca, durante el resto de mi vida, volvería a admirar aquel grandioso cuadro, aquel gran cuerpo humano y un número mayor de cabezas ocupadas por el mismo pensamiento, concentradas en la misma esperanza, hechizadas por el poder de la llamita de una vela común y corriente. En los profundos ojos oscuros se reflejaba la llama como una estrellita perdida. Había cuerpos medio desnudos, cuerpos solo cubiertos por harapos, y otros vestidos con camisas blancas y calzones de manta. El pelo de esos hombres es tan grueso y tan negro, que parecen llevar gorros de piel tupida sobre la cabeza.

Los sencillos trajes de los hombres y los vestidos modernos de las mujeres, comprados en bazares, hacían un triste contraste. ¿Qué pecado habían cometido esas mujeres para que la Providencia permitiera que los vendedores sirios colgaran a sus lindos cuerpos vestidos diseñados por emigrantes que se mueren de hambre reparando relojes en el East Side de Nueva York? Ellas, vestidas con su enagua de trabajo y su camisa desgarrada, se hallan en armonía con la selva, el río, el puente, la bomba asmática, el tren de carga, los lagartos, la tierra, el universo todo. Pero vestidas de aquel modo, no eran sino fantasmas teñidos con anilina, bastardas de la tierra, hijas de nadie. Gracias a Dios misericordioso y a la Naturaleza con su eterno buen gusto, todavía florecen en la selva hermosas plantas salvajes para que estas mujeres recojan cuantas flores quieran y cubran con ellas la fealdad de los productos modernos. Y es solo debido a las flores salvajes, a las orquídeas de la selva, que estas mujeres no han perdido todo contacto con la tierra de la que han nacido.

El misterioso acto de que soy testigo, la creencia de estas gentes en que se operará un milagro, la escasa luz de las linternas que cuelgan del pórtico de la casa del maestro, las llamas de las hogueras, las antorchas sostenidas por los muchachos sobre el puente, la tabla y la vela flotando sobre el río; este cuerpo pesado formado por seres excitados que no son de mi raza, respirando como si fueran un solo hombre, atisbando sin pestañear y luciendo una delicada estrella en sus ojos; el lúgubre silencio de esta masa de hombres, el nunca interrumpido cantar de la selva: todo esto me deprime y angustia mi corazón. Tengo seca la garganta y mi lengua parece de madera. ¿En dónde está el mundo? ¿En dónde está la tierra en la que yo vivía? ¡Ha desaparecido! ¿Adónde ha ido la raza humana? Me encuentro solo. No existe siquiera un cielo sobre mí. Nada más tinieblas. Me encuentro en otro planeta, del que nunca podré regresar para reunirme con los de mi especie. No volveré a contemplar verdes

praderas. Nunca más veré ondear los campos de trigo. Nunca volveré a reflexionar recorriendo los bosques y los lagos de Wisconsin. Jamás volveré a galopar sobre las planicies de Texas ni a respirar el aire de los desolados ranchos de cabras. No puedo regresar a la tierra, a mi verdadera madre; ya nunca contemplaré el amanecer. Me encuentro entre criaturas desconocidas que no hablan mi lengua y cuyas almas y mentes jamás podré penetrar. Bastaría que uno solo de ellos se levantara en este momento y señalándome con el dedo gritara: «¡Mirad ese hombre, miradle, es el blanco a quien nadie ha invitado y quien sin embargo ha venido! ¡Es el culpable! ¡Con sus ojos azules y con su tez pálida como la de la muerte ha lanzado sobre nosotros, pobres gentes, la cólera de nuestros dioses! Es un gringo. Nos ha traído infortunios y tristezas. Ayer llegó y ahora nuestro pequeñito nos ha dejado, conducido por ese hombre blanco, quien ha hecho llorar a su madre como lloran los cielos en tiempo de lluvias. Sólo ha permanecido dos días entre nosotros y el río que lo odia nos ha robado a nuestro amado niñito. ¡Miradle a los ojos y veréis cómo con ellos envenenó a nuestro niño y está embrujándonos a todos!»

Si nunca regreso, si soy sacrificado, y después de esta noche ningún cónsul, ningún embajador, ningún gobierno, nadie, sabe jamás lo que ocurrió conmigo ni en qué sitio se blanquean mis huesos bajo el sol, ya que los zopilotes no dejarán de mí nada que pueda identificarme, lo último que mis viejos sabrán de mí será que «desaparecí en un viaje por la selva», o tal vez «que fui atrapado por lagartos en un viaje de pesca por territorio pantanoso».

¿Por qué siento este malestar? Allí, sólo a unos cuantos metros de distancia, se encuentra Sleigh, mi compatriota. Blanco como yo, con ideas similares a las mías, con las mismas tradiciones y hablando la misma lengua que yo. Está parado detrás de los hombres que se hallan arrodillados en el puente, y también tiene los ojos fijos en la tabla que flota en el río. Supongamos que estos hombres, excitados por alguien, enloquecen y saltan sobre mí para hacerme pagar por la pérdida del niño. Sleigh sería mi ángel custodio, mi salvador. Me protegería con su propio cuerpo. Cierto, absolutamente cierto, porque es mi compatriota y me salvaría, cantando junto conmigo el *Star Spangled Banner*. Me salvaría. Se echaría el sombrero a la nuca y diría con gesto indolente: «Vean, muchachos, ustedes no pueden hacer eso, es estúpido; él no tiró al niño en el río. Estoy seguro de que no lo hizo, es un buen muchacho y nadie puede negarlo.» Después se volvería hacia mí y agregaría: «Perdóname, tengo que regresar para ver qué pasa con esa maldita vaca. ¡Cristo, si supiera en dónde se encuentra el maldito animal! Tal vez haya regresado a casa.» Y se iría, dejándome solo con aquella multitud enloquecida. Y cuando ya me hubieran hecho pedazos, habría regresado y les diría a sus vecinos que la vaca no había vuelto todavía, y que seguramente un par de tigres o de leones debían andar rondando por los alrededores, y después, mirando mis despojos, agregaría: «Bueno, muchachos, ustedes no debían haber hecho eso. No está bien, ya se lo había dicho antes. De cualquier modo, ¿quién hubiera pensado eso de él? Parecía un buen cuate, no creo

que él haya echado al niño en el río. No debieron haber hecho esto. Bueno, bueno, ¿quién hubiera pensado semejante cosa de él?»

Sleigh. ¿Quién es Sleigh? ¿Qué es él para mí? Nació en el mismo gran país en el que nací yo. Sin embargo, él está tan alejado de mí como lo está nuestro Presidente. Sleigh ha pasado más de la mitad de su vida entre estos indios. Está casado con una mujer india. Sus hijos no hablan ni una sola palabra de inglés, solo hablan castellano y algunas cuantas palabras indígenas. Se alimentan como los indios y comen a la manera india, sin usar el tenedor, empujando su carne, sus frijoles y su salsa con un pedazo de tortilla y haciendo tacos enormes que se meten con los dedos dentro de la boca bien abierta. Habita un jacal con el piso de tierra y el techo de ramas y se sentiría a disgusto en una casa o en una cabaña simplemente mejor.

Sin pestañear siquiera, habría podido enfurecer a esta multitud que se lanzaría sobre mí despedazándome. Estoy solo, absolutamente solo, entre estas gentes. Sé perfectamente que cualquier cosa podría ocurrirme y que no habría crucero que llegara hasta esta selva con una tripulación que se presentara gritando: «¡Hip, hip, hip, no hay qué temer, todo está en nuestras manos!» Es conveniente saber esto, y cuando se sabe, se torna uno fatalista, y mientras más fatalista me volvía más comprendía a estas gentes. No podrían soportar la vida si no fueran fatalistas.

XX

La tabla se encuentra a unos cinco metros de la orilla, se detiene durante medio minuto, empieza a girar lentamente, y girando se deja llevar hacia la mitad del río, aproximándose gradualmente a la mansa corriente. Vuelve a detenerse y a girar como si tratara de salvar la corriente. Después de algunos minutos la sigue en unos cuantos metros para detenerse bruscamente más tarde. Una vez más gira, al principio lentamente, después más y más de prisa con dirección al puente; entonces podemos ver claramente cómo se mueve contra la corriente. En realidad, yo no reconozco ningún milagro en esto, ya que en todos los ríos hay dos o más corrientes que siguen direcciones distintas aun cuando sea en tramos muy cortos. Tampoco los allí reunidos miran esto como algo extraño o milagroso; su calma obedece a otras razones; para ellos el hecho viene a convencerlos de que el niño se encuentra en el río, de que él está llamando a la luz y de que la luz tendrá que atender a su llamado. Y significa también que el niño no ha sido arrastrado por la corriente.

¿Quién tendrá la razón al fin, yo, o la multitud?

La tabla se dirige al puente; navega tan lentamente que sus movimientos solo pueden ser juzgados observando la vela y enmarcándola en algún sitio de la ribera opuesta. Se detiene balanceándose sobre la superficie; parece que hubiera sido atrapada por alguna planta o liana, y por extraño que ello parezca, la tabla lucha por libertarse. La multitud observa la lucha con mayor tensión y excitación que si se tratara de una pelea de gallos. Hay muchas caras desconsoladas. Un joven se prepara para lanzarse al agua y ayudar a la tabla a desprenderse. El viejo le ordena que no lo haga.

—No hay rama, ni yerba, ni nada que se encuentre en el río que pueda evitar que la tabla vaya adonde tiene que ir. Tenlo presente, muchacho —le dice.

El viejo había dicho la verdad. Unos minutos después de que él había hablado, la tabla se balanceó con rapidez, empezó a dar vueltas, giró sobre su eje y navegó lentamente hacia el puente, lo alcanzó y se detuvo a la altura del séptimo poste, chocó con éste cuando se hallaba justamente bajo el borde y navegó hacia el sexto poste, delante del cual se detuvo algunos minutos.

—¡Allí, esta vez es la buena! ¡Allí está el niño! ¡Ésta es la señal! —gritan exaltados una veintena de hombres.

—¡Deténganla, deténgala! —grita el viejo—. Háganlo con cuidado, muchachos. Esperemos a ver primero antes de equivocarnos y perder la última oportunidad. Todavía no se encuentra enteramente quieta la luz, yo les diré cuándo.

No bien termina de decir esto y ya la tabla ha empezado a serpentear, se retira del sexto poste, navega sin dejar de serpentear hasta que llega al quinto poste, permaneciendo aún bajo el borde del puente. En el trayecto es cogida por la ligera corriente y desviada alrededor de unos treinta y cinco centímetros.

Pero a cada instante se sale de la corriente y lucha por regresar bajo el borde,

como obedeciendo algún mandato. Ya ha llegado al quinto poste. Allí permanece algunos instantes; entonces, aún pegada al poste, se mueve alrededor de éste y navega cerca de medio metro bajo el puente.

La gente, arrodillada en el borde, se inclina hacia afuera y pega la cabeza bajo el puente para observar los movimientos de la tabla. Todos los presentes se consideran lo suficientemente estúpidos por no haber intentado buscar al niño bajo el puente y solo a lo largo de éste. Varios hombres se arrastran sobre el lado del puente que da río arriba, colgando las cabezas hacia afuera. Otros, tumbados sobre el entarimado, observan el milagro a través de las junturas y de los agujeros que forman los nudos.

La tabla, entretanto, se ha deslizado todavía más hacia abajo del puente, pero siempre en ángulo recto con el quinto poste. Ahora se encuentra en medio del puente, de allí navega hacia el cuarto poste, pero solamente recorre cerca de la tercera parte de un metro, y allí queda inmóvil, como clavada al agua, sin que la corriente o la suave brisa que recorre la superficie del río logren moverla. La forma en que la tabla se ha estacionado es enteramente diferente de como se detuvo anteriormente. De vez en cuando se estremece como si alguien respirara en el fondo y su aliento chocara contra ella, pero ha cesado de girar.

De hecho su actitud es tan clara, tan definida, que nadie puede dudar de que la tabla ha llegado a su destino final.

Un prolongado gemido parte de la multitud, como de una sola boca. Cien profundos suspiros llenan el espacio, acallando casi los millones de voces de la selva. Muchos hombres y mujeres aparecen cubiertos por gruesas perlas de sudor, en tanto que a otros les corre en arroyos por el rostro y el cuerpo. Nadie se ocupa en secarlo. Aquí y allá flotan en la noche murmullos y palabras sueltas.

La tabla empieza a danzar suavemente, como si quisiera demostrar su impaciencia; parece que desea ser aliviada de su tortura. Gira y ondea, aunque sin llegar a moverse más de seis centímetros. Se creería que trata de llegar al fondo. El viejo vigila la tabla al igual que un halcón vigila su presa. Sus ademanes denotan una infinita calma. Espera cuatro o cinco minutos más y da al fin la tan esperada señal.

—¡Ahora ya pueden bucear! ¡Allí está el pequeñito, allí está, en el río! ¡Pobre madre, Dios la salve y la bendiga!

Después da unos cuantos pasos para aproximarse al puente.

Era aquél un lugar en el que nadie había pensado. ¿Quién hubiera podido pensar que un niño que ha caído por el borde habría de ser encontrado en medio del puente? Parecía imposible.

Pérez se encuentra aún en el río. Dos hombres le siguen, pero él es el primero en llegar al lugar. Hace la tabla a un lado, cuidadosamente, a fin de que le deje espacio para el buceo.

Sólo permanece dentro del agua unos cuantos segundos; luego, sale a la superficie, respira y dice con voz gruesa:

—¡Allí está, el niño está allí, he tocado su cuerpecito!

La gente que se halla en el puente mira a Pérez, quien nadando ha alcanzado el quinto poste, del que se cuelga con una mano, en tanto que con la otra se quita de la cara el agua que chorrea de sus cabellos. Su rostro, levemente iluminado por las casi extinguidas hogueras que arden en las orillas, muestra una expresión de horror mezclado con pena mental. Mira hacia arriba y recorre con la vista la multitud. Todos saben que busca a la mujer de García, aun cuando no la ha llamado.

En este momento, y saliendo no se sabe de dónde, la mujer de García camina por el puente hacia donde Pérez está; camina arrastrando pesadamente los pies.

Todos se hacen a un lado para dejarle el paso libre. Ella ha escuchado a Pérez. Tiene la boca abierta, desea gritar; posiblemente cree que grita, pero por algún motivo no puede hacerlo. Su garganta está apretada, como acalambrada. Levanta una mano y cierra el puño, metiéndolo en su boca tanto como le es posible. El horror asoma a sus ojos. El terror flota en su rostro ensombreciéndolo a trechos, como si una parvada de pájaros invisibles volara a su alrededor. Tiembla de miedo ante la idea de su última sentencia. Desea asirse a la última partícula de esperanza y de duda. Tal vez Pérez está equivocado. Tal vez lo que ha palpado es solo un montón de zacate, ¡quiera Dios que se haya equivocado como todos los otros! Eleva lentamente los ojos al cielo, para volverlos después al camino de Tlalcozautitlán, hacia donde su marido ha ido y en donde radica el último vestigio de sus esperanzas. Seguramente el niño ha ido a Tlalcozautitlán con aquel muchacho del caballo blanco. Si no es así, este mundo es una desgracia y no hay Dios en los cielos.

Nadie dice una palabra. Solo el choque de los pies sobre el puente y el cantar de la selva pueden escucharse.

Pérez se ha sumergido nuevamente, acompañado por otro de los hombres. Pronto regresan a la superficie, con las manos llenas de matas podridas, ramas y varas chorreando agua. Se las sacuden y vuelven a sumergirse.

En la superficie aparecen bombas de agua, a la que suben yerbas, ramas y pedazos de plantas que quedan flotando. Uno de los hombres sale. No puede distinguirse quién es, pues solamente la mitad de su cara queda fuera del agua y semicubierta por un espeso mechón de pelo. Unos segundos más tarde algo negro se mira elevándose a la superficie. Sube lentamente hasta que puede ser identificado como el grueso cabello de Pérez. Por fin aparece toda su cabeza. La sacude al igual que se sacuden los perros para secarse. Sopla, respira hondamente y se eleva apartando el agua con toda su fuerza, sin hacer uso de sus brazos porque en ellos trae a Carlitos, de quien lo primero que puede verse son las rodillas. Sus rodillas rebasan el resto del cuerpo, porque están flexionadas en forma anormal, de tal manera que los talones apenas sobresalen algunos centímetros. Podría pensarse que el niño había permanecido sentado sobre sus talones durante todo el tiempo que estuviera en el fondo.

Es extraño, pero los zapatitos americanos que lleva calzados atraen la primera mirada de todos, mostrándose arrogantemente, como si ellos fueran la parte más

importante de todo el cuerpecito.

Pérez no mira hacia el puente. Nadando a ratos, balanceándose en otros, se dirige a la orilla.

—¡Chiquito mío! ¡Mi nene! —grita la mujer de García corriendo al encuentro de Pérez.

Pérez, enteramente desnudo, camina hacia la parte superior de la pequeña pendiente de la orilla, se detiene ante la madre que, vestida aún con traje de percal verde mar, adornada con flores silvestres color de fuego en el cabello, en el pecho y en la cintura, tiende sus brazos para recibir de los de Pérez la pequeña carga.

Con indescriptible nobleza y solemnidad, y con los ojos llenos de esa honda tristeza que solo puede verse en los ojos de los animales y de las gentes primitivas, camina lentamente hacia adelante, y Pérez, cuyo trabajo de toda la vida ha consistido en derribar los enormes árboles de la selva para hacer carbón con sus troncos, coloca el cuerpecito empapado sobre los brazos extendidos de la madre, con ternura tal, que su delicadeza hace pensar en un cristal tan fino y frágil que la más leve brisa podría romper.

XXI

Las mujeres lanzan un grito penetrante, plañidero, cargado de reproches. Aquel grito, al rasgar la oscuridad de la noche, parece querer atravesar el espacio para encontrar el sol. Luego decrece hasta convertirse en un lamento débil. Todas ellas se envolvieron la cabeza en los rebozos y los chales, y escondiendo la cara entre sus pliegues, lloraron amargamente.

Ya no lloraban la muerte del hijito de la García. La muerte prematura del muchachito lo había convertido en el nene de todas las madres. Solo una madre puede saber lo que sienten las demás. Solo ellas, nadie más; ni el Dios de los cielos con toda su sabiduría, con su mirar sereno, puede saber lo que una madre siente cuando pierde a su nene.

La mujer de García estrechó al niño con su brazo izquierdo y con la mano derecha oprimió las manecitas mojadas y ya marchitas.

Pérez se apartó de ella, no quería soportar su mirada; se sentía como si fuera culpable de un crimen imperdonable.

Un indio de mediana edad se aproximó a la madre, inclinó la cabeza y le habló. Ella le entregó el delicado cuerpecito, que él recibió cuidadosamente. Después retrocedió unos cuantos pasos, y fríamente, con la resolución de un médico, afianzó con firmeza al niño por los pies y lo levantó dejando que su cabeza colgara perpendicularmente. Sacudió el cuerpo varias veces, y de la boca del pequeño manó agua mezclada con sangre.

El cuerpecito ya estaba rígido, tanto, que no obstante el peso que hacía al colgar los pies, las articulaciones de las rodillas apenas se extendieron. Mientras el niño era sostenido en aquella posición apareció claramente visible una contusión sobre su frente, al nivel de la ceja izquierda. La boca y la nariz se veían deprimidas y la mandíbula superior se hallaba en parte aplastada.

Me aproximé y le volteé suavemente la cabeza porque deseaba mirar sus ojos a la luz de la linterna.

Reteniendo la cabeza en la palma de mi mano, palpé con la punta del dedo cordial un pequeño agujero en el cráneo. La volví hacia la luz y, a juzgar por las dimensiones, comprendí que aquel agujero había sido causado por un clavo grueso.

El indio que detenía el cuerpo por los pies hizo una señal a otro, quien presionó el cuerpecito entre sus manos, haciéndolas pasar del vientre al pecho sin dejar ni un centímetro. Aun entonces, el agua que manó de la boca del niño fue sorprendentemente escasa y sanguinolenta.

Gruesas perlas de llanto aparecían en los ojos de la madre, y cuando éstos ya no podían retenerlas se desbordaban, rodando por sus mejillas, sobre las comisuras de la boca, pasando por la barba hasta caer en su pecho, bañando las flores que llevaba prendidas para caer después sobre su corazón.

Bufó como si algo la presionara el pecho, produciendo con la nariz un silbido

violento que parecía haber retenido durante horas y que al fin dejaba escapar en un segundo. Las aletas de su nariz palpitaban. Miró a su alrededor vagamente, recorrió su propio cuerpo vestido con aquel traje de fiesta, y tomando una de sus orillas se sonó en ella.

Le mortificaba ver a su nene con la cabeza colgante, casi como si fuera una cabrita muerta. Miraba el cuerpo sin vida, pensando que, no obstante, debía lastimarle que le tuvieran por tanto tiempo en aquella postura. Tomó su cabeza y la levantó. Dejó caer la mirada sobre las rodillas y, abandonando la cabeza, trató de colocarlas en una postura más natural. Mientras hacía aquello se sonó varias veces en los pliegues y en las mangas de su vestido, insistiendo inútilmente en extender las rodillas del niño. A pesar de su dolor, pensaba ya en la hermosa ceremonia del funeral.

El cuerpo debía ser presentado a los dolientes y a los visitantes antes de ser enterrado; por lo tanto, tenía que estar lindo. Era aquello lo último que ella podía hacer por su nene y no quería dejarlo volar al cielo como un pobrecito.

El hombre aue trataba de extraer el agua del cuerpo comprendió el deseo de la madre y trató de ayudarla a extender las rodillas. Presionando, estirando y frotándolas entre sus rudas manos de trabajador, pudo al fin tener algún éxito. Mientra él se ocupaba de las rodillas, la madre secaba con delicadeza los zapatitos nuevos en los pies del niño. Los zapatitos habían conservado a trechos su brillantez original. Ella los presionaba y acariciaba como si formaran parte del cuerpo. Porque recordaba cuánto le habían gustado. Y mientras los acariciaba, pensaba sin duda en las misteriosas encrucijadas del destino, que convertía aquella muestra de amor fraternal en causa de la destrucción del niño. Embargada por estos pensamientos se olvidó de respirar, y el llanto sofocado casi la ahogó. Trató de tomar aire fresco; abrió ampliamente la boca para que el aire penetrara por ella, pero en vez de tomar aliento gritó tan desesperadamente que la selva pareció desgarrarse al grito de aquella madre herida acusando al universo de injusticia.

Siguieron dos segundos de silencio en los que pareció haberse desvanecido el mundo. Nuevamente se escuchó el grito de la madre.

Los hombres que allí se encontraban fueron embargados por un sentimiento de depresión y timidez. Bajaron la vista y agitaron las manos como hacen los niños cuando se hallan avergonzados. Ante el rostro angustiado de la madre, los hombres se empequeñecían; aparecían carentes de valor, miserables y con las almas vacías.

Nadie se atrevía a tocarla, nadie la consolaba por temor a cometer un error.

La mujer del maestro maquinista se aproximó, y sin decir palabra abrazó a la madre fuertemente, como si fuera a romperle las costillas; le cubrió la cara de besos y besó las lágrimas que le rodaban. Tomó la orilla de su vestido dominguero, le enjugó la cara y volvió a besarla. Las mujeres lloraron juntas, dejando escuchar sus sollozos en toda la plaza.

¿Quién hubiera pensado que la mujer del maestro, aquella mujer tan orgullosa y tan altamente respetada como la misma mujer del Presidente, tan soberbia, pudiera

conmoverse de aquel modo perdiendo toda su compostura? Es así como son las madres; ellas se entienden entre sí cuando están angustiadas. Los hombres se dejaron llevar aún más por su sentimiento de pequeñez, de pobreza, al mirar a aquellas mujeres llorando juntas como si fueran una sola. Y se sentían más y más avergonzados, sin saber por qué. Ellos solo tenían un deseo en aquel momento: el de ser capaces de llorar como lo hacían aquellas dos madres.

¡Cómo envidiaban a los dos hombres que se ocupaban del cuerpo del niño!

Sleigh apareció. Tocó al niño, pasó su mano por todo el cuerpecito y dijo finalmente:

—Está bien muerto, así es que iré a hacer café; a la mujer de García le ha de caer bien algo caliente en la barriga.

La mujer del maestro se desprendió dulcemente de los brazos de la García y miró al niño, que aún permanecía con la cabeza colgante mientras los dos hombres trataban de arreglarlo. Ella sostuvo la cabeza y echó hacia atrás el pelo mojado acariciándole suavemente las mejillas. El agua sanguinolenta le resbaló por la mano. Tomó la orilla de su vestido y le enjugó la boca y la nariz sangrante. La sangre continuaba goteando.

El niño llevaba no solamente zapatos nuevos; también llevaba calcetines, que, al igual que los zapatos, eran los primeros que se ponía, y también se los había regalado su hermano mayor. Sus pantaloncitos cortos, que apenas le llegaban a la rodilla, estaban todos remendados y no obstante llenos de agujeros. No llevaba tirantes, y en lugar de éstos tenía un cordón atado a un botón del frente cruzado por un hombro y atado al botón de la parte posterior. Llevaba la parte superior del cuerpo cubierta por una camisita de manta que ya le quedaba muy corta.

Mientras el hombre que retenía el cuerpo por los pies sacudía al niño una vez más con la esperanza de hacerle salir el agua, de una de las bolsas del pantalón cayó un silbatito de madera. Ella lo miró y empezó a llorar nuevamente. Secó las lágrimas de sus ojos para mirarlo otra vez, lo recogió y se lo guardó en el regazo.

Uno de los hombres preguntó:

—¿No llevaba sombrero?

El hombre que hizo la pregunta se mostró inquieto. Algo había que hacer; ahora podrían hacer algo útil. Podrían saltar al agua y coger el sombrero del chico.

Esta esperanza, sin embargo, se desvaneció en seguida. Si hubiera habido un sombrero, éste habría sido visto y encontrado mucho tiempo antes, o bien se lo habría llevado la corriente.

Entonces la García dijo que el sombrero estaba en el jacal, y que eso era lo que la había hecho dudar de que el niño se hubiera marchado, porque entonces se habría llevado su sombrero, ya que lo hubiera necesitado cuando regresara al día siguiente bajo el sol ardiente. La mitad de lo que ella decía tenía uno que adivinarlo, porque los sollozos la interrumpían a cada instante.

Nosotros permanecíamos aún en la orilla, no muy lejos del puente. Alguien

sostenía en alto una linterna y con su luz podía verse claramente esa parte del puente.

Sleigh había dicho: «Me parece que ha transcurrido una semana», y se había ido a hacer café para alguien.

Distinguí algo que caminaba por el puente dirigiéndose hacia donde nosotros estábamos. Aquello caminaba lenta y pesadamente, como si se tratara de un hombre muy viejo. Cuando levantaba un pie lo hacía con tanta dificultad como si lo tuviera clavado sobre el entarimado y tuviera que hacer mucha fuerza para poder moverlo. Llevaba la cabeza clavada al pecho. Antes de poder mirar la cara, pude reconocer en aquella extraña cosa, por el sombrero texano que llevaba, a Manuel. Casi durante un minuto permaneció allí parado; después se aproximó a nosotros sin levantar la cabeza. Estaba pálido, tan pálido como era posible, dado el oscuro color de su piel. Su cara aparecía pequeñita y angosta. De no haber sido por el sombrero, hubiera pasado mucho tiempo antes de que le pudiera reconocer. Tenía los ojos apagados y helados, como si hubieran perdido su luz.

La García lo miró; sus ojos estaban llenos de lágrimas. Abrió la boca para decir algo, pero los labios se le fueron cerrando lentamente y permanecieron cerrados.

Manuel fue a pararse junto a los hombres que tenían al niño, y ellos le miraron como si fuera un fantasma. Él nada deseaba ver. Estiró los brazos en tanto que su cabeza permanecía colgante, y sobre sus brazos tendidos fue delicadamente colocado el hermanito.

Nadie habló. Los hombres y los muchachos, que se habían puesto el sombrero, se descubrieron mientras se llevaba a cabo la ceremonia de la entrega del niño a su hermano.

Por algunos instantes Manuel permaneció inmóvil, con el niño en los brazos como si lo estuviera ofreciendo en sacrificio a los dioses. Era el único que llevaba el sombrero puesto. Y era aquel sombrero de ala ancha colocado sobre su apesadumbrada cabeza vencida, ocultándole la cara, lo que hacía que aquel sencillo acto apareciera como un rito misterioso.

Todo aquello me era insoportable. Fui invadido por el mismo temor que me asaltara cuando la tabla flotaba sobre el agua. A cada instante esperaba ver todas las miradas fijas en mí, como si en un momento hubiera sido descubierto como culpable de un mágico embrujamiento, y responsable, por lo tanto, de la desventura que había caído sobre aquel pobre pueblo de pacíficos nativos.

No tanto con el propósito de ayudar, como con el objeto de evitar que mis nervios estallaran, quise asegurarme de que aún estaba vivo, sano y cuerdo, y para ello hice un esfuerzo por hacer algo, aun cuando mi actividad pudiera hacer recaer sobre mí la atención de todos y tal vez ocasionar lo que tanto temía. En el preciso momento en que Manuel iba a dar la vuelta para llevarse el cuerpecito a su jacal, lo alcancé, y tocándole en un brazo, le dije:

—Por favor, amigo, un momento nada más.

Si Manuel oyó lo que yo le dije no lo sé, pero él se detuvo. Puse la mano sobre el

pecho del niño, le levanté la camisa y coloqué el oído sobre su corazón. Desde hacía mucho tiempo sabía yo que el niño estaba muerto, o por lo menos inconsciente y en agonía ya desde antes de caer al agua, y sin duda había muerto cinco minutos después de que yo escuchara aquel golpe. No, más bien después de que oí el ruido del pez saltando fuera del agua para coger un bocado de mosquitos. Aquel ruido había sido causado por un pez. Yo hubiera jurado que era un pez. Y me habría aferrado a esa creencia hasta el fin de mi vida. No deseaba ser perseguido siempre por el ruido en el agua que había escuchado aquel anochecer.

Como decía, cinco minutos antes de que el pez produjera aquel sonido sobre el agua, el niño se hallaba muerto, más allá de toda ayuda. Allí estaba la contusión sobre su ceja izquierda, allí estaba el agujero en el cráneo y allí estaba también la mandíbula superior deshecha. Estaba muerto mucho antes de que su madre lo echara de menos.

El cuerpecito que estaba tocando con la oreja se hallaba más frío que el hielo. No se escuchaba ni el más leve latido de aquel corazoncito que sólo hacía cinco horas batiera felizmente.

Nadie había esperado que yo dijera que el niño vivía aún, pero me dejaron hacer. Le levanté la cabeza. Todos me miraron con una interrogación en los ojos. Como si no hubiera quedado conforme con mi primer examen, una vez más coloqué el oído sobre el pecho viscoso y escuché por más tiempo y con mayor atención. Sentí la frialdad repugnante de la muerte, nada más, y, nada más también, pensé en la impotencia del hombre ante la muerte.

Cuando desprendí el oído del pecho no levanté la vista; me dirigí hacia la multitud sintiendo sobre mí todas las miradas, sin esperar, desde luego, que les hiciera la promesa de un milagro.

Mi temor se había desvanecido. La penosa agonía que me había acometido por dos veces aquella noche desapareció. Con el cuidadoso examen del corazón del niño, inútil como había sido, ponía de manifiesto mi deseo de ayudar y fui aceptado entre los dolientes.

XXII

Manuel, con el niño en brazos, marchaba lentamente por el puente, como a los acordes de una inaudita marcha fúnebre.

La madre marchaba a su lado, recostada sobre el hombro de una mujer que le había echado un brazo al cuello. Ambas sollozaban.

Tras de ellos marchaban los hombres con los sombreros en la mano, seguidos por las mujeres.

Al llegar al punto del puente en donde se suponía había caído el niño, Manuel se detuvo un instante. Como aún llevaba la cabeza inclinada no fue posible ver si rezaba o suspiraba, como diciendo: «¡Mira, Señor, lo que has hecho!»

La mujer de García dio un grito horrible. La que estaba a su lado la rodeó con ambos brazos y le habló dulcemente. Un hombre se aproximó al borde del puente y con algunos recios golpes de su machete señaló una cruz a manera de monumento.

La procesión siguió su marcha hacia la orilla opuesta, alcanzó el claro en el que el poblado se extiende e hizo alto en el bien barrido frente de la casa de García, donde éste había estado tocando el violín al anochecer y Carlitos había tenido un encuentro de box con Manuelito, su hermano mayor.

Siguiendo a Manuel y a las dos mujeres, entramos en el jacal, que era uno de los más pobres que yo he visto. No había ni una mesa, ni una silla, ni un banco; no existían muebles de ninguna clase, ni siquiera de los más baratos. Excepción hecha de una caja, no había allí nada que pudiera ser usado como mueble. En uno de los rincones de la estancia había cuatro troncos con los extremos enterrados, y sobre ellos un petate hecho de varas entretejidas, sobre el que se veía un sarape viejo y un montón de zacate que servía de almohada. Aquello era la cama de García y de su mujer. El niño dormía en un petate que durante el día se enrollaba y guardaba tras del catre, aunque frecuentemente el niño dormía sobre el techo de zacate, enrollado en una manta vieja. Su madre siempre había temido que un alacrán le picara, pero a él no le importaba y prefería el techo por alguna razón que nunca pudo explicar.

Algunas mujeres habían corrido al jacal, adelantándose a la procesión. Habían llevado velas y las habían metido en botellas vacías de cerveza, colocándolas sobre cajones que la mujer del maestro maquinista les había prestado. Debido a esos preparativos, el jacal presentaba un aspecto solemne. Cuando la mujer de García vio todo aquello rompió a llorar nuevamente. En esta ocasión, sin embargo, ella rechazó su desesperación rápida y resueltamente. Se sentía investida con la dignidad de un anfitrión y tenía que dedicarse solo a su tarea de preparar el funeral del niño. Los muchos quehaceres que tenía la ayudaron a olvidar su pena. Resultaba muy conveniente que ella tuviera que ocuparse de todo aquello, pues la salvaba, quizá, de convertirse en una taciturna por el resto de su vida. Las primeras doce horas son las importantes. Si uno puede sobrevivir a ellas y conservar la razón durante ese tiempo, al cabo de algunas semanas volverá a concederse valor a la vida.

Al principio ella no sabía qué hacer ni por dónde empezar. En el mecanismo de su vida diaria se había roto un importante soporte y tenía que hallar con qué sustituirlo antes de que todo volviera a marchar bien. En aquel momento ella solo sabía que tenía mucho que hacer, por lo menos en diez horas. Comenzó por cambiar de lugar los cajones que las mujeres habían llevado, después pasó las velas de unas botellas a otras, y las botellas también cambiaron de lugar, y cuando terminó de hacer todos aquellos cambios, las cosas prácticamente quedaron en la misma forma en que se encontraban antes. Después empezó a ir de un lugar a otro. Tomaba de un lado algún objeto y lo pasaba para otro. No había mucho que ella pudiera mover: alguna olla, tres o cuatro cazuelas viejas, una cuchara, un trapo, un envoltorio. Por un rato quedó inactiva, con un puño cerca de la boca, pensativa. Después corrió hacia un rincón y se inclinó sobre la caja de madera que les servía de baúl. La abrió y con ambas manos revolvió el contenido sin recordar qué era lo que deseaba. Después de mucho revolver, de sacar y meter cosas, eligió un envoltorio de ropas de algodón azul marino, todas ajadas, maltratadas, en parte ennegrecidas y en parte manchadas. Sacándolo a la luz, empezó a mirarlo volteándolo por todos lados, sin decir palabra acerca de lo que pensaba hacer con él.

Todo ese tiempo, Manuel permaneció sentado sobre un costal viejo medio lleno de maíz. Con la barba caída sobre el pecho, el sombrero cubriéndole toda la cara y su hermanito muerto entre los brazos, descansando sobre sus rodillas. Sentado así, inmóvil y sereno, tenía la apariencia de un dios de bronce.

Sleigh apareció en la puerta. Traía sobre la cabeza una mesa, la única que él poseía. Trabajó un rato para hacerla entrar por la estrecha puerta y luego la colocó en medio de la estancia. La mujer del maestro maquinista se aproximó y colocó dos sábanas sobre la burda tabla de la mesa.

Manuel se levantó, se aproximó a la mesa y colocó sobre ella, delicadamente, al niño. Después salió para perderse en la noche, sin volver la vista ni una vez siquiera.

La mujer de García corrió a la mesa, tomó las manos frías, mojadas y rugosas de su nene entre las suyas y las oprimió con el deseo de darles nuevo calor. Notó que la cabeza quedaba colgando fuera de la mesa, con la barba en alto, y vio que de la nariz y la boca manaba sangre nuevamente, formando pequeñas cintas rosadas que cruzaban la barba y el cuello. Era extraño que de aquel cuerpo muerto hacía tanto tiempo, y después de permanecer en el agua por más de cuatro horas, manara sangre todavía, aun cuando a medida que salía aparecía más mezclada con agua.

La madre sufría viendo la cabecita en aquella postura forzada. Se aproximó a su catre, tomó un montón de zacate y regresó con él a la mesa; pero a la mitad del camino se detuvo, miró a su niño y dejó caer el zacate.

Una de las mujeres salió corriendo del jacal y regresó al cabo de algunos segundos trayendo una almohadita sucia.

La mujer del maestro maquinista escarbó en el baúl de los García, sacó algunos trozos de tela verde, los cosió formando un saco, tomó un puñado de zacate del que

había en el catre, rellenó el saco y lo colocó bajo la cabeza del niño, quien en lugar de una tenía ya dos almohadas, quedándole la cabeza en posición natural para el sueño.

En las sábanas y en las almohadas pronto pudieron distinguirse pequeñas gotitas rosadas de sangre mezcladas con agua, que se fueron extendiendo hasta formar manchas grandes.

La madre le quitó los zapatos, que le llegaban hasta el tobillo, pareciendo más bien botas cortas que zapatillas. Comprendió por qué el niño se había visto inutilizado por aquellos zapatos tiesos y pesados. También le quitó los calcetines nuevos, los pantalones y la camisa, que era tan pequeñita para él, que no había sido posible abotonarla en ninguna parte.

La mujer del maestro maquinista buscó un peine. Primero partió el cabello del niño hacia la izquierda, contempló su obra, no le gustó y partió el cabello a la derecha.

Los gallos cantaron por segunda vez. Era la una.

La mujer de García levantó del piso el envoltorio de tela de algodón azul que había dejado caer, lo extendió, lo planchó y resultó ser un trajecito de marinero. Era el traje dominguero del niño, del que él había estado muy orgulloso porque ni los hijos del maestro maquinista tenían algo semejante.

La madre vistió al niño con aquel traje de marinero. Cuando ella terminó, lo miré y me estremecí de horror. Cuando él llevaba sus pantalones llenos de remiendos y de agujeros, su camisita sucia y aquel cordón atravesado por el hombro a modo de tirante, estaba muy bonito en su naturalidad; de hecho era realmente un niño de la selva. Pero vestido con aquel traje de marinero dejaba de parecer un hijo de su tierra natal. Todavía, sin embargo, el porte, la noble figura del indio de pura sangre, triunfaba sobre los vendedores y chachareros sirios de caras pálidas y pies planos, que tienen que vender cada vez más barato, si es que desean hacerlo. En vida, sólo se lo había puesto una vez para ir a una feria. Ni el saco ni los pantalones podían abotonarse. En primer lugar, porque el niño había crecido, y después, porque el cuerpo estaba lleno de agua. La madre intentó muchas veces en vano que quedara convenientemente vestido. Después de muchas tentativas infructuosas se impacientó y empezó a apretar y a pellizcar el cuerpo hasta que logró abotonar el traje. Pero había quedado tan apretado, que yo esperaba verlo reventar de un momento a otro. Ella exprimió los calcetines y los colocó cerca de la pequeña hoguera que ardía en el piso. Cuando se secaron se los puso y volvió a calzarlo con los zapatos nuevos. Mientras hacía todo esto, respiraba ruidosamente y se limpiaba la nariz con los dedos a cada momento. Después se lamentaba y suspiraba profundamente. De vez en cuando balbucía, pero nadie podía comprender lo que decía. De vez en cuando también miraba a su alrededor, cogía el primer trapo que descubría y se sonaba con él. A veces su cuerpo era sacudido por convulsiones, pero ya no gritaba, tal vez porque se había olvidado de hacerlo embargada por su trabajo de vestir al niño para su último viaje.

La gente que se encontraba dentro del jacal suspiraba, murmuraba; ella no le prestaba atención a nadie, parecía sentirse enteramente sola en aquel cuarto. Cualquier cosa que hiciera la hacía correctamente, y sin embargo daba la impresión de hacer todo como en sueños y de actuar automáticamente.

En una de las paredes del jacal había una repisita sobre la que estaba colocada una pintura en vidrio que representaba a la Santísima Virgen de Guadalupe. A cada lado del cuadro había otros más pequeños representando santos. Por ningún lado se veía la imagen del Señor. Los cuadros de los santos tenían pequeñas oraciones impresas en la parte posterior, las que ni García ni su mujer podían leer. Enfrente de la Virgen Santísima se hallaba un vaso corriente, ligeramente rajado, lleno de aceite, y sobre el que flotaba una mecha emparafinada, no mayor que un cerillo, colocada en medio de un pedacito de lata del tamaño de una moneda pequeña. El pabilo estaba prendido y ardía noche y día, iluminando con su débil flama el cuadro de la Madre Santísima. La lámpara debía arder constantemente, pero algunas veces los García no tenían los centavitos necesarios para comprar aceite, porque otras cosas de las que carecían eternamente se necesitaban con más urgencia.

Cuando la mujer del maestro maquinista llegó al jacal para arreglar las cosas no había aceite en el vaso, y uno de sus primeros actos había sido llenarlo con aceite fresco y prender el pabilo. ¿Qué hubiera pensado toda esa gente de la familia García si se hubieran encontrado con que la lámpara de la Virgen Santísima estaba apagada? Hubieran pensado que los habitantes de aquella casa eran paganos, o peor todavía, ateos, como gringos. La lámpara no producía más que un débil resplandor, pero esto bastaba a la fe y no habría demonio que se atreviera a entrar allí para escamotear algún alma.

La repisita, por lo menos para la familia García, no era solo el altar de la casa, sino el lugar en que se colocaban un sinfín de objetos seculares necesarios para el hogar. Había flores secas guardadas en jarros rotos. Envueltos en un pedazo de periódico estaban los útiles de costura, esto es, algunos trozos de tela, algunas agujas medio oxidadas, unos cuantos alfileres y trozos de hilo enredados en pedazos de papel de estraza. También había un peine, una docena de horquillas, algunos cerillos y juguetes de Carlitos, incluyendo un automovilito de hoja de lata, roto, de los que cuestan diez centavos; un anzuelo; una honda hecha de un pedazo de tubo, un corcho roto y una bolita pequeña y brillante de cristal de color, usada como canica, dos botones de metal y algunas estampitas de las que suelen traer las cajetillas de cigarros. Allí también estaba el pequeño ukulele, aquel regalo de Manuel que era todo un tesoro para Carlitos, quien había deseado formar una orquesta de baile con él y con el violín de su padre. De un ángulo de la repisa colgaba un rosario corriente. En una taza pequeñita, de casa de muñecas, se amontonaban unos cuantos centavos; junto a ella había algunas monedas de bronce que harían en total treinta y cinco centavos. Toda la fortuna de la familia.

De un alambre sujeto al techo colgaba una canasta que contenía las pocas

provisiones con que contaba la familia: dos conitos de piloncillo, algunos gramos de café en grano envueltos en un papel, medio kilo de arroz quebrado, algunos kilos de frijol negro y una media docena de chiles verdes y rojos. Atadas a la canasta había dos botellas. Una de ellas contenía sal en grano con un aspecto de suciedad y vejez; una tercera parte de la otra botella estaba llena de manteca, que en esas regiones nunca endurece, por lo que hay que guardarla en botella, porque de ser guardada en un bote abierto pronto se encontraría llena de hormigas. Como en todos los otros hogares, la canasta estaba colgada para proteger su contenido de ratas y ratones. Pero las ratas en estas regiones son excelentes acróbatas y se descuelgan desde el techo de zacate por el alambre del que penden las canastas sin la menor dificultad, y, por supuesto, roban las provisiones, porque el Señor, en su infinito saber, ha hecho de tal manera el mundo, que nadie es lo suficientemente pobre para no poder ser robado por otro ni suficientemente fuerte para que otro no pueda matarlo.

Sobre el piso de tierra, cerca de la pared, se hallaba el fogón de la familia. Había sido preparado para que se conservara a fin de que García pudiera beber algunos tragos de café al regreso del baile. Cerca del fogón, colgado en la pared, estaba el comal. Había, además, dos ollas, ninguna de las dos completa; una cacerola de hierro viejo y oxidado y el metate.

El jacal contaba con otra pieza muy pequeñita, formada por una pared hecha de otates atados con lianas. La pared era como de dos metros de altura y se elevaba paralela a la pared exterior del jacal, formando un compartimiento separado, de cerca de dos metros de ancho y como de las tres cuartas partes del jacal de largo. En aquella angosta pieza lateral se veían costales viejos, una montura vaquera, dos monturas de madera hechas en casa y de manufactura primitiva, muchas cuerdas y lazos y un canasto viejo en el que ponían las gallinas sus huevos. Las pocas gallinas que los García poseían se resguardaban en un árbol cercano a la choza, pues no había otro abrigo para ellas.

En un rincón del cuartito estaba colgado el rasgado y sucio vestido de trabajo de la mujer de García. Sobre el suelo se veían un petate y un sarape regular, que hacían la cama en que Manuel dormía durante sus visitas. En el campamento, en los campos petroleros de Texas, él tenía su buen catre, sus sábanas limpias y dos sarapes de los usados por el ejército; pero al igual que todos sus compañeros de trabajo, debía murmurar siempre acerca de la tacañería de las ricas compañías de petróleo. Desde luego que allá él trabajaba y ayudaba a las compañías a hacer millones de dólares, en tanto que aquí estaba pasando sus vacaciones, y en eso está la gran diferencia que un sinfín de gentes no puede comprender.

XXIII

Los vecinos llevaron más velas, las encendieron y colocaron dos cerca de la cabeza y dos cerca de los pies del niño. Otras dos fueron puestas frente a la imagen de la Virgen Santísima, y debido a aquellas velas y al constante entrar y salir de las gentes y al movimiento de los que se hallaban dentro, y también debido a que las mujeres llevaban puestos sus vestidos domingueros, el jacal había perdido su apariencia de pobreza y se veía como una capillita de pueblo antes de celebrarse la Misa de Gallo.

La mayoría de la gente permanecía afuera. De cualquier manera no habría habido espacio suficiente para las cien o más personas allí congregadas. Sentadas en el piso, fumaban y conversaban en voz baja. De vez en cuando alguna mujer o algún hombre entraba al jacal y alguien de los que estaban dentro salía para dejar lugar al nuevo visitante.

El hermano menor de Manuel, aquel al que todos tenían por medio loco, lloraba quedamente sentado en el umbral de la puerta. Nadie le hacía caso, ni él hacía caso de nadie, aun cuando algunos al pasar le empujaran distraídamente. En realidad no se sabía si lloraba por la muerte del niño, porque veía llorar a las mujeres o porque en aquel momento no encontraba nada mejor que hacer. Nadie le hacía preguntas ni le consolaba. Él era el único extraño, ya que yo había sido aceptado como doliente.

Manuel entró como queriendo esquivar las miradas. Vio al niño, tomó de la repisa el peine de metal y le partió el cabello para el lado contrario. Se llevó mucho tiempo en hacer aquello.

La mujer del maestro maquinista, parada entre el cadáver y la repisa, trabajaba con tiras de papel dorado, plateado, rojo, azul y verde, que había sacado solo el diablo sabe de dónde, para hacer una coronita que sería colocada en la cabeza del niño. Cuando la corona estuvo lista le prendió una crucecita que uno de los hombres, valiéndose de su navaja, había recortado de una lata y, dejando caer sobre ella unas gotas de parafina, había cubierto con papel dorado. Repetidas veces la mujer midió la cabeza del niño para asegurarse del tamaño que debía tener la corona. Las lágrimas le rodaban por las mejillas y caían sobre el papel de colores, y de vez en cuando tenía que secárselas porque no podía mirar a través de ellas. Cada vez que colocaba la corona sobre la cabeza del niño para ver cómo le quedaba, aquélla aparecía más bonita y ella sonreía bajo sus lágrimas, y cada vez que la retiraba de la cabeza, se le ocurría una nueva idea para hacerla aparecer mejor.

Los hombres que se habían ocupado de estirar las piernas al niño lograron al fin dejarlas a satisfacción de todos. Colocaron una tabla sobre la que descansaba una pesada piedra y la cruzaron sobre sus rodillas para evitar que volvieran a su postura antinatural.

Noté que su boca estaba ampliamente abierta, pero no me impresionó; me pareció enteramente natural que un niño que mira repentinamente un mundo totalmente distinto abra la boca de asombro. Nadie a quien él hubiera podido encontrar en su

viaje se habría ofendido por ello. Su madre, sin embargo, pensó diferente. Deseaba tener un bonito niño muerto y trató de cerrarle la boca, pero ésta no permanecía cerrada. Pedí un pedazo de camisa vieja y lo até fuertemente alrededor de su cara, de tal modo que la mandíbula inferior quedó firmemente sujeta a la superior, e hice un nudo bajo la barba disimulando el objeto de aquella tira de trapo.

Si alguno de los vecinos o visitantes se aproximaba a hacerle algo al niño nadie le prestaba atención, pero en cuanto yo me aproximé, muchas gentes de las que se hallaban adentro se reunieron a mi alrededor y otras entraron de fuera. Parecía como si ellos me creyeran aún capaz de hacer un milagro, posiblemente hasta de volver al niño a la vida. En todas partes se cree que los extranjeros se encuentran investidos de poderes extraños. El que yo pudiera hacer algún daño al niño, aun entonces después de su muerte, no se les ocurrió. Hacía solamente tres días que les conocía, pero como pude enterarme después, ellos hacía ya mucho tiempo que me conocían a mí. Mi fama partía de una anécdota que sobre mí se había esparcido y que tenía que ver con un indio muerto. Se decía que después de siete horas de muerto yo le había vuelto a la vida, o por lo menos que le había hecho respirar una vez más, y en la opinión de los indios, yo le hubiera resucitado a no ser por un gachupín que se interpuso en el preciso momento, ordenando un tratamiento contrario al que yo había aplicado. Así, todos los habitantes del poblado indígena donde aquello había ocurrido estaban convencidos de que yo podía resucitar a los indios siempre que me dejaran hacerlo a mi modo.

Todos aprobaron que yo sujetara la mandíbula del niño en aquella forma y por ello gané en la estimación de los dolientes.

Con la ayuda de un hombre, la mujer del maestro maquinista colocaba los brazos del niño sobre el pecho, tratando de unir sus manos como si se hallara en oración, pero ni los brazos ni las manos obedecían. Ella pareció haber aprendido lo que suponía que era de mi invención, porque ella y su ayudante ataron con cordones los brazos y las manos del niño. Los cordones se enterraron profundamente en la piel esponjosa e hinchada.

El niño tenía ya colocada la corona en la cabeza. Era admirable que la mujer del maestro maquinista hubiera podido hacer esa corona tan bonita, esa obra de arte, con aquel material primitivo. De no haberla visto de cerca, uno no hubiera podido pensar que era de papel. Y si no hubiera sido por aquel horrible traje de marinero, que le hacía a uno llorar y reír al mismo tiempo, el niño no se hubiera visto como un muchachito nacido y criado en una pobre choza, sino como el hijo de algún rey azteca destronado a quien se hubiera investido de su dignidad y reconocido su rango después de muerto.

La mujer del maestro maquinista contempló un rato el cuerpo con una sonrisa en los labios. Una nueva idea invadió su mente. No le encontraba lo bastante bonito para su gusto y para su afecto de vecina. Salió del jacal y regresó con una varita que empezó a envolver en papel dorado. Cuando terminó su nueva tarea tuvo un pequeño

cetro áureo, con una crucecita en la punta, que colocó en la mano derecha del niño, aflojando para ello los cordones que la sujetaban.

Justamente acababa de hacer aquello cuando se presentó el viejo García de regreso de su viaje a Tlalcozautitlán. Por un largo rato se quedó parado en la puerta. Entonces, sin dejar transparentar en su semblante lo que pensaba, miró a su pequeño príncipe, se quitó el sombrero y caminó hasta la mesa.

El chiquillo no era para él sólo un niño, el menor y por lo tanto el más querido y consentido. Ese niño significaba para él mucho más que sus otros dos hijos. Habiendo tenido la suerte de ser amado por una mujer bonita que tenía la mitad de su edad, él había visto en aquel niño la seguridad de una vida feliz con su joven esposa, prueba permanente para ella y para los demás de que no había cometido un error casándose.

Todos los allí presentes le miraban para enterarse de cómo reaccionaba. Todos sabían cuánto quería a su nene, el único que había tenido de su joven esposa y quizá el último que podía esperar.

Miró el cuerpo con los ojos vacíos, como si nada hubiera ante él. No podía entender eso, era imposible que comprendiera fríamente el hecho de que el niño estaba muerto y de que nunca más le oiría charlar y reír por la casa, ni volvería a trepar por su espalda para cabalgar sobre él cuando regresara de su trabajo en la floresta. Se volvió y se quedó mirando al piso como si buscara algo. Cuando levantó la cabeza, gruesas lágrimas como bolas de cristal corrían por sus mejillas. No preguntó cómo ni cuándo había ocurrido. Se detuvo un instante en la puerta, con la cabeza recargada sobre uno de los pilares, y después abandonó el jacal.

Algunos hombres, sus amigos íntimos, le siguieron. Él no los vio; dejó el patio, montó el caballo en que había llegado y corrió perdiéndose en la oscuridad.

XXIV

Como nada podía hacer en aquel momento dentro del jacal, salí. Afuera, en el campo, hombres, mujeres y niños yacían dormidos. Otros, sentados en cuclillas, conversaban. Algunos paseaban. En el dintel de todas las casas brillaban lucecitas débiles.

Los burros rebuznaban plañideramente en la pradera. La selva cantaba su eterno himno de alegría, amor, tristeza, pena, tragedia, esperanza, desesperación, victoria y derrota. ¿A qué se debía que la selva y la floresta no se afectaran con las cosas que ocurrían? Para la selva los hombres no cuentan. No acepta ni su excremento, que deja a las moscas y a los escarabajos. Solo toma sus huesos después de que los zopilotes, los antílopes y los gusanos se han satisfecho. ¿Qué es el hombre para la selva? Toma algunos árboles o algunas plantas o limpia un pedazo de terreno para levantar su jacal y plantar un poco de maíz y de frijol o algunos arbustos de café. Si abandona la cabaña por tres meses, ésta dejará de pertenecerle porque la selva recobrará su terreno. El hombre va y viene, la selva permanece. Si el hombre no batallara diariamente, la selva lo devoraría.

Caminé para encontrar a Sleigh, cuyo jacal se hallaba sólo a unos treinta metros de distancia. Lo encontré soplando a la lumbre, tenía la cara roja. Parecía que el café ya estaba listo. No era buen café; había sido molido hacía algunas semanas, si no era que algunos meses.

—¿No quiere una taza? —me preguntó en el momento en que me vio.

—Primero debe usted llevarles un poco a las mujeres; las pobres se están cayendo de fatiga.

—Bueno, si usted lo dice, usted es el que pierde. Pero no se apure, ya haré más y entonces tomará el que quiera. La mujer me dejó un kilo. De cualquier modo, yo creo que nosotros lo necesitamos tanto como las mujeres.

La muchacha, tendida en su petate y escondida tras el mosquitero, dormía ruidosamente. Posiblemente Sleigh le había contado sobre el niño. Pero no le importaba. No era suyo. Ella tenía el suyo en brazos, ¿por qué había de preocuparse? Ella no pretendía pertenecer también a la gran comunidad de madres. Ella tenía su mundo aparte.

—Coja esas tazas y ayúdeme a llevárselas a las mujeres —dijo Sleigh, señalándome una caja en la que estaban acomodadas siete tazas de peltre de diferentes tamaños.

Cuatro de ellas en tan mal estado, que no les quedaba nada de esmalte. Dos goteaban. Sleigh me dijo que si las gentes que bebieran en ellas querían alcanzar algunos tragos, deberían darse más prisa que un diablo.

—De cualquier modo, deje aquí dos para nosotros. No me gusta tomar el café en el sombrero, si puedo evitarlo. Vámonos.

Tomé las tazas y regresamos a la casa de los García. Sleigh puso la cafetera y las tazas en el suelo, sirvió el café y ofreció la primera taza a la señora García. Ella bebió

automáticamente, de un solo sorbo. La mujer del maestro maquinista y algunas otras tomaron unos cuantos tragos. Nadie bebió la taza completa, solamente la mitad, pasando el resto a la mujer que les quedaba cerca.

La mujer del maestro maquinista enrolló un cigarrillo y ofreció la bolsita de tabaco negro a la mujer de García, quien empezó a fumar después de enrollar el suyo. No se sentó, permaneció confusa, sin saber qué hacer. La verdad era que nada había que hacer.

Después de que las mujeres se sentaron por algún tiempo fumando cigarros o cigarrillos y bebiendo café, sintieron la necesidad de ocuparse en algo. Aprovechando camisas, vestidos viejos y trapos de colores brillantes, confeccionaron cubiertas y listones de fantasía para adornar al niño y el ataúd en el que sería colocado.

Sleigh me hizo una seña, dando a entender que se sentía como yo, fuera de lugar. Regresamos a su choza. Nos sentamos cerca del botecito humeante de lata que le servía de lámpara. Yo me acerqué al brasero, en el que había sido colocado un viejo tarro de peltre con agua para hacer más café.

—Oiga, ¿de dónde toman el agua que consumen en su casa?

Me miró como si no me hubiera escuchado claramente.

—Sí, el agua que tienen en el cubo.

—¡Caramba! ¡Vaya una pregunta! ¿El agua? Creo que resulta muy difícil para usted saber de dónde tomamos el agua.

—¿Querrá usted darme a entender que sacan el agua del río?

Repetí la pregunta claramente porque le vi atisbándome como si dudara de mi razón.

—¿Pues qué cree usted? No esperará que yo ni que nadie más aquí encargue a Kansas agua en botellas cerradas o que la reciba por correo aéreo del Valle de Yosemite. No debería usted hacer una pregunta tan tonta, porque yo siempre le creí un muchacho con sesos; algunas veces, quiero decir, no siempre. No me mal entienda. Mire, cuando le encontré por primera vez cerca de aquel pozo apestoso en la selva, en donde tuve que detenerlo para salvar mi pellejo de los arranques de un novato enloquecido por la soledad, ¿no le vi paladear aquella agua apestosa como si se tratara de cerveza helada? Y entonces no preguntó quién había escupido en ella o qué mula se había hundido allí, solo media hora antes. ¡Se la bebió con todo gusto y se sintió encantado de haber encontrado una poca en aquel agujero lodoso!

—Muy bien, muy bien, usted gana. Pero ahora dígame: ¿qué hay de esta agua sacada del río, con la que vamos a hacer nuestro café?

Me hizo una mueca y dijo:

—Toda el agua que ha bebido desde que llegó aquí ha sido sacada del río. No pretenderá usted que la hierva, o, como usted diría, que la desinfecte antes de que la bebamos. No me haga reír.

—Usted sabe muy bien a lo que me refiero. No hablo del agua que bebimos ayer o de la que bebimos hoy. Hablo del agua en la que solo hace algunas horas y

solamente a unos cien o ciento cincuenta metros de aquí se ahogó el niño.

—¿Y qué hay en ello? ¿Estaba el chico envenenado o qué? Su madre bebió el café que le llevamos, ¿verdad? Y le gustó, ¿no es así? Bueno, ella no me hizo la estúpida pregunta que usted me ha hecho. Ella sabía con qué agua había sido hecho el café, y si ella, la madre, pudo tomarlo, no va a ser usted quien la critique. Damos gracias a Dios de que nos dé esa agua y de tenerla todo el año, en tanto que hay cientos de miles de familias en esta República que carecen de agua durante meses y tienen que abandonar sus hogares y sus campos para buscarla, llevándose consigo sus gallinas y sus cabras y todo cuanto poseen.

Sleigh tenía razón; tal vez a él no le interesara sentarse a leer toda la columna de un periódico, pero tenía razón. Yo no debía haber pensado en aquel cuerpecito esponjoso ni en la sangre que manaba de su boca, de su nariz, de su cráneo.

Después de un largo silencio, Sleigh dijo:

—¡Dios! Yo digo que todo eso no me interesa un cacahuate. El agua es el agua, y mientras pueda beberla sin que me den calambres en la barriga, la consideraré buena y le daré gracias a Dios por ella, si Él lo quiere, y hasta de rodillas. No, no es eso lo que me interesa del agua, es ciertamente otra cosa. Lo que me intriga es aquella tabla con la vela encima. Eso es lo que me hace estremecer. Hablando francamente, todavía no me siento muy bien. Es algo notable, verdaderamente. Ya mi mujer me había contado antes sobre ello. Ella pertenece a otra región, a otra clase de pueblo, a lo que usted podría llamar otra tribu. Pero ellos hacen la cosa igual que aquí, y lo único que yo puedo decirle es que esa vela siempre encuentra al ahogado.

—¿Siempre?

—Siempre. Mi mujer me ha dicho que la vela puede incluso navegar río arriba, contra una corriente fuerte, si el hombre ahogado yace en esa dirección.

—Yo lo dudo y nadie podrá hacer que lo crea. Lo que quiero decir es esto: ningún indio puede hacer algo que no podamos hacer nosotros, y ningún indio sabe más que nosotros. Ningún hombre de otro color o de otra raza, ningún chino o hindú o tibetano, puede hacer milagros que nosotros no podamos hacer. Ésas son tonterías. Nosotros tenemos por misteriosas a otras razas, solo porque no podemos comprender bien su lenguaje ni podemos entender sus costumbres, su manera de vivir y de hacer las cosas. Es por esta falta de comprensión por la que los creemos capaces de hacer milagros, toda clase de milagros y de actos misteriosos. Yo llegué a esa conclusión durante una larga marcha a través de la selva. Yo podía aguantar la sed y el hambre tan bien como mis muchachos indios, y algunas veces aun mejor.

—Bien puede ser. Pero de cualquier modo eso nada tiene que ver con lo que estoy diciendo —dijo Sleigh—. Yo también he hecho mis experiencias, y hasta donde yo sé, usted tiene razón en lo que dice. Nosotros tenemos mayor energía o una voluntad más poderosa, mejor dicho, una voluntad mejor educada que los primitivos. Esta gente no considera de mucho valor tener una voluntad poderosa. Ellos se preguntan para qué perseguirla, si es solo una molestia y un trabajo extra. Somos nosotros los

que deseamos explotarlos, los que queremos educar su voluntad y sus energías para poderlos esclavizar mejor y obtener mejores trabajadores y forzarlos a caer en la trampa de la esclavitud en abonos, medio por el cual ellos nunca logran la libertad y tienen que hacer nuestra conveniencia, porque nosotros hemos logrado más energía y una voluntad más educada. Pero volviendo al punto, admitirá usted que hay indios que se dejan morder diez veces por un crótalo o picar por un alacrán, o por lo que usted quiera, sin que les ocurra nada malo. Y por otro lado, si un crótalo le muerde o un alacrán *güero* le pica a usted, lo tendremos muerto en menos de veinte minutos.

—No todos ellos están inmunes contra esos venenos. Yo he visto morir indios de una mordedura de serpiente, tan rápidamente como podía haber muerto un hombre blanco.

—Bueno, eso es porque no todos ellos conocen la medicina apropiada.

—Exactamente. Justamente eso es. Si nosotros conociéramos la medicina estaríamos tan inmunes como algunos de ellos están o pretenden estar. Y usted sabe bien que ellos mueren de paludismo y de otras fiebres y enfermedades, en la mayoría de los casos con mayor rapidez que cualquier hombre blanco que se cuide un poco.

Sleigh meneó la cabeza pensativo.

—¿Por qué no? ¿Por qué no? —preguntó—. Ellos son humanos, ¿o no lo son? Así que tienen que morir de una cosa o de otra.

Se levantó, se aproximó al fuego, lo removió, sopló sobre él y puso la cafetera más cerca de las llamas.

Habiéndose sentado nuevamente, dijo:

—Bueno, bueno, si usted insiste en que no hay ningún misterio y en que ningún poder oculto ha intervenido en este caso especial (quiero decir misterios y poderes que solo los nativos conocen y que solo ellos pueden invocar), entonces tal vez usted pueda explicar por qué la tabla navegó hasta donde estaba el niño y pudo señalar el lugar en que ningún hombre había podido encontrarlo.

—Admito que no lo sé. Cuando menos por ahora. Tal vez más tarde pueda encontrar alguna explicación. Tengo que reflexionar sobre ello. Yo sólo niego que exista algún misterio tras del hecho. Todo el asunto es absolutamente natural; lo único que no sé es cómo investigar la verdad.

Mientras pensaba vagamente en cómo encontrar una explicación al hecho de que la madera hubiera navegado en dirección del cuerpo, me vino a la imaginación otro método por medio del cual puede encontrarse a un ahogado, y el que recordaba haber visto poner en práctica alguna vez en mi tierra. Así que dije:

—Mire, Sleigh, le diré que nosotros no somos mucho más tontos que los indios. Yo recuerdo que una vez, cuando era chico, pudieron localizar a un hombre que se había ahogado por medio de ciertas maniobras que a mí me parecieron misteriosas. Más tarde, sin embargo, cuando tuve tiempo para reflexionar en ellas, encontré la explicación. Su canoa se había volcado. Se había buscado en el lago durante dos días, sin que el cuerpo hubiera podido ser hallado; así que al tercer día dejaron caer latas

llenas de dinamita dentro del lago y se las hizo estallar. El cuerpo pronto salió a la superficie. Todavía recuerdo que todo el mundo habló de los poderes sobrenaturales que habían intervenido para devolver el cuerpo a su familia, a fin de que tuviera un sepelio en Navidad. El ministro no perdió la oportunidad de mencionar el hecho en la iglesia, diciendo a los feligreses que el encuentro del cuerpo se debía a las ardientes oraciones de la familia, ya que la piadosa mano del Señor podía verse fácilmente en el acontecimiento. La gente explicaba el asunto en forma diferente. Dijeron que al lago le gustaba permanecer en calma, y que cuando sus aguas eran agitadas violentamente escupía el cuerpo para poder volver a la calma. Cuando crecí supe la verdad. El cuerpo de cualquier hombre o animal ahogado, hasta el de un pez, si es grande, saldrá a la superficie tarde o temprano, algunas veces durante las primeras veinticuatro horas, aun cuando otros llegan a demorarse hasta tres días. Pero si el cuerpo es retenido en el fondo por plantas acuáticas, ramas o ropas pesadas, o si se encuentra hundido en el lodo, no podrá salir. En tal caso, si el fondo del lago es agitado por una bomba, el cuerpo quedará libertado y saldrá a la superficie.

—Bueno —dijo Sleigh—, en eso no hay ningún misterio. Cualquiera puede darse cuenta de ello. Yo se lo hubiera dicho antes de que usted lo explicara. La dinamita puede hacer volar cualquier cosa que se halle bajo el cielo, hasta montañas y rocas pesadísimas. ¿Por qué no un cuerpo humano? No me haga relatos infantiles. Pero en nuestro caso, amigo, no le será tan fácil explicar por qué la madera navegó hacia donde el chico se encontraba, tal como si un piloto la guiara. Y debe usted creerme, Gales; yo vivo hace mucho tiempo entre los nativos (una generación, diría yo) y he visto cosas… ¡cosas notables, mi Dios!; cosas extrañas que ningún profesor de ninguna escuela americana o bolchevique podría explicar nunca, sin importar qué tan listo o instruido diga él que es. No le diré todas las cosas que yo he visto aquí, porque sería perder el tiempo, ya que usted no las creería, pues veo que no cree en nada. Usted pertenece a la categoría de los muchachos sabios, por lo que estoy seguro de que ni siquiera cree en los duendes. Yo creo y podría contarle un sinfín de cosas sobre ellos, pero ¿qué puede hacerse con un muchacho como usted? La madre de mi mujer puede hablar con sus parientes muertos. ¿Qué dice de eso? No importa, olvídelo. ¿Quiere otra taza de café? Ande, hay bastante.

Él tenía razón. Sleigh estaba en lo cierto. No tenía objeto discutir esas cosas con él. Había vivido demasiado tiempo entre esas gentes, había aceptado todas sus creencias. Creía, como los indios, en cuanta cosa rara veía o escuchaba. Deseaba creerlas y nunca intentó encontrar ninguna clase de explicaciones. Era por eso que los razonamientos no tenían valor para él, porque sólo se movía en un círculo sin alcanzar jamás una meta. El hecho era que yo no tenía interés en explicar todo lo que había visto aquella noche. Todo me resultaba claro. No veía misterio en nada de lo ocurrido. No estaba bajo ningún hechizo ni había autosugestión de por medio. Ni siquiera estaba somnoliento o cansado. Estaba bien despierto y con la mente fresca. Sleigh no podía contarse como testigo. Su crítica, en la forma en que él la aplicaba a

todas las cosas, no podía tomarse en cuenta en tratándose de indios. Pensaba que todos los indios poseían poderes misteriosos y un gran saber de lo sobrenatural. Creía en todo cuanto ellos le decían y en lo que su mujer le contaba. Hubiera dudado de la virginidad de la madre de Dios, pero nunca dudaba de las creencias de los indios.

Tal vez se debía al ambiente. Tal vez era debido a su fe inquebrantable. Me sorprendí al darme cuenta de que empezaba a evadir explicaciones y sentí cierto bienestar no tratando de razonar sobre las cosas hasta llegar a una conclusión. ¿Y por qué no había de dejar por la paz el asunto? Se vive más fácilmente, más feliz, más en armonía con el universo, si no se hace trabajar al cerebro continuamente acerca de cosas cuya explicación y análisis no podrán hacernos más felices ni más ricos, si es riqueza lo que perseguimos. Tomar la vida tal como es, aquí en la selva y tal vez en el mundo entero, y así se hallará su sentido cabal. ¿Qué más se puede desear? ¿Qué más se puede esperar? Cualquier otra cosa representa una negación de la vida y una tontería además, y es ésta, la tontería, de la que surgen en el mundo todo descorazonamiento, toda pena, todo infortunio.

XXV

Cuando levanté la cabeza reparé en que Sleigh se había marchado llevando consigo la lámpara.

Enfrente de mí, sobre la silla de mimbre rechinante, tan vieja y desvencijada que parecía imposible que alguien pudiera sentarse en ella sin romperla, se sentó Pérez, el indio que había sacado al niño del agua.

¿Cómo se había sentado allí tan pronto, tan inesperadamente? No lo sé. Debía haber estado soñando o dormido, mientras trataba de hacer del mundo un lugar mejor donde vivir felizmente. La primera impresión que tuve fue que, por arte de magia, SIeigh había sido cambiado por Pérez.

—Oiga, Pérez, usted me prometió esta mañana dos cotorras chiquitas, ¿cuándo me las dará?

—Hace días que no voy por la floresta, no he tenido tiempo, pero de cualquier modo iré la próxima semana.

Estaba sentado con las piernas abiertas y los brazos colgantes entre ellas.

—¿Por qué no va a la floresta, señor Pérez? ¿Es que ya no hacen carbón?

—Bueno, señor, mire usted, lo que pasa es esto: El gringo que vive allá arriba en la colina donde se encuentran los mejores árboles para hacer carbón y están anidando las mejores cotorritas que usted haya visto en el mundo; bueno…, ese desgraciado gringo que se ha de ir derechito al infierno…, bueno… él dice, el muy embustero, que yo me he robado una de sus mulas, y eso es mentira, es la mentira más grande que yo he oído en mi vida. Y dice que yo soy un ladrón puerco, un bandolero, un cabrón, un hijo de puta. Eso es lo que dice, y eso que presume de ser un gringo educado y de haber ido a la escuela. Pero lo peor de todo, señor, es que yo, siendo como soy un pobre indio, no puedo hacer nada contra él. Tengo que aguantarme. Ya ve usted que es difícil que le consiga las cotorritas que le prometí y que habrían aprendido a hablar en un instante. Por eso le decía que los loros no son buenos, deben ser cotorras. Pero eso es un embuste. Yo no soy ningún bandido. ¡Lo juro!

—Yo no creo que usted lo sea, señor Pérez, y nunca creería que usted ha robado una mula.

—Ésa es la pura verdad, señor. Y usted sí que es un caballero educado. Juro por la Madre Santísima y por el Santo Niño Jesús que nada sé de esa mula robada. Si yo fuera un bandido, créame usted, me iría derechito al infierno y por mi propio gusto. Ese gringo no es honesto. Dice que vio las huellas de mis pies al lado de las de su mula, las que él puede reconocer fácilmente, según dice, por las herraduras, y dice también que vio mis huellas y las de la mula juntas, fuera de la cerca de su pradera, y dice que siguió esas huellas no sé hasta dónde, porque eso no lo pone en claro. Nunca en mi vida he ido adonde él asegura que vio mis huaraches junto a las herraduras de la mula. ¿Cómo he de saber yo quién le robó su mula? Eso a mí no me importa.

—Bueno, Pérez, me han dicho que Erskin asegura que la mula que ha perdido

cuesta alrededor de dosciento cincuenta pesos.

—Bueno, señor, por ahí podrá usted sacar qué clase de hablador es ese gringo. ¿Sabe usted cuánto me han ofrecido por esa mula? Cuarenta pesos es lo que me han ofrecido, y ni un centavito más me han pagado por ella esos miserables rateros de Llera. Le juro a usted que es la mera verdad. Y el gringo anda contando que la mula vale doscientos cincuenta pesos en efectivo. Ésa es la clase de gringos que nos llegan por acá y de los que hemos de sufrir humillaciones. Yo sólo me puedo reír, es lo único que puedo hacer. Y ahora, para empeorar las cosas, ese americano viene a decirme que le he robado su mula. Estará usted de acuerdo en que no es ésa la forma de tratar a pobre gente inofensiva como nosotros, y en nuestro propio país. ¿Pero qué podemos hacer? Nada. Solo sufrir, eso es lo único que podemos hacer.

Mientras él hablaba enfrente de mí apenas podía verle, porque la única luz que había en el jacal era la que proyectaba la escasa lumbre del brasero.

Pérez se levantó, se aproximó al fuego y encendió el cigarrillo que había estado enrollando mientras me contaba la historia de la mula robada.

Sleigh regresó con la lamparita de lata y un jarro lleno de leche fresca. De una bolsa de papel sacó café con las manos sucias de manejar a las vacas, y en seguida echó dos puñados dentro del agua hirviente. El café se subió derramándose sobre las brasas, que rechinaron como enojadas, sacó la cafetera tomando el asa con un trapo y la colocó en el suelo junto a nosotros.

—Le prestaré mi taza en seguida —dijo a Pérez.

—Está bueno, no se moleste —contestó el indio.

—Oiga usted, Pérez, ¿estaba el niño tendido en el fondo o en qué posición se encontraba? —preguntó Sleigh.

—No, él no estaba en el fondo, ni siquiera lo tocó, según presumo… Tenía los pies y las manos enredados en las matas; estaba en cierto modo sentado sobre ellas. Y si usted quiere saber, no creo que hubiera salido nunca a la superficie, de no haberlo arrastrado nosotros. Las plantas lo retenían como si fueran cientos de brazos de un monstruo horrible.

—¿Cómo sabía usted, Pérez, que el niño estaba en aquel sitio justamente y no en otro? —pregunté.

—Eso era muy fácil de saber —dijo—. No había ningún misterio. La luz se detuvo justamente sobre él. Usted pudo verlo por sí mismo. Cualquiera lo hubiera podido sacar, una vez que la luz se hubo detenido sobre él.

—Sí, yo vi la luz detenerse sobre él, pero mi pregunta es: ¿cómo supo la luz dónde se encontraba?

—Nada tan simple como eso, señor. El niño estaba llamando a la luz para que se aproximara y nos mostrara dónde se encontraba. Así es que la luz tuvo que obedecer y acudió. Nada de raro hay en ello. Es absolutamente natural. Cualquiera puede entenderlo.

Sleigh soltó una carcajada.

—Bueno, ya lo oyó usted con sus propias orejas. ¿Está satisfecho ahora? —dijo, echándome una mirada burlona—. ¿Va usted a seguir con sus preguntas idiotas? Ya se lo había dicho yo antes. Eso es perfectamente natural. No hay nada raro en ello. En realidad, eso no encierra ningún misterio. Los indios de aquí no pueden hacer más magia de la que pudiéramos hacer usted y yo. El chico llamó a la luz, y la luz, obedeciendo sus órdenes, se dirigió a él. Esto es claro como la luz del sol, es natural y es lo que le he estado diciendo a usted todo el tiempo.

Sin parar mientes en lo que Sleigh decía, volví a dirigirme al hombre, que parecía ser el más cuerdo de los dos.

—Bueno, Pérez, ahora dígame: ¿qué hay de las dos cotorras?

—Yo no voy a la floresta. Además, no habría razón para ir allá ahora. Ellas empezaron a llegar apenas hace unos días, un amigo me lo dijo. ¿Por qué he de arrastrarme por aquella maldita maleza espinosa si no he de conseguir algo? Porque en esta época del año no se puede coger ninguna. Dentro de dos meses será fácil y podrá usted tener hasta media docena si usted quiere.

Se había servido su café y lo paladeaba lentamente como un catador profesional. Sleigh me dio otra taza y se llevó el resto a la reunión de los García.

Al poco rato regresó, se acercó al brasero y encendió otro cigarrillo. Entonces se sentó en cuclillas sobre el piso, a la manera india, dándonos el frente a Pérez y a mí, quienes estábamos sentados en sus desvencijadas sillas de mimbre.

El niño de la muchacha, que estaba tras el mosquitero, se movió ligeramente, y por el movimiento de la tela iluminada por el reflejo de la lumbre pude ver a la muchacha dándole de mamar. Antes de que estuviera satisfecho, y cuando mamaba aún, ella empezó a roncar nuevamente con tal fuerza que el jacal se estremecía.

Pérez y Sleigh empezaron a dormitar con la cabeza inclinada sobre el pecho, parpadeando. En medio de su sueño, Sleigh sintió que su cigarro se había apagado. Se levantó tambaleándose como si estuviera borracho y se dirigió con paso inseguro hacia el brasero. Encendió de nuevo el cigarrillo, se recargó sobre uno de los pilares y cabeceó nuevamente.

Durmió sólo por algunos minutos. Caminó hasta la puerta, y mirando al cielo que empezaba a clarear, y en el que aún podían verse algunas estrellas, dijo:

—Son las dos, quizá más tarde.

Miré el reloj y dije:

—Pasan veinte.

—Tengo que ir a ordeñar las vacas, si no, empezarán a inquietarse y a salir a la pradera. Pérez, ¿viene usted conmigo?

—¡Claro, vámonos!

Se había dormido con tanta rapidez, que se le había caído el cigarrillo sin que se diera cuenta de ello. Lo buscó, lo encendió y siguió a Sleigh, quien con un cubo en la mano se había dirigido ya al corral.

Sleigh gritó:

—Oiga, Gales, ¿por qué no se tumba un par de horas? Debe usted estar muerto de cansancio y seguramente que le hará bien. No se moleste por mí, hombre, usted sabe que tengo que ocuparme de las vacas. ¡Eh, Pérez! ¿En dónde está usted? ¿No viene?

Cuando Pérez dejó la cabaña, dijo:

—No se incomode, amigo, aquí estoy siempre a la mano; llámeme si algo le pasa. ¡Por la Virgen Santísima! ¿Quién puso este maldito tronco en mi camino? Cualquiera se puede romper el pescuezo aquí, ¿quién no, con estas piedras, palos y troncos regados siempre por todas partes?

XXVI

Como Pérez se había llevado la lamparita, el jacal volvió a quedar en tinieblas.

Me dejaron solo, y como no había nada mejor que hacer, me dirigí al rincón donde estaba la cama en que había dormido las noches anteriores. No era una cama en el estricto sentido de la palabra, sino una especie de hamaca.

La cama en que Sleigh y su mujer dormían estaba pegada a la pared y era parecida a la de los García, pero lo que servía de tambor estaba hecho con mayor cuidado y el colchón era más suave.

El rincón donde se encontraba la cama estaba separado del resto de la pieza principal por una pared hecha de varas de dos metros de altura, y tan separadas entre sí, que bien cabía un dedo entre una y otra. Para lograr un poco de aislamiento, la mujer de García había colocado sobre ellas algunas tiras de manta.

Bueno, estaba cansado. Me quité las botas, me aflojé el cinturón, y a la manera de los marineros me escurrí en la hamaca, en aquello que solo la codiciosa patrona de alguna casa de huéspedes barata hubiera llamado catre.

Puentes, ríos sin corriente, arrieros pidiendo más café a gritos, bombas asmáticas tosiendo, reinas de Inglaterra agitando un pañuelo roto, cuerpos de niñitos indios desnudos (algunos de ellos sin brazos), cabezas de cabello negro sobresaliendo entre el zacate de la pradera, velas encendidas nadando dentro del agua como peces, vacas con jaguares prendidos al cuello, órganos de boca que tocaban solos clavados a los pilares del puente, bandidos montados en burros blancos, una imagen de la Virgen Santísima tocando el violín, Canadá desapareciendo de la tierra y dejando un vacío, algunas líneas borradas de un periódico de Kansas impreso en un rancho de cabras de Texas, un pozo de petróleo cementado y ruido en el agua producido por un frijol saltador, una muchacha con flores en la cabeza bailando con un tambor de metal que pertenecía al Presidente, una mujer joven con guirnaldas de flores rojas enredadas en las rodillas, encorvada con desgarbo y balbuciendo en medio de sus lágrimas: «No, no, no quiero, no se atreva, no, no, digo que no y no»; tazas de peltre desfondadas, pero llenas de café caliente, volando sobre una mesa blanca en la que un traje de marinero llora amargamente; un sombrero de cinco galones caminando en la noche sin cara bajo él… No, ¡al diablo con ello! No podía dormir. Tal vez debido al café, mi cabeza giraba y estaba tan cansada como el fogonero de un barco encallado. Por fin dormité, pero no por mucho tiempo, y miré a Mr. Erskin tendido en el fondo del río, moviendo las manos y gritando: «¡Tráiganme una linterna que obedezca órdenes, una linterna, por favor, una linterna para todas mis mulas!»

El agua estaba muy profunda, ocho metros a las dos de la mañana, pero yo aún podía verlo porque el fondo estaba iluminado. Yo no conocía a míster Erskin, nunca lo había visto, pero sabía que era él quien se había sentado en los huevos y los polluelos de las cotorritas que cantaban una canción acerca de los petroleros que hacían cigarros con cemento. Nadie más que yo podía ver a Mr. Erskin tendido en el

agua y gritando a la gente: «Hay dos bolitas americanas en el río.» Nadie escuchaba, y decían: «Deberíamos mejor ponerle una corona y decir que es un cetro de los toltecas.» Llegaban chinos y había una explosión en el lago, y una cafetera metida en un saco a medio llenar de tusas de maíz que, arrastrado rápidamente por lagartos, saltaba a gran altura y por el aire, en tanto que un hombre caía de las oscuras nubes. Era un aviador ordeñando a una vaca que había regresado tarde y borracha al corral, diciendo a una lamparita de lata que dos tigres y dos leones habían ido a un baile en el que los músicos se hallaban hundidos en el lodo. Nuevamente habían echado dinamita en el lago y había explotado, produciendo cientos de reverberaciones.

Fue esa explosión de dinamita lo que me despertó. Hubo otra explosión, y otra y otra más. Estaba enteramente despierto y oí disparos fuera del jacal.

Me levanté y me puse las botas. Ya no había esperanzas de conciliar el sueño. Todavía estaba oscuro.

Atisbando a través de la pared, vi la llamita de la lámpara de lata en el corral donde Sleigh ordeñaba las vacas, en tanto que Pérez, sentado en cuclillas, le alumbraba con la lámpara. Pude escuchar sus voces, aunque sin comprender lo que hablaban.

Una vez que me hube puesto las botas y abrochado el cinturón, me dirigí a la puerta.

En el patio de los García ardía una buena hoguera lanzando sus llamas por el aire. A la luz de ella pude ver una veintena de hombres desmontando de sus caballos y disparando sus rifles al cielo oscuro.

Me aproximé para ver de cerca lo que ocurría.

La nueva de la desaparición del niño se había esparcido ya a más de diez leguas a la redonda, no obstante que el teléfono más cercano se encontraba a cien leguas de allí. Aunque el viejo García era uno de los indios más pobres de la región, era amado por todos, por una u otra razón. Por lo tanto, tan pronto como las gentes se enteraron de la noticia, dejaron su lecho y su hogar y fueron a ofrecerle su ayuda. Por lo demás, ellos solo sabían que el niño se había perdido. Sin embargo, todos habían llevado cohetes para quemarlos en caso de que el niño hubiera sido hallado muerto.

Es costumbre entre estos indios quemar cohetes si un niño muere, para que los ángeles se enteren de que un nuevo angelito va camino del cielo. Cuando un adulto muere y se queman cohetes, el resultado es opuesto, es decir, en oyendo los cohetes el diablo, esperará cerca de la puerta y echará una ojeada al muerto para ver si está en su lista. Si es un niño, los ángeles, avisados pollos cohetes, irán a esperarlo a la mitad del camino, sin importar que el diablo esté en la puerta, porque él carece de poder con los niños; no está permitido que un niño inocente sea registrado en la lista del diablo, porque aún se encuentra sin pecado.

Los cohetes que habían sido llevados fueron recibidos por el segundo hermano, el medio loco, quien se ocupó de quemarlos. A partir de ese momento todo su interés se concentró en los cohetes. Hacía mucho que había dejado de llorar. Para él había

llegado la parte más alegre del funeral.

Los recién llegados ya sabían que el niño había sido encontrado. Uno tras otro fueron descubriéndose y pasando al jacal para ver al niño y decir algunas palabras de consuelo a su madre. No obstante que de hecho no estaban interesados en saber la forma en que la muerte había ocurrido, cada uno de ellos pidió a la madre que relatara la historia. No por curiosidad, sino por sabiduría, preguntaban a la madre, con el objeto de apartar su mente del cadáver.

Una vez que había comenzado, la mujer de García gustaba de relatar la historia desde su principio, y la contaba una y otra vez y siempre con las mismas palabras, en el mismo tono de voz y experimentando la misma emoción siempre en el mismo episodio. A fuerza de repetirla tan a menudo, llegó a convertirse en una historia común y corriente de la vida diaria. Hasta la emoción que la embargaba al relatar ciertos detalles llegó a ser casi como la actuación de una mala actriz, después de muchas representaciones de una misma obra. Ella misma empezó a sentirse ajena al drama. Llegó a un punto en el que le era posible relatar la historia como si la hubiera escuchado de otros labios. Como si no fuera cosa suya. Sus emociones se iban apagando y dejando que la claridad penetrara su corazón y su alma. Finalmente, cuando la contaba por la vigésima vez, escuchó sus propias palabras, como un murmullo.

Ella empezaba a alejarse de su nene, sin darse cuenta de ello en aquel momento.

Lo miró, y con asombro pensó que el niño tendido en la mesa ya no era suyo. Su Carlitos era un niño activo y vivaz, que charlaba y gritaba continuamente, lleno de caprichos y a quien había que castigar dos veces diarias para tenerlo en juicio y salvarlo de sí mismo. Se mostraba incansable desde el momento de abrir los ojos por la mañana hasta el momento en que los cerraba por la noche. Aquel trozo de carne fea y pegajosa, con la mandíbula inferior despedazada y los brazos atados sobre el pecho, no podía ser su nene. Aquél tenía que ser el nene de otra gente, tal vez el nene de quien ella hablaba. El suyo no era tan feo. Todos le habían dicho lo lindo que su Carlitos era, uno de los niños más bonitos en veinte leguas a la redonda. El traje de marinero, la corona, el cetro, lo habían convertido en un extraño para ella. Sólo Dios sabía de dónde había salido aquel niño.

«¿Qué hace él en mi casa, después de todo?», se preguntaba a sí misma.

Lloró, y mientras lloraba se daba cuenta, en un repentino aturdimiento, de que no solo lloraba por su nene. Lloraba más por ella misma que por el niño. Se creía maltratada por el destino, e inconscientemente empezó a odiar a muchas de las mujeres presentes, simplemente porque tenían a sus niños en el regazo. Lamentaba el triste hecho de que ella ya no tendría un nene en quien descargar su amor maternal.

Todos aquellos pensamientos se atropellaban en su mente, mientras relataba la historia que parecía gastada de tanto repetirla. Pero a través de sus ideas, de las cavilaciones y análisis que hacía a su manera primitiva, de sus pensamientos, emociones y penas, y de su corazón, se daba cuenta de que no era una excepción.

Miró a su alrededor y se percató de la presencia de siete mujeres más, quienes ella sabía habían perdido a sus niños tan queridos, como lo había sido el suyo para ella. De esa manera tuvo clara conciencia de que ella era una madre común y corriente y no una elegida por el destino para sufrir algo extraordinario. Lo que sufría aquella noche, millones de mujeres lo habían sufrido antes que ella, y miles lo sufrían también en aquel momento, y cientos y millones de madres lo sufrirían cuando ella volviera a ser feliz.

Tal vez era porque estaba cansada, exhausta de tanta preocupación, de tanta pena y lágrimas y gritos, por lo que empezaba a ser de nuevo ella misma.

XXVII

El patio de la casa de los García era un cuadro arenoso, abierto en dos lados y cercado en los otros dos por ramas espinosas.

La casa estaba rodeada de latas viejas de petróleo y ollas quebradas rellenas de tierra sembrada con plantas, algunas de las cuales se hallaban en plena floración. Aquel montón de latas y trastos con flores constituía el jardín de los García. Cerca del jacal, a un lado, había una mata salvaje de chile, que proveía diariamente de chiles verdes a la familia. Debido a la cantidad de visitantes que se hallaban presentes, los arbustos, las ramas espinosas y los magueyes estaban adornados con sombreros, trapos, camisas, lienzos y sarapes.

El lugar parecía un campamento. Hombres, mujeres y niños dormían en el campo o simplemente dormitaban. Unos estaban tendidos en petates, otros en sarapes, pero la mayoría a campo raso. Algunos se habían cubierto con mosquiteros que parecían pequeñas tiendas de campaña. Trochos de música tocada en órgano de boca flotaban aquí y allá. El lugar estaba adornado con antorchas y fogatas. Había también algunas linternitas y una media docena de las usuales lámparas de lata.

Varios muchachos rodeaban al hijo medio loco de García, quien quemaba los cohetes, sin permitir a nadie más que lo hiciera. Los otros solo podían aproximar el fuego o tratar de quemar los que habían fallado al primer intento. Había llegado el gran día del entenado. Se sentía como un dictador entre los otros muchachos, que tenían que humillarse ante él para alcanzar el privilegio de quemar un cohete ocasionalmente. Dos días más tarde recibiría su recompensa, y le darían una paliza aquellos a quienes negaba tomar parte en el juego.

Muchos de los visitantes habían llevado botellas de mezcal. La botella pasaba de boca en boca. Un hombre, a no dudar con un corazón de oro, tomó una botella, entró al jacal, se descubrió y la ofreció a la mujer de García. Ella le miró y, sin vacilar largo rato, dio un sorbo no menor de lo que pueden abarcar tres dedos de un buen trabajador del campo. Cualquier hombre blanco y fuerte que se hubiera echado a la barriga una porción semejante a la que la García había bebido hubiera caído por tierra como fulminado.

Entre los indios que llegaron en aquel momento había un campesino muy pobre. Sus ropas estaban todas desgarradas, pero muy limpias. Su mula llevaba en lugar de montura una estera. Entró a la cabaña con los otros, detuvo la mirada en el niño y después fue a decirle a la madre que estaba muy bonito y muy bien vestido, como el niñito de nuestra Santísima Madre, y que de seguro ya se encontraba con los ángeles, a juzgar por la dulzura que expresaba su carita.

La mujer de García sonrió con orgullo, se irguió y le dio las gracias a él y a los otros hombres por su admiración y aprecio.

Cuando el pobre campesino salió del jacal, miró a su alrededor y descubrió un banco que no estaba ocupado. Se sentó y sacó un libro viejo que parecía de oraciones.

Por algunos instantes trasegó las hojas como tratando de encontrar determinada página.

No sabiendo leer, se sabía de memoria las frases de la canción, y si miraba el libro era solamente porque había visto que la gente en la iglesia leía en libros semejantes cuando cantaba. Muchas de las estrofas las repetía dos, tres y hasta cuatro veces antes de pasar a otra. Tal vez eran las que más le gustaban o las que mejor sabía. Siempre que empezaba una estrofa que los presentes sabían, muchos hombres y casi todas las mujeres que se hallaban despiertas hacían coro.

Cantó la segunda estrofa y todas las mujeres que estaban dentro del jacal, incluyendo a la mujer del maestro maquinista, la corearon, al principio con vacilaciones, pero después de un rato, a plena voz. A veces solo la voz de alguno de los hombres se escuchaba porque los otros enrollaban un cigarrillo o se refrescaban la garganta echando un trago. Algunos se cansaron de cantar y conversaron, sin que el canto de los demás les molestara.

Sin embargo, el pobre campesino cantaba sin cesar. Se negó a echar un trago de la botella que se le ofrecía a cada instante. Él era agrarista y se consideraba a sí mismo comunista. En su jacal, en el pueblecito en que vivía, tenía un altar pequeño, con una imagen de la Virgen Santísima en el centro, a un lado una de San Juan y del otro un retratito de Lenin, a quien él suponía sentado al lado del Señor al igual que San Juan y los otros santos. Sus demandas de comunista se verían enteramente satisfechas, como las de todos los agraristas de la República, el día en que le entregaran una pequeña parcela de tierra medianamente buena y que ésta no le fuera nunca arrebatada ni a él ni a su familia. Pertenecía a la clase de hombres a quienes gusta opinar sobre política, y quienes creen que el comunismo puede sintetizarse en la siguiente forma: dar a los hombres qué comer, bastante qué comer y asegurarles que siempre tendrán trabajo. Ténganles las barrigas bien llenas en todo tiempo, proporciónenles funciones de cine a centavo la entrada, y entonces no habrá más oradores trepados en cajas de jabón ni se volverá a hablar de revoluciones.

Nadie le pagaba al cantor; él lo hacía sólo por cariño a la pobre madre despojada, para ayudarla a llevar a cuestas la pena de su pérdida, sin que ésta le dejara muchas huellas. El niño sería enterrado sin la bendición de algún sacerdote y sin el certificado de defunción extendido por un médico. Los médicos y los curas cuestan dinero. Aun cuando todos los dolientes hubieran contribuido con la mitad del dinero que poseían, no se hubiera juntado lo bastante para poder cubrir esos gastos. Además, el entierro no podía demorarse dos días. No obstante que la noche era fresca, el cuerpo había principiado a descomponerse.

El agrarista entonaba solamente cantos religiosos, pero ningún conocedor de los himnos de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana hubiera podido pensar nunca que aquellas canciones eran realmente himnos religiosos. Posiblemente los católicos cantaban de aquella manera en la época en que los primeros misioneros atravesaron por aquellas selvas para llevar la verdadera fe a los pobres paganos de las Américas.

Pero como quiera que hayan sido los cánticos originales, ellos habían sido mezclados con cantos mundanos incluyendo melodías bailables americanas de las más recientes.

Una vez al año, o por lo menos una vez cada dos años, la gente iba a la iglesia y escuchaba algún verdadero himno, y algún trocito permanecía en su memoria. Después venían los bailes en los pueblos y en las colonias, adonde los músicos llevaban nuevos sones aprendidos en los pueblos de más importancia en que eran considerados como los últimos gritos de la moda en Broadway, cuando en realidad en Nueva York ya nadie se acordaba de ellos, porque debieron haberse cantado cuando la americana mejor vestida había sido propuesta para alcaldesa. Y así en la selva, después de cada baile se tocaban nuevos sones y los anteriores se abandonaban por anticuados. Es más, los indios incultos no pueden ni podrían cantar las canciones en la forma en que nosotros pensamos que deben ser cantadas. En todos sus cantos hay siempre un motivo pagano y frecuentemente alguno casi salvaje que parece ser herencia de sus antepasados. Generalmente acompañan sus himnos solo con el redoble de algún tambor o con el sonar plañidero de un clarinete de fabricación casera; generalmente el extraño motivo tiene tanta fuerza que abarca todo el son, dejando escasamente diez notas al himno original.

Este cantador fúnebre era conocido ampliamente en toda la selva. Era considerado el mejor de su clase y todos lo admiraban. Era algo así como su estrella de cine y su cantante de radio hechos uno, porque en otras ocasiones, tales como bodas o días de santo, cantaba corridos. Claro que no los cantaba tan bien como los profesionales que visitaban las ferias, y que llevaban a las gentes que no podían leer en los periódicos todas las noticias acerca de los acontecimientos políticos y de las tragedias pasionales, cantadas en corridos en las plazas públicas. Como cantor fúnebre, ese agrarista, sin embargo, era muchísimo mejor que cualquiera de los cantadores de corridos.

La mayor ambición de todos los muchachos de la región era llegar a ser ferrocarrilero, ya que ésa era la más alta posición que ellos podían imaginar en el mundo, más elevada aún que el trabajo en los campos petroleros. Pero cuando el agrarista llegaba y cantaba sus canciones, los muchachos cambiaban de ambición y no deseaban ser nada mejor que un cantante fúnebre, tan grande como el famoso agrarista.

Cuando se inició la primera estrofa, la mujer de García lanzó un grito como si fuera a volverse loca. Las mujeres que estaban a su alrededor la tomaron entre sus brazos y la besaron. Se tranquilizó y sollozó nada más. Pero cuando los otros hombres y mujeres comenzaron a cantar y todo el patio se llenó con las voces de los visitantes, ella fue nuevamente embargada por su pena. Cayó víctima de una rabia atroz y con ambos puños se golpeó la cabeza. Después empezó a tirarse del cabello tan fuertemente, que parecía que el cuero cabelludo se le desprendería. De pronto se lanzó con todo el peso de su cuerpo sobre la mesa, la que respondió con el rechinar de sus tablas. Dos hombres se apresuraron a enderezar las patas de la mesa. Repetidas

veces se lanzó sobre su niño, a quien de haber estado vivo le hubiera roto las costillas, por la violencia de sus arranques, y gritaba: «¡Chiquito mío, mi amorcito! ¡Mi nenito lindo! ¿Por qué? ¿Por qué te fuiste y dejaste a tu pobre madre sola? ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Oh, Madre Santísima de Nuestro Señor! ¿Por qué me has hecho esto? ¿Por qué? ¿Por qué?» Después de lo cual empezó a jurar de una manera horrible, maldiciendo a todos los santos del cielo y a todos los demonios del infierno, y cerrando los puños golpeó el pecho del niño, como si quisiera castigarlo por lo que le había hecho. Cuando esto hacía, un hombre la sujetó y la apartó de la mesa, y tomándole la cabeza se la inclinó hacia atrás colocándole en los labios una botella de mezcal. A fuerza metió el cuello de la botella entre sus dientes, empinándola de modo que ella no pudiera rechazarla. Se rehusaba a beber el aguardiente y luchó contra el hombre y la botella, pero otro hombre acudió en ayuda del primero y le sujetó los brazos por detrás, quedando indefensa. La boca se le había llenado de aguardiente en tal forma que no tuvo más remedio que pasarlo a grandes tragos. El hombre no la dejó hasta que la botella se hallaba casi vacía.

La medicina, sin embargo, no surtió muy buen efecto, la mujer ni siquiera quedó embotada. Y cada vez que escuchaba los himnos volvía a sus accesos de locura.

Las mujeres que se hallaban dentro del jacal no pudieron resistir la tentación de cantar y se unieron a la multitud que cantaba fuera. Eso motivó que la García chillara más que nunca. Su voz era tan aguda y penetrante que por momentos apagaba la voz de las mujeres que estaban dentro. Después se sintió débil y tuvo que calmarse. Las mujeres continuaron cantando, considerando que era su deber, aun cuando la madre echara o no a perder los himnos con sus gritos. El Señor la perdonaría por su comportamiento casi sacrilego. A partir de aquel momento, el mezcal que habían vertido en su boca empezó a surtir sus efectos, pues parecía algo embriagada. Echándose el pelo para atrás miró a su alrededor, tratando de recordar lo que había ocurrido. Con ojos vacíos miró a las mujeres y aparentemente trató de comprender qué era lo que aquella gente hacía, cómo habían llegado allí y qué deseaban. Hizo un gesto como si fuera a decir: «¡Fuera de aquí todos! ¡Váyanse de mi casa y déjenme sola!» Luego, encogió los hombros como queriendo significar: «¿Qué me importa? Déjenlos, quizá no tienen otro sitio a donde ir.» Se volvió a la mesa, miró al niño y dijo:

—¿Quién es ese niño?

Las mujeres dejaron de cantar. Apenas había pronunciado aquellas palabras cuando todo su cuerpo se estremeció. Se sonó con un gesto de angustia, y después dijo en voz muy queda:

—¡Oh, mi nenito! ¿Por qué no me esperaste? ¡Habríamos cruzado el puente muy bien si me hubieras esperado para llevarte de la mano!

Miró a las mujeres, que habían dejado de cantar, y les dijo:

—Es una broma, ¿verdad?, digan que es solo una broma; por favor, díganlo.

Nadie contestó. La mujer del maestro maquinista, que se hallaba arrodillada, se

levantó, tomó a la mujer de García en sus brazos, la besó y murmuró:

—No sea así, Carmelita, pronto tendrá usted otro. Dios se lo mandará directamente del cielo.

En medio de sus sollozos, la mujer de García contestó:

—No me diga usted eso, mujer; no desearía volver a tener otro en mi vida, lo mataría antes de que viera la luz.

Lloró amargamente y dijo:

—Perdóneme comadre, no quise decir eso. Usted sabe, aquí en mi corazón hay tanta pena, que realmente no sé lo que digo. Sufrí tanto cuando el niño nació, y ahora me hace sufrir cien veces más yéndose. Perdóneme, por favor. Mañana será distinto. Es solo ahora, solo esta noche, que no puedo soportarlo. Hace apenas unas horas que él gritaba y corría y reía, y ahora, mire usted lo que queda de él. Y solo han pasado unas cuantas horas.

Sollozó sobre el pecho de la mujer del maestro maquinista.

Si el canto dejaba de escucharse por algunos momentos y hasta el jacal llegaba el tronar de los cohetes, la mujer de García recordaba nuevamente que los ángeles esperaban al niño. Y no tenía ni un minuto para olvidar.

Constituyendo el canto un nuevo pasatiempo, al principio había entusiasmado a la gente, pero para entonces ya había perdido su atractivo y todos volvieron a dormir. Muchos se tumbaron en el campo, otros se sentaron en cuclillas abrazándose las rodillas, y colocando la cabeza entre ellas quedaban dormidos inmediatamente. Algunos hombres y mujeres quedaron despiertos, no porque no tuvieran sueño, sino porque aún restaba algo en las botellas, y hay un viejo dicho que reza que «el que duerme no bebe».

Dentro del jacal, las mujeres no estaban menos aburridas y somnolientas que la gente que se hallaba en el patio. Dos mujeres se habían ya acomodado en el catre que los García llamaban cama. Completamente vestidas, estaban tendidas roncando como soldados después de una batalla.

El pequeño fuego que habían encendido en el piso del jacal ardía perezosamente; si hubiera sido un gato, sin duda habría bostezado. Algunos jarros estaban cerca de él. A nadie le importaba para qué eran, qué contenían ni quién los había puesto allí. Nadie preguntaba, en realidad nadie parecía interesado en nada. El sueño, o por lo menos el deseo de dormir, dominaba la escena.

XXVIII

Desde hacía media hora el agrarista cantaba dificultosamente; se había puesto ronco. Todos los que aún permanecían despiertos procuraban escurrirse fuera del jacal sin lastimar los sentimientos de la mujer de García. Algunos conversaban solo para poder permanecer despiertos.

El agrarista y los hombres que habían llegado con él entraron al jacal. Miraron al niño por última vez, estrecharon las manos a la madre y le dijeron nuevamente que lamentaban la muerte y la admiraban por su valor.

La García repitió a cada uno de ellos: «¡Muchas gracias, señor! ¡Vaya con Dios! ¡Le agradezco su visita y las hermosas canciones en honor de mi niño! ¡Adiós, señores!»

Cuando el último de los hombres salió, la mujer de García quedó parada en la puerta, débil y mirando con ojos vacíos.

Los hombres se dirigieron a sus caballos, y despidiéndose en voz alta, montaron y se fueron. La García se quedó mirando el sitio por donde habían partido.

El manto de neblina del nuevo día descendía lentamente sobre la tierra. Millones de perlas brillaban en el pasto, en las hojas de los árboles y en los pétalos de las flores, que esperaban el beso del sol. La brisa de la mañana disolvió la niebla y nació el nuevo día.

La García tiritaba con el viento frío de la mañana. Se dirigió a la puerta y paseó la mirada sobre la multitud que dormía en el patio, y se sintió sola y olvidada.

Un resplandor dorado iluminó el espacio desde más allá de la selva. Un momento después el sol se elevaba en el horizonte.

La mujer de García se dio cuenta de que la luz del día llenaba su jacal, en el que las velas humeantes, con su lucecita incierta, tenían un aspecto fantasmal. Aun cuando la luz penetraba solamente por la puerta abierta cambiaba todo el aspecto interior sin dejar nada intacto.

Las luces de las velas no habían podido iluminar los rincones del jacal, y todo aquello que podía haber aparecido feo había permanecido piadosamente oculto. El jacal no había carecido de cierta belleza semejante a la de una capillita pobre. Pero la luz del día destruía la ilusión, haciéndolo aparecer triste y desagradable. La mujer de García tenía el rostro macilento y estragado de tanto llorar; tenía los ojos secos, apagados, inflamados y hundidos en dos profundos agujeros negros. Parecía una máscara de cera modelada por un escultor loco. Llevaba aún su vestido de percal verde. Las flores prendidas a su cintura se habían marchitado, y las que llevaba en el cabello hacía tiempo que se le habían caído. La noche anterior el vestido parecía quedarle muy bien, pero entonces se le veía como si no fuera suyo; parecía solo seguirla, como si no lo llevara puesto. La mujer era aún la madre del niño, pero el vestido ya no pertenecía a la madre. Era el cadáver teñido y feo de un vestido que se movía detrás de ella dondequiera que fuera.

El niño, que había tenido una apariencia tan bonita en la noche, era a la luz del día solo un cadáver, un cadáver vestido de fantasía. Tenía la boca verde, y la materia se desbordaba de la mandíbula deshecha. Los cordones que sujetaban sus manos juntas se habían hundido profundamente en las muñecas. Sus manecitas dobladas parecían haber sido atadas por un verdugo profesional.

Los rayos del sol penetraban como lanzas a través de las varas de las paredes.

La mujer de García miraba cómo los rayos del sol alcanzaban el cuerpo. Por la primera vez vio lo que los otros habían mirado hacía largo tiempo: que su niño se había ido, que ya no estaba con ella en el jacal. Ya no podía besar aquel montoncito de carne tendido en la mesa. La brisa de la mañana penetrando a través de las paredes y de la puerta llevaba a su nariz el olor de la muerte. Se estremeció, se apartó del niño y se lamentó con desesperación.

Cuando volvió a mirarlo se dio cuenta de que grandes moscas verdes empezaban a aposentarse en el cuerpo. Se apresuró a recoger algún pedazo de tela para cubrirle la carita. Después de aquello no le fue posible volver a ver a su niño. Afortunadamente no tenía tiempo para sentarse a reflexionar sobre cosas que no podían remediarse, porque con el nuevo día había llegado un gran número de visitantes y otros muchos eran esperados. La nueva del ahogado y del milagroso encuentro del cuerpo se había extendido. No acababan de oír las gentes la historia cuando ya habían montado sus burros, mulas o caballos y dejado sus hogares para visitar a la infortunada madre, a fin de decirle que todos la querían sinceramente y que quienquiera que tuviera corazón y alma la acompañaría en sus lágrimas. Como era domingo, resultaba fácil que la gente hiciera el viaje, y la multitud se hacía cada vez mayor.

Los hombres desmontaban, ayudaban a las mujeres y a los niños a hacerlo, ataban los animales a las trancas, a los árboles y a las matas o los dejaban libres; enrollaban un cigarrillo y empezaban a conversar.

Las mujeres, unas tras otras, entraban al jacal, saludaban a la madre, la abrazaban y besaban, y después miraban el cuerpecito. Los ojos se les humedecían de lágrimas. La mujer de García gritó:

—¿Por qué ocurriría esto? ¿Por qué, díganme, por qué? ¿Es que ya no hay Dios en el cielo?

Retiró la tela que lo cubría para que los nuevos visitantes le pudieran ver la cara. Aunque se impresionaran terriblemente al mirar aquella horrible cara, reprimían sus sentimientos e invariablemente decían:

—¡Qué lindo! ¡Parece un angelito! ¿Verdad que se ve lindo?

Y otra mujer agregaba:

—¡Sí, en verdad, es un angelito, un angelito muy lindo!

Muchas de las mujeres llevaban grandes brazadas de flores; otras llevaban guirnaldas hechas con ramas cubiertas de papel dorado y plateado. Iban poniendo a un lado sus regalos sin hacer mención de ellos para evitar a la García la pena de dar las gracias. Esas pobres gentes, tan sinceras en sus afectos, desconocen la costumbre

de los civilizados, de colocar tarjetas en las coronas para que la familia esté al tanto de quiénes han obsequiado y quiénes no, y para que los nombres de los dolientes sean correctamente escritos en las crónicas sociales de los periódicos. Allí a nadie le importa quiénes llevan flores, o algún otro regalo, y quiénes no. Si alguien deja de dar algo es porque nada tiene que dar. Pero recibe las mismas atenciones que los que dan. Cualquier cosa que los visitantes, los dolientes o los vecinos hagan, es únicamente por afecto a la madre.

—¡Sí! —repetía una mujer—. ¡Sí, es verdad que se ve lindo! ¡Carlitos parece un ángel, solo que las alas todavía no le salen!

Otra decía:

—¡Para decir la verdad, nunca en mi vida he visto un niñito más lindo!

La mujer de García ya había oído la alabanza, pero era mujer, y aun en su pesar, deseaba escuchar más alabanzas. Dejó de sollozar, estrechó las manos de todas las mujeres que la rodeaban, y dijo:

—¡Muchas gracias! ¡Mil, mil gracias, por sus bondades! ¡Me hacen tan feliz, tan feliz; se lo agradezco mucho!

Estaba realmente agradecida por la admiración rendida a su muñequito, y la aceptaba como si se refiriera a algo que ella misma hubiera realizado.

Las exclamaciones de las mujeres no eran vacías ni aduladoras. Alababan al niño, en parte, por cortesía innata, y en parte, porque sentían lo que decían. Para ellas el pequeño príncipe con la corona dorada en la cabeza y el áureo cetro en la mano era algo realmente bonito. Les hacía recordar al Niño Jesús entre los brazos de su Santísima Madre, a quien veían en la iglesia y ante quien se arrodillaban para orar.

Todos los visitantes eran increíblemente pobres. Las mujeres que acababan de llegar iban descalzas, llevaban el cuerpo cubierto con vestidos de percal muy usados, llenos de agujeros, y las espinas no tienen piedad de la pobreza de las indias que tienen que cabalgar por la selva. Llevaban chales negros sobre la cabeza para protegerse del sol.

La mayoría de las mujeres habían llevado a sus nenes con ellas. Sentadas junto al cadáver se desabrochaban el corpiño para darles de mamar, mientras lloraban y sollozaban. A intervalos interrumpían sus lamentaciones para sonarse y preguntar a la de García cómo había ocurrido el accidente y cómo había sido hallado el niño.

La mujer de García cubrió el rostro del chiquito en cuanto la última mujer le hubo rendido homenaje.

La permanencia en el jacal constituía verdadera tortura; a medida que el sol se iba elevando, la fetidez del cadáver dificultaba la respiración. Las mujeres que llevaban niños en brazos empalidecían y tenían que ser conducidas afuera para que se recobraran. Las velas humeantes, los pesados aromas que despedían las masas de flores que morían penosamente, rehusándose a acabar con rapidez; el humo de la hoguera que se quemaba fuera, el olor a mezcal, a café, a tabaco, y el olor de muchos hombres y mujeres sin lavar, amontonados en aquel jacalito, hacían el aire pesado,

casi sofocante, acumulándose bajo el techo de zacate sin poder ser desalojado. Pero las gentes permanecían allí por cumplimiento y por respeto a la dolorida madre.

En dos horas la brisa de la mañana cesaría. Después, hasta las once de la mañana no correría ni el más ligero viento, y para entonces el jacal parecería un horno en el que se hubiera sepultado el cadáver. Pero sea lo que fuere que ocurriera, mientras la mujer de García permaneciera dentro, los otros permanecerían también.

Los hombres que habían llegado con las mujeres, y que aún permanecían fuera, habían terminado su cigarro, se descubrieron y entraron al jacal, como muchachitos asustados que llegan tarde a la escuela. Uno se aproximó al cuerpo y retiró del rostro el trozo de tela que lo cubría. Todos se aproximaron, miraron el cadáver, permanecieron junto a él por algunos instantes y se retiraron. Parecía que no estaban seguros de si debían estrechar las manos a la madre o preguntarle cómo había ocurrido el accidente, o hablarle de cosas sin importancia o permanecer en silencio. Pero el hecho era que ninguno se sentía realmente embarazado. Estas gentes se sienten pocas veces, si no es que nunca, embarazadas. Su conducta era determinada por un solo pensamiento: hacer algo para que la madre olvidara su pérdida. Por lo tanto, en aquel caso decidieron no estrecharle las manos y no hacer preguntas que estaban seguros había tenido que contestar cientos de veces ya, y también decidieron no decir siquiera que el niño les parecía lindo. Por eso permanecieron silenciosos, y haciéndolo estaban convencidos de haber demostrado su afecto a la madre.

Cualquier cosa que esas gentes dijeran o hicieran estaba muy lejos de ser una simple fórmula que les hubiera sido enseñada. Todo lo hacían de corazón. Hablaban sus corazones, ordenaban sus corazones que hicieran un largo viaje para consolar a la madre, y sus corazones aconsejábanles silencio cuando debían mostrar su profundo afecto. Nunca habrían sido capaces de decir al despedirse de una visita: «He pasado un rato muy agradable», si no lo sentían. En un caso semejante habrían dicho mejor: «Lo siento, he de darme prisa porque tengo mucho que hacer. Espero verle muy pronto por su humilde casa, en la que será bien recibido siempre que usted guste.»

Este conocimiento de su buen gusto y de su delicado tacto para tratar a sus semejantes habíalo ido adquiriendo poco a poco durante aquellas veinticuatro horas, a través de cuidadosas observaciones de sus hechos y de sus palabras.

Cuando por primera vez me encontré entre ellos, los había mirado como a simples campesinos indios, dotados de una cortesía común y corriente, semejante a la que puede observarse en todas las gentes de hispanoamérica, sitios a donde los turistas americanos no han llegado nunca a arruinar el paisaje y a tratar de hacer comprender a los nativos las grandezas de la civilización y a repetirles diez veces diarias lo sucios que son y lo mal organizado que su país se encuentra. Parece que para conocer cómo es realmente esa gente es necesario hallarse entre ellos en casos como el que había yo presenciado, para poder mirar no solamente su suciedad y sus ropas viejas, sino lo que realmente vale: sus corazones, sus almas, únicas cosas que en el hombre cuentan. Los radios, los Fords y los *records* de velocidad no cuentan para nada; no son sino

basura cuando se les lleva al balance final.

Es la religión lo que hace a los hombres amar a sus vecinos, enjugar las lágrimas de una madre que ha perdido a su niño, y al que tiene dos camisas dar una al pobre que no tiene con qué cubrir su desnudez. ¿Es la religión? La muerte da generalmente ocasión a la religión para ponerse de relieve con todo esplendor. Y aquí donde la muerte había penetrado silenciosamente en la alegre fiesta preparada para pasar bailando el fin de semana no podía descubrirse el rastro de la gran religión de los hombres blancos. Yo no había escuchado oraciones ni visto pasar entre los dedos de nadie un rosario. Los himnos cantados por el agrarista comunista estaban solo superficialmente ligados con la religión católica, porque su canto tenía el eterno significado mundial de buena voluntad para todos los hombres, y la Virgen era invocada solo para comunicarle lo que ocurría, no para pedirle que descendiera a socorrer a una pobre madre india en su dolor. Y ello se debía a que la religión, tal como nosotros la entendemos, no había penetrado en ninguno de los corazones ni en el interior de las mentes de esas gentes, evitándoles que sus almas y sus corazones rebosaran de bondad y amor.

Estaba sentado en una caja a unos cuantos pasos de la puerta; quienquiera que entrara o saliera podía hacerlo sin molestarme en lo más mínimo; sin embargo, cada hombre, mujer o niño que pasaba se paraba frente a mí y decía: «Con su permiso, señor.» Y solamente después de que yo decía: «Pase» o «usted lo tiene», salían o entraban. Ellos no lo hacían porque yo fuera un hombre blanco. Si un campesino indio, vestido de harapos, hubiera estado sentado en aquella caja, todas las gentes que hubieran pasado cerca de él le habrían pedido permiso en la misma forma. Para ellos resultaba imposible pasar enfrente de la cara de una persona sin pedirle permiso para ello. Desde luego, yo hacía la misma cosa cuando pasaba frente a un indio. Suponiendo que en mi tierra hubiera yo sido tan cortés como lo era allí, todo el mundo hubiera pensado que yo había regresado con una enfermedad tropical. En mi tierra yo balo exactamente igual que los otros borregos. Sé que es mejor aceptado por nuestros nervios no tratar de que los demás obren como nosotros. Insistir en reformar a la gente que está convencida de saber mejor que nadie lo que le conviene, solo tiene por consecuencia que la piel se nos ponga amarilla y nos suba la presión arterial. Llega uno a convertirse en filósofo cuando vive entre gente que no es de su propia raza y que habla un lenguaje diferente. No, no importa lo que ocurra; más vale permanecer firmes en la creencia de que no existe país mejor en el mundo que la gran tierra libre de Dios; entonces uno se sentirá admirablemente y será un ciudadano respetable. Además, la filosofía da muy buen resultado si uno sabe servirse de ella. La experiencia me ha enseñado que los viajes educan solo a aquellos que también pueden educarse con vagar por su propio país, sin salir del lugar en donde se ha nacido, caminando cincuenta kilómetros en cualquier dirección; el hombre de mente despejada verá y aprenderá más que cientos de los que viajan alrededor del mundo. Un viaje a cualquier selva centroamericana, para observar lo que hacen los indios

cerca de un puente, no nos dejará ver ni la selva, ni el puente, ni los indios, si lo hacemos con la creencia de que la civilización dentro de la que hemos nacido es la única que cuenta. Hay que ir a mirar, con la idea de que cuanto se aprendió en la escuela y en la universidad no cuenta para nada.

XXIX

Como empezaba a sentir hambre, fui a ver lo que Sleigh hacía.

La muchacha se había levantado hacía mucho tiempo. Había molido nixtamal, echado las tortillas, guisado frijoles negros y puesto el café en el fuego.

—Todavía no está listo el café —dijo Sleigh en cuanto me vio—; tendremos que esperar un cuarto de hora más o menos. Si mi mujer estuviera aquí sería diferente. ¡Diablo, qué sueño tengo! ¡Por Cristo, diría que soy un maldito dormilón! Eso es lo que soy.

Dormitó un rato. Después despertó y me preguntó:

—¿No ha visto usted al muchacho, al pedazo de flojo que me ayuda? Tiene que llevar la leche a la tienda.

—Está cerca de la hoguera, ayudando al chiflado a quemar los cohetes.

—¿Conque allí está? Le daré una buena patada. Sabe muy bien que debe cuidar de la leche, para evitar que antes de llevarla a la tienda se agrie con el calor del sol.

Se levantó de su asiento y ambos nos dirigimos a casa de los García. Cuando llegamos al patio, vimos a García que regresaba de su misterioso viaje.

De la bolsa que llevaba colgada de la montura sacó un rollo de velas, un paquete de café aceitoso, cuatro conos de piloncillo y tres botellas de mezcal. Una de las botellas estaba medio vacía. Desde luego, para ello había una buena excusa: el camino era largo y el pobre viejo García llevaba el corazón herido. Por ello no había que admirarse de que sus ojos brillaran. Tenía la cara enrojecida y esponjosa. Era honesto y no aparentaba estar sobrio. Inmediatamente ofreció la botella al amigo que le ayudaba a desmontar. Bebió un sorbo y la hizo circular.

Cuando García había llegado a la tienda llevaba solo unos cuantos pesos en la bolsa, pero el tendero, conmovido por su pena, le fió lo que necesitaba para el funeral. García se hubiera visto humillado si hubiera tenido que celebrar el funeral de su hijo sin mezcal, café, piloncillo y bastantes velas. El tendero sabía que mientras otras deudas eran difíciles de cobrar, las adquiridas para subvenir a las necesidades de un funeral serían cubiertas tan pronto como García tuviera dinero. Como todos los precios en esa tienda eran ciento por ciento más altos que los de las tiendas de la ciudad, el tendero obtendría buenas ganancias de la venta; de hecho, lo que García había pagado en efectivo equivalía, más o menos, a cuatro quintas partes del costo de las mercancías. Como en cualquier parte, no hay campo de batalla, por triste y horrible que sea, del que los hombres no puedan obtener buenas ganancias. No hay cosa bajo el cielo que no pueda ser transformada en dólares o pesos. No importa que se trate de las lágrimas de una madre, del reír de un niño o de los sufrimientos de los pobres. Siempre hay de dónde sacar dinero. Los hombres han de pagar por sus penas, al igual que pagan por sus alegrías, por sus tropiezos, al igual que por sus bailes. Hasta por la última pequeña cueva que habrá de ocupar bajo la tierra, en la que no interceptará el paso de nadie, tiene que pagar si no quiere ir a la fosa común, a menos

que algún buen estudiante de medicina tenga piedad de él y le evite ese vergonzoso final. Si las cosas no fueran así, el mundo no sería tan divertido.

—¡Muchacho! —gritó Sleigh—. ¿Qué pasó con la leche?

—Voy volando, jefe —gritó el chamaco.

—No lo digas nada más. Córrele, si no quieres que el señor Velázquez te dé tu merecido si le llevas la leche agria.

A pesar del tono de su voz, Sleigh no estaba disgustado, ni le importaba lo que pudiera ocurrir a aquellos cuantos litros de leche y menos aún lo que el señor Velázquez pudiera hacer o pensar.

El señor Velázquez era propietario de una miscelánea que se hallaba en un pueblecito cercano a la estación. Si el señor Velázquez le hubiera reclamado por haberle mandado leche agria, cuando fuera a cobrarle lo que debía de leche para mandárselo al dueño del rancho, él se hubiera hecho el sordo, le hubiera vuelto la espalda y, montando su caballo, habría regresado al pueblo. Si Sleigh amaba alguna cosa, ella era el ganado que estaba a su cuidado, sin importarle un comino su patrón o el señor Velázquez o la leche. En su opinión, era solo incidental que su patrón, el señor Velázquez y la leche tuvieran algo que ver con el ganado.

Regresamos al jacal de Sleigh a desayunar sobre un bote viejo de petróleo, encima del cual fue colocado a manera de mantel un periódico no muy limpio.

Sleigh miró a la mesa como si echara algo de menos en ella. Luego dijo a la muchacha:

—Fríe otro par de huevos para cada uno de nosotros.

—¡Sí, patrón, ahoritita! —contestó la muchacha.

Se dirigió a un oscuro rincón del jacal, en el que se hallaba una canasta colgada de una de las vigas que sostenían el techo. Una gallina adormilada se encontraba confortablemente echada sobre ella, reflexionando sobre el capricho de la Naturaleza, que la obligaba a estar allí sentada en tanto que todas las otras gallinas podían zarandearse por ahí, coqueteando al gallo. La muchacha cogió a la gallina por el cuello, la sacó de la canasta, cogió cuatro huevos y se fue con ellos al brasero. La gallina cacareó ruidosamente y corrió alrededor del jacal, saltó sobre nuestra mesa, dio con las patas en nuestras tazas de café, voló, volvió a caer al suelo, regresó corriendo a su canasta y se paró un rato en el borde, mirando hacia adentro. Cuando se metió en ella, removió los huevos, los contó con sus patas, y encontrando que no faltaba ninguno, se echó rápidamente y cerró los ojos, nuevamente satisfecha de la vida. Era feliz y estaba contenta con todo lo que ocurría en la tierra, porque no le era dado contar correctamente. Es la habilidad de contar correctamente lo que causa tantas tragedias entre los hombres. Desde que las máquinas calculadoras han hecho los errores prácticamente imposibles, las tragedias que se derivan de la contabilidad se han hecho más intensas y ocurren en mayor número.

XXX

La música me despertó. Los dos músicos que debieron haber estado presentes la noche anterior, y quienes de haber acudido a tiempo no tendrían que tocar para el funeral, tocaban un *fox-trot* a manera de introducción.

Sleigh se había levantado hacía mucho tiempo. Se arrastraba entre la maleza, buscando un becerro que se había salido del corral.

Me lavé, me rasuré, bebí dos tazas de café caliente, comí algunos tacos de frijoles y luego fui a la casa de los García.

Me encontré con una grande y animada reunión. A cada árbol, tranca, o mata, había atado un caballo, una mula o un burro; algunos llevaban aún la montura. Las mujeres vestían sus trajes domingueros; los hombres vestían sus trajes de trabajo y se hallaban parados o sentados en cuclillas sobre la tierra. Un grupo de chiquillos llenaba el aire con gritos y chillidos. La mayoría andaban desnudos, otros medio desnudos; las únicas vestidas eran las niñas.

Los nuevos visitantes habían llevado más cohetes y había un tronar y rechinar terrible por todos lados. Los músicos que tocaran toda la noche habían cesado de hacerlo. Ahorraban sus fuerzas para la larga caminata a través de la floresta, camino del cementerio. Algunos hombres se hallaban tendidos, ebrios. Otros dormían aún aquí y allá, sobre el campo, sin que nadie los molestara.

El sol estaba alto y nos abrasaba sin piedad. Los ebrios, sorprendidos por ese calor horrible, se inquietaban, despertaban y se arrastraban hasta la sombra, en donde volvían a caer en el estupor. Uno o dos fracasaron en su intento de alcanzar la sombra, cayeron y permanecieron como bultos.

Las cabras y los marranos corrían libremente metiéndose entre la gente, que los aventaba o les daba una patada, sin lograr que se retiraran. Había una multitud de perros que peleaban constantemente entre sí o jugaban persiguiendo a los puercos. Los pollos peleaban con los guajolotes por gusanos y pedacitos de alimento. Los caballos, burros y mulas que no estaban atados o que se habían libertado se movían entre la multitud en busca de alguna hoja verde que no hubiera sido pisoteada. El día anterior había mucho verdor junto a la cerca rota y en los rincones del patio. Ahora parecía como si la langosta hubiera pasado por allí.

Todos aquellos animales molestaban a la gente, pero nadie se enojaba seriamente por las molestias que causaban. De vez en cuando se daba una patada a alguno de ellos. Alguna mujer gritaba:

—¡Jey, perro, largo de aquí!

Y otra:

—¡Ora, no me empuje!

Ocasionalmente se ordenaba a algún muchacho que echara a un perro o a un becerro. O se les lanzaba alguna piedra, en forma tal que no lastimara al animal, pues se le tiraba para asustarlo, no para castigarlo. Pero si algún perro o algún becerro se

ponían frescos y se acercaban al morral de las provisiones, recibían su merecido, pues se les lanzaba una buena piedra para recordarles que debían tener más respeto con la propiedad ajena.

Algunos grupos reían alegremente. Otros se entretenían conversando con animación. Los chicos cantaban y tocaban órganos de boca. Aquí y allá algunos hombres hacían avalúos de mulas y caballos. Algunas mujeres conversaban con otras acerca de las dificultades que tenían con sus niños o con sus parientes o vecinos. No todo era amor y bondad. Hablaban de la codicia de alguna cuñada o algún tío o de lo insoportable que era don Chucho como vecino.

Ningún forastero que hubiera llegado en aquel momento habría podido suponer que la reunión se debía a un funeral. Pero de vez en cuando alguien recordaba el hecho y los presentes se ponían serios, como haciéndose cargo de la situación, y entonces cesaba la alegría y las voces bajaban de tono. Alguien decía: «Bueno, todos tenemos que morir algún día; unos antes, otros después; algunos, niños todavía. Es natural. ¡Pobre madre! Tiene que soportarlo y seguir viviendo.» Y un suspiro de las mujeres del grupo confirmaba esa verdad filosófica.

Si en algún otro grupo la conversación era acalorada, podía oírse la voz de un hombre diciendo: «Esténse quietos. Debía darles vergüenza hacer tanto ruido y reírse de esa manera. ¿No saben que cerca de ustedes hay un niño muerto y una mujer que llora sin consuelo? No tienen ni tantita vergüenza.»

En muchas partes había sarapes tendidos sobre otates enterrados, para formar pequeños cobertizos para protegerse del sol. Había muy pocos árboles crecidos en el patio que pudieran dar una buena sombra.

Generalmente a las once de la mañana llegaba una brisa fresca, pero ese día no llegó.

Las sombras de las gentes, de los animales, de los árboles y de las trancas se veían justamente abajo de ellos y difícilmente se contaban.

Me quité el sombrero y entré al jacal para enterarme de los cambios que había habido.

Estaba lleno de mujeres que se abanicaban con pedazos de cartón y con abanicos de papel, en los que se veían anuncios impresos de cigarros, cerveza, tequila, habanero, ultramarinos y coplas con títulos de película. Las mujeres se abanicaban automáticamente, como si una maquinita les moviera las manos. Todas las velas se habían encorvado y las mujeres trabajaban pretendiendo enderezarlas. Esa atención constante prestada a las velas, no solamente mantenía a un buen número de mujeres y de chicos ocupados, sino que servía de diversión a los dolientes, porque cada vela tenía sus particularidades y cada cuidador su modo de arreglarla.

El niño se había convertido en una atracción de segunda clase y, realmente, no atraía la atención de nadie.

La mujer de García levantó una vez más el lienzo que cubría la cara del niño. La cara estaba inconocible: totalmente deformada. La herida del maxilar era una horrible

y enorme abertura que dejaba al descubierto los dientes, como los de un esqueleto. Las encías estaban verdes. La herida del cráneo se había ensanchado también y podía verse perfectamente el hueso desnudo.

No era solo el clima lo que había contribuido a la rápida descomposición; también el agua del río tropical, de la que el cuerpo estaba lleno, la había precipitado. El agua de los ríos en los trópicos contiene billones de los más hambrientos gérmenes que atacan a un cuerpo muerto con una voracidad cien veces mayor de la que suelen tener los que infestan las aguas de las regiones templadas. Es la forma en la que me explico esa terrible, esa horrible descomposición en tan pocas horas. Me imagino la apariencia que el cuerpo debe haber tenido bajo su traje de marinero.

Pero el traje de marinero ya no se veía. Esas mujeres primitivas habían percibido la fealdad de aquel vestido ridículo. Tenían mejor gusto que los vendedores que habían llevado todo un cargamento de esos trajes en la creencia de que eran los más apropiados para los inditos que viven en la selva, en donde nadie sabe qué apariencia tiene un buque y en donde nadie entiende por qué los marinos tienen que usar esa clase de ropas y por qué no les sería posible trabajar cómodamente en overol. Desde luego que la gente inteligente sabe que es el uniforme lo que cuenta en el suave y efectivo trabajo de un buen marino. Pero en tanto que esto es sabido por las mujeres de todos los puertos del mundo, es ignorado por la gente que habita en una selva tropical.

Las mujeres habían cubierto el overol de almirante con una especie de traje hecho con papel rojo, verde, azul y amarillo. Ese traje hecho por las sencillas mujeres indias había devuelto al indito su dignidad. Me sorprendí de ver que le habían puesto por lo menos una docena de trajes idénticos, pero pronto encontré la razón de aquella aparentemente innecesaria abundancia.

Casi todas las mujeres habían llevado algo para adornar al niño, sin contar con la posibilidad de comunicarse por teléfono antes de salir de sus casas para cambiar de idea. Muchas habían llevado docenas de hojas de papel de colores. Otras, tan pronto como habían recibido la noticia de la tragedia, se habían aplicado a hacer un vestido de papel. Teniendo en cuenta que cada una de las mujeres había ofrecido su regalo con toda simpatía y cariño, la madre los aceptaba agradecida, y con la ayuda de cada donadora vestía al niño con el traje, aun cuando ya llevara varios encima.

Afortunadamente, no todas las mujeres habían llevado trajes. Muchas le ofrecieron estrellitas y cruces, algunas de ellas recortadas de latas y otras de papel de color. Esas estrellas y cruces habían sido pegadas al último vestido a manera de adornos. Algunas de las mujeres que no habían tenido nada mejor que dar, habían llevado trapos de colores brillantes o pedacitos de listón, que también habían sido prendidos al traje.

Al jacal entró una mujer que yo conocía. Era la madre del muchacho a quien yo hubiera resucitado de no haber intervenido aquel español que puso en práctica un método distinto. Todavía pensaba en lo altamente respetado que hubiera podido ser

en el pueblo, de no haberse interpuesto el español en mis manipulaciones. Bueno, tal vez la gente del pueblo me admiraba lo mismo, porque el hecho de trabajar en un cadáver durante seis horas consecutivas, empleando todos los métodos y recursos posibles, es digno de aprecio aun cuando se fracase en los resultados.

La mujer me saludó antes que a nadie y en la forma más amistosa. Llevaba una linda corona hecha de papel dorado, pero no se veía en ésta tan buen gusto como en la hecha por la mujer del maestro la noche anterior.

Sin embargo, ella pensaba que su corona era muchísimo más bonita que la que el niño llevaba puesta. Se aproximó al cadáver y, sin pedir licencia a nadie, le quitó la corona que tenía puesta y le colocó la que ella llevaba. La mujer del maestro la vio hacer, pero no se interpuso. Cuando ella había confeccionado la corona, mientras sus lágrimas caían sobre ésta, me di cuenta de cuánta bondad, afecto y compasión por otra madre dolorida ponía en su obra, y sabía también cómo se había sentido feliz al ver su trabajo terminado y al examinarlo con la satisfacción del artista que ve superadas sus intenciones en su obra. Nunca olvidaré la sonrisa que brilló en sus ojos, aún humedecidos por las lágrimas, cuando colocó la corona en la cabeza del niño, con la misma veneración que si se tratara de un santito.

En aquel momento miraba a su rival y yo no habría podido asegurar que no surgiría una pelea. Hizo un gesto como para evitar aquel poco ceremonioso cambio de coronas, pero se contuvo y en sus labios flotó una sonrisa. Cruzó las manos sobre el pecho y presenció el rudo cambio sin alterarse. Siendo madre, sin duda comprendía que la otra mujer era madre también, y que aquella otra madre había perdido hacía muy poco tiempo a su amado hijo y que lo que hacía en aquel momento era muestra de su afecto por la madre joven. Y así, la mujer del maestro pensó: «¿Por qué pelear por las coronas?» Ya la primer corona había llenado su propósito, estaba bien dejar que la segunda lo hiciera.

La dueña de la corona nueva había quitado la anterior con un gesto que parecía querer decir: «¿Qué clase de trasto viejo es éste?» La mujer del maestro recogió su corona, la arrugó entre las manos para que nadie la viera, salió del jacal y la tiró a la hoguera.

XXXI

De pronto se oyeron voces excitadas fuera del jacal. Inmediatamente después entró un hombre llevando bajo el brazo el pequeño ataúd que había hecho para ofrecerlo como último regalo al niño. Con la mano que le quedaba libre se descubrió.

En el momento en que colocó el ataúd sobre el piso, la mujer de García rompió en gritos histéricos. Todas las mujeres que estaban dentro y fuera del jacal se unieron a ella, como si se hubieran vuelto locas.

El hombre que había llevado el ataúd secó con el dorso de su mano las gruesas gotas de sudor que corrían por su frente y se enjugó el cuello con un paliacate.

Tres hombres entraron y se dirigieron directamente a la mesa. La mujer de García gritó:

—¡No me lo quiten! ¡Déjenlo dormir aquí sólo unas horas más; por favor, no se lo lleven!

Se estrujó las manos y empezó a dar vueltas por el cuarto, golpeándose la cabeza contra la pared y contra las trancas que sostenían el techo, gritando continuamente. Al fin, dos mujeres la cercaron y la tomaron entre sus brazos.

Al mismo tiempo, con un cortés «con su permiso», y desentendiéndose de los gritos y lamentos de la mujer, los hombres la apartaron de allí y se pusieron a trabajar.

Sleigh era uno de los tres que habían entrado.

El ataúd era una caja tosca, hecha con pedazos de madera podrida, tomados de diferentes cajones viejos y cuyo exterior había sido cubierto con papel verde y rojo, para darle una apariencia mejor. El interior se había rellenado con pasto seco y hojas de maíz, sobre las que se habían colocado trozos de piedra caliza.

El ataúd fue colocado sobre un cajón y, sin ninguna ceremonia, los hombres tomaron el cuerpecito y trataron de levantarlo de la mesa. En el momento de alzarlo, la cabeza cayó crujiendo como si se hubiera roto. De un salto me aproximé y coloqué la almohada para sostenerla. Los vestidos de papel se deshicieron y todo el tocado se convirtió en algo horrible. Finalmente logramos colocar el cuerpo dentro del ataúd. La mujer del maestro acudió y con sus manos hábiles arregló el tocado, devolviendo al cuerpo su ilusoria belleza.

Pusimos el ataúd sobre la mesa, e inmediatamente la mujer de García se lanzó sobre él para dar un beso de despedida al niño. Estaba a punto de poner sus labios sobre los de aquél, cuando se dio cuenta de que éstos habían desaparecido. Percibió el olor que se desprendía del pobre cuerpecito. Se irguió para aspirar aire fresco y retrocedió, estando a punto de caer sobre la mujer que se encontraba allí sentada.

Se paró a cinco pasos de distancia del niño, elevó los brazos, los agitó con violencia y los dejó caer al fin, con un gesto de fatiga. Se pasó las manos por la cara, las hizo resbalar por sus senos y finalmente se palpó el vientre, moviéndolas en rededor, como si estuviera buscando algo que se hallara allí escondido. Después, como pequeñas serpientes, sus dedos recorrieron su cara antes de llegar a sus

cabellos, de los que tiró tan salvajemente que dos mujeres hubieron de sujetarla para evitar que se arrancara el cuero cabelludo.

Miró en rededor, impotente; pero al fin se libertó de las manos que la sujetaban, lanzó un grito y cayó al suelo como si hubiera sido golpeada con una maza.

Las mujeres le levantaron la cabeza, vertieron agua entre sus labios apretados y trataron de que abriera los puños. Primero sus labios y después toda su cara tomó un tinte azuloso, pero solo por un instante. Lentamente volvió en sí. Abrió los ojos, se sentó en el piso, se enjugó la cara, miró en rededor, reconoció a sus amigos y trató de sonreír.

Así dijo adiós a su amado nene.

Su marido entró. Aproximándose a ella, sacó con gran dificultad de uno de sus bolsillos una botella de mezcal y se la colocó en las manos con un gesto de amor y comprensión.

La mujer retuvo la botella entre sus manos, como si se tratara de algo sagrado, se levantó del piso y desapareció en la piececita contigua. Pude observarla entre los otates que formaban la pared y miré cómo tomaba un sorbo, que hubiera hecho rodar bajo la mesa a un viejo marinero noruego. Se retiró la botella de los labios, la miró y bebió, aunque en menos cantidad que la primera vez, por lo menos dos dedos de un cuarto de botella. Una vez que hubo tomado la medicina para consolarse, salió, y portándose como la buena y honesta esposa que era, devolvió la botella a su amado señor y se secó la boca con el dorso de la mano, con una mirada de satisfacción en sus ojos hundidos.

Teniendo en cuenta que la botella se hallaba fuera de la bolsa del pantalón, de la que había sido tan difícil sacarla, el viejo García pensó que la ocasión era excelente para echar otro trago. Las fiestas deben celebrarse en el día en que caen.

El hombre que había hecho el ataúd sacó de una de sus bolsas un martillo y de otra algunos clavos. Consideró que obrar en aquel momento tenía mayor utilidad que hablar.

La mujer de García entendió el significado de aquello, se aproximó al ataúd, levantó el lienzo y miró lo que aún quedaba de aquella cara que solo el día anterior era toda vida y alegría. Tuvo un gesto de horror y la volvió a cubrir rápidamente.

Se quedó parada, como si esperara algo. Después, con paso rápido, se aproximó a la repisita en que estaba la imagen de la Santísima Virgen; descolgó el pequeño ukulele y lo colocó dentro del ataúd, junto al niño. Entonces hizo esfuerzos por recordar algo; de nuevo se aproximó a la repisa, tomó todos los juguetitos del niño —el cochecito, el anzuelo, los cordones, el corcho roto y las otras chucherías que habían hecho el tesoro de su nene— y los colocó también dentro del ataúd. Y en voz muy queda, dijo:

—No debe sentirse triste, no debe.

Y después de permanecer allí unos cuantos segundos más, dijo:

—¡Adiós, Carlitos, Carlitos mío!

Nadie de los presentes se movió, nadie pronunció una palabra, nadie pareció respirar siquiera mientras la madre hablaba por última vez con su niño.

Ella inclinó la cabeza, se volvió hasta quedar de espaldas al ataúd y caminó hacia la pared, a través de la cual podía verse la hoguera que ardía en el patio.

Rápidamente, el hombre que había hecho el ataúd colocó sobre éste la tapa y con algunos golpes de su martillo la clavó a medias para que fuera fácil volverla a levantar antes del entierro.

XXXII

A partir de aquel momento, el ritmo de los acontecimientos cambió, empezando a desarrollarse con rapidez.

Cuatro muchachos como de catorce años levantaron el ataúd y la comitiva fúnebre se puso en camino, seguida por hombres, mujeres y niños.

Las mujeres llevaban a sus niños sobre la espalda, sostenidos por sus rebozos.

En un momento la comitiva llegó al lugar en el puente donde se suponía que había caído el niño y se detuvo instintivamente.

Todos los hombres se descubrieron. La mujer de García lloró amargamente, pero sin gritar. Sus lágrimas herían el corazón de todos los dolientes, más que sus gritos, por sinceros que fueran. La mujer del maestro maquinista la besó.

—Ya, ya está bien, llore si con ello descansa. Mire, suénese en esto —le dijo, pasando el pañuelo por su cara hinchada.

La comitiva volvió a caminar.

Sleigh se había parado en el puente con los otros por un momento. En cuanto vio que la procesión reanudaba la marcha regresó a su casa. No lo dijo, pero estoy seguro de que iba en busca de alguna vaca que se había extraviado.

La comitiva dejó el puente y pasó por enfrente de la bomba. Tendría que caminar casi toda la tarde para llegar al pequeño cementerio por aquella vereda pantanosa, a través de la floresta.

Naturalmente, los dolientes no marchaban en orden.

García se tambaleaba entre dos amigos, quienes difícilmente podían tenerlo en pie, especialmente porque ellos tampoco estaban muy seguros de sus facultades.

La madre caminaba al lado de la mujer del maestro maquinista, colgada a su brazo derecho. Vestía aún el traje de percal verde mar, de lo que parecía no haberse dado cuenta. Aparte de su roto vestido de trabajo, no tenía otra cosa que ponerse en una ocasión como aquella. El vestido estaba manchado de sangre y de lodo; tenía muchos agujeros, y en algunos lugares grandes rasgones.

Las flores se le habían caído, pero los alfileres de seguridad con que las había prendido estaban aún en su lugar.

La mujer del maestro maquinista, como la mayoría de las otras, llevaba el mismo traje que se había puesto la noche anterior, pero éste no estaba sucio ni roto.

Cuando la comitiva dejó el puente todos se sintieron mejor. Un nuevo mundo se abría a sus ojos y el puente siniestro sería pronto olvidado.

Después de caminar silenciosamente durante un cuarto de hora, el grupo empezó a cobrar vida lentamente. Parecía como si a todos se les hubiera quitado un peso de encima.

Los músicos —un violinista y un guitarrista, ambos indios— levantaron sus instrumentos. Ellos ignoraban la existencia de endechas, marchas fúnebres y nocturnos, que hacen a los duendes salir de sus chimeneas y rincones a bailar ante

espectadores hechizados.

Sabían que existían algunos himnos porque los habían escuchado en la iglesia, pero no sabían tocarlos, y aun cuando hubieran sabido, por alguna razón inexplicable no los habrían tocado. ¿Para qué existían en el mundo las composiciones del jazz americano, sino para tocarse a cualquier hora y en cualquier ocasión, ya fuera boda, bautizo, santo, baile o funeral? La música era música en cualquier parte, y eso de inventar diferentes tonadas para las diferentes ocasiones era una bobería que solo hacían las gentes que no sabían nada mejor, tal vez porque se habían degenerado y necesitaban del duro puño bolchevique para hacerlos salir de su desgracia.

En cualquier forma, el muchachito tenía que ser enterrado con música, y cualquier música resultaba buena, ya que él iba camino al cielo.

Temí que se pusieran a tocar algo como *Home, Sweet Home* o *My Old Kentucky Home*. Pero no, esos buenos músicos indios no se hallan tan alejados del sendero de la civilización. Se hallan más próximos a nosotros. Pude ver claramente que las fronteras internacionales y el color de la piel no son barreras que se opongan a la difusión de nuestra poderosa cultura. El dinamismo de nuestros «crooners», cancioneros y cabareteras habían hecho posible que nuestros Vallees, Berlins, Whitemans y Crosbys pudieran llegar hasta las profundidades de las selvas americanas. Y por aquella vereda iluminada ya por las notas brillantes de nuestras piezas bailables, pronto cruzarían Fords, máquinas limpiadoras, refrigeradoras eléctricas; se instalarían jacales con clima artificial, baños color selva, televisión funcionando a base de molinos de viento, latas de lagarto en estofado y corazones de palmera pulverizados.

Así, pues, el son que tocaron (tan apropiado como el traje de marinero) fue *Taintgonnarainnomo*, que era allí el último grito de la moda.

Hacía mucho tiempo que yo había oído aquella tonada, desde que nos entusiasmara en mi país, a nosotros los de Estados Unidos, quienes, aunque muchachos como éramos, habíamos sobrevivido felizmente a las bodas de muñecas pintadas, a los *sonny boys* y *mammies*, tarareados por pobres diablos atacados del mal de San Vito.

Habíamos tenido también que tragamos la extraña nueva de que sólo Dios podía hacer un árbol, hecho que todos habíamos ignorado hasta que los cómicos de *cabaret* nos lo habían revelado. Entonces aparecía (doscientas veces en el día y doscientas en la noche) la luna sobre las montañas con su recuerdo. Después le poníamos azúcar al té, pedíamos licencia para proseguir y mezclábamos la pequeña e inocente *Cucaracha*, esa canción que los revolucionarios mexicanos entonaban al fuego de las ametralladoras y que nosotros entonábamos al fuego de una borrachera.

Cada cosa en su lugar y el mundo sería un sitio mejor para vivir. No, ya no lloverá. Esa elegante canción era tocada por indios, que durante nueve meses no habían tenido una gota de lluvia y quienes la consideraban como la mayor bendición de Dios.

Nosotros llegamos tan fácilmente a esas gentes con nuestros trajes de marinero, con nuestros zapatos lustrosos y nuestros *yes, we have no bananas*, que debiéramos intentar llegar a ellos de vez en cuando, no con arroz inflado y muñequitas desnudas de celuloide, que se deslizan en la cama adecuada con un hombre equivocado, sino con el *Discurso de Gettysburg*, que, junto con la lluvia del Señor, constituiría la mayor bendición de estas llamadas repúblicas. Deberíamos tomarnos el trabajo de hacer comprender a la gente el verdadero significado del más grande, noble y hermoso poema que un americano haya producido hasta nuestros días.

El simple hecho de que el *Taintgonnarainnomo* fuera tocado a manera de marcha fúnebre constituía una amplia prueba de que este vómito de nuestra civilización había al fin encontrado en este lugar del mundo un muro que no podía romper. Esa gente entiende la muerte, pero la hipocresía con que nosotros, los que seguimos las doctrinas de Cristo, enterramos a nuestros muertos no puede ser comprendida por ellos. Por esto las canciones americanas no pueden trastornar sus sentimientos, en tanto que los himnos y los alabados los turbarían como algo que no está de acuerdo con el gran misterio de la extinción de la vida.

Pero ¿qué importa todo esto? ¿Qué le importan al sol que brilla sobre nosotros la muerte, las lágrimas de una madre, los funerales, los *fox-trots* americanos y los depilatorios? ¿Qué le importa a él la existencia de una cultura genuina o de una falsa civilización, de una buena música o del horrible ruido producido con tubos de latón? El sol glorioso no dará un comino por la angustia de nadie, ni porque los hombres blancos vacíen el contenido de sus fosas sobre las cabezas de la gente que consideran inferior.

No importa qué pena, tristeza, duelo real o imaginario podamos tener; el sol permanecerá poderoso y digno en el universo. Él es un dios, es el único dios, el redentor, el salvador, el único visible, el que siempre está presente, siempre joven y sonriente, entonando su eterna canción triunfal y creadora. Es el engendrador, el conservador, el productor. Da y destruye. No cesa de colmar a la tierra de frutos y bellezas, y no exige en cambio ni oraciones ni veneración, y jamás amenaza con castigos.

¿Qué puede importar al sol que brilla sobre nosotros nuestro funeral? Sus rayos caen con fuerza sobre nosotros, nos tambaleamos por el camino, tropezamos con raíces y trozos de madera, caemos dentro de agujeros y nos hundimos en zanjas pantanosas. Atravesamos encorvados entre arbustos espinosos y nos apresuramos caminando entre el zacate duro y alto.

Durante horas y horas caminamos bajo ese calor abrasador.

El grupo conversaba, reía, gritaba, cantaba, silbaba. La música tocaba *fox-trots, one-steps, two-steps*, blúes, y de vez en cuando *Jesusita en Chihuahua, La reina de mi jacal, Amapola del camino* y *Adelita*. Estas últimas como para descansar, ya que podían tocarlas hasta en sueños. Pero si tocaban estas hermosas canciones, los dolientes podían juzgarlos anticuados, y así, para que no los tacharan de criterio

estrecho por hacer solamente lo que sus abuelos acostumbraban, desechaban sus lindas canciones, demostrando al grupo lo americanizados que estaban. Entonces flotaban en la atmósfera hirviente las notas de esa gloria musical del siglo, del gran *Te Deum* americano, del *Taintgonnarainnomo*.

El ataúd se balanceó peligrosamente sobre los hombros de los muchachos que lo cargaban, y cuando alguno de ellos tropezaba con una piedra o raíz, o bien se hundía en un agujero, toda la comitiva gritaba: «¡La caja, la caja!»

Los que marchaban cerca de ellos acudían a sostener la caja, porque de otro modo hubiera podido fácilmente caer al precipicio que bordeaba aquella vereda. Yo no deseaba siquiera suponer lo que hubiera ocurrido si el ataúd se hubiera caído rompiéndose.

Íbamos escoltados por una bandada de zopilotes. Algunos volaban a la cabeza de la comitiva, otros a ambos lados, otros nos seguían. De vez en cuando se posaban para descansar sobre las ramas de los árboles para volar momentos después y aproximarse. Nunca se acercaban demasiado, solo lo necesario para que pudiéramos verles claramente los ojos hambrientos y los picos resecos.

Por fin llegamos a una cerca hecha con postes de madera, en parte destruida por las hormigas. De algunos de ellos colgaban trozos de alambre de púas. Una docena de zopilotes se posesionó de los postes. Era un cuadro horrible. Se habían apostado como centinelas, mientras enterrábamos al niño. Uno de los dolientes quiso poner su ingenio de manifiesto y dijo: «Con sus trajes negros parecen enterradores.» Otro agregó, acompañando su dicho de una risita: «Aquél es igualito al cura que nos bautizó a los chamacos la última vez.»

También a mí me pareció que tenían más bien apariencia de curas que de enterradores, como curas que no pueden jamás perdonar un error y que se regocijan predicando sobre el infierno y los placeres sadistas de Satanás.

El segundo hermano marchaba delante del ataúd, rodeado por un grupo de chiquillos que gritaban. Uno de los chicos movía constantemente una varita que ardía con lentitud, para conservarla encendida y que sirviera para prender los cohetes que hacían explosión a cada instante.

Cuando los primeros cohetes estallaron haciendo un ruido semejante a tiros de rifle, los zopilotes huyeron asustados, abandonando la procesión para ir a esconderse en las profundidades de la floresta. Pero al cabo de algún tiempo se habían acostumbrado al ruido y siguieron todo el camino con nosotros. Nadie tiraba piedras o hería intencionalmente a un zopilote. La ley los protege; pero aun cuando esa ley no existiera, la gente los hubiera protegido, porque se les considera una especie de dependencia de salubridad, encargada de los cadáveres.

Manuel se mantenía apartado, como si no perteneciera a la procesión. Dos veces me aproximé a él para hablarle de Texas y de su trabajo allá. Me contestó y hasta trató de sonreír, pero cuando me di cuenta del esfuerzo que le costaba conversar lo dejé solo por el resto del camino.

El viejo García se detenía de vez en cuando, sacaba la botella de su bolsa y se echaba un trago. Los dos amigos que le ayudaban a llegar al cementerio por su propio pie, le ayudaban también a vaciar la botella. Algún otro amigo se acercaba en ocasiones para que le convidaran. García podía ser generoso porque si aquella botella se acababa, traía preparada una segunda en otra de sus bolsas.

La madre caminaba en medio de la procesión y, al mirarla, nadie hubiera pensado que se trataba de la doliente más importante. Ya no caminaba colgada al brazo de la mujer del maquinista. El calor y el mal camino no lo hubieran permitido. Sin embargo, la mujer del maestro maquinista continuaba caminando a su lado, y algunas otras mujeres también se hallaban muy próximas a ella, para que no se sintiera sola ni por un momento. Todas conversaban para que el camino se les hiciese más corto y para olvidar el calor abrasador. Hablaban de mil cosas, sin mencionar al niño; iban volviendo a la rutina de su vida diaria.

Los chicos se detuvieron para disputar acerca de quién debía cargar el ataúd. Nadie quería ser distinguido con ese honor, que antes fuera tan ambicionado.

La fetidez que se desprendía del cuerpo era insoportable aun para los más fuertes de ellos. Todos llevaban los pañuelos atados a la boca y a la nariz para protegerse lo más posible del horrible olor que manaba de la caja.

Era realmente maravilloso ver con qué valor marchaba la mujer de García, en medio de la procesión, tomando en cuenta que no había cerrado los ojos desde hacía treinta y seis horas, que había recibido el más duro golpe del destino que una madre puede recibir, que había llorado durante veinte horas, gritado, lamentádose como nunca en su vida, y que no había comido desde el día anterior. La suya es una raza que tiene un gran porvenir, si se le previene de ser envuelta en los sistemas de ventas en abonos para obtener cosas que no necesita.

Y había también otra maravilla: los músicos. Toda la noche habían tocado una pieza tras otra, sin descansar. Cuando los indios bailan, bailan; no se sientan a descansar ni a contemplar la luna; tienen bastante tiempo para ello cuando no hay música con qué bailar.

Desde el punto de vista objetivo no era posible pensar que aquellas gentes se consideraban miembros de una comitiva fúnebre. Todos caminaban al cementerio, es verdad, pero la muerte parecía haber sido olvidada hacía mucho tiempo y ser la música lo único que justificaba la marcha. A pesar de todas mis protestas y de mis discursos solemnes, la música de baile americana había triunfado, dominando la mente y los sentimientos de todos, quienes aparentemente preferían aquella música a la de su propia tierra.

Mis nobles pensamientos me habían convertido en un predicador en el desierto, y estoy seguro de que si hubiera gritado, protestado contra las realizaciones de nuestros *cabarets*, ellos me hubieran creído enloquecido por el calor abrasador.

Tal vez, después de todo, ellos tenían razón. ¿Por qué alguien había de pensar en la muerte y en los funerales? El mundo que nos rodeaba estaba lleno de vida y de

verdor. El cielo era azul y el sol de oro. Cientos de mariposas, algunas tan grandes como mis dos manos, y otras más bellas que joyas preciosas, se destacaban sobre la oscura selva; los pájaros ocultos en la espesura gorjeaban. La selva cantaba tan intensamente que por momentos la música dejaba de escucharse. La vida nos rodeaba por todas partes, se hallaba en todos lados, aunque nosotros pretendiéramos sostener la idea tonta de que marchábamos a un funeral. ¿Por qué no habíamos dejado al niño en el río, olvidándolo allí? ¿Para qué toda aquella agitación? ¿No hubiera estado mejor en el río que en un agujero en el cementerio, de donde los perros y los cerdos lo sacarían para comerse lo que de él restaba? Dios le había dado el río para jugar; por ello debíamos haberle dejado allí, permitiéndole ser feliz a su modo. ¿Por qué nos habíamos interpuesto en el funeral que el Señor le había preparado? Es que, conscientes de nuestros deberes de cristianos, no podíamos obrar en una forma que hubiéramos considerado pagana.

¡Por el diablo! Si sólo pudiera concentrar mi mente en la marcha y no pensar en boberías no me habría hundido en un agujero pantanoso, causando la risa de todos. Yo también quería ser decente, y a causa de esa tontería era que marchaba y saltaba sobre raíces y agujeros.

¡Larga vida a este mundo en el que se vive tan divertido! ¿Qué podía significar para el mundo viviente esa cajita de carne descompuesta? Nada. ¡Qué insignificantes son los hombres, sus penas, sus guerras, sus luchas, sus ambiciones, sus esfuerzos por vencer a sus competidores! ¿Qué queda del gran César? Roma seguirá existiendo con o sin César; tal vez no a las orillas del Tíber, pero siempre existirá una Roma. ¿Qué quedará mañana de la docena de pequeños Césares de nuestros días, que se creen capaces de construir un nuevo mundo y de aterrar a la especie humana? ¿Para qué todas las guerras, para qué todos los dictadores y bolcheviques, si finalmente los hombres grandes o pequeños hacen lo que más les conviene? Entonces, ¿por qué no gozar de la vida y del amor alegremente, y si algún día ya no es posible gozar de ellos, morir olvidado, sin dejar fantasmas detrás de uno? Eso es el verdadero paraíso.

XXXIII

Por fin distinguimos el pueblo. Jacales, jacales de palma, jacales de zacate y una pobre imitación de *bungalow* americano. Una multitud de niños desnudos corrían por ahí. Pollos, puercos, guajolotes, mulas, cabras, perros enfrente de los jacales, entre ellos, dentro de ellos.

La gente salía de sus jacales y esperaba a la procesión en medio de un gran silencio, y en medio de un gran silencio la dejaban pasar. Los hombres se descubrían al paso de los primeros dolientes. Hasta los niños desnudos dejaban de jugar y gritar y nos miraban con los ojos bien abiertos. Una mujer que llevaba un niño en brazos gritó al ver pasar la procesión. Otra mujer miró en rededor con ojos espantados, levantó a su niño que jugaba a sus pies y lo abrazó con fuerza, como para evitar que alguien se lo quitara. Después lloró plañideramente, y muchas de las mujeres que marchaban, entre ellas la mujer de García, se le unieron y aullaron en la misma forma, como si respondieran a los llamados de su especie.

A las puertas de la tienda se tambaleaba un hombre vestido con traje blanco de algodón corriente. Llevaba puesto el saco, algo que yo no había visto desde hacía semanas. Con la mano derecha empuñaba una varita que agitaba desganadamente en el aire. A duras penas se tenía en pie.

Era el profesor del pueblo cercano. Solo hacía dos meses que trabajaba en aquella escuela de pueblo, porque en el presupuesto del gobierno solo se consideraban dos meses de sueldo para el maestro, a razón de setenta y cinco centavos diarios. Era imposible que el gobierno gastara más en un maestro para aquel pueblo de indios. Cuando el trabajo terminaba, el maestro podía volver al pueblo donde vivía su familia y en donde esperaría un nuevo nombramiento, que podía llegar pronto, podría retardarse o no llegar. Eso dependía de los amigos personales del maestro o de lo bien parado que estuviera con algún diputado u otro político. Generalmente tenía que conseguir su pasaje de regreso, recorriendo los jacales para colectar lo que los padres de sus discípulos pudieran darle, y como todos ellos eran pobres campesinos indios, juntaba muy poco. Cuando pagaba su humilde alojamiento en el pueblo y enviaba el resto a su mujer y sus hijos, nada le quedaba para el pasaje. Como empleado del gobierno, tenía derecho a una reducción del cincuenta por ciento en el boleto del ferrocarril que usaría con su carácter de maestro saliente. Esta forma de tratar a un maestro no se debe a una falla del gobierno, sino a los limitados elementos con que cuenta la República, pues como suele ocurrir también en países más ricos, el presupuesto de educación es el último, el del ejército el primero. Otra de las razones es que, al igual que en todas partes, los políticos toman para sí de los ingresos de la nación veinte veces más de lo que legalmente les corresponde.

La escuela donde él enseñaba estaba instalada en una pieza grande de un jacal de palma. En el salón de clase no había ni mesas, ni bancos, ni sillas. Los niños se sentaban en cuclillas sobre el suelo y ponían sobre sus rodillas el papel en que

escribían. Sólo el maestro tenía una silla y un cajón que le servía de escritorio.

Yo había conocido al maestro cuando enseñaba en un pueblecito de indios que quedaba a unos doscientos kilómetros de allí, y en el que había vivido algunos meses, y como disponía de tiempo suficiente, lo acompañaba en las excursiones que hacía con los niños para enseñarles elementos de geografía, botánica y algo sobre la vida de los insectos. En aquel lugar, él había establecido una escuela nocturna para adultos, ya que en todo el pueblo solo cinco o seis personas sabían leer y escribir y no más de una docena sabían solo escribir sus nombres.

Cada alumno adulto le pagaba un peso al mes, con lo que aumentaban considerablemente sus entradas. Yo había visitado esa escuela nocturna, principalmente para trabar conocimiento con mis compañeros estudiantes, hacer buenos amigos entre ellos y ser bien recibido en sus hogares. Eso había de serme más valioso que aprender a escribir mi nombre sin faltas y aprender que la palabra castellana «trabajo» se escribe con *b* y no con *v*. Yo sabía desde entonces que él era un buen maestro y que merecía algo mejor que andar penando de pueblo en pueblo.

El que hubiera conseguido alumnos para su escuela nocturna no se debía a la ambición del pueblo, sino a los agitadores comunistas que cada dos meses visitaban el lugar y predicaban a los jóvenes, explicándoles que si no aprendían a leer y escribir, jamás podrían llegar a nada, y serían fácilmente explotados por el imperialismo americano, los hacendados españoles y los plantadores de café alemanes; y que si no aprendían pronto, los Estados Unidos les arrebatarían toda la República y los obligarían por la fuerza a aprender el inglés.

El hecho era que, debido a las constantes prédicas de los comunistas y agraristas, todos los indios jóvenes habían acudido a la escuela nocturna, en la que habían aprendido a leer y a escribir medianamente en cuatro meses.

Al mirar al maestro en esos momentos, en aquellas condiciones, se le hubiera tomado por un borracho vulgar. Yo sabía que él era tan sobrio como cualquier maestro en cualquier parte. No era indio, parecía más bien descendiente de españoles, con una buena mezcla de sangre árabe. El que se encontrara borracho entonces se debía a la intervención del destino socarrón, que sin duda había preparado aquello anticipadamente. Yo sabía que algo iba a tomar un cariz inesperado, y trataba de adivinar cuál sería y cómo ocurriría. El destino estaba en juego; de otro modo, el maestro no estaría borracho.

Algunos amigos de los García que vivían en aquel pueblo habían rogado al maestro que dijera algunas palabras sobre la tumba del niño. El maestro lo conocía, porque éste había ido a su escuela durante una semana, cuando su padre había tenido un trabajo en el ferrocarril. El trabajo solo duró una semana, pero durante ella la madre había mandado al niño a la escuela cercana, para que aprendiera a decir: «Una *i* que no tiene puntido encima no es *i*.»

El maestro aceptó la invitación de hablar en la tumba y fue al pueblo donde se hallaba el cementerio, en el que había encontrado a los padres de su alumno. Al

llegar, no sabiendo de ningún otro lugar a donde dirigirse, se detuvo en la tienda y pidió una limonada. El padre de dos de sus discípulos entró, lo saludó e invitó a tomar un trago con él, solo una copita de mezcal. La cerveza era muy cara, y como no podía conseguirse hielo, se calentaba y no tenía gusto. Haberse negado a aceptar la invitación hubiera sido tanto como que el padre pensara que el maestro se creía demasiado para beber con un indio. El maestro tenía buen corazón y sabía lo que el padre hubiera sentido de haberse negado a beber con él. Hasta una limonada o un *orange* costaba más que una copita, así que el maestro tuvo que beberse el mezcal. Después llegó el padre de otro discípulo, y habiendo aceptado la invitación del primero no podía rehusar la del segundo. Otro padre que se había enterado de que el maestro estaba en el pueblo, fue a reunírsele y tuvo que beber una tercera copa, nunca más que una copita de mezcal. Pero no importa el nombre que se les dé, determinado número de copitas hacen un litro y el calor hace el resto. ¡Santo cielo! ¡Y qué borrachera se traía el maestro!

La procesión marchaba. Muchos de los habitantes de aquel pueblo se nos reunieron. Lejos, detrás de los últimos, el maestro se tambaleaba solo. Necesitaba toda la calle para él. De su brazo derecho colgaba aquel amigo de García que le había invitado a hablar en la tumba. Aquel hombre estaba más ebrio aún que el maestro, cuyas rodillas podían estar débiles, pero conservaba aún algún sentido. Mas arrastrar a un compañero borracho que no hace el menor esfuerzo por tenerse en pie, es, sin duda, una tarea peligrosa para quien tiene que luchar durante algún tiempo contra aquellos espíritus que son amabilísimos para el hombre las tres primeras veces que se les invoca, pero que después de la décima resultan insoportables.

Su compañero, sin embargo, caminando prácticamente de rodillas, se tambaleaba y jalaba al pobre maestro haciéndole caer al suelo cada dos pasos. Aquel amigo borracho tropezaba y caía, y el bondadoso maestro tenía que levantarlo para que pudiera ponerse en pie nuevamente. La tarea lo hacía aparecer más borracho de lo que estaba cuando los dolientes llegaron al pueblo.

XXXIV

La procesión llegó al cementerio. ¡Qué cementerio! Constituía una prueba más de que el cristianismo no ha alcanzado aún a los indios y de que en lugar de él sé les ha dado una religión corrompida y degenerada, revestida de vacías ceremonias tomadas del catolicismo romano de la primera mitad del siglo dieciséis.

La puerta estaba formada por dos enrejados de varitas y era solo decoración, porque se podía entrar por cualquier lado sin necesidad de cruzarla, ya que la cerca se había podrido y caído. De alguno de los postes colgaban trozos de alambre de púas oxidado, otros habían caído al suelo.

Desde la punta del poste central, una cruz saludaba a los visitantes. Tres montecitos cubiertos con flores secas y sencillas cruces, sin nombres grabados en ellas, eran los únicos signos de que aquel lugar era un cementerio. Todo lo demás se veía como la tierra entera habrá de verse al atardecer del Día del Juicio.

Había un gran número de montecitos de tierra sin la menor apariencia de tumbas. Sobre todos ellos crecían zacate y arbustos espinosos, que habían sido pisoteados. La mayoría de los pequeños montículos habían sido derrumbados por perros, cerdos y bestias feroces en busca de bocados sabrosos. Los huesos estaban regados, pero misericordiosamente cubiertos por el zacate. Por todos lados se veían trozos de madera podrida, restos de ataúd, y una veintena de cruces burdamente construidas yacían por tierra. Todo el campo se hallaba ricamente decorado con estiércol de caballos, mulas y burros.

Pero lo curioso era que ese cementerio me gustaba enormemente. De no ser botado al mar, que es lo que preferiría por todos motivos, me gustaría ser enterrado silenciosamente en un cementerio como ése, y, por favor, no envíen flores.

Acostumbramos alborotar demasiado con motivo de nuestra muerte. Creemos que nuestros muertos son santos y los tratamos como tales. Un muerto está muerto. Nos ha dejado y debemos dejarlo en paz. Debe ser olvidado en el momento en que la tierra lo cubre o en que se eleva convertido en columna de humo. Los billones gastados en nuestros muertos servirían mejor a la especie humana si fueran empleados en hospitales, médicos e investigación de las enfermedades. Sería más humano, y desde luego más civilizado, que en lugar de gastar billones en la muerte, gastáramos ese dinero en los vivos para conservarlos sanos y lograr que permanecieran más tiempo a nuestro lado. Solo en las flores que se colocan sobre las tumbas de los muertos, quienes no pueden verlas ni olerlas, podríamos ahorrar dinero suficiente para atender a diez mil niños cada año, haciendo la felicidad de sus madres.

Dudaba de que el maestro y su compañero pudieran llegar al cementerio. Unas veces él caía por tierra mientras el otro se tenía en pie, y viceversa.

Por fin nos encontramos ante la fosa abierta. No había sepultureros y la fosa tenía que ser cavada por el padre o algún pariente o vecino. En nuestro caso, Manuel había tenido que cavarla. Lo había hecho temprano, cuando todavía hacía fresco,

regresando después a caballo, para reunirse a la procesión.

El ataúd fue colocado en el suelo, a unos cuantos palmos de la fosa. El hombre que lo había hecho le quitó los clavos y levantó la tapa para que la madre pudiera ver a su nene por última vez. Es la ley la que exige que el ataúd sea abierto antes de ser bajado a la fosa, para que los dolientes se aseguren de que el cadáver que se encuentra en él es realmente el de su pariente o amigo, evitando así equivocaciones. Es, además, la última oportunidad que se da al muerto para que vuelva a la vida si no considera que está bien muerto y cree que todavía puede andar por ahí algún tiempo más.

Una vez abierto el ataúd, prácticamente nada del cuerpo quedaba visible. La caja estaba aparentemente llena solo de una masa de papel de color, un cetro y una corona dorada. El rostro se hallaba cubierto con la corona que había caído sobre él, ocultando su horrible fealdad. Los dientes desnudos, sobresaliendo por debajo de la corona, eran la única evidencia de que la masa húmeda de papel de colores escondía los restos de un cuerpo humano.

Con un grito horrible, la madre se lanzó sobre el cajón abierto abrazándose a él. Su grito se fundió en un sollozo prolongado y amargo, en tanto que su cuerpo se estremecía con violentas convulsiones; el silbatito de madera que había recogido cuando al ser sacado el niño del río cayera de la bolsa de su pantalón, salió en aquel momento de su regazo, cayó al suelo y ella lo miró, dejó de sollozar en seguida, lo recogió, lo oprimió contra sus labios y rápidamente, como si pudiera olvidarse de ello, lo escondió entre los trajes de papel y dijo en voz alta:

—Tómalo, chiquito mío, mi amorcito, no olvides tu silbato… Y perdóname, chiquito mío, mi amorcito, por haberte pegado cuando lo tocabas sin cesar en mis orejas haciéndome enojar. Me perdonas, ¿verdad, Carlitos mío?

Todas las mujeres, al escuchar cómo hablaba a su nene como si todavía pudiera oírla, comenzaron a sollozar.

García se aproximó a la fosa tambaleándose y se recargó contra los dos hombres que lo habían ayudado a caminar. Ya no podía tenerse en pie, porque la segunda botella que había guardado de reserva ya se encontraba vacía. Creía que tenía derecho, antes que nadie más, a pararse frente a la fosa abierta, porque borracho o no, él era el padre. Abrió la boca para decir algo a la comitiva. Tal vez deseaba llorar, pero solo una especie de rechinido salió de sus labios. Se secó con una mano las gruesas lágrimas que le rodaban por las mejillas; a pesar de su embriaguez y de la pesada niebla que envolvía su cerebro, se dio cuenta de que su niño lo dejaba para siempre. Todas las mujeres lloraban amargamente como si el niño fuera suyo. La mujer del maestro maquinista, ayudada por otra, levantó a la García del suelo, al que había caído exhausta.

En cuanto el hombre que había construido el ataúd vio que la madre era separada de éste, colocó la tapa sobre él y la clavó rápidamente.

Entonces fue bajado a la fosa.

XXXV

Todos vuelven la vista a la entrada del cementerio, esperando a que el maestro aparezca. Aún se encuentra fuera, avergonzado de hallarse en presencia de la dolorida madre y de los dolientes en las condiciones en que se halla. Su acompañante lo empuja hacia la puerta. Cuando el maestro se resiste aún a entrar, su compañero, a pesar de su embriaguez, tiene el buen sentido necesario para hacerle una seña a otro hombre, quien se aproxima inmediatamente y lo conduce a la fosa.

Después de mucho tiempo y de muchas dificultades, el maestro se encuentra al fin frente a ella. Todos le miran esperando lo que va a decir.

Inclinándose, casi a punto de caer, mira a la madre. Sus ojos se empañan y con movimiento enérgico se vuelve, apartándose de ella. Su acompañante, el amigo de los García, despertando de su torpeza, lo bastante para darse cuenta de la huida del profesor, le grita que cumpla su promesa como los hombres y que afronte con valor al maldito mundo. Y como el maestro no atiende a sus gritos, comienza a jurar terriblemente, hasta que dos hombres le paran el alto dándole una manotada en pleno pecho, cosa que le sorprende tanto que se le olvida lo que está haciendo y por qué está gritando.

Algunos otros borrachos se encargan de gritar al profesor que no deserte de los pobres ignorantes. Los pocos hombres sobrios que allí se encuentran tratan de poner en orden a los escandalosos, diciéndoles que perdonen al profesor, en atención al estado en que se encuentra. Pero no tienen éxito, y uno de los borrachos, nada más que para demostrar a los presentes que nadie en el mundo, ni siquiera el desgraciado hijo de un tal por cual, Presidente de todita la maldita República, puede prohibirle que haga lo que a él le da la gana, se pone a bufar como un toro bravo insultando al maestro en la forma más soez.

Bueno, estamos a punto de que resulte un funeral lleno de vida a final de cuentas.

Los sobrios, no encontrando mejor manera de calmar a los ebrios, y demasiado correctos para emprenderla a bofetadas con ellos, allí mismo en el cementerio, siguen al profesor y le ruegan, por favor, que regrese y diga unas cuantas palabras, las que podría decir perfectamente sin importar las condiciones en que se encontraba, porque todos excusarían aquello, ya que todos somos humanos y nadie lo juzgaba capaz de insultar o hacer reproches a sus semejantes.

El profesor no puede hablar en voz alta. Tartamudea incoherentemente. Volviéndose, lucha contra los que tratan de hacerle regresar. Durante su lucha, mira a la sollozante madre, quien llena de lágrimas y silenciosa le mira a los ojos. Inmediatamente cesa de luchar y parece despertar de un sueño. Tal vez porque su cerebro se encuentra envuelto en niebla, puede adivinar en la mirada de la madre algo que otros no pueden ver. Por algunos segundos se detiene, al parecer escuchando una voz interior, en tanto que sus ojos quedan fijos en los de la madre. Después se dirige lentamente a la fosa. Una vez más se detiene frente a ésta, se tambalea en todas

direcciones, por un rato gesticula con ambos brazos antes de abrir los labios. Lleva aún la varita en su mano derecha, mira en derredor, furiosamente, como si fuera a combatir con algún enemigo invisible que se defendiera con una espada. Sus ojos apagados y fríos miran al vacío. Las cien caras que tiene enfrente causan sin duda una impresión horrible en su mente. Tiene el semblante descompuesto por el terror y parece mirar en aquel mar de caras algún monstruo arrastrándose hacia él.

Aquello no podía ser temor al público, porque ya con anterioridad yo le había oído hablar con motivo de una fiesta nacional, y sabía que era un regular orador que no se asustaba de hablar en público.

Repentinamente levanta ambos brazos, abre la boca y vuelve a cerrarla automáticamente. Repite esto varias veces. Parece imaginarse estar hablando, aun cuando de sus labios no sale una sola palabra.

De pronto grita fuertemente: «Todos los aquí reunidos nos hallamos tristes, mucho muy tristes; así es como estamos todos los aquí presentes. Dios y los hombres saben por qué y para qué.» Grita estas palabras en voz tan alta, que si seis mil personas hubieran estado esparcidas en un terreno amplísimo, todas hubieran podido escucharlas.

Vuelve a hablar, y en esta ocasión como si se dirigiera a veinte mil hombres: «El chiquitín está muerto, completamente muerto, estoy seguro de ello. Bueno, nunca le volveremos a ver; no volveremos jamás, mientras este mundo exista, a escuchar su inocente voz y su reír feliz.»

Las lágrimas asoman a sus ojos. Hace una pausa y eleva la voz como si fuera a ordenar a los cielos que se abran: «La madre de nuestro chiquito también está muy triste. Sí, amigos, créanme; está muy triste, porque ella es la madre que jamás volverá a jugar con su nene.»

Mira a la multitud sin ver a nadie en particular y grita: «Oigan lo que les digo, amigos: la madre está abatida por la pena. Llora. Eso pueden verlo ustedes mismos. Ha llorado durante toda esta noche horrible; ella, la madre, y ustedes, amigos, deben creerme.» Mientras grita de este modo, empuña su vara y la agita en el aire con todas sus fuerzas, como si quisiera golpear a alguien que se atreviera a dudar de que la madre se halla muy triste y que ha llorado por su nene.

Aquel golpe asestado a su misterioso enemigo, y al que aparentemente consideraba enemigo de la madre también, estuvo bien dirigido y fue sin duda un golpe honesto, pero forzó demasiado su cuerpo oscilante y le hizo rodar directamente a la fosa. No llegó al fondo, gracias a los troncos atravesados en forma de cruz sobre los que debería descansar el ataúd. Afortunadamente todavía no lo colocaban allí, debido a la lucha que se había tenido que librar para arrastrar al maestro hasta la sepultura. Aquel detalle de la ceremonia se había descuidado y la caja se encontraba aún en la orilla opuesta de la fosa.

El profesor se agarra a uno de los troncos y queda colgado de él. Lucha moviendo las piernas ridículamente por alcanzar la orilla y trepar, pero su lucha es vana, y si en

el momento oportuno no llegara una fraternal ayuda a rescatarlo, habría caído hasta el fondo de la fosa, de donde posiblemente no hubiera salido hasta el día siguiente.

Entonces algo extraño ocurre.

La caída del respetable maestro, su lucha lastimera y ridicula para salir de la fosa quedando colgado del tronco como un mono viejo —todo ello ocurrido en aquel momento solemne—, resulta el espectáculo más divertido que uno puede imaginar. Pero ninguno de los presentes, hombre, mujer o niño, ríe del maestro. A mí, generalmente, me es muy difícil aguantar la risa. Más de una vez me ha ocurrido tener que abandonar una iglesia rápidamente para evitar un escándalo, porque prácticamente cada cura, con su dignidad fingida y sus sermones bobos, me produce una risa sorda que termina irremisiblemente en carcajada abierta. Me es imposible dejar de ver las cosas desde un punto de vista cómico, y si por casualidad no encuentro cómicas las supuestas ceremonias y discursos sagrados, entonces me acontece no poder ver más que la parte irónica de ellos. Pero en esta ocasión no río. Ni aunque me hicieran cosquillas reiría, porque no encuentro ni comicidad ni ironía en la situación que me hace llorar por primera vez desde que el niño fuera sacado del río. Años parecían haber transcurrido durante aquellas veintidós horas, que se iniciaran cuando el gran Director de Orquesta se pusiera al servicio de los mortales para tocar en el baile más movido y ardiente que yo pudiera presenciar. Nadie reía. Sé ahora, como sabía entonces, por qué nadie reía. Nadie reía; ni yo, porque yo era uno de ellos, y era mío el niño que enterrábamos, como lo era de todos los presentes. A nuestra vista, ningún maestro luchaba para salir de la fosa a la que había rodado. Solo podíamos ver un gran amor fraternal por aquel amigo caído dentro de la tumba y que luchaba duramente por salir de ella. Puedo reír de cien cosas y situaciones, hasta de las brutalidades del fascismo, a las que sólo puedo considerar ridiculas cobardías sin límite. Pero no podría reír del amor que manifiestan los hombres por otro hombre que sufre. Y el amor del que era testigo manaba del corazón; era honesto y verdadero como solo el amor que no espera recompensas puede serlo, porque todos los allí reunidos, sin excluir al maestro, habíamos perdido a un niño amado.

Una vez más el maestro se para ante la tumba, con la varita empuñada todavía en su mano derecha. Aun durante su lucha no la había dejado escapar, pues parecía ser su único apoyo en un mundo cruel. Se hallaba parado mirando en rededor, como si todo cuanto ha ocurrido nada tuviera que ver con él, sino que hubiera pasado a alguien más, a un desconocido. Se detiene como esperando a que la calma vuelva para poder continuar su discurso.

Gritando en voz aún más alta que antes, dice: «El padre, quien está con nosotros en este día de infortunio, también se muestra mucho muy triste. Sí, amigos míos, créanme; el padre está muy triste y llora como la madre. Ustedes tienen que creerlo, amigos.»

Nuevamente corta el aire con su vara, pero en esta ocasión lo hace con cuidado. Permanece como a un metro de distancia de la fosa, lo suficientemente lejos para no

volver a caer en caso de que los pies le falseen. Además, en esta ocasión no golpea hacia adelante. Ha tomado experiencia de su descuido anterior. Ahora golpea hacia su lado derecho, como si fuera fustigando a un caballo. Así, sólo gira por algunos segundos alrededor de la fosa, pero no cae. Después se para firmemente, de frente a la multitud. Nadie ríe.

«El niñito tuvo que morir muy temprano», grita golpeando el aire. «El niñito tuvo que morir muy temprano, y ahora está muerto. Todos lo queríamos mucho. Cuando estaba entre nosotros éramos felices. Ahora se ha ido. Estamos muy tristes, pero no culpamos a nadie de ello. Tenía que ser. Está muerto. Ahora lo enterraremos. ¡Adiós, niñito mío, adiosito!»

Sería quizá porque los zopilotes habían transportado el funeral a algún otro lado, el caso es que yo lloraba y aullaba como el viejo mastín de algún castillo escocés encantado al recibir a medianoche la visita del fantasma de alguna vieja duquesa cuya presencia se anunciara con sonidos metálicos. Lloraba y aullaba con todos los presentes; con todos los hombres, mujeres, niños, y hasta la seca corteza de la tierra parecía derramar lágrimas y sollozar. Ya no se escucha el murmullo de la noche, solo se oye un doliente llanto que parece ser derramado por algo acaecido siglos atrás y cuyo recuerdo hubiera sido revivido por una narración bien escrita.

¿Qué me importaba a mí aquel niño, aquel muchachito indio de cuya presencia apenas me había percatado, al que sólo había conocido hacía algunas horas? Ni una sola de mis lágrimas era derramada por él. Quizá sea por mi propio niño, como son míos todos los niños de todas las madres de la tierra. ¿Por qué no ha de ser mío? Es mío, mi hermanito, mi compañero, quien podría sufrir como yo, reír como yo y morir como he de morir yo algún día.

XXXVI

Dos hombres trataban de bajar el ataúd con unos lazos, pero los troncos sobre los que estaban parados se movían y resultaba difícil sostenerlo.

Al ver las dificultades que el descenso del ataúd presentaba, un hombre saltó dentro de la tumba.

—Denme la caja —dijo a los que se hallaban arriba.

El hombre volvió a trepar.

El padre y la madre echaron puñados de tierra en la sepultura. Manuel hizo lo mismo, pero solo cogió un poco de tierra con sus manos.

Después, la tierra cayó sobre la sepultura por todos lados y de todas las manos.

Los músicos caminan hasta el lugar desde donde el maestro había dicho su discurso. Sin duda van a tocar el *Ave María* o *Próximo a Ti, Señor*, o algo por el estilo. Realmente tengo miedo de que cometan semejante pecado. Después de todo, no son más que cristianos y solo puede esperarse que obren en la forma considerada por ellos como recta y decente.

Dios Todopoderoso, te doy las gracias por haberme aliviado de una pena. Los músicos tienen excelente gusto. Bien sabía yo que podía confiar en ellos. Ellos saben cómo oprimir el botón necesario en el momento oportuno. No son hipócritas y no harán nada que no mane de su corazón sano. Verdaderos niños de la selva, llaman a las cosas por su nombre y devuelven a la Naturaleza lo que a la Naturaleza pertenece. Es por ello que estos hombres admirables tocan nuevamente la grande e inmortal marcha fúnebre del género humano, *Taintgonna*. Los hubiera abrazado.

Mientras tocan la canción de las canciones con entusiasmo y fervor, los chicos echan tierra con palas dentro de la fosa. Las mujeres arreglan las flores y las coronas. La madre, llorando dulcemente, es rodeada por una multitud de mujeres que la van abrazando y besando una tras otra y diciéndole cómo es querida por todos. Los hombres se cubren, enrollan cigarrillos y esperan pacientemente. Nadie abandonará el cementerio hasta que la madre no dé su licencia, saliendo. ¿Qué hacer? Algo debe hacerse mientras todos esperan.

Los músicos han terminado de tocar y esperan también. Como la pausa es mayor de lo que esperaban, piensan que sería altamente apreciado por todos el que tocaran una pieza más, hasta que la sepultura quede cubierta, hasta que las flores sean colocadas sobre ella y la madre se encuentre lista para partir. Entonces recuerdan la otra marcha fúnebre, aquella tocada hace más de dieciséis años, producida por la misma enfermedad mental que la anterior.

Bueno, déjenme ver, ¿no es la hermosa canción inventada al día siguiente de que los soldados que regresaron de Francia trataron de asegurar la promesa de «¡Tu patria jamás te olvidará! ¡Otros se han enrolado, por qué no tú! ¡Hazlo ahora! ¡Tu patria nunca, nunca! ¡Que Dios me ayude!»? ¿Cómo podría olvidarla, cuando ésta *es* la verdadera canción, la canción que se aviene al puño amenazador que trata de levantar

algún *quijada-alta* en el Viejo Mundo? Es la canción apropiada. Llegó entonces a su debido tiempo, como llega ahora a este pueblo de indios… *Yes, we have no bananas to-day*. Sí, buen hombre, sí, no te puedo dar trabajo ahora, ni alimento, ni abrigo, nada absolutamente; pero ya ves, puedo cantarte una canción que te llenará la barriga con frijoles de plomo, que serán los que tratarás de comer siempre que no tengas trabajo.

Sí, claro está que no tenemos plátanos.

¡Adiós, mi muchachito amado, adiós! Los gusanos vivirán y engordarán. Pero tú, mi niñito, tú tienes que morir. ¡Adiós! A ningún rey lo enterraron jamás como a ti. ¡Adiosito!

FIN DE
«PUENTE EN LA SELVA»

GOBIERNO

I

EL gobierno del distrito oriental estaba representado por don Casimiro Azcona. Don Casimiro, como todo jefe político, pensaba antes que nada en su provecho personal. Servía al Estado no por el bien del mismo, sino por las ventajas que con ello obtenía. En aquella forma podía trabajar mejor y sobre todo vivir mejor. Cuando un servidor del Estado gana menos que el director de un prostíbulo, no hay razón para que dedique todas sus energías a aquél.

Después de pensar bien en sí mismo, pasó a pensar en su familia y a considerar a sus amigos íntimos. Sus amigos le habían ayudado a obtener el puesto y él necesitaba mantenerlos gratos para que lo dejaran gozar de él, por lo menos hasta que alguno de ellos considerara llegado el momento de asegurarlo para sí.

Todos los miembros de su familia, alcanzando hasta las ramas más remotas —sobrinos, primos, cuñados, tíos, hijos de sus cuñados, yernos de sus sobrinos y entenados de los suegros de sus hermanos—, eran tomados en debida cuenta para ocupar las plazas de recaudadores de contribuciones, administradores de correos, jueces de paz y otras más existentes o creadas especialmente para ellos, y gracias a las cuales se mantenían firmes a su lado. Cualquier cosa que él hiciera estaba bien y ellos la apoyaban con entusiasmo. Podía robar hasta satisfacer su corazón siempre que, cuando a ellos se les presentara la oportunidad de hacerlo, él no interviniera en forma alguna. Cualquier cosa que ellos hicieran, legal o ilegal, debía ser aprobada por él.

Esta forma de conducir los asuntos del Estado, tenía su origen en el primer mandatario, cuyo ejemplo era seguido con disciplina inigualable por sus ministros y generales, por los gobernadores de los estados, por los presidentes municipales, jefes políticos, alcaldes y jefes hasta de las más pequeñas dependencias administrativas.

Esto era llamado en los periódicos y libros escolares, la sabia organización a través de la cual se guiaban, dentro de la mayor honestidad y orden irreprochable, los destinos de la República.

Si la capacidad en los ocupantes de los puestos elevados era escasa, la de los de abajo no existía, de tal manera que el pueblo podía sentirse agradecido de que se le permitiera vivir. Si algún hombre era inesperadamente asesinado por haberse atrevido a mostrar su indignación ante algún acto descarado de corrupción, sus vecinos y amigos daban gracias de haber escapado. A la víctima se la enterraba y se la olvidaba, y el único epitafio que se sugería para su tumba, y eso en voz muy baja, era: «¿Quién te mandó soltar la lengua?»

Don Casimiro tenía un amigo, don Gabriel Bermúdez. Este don Gabriel había sido ganadero, pero había perdido su fortuna en el juego y bebídose lo poco que le quedaba. Después había abierto una tienda; pero sus acreedores no tardaron en

echarse sobre ella.

Era viejo amigo de don Casimiro; habían sido compañeros de escuela y un día en que se lamentaba de su mala suerte, don Casimiro le dijo: «Veré qué es lo que puedo hacer por ti.»

Algunas semanas después, don Casimiro, en viaje de inspección por su distrito, volvió a encontrar a don Gabriel. Don Gabriel le recordó su mala situación, y como don Casimiro tenía muy buen corazón, no podía dejar sufrir a sus amigos; así, pues, le dijo: «Nada te he podido encontrar; tú bien sabes que cuando los amigos ocupan un buen puesto no lo sueltan; pero tengo por ahí un pueblecito indígena, Bujvilum, poblado por gente mala, insurrecta. No se dejan agarrar; hemos mandado soldados, gente buena y valiente que les quema los jacales y arrasa todo aquello, pero nunca hemos podido coger ni a uno solo. Inmediatamente corren hacia la selva y allí es imposible darles alcance. Cuando ya ni cenizas quedan de sus jacales y en las milpas no quedan ni las raíces, vuelven a salir de la selva, levantan sus jacales nuevamente y se ponen a sembrar como si nada hubiera ocurrido. Entonces esperamos que las milpas crezcan para ir a recaudar las contribuciones; pero como se niegan a pagarlas, nos vemos obligados nuevamente a mandar a los soldados. Si te conviene yo te nombraré delegado del gobierno con permiso exclusivo para vender aguardiente. Podrás construir una cárcel, y lo demás correrá de tu cuenta. Piénsalo y, si te conviene, el puesto es tuyo. Por el momento es lo único que puedo ofrecerte.»

Don Gabriel era poseedor de un revólver y de una excelente puntería. Los indios ni tenían pistolas ni podían comprarlas. No tenían dinero y aun en el remotísimo caso de que lo hubieran logrado, el gobierno tenía prohibida la venta de armas de fuego a los indios. Así, pues, don Gabriel aceptó el puesto, lo mismo que habría aceptado el de encargado de atizar el fuego en el infierno. La suerte le había sido tan adversa en los últimos tiempos que no tenía oportunidad que perder. Hacía casi veinte años que venía buscando la ocasión de encontrar un trabajo honesto que le permitiera atender a sus necesidades y, en realidad, nada mejor que un empleo en el gobierno, pues al amparo de éste, lo único que un hombre inteligente necesita hacer es tener los ojos bien abiertos y las manos hábiles.

No hubo tiempo de instruir a don Gabriel en lo referente al manejo de su puesto. Además, no existían reglas para ello y, si hubieran existido, él no habría hecho el menor esfuerzo por seguirlas. Era amigo del jefe político y podía obrar a su gusto. Cada mes tenía que enviar al jefe un informe sobre los nacimientos y defunciones de los hombres y del ganado. Si se veía obligado a matar a unos cuantos indios, podía o no incluirlo en su informe; aquello carecía de importancia. Cuando llegaba a mencionar un hecho de esa naturaleza, agregaba que había sido en defensa propia o para castigar a quienes se habían atrevido a insultar en público al gobernador. El asunto se daba por concluido sin averiguaciones. Las averiguaciones cuestan dinero. Además era de suponer que un delegado del gobierno, y especialmente amigo del jefe político, quien lo recomendara para desempeñar el puesto, era incapaz de rendir un

informe falso.

Bujvilum era un pueblo indígena independiente, habitado por un grupo de bachajontecas, rama de la tribu Tzeltal.

Los bachajontecas eran muy enérgicos, industriosos, buenos agricultores y celosos criadores de ganado. Poseían cabras, ovejas y un buen número de cerdos. De los cerdos obtenían carne y manteca y, además, de la venta de estos animales hecha a traficantes que de vez en cuando pasaban por allí, obtenían el dinero necesario para comprar las cosas que ellos mismos no podían hacer y que se veían obligados a obtener en alguno de los pueblos grandes del distrito. Entre las cosas que debían pagar con dinero se hallaban sus machetes, hachas, telas de algodón, agujas, devanadores, sal y azúcar. Las mujeres devanaban, tejían y coloreaban la lana de las ovejas, y daban forma a sarapes, jorongos, fajas y otros artículos de gran demanda entre los indios, por lo que lograban venderlos fácilmente en el mercado de Jovel, y en muchas ocasiones no podían dar abasto a sus clientes.

La tierra de Bujvilum es muy pobre; debido a ello se salvó de la rapiña de los colonizadores españoles. Después de la independencia de México, algunos mestizos intentaron establecerse allí; pero los indios no les facilitaron su estancia, y los pocos ladinos que sobrevivieron al intento se felicitaron de haber logrado alejarse muchas leguas. Fuera de su distrito, los indios solo hacían daño a aquellos de quienes por alguna buena razón querían vengarse.

Los bachajontecas se rebelaban contra el gobierno y contra algunos individuos, solo cuando se metían en sus tierras a molestarlos. Los viajeros y traficantes podían pasar por ellas sin correr peligro alguno, siempre que no intentaran permanecer allí más de un día, porque, cuando trataban de prolongar su estancia, los indios empezaban a sospechar en ellos malas intenciones. Cuando el viajero no traficante se detenía un día más, se le hacía saber inmediatamente que debía seguir su camino, a fin de pasar un día mejor en el poblado próximo. Si aquel cortés aviso no era interpretado en debida forma, el porfiado era muerto ese mismo día o a más tardar el siguiente.

El gobierno o, para ser más exactos, el gobernador, había tratado y seguía tratando por todos los medios de ejercer su control sobre aquel lugar; no porque ansiara el bienestar de los indios, sino porque no le era dado recaudar las contribuciones que aquellos industriosos hombres estaban obligados a pagar. Porque ¿qué gracia tiene ser gobernador si no hay contribuciones que recaudar?

Esto no quiere decir, sin embargo, que los bachajontecas estuvieran cabalmente libres del pago de contribuciones, no; el jefe político del distrito no se quedaba con las manos vacías cuando los indios salían a vender sus animales. Por una cabra vendida recogía un peso; por un cerdo bien cebado, dos, y hasta para cada pieza de los animales muertos y desmembrados había una tarifa que aplicar.

Asimismo, cuando pasaban por poblados pequeños en los que sus animales no tenían mercado, pero que les era indispensable cruzar, el alcalde o el presidente municipal o como quiera que el funcionario se llamara, les cobraba veinticinco centavos por el derecho de tránsito. A ello se veían obligados también cuando llevaban a algún mercado grande los artículos que manufacturaban, y más de una vez se dio el caso de que, no habiendo podido dar grandes rodeos para evitar el paso por los poblados, llegaran al mercado con la cuarta parte de sus artículos, por haber quedado lo demás en manos de los funcionarios públicos.

Los bachajontecas no podían quejarse, ya que todos los indios se hallaban en las mismas circunstancias; solo que aquéllos, por lo menos dentro de su territorio, habían gozado de poder hasta el día en que el gobernador mandó veinte soldados a Bujvilum. Sus pobladores se hallaban desprevenidos y todos los hombres, jóvenes, viejos o niños, que no tuvieron tiempo de correr a esconderse en la selva, fueron arrestados y obligados a construir el cabildo. Por falta de cualquier otro material, el edificio se hizo de adobe. Se construyó un cuarto grande, que era la oficina del delegado; otro dedicado a la escuela; otro en el que habitaría el funcionario, y uno más que serviría de prisión.

La prisión era cosa muy importante, tan importante como en cualquier sitio de la tierra. La erección de un presidio es el primer paso que se da en firme hacia la organización de un estado civilizado. Tan pronto como el edificio se terminó de construir, el delegado procedió a inaugurarlo quemando por la noche cohetes y luces de bengala, que fueron acogidos con gran júbilo por los indios, a cuya disposición había puesto oportunamente una olla de aguardiente. Después, el funcionario pronunció un discurso en el que dijo mucho sobre el amor a la patria, y la honradez y la justicia, que, como los cohetes y las luces de bengala, y por las mismas circunstancias que a éstos precedieron, fue escuchado y contestado por el jefe de los indios, quien prometió cooperar con el gobierno celosamente en cuanta acción emprendiera en favor de la población nativa. Inmediatamente se envió al gobernador un mensaje por el que se le anunciaban las excelentes relaciones que los indios y el delegado del gobierno mantenían.

El gobernador contestó dando las gracias y ofreciendo su protección.

Inmediatamente se tendió una línea telegráfica entre el pueblo y el municipio más cercano y provisto de fuerzas armadas.

Los indios que habían huido a la selva regresaron con su ganado y volvieron al cultivo de sus campos.

Todo allí era paz y concordia.

En cuanto la línea telegráfica empezó a funcionar, llegó al pueblo una comisión enviada por el ministro de salubridad. Todos los indios fueron vacunados y recibieron una pequeña dosis de quinina.

Los soldados que habían sido enviados para reducir a los pobladores del lugar, recibieron órdenes de regresar a la cabecera del municipio. Así, pues, se formaron

con todo orden delante del cabildo, presentaron armas y marcharon hacia su cuartel.

El sueldo asignado al delegado era de quince pesos mensuales. Con ese sueldo le era imposible vivir y sostener a su numerosa familia. El gobernador lo sabía bien; pero al mismo tiempo no ignoraba lo que podía hacer, como delegado del gobierno, en aquel pueblo de indígenas activos e industriosos.

Todo el mundo sabe que los gobernadores, los alcaldes, los jefes políticos, los recaudadores de contribuciones y más funcionarios públicos, no viven de su sueldo. El delegado sabía bien que no viviría del suyo y que le era indispensable encontrar la forma de aumentar sus ingresos. El jefe político no dudaba de que el delegado la encontrara, pues tenía por seguro participar de esos ingresos, al igual que los señores jefes de tránsito participan de los ingresos que sus inferiores obtienen, de acuerdo con lo jugoso que resulte el punto que les asignen. Los medios empleados por los inferiores para obtener esos ingresos poco interesan al jefe; para eso tiene cada uno su cabeza bien puesta sobre los hombros, la pistola al cinto y amplio poder para obrar.

Así, pues, el delegado se dio a buscar y a encontrar la forma de aumentar sus ingresos, hasta ver realizadas sus esperanzas. El jefe político le escribía más o menos cada dos semanas, para recordarle que ya era tiempo de que lo fuera tomando en consideración.

De la forma de actuar del delegado dependía que en el pueblo hubiera paz durante seis, ocho y aun dieciocho meses.

De pronto, una mañana encontraba a su mejor vaca despedazada, para encontrar, una semana después, a la última en las mismas condiciones. Más tarde su caballo aparecía con un machetazo en las ancas. Al día siguiente, el telégrafo dejaba de funcionar; el delegado se daba a buscar el daño y cuando de ello se ocupaba, internándose bastante en la espesura, veía una linda faja de lana roja tirada; entonces, al agacharse a recogerla, un machete pasaba vertiginosamente solo a unos cinco centímetros de su cabeza. Después de estos incidentes, no se atrevía a abandonar el cabildo y se quedaba allí, encerrado e incomunicado. Una noche se hallaba en el pórtico del cabildo, fumando y al parecer tratando de ver el tiempo que haría al día siguiente, cuando, al regresar al interior y en el momento preciso de cerrar la puerta tras de sí, tuvo noticia exacta de que la temperatura no había cambiado, al recibir una pedrada que le tiró el sombrero, seguida de otra que se estrelló en la puerta.

El jacal más próximo se hallaba a cien metros del cabildo.

A la mañana siguiente empacó sus cosas, montó a sus gentes en los animales que le quedaban y salió para nunca más volver. En el pueblo reinaba un silencio mortal; pero él sabía que cien ojos vigilaban su partida a través de las hendiduras de los muros y de las puertas de los jacales.

De no haber tomado tan oportuna decisión, dos, tres o diez días más tarde, habría sido hombre muerto.

Algunas semanas después, los soldados regresaron. El jefe político nada sabía de los pobladores del lugar desde hacía tres meses, y por ello mandó a los soldados a que investigaran.

Los soldados registraron los jacales. Ni un alma había en ellos, de los que hasta los jarros y las cazuelas habían desaparecido.

Quemaron todos los jacales, arrasaron las milpas y solo dejaron las ruinas del cabildo con su prisión.

Se habían comido todo lo que llevaban y como en los jacales no encontraran ni una tortilla dura, se volvieron en seguida.

Al cabo de algunos meses el gobernador decidió nuevamente incorporar a los indios de aquel lugar a la civilización, haciéndoles pagar debidamente sus contribuciones. El jefe político tenía un amigo perseguido por la mala suerte, al que no había sido posible colocar.

Los soldados llegaron una vez más, llevando consigo al nuevo delegado y a su familia. Pero resultó que el delegado no tenía dónde vivir, porque el cabildo había sido derribado y en el lugar donde antes se alzara crecía la maleza.

Los indios habían levantado nuevamente sus jacales y sus milpas crecían verdes y hermosas; pero en el lugar no había ni un alma, ni una cabra, ni una oveja, ni un cacharro ni objeto alguno.

La selva era densa, oscura y amenazadora. No había en ella senderos que seguir; pero sí había pantanos, tigres, serpientes y mosquitos, densas nubes de mosquitos.

El sargento que mandaba a los soldados era indio, conocía la selva, y ni por un momento le ocurrió la idea de meterse en ella a cazar indios para hacerles construir el cabildo.

Pero las casas del pueblo habían sido construidas nuevamente y las milpas crecían verdes y prometedoras. Para el jefe político en crónica necesidad de dinero, el ambiente aparecía poblado de contribuciones. Para algo tenía un amigo que podía actuar como delegado y no dejar al pueblo vivir en paz. El jefe político necesitaba dinero, y allí había de dónde sacarlo, siempre que el delegado supiera arreglárselas para ello.

Mandó un mensaje a otro pueblo independiente, situado cerca de la cabecera en la que se hallaba el cuartel, a fin de que de allí mandaran veinte hombre para que, sin paga y sin proporcionarles alimentación alguna, construyeran el cabildo. Era necesario que el nuevo delegado contara con una prisión, una habitación, la oficina y un rincón para el telégrafo.

El cabildo se acabó de construir, inmediatamente se empezaron a quemar cohetes y luces de bengala. Los indios salieron de la selva y se fueron aproximando. Se pronunciaron discursos acerca de la patria. Los soldados se echaron los rifles al hombro y marcharon.

Pasaron diez o doce meses, y un día, repentinamente, un machete pasó rozando la cabeza del nuevo delegado.

El pueblo fue arrasado una vez más y una vez más creció la maleza en el sitio en el que el cabildo se había levantado. Los soldados regresaron nuevamente.

Así había ocurrido desde hacía cien años. Los hechos se sucedían iguales, como las estaciones.

Con el mismo ritmo ocurren levantamientos militares y asesinatos de presidentes y de ministros, o envío de éstos a Europa, a fin de que allá cuiden de su salud.

Estos hechos van y vienen, no porque existan pueblos de indios independientes, salvajes, asesinos, a quienes les es imposible adaptarse a las leyes de un estado justamente conducido. No, ello ocurre porque los gobernantes de cualquier categoría se encuentran en perpetua necesidad de dinero para complacer a las prostitutas que los complacen, y para otras distracciones semejantes. Y porque, además, siempre llevan su carro cargado de parásitos, bien parientes o bien amigos, que a su vez tienen más de las mujeres a las que les es posible llenar la barriga y cubrir de trapos y pedrerías.

Los bachajonteeas tampoco habían descuidado a la Iglesia. La mantenían bien alejada y servían a los curas los mismos platos que a los delegados del gobierno.

En verdad, los indios no necesitan de buenos consejos. No quieren que la Biblia les penetre a golpes en la cabeza ni necesitan del programa de algún partido comunista o socialista.

Llegó a ocurrir varias veces que Bujvilum se encontrara sin delegado por cinco años, y hasta por más. Esos golpes de fortuna los debía al hecho de que el sitio había sido olvidado. Esto sucedía, generalmente, cuando las autoridades superiores se hallaban en disputa.

Un hombre sostenía haber tenido mayoría en las elecciones para gobernador; pero su contrincante sostenía que los votos habían sido falsificados, pues de otra manera el gobernador sería él. Y convencido de lo que decía, establecía el poder en cualquier pueblo del estado apresurándose a colocar a sus amigos, a fin de que éstos se interesaran en ayudarlo.

El gobernador electo hacía lo mismo, con el objeto de seguir con éxito, y para seguir con éxito nada mejor que contar con muchos seguidores.

Como es sensato pensar, mientras los dos contrincantes se hallaran en disputa, el deber patriótico del gobernador saliente era permanecer en su puesto.

El gobierno federal, para no perder su control sobre el estado, tenía que meterse en el embrollo y nombraba un gobernador provisional, quien también se hacía cargo del poder.

En México eso apenas sale un poco fuera de lo normal, ya que en cada estado siempre hay dos poderes, el civil y el militar. Cada estado tiene dos jefes, el gobernador y el jefe de operaciones militares. Este jefe tiene mando sobre todas las tropas del estado y, en el caso que referimos, y tratándose de un hombre consciente de

la responsabilidad que tiene de mantener la paz en el estado, se sintió con la obligación absoluta de nombrar por cuenta propia otro gobernador provisional, porque el nombrado por el gobierno federal no merecía, en su concepto, su ayuda militar.

Así ocurrió que en el estado llegaron a estar en el poder cinco gobernadores al mismo tiempo. Cada uno de ellos con su carro lleno de amigos y parientes, y decidido a aprovecharse de su período, a fin de asegurarse para el resto de sus días las comodidades y lujos que merecía.

Cada uno de ellos aseguraba enfáticamente estar inspirado sólo por el más puro y desinteresado amor a su patria.

Contiendas similares se desarrollaban también entre los jefes políticos.

Y era durante el tiempo que reinaban esas pugnas, cuando los indios de los pueblos independientes de las regiones más remotas podían vivir en paz. A los perros les ocurre lo mismo. Mientras la disputa es por el tocino, ellos pueden gozar de sus huesos en completa paz; pero cuando el tocino no basta ya a los contrincantes, los perros se ven privados de sus huesos.

Durante la dictadura, el jamón se hallaba sólo en manos del dictador y de los que le ayudaban a sostenerlo; amigos y parientes que le chupaban la sangre a todo placer.

Todos los que se encontraban bastante lejos para ser peligrosos o útiles, no podían cortar su tajada y tenían que conformarse con los huesos. En este vasto país, hay muchos huesos que levantar.

Cada hombre que trabaja, cada hombre que produce algo, es un hueso del que los hombres en el poder están obligados a sacar la médula. La impresión es siempre la misma, ya sea que se mire el asunto desde adentro o desde afuera: Un puesto oficial significa siempre la oportunidad de enriquecer al que lo ocupa. Además, no existe el peligro de ser echado al carro de la basura mientras el ocupante no se haga sospechoso de estar en desacuerdo con el dictador, o, peor aún, de tartamudear algunas cosas sobre la democracia, el sufragio universal y la ilegalidad de reelegir al presidente. Éstos son los únicos crímenes de que puede acusarse a un funcionario público; por lo demás, puede corromper y cometer cuantas infamias le vengan en gana. Cuando al final de la escalera hay un dictador, en todos los escalones nos encontramos uno, con la sola diferencia de que unos están más altos que otros. En la escalenta podemos ver a los capitalistas, a los industriales, a los terratenientes, a los explotadores de minas, a los ganaderos y finqueros.

Don Gabriel no era ningún niño de pecho, y sabía bien cómo tratan a los delegados del gobierno en los pueblos indígenas. Conocía, como todas las gentes del estado, lo que suele ocurrir a esos señores; pero debido a su larga experiencia, no ignoraba lo que pueden hacer cuando se hallan en el goce de su puesto.

Como todos los delegados que le habían precedido, se apresuró a sacar la médula

del hueso y a correr velozmente antes de que los indios desataran su ira.

Los indios estaban lejos de ser agresivos, eran muy calmados mientras los dejaban vivir en paz. No tenían inclinaciones guerreras; eran agricultores tan pacíficos como los de cualquier punto de la tierra, siempre que se les dejara vivir a su gusto. Su único deseo era cultivar su tierra, mantener a su familia, criar a sus hijos y alcanzar una avanzada edad. La agricultura destierra al espíritu guerrero. Los cultivos y los rebaños se arruinan si el agricultor o el pastor se ven obligados a marchar al campo de batalla. Y si durante alguna incursión guerrera arrasan los campos de sus vecinos, estos vecinos se verán obligados, para no morir de hambre, a arrasar los de sus agresores, a su turno.

La agricultura no nutre los cerebros aventureros. Los aventureros y los guerreros surgen cuando su propia tierra no da para sostener la agricultura.

Don Gabriel conocía Bujvilum y conocía a los bachajontecas. A menudo había tenido que tratar con ellos como traficante de ganado que era, y nunca había encontrado dificultades en lo que a negocios se refería.

Basado en ese antecedente, no temió desempeñar entre ellos el puesto de delegado.

Hacía tres años que los bachajontecas tuvieran su último delegado. Éste había muerto en su lecho, no se sabía si de fiebre o de calambres en el estómago; pero en cualquier forma, su muerte había sido natural. Cierto que no había tenido tiempo de que los asuntos marcharan en tal forma como para que uno o dos machetes le rozaran las orejas con su filo, para advertirle que debía apresurarse a salir del lugar llevándose a su familia, antes de que algo realmente malo le ocurriera. Su esposa había permanecido allí sola con sus hijos, manejando los asuntos oficiales, hasta que decidió vender su tienda y regresar a su casa en Shcuchuitz.

Después, el puesto había quedado vacante porque el jefe político no había podido encontrar quien deseara ocuparlo, y aquéllos que lo hubieran querido no hablaban ni una sola palabra de tzeltal.

Don Gabriel llevó consigo, como todos los delegados, un grupito de soldados. En su caso, no como medida de protección, sino como única forma de identificarse ante los indios como delegado.

Los indios, como siempre que un grupo de soldados se aproximaba al pueblo, desaparecieron dentro de la selva; pero regresaron en cuanto se dieron cuenta de que los soldados habían dejado las armas enfrente del cabildo, habían prendido hogueras para acampar y se habían echado a dormir, después de cocinar y comer, sin preocuparse por meterse en los jacales y buscar a sus moradores.

Tan pronto como una avanzada de los indios se presentó en el pueblo, los soldados se apresuraron a comprarles gallinas y huevos, que pagaron al riguroso contado. Después, con los alimentos adquiridos, regresaron pacíficamente a su

campamento y se dedicaron a cocinar su cena.

A la mañana siguiente, don Gabriel izó la bandera nacional en un poste colocado frente al cabildo. Los soldados presentaron armas y el corneta sopló su instrumento para saludar a la insignia nacional.

Los soldados salieron del pueblo. Por la noche, don Gabriel hizo bajar la bandera y quemó algunos cohetes. No hubo necesidad de repartir aguardiente, porque los pocos indios que habían regresado de la selva permanecían encerrados en sus jacales.

Esa misma noche, algunos de ellos salieron para la selva a dar aviso a los demás de que los soldados habían salido del pueblo y de que allí quedaba sólo el nuevo delegado con su esposa, instalados en las ruinas del cabildo. A la mañana siguiente el humo se elevaba suavemente en los hogares de todos los jacales.

Uno por uno, los indios se fueron aproximando al cabildo y el jefe de ellos se presentó, rodeado de sus consejeros, al nuevo delegado.

Cuando don Gabriel abrió su tienda, los indios se apresuraron a hacer algunas compras; detrás de ellos llegaron sus mujeres y sus niños a comprar sal, agujas, hilo, dulces, tabaco y café.

El cabildo se hallaba en ruinas. Sin que don Gabriel dijera una palabra, los hombres se aprestaron a reconstruirlo y hasta sustituyeron la puerta podrida de la cárcel por una de recia madera. «Eso evitará que los asesinos y los criminales se escapen», dijo el jefe a sus hombres cuando éstos llevaban la puerta para colocarla.

Don Gabriel ofreció a los reconstructores del cabildo una copita. El jefe de ellos no aceptó; jamás probaba el aguardiente, dijo.

Aquella noche don Gabriel le dijo a su esposa:

—No me gusta que el viejo cacique no beba.

—No te apures, ya beberá —contestó la esposa—; todavía no sé de ninguno que no lo haga. ¿Por qué no lo invitas cuando esté solo contigo?

Don Gabriel nunca hubiera podido hacerse rico con su tienda. Ésta ocupaba un rinconcito de la sala. En una de las paredes de adobe se había hecho un agujero; sobre él se había colocado una cubierta de tablones que, por medio de arreglos especiales, servía de mostrador durante el día y de cortina durante la noche. Cuando la cubierta se hallaba haciendo las veces de mostrador, ello era señal de que la tienda estaba abierta y, si alguien quería comprar alguna cosa, se paraba junto al agujero y esperaba pacientemente, sin tomarse la molestia de llamar o de hacer sonar las manos, hasta que don Gabriel o su esposa se daban cuenta de que un cliente esperaba.

Además, la tienda no se hallaba bien surtida, porque nadie había concedido a don Gabriel ni un centavo de crédito, ni siquiera cuando había anunciado su nombramiento como delegado. Así, pues, para surtir su tiendecita había contado solo con los pesos de que disponía en efectivo, y éstos no eran muchos. Lo poco que los amigos y parientes de su mujer le habían prestado, lo había gastado en el viaje y en lo

necesario para instalarse.

Lo único que le habían fiado era un barril de aguardiente, y eso a un precio exorbitante que debería pagar de acuerdo con el documento firmado al efecto, improrrogablemente, dos meses después. El vendedor de aguardiente le había prometido darle crédito en compras de aguardiente a precio de menudeo, siempre que cumpliera puntualmente con su primer compromiso. La esposa de don Gabriel había firmado como fiadora.

No debe venderse aguardiente a crédito a los indios de México, y se supone que en las poblaciones de indígenas puros, la venta en cualquier forma está absolutamente prohibida; pero a don Gabriel, el jefe político le había dado una licencia especial; porque el jefe político podía hacer y deshacer leyes de acuerdo con su propio criterio, en la misma forma en que el gobernador las hacía y las deshacía en el estado que gobernaba.

Las leyes están bien; pero es necesario que haya funcionarios que las hagan cumplir; y estos funcionarios con autoridad suficiente para hacer cumplir las leyes, son siempre suficientemente fuertes en su círculo no solo para hacerlas cumplir, sino para reformarlas, desvirtuarlas o no cumplirlas. De otra manera, las dictaduras carecerían de sentido y en su lugar tendríamos una democracia o una monarquía. Forzosamente tiene que haber alguna diferencia. Además, el dictador no podría sentarse tranquilamente en su silla si no tuviera buenos amigos, que a su vez ejercieran el poder libremente.

Don Gabriel vendió cinco copitas el día siguiente de su llegada; una el tercer día, ninguna el cuarto, dos el quinto, y el sexto, que era domingo, no vendió una gota.

Aquella noche, don Gabriel dijo a su esposa:

—Si no les fío no venderé el barril ni en cuatro meses, y ¿cómo lo pagaré entonces al cabo de cuatro semanas?

—Claro está que necesitas fiarles, tonto. Ya te pagarán cuando vendan sus puercos, o su maíz, o su lana.

Al final de la semana don Gabriel había recibido un peso treinta centavos por las mercancías y el aguardiente que había vendido. No había peligro de que muriera de hambre, porque había llevado consigo gallinas y puercos. Además, las gentes del pueblo se portaban amistosamente. Una día alguno de los hombres le regalaba un pollo; al siguiente, otro le llevaba un cuartillo de maíz; otro más un racimo de dorados plátanos; finalmente, el jefe de los indios le dio un pedazo de tierra para que lo cosechara, y mandó a algunos muchachos a que lo ayudaran un poco.

Pero lo que don Gabriel quería era dinero. Nadie puede enriquecerse a base de maíz, huevos y gallinas, a menos que los posea en grandes cantidades y que disponga de un mercado cercano.

¿Entonces para qué le servía el poder? Cuando se tiene hay que hacer uso de él y pronto, antes de perderlo.

Dos traficantes sirios pasaron por el lugar. Llevaban una gran variedad de cosas útiles y un sin fin de basura que vender. Cerillas, estambres de todos colores, percales, botones, peines de celuloide, horquillas, agujas, manta, cuchillos, cucharas, tazas de peltre esmaltado, collares de papelillo, anillos y aretes con cuentas de vidrio, bicarbonato de sosa, quinina, estampas de santos con espejos en el reverso, hilo para coser y pañuelos de colores vivos.

Los indios son muy parecidos al resto de nosotros. A sus mujeres les encantan los listones, los encajes y los aretes con cuentas brillantes; y como todas las mujeres de la tierra, después de comprar las cosas realmente necesarias, se dan a comprar otras innumerables que les proporcionan placer o satisfacción o que, según ellas, las distinguen de otras mujeres y las hacen más atractivas para sus esposos o sus amantes. Y también los indios, como todos los demás hombres, se ven obligados por sus mujeres, ya sea con sonrisitas o frases graciosas, o bien con lágrimas o miradas de rencor, a comprar todo aquello. Ellos también, como en todas partes, compran un sin fin de chucherías con el solo propósito de satisfacer a sus mujeres o de abrir el corazón de alguna muchacha.

Los traficantes que recorren con sus mulas cargadas los poblados indígenas, conocen bien su negocio. Solo dejan de vender aquello que no llevan consigo; pero de lo que llevan saben cómo deshacerse, necesítenlo o no los indios. A ellos, como a todos los comerciantes, les importa muy poco que los artículos que ofrecen sean útiles o no lo sean. Lo único que les interesa es que sean realizables y que les dejen una buena ganancia.

Cuando los traficantes llegan a un lugar, lo primero que hacen es presentarse al alcalde, al jefe político, o al delegado. Es ésta una medida de cortesía. Algunas veces el alcalde les pide que presenten su licencia y sus recibos de contribuciones, y les advierte que la venta de aguardiente está prohibida.

Cuando los sirios llegaron a Bujvilum, lo primero que hicieron fue ir a ver a don Gabriel. Cierto que él no era el alcalde; la cabeza en aquel pueblo era el jefe elegido por los indios; pero para los sirios, el delegado era la verdadera autoridad y don Gabriel habría tomado muy a mal que no lo juzgaran así. Cuando se enteraron de que don Gabriel vendía aguardiente, se apresuraron a comprarle un trago y a ofrecérselo en señal de amistad. Después preguntaron si podían pasar la noche en el cabildo y comer allí. Con ello le daban otra oportunidad de ganar algo.

Los dos traficantes estaban obligados a pagar contribuciones federales, al estado y a la municipalidad en la que vivían; pero además de ello pagaban una licencia especial como vendedores ambulantes.

Don Gabriel no examinó ni sus licencias ni sus recibos por contribuciones. Eso no le interesaba. Tan pronto como vaciaron sus copitas abordó el tema que para él tenía importancia.

—Aquí cada comerciante paga un peso diario.

—Pero, señor —objetó uno de los sirios—, ya pagamos por la licencia que nos

dieron en Jovel.

—Miren, lo que ustedes paguen en Jovel a mí me tiene absolutamente sin cuidado; ustedes vienen aquí a hacer negocio, y si no me pagan ya pueden irse largando.

—Pero esa es una injusticia —dijo el otro sirio.

—Aquí yo soy el delegado y sé cuándo hay que cobrar contribuciones.

El sirio pagó.

—No es necesario que les extienda recibo. Aquí mando yo y nadie tiene derecho a preguntarles cuánto pagaron —dijo don Gabriel, embolsándose el dinero.

Así los sirios no tenían prueba alguna en caso de que intentaran quejarse; y si se hubieran quejado, aun disponiendo de la prueba, nada hubieran logrado. Las dictaduras y los regímenes militares no se ocupan de atender a los que se quejan, entre otras cosas porque nadie tiene derecho a quejarse, y aquellos que se atreven a hacerlo son muertos por faltas de respeto a la autoridad y por atentar contra la paz.

Don Gabriel no había terminado con ellos. Cuando se pesca un pez hay que sacarle el mayor provecho.

—Aquí a mí no me pagan —dijo—. Mi paga consiste en el derecho a vender aguardiente y otras mercancías, y toca la casualidad que esas mercancías son las mismas que ustedes traen, y si ustedes las venden yo tendré que quedarme con las mías almacenadas; así, pues, tendrán que pagarme un peso diario o, por lo menos, dos pesos cada uno en total, para compensarme por la competencia que vienen a hacerme.

Los traficantes tuvieron que pagar.

Ocurre que cuando una cajetilla de cigarros es gravada con medio centavo, los comerciantes no aumentan ese medio centavo al precio, sino cinco centavos por lo menos, y pretenden justificar el alza con el aumento en el pago de impuestos.

Por lo tanto, los sirios se vieron obligados a aumentar el precio de sus mercancías en un cincuenta por ciento. Los indios, que tenían precisión de comprar algunas cosas, pagaron el precio que les pidieron por ellas. Don Gabriel, enviado por el gobierno para proteger a los indios contra extorsiones y robos, nada podía hacer, ya que era él quien había autorizado el negocio de los sirios.

Don Gabriel era amable y servicial. Cuando los indios tenían absoluta necesidad de comprar manta para sus camisas y algunas otras cosas urgentes y carecían de dinero, él les daba crédito sin necesidad de que se lo solicitaran.

—¿Necesitas que te preste tres pesos, Hipólito? —preguntaba.

—Sí, don Gabriel, ya no tengo camisa y mi mujer necesita una poca de manta para hacérmela.

—Bueno, pues ahí tienes los tres pesos; pero ¿quién será tu fiador?

—Mi hermano Elías.

—Traémelo.

—Aquí estoy —dijo Elías.

—¿Quieres ser fiador de Hipólito?

—Sí, señor; es mi hermano.

—¿Cuándo vas a vender tus dos puercos, Hipólito? —preguntó don Gabriel.

—Dentro de cinco semanas, don Gabriel. Ya le hablé a don Roberto; él es quien compra siempre nuestros puercos y nuestras ovejas.

—Bueno, entonces dentro de cinco semanas me pagarás cinco pesos. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, entonces le daré a usted cinco pesos —dijo Hipólito.

—¿Tú respondes por los cinco pesos, y por un peso más por cada semana que pase si no me paga tu hermano? —preguntó a Elías.

—Sí, yo respondo por mi hermano —dijo Elías.

—Bueno, entonces aquí tienes los tres pesos —dijo don Gabriel dándoselos a Hipólito, que inmediatamente compró la tela que necesitaba.

Don Gabriel prestó a los indios todo el dinero que poseía, a fin de que pudieran comprar a los sirios lo que necesitaban. Y como el dinero llegó con mucha facilidad a manos de los indios, éstos gastaron hasta el último centavo.

Unas semanas después llegaron al pueblo los compradores de ganado.

—Así es que ustedes quieren comprar ganado —dijo don Gabriel cuando aquéllos hubieron vaciado algunas copas.

—Sí, para eso acostumbramos venir con toda regularidad.

—¿Están enterados de que hay que pagar una contribución local? —preguntó don Gabriel.

—Nosotros pagamos contribuciones en el lugar de nuestra residencia y por el local de nuestros rastros.

—A mí no me importa lo que ustedes paguen en otras partes —dijo don Gabriel —. Por cada puerco que compren aquí tendrán que pagar un peso cincuenta centavos. Si no lo pagan, me será imposible concederles la licencia necesaria para traficar, ni permitir que los indios vendan sus animales.

Los traficantes habían llegado desde muy lejos y no querían desaprovechar las buenas compras que esperaban hacer en aquel lugar; pero vistas las circunstancias, tendrían que pagar a los indios precios mucho más bajos por sus animales, a fin de no ver mermadas sus ganancias por las contribuciones que se les obligaba a pagar.

Los indios se negaron a vender a los precios que les ofrecían, y dijeron que llevarían sus animales a Jovel, en donde les pagarían lo justo.

Los traficantes se disgustaron y dijeron que se irían a comprar a otro lado. Esto daría por resultado que don Gabriel no cobraría sus contribuciones, y él no estaba dispuesto a soltar la presa.

Hizo comparecer al jefe de los indios, como siempre que temía la oposición

enérgica de éstos a cualquiera de sus maniobras, porque siendo el jefe de ellos el que diera la disposición, no habría por qué temer. En casos como éste él era solo el humilde delegado, dispuesto a acatar las órdenes del jefe de los indios, porque para éstos es el único que cuenta. Alguien que no pertenezca a la tribu que por cientos de años ha seguido fiel a sus tradiciones, no podrá ser elegido jefe. Los indios eligen cada año un jefe entre sus hombres de mayor reputación y más capaces. El delegado no era más que un enviado del gobierno, que según ellos servía solo de lazo de unión; pero no tenía derecho a disponer de lo que les pertenecía o a imponer reglas sin el consentimiento del jefe indio.

Así, pues, había que rendirse a la costumbre y esa costumbre no había sido respetada por amor a los indios o por consideración a sus derechos naturales, sino porque era la única forma de que el gobierno viviera en paz con los indios independientes. Las expediciones militares costaban buen dinero, y aunque los soldados quemaran las casas y arrasaran los campos, los indios se dispersaban y al cabo de algún tiempo formaban bandas de forajidos que robaban, asesinaban, incendiaban las haciendas, acababan con el ganado, destruían puentes, cortaban los hilos telegráficos, y finalmente huían a la selva llevándose caballos y mulas bien cargadas; estos daños eran considerables, y el gobierno se apresuraba a hacer la paz. Los indios no gustan de vagar robando; prefieren vivir pacíficamente en sus pueblos, rodeados de su familia, cultivando la tierra y criando su ganado. No solo el gobierno sino la población entera se beneficiaba cuando a los indios se les dejaba vivir en paz.

Pero aun cuando la ley dejara a los indios completa libertad de gobierno en los lugares en los que la población era totalmente indígena, aquélla quedaba a merced de la interpretación del delegado. Son siempre la interpretación de las leyes y las consecuencias de esa interpretación, las causas de innumerables males.

Don Gabriel solo podía hacer lo que intentaba con la ayuda del jefe indio.

—Mira, Narciso —dijo don Gabriel—; ocurre que estos nueve hombres (y los nombró a todos) me deben dinero. Todos presentaron un fiador cuando se lo presté; sus préstamos vencieron ya, algunos desde hace una semana. Ellos prometieron pagarme en cuanto vendieran sus puercos y sus ovejas, y ahora que los compradores llegan, los hombres se niegan a vender porque dicen que el precio que les pagan por los animales no les conviene. Como tú comprendes, de eso yo no tengo la culpa.

—No, desde luego que no —dijo el jefe.

—Quieren vender sus animales en el mercado de Jovel —continuó don Gabriel—, porque piensan que allí les pagarán mejor. Pero si el mercado se llena de animales, la competencia será mucha y los precios bajarán más de lo que aquí les están ofreciendo. Eso a mí no me importa, lo importante, don Narciso (ahora le llamaba «don» para demostrarle que lo consideraba igual que un ladino), es que si estas gentes venden sus animales en Jovel, gastarán allí su dinero emborrachándose y,

entonces, ¿cómo me pagarán el dinero por el que otros están respondiendo?

Narciso mandó llamar a todos los hombres nombrados por don Gabriel y les fue preguntando cuánto le debían, incluyendo los intereses. Don Gabriel iba cotejando en su libro las cantidades que cada uno decía. Ninguno trató de dar una cifra falsa; nunca lo habrían hecho, porque en su palabra iba su prestigio y de éste cuidaban bien.

—¿Ustedes prometieron pagar en cuanto los traficantes vinieran al pueblo y les compraran sus animales?

Los hombres lo admitieron; pero alegaron que los precios que se les ofrecían eran mucho más bajos de los que en ocasiones anteriores les habían sido pagados.

Narciso se volvió a los traficantes y les preguntó por qué en esa ocasión pagaban precios tan bajos.

Los traficantes pensaban en alguna buena excusa, cuando el que hablaba por ellos vio que don Narciso no le quitaba la mirada de encima. Estaba a punto de decir que sus ofertas eran bajas debido a que las contribuciones eran demasiado elevadas, y solo a los precios ofrecidos les convendría comprar.

Don Gabriel se le adelantó diciendo:

—Las contribuciones y las licencias cuestan ahora tanto que no es posible pagar los precios de antes.

El traficante alcanzó la intención de don Gabriel, y comprendió que nunca podría hacer negocio en aquel lugar si se atravesaba en el camino del delegado. De memoria sabía que los delegados pueden hallar mil y una excusas para dificultar el tráfico, y que sin la ayuda de aquél no sacaría de ese pueblo ni un carnero. ¿Qué puede hacer un traficante cuando el delegado de un pueblo asegura que los animales comprados por aquél en otros lugares padecen de un mal contagioso, y que es necesario destruirlos para evitar que la infección cunda? Los animales serán muertos y quemados, ¿y cómo podrá el traficante probar que sus animales no estaban enfermos? Don Gabriel no habría sido el primero en acudir a aquel procedimiento si alguien hubiera intentado disputarle su autoridad.

Narciso, el jefe de los indios, solo podía juzgar por lo que veía y oía. Los hombres habían contraído deudas con don Gabriel, a quien habían prometido pagarle en cuanto llegara algún traficante al que pudieran vender sus animales.

Reconoció que la reclamación de don Gabriel era justa. Así, pues, decretó que todos los hombres que le debían tenían que vender sus animales al traficante al mejor precio que éste pudiera ofrecerles. Los que nada debieran estaban en libertad de hacer lo que más les conviniera.

Todos los hombres del pueblo se habían ido reuniendo enfrente del cabildo, porque los alegatos se habían desarrollado lentamente y el asunto se había prolongado largo tiempo.

Los hombres, aun los deudores, estaban de acuerdo en que su jefe había obrado con justicia, porque todos desconocían el trato hecho entre don Gabriel y los traficantes, y como el fallo había sido emitido no por el delegado, en quien ninguno

de ellos confiaba, sino por su propio jefe, se sometieron a él voluntariamente y los traficantes obtuvieron mayor número de animales de los que habían esperado.

—Ahora se han convencido de la tontería que cometieron al escandalizarse por unos cuantos pesos que tuvieron que pagarme —dijo don Gabriel a los traficantes aquella noche—. Si yo no los hubiera ayudado, no se habrían llevado de aquí ni una cola de cerdo. En cambio, miren, ¿dónde habrían podido hacer mejor negocio? No tienen motivo para poner cara larga por esos cuantos pesos que se deslizaron en mi bolsillo.

La delegación, que hasta entonces había parecido magra en extremo, empezaba a dar sus frutos.

II

Los pocos pesos que don Gabriel había prestado le habían sido devueltos con creces, y se encontraba en la posibilidad de extender el radio de sus operaciones.

Tenía la obligación de abrir una escuela, esa era una de las funciones de su cargo, y habría podido perfectamente hacerlo, ya que le sobraba tiempo para ello, pues pasaba sus días sentado y dado a la única tarea de espiar las buenas ocasiones.

Nunca había sido maestro. Todo lo que sabía era leer, escribir y un poquito de aritmética. Además, los dictadores no ponen mucho empeño en la educación de los humildes, porque opinan que, en cuanto saben algo, empiezan a sentir descontento por la vida que llevan, que es la que Dios, con ayuda de la Iglesia y del Estado, les ha concedido y la que, siguiendo su deseo, deben aceptar.

Educar a los indios o a sus hijos, era considerado como un pecado en contra del Todopoderoso. Si Él hubiera deseado que todos los hombres escribieran y leyeran, les habría dado, desde el momento de su nacimiento, la habilidad necesaria para hacerlo. El deseo del Todopoderoso se hallaba representado en la tierra por la Iglesia, cuyos servidores, con la ayuda de luces sobrenaturales, sabían muy bien cuáles eran Sus deseos. Para eso estaban en íntima comunión con Él, para eso los había nombrado Sus representantes en la tierra, con poder suficiente para interpretarlo.

La dictadura podía mantener su poder, solo compartiéndolo con la Iglesia y haciéndole todas las concesiones que pidiera. Una de sus peticiones consistía en que no se educara a los indios, para evitar que perdieran su fe infantil, cosa que debía conservarse como la más preciada joya del tesoro de la cristiandad. Pero al mismo tiempo ocurría algo curioso. Al país llegaban turistas y periodistas y gentes que querían invertir su dinero en un país en el que sabían que la competencia era nula y en el que podrían tener ganancias óptimas, y a causa de ello al dictador le entraban deseos de que el país que gobernaba fuera considerado entre los altamente civilizados. El dictador de un país civilizado es visto por sus semejantes con mayor respeto que el que gobierna sobre una horda de salvajes.

Los mexicanos, en concepto del dictador, no eran hombres de empresa; no sabían trabajar ni deseaban hacerlo. Por eso él se consideraba una excepción y favorecía a la nación permitiendo que le reeligieran período tras período aquellos a quienes concedía el privilegio de hacerlo, y a quienes, además, después de ello, recompensaba con puestos oficiales. La farsa de las elecciones se llevaba a cabo para demostrar a los países civilizados que la república era gobernada con la constitución en la mano y que el capital extranjero podía ser invertido con todas las seguridades y obtener amplias concesiones con la mayor facilidad. De ello eran testigos los bancos norteamericanos y las empresas mineras.

El dictador se consideraba como el único mexicano de valer y como el único cuya vida tenía importancia. En realidad, para él habría sido mejor que todos los otros desaparecieran después de un diluvio.

Cuando el período de elecciones llegaba, él lanzaba a los vientos la noticia de que no aceptaría la reelección y dejaba que por algún tiempo le rogaran; pero lo hacía como el millonario que rehúsa una tajada aparentando gran dignidad; pero palideciendo de temor y desfalleciendo si aquélla no cae en la palma de la mano que, bien abierta, mantiene a sus espaldas. Por fin, cuando ve caer a sus partidarios de rodillas, declara que no era su intención aceptar, que había jurado no permitir su reelección, pero «toda vez que ustedes insisten, caballeros, volveré a sacrificarme por el bien de México».

Esta actitud era registrada por todos los periódicos de América, y así el mundo se enteraba de que México no estaba gobernado por un déspota y de que era un país civilizado y beneficiado por una excelente constitución.

El dictador se sacrificó en esa forma durante ocho períodos consecutivos, hasta que una vil y sanguinaria revolución lo tiró de la silla. El ingrato pueblo mexicano permitió que su gran hombre de Estado muriera en el exilio, triste y amargado, y no solo permitió esto, sino que desde el fondo de su corazón maldijo las maquinaciones y los manejos sin escrúpulo del noble mártir.

Una de las tareas más importantes del dictador fue la de elaborar estadísticas para beneficio del mundo. Si hubiera descuidado este asunto, el mundo no se habría enterado del gran estadista que él era y de la deuda de gratitud que el pueblo mexicano tenía con él por haberse sacrificado una y otra vez, por haber cargado con el peso de la dictadura, y por haber llevado la corona de espinas de la presidencia, que le daba posibilidad de ejercer dominio sobre los siervos de su amada patria.

Incontables hordas de bandidos indios a quienes se había despojado de sus tierras para entregarlas a los grandes terratenientes, a las empresas norteamericanas y a los miembros de la aristocracia, recorrían el país, y a ellos se reunían los peones que habían huido de la tiranía de los latifundistas. Estas hordas eran aplastadas por la mano de hierro del dictador, que prohibía que cualquier periódico se refiriera a ellas, so pena de confiscación.

Pero el dictador no quería solamente mostrar la mano de hierro de gran estadista que guarda la paz y seguridad dentro de las fronteras de su país; quería que en el extranjero se enteraran de sus gloriosos hechos, que en los países civilizados supieran que era él el hombre que educaba al pueblo de México. Y para enterar al mundo de ello, se valía de las estadísticas, en las que mostraba la cantidad de escuelas abiertas en el país para instruir a los indios, a los peones, al proletariado en general.

Un país que tiene muchas escuelas puede contarse entre los altamente civilizados y puede, por lo tanto, atraer al capital extranjero. Las escuelas de las poblaciones de importancia, eran tan buenas como las mejores de los Estados Unidos. Tenían que serlo, ya que los turistas, banqueros y periodistas que llegaban a esas poblaciones, eran invitados a visitarlas. Pero esas gentes no llegaban a los remotos pueblos indígenas; se les daban estadísticas referentes a las escuelas establecidas en ellos, y con esto los visitantes quedaban satisfechos; además, se les hacía cuesta arriba

realizar los largos viajes necesarios para visitar las escuelas de los pueblecitos y se concretaban a tomar nota de las bellas escuelas de las ciudades exhibidas por el ministerio de Educación.

La escuela rural de Bujvilum, de la que don Gabriel era maestro, era una de las establecidas por el gran estadista educador del pueblo mexicano, y se la consideraba en los informes como una gran escuela a la que acudían ciento veinte indios.

La escuela rural de Bujvilum era dirigida en forma similar a la de todas las escuelas rurales de la República. De hecho acudían a ella ciento veinte escolares del sexo masculino. Las estadísticas no mentían.

—¿Cuántos muchachos hay en Bujvilum y sus alrededores? —preguntó don Gabriel a Narciso, el jefe.

—Los contaré —contestó Narciso; y unos días después informó que eran más o menos ciento veinte.

—Todos deben venir a la escuela —dijo don Gabriel.

El jefe transmitió la orden. El lunes siguiente se presentaron en la escuela alrededor de treinta muchachos; la mayor parte de ellos iban desnudos. Don Gabriel anotó sus nombres, si algunos de ellos no sabían su nombre, porque nunca los habían llamado por alguno propio, les daba el nombre que mejor le parecía.

El martes se presentaron treinta, nuevamente; la mitad de ellos eran distintos de los que se habían presentado el lunes. Los ausentes no se habían presentado porque don Gabriel, no sabiendo qué hacer con sus discípulos, había golpeado a tres de ellos para tener algo qué hacer y para demostrarles cuál era el objeto de la escuela. A sus padres, aquello no les había gustado y, por lo tanto, habían prohibido a sus hijos que volvieran a la escuela. No veían la razón para que el delegado les hubiera pegado por el simple hecho de gritar como gorriones frente al cabildo.

Don Gabriel volvió a golpear a algunos de los niños: para algo era él el maestro. Al día siguiente volvió a faltar la mitad del grupo. Preferían trabajar en el campo al lado de sus padres a ir a la escuela para ser gobernados; pero una docena más de los que no se habían presentado ni el lunes ni el martes, acudieron el miércoles, y así, en el curso de dos semanas, los ciento veinte niños habían ido a la escuela por lo menos un día.

Don Gabriel envió al jefe político su informe en el que aparecían ciento veinte escolares. Este dato se incorporó a las estadísticas, para enriquecerlas.

Ahora que don Gabriel tenía alumnos todos los días, necesitaba enseñarles. Los niños llegaban a las seis de la mañana, o, para ser más precisos, al amanecer, porque ni don Gabriel ni persona alguna en el pueblo tenía reloj.

Pero don Gabriel no se levantaba al amanecer, era su mujer quien lo hacía, dejándole la cama bien caliente. A las siete y media tomaba su café y salía a la puerta para gritar:

—Muchachos ¿ya llegaron todos?

—Sí, señor profesor; ya todos estamos aquí.

—Allá voy dentro de un ratito, no hagan mucho ruido.

Así, pues, durante un rato los niños se quedaban sentados sobre el zacate, silenciosos como ratoncitos; pero tan pronto como don Gabriel se iba para dar vueltas, sin saber qué hacer, y para pelear con su mujer, los ratoncitos se convertían nuevamente en gorriones. Al cabo de media hora y después de una agria pelea con su mujer, don Gabriel salía de pésimo humor a la puerta y gritaba:

—¿No les dije que se estuvieran quietos, gusanos?

Y acto seguido atrapaba a alguno de los muchachitos y le daba una bofetada. El niño gritaba: «Le diré a mi papá que usted me pegó», se deshacía como culebrita de agua de las manos de don Gabriel, echaba a correr para su casa y no regresaba ese día; pero entre tanto aparecían algunos nuevos. Al cabo de un rato todos empezaban a jugar y a gritar, algunos de ellos apostaban a ver quién lograba permanecer por más tiempo parado sobre su cabeza. Don Gabriel entonces almorzaba.

—¡Otra vez frijoles parados! —decía a su mujer—. Si ni siquiera sabes cocer los frijoles, ¿para qué te casaste? ¡Eres igualita a tu madre; tampoco ella servía de nada! Compadezco al pobre de don Manuel por ser tu padre. ¡Mira estas tortillas! Están frías y saben a paja. ¡Vaya vida esta! ¿Qué he hecho yo para verme mezclado con tu familia? Tu hermano Sixto es un ratero. Te apuesto que uno de estos días lo ponen de espaldas a un paredón y… ¡paf!

—¡Deja en paz a mi familia! ¿Oíste? Tu familia sí que es fina; allí andan todos con una mano atrás, otra delante y más deudas que los piojos que tienen. ¡Ojalá hubiera yo oído los consejos que me daba mi madre; la pobrecita no podía tragarte! Dios sabe cuánta razón tenía. Tu madre no merecía siquiera limpiar el suelo que ella pisaba. Antes de meterme con un mentecato como tú, debía haberme ahorcado.

Después de hablar así, se sentaba a gimotear en un rincón. Don Gabriel, furioso, arrojaba su tortilla sobre el plato de frijoles, salía y, cogiendo el primer palo que encontraba a su alcance, arremetía contra el grupo de muchachitos.

—¿No les he dicho cien veces que no griten? Ahorita mismo voy a descuartizarlos.

Algunos de los niños echaban a correr, gritando; pero la mayor parte permanecía allí, hechos ovillo sobre el zacate, como gusanos desorientados, que no saben de qué agujero salieron y esperan solo que una gallina los levante y ponga fin a sus miserias.

Mientras tanto algunos niños nuevos llegaban acompañados de sus perros; los traían consigo porque no podían abandonarlos, como no podían sus perros dejarlos a ellos.

Para entonces ya eran las diez. Don Gabriel había dado una vuelta por su oficina para ver si algo había ocurrido.

Por supuesto, nada había ocurrido; todo estaba exactamente igual a como lo había dejado. Sobre la mesa estaban unos cuantos papeles, otros pendían de la pared de

adobe.

Era imposible que algo hubiera ocurrido, porque su misión oficial en Bujvilum se desarrollaba con gran lentitud. Miró en rededor intentando descubrir algo que hacer, porque, después de todo, él era el delegado del lugar. Pero no encontró forma alguna de poner en marcha su actividad gubernamental.

Removió las cartas, sobres y reglamentos impresos que se hallaban sobre su mesa. Cien veces había removido aquellos papeles, sin que pasara por su imaginación la idea de molestar su cerebro enterándose de lo que en ellos se decía. Debía tener un empleado; pero no lo tenía, y si lo hubiera tenido no habría sabido en qué ocuparlo. A lo más le habría ordenado que copiara los papeles.

Después de remover los papeles varias veces, volvió a dejarlos como se encontraban. Los emparejó y los colocó cuadrando exactamente con el ángulo de la mesa.

Una vez terminada la tarea anterior, tomó el frasco de tinta, lo agitó, lo destapó, lo olió, volvió a agitarlo, lo tapó nuevamente y volvió a ponerlo en su sitio. Entonces cogió la pluma y examinó su oxidada punta, se la pasó varias veces por los cabellos para limpiarla, la frotó un poco con los dedos y la dejó en donde estaba.

La oficina se hallaba amueblada por una mesa de pino, dos sillas y dos bancos largos de la misma madera, sin barnizar.

Miró hacia los bancos y lamentó que no se hallaran sentados en ellos algunos presos y otros tantos litigantes, en cuyas vidas y propiedades pudiera intervenir para su provecho.

Terminadas sus reflexiones, se asomó a la puerta para mirar el pueblo y extendió un brazo para saber en qué dirección corría el viento. En seguida se dirigió hacia el extremo del edificio desde donde podía ver a los niños, que en aquel momento caminaban riendo, contoneándose como gansos.

—¡Ahora, muchachos, a la escuela todos!

Los niños se alinearon frente a la puerta.

—¡Atención! —ordenó.

Algunos de los muchachos, que se habían aprendido la lección días antes, dijeron canturreando:

—Buenos días, señor profesor.

Don Gabriel empleó media hora dándoles gritos de atención, tratando de que se alinearan y enseñándoles a decir el «buenos días, señor profesor» que ellos cantaban alegremente y que debían repetir cada vez que el profesor se asomaba a la puerta del salón de clases, como señal de que las tareas especiales habían comenzado.

Las órdenes de atención, los intentos de alineamiento y el «buenos días, señor profesor» eran cosas que debía repetir diariamente, porque diariamente acudían pequeños grupos de niños que no habían acudido antes. Don Gabriel consideraba que no podía enseñarles nada más importante. Además, estas enseñanzas requerían de su parte el mínimo esfuerzo mental; con este pequeñísimo esfuerzo lograba resultados

inmediatos, y objetivos que nunca habría logrado rompiéndose la cabeza para hacer entrar el alfabeto en la de los chiquillos. Por otra parte, la gran disciplina puesta de manifiesto por los niños cuando se formaban muy tiesos y cantaban los buenos días al maestro, era algo que sin duda alguna causaría honda impresión en las autoridades, ¿y quién podía decir sí algún día hasta el mismo jefe político vendría a visitar el pueblo? Si caballero de tan alta categoría llegaba a aparecer por allí, la clase íntegra se pondría de pie a una sola señal y el señor jefe político quedaría encantado de ver cómo la disciplina marchaba sobre ruedas y cómo los niños sabían reconocer su elevada categoría y respetar la autoridad. Pensaría también que en aquella forma, el dictador no debía temer que cuando los niños fueran hombres se convirtieran en rebeldes y demandaran sus derechos. Una vez que el grito de atención les perforara el cráneo debidamente en su niñez, podría tenerse la seguridad de que ya hombres, en cuanto escucharan el mismo grito de labios del arzobispo o del dictador, se olvidarían de que se habían levantado a reclamar su libertad y sus derechos.

A los chiquillos les gusta mucho más alinearse, ponerse firmes al grito de atención y canturrear un saludo, que sentarse quietamente a trabajar en la escuela. Además, la enseñanza del español se iniciaba sabiamente; los niños hablaban el tzeltal, la lengua de sus padres, y en esa lengua no existe la palabra «atención»; así, pues, se les introducía en la forma más acertada en la civilización de su país.

Don Gabriel tenía que hacer todas sus explicaciones primero en la lengua de los niños, y, a decir verdad, la hablaba muy mal, tan mal que cualquier persona que careciera del tacto y de la cortesía de los indios, especialmente un niño, habría soltado una carcajada al escuchar cada una de las palabras que decía; pero estos chiquillos estaban lo suficientemente bien educados por sus padres para cometer la falta de ridiculizar a una persona mayor, aun cuando esta persona diera lugar a ello.

Cuando fueron capaces de decir «buenos días, señor profesor», se les enseñó a decir «caballero» en lugar de «señor profesor», haciéndoles comprender que esa era la forma en que debían saludar a cualquier otro señor que no fuera su maestro. La palabra *caballero* resultaba buena para todos los casos, incluso para dirigirse a un cura, porque don Gabriel no estaba muy versado en los títulos con que había que distinguir a esos señores.

Ni la escuela ni habitación alguna del cabildo tenían ventanas; solo tenían una puerta que, como todas las del edificio, debía permanecer abierta para dar entrada a la luz del día. Ni las casas habitación ni las que sirven de oficinas en los pequeños poblados de México tienen ventanas, y muchas veces hasta en pueblos de alguna importancia, especialmente en los barrios más pobres de éstos, y aun de las ciudades grandes, las casas carecen de ellas. Durante las noches las puertas son reciamente cerradas en nombre de la seguridad, y la gente duerme rodeada por la atmósfera que puede hallarse en una cueva. Cuando se ha vivido algún tiempo en estos lugares de México,

uno se acostumbra y llega a olvidar que las casas deben tener ventanas. El clima permite tener la puerta abierta en cualquier tiempo del año y las ventanas no hacen falta.

El piso del salón de clases, así como el de todos los cuartos, era de tierra; y los techos, de palma. Los muebles, en el salón de clases, se reducían a una mesita de pino y a una silla; no había pupitres ni bancos para los niños, los que permanecían de pie o se ponían en cuclillas. Sobre la mesa había un libro titulado: *Lo que el ranchero debe saber para conservar en buen estado sus aperos*. El libro se caía de viejo, había sido abandonado quizá por algún delegado, y había servido de juguete a los alumnos de múltiples delegados. Había otro libro también; pero su estado era más deplorable aún que el del primero. Todavía conservaba más o menos la mitad de sus hojas; al parecer, las otras habían sido entregadas una a una a los enviados del gobierno que acertaban a pasar por allí, y quienes todavía no estaban acostumbrados a usar hojas de pasto para llenar ciertas necesidades privadas. Los ratones habían dado cuenta de los bordes; pero aún podía leerse el título: *Astronomía popular*. Además de estos dos libros, había en la mesa un frasquito de tinta reseca y un manguillo con una pluma oxidada en la punta. Al lado de estos objetos se veían algunas hojas de papel blanco.

A los niños no se les daban pupitres y tampoco se les daba papel.

En el país no había general, ni gobernador, ni secretario particular, ni siquiera delegado alguno que no tuviera por lo menos seis mujeres. Algunos había que llegaban a reunir hasta veinte y aun más. Sus haciendas se extendían día a día, y sus casas iban creciendo y aumentando. En cada lugar de recreo, en cada ciudad grande, tenían una o dos. El veinte por ciento de las mujeres se hallaban registradas como prostitutas, y la mitad de las restantes, sobre todo en las ciudades grandes, ejercían el oficio sin título reconocido, a fin de poder sostener a sus hijos o a sus padres o a ellas mismas. Encontraban a sus clientes entre los generales y coroneles del ejército, entre los altos empleados públicos y entre los bondadosos empresarios extranjeros que derramaban sus capitales en el país para beneficiar al pueblo.

Treinta años de la dictadura que constituyó la era de oro, fueron suficientes para subyugar al orgulloso pueblo, del que por lo menos un tres por ciento votaba en las elecciones, a las que se le llevaba a bayoneta calada, a fin de guardar la forma del civilizado y constitucional gobierno que lo regía. Ahora que, cuando se trataba de elegir al rey del carnaval, la cosa era distinta, pues entonces votaba un veinte por ciento de la población.

Las estadísticas arrojaban una imponente población escolar, y así México marchaba a la vanguardia con los pueblos civilizados. En las escuelas no había bancos, ni pupitres, ni lápices, ni tinta, ni plumas, ni libros, ni papel; tampoco maestros titulados; pero esto no se mencionaba en las estadísticas y nadie exigía que se hiciera. Además, es así como marchan los asuntos en las esferas de la actividad humana; es más fácil mentir y engañar con estadísticas que hacerlo sin ellas. La cuestión es bien fácil; basta omitir en las estadísticas todas aquellas cosas que puedan

disminuir su efectividad.

Si con todas las escuelas consignadas en las estadísticas, a las que de acuerdo con éstas asistía esa gran cantidad de alumnos, y todo ello a través de treinta años de dictadura, un ochenta por ciento de la población no sabía ni leer ni escribir, ello no era culpa del dictador. No es posible llenar las cabezas con un embudo; si los chicos nada aprendían, la culpa era de ellos, y esto solo ponía de manifiesto la necesidad de mantener la dictadura y el poder de la Iglesia, dada la incapacidad de los indios para aprender y para adquirir los conocimientos necesarios para gobernarse a sí mismos.

Detrás de la mesa del maestro y fijados sobre la pared de adobe, había dos tablones desprendidos de una caja de empaque. Don Gabriel escribió sobre ellos, con un pedazo de tiza, una A y dijo: «Ésta es la A. ¿Qué letra es ésta?» Los niños gritaron al unísono «Una aaaa…» Entonces escribió una B. «Ésta es una B. ¿Qué letra es ésta?» Los niños gritaron «Una beeeee». Cuando llegó a la H, estaba exhausto.

—Ahora descansaremos. Pueden salir a jugar; ¡pero como empiecen a golpearse los unos a los otros, yo los golpearé a todos con este palo, puercos! Eso es lo que ustedes son. ¿Qué es lo que son ustedes?

—«Puercos» —gritaron los niños.

—Por lo menos eso ya lo saben.

Don Gabriel entró en su despacho, bebió un buen trago de aguardiente y se fue a la cocina a hacer las paces con su mujer. Como dormían en la misma cama y tenían toda la noche para pensar, creyó mejor reconciliarse mientras hubiera tiempo para ello. Uno debe reconciliarse siempre antes de la puesta del sol, especialmente con la esposa, si no hay otra mujer a mano. Pero todavía faltaba mucho para que el sol se ocultara; así, pues, pelearon cuatro veces más; la última reconciliación tuvo lugar cuando él apagó la vela y hubo que aplazar la quinta pelea para el día siguiente. Las hostilidades comenzaron antes del desayuno, y así les fue posible empezar su día en medio de una perfecta felicidad matrimonial. Sería imposible soportar el matrimonio sin estos diarios combates, y, si no los hubiera, algo tendría que sustituirlos. Porque la vida del hombre es un constante ataque, y la de la mujer un contra-ataque, con apoyo de la artillería que lleva a retaguardia, y de sus constantes reservas.

Después de una hora de descanso, don Gabriel regresó a la clase, que empezó con el grito de «¡atención!» y con la paliza que propinó a dos chiquillos que peleaban tirándose de los cabellos. Los dos echaron a correr hacia casa, gritando a voz en cuello que se quejarían a sus padres.

Cinco nuevos niños llegaron; por lo tanto, la pérdida fue cubierta con exceso; pero como durante el recreo tres se fueron a casa y no regresaron, el número de alumnos se conservó igual.

A don Gabriel aquello no le preocupaba, su deber era solamente el de abrir una escuela y mantenerla abierta.

Señaló la A escrita sobre los tablones y preguntó. «¿Qué letra es ésta?» «Una efe», gritó la mayoría, mientras dos oposicionistas mantenían que era una D.

Don Gabriel meneó la cabeza desesperadamente.

—Están equivocados —dijo—. Es una A.

—Una aaaa —gritaron los chiquillos.

—¿Qué es esto? —preguntó señalando la B.

—Una H. —gritó alguno, mientras otros aseguraban que era una B.

La desesperación de don Gabriel no tuvo límite y pudo darse cuenta de que la tarea del maestro no es una broma.

—¡Burros! Lo que es ustedes no aprenderán en los días de su vida; sería necesario un cincel para meterles las letras en sus cabezotas de indio.

Escribió una I.

—Ésta es una I; repítanlo todos.

—Ésta es una Iiiii; repítanlo todos —dijeron los muchachos gritando gozosos.

—¡Malditos! Solo les dije que repitieran el nombre de la letra, nada más el nombre de la letra.

—Iiii —gritaron los niños.

Todos se hallaban alrededor de la mesa, formando un grupo compacto; don Gabriel escribió una J en el pizarrón. Inmediatamente uno de los niños dijo.

—Ésa ya me la sé. Además nuestras cabras andan sueltas y mi papá me dijo que las vigilara para que no se fueran a comer la milpa.

—Tú te quedas aquí —dijo don Gabriel. El muchachito empezó a llorar.

—Bueno, bueno, lárgate; pero si mañana no estás aquí temprano, te romperé una vara en las nalgas.

El niño echó a correr y don Gabriel dijo:

—Ésta es una jota.

—Es una jota —dijeron a coro.

—Sí, es una J; pero ustedes ni eso aprenderán. ¿De qué sirve que yo me mate echando los pulmones por la boca? Más vale que trate de ver si aprenden algo más útil. Vamos a ver; repitan lo que voy a decir: «Yo soy mexicano. ¡Viva México, viva, arriba!»

Los niños lo repitieron.

—Bueno, ahora ya lo saben; no vayan a olvidarlo.

Los chiquillos no sabían el significado de aquello que habían repetido como loros, ya que don Gabriel no se había tomado la molestia de explicárselo en su propia lengua; pero aquel «¡Viva México!» habíale dado una nueva idea respecto al nuevo cariz que debía dar a sus enseñanzas.

Desconocía en absoluto hasta la más elemental regla de pedagogía; así, pues, se concretaría a escribir las letras en los tablones que servían a manera de pizarrón. Si los niños las recordaban, aprenderían a leer; si no lo hacían, don Gabriel no tenía culpa alguna de ello. Con decirles el nombre de las letras dejaba cumplido su deber

de maestro. Además, eso era todo lo que podía hacer; pero aquel «¡Viva México!» había venido a iluminarlo; en adelante sabría cuál era el camino que debía tomar.

—Ahora óiganme, muchachos: voy a cantar algo que ustedes deben aprender oyéndolo y repitiéndolo después.

Aquello que cantó lo cantó tan mal que nadie podía saber si se trataba de un huapango, de la sandunga o de ambas cosas; además, a mitad de lo que parecía la primer estrofa, tuvo que detenerse, pues el resto se le había olvidado. Así, pues, se contentó con repetir los dos primeros versos una y otra vez. Los chiquillos lo coreaban, articulando sonidos extraños, tratando de reproducir las palabras que en español decía don Gabriel y que ellos no comprendían.

Don Gabriel consideró su luminosa idea como un método admirable de llenar el principal objetivo de la escuela, que era el de enseñar a aquellos niños indígenas la lengua que se hablaba en su propia patria.

Cuando los chiquillos hubieron articulado doce veces los extraños sonidos que, poniendo mucha atención, se asemejaban a las palabras cantadas por don Gabriel, éste se sintió enormemente satisfecho por el éxito alcanzado con su nuevo método, aun cuando ni la persona de mejor voluntad, de no habérsele advertido en qué lengua cantaban los niños, hubiera podido saber si era en español o en chino.

Esperó a que una nueva inspiración acudiera a su mente, y cuando ello ocurrió, se dio cuenta de que los niños serían en sus manos elemento de valor inapreciable para lograr un mejor puesto dentro del gobierno. Esta nueva inspiración consistía en enseñarles todo lo relativo a la jura de la bandera. Bien sabía él que ningún miembro del gobierno que acertara a pasar por allí en viaje de inspección se preocuparía por cerciorarse de si los niños sabían o no leer y escribir. Aquello habría resultado aburrido y cansado, y a los hombres que ostentan una comisión oficial no les gusta aburrirse. En cambio, ¡qué magnífica impresión se llevarían, al escuchar a los chiquillos decir en español: «¡Buenos días, caballero!», y al oírlos cantar dos versos del himno nacional!, y, lo que era más interesante, al verlos llevar a cabo la ceremonia de la jura de la bandera, y todo ello en español. Inmediatamente el inspector se daría cuenta del talento de don Gabriel, y consideraría que tal vez era el hombre más a propósito para ocupar el puesto de recaudador de contribuciones, en el caso de que llegara a quedar vacante.

Así fue como don Gabriel añadió a su programa de enseñanza la ceremonia de la jura de la bandera; pero cuando intentó transmitir a los chiquillos los conocimientos que él poseía sobre la mencionada ceremonia, se percató de que éstos eran muy escasos. Solo sabía cuál era la actitud que se debía tomar y unas cuantas palabras de lo que se debía decir; así, pues, se conformó con que los niños dijeran aquellas palabras que difícilmente completaban una frase, haciéndolos cantar en seguida las dos líneas del himno nacional.

Estaba seguro de que en aquella forma se ponían de manifiesto los progresos de la escuela. No habría comisionado del gobierno que quisiera oír, del principio al fin, el

juramento a la bandera, ni quien pretendiera escuchar todas las estrofas del himno nacional; al contrario, agradecerían infinito a don Gabriel el resumen que había hecho de ellos, pues la verdad era que eso de aguantarse todo el juramento y el himno cantado por las voces chillonas de los chiquillos de aquel cochino pueblo indígena, era cosa muy poco agradable. Además, el comisionado podría percatarse del buen tacto de don Gabriel, quien le haría saber que aquello era solo una muestra de la forma en que se iba desarrollando el programa de enseñanza, y que el tiempo del señor inspector o del señor presidente municipal era en extremo precioso para pretender que lo perdiera escuchando durante horas enteras todo lo que los niños sabían.

Don Gabriel sabía bien lo que hacía. Cuando dos meses después pasó por allí un inspector de la oficina recaudadora de rentas, quien, deseoso de mostrar un celo extremo incluía en sus tareas la de inspeccionar las escuelas de los poblados que recorría, don Gabriel puso en juego su plan. El inspector anotó en su informe: «Además de la ardua tarea que se me ha encomendado, me impuse la de visitar las escuelas, y al inspeccionar la dirigida por don Gabriel Ordóñez, delegado del gobierno en este pueblo indígena, encontré que la labor que ha llevado a cabo es en extremo satisfactoria. Todos los niños hablan español y están muy adelantados en la lectura, la escritura y la historia.»

En este informe como en todos los similares, se decía la verdad. Los informes y las estadísticas son de suma importancia para las dictaduras y los despotismos. Constituyen la fachada del gran edificio y en ella no debe aparecer ni la más pequeña raspadura. No hay gente más hábil en lo que a fachadas se refiere, tanto dentro de las empresas privadas como dentro de las dependencias del gobierno, que los que a construirlas y conservarlas se dedican en los regímenes dictatoriales, ya que de esa habilidad depende su posibilidad de vivir tranquilos, o simplemente de vivir. Los que no contribuyen a mantener en perfecto estado la fachada, se hacen sospechosos de atentar contra el régimen.

Al cabo de dos o tres semanas de impartir sus enseñanzas, don Gabriel encontró que los niños no eran capaces de distinguir la A de la G escritas en el pizarrón, y se dio a decirles diez veces diarias que jamás aprenderían, aun cuando concurrieran a sus clases durante cien años. Los niños estuvieron de acuerdo con él y decidieron presentarse a la escuela solo cuando no tenían otra cosa que hacer, lo que dio por resultado que ni la cuarta parte de los que aparecían en las listas aparecieran en las clases. Entonces don Gabriel tuvo otra luminosa idea; ésta no era original, como hombre honesto reconocía haberla adquirido cuando, siendo traficante de ganado, pasara por un pueblecito en el que el delegado la ponía en práctica. Ella consistía en reunir todos los pedacitos de papel de envoltura de los artículos que llegaban a su tienda, así como las márgenes de los periódicos, y escribir en ellos, con tinta, frases cortas como éstas: «La vaca es café y tiene cuatro patas»; «la cabra tiene cuernos y cola»; «las ovejas son negras o blancas, y están cubiertas de lana»; «el árbol es alto y

tiene muchas ramas»; «el delegado es un caballero y tiene una esposa»; «el señor gobernador es un gran hombre»; «el presidente de la República es un general muy sabio»; «la República Mexicana tiene un presidente famoso, don Porfirio»; «el jefe político de nuestro distrito es un honorable caballero»; «los mexicanos son los mejores soldados del mundo»; «el sol es redondo y está en el cielo»; «mi padre tiene una milpa y un rebaño de cabras».

Cuando hubo garabateado suficientes papelitos, los repartió entre los niños, enseñándoles la forma de sostenerlos en la posición correcta para leerlos.

—Mira, siempre debes sostenerlo de tal manera que el dedo pulgar de tu mano derecha quede en este lugar. Fíjate cómo.

Entonces leía la frase escrita hasta que el muchachito se la aprendía de memoria.

Desde luego que no les explicaba con mucha claridad lo que la frase escrita en español quería decir en su propia lengua, y el niño quedaba con una remota idea de su significado; le habría sido imposible señalar cuál era la palabra que significaba «vaca» y cuál la que valía por «cabra». A lo más, mal pronunciaba las palabras juntando unas con otras, con la idea vaga del significado de la frase; pero sin una idea siquiera aproximada de lo que cada palabra por separado quería decir.

Se dejaba a cada niño uno de aquellos papeles con la frase que se sabían de memoria, recomendándosele que la repasara para no olvidarla, mirando siempre el papel.

Una vez que don Gabriel había logrado que un niño mascullara su frase, aplicaba el mismo procedimiento a otro y así hasta que todos los alumnos llegaron a gritar a voz en cuello las frases discurridas por aquél.

Entonces don Gabriel se daba un justo descanso, durante el que bebía un trago de aguardiente, mientras los niños salían al recreo.

Durante algunas semanas, el programa consistió en repetir diariamente las dos líneas de la primera estrofa del himno nacional, que eran las únicas que don Gabriel sabía, y en releer la frase garabateada en cada uno de los papelitos que los niños tenían. Esto se hacía durante cuatro o cinco horas, interrumpidas por los descansos de don Gabriel y el recreo de los niños.

En el curso de esas semanas, los ciento veinte niños habían concurrido por lo menos una vez cada uno a la escuela, y se les había dado su pedacito de papel con la frase escrita.

Un buen día don Casimiro, el jefe político del distrito, llegó en viaje de inspección.

Inmediatamente se dio a los niños el grito de «¡Atención!» Todos dijeron en coro: «Buenos días, caballero» y, en seguida, cantaron las dos líneas de la primera estrofa del himno nacional, entonándolo de tal manera que ni con la mejor voluntad del mundo habría sido posible reconocerlo; pero a don Casimiro aquello le importaba muy poco, tan poco como que lo único que supieran del himno fueran aquellas dos líneas, que completaban diciendo: «¡Yo soy mexicano. Viva México, arriba México!»

Todo esto convenció a don Casimiro de que, en el terreno educativo, lo más que podía esperarse de los niños indígenas se había logrado.

Entonces los niños dieron un paso hacia adelante, con sus pedacitos de papel en las manos, y fueron diciendo uno después de otro, en aquélla su jerga casi incomprensible, lo que don Gabriel había escrito.

El jefe político revisó algunos de los papelitos, y se dio cuenta con satisfacción de que los niños efectivamente decían lo que en aquéllos aparecía escrito.

Para corresponder al tacto puesto de manifiesto por don Gabriel, no molestándolo con una larga y tediosa demostración, don Casimiro no insinuó siquiera que alguno de los niños leyera lo escrito en el papelito de su vecino. Tampoco hizo que alguno de los chiquillos leyera alguna de las palabras escritas señalando, por ejemplo, cuál era la que gráficamente quería decir «maíz».

Después, don Gabriel hizo que sus alumnos contaran del uno al veinte, y finalmente preguntó: «¿Qué es México?», a lo que los niños contestaron en coro: «México es un país libre e independiente.»

«¿Quién gobierna la República Mexicana?» Inmediatamente los niños gritaron: «Un presidente.» «¿Cómo se llama?» «El general don Porfirio.»

Con esto, la demostración terminó. Don Casimiro estrechó la mano de don Gabriel y le dijo que estaba en extremo satisfecho con el resultado de sus esfuerzos. En el informe que rindió, decía que los niños del lugar, enseñados por el delegado que él había nombrado, reconocida su capacidad, sabían hablar, leer y escribir en español, así como contar.

En las estadísticas se mencionaba a la escuela del pueblo como «escuela rural modelo», a la que concurrían niños entre siete y catorce años.

A cientos de pequeños poblados que se encontraban situados a ochenta y hasta cuatrocientos kilómetros de distancia de la vía del ferrocarril, se les atribuía una «escuela rural modelo», porque ningún jefe político habría permitido que otro de sus iguales le aventajara. Ni siquiera Dinamarca podía jactarse de estadísticas como éstas, de tal manera que con ellas la fama del dictador, como educador y protector de la raza india, quedaba asegurada para la posteridad, tan cuidadosamente, que las estadísticas eran impresas en el mejor papel importado y encuadernadas preciosamente, para ser enviadas a los gobiernos de todos los países civilizados.

¡Qué país más prometedor!, opinaban los banqueros norteamericanos que, gozosos, prestaban millones a las empresas norteamericanas que explotaban los ferrocarriles, la energía eléctrica, las minas, los pozos petroleros, el chicle y la caoba, pues no había que quedarse atrás en la explotación de un país con futuro tan brillante como el de México, en donde los mexicanos tenían tan poca libertad política y posibilidades económicas como las tenidas por un chino en Australia, y en donde el indio no era menos esclavo que cualquier proletario negro de Liberia.

III

Uno de los grandes pesares de don Gabriel era que la escuela no le producía ganancia alguna.

Durante el tiempo de su permanencia en el lugar, había logrado sacar provecho de todas sus acciones, mediante el moderado ejercicio de su autoridad.

Había aplicado impuestos especiales a los traficantes, a las matanzas de animales realizadas por los indios del pueblo, a las fiestas familiares que celebraban, al aguardiente que los indios traían consigo cuando iban al mercado de otro pueblo, y no les era posible ocultarlo a los ojos de don Gabriel… especialmente cuando la embriaguez los denunciaba.

En verdad que don Gabriel no tenía intención alguna de permanecer toda su vida en aquel rincón dejado de la mano de Dios. Lo que pretendía era sacar de allí el dinero suficiente para comprarse un buen rancho o para instalar una refinería de aguardiente.

Si Dios señalaba una misión a cada hombre, él debía cumplir con la suya; de ninguna manera estaba dispuesto a defraudarlo; haría todo lo posible por merecer su favor. Bien sabía que no sería digno de comparecer ante Él si su incapacidad llegaba al grado de no poder convertir un peso en diez; pero el cerebro de don Gabriel no era fértil en aquellas ideas que hubieran podido acelerar su marcha hacia la meta que el Creador le había señalado. Dado a estas meditaciones se encontraba, cuando apareció por allí Mateo, su hermano menor. La visita de don Mateo no era del todo voluntaria, su afecto por don Gabriel no era mucho, y el que los asuntos de éste marcharan mal o bien le importaba poco.

Mateo había tenido siempre buena suerte; pero como la buena suerte es difícil de definir, para ser más exactos diremos que tenía la facultad de elegir a sus amigos solo entre aquellos que podían prestarle un servicio personal. A través de sus relaciones había logrado una serie de buenos empleos, tales como inspector de pesas y medidas, administrador de correos en un pueblo pequeño, inspector de rastros e inspector de mercados. De este último puesto había llegado, de un solo salto, a ocupar uno de los más codiciados en aquellos tiempos de la dictadura, el de recaudador de contribuciones.

No había puesto, ni el de inspector de escuelas, ni el de delegado sanitario, que requirieran conocimiento alguno. Cualquiera que conociera los efectos del aceite de ricino y que supiera que la mayoría de las gentes tienen el corazón del lado izquierdo, podía presentarse como médico militar y poner cuantas abreviaturas quisiera antes de su nombre. Las oficinas públicas no se habían creado para beneficio del pueblo, sino para poner en ellas a todos los que consideraban a don Porfirio como al estadista más grande de los últimos cuatro siglos, o bien para nivelar los bolsillos de aquellos que pudieran emplear la influencia que como miembros de familias de abolengo tenían, para hacer cosas desagradables en contra de la camarilla dirigente.

Cuando se consideraba que un recaudador de contribuciones había dispuesto ya del tiempo necesario para completar su botín, y cuando a pesar de las advertencias no se retiraba para dejar el lugar a otro tan ansioso como él de hacerse con fondos, se veía envuelto en alguna disputa que tenía lugar generalmente en una de esas fiestas en las que los alcoholes se derraman con generosidad. Entonces el hombre era insultado y provocado hasta que tenía que sacar la pistola, y se le tiroteaba en defensa propia. Así, el puesto quedaba vacante y el hombre que lo había tiroteado era frecuentemente quien lo ocupaba. Como el juez, el presidente municipal, el jefe político y los testigos estaban todos de acuerdo con el hombre que debería ocupar el puesto, el asesinato se olvidaba una vez que el muerto era enterrado con todos los honores. Después, el nuevo recaudador daba una cena y ofrecía un elegante baile.

El sueldo de los recaudadores de contribuciones era adecuado; pero ellos lo consideraban solo como dinero de bolsillo, las entradas que por medio de función tan codiciada obtenían, venían de otras fuentes. Recibían un buen porcentaje sobre las contribuciones que recaudaban, a fin de que tuvieran interés en el empleo exprimiendo hasta donde les fuera posible exprimir a la industria del país. Antes de que un fabricante emprendedor pudiera comenzar a tejer cien metros de manta, ya había pagado el valor de veinticinco en licencias y en contribuciones. El gobierno no tenía el menor interés en que los mexicanos desarrollaran la industria de su propio país; tenía más cuenta hacerse con los dineros que dejaban los impuestos de importación, y quedar bien con los exportadores norteamericanos, franceses e ingleses. Además, las altas tarifas de importación eran prueba patente de la era de oro del dictador.

Como en las alturas del gobierno solo había dictadores, solo dictadores se encontraban hasta en las escalas más bajas. Los recaudadores de contribuciones tenían el derecho de fijar el monto de los impuestos para cada rama de la industria, del comercio y de todo aquello que constituyera una fuente de ingreso. Para ello, había cierta justificación; en un país tan grande como México resultaba casi imposible establecer tarifas uniformes. Los distritos que se encuentran lejos de las carreteras y del ferrocarril, tienen mayores gastos de transporte; en algunos distritos el costo de la vida es alto, en otros es bajo; en algunos lugares los salarios son elevados y en otros muy cortos.

Si la administración del Estado fijaba la contribución de una destilería de aguardiente en doscientos pesos, basándose en las ganancias de sus empresarios, el recaudador estaba en libertad de hacerla subir a cuatrocientos. Entonces los industriales le hacían una visita para explicarle que les era imposible pagar contribución tan alta, y al cabo de su conversación convenían en dar al recaudador mil pesos para que éste la hiciera bajar a doscientos cincuenta. De todo esto resultaba que se reconociera al recaudador el mérito de haber obtenido cincuenta pesos más para los egresos del Estado.

Desde luego que el industrial habría podido pelear el asunto en la vía legal; pero,

en primer lugar, tendría que pagar durante un año o más la cuota que le habían fijado antes de que su querella fuera atendida, y suponiendo que las autoridades superiores fallaran en su favor, pasaría otro año o más antes de que lograra que le devolvieran el exceso, y como además tenía que pagar los gastos del pleito, finalmente vendría quedándole, de lo recobrado, una verdadera insignificancia. Eso, si le iba bien; porque muchas veces, en el curso del juicio, resultaba que no solo no tenía razón para querellarse, sino que se aseguraba había estado pagando menor impuesto del que debía, cosa que quedaría evidenciada durante el juicio, al practicarse una minuciosa investigación de sus negocios. Por todas estas razones, resultaba más sencillo para el contribuyente vivir en paz con el recaudador y permitirle levantar lo que le saliera al paso. Al fin de cuentas, este procedimiento resultaba más barato y más seguro.

De lo anterior se deducirá por qué el puesto de recaudador de contribuciones era tan ambicionado, y por qué el que deseaba ocuparlo no vacilaba cuando había que quitar de en medio al que lo poseía, y se aferraba a él por más tiempo del conveniente.

El pueblo en el que don Mateo, con la ayuda de algunos amigos influyentes, había asegurado su puesto como recaudador, era muy pequeño; pero aun allí el puesto era una fuente de satisfacción para un hombre carente de recursos, como lo había sido para don Gabriel el de delegado, que, siendo miserable como era, le abría las puertas para seguir el camino que buscaba.

A don Mateo le ocurrió que, cuando disfrutaba de su puesto, llegó un auditor y puso en claro que faltaban tres mil pesos. Don Mateo trató de conseguir el dinero prestado, pero falló. Entonces recurrió a un procedimiento hábil, pero no sin precedentes; se dirigió a caballo a un punto alejado de la cabecera del pueblo y regresó al día siguiente sin el caballo, con una herida en el brazo y todo él en un lamentable estado. Explicó que había sido atacado por unos bandidos que le habían robado más de tres mil pesos.

Esa misma noche, su caballo regresó al pueblo con algunas manchas de sangre en la silla.

Aun así, sus cuentas no cuadraban. No había tenido la habilidad necesaria para aplicar a su déficit los tres mil pesos que decía haber recaudado y haberle sido robados; como los auditores estaban muy lejos de serlo y ni remotamente sabían algo de contabilidad, ya que si ocupaban el puesto era solo porque no se había encontrado otro que darles, no pudieron poner en claro las cuentas y, para no quebrarse mucho la cabeza, aceptaron el dicho de don Mateo respecto a que los tres mil pesos que le habían robado eran los mismos que faltaban. Solo que uno de los auditores tenía un buen amigo hacia el que se hallaba obligado por algunos favores que le había hecho, y a quien hacía tiempo le tenía prometido un empleo. Así, pues, decidió recomendar a don Mateo que renunciara al puesto.

A partir de entonces se dedicaba a recorrer las callejuelas de Balún Canán, a correr tras las mujeres, a tratar de hacer algunos negocios fáciles vendiendo casas y ranchos, comprando y vendiendo mulas y caballos, y ayudando a los amigos que perseguían la presidencia municipal o la jefatura política de algún lugar, en espera de verse recompensado más tarde por ellos.

Cuando se hallaba prestando ayuda a uno de estos amigos, se vio envuelto en la refriega tenida con los contrarios, con tan mala suerte que al jefe de la policía, que pertenecía al otro bando, le incrustaron en la pierna izquierda la bala disparada por una pistola del 45. La mala suerte estuvo en la bala, porque al jefe de policía le fue muy fácil saber quién era allí el único poseedor de una 45, y como el partido al que el jefe pertenecía era el que todavía estaba en el poder, a don Mateo no le quedó más remedio que montar su caballo y encaminarse a Guatemala, mientras sus amigos le cubrían la retirada.

El camino no es malo hasta llegar a los lagos; pero si no es malo para el perseguido, tampoco lo es para los perseguidores. Después de los lagos y hasta llegar al primer pueblo guatemalteco, estaba esa selva dejada de la mano de Dios, a la que don Mateo le tenía un miedo espantoso.

Todo el que por aquellos sitios cometía una indiscreción, y tenía que escapar para salvar su vida, cabalgaba hacia Guatemala, en donde nadie le pedía razón de sus hechos en México; así, pues, el jefe de policía tuvo la seguridad de que don Mateo haría lo que tantos otros, y como llevaba ya un buen trecho de ventaja a los que habrían de perseguirlo, les dio orden de que en cuanto se le acercaran le mandaran hacer alto, con la amenaza de disparar; y hubieran disparado, claro está; don Mateo sabía bien que haciendo alto o no, en cuanto lo tuvieran a la vista le habrían disparado. El jefe de policía era su peor enemigo, en primer lugar porque a ambos les gustaba cierta mujer y, en segundo, porque sabía que si el bando contrario ganaba, don Mateo ocuparía el puesto de jefe de policía y no le sería difícil encontrar la forma de eliminarlo en defensa propia. Don Mateo tomó en cuenta todas estas circunstancias; recordó la selva y decidió, al cabo de veinte kilómetros, cuando su caballo empezaba a no poder mantener el paso, dirigirse hacia el norte rodeando San Antonio y las Margaritas; descansar un poco en Santa Elena y seguir camino de Santa Rita, apartándose de Hucutzin, donde era conocido y había telégrafo, para dirigirse a Bujvilum, en donde estaba su hermano. Allí estaría casi tan a salvo como en Guatemala. El lugar se hallaba bastante apartado, y si alguien que lo conociera acertaba a pasar por allí, él se escondería; no habría persona alguna a la que se le ocurriera pensar que se había ocultado allí, puesto que todos lo creían en Guatemala.

En tres meses habría sanado la herida del jefe de policía y todo quedaría olvidado. Entonces regresaría, haría las paces con él y esperaría quietamente el momento en que su partido tomara el timón del pueblo.

En México, hechos como éste son comunes. Si uno sabe esperar a que la sangre se enfríe y a que las heridas sanen, podrá vivir en paz mientras la sangre no vuelva a

calentarse.

Don Gabriel no tenía gran cariño por su hermano Mateo. Éste era arrogante y pendenciero, y no cesaba de presumir cerca de los superiores que sus conocimientos y habilidades eran mayores que los de don Gabriel, a quien no cesaba de molestar ridiculizando cuanta empresa se proponía.

—Podré ayudarte mucho en el empleo que aquí desempeñas —dijo don Mateo.

—Sí —repuso don Gabriel—, solo que no hay mucho en lo que puedas ayudarme. Todo lo que tiene que hacerse en un año podría yo hacerlo en medio día, sin fatiga alguna.

—¿Cuánto sacas de la escuela? —preguntó Mateo.

—Ni un centavo, lo hago sólo por hacer algo. Además, la parte referente a la escuela le da muy buena apariencia a mi informe e impresiona bien a los que llegan por aquí; pero está incluido en los quince pesos que gano como delegado.

Don Mateo rió con indulgencia.

—Nunca te creí muy inteligente, Gabucho; pero tampoco te creí tan tonto. La escuela podría rendirte treinta y hasta cincuenta pesos mensuales.

—Los padres no pagan por la educación de sus hijos.

—Ya lo sé —dijo don Mateo—; pero de acuerdo con la ley, los niños tienen que concurrir a la escuela todos los días, y si no vienen, ¿por qué no multas a los padres con uno o dos pesos?

—Es cierto —concedió don Gabriel—. Nunca se me había ocurrido eso. Si la asistencia a la escuela alcanza solo un promedio de treinta niños, no veo por qué, faltando noventa niños diariamente, no habré de echarme a la bolsa noventa pesos cada día.

—Al principio no debes ponerte muy enérgico —aconsejó don Mateo—. No los multes con un peso, empieza multándolos con dos reales.

—¡Con un diablo! La idea es excelente.

No perdió tiempo en poner en práctica el consejo de su hermano. Esa misma tarde anunció al pueblo que los miembros del cabildo debían reunirse con él, porque tenía asuntos de importancia que tratar. Así, pues, pedía al cacique y a sus consejeros que estuvieran presentes al día siguiente.

Para poder aplicar la medida aconsejada por don Mateo, necesitaba contar con la ayuda del jefe de los indios, como había contado con ella en el asunto de la venta de animales.

A la mañana siguiente, el jefe y sus consejeros se presentaron en el cabildo. Don Gabriel los invitó a pasar y a tomar asiento en el banco de su oficina.

Don Mateo se encontraba allí, y don Gabriel lo presentó diciendo:

—Éste es mi hermano, que ha venido a visitarme.

En seguida, atacó el punto que le interesaba. Barajó los reglamentos impresos que

tenía y, sacando de entre ellos uno al azar, dijo:

—Este reglamento acaba de ser expedido por el gobierno.

El jefe y sus tres consejeros cambiaron una mirada que revelaba mucho menos de lo que pensaban. Por experiencia sabían que cada vez que el gobierno expedía un nuevo reglamento, había que pagar con dinero o que trabajar sin paga en la construcción de algún camino muy alejado de su distrito, y por el que no tenían ni el más pequeño interés.

El reglamento que don Gabriel tenía en sus manos se refería a la obligación de los delegados de aquellas poblaciones a las que llegaba el telégrafo de conservar la línea en buen estado, inspeccionándola y reparándola cuando las averías fueran menores, para lo cual se daba una serie de instrucciones.

Ni don Gabriel, ni delegado alguno del Estado pensó jamás en molestarse leyendo siquiera aquel reglamento. El gobierno, aun cuando expedía decenas de esos reglamentos, sabía muy bien que los delegados jamás se enterarían de su contenido, y si los hacía era únicamente con el objeto de que algún hombre, sentado en una oficina ante un escritorio, se entretuviera elaborándolo durante largos meses; además, el jefe de la oficina tendría oportunidad de hacerse con algo, por medio del arreglo que podría tener con el impresor, quien firmaría un recibo en el que aparecería una suma mayor que la recibida.

Don Gabriel agitó en el aire el reglamento, y después se levantó para ponerlo en manos del jefe de los indios.

Ni el jefe ni sus consejeros sabían leer; pero en las páginas del reglamento se veían algunos diagramas que ilustraban la forma de reparar temporalmente la línea telegráfica.

Don Gabriel señaló uno de esos diagramas diciendo:

—Aquí dice que yo debo dar parte por telégrafo al gobierno, cuando las cosas no se hagan de acuerdo con lo que él ordena.

Los indios aceptaron su dicho, porque en realidad en el diagrama podían ver algo semejante a la línea telegráfica.

—El gobierno ordena en este reglamento —continuó don Gabriel— que todos los niños del pueblo deben asistir a la escuela todos los días, menos los sábados y los domingos, y que los padres de los niños tendrán que pagar al delegado un peso cada vez que aquéllos falten.

Los indios no dijeron palabra, se concretaron a hacer varios signos de asentimiento volviéndose a mirar a su jefe, quien a su vez asentía en silencio.

El jefe enrolló un cigarrillo y al cabo de un rato dijo, hablando lentamente:

—No podemos pagar eso. No tenemos dinero. Muchos de los padres de aquí tienen seis niños. ¿Cómo podrían pagar seis pesos diarios? Los muchachos van creciendo y tienen que ayudar a sembrar o a recoger el maíz, o a cuidar las ovejas para que los tigres no se las lleven.

—Sí, es verdad —concedió don Gabriel—. Pero yo nada puedo hacer, yo no soy

más que el delegado y debo cumplir con las órdenes del gobierno, porque si no las cumplo me meterán a la cárcel.

Don Mateo intervino en la discusión:

—La ley es pareja en todo el estado, lo mismo aquí, que en Jovel, que en Balún Canán.

El jefe de los indios lo miró y le preguntó con su pausado hablar:

—¿Es usted delegado de este lugar?

—No, desde luego que no —contestó don Mateo, sorprendido por la pregunta—; pero sé que así es en todas partes.

—¿Entonces fue usted el que trajo esta nueva ley?

—Sí —contestó don Mateo en tono poco convencedor—. El administrador de Correos sabía que yo venía a visitar a mi hermano y me pidió que se la entregara.

El jefe se levantó, e inmediatamente sus consejeros se pusieron de pie.

—Creo que podemos irnos —dijo—, a menos que tenga usted ahí otro reglamento.

—No —dijo don Gabriel—, éste es el único que tengo.

Al día siguiente, como de costumbre, solo treinta niños se presentaron en la escuela. Don Gabriel se puso a escribir los nombres de los padres de los que se hallaban ausentes, a fin de cobrar a cada uno el peso que debía pagar; pero he aquí que se encontró frente a un problema en el que no había pensado. Efectivamente, él tenía una lista de los ciento veinte niños, nada más que los nombres que aparecían en ella eran los que les había dado para distinguirlos entre sí. Además, solo le eran conocidos los padres de unos cuantos, y eso porque vivían en el pueblo, pues la mayoría de las familias habitaban jacales alejados, perdidos entre sus milpas, y algunas otras habitaban en la selva.

No se le ocurría la forma en que lograría saber los nombres de los padres de los niños ausentes, como no podría saber los de los que faltarían al día siguiente, y como tampoco don Mateo acertó a resolver el problema, ambos renunciaron a la esperanza de obtener ganancias de la escuela, y esta fue una de las razones por las que don Gabriel perdió todo interés en ella.

Dos semanas más tarde llegó al lugar un cura. Los indios corrieron a encontrarlo, llevando a sus mujeres y a sus hijos para besarle la mano. Él, en recompensa, les dio su bendición llenando en esa forma la misión apostólica que lo llevaba a aquel pueblo.

La llegada del cura llevó también una bendición a la casa del delegado, una bendición que tomó forma en extremo material. La mujer de don Gabriel hizo saber a los habitantes del pueblo que tenía que alojar al cura en su casa, que no tenía nada que

ofrecerle y que no podía dejar morir de hambre al santo varón. Dos horas más tarde, don Gabriel tenía catorce patos silvestres, ocho huevos de gallina, seis faisanes, dos cochinitos y cinco cabritos, así como la carne gruesa de dos temasates recién cazados.

El santo varón no podía comerse todas aquellas cosas, por lo que don Gabriel salió bastante beneficiado. Satisfecho, hizo que los niños de la escuela mostraran al señor cura sus conocimientos y éste quedó en extremo complacido con los progresos logrados.

—Bien sé, señor delegado —dijo a don Gabriel—, la dura tarea que se ha echado usted encima; pero veo el gran éxito con que, afortunadamente, la ha visto coronada.

—Gracias, señor cura —contestó modestamente don Gabriel—. Yo podría hacer más, mucho más en el terreno educativo, si contara con la asistencia regular de mis alumnos.

El santo varón hizo un signo de asentimiento y después se llevó la mano al estómago.

—No sé bien lo que me pasa —dijo—, pero creo que algo me pasa aquí, en el hígado. No… aquí —e hizo que don Gabriel le tocara los riñones—. No estoy seguro; pero el caso es que sufro de frecuentes indigestiones, y además no duermo muy bien que digamos; pero no creo que usted tenga por ahí un vaso de buen comiteco… Gracias, señor delegado, gracias; es un gran cordial. Sí, sí, deme otro, por favor. No, no, llénelo bien; no tema, dos vasitos no me harán rodar bajo la mesa… En cuanto a la asistencia de los chamacos, no se preocupe por lo que el gobierno diga. ¿Qué sabe de eso el gobierno? La autoridad la tienen los padres. Ésa es la ley de Dios, lo será y lo ha sido desde el principio del mundo. Si el padre necesita del trabajo del muchacho, éste tiene obligación de obedecer a su padre. Ésa es la voluntad de Dios y no vamos nosotros, pobres hombres, a contrariarla. Si un niño aprende a obedecer a Dios y a su padre, ¿qué cosa mejor podemos nosotros, los pobres pecadores, enseñarle? Los buenos gobiernos nunca deben fomentar la discordia entre padres e hijos. La obediencia a los padres tiene más cuenta que la obediencia prestada a cualquier gobierno terrenal. Deje que los niños vengan a la escuela cuando y como quieran; sus padres saben qué es lo que más les conviene. ¿Qué bien se haría privando a este rebaño de su inocencia; indigestándolo con la lectura y la escritura y perturbando su feliz existencia con la basura del conocimiento? Basura, eso es, basura. El reino de los cielos tiene siempre sus puertas abiertas para los inocentes y para los ignorantes. Además, el mentado conocimiento resulta solo motivo de confusión para otros. Sí, si hace el favor, otro vaso; hasta los bordes, esto es bueno para la indigestión. Como le decía antes, señor delegado, deje que los niños vengan a la escuela cuando y como quieran. A decir verdad, yo estoy absolutamente en contra de las escuelas rurales, como también lo está el señor arzobispo. Mientras menos haya, mejor; aunque el ideal sería que no existieran. A pesar de todo, yo reconozco lo mucho que ha hecho usted en estos últimos meses por la educación de los niños. Es increíble lo mucho que han adelantado, en verdad que ello le honra a usted. ¡Salud!…

Bueno, tal vez con uno más; sí, otro; pero será el último. Es excelente. ¿Cómo está el camino para Tanquinvits ahora? ¿Muy flojo? Hace dos años tuve que ir allá justamente por estos meses, y mi vieja mula y yo casi desaparecimos en el lodo.

—Ahora no está tan malo —dijo don Gabriel—, aunque hay que tener cuidado, porque a veces entre piedras y lodo se encuentran grandes agujeros. Cuando vea un tramo dudoso, señor cura, más vale que desmonte, porque la mula podría meter una pata entre dos piedras y quebrársela fácilmente si va cargada.

El cura reflexionó un momento, mientras encendía un cigarro, y dijo:

—Las gentes de este pueblo son buenas e industriosas, para que no cambien hay que dejarlas en paz. Son como niños y como a niños hay que tratarlas. Si se emborrachan de vez en cuando, más vale no decirles palabra y dejar que se les pase.

Don Gabriel se levantó.

—Perdone, señor cura; tengo una o dos cartas que escribir y quiero rogarle que las ponga en el correo al llegar a Jovel.

El santo varón rió.

—Pasará una semana o quizá más, antes de que yo llegue a Jovel, porque pienso visitar todos los pueblecitos del distrito y, créame, no me doy prisa. Mi mula se arrastra como una vieja reumática y yo la dejo ir al paso que quiere. Los asuntos de Dios marchan lentamente y no tienen necesidad alguna de máquinas voladoras. ¿Ha visto usted alguna vez una de esas máquinas? Yo, la verdad, no creo en ellas. Y si en realidad existen, nada bueno traerán consigo. El hombre no debiera nunca intentar lanzarse al espacio. Cuando nuestro Señor no le ha dado alas, por algo será. Si Dios hubiera querido que voláramos, nos hubiera provisto de ellas, y si las ha reservado para los ángeles, ha expresado claramente su propósito y nosotros debiéramos obedecerlo. Si no tiene usted mucha prisa de que sus cartas lleguen, las llevaré con todo gusto.

—No tengo mucha prisa; pero sí quisiera que llegaran.

—Sí, tomaré otro vaso más —dijo el cura—; no siempre tiene uno a mano añejo tan bueno como éste. ¡Bien que calienta el estómago! Pero será el último. Ahora, con su permiso, me retiraré a descansar.

Al día siguiente, cuando el cura dejó el pueblo con el muchacho que lo acompañaba, don Gabriel dijo a su hermano:

—Tu consejito respecto a la escuela parece no ser muy bueno; yo no intentaré hacer nada con la escuela, porque no quiero tener de espaldas a la Iglesia.

—Si no quieres sacar provecho de aquí, eso es cosa tuya —dijo don Mateo con indiferencia—; a mí no me importa.

—Siempre te creí más listo que yo —añadió don Gabriel.

Aquella observación dio en el blanco, sobre todo ahora que Mateo se encontraba allí, solo con su hermano y su cuñada y que no tenía en qué ocupar su mente.

Él había afirmado siempre que si ocupaba buenos puestos, ello se debía a su gran habilidad, imposible de ser superada por hombre alguno, y menos aún por su hermano mayor, que junto a él era solo un tonto.

Entablaron combates diarios, en los que Mateo aseguraba que de haber sido delegado de aquel lugar, en seis meses solamente se habría echado a la bolsa más de cinco mil pesos.

—Me gustaría mucho saber —repetía don Gabriel sin cesar— de dónde podrías sacar cinco mil pesos en este pueblo. Aun registrando hasta el último rincón y hasta el último hilacho de estas gentes, no reunirías en todo él más de trescientos pesos, por la sencilla razón de que no los tienen. Tal vez en dos años fuera posible juntar los cinco mil, y ello no debe haber sido difícil en un lugar como en el que tú estabas, en el que hay tres destilerías de aguardiente, quince burdeles, cuarenta tiendas, cuatro restaurantes y veinte tenderos chinos a quienes podías exprimir bien y bonito.

—Sí, pero yo no era el único —explicaba Mateo—. Allí estaban también el presidente municipal, el juez, el inspector de contribuciones, el jefe de policía con seis hombres a su disposición y una media docena de funcionarios más, todos tratando de exprimir al mismo tiempo. En cambio, aquí tú eres el único.

—¡Cállate, desgraciado! Ya me cansé de oírte —gritó don Gabriel; y viendo a los niños que jugaban enfrente de la escuela, se lanzó sobre ellos, cogió a tres del pescuezo y les dio una paliza.

En seguida reunió a los demás, les hizo recitar la frase que cada uno de ellos sabía, y después los puso a marchar y a mover los brazos haciendo desordenados movimientos gimnásticos. Luego los mandó a recreo nuevamente, y entró a tomar un vaso de aguardiente y a pelear con su mujer.

IV

Don Gabriel estaba en su oficina. Revolvió las cartas y los folletos, después los emparejó y puso una piedra sobre ellos a manera de pisapapel, abrió la botella de la tinta, la olió, la agitó, tomó la pluma, se la pasó por los cabellos y la colocó junto a la botella, quitó el polvo que había en la mesa y se dirigió a la puerta a fumar un cigarro.

Dejando vagar la mirada, descubrió en el sendero que conducía de la selva al pueblo a un numeroso grupo de indios que marchaba hacia el claro donde se hallaba el cabildo, para tomar el camino de Huentzingo.

A la cabeza del grupo iban, montando sendos caballos, dos ladinos con grandes pistolas al cinto.

Se detuvieron a descansar y para dar tiempo a que los retrasados alcanzaran la caravana.

Los indios iban cargados con sus pocos bienes y sus itacates.

Los dos ladinos desmontaron y se aproximaron al cabildo.

—Buenos días —dijo uno—. ¿Es usted el delegado en este pueblo?

—Sí —contestó don Gabriel—. Pasen.

—¿Tiene usted un poco de comiteco?

—Bastante.

—Entonces haga el favor de llenar nuestras botellas, nos beberemos una copa por nosotros y otra por usted, señor delegado.

—Gracias —repuso don Gabriel—; hagan el favor de sentarse un momento, porque el comiteco lo tengo en mi tienda. Si ustedes o los indios necesitan algo para el viaje, mi tienda es la única que hay en estos lugares; en las ocho leguas que recorrerán ahora, no encontrarán otra.

Cuando entró en la tienda con las botellas, encontró a su mujer y a Mateo, ocupados vendiendo tabaco, cigarros, sal, chiles y cuerdas. Cerca de veinte hombres de los que viajaban en el grupo se hallaban reunidos frente a la tabla que servía de mostrador.

Don Gabriel llenó las dos botellas, sirvió tres copas y regresó a su oficina. Él y los ladinos brindaron y bebieron de un trago el comiteco.

—Bueno —dijeron los hombres, apretándose los cinturones (hecho que significaba que estaban listos para partir)—. Vámonos; la jornada de hoy será pesada.

Cuando desataban sus caballos de la tranca que se hallaba frente al pórtico, don Mateo apareció. Los indios arreglaban sus bultos y se disponían a marchar.

—¿Cuántos llevan? —preguntó don Mateo en el preciso instante en que los ladinos ponían el pie en el estribo.

—Ochenta —dijo uno de los dos, montando.

—¿Para los cafetales?

—Sí, para Soconusco.

—Bueno, solo que ustedes no van a seguir su camino así como así.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que tienen que pagar derechos de paso.

—¿Qué derechos son esos? Ya nos hicieron pagar los impuestos por los contratos.

—Eso a nosotros no nos interesa. Nosotros tenemos que recabar los derechos de paso, de acuerdo con los reglamentos locales. Ustedes, como enganchadores, debían saberlo, caballeros. Además, el impuesto no tienen que pagarlo ustedes, como tampoco pagan contribuciones ni comisiones, ya que todo eso lo cargan a las cuentas de los enganchados.

Los enganchadores sabían que no tenían que pagar derecho de paso, puesto que en todo aquel sector no había ni un solo puente o camino labrado cuya conservación sirviera de pretexto para cobrar derechos; pero también sabían que si no pagaban tendrían dificultades. Bien hubieran podido, con sus ochenta hombres, aplastar al que se les pusiera enfrente; pero a ellos les gustaba siempre estar bien con las autoridades, porque a final de cuentas eso les salía más barato, y porque no sería la última vez que tendrían que andar por allí. Ellos eran, además de enganchadores, traficantes en ganado y pieles. Muchas de sus mercancías las transportaban a lomo de mula, y en caso de tener que hacer un rodeo para no pasar por el pueblo, habrían perdido por lo menos tres días cada vez que tuvieran que encaminarse a la región del Grijalva, en donde las mercancías eran cargadas en lanchones.

Cualquier pasajero, traficante o no, anda siempre a merced de los delegados. El delegado es, generalmente, el único hombre que en los lugares pequeños no es indio y el único con autoridad suficiente para otorgar o retirar la protección que el viajero necesita.

Los enganchadores pagaron los dieciséis pesos que les cobraron por derecho de paso. Pidieron un recibo; pero Mateo les dijo:

—Todavía no nos mandaron los nuevos machotes; pero ustedes no tienen necesidad de recibo alguno, caballeros; estén seguros de que no les cobraremos dos veces por el mismo grupo de enganchados que pasen por aquí.

Cuando los caminantes se hallaban ya bien lejos, don Mateo se volvió a mirar a su hermano.

—¿Viste cómo arreglé el asuntito? Tú los hubieras dejado pasar sin decirles palabra. A todo lo que por aquí pase en dos o en cuatro patas, le sacaremos jugo. Cuando los indios vuelvan a pasar por aquí, de regreso de los plantíos, no vendrán acompañados de los enganchadores; entonces les cobraremos veinte centavos a cada uno; traerán en la bolsa lo que hayan ganado, ¿y en qué otra cosa mejor pueden gastarlo? Además, podrás ahogarlos en tu comiteco, y no te preocupes por los enganchadores, que ellos no se quejarán de la contribución que les hemos cobrado; no lo harán por lo menos mientras tú seas delegado en este lugar, y cuando ya no lo seas, ¿qué te importa? Tampoco entonces se arriesgarán, pensando en que a lo mejor disfrutas de mayores influencias.

En el pueblo, tuvo lugar una boda. El joven novio, de acuerdo con la costumbre, tenía que obsequiar a sus amigos y a los amigos de la familia de su novia con aguardiente. Así, pues, con la debida anticipación lo había adquirido en Jovel, donde pudo conseguirlo a precio mucho más bajo del que don Gabriel daba el que les vendía. El garrafón fue pasado de contrabando, y don Gabriel no se había enterado del asunto; pero como lo más seguro era que más de una docena de los invitados se mostrasen borrachos, el joven novio había tomado sus precauciones, adquiriendo en la tienda de don Gabriel diez litros de comiteco, con lo que la embriaguez de los invitados a la boda quedaría justificada a los ojos del delegado.

—Puedes llevarte más —dijo don Gabriel—. Por la paga no debes preocuparte; ya sabes que tienes crédito.

El novio repuso que con los diez litros le bastaba.

Los indios son fácil y rápidamente afectados por el alcohol, y en particular por el que a ellos se les vende.

Las dos guitarras y el violín sonaron sin descanso, y sin descanso se bailó durante dos días y dos noches.

Los jóvenes bebieron poco y poco les afectó, debido a su danzar constante y a las grandes cantidades de café que tomaron. Además, todos los muchachos querían quedar bien con las jóvenes, especialmente si ya eran sus novias, y las muchachas indias admiran la sobriedad por encima del buen parecer; sus madres les han aconsejado juzgar a los hombres sobre esa base. Los muchachos lo saben y entienden que si su sobriedad no es reconocida, les será difícil conseguir a la joven que quieren por esposa, aun cuando a final de cuentas les resulte no ser la que querían. Entre los indios ocurre exactamente lo mismo que entre las demás gentes; el carácter de la mujer o del marido solo empieza a manifestar sus matices cuando ya no hay necesidad de ocultarlo; ello puede ocurrir dos semanas o dos años después del matrimonio y depende, nada más, de la habilidad y vigor que tengan para representar la comedia. Personas hay tan bien dotadas, que pueden mantener la impostura hasta por veinte años, sin que ninguno de los cónyuges llegue a enterarse de cuál es en realidad el carácter del otro, y muchas veces ocurre que al correr el tiempo y debido a la fuerza de la costumbre, la apariencia llega a tomar caracteres de realidad. Sin embargo, a menudo se ven edificios matrimoniales que a los veinticinco años empiezan a presentar cuarteaduras, ya de un lado, ya de otro, o bien de ambos a la vez, cuando ya semejante cosa parecía imposible en tan sólida estructura.

Fueron los hombres casados, los ya surtidos con mujer e hijos, los que encontraron en el aguardiente el último refugio para su desilusión. Si ni siquiera las personas civilizadas saben explicar por qué se empapan la garganta con champaña, *whisky* o coñac hasta llegar al olvido de sí mismas o a un curioso estado de exaltación, resultaría inútil pedir explicaciones sobre ello a un indio. Además, tratar de explicarlo es solo una pérdida de tiempo. Resulta mejor reconocer, sencillamente,

que entre ellos hay ebrios consuetudinarios, bebedores moderados, borrachos ocasionales y abstemios.

Fueron los consuetudinarios y los ocasionales los que encontraron en la boda una excelente excusa para empinar el codo hasta más no poder.

Tres de ellos, cuando hubieron medio dormido la borrachera de la noche anterior, se presentaron muy temprano en la tienda de don Gabriel en busca de más aguardiente. Ya con motivo de la boda no les era posible obtener más, porque aun cuando los festejos se prolongaban, en ellos tomaban parte ya solamente los familiares de los novios.

Los tres hombres llevaban sus botellas de a litro para que se las llenaran y el dinero suficiente para pagar. Don Gabriel deseaba hacer negocio, pero no se mostró muy dispuesto a vender el comiteco, porque sabía que cuando la embriaguez traspasaba las fronteras establecidas, él tenía graves dificultades; pero don Mateo apareció en escena.

—¿Qué te importa a ti —dijo— que éstos se emborrachen? Tú no eres su consejero espiritual. A ti lo único que debe importarte es que tengan dinero con que pagar.

Don Gabriel llenó de aguardiente las botellas de los hombres.

Dos horas después se escucharon gritos salvajes en el pueblo; una mujer llegó corriendo al cabildo, con su niño en brazos y diciendo a voces:

—¡Asesinó a mi hermano; le cortó la cabeza!

Don Gabriel y don Mateo se dirigieron corriendo al pueblo y en el corral de una de las casas vieron a un grupo de hombres que trataban de sujetar a Gregorio, uno de los tres que habían comprado aguardiente aquella mañana.

Gregorio agitaba en el aire un machete, del que chorreaba sangre. El cadáver de un muchacho como de dieciocho años, yacía semiapoyado contra la pared de adobe. Tenía la cara partida y el cuerpo acribillado.

Los hombres, en su mayor parte todavía ebrios, trataban de acercarse lo suficiente para asestar al loco un garrotazo; pero no lo lograban temerosos de que aquél les tirara el machete.

El jefe de los indios ocurrió tan pronto como oyó los gritos; pero tampoco se hallaba muy sobrio y se concretaba a mirar en rededor con ojos vidriosos, sin acertar a comprender qué era lo que ocurría y qué lo que había pasado. Don Gabriel mandó a un muchacho a que le pidiera a su mujer el lazo que llevaba siempre en la silla de su caballo. El muchacho regresó al cabo de unos minutos. Después de varios intentos, don Gabriel, colocándose en posición estratégica logró lazar a Gregorio y hacerle rodar por tierra. Inmediatamente varios hombres se lanzaron sobre él y lo ataron tan bien que no pudo mover ya ni un dedo. En seguida lo llevaron al cabildo y lo encarcelaron. Estaba exhausto y se quedó dormido inmediatamente.

Frente al cabildo quedaron algunos hombres, que gritaban y daban traspiés, yendo de un lado a otro sin saber por qué. Don Mateo aconsejó a su hermano que los

encarcelara también, para evitar nuevas dificultades.

Don Gabriel llamó a algunos hombres que parecían sobrios, y con su ayuda metió a los otros en la cárcel.

Las mujeres y los hombres que se hallaban sobrios aprobaron la medida tomada por don Gabriel a fin de evitar un segundo asesinato. Todos los habitantes del pueblo, particularmente las mujeres, se hallaban consternados. Cuatro mujeres llegaron corriendo al cabildo llevando consigo a sus hijos para protegerlos de los maridos o de los hermanos ebrios, y se pasaron el día entero en el salón de clases. Otra mujer llegó llorando a implorar a don Gabriel que encerrara a su marido, quien la amenazaba con matarla a ella y matar a sus hijos. Cuando encerraron al marido, la mujer regresó tranquila a su casa.

A mediodía la paz se hallaba ya restablecida. Todos los borrachos parecían dormir y el resto de los hombres trabajaban tranquilamente.

La prisión era muy estrecha y los presos se hallaban allí como en una lata de sardinas.

A mediodía sus mujeres llegaron con los alimentos que les llevaban; pero ninguno de ellos se hallaba despierto. Las mujeres regresaron por la tarde y les pasaron la comida a través de los barrotes de madera de la puerta. Después encendieron una hoguera frente a la cárcel, para evitar que tuvieran frío durante la noche.

Los hombres estaban borrachos todavía, y las mujeres consideraron más prudente que se quedaran en la cárcel. Ninguna de ellas se aproximó a don Gabriel para pedirle que libertara a su marido.

Sabían, además, por la experiencia que habían adquirido cuando en otras ocasiones sus maridos fueran encarcelados por ebrios en el mercado de algún pueblo, que entrar a la cárcel era mucho más fácil que salir de ella. En muchos pueblecitos del país, los policías y guardianes habían escrito con gis sobre las puertas de madera de las cárceles avisos tales como: «Cuídese de entrar aquí, porque nadie sabe cuándo saldrá.» «La puerta se abre fácilmente para los que entran; pero la llave no se encuentra por ningún lado cuando quieren salir.» «Quédese afuera, amigo; porque una vez adentro, no saldrá antes de un año.» «El que te encerró, compadre, se halla sentado a la puerta; el que habrá de dejarte salir se encuentra a cien leguas de aquí.»

A la mañana siguiente, en cuanto el sol salió, las mujeres de los presos regresaron a la puerta de la cárcel, llevando en brazos a sus niños. Allí se sentaron y hablaron a sus maridos. Luego pusieron las ollas del café en las brasas que quedaban aún encendidas de la hoguera que brillara toda la noche. Los indios no se sienten felices si no ven una hoguera prendida a sus pies durante la noche. Una de las mujeres había pasado una larga tranca a través de los barrotes de la puerta, para que los hombres pudieran arrimar la leña amontonada a un lado, y atizar la hoguera, cuando alguno de ellos

despertara y, en medio de la borrachera, tuviera uno o dos minutos de lucidez.

Era la primera vez que don Gabriel tenía oportunidad de meter a alguien a la cárcel. Muchas riñas había habido entre los habitantes del pueblo; pero nunca le habían pedido que interviniera para imponer el orden, el que era impuesto por el jefe de los indios. Tampoco podía mediar en otros asuntos, ya que era el jefe de los indios, también, quien decidía sobre los desacuerdos en cuestión de linderos de tierras, de derecho a determinadas piezas cazadas o sobre los derechos de propiedad de un cabrito extraviado y que tanto Tomás como Pánfilo aseguraban pertenecer a su cabra, o bien sobre la querella de Elías, quien aseguraba que Lino andaba tras su prometida. Todos esos asuntos eran satisfactoriamente ventilados por Narciso, el jefe. Don Gabriel tenía derecho a intervenir como delegado del gobierno sólo en determinadas circunstancias, entre las que se encontraba la amenaza de perturbar la paz del país y de sus habitantes, fuera de los confines del pueblo. Dentro del pueblo, tenía autoridad en lo que se refería a asesinatos, bandidaje, robos importantes, atracos y actos que amenazaran al estado. El cabildo y el pedazo de tierra que se hallaba enfrente de él, se encontraba dentro de la jurisdicción del estado. Allí cada ciudadano podía exigir que no se le molestara. Lo que los indios hicieran en su propia tierra, mientras ello no constituyera una molestia para los otros ciudadanos, era asunto suyo; pero don Gabriel tenía el derecho y el deber de intervenir cuando se lo pedían. Cuando las mujeres del lugar se veían en aprietos para defenderse de sus maridos borrachos; cuando su jefe era incapaz de reducir a un asesino y de meter al orden a los demás hombres porque él mismo se hallaba ebrio, acudían a don Gabriel como último recurso.

Hubiera sido fácil para los jóvenes que se hallaban sobrios restablecer el orden; pero ello sería ir contra la tradición indígena, que prohíbe a los hijos, no solo reducir al orden, sino incluso levantar la voz a sus padres o a sus mayores. Ninguno se habría atrevido a atar a su padre o a darle un buen golpe, aun cuando aquél estuviera a punto de matar a su madre en medio de la locura de la embriaguez. Lo único que el hijo podía hacer era escudar a su madre, apartarla o recibir él el machetazo fatal.

Cuando un padre enloquecido por el aguardiente y machete en mano llama a su hijo, éste lo obedece y recibe el golpe sin levantar ni un solo dedo para guardarse de él. Cuando temen ser muertos por el padre ebrio, optan por huir de su presencia; pero si escuchan su voz o alguien los va a llamar, salen de su escondite sin decir palabra. Fue por esta tradición, reciamente arraigada entre los indios, por lo que fue necesario pedir la ayuda de don Gabriel.

Otras razones había, además, por las que era necesario pedir la intervención del delegado en querellas y disputas de origen privado.

Había muchos casos en los que el jefe tenía la habilidad suficiente para no emitir su juicio, pues de hacerlo se acarrearía la enemistad, no de un hombre, sino de toda una familia. En cambio, al delegado se le consideraba como imparcial, ya que ni él ni su familia o sus amigos salían beneficiados con el fallo, por la sencilla razón de que

él y sus posesiones y sus amistades no pertenecían a la comunidad.

Son estas contingencias, desprendidas inevitablemente del carácter y de las costumbres de los indios, así como de sus lazos de familia y ligas de trabajo, las que ponen en manos de los funcionarios corrompidos poder e influencia ilimitada para lograr la explotación más inicua y la esclavitud absoluta de las llamadas comunidades independientes.

Como todos los funcionarios de la dictadura, don Gabriel veía en su puesto solamente un medio de lucro. Bajo el régimen, los mexicanos no veían otra cosa desde su niñez. Cuando se hablaba de un funcionario, jamás a nadie le ocurría decir cosas tales como: «El hombre desempeña un puesto difícil y de responsabilidad»; no, la idea única se expresaba inmediatamente diciendo, por ejemplo: «El hombre se ha colocado muy bien, ya verán el dineral que hace como gobernador del estado.» Y en verdad que lo hacía.

Don Gabriel, desde su tierna infancia, sabía que aun el puesto más bajo dentro de la política, resultaba más ventajoso que el salario percibido por cualquier trabajo.

Don Porfirio, el dictador, había admirado al mundo entero, mostrándole cómo en un corto período había hecho florecer a la República en quiebra, en forma tal, que sus tesoros eran motivo de general envidia. El florecimiento del país se probaba plenamente en las estadísticas, que, además, ponían de relieve la forma en que un gran hombre de Estado había logrado elevar al pueblo a un nivel de cultura y prosperidad que a nadie habría parecido posible.

Ese hombre había reducido los gastos del Estado a una suma ridiculamente baja. La cosa era sencilla, porque los sueldos de los trabajadores del Estado eran en su gran mayoría tan reducidos que hasta a un ratón le habría sido difícil alimentarse con ellos; ahora que los gobernadores, presidentes municipales, jueces, jefes políticos y otros como ellos, para vivir en la posición económica que sus puestos suponían, debían y sabían encontrar otras fuentes de ingresos. Desde luego que nunca se decía que eran las influencias y el poder de sus puestos los que les permitían hallar esas fuentes. Así, el tesoro de la nación crecía y crecía, la deuda pública, de acuerdo con los comunicados oficiales, disminuía y disminuía, y la pobreza, la ignorancia, la corrupción y la injusticia, aumentaban y aumentaban.

Don Gabriel sabía que el puesto le había sido dado para que se enriqueciera, no para promover el desarrollo económico y social del pueblo; pero le faltaban habilidad y malicia suficientes para exprimir hasta la última gota del jugo que podía sacar. Nunca se le habría ocurrido, por ejemplo, que una caravana de trabajadores indígenas que cruzara por el lugar podía producirle dieciséis pesos, si su hermano Mateo no se lo hubiera dicho. Don Mateo tenía una gran experiencia adquirida a través de sus relaciones con hombres en verdad muy experimentados, y enriquecida por sus propias prácticas, pero un funcionario no necesita tanto de experiencia como de

imaginación.

—Si el puestecito no te rinde, hazlo rendir —decía don Mateo a don Gabriel, diez veces diarias.

Aquella mañana, cuando se sentaron a desayunar, don Mateo dijo:

—Bueno, Gabucho; ahora ya tienes un puerco cebado y una buena vaca lechera.

Don Gabriel dejó de masticar.

—¿Yo? ¿Es que tú también estás borracho? ¿En dónde están el puerco y la vaca?

—¡Pero hombre! —dijo don Mateo—. Si tienes una mina de oro en las manos. Está bien, eres torpe; pero no creo que tanto como para no darte cuenta de los cerros de pesos que te esperan. Ahí tienes la cárcel llena de hombres que quieren salir, y tú sigues sentadote en la silla, sin un cojín siquiera en el que acomodar las nalgas. Te aseguro que serías capaz de dejar escapar el pavo sin moverte siquiera para detenerlo. Ya te veo abriendo la puerta de la cárcel a todos éstos que tan amablemente se dejaron encerrar, sin que tuvieras tú que hacer ni el menor esfuerzo para obligarlos a entrar, ya que ellos mismos se metieron en el calabozo.

—Pero yo no puedo tenerlos allí siempre —dijo don Gabriel—. Tendré que dejarlos salir ahora mismo, porque si no lo hago derribarán las paredes.

—No te apures —dijo don Mateo—. Eso no ocurrirá, porque saben que traerías a los soldados y éstos quemarían sus casas y arrasarían sus campos.

Antes de que don Gabriel pudiera contestar, oyó hablar a algunos hombres que estaban a la puerta de su oficina, esperándolo indudablemente. Se puso el sombrero, se ajustó el cinturón del que pendía la pistola y, saliendo por la puerta lateral, rodeó el edificio hasta llegar al pórtico ante cuya puerta cerrada esperaban algunos hombres. Don Mateo también se ajustó el cinturón, se acomodó la pistola y lo siguió.

—Buenos días —dijo don Gabriel.

Los hombres contestaron el saludo.

Don Gabriel abrió la puerta y se aproximó a la mesa. Removió los papeles, ábrió la botella de la tinta, la olió, volvió a cerrarla y se pasó la pluma por los cabellos.

Los hombres se sentaron en el banco.

Don Mateo también se sentó en el banco y enrolló un cigarrito.

Entonces, uno de los hombres comenzó a hablar:

—Soy hermano de Isidro, uno de los presos: este muchacho es el hermano de la mujer de Isidro. Este otro es medio hermano de la mujer de Isidro, y este señor es hermano del padre de Isidro.

—¿Y por qué está Isidro preso? —preguntó don Gabriel, que no sabía cuál de los presos era Isidro, porque no conocía a ninguno de ellos por su nombre.

—Isidro se emborrachó y gritó mucho; pero a nadie le hizo daño —contestó su hermano—; por eso queremos que lo suelte usted, ahora que ya se le pasó la borrachera, porque si no va a trabajar a su milpa tendrá mala cosecha.

Don Gabriel se puso de pie y dijo:

—Bueno, pueden llevárselo.

Cuando se disponían a abrir la puerta de la cárcel, don Mateo intervino.

—Espérate tantito —dijo—; antes debes advertirles cuánto tienen que pagar de multa.

Los indios apenas entendían el español, pero bien discernían lo que se estaba hablando; sabían que don Mateo se oponía a que soltaran a Isidro gratuitamente. Ya estaban acostumbrados a que se les amenazara con una multa cada vez que por alguna razón, especialmente cuando se emborrachaban, iban a dar con sus huesos a la cárcel del pueblo a cuyo mercado llevaban sus productos. Si no podían pagar la multa o no había algún amigo o pariente que la pagara por ellos, se les obligaba a trabajar durante una semana o más en el arreglo de algún camino, de las calles o del parque del pueblo.

Pero aquí ellos estaban en su propio pueblo, y lo único que Isidro había hecho era gritar mucho y negarse a regresar tranquilamente a su jacal.

—Isidro tiene que pagar diez pesos de multa —dijo don Mateo—. Tan pronto como los pague, podrá irse.

—¿Pero de dónde va Isidro a sacar diez pesos? —preguntó su hermano—. ¿Cómo ha de tener diez pesos? Lo único que tiene es una numerosa familia. ¡Diez pesos! Pero si eso es lo que cuestan dos puercos gordos cuando se paga bien por ellos; cuando los precios andan bajos, como la vez que los traficantes pasaron por aquí, con diez pesos pudieron comprar tres cochinos grandes y gordos.

—Gabriel —dijo don Mateo—: ¿no es eso lo que aquí dice?… Diez pesos de multa, por embriaguez y violencia.

Don Gabriel tomó la hoja impresa que le mostraba su hermano.

—Sí, es exactamente lo que el gobierno nos ordena aquí.

—Entonces, nosotros nada podemos hacer —contestó don Mateo—. No hay más que obedecer la ley.

Durante este diálogo don Gabriel se dio cuenta de que había encontrado una nueva fuente de ingresos. Ya antes pensara en ella; pero no se había atrevido a tocarla.

Ahora la cosa era diferente, ya que eran las mismas gentes del pueblo las que, hallándose en un aprieto, habían recurrido a don Gabriel y se habían colocado a merced de éste pidiéndole que encarcelara a los borrachos. La oportunidad era demasiado buena para perderla. Bien podía ocurrir que se cometiera otro asesinato o que alguien prendiera fuego al jacal de su vecino. El asesinato cometido bien podía despertar en algún otro hombre fuera de quicio el deseo de matar.

Cierto que si don Gabriel hubiera estado solo, habría dejado ir a todos los prisioneros sin multarlos. Ello no habría obedecido al reconocimiento de su responsabilidad en los hechos, por haber vendido aguardiente a los indios, no; lo habría hecho simplemente por prudencia.

Había algo que lo atemorizaba y ello era el recuerdo de la suerte que habían corrido sus antecesores. Por eso iba explotando los recursos prudentemente, lo que probaba que no era tan estúpido como su hermano lo suponía. En el fondo era más hábil que don Mateo, pues manejaba mejor la diplomacia.

Para don Mateo era fácil jugar al hombre fuerte, toda vez que a final de cuentas haría recaer toda responsabilidad sobre el delegado, pudiendo volar antes de que el fuego lo alcanzara, en tanto que don Gabriel tenía que pensar en su mujer y en algunas posesiones que no le gustaría perder.

Gabriel no tenía razón alguna para suponer que Mateo trataba deliberadamente de meterlo en dificultades, y aun cuando sabía que su afecto fraternal no era muy hondo, no creía que pudiera llevar su maldad hasta el extremo de querer su destrucción. Mateo no ambicionaba su puesto, ello era cierto y era muy poco probable que le hubiera echado el ojo a su mujer; pero, por otro lado, Mateo era un jugador nato, si no podía jugar con dinero, jugaba con la suerte de los demás, para saber qué resultado tenían las cosas, disfrutando el goce que le producía ser el que movía las cuerdas tras el escenario.

Cualquiera que fuera el motivo que movía a don Mateo, lo cierto era que don Gabriel se hallaba acorralado en aquel momento.

Don Mateo había calificado la multa y había mencionado la ley que la ordenaba. A don Gabriel le era imposible asegurar ahora que no había multa alguna que imponer. Ahora le era absolutamente indispensable insistir en que la multa fuera pagada, cualesquiera que fueran las consecuencias, sobre todo cuando él siempre había pensado en esa fuente de ingresos; solo que había querido esperar, hasta no hallarse bien seguro de sus posibilidades. Se proponía ganar poco a poco la voluntad del jefe de los indios, a fin de que éste lo respaldara en sus negocios.

En este momento se daba cuenta de que, acorralado por Mateo tendría que cometer una imprudencia y que después le sería muy difícil convencer a los hombres del pueblo de que las multas eran necesarias para mantener el orden y la paz del lugar.

Antes había dejado en libertad a hombres realmente rijosos y ahora, por una nadería, basándose en leyes supuestas, tenía que imponer multas.

En realidad el factor que lo impulsó a cometer la imprudencia, fue su temor a verse ridiculizado por Mateo. Si no aceptaba obrar como lo había hecho en el caso de la caravana de trabajadores, ya tendría para rato. Su mujer, cuya codicia aventajaba hasta a la suya propia, habría agregado bastante veneno a los piquetes de Mateo, y finalmente tendría que aceptar ser uno de los idiotas más grandes entre los que, por la gracia del Señor, se ven colmados de bienes oficiales.

Don Mateo se levantó y llevó a su hermano a un rincón apartado. Por los ademanes que hacía y por el tono de su voz, los indios podían creer que imploraba

piedad para ellos, cuando lo que en realidad le decía era esto:

—Pero hombre, ¿no te das cuenta de que jamás tendrás mejor oportunidad que ésta? ¿De que no la tendrías aunque fueras delegado cien años? ¿Cómo sabes si volverás a tener tanta suerte como ahora? Ninguno de estos hombres fue encarcelado por tu voluntad; fueron los otros y sus mujeres quienes vinieron a suplicarte que lo hicieras. Su jefe, a los ojos de ellos, ha aprobado lo que hiciste, toda vez que no ha protestado. Por suerte tuya, estaba tan borracho como los demás. Si ahora levantas la cosecha es con la aprobación de todo el pueblo. Hazles pagar antes de dejarlos ir. Después de esto, las cosas irán sobre ruedas. No habrá semana en la que no te sea posible encerrar a uno o dos; siempre hay algún buen pretexto para hacerlo, ya que puedes citar tantas leyes como sean necesarias. Ninguno de ellos sabe leer y si tus leyes no les gustan, será al gobierno a quien lancen sus maldiciones; yo creo que eso en nada te perjudicará y el gobierno está muy lejos. Aun cuando mandaran a una comisión a ver al gobernador y éste la recibiera, nunca podría entender lo que pretendía, ya que el gobernador desconoce en absoluto la lengua que ellos hablan. Lo más que haría sería preguntarles cómo se llaman, estrechar sus manos, y enviarlos a comer a una fonda de a cuatro reales y después escribirte una carta pidiéndote que averiguaras qué era lo que querían. En contestación, podrías decir lo que quisieras con la seguridad de que, fuera lo que fuera, el gobernador haría tu carta a un lado, porque para esas fechas se habría olvidado ya de estos indios piojosos, y estaría pensando solo en la forma de sacar el mayor jugo posible a los cafeteros, cobrándoles contribuciones extra sobre caminos y ferrocarriles que jamás fueran planeados siquiera.

Don Gabriel sabía que su hermano tenía razón y que si no quería desperdiciar definitivamente las oportunidades que le presentaba su empleo, debía atrapar aquélla.

Los indios, sentados en el banco, también habían estado hablando y considerando la situación.

En cuanto don Gabriel y don Mateo regresaron al cuarto, el hermano de Isidro habló:

—Mire, señor delegado; pagaremos cuatro pesos para que Isidro pueda regresar al lado de su mujer y de sus hijos.

Don Mateo no le dio tiempo de contestar a don Gabriel.

—La ley dice que deben ser diez pesos; pero como yo no soy el delegado, será don Gabriel quien tenga que responder ante el gobernador por haber hecho a ustedes una rebaja.

—Bueno —dijo don Gabriel—, para demostrarles que tengo buena voluntad, aceptaré ocho pesos, tomando en consideración que Isidro es pobre y que tiene una familia numerosa.

—Cinco —contestó el hermano de Isidro—, pagaremos cinco pesos que él podrá devolvernos cuando venda algunas cabras.

Después de discutir por un buen rato, quedaron de acuerdo en que la multa fuera

de seis pesos.

Don Gabriel no les entregó recibo alguno; pero don Mateo no pudo refrenar su deseo de intervenir.

—Nunca des recibos, porque si los das ya nunca podrás echarte ni un peso a la bolsa. Además debes meterles en la cabeza la idea de que es el gobierno el que hace todas estas leyes y de que si tú no obligas a los demás a cumplirlas, te mandarán a presidio por faltar a tus deberes de funcionario. Por otro lado, el asunto es bien sencillo ya que a ellos no se les ocurrirá nunca la idea de pedir recibo. Dando, dando… Tú les das la mercancía y ellos te dan el dinero.

—No sé como no te han nombrado delegado a ti —dijo don Gabriel riendo.

—Yo no soy para esto, solo tú tienes paciencia bastante para esperar a que el dinero te caiga del cielo. Yo forzaría el paso y ellos me cortarían el pescuezo. A decir verdad, Gabucho, yo no me atrevería a usar mis métodos estando solo en este pueblo a merced de los indios.

Don Gabriel tiró el cigarrillo y lo aplastó con el pie.

—Eso es justamente lo que he estado pensando, hermano; lo que tú quieres es encender la hoguera y esfumarte cuando a mí me estén asando.

—Eso no puede pasarte a ti, Gabucho —dijo don Mateo riendo—, porque tú no solo tienes paciencia sino que sabes retirarte a tiempo; por eso este puesto resulta como mandado hacer para ti.

A mediodía, todos los presos habían salido de la cárcel después de pagar seis pesos por cabeza. Algunos pagaron al contado, otros los quedaron a deber bajo la fianza de dos amigos suyos.

En cuanto al hombre que en medio de su borrachera había amenazado con matar a machetazos a su mujer y a sus hijos, obligando a su aterrorizada esposa a pedir al delegado que lo encarcelara hasta que estuviera en sus cinco sentidos, don Gabriel había fijado como multa la suma de veinte pesos. Veinte pesos eran tanto como la mitad del valor de su cosecha de maíz y dos veces el valor de los puercos que poseía.

Sus hermanos, tíos y demás familiares, se presentaron a regatear la multa. Al cabo de tres horas de discusión, ésta fue rebajada a doce pesos, que fueron cargados a su cuenta, respondiendo como fiadores todos los que habían intercedido y comprometiéndose a pagar en el término de tres semanas, con tres pesos de interés.

Nadie se había presentado todavía a reclamar la libertad de Gregorio, el asesino. Solo su mujer iba a llevarle sus alimentos. Siempre llevaba en brazos al niño de pecho, y a otros tres que se dedicaban a correr y a jugar por los alrededores, y cada vez que iba permanecía sentada junto a la reja durante más de tres horas. Las palabras que su esposo le decía eran pocas, y las que ella hablaba, menos aún. Ella consideraba que su deber como esposa era permanecer al lado de su marido. Algunas veces se separaba de él en silencio.

Al atardecer llevaba solo al niño más pequeñito, y ofrecía a su esposo frijoles negros, tortillas y un jarro de café que calentaba en la hoguera que encendía frente a la puerta. Los alimentos los pasaba a través de los barrotes; estaba atenta a lo que el hombre comía y le preguntaba solícita si quería sal o más agua. Cuando terminaba él de comer, ella le tendía algunas hojas de tabaco, las que él enrollaba para hacer un grueso cigarro. Después, él se recostaba contra la pared y fumaba, y preguntaba de vez en cuando algo sobre los asuntos de su hogar. Enterado de ellos, daba instrucciones breves y precisas sobre el trabajo que debía hacerse y sobre los cuidados que debían prestarse a alguno de los animales.

Después se tendía sobre el petate y se tapaba con la cobijita vieja que su esposa le había llevado.

Ella, sentada en el suelo, al lado de la hoguera, daba de mamar al niño y fumaba el cigarro que su marido le había enrollado. Así, esperaba pacientemente, durmiendo un rato sin cambiar de postura. En cuanto la hoguera empezaba a apagarse, ella reavivaba el fuego, decía algunas palabras con voz dulce y suave a su hijito y lo estrechaba más contra su pecho. Volvía a encender el cigarro, aspiraba unas cuantas bocanadas de humo y dormía un rato más hasta que la hoguera amenazaba nuevamente con apagarse. Su marido dormía tranquilamente, la conciencia no le producía pesadillas.

Cuando empezaba a amanecer, la mujer se levantaba, y con paso corto y ligero se dirigía al jacal para preparar el desayuno de su esposo.

La puerta de la cárcel estaba hecha de planchas y barrotes de madera gruesos y ensamblados en tal forma que para mantenerlos sujetos no había sido necesario un solo clavo. El espacio que había entre cada barrote era suficiente para que los presos sacaran por allí la cabeza si querían hacerlo. La puerta no se cerraba con llave, sino con una barra de hierro atravesada y tan oxidada, que parecía debilitarse al mismo paso que un hombre atacado de tisis galopante. Si alguien hubiera tratado de forzar la barra con un leño, al más débil intento la habría torcido en forma tal que su espectro se habría desvanecido sin tener siquiera la resistencia necesaria para ser útil en el otro mundo. Uno de los extremos de la barra se hallaba encadenado a un poste de madera; pero la cadena sufría del mismo mal que aquejaba a la barra. Los eslabones estaban tan oxidados, que habrían cedido a la presión de un dedo. La cadena estaba sujeta por un candado; pero la cerradura del candado no servía, porque el orín la había paralizado; pero ello carecía de importancia, puesto que don Gabriel no tenía llave. Cuando encerraba a un preso, lo más que hacía era hacer bajar hacia la cerradura, hasta donde era posible, la traba; pero como el mecanismo de la cerradura había sido vencido por el orín, no había «clic» alguno que indicara que la traba estaba sujeta. Cuando don Gabriel libertaba a un preso, solo le era necesario levantar la trabita.

Generalmente dejaba que los presos salieran de la celda durante diez minutos

varias veces al día. Una vez el preso libre, él regresaba al salón de clases o iba a la cocina, en donde estaba su mujer, sin preocuparse por el uso que el prisionero hacía de su libertad.

Tan pronto como el preso terminaba lo que tenía que hacer se sentaba a la puerta de la cárcel y esperaba pacientemente a que don Gabriel lo encerrara de nuevo. Las paredes del presidio, como todas las del edificio del que formaban parte, estaban hechas de carrizos unidos por medio de una capa de arcilla. Habrían bastado una o dos patadas para derribarlas desde cualquier punto en que fueran atacadas. Además, cualquiera que lo hubiera deseado, habría podido abrir el candado, puesto que nadie ignoraba la forma en que don Gabriel lo hacía.

No obstante, aunque un prisionero hubiera tenido que esperar su sentencia de muerte durante semanas enteras encerrado en esa cárcel, no se habría escapado, y ninguno de sus hermanos lo habría libertado.

Así como una casa se encuentra cerrada a los ojos de un indio, aunque simplemente se halle sujeta con un mecate; así, las puertas de la cárcel están bien cerradas para él, aun cuando pudiera abrirlas con un solo dedo.

Cuando un indio comete un crimen, procurará escapar antes de ser cogido al igual que cualquier otro hombre; pero una vez que lo han encerrado, se resigna a que su destino se cumpla, con apatía incomprensible para los extraños. Cuando es cogido no hace esfuerzo alguno por defenderse o por escapar, ni por hallar razones para justificar o aunque sea atenuar sus hechos. Cuando se le pide que explique los motivos de su crimen, da razones que, a los ojos de las personas extrañas a su raza, apenas tienen relación con aquél. En ocasiones dirá: «Sentía ganas de matar a alguien y por eso lo maté a él.» Lo más común es que no dé explicación alguna, porque posiblemente él mismo no la halle. Tal vez ella se encuentra muy lejos de su conciencia, entre sus temores secretos, sus deseos más queridos, su frustrada actitud hacia un mundo que no alcanza a comprender, y que a su vez no comprendería a través de los oídos de sus jueces lo que a él no le es dado explicar en palabras inteligibles, en frases coherentes. Tal vez instintivamente sabe que no habría hombre capaz de entenderlo aunque se pasara el día hablándole. Por ello considera que cualquier palabra dicha en su defensa es esfuerzo perdido. El juez se sienta frente a él haciéndole sentir toda su dignidad y al cabo de unos minutos empieza a gritar y a decirle que es un bruto testarudo, criminal nato. Él acepta su sentencia como aceptó su nacimiento. No hace el menor esfuerzo por modificarla, no pronuncia palabra alguna. Al escuchar el veredicto se siente aliviado; sabe que sus sufrimientos han acabado y que no tendrá que soportar por más tiempo interrogatorios a los que no le es posible contestar. Se resigna totalmente a su sentencia y, si ésta es de muerte, se para ante los fusiles con la misma indiferencia con que se paró ante sus jueces, y sonríe francamente, sin malicia alguna, a los soldados que van a matarlo. No guarda

ni odio ni rencor a sus jueces o a los soldados. No se siente víctima de una injusticia. Piensa tal vez que ese fue el destino escrito para él desde el principio del mundo y que no hay hombre alguno que pueda modificarlo, ni hombre alguno al que deba guardar rencor cuando él se cumple. El espectador, si no es de la misma raza o si desconoce a los hombres que a ella pertenecen, atribuirá su impresionante indiferencia a un gesto de valor. Pero su indiferencia, así como la forma en que sonríe a los soldados que le apuntan ya con los rifles, y la sencillez con que se conduce en todos los detalles como si se tratara de un juego, nada tienen que ver con el valor. Una vez que el indio se encuentra en situación semejante, no es ni valiente ni cobarde, es simple y sencillamente indiferente, tan indiferente que parece encontrarse ya fuera de las fronteras terrenales, donde no pueden alcanzarle ni sentimientos ni emociones. Un hombre es valiente sólo cuando no es indiferente al peligro.

En la guerra, en un combate a sangre y fuego, el hombre más bravo es aquél al mismo tiempo menos cultivado, menos provisto de sensibilidad y de imaginación, y más parecido a un toro furioso. El hombre consciente del profundo valor espiritual que la vida tiene, es generalmente el que menos valor demuestra en aquellas circunstancias en las que va de por medio la gloria.

Si en vez de ser sentenciado, el indio es absuelto, acepta la absolución con la misma indiferencia con la que hubiera aceptado la muerte. Tiene la convicción de que sus actos no fueron comprendidos y de que jamás podrá hacerlos comprender a alguien. Él siente los motivos y sabe que están de acuerdo perfecto con su propio ser y con el mundo tal y como él lo mira; pero es incapaz de convertir esos motivos en ideas precisas, y menos aún de explicarlos ni a su mejor amigo. Ese amigo suyo, indio también, miembro de su familia o de su tribu, criado en el mismo mundo que él, en las mismas tradiciones y costumbres, como él, siente los motivos que lo impulsaron a hacer lo que hizo; pero también como él, es incapaz de hacerlos comprender a cualquiera que no se halle profundamente ligado a su raza, para comprender los hechos sin necesidad de pronunciar palabras.

Los indios civilizados y los que habitan en las ciudades, están tan lejos de la sensibilidad del indio primitivo respecto a los recónditos e inexplicables motivos de sus acciones como lo está cualquier europeo.

Las leyes se hacen para ser aplicadas a la generalidad de los hombres. En los países europeos, en los que la raza es homogénea, el lenguaje uniforme y la religión, costumbres y tradiciones casi las mismas, apenas se llega —en la medida en que esos factores logran uniformarse— a un remedo de justicia. El Estado y la Iglesia ponen gran empeño en la tarea de hacer creer al pueblo que sus jueces son justos. Esta creencia es necesaria para que los ciudadanos respeten las leyes. Las leyes consideradas injustas por la mayoría, no perduran, y cuando se intenta sostenerlas por la fuerza, lo único que se hace es encender la hoguera de la revolución.

Pero por justas que las leyes sean, en países como México, solamente pueden aplicarse a una pequeña parte de la población. Las leyes en México, como en todas

partes, se han hecho para una población de características homogéneas y sujeta a un mismo sistema económico.

La aplicación de un sistema judicial a toda la población, sin hacer distinción alguna y sin tomar en cuenta la variedad de razas regadas en un extenso territorio y la gran diferencia que existe entre el desarrollo de unos y otros pueblos, tiene como consecuencia que se cometan injusticias atroces, aun cuando en términos jurídicos no pueda llamárseles injusticias.

El crimen cometido por un mexicano civilizado es, a los ojos de la ley, igual al crimen cometido por un indio que no tiene parecido alguno con un mexicano civilizado, ya que su alma, sus sentimientos y sus condiciones económicas difieren totalmente. Los motivos que inducen a un indio a cometer un crimen tienen raíces que el mexicano civilizado ni conoce, ni siente, ni entiende. El mexicano civilizado sabe que la ley lo protege y castiga a quien cometa con él una injusticia. En cambio, la noción que el indio tiene de la ley es diferente. Cuando es insultado o robado o maltratado, no considera que se le ha hecho justicia por el simple hecho de que un juez, en algún pueblo lejano, condene a un año de prisión al individuo que ha abusado de él. Aun cuando al hombre que ha asesinado a su hijo se le condene a muerte y se le fusile, el indio no siente que la balanza en la que se pesan el crimen y el castigo se halla equilibrada.

Un caballero sólo puede continuar viviendo cuando mata al hombre que ha manchado su honor, y si no puede matarlo, prefiere ser muerto. A él no le satisface que un juez considere el insulto como una falta sin importancia y que lo castigue con una multa o con cuatro semanas de cárcel. Esta actitud del caballero puede considerarse primitiva, tal vez; pero es exactamente la misma de ciertas naciones que se sienten insultadas por otras; sus pueblos, aun cuando se hallen altamente civilizados, se lanzan a la guerra, y, mientras los caballeros y las naciones civilizadas actúen en esa forma, el crimen, aparentemente incomprensible, de un indio no puede ser juzgado por los extraños.

El crimen cometido por un indio dentro de su comunidad, nunca tiene su asiento en un afán de ganancia. El crimen cometido por un hombre que entiende los orígenes, el propósito, el valor que tienen y la forma en que operan las leyes, no es igual al cometido por un indio primitivo. No es igual siquiera al crimen cometido por el proletario medio educado que trabaja duramente en un país civilizado.

La coacción ejercida sobre un tercero para obligarlo a compartir lo que ha obtenido por medio de su trabajo con otros que no realizan trabajo alguno, es un acto semejante al cometido por un carterista. En ambos casos los incautos sufren, solo que la coacción es legalmente aceptada, en tanto que la ratería es condenada por la ley.

Las especulaciones que se hacen con el trigo y con el café y en las que los productores pierden su cosecha y muchas veces cuanto poseen sin poder levantar un dedo para defenderse, son permitidas por la ley. El robo de un saco de trigo o de café del almacén de un especulador, es un serio delito severamente castigado. Tanto la

especulación como la ratería perjudican a sus víctimas; sin embargo, a los ojos de la ley, la especulación es una operación legal y correcta y la ratería es un robo. Esta injusticia, o mejor dicho, esta imperfección de la ley, es algo que entendemos y podemos discutir.

Si el productor de trigo se siente huérfano de toda protección legal contra los robos perpetrados por los especuladores, el indio siente a su vez el desamparo de las leyes absolutamente incapaces de restablecer la armonía de su vida, rota por el abuso cometido por su vecino. Tal vez el indio perdone el mal que un criollo, totalmente ajeno a su vida, pueda hacerle; pero nunca podrá perdonar el mal que le haga uno de su misma raza. Él sabe y siente que el criollo vive en un mundo distinto, que él no comprende, y que por lo tanto no sabe cómo juzgar; pero a los de su propia raza los juzga justa y severamente, porque los entiende, porque el mundo suyo es el mismo mundo de ellos.

Y era el crimen cometido por un criminal nacido y crecido en aquel complicado ambiente el que don Gabriel, como delegado del gobierno, tenía que juzgar.

Un indio, de acuerdo con los puntos de vista de la dictadura, se distinguía de un animal solamente porque le era dado hablar. No tenía ni alma, ni derecho humano alguno. Sobre estas bases debe entenderse la forma en que un indio era juzgado por las autoridades. Por otro lado, no sería justo condenar a un mexicano, educado en el espíritu de la dictadura, por el trato dado a los indios. Entre los civilizados romanos, el hecho de echar a los esclavos y a los cristianos a las fauces de los leones en la arena no era solamente un acto moral y conveniente, sino un espectáculo divertido.

Ahora se considera igualmente moral y conveniente el hecho de que el Estado enrole en el ejército a los hombres, contra toda su voluntad; que los prive de su libertad y los lance a la arena de los conflictos armados de otros países, para asesinar y ser asesinados por causas que conciernen al hombre común tanto como el número de los asientos y el precio de las entradas interesaban a los esclavos echados a la arena del circo romano. Su suerte era la misma del proletario, que en nuestros días pelea contra Francia o contra Inglaterra, por la suerte de los supervivientes que han apostado su dinero al resultado del conflicto.

La injusticia de la dictadura hacia el indio estaba, no en tratarlo como a un animal con facultad de hablar, sino en que nada hacía para elevar su condición, a fin de que los criollos lo consideraran, si no como a un hermano, por lo menos como a otro ser humano. Asimismo, los presidentes y los primeros ministros no cometen injusticias por el hecho de enviar a los hombres a pelear, contra su voluntad, como esclavos en la arena, sino por el hecho de no elevarlos de su condición de esclavos, a quienes puede lanzarse a la guerra sin la menor protesta. Ello significaría, desde luego, que el Estado se vería obligado a demostrar plenamente razones de índole tan grave, que justificaran una guerra a la que los ciudadanos fueran voluntariamente. Y mientras

mayor fuera la voluntad mostrada, más justificada quedaría la necesidad expuesta por sus gobernantes de salir a la defensa de su civilización.

Don Gabriel se rompía la cabeza pensando en si habría manera de sacar algún dinero del crimen cometido. Pero ni él ni don Mateo podían encontrarla. A ellos no les importaba lo más mínimo que el hombre hubiera matado a un indio o a una docena de ellos. El hecho de que hubiera mil indios menos de aquellos en el mundo, nada significaba para la economía de México; porque mientras su existencia no aumente las entradas de un gobernador, un general o un recaudador de contribuciones, su presencia o ausencia no tiene más importancia que la que tendría un millar de piezas de cacería extendidas por la selva.

Don Gabriel pensó en imponer al asesino una multa de cincuenta pesos, que a él le habrían caído muy bien. Pero el indio no los tenía y no los tendría aunque don Gabriel esperara tres años, por cuya espera le habría cargado otros cincuenta pesos de intereses. Don Gabriel ya había intentado el asunto, pero el indio no daba garantía alguna; nadie fiaba por él, ya que seguramente sería muerto por algún pariente del hombre asesinado, y entonces el fiador se vería obligado a pagar por él.

Si un indio mata a otro, todo el pueblo conoce la causa del asesinato, entiende los motivos en todos sus aspectos y encuentra sus raíces morales y tradicionales. Si el crimen resulta, a juicio suyo, justificado e inevitable, ni el hermano, ni el padre, ni el hijo buscarán venganza, puesto que consideran que la víctima buscó la muerte con sus propios actos. Ahora que, probablemente algún miembro de la familia o del grupo, mejor conocedor de las circunstancias, resulte no estar de acuerdo con el veredicto del pueblo. Entonces irá rumiando su deseo de venganza hasta poder darle salida en la primera borrachera, o durante alguna disputa sin importancia en la celebración de algún festejo.

Si la opinión general del pueblo es que el crimen cometido no tuvo justificación alguna, el asesino lo sabe, sin necesidad de que se lo digan, tan pronto como la borrachera o el ataque de ira le han pasado. Entonces, por su propia voluntad deja el pueblo llevándose consigo a su familia, sin que nadie se lo impida. En cambio, si se obstina en permanecer en el lugar, antes de la nueva luna será encontrado muerto en su milpa o en la selva.

Cuando las opiniones del pueblo se hallan divididas, y un grupo sostiene que el asesino tuvo razón para cometer su crimen, o bien que si lo cometió fue porque el alcohol o la ira lo tenían fuera de sí, en tanto que el otro no halla justificación alguna, el jefe de la tribu le aconseja que deje el pueblo y se vaya a vivir lejos, en la selva. Si sigue el consejo, todas las familias del pueblo se reconciliarán con él.

Para don Gabriel, lo más sencillo habría sido entregar el asesino al cacique del pueblo; pero no podía hacerlo, toda vez que los mismos hombres habían acudido a él pidiéndole su ayuda para reducir al criminal, que en medio de su borrachera

constituía una amenaza de muerte para todo aquel que a él se aproximara. Y si les entregaba al hombre después de aquello, él mismo pondría su autoridad en tela de juicio, cuando necesitaba de toda esa autoridad para emplearla como fuente de ingresos. Además, muy bien podían pensar que tenía miedo del asesino y de su familia, y él no podía darse el lujo de evidenciar su temor si quería continuar como delegado del lugar, recaudando contribuciones e imponiendo multas a los habitantes.

Castigar al hombre con una multa de diez pesos, que tal vez habría podido conseguir, hubiera sido tonto; porque con la seguridad de que diez pesos eran bastantes para sacar a un hombre del presidio, el robo y asesinato de los traficantes y viajeros que acertaran a pasar por allí se desataría, ya que diez pesos podrían pagarse fácilmente cuando a un traficante se le despojaba de cien. Los hechos de los indios no civilizados, como los de los miembros de casi todas las comunidades en el mismo estado de atraso, son a menudo muy complejos; pero suelen partir de un principio razonable.

Don Gabriel hizo lo que los jueces, inspectores de policía y carceleros, no solo de México sino de otros muchos países, hacen, cuando no saben en qué forma deben obrar con un criminal. Dejó al hombre encerrado por algún tiempo, sin hacerle saber qué era lo que se proponía hacer de él, en espera de que alguna circunstancia viniera a darle la clave de la decisión que debía tomar.

V

El sostenimiento de un prisionero nada costaba, ni a la comunidad ni a don Gabriel. Era la esposa del preso la que preparaba sus alimentos y se los llevaba, y si no tenía esposa era su madre o su hermano o algún otro pariente quien se encargaba de ello.

Con inagotable paciencia, con una resignación tan delicada y muda que no dejaba escapar jamás ni el más leve reproche, la esposa, acompañada de sus niños, llegaba a la prisión tres veces diarias, para llevar al preso sus alimentos, sus ropas limpias y su tabaco, y para estar pendiente de todas sus necesidades.

Algunas veces, cuando don Gabriel estaba de buen humor, dejaba salir al preso, y entonces toda la familia se reunía a comer sentada frente a la puerta de la cárcel. Si algún amigo tenía tiempo y deseos de hacerlo, se aproximaba a la reja y conversaba con él. Casi todas las noches la mujer tendía su petate junto a la reja, y allí se acostaba, con su niño en brazos, para estar cerca de su esposo. Ella hacía todo el trabajo del campo y cuidaba de los animales, y cuando las fuerzas le faltaban, si sus hermanos tenían tiempo, iban a ayudarla.

El tiempo corría; Narciso, el cacique de los indios, había ido varias veces al cabildo para discutir algunos asuntos con don Gabriel, y nunca se había mencionado el nombre del preso; pero un día Narciso se sentó en el banco de la oficina y preguntó:

—Don Gabriel, ¿qué va usted a hacer con Gregorio, el que mató a Aurelio? ¿Lo va usted a tener encerrado aquí toda la vida?

Don Mateo no se hallaba presente, había salido de caza a la selva.

Don Gabriel destapó la botella de la tinta, la olió, volvió a taparla y dijo:

—Usted, como jefe de este pueblo, sabe tan bien como yo cuáles son las reglas y las leyes que hay que obedecer.

—Claro que las conozco —contestó Narciso.

—Entonces debe saber que un asesinato es asunto serio. Gregorio será fusilado.

—Sí, ya lo sé —contestó Narciso.

—Si él pudiera pagar cien, o cuando menos cincuenta pesos de multa, yo podría dejarlo libre.

—Pero Gregorio no tiene tanto dinero, ni lo tendrá en toda su vida.

—He esperado hasta ahora, Narciso, y en bien de Gregorio no he querido dar parte; pero ya no puedo esperar más, debemos hacer algo. El asesinato que cometió es cosa seria; si doy parte, los soldados vendrán y lo fusilarán inmediatamente.

—Sí —dijo el jefe—, indudablemente lo harán.

—Y yo no puedo dejarlo ir —continuó don Gabriel—, porque si lo hago, cualquier rufián pensará que puede hacer cuanto quiera y no pasará semana sin que tengamos un asesinato.

—Puede ser —dijo el jefe.

Durante esta plática, don Gabriel tuvo una idea que no se le había ocurrido antes.

Nunca, desde que tomara posesión de su puesto, había tenido la oportunidad de ir a Jovel para enterarse de cómo marchaba el mundo y de si en él había abierta alguna puertecita por la que pudiera meterse y colocarse mejor. Ahora, Gregorio le serviría de pretexto para ir a Jovel, y hacerse pagar, además, los gastos del viaje. Lo único que tenía que hacer era llevar a Gregorio y entregarlo a las autoridades, y como ésta era una función oficial, cobraría aparte por ella. Además, al gobierno le resultaba más barato que él, personalmente, llevara el prisionero al pueblo que tener que mandar un pelotón de soldados, bien para fusilarlo simplemente o para llevárselo a fin de ser juzgado.

Tan pronto como se le ocurrió la idea, se dio a ponerla en práctica.

—Nosotros no tenemos derecho de dictar sentencia en un asunto tan serio. Ni usted como jefe del pueblo, ni yo como delegado del gobierno. Éste es asunto de juzgado. Debo llevarme al preso a Jovel y allí entregarlo a las autoridades. Yo le aseguro, Narciso, que esto es lo mejor para todos, incluso para él, ya que los jueces de Jovel tal vez no lo juzguen duramente. Tal vez lo condenen solo a tres o cuatro años de prisión o lo manden a alguna colonia penal, y cuando termine su condena podrá regresar nuevamente al pueblo. De otro modo, si los soldados vienen aquí, serán muy pocas las esperanzas que le queden, porque o lo fusilan aquí mismo o bien lo matan por el camino cuando lo lleven a juzgar; lo único que tienen que hacer para ello es invocar la «ley fuga».

—Creo que tiene usted razón, don Gabriel —dijo el jefe—. Es lo mejor para él, y además será un buen ejemplo para los bandidos.

—Entonces, mañana me iré, Narciso —dijo don Gabriel—. Don Mateo tomará mientras mi lugar como delegado. ¿Está usted de acuerdo?

—Sí, estoy de acuerdo —contestó Narciso—. Iré a avisar a la familia que mañana se llevarán a Gregorio para ser juzgado.

Como fue su mismo jefe el que les dijo que lo mejor para Gregorio era que lo llevaran a Jovel para que allí lo juzgaran, su familia y todos los del pueblo estuvieron de acuerdo. Además todos sabían que nada podían hacer cuando en el lugar había un delegado del gobierno.

La esposa informó al prisionero que al día siguiente se lo llevarían. También Narciso fue a decírselo.

Gregorio recibió la noticia, hasta donde dejaba ver, con la misma indiferencia con que habría recibido la noticia de su libertad. Su esposa le llevó la cena y se sentó junto a la reja, con su niño en brazos, dormida a veces, a veces despierta, hasta la medianoche. De vez en cuando decía una o dos palabras a su marido y se incorporaba para atizar la hoguera.

A medianoche regresó al jacal para cocinar el desayuno y preparar, con la ayuda de algunos vecinos, las provisiones para el camino.

Al día siguiente don Gabriel y su mujer estaban listos para la marcha. Él montaba a caballo y su señora montaba una mula, vieja, pero buena para el camino. Otra mula

iba cargada con el equipaje. Gregorio había ayudado a ensillar y a cargar a las bestias. Antes del amanecer lo habían sacado de la cárcel para que se encargara de esas tareas, ya que durante el viaje tendría que hacer de arriero.

Cuando tuvo a las bestias listas, se dirigió a su jacal para recoger el itacate, su petate y su sarapito roto. Todo esto lo hizo sin que hombre alguno lo vigilara, y en ello empleó una hora. Si hubiera querido, bien habría podido escaparse en aquel momento o durante el viaje, con la mayor facilidad.

Pero cuando Gregorio hubo recogido sus cosas, regresó al cabildo. Su destino había sido matar a Aurelio, y así como nada había podido hacer para impedirlo, nada podría hacer para desviar el curso del destino que lo conducía al pueblo para ser juzgado. ¿De qué le habría servido intentar huir, si no era ese su destino? Podría escapar de don Gabriel y de sus jueces y de los soldados; pero de su destino, nunca.

Aun cuando no se hubiera considerado como un animal indefenso, ¿a dónde podría huir? Si llegaba a otro pueblo en el que no hablaran la misma lengua que él hablaba, se le consideraría como a un extraño, y aun cuando se estableciera allí, la comunidad no lo aceptaría. Cada vez desconfiarían más de él, y a él atribuirían la muerte de los niños, la pobreza de las cosechas, la esterilidad de las ovejas y el cambio del curso del arroyo. Después, un buen día, su jacal sería incendiado y su maíz arrasado y si, aun después de ello, se empeñaba en quedarse allí no tardaría en llegar la noche en que él y toda su familia fueran asesinados.

Habría podido llevarse a su mujer y a sus hijos e ir a establecerse en la selva; pero los lazos que lo ligaban a la comunidad eran tan fuertes que no habría podido soportar aquella inmensa soledad. Tarde o temprano habría tenido que volver a su pueblo. Si su tribu lo condenaba a muerte y llevaba a cabo la sentencia, su alma recobraría la paz y nuevamente estaría en armonía con el mundo, dando gracias al cielo de haber podido morir entre su propia gente. En la selva, habría podido vivir como un animal; solo con su tribu le era dado vivir como a un ser consciente de su calidad humana.

Habría podido huir a un lugar lejano en donde nadie lo conociera y nadie lo molestara; pero en el camino habría encontrado más de una persona que le preguntara: «¿A dónde va usted, amigo, y para qué?» Él podía mentir fácilmente respecto a los asuntos comunes y corrientes de su vida; pero estaba fuera de sus facultades el mentir sobre cosas complicadas y relacionadas con ambientes que le eran extraños, con gentes desconocidas, con miradas desconfiadas. Habría perdido la confianza en sí mismo, y al perderla habría causado desconfianza a los demás, y apenas pusiera los pies en el primer pueblo, las autoridades lo habrían prendido. Para evitar esto, bien habría podido apartarse de los caminos y esconderse entre la maleza en cuanto viera a algún caminante que no fuera indio. Así, hubiera podido alcanzar alguna ciudad; pero le era imposible hablar una sola palabra en español y no habría podido hallar en la ciudad trabajo alguno. Todo le sería extraño: el lenguaje, las gentes, las costumbres. Ni siquiera hubiera sabido pedir limosna. No tenía ni la menor idea de lo que podía hacer un hombre en una ciudad, cuando no tenía trabajo,

porque en las calles no crecen árboles que den frutas o yerbas con las que le fuera posible aplacar su hambre, como en la selva. Tal vez pudiera hallar trabajo ayudando a los carreteros o a los arrieros, pero no sabía cómo solicitarlo, y hasta esas gentes desconfiarían de él cuando no pudieran entender la lengua que hablaba. Y aun suponiendo que tuviera la suerte de encontrar trabajo, el que encontrara sería el más duro, el más inhumano y sucio para el que debía estar dispuesto durante las veinticuatro horas del día, y por toda paga obtendría una ración de hambre. Un trabajador que no demanda salario alguno es bien acogido hasta en México, cuando lo único que pide en cambio de su trabajo es una cortés y graciosa inclinación de cabeza de su amo.

Pero, aun cuando hallara un refugio de esa especie, no podría encontrar paz. La añoranza de su hogar, de su mujer, de sus hijos, un día sería tan fuerte, que habría tenido que regresar sin importarle su suerte, porque no le hubiera sido posible vivir sin ellos.

Así, pues, fuera lo que fuera cualquier cosa que intentara, no tenía escape. En muchos aspectos ocurre lo mismo con los proletarios europeos, cuya dependencia de su familia, del sitio que han escogido para vivir y del círculo de sus amigos, resulta ser la fuente de muchas de sus dificultades y de su falta de libertad económica.

Gregorio cogió sus cosas y marchó.

Su esposa se había adelantado, haciendo el largo camino y deteniéndose justamente en el sitio en donde éste se perdía en la espesura. Allí se sentó, con el niño de pecho en brazos y los otros alrededor, en espera de que su marido pasara. La mujer, de cuclillas sobré la tierra, lloraba silenciosamente; solo ella sabía que lloraba, mientras balanceaba el cuerpo para arrullar a su niño al compás de sus emociones, alejándolo un poco de su pecho para estrecharlo nuevamente contra su corazón. Hubiérase dicho que toda su pena manaba del niñito, porque era él quien representaba la expresión física del dolor —que ni mostraba ni podía mostrar— por la suerte de su esposo.

Las relaciones entre un indio y su mujer y una india y su marido son tan estrechas como las de cualquier gran amor; pero se expresan con crudeza tal que cualquier europeo se siente profundamente afectado por ellas, toda vez que los inexpresables sentimientos del corazón son iguales en todos los humanos, y esa crudeza solo ahonda la impresión que causa la fuerza de sus sentimientos. La fuerza de los sentimientos de los indios es tan profunda, tan genuina —por ser tan primitiva—, tan violenta y verdadera, que los priva de todo poder de ficción en la expresión. Por ello al mostrarlos tienen esa apariencia de crudeza. No es ésta una máscara tras la que esconden sus verdaderos sentimientos, es simplemente una protección espontánea contra la explosión arrolladora y violenta de sus emociones. De no poner un poderoso dique a la corriente, se verían arrastrados a exponer al mundo entero sus profundas

emociones; sus sentimientos más hondos, más íntimos, se abaratarían, y nunca más podrían recobrarse de la vergüenza de haber perdido su modestia, que es la floración de su sentir.

Gregorio apareció por el camino, marchando a pequeños saltos, doblado por el peso de su carga. No podía levantar la cabeza, pues el cincho de cuero que atravesaba su frente para sujetar su carga, le permitía ver sólo uno a dos pasos adelante y le impedía mirar hacia izquierda o derecha; así, pues, no pudo ver que allí se encontraba su esposa sino cuando, estando a tres pasos de distancia de ella, se irguió para acomodarse mejor la carga.

«¡Jiuj!», ese fue el sonido que emitió. Se sorprendió de verla allí. Se detuvo, pero solo a medias se volvió a mirarla, como para mostrar que no tenía intención de detenerse y mucho menos de descansar.

La mujer tendió los brazos para mostrar el niño a su esposo. Ella tenía el pecho desnudo y, al darse cuenta, trató de cubrirse; pero no pudo percatarse de que no lo había logrado.

Elevándose un poco, se arrodilló todavía con los brazos tendidos mostrando a la criatura. El ritmo del arrullo se había roto en el momento de separar al niño de su pecho, para mostrarlo con los brazos tendidos, y ella empezó a aullar como un animal herido. En su cara sucia e hinchada por las noches de llanto pasadas en vela, solo se destacaban su boca roja, abierta, y sus fuertes dientes. Sus ojos negros no eran más que una línea delgada, de la que manaban las lágrimas. Sus cabellos oscuros y espesos se hallaban revueltos, y sus largas crenchas parecían arrancadas de la maleza de la selva. Su nariz, corta y ancha, se distendía, y los poros de ésta parecían cavernas que condujeran a un mundo desconocido, oculto tras de su cara cobriza.

Sus sollozos eran prolongados, y terminaban en un aullido de dolor al sentir la dureza del mundo al que se hallaba atada por las mismas necesidades físicas y los mismos sentimientos que constituyen la carga de un animal, solo que el animal es envidiable, porque él no siente el futuro.

Lamentaba la muerte de su hijo, de su madre, de su esposo. No había necesidad de que persona alguna le advirtiera la muerte de su esposo. Sabía que se lo llevaban, como a las ovejas que los traficantes se llevaban del pueblo, y a las que nunca más volvían a ver. Él era un animal, aunque pudiera hablar y reír, un animal sin alma, de acuerdo con la opinión de los que iban a juzgarlo y que lo tenían además por un puerco piojoso, quien, si bien era cierto que estaba bautizado según el rito católico, no había dejado de ser un pagano, privado como un perro de toda razón. Borracho, con un par de manos que el trabajo había convertido en trozos de ébano; con la cabeza cubierta de cabellos maltratados en algunas partes, escasos y descoloridos como los que cubren los flancos de las mulas de carga, por las muchas cargas que como las mulas había tenido que soportar. Víctima próxima a ser enviada al matadero por los que habían conquistado a su tierra y a su raza.

La mujer sabía tan poco de los elementos que jugarían en el destino de su marido,

como él mismo. Cuando una vaca es llevada al matadero, no piensa en la oportunidad de escapar por el camino. La mujer sabía cómo era conducido el ganado al matadero y sabía, además, a través de muchos detalles que había observado, que para los patroncitos, los grandes señores con revólveres en los cinturones, el ganado y los indios eran iguales. Así, pues, bien sabía ella que esa era la última vez que vería a su marido.

Ningún pensamiento respecto a lo que sería de ella y de sus hijos se mostraba en sus gritos agudos. Los niños habían nacido y tendrían que comer y que vivir. Si ella había llegado a aquel punto de su amargura, era solamente por la suerte de su marido, y si se dolía tan hondamente de la suerte de ese hombre no era solo porque fuera su compañero de lecho o el proveedor de sus hijos. Eso no tenía importancia y por ello no habría derramado ni una sola lágrima. Pero ese hombre era el padre de sus hijos, que a su vez eran los latidos de su corazón.

Su marido era un borracho que la golpeaba, que la hacía trabajar hasta doblarse; pero aun así, era el centro de su existencia.

Todos sus pensamientos, sus actos y sus cuidados le estaban dedicados. Él era su religión, su amo, su único amigo y su mejor camarada. Él era su verdadero hogar y todo lo que la patria podía significar para ella. Él era la vida del mundo que la rodeaba y, sin él, ese mundo se derrumbaba. No era el problema de la existencia lo que la ligaba a él, porque eso, con la ayuda de los suyos, habría podido solucionarlo en forma bastante dura, pero tolerable. Sin él, su alma se hallaba vacía y carecía de sentido, como ocurre a las personas que carecen de sentimientos propios cuando su dios, sus ídolos o sus santos les son arrebatados.

Su pena no era por ella; ella no tenía piedad de sí misma. Sus lamentos expresaban la pena física de sentirse hecha pedazos y de ver que un trozo de su ser, en realidad el más grande, le era arrancado.

Los niños, que se hallaban jugando entre las matas, en cuanto la oyeron llorar corrieron cerca de ella, y empezaron a llorar con ella al verla tan afligida.

Gregorio, al percatarse de su aflicción y sobre todo quizá al ver al niño desnudo que ella le presentaba, se aproximó, se arrodilló cerca de ella, y zafándose la correa de cuero que le oprimía la frente, dejó su carga.

«Tata, tata», decían los niños llorando; pero cuando vieron que su madre se calmaba por un momento al mirar a su esposo a su lado, ellos también dejaron de llorar.

Él permaneció allí sólo unos minutos; pero en aquellos minutos vividos con toda la intensidad de su sentir, ella encontró la experiencia de cientos de años. No les robó ni un segundo pensando en el futuro, porque no volvería a vivir ni uno solo de aquellos minutos, y lo que no viviera o sintiera en ellos, no podría vivirlo ni sentirlo en toda una eternidad.

En el rostro de Gregorio no podía adivinarse el menor signo de lo que ocurría en su interior. Tomó de las manos de su mujer al niño que con los brazos extendidos ella le presentaba, y se lo acercó a la cara acariciándosela suavemente con las mejillas redondas, tersas y cobrizas de la criatura; pero no dijo una sola palabra, ni una sola palabra de vana esperanza. Su destino era ser como las bestias y él no tenía poder alguno para ejercer influencia sobre su destino. Él tenía que aceptar lo que los patroncitos decidieran hacer de su vida, y en esa decisión su palabra nada valía. La dulzura humana, el mutuo entendimiento, se encuentran fuera de los límites del mundo, y el sabio y todopoderoso creador del universo permanece invisible, inescrutable, a fin de que sus delegados, los curas, no pierdan lo mucho que ganan en esta su viña.

Ahora la mujer sollozaba quedamente, y con timidez se aproximó a su esposo para sentirlo cerca. Solo podía decir una y otra vez: «Gregorio, Gregorio.» Eran éstas las únicas palabras con las que le era dado expresar las emociones que experimentaba.

Él nada le dijo respecto a lo que debía hacer cuando se quedara sola, y ella nada le preguntó. Ya después habría tiempo para pensar en esas cosas. Los niños, al ver reunidos a sus padres, volvieron a sus juegos.

El hombre y la mujer se sentaron quietamente uno al lado del otro, ambos miraban al camino, como si les interesara solo calcular cuánto tiempo hacía que las mulas y los caballos que dejaran en el polvo la huella de sus herraduras habían pasado. Era cierto que los dos en nada pensaban; el mundo a su alrededor había desaparecido y ellos habían perdido la conciencia de que existían, como si estuvieran hundidos en un profundo sueño; pero fueron dura y despiadadamente vueltos a la realidad.

—Vamos, Gregorio; en marcha. Ya hemos perdido bastante tiempo.

Era don Gabriel quien, montando cerca de su esposa, se dirigía al hombre en esa forma.

La esposa iba por delante, la seguía la mula de carga y detrás don Gabriel, montado en su caballo. Tan pronto como vio a Gregorio allí sentado, sintió la necesidad de decir algo. Él sabía que el indio, no obstante su pesada carga, podía no solo marchar al lado de los animales, sino sacarles ventaja, porque él podía subir en línea recta hacia la cumbre de los montes y cruzar precipicios que para las mulas eran inaccesibles. A él le era dado tomar algunos atajos, cuando las mulas tenían que hacer largos rodeos, ya que una la montaba la esposa de don Gabriel y la otra iba muy cargada, lo que apenas les permitía ir al paso.

—Ahoritita voy, señor —contestó Gregorio.

Diciendo eso se levantó y devolvió el niño a su esposa. Don Gabriel siguió su camino sin aflojar el paso.

La mujer tomó al niño y lo oprimió contra su pecho desesperadamente. No podía abrazar a su esposo, no podía hacerlo porque eso no es costumbre entre ellos cuando

tienen que separarse; pero como tenía que dar expresión física a lo que sentía en aquel momento, derramó sobre su hijito todas las caricias que hubiera deseado prodigar a su hombre.

Ella permaneció en el sitio en que se hallaba, mirando a su esposo con los ojos arrasados de lágrimas y con los labios fuertemente apretados; siguiendo todos los movimientos que hacía en el momento de partir, como si quisiera aprendérselos de memoria. Después, movió la cabeza fuertemente, haciendo un signo negativo con el que quería expresar que lo que pasaba nunca debía haber ocurrido.

Mientras observaba cómo su marido daba unos pasos, ponía una rodilla en tierra, se pasaba por la frente la banda de cuero y se acomodaba la carga sobre la espalda, ella se llevaba a la boca una y otra vez, suavemente, la mano del niñito y la oprimía contra sus labios, la mordía, la chupaba sollozando a la vez en forma espasmódica.

Gregorio se puso en pie y tendió la mano a su esposa quien, según la costumbre indígena, solamente la tocó, sin estrecharla; pero antes de que él la retirara, la tomó apresuradamente y le dio un beso.

La cara triste del hombre se ensombreció; entrecerró los ojos, tragó difícilmente su saliva, con la mano izquierda se acomodó mejor la banda de cuero que le cruzaba la frente, y por una fracción de segundo oprimió su mano contra los labios de la mujer, y la retiró inmediatamente. La mujer levantó al niño y el hombre posó sobre la cabecita de su hijo la punta de sus dedos. La mujer levantó la voz para gritar: «¡Muchachos, tata se va!» Los chiquillos se aproximaron y besaron la mano de su padre, que correspondió posando la punta de los dedos sobre sus frentes. En seguida los niños volvieron a sus juegos.

Gregorio, parado por un momento enfrente de su esposa, bajó los ojos para mirar aquella cara sucia, hinchada, con las marcas de las lágrimas que tanto habían corrido por las mejillas, ahora contraídas como todos sus músculos, en un salvaje esfuerzo por reprimir la expresión del dolor que se le escapaba en gruesas lágrimas de los ojos fijos en él.

El niñito se había prendido al pecho desnudo, y de la falda de lana gruesa, única prenda que, sujeta a la cintura por el rojo ceñidor, la vestía, salían sus piernas morenas y los pies desnudos, de piel gruesa. Él la miró, como nunca antes la había mirado, porque ahora veía en ella todo el significado de su hogar, de su mundo. Por primera vez miraba levantarse ante él a su mundo, solo para verlo inmediatamente caer en pedazos. Entonces abrió los labios para aspirar una gruesa bocanada de aire; pero antes de lograrlo los cerró y los apretó fuertemente.

Entonces se volvió con movimiento rápido y sin decir palabra, sin mirar en rededor, sin hacer ni una sola pausa, emprendió la marcha.

No había dado ni diez pasos, cuando la selva lo había cubierto ya completamente.

VI

Dos días después, don Gabriel llegó a Cahancu, pueblo indígena de importancia para las caravanas que conducen recuas cargadas, provenientes tanto de los distritos del centro como de los del sur del estado. Los caminos que parten del pueblo conducen hacia el norte, el nordeste y el suroeste, y el mercado es importante, pues en él se surten las caravanas de cuanto necesitan para proseguir su viaje.

A menudo, las caravanas se detienen durante todo un día en el pueblo, a fin de dar un buen descanso a las bestias antes de aventurarse por los malos caminos que les esperan, y con el objeto de distribuir la carga de acuerdo con la resistencia puesta de manifiesto por cada mula. Los animales son curados de las mataduras que les causa la carga mal equilibrada y la picadura de tábanos y otros insectos feroces. De no curarse las mataduras, antes de tres paradas más se verían invadidas de abundantes y largos gusanos que empezarían a perforar el cuero y a devorar en vida a las bestias, que finalmente perecerían en el camino.

Cahancu se halla situado en una colina de cima truncada y ocupada totalmente por la plaza, ya que los indios viven en las laderas. En la plaza, un espacioso rectángulo, se ven de un lado la iglesia en ruinas y de otro el cabildo. Hay algunas casas; pero en ellas no viven indios, son ocupadas solamente por ladinos. El delegado del gobierno vive en el cabildo, el jefe de los indios, vive entre ellos.

En otro de los lados de la plaza se ven los portales, y a través de los arcos de éstos puede verse una larga fila de casas de estilo colonial. En esas casas se hallan las fondas y los mesones. Los cuartos de los mesones no tienen ventanas y las camas destinadas a los huéspedes se hallan totalmente desnudas. En cada cuarto hay seis u ocho de esas camas, cuyo jergón consiste en un petatillo tejido con tiras de piel mal curtida de res. Esas camas no están separadas ni por biombos ni por cortinas. Esas camas son ocupadas principalmente por las mujeres que viajan, y en verdad no tienen que pagar mucho por ellas, ya que si pagan su cena, realmente barata, tienen derecho a una cama.

Con raras excepciones, los hombres duermen en los portales, tendidos en el suelo sobre un petate, o en la hamaca que cuelgan de ganchos destinados al efecto, y cubiertos con un sarape, arreglando lo mejor que pueden su mosquitero. A menudo las mujeres también duermen en los portales, especialmente cuando viajan acompañadas de sus maridos, porque allí hace mucho más fresco que en los cuartos cerrados.

Los portales se hallan generalmente tan llenos de bultos, sillas de montar, arreos y durmientes, que resulta difícil caminar por allí. Algunas veces se ven diez hamacas colgadas, con sus respectivos dueños, hombres o mujeres, durmiendo en ellas, y a los arrieros durmiendo debajo de ellas, tendidos en sus petates. Ni en los portales, ni en la plaza, llega nunca a reinar el silencio durante la noche, porque siempre, en los momentos más tranquilos, hay hombres medio ebrios que murmuran sin cesar, y esos

momentos son escasos, ya que cada hora llegan nuevas caravanas de viajeros al tiempo que otras se van, aprovechando la luz de la luna para emprender el camino. Las hogueras de los arrieros arden toda la noche fuera de los portales. Es allí donde ellos y los viajeros indios cocinan sus alimentos, porque, por barata que sea la comida en las fondas, no pueden pagarla.

Toda la noche las gentes empacan y desempacan al tiempo que hablan, juran, disputan y fuman discutiendo sobre la jornada del día siguiente.

Las fondas se encuentran al extremo de los portales, cerca del cabildo. Allí también se cocina y se habla toda la noche. Tan pronto como se ha terminado de preparar la cena del último viajero llegado, hay que empezar a preparar el desayuno de los que se disponen a salir.

En esos portales se dan cita todas las razas y todas las condiciones humanas: ingenieros norteamericanos, geólogos suecos, traficantes árabes, arqueólogos mexicanos, negros, judíos polacos, chinos contrabandistas de opio, cargadores indígenas, prisioneros evadidos y asesinos. Pero cualquiera que sea su raza, su condición o el asunto que allí los lleve, todos se comportan pacífica y amistosamente. Si por desgracia alguna persona siente que le aplasta la cabeza alguien que tiene gran prisa por salir, o recibe una patada en las costillas que lo deja sin respiración y con una fea herida, jura por todos los diablos; pero, inmediatamente, el que causó el daño se excusa cortésmente y el herido, todavía frotándose el chichón o atajándose la hemorragia, contesta aún más cortésmente, diciendo: «No faltaba más, señor; ya sabe usted que estoy a sus órdenes.» La paz no se ve perturbada por incidentes de esa naturaleza, ya que todos saben que nadie tiene la intención de molestar a los demás.

El cuarto lado de la plaza está ocupado por puestos que aparentemente se derrumbarán en el momento en que se les ve, como en realidad ocurriría a alguno de ellos, si no se hallara apoyado sobre el vecino, el que a su vez espera solo que la brisa sople para despedirse de este mundo cruel. Pero aunque estos puestos se hallan formados con cajones viejos, pedazos de lámina y de cartón, rollos de paja, carrizos, varas, pedazos de mecate e hilachos y trocitos de alambre, parecen haber estado en su sitio desde que Noé tuvo que construir el arca.

Muchos de los puestos encierran mercancías que no valen en total más de tres pesos; pero, al parecer, sus propietarios viven de ellos. Cada puesto ofrece casi la misma mercancía que el vecino. La mayor parte son atendidos por mujeres. Nadie sabe, ni siquiera las mismas mujeres, en dónde se encuentran sus maridos y muy rara vez saben cuándo y cómo los perdieron. Sin embargo, cada una de ellas tiene un buen número de hijos, como para recordar constantemente que un día tuvieron marido. Las tiendecitas no pueden considerarse puestos de verdad, sobre todo cuando uno se quita de la cabeza la idea expresada por la palabra puesto, y ve en ellos lo que en realidad son, pedazos de cartón y cajones vacíos colocados para formar un mostrador, tras del cual hay caricaturas de repisas en las que las mercancías se apiñan todas revueltas, como objetos que habrán de esperar diez años antes de que aparezca alguien que

quiera comprarlos. El mostrador y las repisas están cubiertos por materiales nunca destinados a un techo, ya que ha tenido que hacerse en momentos de emergencia con cualquier cosa que no es ni madera, ni teja, ni palapa, ni ladrillo. Para dividir un mostrador, unas repisas y un techo de otros similares, se emplean pedazos de madera de todas clases y tamaños, que originalmente sirvieron a todo propósito concebible.

De los extravagantes techos cuelga toda la variedad de artículos que allí pueden ser demandados: cuerdas, cinturones, velas, cafeteras, linternas, chicotes, espuelas, huaraches, zapatos de charol para damas, bolsas de cuero y de petate, escopetas, paliacates, imágenes de santos, sombreros de petate, machetes, camisas de manta y vestidos de seda azul añil y rosa marquesote.

Sobre los mostradores hay balancitas, colocadas en forma tal que los clientes nunca saben si el peso de lo que compran es correcto, y en muchos casos las mismas vendedoras tampoco lo saben; pero como las balanzas son obligatorias, allí tienen que estar.

Sobre el mostrador hay botellas de cerveza y limonadas junto a montoncitos de limones, semillas de cacao y de calabaza, caramelos en botecitos de vidrio, uno o dos racimos de plátanos.

En la noche los puestos son iluminados; cada uno de ellos tiene su propio sistema de alumbrado. Los puestos modernos, grandes y más elegantes, se alumbran con lámparas de petróleo, de acetileno, de aceite o de gasolina; los menos elegantes se alumbran con velas y los modestos con astillas de ocote.

Hay también una hilera de fondas que carecen de techo, de mesas y de sillas. Las personas que quieren comer allí, tienen que sentarse en el suelo o que permanecer de pie cerca de los anafres. Los clientes de esas fondas son conductores de caravanas o indios errantes que llegan allí demasiado cansados para preparar su propia comida. Esas fondas sirven a sus clientes durante toda la noche. Las cocineras indígenas dormitan cerca de sus anafres y de sus cazuelas; pero inmediatamente que alguien se acerca, entran en actividad y, sin necesidad de que el cliente diga palabra alguna, se dan a avivar el fuego, a poner sobre el comal algunas tortillas secas para calentarlas y echarles unas gotas de manteca y de salsa. El café siempre se halla listo, porque la olla no deja de estar cerca del fuego.

Ninguno de los puestos puede cerrarse y sería inútil hacerlo, ya que bastaría dar una patada a cualquiera de ellos para que los cajones y los desperdicios de madera, cartón, petate y trapo de que están hechos, vinieran por tierra. Así, pues, sería un acto de ostentación poner un candado.

Las fondas, cuyos utensilios de cocina son tan pequeños como los de las cocinitas de juguete europeas, no dejan de servir ni de día ni de noche, y así también los puestos. Para comprar algo, solo hay que pedirlo a la encargada.

Cuando la demanda de mercancías afloja, a eso de las diez de la noche, que es la hora a la que los arrieros van a las piqueras en busca de su abrigo nocturno, las mujeres que atienden los puestos quitan lo que se encuentra en el mostrador,

metiéndolo en algún cajón vacío o poniéndolo en un rincón en el que haya sitio suficiente; entonces la tabla que sirve de mostrador se levanta, se dejan caer los dos soportes que la mantienen horizontal y se sujetan en un gancho del techo. En esa forma el público se entera de que el establecimiento está cerrado, y de que si algún cliente quiere ser servido tendrá que llamar por la puerta lateral o por la del fondo, las que durante el día se hallan cubiertas con dos o tres costales reunidos a manera de cortinas, y por la noche por dos o tres tablas acomodadas con pericia a fin de que guarden el equilibrio.

Tan pronto como el mostrador es levantado, para evitar que al abrigo de la oscuridad alguien pueda echar mano de lo que en él se encuentra, la dueña del establecimiento, con la ayuda de sus hijos y de una o dos muchachas que la sirven, se da a la tarea de arreglar en aquel pequeño espacio, y con objetos imposibles de describir, algo que ella llama pomposamente cama y en la que se acuesta con el más pequeño de los niños, en tanto que los otros se tienden en petates, y las muchachas se enroscan en un rinconcito, contentas de estar bajo techo. Algunas veces también ellas tienen un niño de pecho o mayorcito.

El hijo mayor de la dueña se acuesta pegado al mostrador, para evitar que alguien pueda meter mano en la mercancía. Cuando todos se han acomodado, cada cual se tapa con su mosquitero, y dentro del establecimiento todos descansan a fin de estar listos para la pesada labor del día siguiente.

El espacio comprendido entre el mostrador y la pared posterior que separa el puesto de la maleza, sirve no solo de bodega, de alcoba, de cocina, de comedor, sino de sala de recepción en los días ruidosos en los que las mujeres celebran su santo.

Esas tiendecitas paupérrimas, sórdidas y sucias tienen, sin embargo, un papel de gran importancia en el lugar. No, como bien podrían pensar ustedes, por el hecho de que abastecen a los viajeros y a las caravanas de todos los artículos que les son necesarios para sus largas y difíciles jornadas. No, este es asunto secundario; su función más importante es la de aumentar las ganancias del delegado del lugar. Todas las tiendas, hasta las más pobres, y todas las fondas, incluyendo el lugarcito ocupado por una cocinera, su diminuto anafre y sus cazuelitas, así como el lugar ocupado por un indio que tiene sobre la tierra cuatro montoncitos de naranjas y seis montoncitos de plátanos para vender a los arrieros, pagan contribuciones, y esas contribuciones van a dar al bolsillo del delegado.

Claro está que el delegado tiene que rendir cuentas de las contribuciones recaudadas al tesorero del estado. Pero las cuentas resultan en verdad tan embrolladas que solo el delegado puede entenderlas, ya que es él quien fija el monto de la contribución y el que sabe cuándo y por cuánto tiempo ha ejercido el comercio un indio que cosecha chiles y limones y arregla unas cuantas piedras pómez y estropajos y los lleva al pueblo a vender, y luego las extiende sobre el piso en espera de que alguien, deseoso de encontrar a un indio dispuesto a regalar su magra cosecha, se aproxime a adquirir un montoncito de chiles por el que regatea y escatima hasta que

al indio no le queda más remedio que ceder y dar lo que tanto trabajo le ha costado, a cambio de uno o dos centavos. Y son dos centavos generalmente lo que esos indios pagan de contribución. Nadie debe esperar que un delegado sea un experto en economía política y, por tanto, hay que aceptar el embrollo de sus cuentas, las que el tesorero del estado, conocedor de las altas matemáticas, no puede desembrollar, ya que las contribuciones se fijan de acuerdo con las posibilidades del contribuyente, y especialmente en lo que al aguardiente se refiere, solo el delegado sabe cómo, cuándo y a quién hay que gravar. No existe auditor capaz de poner en claro el embrollo que en un pueblo de constante tráfico como éste, resulta altamente provechoso para el envidiado delegado. Además de las contribuciones, se aplican multas por las que el delegado da o no recibo, de acuerdo con su humor del momento, y determina asimismo cuáles son los hechos que deben considerarse como infracciones. Para ello tiene autoridad, una pistola, y cuatro policías con rifles y machetes.

Cuando don Gabriel llegó, se encaminó directamente al cabildo para presentar sus respetos al delegado. Se proponía pasar la noche en el cabildo y aprovechar la ocasión para discutir asuntos oficiales con su colega. Esas conferencias entre delegados siempre resultan provechosas, ya que en ellas se comunican mutuamente los métodos nuevos que han encontrado para aumentar sus ingresos. Ellas tienen mucha semejanza con las que llevan a cabo los salvadores de almas, cuando se confabulan en la feligresía de alguno de ellos.

Como en todos los pueblos semejantes, el delegado acostumbra hospedar a huéspedes de postín que pueden pagarle lo que él pide por el cuarto y la comida. El derecho de explotar el hotel constituye uno de los ingresos más importantes del delegado. Naturalmente, el hotel es el único negocio exento de impuestos. La autocracia siempre se halla libre de contribuciones. Los mesones y las fondas de los portales no podían en manera alguna competir con el hotel del delegado, y toda persona que poseía medios suficientes se hospedaba en el hotel, a menos que éste se encontrara lleno. En el hotel, el negocio no consistía solo en proporcionar pieza y comida a los huéspedes, sino en venderles forraje para las bestias, así como en proporcionar también hospedaje a los criados de los viajeros. Además, el delegado del lugar tiene siempre una cantina para servir a los huéspedes del hotel, lo que significa pérdida de clientes para otras muchas cantinas, que se ven obligadas a pagar altas sumas por la licencia para vender aguardiente. No satisfecho con estos negocios, maneja una tienda en el edificio del cabildo, en la que se venden todos los artículos que las mujeres dueñas de los puestos tratan de vender para sostenerse y sostener a su numerosa familia.

Si bien es cierto que el delegado tiene sus buenos negocios, hay que hacer justicia al hecho de que nunca hace uso de su influencia para discriminar a los viajeros que se hospedan en su hotel o que tienen tratos con él. Era esa una de las razones por las

cuales los traficantes del lugar soportaban su desigual competencia, sin elevar queja alguna a las autoridades superiores. Porque, además, de haber presentado esa queja, más habrían perdido que ganado. Los quejosos tendrían que dar sus nombres, el delegado se enteraría fácilmente y ellos tendrían motivos para lamentar su torpeza durante muchos años.

No obstante, había quienes tenían valor suficiente para presentar quejas; pero esas personas se encontraban especialmente entre aquéllas cuya indignación por los atropellos, injusticias y arbitrariedades cometidas por el delegado, nada tenían que ver con su propio destino. De este hecho provenía la enemistad de los ladinos hacia el delegado. Desde luego que esa enemistad no era puesta de manifiesto cuando se encontraban cara a cara; pero tras de la sonrisa y el saludo se escondía un odio implacable.

Don Rafael Sánchez, delegado del pueblo, no se hallaba en casa; así, pues, fue su esposa quien recibió a los recién llegados. Dio la bienvenida a la esposa de don Gabriel con la mayor afabilidad, pues bien sabía, por experiencia propia, que aquel largo viaje a lomo de mula por caminos indescriptibles era un tormento para una mujer, aun cuando esa mujer perteneciera al grupo de mexicanas que viven en ranchos y haciendas en lugares remotos de la República, y que tienen la resistencia de los rudos barones teutones de la Edad Media para recorrer caminos, pudiendo beber, sin tomar aliento y sin pestañear siquiera, un cuarto de litro de comiteco. Si para los hombres esos viajes son una verdadera tortura, para las mujeres, especialmente para las que han tenido una decena de hijos sin más asistencia que la de cualquier india de buena voluntad, son un martirio.

Los caminos son tan malos, que ni siquiera una buena mula conocedora de ellos puede recorrerlos fácilmente. A menudo caen por tierra pesados troncos de árbol arrancados por las tempestades, y la mula, quiéralo o no, tiene que saltarlos solo para sumergirse en agujeros cuya profundidad no se conoce hasta que se está dentro de ellos, pues se hallan cubiertos por el agua de la lluvia. Muchas veces, apenas recuperada del esfuerzo hecho para salir, se ve con una pata atrapada entre las raíces de los árboles. Después hay que descender por una ladera tan empinada que las patas traseras de la bestia quedan en línea perpendicular a su cabeza. En seguida, tiene que trepar, valiéndose solamente de sus patas delanteras y de los músculos del pescuezo y del pecho, llevando las patas traseras colgantes durante varios segundos, en los que el jinete sabe que si el animal no logra apoyarlas, caerá y lo arrastrará consigo. Y así, la marcha se continúa sorteando obstáculos espeluznantes durante cinco o seis días, en los que la jornada se inicia a las seis de la mañana para terminar a las cuatro o cinco de la tarde. Para las mujeres sería de algún alivio poder cabalgar a horcajadas en una cómoda silla; pero a las mexicanas ello no les está permitido. Las convenciones sociales impiden a las provincianas y a las rancheras de México cabalgar a horcajadas

como los hombres. ¿Qué dirían las respetables esposas de los rancheros y provincianos si vieran a una de ellas montando como cualquier gringa liviana, mal educada y protestante; como a cualquier gringa de esas que no creen ni en la Inmaculada Concepción ni en los santos? Y el señor cura ¿qué diría si lo viera con sus propios ojos u oyera el relato con sus largas orejas? Es evidente que para guardar las conveniencias sociales hay que sufrir muchas incomodidades.

Toda vez que la esposa de don Gabriel llegaba sentada correctamente sobre el lomo de su mula, merecía todas las atenciones que la esposa de don Rafael podía prodigarle, para compensarla un poco de las penalidades que acababa de pasar.

Cuando más tarde se sentaron a comer, la esposa de don Gabriel explicó el motivo de su visita, y como nadie más se hallaba presente, pudo expresarse con toda libertad, de igual a igual, puesto que su marido también era delegado.

Cerca de la iglesia, a un lado del caminito que conduce a las casas de los indios que se hallan en la ladera de la colina, un mestizo instaló una armería. La armería se encontraba abierta por todos lados, puesto que consistía en un techo de palma soportado por cuatro postes de madera encajados en el suelo. Bajo el techo se veían una fragua y un yunque diminutos, y sobre un tronco podrido se veían el martillo y las tenazas. Eso era cuanto podía descubrirse en el taller y tienda del armero, que bien podía haber sido curtidor o cualquier otra cosa, pero cuya identidad a nadie interesaba. Un cuervo puede pasar por pavo real o por ruiseñor en cualquier sitio en el que persona alguna conoce la diferencia, y en donde ningún otro pájaro llega a competir.

El dueño de la armería tenía bastante trabajo, porque no había ladino cuya escopeta se hallara descompuesta que no pasara a encargarlo de revisar el cargador, de ajustar el gatillo, de cambiar uno o dos tornillos enmohecidos o de ponerle resortes nuevamente. Él no se afanaba en su trabajo, tomaba el tiempo necesario, y generalmente se llevaba medio día haciendo un trabajo que no reclamaba más de cinco minutos.

El cliente esperaba pacientemente, observando lo que el armero hacía o aguardando a que regresara de comer al cabo de dos horas de haber interrumpido el trabajo iniciado. Mientras más tiempo dedicara al trabajo más difícil parecería éste al cliente y más pronto se convencería de que era necesario pagar por lo que valdría solo un «muchas gracias», o cuando más diez centavos, todo un peso.

Siempre se veía alrededor de la armería a un grupo de indios que observaban la importancia de los trabajos realizados por el armero. Un arma de fuego, aunque sea un viejo mosquete, tiene gran importancia para la vida de los indios, y un hombre que sabe cómo remediar los males de una escopeta, debe ser admirado.

Dos traficantes, ambos de paso por aquel lugar, tuvieron una discusión frente a la casa del armero, a propósito de cuál era el mejor calibre para matar tigres y leones. A menos que existiera el deseo de embarcarse en una acre discusión o de que la discusión fuera solo el punto de partida para dejar liquidada alguna vieja rencilla, el

asunto carecía en absoluto de importancia, ya que una fiera lo mismo puede ser muerta por un rifle del 22 que por uno del 38, siempre que el tirador sepa lo que hace con el arma.

Uno de los traficantes, don Ismael, era árabe, en tanto que el otro, don Martín, era mexicano. Ambos acostumbraban pelear siempre que se encontraban, acusándose mutuamente de perjudicarse en el negocio y de verse obligados a morir de hambre a causa de la rebaja de precios que tenían que hacer a sus mercancías, usando la vieja artimaña de gritar en cuanto alguna mujer se acercaba al puesto del otro: «Mire, señorita, véngase para acá, vea nada más estas lindas medias; llegaron ayer apenas y yo se las ofrezco mucho más baratas, dos reales menos que lo que le piden.»

Esta política era tonta, pero ambos la seguían con el propósito de molestarse mutuamente.

Ahora se reunían en aquel punto casualmente, cuando don Martín iba hacia Montecristo y don Ismael bajaba de Tuxtla hacia Tumbala.

El asunto del calibre más conveniente para cazar a un tigre era solo el preludio; pero bien pronto se encontraba ya don Ismael gritando que los mexicanos eran tan estúpidos que no les era dado distinguir una ametralladora de una escopeta, puesto que ninguno sabía lo que era un *howitzer*. Don Ismael había leído la palabrita en algún lado; pero don Martín no se achicó y repuso inmediatamente que los árabes eran tan bárbaros que dormían en pajares revueltos con cerdos, burros, camellos y no menos de diez mujeres.

A esto don Ismael contestó que si don Martín vivía era porque su madre se había olvidado de ahorcarlo junto con otros cinco engendros tan pestilentes como él, debido a los granos que su papá tenía como resultado de cierta enfermedad que no necesitaba mencionar. Lo que don Martín replicó no puede expresarse sin ofender los oídos más duros; pero en verdad que aquellas palabras fueron las que solo un traficante mexicano puede decir a otro, invitándolo a que saque la pistola y se la vacíe íntegra, sin contemplaciones de ninguna especie.

Don Ismael no llevaba la pistola al cinto, la había dejado en el mesón; solo había salido a dar un paseo por el pueblo; pero llevaba un puñal que sacó con gran rapidez haciéndolo brillar como un relámpago. Don Martín sí llevaba su revólver y lo sacó también rápidamente, solo que se demoró una fracción de segundo antes de apretar el gatillo, y en esa fracción de segundo recibió una puñalada en el costado. La bala que salió de su pistola pasó rozando un muro de la iglesia, y cuando intentaba disparar por segunda vez, ya don Ismael se le había echado encima y le torcía un brazo obligándolo a soltar la pistola.

Don Rafael conversaba con unos arrieros, sólo a unos cuantos metros del lugar en que esa escena se desarrollaba.

Tan pronto como oyó el disparo, corrió hacia donde se hallaban los rijosos, con el tiempo preciso para recoger el revólver sobre el que don Ismael había plantado un pie. Los cuatro policías de don Rafael también se presentaron corriendo. Estos

policías eran indios descalzos, vestían calzón y camisa de manta y se cubrían con sombreros de petate como todos los otros indios que como ellos llevaban machete al cinto, y se diferenciaban de los demás únicamente por hallarse armados de viejísimas escopetas que llevaban al hombro.

Tan pronto como se dieron cuenta de que la riña no era entre indios, se mantuvieron respetuosamente a unos cuantos pasos de distancia. Los policías indígenas de los lugares pequeños son muy precavidos en lo que se refiere a sus tratos con personas que no son de su raza. Si los ladinos o los criollos u otros caballeros de esas especies deciden tirotearse o apuñalarse, ellos no intervienen, a menos que se lo ordene el delegado, porque los caballeros tienen ideas propias acerca de sus diversiones. Además, a lo mejor los rijosos resultan ser altos funcionarios, a quienes bastará una mirada para mandar encarcelar al policía incauto que intervenga en sus asuntos. Ahora que con los indios, la cosa varía; los policías indígenas saben bien cómo habérselas con ellos, y en caso de que no se sometan fácilmente, bastará para lograrlo darles un buen golpe en la cabeza con el mango del machete o con la culata de la carabina.

Los policías indígenas saben también que los caballeros no corren aun cuando hayan muerto a su contrincante, porque el caballero no tiene razón alguna para huir. El caballero es un hombre valiente y sabe encararse a las consecuencias de sus acciones. Bien sabe él que vive en México y que cuenta con absoluta impunidad en los pueblos pequeños, aun cuando de vez en cuando cometa un asesinato, porque siempre encontrará en el municipio o en la capital del estado a algún juez que se dejará persuadir, con asombrosa facilidad, de que el caballero obró en defensa propia o en defensa de su mancillado honor.

Los indios no salen del paso tan fácilmente una vez que se les ha echado mano; por esta razón siempre echan a correr cuando les es posible.

—Caballeros —dijo don Rafael—, lo siento mucho, pero tengo que arrestarlos por haber alterado el orden; les ruego que me acompañen al cabildo.

Don Martín se sentía débil debido a la sangre que iba perdiendo por el costado, el cual se oprimía con ambas manos. Don Ismael, viendo a su contrincante en ese estado, se aplacó.

Ambos caminaban lentamente hacia el cabildo acompañados por el delegado y seguidos por los policías indígenas.

Don Martín, el mexicano, se hospedaba en el cabildo; era, pues, cliente de don Rafael, en tanto que don Ismael, el árabe, pasaba la noche en un mesón de los portales.

—Hagan el favor de pasar, caballeros —dijo don Rafael cuando llegaron a la puerta de la amplia estancia que servía de oficina, de sala, de comedor y de dormitorio para los huéspedes. Era lo suficientemente amplia para alojar durante la noche a veinte huéspedes, y muchas veces habían podido acomodarse allí hasta treinta personas.

Los dos hombres tomaron asiento. Don Rafael sacó una botella de comiteco y los caballeros bebieron un par de copas antes de que la diligencia judicial se iniciara.

Los cuatro policías se quedaron de pie en la puerta, para dar al acto más seriedad.

Mientras consumían las dos primeras copas y la tercera era servida, los caballeros hablaron sobre el tiempo, los negocios, el precio de los caballos y las personas conocidas que habían pasado por el pueblo en los últimos días. Finalmente, don Martín dijo:

—Oiga, señor delegado, ¿no tendría su señora esposa un pedazo de algodón? Creo que necesito atajar la sangre que me sale de la herida.

—¿Así es que está usted herido, don Martín? Déjeme que vea esa herida.

Don Martín se aflojó el cinturón y se remangó la camisa empapada en sangre, para mostrar la herida.

Cualquier europeo con una herida semejante, solo habría podido pensar en la muerte, en su testamento, en la sala de operaciones y en desmayarse.

Pero los mexicanos no se desmayan por insignificancias entre las que la muerte es la menos importante. Se examinan la herida como buenos conocedores, la comparan con las que anteriormente han recibido producidas por machete, cuchillo o pistola, y a las que han sobrevivido. Luego las comparan con las recibidas por otros amigos, se las miden con los dedos y permiten que sus amigos las midan en la misma forma y hagan el diagnóstico y el pronóstico.

Respecto a la herida de don Martín, se siguió el mismo procedimiento. Cada uno de los tres caballeros reunidos midieron con los dedos la longitud de la herida y opinaron sobre el tiempo que tardaría en cicatrizar; pero a ninguno de ellos se le ocurrió pensar ni en hospitales ni en doctores. Además, ello habría sido totalmente inútil, porque el médico más próximo se hallaba a distancia tal que, antes de haberlo alcanzado, la herida habría ya sanado.

La mujer del delegado trajo un pedazo de algodón y unas vendas. Lavó la herida, se la bañaron con aguardiente, se le cubrió con algodón y se le sujetó con las vendas. Cuando la curación terminó a satisfacción de don Rafael, éste dijo:

—Bueno, ahora hablemos del asunto; yo tengo la obligación de llevarlos a ambos a la capital, para que allá se les siga juicio.

—¿Y por qué habrá de seguírsenos un juicio? —dijo don Martín—. ¿Qué tienen que ver las cortes con que este tal por cual me haya dado una puñalada? Ya me la dio y si yo no hubiera escogido a este turco desgraciado para que me dijera en mi propia cara que mi madre era una puta, no me habría rebanado las costillas; pero puesto que ya me las rebanó, no veo por qué hayan de mezclarse en esto los jueces ni las cortes.

—¿Y yo qué? —dijo don Ismael—. ¿Es que yo necesito que algún juez me diga que mientras este hijo de… me vaciaba la pistola yo debía haberme estado quietecito mirándolo? ¡De lo que me habrían servido los jueces después de tragarme las seis balas!

Don Rafael no intervino en la discusión de los caballeros; pero cuando pensó que

ambos habían agotado el caudal de sus roncos pechos, dijo:

—Ya veo, caballeros, que la idea de acudir a un juez no es del agrado de ustedes, por lo que pienso que el asunto podría ajustarse entre nosotros con el más estricto apego a la justicia. Usted, don Ismael, dio una puñalada a un hombre en este pacífico pueblo, por lo que me veré obligado a imponerle una multa de ciento cincuenta pesos por asalto a mano armada y otra de cincuenta por alteración de la paz, lo que hace un total de doscientos pesos que tendrá usted que pagar inmediatamente, para evitarme la pena de arrestarlo.

Don Ismael pretendió hacer una objeción; pero don Rafael lo detuvo, diciendo:

—Un momento; recuerde que este es asunto oficial. Después, volviéndose a don Martín, dijo:

—A usted también habré de castigarlo por haber alterado la paz en este pueblo; así, pues, tendrá usted que pagar cincuenta pesos de multa, y como además pretendió usted agredir con su pistola a don Ismael, habrá de pagar cincuenta pesos más, lo que hace un total de cien pesos que también tendrá usted que pagar en seguida, para evitarme la pena de arrestarlo.

Los tres hombres sabían perfectamente que aquélla no era la última palabra. En seguida vendría la apelación, que los dos acusados se apresuraron a presentar; el juez que la oía era el mismo que había dado el veredicto. Así se simplificaban grandemente los procedimientos judiciales y se lograba un gran ahorro para el Estado.

El delegado tenía poder suficiente pava encarcelar a ambos hombres y, si era necesario, para enviarlos bien vigilados a la cabecera del municipio. Pero también podía, en casos de urgencia, ajustar determinados asuntos y no podía negarse que aquel asunto era de urgencia. Los hombres inculpados eran traficantes, y habrían sufrido grandes perjuicios en sus intereses de haber abandonado el negocio para ser conducidos a la cabecera del municipio, en donde habrían tenido que esperar tres o quizá seis semanas antes de ver ventilado su asunto. Desde todos los puntos de vista resultaba más conveniente resolver todas las etapas del juicio allí mismo, y en cuanto a las multas, no cabía pensar siquiera que algún juez regular pudiera aplicar una cantidad menor que la fijada por el delegado.

El delegado bien habría podido pasar por alto el asunto, siempre que éste hubiera ocurrido entre amigos suyos o entre políticos influyentes; pero él tenía que vivir, y ocasión como la que se le presentaba en aquel momento para echarse a la bolsa una buena cantidad de pesos de un golpe, no era de esperar todos los días. Además, conocía bastante bien las artes y mañas de la diplomacia para no hacerse de enemigos personales, de otra manera no habría llegado a ocupar el puesto de delegado, y si lo lograba no lo hubiera retenido, porque un buen día habrían encontrado que las cuentas del correo, del telégrafo y sobre todo las de las recaudaciones no andaban muy limpias, y ese mismo día su era gloriosa terminaría. Entonces, tal vez tendría que dedicarse a comerciar recorriendo el estado y bien podía ocurrir que para entonces

don Martín fuera el delegado en algún lugar y estuviera en posibilidad de devolverle el golpe. Y en cuanto a don Ismael, tampoco estaba muy seguro de no tener que recurrir a él algún día.

—La verdad es que yo, caballeros, no tendría inconveniente alguno en devolverles su libertad sin más ni más; pero eso está más allá de mis atribuciones, con ello podría comprometer seriamente mi autoridad. Ustedes saben perfectamente que al mundo sólo se le puede regir justa e imparcialmente.

—Tal vez ello sea cierto —dijo don Martín—; pero el caso es que yo no tengo el dinero para pagar la multa y no puedo permanecer encarcelado, porque necesito llegar a la feria oportunamente, si es que quiero ganar algunos pesos.

—Yo estoy en el mismo aprieto —dijo don Ismael—. No tengo un solo día que perder, porque ya, sin tomar en cuenta este asunto, traigo un retraso de media semana en mi recorrido por los malditos caminos del estado.

Cuando la apelación, vigorizada con unas cuantas copas más de comiteco, fue aceptada, se llegó al acuerdo de que don Martín pagara veinte pesos y don Ismael cincuenta. Don Ismael no podía pagar en efectivo, porque necesitaba su dinero para el tráfico que pensaba realizar en el camino, así que pagó al delegado con un caballo, asegurándole que el animal valía más de ciento veinte pesos.

Don Rafael se apresuró a vender el caballo, porque en verdad le gustaba más el dinero contante y sonante que cualquier caballo de pura sangre. Y fue precisamente cuando se hallaba realizando la venta del caballo cuando don Gabriel llegó; por eso no lo encontró en casa.

VII

Su esposa y la señora de don Rafael conversaban sin cesar sobre asuntos que a don Gabriel no interesaban, y éste decidió salir a dar un paseo por la plaza para ver a quién encontraba por allí.

Los hombres suelen mostrarse muy indignados acerca de las murmuraciones, solo cuando quienes murmuran son las mujeres. Pero cuando los hombres se reúnen, suelen hacer observaciones suspicaces y graciosas y comunicárselas los unos a los otros, lo que, naturalmente, no se parece en nada al tonto chismorreo femenino, aunque con su natural observador y su comunicativa alegría los caballeros arranquen el cuerpo a su prójimo, desvistan a las mujeres y las hijas de ese prójimo, y se coman a los hijos de todos sus prójimos.

Los hombres piensan siempre que sus sandeces constituyen inteligentes opiniones sobre política y economía, en tanto que la charla de las mujeres es una despreciable tontería. Pero escuchando imparcialmente las tonterías que los hombres dicen y las dichas por las mujeres, encontramos que en calidad y cantidad son idénticas. Los tópicos difieren ligeramente; pero el propósito y el resultado son exactamente los mismos.

Durante su paseo por la plaza, don Gabriel se detuvo en los portales, precisamente en el sitio en donde se hallaban las fondas.

Aquel día no había mucho movimiento en los portales. Algunos cargadores indígenas se hallaban sentados junto a su carga fumando gruesos cigarros, esperando a que sus frijoles se calentaran en la olla colocada sobre la hoguera que ardía perezosamente en la plaza, fuera de los portales.

Dos arrieros remendaban los costales que, rellenos de zacate, ponían sobre el lomo de las bestias antes de cargarlas. Sacaban el zacate, lo cardaban y lo volvían a meter en el costal para que resultara más suave. Las almohadillas así hechas después de haberlas rellenado con zacate bien cardado, parecían colchón suave y apetitoso de la cama destinada a unos recién casados. Pero después de un día de uso, las almohadillas se encuentran tan duras, aplastadas y maltrechas como el colchón tras de la noche de bodas. Las mulas pronto se acostumbraban al rápido descenso en la suavidad de las almohadillas y tienen que soportarlas tanto como los recién casados su colchón, con la diferencia de que éstos se desquitan un poco, atrasándose una semana en el pago de los abonos que tienen que cubrir al traficante que les vendió sus muebles.

A todo lo largo de los portales se veían hombres ociosos, recostados contra las columnas. Indios y mestizos que dejaban vagar el pensamiento meditando en el por qué de su existencia. La existencia de estos hombres era común en la vasta República Mexicana, y en los portales del pueblo, como en los de todos los pueblos, el cuadro no habría sido completo sin la presencia de estos vagabundos.

Pasan la noche en algún lado; pero nadie sabe dónde, y en alguna parte consiguen

una tortilla y muchas veces un taco de frijoles con chile; pero nadie sabe quién o cuándo se los dan.

Si alguien les pregunta qué hacen allí, contestan siempre que son cargadores en espera de algún viajero que los contrate. Pero si un viajero necesita de un cargador, porque el que llevaba del punto de partida enfermó en el camino, estos vagabundos piden un salario tan alto que el viajero bien podría pagar con él a tres jóvenes y fuertes cargadores si pudiera hallarlos; pero éstos no se encuentran fácilmente vagando por los portales, pues cuando acaban su trabajo con un viajero, se dan inmediatamente a la tarea de recorrer las fondas y los mesones en busca de otro. En cambio los otros, esperan pacientemente a que caiga por allí algún viajero apurado a quien poder cobrar lo que les plazca por su trabajo.

Don Ramón Velázquez, que en aquel momento se balanceaba tendido en su hamaca bajo los portales, necesitaba con urgencia un hombre de confianza y capaz de manejar las bestias. Don Ramón se balanceaba con ambas piernas colgando fuera de la hamaca y con las manos cruzadas bajo la nuca. Con los ojos bien abiertos miraba fijamente al techo, como tratando de contar los ladrillos de la bóveda. Hacía tres días que se veía obligado a permanecer en el lugar, debido a la falta de arriero. Hasta allí había llegado sin él; pero esperaba conseguir uno con la ayuda del delegado, solo que como éste se hallaba ausente, nada había podido hacer. No había podido llegar a acuerdo alguno con los vagos de los portales, porque aparte del alto jornal que pedían, solamente querían hacer viajes que no pasaran de dos días, pues era el plazo máximo por el que estaban dispuestos a sacrificar su grata holgazanería. Don Ramón tenía que pagarles no solo por los dos días que marcharan con él sino por los dos del regreso. Ya casi había llegado a un arreglo con uno de ellos, cuando éste exigió que se le diera un caballo para montarlo, y que don Ramón tendría que alquilar en el pueblo, y no contento con esto pretendió que los acompañara otro muchacho más, al que habría que pagarle también los cuatro días y alquilar un caballo para que lo montara, pues el muchacho decía que no podía regresar solo al pueblo por temor a los indios que por los caminos andarían dispuestos a matarlo para quitarle lo que había ganado. En este punto, don Ramón rompió las negociaciones y decidió esperar el regreso del delegado, para ver si éste podía conseguirle un mozo de confianza. De no lograrlo, esperaría una caravana y se uniría a ella.

Don Gabriel caminaba sin propósito bajo los portales cuando oyó que lo llamaban:

—¡Gabriel! Hombre, ¿pero qué andas haciendo en esta perrera dejada de la mano de Dios?

Era don Ramón, que al oír pisadas se volvió y reconoció a don Gabriel. Después de interpelarlo se bajó de la hamaca y se apresuró a abrazarlo como hacen los buenos

compadres mexicanos.

—Nunca esperé verte por aquí. Es el último sitio en el que puede pensarse en hallar una cara civilizada bajo un sombrero de petate. ¿Cigarro?

—Gracias —dijo don Gabriel sacando una caja de cerillas.

Si alguien ofrece un cigarro, el que recibe la oferta está obligado a facilitar las cerillas; en esta forma el monopolio sueco de la industria cerillera no sufre y no se verá obligado a forzar a los latinoamericanos a introducir un nuevo inciso en alguna parte del Código penal, por medio del cual sea posible encarcelar dos años a quienes enciendan sus cigarros con el fuego ya antes encendido por otro. Hasta ahora el monopolio se ha contentado, porque su propaganda ha tenido éxito. ¿Quién ignora que al tercero en encender su cigarro con una sola cerilla le espera una suerte espantosa? Todo individuo civilizado, poseedor de los centavos necesarios para comprar una caja de cerillas, sabe perfectamente que esa suerte espantable podría conjurarla sólo haciendo una revolución para derrocar al presidente que se opone al monopolio, y sentar muy quietecito en su silla al que esté deseoso de protegerlo.

Don Ramón y don Gabriel se sentaron en un banco con asiento y respaldo de tule, que se hallaba sobre la tierra seca de los portales.

Los caballeros eran viejos conocidos. Desde jóvenes habían convivido en muchos lugares y se habían cruzado en muchos caminos, dedicados al tráfico.

—¿Todavía te dedicas a la venta de ganado? —preguntó don Gabriel.

—No, hace ya mucho tiempo que la dejé —contestó don Ramón—. La verdad es que produce muy poco. Ahora me dedico a algo mejor, a algo que me deja más con menores riesgos. Ahora es otro el ganado con el que trafico; ahora me dedico a enganchar gente para las monterías y algunas veces para las fincas cafeteras. Por cada indio que entrego con su respectivo contrato en Hucutzín durante las fiestas de la Candelaria, me dan treinta pesos, y si los entrego en las monterías, me dan cincuenta. No tengo más gastos que los necesarios para mantenerme cuando ando de jira por los ranchos y las comunidades libres en busca de brazos. La única pérdida me la ocasionan los que mueren en el camino o los que logran escapar, pero esto pasa rara vez. Buen negocio, Gabriel, yo sé lo que te digo. Además, en algunas de las monterías, cada año suelen morir la mitad de los hombres y éstos tienen que ser reemplazados por otros. Así, pues, el negocio no afloja en todo el año. Es muchísimo mejor que el tráfico de cerdos, mulas y caballos.

Sacudió la ceniza de su cigarro y esperó el comentario de don Gabriel. Pero don Gabriel estaba embebido en sus pensamientos, miraba un futuro dorado y trataba de mostrarse a sí mismo el camino a seguir para meterse en tráfico tan provechoso. No quiso pedir consejo inmediatamente a don Ramón, porque pensó que tal vez a éste no le gustaría mucho tener un competidor y que bien podía darle una pista falsa. Se quebraba la cabeza pensando en la mejor forma de inducir a don Ramón a contarle

los secretos de sus métodos en el negocio.

Como don Gabriel persistiera en su silencio, don Ramón le obligó a romperlo dándole una palmada en el muslo y diciéndole:

—¿Y tú qué haces? ¿Sigues con el ganado o lo dejaste ya?

—Sí, ya lo dejé, ahora tengo un puesto público, soy delegado en Bujvilum.

—Mal asunto, amigo —dijo don Ramón moviendo la cabeza—. En esos pueblos de indios no hay manera alguna de echarse un peso a la bolsa, porque en cuanto ellos echan mano de un real se lo gastan en aguardiente. ¿Y al delegado qué le queda? ¡Nada! Yo también me vi en esas hace dos años: ninguna perspectiva, mucho trabajo y siempre un machete esperando para rebanarte el pescuezo y, si no quieres temer por tu vida, deberás conducirte amablemente y conformarte con los centavos que te deje el tendajón.

—Tienes razón, Ramón; la cosa es exactamente como la pintas; pero el asunto es que no he podido conseguir nada mejor.

—¿Qué haces en Cahancu?

—Voy de paso nada más; llevo a Jovel a un hombre para que allá lo juzguen. Él mató a otro; yo quería arreglar el asunto en el pueblo, pero resulta que no pudo darme ni un centavo. Como tú comprenderás, la cosa es bastante seria, y para no perder mi autoridad necesitaba hacer algo; de no hacerlo habría tenido un asesinato cada semana, hasta que las cosas llegaran a tal grado que no habría ni traficante ni viajero que se aventurara por aquellos rumbos y hasta yo tendría que temer ser muerto a la luz del día, como ocurrió al delegado de Bicocac, quien al fin tuvo que mandar pedir un pelotón de soldados para que lo ayudaran a mantener el orden. Ahora que tú sabes lo que es tener en el pueblo a los soldados; las raterías empiezan a menudear y las peleas por las mujeres no acaban nunca. Entonces se colma el plato y el descontento y la inquietud llegan a su grado más alto.

—¿Qué edad tiene el hombre que llevas a Jovel? —preguntó don Ramón.

—Más o menos, veintiocho años.

—¿Fuerte y sano?

—Como un toro de cuatro años —contestó don Gabriel.

—¿Qué precio le habías puesto?… Bueno, ¿cuál era la multa?

—Por cincuenta pesos lo habría dejado libre —dijo don Gabriel—; pero no tenía siquiera cinco, ni esperanzas de juntarlos jamás, porque no tiene suficientes puercos ni borregos, y el maíz que cosecha apenas le alcanza para mantenerse.

—Óyeme, amigo —dijo don Ramón, después de reflexionar por unos instantes—. ¿Le has dado a alguien cuenta y razón del asunto?

—No, aún no lo hice —contestó don Gabriel—; de haber enviado una relación escrita, estoy seguro que habría llegado después que yo, ya que prácticamente nos hallamos incomunicados. La única forma de hacer llegar una carta a algún sitio es entregándola a algún viajero o traficante que prometan no olvidarse de llevarla al correo en cuanto lleguen al primer pueblo en donde lo haya.

Don Ramón dio una palmada más en el muslo de su amigo y dijo:

—Me parece que podremos hacer un trato. ¿Por qué no me vendes al muchacho por el precio de la multa y diez pesos más que te daré para tus gastos? Yo lo mandaré con una cuadrilla a las monterías. Por ello yo nada perderé, puesto que los sesenta pesos que te dé se los cargarán a él en su cuenta, como es cargada en la cuenta de cada hombre la comisión que a mí me pagan por entregarlo.

Don Gabriel no dijo ni sí, ni no, y don Ramón pensó que tal vez le remordía la conciencia, y se apresuró a borrar aquellos escrúpulos peligrosos.

—¿Qué será del hombre en Jovel? Lo sentenciarán a cinco o diez años en algún penal, y no sobrevivirá al castigo ni tres meses. Yo sé lo que te digo; eso de pasarse día tras día encerrado entre cuatro paredes y una hilera de barras, sin poder mirar al cielo, ni los árboles ni la pradera, lo matará, no podrá soportarlo ni siquiera unas semanas. Mejor será su suerte si lo mataran; pero no lo matarán, y si ha de cumplir una sentencia, bien puede cumplirla en la montería, en donde su trabajo será de mayor utilidad que en el presidio o en cualquier otro sitio al que lo manden. En una montería tendrá que trabajar muy duro, es verdad; pero es fuerte y está acostumbrado al trabajo. Además estará al aire libre y en compañía de otros como él. Entre tú y yo, Gabriel, debo decirte que obrarás piadosamente si me entregas al muchacho.

Don Gabriel hizo un gesto de indiferencia.

—El hombre no me interesa y, por tanto, me importa muy poco obrar misericordiosamente o dejar de hacerlo. ¿Qué puede importarme a mí un indio?

Pero le ocurrió que, sin darse cuenta, involuntariamente, mientras decía estas palabras, veía nuevamente a Gregorio despidiéndose de su mujer y de sus hijos. Gregorio jamás le había hecho a él daño alguno, y sintió un golpe de piedad en su corazón. Sí, un solo golpe, una sola llamada de piedad, no de la piedad que hubiera sentido por otro hombre como él, sino la piedad que una bestia inspira cuando mira tristemente a un hombre y en su mirada hay un rasgo de esperanza por la salvación que ese hombre puede procurarle, toda vez que las bestias no tienen Dios que las salve, que se apiade de ellas.

Pasado ese instante, no fue el dinero lo que influyó sobre Gabriel en favor de Ramón. Pensó en la proposición de éste y llegó a la conclusión de que de hecho sería mucho mejor para Gregorio mandarlo a una montería en vez de encerrarlo en una prisión. La cosa que quedaba por saber era de dónde le sería posible regresar algún día: del presidio o de la montería. Si lo condenaban a prisión, podían hacerlo por un período de cinco, ocho o diez años. Esto dependía del humor que dominara al juez, y ese humor estaba sujeto a muchas circunstancias; una riña con su mujer, un desayuno indigesto, dificultades con alguna de sus amigas, la borrachera de la noche anterior o bien la simpatía o antipatía que el indio le inspirara o el estado de ánimo en que se encontrara para aplicar un castigo ejemplar. También podía ocurrir que en la sala se

encontrara alguna muchacha bonita que despertara en él sentimientos amables o brutales, y que distrajera su atención pensando en la mejor forma de atraerla. De todas estas y otras muchas circunstancias dependía la condenación o la absolución de Gregorio y el plazo de su condena, que podía alcanzar hasta veinte años o bien ser de muerte.

Cuando un indio es acusado, no piensa nunca en buscar quien lo defienda, pues bien sabe que no tiene con qué pagar su defensa. Como formalidad y para aparecer entre la fila de los civilizados, el Estado tiene defensores de oficio, que se concretan a decir: «Ruego que se atenúe la pena del acusado.» En seguida recogen sus papeles y se van para estar presentes en otro juicio más prometedor para ellos, porque resulta que ellos también tienen que buscarse la forma de poder vivir y de lograr que los suyos lo hagan.

Don Gabriel no pensó en todos esos detalles, porque le interesaban bien poco; pero sabía que una vez que Gregorio se hallara frente al juez, habría entrado en un mundo tan desconocido y lejano del suyo como desconocido y lejano le era cualquier planeta ignorado. En cambio la montería le resultaría tan familiar como su propio pueblo.

No necesitó don Gabriel de mucho tiempo para convencerse de que si a los ojos de la ley era injusto mandar a Gregorio a la montería, el destino de aquel hombre cambiaba y, sin duda, de poder hacerlo, él mismo habría optado por él. Mandó por Gregorio.

—¿Sabes, muchacho, lo que harán contigo en Jovel? Probablemente te fusilarán.

—Sí, patroncito; ya lo sé.

—Y si no lo hacen —continuó don Gabriel—, te meterán a la cárcel por veinte años, y allí nunca podrás mirar el sol o el cielo, y finalmente te morirás.

—Ya lo sé, patroncito —repitió Gregorio.

—Aquí este caballero —dijo don Gabriel, señalando a don Ramón—, quiere llevarte a las monterías. Allí estarás siempre al aire libre, siempre en el bosque. Podrás ver los pájaros, los animales, y trabajarás con otros muchachos indios como tú, con quienes podrás hablar. El trabajo será duro; pero el trabajo duro a nadie le hace daño. Allí trabajarás hasta que acabes de pagar la multa y el precio del contrato. En tres años volverás a ser libre otra vez y volverás al lado de tu mujer y de tus hijos.

—Eso me gustaría, patroncito —dijo Gregorio.

—En tres años todo se habrá olvidado, y podrás volver a vivir en paz y feliz como antes.

—Sí, patrón.

—Entonces, ¿quieres irte con don Ramón a la montería? —preguntó don Gabriel.

—Sí, patrón.

—Bien, yo haré todos los arreglos necesarios para que no te manden a la cárcel y firmaremos el contrato aquí, ahora mismo —dijo don Gabriel.

En el contrato se apuntó a Gregorio una deuda de sesenta pesos, que debía pagar con los dos reales que ganaría diariamente. Ésa era la suma que don Gabriel recibiría por entregarlo. Cincuenta pesos por la multa y diez pesos para los gastos. También se cargaron en el contrato los cincuenta pesos que la compañía pagaba por cada trabajador. Finalmente, había que cargarle también los veinticinco pesos que por el resello se echaba a la bolsa el presidente municipal de Hucutzín. Hucutzín era el último poblado por el que se pasaba antes de llegar a la montería. El presidente municipal de Hucutzín estaba obligado a arrestar a cualquier hombre que rompiera su contrato y escapara, y devolverlo inmediatamente a la compañía; pero el que intentaba escapar tenía que pagar los gastos que su aprehensión causara.

Don Ramón sacó su lista y apuntó en ella el nombre de Gregorio, el lugar de donde era, su fiador, que era don Gabriel, y la deuda con la que se abría su cuenta.

Gregorio hizo varias rayas bajo su nombre a manera de firma. En ese momento contraía una deuda de ciento treinta pesos, pagadera a razón de veinticinco centavos diarios, lo que representaba quinientos cuarenta días de trabajo. Además, las camisas que necesitara, los sombreros de petate, los paquetes de tabaco, le irían siendo cargados a una nueva cuenta que tendría que pagar tan pronto como acabara de pagar la primera. Tan pronto como su deuda original fuera cubierta con quinientos cuarenta días de trabajo, tendría que empezar a trabajar los días que vendrían a cubrir la siguiente, y ésta, debido a las necesidades que tendría que llenar en sus primeros quinientos cuarenta días, sería mayor que la primera, y así quién sabe hasta cuándo. La cosa es que mientras un trabajador deba diez centavos a la empresa no podrá considerarse libre.

En esa forma el indio Gregorio, por obra y gracia de la gran bondad de su conciudadano, de aquel semejante suyo más cultivado y católico, fue salvado de la cárcel que otros semejantes cristianos tenían lista para encerrarlo. La esperanza de volver a ver a su mujer, a sus hijos, a su madre, a sus amigos; de volver a hallarse en su pueblo, se realizaría en dos mil seiscientos treinta y cuatro días, y eso siempre que no comprara en la tienda de la compañía nada, ni siquiera un correa para sus huaraches, si no la necesitaba en forma inaplazable.

El beneficio inmediato que don Ramón obtuvo, fue el de contar con la compañía y el trabajo de un arriero joven y fuerte; que no le costaría más de los pocos centavos que gastara en alimentarlo; y para don Gabriel, el de haberse echado a la bolsa los sesenta pesos que la compañía pagaba por Gregorio, a través del vale que don Ramón le entregaba, y que podría hacer efectivo en cualquier tienda de Jovel.

Esos sesenta pesos, que eran mucho más de lo que don Gabriel había visto pasar por su bolsillo en los últimos dos años, encendieron su ambición. En sus mejores días, allá cuando se dedicaba al tráfico de bestias, jamás había ganado en un día tanto dinero como ahora, traficando despiadadamente con un indio.

Con el ánimo muy bien dispuesto, ambos hombres iniciaron una cordial conversación, y don Ramón no tuvo empacho en comunicar a don Gabriel todos los secretos de su trabajo. Le expuso detalladamente todos los pasos que daba y todas las mañas de que se valía. Lo único de lo que hay que cuidarse es de no enganchar hombres sin su consentimiento, por lo menos cuando haya alguien interesado en probar que uno lo ha hecho, «porque como tú sabes, Gabriel —agregó don Ramón—, todos los ciudadanos mexicanos somos libres. La esclavitud está prohibida y es severamente castigada. Ningún ciudadano mexicano, criollo, mestizo o indio, puede ser retenido o vendido como esclavo; pero la esclavitud nada tiene que ver con el derecho a contraer deudas. Todo hombre es muy libre de contraer las deudas que quiera. En el momento en que se usaran la amenaza y la tortura para inducir a un hombre a contraer una deuda, el acreedor se colocaría fuera de la ley. Si países tan altamente civilizados como Inglaterra condenaban a presidio a los deudores; si otros países igualmente civilizados también lo hacían con los insolventes, no hay razón alguna para no considerar a México como un país civilizado, porque su dictador apoye a los acreedores a fin de que obtengan el pago de sus deudores, porque el que contrae una deuda, debe pagar. Es esto lo que ordena la vieja y buena ley romana, respetada por todo país que quiere ser visto por los demás como altamente civilizado. Si el deudor no puede pagar con dinero, debe pagar con lo que tenga, y si nada tiene, tendrá que pagar con su trabajo. El proletario que no puede privarse de una cama, de una mesa para comer y de otros lujos, debe adquirirlos en abonos y no debe sorprenderse de ver su libertad coartada hasta verse reducido a la esclavitud. Nadie obliga a los indios a contraer deudas para comprar aguardiente, cohetes que hacer tronar en honor de los santos, y aretes y collares con cuentas de vidrio para sus mujeres.

»Y por cualquier lado que lo mires —continuó don Ramón, sacando a cuento su cristiana justicia—, en las monterías y en los cafetales se necesitan brazos que trabajen, si deseamos que las riquezas del país sean explotadas, a fin de que México conserve el alto y respetable sitio que le corresponde entre las demás naciones del mundo. Solo el trabajo, el trabajo duro y la labor infatigable, pueden llevar a nuestro país hacia la meta que perseguimos. Son éstas las mismas palabras que pronuncia nuestro presidente, don Porfirio, en el saludo que cada nuevo año envía al pueblo mexicano.»

—Sí, tienes razón —asintió don Gabriel—, esas palabras las ha dicho un ciento de veces y en ellas se encierra una gran verdad.

—Como tú ves, amigo —agregó don Ramón—, el tráfico de animales es un negocio cruel, porque tú mismo lo has visto. ¡Cuántas veces tiene uno un gran caballo, fuerte y hermoso, acostumbrado al buen trato, hasta a las caricias, y de pronto viene un comprador, uno de esos tipos conocidos por su crueldad; mira al animal, y éste instintivamente siente la brutalidad del hombre, tiembla y empieza a sudar; pero al caballo no se le pregunta si quiere o no irse con aquel hombre, al

caballo se le da simplemente a cambio del precio que pagan por él! Su propietario necesita dinero y debe vender el caballo. Yo, por mi parte, no puedo pedir la opinión de una bestia sobre el amo al que necesito venderla; la cosa sería absolutamente absurda; pero sí tengo que preguntarle a un peón si quiere ir a las monterías o no. Ya ves, ahora mismo acabamos de hacerlo con Gregorio, al preguntarle qué era lo que prefería, si ir a la cárcel o ir a las monterías. Eso le preguntamos ¿y qué contestó?

—Que prefería las monterías —dijo don Gabriel.

—Bueno, pues ahí tienes tú cómo se hace el negocio, sin presionar a persona alguna, aun cuando está claramente admitido que toda deuda debe ser pagada. La ciencia consiste en hacer que las gentes paguen sus deudas convencidas de que tú les estás haciendo el favor de proporcionarles la mejor manera de hacerlo.

Inmediatamente, don Gabriel se dio cuenta exacta del asunto, vislumbró la fortuna que tras él se hallaba y de la que podría hacerse sin esfuerzo alguno y sin necesidad de considerar un margen de pérdidas. Don Ramón no tenía mayor talento y, además, para el negocio no se requería talento alguno. En el distrito había cientos de peones y de indios independientes que habían contraído deudas y a quienes él conocía bien. En el propio pueblo en donde él era delegado había más de una docena con más deudas que cabellos y contra quienes legalmente podía proceder en la forma que más le conviniera, ya que no era ilegal ofrecerles la oportunidad de contratarse con una montería a fin de liberarse de sus deudas. Por el contrario, el gobierno se alegraba profundamente de ver que pagaban sus deudas y de que las compañías que tan buenos impuestos y regalías proporcionaban, no se vieran faltas de brazos a fin de que la producción y las exportaciones no cesaran. Las exportaciones eran necesarias para las finanzas del país; solo a base de ellas era dado mantener en alto la moneda nacional. Así, pues, resultaba altamente patriótico el surtir constantemente de brazos fuertes y activos a las monterías y a las fincas cafeteras del país, tan importante casi como morir gloriosa y miserablemente por el honor de la patria, a fin de asegurarse un buen puesto en el paraíso.

Ni don Gabriel ni don Ramón habrían dudado un solo instante en servir a su patria o en incrustarle media docena de balas a cualquier persona cuyo patriotismo fuera dudoso. Para ellos la patria era lo primero y lo último. Así, pues, ningún daño se le hacía a un indio dándole la oportunidad de contribuir a la fama, reputación y estabilidad financiera del país en donde había nacido, al que debía su nacionalidad, y en donde se hallaba el techo que a veces lo cubría. ¿Qué es un hombre, considerando entre ellos aun a los indios ignorantes, sin un país al que pertenecer, sin el derecho a llamarse miembro de la más noble y más valerosa nación del mundo? Nada, absolutamente nada. Ni siquiera un gusano, una mosca, un piojo. Ni siquiera una ramita rota por la tormenta. En el universo no hay sitio para él, es solo una molécula de polvo arrastrada sin descanso por el viento. Así, pues, era acción digna de todo

encomio aquélla de haber conjurado al destino que hacía del indio una molécula de polvo, dándole la grandiosa oportunidad de ayudar a México a conservar una posición estable en el mercado de valores del mundo. La Iglesia reconocía el precio de tan elevada acción, porque ella sufre bastante cuando los negocios andan mal.

¿Qué puede preocupar a un indio piojoso lo que deja en su pueblo? ¿Y qué es lo que hace allí por la gloria de su patria? Ni siquiera paga contribuciones; bueno, es decir, sólo paga impuestos sobre cada copa de aguardiente que se bebe, por cada cigarro que fuma, por cada vara de manta que compra a un precio dos veces más alto que el que en realidad vale y que le es cargado en virtud de las altas contribuciones que el fabricante se ve obligado a pagar. Pero el indio está obligado a hacer por el Estado algo más que pagar indirectamente contribuciones sobre los artículos de lujo que consume. Y ese deber sagrado puede cumplirlo mejor trabajando con todas sus fuerzas, hasta dejar en el trabajo su último aliento a fin de incrementar la producción y las exportaciones.

Con el tráfico de ganado solamente se persiguen intereses personales; pero el reclutar indios a fin de elevar la producción, es un deber patriótico. En tanto estés convencido de esta gran verdad, te será imposible pensar que cometes una injusticia o que obras cruelmente desbaratando a una familia y robando a un hombre todo aquello que constituye su vida. Solo es necesario encontrar la fórmula precisa; entonces, cualquier crimen será justificado y hasta santificado a tus propios ojos y a los ojos del mundo.

Don Ramón había encontrado la fórmula perfecta, o mejor dicho, la había hallado en las palabras de don Porfirio, el excelso estadista, y la había adaptado a sus propios propósitos.

No había crimen que dejara de cometer en la tarea que se había impuesto de proveer de brazos a sus amos. Las falsificaciones en las cuentas de los indios eran pecaditos insignificantes, necesarios para inducirlos a engancharse voluntariamente.

A menudo se portaba generosamente y distribuía aguardiente en aquellos pueblos en los que el delegado era propietario de la única tienda. Su generosidad aprovechaba al delegado quien, naturalmente, se mostraba amigable.

En cuanto los indios bebían lo suficiente, empezaban a reñir. Don Ramón se daba sus mañas para encender los ánimos y en un dos por tres se desataba la pelea. Tan pronto como algunos hombres eran muertos y muchos otros aparecían inculpados, se arrestaba a éstos. Al día siguiente el delegado madrugaba para aplicar a cada uno de ellos una multa de cincuenta o de ochenta pesos. Don Ramón pagaba las multas al delegado y los hombres cargaban con la deuda. El delegado certificaba los contratos y don Ramón se llevaba la red bien llena, con quince o veinte hombres pescados de un solo golpe. Si alguno de los hombres se negaba a engancharse, el delegado se apresuraba a acusarlo de asesinato y le daba a escoger entre el camino judicial y las

monterías. Siempre escogían las monterías.

El enganchador no siempre lograba envolver a los hombres en una pelea. Algunas veces porque se hallaban más calmados y amigables de lo que él deseara, y otras —la mayor parte de ellas— porque las esposas y las madres usaban de todos los medios que les era dado discurrir a fin de lograr meter en casa a sus hombres ebrios. Una vez que los tenían dentro del jacal, solo les eran precisas ciertas argucias para lograr que se tendieran sobre el petate y durmieran pacíficamente su embriaguez. Tan pronto como eran presa del sueño, por regla general no despertaban sino hasta que se hallaban sobrios.

Algunas veces, los enganchadores lograban que cuando los hombres estaban ya algo bebidos, aceptaran préstamos a cuenta de salarios futuros. Inmediatamente que alguno aceptaba el adelanto y nombraba a sus fiadores, el contrato se daba por hecho y los enganchadores echaban mano de sus hombres.

Ya de camino, los enganchadores se las arreglaban para que los traficantes indujeran a los indios a comprar artículos cuyos precios no podían pagar con el dinero que tenían; el enganchador se mostraba siempre complaciente y les adelantaba cuanto pedían sobre futuros salarios.

A menudo ocurría que los enganchadores, ayudados por funcionarios codiciosos y sin escrúpulos, se hacían con toda una tropa de indios que se dirigían al mercado de algún otro pueblo o a alguna fiesta, arrestándolos a todos bajo el pretexto de estar atacados de alguna enfermedad contagiosa, o de no estar vacunados, o de venir de algún lugar que se hallara en cuarentena o de traer consigo animales atacados de enfermedades transmisibles. Los indios no entendían qué era nada de aquello; pero antes de que pudieran darse cuenta cabal de lo que se pretendía hacer de ellos, se encontraban convertidos en peones de las monterías, de donde no había manera de escapar.

Ocurría en ocasiones que algún ranchero o traficante era muerto y despojado en algún camino, o se hacía correr el rumor de que aquello había ocurrido, aun cuando nadie supiera con precisión quién era el muerto, cómo se llamaba, dónde vivía y quién lo reclamaba, pero varios objetos pertenecientes a la presunta víctima aparecían caídos por algún camino que tendría que ser cruzado por indios independientes. Los indios recogían aquellos objetos, creyendo que alguien los había perdido. En cuanto llegaban al primer poblado se les arrestaba, se les registraba y se les encontraban los artículos de referencia, y todo el grupo, a menudo incluyendo a las mujeres y a los niños, era acusado de robo y de asesinato y era entregado a los enganchadores, quienes se encargaban de llevárselo a las monterías.

Luego aparecía cortado el hilo del telégrafo y encontrábase la falta de algunos metros de alambre. Inmediatamente, el pueblo de indios independientes más próximo al lugar del daño era rodeado de soldados. Se arrestaba a todos los hombres y se colgaba de un árbol de la plaza a dos o tres de los más viejos y, por último, se llevaban a dos docenas de hombres fuertes a las monterías. Nadie se preocupaba por

averiguar quién había cortado los hilos del telégrafo, aun cuando se sospechara de cierto enganchador y de sus secuaces. Los indios cargaban con la culpa y allí acababa el asunto.

La comisión pagada por el reclutamiento de brazos era lo suficientemente alta como para poner en práctica cualquier procedimiento a fin de lograrla.

Algunas veces los enganchadores llegaron tan lejos con sus procedimientos, que hasta los caballeros mexicanos protestaron ante las autoridades por sus brutalidades. Algunas veces lo hacían movidos por un sentimiento humanitario; pero los finqueros, como otros caballeros poseedores de grandes propiedades, no se interesaban mucho por el destino de los indios independientes. Estas colonias independientes en nada favorecían los intereses de los terratenientes, porque podía ocurrir que algunas familias de peones que formaban, con el ganado, parte de la propiedad del hacendado o del finquero, dejaran la finca tan pronto como su experiencia y los sacrificios que hicieran les permitieran librarse de las deudas que tenían con el patrón, y se marcharan en seguida a reunirse a alguna de aquellas comunidades libres. En esa forma los hacendados podrían perder buena parte de sus trabajadores.

Así, pues, resultaba ventajoso para los finqueros que los indios no fueran muy felices con su independencia. Los peones de las haciendas y de las fincas no podían ser enganchados para las monterías, a menos que el patrón diera su consentimiento, por lo que los peones de las haciendas se sentían más a salvo.

Había una razón más por la que los hacendados y los finqueros se quejaban alguna vez de los métodos ilegales y violentos de los enganchadores, y esa razón era que si los indios independientes eran fustigados despiadadamente por los enganchadores y los funcionarios, abandonaban sus tierras y se internaban en la selva, agrupándose en bandas que hacían los caminos intransitables, realizando a la vez incursiones a las haciendas, de donde se llevaban ganado y cuanto podían, destruyendo algunas veces los silos y hasta partes del casco. El daño sufrido por las haciendas antes de que llegaran tropas a perseguir a las bandas de la selva eran tan grandes, que por ello los hacendados y los finqueros protestaban, de vez en cuando, por los brutales procedimientos de los agentes. Si las quejas eran numerosas, y si los métodos criminales eran puestos al descubierto, y si además aparecían en algún periódico norteamericano uno o varios párrafos sobre las condiciones de barbarie reinantes en México, entonces algunos enganchadores eran arrestados y juzgados.

El único punto de defensa de los agentes era el patriotismo, ya que ninguno de sus actos se debía al deseo de lucro, sino simple y sencillamente a su gran patriotismo.

Además, era fácil comprobar su aserto. Don Porfirio, el presidente de la República Mexicana, había dado, en cambio de dinero contante y sonante, concesiones a las compañías extranjeras para que explotaran las maderas preciosas de los bosques, que constituían una de las mayores riquezas del país. Mientras más se explotaran los recursos naturales del país, mayor crédito internacional tendría la moneda en el mercado de valores. Por lo tanto resultaba altamente patriótico el hecho

de cooperar en la labor, para lograr poner esas riquezas a disposición del mundo. Pero las empresas no podrían explotar esas riquezas si carecían de brazos. Sin brazos, la mejor de las concesiones carece de valor y la riqueza del país permanece inexplotada en selvas remotas y en montañas abruptas. Era, pues, un acto de patriotismo conseguir brazos que trabajaran. Si los hombres poseedores de esos brazos no se prestaban voluntariamente, había que llevarlos por la fuerza, a fin de que contribuyeran a la riqueza de la nación. Ése era su deber como ciudadanos, como era el deber de los ciudadanos lanzarse a las trincheras si la patria lo reclamaba. El individuo no tiene derecho personal alguno sobre su existencia, mucho menos aún sobre su trabajo, cuando el Estado decide que así sea.

Ningún juez podría alegar respecto a razones de esa naturaleza. El juez era un funcionario del Estado, y su existencia como juez, su posición social y sus ambiciones personales estaban en todos sentidos ligadas a la prosperidad del país.

Cuando el juicio terminaba, el juez tomaba la palabra para expresar a los acusados, en nombre de la patria, el agradecimiento que se les debía por el duro y magnífico trabajo que se habían echado a cuestas, en su afán de colaborar en el engrandecimiento y la riqueza del país.

A los indios víctimas del brutal sistema no se les permitía aducir pruebas ni se aceptaban testigos de su misma raza, porque los indios no tenían derecho alguno a comparecer ante las autoridades más que cuando lo hacían en calidad de acusados. Lo único que los indios podían ofrecer al Estado era su trabajo; así, pues, su deber, deber que también Dios les imponía, era el de trabajar por la gloria y la grandeza de su patria en las monterías.

Naturalmente que el juez recomendaba también, sonriente y amigable, a los enganchadores no llevaran su patriótico trabajo al extremo de privar a los indios de sus derechos personales, porque, después de todo, un indio era un hombre bautizado por la Iglesia católica.

Los agentes enganchadores prometían seguir la recomendación del señor juez, afirmando nuevamente que nada habían hecho que pudiera considerarse en contra de la ley, como podían probarlo fácilmente.

—Como ves —dijo don Ramón para terminar—, los engranajes están muy bien ajustados y engrasados. Por lo que a mí toca, tengo mano libre porque mis relaciones con el gobernador son excelentes, y también lo son con todos los funcionarios que pudieran acarrearme dificultades. Los jefes políticos, los presidentes municipales, los jueces, los delegados, todos ellos tienen que vivir también, y esto lo tengo yo muy presente. En cuanto a los indios, ¿qué le importa al mundo que vivan o que mueran? Lo único importante es que trabajen. Los caballos y los bueyes solo nos preocupan cuando podemos servirnos de ellos; pero en cuanto dejan de servir, su vida carece de importancia, su vida no vale ni un centavo.

En la mente de don Gabriel se había infiltrado, fijándose fuertemente, la idea de dedicarse al negocio de enganchador, y de hacerlo por cuenta propia desde el principio; pero la larga exposición que le acababa de hacer don Ramón lo inclinó hacia la idea de formar una sociedad, porque primero tendría que familiarizarse con los escollos y las trampas para saberlas sortear y lograr que el negocio marchase suavemente.

Era lo bastante listo para no dejar escapar aquella oportunidad, que parecía caerle del cielo.

—He estado pensando, Ramón, en todo lo que me has dicho sobre el negocio y pienso que tal vez te convendría tomar un socio. Para hablar con las cartas sobre la mesa y sin rodeos, dime: ¿Qué te parecería que nos juntáramos para hacer el negocio?

A don Ramón le sorprendió la proposición; pero como buen hombre de negocios, vio rápidamente las ventajas que podría sacar de ella. Don Gabriel estaba familiarizado con regiones que él apenas conocía. Se hallaba en buenos términos con otros muchos delegados de pueblos indígenas y conocía a todos los finqueros de los distritos en los que era fácil comprar brazos; además era amigo del jefe político. Si aceptaba como socio a don Gabriel, su radio de acción se extendería enormemente.

Había otra razón por la cual don Ramón creía conveniente tener un socio. La razón era esta: don Ramón llevaba a los indios que enganchaba sólo hasta Hucutzín, en donde se los pasaba al representante de la montería, que lo esperaba allí el día de la fiesta de la Candelaria y que tomaba a los hombres una vez que el presidente municipal había certificado sus contratos. Su responsabilidad terminaba en Hucutzín el día que entregaba a los hombres en buenas condiciones, y le eran pagados treinta pesos por cada uno; pero si llevaba a su tropa hasta la montería, entonces le daban cincuenta pesos por cada hombre. Algunas empresas llegaban a pagarle hasta sesenta pesos. El costo del transporte de los hombres desde Hucutzín hasta las monterías era insignificante en comparación con los gastos que habían de hacerse cuando se recorría el estado en busca de brazos. Pero la travesía de la selva conduciendo a los hombres era peligrosa y muy pesada. Sólo una vez la había hecho, y a partir de entonces había preferido pagar a algunos ladinos que la hicieran por él; pero esos ladinos le costaban caro. Había que pagarles un sueldo fijo, y, además, no se preocupaban mucho si algún indio escapaba. Cada hombre representaba mucho dinero. El enganchador había pagado sus deudas y, además, les había adelantado algún dinero para afianzar el contrato. Por otra parte, había que pagar por la certificación del contrato en Hucutzín. Muchas veces, un solo indio representaba una inversión de ciento cincuenta pesos. La captura de alguno que se escapaba podía costar semanas, y muchas veces, después de la búsqueda, no se le encontraba. Algunas veces perecía en la selva y otras lograba alcanzar algún poblado vecino, en donde le era dado esconderse entre amigos de su tribu, que sabían cómo ponerlo al

abrigo de las miradas de cualquier ladino que llegara por allí.

Ahora, en lo que al negocio se refería, el éxito sería sin duda mayor si lo manejaban dos personas; porque cada una podía irse por su lado a enganchar gentes, escogiendo para ello los distritos que mejor conocieran. En esa forma podían echar mano a mayor número de hombres en menos tiempo. Asimismo se podría arreglar fácilmente el enganche de hombres, no solo para las monterías, sino también para las fincas cafeteras, ensanchando así el radio de operaciones, que no dejarían de llevarse a cabo en todo el año. Las monterías se hallaban ocupadas todo el tiempo; pero las fincas cafeteras necesitaban mayor número de hombres especialmente durante la cosecha. Estos hombres se enganchaban por dos o tres meses solamente. Después de la cosecha o de la limpieza de las plantaciones, estos hombres regresaban a sus pueblos, por esta razón era mucho más fácil conseguirlos. A veces no costaba trabajo alguno conseguir un centenar de hombres para las plantaciones. Muchas veces, después de haber trabajado en una de ellas durante la cosecha, ellos mismos se presentaban a ver al agente cuando sabían que se hallaba en el pueblo, siempre que ese agente les fuera conocido y no cometiera el error de escatimarles el aguardiente ni de presionarlos demasiado para que aceptaran adelantos.

Don Ramón pensó rápidamente en la proposición, y aun cuando pronto aceptó como socio a don Gabriel, no dejó de pensar en los pros y en los contras de ello. Uno de los contras era que don Gabriel podía llegar a ser un competidor peligroso en los distritos que don Ramón consideraba suyos. Para compensarse por adelantado de las pérdidas que pudiera sufrir con la competencia que don Gabriel pudiera hacerle más tarde, le puso ciertas condiciones antes de aceptar la proposición.

—No me parece mala la idea, Gabriel —le dijo—. Somos buenos amigos y podríamos trabajar muy bien los dos juntos; pero recuerda que tú tienes que aprender el negocio y que yo tengo que enseñarte cómo se hace. A mí me ha costado gran trabajo echarlo a andar. En el cuero tengo bastantes agujeros de bala y heridas de machete, que me recuerdan constantemente mi duro aprendizaje. Yo puedo enseñarte más de una maña para conseguir lo mismo sin menoscabo de tu pellejo. Nunca había pensado en tomar un socio, porque, a decir verdad, me va muy bien solo. Para probártelo, te diré que ando en el negocio desde hace relativamente poco tiempo y ya tengo mi buen guardado.

—Te creo, Ramón —dijo don Gabriel en tono convencido, que disimulaba malamente su temor de que don Ramón no lo aceptara.

Don Ramón había llegado a conocer bastante bien a los hombres durante los años que llevaba en el negocio. Sabía bien cuál era el lado flaco de los finqueros que se negaban a entregar a alguno de sus peones, y sabía cómo sorprenderlos cuando más descuidados se hallaban. Acostumbraba pasar dos o tres días en la finca en la que pensaba negociar, a fin de estudiar cuidadosamente al finquero y a las relaciones que

éste llevaba con sus peones.

Siempre alerta para descubrir todo aquello que pudiera afectar su negocio, pudo descubrir inmediatamente el temor que se escondía detrás del tono que don Gabriel había dado a sus palabras, y, cogiéndolo al vuelo, lo hizo virar, sin escrúpulo alguno, hacia donde a él le convenía.

—Desde luego que si quieres asociarte conmigo, no seré yo quien diga que no a un buen amigo como tú, Gabriel. Pero comprenderás que yo no puedo hacerte partícipe de mi negocio nada más por amistad.

—Desde luego; eso ya lo sé —repuso don Gabriel ansiosamente—. No creas que soy tan tonto; pero aquí entre nos, te diré que de dinero no ando muy bien. Podría aportar unos doscientos pesos, y, ya haciendo el sacrificio máximo, pondría cincuenta más; pero eso es todo lo más que puedo.

Don Ramón no echó en saco roto la confesión de don Gabriel. Aquél nunca había pensado en pedirle que aportara cantidad alguna; pero aceptó la oferta. Nunca hay que dejar tirado lo que nos sale al paso, sobre todo cuando tiene cara de dinero.

Dando a su voz una expresión magnánima, don Ramón dijo a don Gabriel:

—Mira, yo no intento que inviertas en el negocio todo lo que tienes, por eso te voy a hacer una proposición mejor. Dame ciento cincuenta pesos como prima y, en el futuro, por cada hombre que traigas me darás siete pesos y medio; en esa forma a ti te tocarán veintidós pesos y medio por cada par de brazos, y si entregamos a los hombres directamente en las monterías te quedarán de cuarenta y dos y medio a cincuenta y dos y medio pesos por cada uno. Así trabajaremos durante el primer año de nuestra asociación. El siguiente año, me darás cinco pesos por hombre, y al cabo de dos años trabajaremos en igualdad de condiciones; bueno, quiero decir que tú te echarás al bolsillo la comisión íntegra que las empresas paguen por cada hombre de los que tú consigas, y si, como es muy fácil que ocurra, conseguimos los hombres en el mismo distrito, entonces iremos a medias, sin importar los hombres que cada quien enganche. ¿Estás de acuerdo, Gabriel?

—De acuerdo —dijo don Gabriel—, de acuerdo bajo mi palabra de honor.

—También yo te doy mi palabra de caballero —repuso don Ramón—. ¿Cuándo empezamos?

—En los primeros días del mes entrante —respondió don Gabriel—. En Jovel es bien poco lo que tengo que hacer, así es que en seguida regresaré, y me encaminaré hacia la cabecera para entregar mi renuncia al jefe político. Antes veré a quién puedo recomendar para que ocupe mi puesto, aunque, en todo caso, mi hermano podrá ocuparlo mientras el jefe encuentra a quien haya de reemplazarme.

—Bueno, entonces en eso quedamos —dijo don Ramón—. Puedes pagarme los ciento cincuenta en dos partidas. Cincuenta ahora mismo, para cerrar el trato, y el resto a principios del mes entrante. Nos encontraremos aquí, en Cahancu y haremos planes para nuestra campana. Aquí te adiestraré en todas las mañas y harás de Chiilum tu cuartel general, desde donde trabajarás en las comunidades libres y en las

haciendas que queden alrededor. Yo me estableceré en Oshchuc. Tan pronto como hayamos reunido a cien o a ciento veinte hombres entre los dos, nos pondremos en camino. Con ochenta bastaría y además iríamos más seguros. Es peligroso llevar muchos. Ya te daré instrucciones precisas respecto a las palabritas mágicas que hay que emplear y respecto a determinadas mañas que hay que darse. Por eso no te preocupes. Pero antes que nada debo recomendarte que no te dejes llevar por sentimentalismos tontos; éste es un comercio como cualquier otro, la experiencia que tienes como traficante en ganado te servirá de mucho. Si los ganaderos y los traficantes se pusieran a compadecer a las cabras que con las patas rotas yacen en los mercados o a las vacas que mugen cuando son llevadas al matadero, no habría chuletas en las carnicerías y, créeme, las gentes gustan de la carne como gustan de colgar sus trapos en armarios de caoba.

»El mercado en el que tú debes de pensar es ese, amigo. Las gentes quieren comer chuletas y quieren también tener armarios de caoba. Si las monterías carecen de brazos, las mujeres tendrán que pasarse sin sus flamantes armarios, tocadores y mesitas de caoba. Si empezáramos a enjugarnos las lágrimas por cada cabra yacente con las rodillas fuertemente atadas, ¿con qué harían las gentes el puchero? Si nosotros no surtimos de brazos a las monterías, otros se encargarán de hacerlo. El mundo pide ser servido y paga por el servicio, y nosotros no tenemos la culpa de ello. Si te metes bien en la cabeza las razones que te he dado, podrás conseguir veinte hombres cada semana. Estos hombres les hacen a sus mujeres un hijo cada año, los hijos crecen y se hacen hombres también y si no se les manda a las monterías, ¿qué haremos con ellos? Más vale llevarlos a que trabajen y no dejarlos para que las plagas acaben con ellos, o ellos mismos se maten entre sí. Creo que mi explicación ha sido bastante clara y solo me falta agregar que el gobierno nos respalda, porque el gobierno necesita cobrar contribuciones y los funcionarios necesitan disfrutar de ciertos ingresos extraordinarios. Además, ¿para qué sirven estos indios? Nacieron para trabajar, y si no lo hacen resultan un estorbo. Entonces, hay que hacerles el favor de decirles para qué se encuentran en la tierra. El dinero no llueve del cielo. Pronto te enterarás de lo duramente que tenemos que trabajar para conseguirlo.

Don Gabriel escuchaba atentamente y no dejaba que se le escapara ni una sola palabra. La mitad de lo que escuchaba lo sabía por experiencia propia; así, pues, no le fue difícil entender el resto.

Sabedor de tan importantes asuntos, podía mirar claramente el brillante porvenir que le esperaba, y cuando pagó a don Ramón los primeros cincuenta pesos de la prima, lo hizo con gran satisfacción.

Así fue como don Ramón sólo tuvo que pagar diez pesos a don Gabriel por Gregorio. Muy raras veces había tenido la fortuna de hacerse con un indio fuerte y sano como ése a tan bajo precio.

Cerrado el trato, don Ramón compró dos velas de color en una de las tiendas que quedaban frente a los portales, y en seguida se fue a la iglesia, donde las colocó

encendidas frente a la imagen de la Santísima Virgen. Después se arrodilló, se persignó y rezó devotamente algunas avemarias. En seguida volvió a persignarse tres veces y dejó la iglesia, consciente de haber realizado un acto de devoción.

Mientras tanto, Gregorio había bañado cuidadosamente al caballo de su nuevo amo, y le había dado una buena ración de hojas secas de maíz.

VIII

Don Gabriel dejó a su esposa en Jovel, donde ella tomó una casa en la cual instalarse para iniciar su nueva vida. Estaba feliz porque su esposo había dejado el cargo de delegado y ella no se veía obligada a volver nuevamente a aquel espantoso pueblo de indígenas, en el que más de una vez había pensado que moriría prematuramente de tristeza. En Jovel se hallaba entre gentes de su clase, y empezó a sentir verdadera admiración hacia su esposo, por haber éste logrado mejorar su situación rápidamente, incorporándose a negocio tan honorable y cristiano. Sentía que su porvenir estaba asegurado. Confiaba en ello, hizo grandes compras de muebles, utensilios para la casa y vestidos y adornos para ella. En cuanto el tendero se enteró del seguro y remunerativo negocio de don Gabriel, no tuvo inconveniente en conceder a su esposa crédito ilimitado.

Don Gabriel llevaba consigo una recomendación de don Ramón para los representantes de las monterías en Tabasco. Allí se hallaba el cuartel general de los representantes, que disponían del dinero necesario para hacer adelantos a los agentes enganchadores, quienes, a su vez, si querían conseguir indios buenos para el trabajo, necesitaban disponer de dinero para hacer adelantos y para pagar por otras gestiones. El adelanto hecho era mejor garantía que cualquier contrato, ya que tenía que ser reintegrado o por los indios o por los enganchadores. Mientras más entrampado se encontrara un enganchador con la empresa, mayor sería su energía en todas las gestiones encaminadas a complacerla.

Don Gabriel se había convertido en un diente más del engranaje que liga a la selva con el tocador de las artistas cinematográficas y con las salas de conferencias de los ministros de Estado. Los engranajes se movían, y los dientes y los eslabones tenían que moverse con o sin su voluntad.

Durante las dos semanas que durara la ausencia de don Gabriel, don Mateo había ocupado su puesto de delegado.

Don Mateo había hecho el mejor uso posible del tiempo de que disponía. Deseaba mostrar cómo debe ejercerse la autoridad; en su opinión, su hermano no tenía ni la menor idea de ello.

Tenía en prisión a seis hombres, a quienes había hecho presos cuando se hallaban medio ebrios, después de beber el aguardiente que él les había vendido sin límite. Les había aplicado a cada uno una multa de cinco pesos, por haber perturbado la paz, y estaba en espera de que ellos mismos o sus parientes pagaran la multa para libertarlos. Pero no los había encerrado para mantenerlos ociosos; los había enviado al bosque a cortar leña que almacenaría para venderla en la mejor oportunidad. Como de costumbre, eran las madres y las esposas de los presos las que los alimentaban.

Durante las dos semanas de su gestión, había hecho cincuenta prisioneros; pero

todos, a excepción de los seis que aún estaban en la cárcel, habían pagado la multa, lo que significaba que él se había embolsado cuarenta y cinco pesos. Realmente don Mateo entendía el arte de gobernar.

Algo más había ocurrido durante la ausencia de don Gabriel. Cuando éste llegó al pueblo, encontró que su hermano traía un brazo en cabestrillo.

—¿Qué te pasó? —le preguntó.

—¿Qué crees que puede haberme ocurrido, hermanito? Sencillamente, que una de tus ovejas trató de despacharme de un machetazo. Afortunadamente lo vi a tiempo y metí el brazo. Por ello te darás cuenta del hatajo de asesinos en el que tú los has convertido. Si yo hubiera sido delegado del lugar todo el tiempo que lo has sido tú, ya los habría metido en cintura, y esto no hubiera ocurrido, te lo aseguro.

—¿Y por qué quiso matarte el muchacho? —preguntó don Gabriel.

—Sin motivo alguno; única y exclusivamente porque, como te dije antes, son un hatajo de bandidos, y nada más.

Don Gabriel sabía perfectamente que en el pueblo, persona alguna mataba sin tener una razón, clara o imprecisa, pero razón al fin. Sin embargo, no hizo más preguntas. Conocía a su hermano lo bastante para saber que nunca le diría la verdad.

Cuando el jefe de los indios se enteró de que don Gabriel había regresado, fue a saludarlo, y, cuando los dos hombres se encontraron solos, don Gabriel se enteró de lo ocurrido.

Una muchacha huérfana, que vivía al lado de sus padrinos, había ido a la tienda del cabildo a comprar cerillas. A don Mateo le gustó la muchacha y pidió al jefe de los indios que la enviara todos los días al cabildo para que le guisara, puesto que a él le era imposible comer las porquerías que guisaba la mujer que don Gabriel tenía a su servicio.

Hacía dos días apenas que la muchacha se hallaba en el cabildo cuando don Mateo se echó sobre ella, después de fracasar en su intento de conquistarla con listones y pañuelos de los que se vendían en la tienda. Pero el acto de violencia no tuvo mayor éxito que la conquista pacífica, pues la muchacha salió corriendo y gritando con el cabello revuelto y las ropas desarregladas.

Las muchachas indígenas son en extremo tímidas y no se atreven a hablar de desventuras semejantes más que a su madre, si acaso; pero en el pueblo, todos, especialmente los que estaban más íntimamente relacionados con su familia, se dieron cuenta de lo que había ocurrido, sin necesidad de obligar a la muchacha a que se avergonzara relatándolo.

La muchacha tenía un novio, con el que estaba comprometida desde hacía dos años. El muchacho trabajaba con todo empeño a fin de reunir el dinero necesario para hacer el regalo que debía al tío de la muchacha antes de la boda.

El día en que don Mateo se había echado sobre la muchacha, el novio se

encontraba en la selva cogiendo serpientes, ya que la piel de éstas podía venderse a buen precio. Aquella noche, en medio de una oscuridad profunda, don Mateo se asomó a la puerta e inmediatamente dos muchachos se le echaron encima con sus machetes. Como la puerta estaba abierta, don Mateo tuvo tiempo de dar un salto atrás y de salvar su vida, no sin haber recibido antes dos profundos machetazos en el brazo.

Ni don Mateo ni don Gabriel sabían quiénes eran los asaltantes, puesto que la noche del asalto, tanto el tío como el novio de la muchacha se hallaban en el jacal del cacique justamente a la hora en que don Mateo había sido herido. En verdad que el novio y el tío habían obrado hábilmente visitando al cacique, ya que ellos habrían sido los únicos sospechosos de un asalto a un funcionario como don Mateo, sin que se pudiera sospechar en cambio de otros familiares. Porque aun cuando los miembros de una familia se conocen bien unos a otros, para las gentes extrañas a la comunidad resulta difícil, si no imposible, determinar los lazos de sangre o las ligas que existen entre los diversos parientes.

—Nunca pude imaginar —dijo don Gabriel a su hermano— que fueras tan idiota, porque conoces bastante bien a estas gentes para saber cuáles son sus costumbres. Bien sabes que el que pone una mano sobre alguna de sus mujeres puede fácilmente perder el pellejo. Los indios respetan a las jóvenes y a las mujeres porque saben que su vida va de por medio. Así es que puedes considerarte afortunado de haber salido del asunto como saliste; aunque falta por saber si ellos están conformes, y a mí me parece que lo mejor que podías hacer sería irte inmediatamente, porque fuera de las paredes del cabildo nadie puede responder por tu vida.

Don Mateo se sentó sobre la mesa con las piernas colgadas y, haciendo un gesto, dijo:

—¿Conque así están las cosas, eh? Así es que lo que tú quieres es echarme. ¡Bonito hermano eres tú! Pero no te apures, que de todos modos ya tenía pensado irme. Don Belisario, el comerciante sirio, pasó anteayer por aquí y me trajo muy buenas noticias. El jefe de policía de Balún Canán, con quien tuve aquel pleito, ha pedido que lo pasen a Huixtla, porque el presidente municipal es su compadre. Además, don Belisario me dijo que el hombre no me guarda rencor alguno, y que ya se encuentra completamente restablecido. Así, pues, pasado mañana saldré para Balún Canán, donde sin duda encontraré algún puestecito conveniente, a lo mejor el de jefe de policía.

—Yo no quiero echarte; solo dije que será mejor que te vayas —repuso don Gabriel con calma—, porque por lo que veo, has hecho de este lugar un sitio muy peligroso para ti. No hay un solo hombre en la comunidad con el que no tengas cuentas pendientes. No sé ni quiero saber cómo has hecho esto en dos semanas. En cuanto al dinero que hayas hecho en mi ausencia, puedes tomarlo para tus gastos de viaje.

Don Mateo soltó una carcajada.

—¿Pues qué; creías que iba yo a dártelo? Mira que se necesita ser tonto para pensar en semejante cosa. Ese dinero lo he ganado yo con la cabeza, y si tú pudieras pensar un poco, con las reglas que yo dejo establecidas, en dos años podrías comprar la mejor finca del estado. Pero naciste tonto y lo seguirás siendo hasta que te mueras. No te lo digo por ofenderte, te lo digo simplemente para que lo sepas.

Don Gabriel no había dicho a su hermano una sola palabra respecto a sus futuras actividades como enganchador. Aquél habría saltado sobre el negocio como una pantera hambrienta sobre un muslo de caballo. A decir verdad, don Gabriel pensaba conversar con su hermano sobre el asunto; pero viendo el giro que tomaban las cosas prefirió callar. Si hablaba, don Mateo concebiría ideas personales sobre el negocio e inmediatamente se convertiría en competidor.

Don Mateo no podía ponerse en marcha, porque carecía de algún muchacho que lo acompañara. Todos aquellos a quienes don Gabriel se había dirigido con tal objeto, encontraban alguna excusa. Unos tenían que trabajar en la milpa, otros estaban enfermos de una pierna y otros más tenían a su mujer enferma.

Don Gabriel se percató de que nadie quería acompañar a su hermano. Ofrecía cuatro reales diarios por el viaje de ida y cuatro por el de regreso; pero no logró que nadie se decidiera a acompañar a don Mateo.

Aquella tarde, otro comerciante sirio pasó por allí camino de Achlumal. De allí a Balún Canán se hacían solamente dos días a caballo, y en el camino se encontraban muchas fincas, ranchos, haciendas y hasta pueblecitos. Así, pues, don Mateo se decidió a viajar con don Elías, el comerciante, hasta Achlumal para continuar solo el camino, a menos que pudiera encontrar a algún muchacho en Achlumal.

No fue hasta cuatro años más tarde cuando don Gabriel supo por don Elías lo que había ocurrido en el camino a Achlumal. Todos esos años había vivido don Gabriel en la creencia de que su hermano había llegado sano y salvo a Achlumal, porque nunca esperó que su hermano le avisara por carta o por cualquier otro medio de comunicación que había llegado bien a su destino. Además, él había dejado la comunidad indígena cuatro semanas después de la partida de don Mateo, y había estado viajando constantemente, por lo que una carta de su hermano difícilmente habría llegado a su poder.

Don Mateo salió con don Elías al amanecer. El camino hasta Hucutzín se hallaba muy solitario; pero, no obstante, llegaron sin novedad tres días después, al atardecer, precedidos por las dos mulas cargadas con las mercancías del comerciante.

Don Elías tenía algunos negocios que hacer y algunas cuentas pendientes que cobrar en Hucutzín, por lo que los dos hombres permanecieron allí todo un día.

Al día siguiente se pusieron en marcha hacia Achlumal. El camino también es solitario. A lo largo de él se encuentran algunas fincas tan grandes, que muchas veces se necesitan cuatro horas a caballo para ir de la casa de un finquero a la de otro. Algunos ranchitos explotados por indios o por mestizos, aparecen de trecho en trecho. Cuando los viajeros habían atravesado ya el río Jatate y se encontraban en el bosque, empezaron a oír de vez en cuando el crujido de ramas que se quebraban, como si alguien las pisara al abrirse camino entre la maleza.

Al principio pensaron que sería algún rebaño extraviado en busca de las hojas de algunos arbustos, que suelen gustar más a los animales que las hojas secas y pajosas de zacate; pero pronto se dieron cuenta de que el ruido no era producido ni por cabras ni por vacas, sino que alguien los venía siguiendo. Don Elías se alarmó pensando que alguien, procedente de Hucutzín, venía tras él para robarle el dinero que acababa de cobrar. Quiso regresar; pero don Mateo le hizo ver que la idea era tonta y que si lo que buscaban era su dinero ya encontrarían la forma de alcanzarlo. Lo único que cabía hacer era seguir adelante tan rápidamente como les fuera posible.

Los dos hombres se juntaron lo más posible, precedidos por las mulas que caminaban por aquella vereda, para ellas bien conocida.

Don Mateo hablaba con el comerciante, al parecer sin dar importancia al incidente; pero no dejaba de mirar a ambos lados de la vereda, esperando la oportunidad de descubrir a los hombres que los seguían.

Lamentaba haberse reunido al comerciante, porque estaba seguro de que los bandidos iban solo tras el dinero de aquél. Pero estaba seguro también de que en cuanto llegaran al sitio que les conviniera, lo matarían a él también, por haber sido testigo del asalto. Ahora le parecía que mejor hubiera hecho viajando solo. Las mulas, debido al peso de su carga, no podían apretar el paso, y él no podía galopar como hubiera querido para atravesar rápidamente los puntos que le parecían peligrosos.

—¡Allí! —gritó de pronto, interrumpiendo su charla—. ¡Mire, acabo de ver a uno de ellos! —Efectivamente, era un indio armado de una escopeta.

Don Elías trató de tomar aliento.

—Bueno, han de ser indios de alguna de las fincas, que andan de cacería. Seguramente le siguen el rastro a algún venado.

Don Mateo sacó la pistola y, tomando las riendas con la mano izquierda, empuñó el arma listo a disparar.

Habían caminado apenas cien pasos cuando don Mateo miró rápidamente hacia la izquierda.

—¡Párese ahí, tal por cual, o lo quiebro!

El crujir de ramas cesó instantáneamente y don Mateo disparó tres veces sobre el sitio en el que acababa de descubrir al hombre.

—Yo conozco esa cara —dijo como hablando para sí—. Sí, ese es uno de los hombres de Bujvilum, lo conozco muy bien. A la mejor ya le di.

Se apeó del caballo y se dirigió al sitio hacia donde había disparado. Apartó las ramas, pero no había nadie; solo quedaba el rastro de alguien que había estado allí parado y que se había retirado instantáneamente, dejando la yerba pisoteada y las ramas rotas moviéndose aún.

Regresó al lado de su caballo y antes de montar arregló la silla y completó la carga de su pistola. Cuando se hallaba arreglando la pistola, vio moverse la maleza, esta vez al lado izquierdo de la vereda, y gritó:

—Ahora estoy seguro, don Elías. Los dos son de Bujvilum, a los dos los conozco bien.

Disparó cuatro veces sobre la maleza y corrió a ver si había dado en el blanco. Como no encontrara en seguida lo que quería, se internó en la espesura pistola en mano.

Don Elías siguió adelante tras de sus mulas cargadas, cuidándolas para que no fueran a apartarse de la vereda, porque bien sabía él lo que significaba perseguir a dos bestias salidas del camino. Don Mateo no le preocupaba, porque sabía que conocía bien el camino y que estaba acostumbrado a andar por la espesura.

Al mediodía, don Elías llegó a una finca y esperó hasta el anochecer. Entonces descargó a sus mulas, a fin de pasar allí la noche.

—No tema por don Mateo —le dijo el finquero—, ya vendrá. Lo que ocurre es que tal vez su caballo se espantó al escuchar los disparos y se le escapó. Probablemente fue a parar hasta Bujvilum. Don Mateo debe haber tratado de alcanzarlo porque, naturalmente, no debe haber deseado perder ni su caballo ni su silla. Eso es lo que debe haber pasado. Sin duda se detendrá a dormir en algún ranchito; él no es ningún niño.

—Pero recuerde que por allí andaban aquellos muchachos —replicó don Elías.

—Tonterías —aseguró el finquero, llenando una vez más sus vasos de comiteco —. Los muchachos no le hacen daño a nadie. Yo llevo viviendo aquí cincuenta años y nunca he tenido dificultad alguna, y eso que acostumbro atravesar los bosques y la maleza en todas direcciones y hasta muchas leguas de distancia.

—Pero don Mateo me dijo que los muchachos que nos perseguían, él los conocía, porque eran de Bujvilum —dijo don Elías.

El finquero soltó la carcajada.

—Ahí tiene usted, don Elías. ¿Cómo puede usted pensar que media docena de indios emprendan un viaje que les lleva de tres a cuatro días, solo para seguir a don Mateo? Ellos nunca harían semejante cosa. Si realmente lo persiguieran, le habrían tendido una emboscada a una hora de distancia del pueblo. Le aseguro que no perderían el tiempo haciendo un viaje tan largo.

No obstante las razones del finquero, don Elías no se dio por convencido, y permaneció todo el día siguiente en la finca. El finquero envió tres peones al camino, para ver si hallaban a don Mateo.

Los muchachos regresaron al anochecer, diciendo que por las pisadas del caballo

habían podido ver exactamente el sitio en el que don Mateo desmontara; que allí mismo había huellas de las botas del jinete y que había también huellas claras de que el caballo había regresado a Hucutzín.

—Ya lo ve usted —dijo el finquero—, nada hay que temer. Como yo se lo decía, el caballo, asustado por los disparos de don Mateo, se escapó, y éste no tuvo más remedio que irse en pos del animal, que a la mejor se encuentra ya pastando en las praderas de Bujvilum. Lo único que le quedará que hacer a don Mateo, si quiere recuperar su montura, es alquilar en Hucutzín un caballo y regresar a Bujvilum. Lo que queda por saber es si volverá a tomar el camino que pasa por aquí, porque, como usted sabe, hay dos más que conducen a Balún Canán. Así, pues, si usted intenta esperarlo, tendrá que esperar bastante. ¿Un trago más, don Elías?

Como a los ojos de don Elías el misterio aparecía aclarado, no volvió a preocuparse por la desaparición de don Mateo. Nada hay más común que el que un caballo regrese a los prados donde suele pastar o que se reúna a una recua de su gusto y tome el camino que ésta lleve, obligando al jinete a seguirlo, sin darle tiempo siquiera de avisar a sus compañeros, que siguen su camino en la creencia de que él va tras de ellos. Así, pues, la explicación del finquero le pareció a don Elías perfectamente razonable. Después, cuando llegó a Balún Canán, se encontró allí con tantos asuntos que arreglar, relacionados con su negocio, que se olvidó totalmente de don Mateo. Pero cuando encontró a don Gabriel cuatro años más tarde y se enteró de que éste ignoraba el paradero de su hermano, la duda volvió a asaltarlo.

Persona alguna volvió a ver a don Mateo ni a oír hablar de él. Su caballo no fue encontrado jamás en las pradera,s de Bujvilum. Si alguien lo hubiera encontrado con la silla a cuestas, habría dado cuenta de su hallazgo; pero lo más probable era que, en su carrera desenfrenada y en su paso a través de la maleza, la bestia hubiera tirado la silla y roto sus frenos. También podría haber ocurrido que el caballo llegara a algún ranchito, y el ranchero lo hubiera cogido y se hubiera hecho con la montura y enviado la bestia a la pradera, en espera de que alguien se presentara a reclamarlo. Finalmente, cuando pasaran algunas semanas y el dueño no apareciera, él olvidaría finalmente que no era su propietario, y como su rancho se encontraba bastante lejos de los poblados, tenía una magnífica excusa para callar su hallazgo, puesto que nadie podría reprocharle el no haber emprendido un largo viaje sólo para dar aviso de él. Además, no era nada difícil cambiar el hierro del animal; y ningún buen cristiano despreciaría un regalo enviado en forma tan gentil por el Señor; ello hubiera sido un pecado mortal.

Cuando don Gabriel se enteró, cuatro años más tarde, de la suerte de su hermano, no se conmovió por ella. En realidad, había transcurrido demasiado tiempo, y resultaría extemporáneo derramar algunas lágrimas. Ni siquiera pensó en buscar sus restos en el bosque en que había desaparecido, a fin de darles cristiana sepultura.

Sabía bien que buscar los restos al cabo de tanto tiempo habría sido trabajo perdido. Los zopilotes habrían dado buena cuenta de ellos, y los huesos blanqueados al sol, se hallarían a esas horas sepultados bajo una capa tan espesa de maleza que todo intento para encontrarlos habría resultado inútil.

El hecho de hacer el viaje a Bujvilum para interrogar a las gentes y saber qué hombres eran los que se habían ausentado en la fecha en que su hermano desapareciera, hubiera sido tan inútil como la búsqueda de los restos. Porque si los hombres habían seguido a don Mateo hasta tan lejos a fin de no asesinarlo dentro de los alrededores de su pueblo, ello probaba que su plan de venganza había sido cuidadosamente hecho. Suponiendo que algún ranchero los hubiera visto cerca del lugar del asesinato, no hubiera podido reconocerlos, por no pertenecer al vecindario. Y, además, ¿de qué hubiera servido encontrar a los culpables al cabo de tanto tiempo? Fusilándolos o no, don Mateo quedaría tan muerto como se encontraba entonces.

Con estos razonamientos, don Gabriel se consoló de la pérdida de su hermano, y, para contribuir a la salvación de su alma, mandó decir una misa en la catedral de Jovel.

La mañana en que don Mateo salió de Bujvilum, don Gabriel se dirigió a la cárcel y sacó de ella a los hombres que su hermano había arrestado. Les preguntó cuáles eran las faltas que habían cometido; todos dijeron lo mismo, se hallaban medio borrachos, no borrachos del todo, y se habían dado algunos golpes unos a otros; pero nadie había usado el machete durante la riña.

Cuando don Gabriel se hubo convencido de que ninguno de ellos estaba en posibilidad de pagar ni un solo peso de multa, debido a la pobreza de su campo y a lo numeroso de su familia, los puso a trabajar en su casa a fin de que empaquetaran bien las cosas que él y su esposa habían traído consigo cuando había llegado a ocupar el puesto de delegado. Después hizo saber a los hombres que, como castigo y en lugar de obligarlos a pagar una multa, tendrían que llevar hasta Jovel todas sus pertenencias. Habría costado a don Gabriel un buen pico el transporte a lomo de mula de todos sus efectos, ya que el viaje llevaba seis días. De tal manera, los prisioneros le resultaban más provechosos que si hubieran podido pagar cinco pesos. Así, pues, tenía buenas razones para felicitarse de haber hecho un buen negocio.

Arreglado el asunto de los presos, se puso a hacer la cuenta de las contribuciones que había recaudado, y la hizo tan bien, que lo que le tocaba al gobierno era solamente nominal. Pero había que pensar en el jefe político, porque los ingresos de este caballero estaban constituidos, principalmente, por la buena tajada que, de las contribuciones y otros fondos recaudados por sus amigos los delegados, le correspondía. Es este el motivo por el cual los jefes políticos deben estar rodeados siempre de amigos, de buenos amigos, entre quienes distribuir los puestos públicos.

Don Gabriel tenía que contentar al jefe político, y se las arregló tan bien, que lo

que le correspondía a él por las contribuciones y demás, aventajaba con mucho a la mínima suma que correspondería al gobierno; pero él dejaba al jefe político la tarea de dar explicaciones a la oficina recaudadora del Estado, y seguramente el asunto resultaría fácil, ya que la revisión de cuentas solamente representa trabajo y acarrea enemistades por todos lados.

Don Gabriel anotó a favor del jefe político una considerable suma por gastos de inspecciones hechas al pueblo con sorprendente frecuencia, aun cuando en realidad sólo una vez había pasado por él, pues no gustaba mucho de la alimentación ni de la compañía nocturna de ratas y otros muchos animales desagradables. Cuando emprendía algún viaje de inspección, generalmente se las arreglaba de modo que podía pasar la noche en alguna finca grande y próspera y muchas veces, cuando daba con una de esas fincas, se tomaba varios días de vacaciones a fin de pasarlos cómoda y agradablemente en ella. Naturalmente, en su informe no figuraban aquellas estancias y, por el tiempo que el viaje duraba, aparecía que el jefe político había hecho una larga y penosa inspección. Cuando el jefe político recibió las cuentas de don Gabriel, las encontró tan satisfactorias que éste quedó convencido de que podría dedicarse al reclutamiento de brazos indígenas en gran escala, antes de que la ley interviniera en el asunto por iniciativa de aquel personaje.

Claro que el personaje no habría hablado de la ley ni de la Constitución que amparaba a los indios como ciudadanos que eran, no; la ley habría salido a colación simplemente como un medio muy efectivo de atrapar al enganchador y obligarlo a comprar su libertad. ¿Por qué no habían, el jefe político y otros funcionarios, de sacar partido de las ganancias de los enganchadores? Con el porcentaje que la labor de éstos les dejaba, ellos podían, al cabo de algunos años, comprarse fincas y haciendas y vivir a la manera de los grandes señores. Era tarea pesada y nunca bien agradecida la de poner los cimientos de un estado y hacer de éste una empresa próspera, sujeta al orden y segura.

Ninguna persona podría acusar a don Gabriel de dejar crecer el pasto bajo sus pies. Era hombre industrioso y capaz, perteneciente al grupo selecto del que suelen enorgullecerse la Iglesia y el Estado. Lo único que le había faltado era la oportunidad de lanzarse a construir. Cuando no se tienen ni tienda ni mercancías, es difícil demostrar que se es buen vendedor.

Tan pronto como tuvo listo su informe y elaboradas sus cuentas en forma tal que inspector alguno, por hábil que fuera, habría podido descubrir en dónde estaban los errores, se dispuso a dar vida al prometedor mercado que ante él se abría, no solo ya con las mercancías a la vista, sino con los clientes ansiosos de obtenerlas. Un comerciante con facultades es aquél que sabe aprovecharlas oportunidades en el momento preciso; las circunstancias pueden estudiarse más tarde, cuando el dinero se tenga ya en el banco. Siempre resulta más conveniente mirar las deslealtades, las

injusticias, las brutalidades que puedan surgir en el curso de la transacción, e incluso lamentarlas, cuando el negocio se halle realizado y las ganancias bien guardadas. Porque entonces, ni el rubor ni las recriminaciones se pagan con dinero. La vergüenza y los remordimientos pueden desvanecerse encendiendo una docena de velas en el altar de la Virgen. Tomando en cuenta que todos los hombres son débiles, el señor cura, buen hombre, encaminador de almas, se encarga de poner las cosas en su lugar. Por supuesto, nunca se olvida de decir, en el momento preciso, el trabajo que le costó limpiar aquella alma. No hay pecado que quede sin perdón, si uno se toma el trabajo de dirigirse a aquel que por gracia especial posee la virtud de hallarse en relación íntima con los poderes celestiales, y sabe cuánto Dios piensa y hace en cada caso particular.

Don Gabriel hizo comparecer en el cabildo al jefe de los indios, le sirvió una copa y en seguida otra más.

—Sí, don Narciso, yo los dejo —dijo.

—¡Qué lástima, don Gabriel! —contestó el jefe—. Usted y yo habríamos trabajado muy bien juntos.

—Cierto, cierto —aprobó don Gabriel—. No hay muchos delegados que sean tan buenos como yo y que como yo tengan tan buenas intenciones para con los pobres indios. Tómese otra, don Narciso.

—Gracias —dijo el jefe.

—Bueno, así es —continuó don Gabriel—; pero ¿qué vamos a hacer con todo el dinero que las gentes de aquí me deben? Eso es lo que quiero saber.

El jefe lo miró intrigado.

—Eso no es fácil de decir, don Gabriel.

—Usted estará de acuerdo en que yo no puedo perder tanto dinero. Una deuda es una deuda. Pero no hablaré de todas las multas que se me deben, porque quiero mostrar a usted la buena voluntad que tengo hacia estos pobres indios ignorantes, a quienes perdonaré las multas que deben.

—Ellos se mostrarán muy agradecidos —dijo el jefe—. En verdad, don Gabriel, está usted haciendo una buena acción, tan buena que le ganará la amistad de todo el pueblo.

Don Gabriel necesitaba aquella amistad que le ayudaba a templar el instrumento con que acompañaría la canción que iba a cantar.

—Pero las otras deudas significan desembolsos en efectivo hechos por mí, y ésas no puedo perdonárselas.

—Claro que no, don Gabriel —aprobó el indio.

—Bueno, don Narciso; usted conoce a todos los muchachos del pueblo que me deben dinero.

Don Gabriel sacó su libro de notas y leyó los nombres y las cantidades de las que

cada hombre era deudor.

Cuando terminó de leer la lista dijo:

—¿Cuál de ellos puede pagarme? Ni uno solo, y tampoco sus fiadores pueden hacerlo, porque ello les significaría cuatro o cinco cosechas; pero como la mejor voluntad me anima le haré a usted una proposición justa. Búsqueme media docena de muchachos fuertes y sanos, parientes o amigos de los deudores o de sus fiadores. Estos seis muchachos se harán cargo del total de las deudas; antes pueden discutir el asunto con sus familiares. Escogeremos a los muchachos entre aquellos que deseen casarse, pero que carezcan del dinero necesario para comprar el regalo que han de hacer al padre de la novia y para pagar los gastos de la boda. Una vez que tengamos a los muchachos, yo hablaré con un amigo mío, con un caballero de verdad, con un hombre que tiene un corazón tan bueno para los indios que es para ellos como una estrella en el cielo. Yo hablaré con ese caballero amigo mío, pues él necesita algunos muchachos fuertes que sepan trabajar.

—Pero no será para las monterías, ¿verdad? —preguntó el jefe, con temor.

—¡Vaya una idea, don Narciso! —replicó don Gabriel, haciendo con las manos el ademán de un hombre que ha sido insultado—. No, no; los muchachos no irán a las monterías. Mi amigo, este caballero de quien le hablo, necesita a las gentes para una finca. Porque, verá usted, don Narciso; mi amigo acaba de comprarle al Estado una finca; barata, es verdad, pero una buena finca al fin. Ahora no es más que selva, por eso le fue posible comprarla tan barata, y como usted comprenderá, necesita acabar con la selva para poder sembrar. El finquero quiere sembrar café o cacao y por supuesto maíz.

—¡Oh, un cafetal! —exclamó don Narciso con un suspiro de alivio.

—Eso, exactamente eso; lo ha adivinado usted, don Narciso.

—Si los muchachos han de ir a un cafetal, la cosa varía. Así será más fácil convencerlos; yo sabré decirles algunas palabras.

—Precisamente por eso quería yo discutir con usted el asunto, don Narciso —dijo don Gabriel—. Porque usted, como jefe suyo, sabrá hablarles para hacerles comprender que es la mejor forma, mejor dicho, la única, de que los hombres del pueblo me paguen lo que me deben. Los seis muchachos se harán cargo de las deudas y pagarán, además, el precio de los contratos. Luego, cuando regresen, traerán consigo bastante dinero para casarse y comprar algunos animales, puesto que en cuanto empiecen a trabajar les pagarán cuarenta centavos diarios, y si trabajan bien, tal vez les paguen hasta cincuenta centavos. Piensen en eso, ¡medio peso diario! En un año tendrán ciento ochenta pesos contantes y sonantes.

—En verdad que eso es toda una fortuna para un muchacho que quiere casarse —repuso el jefe.

—Una montaña de dinero, don Narciso. Bébase otra copita y luego vaya a hablar con la gente. Ya usted sabe los nombres de los deudores y las cantidades que deben. La cosa es que se pongan de acuerdo respecto a la cantidad de que habrá de hacerse

cargo cada muchacho. En un año, digamos, cuando más en un año y medio ya estarán de regreso. Habrá dos bodas por semana; nadie tendrá deudas, y cada cual en el pueblo podrá vender su maíz y sus cerdos y su lana a quien quiera y al precio que más le convenga. Debo agregar que las gentes podrán vender sus animales y sus semillas sin tener necesidad de pagar contribuciones, tan pronto como los muchachos que ahora elijan se hagan cargo de las deudas y se hallen en camino de la finca.

—Excelente —dijo el jefe—. Ahora mismo iré a consultar el asunto con los hombres y a decirles lo que usted nos propone.

—Eso es, don Narciso.

Cuando el jefe se hallaba ya en la puerta, don Gabriel lo detuvo y le dijo:

—Un momento, don Narciso; nosotros hemos sido siempre buenos amigos y yo tengo todavía bastante comiteco. En la tienda deben quedar unos treinta litros. Yo me iré dentro de unos cuantos días y no creo poder venderlo todo; de aquí a esas fechas se habrán vendido cuando mucho tres o cuatro litros. Yo le daré a usted el resto como prueba de amistad. Después, usted mismo podrá venderlo, porque no creo que el delegado que haya de sustituirme llegue muy pronto, y mientras no haya delegado, usted podrá vender todo el aguardiente que quiera.

Narciso quedó impasible, nadie habría podido decir si el regalo le había complacido, pues ni con el más leve gesto ni con palabra alguna expresó su pensamiento. Solo dijo «gracias», con la misma cortesía con la que habría podido decir la misma palabra al que le ofreciera una silla.

Como muchas gentes sencillas que no saben leer ni escribir, mucho menos aún conocen la existencia de las altas matemáticas, ni el sentido de la gráfica que expresa con una línea curva la emoción experimentada por el selecto público que asiste a la representación de una tragedia escrita por el señor Shakespeare, el jefe de los indios poseía el don natural de penetrar certera e inmediatamente las intenciones de sus prójimos, por bien que éstos supieran disimularlas.

Don Gabriel no pudo, durante los días que permaneció aún en el pueblo, vender el aguardiente que tenía en su tienda. Si hubiera podido evitarlo, no lo habría regalado; pero le era imposible cargar con él porque eran muchas las cosas que tenía que transportar. Así, pues, no le quedaba más alternativa que regalarlo, y, si forzosamente tenía que darlo, nada mejor que dárselo al jefe a fin de cohecharlo. Fue ese intento de cohecho lo que hizo advertir al jefe que don Gabriel tiraba el anzuelo para pescar algo. Lo malo era que por más que Narciso pensaba, esforzándose en hallar qué era lo que el delegado quería pescar, no daba con ello. El hecho de desbrozar un terreno para convertirlo en finca cafetera era un trabajo con una finalidad precisa. Además, una nueva finca podía resultar buena, especialmente si su propietario era un amo con inclinaciones amistosas y dispuesto a tomar parejas jóvenes de indios para trabajar como peones, ofreciéndoles así una vida que, aun dedicada a un trabajo duro y

privada de libertad, les ofrecía mayores seguridades que aquellas que tenían en la árida tierra de su pueblo independiente. Si las familias seguían creciendo, llegaría un día en que aquella tierra seca y árida —de otro modo no habría sido concedida a una comunidad indígena— resultaría insuficiente y la vida del pueblo más y más precaria.

El trato que se da a los peones en una nueva finca es mejor del que reciben aquellos que trabajan para una que tiene siglos de explotación. Los nuevos finqueros se afanan por aumentar el número de familias que pueden producirles peones. Les permiten que ellos mismos escojan sus parcelitas en la tierra virgen, tentándolos así, para que abandonen el poblado independiente. La tierra desmontada y desbrozada resulta en extremo fértil y produce excelentes cosechas para quienes la trabajan. Además, con el objeto de asegurarse a los peones, el finquero les proporciona la manera de construir sus jacales, les vende cerdos, cabras y borregos bastante baratos; les ofrece dinero adelantado y les da facilidades para que lo paguen con trabajo. En cuanto se inician los trabajos para la explotación de una finca nueva, la noticia vuela a través de los poblados independientes y pronto el finquero se halla con más familias de las que pensaba tomar. Tan pronto como tiene solicitudes de mayor número de familias de las que necesita; tan pronto como los que primero se establecieron empiezan a formar grupos y a realizar matrimonios; tan pronto como estas familias se sienten ligadas a la tierra ganada a la selva, y de la que no quisieran separarse, el finquero empieza a explotar a los peones exactamente en la misma forma en que son explotados los peones de las fincas que existen desde siglos atrás.

Las mismas leyes que han empobrecido y esclavizado al proletariado de los países industrializados, son las que aquí imperan.

En cuanto se desarrolla una nueva rama de la industria como consecuencia de un descubrimiento, y esta nueva rama promete fuertes utilidades, los trabajadores reciben altos salarios y se les ofrecen tentadoras prestaciones, a fin de contar con brazos suficientes, arrancados incluso a la agricultura, para lograr el mayor rendimiento en el menor tiempo posible. Una vez que el desarrollo es completo, la nueva rama industrial absorbe todo el trabajo que puede; pero los individuos que desean ingresar a ella hacen presión tal sobre los trabajadores ya establecidos, que las en un principio buenas condiciones de trabajo van cambiando hasta convertirse en esclavitud.

Los trabajadores que han caído en la trampa no pueden sostener la exigencia de las condiciones originales, porque estas condiciones han sufrido alteraciones al correr del tiempo, y porque proletarios llegados de inferiores niveles económicos han venido a vender su trabajo a la nueva industria.

Exactamente lo mismo ocurre con el desarrollo de una nueva finca. Los primeros cinco años son excelentes para el peón, y es, tentados por las ganancias de esos cinco primeros años, por lo que muchos indios independientes se convierten en peones. Creen poder abandonar la finca en cuanto sus condiciones de vida empeoren. Pero en cuanto las condiciones empiezan a hacerse intolerables se dan cuenta de que no

pueden marcharse porque, o bien sus deudas son tantas que su libertad ha quedado empeñada, o bien se sienten tan ligados a la tierra por razones sentimentales que el poder de elección los ha abandonado.

En verdad que don Gabriel había empleado un cebo excelente como preludio de su nuevo negocio. Al jefe le era imposible determinar cuál era el juego de don Gabriel. El regalo que éste le hacía del aguardiente significaba, sin lugar a duda, un cohecho; pero la finalidad de ese cohecho se le escapaba.

Mientras cruzaba el pueblo en busca de los hombres con quienes habría de consultar la proposición del delegado, la idea del regalo del comiteco no se despegaba de su cabeza; pero la única explicación que, desechando la sospecha, podía darse, era la de que don Gabriel no podía llevar consigo el aguardiente, y de que había preferido dejarlo en manos de él que era el jefe, en vez de entregarlo a los otros hombres. Don Gabriel habría podido distribuir el aguardiente entre los hombres del pueblo, pero éstos se habrían emborrachado, y muchos trastornos habrían surgido de esa embriaguez. Por tanto, como don Gabriel ponía el aguardiente en sus manos para que él lo distribuyera discreta y juiciosamente, Narciso llegó a la conclusión de que aquello era una prueba de la buena voluntad y de la amistad del delegado, quien no quería que hubiera dificultades en el pueblo. Pero el delegado y el jefe de los indios veían el asunto del regalo bajo aspectos muy diferentes, debido a las radicales diferencias de sus caracteres, de las circunstancias de sus vidas y del medio en que se habían desarrollado.

Don Gabriel cohechaba al jefe con el regalo, a fin de que le facilitara sus negocios, y pensaba que aquél aceptaba el cohecho.

Narciso pensaba que el regalo le era hecho por ser él el responsable de la conducta del pueblo, y además como una muestra de amistad en el momento de la despedida. Esta razón dominó su sentimiento de sospecha y aceptó el obsequio.

El jefe congregó a los hombres del pueblo y les explicó la proposición del delegado, tal y como él la entendía. Él era, para con los hombres, tan honesto como un padre para sus hijos. Les hizo ver que la perspectiva era excelente para los matrimonios jóvenes, y que por lo menos durante cinco u ocho años podrían gozar de una vida mejor de la que se les ofrecía en el pueblo, ya que las mejores tierras eran de las familias más viejas, las cuales tenían muchas bocas que llenar, dejándose a las nuevas parejas lo peor. Esta ley jamás fue discutida, porque era reconocida como natural y justa.

Todos los hombres a quienes se consultó el asunto estuvieron de acuerdo en que nada había de impropio en la proposición del delegado, porque éste tenía derecho a recobrar el dinero que había prestado, y había que hallar la manera de devolvérselo. Los que se habían prestado a ser fiadores de algún pariente o amigo también estuvieron de acuerdo en que los deudores debían pagar, puesto que nadie los había obligado a contraer sus deudas. A los indios no les parecía extraño que sus deudas, originalmente pequeñas, hubieran alcanzado cifras considerables debido a la peculiar

manera que don Gabriel tenía de calcular los intereses. Ellos sabían bien que ni un solo peso es prestado a un hombre, mucho menos si es indio, con un interés reducido, sobre todo cuando las seguridades son tan inciertas que el acreedor se halla en peligro constante de perder su dinero. El quinientos por ciento es apenas un interés justo y moderado tratándose de operaciones con individuos como los indios, que tan pocas garantías prestan.

Para hacer entender los puntos de vista de un hombre a una asamblea, ese hombre debe hallarse perfectamente familiarizado con las circunstancias que lo rodean. Frases altisonantes sobre los derechos incontestables, eternos y universales del hombre pueden resultar ridiculas, porque hasta los más hermosos lugares comunes llegan a estar fuera de lugar, si no se les mezcla con el asunto a discutir y con la ruda y fría realidad de la vida diaria, por medio de acrobacias y hábiles manipulaciones.

Esto lo comprende hasta un indio sencillo, muchas veces mejor que muchos civilizados proletarios que creen que el mundo entero será bañado por los rayos de un nuevo sol reluciente tan pronto como los hombres todos crean y se ajusten al programa que tan bien se ve en el papel y que tanto entusiasmo levanta cuando es leído ante un auditorio de trabajadores cansados, hambrientos y andrajosos.

Los indios llegaron a la conclusión de que la proposición de don Gabriel era la única posible para resolver su difícil situación. Si don Gabriel tenía que abandonar el lugar, era necesario que cobrara lo que se le debía; nadie podía esperar que diera por canceladas las deudas. Tenía perfecto derecho a exigir que se le pagara. Todos, deudores o no, reconocían el hecho. Nadie puso objeciones a su demanda. Él no había obligado a nadie a que le pidiera prestado dinero o mercancías. Cuando los deudores habían necesitado dinero o mercancías, se habían sentido muy complacidos de obtenerlos a crédito. Así, pues, ningún derecho tenían a protestar ahora que el pago les era reclamado, sobre todo después de haber transcurrido tanto tiempo.

Los hombres se pusieron de acuerdo respecto a los muchachos que habrían de cargar con las deudas. No hubo necesidad de ejercer presión sobre los candidatos, puesto que muchos jóvenes que incluso no tenían relación alguna con los deudores, se presentaron por su propia voluntad para ser contratados, en cuanto se enteraron de que irían a trabajar a una nueva finca. Veían en ello la oportunidad de ganar algún dinero con mayor rapidez, y de construir su propio hogar más pronto de lo que podían hacerlo si permanecían en el pueblo.

De un solo golpe, don Gabriel logró veinte muchachos fuertes y sanos. En verdad que comenzaba bien su negocio. Le tardaba ver la expresión de la cara de don Ramón, cuando lo viera llegar a Hucutzín con aquel botín.

Cuando, pasados unos cuantos meses, los muchachos se dieron cuenta del trabajo para el que habían sido reclutados, protestaron en contra de los contratos.

Ellos habían puesto una cruz debajo de su nombre, liados en que los contratos

decían lo que don Gabriel les había explicado; pero no era eso lo que estaba escrito en ellos. Ninguno de los muchachos sabía leer; el único hombre de los que ellos conocían que sabía leer era el delegado de su pueblo, don Gabriel. Ellos habrían podido pedir a algún ladino instruido que les leyera el contrato, pero habrían tenido que pagarle y, además, como los contratos se hallaban en manos de don Gabriel, el ladino, licenciado o no, habría tenido que pedírselos y, antes de leerlos a los indios, le habría preguntado a aquél qué era lo que tenía que leer. Por otra parte, don Gabriel podía pagarle mejor por lo que él leyera que lo que pudieran pagarle aquellos indios piojosos, que se ponían en cuclillas en el pórtico de su oficina, como acostumbraban hacerlo siempre, en vez de sentarse en sus sillas.

Los muchachos habrían podido también recurrir a la autoridad y pedir que algún empleado les leyera los contratos; pero los contratos estaban en manos de don Gabriel, y éste hubiera ido a ver al empleado y lo habría saludado diciéndole: «¿Cómo estás, compadre? Aquí te traía este regalito. ¿Qué, qué es lo que dices; que los muchachos quieren que les leas los contratos? Hombre, no pierdas el tiempo; yo ya se los leí cuando les di dinero adelantado. Ahora que ya se bebieron el dinero, naturalmente quieren zafarse.» «Claro —diría el empleado—. ¿Qué es lo que quieres que les lea? Dímelo y les leeré lo que tú quieras; y si los indios protestan, los pondré a buen recaudo en donde te será muy fácil encontrarlos.»

Seis de los muchachos intentaron escapar. Eran estos los que se habían contratado por voluntad propia. Los otros, los que habían aceptado hacerse cargo de las deudas de sus parientes o de sus futuros suegros, no intentaron escapar porque consideraron que, ya que se habían comprometido, tenían que cumplir para no traicionar a sus familias.

De los seis que escaparon, uno fue muerto de un balazo, dos fueron capturados y torturados despiadadamente, y dos perecieron en la selva posiblemente, porque nunca más se oyó hablar de ellos. El último regresó a su pueblo con la apariencia de una bestia acosada; cubierto de sangre, convertido en un esqueleto, con los labios resecos y partidos por la fiebre, y contó lo que había ocurrido a sus compañeros.

Cuando el muchacho regresó, Narciso ya no era el jefe del pueblo. Otro hombre había sido elegido por los diferentes grupos de familias.

Un día, ya avanzada la tarde, un grupo de hombres se presentó en el jacal de Narciso para hablar con él. Narciso sabía bien por qué lo visitaban y qué era lo que querían hablar con él.

Era bien sabido que cuando Narciso era jefe había recibido un barril de aguardiente de manos de don Gabriel, el delegado. Ni uno solo de los hombres que llegaron a ver a Narciso hizo notar que el regalo había sido un cohecho. Sospecha tal no tenía cabida en sus mentes, porque la honorabilidad de Narciso estaba fuera de toda duda. Lo único que los hombres le preguntaron fue si recordaba que don Gabriel

hubiera dado a alguno de los hombres del pueblo una sola copita de aguardiente, sin perseguir con ello algún propósito.

Narciso contestó: «No, no recuerdo que jamás lo haya hecho.» En seguida se puso de pie y atravesó el jacal, iluminado apenas por la luz que daban unas cuantas rajas de ocote. Se inclinó sobre el más pequeño de sus hijos que dormía tendido en un petate, le tocó la frente con los dedos, miró en rededor una vez más, salió seguido de los hombres y se perdió con ellos en la noche.

Dos horas después, los hombres regresaron con el cuerpo de Narciso y lo llevaron a su jacal. Lo habían matado de un machetazo, debido a un lamentable error, cuando el grupo se dedicaba a desbrozar un trozo de selva en busca de una mula perdida. Todos en el pueblo repetían el relato y todos sabían lo que tras él se ocultaba.

La mujer y las hijas de Narciso lanzaban agudos sollozos. El jacal no tardó en verse lleno de mujeres de la familia y de amigas de ésta.

El cuerpo fue colocado en un lecho de ramas. La mujer de Narciso le limpió la sangre que cubría su cara y sus cabellos y lo peinó.

Se encendieron antorchas, y todas las mujeres se pusieron en cuclillas en el suelo, envueltas en sus cotones.

El muchacho que había podido llegar al pueblo, huido de las monterías, murió cuatro días después, exhausto, devorado por la fiebre.

Los dos capataces que lo perseguían a caballo lo encontraron al fin, en su lecho de muerte, en el jacal de su padre. Los capataces insistieron en que el padre y los hermanos del muerto debían hacerse cargo de la deuda de éste. Cuando se negaron, los capataces amenazaron con dar cuenta del hecho a las autoridades de Hucutzín, que habían visado el contrato. La familia ya sabía lo que eso significaba.

Los capataces se hallaron con que no había en el pueblo delegado que los ayudara a la captura de su presa, porque desde que don Gabriel renunciara al cargo, el jefe político no había encontrado sustituto que le agradara.

Durante dos años no hubo delegado en el pueblo. El techo del cabildo se vino abajo en parte, cayendo sobre la mesa de la oficina, en la que se hallaban aún el tintero, el portaplumas con su pluma oxidada y la pila de reglamentos relativos a la educación y al bienestar de los indios.

Como los indios no se ocuparon de reparar el techo, éste fue cayendo poco a poco. El aparatito del telégrafo se hallaba en buen estado hasta que el techo le cayó encima, porque no había allí nadie que tuviera interés en usarlo. No obstante, el sol seguía brillando en el cielo, el maíz crecía en los campos y las mujeres seguían obsequiando a sus hombres un niño cada año. Los hombres del pueblo vivían en paz y armonía. A ninguno de ellos se le ocurrió pensar que su situación era desesperada por falta de delegado en el lugar, y ninguno de ellos pensó, por un momento siquiera, que el mundo se acabaría y la raza humana perecería porque ellos no eran

gobernados.

Ni los hombres, ni sus viejos consejeros, ni su llamado jefe pensaron en mandar a nadie a que recordara al jefe político o al gobernador que el pueblo estaba sin delegado y, en consecuencia, desligado del gobierno central.

Un día que los hombres se hallaban reunidos discutiendo sobre la repartición de la tierra entre las nuevas familias, Jerónimo, que era entonces el jefe, dijo: «¡Cómo me gustaría que el gobierno no volviera a acordarse de nosotros! Eso es lo único que yo tengo que decirles, hermanos y amigos.»

IX

Como siempre ocurre en este mundo, en el que un buen Dios controla todos los destinos humanos, para beneficiarlos sin cometer jamás error alguno, la suerte se hallaba constantemente de parte de don Gabriel; en tanto los inocentes y los desgraciados, sin importar lo que hicieran, la dirección que tomaran, lo que intentaran o la razón que les asistiera, no hacían más que encontrarse siempre con su despiadada suerte. Pero es así como gentilmente lo ha dispuesto el Todopoderoso, y no hay hombre en la tierra que tenga derecho a criticarlo, porque por incomprensible que un proceso parezca a los hombres, lo cierto es que Dios, con su gran sabiduría y su eterno e inescrutable amor por la humanidad, tiene necesidad de este incomprensible proceso a fin de perseguir a través de infinitas espirales nebulosas un propósito definido, solo conocido por Él.

Y fue debido a esa causa, suficientemente explicada, por lo que a don Gabriel lo persiguió la buena suerte en forma tan persistente que no tuvo manera de escapar. Escasamente pasaba un día en que él no pudiera echar mano de un hombre y conseguir un contrato más, y con cada hombre capturado su fortuna aumentaba de veinticinco a sesenta pesos.

Naturalmente, él no llevaba consigo a cada uno de los hombres que afianzaba con un contrato, porque de haber sido así llevaría de finca en finca y de pueblo en pueblo un ejército que lo seguiría. No, él hacía que cada finquero, presidente municipal o jefe político respondiera por la puntual presencia de los enganchadores, en Hucutzín, el día de la fiesta de la Candelaria, donde todos los brazos reclutados eran reunidos para partir, desde aquel punto civilizado, rumbo a las monterías.

Los delegados, presidentes municipales, policías, finqueros y demás caballeros recibían la paga que les correspondía por las deudas o multas que ponían a los hombres en manos del agente.

El agente enganchador era lo suficientemente hábil para no pagar jamás al acreedor el total de la suma que le debían. Generalmente se adelantaba solo una cuarta parte. En esa forma, el capital invertido por el enganchador resultaba muy reducido. El saldo de las deudas y de las multas se pagaba cuando los hombres eran entregados en las monterías. Entonces los enganchadores recibían sus cheques, que cobraban en Jovel o en Tuxtla, y disponían de dinero suficiente para saldar sus cuentas.

En esa forma, los agentes arriesgaban muy poco dinero y rara vez perdían un hombre enganchado; el caso se presentaba sólo cuando el hombre moría en el lapso corrido entre la fecha en que era enganchado y aquella en que debía presentarse en Hucutzín para la fiesta de la Candelaria. Si el enganchado no se presentaba a la fiesta, era acusado de rompimiento de contrato, el peor delito que un trabajador indígena podía cometer bajo la dictadura de don Porfirio. Si un indio mataba a otro indio, incurría en un delito muchísimo menor que cuando rompía su contrato. Que hubiera

un indio más o menos en México, o en cualquier otro sitio del continente americano, no importaba, porque aunque las cuatro quintas partes de los niños murieran antes de llegar a los doce años, los indios se multiplicaban con gran rapidez. Lo que importaba, sobre todo, era que las compañías extranjeras que explotaban la riqueza del país contaran siempre con brazos suficientes. Los brazos les eran garantizados junto con sus concesiones. El hecho de que un indio rompiera su contrato de trabajo era considerado como delito de alta traición. Por eso las huelgas eran motivo de pena de muerte, de matanza en masa, puesto que los contratos de trabajo eran rotos por el grupo de trabajadores.

Cuando un indio no cumplía con su contrato de trabajo, las exportaciones bajaban con detrimento del crédito del país. El resultado de ello era dejar al país a merced del extranjero, y como el extranjero, por serlo, es siempre un enemigo, el poner al país a merced del enemigo es un acto de alta traición, por lo que cuando un trabajador indígena no cumplía con su contrato, incurría en ese delito.

Por ello, cuando un indio enganchado no abandonaba su casa en la fecha convenida, era arrestado por la policía o por los rurales. Los gastos que causaba su aprehensión eran cargados a su cuenta. Cuando era muy afortunado y Dios lo cobijaba bajo sus alas, sólo recibía cincuenta despiadados latigazos; si se oponía, recibía doscientos, y si la Santísima Virgen lo había olvidado por completo, entonces recibía quinientos.

No hay necesidad, pues, de explicar con mayores detalles por qué los agentes ni sudaban ni se acongojaban respecto a la puntual asistencia de sus hombres a la hora en que era pasada lista para organizar la marcha a través de la selva. Si algún hombre se hallaba ausente, en noventa y nueve de cien casos podía asegurarse que había muerto o que había perdido un brazo o una pierna, y en tal caso ya no era de utilidad alguna ni para las monterías ni para su país.

La invariable buena suerte de don Gabriel lo llevó a Pebvil en el momento oportuno de echar mano a un buen grupo de hombres.

Pebvil era un pueblo tan independiente y bravo, que don Gabriel nunca pensó poder sacar de allí ni un solo hombre.

Había más de mil quinientos hombres pertenecientes a Pebvil que se hallaban dispersos en un área muy extensa cuya capital era Pebvil, en donde se hallaban el cabildo y la iglesia. El delegado vivía y cumplía con sus obligaciones dentro del cabildo. La comunidad, formada por los diversos grupos de familias, era regida por un jefe indio.

Todas las tentativas de los españoles durante sus trescientos años de dominación para disolver el pueblo y fundar fincas en sus tierras, habían fallado. El pueblo era demasiado fuerte. Cuando un solo grupo de familias no podía resistir y tenía que rendirse, se rendía; pero en cuanto los soldados se alejaban y el finquero se establecía, lo asesinaban o lo hacían huir. Los españoles se desesperaban por no poder subyugar al pueblo. Los gobernantes españoles, siguiendo el consejo de mercaderes y

artesanos criollos, llegaron finalmente a la conclusión de que era más favorable, para los negocios en general y para el tráfico pacífico en particular, reconocer la independencia del pueblo y vivir en armonía con los miembros de la tribu y obtener a trueque lo que producía. El pueblo indígena y el importante pueblo vecino, habitado por criollos y mestizos, que constituía el principal mercado para los indios, se vieron grandemente beneficiados por este arreglo pacífico.

Pebvil estaba formado por la federación de cuatro tribus que hablaban la misma lengua, tenían las mismas costumbres y tradiciones, vestían de la misma manera y se hallaban tan íntimamente ligadas que el joven de una tribu podía casarse con la muchacha que quisiera de cualquiera de las otras tres tribus, siempre que el regalo debido al padre de la novia estuviera dentro de sus posibilidades.

La plaza en la que se hallaban la iglesia y el cabildo y en la que tenían sus casas alrededor de treinta familias, también se llamaba Pebvil, nombre que llevaba el pueblo entero. La plaza era el centro político del pueblo. Era también en la plaza donde los grupos de familias se reunían para la fiesta de cada año y donde los representantes de las tribus y de los grupos familiares se reunían en consejo.

De la plaza, centro del pueblo, y hacia los cuatro puntos cardinales, se extendían los barrios habitados por los diferentes grupos de familias. Generalmente, estos grupos los formaban de tres a diez familias que habitaban un solo barrio. El barrio vecino se hallaba tan cerca, o tan lejos, como lo estaba la tierra fértil, que muchas veces se alejaba hasta un kilómetro de los linderos de la tierra fértil que pertenecía a otro grupo. El territorio que ocupaba el pueblo se hallaba dividido de acuerdo con los puntos cardinales, y a los grupos de familias se les conocía por el punto en que habitaban, como del norte, del sur, del este o del oeste. Cada barrio conservaba su primitivo nombre indígena; pero, debido a la influencia católica, cada uno de ellos llevaba un segundo nombre cristiano, que se le había agregado para librarlo de los maleficios del demonio. Así, pues, un barrio se llamaba San Andrés, otro San Marcos, el tercero San Pedro y el último San Miguel. Cada uno de los barrios celebraba una fiesta al año en honor a su santo patrón.

Desde tiempos remotos las gentes de cada barrio tenían su propia industria, respetada por todos los otros. Nunca un barrio pretendió competir con la industria de otro. Un barrio hacía ollas y cazuelas, otro hacía sombreros, el tercero hacía canastas y petates, y el último hacía sarapes de lana y cotones. Nadie fabricaba su propio sombrero, era costumbre invariable que todos los adquirieran del barrio que tenía el antiguo privilegio de hacer sombreros. Asimismo, mujer alguna usaba ollas o cazuelas que no hubieran sido hechas por el barrio que tenía el derecho de hacerlas para el pueblo entero, y esto ocurría no obstante que todo indio es capaz de hacer su propio sombrero, de amasar, dar forma y cocer el barro de sus trastos, y de cardar y tejer la lana de sus cobijas.

Hay casi tantos sistemas de gobierno entre los indios independientes, como pueblos y lenguas. Algunos eligen a sus jefes o caciques para ocupar el puesto

durante toda su vida, con la salvedad de aquellos que se muestren incapaces durante su ejercicio. Hay caciques que no son elegidos, sino que van ascendiendo lentamente hasta alcanzar el puesto. Existen regencias encabezadas no por un solo hombre, sino por cuatro, investidos de los mismos poderes y con las mismas obligaciones. Algunos caciques son elegidos por cuatro años y otros que solo duran en funciones un año. Hay pueblos en los que un hombre que ha ocupado el puesto de jefe alguna vez, no puede volver a ocuparlo en su vida por capaz que se haya mostrado; en otros casos, el hombre puede ser reelegido después de que dos, tres o más jefes han ocupado el puesto. En otros pueblos, el hombre cuyo padre fue cacique no puede serlo nunca. Pero por variados que estos sistemas sean, todos son de naturaleza democrática.

El sistema de gobierno de Pebvil, si las investigaciones tuvieran éxito, podría encontrarse que databa de la época en que las cuatro tribus emigraron a la región en busca de tierras fértiles. Por razones políticas y militares, las cuatro tribus formaron una federación que aseguraba la independencia de cada una.

Para asegurar los derechos de cada tribu y la unidad de las cuatro, se decidió, en una reunión general, que el jefe del pueblo fuera elegido cada año, y que ningún hombre que hubiera ocupado con anterioridad el puesto pudiera ser designado nuevamente. La votación correspondía cada año a uno de los barrios y ningún miembro de los otros tres podía intervenir en ella. Durante el año de su gobierno, el cacique se instalaba en la capital del pueblo y construía su jacal en las buenas tierras que le eran asignadas a él y a su familia. Nada recibía en pago de sus funciones y era responsable ante los representantes de los cuatro barrios.

La ceremonia que tenía lugar el día de la toma de posesión de un nuevo jefe, era notable; se realizaba el sexto día antes del día corto —de acuerdo con nuestro calendario, alrededor del 27 o 28 de diciembre—. Ahora la fecha de la ceremonia ha sido ajustada a nuestro calendario y tiene lugar el primero de enero de cada año.

A las seis de la mañana, todos los habitantes del barrio al que por ese año correspondió la elección del cacique, emprenden la marcha hasta la plaza principal, siguiendo al elegido. Todos los miembros de los otros barrios se suman a la ceremonia. Algunos hombres trepan a las torres de la iglesia y hacen repicar las campanas. En la iglesia no hay cura. Sólo una vez al año hay uno que se aventura a hacer el pesado viaje a través de selvas y montañas, y llega a aquel sitio aislado para decir una misa a todo correr, bautizar a los niños, bendecir la unión de parejas que en ocasiones llevan hasta cincuenta años viviendo en gozoso pecado, rociar con agua bendita las tumbas ya difíciles de reconocer, llevar la bendición apostólica a todas las ovejas del rebaño humano y del rebaño animal, y embolsarse los centavos ganados en las misas, bautizos, casamientos, bendiciones, perdones e indulgencias.

El señor cura no apareció aquel año durante la ceremonia de toma de posesión del cacique, porque siendo ésta el primer día del año, le tenía mucha más cuenta trabajar para la viña del Señor en algún pueblo de importancia.

Se celebraba la toma de posesión del nuevo jefe, repicando la campana,

quemando cohetes, danzando al son de chirimías, y metiendo ruido con risas y gritos regocijados.

La parte seria de la ceremonia era la presentación del nuevo jefe al que dejaba el puesto, y esta ceremonia tenía lugar enfrente del cabildo y tomaban parte en ella los delegados de todas las tribus.

El jefe saliente decía un discurso en su propia lengua y empleando poéticas metáforas, al parecer usadas desde muchos años atrás en esa ceremonia.

El nuevo jefe contestaba con cortesía y modestia. También él hablaba en la lengua de la tribu y usaba las poéticas frases que correspondían a su papel en la ceremonia, tal vez desde hacía siglos.

Después de los discursos, los delegados traían una pequeña silla de tule con un agujero grande en el asiento. El nuevo jefe se bajaba los calzones de manta y se sentaba en la silla, en medio de las bromas y cuchufletas de los que lo rodeaban.

Después, se le entregaba un cetro de ébano, que él empuñaba solemnemente, volviéndose hacia los hombres que se hallaban frente a él. La risa y las bromas de la multitud cesaban por un momento, para mostrar a su nuevo jefe que esperaban atentos su primer sabio consejo. Pero en ese preciso instante, tres de los hombres del barrio al que correspondería la elección del año siguiente, se presentaban. Estos hombres traían un braserillo de barro en el que ardían vivamente algunos carbones. Uno de los hombres hacía, en verso, una breve explicación de lo que iban a hacer. Cuando terminaba de hablar, colocaba el braserillo con el carbón ardiendo bajo el asiento de la silla agujereada que ocupaba el nuevo jefe.

El hombre había dicho, en su breve discurso, que el fuego era colocado bajo el asiento del jefe para recordarle que ocupaba aquel sitio no para descansar placenteramente, sino para trabajar por su pueblo. Además, no debía olvidar quién había puesto el fuego bajo su silla. Debía tener presente que había sido un miembro del barrio de donde surgiría el cacique que habría de gobernar durante el siguiente período. Con este hecho se le recordaba que no debía pretender ocupar aquel puesto por más tiempo que el que le correspondía y así se evitaría el riesgo de una larga dictadura que solo podría traer consigo graves perjuicios para su pueblo, y, para él, fuego suficiente para consumirlo a él y a la silla que ocupaba.

Luego, una vez colocado el braserillo bajo la silla, eran recitadas algunas frases, primero por un hombre del barrio al que pertenecía el cacique saliente, después por uno del barrio que elegiría al próximo y, finalmente, por uno del barrio al que correspondía el electo.

El nuevo jefe no podía dejar el asiento mientras los tres hombres no hubieran terminado de hablar. El tono lento y mesurado, o tan rápido como fuera posible sin estropear el rito, con que fueran recitadas las frases, dependía de la popularidad o impopularidad del nuevo jefe.

Si el último hombre que debía recitar consideraba que los dos que lo habían precedido lo hicieran con demasiada rapidez, podía hablar tan lentamente como

deseara para prolongar su discurso.

Lo que el jefe sentado sobre el fuego sintiera, no podía expresarlo ni con el más leve movimiento de sus cejas.

Además, una vez terminados los discursos, él no debía saltar de la silla para apartarse del fuego que lo quemaba; al contrario, debía permanecer todavía un rato conveniente para demostrar que no tenía intención alguna de huir de los trabajos y penalidades que el puesto que ocupaba podía acarrearle. A menudo, hallaba ocasión de decir un buen chiste que aumentaba el buen humor de los que lo vigilaban, ansiosos de verlo hacer algún gesto de desagrado para reírse de él. Mientras más alegres fueran sus bromas y más largo el tiempo que permaneciera sentado sobre el fuego, mayor era la confianza y el respeto que ganaba de los hombres.

Con sus bromas, hacía que la risa destinada a él se volviera contra algún otro hombre, diciendo por ejemplo: «No tienes pulmones, hermano; eres muy débil, tanto que no puedes soplar para avivar el fuego que está debajo de mí. ¿Qué dirá tu mujer de esto? Te aseguro que no sabes hacer fuego. Ven, tú, Elíseo, y rasca el hielo que me está colgando de las nalgas.»

Para entonces ya el fuego del braserillo agonizaba. El jefe se levantaba lentamente; pero el hielo de que hablaba no era tan inofensivo; en su piel se veían grandes ampollas, y en partes se hallaba tan quemada que el olor a chamusquina era percibido por todos los que rodeaban al jefe.

Algún amigo se aproximaba a él, le untaba de aceite las llagas y se las cubría con un emplasto de hierbas machacadas, en tanto que el otro le ofrecía un buen vaso de aguardiente.

El nuevo jefe no podía olvidar, durante largas semanas, lo que llevaba en el trasero. Este recuerdo lo ayudaba considerablemente, durante los primeros meses de su período, a cumplir con sus deberes de acuerdo con lo que su pueblo esperaba de él.

En casi todos los casos, las partes expuestas al fuego quedaban marcadas por cicatrices, que probaban, mejor que cualquier documento lleno de sellos, el hecho de que su poseedor había tenido en una ocasión el gran honor de ser elegido jefe de su pueblo. Las cicatrices eran también una garantía de que él jamás pensaría en ser elegido por segunda vez, lo que sería negar la tradición y la costumbre de su pueblo.

Los proletarios harían muy bien en seguir el sistema de elecciones y en establecer la ceremonia de la toma de posesión de acuerdo con esta excelente costumbre indígena, especialmente cuando se trata de los funcionarios sindicales. No solo en Rusia, donde es absolutamente necesario, sino en todos aquellos países en donde existe una clase obrera militante, los trabajadores debían, para lograr lo que se proponen, encender un buen fuego bajo el asiento de sus líderes. No hay líder que sea indispensable, y mientras más ardiente y frecuente fuera el fuego prendido bajo los asientos de los líderes, más vigoroso y amplio sería el movimiento político. El proletariado no debe, por ningún concepto, ser sentimental.

Cuando la dictadura está en lo alto, surgen inevitablemente escalonadas desde la base, otras dictaduras. Don Porfirio se reelegía cada cuatro años, y la pandilla que engordaba más con cada nuevo período era la que hacía las elecciones. Los que no engordaban bajo su gobierno, no tenían derecho al voto. Bien hubiera necesitado un brasero bajo el asiento para recordarle vivamente que hay más de un hombre capaz de regir los destinos de un pueblo, que de hecho, uno de cada diez hombres en cada país es capaz de gobernarlo, porque no hay ningún misterio en ello. Es más difícil construir una máquina que regir a un pueblo en el que la maquinaria se encuentra ya instalada. El arte de gobernar se disfraza de misteriosas vestiduras, solo para atemorizar a los revolucionarios y para evitar que el pobre hombre de la calle se entere de la poca capacidad y conocimientos que se necesitan para gobernar. ¡Cuántos hombres idiotas o medio locos han gobernado a su pueblo en paz y con gloria durante medio siglo!

Don Porfirio se consideraba a sí mismo el mejor, más grande y más talentoso estadista de la tierra. Por ello pensaba que era necesario ser elegido, reelegido y archireelegido, y todos los que estaban abajo de él seguían su ejemplo. Los ministros, gobernadores, presidentes municipales y hasta los gendarmes, permanecían en sus puestos hasta que la muerte aliviaba al pueblo de su presencia. Si caían en la imbecilidad o en la chochera, ello no era razón suficiente para retirarlos, pues en ese caso habrían demandado pensiones, y era mejor para las finanzas del país dejarlos en sus puestos hasta el día de su entierro, y no pagarles salarios que resultaban dobles, ya que uno era para el pensionado y otro para el que desempeñaba el puesto.

Don Abelardo era el delegado en Pebvil y Amalio era el cacique de los indios. Era éste el jefe elegido por el barrio de San Andrés.

Amalio era un borracho. Otra de sus debilidades era la de dejarse influir por don Abelardo. Don Abelardo había trabajado lenta pero certeramente para ganarse la voluntad del jefe. Le había prometido que si cooperaba con él, el gobernador del estado le daría una parcela grande y fértil, que sería tomada de una hacienda que se hallaba hacia el oeste, lindando con el pueblo.

El delegado tenía mucha habilidad para hacer sus proposiciones. Sabía bien que el jefe de los indios ni traicionaría ni vendería a su pueblo; pero, le bastaba cooperar con el gobierno para obtener un buen trozo de tierra que, en final de cuentas, vendría a beneficiar al pueblo. Él podría establecerse con su familia en la nueva tierra, y entonces la tierra que él ocupaba quedaría libre para ser otorgada a otra familia.

Don Abelardo aconsejó al cacique que nada dijera en el pueblo respecto a su proposición, porque no había razón para provocar excitación innecesaria; si ocurría, como podía ocurrir, que el gobernador le diera una parcela no en el oeste, sino en el este, el pueblo podría pensar que se abusaba de él por habérsele obligado a hacer sus cálculos sobre los beneficios de una parcela en el oeste, resultando al fin de cuentas

que la parcela concedida se hallaba en el este. Este hecho sería objeto de muchas discusiones y murmuraciones que a nadie beneficiarían. Aun cuando la razón dada por el delegado tenía bien poco que ver con el asunto, el cacique pensó que aquél podría tener razón en aconsejarle no hablar de la proposición que le hacía.

El jefe, de acuerdo con los planes del delegado, habría de trabajar de acuerdo con el gobierno. Pero al decir que el jefe trabajaría de acuerdo con el gobierno, quería decir que trabajaría de acuerdo con él, toda vez que él era el gobierno en aquel lugar; por lo menos así se consideraba a sí mismo.

Cuando los trabajadores trabajan de acuerdo con el capital y con los partidos de la clase media, ello quiere decir que el costo del buen entendimiento va por cuenta del trabajador. Lo mismo ocurre con los indios; cuando están de acuerdo con los funcionarios, pagan el acuerdo con el pellejo.

Con la ayuda del cacique, falto de la necesaria inteligencia para penetrar los designios del delegado y muy débil, además, para resistir una oferta de aguardiente, el delegado logró ejercer gran influencia en el pueblo. Consiguió para el gobernador y para el gobierno federal buenas participaciones en los productos del pueblo. Bueno, eso de buenas participaciones podría creerse mientras no hubiera alguien que investigara sus manejos.

El gobernador no cesaba de recibir queja tras queja respecto a la falta de escrúpulos en la administración del delegado. Se le acusaba de imponer multas injustas, de confiscar animales, de arrebatar a los indios lo que llevaban a vender al mercado, so pretexto de que debían pagar con ello alguna multa insoluta, de cuya existencia oían hablar por primera vez cuando los animales les eran confiscados. Cuadrillas enteras de hombres eran obligados a trabajar en la apertura de caminos y en la construcción de edificios, sin que por ello se les pagara, ni se les alimentara siquiera. No obstante, los salarios devengados por los indios aparecían como pagados en las cuentas del gobierno y se tomaban en consideración al hacerse los presupuestos que debían cubrirse con contribuciones. Los salarios se los repartían entre el gobernador, el encargado de las obras públicas y el delegado, que era quien proporcionaba los hombres. Al indio que hacía el trabajo se le decía, para consolarlo, que debía agradecer al gobierno que le dispensara la vida propia y la de su familia, que ellos no tenían derecho alguno a quejarse ni a reclamar, puesto que ellos y solo ellos eran responsables de su existencia.

Cuando algún fabricante del vecino pueblo habitado por ladinos se veía necesitado de brazos, o algún traficante necesitaba transportar sus mercancías de pueblo en pueblo y deseaba ahorrarse el gasto que las bestias de carga le significaban, sólo tenía que enviar un recado al delegado para contar, a primera hora de la mañana siguiente, con todos los hombres que le eran necesarios.

Así, el fabricante obtenía sus trabajadores, el traficante contaba con los

muchachos que habrían de sustituir a las bestias de carga, y el delegado se echaba al bolsillo los salarios de los hombres que había entregado, en tanto que los indios, ciudadanos libres de la República, tenían no solo que trabajar como bestias, sin remuneración alguna, sino también que mermar la ya exigua ración de su mujer y sus hijos, para llevar consigo un itacatito que ayudara a mantenerlos en pie.

El delegado no podía por sí solo obligar a los hombres a someterse, porque no tenía poderes sobre los indios independientes. Esos poderes se hallaban en manos del jefe, único hombre que podía dar órdenes directas a su pueblo. El gobierno hacía las cosas con gran habilidad, porque de haber tenido que ordenar directamente, habría necesitado más soldados para reprimir rebeliones, y eso sería costoso.

El delegado siempre tenía a mano reglamentos que mostrar, en los que, según él, los indios estaban obligados a prestar servicios públicos, toda vez que el gobierno era lo bastante bueno para no confiscarles sus tierras, para permitirles transitar por los caminos, para permitirles llevar sus productos y sus animales al mercado en donde, naturalmente, tenían que pagar las contribuciones del caso. Porque, además, era lo suficientemente bueno para permitirles celebrar sus fiestas en sus propias tierras, para permitirles beber aguardiente y pagar por él, y porque su bondad llegaba a alturas tan encomiables como dejarles pescar y cazar en su territorio.

Todos esos derechos, que los indios poseían desde que el continente americano existía, tenían que ser comprados, recomprados y diariamente pagados al gobierno; de no ser así, el gobierno no habría servido para nada.

Al cacique de los indios no le quedaba más remedio que obedecer lo establecido por el gobierno, y obedecerlo en la forma en que el delegado, que podía leer y escribir, quisiera interpretarlo. Si el cacique se hubiera opuesto, habría sido desconocido por el gobierno federal como jefe de la nación indígena.

A menudo los indios tenían por jefes a hombres en extremo inteligentes y hábiles; tan buenos diplomáticos que, sin oponerse abiertamente al gobierno, le traían corlo en cuanto a brazos y a contribuciones. Durante el período que estos caciques actuaban, el pueblo prosperaba, y las injusticias y despiadadas explotaciones se reducían al mínimo.

Los jefes siempre tenían que ser buenos diplomáticos y habían de enfrentarse a tres elementos: su propio pueblo, el gobernador y el delegado. Si hemos de hablar del arte de gobernar, el jefe de los indios, bajo las circunstancias apuntadas, debía ser diez veces más diplomático y penetrante que el hombre que se hallaba a la cabeza de la República Mexicana. El pueblo no perdonaba al jefe sus errores y lo obligaba a responder por ellos. Así, pues, tenía la obligación de mantener el equilibrio entre los tres elementos. Debía vigilar que el pueblo no fuera robado y maltratado y que éste no lo acusara en momento alguno de negligencia en la obligación que tenía de protegerlo. Por otro lado, no le era dado oponerse abiertamente al gobierno, porque éste mandaría un batallón de soldados al pueblo y en unas cuantas semanas lo dejarían reducido a pobreza tal que no podría verse en las praderas ni un borrego ni

una cabra, porque cuando un batallón sienta sus reales en un pueblo, jamás paga por lo que consume o desperdicia para darse gusto.

El pueblo reclamaría al cacique respecto a la llegada del batallón, porque consideraría que no debía haber dejado llegar las cosas tan lejos.

Es comprensible, pues, que don Abelardo, contando con un jefe tan tardo y débil como Amalio, pudiera ejercer toda su influencia para mantenerlo en el poder hasta que, después de llenarse bien los bolsillos, pudiera renunciar al puesto de delegado.

El gobierno seguía recibiendo veintenas de quejas. Los funcionarios que debían atenderlas —porque ¡qué diablos!, se trataba de un país civilizado en el que todos podían quejarse cuanto quisieran— se hallaban en favor del delegado, pues éste nunca había estorbado sus manejos. Ellos creían en su palabra toda vez que era la palabra del delegado, y él aseguraba que las quejas eran estúpidas, que el pueblo siempre estaba descontento, que los hombres solo sabían lamentarse y que, de hacer caso de esas quejas, él prefería dejar el puesto para que el gobierno buscara a otro tonto dispuesto a sacrificarse como él.

Era lo suficientemente listo para permitir que algunas quejas fueran atendidas. Esas quejas eran de tan poca importancia que bien podía reconocérseles justicia, y prometer hacerla. Debido a este hecho, el gobierno no tenía más que confesar que el hombre era el mejor delegado que podía actuar en aquel pueblo.

Don Abelardo inició una enérgica campaña a fin de lograr que el cacique que le convenía continuara en el poder.

Temía al hombre que, por lo que sabía, habría de ser elegido para el próximo período. Sabía que aquel hombre era en extremo honesto, muy sagaz, y que lo animaba una gran voluntad, cualidades todas que chocaban con sus designios.

El cacique actual se había ganado el desprecio y la mala voluntad de su pueblo, que estaba ansioso de ver a otro hombre en su lugar, y el hecho de que el hombre más indicado para ser elegido por su barrio fuera totalmente diferente de Amalio, aseguraba su triunfo en las elecciones. Sobraban razones; pero aun cuando no hubieran sido de tanto peso, el hombre habría sido elegido sólo para contrariar al delegado, ya que hasta los niños más pequeños sabían cuánto odiaba éste a aquél.

Don Abelardo escribió un largo memorial al gobernador, en el que le explicaba sus puntos de vista respecto al sistema de elecciones anuales que se practicaban en Pebvil. Opinaba que éste era necio, porque apenas un jefe estaba a punto de aprovechar sus experiencias en el gobierno del pueblo, tenía que dejar el puesto para que otro viniera a ocuparlo.

Por supuesto que lo que el delegado decía no era nuevo. Lo mismo había sido dicho y repetido desde hacía siglos. No se explicaría de otro modo la existencia de los

herederos de un trono, ni la de presidentes y funcionarios que actúan toda la vida, ni la de dictadores que a veces ven la suya truncada. También los funcionarios sindicales que no desean abandonar sus puestos y que se aferran a ellos, aducen los mismos argumentos.

El memorial impresionó hondamente al gobernador. En seguida se dio cuenta de que aquel sistema no encajaba dentro de un régimen estable y conservador. El mal ejemplo podía cundir, y de llegar a elegirse un presidente cada año, el pueblo podría creer que una persona podía gobernar como cualquier otra, y además no le faltarían pruebas, pues al cabo de veinte años se vería que veinte regentes habían sabido regir, y entonces los regidos verían claramente que el hecho de regir no era tan difícil como trataba de hacérseles creer.

Además, el gobernador era un señor que quería conservar su puesto toda la vida, porque el puesto era cómodo y productivo como ninguno.

Y no había que olvidar que a la cabeza, exactamente en la cima de la nación, se hallaba otro señor que no pensaba levantarse de su silla, aun cuando la agitaran y trataran de hacerle perder el asiento.

Así, pues, como don Porfirio intentaba permanecer sentado toda su vida, y el gobernador sólo pensaba en seguir su ejemplo, declaró que el sistema de elecciones seguido en Pebvil era estúpido y era, además, una prueba patente de que los indios se hallaban aún en estado de barbarie y de que nada podía esperarse de ellos.

El gobernador dio órdenes estrictas de que Amalio, el cacique en funciones, fuera reelegido o de que su período se prolongara.

Don Abelardo dio a conocer las órdenes del gobernador a algunos indios que incidentalmente se hallaban en el cabildo.

Era difícil determinar si al cacique le complacieron aquellas órdenes o no, porque solamente dijo:

—Bueno, si esas son las órdenes del gobierno, nosotros no tenemos más que obedecerlas.

—Por supuesto —contestó don Abelardo—. Órdenes son órdenes; tú seguirás siendo el jefe, eso es incuestionable.

Los otros indios que se hallaban presentes nada dijeron, se concretaron a escuchar sin hacer ni el menor gesto. Esto ocurrió el mes de noviembre.

La mañana del último día de la segunda semana transcurrida después de que las órdenes del gobernador fueran leídas por el delegado, se presentó en el cabildo una comisión del barrio de San Miguel, para hablar con don Abelardo.

San Miguel era el barrio que debía elegir al próximo cacique. Natividad, el hombre que sin duda alguna resultaría elegido, no formaba parte de la comisión.

Todos los hombres que la componían, y que llegaban a siete, eran por su apariencia humildes indígenas, agricultores en pequeña escala. Vestían calzón y camisa de manta inmaculada, y calzaban huaraches. Sus pobres ropas se hallaban tan remendadas, que en ocasiones ni un solo trozo de ellas correspondía a lo que había sido la prenda original. Todos se cubrían con jorongos de lana gris. Llevaban, de acuerdo con la costumbre, los calzones remangados por encima de la rodilla, mostrando los músculos de sus recias piernas que se diría talladas en madera dura, como esas esculturas de Cristo que datan de cinco siglos.

Los hombres se descubrieron en cuanto entraron a la oficina. Uno por uno fueron avanzando hasta donde se hallaba el delegado, y ya frente de él, decían su nombre, le tocaban la mano con la punta de los dedos y se retiraban para dar paso al siguiente. Don Abelardo les ofreció cigarros, que ellos aceptaron, encendieran y empezaron a fumar. Después el delegado les preguntó si deseaban sentarse, a lo que ellos contestaron que preferían permanecer de pie.

Todos los hombres venían armados de machetes, que dejaron en el pórtico del cabildo. Dos hombres que acompañaban a la comisión se quedaron en el pórtico, sentados en el suelo, fumando y conversando. Los perros que habían venido siguiendo a la comisión, jugaban y peleaban entre sí y con los otros perros del lugar.

Cuando los hombres que se hallaban dentro del cabildo hubieron fumado un rato, el delegado les preguntó:

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

Uno de los hombres, llamado Tomás, se adelantó y habló; era el orador de la comisión.

—Hemos oído decir que el gobernador ha dado algunas órdenes respecto a nuestro pueblo.

—Es verdad —contestó don Abelardo.

—Bueno, creo que tenemos derecho a saber cuáles son esas órdenes.

—Sí, tienen derecho —contestó el delegado—. El gobernador del estado ha decretado que el sistema de elecciones seguido en el pueblo de ustedes es absurdo y que debe reformarse.

—Ni el gobernador del estado ni el presidente de la República pueden reformar nuestro sistema de elecciones sin nuestro consentimiento, ya que el sistema es solo nuestro. Nosotros no obligamos ni a los ladinos ni a pueblo indígena alguno a seguirlo; por eso nosotros no permitimos ni al presidente de la República que nos imponga sistemas cuya utilidad no conocemos y que no reportarían a nuestro pueblo ventaja alguna. Nosotros no nos oponemos a probar nuevos sistemas para ver si dan buen resultado o no. Lo que no permitiremos es la intromisión del gobierno en asuntos que atañen única y exclusivamente a un pueblo independiente como el nuestro.

Tomás no dijo su discurso en forma rápida y continua, no; lo dijo lentamente y haciendo varias pausas, porque hablaba mal el español. A veces comenzaba una frase hablando en su lengua nativa, como para hacer clara la expresión de su pensamiento, tanto para él como para sus compañeros —de los cuales solo dos hablaban español—, y continuaba después su discurso en la lengua que le era difícil por extraña.

El delegado comprendía el dialecto indígena de Pebvil; aun cuando lo hablaba con mucha dificultad.

En cuanto Tomás empezó su discurso, él se sentó frente a su mesa, cruzó las piernas y encendió un cigarro. Tuvo tiempo de encender un segundo cigarro y de ofrecer otro a los hombres.

—Yo nada puedo hacer, puesto que es un decreto del gobernador —contestó al fin —. No fui yo quien lo pidió.

De acuerdo con su larga experiencia, los indios sabían que respecto a su pueblo nada podía hacer el gobierno federal sin contar con el consejo del delegado, porque él es el mediador entre el pueblo indígena y el gobierno del estado, y éste no puede tomar medida alguna si el delegado, que conoce los usos, costumbres, tendencias y peculiaridades de los indios, no sugiere o aprueba la medida.

Sabedores de esto, los hombres dieron a las palabras del delegado el valor que tenían.

No le dijeron que él hubiera podido fácilmente evitar que aquel decreto fuera expedido, ni criticaron su conducta, ni la conducta del gobernador.

Tomás, el orador, dijo:

—Hemos venido a decir a usted que el decreto no tiene validez para nosotros, y haremos nuestras elecciones como las hemos hecho siempre. Para nuestro pueblo, el jefe será únicamente el hombre que nosotros elijamos. Cualquier otro no elegido por nosotros o cuyo período haya terminado, carece en absoluto de autoridad. Pronto podrá usted comprobar, don Abelardo, lo que usted y el gobierno pueden hacer con la ayuda de un hombre a quien nosotros desconocemos como jefe.

—El decreto no perjudica en forma alguna al grande y noble pueblo de Pebvil —dijo el delegado—. Amalio es un jefe excelente y ha aprendido mucho durante el tiempo que ha trabajado conmigo aquí, en el cabildo. Otro nuevo jefe tendría que aprender desde el principio antes de llegar a comprender lo que realmente les conviene a ustedes.

—El decidir si Amalio es buen o mal jefe es asunto nuestro —dijo Tomás—. Supongamos que es un jefe excelente, el mejor que hayamos tenido; esa no es razón para alterar repentinamente nuestras tradiciones a fin de complacerlo. Porque bien puede surgir otro jefe tan bueno como Amalio, y entonces ya no nos sería posible deshacernos de él cuando quisiéramos.

—La República Mexicana es cien veces más grande y más importante que el pueblo de Pebvil —dijo don Abelardo—. Y en la República Mexicana, don Porfirio manda desde hace treinta y dos años, porque siempre ha sido reelegido para bien de

la nación. Cada año su experiencia aumenta para bien del pueblo. También el gobernador de este estado ha sido reelegido incontables veces, como lo han sido los gobernadores de otros estados.

Tomás esperó cortésmente unos momentos, para ver si el delegado deseaba agregar algo más; pero cuando vio que guardaba silencio, dijo:

—No cabe duda de que para los ladinos ese sistema es excelente; pero, precisamente por ser excelente para los ladinos, se halla muy lejos de ser bueno para nosotros, los tsotsils. También nosotros existimos hace cientos de años, y si nuestras costumbres y sistemas de gobierno difieren de las de los ladinos, es porque esas costumbres y sistemas nuestros son los que nos convienen, y si hemos vivido cientos de años siguiéndolas, sin necesidad de pedir consejo a los ladinos o de adoptar las costumbres de ellos, es, seguramente, porque no son peores que las suyas. Cientos de años hemos vivido siguiendo nuestras tradiciones y cientos de años seguiremos viviendo apegados a ellas. La experiencia nos ha mostrado que lo que más nos conviene es elegir cada año un jefe y que ese jefe provenga cada año de uno de los diferentes barrios que forman el pueblo, para no ser reelegido jamás. Solamente cuando nos viéramos comprometidos en una larga guerra, o cuando tuviéramos que emigrar, conservaríamos por el tiempo necesario a la cabeza del pueblo al hombre que consideráramos más talentoso y experimentado. Pero, de acuerdo con nuestras tradiciones, el sistema de elecciones no se ha alterado ni siquiera bajo circunstancias anormales. Nunca, en la larga historia de nuestro pueblo, ha habido un jefe que dure en el poder más de un año. Si el nuevo jefe se halla falto de experiencia, puede pedir consejo y lo hallará sabio en los viejos, y bienintencionado en todos, porque no hay entre nosotros hombre que haya sido jefe o vaya a serlo que no ponga todo su saber y su experiencia al servicio del pueblo, si éste necesita de ellos. Por eso nosotros nunca hemos tenido reyes, ni dictadores, ni déspotas. Cualquier hombre, por sencillo que sea, puede encabezar al pueblo por un año, si ha ganado la confianza de los mayores de edad de su barrio.

—A menudo hemos tenido —y eso lo sé porque mis abuelos me lo han dicho— jefes tan inteligentes y tan hábiles, que todo el pueblo hubiera deseado verlos en el poder por un período extenso que les permitiera llevar a cabo sus planes; pero también a menudo ha ocurrido que su sucesor resultaba ser más inteligente y más hábil aún. Entre nosotros, unos aprenden de los que los han precedido y la mayor parte de los jefes tienen la ambición de demostrar que son tan capaces o más aún que su antecesor. Mientras más frecuentes sean las elecciones de jefe, mayor número de hombres podrá ocupar el puesto y, naturalmente, seremos más los que aprendamos a gobernar. Mientras más sean los hombres que hayan gobernado, mayor será el número de consejeros capaces con que contaremos. Nuestro deseo sería que cada uno de los hombres del pueblo lo gobernara una vez en su vida. Entonces criticaríamos menos y aconsejaríamos mejor. El hombre que ha gobernado alguna vez, piensa dos antes de criticar. Además, nuestros hombres son mejores ciudadanos porque saben la

importancia que tiene obedecer cuando el bienestar común va de por medio. Y algo de lo más importante en nuestro sistema es que cada persona contribuye con una nueva idea no concebida por los otros. Esa nueva idea aportada por cada nuevo jefe, nos capacita para pesar, medir, comparar, aceptar o rechazar. Cada uno piensa que nadie podría gobernar mejor que él, y nosotros le damos a cada ciudadano la oportunidad de probar. Todo aquel que ha gobernado una vez, aprende que el maíz debe ser cocido o tostado si ha de ser comido y digerido. Esto es todo lo que he venido a decir a usted en nombre de mi pueblo. Nosotros no criticamos el gobierno de los ladinos; pero no concedemos a nadie que no pertenezca a nuestro pueblo el derecho de intervenir en nuestras costumbres y en nuestras leyes. Si el gobierno de ustedes nos diera algunas razones que probaran que nuestro sistema es perjudicial para nuestro pueblo, nosotros pensaríamos en ellas y decidiríamos lo que más nos conviniera; pero el gran defecto del sistema que su gobierno intenta imponernos consiste en que si un hombre que ha sido elegido jefe traiciona la confianza que el pueblo depositó en él, ese hombre debe permanecer en el poder y sólo con gran dificultad se le puede obligar a dejarlo, porque debido a su vanidad, su egoísmo, su afán de dominio y su ambición, en vez de mirar por el bienestar de su pueblo se dará a la tarea de intrigar y de envenenar las mentes, y ello da lugar, primero a la corrupción y después a la inquietud y a la rebelión. Y nosotros no deseamos eso, nosotros queremos vivir en paz unos con otros y con los vecinos, porque a través de miles de años hemos aprendido que en paz y concordia nuestro pueblo prospera.

Es de suponer que el delegado no comprendió todo lo que las palabras del indio significaban. En parte, porque no le prestó mucha atención, ya que para él el decreto del gobernador era un hecho, y aquellos indios piojosos no tenían derecho alguno a comentarlo; ellos eran simples súbditos que debían obedecer cuanto el dictador ordenara. Y en parte tampoco comprendió, porque el indio pertenecía a un mundo tan distante del suyo como distantes le parecían las notas de la trompeta que sería tocada el Día del Juicio.

Una cosa sí comprendía claramente el delegado, y ella era que Tomás había manejado sus palabras hábilmente. Con cuidado y deliberadamente, había dejado para el final la razón por la cual el delegado había hecho uso del decreto.

A Amalio, el jefe en funciones, no lo había mencionado; pero don Abelardo había entendido bien a quién se refería. Y Tomás había pensado tan bien su discurso, que aun cuando sus palabras eran una exposición de los sucios manejos del delegado, don Abelardo no podía decir que había sido insultado, o acusado de corrupción y de intentar dividir al pueblo indígena para lucrarse con ello. Y se encontró con que no podía dar respuesta alguna, porque no hubiera sabido por dónde empezar. El indio se había apoyado en los miles de años que su pueblo llevaba de practicar su sistema de elecciones, al que habían llegado sin duda después de otros miles de años de

desavenencias, que probablemente pusieron en peligro la supervivencia del pueblo. Así, pues, resultaba imposible argumentar contra resultados con una raigambre de mil años. Ni siquiera intentó objetar, porque sabía que el indio barrería fácilmente sus objeciones. Por tanto, se concretó a decir:

—Un decreto es un decreto, Tomás, y ustedes tienen que obedecerlo. Amalio será jefe por un año más, y si su período tiene que prolongarse todavía más allá, un nuevo decreto será expedido oportunamente.

—Informaré a los hombres de Pebvil de lo que usted me ha dicho —dijo Tomás tranquilamente—, porque carezco de autoridad alguna para discutir con usted, don Abelardo.

Dicho eso, se aproximó a la mesa. El delegado se puso de pie y rodeó la mesa para quedar próximo a Tomás, que extendió la mano y tocó la suya con la punta de sus dedos, mientras decía:

—Adiós, señor.

Los otros hombres que formaban la comisión se inclinaron para despedirse, y salieron siguiendo al orador. En el pórtico recogieron los machetes, se los echaron al hombro y se alejaron.

Ninguno de ellos hizo comentario alguno.

Todo el pueblo estaba enterado de que la comisión había hablado con el delegado; pero ni un solo hombre de Pebvil, de los que se hallaban tras las hileras de magueyes que separaban un parcela de otra cuando los comisionados pasaron frente a ellas, se acercó a hacerles preguntas sobre el resultado de la entrevista. Ello podría parecer falta de interés; pero el caso no despertaba en los indios eso que puede llamarse interés. Ellos sabían lo que estaba ocurriendo y lo que ocurriría; no necesitaban conocer los detalles. No había un solo miembro de la comunidad que no supiera, antes de que la comisión fuera enviada, que las negociaciones con el delegado, no eran tales negociaciones. La plática con el delegado era la última advertencia. Nada más.

Sin embargo, no se trataba de una declaración de guerra. El pueblo no quería la guerra ni con el gobierno ni con los ladinos. No eran tan tontos como para enfrentarse con sus machetes a las ametralladoras y cañones de ellos. Esto solo lo hacen los pueblos civilizados cuando desean perder algunos millones de sus mejores hombres y adquirir deudas que los esclavizan durante seiscientos años.

Los indios ignorantes que no saben leer ni escribir y que, por tanto, eran más difícilmente presa de la histeria cultivada por las propagandas, nunca pensaron en acarrear males semejantes a su pueblo; nunca intentaron perder ni sus hombres ni sus bienes como ocurre entre pueblos civilizados.

Pebvil era un pueblo de gobernantes y carecía de ministro de guerra y de fabricantes de armas.

Y como era un pueblo de gobernantes que habían aprendido durante sus cortos períodos de gobierno a dar buenos consejos y a juzgar los consejos dados por otros, no era fácil que una horda de fanáticos los condujera a perseguir espejismos si la alucinación no caía sobre ellos en forma epidémica.

Obraban como indios bárbaros; pero obraban bien e inexorablemente.

El primero de enero llegó envuelto en niebla. A medida que iba abriendo el día y el sol se iba levantando sobre la montaña, miles y miles de indios iban llenando la plaza.

Las masas aparecían tan repentinamente como si hubieran estado escondidas en la maleza, en espera del momento preciso en el que el sol iluminara la cresta de la montaña. La plaza se vio llena tan repentinamente que en verdad parecía que los hombres habían pasado la noche tendidos en los alrededores y que unos cuantos segundos les habían bastado para ponerse en pie como un solo hombre.

Se oía un murmullo oído sólo en este día, el gran día del pueblo. Hombres, mujeres, niños y perros se reunían en pequeños o grandes grupos apretados. Todos se hallaban de buen humor. Se oían risas, gritos, bromas, canciones y música producida por diversos instrumentos.

Los hombres de algunas de las tribus llevaban consigo largos carrizos coronados de plumas de colores, que colocaban a manera de banderas en el centro del sitio ocupado por cada grupo. Otros llevaban banderas en las que la imagen de San Antonio o de la Virgen aparecía curiosamente reproducida. Aquí y allá podían distinguirse los capitanes, por la multitud de listones de vivos colores que colgaban de sus sombreros. También los capitanes eran elegidos cada año por sus respectivas tribus, para formar parte del consejo presidido por el jefe del pueblo. En ocasión tan solemne como ésta, ellos dirigían a sus tribus; pero normalmente era por medio de ellos como las tribus se hallaban en constante comunicación con el gobierno central. En la última reunión del consejo, reunión decisiva, los capitanes habían recibido instrucciones precisas respecto a lo que sus tribus debían hacer en determinadas circunstancias, en determinados momentos, y hacia dónde debían conducirlas atendiendo a determinadas señales dadas por el consejo central.

Don Abelardo, el delegado, se hallaba grandemente sorprendido al ver a todo el pueblo reunido en la plaza, frente al cabildo, a tan temprana hora de la mañana. No hallaba razón para aquello. No era día de mercado ni se festejaba tampoco al santo de ninguno de los cuatro barrios.

Todavía no cumplía dos años en su puesto, y no sabía a ciencia cierta cuáles eran todas las ocasiones en las que el pueblo íntegro se reunía. Así, pues, no se alarmó. Pensó que quizá se reunían para celebrar la entrada del nuevo año. Ignoraba que los indios no lo festejaban; por lo tanto, tranquilizado con la explicación, se fue a desayunar. Pero cuando terminó, ganado por la curiosidad, salió al pórtico y preguntó a varios indios que se hallaban cerca el motivo de la reunión. Los indios contestaron

en tono significativo que ese día era primero de enero. Don Abelardo se tranquilizó.

Envió a sus policías, indígenas que vivían en Pebvil, a que guardaran el orden. Cuando pensaba en dar alguna otra demostración de su autoridad, las campanas de la iglesia empezaron a repicar. Se paró a mirar y divisó a un grupo de jóvenes que subidos en la torre gritaban salvajemente mientras movían el badajo de las campanas. Después, se dio cuenta de que, partiendo de la maleza que cubría los cuatro extremos de la plaza, marchaba al son de las chirimías una multitud de indios, de entre los cuales algunos empuñaban carrizos coronados de flores y de plumas. Frente a la iglesia, se detuvo un grupo de jóvenes que sostenía con gran dignidad las banderas de su barrio. El delegado se percató de que eran las banderas del barrio de San Miguel. La llegada de este grupo fue objeto de aclamaciones y de muestras de regocijo por parte de un sinnúmero de jóvenes que salieron a su encuentro. Entre el grupo de abanderados que había hecho alto frente a la iglesia, se distinguían los capitanes de cada barrio y a la cabeza de ellos se hallaba Natividad, el hombre que el barrio de San Miguel había elegido para gobernar el pueblo. Natividad no llevaba listones colgando de su sombrero, porque éstos le eran prendidos como parte de la ceremonia de la toma de posesión; pero dos cintas brillantes le cruzaban el pecho, y esto significaba que era el jefe electo.

La columna encabezada por Natividad y los capitanes, y que había hecho alto frente a la iglesia, no había terminado de desplegar cuando Amalio, el jefe en funciones por decreto del gobierno del estado, llegó corriendo al cabildo, abrió de un golpe la puerta y gritó, dirigiéndose al delegado:

—¡Aquí están ya, aquí están ya; me van a matar!

—No diga tonterías, que nadie lo va a matar, porque el gobierno lo protege.

Pero el delegado no se mostraba tan tranquilo como sus palabras trataban de aparentar. Había palidecido, e hizo girar rápidamente su cinturón para que la pistola le quedara al frente. Contó los cartuchos que llevaba en la cartuchera, y respiró aliviado cuando vio que estaba llena y que contaba con cuarenta y cinco.

Tan pronto como vio entrar a Amalio con el terror pintado en la cara —expresión bien rara en un indio—, supo el significado de la reunión de aquellos miles de personas; pero no alcanzó a comprender lo serio de la situación. Pensó que como representante del gobierno, tenía la fuerza necesaria para hacer desaparecer la amenaza solamente con su autoridad.

Amalio no se engañaba; conocía las costumbres de su laza y sabía que el cabildo no le prestaba seguridad alguna. Salió al pórtico y buscó ansiosamente la forma de escapar; pero la masa de indios crecía y se apretaba, hasta convertirse en una gruesa y extensa muralla.

Los hombres se hallaban bastante lejos como para que él pudiera distinguir a uno de otro; pero aun cuando no le era dado mirar la expresión de sus rostros, sabía perfectamente la hostilidad que hacia él los animaba. Aquella masa densa, compacta, recia, tenía una mira común y sus ojos estaban puestos fija, inalterable y despiadadamente en él.

Don Abelardo avanzó hasta la puerta y dijo:

—Don Amalio, usted nada tiene que temer, ya que debe ocupar su puesto por decreto del gobierno. Métase al salón de clases mientras yo ordeno al telegrafista que envíe un mensaje para que manden un escuadrón de caballería. Los soldados llegarán pronto.

Puesto que el cacique había recibido ya órdenes del gobierno, no tenía más remedio que seguirlas recibiendo. De otro modo, se le acusaría de desobediencia, y ello podría costarle años de prisión o tal vez algo peor encontrado por el juez en algún reglamento.

Había perdido la oportunidad, o no había tenido la sagacidad necesaria para, en el momento preciso en que el decreto había llegado, alegar su incapacidad para continuar en el puesto, y ahora, su obstinación y el concepto que él tenía del honor, le prohibía confesar en aquel momento de peligro que estaba derrotado. Tal actitud le habría ganado el más hondo desprecio de su tribu, de su pueblo todo, y lo habrían echado vergonzosamente, a menos que él lograra huir a la selva, donde sería devorado por los tigres.

Estaba en una situación en la que no podía dar un paso atrás; así, pues, la única esperanza que le quedaba residía en su destino mientras los soldados llegaban.

En el segundo piso del cabildo, detrás del salón de clases, había un cuarto que era ocupado generalmente por traficantes viajeros y por funcionarios que acertaban a pasar por el pueblo. Para llegar al segundo piso, que se hallaba en el ala este del edificio, había que subir una escalera de madera. Ni el salón de clases ni el cuarto destinado a los huéspedes tenían ventanas; la luz que recibían les llegaba a través de la puerta abierta.

Amalio tuvo que salir al pórtico, rodear el edificio y alcanzar a subir la escalera que conducía al segundo piso, visto por los miles de personas reunidas en la plaza.

Sin duda alguna su esposa lo había visto también subir la escalera, e instintivamente supo que si se escondía en el segundo piso era porque no se sentía ya seguro abajo, y que aquél era el último paso que su esposo daba por voluntad propia. Inmediatamente echó a correr a su jacal, llenó un guaje de agua, hizo un itacate con tamales, tortillas y frijoles secos, llamó a sus cuatro hijos y se dirigió a toda prisa al cabildo.

Sin decir palabra al delegado, que con el telegrafista trataba de tener éxito transmitiendo su mensaje, subió la escalera seguida de sus hijos; solo se detuvo para

dejar el guaje y el itacate mientras se ataba bien el rebozo con el que sujetaba a su espalda al niño de pecho.

Ni una sola de las muchas personas con quienes había tropezado al abrirse camino, le había dirigido la palabra. Se habían concretado a abrirle paso, y ella no sabía si era para facilitárselo o para evitar su contacto.

Mientras tanto, la columna que escoltaba al jefe electo marchaba alegremente, dirigiéndose al cabildo. Marchaba sin dar muestra alguna de haberse percatado de lo que ocurría en el cabildo. Ninguno de aquellos hombres parecía haberse enterado del decreto, porque todos marchaban como lo habían hecho durante siglos, cada vez que un nuevo cacique era elegido y la ceremonia de la toma de posesión tenía lugar. Y como en lo que hacían nada había de amenazador para persona alguna de su pueblo o de otro pueblo, habría sido imposible convencerlos de que cometían un acto de rebeldía o de que atentaban contra la ley. Ellos no intervenían en los sistemas políticos de los ladinos, y no podían ver por qué se les consideraba rebeldes cuando no permitían a los ladinos que intervinieran en los suyos y trataran de alterarlos por la fuerza, de acuerdo con sus conveniencias.

Sin que hubiera necesidad de hacer sonar una trompeta o de agitar una bandera, el murmullo cesó repentinamente. Un pesado silencio reinó en la plaza. Si un niño de pecho acá o allá lloriqueaba, su madre lo hacía callar inmediatamente, y si a un perro se le ocurría ladrar, se veía obligado a aullar un momento debido a la patada que su amo le asestaba.

En medio de aquel silencio, la columna que escoltaba al nuevo jefe prosiguió su marcha, cantando al son de las chirimías. Las banderas, algunas con los colores de México y el águila de los mexicanos, y otras ostentando la imagen de la Virgen y de algunos santos, eran agitadas en medio de gritos de alegría. A ambos lados de la columna, dos hombres, adornados con lazos verdes, bailaban en lugar de marchar, gesticulando y cantando monótonamente. Algunos de los hombres llevaban disfraces ominosos que representaban tigres o leones con cuernos de toro y ojos de demonio. Los directores de la procesión azotaban el suelo con sus látigos simulando ira.

Sin decir palabra, la apretada multitud abrió paso a la columna en marcha.

Era costumbre que el elegido tomara posesión de su cargo frente al pórtico del cabildo, hacia el que miraba la puerta de la oficina del delegado. Esto no se hacía así porque el delegado tuviera alguna injerencia en la antigua ceremonia de los indios. Él era un simple espectador y todo lo que tenía que hacer era anotar el nombre del nuevo jefe para darlo a conocer al gobierno del estado, que debía reconocerlo.

Pero en esta ocasión, la procesión no se encaminó precisamente hacia la puerta de la oficina del delegado, sino hacia la escalera que conducía al salón de clases. La

masa, que había tratado de ocupar los lugares más cercanos al pórtico, se movió hacia el ala este del cabildo para no perder ningún detalle de la ceremonia. Este movimiento de la multitud se realizó sin gritos ni atropellamientos. Las gentes se movieron silenciosamente, y don Abelardo juzgó el hecho tan amenazador que inmediatamente se fue en busca de la silla y los arneses, con la intención de escapar. Todas las puertas se hallaban bien atrancadas. Asegurado de ello, corrió a la cocina, en donde su mujer arrullaba a su hijito, y le dijo que más valía huir antes de que fuera demasiado tarde. En seguida mandó a su hijo de diez años a que trajera los caballos.

Don Abelardo atisbaba a través de las hendiduras de las puertas, y vio cómo algunos chicos llamaban la atención de sus padres respecto a su hijo, que había salido del cabildo y se dirigía corriendo hacia la pradera; pero los hombres no prestaron atención al asunto y no se dignaron siquiera volver la cara hacia el punto que sus hijos señalaban.

Este detalle hizo saber a don Abelardo que ni él ni los suyos corrían peligro.

Hacía media hora que trataba de comunicarse por telégrafo con el cuartel de Jovel, pero ni él ni el hombre que se decía telegrafista lograban respuesta alguna, aun cuando este último le hizo notar, al cabo de diez minutos más, que el telégrafo de Jovel enviaba algunas señales. Esto acabó de tranquilizarlo, porque si los indios no habían cortado la línea, quería decir que no se hallaban en rebelión abierta contra el gobierno.

Los hilos del telégrafo, cuando los hay en esas remotas regiones, se encuentran tan descuidados que en ocasiones pasan meses antes de que un poste sea repuesto o un daño sea arreglado, lo que hace que quienes viven allí olviden que habitan en un país civilizado. Muchas veces, kilómetros enteros de alambre se hallan tirados en el suelo. Para tender la línea no se usan postes especiales, se cortan simplemente algunos árboles, cuando aquéllos faltan, en la pradera, y como no se les depoja de la corteza ni se les cubre de impermeabilizante, pronto echan raíces y empiezan a crecerles ramas. Como estos troncos son plantados superficialmente, si no echan raíces antes de alguna tempestad, son fácilmente arrancados por ella y la línea cae por tierra. Y muchas veces, aun cuando echen raíces o aun tratándose de árboles reciamente arraigados, las tempestades de los trópicos, muy poco interesadas en que los hombres puedan o no comunicarse, los arrancan de cuajo.

Los indios suelen ver tirado en el suelo el alambre y bien pudieran trepar al árbol y sujetarlo; pero prefieren no hacerlo, porque saben que si por desgracia son vistos manejando un alambre de telégrafo, el rural que los descubra los dejará tendidos en el mismo sitio.

Incluso hay rancheros y hacendados con bastante educación, conocedores de la utilidad que el telégrafo tiene para las autoridades y para ellos mismos en caso de tener urgencia de un médico, o de necesitar ser auxiliados en cualquier asunto de

emergencia, pero que, por no tomarse la molestia de bajar del caballo, si no llevan a algún mozo que los acompañe, dejan la línea tirada, diciendo para sí: «Vamos, ¿qué me importa a mí eso? Ahora tengo otras muchas cosas que hacer.»

Por todo esto puede juzgarse que se necesita un conjunto de afortunadas circunstancias para que a un delegado le sea posible comunicarse por telégrafo con la cabecera del lugar. Muchas veces un propio, enviado a través de valles y montes y hasta de selvas, llega antes que un mensaje telegráfico. Es necesario en ocasiones que el delegado se siente junto al pobre hombre pomposamente llamado telegrafista, durante veinticuatro horas, y que todos los árboles, troncos y tramos de línea se hallen en inconcebible armonía, para que el mensaje urgente llegue un día más tarde de lo que se precisaba, y, entonces, el delegado tiene un caso curioso más que recordar toda su vida.

Para determinar el porqué del interés que tienen ciertos estados en tender líneas telegráficas a remotos lugares, es necesario acudir a las estadísticas. Los estados desean ser considerados como centros de civilización, ¿y qué prueba mejor de su alto nivel cultural que el ver consignados en las estadísticas kilómetros y kilómetros de línea telegráfica?

Don Abelardo urgió al telegrafista para que intentara nuevamente comunicarse con Jovel, a fin de que se le aconsejara qué era lo que debía hacer con aquellos miles de hombres reunidos en la plaza.

El sol se había levantado y posádose en las montañas que limitaban el valle hacia el este.

En aquel momento, la columna que escoltaba al jefe electo llegó a la escalera que conducía al segundo piso del cabildo.

La sillita de tule con su agujero en el asiento fue colocada frente al edificio, a distancia conveniente para que los espectadores alcanzaran a verla.

Un hombre trajo el braserillo de barro y sopló sobre los carbones encendidos.

Los hombres que portaban los largos carrizos coronados de flores y de plumas, se colocaron en semicírculo.

Los capitanes dieron un paso adelante, recitaron algunas frases y pidieron a Natividad, el nuevo jefe, que se colocara enfrente.

Natividad se colocó frente al semicírculo.

Los capitanes hicieron que los portadores de las banderas que ostentaban los colores de la República y las imágenes de los santos, se reunieran.

Natividad se arrodilló.

Cada uno de los abanderados avanzó donde estaba Natividad, y agitó por tres veces su bandera.

Natividad besó el extremo de la bandera que cada capitán llevaba. En cuanto el nuevo jefe besaba la bandera, el capitán hacía por tres veces la señal de la cruz en el

aire y recitaba una estrofa en su lengua nativa.

Las palabras dichas al tiempo de hacer por tres veces en el aire y sobre la cabeza de Natividad el signo de la cruz, debieron haber sido en parte tomadas de alguna oración escuchada en alguna ceremonia de la iglesia católica, porque entre las palabras dichas en lengua india se escuchaba claramente el nombre de María y voces tales como *pro nobis, ave* y otras.

Cuando los capitanes hubieron terminado, el mayor de ellos, que lucía un sombrero profusamente adornado con listones de colores y llevaba en la mano derecha un bastón largo, adornado con largas y brillantes plumas, se adelantó y, adoptando un aire marcial, pronunció con voz cantarina un discurso dirigido a Amalio, el jefe saliente, pidiéndole que se presentara a entregar el poder al nuevo cacique.

Era costumbre que el jefe saliente se presentara, cuando el capitán mayor se dirigía a él, llevando en la mano derecha el cetro del poder. Inmediatamente que el discurso del capitán mayor terminaba, el jefe saliente debía contestarlo, saludando al capitán mayor con versos semicantados; después, y en la misma forma, se dirigía a los otros capitanes, y, finalmente, a todo el pueblo para darle las gracias por el honor que le había conferido al hacerlo depositario de su confianza. En seguida, saludaba al nuevo jefe diciéndole que era un gran honor el que se le permitiera transferir el poder a caballero tan sabio, honorable y valiente, a quien por estas virtudes el pueblo entero respetaba. Agregaba que tenía que lamentar que el poder suyo hubiera sido tan limitado que no le había permitido hacer por el pueblo, no obstante el empeño que había puesto en ello, todo lo que deseaba; pero que esperaba que su estimado y valiente sucesor, de acuerdo con los deseos del pueblo, llevara a cabo todas las empresas que a él no le había sido dado realizar.

Dicho esto era costumbre que el nuevo jefe se adelantara y se arrodillara ante el jefe saliente, quien, antes de entregarle el cetro, hacía tres veces la señal de la cruz sobre su cabeza. Después se cambiaban los papeles y era el jefe saliente el que se arrodillaba para ser persignado y besar el cetro. En seguida se ponía de pie, tocaba con las puntas de sus dedos la mano del nuevo jefe y se retiraba, en tanto que aquél decía en frases rimadas ser un pobre y débil mortal poco merecedor del elevado cargo que asumía. Prometía hacer uso de su autoridad sólo en beneficio del pueblo, e impartir justicia imparcialmente.

Una vez terminado el discurso, daban comienzo las ceremonias que seguían a la toma de posesión.

En esta ocasión, sin embargo, la ceremonia no siguió el curso que solía seguir cada primer día del año desde hacía siglos.

Una potencia extranjera, cuyo único contacto con este pueblo era el de la dominación política, había pretendido alterar sus usos y costumbres, a fin de que

éstos se plegaran a sus conveniencias. Quería que el mundo todo siguiera el patrón de la Europa que se decía civilizada, a fin de que todos los pueblos formaran parte de una liga de naciones podrida una hora después de su nacimiento.

Cuando el capitán hubo terminado sus dichos, la multitud dio signos de agitación.

Todos los hombres se pusieron de pie como obedeciendo a una sola señal. Todos los ojos se volvieron hacía la puerta del salón de clases. La puerta permanecía cerrada. El jefe saliente no se presentó llevando el cetro en la mano.

El maestro de ceremonias carecía de dichos objetos para contingencia semejante, ya que la conducta del jefe saliente no tenía precedente.

Los capitanes, abandonando toda ceremonia, subieron rápidamente y decididamente por la escalera, llamaron con energía a la puerta e invitaron en voz alta a Amalio a que saliera porque tenían algo que decirle.

Amalio sabía que la puerta no representaba protección alguna; así, pues, la abrió y salió.

Los capitanes le hablaron seriamente, conminándolo a que entregara el cetro al nuevo jefe, como era su obligación hacerlo.

A Amalio le habría gustado tal vez hacer lo que le ordenaban e irse en paz a su casa; pero su orgullo no le permitió hacerlo ahora que se hallaba amenazado, porque el pueblo entero lo habría llamado cobarde, al verle hacer por la fuerza lo que no había hecho voluntariamente.

Sin hacer un gesto que pusiera de manifiesto su temor, les comunicó que, de acuerdo con el decreto del gobernador, él permanecería durante un año más en su puesto, con o sin la voluntad del pueblo.

A esto, los hombres contestaron diciéndole que le daban dos horas para reflexionar, esperando que al cabo de ese tiempo cumpliera con las leyes del pueblo al que debía su existencia y el honor de haber sido elegido jefe por un año. No había necesidad, agregaron, de pensar en lo que el gobierno haría contra él o contra el pueblo por desobedecer el decreto. Cuando el caso se presentara, ya sabrían enfrentarse a las circunstancias. «Ahora lo único que tienes que hacer, es eso que el pueblo espera de ti; es decir, hacer entrega del poder a Natividad, el jefe electo. En las dos horas que te damos podrás pensar en lo que indudablemente te ocurrirá si traicionas al pueblo. Pasadas las dos horas, será demasiado tarde, porque inmediatamente entraremos en acción, eso tú bien lo sabes. Ya has hecho bastante daño estropeando las ceremonias; esto nunca será olvidado, aunque será considerado solo como un error de tu parte.»

Sin esperar respuesta, los hombres descendieron por la escalera y se reunieron con sus compañeros.

Persona alguna surgió de la multitud acercándose a preguntar cuál había sido la respuesta de Amalio. Ni siquiera los hombres que habían tomado parte en la entrevista la comentaron entre ellos. Las chirimías sonaron y aquí y allá empezaron a verse danzantes y chiquillos que los admiraban, jugando en rededor.

Una hora más o menos había transcurrido cuando Amalio descendió por la escalera. El grupo de capitanes había permanecido al pie de ella, en cuclillas sobre el suelo, y se volvieron lentamente para conocer la decisión de Amalio.

Amalio se detuvo al pie de la escalera, llevaba en las manos el cetro del poder. Preguntó si los hombres se oponían a que fuera a hablar con el delegado.

El capitán mayor le contestó que podía ir a donde quisiera, hablar con quien deseara y hacer lo que le conviniera, porque nada de ello importaba al pueblo antes de cumplirse el plazo de dos horas. Durante ese tiempo podía hacer lo que quisiera y pedir consejo a quien deseara dárselo. Lo único que no podía hacer era abandonar la plaza sin haber entregado el cetro del poder. Si lo quería, podía entregarlo allí mismo y sin más ceremonias; pero irse con él, de ninguna manera.

Amalio se dirigió al ala norte del cabildo y llamó a la puerta diciendo al mismo tiempo que era él, Amalio, y que quería hablar con el delegado.

Don Abelardo abrió la puerta sólo lo suficiente para que Amalio pudiera escurrirse por ella.

—Señor delegado —dijo—, no sé qué hacer; las cosas están muy mal. ¿No cree usted que sería mejor que yo renunciara?

El delegado había visto bien que los indios habían dejado llegar a su hijo hasta la pradera en donde se encontraban los caballos, y deducía de aquello que su pellejo estaba a salvo, que ni él ni los suyos serían molestados, y que si alguna víctima habría de ser sacrificada, ella sería Amalio. Basado en esta idea le contestó:

—Don Amalio, usted no puede renunciar, usted no puede someterse a los rebeldes. Usted es aquí el jefe y debe cumplir con su deber, y ese deber es obedecer el decreto del gobernador. Si no cumple con ese deber, será fusilado. Acabo de comunicarme con Jovel y ya mandan para acá a un escuadrón de caballería bien armado. Nada tema usted, porque todo el poderío del gobierno mexicano lo apoya.

Hablar del poderío del gobierno sonaba muy bien. Resultaba tan poético y llegaba al alma tanto como la frase aquella que dice: «El pueblo marcha contra el enemigo.» Pero para que resuene y conmueva debe ser apoyado en forma gráfica, apareciendo en los grandes encabezados de las primeras páginas de las ediciones especiales. A la vista de esas frases, los más endurecidos *anti* suelen darse un sentón; pero generalmente doce horas antes ya llevan los pantalones bien acolchonados, bien rellenos de suave oportunismo y de elásticos compromisos imposibles de romperse con un sentón.

Sin embargo, la rica filigrana sonora de todo el poderío, no impresionó a Amalio. Sabía que todo aquel poderío se reducía a un batallón; sabía la distancia que lo separaba del lugar, y conocía a su pueblo. A menos de que todo aquel poderío llegara a la plaza antes de diez minutos, a él le tenía muy sin cuidado que constara de seis hombres y un sargento o de medio millón de hombres entrañablemente militarizados y disciplinados.

Amalio intentó preguntar al delegado si podía permanecer en su oficina; pero éste ya tenía previsto el caso y lo consideraba muy peligroso. Cuando los golpes menudean no queda tiempo de averiguar si alguien fue muerto accidentalmente. Así, pues, no dejó al indio tiempo de pedir hospitalidad.

—Lo mejor que puede usted hacer, don Amalio —se apresuró a decir—, es volver rápidamente al salón de clases. No es conveniente que permanezca usted aquí solo conmigo, porque pueden pensar que tramamos algo. Eso a usted no le haría bien alguno y a mí me acusarían de intervenir en sus asuntos. Váyase tranquilo a la escuela, que nada ha de pasarle, ya le dije que está bajo la protección del gobernador.

El indio se dirigió a la puerta sin decir palabra. Don Abelardo volvió a abrirla sólo lo suficiente para que Amalio pasara, y tan pronto como se encontró fuera, el delegado volvió a cerrarla y la atrancó rápidamente.

Nada le importaba haber mentido al indio, porque la verdad era que no había logrado comunicarse con Jovel y que ningún disciplinado y bien armado escuadrón venía ya en marcha para hacer cumplir las órdenes del gobernador.

Las viejas costumbres de los pueblos indígenas de México estaban muy lejos de ser comprendidas por el gobernador, que pensaba que un decreto podía cambiar esas costumbres de la noche a la mañana.

Amalio subió nuevamente la escalera sin que lo molestaran ni le hicieran preguntas. Nadie pareció percatarse de su presencia. El grupo de hombres que se hallaba al pie de la escalera no le prestó atención alguna, siguieron conversando y dos de ellos se pusieron a tocar sus organitos de boca.

La multitud reunida en la plaza parecía más alegre y los grupos de danzantes no dejaban de mover los pies.

Repentinamente cesó la alegría y nuevamente volvió a reinar en la plaza el silencio.

Muchos de los grupos empacaban sus cosas y los niños eran mantenidos cerca de sus padres, mientras las mujeres se ajustaban los rebozos y los cotones para sujetar mejor a los niños de pecho que llevaban sobre sus espaldas.

Empacadas las cosas y asegurados los niños, todos se sentaron quietamente con la vista fija en el cabildo.

El grupo de hombres que había escoltado al nuevo jefe, se colocó a unos veinte pasos de la escalera. Dos de los capitanes llegaron hasta ella y desde allí gritaron:

—Amalio, las dos horas han transcurrido; venimos a que nos des el cetro para ponerlo en manos de Natividad, el nuevo jefe. Natividad ha sido legalmente elegido por los hombres de nuestro barrio; tú ya cumpliste con tu período. Entrega el cetro.

Amalio salió a la puerta de la escuela y, cuando los capitanes terminaron de hablar, dijo:

—Por decreto del gobernador he de permanecer un año más en el puesto.

Ni los capitanes ni hombre alguno dijeron palabra; pero al escuchar lo que

Amalio había dicho, la multitud entera, los miles de hombres reunidos en la plaza, se pusieron de pie.

Si alguien hubiera gritado, al romper el silencio habría hecho la situación menos tensa; pero todos permanecieron callados. Sólo un perro ladró primero y aulló después, asustado, excitado al sentir la actitud de la multitud.

De uno de los extremos de la plaza y partiendo de un núcleo bien alejado de aquel que había tomado parte en las ceremonias, salieron varios jóvenes corriendo en grupo compacto, tanto que resultaba imposible decir si eran seis o diez.

No corrían, saltaban con la agilidad de jóvenes tigres, tendiendo a cada salto el machete que llevaban en la diestra. Iban descalzos y sus recias piernas desnudas eran resortes poderosos que los impulsaban por el aire, haciendo que sus cuerpos quedaran casi paralelos con la tierra.

No obstante la rapidez de sus movimientos, los hombres que formaban el grupo no se separaban. Los músculos de sus cuellos y de sus caras se hallaban tensos, llevaban los labios entreabiertos y los brillantes y oscuros ojos empequeñecidos, casi perdidos entre los mechones de cabellos gruesos, negros y espesos que apenas permitían distinguir sus facciones.

Unos segundos bastaron para que atravesaran la gran plaza, alcanzaran la escalera y llegaran a la puerta de la escuela.

Amaiio, que desde la puerta miraba a la multitud, había visto saltar al grupo de jóvenes; los había visto llegar hasta la escalera y, sabiendo bien lo que ello significaba, había corrido hacia el interior, y ayudado por su mujer y por sus hijos había atrancado la puerta. Por fuera, esta puerta se cerraba con un candado; pero por dentro, solo era posible atrancarla.

Dos de los hombres le dieron un empellón y la puerta voló junto con la tranca.

Un grito agudo, lanzado por la mujer de Amalio, rompió el silencio de la plaza, y fue el único sonido llegado hasta allí.

El grupo que al pie de la escalera rodeaba al nuevo jefe, pudo escuchar sólo un breve jadeo seguido inmediatamente por el ruido sordo que producían los cuerpos al caer.

Con la rapidez del rayo, uno de los jóvenes apareció en el barandal de la escalera, y gritando: «*¡Ajoo-á!*», lanzó el cetro por el aire, con tan buena puntería, que fue cogido por el capitán antes de tocar el suelo.

El grupo que rodeaba al nuevo jefe consideró este detalle como un signo de buen agüero; pues si el cetro hubiera tocado el suelo, ello habría constituido una señal de humillación, porque el cetro para el jefe indígena es sagrado, y cuando trabaja, duerme o come y no puede sostenerlo entre sus manos, lo coloca en el altar de la Virgen o lo ata a la cruz.

El hombre que apareciera como un rayo, por una fracción de segundo, en el barandal, había desaparecido.

Momentos después los jóvenes tigres aparecieron en la escalera llevando consigo

la cabeza de Amalio, la de su mujer y las de sus hijos, que lanzaron hacia abajo seguidas por los cuerpos despedazados a machetazos.

Todo esto ocurrió con rapidez tal, que cuantos se hallaban con los ojos fijos en el cabildo bien pudieron pensar que se trataba de un sueño frenético. Solo segundos habían transcurrido desde que el grupo de jóvenes subiera la escalera hasta que el último cuerpo destrozado resbalara por el pasamanos.

Inmediatamente después, todo el grupo de hombres que había penetrado en la escuela traspuso la escalera de un salto y atravesó la plaza como un relámpago, yéndose a perder entre la maleza, y no dando tiempo a persona alguna de distinguir sus rostros.

Todos aquellos que por alguna razón habían permanecido sentados, se pusieron de pie. Las mujeres levantaron a sus niños como tratando de mostrarles al nuevo jefe, en quien se hallaban puestos los ojos de la multitud. El jefe se irguió y levantó lo más alto que pudo el cetro, luciendo su empuñadura de plata y la cinta de seda negra que lo rodeaba. Aquella cinta de seda que rodeaba al cetro por debajo de la empuñadura, era la muestra de que pertenecía al jefe, no de un pueblo pequeño, no de una tribu poco numerosa, sino de una gran nación compuesta por varias tribus.

Los miles de indios reunidos en la plaza lanzaron un grito como producido por una sola garganta enorme, contestando así al saludo que el nuevo jefe les enviaba, agitando el cetro de un lado para otro.

Aquel grito enorme, partía del pecho de un pueblo que desafiaba al poder extranjero que había atentado contra sus tradiciones. Era la respuesta dada a la codiciosa opresión de los intrusos.

La multitud, sabedora de lo que ocurriría después, se había preparado para emigrar. El grito de triunfo era el último acto de un pueblo unido. Ese grito —único himno nacional que conocían— todavía vibraba en el aire cuando la multitud empezó a dispersarse en pequeñas tribus, grupos familiares e individuos. Cada cual había escogido su ruta y su meta. Unos, el sendero hacia la alta montaña; otros, el atajo que conducía al barranco, a la pradera o a la selva.

La multitud se dispersó con rapidez tal que, en menos de media hora, la amplia plaza quedó tan vacía como si el viento hubiera barrido todo objeto y todo rastro humano.

Ni un pedazo de papel quedaba allí para mostrar que en la gran plaza, miles y miles de hombres habían acampado desde el amanecer, con el solo propósito de hacer saber a quien lo ignorara o pretendiera hacer creer que lo ignoraba, que mientras el pueblo existiera defendería lo que sus abuelos le habían enseñado a considerar como digno y como recto.

X

Mientras todos estos sucesos tenían lugar en la plaza, el delegado, su mujer y sus hijos se hallaban postrados ante el altar de la Virgen que tenían en su cuarto, rogándole con gran devoción y mayor aflicción que los protegiera de los salvajes. A cambio de su protección le ofrecían peregrinar a Tila y ofrecerle allí veinte pesos en efectivo y veinte pesos más en hermosas velas de cera.

La Santísima Virgen cerró el trato con sus piadosos adoradores, y cumplió con su compromiso haciendo que los indios, tan pronto recobraron el cetro de su jefe, partieran rápida y ordenadamente.

Los indios nunca habían intentado llamar a cuentas al delegado. Éste no era miembro de su pueblo y, por lo tanto, nada tenía que ver con sus costumbres y tradiciones. Entre sus planes se hallaba el de abandonar el lugar tan pronto como hubieran cumplido con sus propósitos, sin tomar en consideración que don Abelardo se hallara en oración o no.

Pero don Abelardo y su mujer quedaron convencidos de que la Madre de Dios había escuchado sus oraciones y la buena oferta que le habían hecho entre persignada y persignada, y les había hecho el milagro de hacer a los indios que se olvidaran de la existencia del delegado.

Por supuesto que don Abelardo y su mujer no cumplieron con su promesa de hacer la peregrinación a Tila, porque ella representaba muchas molestias y muchos gastos. Tampoco cumplieron con la parte del trato en la que entraban los veinte pesos, cosa muy explicable, ya que solo unos cuantos días más tarde el sirio acertó a pasar por allí llevando como siempre tantos y tan lindos vestidos, que la mujer del delegado le dijo que si no le compraba siquiera uno de ellos, prefería morir. Y para comprar el vestido eran necesarios los veinte pesos. Así, pues, la imagen de la Virgen tuvo que contentarse con una lamparita de aceite que todavía sufrió una merma más, ya que la esposa del delegado solía pescar de entre el aceite los pabilos que nadaban en él para que no se consumieran todos juntos, pues costaba diez centavos la docena.

Por fin el delegado había podido enviar su mensaje a Jovel; pero como el comandante del batallón había festejado dignamente las fiestas de año nuevo, aquel día no le fue posible, sino hasta pasadas las cinco de la tarde, preguntar a su ayudante si algo había ocurrido. Como la línea no se encontraba muy bien, el mensaje se recibió por fragmentos que resultaba difícil reunir. El mensaje había sido escuchado en varias de las pequeñas estaciones y cada telegrafista lo había transmitido verbalmente al comandante, interpretándolo de acuerdo con lo que su oído había podido captar y con el estado de ánimo en que se hallaba al captarlo.

Así, pues, cuando el mensaje llegó al comandante, éste entendió que cinco mil indios de Pebvil se hallaban en rebelión, que habían matado a su jefe y habían

acabado con el delegado y con toda su familia.

En el cuartel sólo se hallaban los soldados de guardia, porque los otros, debido a las fiestas del nuevo año, andaban francos y no regresarían hasta las diez de la noche, naturalmente bastante mareados. El comandante tenía sus planes para aquella noche y además no quería inquietar, en medio del regocijo de las celebraciones, a los pacíficos habitantes del lugar.

Su ponderada actitud fue premiada cuando, al hacer posteriores indagaciones, supo que los indios se habían ido, que solo habían matado a su jefe y a la familia de éste, y que el delegado se hallaba con bien y era él en persona quien dictaba al telegrafista el mensaje.

El comandante ordenó a un capitán que marchara a caballo, al día siguiente, acompañado de treinta hombres, para saber lo ocurrido en Pebvil y determinar si era necesario mandar un número mayor de hombres armados a ocupar el lugar durante un período considerable.

Un día después, en la tarde, don Gabriel llegó a Pebvil. Se hallaba recorriendo los poblados independientes en busca de brazos para las monterías.

Don Abelardo le contó toda la historia de acuerdo con el dictado de su terror.

Don Gabriel, como parte de su negocio, se tomaba el gran trabajo de estudiar el carácter de las gentes, a través de sus expresiones y de su comportamiento. En esta ocasión aplicó su ciencia, solo como un medio de comprobar lo que ella le había dicho respecto de don Abelardo, a quien conocía lo suficiente para saber cómo debía tratarlo en relación con sus negocios.

Tan pronto como don Abelardo acabó de contar su historia, le dijo:

—Debo confesar, don Abelardo, la gran admiración que siento por el valor personal demostrado por usted ante treinta mil indios rebeldes. No creo que en toda la historia de México contemos con otro ejemplo de valor y de serenidad como el que usted acaba de dar. Fue realmente admirable el hecho de que usted, solo e inerme, se presentara y ordenara a la multitud embravecida que abandonara pacíficamente la plaza, cuando de las manos de los hombres chorreaba aún la sangre de los asesinados. Yo sé bien que nunca habría sido capaz de semejante cosa. Lo que yo hubiera hecho habría sido esconderme en el rincón más oscuro de la casa con mi mujer y mis hijos, postrándome a pedir misericordia a la Purísima.

—A decir verdad, don Gabriel —repuso don Abelardo, modestamente—, temblé un poco al ver volar por el barandal los cuerpos despedazados.

—Desde luego, ¿a quién no le hubiera ocurrido lo mismo? Los héroes de verdad, reconocen el peligro en que se hallan y tienen perfecto derecho a temblar de vez en cuando. Porque si un hombre no tiembla, es porque desconoce el peligro, y si no sabe estimar el peligro, no puede llamársele héroe en el momento de enfrentarse con él.

—Tiene usted razón, don Gabriel; eso es exactamente lo que me ocurrió —afirmó

el delegado—; pero supe sobreponerme y demostrarles a esos indios de lo que es capaz un mexicano. Impuse mi autoridad y el pueblo comprendió que no podía jugar con ella. Por ello me obedecieron y, como corderos, se marcharon a sus casas.

—Yo tendré buen cuidado —dijo don Gabriel como si se hallara ya frente al gobernador— de que la actitud heroica de usted sea reconocida. Yo sabré contar la historia a los cuatro vientos. El gobernador y el jefe político son mis amigos, y la magnífica conducta de usted llegará a los oídos apropiados. Hecho semejante no debe ser olvidado, debe brillar como admirable ejemplo de apego al cumplimiento del deber en situación crítica en un lugar apartado. Tan pronto como llegue a Tuxtla, haré que todos los periódicos del estado y de la capital lo publiquen. Una vez que los periódicos lo publiquen, su conducta no será olvidada jamás. Porque los periódicos viven mientras los hombres mueren uno tras otro. Yo conozco bien a los corresponsales y sé que harán con gusto lo que yo les pida.

Don Gabriel sabía bien la verdad de la historia. Él también había sido delegado y no ignoraba cómo habría actuado en situación semejante. Ni el arzobispo de México hubiera podido convencer a don Gabriel de que en algún lugar de la República existía un delegado, no importaba cuántas pistolas tuviera, qué autoridad creyera tener, o de qué buena voz de mando se hallara dotado, que hubiera hecho lo que don Abelardo quería hacerle creer. Don Gabriel se conocía a sí mismo, conocía a algunas docenas de delegados, y podría haber apostado cien a uno que, de entre aquellas docenas, no podía hacerse una sola excepción.

Se conocía a sí mismo y quizá por eso conocía tan bien a don Abelardo. Después de esa plática, podía obtener de éste lo que quisiera: su mujer, su mejor caballo y un ciento de indios para las monterías, si don Abelardo hubiera podido disponer de ellos.

Don Gabriel no había llegado allí para escuchar sus mentiras ni para alabarlo más que al soldado desconocido, ni para proponerle la presidencia de la República. Don Gabriel iba allí a comprar indios para las monterías, y cuanto decía y hacía no era más que parte de su elevado propósito.

No tenía una idea precisa de cómo sería posible capturar a los indios en sus guaridas; pero ya empezaba a hacer sus planes y solo estaba en espera de los soldados para poner mano a la obra. Esperaba que el teniente o el cabo que encabezaba a la tropa, estuviera dispuesto a aceptar alguna proposición. Hasta los coroneles son hombres y, por lo tanto, tienen la eterna necesidad de dinero y el muy poco interés en la suerte de los que vengan a solucionar sus dificultades financieras. Y cuando se trata de indios privados de todo derecho, no existe base moral alguna para suponer que tengan una suerte por la que alguien deba preocuparse.

Don Gabriel y don Abelardo se encontraban desayunando, cuando treinta soldados de a caballo, mandados por un capitán, se detuvieron ante el cabildo. Habían tardado bastante en llegar, pues el capitán se había detenido algunas horas en un rancho en el

que la sobrina del ranchero, muchacha bonita, se hallaba pasando unas vacaciones.

El capitán poseía la inteligencia usual en los militares, y esa inteligencia le decía que los indios podían esperar; todavía se quedarían en el lugar uno o dos días más, porque no podían abandonar sus tierras así como así. Además, era muy posible que al regreso ya no encontrara a la sobrina, que vivía en Tapachula, a donde tenía que volver.

El capitán no solo era inteligente, se hallaba además versado en los asuntos mundanos, que no tienen aparente conexión directa con la guerra. Por adelantado, y como justa recompensa por la peligrosa expedición que realizaba, había obtenido que se le hicieran ciertas concesiones. Otros países, frecuentemente van a la guerra solo para poder pagar bonos de guerra a sus funcionarios. México goza de este privilegio en grado limitado. Por esta razón, los generales y militares de otros rangos tenían que mantener campañas como la del yaqui y otras semejantes. Si los militares no encuentran incentivos, si ni siquiera se mantiene viva su esperanza publicando grandes encabezados en los periódicos con frases prometedoras, acaban por sentirse amargados y hasta intentarán intervenir en la política.

Por lo tanto, no hay que juzgar mal al capitán por su inocente deseo de obtener el mayor provecho posible de aquella expedición. La paga durante el servicio activo es buena, y hasta unas cuantas horas se consideran como días completos. Si el telégrafo de Pebvil —debido a causas fuera de la comprensión humana— no se hallara funcionando, él habría dado un largo rodeo antes de llegar a su destino. Y, naturalmente, habría explicado la demora diciendo que había tenido que presentar combate a los indios más de una vez antes de llegar al pueblo.

No es tan raro como las gentes de Groenlandia pudieran suponer, el hecho de presentar la batalla a indios rebeldes o a hordas de bandidos y de que en el curso de esa batalla numerosas armas y municiones vayan a parar a manos de los indios o de los bandidos, porque la fortuna en la guerra no puede ser prevista. Pero a los generales no les afectan esas traiciones de la fortuna. Un día después de la batalla, el jefe de los bandidos viene y paga al general una bonita suma por las armas y municiones que cayeron en su poder. El jefe de los rebeldes o el cabecilla de los bandidos, conocen bien el valor de las ametralladoras, y si no lo conocen, el general se lo da a conocer un día antes de que paguen por las armas capturadas en combate.

Está muy bien eso de hablar sobre las traiciones a la patria y sobre el robo de las propiedades del Estado; pero estas cosas son meras bagatelas. En los campos de batalla de Europa, en donde de acuerdo con los ciudadanos excitables se juega el honor de su país, las cosas tienen proporciones más amplias. Solo en la proporción se halla la diferencia. Solamente por un lamentable accidente llegan esos excitables ciudadanos a enterarse de que los magnates industriales de su país venden petróleo, carbón, submarinos, piezas de artillería, barcos de guerra y otras cosas a potencias extranjeras, a un precio dos veces menor del precio al que las venden a su amada patria. La conducta de un general mexicano tenía mal aspecto, porque era abierta y

rudimentaria y tenía, además, que ver con sumas que los ciudadanos podían contar. Solo cuando se trata de cientos de millones es posible —de hecho cierto— evitar que la opinión pública haga preguntas. Porque en cuanto la opinión pública habla, la publicidad calla, y puesto que todos los complicados, incluyendo a los miembros del más alto tribunal, licnen las narices metidas en el mismo barro, no habrá quien no siga el sabio consejo aquel que dice que en boca cerrada no entran moscas.

En relación con esto no hay que olvidar que cuando los tratos empiezan con cien millones de dólares, o de libras o un millón de millones de marcos, las únicas gentes que tienen participación son las que participan de la oreja del gobierno.

El capitán de esta expedicioncita podía considerarse afortunado si de ella sacaba cien pesos. Si el que la mandaba hubiera sido un general, don Gabriel no habría podido sacar partido alguno de la elección llevada a cabo por los indios.

El capitán dio órdenes de desmontar, entregó las riendas del caballo a su asistente y fue a saludar a don Abelardo y a don Gabriel que ya venían a su encuentro. Los caballeros se estrecharon cordialmente las manos, y, mientras lo hacían, cada uno pensaba en lo que podía ganar de alguna manera al otro.

La criada del delegado trajo una palangana de agua para que el capitán se lavara. Cuando éste terminó, aceptó la invitación para desayunar que don Abelardo le hacía. La situación complacía a don Gabriel, porque las cosas marchan mejor cuando los hombres se sientan a la mesa, especialmente si se trata de una buena mesa.

Los caballeros atacaron el tema inmediatamente, sin perder el tiempo en pláticas inútiles.

—El lugar parece completamente muerto —dijo el capitán.

—Exactamente, capitán —contestó don Abelardo—. Todos los hombres se han ido; solo se han quedado las mujeres y los niños.

—¿Sabe usted quiénes mataron al cacique y a su familia? —preguntó el capitán.

—No, no lo sé —dijo don Abelardo—. Desde la puerta pude ver aproximarse a los asesinos; pero corrían con tal rapidez y tan juntos unos de los otros, que no me fue posible reconocerlos. No llevaban sombreros y como los sombreros es lo único que establece una diferencia entre los miembros de una y otra tribu, no podría decirle ni siquiera a cuál pertenecían los hombres. Tengo la convicción de que no pertenecían al pueblo y de que deben haberlos llamado solo para que cumplieran la sentencia. Los dirigentes del pueblo hicieron esto deliberadamente, para borrar toda sospecha y para que una expedición punitiva no pudiera ser enviada con fundamento legal; y como usted sabe, nada ilegal podemos hacer contra ellos.

—Entonces no sé para qué me han hecho venir —dijo el capitán—. Yo traía instrucciones de restablecer la paz y el orden; pero no se ve una sola alma; a los ojos

de la ley el nuevo jefe es inocente, porque nosotros no podemos probar que fue él quien alquiló a los asesinos. Al contrario, debemos reconocer al nuevo jefe como debidamente elegido por su pueblo, gústenos o no. Si lo rechazamos, el pueblo insistirá una y otra vez.

—Ésa es la verdad, mi capitán —dijo el delegado—; sin embargo, no podemos dejar las cosas como están, toda vez que la paz ha sido perturbada. Para sentar un precedente de autoridad, usted debe hacer algo para mostrar al pueblo que no puede hacer lo que le plazca, y que debe obedecer los decretos y los reglamentos del gobierno.

—Bueno —asintió el capitán—. Muy bien, magnífico. Pero, pero… ¿qué es lo que ustedes piensan que puedo hacer?

—Yo no sé exactamente lo que se deba hacer —contestó el delegado—. Si por lo menos hubiera algunos hombres en el lugar, podríamos capturarlos y fusilarlos, a manera de advertencia. Esto siempre produce buen efecto, y muestra al pueblo que somos nosotros los que lo gobernamos y los que tenemos el poder suficiente para obligarlo a cumplir con las órdenes del gobierno.

—Yo me hallo en una situación muy difícil —dijo el capitán—, porque tengo que enviar un informe al jefe de las operaciones militares, y para poder enviar ese informe necesito tener algo que informar. No puedo irme simplemente y llegar diciendo que encontré al pueblo gozando de paz absoluta, que retuve a mis hombres aquí unos cuantos días y que después regresé, porque esto me valdría una dura amonestación. Por ello me gustaría que ustedes me dijeran qué debo hacer. Ustedes conocen a estas gentes y saben cómo impresionarlas con el poder del gobierno. La verdad, eso de regresar al cuartel sin haber hecho algo, resultaría ridículo. Además, los indios pensarían que son ellos los amos y eso no podemos permitirlo.

Don Gabriel intervino diciendo:

—Sería prudente que esperara usted uno o dos días, capitán. Algunas veces surgen circunstancias favorables si se las sabe esperar pacientemente.

—Me parece una buena idea —dijo el capitán—. Esperaré a ver qué ocurre entre ahora y mañana.

Después del desayuno, el capitán trató de reunir a sus hombres para darles instrucciones. Se le había dicho en el cuartel que el general había ordenado que hiciera lo que quisiera, y que regresara tan pronto como estuviera seguro de que hechos semejantes no volverían a ocurrir.

En esa forma, toda la responsabilidad recaía sobre los jóvenes hombros del capitán, y el general no se veía complicado en el asunto.

Los caballeros se entretenían jugando a los naipes y bebiendo.

El delegado pidió a las mujeres que llevaran provisiones para los soldados, y ellas obedecieron ofreciéndoles tortillas, frijoles y algunos huevos que aquél pagó con

unos cuantos centavos, no los suficientes como para dolerse del pago. Para entonces ya había calculado las ganancias que podía obtener de los desembolsos que hiciera para alimentar a los soldados. Nada hay tan grande en la vida como aprovechar todas las posibles ocasiones para hacer dinero. Las oportunidades no tienen otro significado.

A eso de las cuatro de la tarde, apareció finalmente la oportunidad que los caballeros esperaban para salir del apuro en que se hallaban.

Catorce indios pertenecientes al pueblo atravesaron la plaza, camino del barrio del este, que era al que pertenecían. Durante las fiestas de Navidad habían ido a Balún Canán a vender pieles, cerditos, petates y lana y a comprar en cambio algunos artículos para su hogar y para su trabajo.

Eran totalmente inocentes de cuanto había ocurrido el día primero del año. Ni siquiera sabían lo que había pasado, de otro modo no habrían cruzado la plaza tranquilamente. Era evidente también que no habían encontrado en el camino a persona alguna que los pusiera al tanto de los hechos y les recomendara no atravesar la plaza. Ellos habían tomado el sendero del cerro por ser el camino más corto para llegar al cabildo. Si hubieran tomado algún otro, habrían descubierto a tiempo a los soldados.

La presencia de soldados es siempre sospechosa en cualquier parte del mundo. Ya se trate de un europeo o de un indio semisalvaje, el hombre se aleja instintivamente de los soldados, y hace bien.

En México, las gentes son muy cautas con los soldados. El servicio militar obligatorio no existe; pero cientos de veces y por diversas causas, hombres inocentes se han visto atrapados por los soldados y obligados por la fuerza a pelear, de acuerdo con su suerte, ya al lado del gobierno federal, ya al lado del general rebelde, y a veces al lado de alguna horda de bandidos. Si llega a caer en manos de los enemigos de sus captores, es fusilado o enrolado en su ejército, con la seguridad de ser acusado por deserción y traición y de ser muerto en cuanto su fortuna cambie y vuelva a caer en manos de sus primeros amos. Si cosas como ésta ocurren a buen número de mexicanos y hasta de extranjeros, bien pueden ocurrir a un indio, que es mirado como un mostrenco del que puede echar mano quien quiera.

Apenas salidos los indios del sendero de la montaña, se encontraron frente a frente con los soldados, y ya en esa situación les fue imposible retroceder, porque su vuelta habría parecido sospechosa; de haber regresado, los soldados habrían disparado sobre ellos sin vacilar y, como éstos tenían caballos que montar para perseguirlos, ni uno solo se habría salvado. Atendiendo a estas razones, los indios siguieron tranquilamente su camino hacia el cabildo. Los soldados, al verlos pasar tranquilamente frente al cabildo, no los arrestaron.

Los indios habían escogido el camino que atravesaba la plaza, no solo por ser el

más corto para alcanzar su barrio, sino porque algunos de ellos tenían que hablar con el delegado. Uno llevaba unas cartas, otro un mensaje de algún comerciante, y un tercero debía entregar al delegado las mercancías que éste le había encargado comprar en Balún Canán. Los demás, querían aprovechar la oportunidad de pagar al funcionario algunas de sus deudas, ahora que contaban con el dinero que habían obtenido vendiendo sus productos. Además, todos estaban de acuerdo en descansar un poco a la sombra del cabildo, para comer un poco de pozole, fumar un cigarrillo y tal vez beber un trago de comiteco, porque todavía les quedaban tres horas de marcha antes de llegar a su barrio.

Los caballeros habían sacado al pórtico una mesita, y en ella jugaban a las cartas y bebían de la botella de comiteco que tenían a distancia conveniente.

Los indios llegaron hasta el pórtico, se desembarazaron de sus pesadas cargas y permanecieron de pie, cortésmente, en espera de que el delegado se dignara hablar para preguntarles qué deseaban, al verlos quitarse el sombrero e inclinarse para saludarlo y saludar a sus compañeros.

—Con su permiso —dijo el delegado poniéndose de pie y adelantándose hacia los indios, a quienes pidió que entraran a su oficina para entregarle lo que para él traían. Los hombres entregaron las cartas y las mercancías y pagaron al delegado lo que le debían.

Mientras esto ocurría, el capitán y don Gabriel, sentados en el pórtico, se estiraban, bostezaban, encendían un nuevo cigarro y se servían otro vaso de comiteco. Después, se pusieron de pie, sacudieron las piernas, se volvieron a estirar y volvieron a ocupar sus asientos.

—Mi capitán —dijo don Gabriel—, para mí que ésta es la oportunidad que usted esperaba, y que tal vez no vuelva a presentarse. Si usted recorre con sus hombres los barrios, no podrá coger a un solo indio. La nueva de su presencia por estos rumbos debe haber corrido como pólvora. Lo mejor que puede usted hacer es arrestar a estos catorce hombres y llevárselos como prisioneros. Ya el general o los jueces sabrán lo que hacen con ellos. De esa manera usted justificará plenamente su misión pacificadora.

—¡Maravilloso! —gritó el capitán—. ¡Ha tenido usted una idea estupenda, don Gabriel! Yo me llevaré a los hombres y allá el general que haga de ellos lo que quiera; eso a mí ya no me importa. Usted debe haber sido un gran delegado, porque sabe perfectamente como manejar estos asuntos.

El capitán llamó al cabo y le ordenó que tan pronto como los hombres acabaran de tratar sus asuntos con el delegado, los hiciera presos.

Los catorce indios fueron encerrados en la cárcel, en la que apenas cuatro cabían apretadamente.

La noche encontró a los caballeros cenando sentados a la mesa. Cuando la criada recogió los trastos, don Gabriel dijo:

—Hay algo más que usted debe hacer con los prisioneros, mi capitán.

Antes de la cena, y mientras el capitán daba órdenes a sus hombres sobre los puestos de guardia que habían de ocupar, don Gabriel y don Abelardo habían hablado sobre el asunto.

—¿Qué es ello, don Gabriel? —preguntó el capitán.

—He pensado bien y he llegado a la conclusión de que usted no podría llevarse a los prisioneros, porque se le escaparían fácilmente y porque, además, es muy posible que todos los hombres del pueblo, que deben hallarse por ahí emboscados, cayeran sobre usted, y ni usted ni uno solo de sus hombres se salvara.

—Puede que tenga usted razón —contestó el capitán, después de reflexionar.

—Y además, ¿qué harán con los hombres en Jovel? Nada, absolutamente nada —contestó don Gabriel a su propia pregunta—. En cuanto prueben que no se hallaban presentes durante la rebelión, los dejarán en libertad. Y les será muy fácil probar que estuvieron en Balún Canán. Entonces, ¿a qué tomarse el trabajo de llevarlos presos? Yo creo que lo mejor es sentenciarlos aquí mismo.

—Pero yo no tengo derecho a fusilarlos así como así —dijo el capitán.

—Exactamente —repuso don Gabriel—. Es precisamente porque usted no tiene el derecho de fusilarlos por lo que puede hacer con ellos algo más efectivo. Condénelos a pagar una fuerte multa. Desde el momento en que ellos pertenecen a este pueblo, que fue del que partieron los asesinos o el que los instigó al asesinato, será el pueblo el que se haga cargo de las multas. En esa forma cada hombre tendrá que contribuir al pago, y así aprenderán a no jugar con el gobierno.

—Es verdad —dijo el capitán—. ¿Pero usted qué opina, don Abelardo? Usted es aquí el delegado.

—En mi opinión, lo que sugiere don Gabriel es lo mejor que podemos hacer. Una multa es la mejor forma de hacerlos entrar al carril. Ni la cárcel ni la muerte les importan en absoluto; eso lo sé perfectamente, he sido delegado el tiempo suficiente para saber cómo hacer respetar al gobierno.

—De acuerdo, don Abelardo —dijo el capitán—. Si es esa la opinión de usted, así lo haremos, porque yo tengo órdenes de consultarle las medidas punitivas que debemos tomar, para evitar futuras rebeliones.

—¡Magnífico! —dijo don Gabriel—. Ahora que estamos de acuerdo en el punto principal, entremos en detalles. Yo sugiero que la multa que se aplique a cada uno de los prisioneros sea de ciento cincuenta pesos. Ahora, no vaya usted a pensar que don Abelardo y yo no somos gente comprensiva; todos tenemos que vivir, mi capitán; así es que usted tomará cincuenta pesos de la multa aplicada a cada hombre, y nosotros nada diremos del asunto. Éste es un trato de caballeros. Don Abelardo y yo compartiremos otros cincuenta pesos por hombre, y usted le llevará al general los otros cincuenta que cada prisionero pague. Ahora mismo haremos los recibos por

cincuenta pesos, los hombres pondrán la cruz bajo sus nombres sin saber lo que dice el papel, y el general nunca se preocupará de hacer indagaciones, porque resulta bien fastidioso interrogar a indios que no hablan el español. Además, mandaremos a los indios lo bastante lejos para que alguien pueda alcanzarlos y hacerles preguntas.

—¿Qué quiere usted decir con eso de mandarlos bastante lejos? —preguntó el capitán.

—Sencillamente, que me los llevaré a las monterías, en donde con su trabajo podrán pagar las multas; pero antes de que regresen de allá, el jefe del destacamento de Jovel habrá sido cambiado una docena de veces.

Don Gabriel explicó tan hábilmente todos los detalles del asunto, que el capitán quedó convencido de que esa era la mejor forma de cumplir con su expedición punitiva.

El capitán no era un sinvergüenza. Era un pobre sinvergüencita, como tantos siempre deseosos de dinero para cubrir sus gastos, que invariablemente exceden sus entradas.

Siendo un oficial bueno y capaz, se sabía de memoria las características de sus superiores. El buen conocimiento de los superiores es para los subordinados ciencia preciosa, que les gana ascensos en el ejército, en la burocracia y en la carrera diplomática. Esta ciencia tiene más valor que cualquier rama del saber, sin excluir a la táctica militar. Para un oficial, el apropiado conocimiento de sus superiores es cien veces más necesario para ganar ascensos que el valor ante el enemigo, o que la captura llevada a cabo por él solo de todo un fuerte defendido por mil. A los oficiales que conocen bien a sus generales y saben complacerlos, nunca se les presenta la oportunidad de capturar ni fuertes ni trincheras, porque nunca llegan a estar lo bastante cerca del enemigo para semejantes simplezas. La especialidad que cultivan los hace indispensables en la retaguardia. La guerra es un negocio como cualquier otro; así, pues, no revelamos nada nuevo ni decimos nada indigno de un oficial, ya que todos los ejércitos del mundo tienen el mismo punto de vista sobre los atributos que hacen de un hombre un oficial inapreciable.

Conociendo bien a su general, el capitán, naturalmente, conocía sus necesidades, y el ayudar a llenar esas necesidades era su obligación como subordinado.

Catorce veces cincuenta pesos en efectivo, serían recibidos con mucho mayor agrado por el general que catorce indios piojosos.

El capitán sabía que sería grandemente elogiado y recomendado por haber llevado su expedición a una conclusión efectiva.

Por supuesto que en el plan financiero no se olvidaba a la tesorería. Multar por el delito de perturbar la paz, era cosa común y corriente; así, pues, en las notas de ingreso de la tesorería del estado, se leía lo siguiente: «Multa aplicada a catorce indios de Pebvil por haber perturbado la paz: $ 1.50 por cabeza.»

La opinión pública y los corresponsales de los periódicos norteamericanos no

podían decir que los pobres indios eran duramente castigados, desde el momento que solo se les aplicaba una multa de peso y medio por delito tan grave como el de perturbar la paz. Un gobierno que aplicaba castigos tan suaves a los indios rebeldes, debía ser considerado como altamente humanitario y civilizado, toda vez que era capaz de comprender y de perdonar a tan bajo precio las flaquezas del pobre hermano indio.

El capitán a quien tan buena parte había correspondido en el manejo, no se preocuparía por recordar que las cuentas no eran muy precisas. Por lo demás, precisas o no, las cuentas rendidas al y por el Estado en nada remediarían la suerte de los catorce inocentes que don Gabriel se llevaría a todo trance a las monterías, a fin de que pagaran con trabajo las multas con que se les había cargado, y la comisión del enganchador.

Los prisioneros fueron sacados de la cárcel al día siguiente. Don Gabriel y don Abelardo, interpretando lo que el capitán decía, les explicaron que se les cargaba una multa de ciento cincuenta pesos a cada uno de ellos por el asesinato de su jefe y de la familia de éste. Que no teniendo, como era obvio, el dinero para pagar las multas, don Gabriel se los llevaría a las monterías para que allí las pagaran con su trabajo. Se les advirtió, además, que si intentaban huir, no solo ellos sino sus padres, sus mujeres y sus hijos serían muertos.

Cuando se les explicó lo que decían sus contratos, y pusieron la cruz bajo sus nombres allí escritos, se les permitió que fueran a su barrio a despedirse de su familia y a prepararse para la partida.

Los hombres consideráronse afortunados de haber salido tan fácilmente del delito de rebelión no cometido por ellos, y dieron las gracias al capitán, a don Gabriel y a don Abelardo.

La República es un país civilizado, de ahí que cuente con un sistema judicial bien organizado y con varias cortes de apelación; pero nadie se lo había dicho. Ignoraban la existencia de esas cortes de apelación, porque para haberlo sabido habrían necesitado de la ayuda de algunos licenciados. Y los licenciados de México, como los licenciados de todo el mundo, no pueden hacer nada por nada. Sus esposas no se lo permitirían.

El capitán se retiró ese mismo día con su tropa. Tres días tardó en llegar al cuartel, porque se detuvo dos en el rancho en el que el ranchero tenía una bonita sobrina. Prometió a la sobrina una pulsera de oro si iba a Jovel, sola o con su tío, para asistir al baile del casino.

La sobrina no se olvidó de llevar consigo la pulsera de oro cuando regresó a su casa, después de haber pasado en Jovel todo un día y toda una noche. Su tío no había podido acompañarla, porque tenía cosas urgentes que hacer en el rancho, por eso la había mandado a Jovel al cuidado de una hermana casada que allí vivía.

Como el capitán se casó con la sobrina un mes después, ningún mal resultó de la pulsera de oro.

El general prometió al capitán un ascenso, y dos meses después cumplió su promesa.

Don Gabriel obligó a los catorce indios a presentar a sus fiadores y el delegado firmó como testigo de los contratos. Hecho esto, partió para recorrer algunas fincas en busca de peones endrogados y de finqueros necesitados de dinero.

A decir verdad, de nada podía acusarse a don Gabriel. Si algo malo ocurría, era debido al voraz apetito de las monterías, que devoraban cientos de indios, a fin de proporcionar a los ciudadanos de los Estados Unidos de América y de Europa bellos muebles de caoba con que regalar a sus esposas, y recios y elegantes escritorios tras de los que se sentaban los banqueros y los capitanes de la industria.

La tonelada de caoba costaba de setenta a ciento veinte dólares, puesta en Nueva York.

Vendiéndola a semejante precio era imposible cumplir al pie de la letra con los llamados derechos de los indios o con cualquiera de esas frases acerca del respeto a la humanidad, la camaradería y otras. En ningún negocio bien organizado y del que surgen buenos dividendos, hay cabida para frases que expresan la idea de mejorar el mundo. Esas cosas se dejan a cargo de los idealistas, a quienes se les paga porque incluyan sus elevados términos en los diálogos de las películas, que por hacer sacar a las damas el pañuelo frecuentemente constituyen un éxito de taquilla.

El hombre que tiene poder y no lo aprovecha, es un tonto. Nadie regala nada, y si los negocios fallan, los acreedores no dan cuartel. Hay que conservar el aplomo y coger cuanto haya de donde lo haya. Si se tienen deseos de oír hablar de la justicia en forma poética, nada mejor que ir a la ópera o escuchar los sermones del día de Pascua, en los que se habla de la resurrección del Salvador de la humanidad.

FIN DE
«GOBIERNO»

LA CARRETA

I

ANDRÉS Ugaldo era indio de pura raza y miembro de la gran tribu Tzeltal. Era nativo de Lumbojvil, una finca del distrito de Tsimajovel. El nombre completo de la finca era Santa María Dolorosa de Lumbojvil.

Lumbojvil era el viejo nombre indígena de algún pueblo o comuna, y significa Tierra Cultivada. Después de la conquista de los españoles fue arrebatada a los indios y regalada o vendida por el gobernador del lugar a uno de sus sucesores, quien la convirtió en hacienda. Los indios, sus originales posesores, permanecieron en ella porque no tenían otro lugar a donde ir. Allí se quedaron ligados sentimentalmente con la tierra en la que habían nacido y porque se dieron cuenta de que en cualquier lugar al que fueran les esperaba el mismo destino. Ya no eran campesinos libres para cultivar la tierra que les pertenecía; el finquero, nuevo señor del lugar, les asignaba parcelas de acuerdo con su voluntad y criterio a fin de que las cultivaran y pudieran sostenerse con las cosechas. Esto hacía las veces de salario por el trabajo que ellos debían hacer como siervos de su nuevo señor.

Cuando los españoles tomaron la tierra de esas comunidades adoptaron el viejo nombre indio, pues de otra manera la población indígena, habituada a aquellos nombres desde hacía siglos, no hubiera sabido dónde se hallaban o adonde pertenecían; pero por temor a perder la protección de sus propios dioses, los españoles anteponían al nombre indígena algún piadoso nombre suyo. En este caso fue Santa María Dolorosa.

A través del tiempo, la finca pasó en venta y herencia por muchas manos. Pero lo que nunca cambió, no obstante las frecuentes ventas, fueron las tierras y sus habitantes originales. Las mismas familias continuaron viviendo en la finca como habían vivido antes de que los españoles llegaran. Fieles a la tierra, esperaban quieta y pacientemente el día en que volviera a ser suya.

Finalmente, la finca llegó a poder de don Arnulfo Partida, mexicano, descendiente de españoles —hecho del que se hallaba muy orgulloso—, aun cuando tenía una cantidad bastante mayor de sangre indígena que de sangre española en sus venas.

Era rarísimo que alguno de los peones abandonara la finca. Los padres eran peones; los hijos, peones, y las hijas, mujeres de peones. Era esto una ley. Cuando alguno de los peones abandonaba la finca para vivir su vida, el finquero pagaba cinco pesos al Municipio, que mandaba aprehender al peón y le obligaba a regresar, y además de cierto castigo por su intento de evasión, tenía que pagar con trabajo los cinco pesos. Pero un indio se encuentra tan íntimamente ligado a su familia, sus relaciones y sus amigos, que raramente un peón piensa en huir de la finca a la que pertenece.

Pero no siempre es ventajoso para un peón salir de la finca en donde nació, aun

cuando virtualmente ya al nacer sea considerado como siervo. A menudo representa una desventaja. El peón carece de inteligencia, tanto para juzgar las cosas de antemano como para adaptarse rápidamente a nuevas circunstancias, y el finquero no tiene ningún deseo de ver desarrollarse la inteligencia del peón. Si algo encaminado a lograrlo es emprendido por el Estado, el finquero se opone y se constituye en un obstáculo. Se torna monarquista, bolchevique o encabeza una rebelión, cualquier cosa antes que permitir esa peligrosa política en favor de sus peones.

Andrés Ugaldo salió de la finca sin necesidad de escapar.

Una de las hijas de don Arnulfo estaba casada y vivía en Joveltó.

Joveltó es un pueblecito limpio y agradable, habitado en parte por mexicanos —ladinos— y en parte por indios de pura sangre. Los mexicanos y los indios viven en barrios separados, pero en el mercado y en todos los negocios se mezclan libremente, al igual que los habitantes de cualquier pueblo del mundo. Los indios tienen su propio alcalde y los mexicanos su jefe, cacique o como quiera que le llamen.

Doña Emilia no encontraba sirvientes que le acomodaran para su nuevo hogar. Tal vez no se acostumbraba a los indios de Joveltó o quizá deseaba ver caras conocidas. Sea lo que fuere, envió a un indio con una carta para su padre, en la que le rogaba le enviara dos muchachas de la finca, y mencionaba a Ofelia y a Paulina como las que más habrían de agradarle. Ellas ya sabían cocinar y cuidar la casa, y doña Emilia estaba acostumbrada a su forma de trabajar. También solicitaba un mozo, porque su joven esposo necesitaba uno para que le ayudara en la tienda.

Don Arnulfo no podía negar nada a su hija, sobre todo cuando ella insinuaba en su carta que a su debido tiempo sería abuelo, cosa que había descubierto una semana antes. Así es que él se dio prisa en enviarle las muchachas que había pedido y en elegir al muchacho que había de enviarle.

El muchacho fue Andrés. Ofelia era su tía, y como marcharían juntos no habría de preocuparle mucho la separación del jacalito paterno en el que había nacido.

Era la primera vez que salía de su hogar; su madre lloró mientras le hacía su pozole; en cambio el padre se mostró estoico y no dejó ver sus sentimientos. No obstante, el muchacho sabía de hombre a hombre cuánto lo amaba su padre y cuánto sentía la pena de su separación, aun cuando ni el menor de sus gestos lo traicionara poniendo de manifiesto lo hondamente que sufría con la partida de su hijo. Solo en sus ojos oscuros había un resplandor, una luz que Andrés no había visto antes, y por ella supo que su padre le amaba con una fuerza de la que él nunca le había creído capaz. Porque Criserio era un hombre sencillo que no sabía de la vida y el mundo más allá de lo que su milpa, su sembrado de frijol, sus borregos, los rebaños y los campos de su amo podían enseñarle. Era incapaz de expresar sus pensamientos ni con palabras ni con gestos, y nunca penetró su cerebro la idea de expresarlos.

La luz que Andrés vio en los ojos de su padre en el momento de su partida tuvo

una influencia decisiva en su vida entera. Fue el punto de apoyo en el desarrollo de su carácter y la piedra angular de su destino.

Andrés tenía entonces doce años.

Montaron a las muchachas a caballo, enrollaron sus ropas y sus zaleas de borrego en petates y cargaron con ellas a una mula. Andrés y el hombre que los acompañaba, y quien debería regresar a las bestias, iban a pie.

Era un viaje de tres días.

Las dos muchachas y el chico sintieron algún alivio en su añoranza del hogar cuando vieron otra vez la bien conocida cara de doña Emilia. Después de todo, ella había nacido en el mismo suelo que ellos, aunque en la casa del amo. Era un año mayor que Ofelia y tres años mayor que Paulina. Habían crecido juntas, porque las dos muchachas indias habían entrado al servicio de la casa desde muy pequeñas; juntas habían trabajado en la cocina y en el cuidado de la casa; habían llorado, reído y bailado, y juntas también se habían arrodillado ante las imágenes de los santos en la capilla de la finca, y habían compartido sus secretos. Doña Emilia hablaba su lengua tan bien como ellas mismas y las muchachas conocían bastante español para hacerse entender por los mexicanos.

Doña Emilia había sido siempre amada por las familias de los peones de su padre, aun cuando muchas veces solo fuera de la misma forma en que el príncipe heredero suele ser más amado que el rey. Pero siempre estaba dispuesta a ayudar a los enfermos, y cuantas veces podía trataba de enmendar los daños que en su opinión o en opinión de los peones hacían su padre o el capataz. De ese modo las dos muchachas y el muchacho se reconciliaron rápidamente con el nuevo ambiente, gracias a la presencia de su joven señora, a quien ya le tenían confianza.

Don Leonardo era comerciante; tenía una tienda de abarrotes y tlapalería en la que había toda clase de artículos: azúcar, café, maíz, frijoles, jabón, harina, aguardiente, conservas, lámparas, zapatos, incubadoras, ropa corriente, camisas, algodones, listones, fonógrafos, medicinas, tabaco, imágenes sagradas, tinta, cerveza, perfumes, objetos de talabartería, artículos para carreteros, en pocas palabras, un departamento en miniatura de El Palacio de Hierro, que en Joveltó, pueblo mitad indígena y mitad mexicano de cerca de mil habitantes, sugería el esplendor de una metrópoli.

Don Leonardo podía atender fácilmente él solo este gran negocio. En algún momento crítico, cuando una mujer pedía una vela de tres centavos y otra quería dos centavos de aguarrás, doña Emilia podía ir en su ayuda. Pero no ocurría con frecuencia que hubiera dos clientes al mismo tiempo en la tienda; alguna vez quizá, en día de plaza. Ordinariamente, podía haber algún indio sentado en cuclillas a la puerta desde las cinco y media de la mañana, dispuesto a penetrar en el momento en

que fuera abierta, para comprar un quinto de hojas de tabaco. Dos horas después llegaba algún chamaco a comprar medio de café molido; a las diez una costurera enviaba por agujas de máquina del número siete, y se le mandaba decir que no había. El muchacho que hacía el mandado corría a dar la razón y regresaba diciendo que las del número ocho servirían. Don Leonardo lo sentía, pero tampoco tenía número ocho, solamente número nueve. El muchacho regresaba y compraba una aguja número nueve en tres centavos. En el curso del día la aguja era cambiada cuatro veces, hasta que al fin, ya anochecido, la compradora convenía en la número cinco, y la venta se ultimaba, siempre con la condición de que la costurera podría cambiar la aguja nuevamente en el curso de la semana, si hallaba que la número cinco no le servía.

Algunas veces, desde luego, se vendían algún par de botas, unos metros de crepé o veinticinco píldoras de quinina y hasta todo un vestido azul, marcado con el precio de veintitrés pesos. Es decir, don Leonardo pedía veintitrés pesos porque lo había encargado a Nueva York. Al final de cuatro horas, durante las cuales don Leonardo y la compradora lloraban o pretendían llorar, el vestido se vendía en catorce pesos. Don Leonardo lloraba porque estaba vendiendo a menos del costo, y eso lo hacía sólo porque ella era su vecina y deseaba el vestido para una boda y porque él esperaba que en adelante sería una cliente fiel por el resto de sus días; en tanto que ella daba curso a sus lágrimas porque deseaba gastar ocho pesos solamente y sus ahorros se hallaban amenazados por aquella escandalosa extorsión. Pero cuando el trato se cerraba, don Leonardo decía a su mujer haber ganado seis pesos en la venta del vestido, y la compradora conversaba al pueblo entero acerca de su habilidad para engañar a don Leonardo, obligándolo a venderle un vestido, que por lo menos costaba treinta pesos, en la ridicula suma de catorce, pues de no haber sido tan hábil, nunca habría podido comprar en su vida un vestido tan encantador —tan bien hecho, tan gracioso— por una cantidad tan pequeña de dinero.

Don Leonardo nunca habría sido rico, ni siquiera habría logrado vivir confortablemente con las utilidades de la tienda. Había mucha competencia. De cada cuatro casas, una era tienda en el pueblo. No tan grandes ni tan bien surtidas como la de don Leonardo; algunas de ellas podían ser difícilmente consideradas como tiendas, ya que a más de la mitad se les hubiera podido comprar toda la existencia por diez pesos y salir perdiendo todavía.

Pero don Leonardo tiraba de otros resortes. Compraba maíz en grandes cantidades a los indios que lo cultivaban en sus tierras y lo vendía con buenas ganancias en los pueblos grandes como Jovel, Tuxtla, Yalanchen y Balún Canán. Compraba café en el distrito de Tsimajovel, y cacao en Pichucalco, para venderlo después a los grandes importadores americanos. Compraba cientos de manojos de tabaco en Hucutzín y los vendía a los traficantes en los pueblos. Pero tenía un gran capital para llevar a cabo estas empresas en gran escala y además había muchos otros traficantes tratando de robar su medio de vida a los otros. Además de esto, el tráfico no era lo suficientemente amplio y constante como para hacer rico a nadie. Sin embargo, estas

líneas eran una gran ayuda y él tenía razón para considerarse más afortunado que su suegro don Arnulfo.

Antes de su casamiento, una tía suya le había ayudado en su negocio, pero después de éste ella se había disgustado con él. Las madres y las tías tienen eso en común: que fácilmente se vuelven molestas y hasta vengativas cuando sus allegados se casan y no insisten con entusiasmo para que compartan con ellos la vida matrimonial. Y las tías, particularmente cuando son solteronas, suelen ser más perversas que las suegras. La suegra, hasta la excepción de la regla, suele ser una superviviente de la edad de piedra. Esto se olvida a menudo y es la razón por la que las bromas acerca de las suegras suelen ser tan tediosas.

Don Leonardo no quería ver a su esposa constantemente a la mira de los negocios, aun cuando ésta sea la regla en los pueblos de México y particularmente entre los comerciantes de la clase media más humilde. La mujer mexicana tiene mucha mejor cabeza para los negocios que su marido. Es más industriosa y obra con mayor habilidad y prontitud en las situaciones difíciles. Cuando llegue el día en que las mujeres tomen parte en la política de México —lo que estuvo muy próximo a ocurrir en las elecciones de 1929—, la República tendrá asegurada al fin una paz interna y un progreso no soñados hasta la fecha. Porque las mujeres mexicanas poseen algo de lo que los hombres carecen enteramente, y esto es previsión y paciencia para esperar los acontecimientos.

Era porque don Leonardo no deseaba que su esposa estuviera en la tienda, cuando menos por necesidad, por lo que pensó en un muchacho a quien pudiera entrenar para dejarlo en su lugar cuando él se hallara fuera comprando mercancías.

Doña Emilia le había recomendado a Andrés, haciéndole una descripción de él. Andrés había sido tomado a la edad de diez años para servir la mesa en casa de don Arnulfo. En las haciendas de México es usual que sean muchachos, no muchachas, quienes sirvan la mesa. Son casi siempre los hijos de peones de la hacienda, aun cuando algunas veces son los hijos del propietario de la finca o sus nietos, producto de las relaciones íntimas con las hijas o esposas de los peones.

El trabajo que los hijos de los peones desempeñan en la casa del amo es considerado como un deber, pero el padre legítimo o postizo obtiene algo en recompensa. Puede tener un pedazo mayor de tierra o disfrutar de uno o dos días de descanso quincenales en la labor que tiene que hacer cada mes para su amo, o bien obtener licencia para que pasten algunas cabras o hasta una vaca en las praderas del amo, o también el muchacho puede pagar con su trabajo las deudas que su padre contrajera con el patrón cuando obtuviera de éste tela para una camisa, algún cerdito o un cachorro.

Andrés no solo servía la mesa: ayudaba al lavado y limpieza de las piezas, regaba las plantas del jardín, pulía la montura del amo, ayudaba a bañar a los caballos, a

llevar agua del río, y cuando no había nada más que hacer, el capataz le daba un grito y entonces tenía que ayudar a torcer cuerdas. Pero sea como fuere, allí él no tenía necesidad de trabajar hasta matarse. Y en verdad nadie, ni un solo peón, aun siendo en cierto modo siervos como eran, tenía que matarse trabajando. Por lo menos en esa finca, donde nada se hacía con demasiada prisa, y eso ocurre siempre en fincas poseídas por un mexicano o por cualquier individuo que tenga mezcla de sangre española. Si Andrés era llamado por alguien de la casa y aquél se encontraba retozando con los muchachos del pueblo, se llevaba una reprimenda y tal vez hasta un puñetazo en las orejas, pero allí terminaba todo.

Mientras tanto, Andrés se beneficiaba grandemente con sus servicios en la casa. Aprendía algunas palabras de español, y de hecho, cuando llegó a Joveltó, lo hablaba tan bien como cualquier mexicano del lugar. Y como su tzeltal nativo era también la lengua de los nativos de Joveltó y de todas las regiones de los alrededores, con pequeñas diferencias, él resultaba de gran valor para don Leonardo, porque éste, especialmente en los días de plaza, hacía mucho mejor negocio con los indios que con los mexicanos.

Don Leonardo tuvo pronto una magnífica opinión del muchacho. Andrés estaba deseoso de aprender y era inteligente y rápido. En seguida aprendió a distinguir los distintos artículos y a designarlos correctamente; sabía su valor y el tiempo que podían durar en buen estado, y hasta llegó a saber cuánto había que aumentarles de precio o hasta dónde se podían rebajar sin peligro de privar a su amo de la ganancia.

No obstante —no por amor al muchacho y menos aún porque se pensara en su porvenir, sino por razones de interés personal—, don Leonardo lo envió a la escuela nocturna, para que aprendiera a leer, a escribir y a hacer cuentas. El muchacho tenía conocimientos rudimentarios de las cifras. Si se le daba un peso para pagar una compra que importaba ochenta y seis centavos, tenía que pedir a don Leonardo o a doña Emilia que le hicieran la cuenta. A veces tenía que ir en busca de alguno de los dos, y esto resultaba molesto cuando don Leonardo se acababa de sentar a la mesa para comer o se disponía a leer el periódico. Resultaba molesto también que el muchacho no supiera leer las etiquetas de las latas y los paquetes, y que muchas veces abriera las cajas que no debía, con lo que se corría el peligro de que equivocara los precios y vendiera las mercancías por menos de su costo.

Por tanto, don Leonardo llegó a la conclusión de que el muchacho le sería de mayor utilidad si supiera leer, escribir y conocer las cifras. Esto era en pequeña escala lo mismo que ocurre en todo el mundo. El fabricante, el capitalista, el gran terrateniente, se oponen por principio a la cultura del proletariado. Ellos sienten, con razón, que un proletario culto constituye un peligro para su posición de privilegiados. Pero la vida económica ha llegado a ser tan compleja, que un fabricante cuyos trabajadores sean incultos no puede competir con otro que cuente con gente

inteligente y alerta. Un trabajador del acero que no sabe qué transmisor usar para producir un filamento de diez vueltas por centímetro, no puede ser útil para un fabricante en la actualidad. Debido a la maquinaria que un artesano tiene que manejar ahora, si no le es posible leer de un vistazo las indicaciones impresas en todas las manijas, las ruedas, los rodillos, puede ocasionar al fabricante una pérdida de diez mil dólares en dos segundos. Un trabajador incapaz de leer un diagrama y de trabajar de acuerdo con él, resulta inútil. En nuestros días, si un capitalista desea continuar siéndolo, debe ayudar al gobierno y hasta facilitar el camino para la educación de los niños que algún día necesitará para el manejo de sus máquinas; debe ayudar a que esos niños reciban una educación que hace cien años muy pocos de los hijos de los fabricantes recibían. Esto va en contra de sus convicciones, pero no le queda otro remedio. Es una verdad de ahora que tomará mayores proporciones en el futuro. No es el país más culto en su capa superior, sino el país cuya base es más culta, el que ocupa el primer lugar y decide sobre el valor del dólar.

Así es como, tomando en cuenta exclusivamente su propio interés, don Leonardo decidió que el muchacho recibiera alguna educación. Si alguna vez el chico aprovechara esta educación en una forma que solo a él beneficiaría, sin reportar ninguna ventaja a don Leonardo, ya éste se encontraría perfectamente preparado para llamarle ruin e ingrato y hacerle reproches por pagar con una negra ingratitud la bondad de su amo, que había hecho de él lo que era, y quien, de haberlo sabido a tiempo, lo hubiera dejado en su piojoso pueblo indígena, y hubiera tenido buen cuidado de no gastar sus buenos pesos en hacerlo gente.

Los buenos pesos no sumaban mucho en realidad. Eran solamente sesenta centavos mensuales, los que don Leonardo inflaba cuanto podía. Desde luego que él tenía derecho a hacerlo, ya que era la única persona en todo el pueblo que enviaba a un muchacho indígena a su servicio para que se educara en la escuela nocturna pagando la cuota correspondiente. No entraba en la cabeza de ningún otro mexicano del lugar la idea de dar a sus sirvientes indios la menor oportunidad de mejorarse.

Muchachos y muchachas trabajaban de cinco de la mañana a diez de la noche. No siempre el trabajo era duro, pero ellos tenían que estar en todo momento ocupados y listos para atender al amo en cuanto éste los necesitara. No debían tener una sola hora de esparcimiento en el día, por lo menos eso era lo que sus amos pensaban, y el hecho de mandarlos a la escuela constituiría no solamente una locura, sino un pecado. Sería una locura porque podría resultar que el indio llegara a saber más y a tener una mayor habilidad que el hijo del amo, quien lo más que perseguía asistiendo a la escuela era aprender a leer y a escribir; y un pecado, porque la Iglesia no está a favor de la cultura de los indios. La Iglesia desea que la niñez indígena se conserve en su inocencia e ignorancia para que de ella sea el reino de los cielos; una vez que un indio es cultivado, nadie puede decir hasta dónde llegará. El caso del indio Benito Juárez

no ha sido olvidado y su memoria se encuentra fresca todavía. Ese indio oaxaqueño, que permaneciera en la más completa ignorancia hasta los quince años de edad, tuvo oportunidad de cultivarse, y cuando al cabo de un gran esfuerzo llegó a ser un hombre culto, confiscó las riquezas de la Iglesia en beneficio del pueblo, arrasando los derechos divinos que el mismo Dios confirió a la Iglesia católica, en una forma que nadie hubiera osado antes. Por ello no hay que admirarse de que la Iglesia mire con recelo la educación de los indios.

Aquellos sesenta centavos que don Leonardo pagaba por la educación de Andrés no constituían un gran gasto como pudiera parecer, ya que Andrés no percibía salario alguno.

¡Quién podría soñar en pagar a un muchacho indígena salarios! Debía considerarse afortunado de que se le permitiera trabajar. Aquello ya en sí era salario suficiente. Y debía agradecer al patrón que le diera quehacer. Andrés tenía sus alimentos, y éstos eran ciertamente abundantes, aun cuando raras veces pasaran de ser tortillas, frijoles y chiles verdes. Si por alguna circunstancia el muchacho no se hallaba en su sitio cuando era requerido o cometía algún error, se le decía que no se ganaba ni la sal de su comida y que su amo derrochaba su dinero en él inútilmente. También se le proporcionaba vestido, consistente en calzón y camisa de manta y un sombrero de petate. No calzaba ni botas ni zapatos, ni siquiera huaraches. Caminaba descalzo, como lo había hecho toda su vida. Él estaba acostumbrado a ello y no sabía de nada mejor.

Los días de fiesta, tales como el día del santo patrón de Joveltó, le daban cinco centavos, y si su amo se encontraba en ánimo generoso, llegaba a darle hasta dos reales para que comprara dulces. Esto ocurría solo una vez al año, porque solo una vez al año se festejaba al santo patrón. El día de su santo recibía diez centavos y quizá un nuevo cinturón de lana para fajarse los calzones de manta.

No tenía cama ni estaba acostumbrado a ella. Dormía en un petate que extendía en la cocina o en el pórtico. Aquel petate lo había llevado con él cuando saliera de su casa.

Como nunca había percibido salario alguno cuando trabajaba en la casa de su amo el finquero, y nunca había poseído allí un centavo, ignoraba lo que el salario significaba. Y ahora que dos veces al año recibía unos cuantos centavos, sentía haber dado un gran paso de adelanto en su vida. Este sistema es suficiente para hacer arder de envidia a los capitalistas, y la introducción obligatoria del mismo en todo el mundo constituye el sueño de bienaventuranza de todos los patronos del universo.

El maestro estaba satisfecho de enseñar al muchacho por sesenta centavos mensuales. Su salario era de veinticinco pesos al mes.

El jefe político percibía seiscientos pesos mensuales, sin contar con el rendimiento de cohechos y extorsiones, lo que aumentaba considerablemente sus

entradas.

El maestro percibía el salario más bajo que se pagaba a los empleados del Estado.

Los agentes del Ministerio Público y los alguaciles gozan de un salario veinticinco veces mayor, y la razón por la cual reciben veinticinco veces más y son honrados veinticinco veces más, es porque su obligación consiste en perseguir las faltas de sus vecinos. El Estado les obliga a llevar a cabo su tarea en pro de su propia conservación y para recordar al pueblo que el respeto a la propiedad privada es un signo de civilización.

El maestro no puede extorsionar, carece de derecho y de poder para hacerlo, y a nadie le interesa cohecharlo, pues carece de importancia tanto para los discípulos como para sus padres que aquéllos aprueben o no en los exámenes. La única forma en la que él podía aumentar sus ingresos era haciendo funcionar aquella escuela nocturna para adultos y niños que no podían concurrir a la escuela diurna. La mayor parte de los niños del lugar y todos los niños de padres indígenas tenían que trabajar durante el día: unos en los campos, otros en diversas industrias caseras, tales como modelado de velas, enrollado de cigarros, cerámica, talabartería, sombrerería, dulcería, etc.

El maestro cobraba un peso por cada alumno, adulto o no. Muchos padres no podían pagar y sus niños se quedaban sin educación.

Don Leonardo, como buen hombre de negocios, se dio maña para birlar al maestro cuarenta centavos del peso que debía pagarle por la educación de Andrés.

Andrés tenía que concurrir a la escuela de siete a nueve o nueve y media de la noche, y a él le hubiera gustado hacerlo todas las noches por el placer de estudiar, pero si su amo lo necesitaba en la tienda no podía concurrir. El negocio estaba en primer término y el estudio era solo pérdida de tiempo.

Don Leonardo no le compraba libro alguno. Si tenía el gran desprendimiento de darle una libreta manchada, un lápiz roto o una botella de tinta cortada, lo hacía con gesto agrio y se lo cantaba en voz bien alta. Pero Andrés podía tomar los pedazos de papel que no servían ya para envoltura y abrir bien los ojos en la calle para recoger los pedacitos de lápiz que alguien extraviaba o tiraba.

No obstante lo rudimentario de la educación, él aprendió mucho.

Lo más importante de su aprendizaje fue saber valorar la instrucción. Porque hasta que no se sabe leer y escribir no es posible comprender el valor de la lectura y de la escritura.

II

Cuando Andrés tenía quince años iba todavía descalzo y dormía en su petate extendido en la cocina o en algún rincón seco del pórtico, y por las mañanas lo enrollaba y colocaba entre unos bultos. Ni el petate ni el sarape de lana eran los que había llevado de su casa. El petate se había acabado, pero don Leonardo no le había dado uno nuevo porque un petate cuesta un peso veinticinco centavos.

Durante aquel tiempo doña Emilia había hecho dos visitas a su padre para maravillarlo mostrándole los dos niños que había traído al mundo. Andrés la acompañaba en estos viajes, pues se había convertido en un muchacho alto a quien don Leonardo podía confiarle su esposa y sus niños.

Así fue como Andrés pudo volver a ver a su madre, a su padre, a sus hermanos y hermanas y a toda la familia una vez más. Su padre le dio un petate y un sarape nuevos cuando vio lo que quedaba de los que Andrés tenía. Tuvo que comprar el sarape en la bodega del patrón; costaba nueve pesos, pero era un buen sarape, hecho por los indios de Chamula. También el petate había tenido que comprarlo al patrón, y le costó un peso setenta y cinco centavos, porque todo en la tienda del finquero costaba cincuenta y ciento por ciento más caro que en la tienda del pueblo.

Criserio no pudo, por supuesto, pagarlos, ya que no disfrutaba de salario; por ello tuvo que dejar que se los cargaran a cuenta.

Don Arnulfo dijo:

—El sarape cuesta nueve pesos.

—Es muy caro, patrón —contestó Criserio—. En Tsimajovel podría conseguir uno por cinco pesos.

—Puedes hacerlo, Criserio, si tienes dinero.

—Pero no tengo ni un centavo, patroncito —dijo Criserio.

—No tienes necesidad de comprarlo, Criserio, si te parece muy caro —agregó don Arnulfo, guardando el sarape.

—Pero lo necesito para mi hijito; mi muchachito se está muriendo de frío —dijo Criserio sin mover un solo músculo de su cara.

—El sarape cuesta nueve pesos, Criserio, y no te lo puedo dar ni un centavo más barato. Es muy caro y tú puedes conseguir uno más barato en cualquier parte; eres libre de hacer lo que quieras. Nadie te está obligando a comprarlo. ¿Crees tú que yo pretendo que te metas en deudas? No, te lo aseguro. Ojalá que mis muchachos nada me debieran. Entonces no habría dificultades y podrían ir a donde quisieran. Aquí nadie es esclavo.

—Ya lo sé, señor —replicó Criserio—. Nosotros no somos esclavos y somos libres de ir a donde queramos y cuando queramos.

—Siempre que no me debáis algo, ya lo sabes.

—Lo sé, patrón. Siempre que nada debamos al patrón —dijo Criserio como quien recita algo de memoria, sin pensar en lo que eso significa. El significado parecía muy

remoto.

Don Arnulfo, sin embargo, puso punto final al asunto. No tenía tiempo para discutir con uno de sus peones la relación que existe entre el concepto abstracto de la libertad y el hecho concreto de estar libre de deudas. Asuntos como ese no le molestaban más que lo que preocupaban a los demás finqueros. Aquello era algo respaldado por hechos consumados. El Estado, el Gobierno, el Ejército y la Policía velaban por sus derechos de buen hijo de la Iglesia.

—Bueno —dijo—. ¿Quieres el sarape o no? Si lo quieres, dilo; si no, puedes irte. El sarape cuesta nueve pesos, pero no tienes necesidad de tomarlo si no quieres meterte en deudas.

—Me llevaré el sarape y el petate —dijo Criserio.

—Muy bien, entonces te los cargaré en cuenta.

—Sí, señor; apúntelos en el libro. Quiero el sarape y el petate para mi muchacho. ¡Se encuentra tan lejos de la casa ahora!

Don Arnulfo abrió el pesado legajo y revolviendo las hojas hasta encontrar la cuenta de Criserio Ugaldo, empezó a escribir.

—Ahora espera hasta que pongamos esto en orden.

—Sí, patroncito; esperaré.

Criserio recogió los artículos y se los puso bajo el brazo. Don Arnulfo rascó con la pluma para lograr que pintara y empezó a hacer sus cálculos en voz alta:

—El sarape cuesta nueve pesos. ¿No es así, Criserio?

—Sí, patrón, así es; cuesta nueve pesos.

Don Arnulfo escribió y dijo después:

—El petate cuesta uno setenta y cinco.

—Patrón —interrumpió Criserio—, pero eso es muy caro; en Yajaton se puede comprar un buen petate por siete reales.

—Por el diablo, ¿quieres el petate o no? Piensa en lo que quieres y no en lo que no quieres. Yo no puedo estar perdiendo el tiempo.

Don Arnulfo empezaba a enojarse, y por temor a ponerlo de más mal humor, Criserio dijo:

—Tomaré el petate, para Andrés mi muchacho.

—Bueno, entonces es uno setenta y cinco. ¿Está bien, Criserio?

—Está bien, señor.

—Muy bien —dijo don Arnulfo en tanto que escribía—. Entonces por las dos cosas son once pesos. ¿No es verdad, Criserio?

—Es verdad, patrón.

—Luego son once pesos, y como no puedes pagármelos, apuntemos otros once pesos. Total, veintidós. Once por el petate y el sarape y once porque no puedes pagar y me los quedas a deber. ¿No es verdad, Criserio?

Criserio nada sabía de cifras y no podía calcular rápidamente. Como no podía seguir las cifras, éstas solo servían para confundirlo, y además no deseaba enojar a su

amo, quien decía todas las cifras en español, y aun cuando él las comprendía bien, no podía representárselas en la cabeza, por lo que resultaba muy natural que dijera: «Está bien, patrón.»

Debía estar bien cuando el patrón lo decía. Porque él era un caballero rico y orgulloso que nunca hubiera hecho dinero engañando a un pobre indio.

«¿De acuerdo, Criserio?»

«De acuerdo, patrón.»

Don Arnulfo no podía permitir que Criserio desfigurara la hoja de su libro estampando en ella una cruz chueca, pues lo único que habría hecho sería manchar su inmaculado libro, que en la primera página ostentaba un «En el nombre de Dios». Además, eso no era necesario, porque en el caso de que hubiera una disputa, cosa que jamás ocurría, la cruz nunca hubiera podido ser tomada como evidencia. Carecería de todo valor, porque ni Criserio ni ningún otro peón de la finca podían leer lo que calzaban con su cruz. Por tanto, no importa que la cruz estuviera allí o no. Don Arnulfo había preguntado «¿Está bien, Criserio?», y Criserio había contestado: «Sí, patrón; está bien.» Cualquier juez en México habría aceptado esta confirmación verbal entre patrón y peón como testimonio de un trato. El peón había confirmado la transacción con su propio dicho y, por tanto, era responsable de la deuda que había adquirido.

Don Arnulfo era un hombre decente y honorable, y trataba a sus peones mejor que otros muchos finqueros de su amistad. Otros terratenientes eran mucho menos bondadosos con sus peones.

«La camisa cuesta cinco pesos. ¿Cierto? Bueno. Y como no puedes pagármela, son cinco pesos más. Y como eres mi deudor por cinco pesos, van cinco pesos más. Y como nunca podrás darme el dinero, te apunto cinco pesos más. Así es que cinco, más cinco, más… Bueno, veinte pesos. ¿De acuerdo?»

«De acuerdo, patrón.»

El peón no podía comprar una camisa en ninguna parte cuando la deseara. Nadie más que su amo le daría crédito. Para él trabajaba y de él no podría huir jamás en tanto le debiera un centavo.

Los peones no son esclavos. La esclavitud fue abolida en México cuando se declaró la Independencia, que puso fin a la dominación española. La inexistencia de la esclavitud en México está garantizada por la Constitución.

En una parte de nuestro divinamente ordenado mundo, la cosa resulta mejor cuando el proletariado sabe leer, escribir y calcular con rapidez; en la otra parte de nuestro mundo astutamente organizado, la cosa resulta mejor criando no entiende las cifras ni el español. Aquellos decididos a hacer dinero, solo tienen que escoger cuál es la parte del mundo que les conviene explotar. En ambas hay minas de oro.

A Criserio no se le ocurrió reflexionar sobre si esto era justo o no. Estaba fuera de

todos sus alcances penetrar el significado de transacciones de esa especie. Si alguien hubiera tratado de explicarle la forma vergonzosa en la que había sido estafado, nunca habría llegado a comprender, aun cuando se le explicara repetidas veces. Hubiera escuchado y escuchado para decir al final: «El patrón tiene razón. El patrón es un hombre muy encumbrado, incapaz de engañar a un indio; él calculó muy bien, porque yo le debo once pesos y ellos hacen veintidós. Así es.»

Don Arnulfo podría, desde luego, haber buscado algún otro medio para hacer aparecer aquella deuda de veintidós pesos. Podría, por ejemplo, haber dicho que el sarape y el petate juntos costaban veintidós pesos y que Criserio podía tomarlos o dejarlos. Pero entonces el indio se habría dado cuenta de que el precio era exorbitante. Se hubiera rehusado a comprarlos y hubiera buscado para sustituirlos alguna piel de animal salvaje, más fácil de conseguir. Porque distinguir el precio de las cosas, sí sabía. También comprendía que todas las mercancías eran más caras en la finca que en el mercado del pueblo, porque el finquero tenía que cubrir el transporte y nadie sabía lo que pagaba por él. El peón podía, cuando más, entender del precio de una cosa, pero lo que no alcanzaba era el rápido cálculo del finquero y aquel juego malabar que hacía con las cifras. En realidad, el peón no comprendía del valor de las cifras más allá de cinco. Quince o veintidós o sesenta y cinco pesos eran lo mismo para él. Las cifras como aquéllas le resultaban tan confusas que caía en una especie de hipnosis, y esta hipnosis se hubiera tornado más profunda si alguna vez un juez llevara a cabo una investigación de las cuentas del finquero para poner en claro las injusticias que se habían cometido con los campesinos indios. Ellos solo conocen a una persona en el mundo a quien darle sus quejas, y ella es el patrón.

Pero aparte de los empleados con los pobres indios, en la mayoría de los países más altamente civilizados prevalecen los mismos piadosos sistemas.

El soldado que es golpeado por su capitán ha de darle la queja a su capitán, quien decide si la queja tiene algún fundamento y si se le debe dar importancia o no. El soldado de un país civilizado no tiene, por tanto, por qué mirar desde su elevado orgullo al peón pobre e ignorante que pacientemente soporta lo que hacen con él.

Criserio estaba encantado de poder dar a su muchacho el sarape y el petate. Le dijo que habían costado once pesos, pero calló respecto a la deuda de veintidós que había contraído por ellos. Eso no le preocupaba en lo más mínimo. Los artículos le costaron once pesos. Ése era el precio correcto, y nada tenía que ver con el sarape que él debiera veintidós; ello se debía a que no había podido pagar al contado. Por eso no consideró necesario hablar del asunto a su hijo. Y si Andrés lo hubiera sabido, nada habría podido hacer. Pero estaba perfectamente enterado de lo que hasta once pesos significaban para su padre; bien sabía las condiciones en que vivían los peones de una finca. Quizá al abandonar su hogar lo hubiera ignorado o no habría comprendido su significado económico, pero ahora ya era mayor y durante sus dos visitas a la finca

había oído hablar sobre todas esas cosas en la casa de su padre y en los jacales de otros peones.

Ellos no discutían con espíritu crítico; simplemente tomaban las cosas como eran y las juzgaban como un inmutable decreto del destino, inalterable ante todo esfuerzo humano; algo tan imposible de cambiar como lo era lograr que el arroyo corra monte arriba en vez de monte abajo. El patrón era el patrón, y el peón el peón. Así había sido siempre y así seguiría siendo. El hijo del peón sería peón a su tiempo, y si el patrón pasaba la linca a manos de su hijo o la vendía, el nombre del pailón cambiaba, pero todo lo demás continuaba siendo igual. Si alguna crítica había, ésta se iniciaba únicamente por el hecho de que la tierra adjudicada a alguno de los peones por el patrón era pobre, pedregosa o montañosa, o porque le hubiera gustado poseer un pedazo mayor, o bien porque el precio que pagaban los traficantes por los puercos debía ser veinticinco y cincuenta centavos más alto, pues pagar dos pesos ochenta centavos por un puerco bien crecido resultaba realmente muy poco. Ni una sola voz se levantaba en contra del derecho del patrón para comprar todos los cerdos, cabras y ovejas que sus peones vendían, y para decidir sobre el precio de los cerdos que elegía para revenderlos, así como para dar o negar su licencia para que ellos vendieran sus animales a los traficantes de tránsito y para coger cincuenta, setenta y cinco centavos y hasta un peso del producto de esas ventas. Porque para todo ello tenía derecho el patrón, y siempre lo había tenido. Los cerdos, ovejas y cabras habían sido criados en su finca, aun mando los peones hubieran tenido que comprar los cerditos y los cabritos con su dinero y los hubieran alimentado con el maíz que ellos cultivaban.

Lo mismo ocurría con el maíz y el frijol que lograban ahorrar: no podían venderlo, como hubieran deseado, a un traficante de tránsito o en el mercado del pueblo próximo. En eso el patrón tenía también derecho de prioridad, y su licencia debía ser solicitada antes de llevar a cabo la venta, de cuyo producto tomaba una parte para sí.

Si estaban en deuda con el patrón —y todos ellos estaban— no podían vender: tenían que entregarle todo aquello de lo que podían disponer, y el patrón, en cambio, condonaba la parte de sus deudas que él elegía.

Todo aquello era justo: era la ley apoyada por los decretos del cielo y de la Iglesia, porque los dioses son parientes consanguíneos de los patronos, pero no tienen ninguna relación con los indios. La cosa era así y no podía ser alterada. Así había sido y así sería siempre. Los peones no sabían de algo mejor. Ellos sabían únicamente que la cosa era igual en todo el mundo, porque a cualquier sitio que fueran no encontrarían una finca en la que las cosas ocurrieran de distinta manera. Por tanto, debía ocurrir lo mismo en todo el mundo. Su tierra, o lo que ellos conocían por tierra o mundo, era la región habitada por indios que hablaban el mismo lenguaje que ellos. Un mundo en el que su lengua no se hablara les era extraño y desconocido. No tenían idea de lo que pudiera ocurrir en él y nunca lo hubieran logrado saber.

Había muchas villas independientes en su distrito. Estaban en su mayor parte

habitadas por indios que nunca habían sido peones de una finca. Ya sea porque la tierra fuera tan mala que los españoles nunca la hubieran codiciado o porque los indios que las habitaban fueran siempre turbulentos, ingobernables y sanguinarios, el caso era que ningún español había podido establecerse allí. Eso había ocurrido con Baschajom y con otros muchos pueblos. Pero cuando los indios de las fincas se acercaban a aquellas comarcas, se daban cuenta de que los indios libres vivían todavía en forma más miserable que ellos. Esos indios independientes eran algunas veces tan duramente tratados por la vida que muchas veces tomaban la determinación de abandonar sus villas para engancharse como peones en las fincas. Había un gran número de razones para ello, cuyo origen podía encontrarse en el hábito, temperamento y costumbres de estos indígenas; pero la razón principal era su desesperada ignorancia y la habilidad de los grandes terratenientes, respaldados por la Iglesia, para dejarlos sumidos en esa ignorancia.

El padre de Andrés no estaba de ninguna manera obligado a comprar a su hijo un sarape y un petate nuevos. Lo hizo por amor a su hijo y porque no soportaba verlo sufrir.

Quien tenía la obligación de comprar aquellas cosas para Andrés era su amo, don Leonardo. Pero para él era caso de la más absoluta indiferencia el hecho de que Andrés se congelara en la noche o que durmiendo sobre el suelo desnudo cogiera un enfriamiento que arruinara su salud. ¿Qué podía importarle a él la salud de un muchacho indio? Bien podrían inflamársele los pulmones, ser presa de la fiebre y morir. Allí acabaría todo. Él pediría simplemente a su mujer que le escribiera a su padre pidiéndole que mandara otro muchacho para sustituirlo. ¿En qué acabaría si empezaba a preocuparse por la suerte de aquellos indios descalzos? Andrés no valía once pesos. Además, a un muchacho indígena nunca le hace daño dormir en el suelo desnudo; están acostumbrados a ello. Son tan duros como una barra de acero, y él tenía algo mejor en que emplear sus once pesos.

Andrés no recibía todavía salarios y don Leonardo nunca pensaba en pagarle algunos, y no se los habría pagado aun cuando hubiera tenido veinte o treinta años de edad y hubiera atendido la tienda tan bien como podía hacerlo algún muchacho de Jovel, quien no hubiera desempeñado aquel trabajo por menos de veinte pesos al mes y su hospedaje.

Lo único que había cambiado de dos años a la fecha era que en los días de fiesta en Joveltó, Andrés recibía, en lugar de cinco o diez centavos, un tostón.

«Cuida de no gastarlo en tonterías. Y nada de aguardiente», le decía don Leonardo cuando tenía semejantes larguezas, dando un tono a sus palabras como si se tratara de una moneda de oro de veinte pesos.

Don Leonardo confiaba a Andrés algunas veces asuntos de considerable responsabilidad.

Lo enviaba con grandes cantidades de dinero a Jovel, el pueblo cercano de mayor importancia, adonde iba a hacer compras y a contratar con los arrieros el transporte de las mercancías a Joveltó, acompañándolos y cuidando de que nada faltara o llegara deteriorado a su entrega en el pueblo.

Andrés iba adquiriendo una valiosa experiencia con el desempeño de estas comisiones. Supo cómo era un pueblo verdadero y admiró la riqueza y variedad de las mercancías que eran traídas de todo el mundo, y oía hablar de pueblos que eran cien veces mayores que Jovel, aunque cuando hubo llegado allá le pareció que no podía existir otro pueblo en el mundo tan grande y hermoso como aquél. Había calles de un kilómetro de largo; las casas se sucedían tocándose entre sí y todas eran de piedra, y había muchas con ventanas. Hasta entonces él no había sabido de la existencia de casas con ventanas, nunca había visto cosa semejante. En Joveltó, algunas casas ostentaban en las paredes pequeñas aberturas, pero eso era todo, y ahora él miraba ventanas con vidrieras y hasta aparadores con grandes cristales, tras de los cuales se hallaban las mercancías acomodadas, dando la impresión de que cualquiera podía tomarlas con sus manos.

Por primera vez vio allí una carreta. Hasta entonces había ignorado que existían cosas tales como guayines y carretas que podían ser tirados por animales. Nunca antes había visto bestias de tiro.

Los campos de la finca y los alrededores de Joveltó no se hallaban arados; solo se hacían agujeros en la tierra con una vara y en ellos se echaban el maíz o el frijol. En tratándose de la siembra de tomates y chiles, para la que era necesario arar superficialmente, se empleaba un arado mayor que un tarugo de madera, tirado por un peón; así que ¿cómo podía haber sabido Andrés de la existencia de bestias de tiro? No había en toda aquella vasta región un solo camino por el que pudieran pasar vehículos de ruedas. Todos los caminos no eran sino reducidas veredas de agujeros, con la tierra a trechos tan floja y desmoronante que hasta una mula cargada difícilmente hubiera podido salvarlas. Un carretero había dicho a Andrés que las carretas hacían viajes quince veces más largos que el que suponía ir de Joveltó a Jovel. Y entre Joveltó y Jovel había un buen día de viaje para una mula cargada. El muchacho había mirado al carretero con incredulidad cuando le dijera eso. Pero otro carretero le había dicho que era cierto, y un indio vendedor ambulante de sal se lo había confirmado, diciéndole que lo sabía porque él había ido hasta Arriaga con una carreta cargada de sal.

Fue entonces cuando por primera vez Andrés tuvo idea de las dimensiones de la tierra que habitaba. Hasta entonces no había tenido ni la más débil noción de ello. Para decir verdad, nunca había pensado en el asunto. Cuando oía hablar en la casa de

don Leonardo de Tuxtla, de Tonalá, de Tapachula, San Jerónimo, Veracruz y de la ciudad de México, él pensaba que aquellos pueblos se hallarían a la misma distancia de Joveltó, el único pueblo que conocía. Y cuando decían que aquellas ciudades se hallaban muy lejos, él sólo podía imaginar que estaban tres o cuatro veces más retiradas que Lumboivil, la finca donde había nacido, de Joveltó. De cualquier manera debían estar dentro del horizonte, porque allí, como todos sabían, el mundo terminaba.

Otro carretero, a quien había encontrado en el pórtico del cabildo, le dijo mientras comían tacos de frijoles, que les calentaba una india en un anafre, que Arriaga era el último lugar al que tenía que llegar con su carreta, y que allí, en Arriaga, se encontraba la estación del ferrocarril. Andrés le preguntó qué cosa era aquello. El carretero le explicó que vagones gigantes traían mercancías a aquel lugar desde tierras muy distantes, de manera que después pudieran ser cargadas en las carretas y llevadas por todo el país. Le dijo algo más: le dijo que los vagones eran mucho más grandes que una carreta, tan grandes como una casa de piedra, y que el contenido de un vagón cargado podía llenar enteramente cuarenta y hasta cincuenta carretas. Los vagones caminaban sobre ruedas de fierro y cuarenta o más de ellos eran tirados por otro gran vagón que echaba muchísimo humo y que bufaba y sudaba poderosamente como una gran bestia, y que el nombre de todo aquello era ferrocarril.

Andrés conocía la palabra. En clase le habían enseñado a escribirla, pero el maestro no había podido explicarle la cosa y hacer que se formara una idea de ella porque ni siquiera había visto alguno pintado. El maestro se daba por satisfecho enseñándoles la palabra y logrando que la escribieran bien, y precisamente porque Andrés sabía la palabra y podía escribirla correctamente se sentía en cierto modo familiarizado con la cosa que designaba, aun cuando no la conocía. Cuando el carretero le habló de la apariencia que tenía, de cómo resoplaba, sudaba, silbaba y rugía, el muchacho sentía casi con certeza haber visto un ferrocarril en alguna parte. No tenía la impresión de que fuera algo extraño, nuevo e inesperado, porque sabía su nombre, el nombre por el que se le designaba, y, además, sabía escribirlo. A pesar de su rugir y su resoplar, el monstruo no le atemorizaba. Todo lo contrario, deseaba verlo con sus propios ojos, y pudo hacer el descubrimiento sin enterarse cómo ni cuándo. Si uno sabe de algo que no le es familiar y lo puede llamar por su nombre, aquella cosa extraña pierde su poder para alarmarnos. Para poder escribir su nombre, además de saberlo, necesitó sentirse inspirado de cierta confianza y penetrado del sentido de su identidad, en forma tal que nunca le había ocurrido.

En aquellos minutos tuvo una experiencia interna —trivial en sí—, pero que repentinamente lo capacitó para comprender claramente el verdadero significado de la educación, porque allí estaba aquel monstruo terrible cuya importancia había sido acrecentada por la descripción del carretero, que lo hacía aparecer más terrible y amenazador de lo que en realidad era, reducido a sobrias proporciones por el simple hecho de que él sabía su nombre y podía escribirlo en forma visible e inteligible. No

hubiera podido explicar a alguien cómo era que todo aquello había ocurrido. Pero él así lo sentía. Y mientras más pensaba en ello, más claro lo veía, y no solo aquello, sino todo lo del mundo. El mundo que le era desconocido y que él disecaba y se explicaba hasta no dejar nada en el misterio. Lo más sencillo. Ferrocarril. Sencillísimo. *Ferro* significaba hierro; *car*, carro, y *ril*, riel; luego entonces era un carro de fierro que corría sobre rieles. Todo esto podía aparecer ligeramente oscuro en la palabra; todas las palabras se han acortado tanto que el mundo entero no debería ser tan largo. De allí llegó a percibir que en ese sentido todas las palabras se parecían. Cada palabra explicaba una cosa y un proceso y sacaba a la luz su secreto. Pensó en otras palabras y encontró que esta revelación repentina se ratificaba.

Su actitud respecto a la educación se alteró completamente. Dejó de pensar en ella como en una cosa útil solamente para el éxito y la rapidez en los negocios. Sintió que tenía otro valor además, mayor tal vez que su utilidad en el comercio, y aquello fue el origen de que se diera a pensar. Ocurrió con él lo mismo que sucede con alguien que deduce una teoría filosófica de otra, en relación estrictamente limitada con la vida económica y social, ignorando que la misma teoría ya ha sido enunciada por miles de hombres antes que él y que entre esos miles de hombres hay por lo menos cincuenta para quienes el campo de investigación de su pequeña teoría era ya familiar cuando Aristóteles se ganaba la vida vendiendo correas para sandalias por las calles de Atenas. Porque aun en aquellos días, un filósofo no podía vivir en su mundo sólo hablando de doctrinas; necesitaba un sostén que le garantizara pan y sal, algún oficio que le permitiera subvenir a las necesidades de su afilosófica existencia. Y así ocurrió con Andrés, lo mismo que ocurre con todos los que creen que han concebido una idea nueva. Creyó que la educación podría destruir el poder de inspirar terror que poseen los ídolos, los curas y los fantasmas de la superstición que ponen en juego sus triquiñuelas entre la raza humana. Pensó que si la educación podía trocar inofensivos a monstruos desconocidos como el ferrocarril, que si la educación podía derribar ídolos y fantasmas, sería posible también devolver a su padre y a todos los peones su hogar, su finca, liberándolos de la aparentemente interminable opresión que los esclavizaba.

Él tenía cultura y era libre.

Pero Lucio el arriero, que debía transportar las mercancias a Joveltó a la mañana siguiente, irrumpió en el tumulto salvaje de sus pensamientos.

—¿Adónde vas a dormir? —preguntó Lucio.

—Puedo dormir aquí, bajo el pórtico del cabildo —dijo Andrés.

Había extendido su petate sólo a unos tres pasos de distancia del lugar en que se encontraba la mujer que durante toda la noche calentaba el sencillo alimento de los carreteros.

—Deja eso y vente conmigo —replicó Lucio—. Dormiremos en el pórtico de don Ambrosio, en donde están las mercancías. Las mulas se hallan en el patio posterior y nos quedarán cerca. Cargaremos a las dos y estaremos en camino a las cuatro.

Así fue como le recordaron a Andrés que no era libre, que no podía hacer lo que deseara, que ni siquiera podría dormir allí en el pórtico, en donde toda la noche había movimiento de hombres que llegaban a caballo, de carreteros, de arrieros, de legiones de indios vendedores de trastos de barro y de canastas, en aquel lugar donde tanto había que ver y oír. Tendría que dormir en donde Lucio lo pudiera tener a la mano sin necesidad de ir a buscarlo, porque Lucio tenía el mando durante el viaje de regreso con las mercancías que su amo le había encargado de transportar. Y Andrés también tenía su amo, quien le había ordenado que fuera al cuidado de las mercancías, gustárale o no, ya que su amo lo alimentaba y le permitía extender su petate en un rincón de su casa.

Andrés había descubierto, al rodar de sus pensamientos por su cerebro, que la educación que él creía poseer podía destruir todo temor a los monstruos o ídolos. Pero tan pronto como Lucio le habló imperativa y prácticamente de las tareas de todos los días y le recordó a su amo, él volvió a sentir temor. Bien sabía lo ceñudo y furioso que don Leonardo se pondría si algo era descuidado y si las cosas no iban como él pensaba que debían ir. Sabía que una vez perdido el control no pensaría dos veces para sopesar un palo o para coger la banda de fierro con la que se sujetaban las pacas y golpearlo con ella en la cabeza. «¡Qué bien le serviría entonces la educación!», pensaba Andrés mientras caminaba con Lucio a través de las oscuras calles que conducían a la casa de don Ambrosio. El saber leer, escribir y conocer las cifras sólo era ventajoso para don Leonardo. Recordaba lo que era: un peón que no tenía salario, que tenía que hacer lo que le mandaran, que tenía que estar en su puesto las veinticuatro horas del día para poder atender a su amo en el instante que lo requiriera. Pero él era libre porque sabía lo que la libertad significaba. El peón que no se hallaba en el asqueroso rincón de una prisión podía llamarse libre. El patrón podía mandar a un peón allí cuando se le ocurriera. Libertad era también no tener las manos y los pies atados juntos a la espalda, castigando la pereza de una semana o el descuido que permitiera huir a alguna cabra.

Andrés no podía decir que no era libre. Él no se hallaba en prisión ni yacía atado en el cuarto donde se guardaban los arneses en la finca. Él era libre. Si al día siguiente, con las mulas cargadas, él deseaba ir hacia la derecha porque el camino de la izquierda se hallaba pantanoso o flojo, podía ir por la derecha para seguridad de las mulas. Y también era libre para dar a la mula amarilla algunos kilos más que a la gris. Y era libre de fumar cigarrillos si conseguía alguno. ¿Qué mayor libertad podía esperar un peón? Tal vez la libertad de casarse cuando fuera hombre, si otro peón le daba su hija por mujer. Y entonces él podría tener toda la libertad que quisiera para engendrar bastantes hijos a quienes criar con el producto de la parcela que le asignara el patrón, proveyendo a éste de un número mayor de peones.

Él era todo lo libre que podía pensar. Y si se le hubiera interrogado, él habría recitado en voz bien alta aquel artículo de fe que se hacía aprender de memoria a todos los niños en las escuelas: «Soy ciudadano libre de un país independiente. ¡Viva

la patria, viva!» Y no solamente lo habría recitado a gritos, sino lo habría creído.

III

Don Leonardo había comprado treinta mulas muy baratas a un finquero de Chiilum que estaba urgido de dinero. Conducidas por Andrés, fueron llevadas a Joveltó, en donde don Leonardo las cuidó bien para que tuvieran mejor apariencia.

Se informó y le dijeron que en La Concordia se pagaban los mejores precios por mulas en aquellos momentos, porque los plantadores de café pensaban comprar algunos cientos de ellas. Paró bien las orejas para enterarse de otras noticias, y cuando comprobó que el informe que le habían dado era bueno se llevó las mulas a La Concordia. Se adelantó en su mejor caballo para iniciar el negocio y dejó que Andrés lo siguiera cuidando de las mulas, ayudado por algunos muchachos de Joveltó, pues un hato de mulas resulta difícil de ser guardado por un solo jinete.

Dos días después de llegado don Leonardo vendió las mulas. Vendedor y comprador quedaron muy complacidos con la transacción. Don Leonardo obtuvo una bonita ganancia y el plantador obtuvo las mulas mucho más baratas de lo que nunca hubiera esperado. Si las hubiera comprado en Tabasco, habría tenido que pagar un tanto más de la mitad de lo que había pagado.

Aquella semana había mucha gente en La Concordia, porque se celebraba una fiesta y una gran feria, feria en conexión con la fiesta.

Se encontraban allí vendedores de caballos y de burros venidos de Balún Canán; había agentes reclutando trabajadores indígenas de los pueblos libres para las plantaciones de café y de cacao; compradores de café, maíz, madera; agentes vendedores de maquinaria, de artículos de ferretería, de implementos para agricultura; especuladores de tierras, vendedores de mercancías de todas especies. Toda esa gente llevaba mucho dinero consigo para poder hacer negocios en el terreno del trato, obteniendo buenas ganancias. En esa ocasión esperaban hacer más de lo usual.

Las noches eran largas, había bastante licor, y como ellos no pretendían dedicar todo su tiempo a los negocios, jugaban cartas.

Don Leonardo no regresó a su casa inmediatamente después de vender sus mulas. Quiso aprovechar la oportunidad para hacer más negocios con el dinero que había hecho, esperando obtener buenas utilidades.

Pero él no era más capaz que los otros para no hacer que sus negocios llegaran a una rápida conclusión. Ninguno tenía prisa, había tiempo suficiente y todos se quedaban por allí esperando algún buen trato y una mayor ganancia.

Don Leonardo, como los otros, no sabía qué hacer en las noches. Por eso era natural que se sentara a jugar cartas como cualquier otro. Él conocía a los caballeros con quienes jugaba. Eran, como él, hombres de honor en quienes se podía confiar jugando cartas. No obstante, y no exceptuándose él, todos hacían lo posible para llevarse la mejor parte cuando hacían negocios entre sí. En tratándose de naipes, los hombres deben jugar limpio; éste es un punto de vista de los caballeros, aunque en

negocios no se apeguen mucho al punto, sin que por ello dejen de considerarse hombres de honor. Jugaban siete y medio. El juego es muy rápido y ya para las dos y media don Leonardo había perdido hasta el último centavo de lo que ganara en la venta de las mulas. El juego continuaba, pero él ya no tenía ni un peso que apostar con la esperanza de recuperar su dinero, y ningún caballero pide prestado durante el juego; ésa es una ley vieja y bien establecida.

Jugaban en un cuarto espacioso de la casa de un ciudadano de La Concordia, conocido de todos ellos. Todos llevaban consigo a sus muchachos, quienes estaban listos para atender a sus amos. En aquella ocasión yacían cerca tendidos en sus petates: unos se hallaban en el pórtico y otros en la misma estancia donde los amos jugaban.

De vez en cuando uno de los amos empujaba con el pie a alguno de los muchachos diciendo: «Anda, Lázaro, levántate; corre a la cantina y tócales la puerta; aquí tienes veinte reales para un litro de comiteco añejo. ¡Muévete! No te quedes tirado como un fardo, que tenemos la garganta seca.»

No fue Lázaro en esta ocasión, sino Andrés quien fue pateado por uno de los caballeros. En estos eventos sociales, los muchachos eran propiedad común, y nadie reparaba en quién era el muchacho que había sido enviado a dar un recado.

Andrés regresó con la botella de comiteco y la puso en la mesa.

—Echa un trago, muchacho —dijo don Laureano, quien lo había enviado por la botella.

Llenó un vaso y se lo dio a Andrés, quien lo bebió, y tomó con un palillo de dientes queso de un plato que se hallaba sobre la mesa. Las relaciones que median entre un amo y su muchacho en México no son las mismas que median entre un amo y su esclavo. Particularmente en viajes, en los que el amo no puede poner de manifiesto su orgullo, encontrando fácil beber en la misma botella que su muchacho, ya sea que contenga agua, café, aguardiente o bebida gaseosa. Lo mismo ocurre con los alimentos. Y cuando el tiempo es frío, el amo, enrollado en su sarape, duerme junto a su muchacho para guardar entre ambos el calor. El amo comparte justa y escrupulosamente su pavo asado con el muchacho, quien puede tomar con los dedos cuanta masa de pozole desee, o arrancar del trozo de carne el pedazo que le convenga. Pero jamás toca las provisiones de su amo, aun cuando se esté muriendo de hambre, hasta que éste no empieza a comer o haya terminado de hacerlo. Pero sin embargo, aunque el muchacho haya bebido en la misma botella de su amo, éste no pensará dos veces para darle una buena patada si no salta rápidamente para detener a algún caballo extraviado antes de que haya ido demasiado lejos.

Andrés acababa de sentarse en cuclillas nuevamente en un rincón, cuando don Leonardo se apercibió de su presencia.

—Oiga, don Laureano —dijo—, apuesto a mi muchacho. ¿Cuánto apuesta usted

por él?

Don Laureano tomó la banca. Miró a Andrés de arriba abajo como si estuviera tasando a un caballo y preguntó mientras barajaba los naipes:

—¿Habla castellano o su dialecto indígena?

—Puede hablar ambos y sabe leer y escribir un poco —contestó don Leonardo.

—Veinticinco pesos —profirió don Laureano vivamente para hacer notar que aquella cantidad era lo más que ofrecía.

—Aceptado —contestó don Leonardo.

El juego siguió su curso y don Leonardo perdió.

Sacó su revólver y lo sopesó.

Si esto hubiera ocurrido en cualquier otro lugar, los jugadores se habrían levantado rápidamente para evitar que don Leonardo se suicidara. Pero aunque todos habían visto lo que hacía, nadie pestañeó siquiera.

Cada uno de ellos era bastante buen filósofo para decirse: «Si quiere matarse, ése es negocio suyo y no nuestro. Se le enterrará decentemente y allí terminará nuestro deber como amigos y caballeros.»

Pero estos caballeros eran buenos mexicanos para saber que nadie se da tanta prisa para matarse. Mientras un hombre tenga su rancho, su casa o la casa de su suegro y su mejor caballo que jugar, no hay peligro de que se suicide. México es un país demasiado bueno y no se puede asegurar que en otra encarnación un mexicano volverá a aterrizar en su México. Así es que más vale quedarse donde se está y no tentar a los dioses.

Don Leonardo volvió su revólver casi con cariño y lo colocó enfrente de don Laureano.

Don Laureano dejó las cartas que barajaba y examinó el revólver como puede hacerse con una obra de arte. Lo sopesó, lo volvió de un lado para otro, miró bien el cañón, probó cómo funcionaba y dijo:

—Calibre 38. Bueno, muy bueno: cincuenta pesos.

Uno de los jugadores gritó:

—Doy sesenta por él.

—Yo también —dijo don Laureano secamente—. ¿Alguien da más? —preguntó mirando en derredor de la mesa.

Nadie contestó.

—Bueno, sesenta pesos —dijo don Laureano con un movimiento de cabeza dirigiéndose a don Leonardo.

—Aceptado —dijo don Leonardo.

—¿Apuesta usted los sesenta o cuál será su apuesta, don Leonardo? —preguntó don Laureano.

—Veré mi primer carta y después apostaré.

—Bueno, amigo, como quiera.

Don Leonardo tomó la carta que le dieron. Era un siete.

—Apuesto los sesenta —dijo.

—Bueno —contestó don Laureano—. ¿Otra, o es bastante?

Don Leonardo reflexionó un momento. Un siete era una buena carta y solo un tonto hubiera pedido otra. Si perdía su revólver, quedaría solamente su montura y finalmente su caballo. Entonces hubiera tenido que regresar a su casa en un caballo prestado, y eso para un caballero es casi tan penoso como tener que caminar a pie como cualquier indio. Un caballero mexicano jamás debe ser visto a pie, a menos que lo haga al lado de su caballo. Hasta cuando cabalgar representa un gran peligro para caballo y caballero, nadie, excepto los exploradores norteamericanos, va a pie. Ésa es la razón por la que ellos no son muy apreciados por los caballeros mexicanos, aun cuando sus exploraciones les hagan famosos en todo el mundo civilizado.

Don Leonardo pensó en ello por un largo segundo, mientras se fijaba en la carta que don Laureano había sacado del paquete, con tanta intensidad que parecía esperar leer su valor por el lado negro.

Después de pensar quería decir: «Suficiente, gracias.» Pero casi contra su voluntad dijo:

—Otra.

La carta le fue dada. Por un momento la mantuvo como la había recibido, con la cara hacia abajo, con temor de verla. Todos los jugadores lo miraron, tratando de interpretar su actitud. Allí es en donde se encuentra el gran encanto del juego. Se vive en suspenso dos veces, por uno mismo y por los demás jugadores.

Con toda cautela, don Leonardo volvió la carta. Todos los de la mesa sabían ya, por supuesto, que su primer carta debía ser un siete o un seis, pues si hubiera sido de menos valor, él nunca habría vacilado tanto para pedir otra.

Vio que tenía un rey. Puso las dos cartas sobre la mesa, recuperó el aliento perdido y dijo:

—Siete y medio, caballeros.

Miró su revólver y lo colocó con calma en su cinturón, como si hubiera estado seguro de que así había de ocurrir. Levantó algunos cientos de pesos y además tomó la banca. Quienquiera que tenga la banca tiene siempre medio punto de ventaja sobre los otros jugadores.

Siguieron jugando. A las cinco de la mañana convinieron en dar por terminado el juego con tres partidas más, después de las cuales no se daría ni se pediría revancha. Terminaban por fatiga. Difícilmente podían retener sus cartas o contar correctamente.

Don Leonardo se había recuperado de todas sus pérdidas y ganado más de dos mil pesos. Haciendo un cálculo rápido, resultaba que nadie había perdido demasiado. La pérdida de dos o tres mil pesos que algunos habían sufrido no era tomada trágicamente.

Los perdedores, medio dormidos, calculaban cuánto tendrían que agregar al

precio de las mercancías que esperaban vender para resarcirse de las pérdidas. Porque a final de cuentas encontramos que no es el jugador quien paga sus pérdidas, sino alguien más que no toma parte en el juego quien tendrá que sangrar por ellas.

Los hombres se levantaron tambaleantes y se dirigieron al pórtico. Los muchachos, que andaban rondando por allí en espera de sus amos, corrieron a traer sillas de la pieza en la que el juego había terminado. Los hombres se dejaron caer con aburrimiento en ellas. Algunos cabecearon; otros, somnolientos, conversaban más para mantenerse despiertos que porque tuvieran algo que decir. Media hora después, su anfitrión los requirió para el desayuno en el comedor.

Cuando terminaron de desayunar se levantaron, se estiraron y salieron a la calle para mirar cómo andaba el mundo desde la última vez que lo vieran y qué perspectivas había de terminar un buen negocio y quién andaba por ahí y de qué se podía hablar.

Don Laureano caminaba con don Leonardo. Los dos se dirigían a la misma fonda. Cuando llegaron a la puerta encontraron a Andrés recargado contra un poste conversando con otro muchacho que también esperaba a su amo.

Don Laureano dio unos golpecitos a Andrés eli el hombro y le preguntó:

—¿Cómo te llamas, hijito?

—Andrés Ugaldo, su servidor, señor —respondió.

—Andrés, ¿eh? —dijo don Laureano—. ¿Nunca has trabajado con bueyes?

—No, señor —repuso el muchacho.

—No hay nada difícil en ello —dijo don Laureano—. Pronto aprenderás. Eres fuerte y pareces inteligente. Ya sabremos más de ti. Ya te enterarías, por supuesto, de que ahora eres mi muchacho.

Andrés miró a don Leonardo.

—Perdone usted, patrón, pero yo soy de don Leonardo.

Don Laureano se volvió a mirar a don Leonardo.

—Don Leonardo, ¿no le ha dicho usted al muchacho que ahora es mío? —preguntó.

Entonces don Leonardo recordó, como quien recuerda un sueño, que había apostado al muchacho y lo había perdido. Cuando apostó su revólver y ganó, no había perdido tiempo en recuperarlo y colocarlo nuevamente en su cinturón. Ciertamente había hecho aquello aun antes de recoger el dinero ganado. En aquel juego, según recordaba, había ganado la banca también, y a partir de aquel momento sólo pensó en el dinero que perdiera y que trataba de recuperar. Pero había olvidado enteramente la pérdida del muchacho. De otro modo, cuando al filo de la medianoche don Laureano también comenzó a estar falto de dinero y a apostar artículos de uso personal en lugar de dinero, él hubiera podido pedirle que apostara al muchacho antes que nada, lo que hubiera dado la oportunidad de recuperarlo.

Pero el juego había terminado. Don Laureano no estaba por ningún motivo obligado a devolver al muchacho, aun cuando se le ofrecieran los veinticinco pesos apostados por él.

En México no se trafica con seres humanos; ningún hombre puede ser comprado y vendido. Esto lo prohíbe la Constitución, en la que se halla asentado además, solemnemente, que cada individuo de la República es un ser humano libre, independiente e inviolable, sobre el cual sólo su padre, la policía y los agentes del Ministerio Público tienen derecho, en determinadas circunstancias, de ponerle las manos encima. Por todo esto era imposible para don Leonardo deshacer su trato. No podía ofrecer a don Laureano veinticinco, ni siquiera cincuenta pesos por el muchacho; eso hubiera sido tanto como vender a un ser humano, y él, como don Laureano, hubieran podido purgar una larga condena por ello. Además, ellos eran buenos creyentes católicos, para quienes hubiera constituido un pecado la venta de un hombre, aun cuando éste fuera indígena. Se hubieran sentido avergonzados de sí mismos, como caballeros y como mexicanos, de haber ofrecido o aceptado dinero por un conciudadano de la República y por haber tratado a un compatriota como mercancía. Esto hubiera sido de cualquier modo romper con toda clase de códigos y costumbres.

Pero la moral es tan complicada, no solo en México, que no se considera ni en lo más mínimo incorrecto, indebido o degradante que un hombre apueste en un juego de naipes a sus hijos, a sus padres y hasta los cuerpos de sus hijas, de sus esposas o de sus amantes, si se encuentra apurado de dinero para continuar el juego.

En este caso, sin embargo, la cuestión moral tenía muy poco que ver. Andrés era un peón que pertenecía a la finca como parte de la propiedad. La Constitución podría prohibir su venta, pero podía ser cambiado entre propietarios, sin que al peón se le preguntara si el cambio le convenía. Sus mentes estaban tan bien encauzadas por la Iglesia y por los terratenientes, que ellos nunca tenían semejantes pretensiones, ni siquiera se les ocurría hacer el menor gesto de objeción al cambio. Eso hubiera sido calificado de desobediencia, y ningún peón tiene derecho a desobedecer.

Los finqueros tienen una mayor responsabilidad respecto a sus caballos que la que tienen respecto a sus peones. Don Leonardo no se paró a pensar en la pérdida de Andrés. Tan pronto como llegara a su casa escribiría a su suegro para que le mandara otro muchacho de la finca.

—Eso es, Andrés —dijo rápidamente—. Ahora perteneces a don Laureano.

Así quedó terminado el asunto, y reanudó su plática con don Laureano en el punto en que la habían dejado. No puede uno pensar constantemente en las pérdidas, no son como para ponerse a llorar. La mezquindad no va bien con las buenas maneras, un caballero es siempre generoso.

Una semana después don Leonardo se encontraba de vuelta en Joveltó. Había

contratado a un muchacho de La Concordia para que lo acompañara. Le pagó a su llegada y lo despachó.

De momento doña Emilia no preguntó por Andrés, pensó que se hallaría ocupado en alguna cosa y que regresaría después. Y cuando un marido y una esposa que aún no se encuentran cansados uno del otro se ven de nuevo después de dos o tres semanas de separación, generalmente tienen cosas más gratas e importantes que hacer y de qué hablar que la suerte corrida por un muchacho indio; pero cuando pasaron dos días y Andrés no se dejaba ver por allí, doña Emilia preguntó a su esposo:

—¿Dónde anda Andrés? No lo he visto desde que llegaste.

La primera intención de don Leonardo fue decir que el muchacho había sufrido un accidente, que había sido pateado por una mula y lo habían tenido que enterrar. En el camino de regreso a su casa había pensado en decir aquello. Pero entonces le parecía que la mentira era demasiado tonta, por lo que dijo con indiferencia:

—¿El muchacho? ¡Oh! Él perdió tres mulas en el camino, hubo que emplear tiempo y dinero en hallarlas todas maltratadas. No sé qué habrá pasado con el muchacho. Ya no servía para nada. Desobediente y desvergonzado. Cuando llegamos a La Concordia, se largó. Les dijo a otros de los muchachos que iba a Tapachula, en donde podría ganar buen dinero. Yo no lo perseguí. Si quería irse, que se fuera. Escribiremos a tu padre para que nos mande a un buen muchacho de la finca.

Su mujer no quiso discutir más el asunto. Ello hubiera perturbado la felicidad de su reunión, justamente cuando ella empezaba a encontrar los abrazos de su marido particularmente gratos, como ocurre usualmente después de una separación que interrumpe la rutina de un matrimonio feliz. Así es que ella no insistió y Andrés fue olvidado. El muchacho enviado por don Arnulfo pronto se adaptó, y como venía directamente de la finca y era muy obediente y sumiso y besaba a mañana y tarde la mano de sus amos, como se acostumbraba en la finca, doña Emilia y don Leonardo estuvieron de acuerdo en que el nuevo muchacho era mejor, más industrioso, comprensivo, obediente y honesto que Andrés.

IV

Don Laureano Figueroa, comisionista que vivía en Socton, representaba doscientas o trescientas empresas en México, Puebla, Monterrey, Estados Unidos, España, Francia y algunos otros países de los cuales solo sabía los nombres.

Él reunía todas las agencias en el distrito. De máquinas de coser, maíz, porcelana, material para techos, fierro corrugado, petróleo, monturas españolas, semillas de trigo, alambre de púas, periódicos, botellas de cerveza, vinos y cigarros. Se encargaba de la conducción y remisión de mercancías a todas partes del mundo, por lo menos eso decía el membrete de su papel. Compraba y vendía tierras, casas y valores. Era más conocido en todos los pequeños pueblos del estado que el gobernador y sus secretarios, pues no existía un solo lugar en el estado, habitado por mexicanos, por pequeño que éste fuera, en donde no se viera en todas las fondas, tiendas, hoteles y oficinas un calendario colgado ostentando un cromo de algún paisaje cursi imposible de identificar en ningún rincón de México; arriba del paisaje se leía en letras mayúsculas el nombre de don Laureano, y sobre el paisaje la lista de las casas que representaba.

No hay por qué reír de que don Laureano combinara tantas agencias en su persona, porque de haber representado a una sola empresa pronto se habría muerto de hambre.

Era agente de una acreditada fábrica de pianos de Nueva York, y en tres años había tenido el gran éxito de vender un piano entero. Pero, como escribió a la fábrica, tenía esperanzas de poder vender otro dentro de los dos años siguientes, porque había una pareja de recién casados que hacía algunos meses pensaba en la compra de uno. La venta de máquinas de coser era mayor, aun cuando dejaba mucho que desear.

Él tenía una gran confianza en las máquinas de escribir porque la gente de negocios del estado empezaba a proveerse de ellas. También tenía buenas relaciones entre las gentes del gobierno y esperaba surtir de máquinas de escribir a todas las oficinas.

En realidad, su punto de apoyo era el transporte de mercancías. Era su negocio de carretas el que le proporcionaba los medios para llenar sus necesidades diarias y para sostener sus agencias. Tenía cuarenta carretas trabajando entre Arriaga y Balún Canán.

Él y toda su familia eran bien conocidos en todo el estado y tenía reputación de hombre honesto, razón por la cual nunca le faltaba carga. A sus caravanas se les confiaba no solamente el transporte de mercancías valiosas y dinero, sino que también llevaban mujeres que viajaban solas y niños que eran enviados con algunos parientes o a la escuela. Era bien sabido que sus carreteros hubieran dado sus vidas en defensa de las mercancías que se les confiaban, ya fuera para defenderlas de los bandidos o de alguna catástrofe de la naturaleza.

Andrés no se admiró del hecho de haber pasado de un amo a otro sin ceremonia y

sin que le hubieran tomado su parecer. En cualquier forma, el hecho habría sido el mismo. Los caballos, las mulas y los burros son vendidos por sus propietarios y nadie les pregunta si están de acuerdo o no. ¿Por qué habrían de preguntárselo a él?

No se le ocurrió hacer la menor objeción, ni siquiera pensó que podría tener algún derecho para decir sí o no en un asunto que se llevaba a cabo entre caballeros. No sabía que un hombre como él tenía derecho o algo por el estilo. Él sabía una sola cosa que había aprendido desde niño: un peón debe obedecer. No existe un solo soldado en parte alguna de la tierra a quien se permita decir ni una palabra si en tiempo de guerra o de paz se le deja pudrirse en cualquier parte. La obediencia es el primer deber de un soldado, y es el primero y último deber de un peón. El soldado es enviado a Afganistán, gústele o no. Y su amo lo fustiga. Ahora pelean y se desangran por el bienestar de los ingleses, mañana por el derecho de los franceses a proveer al mundo de muchachas bonitas y pasado mañana porque la democracia reine en el mundo y las naciones pequeñas, poseedoras de un lenguaje rudimentario y de una rudimentaria ambición a favor de sus capitalistas, rijan sus propios destinos.

Cuando el proletariado empieza a sacudirse el hábito de la obediencia, las bases del Estado tiemblan y la rebelión se prepara a dar un salto. Todas las leyes de la naturaleza se relajarían y habría tumultos y confusiones sin cuento si algún día un finquero dijera a uno de sus peones: «Dime, hijito, ¿qué te parece?»

Andrés nunca había esperado que su patrón le tomara su parecer. Él hacía lo que le mandaban, ni más ni menos. Posiblemente se hubiera resistido si su amo le hubiera ordenado colgarse del árbol más cercano, porque eso hubiera sido contra los mandamientos de la Iglesia; pero, por otro lado, ningún mandamiento se lesionaba si se azotaba o daba tormento a sí mismo. La Iglesia le enseñaba que desobedecer al amo que Dios le había enviado sería tanto como desobedecer a Dios mismo. Solo cuando la obediencia se halla establecida —y firmemente establecida— en todos lados puede la sumisión a Dios y a la Iglesia tener una base firme. Este precepto debe llevarse en la sangre desde muy temprano.

Tal vez lo que afectaba a Andrés de todo el asunto era simplemente el hecho de haber sido sacado de una vida a la que se había habituado para llevarle a otra distinta. Y siempre es penoso verse arrancado contra la propia voluntad de una vida a la que se está acostumbrado.

Sin embargo, y aun antes de llegar a la casa de don Laureano, Andrés se había percatado ya de que su nuevo amo era mucho más fácil de complacer que el otro. Don Laureano nada sabía de la vida interna de las fincas. Sabía que había peones, pero ignoraba cuán dura era la disciplina —la tiranía de hecho— en las fincas. Si en el curso de sus negocios llegaba a ser huésped de una finca, tenía muy pocas oportunidades para darse cuenta de las condiciones en que vivían los trabajadores y no se preocupaba por ello. No eran aquellos asuntos de su incumbencia; él iba allí a

hacer, negocio, y al efecto deseaba conquistar la amistad del finquero para siempre.

Don Laureano era un hombre de negocios. Su actitud respecto a sus carreteros y a sus muchachos estaba gobernada por la regla que rige a todo buen hombre de negocios: vivir y dejar vivir. La experiencia le había probado que si esa regla fuera observada por todos los hombres de negocios, los resultados en el comercio y en la industria serían solo benéficos. Cierto era que todos sus hombres llevaban una vida dura de penuria, pero cuando ellos comparaban su vida con la de los peones, la encontraban lejos de ser intolerable. El operario que trabaja en una fábrica de Dayton ganando treinta dólares a la semana, cuando oye hablar de un trabajador textil de Gaston que gana únicamente once dólares, se dice: «Claro que yo estoy fregado con mis cuatro chamacos a quienes dar de comer; pero, la verdad, no quisiera estar en el pellejo de ese pobre diablo que trabaja en Gaston con sus once dólares y sus ocho chamacos; siempre son mejores mis treinta con todo y que tapan un hoyo para destapar otro, pues la verdad, yo no comprendo cómo ese infeliz que trabaja en Gaston puede vivir con sus once dólares.»

Los hombres empleados por don Laureano eran libres. Cuando alguno de ellos regresaba con su carreta al solar de su amo, podría decirle: «Oiga, patrón, me quiero ir porque me voy a ocupar de otra cosa.» Y si era un buen carretero, don Laureano le diría: «¿Por qué quieres irte, Julián? Hace ya cuatro años que trabajas conmigo y siempre hemos marchado bien. Bueno, te aumentaré medio real diario.»

Posiblemente el carretero se quedaba y conseguía un medio real diario de aumento. Y si no le convenía podía marcharse. Don Laureano no insistía en que se quedara si deseaba irse. El hombre era libre. Por supuesto que muy pronto encontraba que, viéndolo bien, su libertad era muy relativa, porque su nuevo amo le pagaba menos, lo hacía trabajar más y lo trataba como a un perro. Pero como no le era posible llenarse la barriga con solo abrir la boca cuando lloviera, tenía que trabajar para cualquiera que le pagara, para poder comprar tortillas y frijoles. De esa manera, el carretero libre aprendía la gran lección que enseña que la libertad de ir a donde le placiera se traducía en palabras usadas para velar los duros perfiles de las reinantes condiciones económicas.

En eso se convierten cuando se estudia la cosa en sus raíces; es decir, que la lealtad y el sentido de responsabilidad de los carreteros en el servicio de sus amos era tan voluntario como el trabajo que por coacción prestaban los peones en las fincas.

Los carreteros sabían que eran libres, que podían ir a donde quisieran y cuando quisieran. Los peones sabían que no eran libres y que no podían ir a donde quisieran y cuando quisieran. Pero cuando se llegaba al punto fundamental del laberinto de las condiciones económicas en que ambos vivían, se encontraba que vivían, bajo diferente apariencia, en las mismas condiciones.

Los finqueros lograban mayores ganancias manteniendo su dictadura sobre el peón, y los otros las obtenían más abundantes teniendo a su servicio hombres libres.

El peón hacía sólo lo que le ordenaban. Dejaba al patrón que pensara y llevara

toda la responsabilidad en el resultado de sus órdenes. En tanto que el carretero tenía que pensar por sí mismo y hacerse responsable de lo que hacía. Porque de haber hecho estrictamente lo que le ordenaban, sin tomar nunca una iniciativa para conducir mejor su carreta evitando todo peligro, ninguna carreta hubiera llegado jamás a su destino.

Las fincas pueden existir únicamente, como han existido desde hace cuatrocientos años, gracias a la ayuda de sus peones; pero un negocio de transporte por medio de carretas, sólo puede subsistir empleando hombres que se consideren libres. Porque bajo un sistema de trabajo libre, las responsabilidades pueden cargarse a los trabajadores. Los patronos reclaman el derecho de hacerles cargos y deducciones de sus salarios, y de multarlos cuando cometen algún error. De ahí que el sistema sea más productivo en tales casos que el sistema del peonaje. Ésa fue la única razón por la cual la esclavitud ha sido abolida. Los reformistas y los filántropos andan generalmente con un siglo de retraso. Ellos solo siguen las rutas que la perspicacia capitalista les ha señalado. Eso es todo. De la misma manera, el gobierno republicano sólo está a salvo de los asaltos monarquistas cuando ofrece a los traficantes mejores perspectivas de lucro que las que puede ofrecerles el gobierno monárquico. Las teorías y los ideales de mejoría social solo tendrán resultado cuando garanticen el pan nuestro de cada día. Cualquier idea, por hermosa que parezca, no va más allá de los libros, folletos y volantes. Pueden hacerse mítines para encender el entusiasmo, pero el reflejo gris de lo fundamental extingue el más noble entusiasmo en los hombres que necesitan comer para vivir.

Andrés caminaba al lado de don Laureano; habían dejado La Providencia, en donde pasaron la noche.

—¿Entonces no has trabajado nunca con bueyes, Andrés? —preguntó don Laureano mientras encendía un puro y ofrecía otro al muchacho.

—No, patrón; don Leonardo no tiene ni bueyes ni carretas. Por las veredas que van de Joveltó a Jovel y Tsimajovel y a Vilja no pueden transitar carretas, porque son muy angostas, irregulares y pedregosas. Solo se pueden hacer transportes en mula, y por algunas ni las mulas pasan, porque hay muchos sitios en los que las veredas se han derrumbado hacia el precipicio. En esos casos solo se pueden usar cargadores.

—Conozco algunas de esas veredas —dijo don Laureano—. He andado por ellas por cuestiones de negocios. A lo largo de kilómetros enteros hay necesidad de llevar al caballo por la brida, a menos que se desee perderlo y, además, romperse la nuca. ¿Tampoco tienen bueyes en la finca?

—Solo en los rebaños, señor, para venderlos, y ya se han perdido en el camino de Juan Bautista y Frontera, cuando el patrón los mandaba al mercado de Tabasco.

—No importa, muchacho —dijo don Laureano—. Pronto aprenderás; no hay mucha ciencia en ello. Pareces listo, ya sabrás cómo uncir y conducir los bueyes.

Después de uno o dos viajes en compañía de los veteranos carreteros, conocerás los caminos y las mañas que hay que darse en el trabajo.

—Estoy seguro que así lo haré, patrón.

—Este trabajo no es tan duro como parece —le dijo el amo—. Cuando se lleva carga hay un poco más quehacer, pero las bestias conocen el camino mejor que cualquier gente; siempre encuentran su camino por oscura que esté la noche. Desde luego que cuando los caminos están malos hay bastante quehacer. Entonces hay que poner manos a la obra, hay necesidad de afanarse con los rayos de las ruedas y muchas veces hay que sacar alguna de ellas de un hoyo, porque hay tramos en los caminos en los que se necesita colocar piedras y troncos para que las carretas no se atasquen. Si te pones listo y no te duermes, raramente se quebrará algún eje de tu carreta. Porque si eso ocurre, habrá que trabajar muy duro, y será culpa tuya por no ponerte vivo.

—Tendré buen cuidado.

—Lo que yo sé decirte es que te gustará. Conocerás caminos, verás montones de lugares y pueblos diferentes. Si vas por donde la vía del ferrocarril, siempre tendrás compañía. Algunas veces llevarás alguna familia en tu carreta. Entonces te ganarás un tostón de propina si les sirves bien. Yo no me opongo a que mis muchachos lleven por su cuenta algún paquete de un lugar a otro o suban a la carreta por un día de camino a algún pasajero. Bien pueden guardarse los veinte o treinta centavos. Yo no soy estricto en eso.

—Muchas gracias, señor.

—Y ahora, vamos a hablar de tus salarios, Andrés, así nos entenderemos mejor. ¿Cuánto te pagaba diario don Leonardo?

—Don Leonardo no me pagaba —dijo el muchacho con toda honradez.

—Yo no acostumbro hacer eso —declaró don Laureano—. Todo hombre que trabaja merece un salario. Así pienso yo. Todo trabajo debe pagarse. Yo no empleo ni a peones ni a esclavos. Un hombre, al igual que su amo, debe vivir y tiene que buscar la manera de hacerlo. Tuve un encargado que trabajó conmigo cerca de dieciocho años y es propietario de una tienda en Suchiapa. Otro que trabajó quince años conmigo, tiene un buen ranchito en Alcalá. Eran muchachos que sabían trabajar, no bebían y ahorraban sus centavos. A mí me gusta que mis muchachos prosperen y no que trabajen para otros toda la vida. Anastasio, el propietario de la tienda en Suchiapa, me compra todas sus mercancías a crédito y siempre paga puntualmente. A los muchachos que han trabajado conmigo y que han sido fieles y cumplidos, nunca les falta mi ayuda y mi consejo por el resto de sus vidas. Yo no olvido jamás a ninguno de mis hombres.

Lo que don Laureano decía era verdad, no exageraba ni una sílaba. Cuando los hombres ya eran viejos y no podían ser empleados como carreteros —porque la vida de carretero es dura, como Andrés pudo comprobar pronto—, don Laureano los ayudaba a establecerse por su cuenta con algún pequeño negocio. Así se convertían

en sus mejores clientes y a la vez actuaban como subagentes en los distritos en los que se establecían. Además, le servían bien dándole informes sobre las actividades de otros traficantes y sobre el establecimiento de nuevos propietarios, haciéndole saber qué maquinaria o mercancías le sería fácil vender. Él no era ningún tonto organizando y conectando su negocio.

—Como te decía, Andrés, nadie trabaja de balde para mí. Respecto a tu salario, esto es lo que yo propongo: te daré un real y dos tercios por día, lo que en junto hace seis pesos al mes. Eso es un buen salario.

—Muchas gracias, patrón.

A Andrés le parecía realmente un buen salario, porque hasta entonces no había disfrutado de ninguno, y seis pesos son una suma crecida para quien, como él, tiene tan pequeñas exigencias.

—Pero primero tienes que pagar una deuda, Andrés.

—¿Qué deuda, patrón? —preguntó Andrés—. Nada he comprado.

—Es verdad, muchacho, nada has comprado. Pero debo decirte que don Leonardo perdió veinticinco pesos jugando naipes conmigo y naturalmente tú tienes que pagarlos.

—Sí, señor.

—Esto es… Déjame ver… —don Laureano calculó en voz alta—. Sí, veinte centavos; en cada peso hay cinco veces veinte y en veinticinco pesos hay ciento veinticinco. Así es que son ciento veinticinco días. Tendrás que trabajar ciento veinticinco días antes de que yo empiece a pagarte en efectivo. Pero yo no soy un tirano; si necesitas algo, me lo dices y yo te adelantaré tres o cuatro pesos, que descontaré más tarde de tus salarios.

—Sí, señor.

—¿Entiendes, Andrés?

—Sí, señor.

—Entonces, trato hecho.

—Sí, señor.

—Por supuesto que tendrás tus alimentos. Para el camino tendrás tu ración: frijoles, sal, azúcar, café, arroz, pescado seco, carne seca y de vez en cuando una latita de sardinas, y llevarás dinero para comprar tus tortillas. Jamás alguno de mis carreteros ha tenido hambre. Y si no gastas tu dinero bebiendo tequila y comiteco, podrás ahorrar y llegar a establecerte por tu cuenta.

—Sí, señor.

—Comprenderás, desde luego, que no podrás dejar el trabajo hasta que no hayas saldado tu adeudo de veinticinco pesos. Y si te pago algún dinero como adelanto de tus salarios, también ello será una deuda que deberás pagar antes de que busques un nuevo patrón o de que se te ocurra irte a Guatemala. Los muchachos que se han ido a Guatemala la han pasado bastante mal. No vayas a creer a los muchachos de Arriaga cuando te digan que en las plantaciones de Guatemala se gana mucho dinero. Ésas

son nada más que mentiras de esos sinvergüenzas de Arriaga, Tonalá y Tapachula. Sigue por el buen camino, sirve bien a tu amo y no tendrás de qué quejarte, Andrés. Aquí estás en tu patria, en tu propio país, entre tus gentes y nunca morirás de hambre; esto es lo mejor y más seguro de la vida. Pero yo estoy convencido de que tú serás un carretero bueno y leal.

—Lo procuraré, patrón.

—Así lo espero, Andrés; como carretero tienes una gran responsabilidad. Si alguna de las mercancías transportadas en tu carreta se pierden, ya sea por robo, portille se quemen o bien porque rueden a un precipicio, naturalmente tendrás que reponerlas, se te descontará su valor de tus salarios. Adquirirás una deuda. Pero si tienes buen cuidado, nada de eso ocurrirá.

—Ya tendré buen cuidado, patrón, de que las mercancías no se pierdan.

—Estoy seguro de que así lo harás, Andrés; ya sé que se puede confiar en ti.

Caminaron un poco más. Entonces don Laureano dijo, tirando el resto del puro que venía fumando:

—Bueno, ahora, muchacho, tendremos que darnos prisa si queremos llegar.

V

Balanceándose y rechinando, las caravanas de carretas recorrían penosamente los veinte kilómetros que hay de Socton a El Calvario, atravesando el cerro de Chiapa.

Cerro de Chiapa es el punto más elevado de la sierra, de esa cadena de montañas rocallosas y llenas de precipicios que se tienden de Socton a Niba, dividiendo la región tropical de las bajas tierras de Tulum de las frías alturas de Mesa de Jovel.

Ese alto pasaje, llamado El Calvario, corresponde exactamente a su excelente nombre católico, ya que constituye en todos sentidos un positivo calvario para el viajero de todas clases, tanto para el que viaja a pie como para el que lo hace a caballo o en mula, y su paso es penosísimo para los cargadores que transportan grandes bultos de mercancía o que llevan sobre sus espaldas una litera de mimbre en la que cargan a alguna mujer u hombre impedidos, constituyendo muchas veces un peso de 130 a 150 kilos. Y no menos pesado resulta para los carreteros y los arrieros que tienen que cruzarlo con su carga. Éstos se mostraban menos estoicos que los cargadores indios, que trepaban silenciosa e infatigablemente con paso ligero.

Una hora después de que el pequeño pueblo de Socton, anidado placenteramente en la umbrosa verdura de las palmas y los platanares, quedaba atrás, empezaban a jurar.

Mientras más empinado y difícil se hacía el camino, más violentos eran sus juramentos. Los carreteros y los arrieros, cuando hacían el camino, maldecían mencionando su alma y hasta la de su madre, renegaban de quienes los habían engendrado y del día en que habían nacido, sin olvidar de maldecir el día en que se habían hecho carreteros. Maldecían a voz en cuello de Dios, de la Virgen Santísima y metían en el asunto a todos los santos del cielo y a los moradores del infierno. En cuanto divisaban algún escabroso recodo del camino, ofrecían su alma y la de sus chamacos al diablo si lograban salir bien del paso sin una rueda o un eje roto o sin que algún buey resbalara por la pendiente o una mula cargada volara al precipicio.

En la cima de ese calvario montañoso se hallaba enclavada una gran cruz de madera estropeada por las lluvias y el viento, en cuya base se veían amontonadas ramas y flores secas. Tan pronto como los carreteros y arrieros llegaban a la cruz se quitaban los grandes sombreros de petate estropeados por la intemperie, hacían tres reverencias y se persignaban. Con ello eran nuevamente recibidos en la corte de los buenos creyentes y el demonio perdía el poder sobre ellos y sus almas, porque Dios y la Santísima Virgen están prontos a perdonar a los pecadores que retornan arrepentidos con cantos, alabanzas y ceras benditas, en tanto que Él, creador de montañas, precipicios, ríos, pantanos y lagos, se hace responsable de cuanto ocurra o sea hecho debido a sus creaciones. Los hombres tenían que pasar, ya fuera Dios, la Virgen o el diablo quien los ayudara en su tribulación; el caso era que llegaran con sus carretas, sus bestias cargadas y sus mercancías intactas.

Sus penalidades no terminaban cuando llegaban a la cruz, cuando se paraban

frente a la cruz que ofrecía alivio a todos los hombres. Las cosas no son tan sencillas en tierras como ésa; si lo fueran, los hombres pronto engrosarían, y con persignarse todo quedaría arreglado. Pero la vida no cuesta tan poco en este valle de lágrimas.

Para muchos viajeros, particularmente para aquellos que viajan solos o en parejas, acompañados por uno o dos muchachos que los ayudan, las verdaderas tribulaciones empiezan después de llegados a ese punto.

El Calvario tiene dos escollos; cuando el primero se ha salvado en medio de un torrente de juramentos, imprecaciones, lamentaciones, gruñidos y sudor, queda el segundo por resolver. Y la solución del segundo escollo, frecuentemente empieza o termina con la veloz y no misericordiosa muerte de los viajeros. Por eso muchos de ellos que no estaban absolutamente seguros de poder dejar tras de sí la cruz sin injuriarla después, eran más parcos en sus juramentos que los carreteros y los arrieros, cuya robusta naturaleza los llevaba menos a menudo a pensar en el otro mundo, ya que en éste tenían de sobra que hacer. Pero la muerte de los viajeros, cuando llegaba, era tan repentina generalmente, que no tenían tiempo de persignarse y asegurarse una vida confortable en el más allá.

El paso era notorio y temido gracias a los bandidos que se agazapaban allí en espera de viajeros y caravanas. Estos bandidos eran hábiles hombres de negocios que conocían bien su oficio y lo desempeñaban con sentido y discreción. En donde los gobernadores, generales, jefes, diputados, alcaldes y empleados públicos se roban siempre que tienen ocasión las tierras y todo lo que a otros pertenece, a menudo no queda nada para los cientos de ladrones alejados de las dependencias del Estado, quienes se ven obligados a buscar su oportunidad.

A los robos cometidos por los servidores del Estado se les llama corrupción. Cuando un particular roba es bandidaje. Pero es difícil encontrar bandidos en donde los políticos no roban; tan pronto como los robos cesan arriba, mueren en una semana los bandidos que se hallan en la base.

Los bandidos del monte de El Calvario no siempre estaban en acecho; sus mujeres no habrían sabido esperarlos pacientemente, porque una mujer requiere de su marido algo más que el pan de cada día y algún trapo de vez en cuando. Además, no podían vivir solo del bandidaje; tenían reputaciones que cuidar. Todos poseían grandes o pequeños ranchos, a los que dedicaban la mayor parte de su tiempo: en primer lugar, para seguir siendo ciudadanos honrados; en segundo lugar, para desviar sospechas innecesarias, y, después, para asegurar un porvenir a sus hijos, de quienes pensaban hacer buenos ciudadanos.

Por todas estas razones, ellos no salían todos los días a caza de botines. Por otra parte, ello hubiera asustado a los viajeros, quienes habrían evitado a toda costa aquel paso o se hubieran reunido en grandes caravanas, echándoles a perder su juego. Además, el gobierno habría establecido un fuerte militar allí y el negocio habría

concluido. Por ello transcurrían semanas y hasta meses en los que no se registraba un solo robo, y, de repente, durante tres días, todos los viajeros y las caravanas que cruzaban por allí eran robados, ocurriendo a veces también que solo dos o tres viajeros fueran asaltados y una pequeña caravana de mulas cargadas saqueada, sin que el resto de los viajeros que pasaban aquel día o aquella semana fueran molestados.

Era justamente esa irregularidad de los bandidos en sus ataques lo que hacía que aquel camino infundiera terror. Aquello era jugar un albur. Nadie podía asegurar de antemano si podría pasar sin peligro de perder su dinero o su vida. Nadie podía estar seguro de transportar de un lugar a otro el dinero necesario para comerciar o valores de cualquier clase. Aun sin llevar dinero y valores podía uno ser asaltado y muerto. Solo podían salvarse las mulas y los caballos marcados en diversas partes del cuerpo, y las monturas, a las que se les hacían un sinfín de señales, con cuya ayuda habrían podido identificar a los bandidos.

Desde luego que los viajeros podrían haber cruzado el pasaje en grandes grupos, pero esto no resultaba tan fácil como si se tratara de un batallón de soldados obedientes a la voz de mando.

El día de partida señalado por un grupo de viajeros podía resultar inconveniente para otro, porque resultaba que uno tenía un niño enfermo, otro a su mujer en cama, un tercero había comprado una casa y necesitaba ir a verla, otro estaba enfermo del estómago y un quinto había llegado a la conclusión, durante la noche, de que no tenía urgencia de hacer el viaje. El primer grupo de cinco se desintegraba; del otro grupo de cinco, uno tenía que atender a un citatorio, a otro se le quemaba su casa en la mañana, y de ese modo sólo tres quedaban, o dos, quienes tenían urgente necesidad de hacer el viaje, pues sus negocios los requerían en Tulum o Arriaga en día preciso. Así salían dos solamente, confiando en su suerte y en las bendiciones de la Iglesia, en las oraciones de todos sus parientes y en el buen revólver de que se acompañaban. Y dos días o dos semanas más tarde eran encontrados en el fondo de un precipicio, después de haber sido tiroteados o lanzados vivos a él. Algunos de los bandidos, inocentes, industriosos y simples paisanos a quienes nada podía reprochárseles, ayudaban en la búsqueda y vituperaban al gobierno, condenando la irreligiosidad de los bandidos, escoria del país que no cree en la verdad de una recompensa en el más allá.

Quienquiera que haya sido el responsable de la creación del paso de El Calvario, ya sea un terremoto o el mismo Dios que está en los cielos o bajo la costra de la tierra; quienquiera que haya sido o cualquier cosa a la que se haya debido, no fueron mezquinos, porque el autor, fenómeno o divinidad, hizo una de las maravillas de la naturaleza.

El camino trepa sobre más o menos cincuenta riscos en forma de horqueta, para

llegar a la cima rocosa. Tal vez sean ochenta o ciento veinte, ¡quién sabe!, nadie los ha contado. Y quien empieza a hacerlo, pronto pierde la cuenta, porque en esos momentos tiene que concentrar su mente en cosas más importantes que las observaciones topográficas. La subida comienza después de dejar Socton. La última iglesia del pueblo se halla ya tan alta, que aquellos devotos cortos de aliento no pueden subir.

Las calles del pueblo están empedradas como se usaba hace doscientos cincuenta años. Pero tan luego como se deja atrás la última calle, empiezan los tormentos, que no cesan sino cien kilómetros después, cuando se llega al siguiente pueblo con calles empedradas.

Dejando la planicie tropical, en la que todas las calles y las plazas se hallan festoneadas de altas palmeras; en donde los campos, los jardines y las grandes haciendas ofrecen vegetación lujuriosa, sus flores, plantas, malezas y árboles de la zona tórrida, el camino asciende a las frías alturas de la sierra, en donde las coníferas crecen tan altas y erguidas como en el norte de Ohio. Por una parte, el peligro de los abismos y los precipicios aumenta a cada paso que se sube; por otra, casi durante todo el camino, se divisan las escarpas de la sierra, cuya apariencia varía de acuerdo con las diversas plantas y yerbas espinosas que la van cubriendo. Una vez alcanzada la cima, se extiende a nuestros pies toda la planicie tropical. Lejos, entre el reflejo verde azuloso del horizonte, se levanta la larga cadena de montañas que forman el otro brazo de la sierra, cuyos altos picos tocan las nubes. Como inmenso tapete tejido de plata, sin arabescos, sin dibujos de ninguna especie, se tiende el río Grijalva, aparentemente inmóvil, cruzando la borrosa extensión.

La ironía de esto es que justamente en este sitio, en que el hombre puede olvidarse de sí mismo en la contemplación de la exuberante naturaleza, se encuentran agazapados los bandidos con sus revólveres, sus rifles y sus cuchillos, porque precisamente en esos lugares los viajeros y las caravanas no pueden ni parapetarse ni dar la vuelta y huir. A la izquierda está el precipicio de doscientos o trescientos metros de profundidad; a la derecha, la escarpa de la montaña, tan empinada y abrupta, cubierta por una capa tan densa de espinos del largo de un dedo, que ni una cabra podría intentar escapar por allí.

Es fácil comprender por qué muchos viajeros llaman al paso «Ayúdame, Purísima». Pero como los bandidos son también buenos católicos y también invocan a la Purísima para que les proporcione un buen botín en el día, cada parte puede contar con un cincuenta por ciento de probabilidades de éxito.

Conocedores de los incontables peligros del camino, los carreteros tenían por costumbre esperar en un campamento de los alrededores de Socton, hasta que se juntaban bastantes carretas para formar una caravana numerosa.

Los bandidos pueden detener por algún tiempo una larga caravana de carretas,

pero no podrán atacarla y saquearla con éxito. Tan pronto como ellos caen sobre la primera carreta y un solo tiro es disparado —o hasta un grito lanzado por los carreteros atacados—, la caravana se estrecha, los carreteros se parapetan tras las carretas y avanzan con sus armas de fuego, machetes, hondas, piedras y todo aquello de que pueden echar mano. Y entonces los bandidos tendrán pocas esperanzas de escapar, a menos que corran oportunamente. Si atacan la última carreta de la caravana, ocurrirá lo mismo, solo con un cambio de frente. Ha sucedido algunas veces que cuando los bandidos se enteran de que una caravana va cargada con dinero, la atacan por el frente y por la retaguardia. En medio del aturdimiento que esto produce, ellos logran lanzar algunas carretas al abismo, cortando rápidamente las amarras de los bueyes y saqueando algunas de las carretas, cuyo contenido tiran a un precipicio en el que se hallan apostados algunos de sus hombres, quienes se llevan a toda prisa el botín a lugar seguro. Pero la cosa se pone dura para los bandidos que pelean arriba, pues no siempre les es fácil escapar y poner a salvo el pellejo, ya que muchos de ellos resultan heridos y algunos faltos de ciertas porciones de su anatomía, y tienen que dejar la pelea sin haberse posesionado de la carreta que conduce el dinero y sin haber podido echarle un vistazo siquiera.

Si la carga de las carretas consiste en mercancías de poco valor para ellos, tales como sal, libros, botellas o materiales de los que les sería difícil salir, como refacciones de máquinas, hojas de lata y varillas de hierro, entonces las carretas podían partir en pequeñas caravanas formadas por cinco o seis. Los carreteros llevaban poco dinero consigo, tal vez sesenta o setenta centavos, y sabían bien cómo esconderlo de modo que ningún bandido pudiera encontrarlo jamás.

Cuando transportaban mercancías valiosas, tales como sedas, relojes, trajes, vinos, licores, revólveres, rifles de caza y municiones, solo partían en grandes caravanas formadas por cuarenta o sesenta carretas.

Pero esas caravanas, si bien proporcionaban una buena protección en contra de los bandidos, presentaban muchas desventajas. Hacían el camino más despacio, resultando el flete más caro, porque cada día que pasaba había que calcular el alimento de los bueyes y el salario de los hombres, y tomar en cuenta también que un día de retardo podía significar la pérdida del mercado pura las mercancías. Una caravana larga también acrecentaba la dificultad de obtener alimento para los bueyes, y ocurría, más a menudo que en las pequeñas, que los ejes se rompieran y toda la caravana tuviera que detenerse mientras se hacían las reparaciones necesarias.

Por ello los carreteros viajaban en grandes caravanas solo cuando había mercancías que proteger.

Las carretas de dos grandes ruedas eran de construcción pesada y resistente. Las ruedas eran muy altas, debido a que tenían que cruzar ríos y pantanos. El cuerpo de la carreta era angosto, medía cerca de dos veces lo que tenía de ancho y estaba

protegido por una franja de aros. En una hilera de veinte carretas habría escasamente dos que tuvieran la franja de protección hecha del mismo material. Unas eran de lona gruesa; otras de hojas de palma; otras de piel de antílope, tigre o león; otras de remiendos de calzones y camisas de manta y pedazos de sarape. A veces se veía un techo tejido de otates y otro de pieles de cabra y oveja bien curtidas. Eran tiradas por bueyes, bestias grandes de largos cuernos; muchas de ellas se veían tan grandes y poderosas que parecían elefantes disfrazados. No llevaban el yugo al cuello, sino atado sobre las potentes frentes.

Los dos bueyes que hacían el par eran colocados uno al lado del otro; se les ponía el pesado yugo sobre la cabeza, detrás de los cuernos. Era éste tan pesado que se necesitaba un hombre fuerte para levantarlo. Cuando el yugo se hallaba en la posición requerida y los bueyes a la distancia necesaria uno del otro, se les ataba a los cuernos con tiras de cuero; en algunas ocasiones los animales tenían los cuernos perforados y de ese modo las correas quedaban mejor sujetas. Una vez que el yugo era atado a los cuernos, se ataba a la lanza de la carreta. Así el movimiento de uno necesitaba corresponder al movimiento del otro. Los bueyes nada podían hacer cuando estaban en movimiento para defenderse el delantero de los piquetes de los tábanos y de otros insectos que por cientos volaban alrededor de las carretas. No podían lamerse, ni siquiera agitarse. Tenían que soportar lo que Dios, creador de esos insectos, les mandara. Y así, en los días en que la lluvia amenazaba o que por cualquier motivo los insectos se hallaban más rabiosos y sedientos de sangre, los bueyes se cubrían totalmente de sangre, que les goteaba incesantemente, resbalándoles por la piel.

Con sus grandes ojos protuberantes e inexpresivos fijos en el camino que se extendía ante ellos, iban moviéndose despacio, paso a paso, tirando de la carreta tras de sí. Su andar era en extremo lento, pero su movimiento era regular como el de una máquina.

Se les urgía, no golpeándolos con un látigo, sino espoleándolos con un aguijón largo hecho de madera dura aguzada en la punta; algunos tenían adosado un clavo. Cuando el carretero necesitaba que apretaran el paso, les aguijoneaba las ancas, cosa que no podían hacer los insectos en aquel lugar, porque los bueyes los ahuyentaban con la cola, pero el carretero se encargaba de hacerlo. Cuando el camino era duro y las bestias estaban fatigadas y hambrientas para caminar tan de prisa como los carreteros deseaban, éstos las aguijoneaban en forma tal, que pronto sus ancas quedaban cubiertas de sangre. También los carreteros, a su turno, eran aguijoneados y tenían que sufrir las imprecaciones y amenazas de sus amos si se retardaban en el camino. Así, los bueyes tenían la satisfacción de saber que el mundo estaba ordenado y sistematizado y que Dios era justo y permitía el desquite.

Durante las estaciones secas, el camino estaba cubierto por una espesa capa de polvo fino y calizo, que quemaba los ojos y las mucosas de la nariz y la boca como veneno corrosivo. En tiempo de lluvias el camino se cubría de una capa de treinta centímetros de barro, que se adhería tenazmente a las ruedas de las carretas y a las

patas de los bueyes. Pero ya fuera en tiempo seco, cuando el camino se hallaba cubierto constantemente por una espesa capa de polvo, o en tiempo de lluvias, cuando lo cubría una costra de barro, el camino, con sus miles de agujeros y de baches, con sus millones de piedras y trozos de roca, con las gruesas raíces de árboles tropicales y semitropicales yaciendo en cascadas, con zanjas que lo ladean estrechándolo, trozos de peñas que se precipitan desde la altura y troncos de árbol cuyas raíces se han podrido o han sido arrastrados por las lluvias, era siempre un martirio para el que no había alivio.

No había misericordia ni piedad, ni para los hombres ni para las bestias. No había tregua en la lluvia de sufrimientos que descendían sobre el carretero y sus bueyes. En Suchiapa, Tulum, Socton, Niba, Jovel, Balún Canán, Sapalut y muchos otros grandes y pequeños lugares vivían miles de gentes que deseaban sal, ropas, calzado, mandolinas, baúles, licores, relojes, máquinas de escribir, fonógrafos, jarras de porcelana, seda, camisas, arracadas, cámaras fotográficas, sombreros de fieltro, cerillos, canela, aspirina, pinturas de aceite, madejas de hilaza, botellas de cerveza, lápices, navajas de rasurar, anteojos, tornillos, calendarios, botones y un sinfín de cosas más. Sin medios de transporte no hay civilización.

La caravana se arrastraba camino de El Calvario, produciendo una sinfonía que ningún compositor podría lograr. Porque discordantes como eran los diferentes sonidos, producían combinados una maravillosa armonía.

El pateo de los bueyes, el rechinar de las ruedas, el crujir del eje, el chirriar de las correas de cuero, los sonidos producidos al chocar de las mercancías mal empacadas; por el roce de los aros, por los saltos sobre las piedras, por el resbalar de una rueda, por el zozobrar de la carreta al sumirse en algún charco, por el choque de éstas contra alguna gruesa raíz; por los gritos, imprecaciones y riñas de los carreteros, jurando y urgiendo a las bestias: en tanto que uno silbaba algún son, otro cantaba una canción y un tercero canturreaba en voz baja. De pronto una carreta se atasca en un agujero y no puede seguir. Los hombres de las carretas que la preceden y la siguen corren a prestar su ayuda y gritando sin cesar levantan la carreta y la sacan. Entonces la marcha se reanuda. A los lados del camino, entre el zacate y la maleza, los saltamontes y los grillos emiten su agudo chillido, algunos pájaros cantan, las abejas zumban en el aire, las mariposas revolotean, siguiendo a la caravana, en espera de la húmeda boñiga de los bueyes.

La caravana va envuelta en un sudario de polvo. Cuando el viento la golpea en alguna vuelta del camino, las nubes de polvo son tan densas que el carretero difícilmente puede ver la carreta que lleva delante.

Los carreteros llevan los párpados cubiertos por una espesa capa de polvo. Parecen haber sido revolcados en harina. Sobre la cara se les forma una máscara de polvo y sudor.

Si se mira hacia abajo desde lo alto del paso, desde donde se dominan muchas porciones del camino, se tiene la impresión de que un enorme, fabuloso gusano se arrastra por él. Cada carreta parece un anillo del cuerpo. Y la impresión de que se trata de un enorme gusano se acentúa porque las carretas se balancean de un lado a otro, y desde la altura no es posible precisar su forma. La distancia y las oleadas de aire caliente que se tienden sobre la tierra como un velo blanco y ondulante, nos inducen a considerar como reales imágenes que desaparecen ante el razonamiento sobrio. Pero el hombre que asciende en medio de la opresión del sol tropical, envuelto en nubes de polvo, sin un instante para olvidar las durezas y peligros del camino, aun cuando sea normal y de mente despejada, no puede juzgar las cosas sobriamente y verlas como en realidad son.

La caravana ha hecho el ascenso. Emerge de la última garganta, de entre los abruptos riscos, y alcanza la amplia planicie de El Calvario.

Había tres ranchos en esa planicie; el mayor de ellos, El Calvario, parecía un pueblecito con sus numerosos jacales habitados por peones. Otro más pequeño, situado a un lado de la planicie, causaba una impresión de limpieza e invitaba al idilio con sus blancas paredes y los pilares de su pórtico. Generalmente allí se hospedaban los viajeros que hacían el recorrido a caballo, pues se hallaban justamente en el camino de Tulum a Jovel. Los viajeros que salían de Jovel trataban siempre de llegar hasta ese rancho, porque el camino de allí a Tulum les parecía más corto que cuando tenían que emprenderlo después de pasar la noche en el pequeño pueblo de Niba.

La planicie se hallaba cubierta todo el año de buen pasto. Cuando la estación seca finalizaba, el pasto se hallaba ciertamente escaso de elementos nutritivos. Pero los pobres bueyes sobretrabajados, las mulas y los caballos, olvidaban rápidamente sus exigencias sobre el particular y se mostraban encantados de haber llegado por fin a un sitio de descanso. La vista de la acogedora extensión cubierta de pasto, por fino y pobre que fuera, regocijaba a los animales, que relinchaban gustosos. Particularmente los bueyes, acostumbrados durante toda su vida a hacer alto allí, no se dejaban conducir un kilómetro más allá ni por el más experto de los carreteros. El tramo de Socton a la planicie es el más largo del viaje de Arriaga a Balún Canán, porque en todo el camino no hay un solo sitio en el que las carretas puedan hacer un alto. El trayecto que hay que seguir es muy angosto, no hay forraje, el agua se encuentra en pequeñísimas cantidades, y los carreteros necesitan tanta agua quizá como sus bestias. La planicie se encuentra circundada de un lado por empinados riscos y montañas, y de otro por espinosa maleza tropical.

Una vez que se hallan en el elevado campo, los carreteros desearían tirarse y dormir en el sitio en que cayeran. Llegan rendidos, el esfuerzo los agota hasta el límite. Pero aún tienen trabajo por delante. Alinean todas las carretas, unas al lado de las otras. Los carreteros, como todos los indios, tienen un innato sentido de la belleza.

Ningún regimiento de artillería podría rodar sus cañones hasta ponerlos en línea en forma tan bella y con la precisión militar que los carreteros emplean para alinear sus carretas. Entre gritos y órdenes, imprecando y empujando, las carretas son colocadas en línea. Entonces se liberta a los bueyes del yugo. Las carretas son siempre colocadas en fila, pero ocurre muchas veces que los carreteros, rendidos de cansancio, se olvidan de desuncir a los bueyes. Las bestias permanecen atadas al yugo, soportando su peso tras de los cuernos, unidos por parejas. En el lugar que uno elija para pastar, tendrá que hacerlo el otro. Escasamente pueden volver la cabeza de un lado para otro, y si uno de ellos la mueve hacia la derecha, el otro tendrá que seguirle. Existe otra razón por la cual los bueyes permanecen uncidos en determinados altos, a pesar del sufrimiento atroz que ello les causa.

Cuando los bueyes pastan solos se dispersan, alejándose en busca de mejor pastura. Muchas veces se alejan hasta cinco kilómetros del campo. Entonces los carreteros tienen que ir a buscarlos, y hasta suelen verse obligados a sacarlos de entre la maleza, en la que se internan para buscar las hojas de ciertos arbustos de su preferencia. La búsqueda puede representar para los carreteros medio día o hasta un día. Puede ocurrir que todos los carreteros de una caravana tengan que darse a buscar a un par de bueyes y hasta a uno solo.

Ello resulta malo durante el día, pero peor aún durante la noche, cuando los hombres tienen que arrastrarse por entre la maleza y a través de la selva con linternas y antorchas de ocote para lograr encontrar a los animales extraviados. Los carreteros son muy hábiles para encontrar a los bueyes perdidos. Van leyendo su paso en cada rama rota, en cada yerba aplastada, en cada brecha abierta, mejor de lo que podrían hacerlo en un libro. Saben inmediatamente cuándo la huella de una pezuña es de un día o de dos semanas y si corresponde a algún animal de los que pastan libres, pertenecientes a las comarcas cercanas, o a alguno de los suyos. Sin embargo, ocurre a menudo que los bueyes se pierden durante toda una semana, ya sea porque tengan patas ligeras y huyan al rancho del que han sido sacados, o bien porque se unan a algún rebaño y se vayan con él al rancho al que pertenezca.

El tiempo perdido en la persecución del ganado extraviado tiene que reponerse en cualquier forma. Si ocurre a menudo que se retrasen con su carga, tendrán que oír a su amo o tal vez sufrirán algún severo castigo. A partir de entonces serían juzgados como malos carreteros y les será difícil encontrar otro trabajo.

No se debe formular tan rápidamente una acusación contra el carretero por su crueldad con los animales, si alguna vez dejan a los bueyes uncidos. Los bueyes uncidos no pueden alejarse mucho. El pesado yugo colocado a través de su cuello suele retenerlos entre los árboles. Sin embargo, el carretero no puede arriesgarse a dejar sus bueyes uncidos en todos los altos, porque no pueden alimentarse tan bien como cuando se hallan libres. Si están hambrientos, sus condiciones son malas y no les es posible tirar convenientemente y tal vez hasta sea necesario dejarlos en mitad del camino.

No resulta práctico llevar forraje en las carretas y alimentar a los animales en las paradas. Son bestias grandes y necesitan mucho forraje para estar en condiciones de trabajar, y si la carreta es cargada con forraje no queda sitio para la carga. El maíz que debe llevarse para los animales, pues no es posible comprarlo en cualquier parte a lo largo del camino, ocupa bastante lugar y aumenta considerablemente el peso.

Por mucho que un buen carretero se dé a pensar en la forma de hacer justicia a su amo, a sus bestias y a los comerciantes que requieran las mercancías para fecha precisa, se encuentra a cada vuelta del camino con circunstancias más poderosas que él y sus mejores intenciones.

Cientos de miles de animales, millones de hombres, deben sufrir hasta el límite y más allá, a fin de que la civilización exista y sea llevada al rincón más remoto de la tierra en donde un ser humano se halle.

VI

Las carretas se hallaban correctamente colocadas en línea. Los bueyes fueron desuncidos y tan pronto como se vieron libres buscaron un lugar para echarse. Estaban demasiado cansados para pastar. Los carreteros se acomodaron y empezaron a preparar su sencillo alimento. Cada hombre se reunía a su grupo.

Durante la marcha, las carretas ocupaban el lugar que les tocaba. Pero en las horas de descanso, los carreteros que trabajaban para un mismo patrón se reunían.

Los carreteros de don Laureano formaron un grupo. Los de don Nicasio, otro, y así los demás, para poderse repartir las raciones que sus amos les daban para que se alimentaran en el camino.

De cada grupo, un hombre corría a traer agua del arroyo en un bote de petróleo. Otros se internaban en la maleza para juntar leña. Otros arreglaban las hogueras y colocaban las ollas sobre el fuego.

La noche estaba muy avanzada. Había sido una jornada pesada como nunca.

Pronto ardieron las hogueras vivamente en todos los campamentos. Al lado del fuego y sobre éste se veían asadores, rápida pero hábilmente hechos, de los que pendían toda clase de ollas y cazuelas de las que se servían para cocinar.

Los hombres cocinaban frijoles negros en cantidad suficiente para la cena y el desayuno, pues tardan bastante en cocerse. Guisaban arroz y calentaban sus tortillas. En todas partes calentaban café, la bebida indispensable para quienes viajan por los caminos de México. Si el café era escaso, algunas veces empleaban pinole, y en caso de que no hubiera pinole, hacían té de hojas de zacate limón que cortaban por el camino.

Los frijoles se cocían y después eran guisados con manteca, la que se llevaba en botellas, pues con el calor de aquel clima se derretía inmediatamente.

Se calentaba manteca en una cacerola, y cuando estaba hirviendo se echaban en ella los granos de arroz, que se movían de un lado a otro hasta que tomaban color de canela; entonces, poco a poco, se le iba añadiendo agua; de haberlo hecho rápidamente, se habrían producido grandes llamas que terminarían quemando todo el arroz.

También el café se hacía al estilo mexicano. Se llenaba con agua un bote de forma cónica, a la que se añadían un puñado de café molido y un buen trozo de piloncillo, y se le dejaba hervir hasta que se convertía en un líquido espeso. No se colaba, los granos del café se bebían junto con el líquido.

Alguno de los carreteros podía coger un conejo, un armadillo, matar algún pavo salvaje o sacar del agujero de un árbol, con ayuda de su perro, un tepeizquintli.

Los perros se sentaban alrededor de las hogueras, en espera de los huesos y las sobras. Todos los carreteros tienen su perro. Un carretero no puede prescindir de su perro, como no pueden prescindir de la camisa y el calzón los yanquis.

Tenían muchas oportunidades para coger en el camino gallos, pollos y gallinas

para adicionarlos a sus comidas, pero los carreteros nunca robaban a los rancheros y menos aún a los pobres campesinos indígenas.

Muchas mujeres acompañaban a la caravana en aquella ocasión. Algunas viajaban solas, otras en compañía de sus niños o de sus criadas. Algunas se dirigían a Jovel, otras a Balún Canán, y algunas más hasta pueblos de Tabasco. Todas eran mujeres pobres, cuyos maridos no podían costearles un viaje a caballo. Aun cuando el marido tuviera uno o dos caballos, habría tenido o bien que acompañar a su esposa, lo que hubiera significado que sacrificara su tiempo dejando sus negocios en manos ajenas, o bien contratar a algunos hombres de confianza que la acompañaran, lo que hubiera resultado costoso; en tanto que si las mujeres viajaban con una caravana, tenían que pagar solo un peso y hasta cincuenta centavos por su asiento en la carreta. Y como siempre viajaban algunas otras mujeres, ellas no se sentían sin protección como si hubieran viajado solo con los hombres contratados para que las acompañaran en su viaje a caballo.

Algunas veces ocurría que en una pequeña caravana de carretas viajaba una mujer sola o cuando más acompañada de una criada. Pero nunca un carretero la molestaba ni de día ni de noche, a menos que ella diera lugar a ello, por estar privada, debido a la ausencia de su marido, de ciertas atenciones y que ellas le fueran tan necesarias como el alimento y la bebida. Eso podía ocurrir cuando la mayoría de las mujeres eran indígenas o tenían más sangre indígena que europea en sus venas y pertenecían a la misma clase de los carreteros. Como un viaje duraba tres o cuatro semanas, difícilmente podía culparse a una mujer de no ser de palo o de tener sangre ardiente en sus venas en vez de atole. La culpa caería siempre sobre su marido. ¿Por qué la dejó sola? Un marido jamás debe sentirse seguro. Hasta la fecha nadie ha podido saber a cambio de qué servicio dio el demonio la manzana a Eva, presentándose con apariencia de serpiente. En aquella época no había ni brazaletes de oro, ni aretes de diamantes, ni cheques. Pero ella tomó lo que se podía, antes que quedar sin remuneración. Hay quienes se contentan con tres pesos si no les es posible conseguir cincuenta.

Muchos de los carreteros se hacían acompañar por sus mujeres. Un indio o un criollo no pueden permanecer mucho tiempo sin su mujer. Los carreteros que las llevaban consigo resultaban generalmente más eficientes que aquellos que no lo hacían. Si dejaban a sus mujeres en la casa, sentían algunas veces un deseo salvaje de ellas, y corrían a donde se hallaban, dejando la carreta sola en el camino o encargada a otro de los carreteros.

Las mujeres de los carreteros compartían con ellos la ración que se les daba para el viaje. Las raciones son abundantes, aunque consisten solo en frijoles negros, tortillas y arroz; alimentos de costo bajísimo en aquel país, en el que las patatas son tan escasas y caras que los carreteros no llegan a comerse dos en toda su vida. Hasta

los amos las usan con mucha economía en sus comidas. En la Europa Central y en la del Norte, la patata es el alimento básico del pueblo; en el Continente Americano, en donde se originó, es uno de los alimentos más caros.

Al patrón no le importa el número de personas con quienes el peón comparta su ración. Tampoco le importa si los carreteros llevan o no a su mujer consigo, y menos aún le importa a él o a cualquier otra persona que el carretero esté legalmente casado o no. La forma de vida que lleve en compañía de su mujer es asunto exclusivamente de su incumbencia.

Además, el patrón tiene sus razones para no escatimar los frijoles negros que la mujer del carretero se come. Ellas le prestarán su ayuda gratis, y aun cuando ésta no sea indispensable para hacer llegar oportunamente y en buenas condiciones unas caravanas de carretas, es múltiple y muy útil.

Ayudan a buscar y a coger bueyes extraviados; y si no ayudan en la búsqueda, quedan al cuidado de los bultos y de las carretas, permitiendo así que todos los hombres se dediquen a buscar los animales extraviados. Guisan para los hombres en tanto que éstos se ocupan en reparar algún daño en las carretas, y guisando, lavando y remendando las camisas y los calzones de sus maridos, queda a éstos un poco más de tiempo para dormir, trabajan mejor y no van dormitando por el camino. Y algunas veces, cuando hay un tramo fácil en el camino, ella toma las riendas mientras su marido descansa un rato dentro de la carreta.

¿Qué más puede pedir el patrón en cambio del puñado de frijoles negros que la mujer del carretero toma para sí de la ración de su marido?

No todos los carreteros tienen mujer. Ni la mitad de ellos llevan consigo a sus mujeres en los viajes. Muchas de ellas viven con sus padres o con algún hermano o hermana casada que habita en algún sitio del camino. Otras viven en la casa de los amos, quienes les dan un rincón para que vivan. Otras tienen un montón de chiquillos en el jacal que habitan, y la mujer necesita permanecer a su lado. A algunos los ha dejado su mujer; otras se han cansado del interminable tráfago por los malos caminos durante la noche y el día, bajo el calor tropical y las lluvias torrenciales; otras se hallan preñadas, y algunas otras permanecen al lado de sus padres o de sus suegros.

También hay carreteros que son malos maridos. Pronto se cansan de una esposa y la abandonan pacíficamente o después de maltratarla de palabra y de hecho. Otros son incorregibles cazadores de mujeres, que desean alguna ocasionalmente, y quienes, especialmente en el camino, no soportan a ninguna mujer cerca de ellos, y gozan cuando a alguno de sus compañeros casados se les arma un alboroto doméstico.

Los carreteros ciertamente carecen de tiempo para ir en busca de tesoros de un mundo ideal. Como el resto que suspira y gruñe bajo el yugo de la carne, deben contentarse con lo que es posible conseguir tratando de evitar las espinas de su rosal.

Lo único que saben a la perfección es que hay muchos cientos más de espinas que de rosas en un rosal. ¡Y qué espinas!

Además de las mujeres que tienen que emprender un viaje para ver al doctor, para visitar a sus parientes, o el demonio sabe por qué o para qué, y además de las mujeres de los carreteros, suelen encontrarse algunas que comercian y que compran sus mercancías en Arriaga o en Tonalá y que marchan a algunos sitios para realizarlas en los mercados o lugares en que se celebran fiestas.

Ninguna de estas mujeres comerciantes, ni de las otras que viajan con los carreteros, comparten las fogatas y los campamentos de éstos. Todas disponen de algún dinero y siempre hay ranchos cercanos a los lugares en que las caravanas suelen hacer alto, y es allá adonde ellas se dirigen.

Allí encuentran otras mujeres: esposas, hijas, madres, tías y otras más que forman la familia en México. Generalmente son conocidas, y aun parientes lejanas, y si no se conocen directamente, cuentan con amistades mutuas en el estado; así es que tienen tanto de qué murmurar, que generalmente no se acuestan sino hasta después de medianoche. Las mujeres que se hallan solitarias en los ranchos, siempre están ansiosas de escuchar chismes, de murmurar y de escandalizar de lo ocurrido en otros lugares.

Las viajeras comen en la mesa de los rancheros, generalmente sin que esto les cueste, pero si se ven obligadas a pagar, son solamente veinte o treinta centavos, más para guardar la forma que para proporcionar una ganancia.

Cuando se han cansado de murmurar, y el ranchero o más bien su esposa llega al final de la charla, y los ojos comienzan a cerrarse, se les, ofrece una cama o se tienden petates en el suelo, sobre los que se esparce una gruesa capa de ramas secas. Allí las viajeras tienden sus colchones. Si no hay ranchos o haciendas cercanas, las mujeres tendrán que contentarse con dormir dentro de la carreta, en algún sitio sobre los bultos. Ciertamente que esto es incómodo, pero ¿qué pueden hacer?

Las mujeres de los carreteros se hallan menos atadas a los hábitos domésticos y duermen en cualquier lugar. Están acostumbradas desde su niñez a una vida dura y pueden dormir en donde caigan sin importarles nada. Si es posible correr algunos bultos y dejar libre dentro algún lugarcito, duermen en la carreta. Si dentro de ellas no hay sitio o los bultos son duros e irregulares y no es posible arreglar una cama, duermen en el campo, bajo la carreta, al igual que sus maridos, y se encogen simplemente, recargándose contra una de las ruedas, o bien se tienden en el zacate. Pero en cualquier forma se las arreglan para envolverse en el mosquitero en aquellos lugares del camino en los que los insectos abundan.

Los carreteros ignoran el significado de la palabra incomodidad. Cuando tienen

consigo a sus mujeres, tratan de encontrar para ellas un buen lugar en donde puedan dormir cómodamente; pero tratándose de ellos, nunca piensan en detalles y solo pretenden descansar y dormir.

Están tan identificados con su trabajo, que una vez que se hallan durmiendo es necesario un torrente que los empape hasta los huesos para hacerlos despertar, y cuando despiertan se hallan tan cansados, que ni siquiera se mueven o tratan de arrastrarse bajo la carreta. Lo más que hacen es envolverse mejor en la cobija.

Desde luego que arrastrarse bajo la carreta no les serviría de mucho, porque un aguacero tropical pronto convierte todo el campo en lago, en el que flotan palos y pedazos de cuerda que han quedado esparcidos por allí.

Aun en medio de un torrente como ésos, el carretero jamás piensa en él. Se preocupa sólo por las mercancías que lleva a su cargo. Salta y corre bien los petates que sirven de cortinas a los lados de la carreta, para evitar que el agua se meta y dañe las mercancías. Aprieta la faja que pudo haberse aflojado durante los días de viaje y la asegura con tiras de trapo o lazos.

Los perros se ponen listos y se meten en las hendeduras secas que encuentran entre los bultos y las cajas.

El carretero no es un perro para encogerse entre las hendeduras; es un ser humano con alma, quien después de los trabajos y pesares de la vida terrestre emprenderá su viaje al paraíso. Es un ser humano que puede amar, llorar y reír. Es un ser humano nacido de una madre que lo ama y agoniza por el bienestar de su muchachito.

Era un ser humano como el patrón. Un ser humano igual que don Porfirio, presidente de su país, el gran estadista lleno de entorchados y medallas.

Pero el amo no podía dilapidar su dinero para proveer al carretero de una pequeña tienda impermeable y un catre de campaña, lo que, aun cuando el campo estuviera convertido en pantano, aseguraría al carretero un lugar seco en donde dormir. El transporte de mercancías no daba para eso; el patrón tenía otros gastos que hacer, que eran más importantes que tonterías de esa especie. Aun cuando don Porfirio, cuyo retrato enmarcado en dorado colgaba en el lugar de honor de la sala, dictaba tantas órdenes maravillosas, no existía entre todas ellas una sola que elevara al carretero a un nivel superior del de los bueyes uncidos a las carretas. Los bueyes podían descansar bajo la lluvia, en el campo convertido en lago; entonces, y en el nombre de todos los santos, ¿por qué habían las leyes de proteger a los carreteros? Un buey cuesta dinero. Un carretero no vale nada. Si lo desea puede irse tan pronto como entregue la carga en buenas condiciones. Hay muchos carreteros en busca de trabajo.

¿Por qué diablos ha de charlarse tanto acerca de los carreteros? Mucho mejor si duerme bajo la lluvia; así no se quedará dormido, cosa que podría ocurrir si se hallara cómodo. Bien podía levantarse a medianoche, uncir los bueyes y seguir su camino; eso representaría medio día ganado. El patrón adquiriría fama por su buen servicio de transporte, y ello ayudaría al comercio y contribuiría a la prosperidad del país.

Después de El Calvario y más adelante, en el interior del estado, no había por qué temer a los bandidos. Tal vez solo en las inmediaciones de Balún Canán podía haber algún ligero peligro. De vez en cuando se daba el caso de un asalto en el camino. Pero existían solamente tres o cuatro bandidos que parecían ser hermanos, y nunca atacaban más de dos o, cuando mucho, tres carretas. Las caravanas grandes podían discurrir sin peligro, pero quienes viajaban solos a caballo se veían amenazados; en todo el estado se sabía que tenían por costumbre asesinar a sus víctimas para evitar las posibilidades de ser descubiertos.

Como los ciento veinte kilómetros siguientes no ofrecían peligro, y como muchas de las carretas, más de las tres cuartas partes de la caravana, se dirigían solamente a Jovel o tal vez a Tsimajovel, la caravana se iba reduciendo hasta quedar solo ocho o diez carretas. Cada determinado número de ellas iba a cargo de un hombre, que era el responsable y decidía las fechas de marcha.

Las fogatas encendidas por los carreteros de una de las caravanas ardían aún a la una de la mañana. El encargado había observado que los bueyes se hallaban en buenas condiciones, y como las carretas no iban muy cargadas, pensaba llegar a Niba en la mañana temprano. Niba se hallaba a seis kilómetros del paso y tenía que hacer entrega de algunas mercancías en aquel lugar.

Los carreteros dieron maíz a los bueyes y después comieron sus tacos de frijoles, aplicándose en seguida a uncir a las bestias. Un muchacho corrió al rancho y llamó a la puerta del cuarto en el que le habían dicho dormían las mujeres que viajaban con ellos.

—Ándenle, señoras, vámonos; ya estamos listos.

—Ahoritita, muchacho —contestó una mujer, levantándose en seguida.

Las mujeres se levantaron sin perder tiempo en bostezar y desperezarse. Inmediatamente se metieron las enaguas por la cabeza y abrieron la puerta. El muchacho entró y a toda prisa enrolló y ató el colchón en que habían dormido.

Las mujeres metieron el dedo índice en una palangana de agua y se humedecieron los ojos. Es así como se lavan en México la cara durante un viaje hombres y mujeres. Después de esto pusieron las manos curvadas ante el muchacho, que les vertió en ellas un poco de agua; tenían solamente la tercera parte de un litro, pero con eso alcanzó para las cuatro, que no se pusieron a pensar sobre su pureza química.

Después de frotarse las manos se alisaron un poco el cabello, pasándose cuatro veces el peine de bolsillo, y quedaron listas para su día de viaje.

Todo esto se hizo tan de prisa, que escasamente transcurrieron dos minutos desde que el chico llamara a la puerta.

Las mujeres bebieron unos cuantos sorbos de café caliente que les había llevado una de las muchachas del rancho. Los golpes que el chico diera a la puerta la habían despertado y había calentado el café en las brasas guardadas entre ceniza.

Ningún mexicano se mete en complicaciones cuando viaja. Lo mismo ocurría con nosotros —con nuestros abuelos— antes de que hubiera carros dormitorios y

ferrocarriles, y cuando la forma más rápida y cómoda de viajar consistía en balancearse dentro de un coche.

Una carreta tirada por bueyes es un vehículo más ordinario que los buenos coches usados en la última mitad del siglo XVIII; por tanto no debe esperarse que quienes viajan en ellas vayan tan elegantes y bien presentados como si fueran a cenar al Ritz con el emir de Baluchistán. Un tocado que no va de acuerdo con el ambiente rompería la armonía de la vida, y los mexicanos tienen un cultivado y fino instinto de la armonía de las cosas con el ambiente.

Los carreteros nunca se lavan la cara durante sus viajes de tres o cuatro semanas, ni se rasuran ni se cortan el pelo. Generalmente los indios son lampiños, aun cuando existen ciertas tribus barbadas, y los carreteros que pertenecen a ellas o que entre sus antepasados cuentan con alguno que perteneció a ellas, van adquiriendo un aspecto tan aterrador que la mismísima tía del demonio se asustaría de verlos.

La pintoresca apariencia de los carreteros se ve a veces modificada cuando en algún alto del camino encuentran un río cercano y, no estando rendidos, se bañan. Muchas veces permanecen en el agua durante dos horas, pero la armonía de la suciedad pronto vuelve a establecerse.

La primera cosa que un carretero o cualquier mexicano hace en la mañana, aun antes de tomar un sorbo de café, es lavarse la boca, y en la noche o en la mañana, o a cualquier hora del día, antes de tomar el más ligero bocado de sus provisiones, acostumbra lavarse las manos. Si no hay agua en los alrededores y la cantimplora se encuentra seca, prefieren no comer a hacerlo con las manos sucias, y aun cuando el lavado es un acto meramente simbólico, ya que solo se dejan caer sobre las manos dos o tres pequeños chorros de agua, no pueden prescindir de ello para comer.

Tres minutos después de que las mujeres se levantaron, se lavaron menos que medianamente y desayunaron apenas, se encontraban sentadas en las carretas y la caravana emprendía la marcha.

Al mismo tiempo la segunda caravana se alistaba para partir. Los bueyes tenían que ser sacados de entre los de otras caravanas para uncirlos, cosa que no resultaba sencilla porque todavía reinaba la oscuridad.

Otra de las caravanas se detuvo por tener que reparar una rueda. En otra había necesidad de curar las heridas de los bueyes. El encargado de una más, después de cuidadosa inspección, encontró que era imposible partir hasta después del mediodía. Los bueyes estaban extenuados y no habría poder humano que los hiciera caminar. Debido a su cansancio extremo, apenas habían pastado durante la noche. Los carreteros les habían llevado maíz y colocádoselo cerca del hocico para obligarlos a comer. Estos bueyes tenían hechos cuatro viajes sin descansar y cada uno había durado tres semanas. Se trataba de la caravana de don Laureano, en la que Andrés guiaba una carreta. Los carreteros y los bueyes de don Laureano trabajaban

duramente porque siempre tenían mucha carga que transportar. Tan pronto como una era entregada, había necesidad de transportar otra. Sin embargo, había un límite porque los bueyes no podían trabajar más sin un buen descanso.

Cuando se sentían exhaustos, por no haber disfrutado de mayor descanso que el necesario para pastar, terminaban rehusándose a ponerse de pie para proseguir el viaje, y ni el mejor alimento ni las más enérgicas órdenes resultaban eficaces. Los golpes no servían de nada. Los bueyes actuaban en la misma forma que suelen hacerlo las mulas. Se tumbaban, rechazaban el alimento y morían.

Los bueyes y las mulas necesitaban una tregua de tres o cuatro semanas pastando en buenos prados todo el día. Y ese descanso se les daba. Los bueyes y las mulas eran demasiado costosos para permitirles el suicidio, que resultaba muy caro a sus amos. Los carreteros jamás disfrutaban de un día de descanso. Trabajaban sin tregua, domingos y días festivos, de día y de noche, bajo la lluvia o el calor sofocante del trópico, en medio de tormentas de arena y tempestades tan violentas que el cielo parecía arder. Los carreteros también se tumbaban en el camino, pero el cansancio horrible no los conducía al suicidio; éste era privilegio solo de bueyes y mulas; para eso eran bueyes estúpidos y mulas más estúpidas aún. Si un carretero perecía en el camino, o caía a algún abismo cuando trataba de sacar una carreta atascada de un bache, o rodaba bajo las ruedas, su muerte no constituía ninguna pérdida para el patrón. Los carreteros resultan mucho más baratos que los bueyes y las mulas. No representan gasto alguno, aun cuando el patrón tenga que pagar por ellos alguna deuda a su antiguo amo, porque el monto de la deuda nunca será comparable con el costo de un buey.

No existía ningún reglamento sobre el tiempo que debía emplear una carreta en cada día de viaje. El encargado se las arreglaba a su juicio.

En las planicies cálidas, las carretas rodaban solamente de noche y descansaban en el día. Los bueyes no pueden caminar cuando hace demasiado calor, y si se les obliga quedan enteramente rendidos en dos horas. Son bestias de clima templado y nunca se habitúan al trópico. No es solamente el calor lo que las afecta en el trabajo; son también los miles de tábanos que las acosan hasta hacerles brotar la sangre. Estos animales solo atacan bajo el sol. Si el sol se halla cubierto, aunque sea por una sola nube, desaparecen.

En las alturas frías, las carretas pueden viajar bien de día. Caminan cuatro o seis horas seguidas, de acuerdo con las dificultades del camino y las distancias que separan un buen campamento de otro. Entonces se hace un descanso de cuatro o cinco horas antes de partir nuevamente.

Una caravana de carretas emplea de cinco a siete días para recorrer cien kilómetros.

Los fletes se cobran calculando el peso, algunas veces también el tamaño del bulto.

Las unidades de peso son la arroba y el quintal. El flete de una arroba en un

recorrido de cien kilómetros es generalmente de un peso; algunas veces setenta y cinco centavos y hasta un tostón. Él peso de los bultos no se toma por medio de una báscula o una balanza, sino que es calculado por el encargado. Asimismo la distancia se mide en leguas, no en kilómetros. El encargado funda su estimación en el tiempo que se tarde en recorrer una legua. Muchas de las distancias que él calcula como de diez leguas, pueden, en medidas exactas, resultar ocho y media solamente y hasta siete. En tanto que otro trecho de camino que calcula en doce, puede medir quince. Pero las distancias, una vez estimadas por los carreteros y los arrieros, son consideradas como exactas, y permanecen inalterables aun cuando los caminos hayan sido correctamente medidos por los agrimensores. Los carreteros que hicieron el cálculo por primera vez se hallan muertos hace trescientos años y sus nombres hace mucho más que fueron olvidados. No obstante, en la actualidad todavía se hace el cálculo de los fletes por la distancia que habrá de recorrerse.

A pesar de lo ineficaz y primitivo, constituye una base sobre la que todos los tratos se llevan a cabo dentro de la mayor armonía. Nadie se preocupa demasiado acerca de si las cinco leguas son exactas o si el bulto pesa media arroba más o menos. El patrón siempre llega a un arreglo con su cliente, ya sea que se trate de entregarle o de transportar mercancías a otro lugar.

«Óigame, don Laureano, usted calcula que este bulto pesa diez arrobas cuando pesa escasamente ocho. ¿Cómo es posible que cobre usted quince pesos por el flete?»

A lo que don Laureano replica: «Don Miguel, sea cual fuere su peso, no puede usted negar que es bien grande y que pesa mucho. Yo no sé lo que lleva dentro, pero quince pesos no es mucho cobrar, porque así apenas alcanzo a ganar algo. El maíz no está barato y los muchachos cada vez piden más dinero. Usted sabe bien, don Miguel, que son cerca de cuarenta leguas y yo sólo he contado treinta y cinco, porque no quiero cargarle a usted demasiado, ya que no será éste el último trato que hagamos. Deme trece cincuenta y no me diga que no puede pagarlos, don Miguel.»

Por fin se ponen de acuerdo en doce ochenta. Los dos quedan contentos, y la transacción no deja rencor en ninguno de ellos.

Cuando don Miguel hace sus envíos por ferrocarril tiene que someterse a las tarifas, porque a los ferrocarriles les importa muy poco conservar o perder su amistad. Y los empleados, que no pueden reformar las tarifas, se rehúsan a discutir con don Miguel. Ellos trabajan de acuerdo con un horario y se marcharán a casa aunque don Miguel no haya recibido de conformidad su carga.

VII

Andrés acababa de cumplir diecinueve años. Hacía más de tres que trabajaba como carretero para don Laureano. Mucho tiempo hacía que su deuda de veinticinco pesos había sido saldada y que recibía su salario en efectivo.

Sus salarios no le eran pagados puntualmente cada mes, como debiera haber sido. Don Laureano le pagaba cuando quería y cuando juzgaba que la erogación no perjudicaría su negocio.

Andrés había llegado a ser un excelente carretero. Conocía el camino de Arriaga a Balún Canán tan bien que podía viajar por él en la noche más oscura sin olvidarse de salvar ni un solo bache. Conocía todas las piedras, declives y cunetas. Sabía exactamente los centímetros de profundidad que tenía cada río que había necesidad de cruzar a mediados de junio o de septiembre.

Los vados cambian de posición de acuerdo con la lluvia. Durante los días lluviosos hay necesidad de hacer algún alto de varias horas, tal vez de medio día o de un día en la margen del río, hasta que el agua ha tomado su curso y la carreta puede cruzar sin que la carga se moje.

Conocía todos los altos del camino por los nombres que les habían dado los primeros carreteros que pararon en aquellos lugares doscientos años antes. Conocía los trechos de pradera que se podían encontrar a lo largo del camino, el valor alimenticio de sus pastos y la cantidad de bueyes que podían pastar en ellos. Conocía todos los ranchos, todos los jacales de indios y las gentes que los habitaban. Había aprendido a cargar de la mejor manera, a manejar las bestias en forma apropiada para obtener de ellas el mayor rendimiento y a reparar una rueda o un eje tan bien como cualquiera de los otros carreteros. No importaba lo que pudiera ocurrir en el camino: él nunca se sentía embarazado, aun cuando se hallara solo.

Ya en muchas ocasiones había viajado como encargado de una pequeña caravana, sin que don Laureano tuviera crítica alguna que hacer sobre él o sobre su trabajo. En la mayoría de los casos lo había hecho mejor de lo que su patrón esperara.

Ello había tenido por consecuencia que don Laureano le aumentara el sueldo a cuarenta centavos diarios, doce pesos al mes. Y resultaba ésta una buena suma comparada con los cuatro o cinco pesos mensuales que ganaban los peones que trabajaban en los ingenios azucareros, en las refinerías y destilerías, en la industria del henequén y en los bosques cortando pinos, a quienes solía ver en el camino trabajando dieciséis horas diarias y viviendo con sus familiares más miserablemente que las bestias.

Su vida podía ser tan dura como la de ellos, pero era libre. Él y sus camaradas no estaban sujetos a horas fijas. Trabajaban duramente, pero no en las condiciones de aquellos pobres peones medio muertos de hambre de las haciendas en las que los productos del suelo eran industrializados. Una vez que su carga se hallaba bien asegurada, la carreta en buenas condiciones, los bueyes descansados y el camino

fácil, podía sentarse horas enteras en su carreta a soñar y contemplar la belleza del escenario que lo rodeaba.

Los bueyes, veteranos del camino, lo conocían palmo a palmo, tan bien como los carreteros, cosa natural, ya que eternamente llevaban los ojos y la nariz pegados al suelo. Y los bueyes experimentados no son tan estúpidos como pudiera creerse por la forma despectiva en que la gente emplea el término «buey». Su paso es lento, pero es el mismo siempre, ya sea que la carreta arribe a su destino al día siguiente o una semana después de su partida. Hay tiempo suficiente, y ellos lo toman tanto para trabajar como para pastar. Tal vez saben que nunca pasarán de ser bueyes, obligados a tirar de una carreta en tanto puedan sostenerse sobre las patas. Aquéllos eran buenos filósofos y sabían que su destino sería el mismo afanándose o no.

Aquellos bueyes no eran tan estúpidos. Conocían el camino y no daban un paso más allá de lo que sus fuerzas les permitían. Tampoco se dejaban ir ciegamente; inspeccionaban cada palmo del camino, y hasta donde la carreta se lo permitía, evitaban todos los baches, piedras y raíces salientes que podían. No hacían esto por amor a sus conductores, sino por conveniencia propia. Así su tarea era menos pesada y podían llegar con mayor rapidez al sitio de descanso. En esto consistía todo el saber de los bueyes, y con ello les bastaba, pues no había manera de persuadirlos de que si trabajaban eficazmente obtendrían el bastón de mariscal y se tornarían elegantes generales. Pero haciendo liviana su tarea, lograban al mismo tiempo hacer menos duro el trabajo de sus conductores. Los carreteros que llevaban uncidos a sus carretas bueyes experimentados podían soñar y dormitar cuanto desearan. Todo buen carretero procuraba conocer a fondo la capacidad de los bueyes y elegía los mejores para los viajes. El encargado de una caravana que tenía que vigilar todas las carretas, tomaba el primer lugar; el segundo pertenecía al carretero de mayor antigüedad en el servicio, y después seguían los demás.

Los viejos carreteros habían aconsejado a Andrés sobre la forma de cambiar los bueyes de su carreta por otros mejores durante el camino. Por una serie de circunstancias muchos mejoran, en tanto que otros empeoran una vez que la marcha se ha iniciado. Ellos no se asemejan mucho a los hombres en su naturaleza, capacidad y mañas.

Algunos bueyes tiran bien durante los primeros cincuenta kilómetros, al cabo de los cuales decaen; otros mejoran con el trabajo y parecen adquirir nueva fuerza con cada día de marcha. Algunos parecían volar cuando atravesaban caminos terregosos, pantanos, y parecían deleitarse en los caminos llenos de piedras y baches, como si recorrieran el camino que conduce al paraíso de los bueyes.

Andrés poseía la marrullería innata de su raza vencida. Y como los peones que desde su juventud confiaban solo en su astucia para poder vivir como individuos y como raza, en los conflictos con sus amos no abandonaba su marrullería por pequeñas consideraciones éticas. Cuando el látigo suena a nuestras espaldas, seguramente recibiremos el golpe, y si no es posible devolverlo porque el amo está

listo para matar al atrevido como a un perro, no queda más remedio que encogerse y enroscarse como culebra para evitarlo o cuando menos para soportarlo si llega. El hombre más listo entre los soldados y demás esclavos resulta ser el más mañoso.

Andrés debía los pequeños aumentos en su salario a las mañas que se daba. Nunca se paga al trabajador por lo que hace en realidad, sino por lo que aparenta hacer a los ojos del amo. No tenía él la culpa de haberse desmoralizado; los únicos responsables de ello eran quienes le pagaban un salario mínimo que apenas le permitía vivir.

Don Laureano acompañó durante todo un día de viaje a una gran caravana de carretas, porque llevaba el mismo camino. Los bueyes de una de las carretas se negaban a tirar, se revolvían y hacían cuanto esfuerzo estaba a su alcance por desuncirse. El encargado y todos los conductores trataron en vano de que avanzaran. Don Laureano lo intentó, pero también fracasó. La carreta detenía el paso de toda la caravana. Don Laureano dijo que vendería los bueyes a un amigo suyo, ya que de nada servían. Mientras la caravana se hallaba detenida a causa de aquellos animales, a los que rodeaban todos los carreteros haciendo sugestiones que a nada conducían, Andrés se aproximó y trató de obligar a los bueyes a tirar, pero éstos dieron algunos pasos y se rehusaron nuevamente.

—Yo creo que algo ocurre a los bueyes —dijo.

—¡Tú! —exclamó el encargado—. ¿Vas a ser tú quien diga a un viejo carretero como yo, que se ha molido los huesos en el camino desde que vio la primera luz, lo que ocurre? ¿Tú, que estás en pañales?

Don Laureano se quedó parado sin intervenir en la réplica.

Pero Andrés no se desconcertaba fácilmente y dijo con calma:

—El yugo debe estar muy apretado o hay alguna correa que se ha torcido y les lastima.

Y sin esperar a que el encargado diera su opinión, se aplicó a desatar las correas.

Don Laureano se sentó al borde del camino y encendió otro cigarro. Y sin interesarse demasiado, observó lo que Andrés hacía.

Tan pronto como hubo aflojado y suavizado las correas con todo cuidado, volvió a uncir los bueyes.

—A éstos no les gusta que se les apriete mucho —dijo—. Lucio tiene poco tiempo con nosotros y no conoce bien a los animales; él no tiene la culpa.

Diciendo eso, relevaba de toda culpa a su camarada Lucio, evitándole así la reprimenda, pues de otro modo don Laureano o el encargado le habrían reñido por la mala forma de uncir a los animales.

Mientras aflojaba el yugo, Andrés se había colocado en posición tal, que los movimientos de sus brazos y de sus manos no permitían ver lo que realmente hacía, y ni don Laureano ni el encargado ni ninguno de los que allí se encontraban pudieron darse cuenta de su triquiñuela.

La noche anterior había hecho algunas cuñitas aguzadas de madera, y por la mañana temprano, cuando los bueyes fueron uncidos, se había dado maña para colocarlas bajo las correas. Durante la primera media hora de camino, los animales no se sintieron mal y caminaron como lo hacían usualmente; pero cuando salió el sol y se sintió calor, las correas empezaron a apretarles y las cuñas se les hundieron en la piel de la cabeza. Cada kilómetro que recorrían, la molestia aumentaba, y cuando se hubieron clavado profundamente, el tormento fue insoportable y los bueyes parecían enloquecidos.

Andrés sabía muy bien que estas triquiñuelas se ponían en práctica cuando los carreteros deseaban divertirse; solo que generalmente se torcían las correas, las que se clavaban rápidamente, ocasionando que los bueyes se rehusaran a tirar. Cuando el carretero se daba cuenta de lo que ocurría, desuncía los bueyes, arreglaba las correas, los volvía a uncir y todo estaba arreglado. Era ésa una mala pasada que solían jugar a los novatos, para hacerlos trabajar doble y reírse de ellos.

Pero la triquiñuela con las cuñas de madera era invención de Andrés. Obraban lentamente y no era fácil sospechar. Ni el más viejo y hábil de los carreteros hubiera podido explicarse por qué los bueyes, habiendo iniciado bien la marcha, empezaron a fallar poco a poco hasta negarse en absoluto a proseguir.

Cuando Andrés los hubo uncido y atado el yugo a la lanza, los arreó y empezaron a tirar gustosamente como un par de caballos jóvenes.

El viejo encargado reflexionó y decidió tratar a Andrés en lo futuro como a carretero experimentado, cuya amistad era conveniente cultivar.

Don Laureano se asombró como los demás, aun cuando sabía bien poco del trabajo de los carreteros, y si hubiera tenido necesidad de conducir una caravana de carretas de Arriaga a Socton, no cabe duda que habría llegado antes de que este siglo terminara.

Cuando la caravana emprendió la marcha nuevamente, don Laureano halló la oportunidad de quedar junto a Andrés y le dijo:

—Oye, muchacho, de ahora en adelante ganarás tres reales diarios. Conoces bien tu trabajo y te mereces tus treinta y ocho centavos.

Andrés debía su segundo aumento a otra jugarreta.

Durante sus años de carretero se había dado perfecta cuenta de que nunca sería recompensado por trabajar dura y eficazmente. Su trabajo no se estimaba en mucho. Necesitaba hacerse interesante y lograr que su patrón le aumentara el salario temiendo la pérdida de un buen carretero que conocía el manejo de los bueyes mejor que el viejo encargado.

Andrés había tenido que trabajar durante más de cuatro meses para pagar la deuda de veinticinco pesos que su amo anterior había contraído con el actual.

Durante esos cuatro meses había tenido necesidad de comprar cuatro camisas, tres

pantalones, tres calzones, un sombrero de petate, un sarape nuevo y una blusa de calicó. La ropa de los carreteros se destruía como si la lavaran en ácido sulfúrico. Resultaba que los bultos siempre tenían clavos o astillas salientes que se enganchaban a la camisa o al calzón y los convertían en harapos. Los aguaceros que les sorprendían en el camino empapaban sus ropas, que secaban rápidamente debido al calor del trópico, cosa que ocasionaba que las telas se adelgazaran hasta caer en pedazos. Las ramas espinosas que rodeaban el camino les causaban desgarraduras, y por cuidadosos que fueran al manejar los bultos, nunca podían evitar que sus ropas se desgarraran.

Durante los viajes el carretero tiene necesidad, de vez en cuando, de tomarse un comiteco cuando tiene frío y sus ropas mojadas tardan en secarse. A veces compra algunos limones para hacer agua fresca, o un paquete de cigarros, mangos y un pedazo de queso para variar un poco su ración. Alguna vez también, cuando pasaban por los pueblos en día de tianguis o de fiesta, gustaban de sumarse a ella para divertirse un poco y compraban un órgano de boca o una guitarra barata, para alegrarse durante las noches tristes tocando junto a las fogatas. También necesitaban comprar jabón, hacerse cortar el pelo y comprar una botella de creolina para curar a las bestias cuando la que tenían se rompía. En cuanto a zapatos para proteger sus pies de las piedras y de los millones de espinas del camino, no podían ni siquiera pensar en ellos y se sentían felices cuando les era dado conseguir un par de huaraches.

Por cuidadosos y ahorrativos que fueran, siempre estaban en deuda con el patrón, porque era el único hombre sobre la tierra que les abría crédito. Todos los artículos que necesitaban, tales como camisas, calzones y sarapes, tenían que comprárselos, porque ningún otro comerciante se los fiaría. Y el amo fijaba los precios a todas las mercancías que les vendía.

Los anticipos a cuenta de salarios son deudas, y mientras un carretero está en deuda con su amo no podrá dejar el servicio; si lo intenta, la policía se encargará de aprehenderlo, y los gastos causados por la aprehensión serán cargados a su cuenta. El carretero no es ningún peón esclavizado en una hacienda; él es libre, solamente tiene obligación de pagar a su amo lo que le adeuda y podrá ir a donde le plazca. El mundo entero y cuanto produce es suyo. Nadie le obliga a adquirir deudas, ni la ley ni el Estado; es absolutamente libre para adquirirlas o no. Si él no cuida su libertad, ni su amo, ni el Estado, ni el gobierno serán responsables. Y si no amasa capital suficiente para convertirse en agente, propietario de fábrica o finquero, ello se deberá únicamente a que nunca adquirió el hábito del ahorro. Todos tienen el camino abierto para convertirse en banqueros. Sí el proletario no llega a banquero, culpa es de su falta de economía. El sistema capitalista es un mito inventado por los agitadores y los anarquistas para encender la llama de una revolución mundial y poderse echar sobre los banqueros y las perfumadas hijas de los directores de Banco. Ahorra, proletario, y podrás adquirir el primer Banco que te encuentres a la vuelta de la esquina, sin causar trastornos con una revolución mundial.

Mientras trabajaba para pagar la deuda de veinticinco pesos había adquirido una nueva de cuarenta y dos que don Laureano le había prestado, parte en mercancías y parte en efectivo.

Después de servir a su amo bien y honestamente, con humildad y sumisión cristiana, durante tres años, su deuda se había elevado a noventa y cuatro pesos. Un matemático hubiera podido decirle en dos minutos, no aproximada, sino exactamente, lo que ocurriría después de servir a su amo eficazmente durante cuarenta años; sin duda al cabo de ese tiempo debería a don Laureano o al hijo de éste novecientos veinticuatro pesos treinta centavos, aun tomando en cuenta los aumentos de salario que obtuviera, ya sea por su lealtad en el trabajo o debido a sus triquiñuelas.

Andrés, como todos los carreteros, sentía compasión por los pobres peones que carecían de libertad y se hallaban atados a la finca a la que pertenecían.

Y realmente había una gran diferencia entre las libertades sociales y económicas de un carretero y las del peón de una finca.

Si un carretero rodaba al abismo o era aplastado por una carreta, o corneado por un buey embravecido, o mordido en los pies desnudos por alguna serpiente, o atacado de malaria, entonces sus deudas quedaban canceladas. El patrón no se lamentaba cuando alguno de sus carreteros moría en el servicio; lo que sentía era perder el pago de la deuda. Entonces el carretero, libre ya, era debidamente recibido en el paraíso.

Cuando un peón moría, el finquero no perdía un solo centavo de la deuda de aquél. El hijo mayor la heredaba, o ésta se dividía entre todos sus hijos o entre los maridos de las hijas, si solo hijas tenía. Así, el peón no era libre ni después de su muerte. Seguía contando como peón en las personas de sus hijos, hijas o hermanos.

Cuando el peón moría, el patrón requería a sus hijos o hermanos o yernos, y les mostraba la nota de lo que el muerto debía.

«¿Está bien?», preguntaba. Y los representantes del muerto contestaban: «Sí, patrón; está bien.»

Entonces el patrón agregaba la cuenta del muerto a la del pariente más cercano, le decía cuánto sumaba en total y preguntaba nuevamente: «¿Está bien, muchacho?», y el hombre contestaba: «Sí, está bien, patrón.»

Cuando esto quedaba concluido, el patrón abría la capilla y permitía que las mujeres de los peones entraran y colocaran ceras en el altar del santo patrón de la finca, por el descanso del alma del difunto.

El patrón era siempre un buen católico que hubiera incurrido en pecado mortal de no permitir que se encendieran ceras por la salvación de otro católico, aun cuando éste fuera solo un pobre peón.

Eso era justo, y justo como era tenía que ser apoyado por la ley y el Estado, que apoyan todas las cosas justas. Porque si no, ¿para qué servía el Estado con su policía, sus soldados, sus jueces y prisiones, sino para respaldar todo lo que es justo?

Eran éstas las pequeñas consideraciones que llevaban a los carreteros a

considerarse en un nivel social más elevado que los peones de las fincas.

El mundo está lleno de justicia. Son los carreteros, los peones y todos los proletarios los únicos culpables de que en el mundo no se haga uso de la justicia, que sería suya solo con que la pidieran. Nadie pone sobre el pecho del carretero un revólver cargado para obligarlo a adquirir deudas; nadie fuerza a alguien para que lo haga, ni el más codicioso de los finqueros obliga a sus peones a pedirle prestado. Allí radica la gran libertad del proletariado, a quien nadie obliga a contraer deudas.

Si los carreteros y los peones hacen uso indebido y positivamente peligroso de esa gran libertad, que constituye el corazón de la divisa nacional de cada pueblo, no hay que culpar a los finqueros o a los enganchadores. Ello sería injusto.

Todos los hombres, sin diferencia, nacen dotados de voluntad propia. A todo mortal se le ofrecen dos caminos: uno conduce al infierno y otro a los eternos goces del paraíso. El inventor de la frase «esclavo-asalariado y esclavo de las condiciones económicas» debe considerarse como el Anticristo, como el mismo Anticristo a quien los apóstoles dijeron: «¡Cuidado! El deber sagrado de todo pueblo bueno, justo y noble, es colgar a sus falsos profetas, sentarlos en la silla eléctrica o señalarlos como fanáticos y destructores del Estado.»

VIII

En la última semana de enero y la primera y segunda semana de febrero se celebraba la fiesta de San Caralampio en Balún Canán.

San Caralampio era santo patrón del pueblo de Balún Canán y de Sapalut, un pueblecillo que se hallaba en una amplia planicie, aproximadamente a veinte kilómetros del primero.

A San Caralampio le sería difícil explicar cómo había llegado a ser santo patrón de Balún Canán. Ni sabía quién pudiera explicar por qué San Caralampio había decidido defender el pueblo contra el demonio y otras amenazas o quién lo había elegido para ello. Y hasta los curas se habrían visto en un aprieto si se les hubiera pedido una respuesta categórica sobre cuál era la razón por la cual San Caralampio era un santo de tanta importancia en aquel pueblo. Y nadie, incluyendo a los curas, habría podido decir con certeza quién había sido San Caralampio en vida y a qué hechos debía su reputación de santo. Todos se sentían satisfechos con el hecho de que su efigie de madera se hallara en el altar de la catedral de Balún Canán y de la iglesia de Sapalut, en donde cualquiera podría verla durante toda su vida, si deseaba convencerse de que San Caralampio había existido realmente. La fiesta en honor del santo era solo un pretexto disfrazado para hacer negocio.

Las fiestas duraban una semana, pero entre los preparativos y la conclusión se iban dos. Esas dos semanas eran las más lucrativas de todo el año para la Iglesia. De todos los rincones del Estado llegaban buhoneros y tahúres para cooperar en aquella piadosa reunión de dinero, mercancías y muebles, de la que tan prósperos negocios surgían.

Llegaba también multitud de pordioseros, inválidos, carteristas, ladrones, jugadores de naipes, juglares, cartomancianas, comedores de fuego, tragadores de espadas y encantadores de serpientes.

El negocio de las cantinas se reforzaba con el arribo de una tropa de muchachas que se hacían acompañar de sus madres o de sus celestinas, quienes se encargaban de los contratos y los cobros en los asuntos de las chicas.

Todo cuanto es posible hacer bajo el sol, era permitido por las autoridades durante las sagradas fiestas, porque en esas dos semanas el alcalde y sus secuaces hacían un gran negocio. Y era solo debido a esa gran oportunidad por lo que las elecciones para los puestos oficiales se animaban con balazos, muertos y heridos entre los partidarios de los distintos candidatos. Todos los traficantes que asistían a las fiestas se veían obligados a pagar fuertes contribuciones por sus puestos. El juego estaba prohibido por la ley en toda la República, y como solamente el alcalde, el jefe político y los representantes del gobierno podían dar permisos especiales, cada propietario de una mesa de juego tenía que pagar su buen dinero. Pero eran los cantineros quienes se veían obligados a pagar la cuota más alta por la licencia por tener muchachas en sus establecimientos. A su vez, las madres de éstas tenían que pagar bien al alcalde y a

otros dignatarios para que les permitieran que las muchachas fueran de vez en cuando a un cuarto amueblado con alguno de los buenos clientes de la cantina. Y también los buenos ciudadanos que deseaban alquilar sus cuartos con camas dobles por horas tenían que comprar a las autoridades un permiso para alquilarlas. Nada se consigue por nada en este mundo. Hasta el doctor autorizado para reconocer a las cantineras y extenderles una flamante tarjeta de salud, tenía que llegar a un entendimiento con el alcalde en caso de que otro médico ofreciera más a éste tratando de robarle sus privilegios.

Cada cantinera debía resellar su certificado tres veces por semana; así lo había reglamentado el presidente municipal, y por cada certificado las cantineras tenían que pagar tres pesos. Por esta razón, el doctor también consideraba las fiestas de San Caralampio como la temporada más lucrativa del año. Su clientela, constituida por las buenas gentes del pueblo, se curaba a crédito y muchas veces pasaban tres y hasta cuatro años antes de que pagaran sus consultas. Mientras que las cantineras eran buenas clientes que pagaban al contado sin poner objeciones.

Las autoridades, para evitar que alguien pudiera decir que todas las entradas del Municipio por contribuciones y cuotas especiales durante las fiestas de San Caralampio iban a dar a su bolsillo, gastaban unos cuantos pesos en cohetes, chucherías y fuegos artificiales, para complacer al populacho. Las autoridades desconocían la historia romana, pero su propia inteligencia les inducía a obrar de acuerdo con la filosofía de la antigua Roma: pan y circo. Ni siquiera se olvidaban del pan. En alguna de las plazas se asaban una res y algunos puercos, y a cada pobre se le daba su pedazo de barbacoa. También los fuegos artificiales y la barbacoa producían algo a las autoridades, pues los comerciantes que se dedicaban a esas líneas tenían que untarles la mano para que sus competidores no les ganaran la oportunidad. Nadie en el mundo espera que alguien festeje al populacho y alimente a los pobres por mero altruismo. Nadie hace tal cosa, a menos que desee ser considerado como tonto. Y tomando en cuenta que los contratistas desean obtener buenas ganancias también, entregan solamente la mitad de las mercancías pagadas por las autoridades, o bien entregan mercancías de tan baja calidad que resultan ser de un precio menor de la mitad del de las contratadas, y como la mayor parte de las autoridades se hallan enredadas en el asunto, no se llevan a cabo inspecciones de ninguna clase, lo que únicamente constituiría molestias y acarrearía enemistades. Y ¿cuál sería el resultado? La vida es mucho más alegre cuando no se miran las cosas severamente. El jefe de la policía, el recaudador de contribuciones y el presidente municipal tenían otras muchas cosas de mayor interés en que ocuparse. ¿Por qué habría alguien de ensombrecer la existencia, triste en sí, sometiendo sus cuentas, libros y recibos a una rigurosa inspección? Y si alguna investigación hubiera de llevarse a cabo —sólo el diablo sabe por quién—, el inspector encargado de hacerla conocía muy bien el valor de cincuenta pesos y ya sabría ganárselos en el curso de su investigación. Todos somos hermanos y nadie es perfecto; por lo tanto, debemos apoyarnos mutuamente

por el bien del país. ¡Viva la patria! Pero si tu amado país no te proporciona suficientes buenos negocios, entonces fabrica fusiles y municiones para el enemigo hereditario que los acecha.

Andrés conducía una pequeña caravana de carretas de Socton a Sapalut.

Don Laureano se la había confiado porque el camino no presentaba dificultades y la estación era seca. El amo no podía desperdiciar los servicios de ninguno de sus viejos carreteros, porque aquella semana tenía una carga excepcionalmente pesada y delicada que enviar de Arriaga a Tulum, la que requería ser manejada por carreteros experimentados.

La responsabilidad de Andrés era aligerada, además, porque acompañaba a la caravana un buen número de pequeños comerciantes, hombres y mujeres, quienes conducían sus mercancías a Sapalut en las carretas y tenían interés de que llegaran en buen estado. Si algo ocurría en el camino, la ruptura de una rueda o algún pequeño deslave que exigieran reparación inmediata, todos ellos, con el interés de salvar sus mercancías y de llegar con ellas a tiempo al mercado, se habrían prestado a ayudarle.

En Sapalut, cuyo santo patrón era San Caralampio, mismo de Balún Canán, posiblemente porque no se les había ocurrido pensar en otro o porque no conocían a alguno más, se festejaba a éste dos semanas antes que en Balún Canán. El instinto comercial había conducido a las buenas gentes de Sapalut a guardarse, de celebrar a San Caralampio al mismo tiempo que lo hacían en Balún Canán, porque entonces habrían tenido que dividirse las ganancias con aquel pueblo de mayor importancia.

Como habían arreglado las cosas, quedaba todo para ellos y les tocaría la mejor parte.

Cientos de gentes de Balún Canán iban a Sapalut en aquella ocasión. Y aprovechándose de la fiesta visitaban a sus queridos parientes y amigos, a quienes hacía tiempo no veían. En esa forma contaban con alojamiento gratis, pudiendo ahorrar el gasto de hotel sin importarles lo que después hablaran detrás de ellos, ya que no podían escucharlo y, además, porque podrían corresponderles cuando todas las gentes de Sapalut llegaran a Balún Canán para las fiestas y pidieran alojamiento de sus amigos y parientes.

Todo esto ayudaba al comercio. El intercambio de visitantes, que por cientos iban de un pueblo a otro, acrecentaba el número de consumidores, y cuando éstos son numerosos, las perspectivas para el comercio son brillantes.

Todo el distrito, comprendido en un círculo cuyo diámetro sería quizá de cien kilómetros, vivía, en las cuatro semanas que duraban las dos fiestas, en constante excitación, que lo venía abandonando cuando ya se preparaban las fiestas de Semana Santa, que se celebraban en todas partes, aun en los pueblecitos más pequeños y más quietos; y aun sin la presencia de forasteros.

Esos festejos culminaban cuando al final de la semana se quemaban los judas,

monigotes de cartón representando al que traicionó a Cristo, a los que se les adicionaban cohetes que al quemarse los hacían estallar lanzándolos por alto.

También la Iglesia hacía buen negocio con la doble tiesta de San Caralampio y nadie podía criticarla por eso. Ella había hecho a San Caralampio como había hecho a los otros cuarenta y dos mil santos, razón suficiente para que reclamara sus derechos sobre lo que producían.

Las gentes de Balún Canán, que acudían por cientos a la fiesta de Sapalut, consideraban su primer deber acudir a la iglesia a presentar sus respetos a San Caralampio y a cubrir la cuota que por ello correspondía a la Iglesia. Y cuando las gentes de Sapalut pagaban la visita a las de Balún Canán, consideraban igualmente necesario, para la salvación de su alma, honrar a San Caralampio y pagar a la Iglesia porque se lo permitiera.

Todos los creyentes de los alrededores, aun no siendo vecinos de Sapalut o de Balún Canán, hacían peregrinaciones participando de las fiestas, para que no hubiera la menor oportunidad de que se les considerara cortos en su adoración al santo. Más vale dar dos veces a la Iglesia que no dar. Hay que afianzarse. En cuestiones de religión, más vale errar haciendo demasiado que no haciendo. Ni uno solo de los centavitos que se ofrecen a la Iglesia es olvidado; esto se lee claramente en las alcancías que para «los pobres» hay en las iglesias.

Las iglesias de Sapalut y Balún Canán no solo recibían dinero de los fieles.

Todos los comerciantes y propietarios de mesas de juego, tan pronto como arreglaban sus asuntos con las autoridades respecto a la renta del lugar, a las licencias y a las contribuciones, se dirigían a la iglesia para rogar a San Caralampio, en cuyo honor se hallaban allí, que bendijera su negocio y multiplicara sus ganancias, ya que solo por sus merecimientos habían hecho aquel viaje tan largo y tan pesado, cuando en realidad mejor hubieran permanecido en su hogar con su esposa y sus hijos. Después le encendían ceras y dejaban sus buenos centavos en la alcancía para «los pobres» de San Caralampio, pues bien sabían que nada se consigue de balde ni en este mundo ni en el otro. Hemos de dar mientras nuestro bolsillo nos lo permita, porque cuando emprendemos el viaje a las alturas, generalmente olvidamos el portamonedas y ya no hay posibilidades de hacer algo.

Los cantineros también abrían su negocio diciendo una pequeña oración a San Caralampio, acompañada de dinero contante y sonante. Tenían que asegurarse para obtener una buena ganancia en la venta de su comiteco y otras bebidas alcohólicas. Todas las meseras, a su vez, se arrodillaban horas enteras ante San Caralampio y le prometían, si no les era posible hacerlo de inmediato, darle un porcentaje de sus ganancias. Y también, con gran dignidad y noble gesto, se arrodillaban las viejas acompañantes de las muchachas, quienes fungían como madres de estas pobres y virginales criaturas. Se echaban los negros chales sobre la cabeza y rezaban una media docena de rosarios, de principio a fin. Debían ser infatigables en sus buenas obras y en sus ofrecimientos, especialmente en sus ofrecimientos, puesto que no solo

rezaban por ellas y por la salvación de sus almas, ya que en realidad nada difícil les era conservar su inocencia, sino que oraban también por la salvación de las pobres muchachas a su cuidado, de aquellas inocentes cercadas por el destino que les había dado bonitas caras y hambre que saciar. Mediante sus oraciones y generosos ofrecimientos, las viejas se libraban de toda culpa. Una vez hecho esto, tenían el camino libre para emprender su próspero negocio. Se les había dicho: crean, oren, ofrezcan y serán perdonadas. El reino de los cielos abre sus puertas a los creyentes. Amén.

Los inválidos y los pordioseros daban también lo poco que podían, pues no olvidaban que era a San Caralampio a quien habrían de agradecer las buenas limosnas que consiguieran. En cuanto terminaban sus oraciones, salían al atrio de la iglesia, donde empezaban a trabajar. Disputaban un buen rato con los demás para conseguir los lugares más próximos a la puerta, llegaban a un entendimiento y cada cual tenía derecho a ocupar el mejor sitio durante dos horas y a sacar su buena parte de limosnas.

Una vez que los preparativos estaban listos, para satisfacción general de los poderes terrenales y celestiales, se iniciaba el tráfico con una gran función, durante la cual todos los ojos se llenaban de lágrimas y todos los corazones se conmovían ofreciendo conservarse inaccesibles a las tentaciones de la tierra, preparándose exclusivamente para la vida eterna. *Tedeum laudamus*.

Cuando la función terminaba, los creyentes abandonaban en masa la iglesia y salían a la plaza, en la que los músicos y los marimberos tocaban. De las mesas de juego salían gritos, se escuchaban frases de cantina y retruécanos. Los inválidos y los pordioseros elevaban la voz plañidera pidiendo un centavito en nombre de Dios para aliviar el hambre que los mataba. Las cantineras sacaban la pintura rojo vivo y se coloreaban los labios.

El tráfico principiaba. ¡Loado sea San Caralampio!

Cumpliendo con su deber, Andrés había conducido la caravana de Sapalut a Balún Canán, sitio al que los comerciantes que le acompañaban debían llevar sus mercancías para venderlas durante la fiesta. Tenía que esperar a que los festejos terminaran para regresar con la gente de Tulum a Suchiate o a los sitios de su procedencia.

El peso disminuía muy poco, porque los traficantes, bien en el camino o en los pueblos que se cruzaban, iban comprando mercancías a buenos precios en los distritos que las producían, tales como tabaco, café, lana, tilmas de lana, pieles, petates, canastas, loza, comiteco y juguetes de barro.

Compraban todos estos productos a precios muy bajos y los iban realizando en los diversos lugares y pueblos que cruzaba el camino, obteniendo con su venta muy buenas ganancias.

La caravana de Andrés no había permanecido inactiva durante su estancia en Sapalut. Habían regresado a Tsobtajal, pueblo que se halla entre Balún Canán y Jovel, en donde habían tomado todo un cargamento de trastos de barro, manufacturados por los indígenas de Tsobtajal, para entregarlo a los agentes de don Laureano en otros pueblos.

Don Laureano había ordenado que después de esto, cuando la caravana dejara Socton, los bueyes fueran descansados y pastaran bien todo el tiempo que duraran las fiestas de Balún Canán, para que cuando emprendieran el retorno se hallaran en buenas condiciones y lo hicieran sin mucha fatiga.

Los carreteros emplearon las dos semanas para bañarse a su gusto, descansar y emborracharse cuantas veces tuvieron oportunidad. Siempre que algún hombre perteneciente a la más baja capa social y económica no se ve obligado a trabajar en los días festivos, se emborracha. No sabe de nada mejor. Nunca piensa en aprovechar su tiempo libre. Nadie le ha aconsejado que aprenda a pensar por sí mismo en vez de dejar a los demás que piensen por él durante toda su vida. Él solamente ha aprendido una cosa y la ha aprendido bien: obedecer.

Lleva dentro de sí ese precepto desde su niñez, y como no sabe más que obedecer y seguir obedeciendo se olvida de pensar, y cuando se emborracha encuentra el sentido de los días festivos y se persuade a sí mismo de que está gozando.

La embriaguez de los hombres ayuda a la prosperidad de los amos, siempre que no perjudique el trabajo. Como no saben nada mejor que hacer en sus días libres, se emborrachan invariablemente, resultando con ello que no adquieren mayor claridad en sus pensamientos y se constituyen en instrumento aún más fácil de manejar por los amos, de quienes permanecen eternos deudores.

Pueden beber cuanto quieran. Son libres y pueden hacer lo que les plazca. Pero deben cuidarse de beber oportunamente, para que cuando hayan de regresar al trabajo se encuentren en buenas condiciones.

Los días de descanso y los festivos eran pocos y distantes en la vida de un carretero. Era solo cuando los bueyes tenían urgencia de descansar cuando los carreteros podían, tal vez, gozar de un día libre, siempre que no hubiera reparaciones que hacer. Los bueyes descansaban tranquilamente, y aun durante los días festivos disfrutaban de su alimento usual, es decir, recibían su salario completo. Para eso eran bueyes. Dormían sin preocupaciones porque no sabían reparar las carretas.

Cuando había carga pesada y bueyes que la condujeran, los carreteros no disfrutaban de ningún día libre, ni de los domingos, muchas veces durante todo un año. El carretero disfrutaba de sus días libres cuando la fiebre lo tumbaba y tiritaba acalambrándose sobre su petate, o bien cuando la rueda de su carreta le alcanzaba una pierna imposibilitándolo para moverse.

Trabajarás durante seis días y en ellos harás cuanto tengas que hacer; pero el

séptimo día lo dedicarás a loar al Señor. Eso estaba muy bien para Adán y Eva en el paraíso, quienes nada tenían que hacer durante los seis días de la semana sino mirar al manzano del Jardín del Edén.

Pero los carreteros no vivían en el Jardín del Edén. Vivían bajo nuestro divinamente ordenado sistema económico, que no permite que las cargas se retrasen, a menos de inferir un daño a la civilización.

No disponían de tiempo para alabar al Señor por la preciosa vida que les había concedido. Orar para gozar de vida eterna y aumentar las riquezas del mundo. En realidad ello no conduce a llenar bien la barriga, pero por lo menos es posible continuar siendo un trabajador sobre la tierra con la seguridad de que los goces, cánticos y premios del otro mundo nos están reservados. Carretero, no luches, no te afanes por tu libertad y tu prosperidad en la tierra. Si no quieres caer en las redes del demonio, debes plegarte a lo dispuesto por tus sabios gobernantes y proseguir tu camino lleno de espinas. Un obediente y buen servidor vale más que los ambiciosos que aspiran a las riquezas del amo. Hay que apegarse a la regla, a la buena regla, observando que ésa es la razón por la que existe mayor número de criados que de amos.

Lo maravilloso era que los carreteros nunca hacían consideración sobre el asunto. No tenían tiempo de pensar en nada más que en sus bueyes y en las reparaciones de las carretas. Siempre estaban lo bastante cansados para poder pensar. Querían paz, nada más; cualquier otra cosa solo les producía cansancio. Y ellos obtenían la deseada paz en tanto disponían de algunos centavos para emborracharse cuando tenían algún día libre. En esas circunstancias nadie les pedía que pensaran.

La caravana de Andrés acampaba fuera del pueblo, en la amplia pradera que se halla a un lado del camino que conduce a El Puente.

Las carretas se hallaban ordenadamente alineadas y los carreteros se habían instalado lo mejor posible.

Los bueyes pastaban a todo su gusto en la pradera. De vez en cuando se les conducía al pequeño río, en cuyas aguas se sumergían por horas enteras, logrando así que murieran los millares de ácaros que se les introducían en la piel.

Después eran conducidos al campamento. Los carreteros les examinaban cuidadosamente las llagas y se las curaban. Luego les daban su maíz y los dejaban nuevamente libres para que pastaran.

El ganado, los caballos, los burros, las mulas, pastaban por cientos en la pradera, pero el ganado no se mezclaba jamás con los caballos, burros y mulas. Todos los animales pastaban en rebaños, la mayor parte en rebaños que pertenecían a diferentes amos, pues los animales buscan siempre la compañía de aquellos que han crecido junto a ellos en el mismo corral y en compañía de quienes son llevados al rancho para comer su sal.

Sin embargo, hay rebaños que se reúnen por simpatía; otros por necesidad cuando sus propietarios los descuidan.

Era a los rebaños extraviados a los que solían reunirse los animales de tránsito, tales como los bueyes, caballos, mulas y burros de los carreteros.

Aun cuando los animales pastaban por cientos en la pradera, era ésta tan extensa que se perdían a la vista y solo podían distinguirse algunos pequeños grupos. Sin embargo, no era difícil a los carreteros encontrar sus bueyes, porque tenían cuidado de enseñarlos a permanecer juntos tanto en el camino como en los altos y a no alejarse demasiado de las carretas. Los animales se alejan únicamente cuando no encuentran buen pasto cerca o cuando está ácido, o bien cuando los animales que pastan antes que ellos dejan sucia la pradera.

Los bueyes de las carretas se diferenciaban de los otros animales tan bien, que un carretero hábil puede distinguir los que le pertenecen desde una gran distancia. Son los bueyes de las carretas bestias poderosas de grandes cuernos, cosa que las diferencia del ganado común y corriente.

En aquella ocasión había otras cuatro caravanas acampadas en el mismo sitio, y ocurría a menudo que un carretero corría para vigilar a sus bueyes durante seis u ocho kilómetros, encontrándose cuando se aproximaba con que aquellos animales no eran los suyos. Pero como todos los carreteros conocían las diversas marcas del ganado, era fácil que dieran razón a sus compañeros del sitio en donde sus bueyes se hallaban.

Durante los tres últimos días de lá fiesta se llevó a cabo una búsqueda en toda la pradera para reunir el ganado. Por todos lados se veían hombres a pie y a caballo en busca de sus animales.

Los dueños de los rebaños que pastaban en la pradera tenían que enviar algunos hombres que los vigilaran para evitar que los ladrones aprovecharan la oportunidad y se llevaran algún buen animal, pues era imposible saber, entre todas aquellas gentes que abandonaban la fiesta, quién era realmente dueño del caballo o de la mula y quién se aprovechaba de la confusión para llevarse los ajenos. Los que robaban animales no seguían el camino de las carretas, sino que tomaban cualquier atajo de los que desembocaban a la pradera, y aun cuando por aquél se encontraran con algún ranchero de la localidad que conociera la marca de todos los animales de sus vecinos, el ladrón podría salir fácilmente del paso y llegar con su robo a Tabasco o hasta Guatemala en unos cuantos días.

Era solamente durante las fiestas cuando cientos de íorasteros se hallaban cerca de los lugares en los que el ganado podía ser robado. En otras ocasiones raramente llegaban viajeros y todos los habitantes sabían muy bien la apariencia que tenían, cómo iban vestidos, qué animales traían consigo y cuáles eran los que llevaban. Si se sospechaba que alguno de los caballos que llevaban había sido robado por el camino, se les capturaba antes de tres días de viaje o tal vez dos horas después de su partida.

Por esta razón, en los días ordinarios se hallaban los rebaños tan seguros en la pradera como podían estarlo en sus corrales. Pero cuando los dos pueblos, separados

entre sí por la gran pradera, celebraban sus fiestas, los propietarios de los rebaños tenían que permanecer sobre sus monturas día y noche, durante la última semana de festejos, para protegerlos.

A los carreteros les ocurría lo que a los marinos cuyo barco se encuentra en el puerto cargando o descargando, quienes, lejos de descansar, como suelen imaginar los inocentes hombres de tierra, se ven obligados a trabajar más duramente que cuando su barco se halla en el mar.

Una vez que han bañado, curado y alimentado a los bueyes, tienen que dedicarse a las carretas, pues si en el curso de las doce semanas siguientes sufrían alguna avería se ganaban una andanada de dulces palabras.

«¡Grandísimo pendejo! Tuviste dos largas semanas en Balún Canán para roncar y emborracharte y no pudiste arreglar tus carretas. Esta rueda rota te costará un mes de salario, para que aprendas a cumplir con tu deber —diría don Laureano—. ¿Por qué crees que te pago treinta centavos diarios? Debería romperte un palo en las costillas, ¡piojoso, hijo de puta!»

Y hay que ver en qué estado se encuentran las carretas después de medio año o de un año entero de recorrer los caminos sin descanso.

Fueron construidas hace doscientos años, y aunque todo el material empleado en su construcción hubiera sido nuevo, a la fecha ni una sola de sus tablas o de sus clavos era el mismo. Primero, la rueda derecha se había desbaratado; en seguida, la izquierda; después la lanza y el cuerpo. El material con que se sustituía el inservible podía ser de cinco semanas o de cuarenta años, de acuerdo con la fecha en que se iba empleando, y, por tanto, la durabilidad no era uniforme.

Para determinar qué parte de la carreta saltará en pedazos durante el viaje y poder renovarla oportunamente, es necesario tener el ojo práctico y un profundo conocimiento de la historia de cada carreta.

Don Laureano sabía perfectamente que algún desperfecto ocurriría en cada viaje, aun cuando él no fuera con la caravana y los muchachos nunca hablaran de ello. Un carretero jamás traiciona a otro, aun cuando se ganara así el aprecio de su amo. Ello va contra su naturaleza; nunca le pasa siquiera por la imaginación semejante ruindad.

Muchas veces riñen como demonios en el camino o en los campamentos. Los cuchillos y los machetes entran en acción. La sangre fluye libremente, entre imprecaciones y rostros iracundos. En todos los rincones del mundo, la gente vulgar encuentra un peculiar deleite aplastando la cabeza de sus semejantes; por ello la cabeza del amo queda a salvo, porque toda la rabia acumulada bajo la influencia de su desesperada condición económica encuentra su escape en esas riñas fraternales. Esto determina la falta de ímpetu y de sano coraje cuando se presenta la oportunidad de revolucionar el sistema económico de una vez por todas, promoviendo un estado de confusión prometedora.

Nunca cambiaría el estado de cosas a través de la acción ordenada y digna de admiración; el único camino a seguir es la agitación y el rompimiento de todo orden. Nunca quedaba rencor en los carreteros después de sus violentas riñas; ninguno de ellos pensaba en la revancha o en denunciar a su compañero; eso iba en contra de su código de honor.

Sin embargo, don Laureano siempre se enteraba de lo que ocurría en el camino y de sus causas; siempre había viajeros a caballo que se cruzaban con las caravanas o hacían alto en los mismos lugares que éstas y quienes, naturalmente, se enteraban de lo que ocurría. Cuando llegaban a Socton y encontraban a don Laureano por la calle, o tenían que hablar con él por cuestiones de negocio, le decían: «Vi una de sus caravanas parada en el camino próximo a Socton, don Laureano; había tenido que detenerse.» «¿Qué ocurrió, don César?» «Una rueda rota y un buey huido. ¡Sólo Dios sabe todo lo que los muchachos tuvieron que correr para cogerlo!»

También los traficantes o sus familiares que viajaban en las carretas de don Laureano solían quejarse diciendo: «Créame, don Laureano; lo que ocurre con sus carretas es un escándalo. Por tres veces se hundieron en baches porque los muchachos se quedaron dormidos. Son muy perezosos; la próxima vez mejor me arreglaré con don Mauricio.»

O bien algún comerciante de Shimojol escribía a don Laureano quejándose de que sus mercancías habían llegado dos días tarde.

Entonces don Laureano preguntaba al encargado: «¿Por qué se retardaron en el camino?»

Y era menester decir de quién era la carreta que había sufrido la avería y quién el responsable a fin de multarlo con uno o dos meses de salario. Esto significaba que aun cuando trabajara duramente, y viviera en medio de la mayor miseria y se negara hasta el placer más insignificante, la carga de sus deudas nunca disminuía, bien por el contrario, aumentaba con cada día que pasaba. Y mientras la deuda existiera, tendría que trabajar para el amo, que era su acreedor. Se veía imposibilitado de procurarse otro trabajo que le proporcionara mejor salario, un trabajo menos duro y la esperanza de librarse, de independizarse y hacer lo que más le conviniera para vivir mejor.

Si alguna rueda se rompía o alguna carreta se salía del camino, ello significaba no solamente la pérdida de medio día, con el consecuente retardo en la entrega de las mercancías, sino el daño de las mercancías cargadas en la carreta. Cuando se trataba de porcelana o medicinas, éstas podían llegar a poder de su consignatario inservibles, debido a la negligencia del carretero. Y si la rotura ocurría al atravesar un río y las mercancías cargadas no resistían la humedad, la carga completa se perdía. La pérdida no era soportada por el comerciante que hiciera el mal empaque, ya que toda su responsabilidad cesaba en cuanto entregaba las mercancías. Ello se estipulaba expresamente en el contrato. La responsabilidad sobre el arribo en buenas condiciones de las mercancías iba por cuenta del contratista, quien desde luego podía rehusarse a recibirla mal empacada, pero en ese caso otro contratista hubiera tomado

la carga y don Laureano habría perdido el cliente.

Entonces, ¿para qué tenía a su servicio carreteros experimentados a quienes pagaba buenos salarios? ¿Por qué se había él hecho cargo de las deudas que éstos tuvieran con sus amos anteriores cuando habían solicitado trabajo de él para mejorarse? ¿Para qué los trataba como a hombres libres en vez de tratarlos como a esclavos? ¿Por qué todas esas deferencias de parte de un amo civilizado si sus trabajadores no sabían corresponderle cuidando sus intereses?

Era, pues, absolutamente justo que las pérdidas por accidentes en el camino fueran cargadas a su cuenta. Si ellos cuidaban en forma adecuada de sus carretas, si conocían bien el camino y no se dormían, no habría que lamentar pérdidas y daños. Si las carretas se retrasaban, si alguna rueda se rompía o las mercancías se echaban a perder, todo ello se debía únicamente a la negligencia de los carreteros.

La negligencia nunca debe fomentarse. Y sería tanto como excusarla si los carreteros no fueran responsabilizados por las pérdidas debidas a su descuido. Él no les pagaba para que bebieran y durmieran, sino para que trabajaran en provecho suyo. ¿Adónde irían a dar el mundo y la civilización si los trabajadores hicieran lo que les diera la gana? A cada trabajador se le ha dado una cabeza para pensar. Él no haría responsable de las pérdidas a los bueyes; eso sería una bobería, pues ningún hombre considera racional a un buey. Por ello no se pagan salarios a los bueyes. En tanto que si a un carretero se le pagan salarios es precisamente porque puede raciocinar, y si se les pagaba un salario era precisamente para que usaran la cabeza en beneficio de su amo.

Tomando en consideración el estado de las carretas, solo había una forma de evitar las averías, y ella era reemplazarlas por otras. Pero como algunas de las partes de cada carreta eran casi nuevas, porque se les habían sustituido uno o dos meses atrás, ello hubiera sido una insensatez intolerable para el capital, un dispendio que ningún hombre de negocios podía tolerar.

Si don Laureano tenía necesidad de aumentar el número de sus carretas debido al exceso de carga, trataba de poner en servicio las que habían sido retiradas, y sólo cuando se convencía de que era imposible repararlas ya, y cuando no podía comprar algunas usadas que sirvieran, se decidía a mandar construir algunas nuevas.

Así, pues, no había esperanzas para los carreteros, quienes llegaban al convencimiento de que lo único que podían hacer era remendar su carreta cada vez que tuvieran tiempo de hacerlo. Esto hubiera sido bastante fácil si don Laureano les hubiera proporcionado material o dinero para obtenerlo. Cierto era que cuando las carretas se hallaban en el corral era fácil conseguir madera nueva para remendarlas. Además, cada caravana llevaba algunas lanzas y ruedas de refacción durante los viajes; pero ocurría muchas veces que las caravanas no volvían a su punto de partida sino después de dos o tres meses, durante los cuales viajaban continuamente entre

Arriaga y Tulum o entre Jovel y Balún Canán, o en cualquier otro sitio en que el tráfico las ocupaba.

Nunca se proporcionaba a los carreteros dinero para comprar material.

«Ni que yo fuera tan tonto —decía don Laureano—. Los muchachos se emborracharían en la primera tienda que encontraran al paso o jugarían los centavos; yo los conozco bien.»

Tal vez tenía ya experiencia en ello; pero el hecho era que a los carreteros jamás les confiaba dinero. Les entregaba vales para que pudieran obtener en el camino maíz para las bestias. Los vales firmados y sellados por él eran aceptados en todo el estado, como si se tratara de dinero contante y sonante.

Los bueyes tenían que estar bien alimentados, porque sería imposible culpar a un carretero de que se extenuaran en el camino, de que comieran yerbas venenosas o fueran atacados por alguna serpiente. Los que rehusaban ponerse en pie no podían ser remendados, y a los carreteros nada les quedaba que hacer. Cualquier cosa que ocurriera a un buey le ocurriría por voluntad de Dios, quien no pierde de vista ni al más pequeño de los gorriones para estar pendiente de que ni una pluma de su cola caiga sin expreso mandato suyo.

Como los carreteros no tenían ni dinero ni vales para obtener material para reparar sus carretas, habían de encontrarlo en cualquier forma. Debían mantener las carretas en buen estado si no querían ser multados con un mes de salario. Por eso empleaban todos los medios para conseguirlo. Y ni aun la creencia reciamente arraigada en su mente de un terrible castigo en el más allá lograba detenerlos ante el empleo de medios condenados por las leyes del cielo, de la tierra y especialmente del Estado. Tenían que pensar antes que nada en evitar una avería, porque el primer deber de un leal, obediente y buen servidor es servir a su amo, proteger sus intereses y evitarle toda pérdida. Lo demás no importa.

Las diferentes partes de una carreta no se colocaban al mismo tiempo y no eran de la misma clase de madera. Cada carreta era un verdadero muestrario de maderas en el que había magnolia, ébano, cedro, ocote y pino que los carreteros conseguían durante sus viajes.

A unos cuantos kilómetros de Balún Canán, en el camino a El Puente, había un magnífico bosque de pinos con los mejores árboles imaginables. Fue sin duda la belleza de ese bosque la que movió a los indios de la antigüedad a ofrecerlo como morada a sus dioses, y en el centro de él construyeron pirámides y erigieron altares en su honor.

No es de suponerse que los dioses indígenas habiten aún el bosque, pero las pirámides todavía se encuentran en su sitio.

El bosque no pertenecía ni a don Laureano ni a sus carreteros ni a nadie que acampara en la pradera cercana para reparar su carreta.

Los carreteros no tenían tiempo de ir a contemplar las pirámides. No les interesaban. Su interés estaba enfocado en el estado de sus carretas. Nada bueno resulta de que los proletarios se interesen por algo que esté fuera de su trabajo. Ellos tienen que trabajar y está bien que dejen las pirámides y la historia a aquellos a quienes el Estado selecciona para llevar a cabo la tarea de arreglar la historia del mundo y llenar los requisitos que ella demanda. El bienestar, la paz pública y el buen orden del Estado se hallan asegurados cuando el zapatero se dedica a sus zapatos y el trabajador es un servidor obediente que deja a los expertos la tarea de suavizar los problemas de la vida económica.

Las pirámides se hallaban muy lejos del sitio en que paraban los carreteros, y ellos se internaban en el bosque solamente lo necesario para obtener la madera que necesitaban para la manufactura de sus lanzas, cuñas y yugos. Cuando la encontraban, llevaban a los bueyes para que arrastraran lo que habían manufacturado y volvían a su tarea.

El propietario del bosque se encontraba por aquel entonces glorificando a San Caralampio en los brazos de una cantinera, y no le importaba mucho saber quién le robaba la madera.

Pero había otras cosas que los carreteros necesitaban con urgencia para conservar en buen estado las carretas de sus amos. Por ello, durante la noche, arrastrándose por la pradera, daban alcance al ganado, destazaban alguna pieza y así se hacían de pieles para sustituir las correas podridas.

Los carreteros nunca robaban para sí, aunque hubieran podido robar pollos y puercos en el camino para darse alguna buena comida de la que tan necesitados estaban. Sin embargo, ya que habían destazado alguna cabeza para robar la piel, poco quedaba por agregar a su pecado si se llevaban un buen trozo de carne al campamento.

Todas las caravanas que hacían alto en el lugar se hallaban en las mismas circunstancias, y todas necesitaban pieles. Y en esa forma, para respaldar los intereses de los propietarios de carretas, se hacían robos de ganado.

Los carreteros se veían en trances muy duros cuando eran sorprendidos robando madera. Generalmente alguien descargaba sobre ellos su furia y solía caerles una verdadera lluvia de golpes que se les propinaba con fuete. Pero en tratándose de la destrucción de ganado, la cosa era más seria, pues significaba la cárcel. Verdad era que don Laureano no permitía que sus carreteros fueran a prisión, porque necesitaba de su trabajo y no quería que le dejaran deudas pendientes. Si nada le hubieran debido, posiblemente no se habría preocupado mucho. Pero tenía que rescatar su capital. Así, pues, cuando había dificultades pagaba al propietario del ganado por la res destazada, daba al alcalde y al jefe de la policía veinte pesos en prueba de amistad y así rescataba al carretero de la cárcel municipal. Después todos los gastos eran cargados al carretero, y con todo derecho, ya que don Laureano nunca les aconsejaba que robaran madera, destazaran al ganado, quitaran clavos de donde los hallaran y

robaran hierro a los herreros durante la noche. Don Laureano jamás hubiera dado semejantes órdenes, aun cuando una de sus caravanas estuviera en peligro de detenerse durante toda una semana. Él era un miembro altamente respetado y bien estimado de la comunidad. Tenía temor de Dios y de su santa Iglesia, y aun cuando las leyes de la tierra pudieran ser bastante elásticas en favor de los propietarios, él las respaldaba, ya que protegían sus bien adquiridas posesiones, manteniendo en orden a quienes nada poseían.

A pesar de todo eso, los carreteros que acampaban en la pradera contribuían a que sus carretas se mantuvieran en buen estado.

El problema de la adquisición de material necesario había sido en aquella ocasión más sencillo de lo que ellos esperaban, pues todos aquellos que habrían podido interponerse se hallaban festejando devota y salvajemente a San Caralampio.

Finalmente pudieron disponer de algunos días para gozar de la fiesta en vez de permanecer en la lejana pradera, adonde solo llegaba el tañer de las campanas y el estruendo de los cohetes.

Como todos los que se dirigen a una fiesta, llevaban la infundada esperanza de que algo de extraordinario interés ocurriría o que algo bueno les caería llovido del cielo. Pero en esas ocasiones nunca ocurre nada sorprendente si uno lo espera.

De cualquier forma, los carreteros estaban desesperadamente ansiosos de ver, oír y escuchar algo que no fuera el interminable camino, el rechinar de las ruedas y el olor de los bueyes.

Hasta una persona inteligente se volvería buey si solamente viera bueyes de día y de noche.

IX

La tarde estaba avanzada. La fiesta de San Caralampio se hallaba en su apogeo. En la plaza, frente a la catedral, se congregaba una gran cantidad de gente. Graznaban como manada de gansos. Gritaban, aullaban. Del tumulto se elevaba un verdadero clamor. Los borrachos cantaban con toda la fuerza de sus pulmones.

Aquí y allá tocaban algunas bandas. Los músicos caminaban descalzos y vestían calzones remendados y camisas rasgadas de franela.

Una marimba tocaba a las puertas del circo que había instalado sus lonas en el extenso patio de una casa solariega, situada en una de las calles laterales. Otra tocaba en la plaza, frente al cabildo. Cada diez minutos los policías tiraban de un borracho para hacerlo entrar al cabildo y encerrarlo. La mayor parte de los borrachos eran peones o campesinos indios. No podían pagar multa, y en lugar de ello trabajaban. A la mañana siguiente, cuando despertaban de su borrachera, se les daba a beber café negro endulzado. Tan pronto como lo bebían, se les hacía salir a barrer las calles y plazas bajo el ojo vigilante de un policía con el rifle cargado. Cuando terminaban la tarea, se les daba nuevamente café, acompañado de un taco de frijoles.

La limpieza de las calles se incluía en el presupuesto municipal con precisión infalible, calculando el monto diario de los salarios que causaba. Pero siempre había indios extraviados a quienes, borrachos o no, era fácil arrestar. Por lo tanto, ni el alcalde ni el tesorero tenían necesidad de pagar los salarios, jamás omitidos en los libros.

Desde luego que también se incluía en las cuentas el costo de la alimentación de las personas arrestadas. Y a juzgar por las anotaciones de los libros, la vida en la prisión era muchísimo mejor que la de cualquier ciudadano de posibilidades. Al prisionero se le daba carne, huevos, fruta y cigarros, de acuerdo con lo anotado en los libros.

Es realmente sorprendente que los peones no se dejaran arrestar diariamente, pues en ningún lugar de la tierra podían esperar vida mejor que la que la cárcel les ofrecía.

La plaza que se hallaba enfrente de la iglesia estaba sumamente baja. Durante la época de lluvias permanecía inundada días enteros.

En aquella ocasión se encontraba llena de barracas, puestos de refrescos, galerías de tiro, mesas de juego y rincones para jugar dados. Los corredores que quedaban entre las barracas y los puestos eran tan angostos que la gente que llenaba la plaza difícilmente podía abrirse paso con los codos. Continuamente había empujones y rozones. Esto daba la impresión de que había muchos miles, aun cuando si se hubieran contado probablemente no llegaban a tres mil, cuando mucho.

¿Qué deseaban todas aquellas gentes que se empujaban y rozaban estropeándose? Ni ellos mismos lo sabían. Nada había allí que no hubieran podido comprar en

mejores condiciones y más barato en cualquier tienda del pueblo, y, sin embargo, en todos los ojos brillaba la esperanza de encontrar monedas de veinte pesos a cambio de uno.

Cualquier cosa que compraran no la obtenían porque tuvieran la menor necesidad de ella, sino simplemente porque la tenían enfrente y tenían deseos de derrochar o porque algún vendedor hábil los había convencido de que solamente él y nadie más en el mundo podía ofrecerles un artículo similar en mejores condiciones, y de que debían considerarse afortunados de encontrarse presentes en el momento oportuno, pues de haber aplazado la compra, con seguridad al día siguiente la gran oportunidad de su vida habría huido.

Las gentes parecían sufrir de intoxicación. Los gritos, el ruido, la música, el pregón de los comerciantes ofreciendo sus mercancías, se les subían a la cabeza, y compraban y compraban como si estuviera próximo el fin del mundo. Perdían todo control sobre sus acciones y sobre sí mismos. Estaban ofuscadas y el poder de la reflexión serena los había abandonado. Así, pues, compraban sin sentido y discreción. Compraban cosas horrorosas y carentes de todo valor. Compraban y compraban, porque a su alrededor únicamente veían gentes que parecían vivir solo para comprar.

Lo mismo ocurría con las galerías de tiro y las barracas en las que se derribaban a tiros gatos negros de cartón. Por diez centavos se tenía derecho a tirar al blanco con una escopeta de aire. Si algún tirador lograba hacer tres tiros buenos, ganaba un feísimo florero ornamentado con dibujos tortuosos. Aquellos floreros costaban veinte centavos en cualquier mercado, y nadie, con algún sentido estético, habría jamás comprado uno. Aun allí en donde todas las cosas estaban treinta años pasadas de moda, muy escasas tiendas habrían podido abrigar la esperanza de vender a sus clientes uno de aquellos floreros o cualquiera de los objetos ofrecidos como premios en las galerías de tiro. Sin embargo, el que ganaba alguna de aquellas chácharas la consideraba como un verdadero regalo, que se llevaba y acomodaba en casa, aunque quedara fuera de todo lugar, y nadie tenía el valor suficiente para tirar el hermoso florero al bote de la basura. Se intentaba usarlo como florero, pero tan pronto como se le ponían las flores se volcaba, y flores y agua caían irremediablemente, porque el fabricante checoslovaco había pensado más en darle una apariencia costosa que en dotarlo de las proporciones convenientes. Así quedaba fuera de lugar en la casa del tirador, ya que no podía llenar propósito alguno. No se le rompía y pasaba de generación en generación, y de esta manera el gusto de las gentes se iba perdiendo de tal modo que cada generación se esforzaba por ganar uno de aquellos floreros pagando veinte veces diez centavos por el derecho a sus tres tiros.

De ninguna manera era sencillo ganar algo en las galerías de tiro. Resultaba una pura casualidad, que ocurría generalmente cuando el tiro se dirigía a cualquier parte que no fuera el blanco. Las escopetas de aire estaban arregladas en tal forma que aun los tiros bien lanzados raramente acertaban. El propietario de la galería podía cargar con los floreros, tazas de afeitar y abanicos chinos de Herodes a Pilato. Sus

despertadores e imágenes de la Virgen María rodaban con él por cuarenta fiestas y ferias diferentes durante dos años. Y cuando se le encontraba nuevamente, era fácil convencerse de que aún conservaba los mismos floreros y despertadores. Y allá iban las gentes a pagar sus diez centavos por tres tiros, para ganar un despertador oxidado y maltratado por el continuo empaque y desempaque que había sufrido.

Pero el dueño de la galería era bondadoso. Si alguien había tirado y tirado esforzándose con testarudez sin que sus tiros, aun cuando bien lanzados, dieran en el blanco, el hombre lo animaba con una sonrisa diciéndole: «Otra vez, caballero; tal vez la próxima sea más afortunado», y prendía al tirador una medalla que habría de distinguirlo como buen tirador entre la multitud, convirtiéndolo en un hombre de gran importancia.

También se podía aspirar a cajetillas de cigarros que se obtenían a tres pesos ciento y que cualquiera podía comprar pagando seis centavos por la cajetilla. Pero cuando la fiesta se desarrollaba, la gente pasaba grandes trabajos para asegurarse una de aquellas cajetillas pagando diez centavos por sus tres tiros.

Cuando habían botado su dinero en aquella forma insensata, trataban de reponerse en las casas de juego y en las mesas de ruleta. ¡Era tan fácil obtener cinco pesos de un golpe, con solo pagar veinticinco centavos! Era una oportunidad que no debía dejarse escapar, y todos debían mostrar su agradecimiento al hombre de la ruleta por haber concurrido a la fiesta y dado a la gente la oportunidad de enriquecerse repentinamente sin necesidad de trabajar.

Todos los concurrentes a la fiesta sabían que la galería de tiro y las mesas de dados estaban atendidas por verdaderos ladrones, y que las escopetas de aire estaban arregladas para que el tirador nunca pudiera dar en el blanco y carecían de fuerza para volcar los paquetes de cigarros a los que se apuntaba, a menos que el dueño de la galería los equilibrara de tal modo que el más leve golpe pudiera tirarlos, pues era necesario perder un paquete de vez en cuando para entusiasmar a los concurrentes. Hasta el hombre de los gatos negros colocaba algunas veces un frijol bajo las repisas de madera, para que los gatos acomodados sobre ellas cayeran y el tirador arriesgara seis tiros más con la esperanza de ganar un reloj de oro.

Pero el hombre de la ruleta era diferente; todos sabían que era una persona honorable. Cualquier persona que colocara su dinero en ella podía hacerla girar. No había ningún robo en ello, la policía no lo habría permitido. Lo notable era que el único hombre que ganaba realmente y hacía dinero era el ruletero. Si no, ¿por qué habría él pagado los altos impuestos que le cargaban? Y, además, tenía que vivir. Sin embargo, todos los que apostaban sus pesos lo hacían con la firme convicción de que el ruletero no tenía más interés que el de hacerlos ricos. Y cuando los jugadores, a pesar de su obstinación, en lugar de hacerse ricos perdían cuanto tenían y decían no tener suerte, solo se culpaban a sí mismos e insistían en que todo se debía a su mala suerte, porque nunca habían sido afortunados. Verdad es que los jugadores hábiles sabían que no podrían ganar más de un peso al hombre de la ruleta, porque conocían

perfectamente que si algún riesgo hubiera para él no estaría allí. Los jugadores hábiles jugaban solo para sus compañeros y para hacer que el ruletero compartiera un poco sus ganancias. Se pegaban horas enteras a la ruleta y jugaban siguiendo algún sistema. Ganaban con alguna frecuencia, y ello entusiasmaba a los otros jugadores, pues el hombre de la ruleta solía pagar diciendo en voz bien alta: «Tenga, caballero; allá van otros cinco pesos que se lleva usted por su tostón. Usted me arruinará; mañana tendré que cerrar el establecimiento. Tengo que sostener a mi familia, pero soy hombre de palabra. Apuesten, caballeros. Se fue… rrrrr… ¡Quince negro! ¿Quién tiene el quince negro? ¿Nadie? Otra vueltecita. Caballeros, hagan sus apuestas.»

Los jugadores hábiles ganaban ciertamente. Veinte pesos, treinta, pero deseaban ganar cien antes de parar, y cuando la barraca se cerraba a la una de la mañana, el hombre de la ruleta era el único que había ganado algo. Los jugadores hábiles quedaban desplumados como los tontos, y, como siempre, el único aprovechado era el montero…

Todas las barracas en que se jugaba, incluyendo las de la ruleta, en las que se jugaba dinero en efectivo, tenían licencia hasta las nueve de la noche, y solo a condición de que cerraran a esa hora les había sido concedida la licencia. Pero resultaba que no era sino después de las nueve de la noche, hora en que los caballeros enviaban a sus mujeres a la cama y eran dueños de sí mismos, cuando empezaba a animarse el negocio.

El jefe de la policía mandaba a un gendarme para que les dijera que era tiempo de cerrar la ruleta. Entonces el propietario la dejaba encargada a su ayudante y se dirigía a la cantina en que el jefe se encontraba. «Jefe, tómese una copita», le decía. Y sin esperar la respuesta del gran hombre, ordenaba dos buenos vasos de comiteco añejo, y una vez que los vaciaban, ordenaba otros dos. Cuando se hallaban medio vacíos, sacaba cinco pesos de su bolsa y los colocaba en la palma de la bien abierta mano del comisario, guiñando un ojo y diciendo:

—Usted es un hombre de familia, jefe; ahí tiene para los niños.

Hasta las diez de la noche ningún policía se acercaba a la ruleta, y todos jugaban alegremente. De acuerdo con las condiciones estipuladas en la licencia, nadie podía jugar más de cinco centavos al mismo tiempo, pero podía poner cinco centavos en diez números diferentes o en tantos cuantos quisiera. Antes de las siete de la noche, el ruletero veía con mirada severa cuando mucho un peso. A las diez, solo cinco pesos eran aceptados. Y entonces era cuando hacía su aparición el policía para anunciar que aquél debía ser el último juego; lo demás estaba prohibido. El propietario daba un peso al policía y se dirigía una vez más a la cantina en que podía estar el comisario, al que encontraba sin pérdida de tiempo. Era maravilloso cómo acertaba siempre con la cantina. Pedía otros dos vasos de comiteco añejo, pero entonces tenía que dar diez pesos para la familia.

Pero aquello no era todo; el comisario hacía un movimiento indicando a un hombre que se hallaba sentado en una mesa con una botella de cerveza enfrente, y

decía:

—El presidente municipal.

El hombre de la ruleta comprendía en seguida y se dirigía a aquél, diciendo:

—¿Cómo está usted, señor presidente?

—¡Ah, don Claudio!, ¿qué tal? ¿Cómo va el negocio? A propósito, debo decirle que por ningún motivo podemos permitir que se juegue después de las nueve; ya usted conoce los términos de su licencia.

—Cerraré en seguida, señor; solo uno o dos juegos más, porque hay allá algunos caballeros que insisten en la revancha y es difícil negársela; están excitados y pueden armar pleito, sacar los revólveres y hacer algunos tiros.

—Tiene usted razón, don Claudio —convenía el presidente—. En esas circunstancias puede usted seguir, pero no por mucho tiempo. ¿Quiere una botella de cerveza?

—Perdóneme, señor presidente —decía el hombre de la ruleta, declinando con todo tacto la invitación, que no había sido seriamente hecha—. A propósito —agregaba—, me he enterado de que está usted construyendo un hospital aquí. ¿Me permite usted que contribuya con algo?

—Doy a usted las gracias en nombre del pueblo —contestaba el presidente.

El hombre de la ruleta sacaba de la bolsa cinco monedas de oro y las deslizaba en la mano que el alcalde descansaba en la mesa, quien las hacía desaparecer antes que el hombre volviera a meter la mano en la bolsa de su pantalón.

—Con su permiso, señor presidente; debo apresurarme a regresar antes de que algo desagradable ocurra en mi mesa.

—Bien, don Claudio; pero recuerde, no debe prolongarse mucho.

A la una de la mañana el juego estaba en su apogeo. Los finqueros jugaban, pues todos aquellos que solo podían apostar un peso habían sido retirados y no se les vendían fichas porque la apuesta menor era de cinco pesos. Como se jugaba con fichas, resultaba muy sencillo para el propietario decir que valía solo cinco centavos, si por casualidad aparecían por allí el presidente municipal o el comisario para hacer cumplir la ley.

Nadie, aun estando dotado de doble vista, habría podido con solo mirar las fichas determinar su valor.

El comisario, después de una tercera entrevista en la cantina, había dado instrucciones a sus hombres para que fueran tras los borrachos y los camorristas, y dejaran en paz a los finqueros que jugaban a la ruleta.

También al presidente municipal se le había hablado tres veces respecto al hospital, por lo que había decidido retirarse a dormir, dejando el pueblo en manos de los finqueros jugadores. Él pueblo en sus manos estaba a salvo, porque ellos cuidaban de que la ley y el orden se respetaran; sabían que Dios estaba en los cielos y que todo en el mundo se hallaba en regla.

X

Andrés llegó al pueblo ya avanzada la tarde.

La multitud se hacía cada vez mayor. El pregón de los vendedores era cada vez más penetrante. De todas partes surgía un murmullo de voces. Nadie sabe por qué, pero es una característica humana; cada vez que los hombres se reúnen gustan de gritar. Todos pretenden gritar a su vecino porque cada cual tiene la convicción de que lo que ha de decir tiene mayor importancia que lo que su vecino trata de expresar.

«Aquí, aquí, vea la seda legítima de Francia, la más barata.»

Y la seda genuina de Francia que el gritón vendedor exhibía haciéndola ondular estaba fabricada con henequén de Yucatán. Y como era pregonada en voz alta como seda legítima de Francia, las mujeres que se hallaban cerca lo creían, pues pensaban que era imposible que un hombre mintiera en voz tan alta.

Este traficante de sedas era un árabe venido de Tabasco, quien hacía mucho tiempo vivía en el país y sabía perfectamente cómo embaucar a los mexicanos de los pequeños pueblos.

Cerca de él se hallaba un cubano vendiendo medicinas. No había enfermedad para la que él no tuviera un remedio eficaz. Raíces, yerbas, píldoras, extractos, aguas.

Un español vendía sobre una mesita polvo peruano para los dientes. Ese polvo —afirmaba— había sido usado por los incas, y él lo había sacado de las catacumbas de Perú y de Bolivia. No había una gran cantidad de ese maravilloso polvo, solo algunos cientos de kilos, y en cuanto los vendiera, los que no compraran tendrían que lamentar no haber aprovechado la oportunidad. Y les aconsejaba comprar cinco paquetes de una vez en lugar de uno solo, asegurándoles que era aquélla la mejor inversión que podían hacer.

Cuando terminaba su pregón, jalaba algún chiquillo indio de los que le rodeaban, y obligándole a abrir la boca, mostraba sus dientes sucios, verdosos, le pasaba la mano por la cara como los hipnotizadores, moviéndole en todas direcciones a la vista de los curiosos, y finalmente frotaba sus dientes con un dedo mojado y cubierto con una pequeña cantidad del polvo.

«Con estos polvos, señoras y señores, no se necesita cepillo. Con estos maravillosos polvos de los incas no hacen falta más que los dedos», decía mientras frotaba con los suyos los dientes del chico. Después de frotar, gesticular y hablar, hacía que el niño se enjuagara la boca, se la abría más de lo normal y, volteándole la cabeza de un lado para otro como si fuera un muñeco, mostraba sus dientes de blancura extrema a los presentes, quienes quedaban convencidos de que los polvos peruanos eran lo que siempre habían necesitado y a cuya falta debían sus malos dientes, y compraban cinco paquetes de una vez, porque uno solo no les podía durar toda la vida. Con ellos se aseguraban de no padecer más dolor de muelas.

Los cuatro inditos que servían para demostrar las bondades del polvo eran obligados a poner en sus dientes una pasta verdosa que un colega del vendedor

preparaba en un rincón. A cada uno de ellos le pagaban dos centavos por cada demostración, y tenían obligación de permanecer al alcance de la mano del vendedor.

Cerca del vendedor de polvos estaban instalados un guitarrista, un violinista y una mujer que tenía en las manos hojas impresas de color azul, amarillo, rojo y verde.

El guitarrista gritaba: «Oigan esta canción, señores; ahora cantaremos *Soy virgencita*.»

Se recargaba la guitarra en la rodilla, hacía algunos rasgueos y movía las clavijas. El violinista se le unía y la mujer empezaba a cantar. Ella cantaba una estrofa y los hombres la coreaban.

Cantaban suave, casi plañideramente, pero sus voces eran armoniosas y buenas. La mujer fingía leer la letra de su canción en una de las hojas impresas que tenía en la mano, aun cuando se la sabía de memoria.

Ella y los hombres habían cantado aquella canción y todo su repertorio por lo menos diez mil veces. Eran los típicos cantadores de corridos que de fiesta en fiesta recorren toda la República.

Cuando terminaban de cantar, se volvían a la multitud que los rodeaba y decían:

«El lindo corrido que acabamos de cantar, esta preciosa y sentimental canción que hemos tenido el gusto de ofrecer a ustedes, está a la disposición de todos los marchantes. Por un quinto pueden tener ésta y otra. Por un diez les daremos cinco, todas diferentes. ¿Quién las quiere? ¿Cuáles?»

Algunos pedían las hojas y se juntaban veinte o veinticinco centavos. Cuando las solicitudes terminaban, los cancioneros gritaban:

«¿Nadie más quiere la *Virgencita*?… Bueno, amigos, ahí les va otra, la más moderna: *Vida, hazañas y muerte del general Santana*. ¿O quieren que les cantemos *Los gringos en Churubusco*? Digan y cantaremos lo que ordenen.»

El violinista afinaba el instrumento y cantaba otro corrido.

Allí se detuvo Andrés; era aquélla la diversión más barata, pues cualquiera podía pararse y escuchar horas enteras los corridos de los cancioneros, sin verse obligado a comprar algo.

Dos de los corridos le gustaron y los compró, uno impreso en hoja verde y otro en hoja roja. Los leyó, dobló las hojas y las guardó en la bolsa de su camisa, junto con su cajetilla de cigarros.

Después pensó que era su deber entrar a la iglesia.

Las puertas de la iglesia estaban bien abiertas. De vez en cuando algunas notas del organito se mezclaban con los gritos mundanos de la plaza; pero más a menudo se escuchaba el cantar monótono de los fieles contestando a los curas.

Andrés sabía poco de la religión católica y menos aún de la cristiana; lo que entendía era bastante confuso. Lo único que conocía bien eran las ceremonias. Sabía persignarse y tocarse con agua bendita; sabía cuándo había de arrodillarse y cómo

contestar cuando se recitaba la letanía.

No sabía de la religión católica ni más ni menos que lo que su madre había podido enseñarle y lo que había podido captar y comprender en la casa de su amo.

Don Arnulfo y su familia tenían solo conocimientos rudimentarios de la religión, y éstos no iban más allá de las ceremonias y los padrenuestros y avemarias. Como todas las personas medianamente educadas, veían el asunto superficialmente y se concretaban a cumplir con el ritual, que en este país ocupa un lugar tan prominente que la verdad que hay detrás de él es olvidada.

La iglesia estaba construida a un nivel bastante alto de la plaza, de tal manera que de ella descendían los arroyos que en tiempo de lluvias convertían la plaza en lago.

No fueron los misioneros españoles quienes descubrieron primero aquel sitio excelente para construir su iglesia. Se concretaron a levantarla sobre los cimientos del templo piramidal indígena que había ocupado aquel lugar durante siglos.

Con pocas excepciones, las iglesias de México están construidas sobre los cimientos de los templos indígenas.

Frente a la iglesia se extiende un ancho pasaje empedrado, el atrio, que alcanza hasta más allá de los costados de la entrada principal.

Una gran cantidad de gente, hombres, mujeres y niños, ladinos e indígenas, ascendían y descendían por la escalinata.

Las mujeres, a quienes está vedado penetrar al templo con la cabeza descubierta, la llevaban envuelta en chales negros. Deben cubrirse el cabello porque el demonio, siempre al acecho de buenas ocasiones, puede valerse de él como vehículo para penetrar en la iglesia y hacer caer en tentación no solo a los hombres, sino hasta a los sacerdotes, a quienes puede orillar a concebir pensamientos pecaminosos.

Por el atrio discurrían no solamente los creyentes, sino un centenar de pordioseros que se sentaban en él de día y de noche. La Iglesia enseña a la gente a ser caritativa para mayor protección de la propiedad privada. Los desesperados y los hambrientos nada tienen que perder, están prontos a echarse sobre los bienes de los demás y hasta son capaces de hacer revoluciones. Pero como todos los hambrientos y desesperados no pueden ser apaciguados por la caridad, ésta, como todo, se convierte en un negocio como cualquier otro. Los creyentes no hacen la caridad espontánea y fácilmente. Como buenos hijos de la Iglesia, obedecen su mandato y dan al primero que se cruza en su camino con la mano tendida. Distribuyen un centavito aquí y otro allá, y con ello tranquilizan su conciencia.

El pórtico de la iglesia se encuentra poblado de vendedores de ceras, unas benditas y otras no; imágenes de santos, cuadernitos de oraciones, escapularios, rosarios y corazones, manos, piernas, burros, caballos, vacas y pares de ojos de plata. En el interior de la iglesia hay más puestos de milagros, que se extienden a lo largo de los muros, casi hasta el altar. La feria dentro de la iglesia era tan animada como la

de la plaza. La única diferencia consistía en que en la iglesia había menos gritos. Allí los negocios se hacían cuchicheando y acompañando el cuchicheo con vehementes ademanes.

Andrés subió los escalones, se quitó el sombrero de petate y entró en la iglesia. Metió los dedos en la pila de agua bendita y se persignó varias veces, arrodillado casi en la entrada, frente al altar. Así cumplía con los mandatos de la Iglesia católica, hasta donde él alcanzaba a comprender. Nada más había que hacer. Otros miles, y hasta mexicanos, no sabían ni hacían mucho más.

Pero Andrés era inquieto y su deseo de saber muy grande. Quería enterarse de cuanto ocurría en la iglesia. Había estado a menudo en otras iglesias, en Joveltó y en Socton; pero entonces era muy niño, sabía menos de la vida y todas las cosas le parecían nuevas y extrañas. Ahora era mayor y la compañía de los carreteros, algunos venidos de otros sitios, así como las ideas y opiniones que había captado algunas veces, habían enriquecido su experiencia. La vida que había vivido desde algunos años a la fecha no tenía secretos para él. Ahora, cuando las cosas habían perdido su extrañeza, las veía con claridad y plenitud. Ya había principiado a comparar los acontecimientos y las circunstancias con otros, y de allí hacía partir su crítica. Ya no se dejaba llevar por las palabras y las opiniones de otros. Escuchaba, consideraba el asunto, lo comparaba con hechos similares presenciados por él o sobre los que había oído hablar, y aceptaba sólo aquello que la experiencia adquirida le aconsejaba. Había empezado a pensar por sí mismo. Sus pensamientos se desviaban algunas veces, cometía errores y por ello sabía que el camino elegido no era el bueno; entonces volvía sobre sus pasos, rectificaba y tomaba un nuevo derrotero. Su trabajo se había aligerado a fuerza de conocerlo y no tener necesidad de pensar más en él. Así, su mente gozaba de mayor libertad. Podía sentarse durante horas enteras en la carreta, cuando el camino era bueno y todo marchaba bien, sin hacer otra cosa que pensar y pensar, dejando que sus pensamientos tomaran curso libre, sin trabas. Tenía sobre millones de seres la ventaja de que sus pensamientos no habían sido encauzados con algún fin preconcebido. Nadie había influido en sus pensamientos; podía abordar cualquier tema sin prejuicios y sin que lo que otros hubieran pensado o dicho sobre él le estorbara. Sacaba sus conclusiones después de observar los hechos al desnudo y hacerlos pasar por el tamiz de su experiencia. Miraba las cosas y los hechos no como eran descritos por otros, sino como eran o parecían ser para él.

Como sabía muy poco o, mejor dicho, nada acerca de la religión, la miraba, así como al ritual, plenamente, privada de velos y cortinajes que pudieran desviar su vista. Se hallaba libre de la supersticiosa creencia en milagros, tales como el nacimiento de la Virgen, la resurrección de los muertos, las caminatas por el agua, el alivio del hambre de cinco mil hombres logrado solo con dos pescados y cinco panes, la mutación del agua en vino, la ascensión a los cielos, y demás. Y si alguien hubiera

tratado de convencerlo de la realidad de esas cosas, no le habría creído. Tal vez lo único que no le hubiera parecido increíble era la aparición de Cristo ante sus discípulos después de su muerte, en el camino de Emmaus. Y no lo habría creído bajo la autoridad de la Iglesia, sino por el hecho de que en el jacal de su padre y de sus vecinos había oído hablar con frecuencia de aparecidos. Algunos decían haber visto aparecer a un tío después de muerto; otros hablaban de la aparición de una abuela enterrada largo tiempo atrás, o de un hijo asesinado. Sin embargo, ninguno de sus parientes o amigos se habían presentado ante él después de muertos. Pero como había crecido escuchando aquellas historias, tal vez habría creído en la aparición de Cristo después de su muerte ante algunas personas que le conocieran.

De todo esto se deduce que Andrés era un malvado idólatra que debería haber sido quemado para purgar sus pecados. Era un ejemplo de la sabiduría de la Iglesia que se apresurara a juntar sus rebaños cuando están tiernos, porque la niñez acepta todo tal como se le dice y carece de la facultad de pensar por sí misma y de separar lo posible de lo probable y lo imposible de lo simbólico. Cualquier idea que penetre en la mente de un niño antes de que esté capacitado para establecer su juicio echa raíces profundas en ella y va tomando mayores proporciones, alimentada por la novelería de la adolescencia. Más tarde, como el hombre no gusta de rectificar el pensamiento de su madre, quien le enseñara todas aquellas maravillas, les da cabida definitiva, y después, cuando llega a ser un útil miembro de la sociedad, se complace en reminiscencias sentimentales al escuchar a su esposa contando a sus hijos las mismas historias y enseñándoles a creer en ellas. Así, la Iglesia prospera y se regocija de esta forma sencilla de asegurarse a las nuevas generaciones en tiempo oportuno.

Después de que Andrés se arrodilló y se persignó varias veces, no encontró por qué detenerse en la catedral. Sin embargo se detuvo al ver que otros muchachos lo hacían, y aquellos otros parecían también no saber qué hacer allí, poniendo de manifiesto que si se hallaban en aquel lugar se debía únicamente a que no encontraban nada mejor que hacer. Estaban allí por la misma razón que Andrés, simplemente porque veían entrar a otros. Se amontonaban por el gusto de estar en rebaño.

Además, las gentes que se hallaban fuera ocupadas en sus intereses parecían no tener punto de quietud, en tanto que en la iglesia ellos encontraban la compañía que necesitaban para sentirse en rebaño.

Cientos de ceras ardían y se derretían no solo en el altar, en donde eran más numerosas, sino en todos los rincones de la iglesia. Ardían ante todas las imágenes vestidas de algodón con manto de felpa; ante todos los espantosos muñecos de madera con ojos saltones de cristal y cabellos humanos. Había docenas de gentes tan pobres que solo podían alumbrarse en sus jacales con astillas de pino, pero que se gastaban hasta el último centavo comprando ceras decoradas para encenderlas al santo de su devoción.

Muchas mujeres y niños se arrodillaban sosteniendo una vela entre las manos, y lo hacían así para que las figuras de madera y de cera se enteraran bien de quién se las ofrecía. Porque entre tantas ceras ardiendo, era muy difícil que el santo pudiera distinguir cuál era la ofrecida por quién, y tal vez hasta podría olvidarse de atender a sus ruegos.

Algunos cientos de personas se hallaban arrodilladas. Pero escasamente veinte de entre ellas eran hombres. En su mayoría eran mujeres, niños y jovencitas.

Cuando el hombre se somete a la influencia de la Iglesia y sus apóstoles, generalmente lo hace por cuestiones políticas o económicas. Trata de aparecer como brillante ejemplo de virtud y honestidad, pues ello constituye una ventaja para su vida pública o comercial. Gusta de inspirar confianza entre los borregos que pastorea. Bien experimentado tiene el buen resultado que da ser un devoto celoso. La mujer suele someter su ser entero a la influencia de la Iglesia, llegando hasta a desertar del lecho conyugal si el cura se lo ordena.

El hecho de que México, una república de carácter revolucionario, haya negado el voto a la mujer, cuyo nivel intelectual no es inferior al de la norteamericana, se debe al convencimiento de que las esperanzas de la Iglesia para restaurar su poder temporal sobre el pueblo que se librara de él revolucionando radica en la mujer.

El otorgar a la mujer derechos políticos en las actuales circunstancias significaría poner el país en manos de Roma una vez más.

Cuando se desee encontrar mujeres inteligentes en alguna iglesia de México, ya sea en la ciudad o en algún rincón remoto de la República, deben buscarse en los templos protestantes. La inteligencia femenina puede embotarse igualmente bajo la influencia de la Iglesia protestante o de la católica; ejemplo de ello son las intolerantes y fanáticas mujeres de los Estados Unidos. Pero la cuestión se debe a que en México el protestantismo carece de fuerza.

Todos los que oraban estaban arrodillados. En la iglesia había muy pocas bancas y se encontraban solo en la parte cercana al altar; pero todas habían sido vendidas o alquiladas a quienes podían pagarlas y no deseaban rezar al mismo Dios en las mismas condiciones de una india piojosa, a menos que se hallaran a respetable distancia de ella. Querer lo contrario sería esperar más de lo que es posible obtener de gente con dinero. Y en ningún lugar de la Biblia dice que un hombre que sabe hacer uso del pañuelo debe sentarse en la iglesia cerca de otro que no sabe. Por tanto, no hay por qué reprochar a los millonarios que ocupen reclinatorios de caoba acojinados en las iglesias que patrocinan.

La iglesia estaba embaldosada, pero sobre las losas habían extendido una gruesa capa de hojas de pino, cuyo aroma se mezclaba con el humo de las ceras y de los incensarios agitados de un lado a otro por los acólitos.

El humo velaba la iglesia; nada podía verse con claridad. Todo parecía flotar en la

niebla y esfumarse.

Las mujeres, cubiertas con chales negros, parecían, vistas por detrás, hileras de palos de boliche. Muchas de ellas llevaban escapularios que colgaban de su cuello por encima del chal, pendientes de una cinta azul. Algunas llevaban medallas. Las que ostentaban aquellas cosas eran particularmente devotas, y hasta viéndolas por la espalda se comprendía que habían desechado todo lo terreno y que ninguna tentación del demonio podría alcanzarlas.

Cuando en el altar nada ocurría, las mujeres cantaban: «Al cielo quiero ir…, al cielo quiero ir», infatigablemente y sin la menor variación, llenando la iglesia de un murmullo monótono, semejante al que se escucha en los templos budistas de la India y de China. Y si las palabras que dicen no se saben de antemano, resulta imposible desentrañarlas de aquel cantar monótono, cuyo recitado bien puede ser turquestano, japonés o malayo. Nadie podría determinarlo. El caso es que se avenía perfectamente a lo que ocurría en aquel momento.

Un hombre se paró enfrente, aunque realmente Andrés no estaba muy seguro de que se tratara de un hombre o de una mujer, ya que llevaba enaguas que lo distinguían de los hombres, quienes usan pantalones, significando que se trataba de alguien fuera de lo común. Andrés tuvo como primera impresión la de que se hallaba frente a un mago o algo por el estilo.

Aquel hombre se envolvía en un manto de brocado bordado de oro que cubría toda su forma humana. Aquel adorno costaba más de lo que todas las mujeres allí reunidas podían juntar en toda su vida de trabajo.

Andrés sólo veía el brocado de oro, porque el manto era tan amplio que no permitía ver lo que el hombre hacía con sus manos. Pero por los movimientos del manto podía deducirse que se hallaba entregado a toda clase de misteriosas manipulaciones. Tomó un candelero de plata que estaba cerca de su mano derecha y lo pasó al lado izquierdo. Después de murmurar un rato, volvió a mover el candelero pasándolo al lado derecho. Leyó en voz baja en un grueso libro abierto y colocado del lado izquierdo; luego, leyó de otro grueso libro colocado enfrente de él.

De tiempo en tiempo se inclinaba sobre sus libros y los acólitos agitaban el incensario.

De entre la densa nube de humo salió un hombre sencillo, indio de sangre mezclada, vestido con calzón y camisa de manta y calzado con huaraches. Se inclinó tres veces ante el altar y colocó otro manto de oro sobre los hombros del personaje que murmuraba y manipulaba. El nuevo manto era aún más costoso y espléndido que el anterior; estaba profusamente adornado con gemas largas y brillantes y bordados de oro y plata. Del personaje aquel colgaban riquezas que ni con el monto del presupuesto anual de todo el distrito habrían podido comprarse.

El hombre volvió a inclinarse repetidas veces y sacó de alguna parte un vaso de oro cubierto con un pañuelo de señora. Descubrió el vaso y empezó a moverlo de un lado a otro. Volvió a cubrirlo con el pañuelo y lo colocó en algún sitio de su mesa

mágica, después de lo cual se inclinó nuevamente. Luego sacó no se sabe de dónde una custodia de oro que agitó de un lado a otro. Finalmente volvió la cara, que tenía picada de viruela. Elevó la custodia con ambas manos y la multitud mostró un goce frenético. Todos los que se hallaban de pie cayeron de rodillas, y las mujeres envueltas tocaron con la frente el pavimento. El hombre movió la custodia nueve veces, tres en cada dirección. Cada vez que la movía, alguno de los acólitos, vestidos con túnicas rojas y capas de encaje blanco, hacía sonar un manojo de campanitas, y cada vez que éstas sonaban, las mujeres envueltas se inclinaban hasta el suelo y se golpeaban la frente con los dedos. Todo aquello era igual a lo que ocurre en los templos del Sureste de Asia. Cuando el sacerdote hace sonar el gong, todos los fieles se arrodillan, colocan las palmas de las manos abiertas sobre el suelo y tocan la tierra con la frente una y otra vez al igual que allí cuando las campanitas sonaban.

El hombre del manto de brocado y oro se volvió nuevamente al altar, agitó tres veces de arriba abajo la custodia, la colocó frente a él y volvió a inclinarse.

Cuando terminó volvió a tomar el candelero y a moverlo de derecha a izquierda, y comenzó a hablar.

Los creyentes respondían con un murmullo, pero ni un alma de las presentes entendía lo que aquel caballero decía.

Solo una tercera parte de los creyentes hablaba español; otra, español e indígena, y de la restante, la mitad hablaba tzeltal y el resto tojolaval. Sin embargo, al caballero aquel parecía importarle muy poco que le entendieran o no. Hablaba en latín.

Andrés hacía cuanto podía por encontrar la razón de todos aquellos procedimientos, pero ni por un momento lo dejaba la idea de que ninguno de los presentes sabía lo que aquel hombre hacía y por qué lo hacía. Todo parecía carente de sentido y consistente solo en un murmullo vacío.

Andrés no era culpable de que todo cuanto allí veía y oía no significara más para él que lo que veía y oía en las ceremonias religiosas indígenas a las que su padre le llevaba cuando era pequeño, y en las que se rogaba a los dioses que hicieran fértiles los campos y que protegieran los jacales de los peones de todo peligro, mala suerte, peste y espíritus tentadores. Los cultos católicos que ven oficiar a un sacerdote no encuentran en sus actos nada de mágico y carnavalesco, porque saben que todo aquello es meramente simbólico y posiblemente decorativo. Pero Andrés, como todos los indios, como toda la gran mayoría de las gentes incultas, no podía desentrañar su significado y sólo escuchaba un murmullo; miraba los diversos tocados magníficos y consideraba mágicas todas las manipulaciones.

Aquello era exactamente igual a lo que veía hacer a los brujos que murmuraban fórmulas incomprensibles de encantamientos e imprecaciones. No tenía él la culpa de verlo como brujería, de escuchar palabras encantadas y de considerar a la gente que lo rodeaba como a un rebaño enloquecido, gesticulando sin sentido en medio de una nube de humo.

Todos los traficantes que vendían sus mercancías en la iglesia cesaban de regatear mientras las campanas sonaban y se arrodillaban cerca de sus puestos, igual que todos los demás, tocando el suelo con la frente en humilde postración ante sus dioses. Pero su genio mercantil era tal, que ni aun en aquellos momentos olvidaban su negocio y no le quitaban la vista al puesto, temerosos de que alguien les robara una cera o alguna imagen. Algunos de ellos llegaban hasta a mirar disimuladamente a la mujer que intentaba una compra en el momento en que la custodia había sido elevada, haciéndole una seña con la mano, con la esperanza de no perder aquel negocio casi a punto de cerrarse.

Cuando la gran ceremonia terminaba, las ofertas y los regateos continuaban en voz más alta, ultimando los tratos que habían sido interrumpidos. Entonces la Iglesia empezaba también a hacer negocio. En México, como en los Estados Unidos, el Estado no exige tributo a la Iglesia, y con mucha razón la considera competidora en los negocios. Nadie va a la cárcel o sufre el embargo de sus bienes cuando deja de pagar su tributo a la Iglesia. En estos países, ella tiene que velar por sus intereses.

En los Estados Unidos, la Iglesia protestante organiza bailes con música de *jazz* y tómbolas, para las que un devoto fabricante de jamones ofrece su mercancía defectuosa, la que es vendida en beneficio de la Iglesia.

De hecho emprende sus negocios abiertamente, sin disimulo, admitiendo con toda franqueza que no puede vivir de la divina promesa de un paraíso futuro, ya que si el pastor deja de pagar el alquiler de su casa, lo lanzarán de ella como a cualquier ciudadano.

La Iglesia católica, que desecha el método de los bailes, la venta de besos y de ligas y el contrabando de alcohol, tiene que buscar otros medios.

San Caralampio, a quien se honraba con la fiesta, se hallaba arrodillado sobre un pedestal colocado en la parte central del muro izquierdo de la iglesia.

El santo era de madera y tenía una aureola alrededor de la cabeza. Tenía grandes ojos de vidrio y barba. Vestía una túnica azul oscuro. Se hallaba arrodillado, con el rostro frente al altar; lo que no estaba muy claro era si aquel altar era el suyo. Tenía las manos enlazadas y las elevaba en actitud de orar.

Por qué y a quién dirigía sus oraciones era cosa difícil de precisar, y nadie se preocupaba por saberlo. A todos bastaba el hecho de que se encontrara allí en persona. Muy pocos de los concurrentes a la iglesia lo miraban como a una fotografía o escultura. La mayoría —todos los indios y nueve décimas partes de los mestizos más pobres— estaban firmemente convencidos de que aquella figura era realmente el santo en persona, convertido en madera o momificado, cosa nada rara, ya que existen una gran cantidad de trozos secos del cuerpo de otros santos: cabellos, huesos, dedos, corazones picados y guardados en frascos de oro, y sesos conservados en cajas de ébano. Pero creyeran o no que aquella figura era el propio San Caralampio, todos, sin excepción, estaban absolutamente convencidos de que el alma del santo se había introducido dentro de aquella figura, eligiéndola por morada eterna. Si una oblea

puede tornarse, merced a una simple ceremonia, carne de Dios, no hay razón para dudar de que un santo pueda convertirse en figura de madera, obedeciendo sólo sus deseos o auxiliado por alguna ceremonia que tendría lugar probablemente varios siglos atrás, y gracias a la cual la figura y San Caralampio se convirtieron en un mismo ser.

Cuando terminó la misa, todos los congregados se pusieron en línea para que cada uno pudiera rendir homenaje al santo.

La túnica azul cubría totalmente el cuerpo del santo y caía en pliegues cubriéndole los pies descalzos, cuyas plantas se hallaban vueltas hacia afuera.

Todas las personas, cuando les llegaba su turno, se aproximaban a las plantas del santo, musitaban una oración o fórmula mágica, se inclinaban, y levantándole hasta los tobillos la túnica que las cubría, se las besaban tres veces. Después se persignaban, murmuraban otra oración y se retiraban, en tanto que la persona que les seguía se aproximaba.

A nadie, sin embargo, le era permitido besar aquellas plantas gratuitamente. Una barra colocada a su paso y custodiada por un hombre les impedía la retirada. El guardián sostenía entre sus manos una caja que colocaba a la altura del pecho de quienes pretendían pasar, y, así, todo aquel que deseaba besar las plantas del santo tenía que pagar el precio de ello.

Andrés había presenciado las mascaradas en las ceremonias llevadas a cabo por los brujos y hechiceros indígenas, y en aquella ocasión había podido asistir a una de las grandes celebraciones de la Iglesia católica, y no hay razón para culparle por haber establecido un paralelo entre ambas. Los únicos culpables eran aquellos que debían haberse ocupado de educarlo. Pero las gentes de la Iglesia católica consideran un deber sagrado velar porque los indios y las personas de la clase baja no dejen jamás de ser niños, considerando al santo papa de Roma como a su padre y a los curas como a sus tíos y tutores.

Aun cuando Andrés mismo lo ignoraba, él era la única persona de los reunidos en la iglesia cuya inteligencia, debido al rápido desarrollo que había sufrido en los últimos meses, lo capacitaba para hacer comparaciones que no se hallaban al alcance de los allí presentes, quienes eran niños satisfechos por inercia. ¡Era tan cómodo no pensar!

Influenciado por la multitud que lo rodeaba, la cual se comportaba como un rebaño de bestias, fue arrebatado por la fuerza de la sugestión. Ya que todos obraban en igual forma, y considerando que entre los presentes, a juzgar por sus ropas, había algunos más listos que él, pensó que debía existir alguna razón oculta que ignoraba y que inducía a aquellas gentes a obrar en semejante forma. Y concluyó que algún cambio interno deberían sufrir, aun cuando éste no fuera objetivo. Finalmente se alineó con los otros para averiguar lo que ocurría y aprender algo nuevo. No quiso sentirse desligado del rebaño y obró en la misma forma que los otros. También él se aproximó a San Caralampio y besó sus pintadas plantas en el mismo sitio en que

cientos de bocas húmedas se habían posado, y también pagó al hombre de la alcancía la cuota obligada.

Cuando abandonó la iglesia se percató de que no había sufrido alteración alguna, como lo esperara al obrar de aquella manera.

Con aquel descubrimiento dejó de ser niño. Pensó en su padre, en sus abuelos, en sus tíos, en todos los hombres de su tribu y también en el brujo a quien había temido toda la vida. Cuando se detuvo en la puerta de la iglesia y contempló a la multitud congregada en la plaza, se dio cuenta de que, a pesar de todo, sí había sufrido un cambio.

Sintió claramente haber dejado atrás a su padre y también al brujo, a quien en adelante no volvería a temer. Con aquello perdió el temor a los dioses de todas especies, indígenas o no. Tuvo la impresión de que cada dios hacía negocio a su manera, y a su vista quedaron descubiertos sus secretos. Perdió el terror porque se percató de cuán vulnerables eran. No tenían relámpagos, truenos ni terremotos a su disposición. Aquellos eran recursos manejados por quienes comerciaban con los dioses y a quienes se suponía sus autores.

Partiendo de esa idea, llegó a la conclusión de que la Iglesia y cuanto con ella se relaciona solo reviste interés para quienes no tienen nada mejor en qué pensar.

Así terminó, al iniciarse, la cristiandad de Andrés, quien a partir de entonces llevó en su corazón y en su mente la convicción de haber juzgado a la Iglesia con claro discernimiento.

En el último escalón de la iglesia estaba sentado Luis. También era carretero, pero trabajaba para otro patrón. Era indígena como Andrés, pero no procedía de una finca, sino del pueblo de Yalanchen, situado al oeste de Balún Canán.

Luis saboreaba unas enchiladas que había comprado y que se encontraban calientes todavía. La grasa corría por sus dedos y de tiempo en tiempo cambiaba de mano la enchilada para poder chupárselos.

Hacía mucho tiempo que Luis y Andrés se conocían. A menudo viajaban en la misma caravana. Entre los carreteros se había establecido una especie de hermandad. Continuamente se encontraban camino de la estación o de regreso al pueblo. Cuando ninguno de sus amos se hallaba presente, se ayudaban entre sí a reparar las ruedas rotas, a desatascar las carretas del lodo y a remediar o evitar todo aquello que constituía una amenaza de retardo y la consiguiente pérdida de salario.

—¿Estuviste en la iglesia? —preguntó Luis con la boca llena.

—Sí —contestó Andrés, sentándose junto a él.

—Entonces eres un buen católico, ¿verdad? —preguntó Luis mirándolo de reojo.

—No lo creo —contestó—. Todo está tan mezclado, que te aseguro que no entenderías ni una palabra. Yo no sé qué cosa hace el hombre del manto dorado.

—Yo lo conozco bien —dijo Luis cambiando su enchilada a la mano izquierda,

para chupar la grasa que le escurría por los dedos de la derecha—. El hombre del manto dorado, que levanta la copa y la custodia de oro, es don Usebio. Usebio le nombran desde que tiene la chamba de la iglesia. En realidad se llama Nicolás. Su padre era sastre en Tonalá y un día se sacó no sé cuánto en la lotería. Envió a Nicolás a la escuela de magia, a un seminario, como tú sabes, y aprendió a las mil maravillas. Ahora sabe cómo transformar una oblea de almidón en carne humana y cómo hacer sangre del vino rojo español. Todo eso me lo dijo Felipe, que estuvo en el seminario por algún tiempo y a quien despidieron porque quería casarse; ellos no lo permiten.

—¿Así es que Nicolás puede hacer magia?

—No muy bien —contestó Luis—. En realidad no aprendió mucho. Antonio, tú lo conoces, es uno de los hombres de don Ambrosio, vino un día a la iglesia y Nicolás le dio una oblea. Dice que no le encontró gusto de carne humana, sino de almidón, por lo que cree que Nicolás no ha aprendido muy bien a hacer la transformación mágica. Aquí gana buen dinero: por cada matrimonio o bautizo, por cada entierro y oración para salvar las almas del infierno, se echa sus dos buenos pesos a la bolsa. Felipe me ha contado que los patronos del seminario aconsejan a los curas que asusten a las gentes diciéndoles que de no cumplir con los preceptos de la Iglesia lo pasarán mal en el otro mundo, en donde serán atados con correas y asados vivos; pero que, en cambio, si cumplen debidamente, solo serán calentados y bañados para que puedan presentarse correctamente. Y Felipe dice que nada de ello es cierto y que son solo embustes para intimidar a la gente boba. Cuando se está muerto nada se siente, ni las quemadas ni los pinchazos. Pero ellos inventan historias escalofriantes y se las hacen creer a las gentes. Los curas solo pretenden sacar dinero a fin de vivir cómodamente, sin necesidad de trabajar duro. El brujo de Yalanchen vivía contándonos historias espeluznantes acerca de cuevas llenas de serpientes y tigres, dentro de las cuales seríamos atados. Pero tan pronto como mi padre o mis tíos le entregaban un borrego o un cerdo, prometía intervenir con los santitos y con los dioses para salvarnos de tan horrible suerte.

—Nuestro brujo solía hablarnos de las mismas cosas —dijo Andrés—. Decía que después de muertos seríamos lanzados a un agujero profundo y horriblemente oscuro, si no obedecíamos sus mandatos, y agregaba que aquel agujero estaba lleno de lodo que nos llegaría hasta la barba, y que allí permaneceríamos luchando entre la vida y la muerte, y que no había ninguna posibilidad de salir porque las paredes estaban llenas de lodo resbaloso y de pequeñas serpientes y grandes sapos. Siempre teníamos que darle a nuestro brujo tequila y maíz; entonces danzaba y oraba, y los santitos le decían en la noche que no permitirían que nos hundiéramos en el lodo mientras hiciéramos cuanto él nos ordenara, pero que si alguien decía al finquero quién era el brujo, no habría cerdo ni tequila que pudiera salvarnos.

—Yo te diré —intervino Luis, que doblaba la edad de Andrés—. Mientras no prestes atención a lo que digan los brujos y los curas sobre las cavernas y los agujeros llenos de lodo, podrás vivir contento y siempre de buen humor como yo. ¿Me has

visto alguna vez de mal talante? Nunca. Si los bueyes no tiran bien o la carreta se atasca, juro al igual que los otros muchachos, pero el enojo me pasa pronto. Hay que vivir y dejar vivir mientras se pueda. Una vez muerto, nadie se va a tomar el trabajo de molestarte. ¿Quién se va a ocupar de hacerte tonto año tras año una vez que hayas muerto? Habrá muchos vivos a quienes resultará más importante molestar. ¿Acaso nosotros perdemos el tiempo espoleando a un buey muerto por el hecho de que llevó la carreta al barranco? Bueno, ahora me voy a enjuagar la boca con un trago de comiteco.

—¿Cuánto cuestan las enchiladas? —preguntó Andrés.

—A seis por un real, y están riquísimas.

—¿Dónde?

—Luis señaló un puestecito pintado de verde.

XI

Luis se metió a tomar su comiteco en una cantina y Andrés se aproximó al puesto de enchiladas. Sobre un anafre, en una hoja de lata cóncava en su parte central, chirriaba la manteca hirviente. Una india vieja soplaba las brasas con un aventador. Guisaba las enchiladas y las rellenaba, de acuerdo con el deseo del cliente, de barbacoa, guajolote, pollo, res, ternera o queso.

A la cocinera no le importaba el idioma en que le pidieran las enchiladas, pues hablaba español, tsotsil, tojolaval y tzeltal. Un español que le hacía la competencia en otro puesto, decía que también podría entender inglés, y árabe, siempre que los clientes señalaran los comestibles que pedían, pues todos ellos, sin excepción, señalaban el relleno que querían, por lo que era difícil precisar si entendía alguna otra lengua además del tojolaval. La india estaba rodeada de más de una docena, de jarros y cazuelas, porque además de las variedades de carne, tenía tomates, chiles rojos y verdes, salsas de todos los chiles, flores de calabaza y cien yerbas y raíces, con lo que condimentaba sus enchiladas. Usaba una palita de fierro para voltear las tortillas en la manteca. Las cucharas, los tenedores y demás instrumentos le eran desconocidos. Partía la carne para las enchiladas con sus propios dedos, porque en esa forma lo hacía con mayor rapidez y calculaba exactamente la cantidad que necesitaba para cada una.

Daba gusto verla manipular y moverse en el pedacito de que disponía, sin confundir una sola de aquellas carnes, salsas y verduras.

Los clientes eran servidos por las hijas de la vieja, dos muchachas que llevaban el largo cabello suelto sobre la espalda. Colocaban las enchiladas en un platito y lo tendían al cliente, a quien no se proporcionaba ningún cubierto; pero en cambio, cuando terminaba, le ofrecían un trapo gris y grasoso para que se limpiara los labios y los dedos, y un jarrito con agua para que se enjuagara la boca. Los más elegantes pedían un jarro de café, que costaba dos centavos.

Nunca los platos y los jarros eran lavados en debida forma, y decir que estaban sucios sería poco. Estaban increíble e indescriptiblemente sucios, pero a nadie se le ocurría pensar en ello y nadie se disgustaba por su suciedad. Ella les pertenecía como las nubes al cielo y así la armonía del ambiente no se perturbaba. Lo notable era que los jarros y las cazuelas parecían limpios, sin que nadie acertara a saber cómo, cuándo y con qué eran aseados. Los platos se arrebataban a los clientes aun cuando no hubieran terminado y tuvieran que tomar entre los dedos lo que les quedaba, a fin de poder servir a otros. Mientras las enchiladas estaban listas, los platos salían de entre bambalinas, y antes de que nadie se diera cuenta de si estaban limpios o no, las enchiladas del nuevo cliente eran colocadas en ellos, y nadie podía decir si las marcas de grasa pertenecían a las nuevas o a las anteriores. Lo mismo ocurría con las tazas de café, que eran llenadas hasta los bordes, por lo que resultaba difícil saber si las huellas de los lados correspondían al bebedor actual o al anterior. Si algún trasto no

presentaba buena apariencia, la hija de la dueña se encargaba de limpiarle los bordes con un certero dedazo, que quedaba tan marcado, que igual aparecía en el momento que tres horas después. Sin embargo, los que frecuentaban el lugar no iban en busca de los cacharros, sino de enchiladas, de buenas y apetitosas enchiladas, y ellas eran excelentes.

De allí que el negocio fuera próspero y que las gentes pelearan su turno. Andrés tuvo que esperar largo tiempo antes de conseguir que le sirvieran.

A excepción de comprar toda la basura y las cosas que por inservibles no se vendían en los pueblos mayores, las distracciones y entretenimientos eran escasos. No había caballitos, ni rueda de la fortuna, ni látigo, ninguna de esas cosas que dan brillo a las ferias de otros lugares. Era imposible llevar esas cosas porque el transporte resultaba tan difícil y costoso que todas las ganancias no habrían bastado para cubrirlo. Era necesario buscar entretenimiento en el pregón de los vendedores y en las peroratas de los merolicos que ofrecían maravillas, telescopios, yerbas y aguas medicinales, colirios y tónicos para el cabello.

La mayoría encontraba diversión paseando alrededor de la plaza y deteniéndose aquí y allá para escuchar y oír durante un cuarto de hora, reiniciando el paseo.

Quienes se mostraban más felices eran los muchachos y las muchachas, que aprovechaban la multitud para aproximarse y entenderse como no podían hacerlo en días ordinarios sin ser observados. Porque hasta en los bailes nunca faltan las madres y las tías, y las muchachas no pueden moverse fuera de su mirada vigilante. Allí aquello era imposible, y aunque entraban a la plaza acompañadas de su madre, era fácil perderse de vista por una media hora, sin que ello pudiera evitarse, ya que la gente las separaba y era difícil volverse a encontrar.

Era así cómo algunas veces aquellas vigiladas muchachas del lugar gozaban de un beso robado y hasta de algún abrazo estrecho, si lo cambiaban rápidamente, perdiéndose entre la multitud o a la sombra de alguna casa; y esos goces no debían tomarse muy en serio porque eran parte de la fiesta en honor de San Caralampio. Más de una hija de reputado ciudadano solía perderse entre la multitud. No se perdía definitivamente; regresaba a sus afligidos padres, a quienes había buscado en vano por todas partes, con el cabello en desorden y un poco desordenada toda ella, lo que solo ponía de manifiesto la lucha que había tenido que sostener para pasar a través de la multitud en busca suya.

Cuando las gentes se cansaban de dar vueltas y de pararse en los puestos y barracas, ante los que se habían detenido ya trescientas ochenta veces, se paraban frente a la iglesia durante un cuarto de hora, escuchando a través de las puertas abiertas las notas del órgano, el cantar de las mujeres envueltas y el tañer de las campanas. Entonces ningún puestero o tahúr habría podido llamar su atención con sus pregones, porque en aquellos momentos recordaban que no debían gastar todo su

dinero en la ruleta o en los puestos de enchiladas y comiteco y que debían dejar algo para asegurarse un buen sitio en el más allá.

Nadie aventaja a la Iglesia cuando de anunciar se trata. Reproducidas en millares, pueden leerse en las alcancías de «los pobres» las siguientes frases: «Cada centavito que des, te será devuelto en oro en el cielo.» Si un banquero pusiera semejante aviso en las ventanillas de su Banco sería consignado inmediatamente por estafa, y el juez le pediría pruebas positivas de que podía respaldar su dicho y que el cielo a que se refería existía.

A la Iglesia no se le piden pruebas; todos sus dichos están respaldados por la fe, y aquel que se atreva a rebatirlos será considerado como blasfemo.

¿Qué puede hacer un indio ante eso?

También a Andrés le ocurrió que después de detenerse ante las barracas y los puestos una veintena de veces ya no encontró qué hacer. Escuchó las notas del órgano y los murmullos de la iglesia, que tienen la propiedad de adormecer el cerebro en forma tan confortable e irresistible, que no hay quien deje de decir sí a todo.

Pero no tuvo ni el menor deseo de entrar nuevamente a ella, y menos aún cuando una banda de música que se había acomodado en la fuente que abastecía de agua a todo el pueblo empezó a tocar.

Aquella fuente hacía las veces de periódico en el pueblo, que carecía de información gráfica.

Como no había red para el abastecimiento de agua, los habitantes se veían obligados a proveerse de toda la que necesitaban en la fuente. En todas las casas había varias ollas con cupo para ochenta o cien litros. Esas ollas habían sido modeladas por los indios, en la misma forma, desde hacía cuatrocientos años.

Entre los preceptos que mantenían la dignidad de las principales familias del pueblo se hallaba el de enviar a sus criadas a la fuente con pequeños cántaros que transportaban en la cabeza para llenarlos de agua, y la dignidad de estas familias de la cíase media había creado un nuevo oficio, el de aguador. Los aguadores eran indios que se habían urbanizado y vivían en las afueras del pueblo. Tenían dos o tres burros a los que hacían trabajar de las seis de la mañana hasta entrada la noche. Del cincho del burro emergía un artefacto que permitía fijar dos grandes ollas de barro en forma que fuera fácil transportarlas sobre su lomo. Los aguadores iban de casa en casa ofreciendo su agua. Tan pronto como hallaban cliente empezaba el acarreo hasta que llenaban todas las tinajas de la casa. Por ello cobraban una pequeña cantidad.

Las familias que deseaban ser aún más distinguidas tenían un burro de su propiedad y un aguador a su exclusivo servicio.

Después de ellas seguían las familias que pagaban a los aguadores doce centavos por el acarreo; en tercer lugar, las que obligaban a las criadas a hacerlo, y, por último, las familias en las que la mujer o los niños tenían que hacer el aprovisionamiento

porque hasta el pago de dos centavitos a cambio de una cierta cantidad de agua les era oneroso.

Nadie, ni los aguadores profesionales, llegaban a la fuente con el propósito exclusivo de llenar sus vasijas con el agua de los vertederos. Todos se sentaban un rato a murmurar del prójimo. Los hombres enrollaban sus cigarrillos y las muchachas se arreglaban el cabello o se asentaban los holanes de las enaguas. Hubiera sido de muy mal gusto llegar, llenar la vasija y partir en seguida. El acarreo de agua se hacía indolente y contemplativamente.

Tan pronto como se llenaban las tinajas, se colocaban en el suelo y las muchachas pensaban un buen rato para determinar si las debían levantar inmediatamente o era mejor esperar un poco. De cualquier manera era necesario que estuvieran cuando menos dos muchachas presentes, pues la última en llegar tenía que ayudar a la primera a que se colocara la tinaja sobre la cabeza.

En la noche todas las muchachas, hasta las de las casas más distinguidas, hallaban algún pretexto para ir a la fuente aunque fuera diez minutos. Ya se excusarían diciendo que el agua de las tinajas de la casa estaba salada y tibia y que a los señores les haría daño y les desagradaría beberla, por lo que ellas habían corrido a la fuente para traer agua fresca y sabrosa para la mesa.

Cuando la muchacha regresaba, especialmente en las noches, su ama la esperaba en la cocina, no para beber agua, sino para saber si realmente era cierto que don Jorge había visitado tres veces a doña Amalia aquella semana y había salido de su casa a la una de la mañana; y si era verdad que el señor Osorio y su mujer habían reñido y aquél la había golpeado hasta cerrarle los ojos, y si lo que decía doña Ana la partera acerca del niño de la señora Zavala, que había nacido un mes antes del término, era cierto o en realidad el niño era sietemesino, ya que solo hacía ocho meses que se había casado. Aquellos asuntos resultaban de mayor importancia que hechos triviales como la última reelección de don Porfirio, en la que solamente el tres por ciento de la población había votado. Porque todos los mexicanos, aun los carentes de sentido, sabían seis meses antes cuál sería el resultado de la elección y habían recogido la noticia de la agitación precedente a la revolución que pondría fin a la tiranía.

Las muchachas que iban a la fuente tenían tanto que platicar acerca de sus asuntos amorosos y de sus tragedias y comedias de celos, que no había razón para admirarse de encontrarlas allí hasta bien tarde buscando agua fresca para sus amos. Y como los muchachos del lugar sabían que las muchachas en quienes tenían puestos los ojos estarían allí con toda seguridad, la fuente se veía muy animada todas las noches.

Durante la feria, sin embargo, los idilios en la fuente habían sido abandonados, porque resultaba muy molesto todo el ruido producido por los gritos de los vendedores y el continuo pasar de la gente. En tiempos normales, la fuente, por la noche, quedaba en la penumbra, a menos de que hubiera luna; pero durante la feria, ni una sola caricia podría pasar desapercibida, porque toda la plaza se veía iluminada por las luces de los puestos y las barracas. La iluminación solo gustaba a los que

tenían más de dos meses de casados, pues para entonces ya habían recobrado el sentido y gustaban de ver lo que tenían ante los ojos, conocerlo bien y encontrar una respuesta a su interrogación: «¿Qué fue lo que me indujo a hacer tantas burradas?»

Los músicos se acomodaron frente a la fuente y empezaron a tocar con entusiasmo. Quedaba un espacio libre que no se alquilaba a los traficantes, pues era necesario para que pasaran los aguadores con sus burros. En aquel sitio empezaron a bailar los muchachos y las muchachas indígenas. Al terminar una pieza, alguno de ellos entregaba a los músicos cinco centavos y en seguida tocaban otra.

Una vez que empezaban, seguían hasta las dos o las tres de la mañana. Porque la noticia del baile se extendía pronto y hasta de los rincones más alejados del pueblo llegaban muchachas a bailar. Nadie desperdiciaba la oportunidad, ya que no había otra distracción posible para la gente joven de ninguna clase. Hasta los ciudadanos prósperos daban bailes cuando sentían necesidad de distracción. Un día en casa de los Suárez, otro en la de los Cota, y así durante todo el año, bajo el pretexto del cumpleaños de alguna de las hijas, del santo del señor o la señora, del bautizo de algún niño o de la boda de alguien. Después venían los nueve días de posadas y la fiesta de año nuevo. Y si faltaba el pretexto, los solteros del lugar se reunían e invitaban a todas las muchachas para bailar en el hotel o en el casino hasta la madrugada. Y luego, si algún joven médico soltero dejaba el pueblo para dirigirse a los Estados Unidos, en donde pretendía perfeccionarse, se ofrecía un baile para despedirlo. Y si algún muchacho del pueblo llegaba de la ciudad de México, después de recibirse de dentista o de abogado, se le daba un baile de bienvenida.

¿Qué otra cosa podían hacer? No había cines ni conciertos. Ningún conferencista se atrevía a llegar a aquel remoto lugar en el que hasta un circo miserable o un teatro ambulante de pésima categoría dejaba verse raras veces.

Los indios eran conducidos aún más lejos por su necesidad de distracción, pues hasta sus funerales los celebraban con danzas. En medio de la pieza más grande de la casa se colocaba el ataúd con el cuerpo. Si la familia podía dilapidar algunos pesos llamaba al cura, para que lo bendijera y lo rociara con agua bendita. Si no los tenía, renunciaba a llamarlo, porque ningún cura hace algo de balde, no puede hacerlo. Tan pronto como el cura terminaba, la música empezaba a tocar y las parejas, incluyendo a los parientes más cercanos, bailaban alegremente en rededor del cadáver hasta el amanecer. Entonces se llevaban el ataúd y la procesión se encaminaba al cementerio entre sollozos y lamentaciones.

Por supuesto que eso no lo hacían los mestizos, los ladinos, quienes juzgaban aquello como un signo de salvajismo. Les faltaba la madurez de la tradición y carecían de una natural filosofía. Después de siglos de sumisión a una Iglesia que pretendía poner el ceremonial por encima de los imperativos vitales, habían llegado a ser pobres hipócritas en quienes todo elemento para el desarrollo de un ser humano íntegro había perecido.

Ellos consideran propio danzar cuando un niño, a quien en contra de su voluntad

se ha lanzado al torbellino de penas y tristezas de la vida, nace o es bautizado. ¿Por qué, en el nombre del cielo, ha de considerarse impropia la danza cuando una persona se evade de las persecuciones y opresiones de la vida para retornar a la paz eterna? Solo son despreciables hipócritas, porque si creyeran en lo que su Iglesia predica, deberían regocijarse y danzar ante la idea de los cánticos y goces que esperan a sus muertos en el más allá.

El indio no puede comprender los misterios de la Iglesia católica, y por ello obra en forma opuesta a nosotros, horrorizándonos.

Sin embargo, los muchachos y muchachas indígenas que bailaban alrededor de la fuente no tenían ni la más leve apariencia de salvajes; vestían —las muchachas por lo menos— trajes baratísimos, pero muy limpios. Se habían lavado perfectamente y llevaban peinado el largo cabello negro, mejor que si se lo hubieran hecho en algún salón de belleza de la metrópoli.

Las muchachas se reunían de un lado y los muchachos se paraban en fila o formando pequeños grupos en el lado opuesto.

Los indios no se aproximaban a la muchacha con quien deseaban bailar, no se inclinaban ante ella ni le preguntaban si les concedería el honor o cosa por el estilo.

Los muchachos vestían calzón y camisa larga de manta. Algunos llevaban zapatos, pero la mayoría de ellos y de las muchachas iban descalzos y solo unas cuantas llevaban zapatos de charol con tacones muy altos.

Cuando la música empezaba a tocar, cada muchacho sacaba de su bolsa un paliacate rojo y lo tiraba a la muchacha con quien quería bailar, rozándole la cara si permanecía de pie o tocándole la falda si se agachaba. Si la muchacha tomaba el paliacate, la pieza estaba concedida. Si lo devolvía, era que se negaba a bailar con su dueño. Los muchachos nunca eran rechazados, a menos que estuvieran muy borrachos o que tiraran el pañuelo al mismo tiempo que el preferido lo hiciera. Era considerado como muestra de mala educación el hecho de rechazar a algún muchacho, y muchas de las chicas preferían, en caso de que se encontrara borracho, bailar con él algunos compases y sentarse después, ahorrándole la pena de ser rechazado. Los hombres no hablaban ni una palabra con su pareja cuando danzaban, ni aun después de terminada la pieza. Las parejas no se enlazaban. El hombre se colocaba frente a la mujer y cada cual bailaba solo, quedando todos los hombres en hilera de un lado y las mujeres de otro, y cuando una pareja cambiaba de posición, las otras le seguían para quedar colocados siempre en la misma forma.

Mientras duraba la pieza, la muchacha sostenía el pañuelo, que devolvía sin decir una sola palabra cuando terminaba y volvía a mezclarse con las otras muchachas.

Si la pieza era demasiado larga y ella quería dejar de bailar, bien porque se sintiera muy cansada o por cualquier otra causa, simplemente entregaba el pañuelo a su pareja y volvía a sentarse. Las muchachas podían dejar de bailar cuando desearan,

con solo devolver el pañuelo, en tanto que los muchachos no podían parar si su pareja no lo deseaba. Muchas veces ocurría que la orquesta tocaba durante una hora seguida sin hacer pausas. Si la muchacha era una bailadora infatigable, como suelen ser todas las indias, acabaría agotando a su pareja si ésta carecía de resistencia. Y muchas veces las muchachas jugaban esa triquiñuela a los muchachos que les debían alguna mala pasada. Bailaban hasta que aquél caía y quedaba fuera de combate por toda la noche. Las mujeres tienen un finísimo sentido para acertar con la venganza que más puede molestar al hombre, y las muchachas indígenas no se quedan atrás cuando discurren el desquite que puede satisfacerlas y divertirlas.

En la plaza había muchas parejas que danzaban enlazadas al igual que los ladinos lo hacen en sus salones de baile, porque una buena parte de los muchachos que allí se reunían procedían de poblaciones urbanas.

Andrés se acomodó en la fila de los muchachos porque deseaba bailar, pero se sintió cohibido porque no conocía a ninguna de las muchachas. Allí se encontraban también otros carreteros de los que acampaban en la pradera. Unos a otros trataban de obligarse a bailar picándose las costillas y empujándose, pero ninguno se atrevía, todos se sentían extraños y chambones.

Andrés, arrepentido de permanecer allí como un chiquillo tonto, se retiró poco a poco de la hilera de jóvenes y fue a sentarse junto a una casa, con la espalda recargada en el muro y la barba entre las rodillas, rodeándose las espinillas con los brazos. Desde allí veía el baile, y la música resultaba menos estridente y más armoniosa, porque las notas, a través de la distancia, se mezclan mejor. No le era fácil mirar a las parejas, porque entre el y ellas había algunos muchachos parados. Sólo distinguía las cabezas de los que danzaban, pero eso le era suficiente y podía soñar a su gusto.

De vez en cuando escuchaba la risa de una muchacha, la frase perdida de algún transeúnte o las voces alteradas de hombres que disputaban.

Sentado allí, soñando al arrullo de la música y de las risas femeninas, le sobrecogieron extraños pensamientos y no supo explicarse por qué se hallaba allí ni qué objeto tenía todo cuanto le rodeaba; bien podía estar muerto, porque ello, como todo lo demás, carecía de sentido.

Tres muchachas pasaron a su lado conversando y se perdieron entre las sombras. Después de un rato volvieron a pasar arreglándose los adornos y holanes de sus vestidos. Las tres hablaban a la vez con voz arrulladora.

Por primera vez en su vida, al escuchar el ardiente arrullo de aquellas voces emitidas suavemente con pequeñas pausas, como si el aliento las impulsara a producir una que otra nota alta que podía captarse plenamente, Andrés sintió el reclamo de su sexo.

Las tres muchachas hablaban en español, pero cuando no encontraban la palabra precisa para expresarse usaban el tzeltal, su lengua materna. Ellas no se percataron de su presencia porque las sombras lo envolvían, y además estaban tan interesadas en su

conversación que parecían no percatarse de nada.

No pudo entender de qué hablaban, porque sus voces se hacían quedas perdiéndose en un murmullo melodioso. Y era aquella música arrulladora lo que excitaba en él un deseo desconocido, aquel sentimiento que él creyó añoranza de su madre, pero del que pudo desentrañar la necesidad imperante de algo hermoso que no le era dado precisar. Nuevamente pensó en la añoranza del hogar; pero no, aquello no era eso. Era como una suave oleada de sangre caliente. Empezó a sentirse infinitamente triste y solo.

Nada de eso le había ocurrido antes. Cientos de veces había oído conversar a las muchachas, pero nunca había encontrado algo excitante en sus voces. Muchas veces había viajado con mujeres: viejas, jóvenes, bonitas, solteras y casadas. En ocasiones las mujeres de los carreteros los acompañaban en viajes que duraban varias semanas, pero su presencia nunca le sugería ideas o sentimientos especiales. Las ayudaba a subir a las carretas, las tomaba en brazos para cruzar los ríos, las despertaba cuando dormían en los ranchos, mirándolas a medio vestir, y muchas veces, debido al calor, las encontraba desnudas, tendidas en el lecho. Accidentalmente las había sorprendido entre la maleza del camino en toda suerte de situaciones. Muchas veces, cuando el campo era iluminado por un relámpago o el viento avivaba una hoguera casi extinguida, había visto cómo algún hombre abrazaba a su mujer bajo la carreta o en cualquier rincón. Cientos de veces también había visto mujeres bañándose en los ríos.

Nada le había importado ni había excitado en él ningún deseo. Fuera de la apariencia, para él lo mismo era un hombre que una mujer. En su hogar hombres y mujeres trabajaban, y la única diferencia estaba en que las mujeres eran más débiles y tenían que cuidar de los niños. Las mujeres casadas le resultaban iguales que su madre o sus tías y a las solteras las consideraba como a sus hermanas.

El jacal en que había nacido tenía una sola pieza. Cuando niño, había visto que su padre no tenía más lugar para dormir que el petate de su madre. La luna tropical brillaba claramente a través de los otates que formaban las paredes, y él se había dado cuenta de lo que sus padres hacían cuando dormían juntos. Y si la luna no brillaba y la oscuridad era densa, por su respiración se percataba de ello. Sus padres no tenían secretos para sus hijos. No les pedían licencia para hacer cosas que juzgaban recomendables o necesarias y su presencia no les molestaba. Sabían, y por eso jamás pensaban en cosas necias, que sus hijos los amaban y honraban y que cosas tan naturales como la aurora y el crepúsculo, como la floración y fructificación de las plantas, no podían alterar en lo más mínimo su amor y su respeto.

Andrés ignoraba las mentiras, disimulos y triquiñuelas de las novelas, poemas y películas. No había nacido ni crecido en una tierra en la que los predicadores y los articulistas fuerzan tanto a los jóvenes como a los viejos a distinguir lo sucio, a saber dónde se encuentra y cómo es posible evitarlo para ganar el derecho de ser considerados entre los ciudadanos probos.

Andrés no tenía manera de precisar la causa oculta de su repentino deseo. Trataba

de explicárselo porque nada semejante le había ocurrido antes. Durante medio minuto pensó que aquello podía ser alguna fiebre, pero la calentura no empezaba así; no le dolía la cabeza ni sentía pesadez en los miembros. Todo lo contrario, nunca había tenido aquella sensación de claridad, aun cuando le invadía una especie de perplejidad y sentía deseos de caminar y caminar toda la noche y todo el día siguiente.

Lo rodeaban gentes que hablaban, reían y se movían de un lado a otro de la plaza sin propósito alguno. El monótono cantar del órgano de la iglesia se mezclaba con la música del baile. A su lado pasaban muchachos excitados vistiendo calzón blanco y camisas de colores vistosos. Muchachas que murmuraban y reían mostrando la resplandeciente dentadura, los labios carnosos y el mirar ansioso de sus ojos negros. Muchachas de hermosos cabellos trenzados con flores, envueltas en ropas como pétalos de rosa, de las que se desprendía un penetrante olor a jabón perfumado. Cuando aquellas tres pasaron y se detuvieron, quedando tan próximas a él, había aspirado el olor de su cuerpo, la fragancia de su piel recién lavada y apenas humedecida por el sudor. Sin embargo, no era esto, sino sus voces musicales lo que más lo conmovía. Aquellas voces suaves, profundamente femeninas, que podían ser al mismo tiempo de la madre y de la amada, y que ataban con su calor y su arrullo voluptuoso, emitidas por aquellas muchachas que no se percataban de su poder y que ponían en ellas tanto calor y goce que parecían haber descubierto en aquella noche el único, entre todos los hombres de la tierra, capaz de ofrecerles el mundo entero ceñido de rosas.

Aun cuando Andrés ignoraba las causas de su extraño despertar, sabía con certeza que no era el mismo hombre que fuera una hora atrás, que el cambio que se había operado en él lo poseía completamente.

Bien sabía que las mujeres no tenían la voz igual a la de los hombres, pero había hecho el inesperado descubrimiento de que la música de una voz de mujer podía distinguirla absolutamente de un hombre y que por su tono y calor y por la revelación en ella de su alma era capaz de poner todo un mundo entre ambos.

El descubrimiento le impresionó tan profundamente que tuvo miedo. Empezó a sentirse inseguro de sí mismo, a dudar de su poder para arrostrar la vida. Su ardiente deseo de algo desconocido, y sin embargo hermoso, lo invadió de incertidumbre y de temor.

Tuvo miedo de la mujer. Algo había acerca de ellas que no comprendía, y sentía que, en oposición a todos los hombres, nunca podría entender más que a su madre, quien era la única mujer que no le infundía temor. Pero al mismo tiempo, aun cuando su desconocimiento de la mujer lo trastornaba, sentía el deseo de escucharlas y de sentirse conmovido y acariciado por la música de sus voces.

Fue presa de una profunda melancolía y tuvo vehementes deseos de llorar.

Las muchachas se alejaron. Vio cómo volvían a tomar su sitio entre las bailadoras, y por la forma despreocupada en que se habían alejado, y a pesar de la

multitud que lo rodeaba, se sintió enteramente abandonado y solo. No tenía ni un amigo, nadie que le hablara cariñosamente, nadie a quien contarle lo que le había ocurrido y lo que sentía.

La tristeza lo invadió y esperaba morir allí mismo sin pena, sin necesidad siquiera de ponerse de pie.

Y de su postración mental pudo llegar al descubrimiento de que lo que hasta entonces había sido un deseo vago y lejano se manifestaba plena y claramente.

XII

Era de lamentarse que él nunca hubiera penetrado suficientemente los misterios de la religión, porque en ese caso se habría encaminado a la iglesia para ofrecer dos gruesas ceras ornadas con papel de color al Rey de los Cielos, implorándole seriamente que atendiera el deseo de su corazón. Es mucho más fácil rogar a los dioses y a las diosas que trabajar duramente para satisfacer un deseo o emprender una serie de inteligentes y acertados juegos con las circunstancias para lograr lo que se pretende. Raramente los hombres consiguen por sí mismos lo que desean y en la forma que esperan ocurra. Pero es posible aproximarse a las cosas que se codician profundamente y, una vez próximas, es más fácil lograrlas que aquellas solo a medias codiciadas o que no despiertan nuestro deseo. Eso es enteramente natural y fácil de comprender. Las gentes de escasa cultura y corta inteligencia tienen que orar antes de concentrarse en lo que desean. Por tanto, no son las oraciones, sino la fuerza de nuestro deseo el que nos aproxima al objeto deseado.

Andrés sabía perfectamente por experiencia que ninguna oración era capaz de hacer desaparecer un bache del camino, a menos que él o alguno de sus camaradas rellenara el hoyo de piedras y se cerciorara de que había quedado bien para evitar que la carreta se atascara. Sabía que su patrón no le aumentaría el sueldo ni en medio real, aunque se pasara el día arrodillado ante la Santísima Virgen. Ese asunto tenía que pelearlo él rectamente o valiéndose de triquiñuelas. Si algún buey resbalaba a un precipicio, ni las oraciones más vehementes podrían rescatarlo. Para regresarlo al camino eran necesarias horas de trabajo agotador, empleando lazos y troncos de árbol para cavar andaderas que le hicieran posible subir.

Aunque la iglesia no cesaba de invitarlo con sus puertas abiertas, ni por un momento pensó en rogar a la Virgen Santísima que le brindara la compañía que tanto necesitaba.

Andrés no sabía qué hacer. Sentado en cuclillas, a la manera india, permaneció inmóvil. Visto desde alguna distancia, parecía una estatua que ornamentara la pared que arrojaba su sombra sobre él. Podía ver cuanto ocurría en la plaza, medianamente iluminada, con sólo mover los ojos. La inquietud que las muchachas le causaran solo se manifestaba en su interior. No podía permanecer en aquel sitio para siempre, pero no tenía ningún deseo de dejarlo. Nada nuevo había que ver; las muchachas y los muchachos bailaban sin descansar, y la danza resulta aburrida para quienes solo ven. La oscuridad envolvía la pradera. Los carreteros debían dormir o estar borrachos gritando a la cara de algún ser imaginario.

Carretas, bueyes y carreteros se ofrecían diariamente a su vista, pero una feria que le permitiera sentarse perezosamente y sin preocupaciones era algo raro en su vida. Nadie sabía cuándo volvería a presentársele la oportunidad de tomar parte en otra

fiesta como aquella. Podría pasar un año o dos sin que se repitiera.

Pensó en que podrían transcurrir años antes de que volviera a mezclarse en una fiesta, ya que su trabajo lo retendría alejado de ellas debido a los largos viajes que tenía que emprender.

Por fin se decidió a dar otra vuelta entre los puestos, barracas y mesas de juego. Siempre habría algo interesante que ver. Pensó meterse a una cantina y beber una copita de comiteco. Tal vez se encontrara alguna muchacha sin pareja que anduviera vagando sola como él. El pensamiento de encontrar una muchacha, tal vez una como aquellas tres que lo habían excitado en forma tan extraña, hizo que la sangre le golpeara las sienes. Quizá podría encontrar alguna deseosa de hablar con él, de bailar con él, de pasear a su lado en la feria y tal vez hasta de caminar más allá de las últimas casas, más allá del puentecito y de los ranchos lejanos, hasta la pradera abierta.

Estiró las piernas y recogió el sombrero de petate de alta copa, que había resbalado de su cabeza.

Cuando intentaba levantarse, oyó una especie de suspiro contenido.

Miró hacia el lado derecho en cuya dirección no había fijado la vista, pues se trataba de un callejón sumamente oscuro en el que nada había llamado su atención. Cuando pudo penetrar las sombras, distinguió recargado contra el muro de una casa un bultito que parecía un ser humano. Aquello se encogía cuanto podía, como si temiera ocupar demasiado lugar en el mundo.

En realidad parecía pensar que no tenía derecho a ocupar el sitio que ocupaba. El bulto no se agitó, no se le distinguían ni pies ni cabeza. Estaba cubierto por un jorongo de lana negra con listas grises.

Andrés no sabía cómo había llegado el bulto a aquel sitio, tan próximo a él, que podía tocarlo sólo con extender la mano. Sin duda sus pensamientos lo alejaron tanto de allí, que no se había percatado de cuándo y cómo había llegado; tal vez cuando él se sentó en aquel lugar, el bulto ya se encontraba allí. De cualquier forma, él no se había dado cuenta de su presencia y se le figuraba caído del cielo. Se aproximó un poco y el bulto pareció encogerse más aún.

Nuevamente escuchó el apagado suspiro, como aspiración de un sollozo prolongado.

—¿Por qué lloras niñita? —preguntó suavemente, sin obtener respuesta. Supuso que tal vez no comprendía el español y preguntó en tzeltal, su lengua nativa—: ¿Por que estás triste, niñita?

El bulto se agitó.

—¿No tienes madre? —preguntó.

—*Muquenal* —contestó suavemente, suspirando una vez más.

—Entonces está en el cementerio —dijo Andrés—. ¿Y tu padre?

—*Mee muquenal, tat milvil, nebahachisch, mucal aquil namal* —dijo el bulto, significando: «Mi madre murió, a mi padre lo asesinaron; soy huérfana y estoy muy lejos de mi tierra.»

Con esas pocas palabras contó toda su historia.

Andrés se aproximó un poco más.

—¿Puedo ayudarte, niñita?

Permaneció en silencio por un rato, al cabo del cual dijo:

—*Bocon* (ya me voy).

—¿Adónde irás a estas horas de la noche? Te morderán los perros salvajes y los borrachos te insultarán.

—No tengo miedo —repuso—. Tengo las uñas largas y los dientes afilados, y, además, llevaré dos buenas piedras conmigo.

A medida que hablaba salía de su envoltura, hasta que su cabeza quedó descubierta.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó él.

—*Jolajuneb* (quince).

—*¿Anelvanag?* (¿andas huida?)

—Sí, *anesvil* (huí de una finca).

Tenía el cabello revuelto, enredado y sucio, y aparentemente lleno de piojos. Sin duda hacía días que no se lavaba las manos y la cara. Tenía la piel bronceada y grandes ojos brillantes y negros como su descuidado cabello. Andrés pudo verla claramente porque ella había vuelto la cara y la luz de la plaza la iluminaba de lleno.

—¿Tienes en dónde dormir? —preguntó.

—Voy a la pradera.

Él rió de ella, y cuando vio su risa correspondida con una sonrisa vacilante, le dijo:

—Te llevaré conmigo adonde están las carretas y te arreglaré un sitio caliente y cómodo. ¿Vendrás?

—*Binash Yutsil* (buen muchacho) —dijo simplemente.

Con esas palabras aceptaba su invitación.

—Primero iremos a la fuente —sugirió Andrés.

—¿Para qué?

—*Suquel* (para lavarnos).

Tuvo la galantería de hablar en plural para no ofenderla diciéndole que era necesario que se lavara. Sacó un pedacito de jabón de su bolsa y se lo dio. Ella se

lavó en el chorro de la fuente que surtía el abrevadero de los animales.

—Espérame aquí —dijo él.

A los cinco minutos regresó trayendo un peine de madera que por cinco centavos había comprado para ella en un puesto.

—Ahora date una buena peinada.

La tomó de la mano y se dirigieron al rincón en que se habían encontrado.

Ella empezó a peinarse y tuvo que dedicar a la tarea mucho tiempo, porque su cabello, de sí grueso, se hallaba tan enredado que era una verdadera maraña.

Él la miraba, hablaba y reía como si fueran viejos amigos. Ella confiaba en él como en un hermano, y parecía que todas las bondades del mundo la cubrían por el hecho de tener con quién hablar libremente. La confianza que ella demostraba lo llenaba de calor y de ternura.

Sentía el corazón como bañado por los ardientes rayos del sol. Aquel deseo que lo entristeciera por carecer de objeto, por ser un sentimiento abstracto, lo llenaba ahora de un tranquilo goce, para el que no hallaba nombre. Era un goce para él desconocido, sin conexión con ninguna de sus experiencias. Deseaba que la noche no terminara nunca y que la muchacha no cesara de hablar.

Cuando se echó el cabello hacia atrás para arreglárselo, inclinó la cabeza y le miró con una sonrisa mostrando la belleza de sus dientes blancos, sintió que un nuevo mundo se abría ante él. Se sintió inmensamente rico por el hecho de haberle comprado un peine y de poder ofrecerle un hogar en su carreta.

Por fin ella acabó de arreglarse, se volvió a él y le sonrió.

Quitó del peine los cabellos que se habían atorado en él, lo sacudió y se lo devolvió.

—Es tuyo —dijo él—. Es un regalo de la feria.

—Pero no tengo bolsa en donde guardarlo —contestó ella sonriendo—. ¿Me lo quieres guardar en la tuya?

Él lo tomó y lo guardó en su bolsa, diciendo:

—Con mucho gusto; ahora tendrás que pedírmelo cada vez que lo necesites.

—Tendré mucho agrado en hacerlo.

Él se puso en pie.

—Ahora, *vehel ta hacabaltic* (iremos a cenar). ¿Tienes hambre? ¿Te gustaría?

Ella echó hacia atrás la cabeza para mirarlo en la cara, porque estaba sentada sobre sus talones.

—Nunca he tenido tanta hambre como ahora, *Binash Yutsil*; hace dos días que no como.

Se dirigieron al puestecito en donde Andrés había comprado sus enchiladas aquella tarde.

—¿Qué cenarás, *Tujom Ants*? —preguntó él.

Ella se ruborizó y bajó la cabeza, porque *tujom ants* significa muchacha bonita. Y por la forma en que lo había dicho y por su sonrisa, ella se percató de que en aquellas palabras no solo se encerraba su admiración, sino algo más.

Después se volvió a él sonriendo.

—Bien —preguntó nuevamente—. ¿Qué va a cenar la niñita?

—*Tibal* —contestó—. Carne, un trozo de carne, tengo mucha hambre.

Mientras les preparaban las enchiladas, ella dijo:

—¿Sabes? Yo no soy una niñita. Ya soy grande. Hace más de un año que soy mujer; palabra de honor, *Binash Yutsil Huinic*.

Y volvió a reír.

Iba descalza. Su falda de gruesa lana le alcanzaba los talones y estaba manchada con lodo seco. Tenía las piernas y los brazos como de ébano pulido. Sus pies eran muy pequeños, pero los dedos se habían desarrollado naturalmente porque nunca los había oprimido calzado alguno.

Parecía no llevar camisa bajo el vestido, pero en cambio tenía un saquito de manta muy sucio, con estrellas y rayitas bordadas con lana roja. Sobre él llevaba el jorongo corto que le llegaba apenas a las caderas.

La falda era un chincuete de lana, lo bastante ancho para que, según la previsión india, no hubiera necesidad de modificarlo cuando la mujer estuviera preñada, y lo sujetaba a la cintura con una ancha faja de lana roja.

Llevaba los brazos desnudos desde el hombro, el cuello descubierto y sobre la nuca le caía la densa masa de cabellos aún alborotados a pesar del peinado, los que le llegaban hasta la cintura.

Las enchiladas estuvieron listas al fin. Él las pagó y pidió un poco de sal en una hojita de plátano, un limón y le dijo:

—Vamos a los escaloncitos de la iglesia, luego regresaremos para tomar unos tragos de café.

—*Hutsil* —dijo ella riendo—. Eso está muy bien.

—¿Tú no vas a comer? —preguntó cuando se sentaron en el escalón.

—Comí antes y no tengo hambre.

—Tomarás un bocado de cada una de mis enchiladas para que me sepan bien —dijo llevándose una a la boca.

—¿Cómo te llamas, niñita?

—No tengo nombre; mi padre y mi madre siempre me llamaron *huntio* (niña); la señora de la finca me llamaba *anstil vinic* (muchacha), y José, el hijo del amo, siempre me decía *mejayel*.

—¿Por qué te decía *mejayel*? —preguntó Andrés enojado—. Ése es un nombre horrible para una muchachita como tú. Debe ser un marrano. Mira, aquellas muchachas pintarrajeadas que están en la cantina, que sirven comiteco a los hombres,

se sientan en sus rodillas y dejan que las manoseen a su antojo por dinero, ésas se llaman *mejayel*.

Ella no entendió el significado de aquello, le resultaba tan incomprensible como la fábula del pecado original a algunas personas normales. Pero se dio cuenta de que aquella era una palabra extraña y desconocida.

Le era difícil encontrar sentido a lo que ocurría en el mundo. Así que, a primera vista por lo menos, no comprendió; pero cuando volvió a mirar a la cantina y observó lo que allí pasaba y buscó conexión con lo que Andrés le había dicho, la cosa empezó a parecerle clara por grados, con mayor rapidez de lo que Andrés esperaba. Y después de reflexionar en lo que veía, se dio cuenta de que lo que allí pasaba era igual a lo que solía ocurrir en la finca, solo que en aquelia cantina próxima a la catedral las luces y los trajes eran distintos.

—José mentía —dijo—. Ahora sé lo que es una *mejayel*. José mentía, yo no soy eso, pero él deseaba convertirme en ello. Ahora lo veo claro. Y fue por eso que huí de la finca. Ya te contaré cómo pasó, *Binash Yutsil* —dijo cuando terminó de comer.

—Primero vamos a beber café, debes tener sed —dijo Andrés.

Después se sentaron nuevamente en los escalones de la iglesia. El eterno murmullo de las rezanderas y de vez en cuando un monótono cantar se oían a través de la puerta.

Los gritos de los vendedores iban muriendo. Todavía en la plaza se veía bastante gente moviéndose de un lado a otro, pero nadie compraba. Solo en las mesas de juego había animación. En las ruletas, en las barracas en que ofrecían como premio los horrorosos floreros, los abanicos japoneses y los despertadores enmohecidos; en las loterías, donde se gritaban las cartas para ir apuntando con frijoles en los cuadritos del cartón hasta llenarlos y obtener, si se era el primero, un ramo de flores de papel, un vasito de aguardiente o un peine. Alrededor se agrupaban gentes para jugar o simplemente para ver.

Las mesas en que se jugaba lotería eran las más ruidosas. Se escuchaba el grito del hombre que anunciaba las cartas: «¡El diablo! ¡El diablo!», repetía su ayudante, a fin de que los jugadores señalaran un cuadro si lo tenían en el cartón. «¡El globo! ¡El globo! ¡El alacrán! ¡El alacrán! ¡La vaca! ¡La vaca!» El hombre que anunciaba las cartas agregaba algún comentario pícaro a cada grito.

Muchos de los traficantes cubrían sus barracas, otros empacaban sus mercancías, otros las tapaban con petates y tendían uno para dormir en él bajo el puesto.

Las lucecitas de las linternas y las antorchas se iban extinguiendo. Las gentes que se movían alrededor de los puestos ya cerrados y oscuros parecían sombras de algún fantasma.

El baile continuaba alegremente cerca de la fuente. El elevarse y caer de las notas aflautadas de la marimba se escuchaba a la distancia de una calle. Algunas veces

parecían sonidos de arpa o de oboes de todos tamaños; otras, notas de contralto o sonar de campanitas.

En alguna parte un ciudadano daba una fiesta en su casa, un amante daba serenata a su amada o una familia celebraba el santo de alguno de sus miembros.

—¿Quieres bailar? —preguntó Andrés.

—Me gustaría, pero tengo miedo.

—No hay por qué asustarse muchachita —dijo él tratando de darle valor—. Ningún ladino baila, todos son indios como tú y como yo. Ven.

Se unieron al baile. Nadie reparó en su presencia. Él era como todos los otros muchachos indios y ella como muchas de las muchachas que habían venido de los alrededores a la fiesta.

Andrés le dio su paliacate y bailaron el zapateado indio con el mismo gusto que las otras parejas, olvidándose de que solo hacía dos horas que se conocían, sin importarles ignorar hasta sus nombres, porque les parecía haber sido amigos desde el principio del mundo.

La noche estaba avanzada.

Los músicos se mostraban cansados. Habían tocado de día y de noche durante tres semanas y ganaban poco. Los que se aproximaban a ellos para bailar tenían muy poco que gastar; pero ellos, indios como el resto, parecían hallar su recompensa proporcionando placer a los demás y ayudando a los que se acercaban a olvidar sus penas, aunque solo fuera por algunas horas.

—Ahora tomaremos más café y un pastel —dijo Andrés cuando ella le hubo entregado el paliacate.

—Como quieras, *Binash Yutsil* —dijo ella sonriendo—. Tú mandas y yo obedezco.

La tomó de un brazo y la condujo al puestecito de las enchiladas. La vieja cocinera se había hecho un ovillo y cabeceaba cerca del anafre. Ella tenía el puesto abierto día y noche para saciar el apetito de sus clientes indios. Como muchos traficantes y dueños de mesas de juego, había estado también presente en la fiesta de Sapalut. Nadie sabía a qué horas dormía la vieja; parecía poseer la cualidad de descansar con solo adormecerse junto al brasero cuando no había clientes a quienes atender. Los clientes nunca tenían prisa; nunca le metían prisa ni se quejaban o enojaban en voz alta cuando sus enchiladas no estaban listas pronto. Así podía cabecear unas cuarenta veces mientras aparentemente atendía el negocio. Si no había nadie en el mostrador, cogía su rebozo, se envolvía la cabeza en él y empezaba a roncar en seguida.

Pero bastaba que una de sus hijas dijera en voz baja: «Madrecita, dos de pollo, dos de res», para que se parara inmediatamente, acertando siempre con la carne y salsa que se le había pedido. Lo primero que hacía al despertar era soplar el fuego.

Como principio de trabajo, toda mujer india suele avivar el fuego que ha quedado sepultado en ceniza, ya sea en el brasero o en la hoguera prendida a campo abierto, y eso mismo hacen los muchachos que sirven de guía a los viajeros a través de la selva y de los bosques.

El aire era frío y penetraba hasta los huesos. El café y los bizcochos les dieron nuevas energías.

—Debes estar cansada —dijo Andrés con ternura—. ¿Te gustaría descansar? Te prepararé una cama cómoda y caliente dentro de la carreta y allí podrás dormir hasta que quieras.

—Si tú lo mandas, yo obedeceré.

—¿Me obedecerás siempre, muchachita? —preguntó con suavidad.

—Siempre —dijo ella con sencillez—. Siempre, porque eres bueno conmigo.

Caminaron por las largas calles silenciosas. A medida que se alejaban de la plaza, la oscuridad iba siendo más intensa. Las luces de las calles habían sido apagadas.

A menudo tropezaban. Las gentes que regían el municipio estaban acostumbradas a emplear las partidas destinadas a la reparación de las calles en otros asuntos, las más veces personales, y debido a ello las calles se encontraban en un estado deplorable. Tan pronto como se dejaba el centro del pueblo se encontraban grandes piedras, hoyos, baches de toda especie en los que se hundía uno hasta la rodilla; cisternas llenas de lodo, troncos de árbol y lanzas de carreta, pedazos de tejamanil y montones de cascajo. Sobre algunas de las zanjas hondas se tendían puentes improvisados que se habían roto en muchas de sus partes, por lo que hasta de día resultaba peligroso transitar por las calles, y con más razón en la noche, pues la amenaza de una pierna rota acechaba a cada diez pasos.

Andrés sacó del bolsillo algunas astillas de ocote y las encendió para alumbrar el camino. No había podido realizar la ambición de su vida, que consistía en hacerse de una linterna eléctrica, y no veía ni la más remota posibilidad de lograrla.

Ambos estaban acostumbrados a las astillas de ocote. Ni en su trabajo ni en su hogar habían contado con otro medio de iluminación. Cierto que cada carreta estaba dotada de una linterna, pero en la práctica se usaba muy poco, porque cuando los carreteros necesitaban alumbrarse con claridad preferían el ocote, y llevaban en la carreta una buena provisión de rajas, que nada costaban a los amos porque los carreteros las sacaban de los pinos del camino, sin importarles a quién pertenecían, y así aliviaban a sus patronos del gasto de petróleo para las linternas.

El pueblo era muy extenso porque casi cada familia tenía casa propia y los patios de éstas eran espaciosos.

Tuvieron que caminar largo rato antes de dejar atrás la última casa. Después caminaron por la extensa pradera y el camino dejó de ofrecer peligros.

Andrés se sentó en un montón de arena.

—¿Qué te parece si descansamos un rato para fumar un cigarro? —preguntó.

—Sí —contestó ella sentándose a su lado.

Él enrolló dos cigarrillos y se los ofreció.

La oscuridad del espacio los rodeaba sin oprimirlos. La oscura extensión parecía llena de reposo. Los grillos y todos los habitantes del pasto se regocijaban produciendo sonidos de flauta y de violín. A lo lejos se escuchaba de vez en cuando el mugir del ganado o el triste relinchar de las mulas y los rebuznos de los burros.

Las estrellas brillaban con el esplendor de pequeños soles, como suele observarse en el trópico.

Los murciélagos volaban alrededor de sus cabezas en círculos más o menos estrechos.

Una que otra lucecita brillaba en el pueblo, y de vez en cuando se miraba el resplandor de algún fuego artificial, prendido con retraso, o se escuchaba el sonido seco de un cohete dedicado a despertar a San Caralampio, pues no hubiera sido conveniente que durmiera en tanto se le festejaba.

—Siempre que veo brillar las estrellas sembradas en toda la amplitud del cielo oscuro, haciendo guiños con su resplandor, como si desearan expresar algo, viene a mi memoria el recuerdo de mi madre. Tal vez ella se encuentra ahora en una estrella. Las amaba sobre todas las cosas de la naturaleza. Solía sentarse horas enteras gozando en su contemplación mientras me acariciaba en su regazo o sentada sobre sus rodillas. Una de aquellas noches en que mi padre, mandado por el finquero para conducir algún ganado, se ausentaba por varios días, mi madre me contó una historia acerca de las estrellas y nunca la he olvidado, la llevo grabada en el corazón. Es por ello que la noche, por oscura que sea, no me asusta. Nunca he relatado a nadie la historia porque la considero sagrada. Es lo más hermoso y dulce que mi madre pudo haberme legado. Pero a ti, *Binash Yutsil*, te la contaré, porque tú eres bueno conmigo, bueno como solo mi madre pudo serlo en el mundo; ni siquiera mi padre fue tan bueno. Él siempre se mostraba fatigado del trabajo, siempre le vi cubierto de cortadas y raspaduras que le causaba la maleza.

Después de una larga pausa, se aproximó a Andrés para defenderse del viento frío y él dijo suave y tiernamente:

—Esa historia será el mejor presente que puedas hacerme y la escucharé con la misma atención que si tu madre me la relatara. Yo también creo que ella habita en una estrella y que desde allá arriba te mira y te protege de todo mal.

Ella se aproximó aún más y él la cubrió con su jorongo y la abrazó.

Con voz tan suave como la de él, empezó su relato:

«Es la historia del dios que creó el sol. Los espíritus malos, deseosos de destruir al género humano por haber sido obra de los buenos dioses, conquistaron a éstos y los mataron. Después cubrieron el sol con nieve, con hielo y con glaciares, y comenzó

para el mundo una noche que parecía interminable. Todo se hallaba cubierto de nieve y los hombres se morían congelados. Escasamente se cosechaba algún maíz con el que la raza humana se sostenía miserablemente, y había muchos hombres que no podían soportar el hambre y morían. No había árboles de dulces frutos, las plantas no florecían, los pájaros no cantaban, los grillos y las cigarras no hacían sonar sus violines y sus flautas.

»También morían los animales de la selva y los hombres hambrientos carecían de caza para alimentar a sus mujeres y a sus hijos y para abrigarlos con las pieles de las bestias.

»Cuando su miseria fue extrema, todos los reyes y jefes de los pueblos se reunieron para decidir qué medidas debían adoptar para hacerse de un nuevo sol, ya que en el cielo solo brillaban las estrellas que los malos dioses no habían podido apagar. En ellas habitaban los espíritus de los hombres muertos a quienes los buenos dioses habían dado fuerza suficiente para defenderlas y mantener su brillo.

»La reunión de los reyes duró muchas semanas, sin que hubiera podido ser hallada la fórmula para hacer brillar un nuevo sol. Entre los reyes había un sabio muy viejo que conocía todos los secretos de la naturaleza. Él dijo: “Es necesario que un hombre fuerte y de gran valor vaya a las estrellas, para rogar a los espíritus de los muertos que le den un pedacito de cada una de ellas. Cuando los haya obtenido, deberá volar con ellos a las alturas, hasta alcanzar el centro de la bóveda celeste, y cuando lo haya alcanzado, deberá prender todos los trozos de estrella a su escudo, el que se convertirá en un gran sol ardiente. A mí me gustaría hacerlo, pero estoy muy viejo y débil; ya no puedo saltar como los jóvenes, no podría recorrer las estrellas y me falta fuerza para sostener el escudo y pelear con los dioses malos, que se opondrán sin duda a que logremos hacer brillar el nuevo sol.”

»Una vez que el sabio terminó, todos los jefes y guerreros que se hallaban presentes saltaron brindándose para acometer la empresa.

»El sabio dijo: “Mucho les honra su deseo, pero es necesario que vaya uno, acompañado sólo de su escudo, ya que únicamente habremos de hacer un sol. El calor de muchos soles incendiaría la tierra. El hombre que se decida tendrá que hacer el mayor sacrificio que puede pedirse. Nunca más regresará a la tierra, porque habrá de permanecer eternamente suspendido de la bóveda celeste sosteniendo su escudo con el brazo izquierdo, listo siempre para pelear con los dioses malos, que no descansarán hasta opacar nuevamente al sol. Podrá ver la tierra, podrá ver a sus gentes, pero nunca volverá a ellas. Permanecerá eternamente solo en el espacio. Es necesario que todos piensen en ello antes de decidirse.”

»Cuando los reyes y jefes indígenas escucharon aquello se desconsolaron. Ninguno deseaba abandonar a los suyos, y preferían morir allí en aquel instante, pero en su propia tierra y rodeados de su gente.

»Un largo silencio se produjo en la reunión. Par fin se escuchó la voz de uno de los jóvenes jefes: “Desearía decir algo, ¡oh, valiente sabio! Soy joven y fuerte y

dispongo de buenas armas. Los hombres necesitan un sol, porque si les falta su calor perecerán. Estoy dispuesto a dar uno nuevo a los hombres y no temo al destino.” El que así habló se llamaba *Chicovaneg*. Abandonó a su esposa, a su hijo, a su madre y a su pueblo, y siguiendo los consejos del sabio, se armó. Hizo un escudo de piel de tigre y serpiente, un yelmo de plumaje de un águila poderosa y unas calzas con las garras de un hermoso tigre que capturó en la selva. Después de esto emprendió su largo viaje y al cabo de muchos años y muchos combates con los dioses malos llegó al fin del mundo. Las estrellas se encontraban bajas y con facilidad pudo saltar a la más cercana.

»Habló con los espíritus de los muertos que la habitaban, y que tenían el rostro negro porque no eran indios, y les dijo que los hombres carecían de sol y que él había abandonado a su esposa y a su gente para darles uno.

»Los espíritus le cedieron gustosos un pedacito de su estrella para ayudar a los hombres. *Chicovaneg* lo fijó al centro de su escudo, en donde empezó a brillar con la belleza de un diamante. A partir de aquel momento, debido a la luz de su delicada estrellita, pudo distinguir con mayor claridad el camino que debía seguir a través de la noche.

»Saltó de estrella en estrella y en todas, bien que los espíritus fueran amarillos, blancos, morenos o negros, halló la misma buena voluntad y pudo obtener los pedacitos de estrella que buscaba. Y cuando se encontraba con espíritus de hombres que habían sido de su misma sangre era recibido con gran júbilo. Se mostraban orgullosos de que un miembro de su raza devolviera la luz del sol a los humanos, y se apresuraron a fortalecerlo y a afilar sus armas.

»A medida que saltaba de estrella en estrella, la brillantez de su escudo aumentaba. Por fin los hombres pudieron distinguirlo, y llenos de alegría festejaron el acontecimiento. Veían también las dificultades que tenía que vencer, y cuando medían la distancia que lo separaba de la estrella a la que había de saltar y suponían que era demasiado para salvar en un solo impulso, la desesperación los invadía.

»Muchas veces también observaron los combates que tenía que sostener con los dioses malos, quienes desataban tempestades horribles que empapaban sus cabañas y arruinaban sus cosechas. Los dioses perversos inundaban la tierra y hacían que las montañas escupieran fuego, porque querían destruir la raza humana antes de que el nuevo sol brillara en el cielo. Arrojaban rocas ardientes en la dirección tomada por *Chicovaneg* en su ascensión, en tal cantidad, que todavía quedan muchas flotando en el espacio. Pero él ascendía y ascendía y su escudo era cada vez más brillante.

»Las plantas empezaron a florecer en la tierra, los pájaros volvieron a cantar. Los mangos y las papayas maduraron en los árboles, y las matas de tomate, los platanares y los nopales se llenaron de frutos. Finalmente, un día apareció el sol brillando en el espacio.

»Festejaron con gran pompa a *Chicovaneg*. Pero los dioses perversos nunca cejaron en su intento de nublar el sol. Velaban el cielo con gruesas nubes oscuras,

haciendo temer a la gente la nueva pérdida de él. Sin embargo, el valiente *Chicovaneg* no deja de vigilar tras su escudo de sol, para proteger a los hombres de la maldad de los dioses. Y cuando la malevolencia de éstos los oprime demasiado, él se pone furioso y les lanza flechas ardientes para cazar a los que se ocultan en espesas nubes. Agita su escudo y el estruendo estremece la tierra. Cuando ahuyenta a los dioses malvados, tiende en el espacio, su arco iris para hacer saber a los hombres que no deben temer, que él no se dará por vencido y que los malos dioses nunca podrán oscurecer el sol.»

Andrés dirigió la vista a la pradera, primero, y, luego, a la bóveda celeste.

La poesía que había hallado en tanto que la muchacha le relataba aquella fábula de su religión, no residía en ésta; la intuía más allá de la simplicidad de su relato en la voz suave y tranquila de ella, y sobre todo en la confianza con que se refugiaba en sus brazos sintiéndose a salvo de todas las tristezas del mundo. La certeza de que podría protegerla y de que ella se entregaba sin reservas a su protección, hacía nacer dentro de él la seguridad de su propia fuerza.

—Pareces una avecita caída del nido —dijo suavemente.

Ella, por toda respuesta, se estrechó más contra su pecho; parecía escuchar sin comprender el sentido de lo que le decía.

Cuando Andrés dirigió nuevamente la vista al cielo estrellado revivió la historia, y vio al joven guerrero trepar después de haber abandonado a su esposa y a su hijo, amenazado por las pesadas piedras que, lanzadas contra él por los dioses malos, describían un arco sobre su cabeza, y se preguntó si realmente le gustaría ser dios y vivir en la gloria de su luz. Para ello sería necesario dar un nuevo sol a los humanos. En verdad había sido un hecho glorioso el de aquel joven guerrero, y por ello merecía ser un dios honrado por los hombres. Pero en el fondo de su corazón sentía alegría de que los hombres tuvieran su sol y de no verse impelido por los llamados de su conciencia y de su valor a intentar lo que aquel guerrero había realizado, y al sentir en su pecho el calor del cuerpo de la muchacha, dudaba de haber tenido el valor de aquél, sacrificándose al abandonar para siempre a su esposa, a su hijo, a su madre y a su gente. Sintiendo y pensando como lo hacía, pudo medir lo grande y hermoso del hecho y darse cuenta del gran amor de *Chicovaneg* por sus semejantes, que había puesto de manifiesto sacrificando todo cuanto hace la vida de un hombre valiosa y deseable. Y lo que glorificaba el hecho era que el dios no podría dormir, olvidar ni morir jamás. Eternamente recordaría los amores que había dejado, y la pena de su pérdida nunca cesaría de atormentarle, porque aun cuando supiera que todos aquellos a quienes había amado se hallaban muertos desde hacía siglos, ellos vivirían en su memoria con la misma precisión que el día en que los había abandonado en bien de la raza humana. Era natural que Andrés no deseara ser dios de su gente, porque después de considerarlo con cuidado, encontraba que el papel de dios no es envidiable, ya que

tan elevado precio han de pagar por su grandeza y gloria.

Quiso hacer alguna pregunta, pero se percató de que la muchacha dormía profundamente.

Tomándola en sus brazos, la llevó a través del camino que los separaba del campamento.

Todos sus compañeros dormían. Algunos parecían haber bebido excesivamente festejando a San Caralampio, pues se hallaban tendidos como perros en el campo y se agitaban gruñendo mientras dormían.

Con ternura colocó a la muchacha sobre el zacate en tanto le preparaba un lecho confortable en la carreta. Cuando lo tuvo listo la colocó en él cuidadosamente.

Estaba rendida y solo de vez en cuando se le oía suspirar suavemente.

Él tendió su petate bajo la carreta y se acostó. Su último pensamiento fue que nunca antes había dormido con la alegría que aquella noche llenaba de esperanzas su corazón, haciéndole presentir los días más dulces y amables de su vida; días que le harían olvidar todos los trabajos y preocupaciones de su dura existencia. Y su mente, velada ya por el sueño, lo condujo tan lejos que murmuró: «No hay vida mejor sobre la tierra que la del carretero.»

XIII

Los carreteros siempre se levantaban temprano, porque tenían mucho que hacer. Las carretas no estaban todavía en condiciones de trabajar sin riesgo de sufrir algún desperfecto.

Primero desayunaban. Algunos de ellos sufrían un terrible dolor de cabeza gracias al mal aguardiente que habían bebido por no poder pagar un buen comiteco.

Andrés era responsable de la caravana y se dio cuenta de que aquel día no sería posible hacer reparaciones porque los muchachos todavía estaban borrachos y en la tarde volverían a beber, ya que no sabían otra manera mejor de divertirse y si la conocían no estaba a su alcance.

Andrés envió a los peores, a los que la borrachera de la noche anterior dejara convertidos en bagazos, a que miraran en la pradera que los bueyes no se alejaran demasiado y para que no permitieran que las picaduras de los tábanos les causaran llagas. Ese trabajo era tan ligero que aun los muchachitos podían hacerlo.

Después, acompañado de otros dos muchachos, se dirigió a la floresta cercana del bosque de El Puente, para obtener madera para las lanzas y los yugos.

Cuando el desayuno estuvo listo, se dirigió a la carreta para saber qué hacía la muchacha.

Hacía tiempo que había despertado y estaba sentada en una caja peinándose.

—Buenos días, niñita, ¿qué tal dormiste? —preguntó riendo.

—Muy, muy bien, gracias —dijo con alegría—; como nunca desde hace muchos meses. Te deseo el mejor de los días, *Binash Yutsil*.

—Debes tener hambre —dijo él—. Nada bueno tenemos para el desayuno; solo frijoles negros, tortillas, chile y café.

—Ésa es comida de reyes y yo tengo un gran apetito.

Bajó de la carreta, se arregló la falda y el jorongo y se dirigió tímidamente a la hoguera, alrededor de la que se hallaban los muchachos haciendo tacos de frijoles y echándoselos en la barriga vacía.

Todos vieron a la muchacha cuando se aproximaba, pero sin mirar inquisitivo o sonrisas maliciosas. Toda vez que ella había salido de la carreta de Andrés, no cabía duda de quién era.

—Mi mujer —dijo Andrés—. Ahora viajará con nosotros.

Eso bastó para presentar a la muchacha y para determinar su situación, atendiendo a la cual sería respetada, no solo por los camaradas de Andrés, sino por todos los carreteros, tanto como si su unión hubiera sido legitimada por una ceremonia religiosa. Y mientras ella no diera el primer paso, sería tan inaccesible como la misma esposa del patrón.

Además, aquellos carreteros, como todos sus compañeros, tenían el suficiente buen sentido para no hacerse tontos arriesgando la vida, si no en una riña abierta, alguna noche entre la maleza, cuando se anduviera en pos de los bueyes. Nadie lo

ignoraba. Todos iban armados con su machete para abrirse paso, y el machete no dejaría tiempo al culpable para darse cuenta de cuándo se le metía entre las costillas. Después lo sepultarían. Los carreteros tenían su propio código de honor. Daban al culpable su merecido. ¿Por qué no había dejado en paz a la mujer? Se le había castigado a tiempo. El veredicto de un carretero enterado de las circunstancias era rápido y certero, no había vacilaciones ni procesos largos y pláticas superfluas. Al patrón le decían que el carretero había muerto en la selva cuando iba en busca de algún buey. Y si la verdad llegaba a descubrirse por la imprudencia de algún compañero ebrio, lo más que podía ocurrir era que los hombres que pusieran en práctica la sentencia cargaran con la deuda que el muerto tenía con el patrón. Ningún juez se tomaba el trabajo de investigar. Si la ley interviniera en los asuntos de los carreteros, se originaría un gasto inútil de los dineros públicos en actos consumados sin remedio, a más de que intervenir en sus libertades personales sería tanto como privar a los dueños de las caravanas de la gente que les era útil. Sobre todo, los jueces tenían otras cosas de qué ocuparse y que les producían mejores rendimientos. A los carreteros no era posible sacarles ni un centavo. ¿Para qué molestarse entonces y contribuir a la acumulación de documentos legales que nadie lee y en los que el polvo se junta, aumentando el trabajo de quienes tienen que sacudirlos y archivarlos?

Los otros carreteros se conformaron con decir: «¿Cómo estás, chica?», sin dejar de masticar lo que comían.

Nada nuevo e importante era que uno de sus compañeros tomara esposa en alguna parte y la llevara consigo. Eso podía ocurrir en cualquier momento.

Algunas veces la mujer les acompaña en un viaje, y si no le gusta aquella vida, busca trabajo en algún punto del camino o encuentra mejor acomodo dedicándose a la agricultura. Entonces la unión se disuelve sin derramar lágrimas de sentimiento. En la ruda y rápida existencia del carretero no tiene cabida el sentimentalismo. Toma la vida como es.

Su vigor nativo no ha sido estropeado por la influencia de novelas, películas y poemas. Son las mentiras de la poesía y el romance las que sugestionan a los hombres con sensiblerías que nunca son sinceras y que suelen colocarlos en situaciones embarazosas.

Los carreteros se estrecharon para hacer un lugar junto al fuego a la muchacha. Todavía era temprano, el sol brillaba débilmente. Sobre la pradera se tendía un grueso manto de niebla y el aire era frío. Andrés se sentó junto a la muchacha y le tendió una cazuela con frijoles negros en su caldo y desprovistos de todo aderezo; puso las tortillas en las brasas y las movió de un lado a otro para calentarlas, y cuando estuvieron listas se las ofreció. Ella comió sus frijoles con las tortillas, pues no tenían cucharas, mordiendo un chile verde para darles sabor. Él hizo un taco de chile y se lo dio. Después le sirvió café negro en un jarrito y bebió el suyo en una jicara. Todos los

carreteros se servían el café y los frijoles en jicaras; los únicos utensilios que daban a la escena una apariencia de civilización eran el jarrito y la cazuela que se habían ofrecido a la muchacha.

Cierto que tenían una olla esmaltada de azul en la que cocían los frijoles, pero ésta se hallaba tan abollada, que más bien pertenecía al basurero. El esmalte casi había caído en su totalidad. Estaba ennegrecida por el humo y era difícil determinar que cien años atrás el esmalte de la parte exterior había sido azul y el de la interior blanco. Para menear los frijoles usaban un pedazo de astilla sacado del rayo de una rueda.

—Come bien, niña —dijo Andrés para darle valor.

Ella hizo un signo de asentimiento, obedeciendo como una chiquilla.

Manuel, uno de los muchachos de la caravana, le dijo:

—Estás muy flaca, chica. No tienes cojincitos en los muslos. No eres mi tipo. A mí sólo la carne abundante me hace feliz.

La muchacha hizo un nuevo signo de asentimiento. No hablaba castellano y supuso que aquel muchacho se refería a lo mismo que Andrés.

—Ella no habla español —dijo Andrés—; pero de cualquier modo no te entendería.

—No te enojes, Andresillo —dijo Manuel riendo—. Mucho mejor si ella no entiende el castellano; así no necesitaremos ponernos bozal. Pero nada más quiero que me digas: ¿qué puedes hacer con un palo como ése? Se te perderá entre las manos, hombre.

Todos rieron de la ocurrencia, pero en su risa no había ironía ni deseo de herir. No tenían idea de la obscenidad; hablaban de la carne en forma tan natural como lo hacían al referirse a sus carretas. En su vida no había secretos oscuros ni sensualidad reprimida. No sufrían de temor a la Iglesia, y nadie se esforzaba en ser hipócrita ni en considerar como pecado las cosas naturales.

Ciertamente no cuidaban sus palabras. Decían todo lo que sentían, y si una muchacha no tenía la carne necesaria para satisfacerlos, ninguna otra cualidad podría conquistarlos. Los problemas sexuales, y psicológicos carecían de sentido para ellos, y así sus vidas no se complicaban con cosas superfluas. El hombre es hombre y la mujer, mujer; y cuando se reúnen, cada uno sabe lo que desea del otro. En esa forma resumían su filosofía del sexo que les satisfacía por completo sin proporcionarles sorpresas desagradables.

Andrés sabía muy bien de lo que hablaban, aun cuando carecía de experiencia personal en la materia. Ni siquiera sabía si tenía esperanzas de experimentar con aquella muchacha. Ignoraba no solo lo que podía esperar, sino lo que deseaba. Hasta entonces lo ligaban a ella solo la fuerza y el calor de la camaradería, pero comprendía que aquel afecto no era semejante al que profesaba a su madre y a sus hermanas. El

único deseo que se manifestaba en él con claridad era el de que sus relaciones con la muchacha pudieran continuar siendo como la noche anterior y esa mañana. Sabía que en esa forma se sentiría más que feliz, y si algo más agradable le esperaba, lo recibiría con goce y gratitud. Pero la idea de una exigencia de su parte no cruzaba su mente.

Cuando pensó en esto, empezó a sentirse superior a sus camaradas. Ellos hubieran echado mano de la muchacha tan luego como hubieran dejado, el pueblo, para cerciorarse de si valía la pena llevarla consigo y protegerla.

Pero estaba equivocado, pues más tarde se sorprendió al saber que Manuel, quien pretendía ir sólo tras de lo que le interesaba, obraba en la misma forma que él. Había encontrado una muchacha y Andrés pudo observar cómo por semanas enteras vivieron juntos sin pertenecerse mutuamente, hasta que una noche, impelidos por un deseo imposible de aplazar un instante más, cayeron uno en brazos del otro.

Aquella fue una buena lección para Andrés, pues aprendió a no sentirse superior a sus camaradas creyéndose capaz de actos que no estaban al alcance de los otros. Supo que eran determinadas circunstancias las que permitían a un hombre descubrir en su interior sentimientos que siempre había considerado atributo de los elegidos, únicos capaces de concebir ideas nobles y de tener sentimientos elevados.

Cuando los otros hombres se enteraron de que la muchacha no hablaba castellano, decidieron no perder ocasión para bromear con Andrés y divertirse a sus expensas.

Nada hacían con mala intención, pero no se tomaban el trabajo de hablar con disimulo. Si la muchacha no hubiera estado próxima de ellos, su mímica habría sido más clara que sus palabras.

—No la habrás dejado sedienta toda la noche, ¿verdad Andresillo? —dijo José riendo a carcajadas.

—¿Tú qué crees? —contestó Andrés—. ¿Por quién me tomas? Mira, Chepe, yo sé cómo hago las cosas.

—¿Y qué tal? —preguntó Esteban.

Andrés rió.

—¿Cuántas veces? Eso es lo que queremos saber —agregó Hilario.

—Oigan, hijitos —dijo Andrés haciendo un guiño—. Cuando cargo, tengo buen cuidado de contar los bultos. Lo mismo hago con el vuelto que me dan en la cantina; pero, hombre, hay cosas en las que se pierde la cuenta.

—¡Así se habla! —intervino Manuel—. Cuando se pierde la cuenta ya hay de qué hablar.

Tiró al fuego los granos de café que habían quedado en su jicara, se levantó y se estiró.

—Bueno, ahora vamos a cortar las lanzas. Esta tarde pienso volver a la plaza; tal vez yo también tenga suerte y me case. Pero eso sí: yo quiero una con más carne.

Poco a poco todos se fueron levantando. Dos de ellos, a quienes debido a su aturdimiento Andrés había mandado a cuidar de los bueyes, partieron por la pradera en tanto que los demás tomaron sus machetes y se encaminaron al pinar de El Puente.

La muchacha enjuagó la cazuela y el jarrito con agua que tomó de una lata y los llevó a la carreta donde había dormido. Andrés la siguió. Sacó de su bolsa tres monedas de cobre de cinco centavos y se las dio, diciendo:

—*Tujom Ants*, vete al pueblo y compra agujas e hilo negro para que remiendes tu enagua.

—Con todo gusto haré lo que dices —contestó la muchacha.

—Después —continuó Andrés—, baja al río a bañarte y regresa a peinar tus cabellos hasta que te brillen.

Ella rió y dijo:

—Haré lo que quieres.

—Si alguien te pregunta de dónde eres, le dices que vienes con las carretas de don Laureano porque uno de los carreteros es tu marido. Así nadie te hará daño y la policía no te llevará a la cárcel creyendo que no tienes amo y que andas huida. Y si alguien te pregunta en dónde está tu *na* (hogar) y en dónde *tovic* (naciste), diles que en Socton. ¿Comprendes, chiquita?

—Sí, comprendo. Diré y haré todo lo que tú quieres.

—Vicente se queda aquí para cuidar las carretas —agregó Andrés cuando ya caminaba a reunirse con sus camaradas—. Si Vicente va por agua, quédate tú cuidándolas. Aquí nadie te hará daño, no tengas miedo. Ahora me voy porque nos espera un trabajo muy duro.

Andrés sabía lo que hacía al dar a la muchacha aquellas extrañas órdenes.

Ella no era esclava, nadie tenía derecho a tocarla porque era ciudadana mexicana; pero si era encontrada vagando sola por el pueblo y sin poder dar razón de su lugar de origen y de su ocupación, cualquier policía la habría llevado a la cárcel con la esperanza de conseguir el peso que sin duda le daría el amo de cuyas posesiones habría huido y de quien seguramente era deudora. Fuera de los miembros de las comunidades independientes, no había ni un solo indio, hombre o mujer, que no fuera deudor de su amo. Y si no tenía amo, razón de más para encarcelarla, no faltaría cargo que hacerle: bien que estaba borracha o que había robado alguna cháchara, o en último caso, que era una vagabunda sin hogar. Así, el presidente municipal, el comisario o cualquier empleado del municipio, se haría de una criada barata. Le pagarían un peso al mes —ya que no era esclava— y podrían golpearla el amo de carácter irascible y sus irascibles hijas. Y si al amo o a alguno de sus hijos le caía en gracia, le harían un hijo quisiera o no, porque ella tenía que obedecer cuanto le ordenaran sin poner reparo en lo que fuera. En tanto que si tenía un marido que la protegiera, cualquier policía pensaría dos veces antes de echarle mano. ¿Y por qué?

Porque de repente algún policía o el alcalde se ven obligados a ir a otro pueblo y ocurre que en el camino hay carreteros y que entre ellos puede encontrarse el marido de la muchacha arrestada. Entonces el oficial o policía responsable del arresto jamás regresa a su casa. Y todos, desde el jefe político hasta el gendarme descalzo, saben bien eso, y la mujer del carretero resulta inviolable como los jefes de las comunidades indígenas independientes.

Los carreteros no tenían uniones, pero eran respetados en todo el estado. Contaban solo con ellos mismos, pero las medidas que tomaban eran lo bastante enérgicas para permitir que alguien se les escapara.

Eran miserablemente pagados, estaban miserablemente alimentados, su vida era despiadadamente dura. Todo lo aceptaban sin protestar porque lo consideraban parte de su destino. Se les explotaba hasta agotar la última gota de su sangre. Pero la condición indispensable para lograr su explotación era que su explotador conociera perfectamente el límite. Y estaba probado que el amo que sabía bien hasta dónde podía llegar era el que mejor los explotaba y mayores rendimientos obtenía.

A los carreteros, como a todos los proletarios de México, Perú, Bolivia y Venezuela, les tiene muy sin cuidado que los ahorquen o los fusilen. De ahí que la ley no los alcance, y especialmente aquella que dista de su propio sentido de la justicia.

En las primeras horas de la tarde los hombres regresaron al campamento. Al día siguiente llevarían consigo a los bueyes para acarrear las lanzas y los yugos que habían labrado.

—Deben haberse tendido por allí y se habrán quedado dormidos —dijo Andrés —. Es imposible que se hayan perdido.

La muchacha mostró orgullosamente a Andrés su enagua remendada. Las costuras que había hecho no podían ser peores, pero ponían de manifiesto su buena voluntad, y, de cualquier forma, la enagua tenía mejor apariencia. Para que quedara bien se requerían algunos parches, y la muchacha no tenía tela con qué hacerlos, pero Andrés le prometió conseguir algunos retazos para ello. Tenía las piernas, los brazos y la cara bien limpios, pero lo mejor era su cabello. Algunas horas empleadas en escarmenarlo habían transformado aquella maraña en crenchas negras, brillantes y espesas, en las que la muchacha se podía envolver hasta la cintura.

Andrés la vio por primera vez a la clara luz del día, porque cuando había partido en la mañana, la neblina era tanta que no le había sido posible formarse una idea exacta de su apariencia. Y lo que hubiera podido ver se hallaba cubierto por el jorongo en que se había envuelto a causa del frío, tapándose parte de la cara, y la que le quedaba descubierta estaba tan sucia, tenía una capa tan gruesa formada por el polvo y el sudor, que era imposible distinguir sus facciones.

Andrés se sorprendió gratamente al descubrir que era una muchacha bonita, de dientes blancos, facciones regulares, ojos negros y brillantes, naricilla corta y recta,

mejillas redondas y piel suave y bronceada.

Ella sonrió y preguntó:

—¿He hecho bien lo que me mandaste?

—Muy bien, muchachita —contestó, tomándola pollos brazos.

—¿Estás contento conmigo? —preguntó, aproximándose más a él.

—Sí que estoy.

El muchacho dio una vuelta alrededor de ella para mirarla bien.

Era solo una muchachita descalza, vestida con una camisita de manta bordada, una vieja enagua de percal y su jorongo, únicos tesoros que la hacían más rica que cualquier bestia de la selva. Pero parecía no desear más para ser feliz, pues mostraba sin disimulo la alegría que le causaba la presencia de Andrés.

—Más tarde, ya que hayamos comido, nos iremos tú y yo a la pradera y nos sentaremos a contar hermosas historias.

—Sí, hagámoslo; cuéntame una bonita historia. ¡Tú sabes cosas tan hermosas…! Cada una de tus palabras, *Binash Yutsil*, es hermosa. Te escucharía siempre porque todo lo que dices es claro y bello.

—A ti sólo habré de decirte cosas hermosas —dijo él con suavidad.

—Entonces siempre seré feliz.

El chico había puesto a cocer temprano los frijoles y ya casi estaban listos.

Los hombres se lavaron las manos, pusieron el café en el fuego y se tendieron a dormir un rato mientras estaba la comida.

Los muchachos a quienes se había enviado por la mañana en busca de los bueyes, regresaron diciendo a Andrés que no los habían hallado.

—Me parece que mienten —dijo Andrés—; todavía traen los ojos hinchados de dormir.

—¿Es que estamos bajo tus órdenes? —preguntó uno de ellos con mal talante.

—Bien saben que no, y ni aun así les daría órdenes. Pero si vamos a tener que correr durante tres días en busca de los bueyes y las carretas no están listas para ruando los comerciantes quieran salir, yo seré el amolado y ustedes se quedarán tan tranquilos.

Manuel, que descansaba tendido cuan largo era sobre el zacate, se sentó y les dijo:

—Andrés tiene razón; si no salimos a tiempo, el viejo se la cargará a él y ustedes tendrán la culpa. Debiera darles vergüenza, pero no la tienen, ¡parranderos, léperos, borrachos, sinvergüenzas! ¡Son un par de cabrones!

Y de sus labios brotaron cientos de imprecaciones lanzadas a los borrachos. Luego se levantó y se dirigió a ellos con los puños cerrados, agregando:

—Debían tener más vergüenza, desgraciados; ora caminen y encuentren a los bueyes si no quieren que les descuartice.

Aquellos dos sabían que Manuel era enemigo temible. Nunca dejaba las cosas a medias una vez que las había emprendido; así es que prudentemente se volvieron y empezaron a caminar.

Pero Andrés dijo:

—Más vale que duerman aquí; mañana temprano saldremos todos a buscarlos, porque necesitamos darles su ración de maíz y acarrear las lanzas y los yugos que tenemos labrados. Oye, Vicente, ¿están ya los frijoles? Bueno, tráete las tortillas.

Después de comer se lavaron y se alistaron para regresar al pueblo, pues ya se escuchaban nuevamente los truenos de los cohetes.

Cientos de miles, por no decir millones de gentes de la clase más pobre en México, no tienen segunda camisa que ponerse y no saben lo que es un par de zapatos; pero siempre disponen de dinero para comprar cohetes que quemar en los festejos religiosos, y así es lanzado al viento el dinero que tanto necesitan para llenar las más urgentes necesidades de su vida, en honor de una Iglesia que nunca les aconseja respecto a la mejor forma de emplear su dinero y les permite gastar hasta su último centavo en ceras para iluminar los altares de los santos. En su propio hogar, esos millones de seres no cuentan con mayor iluminación que la que les procuran las rajas de ocote. Pero en este país la Iglesia ejerce una nefasta influencia sobre el proletariado que alumbra su hogar con ocote y gana la voluntad de sus santos ofreciéndoles ceras y cohetes de los que bien podrían prescindir, ya que hace tiempo se encuentran muertos, en tanto que el proletariado vive y necesita calzón y camisa para cubrirse, con más urgencia que los santos, ceras y cohetes.

Pero la Iglesia roba y sigue robando, sin importarle que aquellos sobre quienes ejerce su rapiña, prometiéndoles en cambio un día de gloria, carezcan de lo indispensable para un día de vida. A la Iglesia no le interesa que el número de miserables crezca gracias a sus enseñanzas y a sus promesas de eterno goce en el más allá y que la pobreza se extienda como la peste. Pues mientras más hambrientos haya en el mundo, mayores ganancias obtendrán aquellos que saben explotar la miseria y enriquecerse con el trabajo ajeno.

La barriga vacía y la camisa desgarrada hacen al deseoso proletario que ni chille, ni clamoree, ni despierte, porque su estómago clama y su carne pide a gritos calor y abrigo. Pero la Iglesia prospera y con ella todos aquellos cuya regla es «velar por la religiosidad del pueblo, porque la religión es nuestro mejor guardián». El proletario que no cierre los ojos puede enterarse de lo que en el mundo ocurre; pero no ve, y como no puede saber lo que ocurre en el paraíso, puede muy bien ocurrir que cuando llegue a él se encuentre sentadas en los lugares de preferencia a las mismas gentes a quienes viera aprovecharse de lo mejor de la vida terrena, ya que éstas no se dejan desplazar fácilmente, toman lo mejor, ya sea del cielo o de la tierra, y nunca ocupan el segundo lugar. Y si el ojo de la aguja es demasiado estrecho para dar paso al camello, ellos lo ensanchan y asunto arreglado. Solo aquello que realmente posees, proletario, es tuyo: solo ello puede proporcionarte goce. Más vale pájaro en mano que

ciento volando. Si aprendes a aprovecharte en la tierra y a tomar lo que te corresponde, harás una buena práctica para obrar en igual forma en el más allá.

Enciende velas en tu propia casa y goza de su luz si te da la gana de gastar tu dinero en velas. Cree en quienes con mayor experiencia que tú te digan: «Si tú rehúsas a la Iglesia tus cobres, tu devoción y tu creencia en su autoridad, los humildes servidores de Dios tendrán que bajar como tú a las minas de carbón, y cuando se vean a tu lado compartiendo contigo los peligros de las galerías, sabrás lo que valen despojados de sus vestiduras talares, de los brocados recamados de oro y de joyas que cuelgan de sus hombros. Y cuando los veas agacharse contigo sobre la tierra húmeda, con la cara cubierta por una capa de sudor y polvo, raspando su bazofia de tu misma lata; cuando, como tú, se vean asolados por la lluvia y las corrientes lacerantes y amenazados por los aludes de rocas, entonces déjalos que te cuenten historias del paraíso. Ya verás cómo te las relatan en forma bien distinta y cómo repentinamente se convierten en revolucionarios, con mayor rapidez y en mejor forma que lo que tú puedes lograr en tanto esperes en los goces del paraíso, en vez de tomar aquí y allá los bienes a que tu trabajo te da derecho.»

Cuando Andrés escuchaba el estallido de los cohetes quemados en honor de San Caralampio no lo animaban semejantes ideas. Él ignoraba la existencia de un paraíso en el más allá. Nadie le había hablado de ello, y tampoco sabía de la existencia de un paraíso sobre la tierra. Sabía cómo vivían los finqueros ricos, los comerciantes prósperos y los afortunados dueños de transportes, pero nunca había cruzado en su mente la idea de que esa prosperidad podría alcanzarle y aun de que él tenía perfecto derecho a participar de las riquezas de la tierra.

Como los otros carreteros, estaba tan identificado con su miseria, que se hubiera sentido en el paraíso si solo le pagaran veinticinco centavos más al día, si hubiera hallado un pedazo de carne en su cocido y si la interminable deuda que lo ataba a su patrón, y que no había esperanzas de reducir, fuera saldada.

La suma de lo que realmente poseía en esta tierra y de todo cuanto podía esperar gozar, si algún día tenía tiempo para ello, era su desnuda existencia.

Aquello ya era algo.

Un día, cuando aún era niño, escuchó en la finca en que había nacido una disputa entre el finquero y uno de los peones, acerca del precio de un marrano que éste había criado, porque mientras un comerciante le ofrecía ocho pesos por él el finquero trataba de pagarle solo cinco, alegando que, como peón suyo, estaba obligado a vendérselo al precio que él le fijara, pues tenía derecho de hacerlo sobre todos los animales criados en su propiedad, sin tomar en cuenta quién los había criado, aun cuando se les hubiera alimentado con maíz cultivado en el pedazo de tierra que pertenecía al peón. Cuando el finquero se cansó de discutir, perdió la paciencia y dio al peón un machetazo en la cabeza. El peón cayó por tierra, y mientras la sangre manaba de su herida, decía con voz a punto de extinguirse: «Perdóneme, patroncito; misericordia, por el amor de Dios; máteme de una vez, patrón.» Pero el patrón se

contentó con darle una patada en las costillas, diciéndole: «Bastardo de india, ya puedes estar contento con que te deje la vida. ¿Qué más quieres?»

Andrés tenía su vida. ¿Qué más podía desear? Porque la Iglesia, esa gran salvadora de almas, nunca les enseñó ni a él ni a los indios que viven en las comunas libres la primera lección que los salvadores de almas y los libertadores deben enseñar: «Haz tu vida lo mejor que puedas y luego preocúpate de lo demás.»

XIV

—¿No quieres ir al pueblo, a la plaza? —preguntó Andrés a la muchacha.

—No. Bueno, es decir, si tú quieres, iremos; pero yo preferiría caminar por la pradera y después sentarme junto a ti para mirar el mundo y escuchar lo que me digas.

Se dirigieron al pinar y se sentaron en sus linderos, desde donde podían ver igualmente la pradera y el bosque, en el que se erguían árboles de sesenta y ochenta metros a manera de columnas de un gran estrado, y se veían helechos enormes, mezclándose con el tupido zacate y las bellotas de las coníferas, tan grandes como melones.

—¿Tú has vivido solo en el monte? —preguntó él.

—Sí, nomás.

—¿Entonces nunca has visto palmas y selvas y plantas tropicales?

Ella hizo un signo negativo.

—Estoy muy contento —dijo él mirándola.

—¿Por qué?

—Porque yo podré mostrarte todo eso, y cuando tú lo veas por primera vez estarás a mi lado; así tu recuerdo de ello irá siempre ligado al recuerdo mío.

—¿Recuerdo? —interrogó abriendo ampliamente los ojos y mirándolo—. Entonces, ¿no me quieres, no deseas que esté siempre contigo? Yo no quiero recuerdos tuyos, lo que quiero es estar siempre a tu lado, ir contigo a donde vayas y seguirte para bien o para mal.

Andrés bajó la cabeza y le tomó una mano. Después de una larga pausa, dijo:

—¡Quién sabe si habré de gustarte siempre, muchachita! No creo ser bueno, no sé cómo sería con mi mujer, nunca he tenido una. Tal vez no soy como te imaginas; hace apenas un día que me conoces.

Ella movió la cabeza y dijo con voz ahogada por el sentimiento:

—Sí, hace solo un día que nos conocemos, pero al cabo de muchas lunas nos habremos tratado todo un año.

Él rió y ella se unió a su risa. Dos grandes escarabajos se detuvieron a sus pies.

—Todos los escarabajos tienen una compañera —dijo ella sin mirarle a la cara—. Yo no quiero estar sola, quiero estar contigo, quiero ayudarte a cuidar los bueyes y a trabajar; lavaré tu ropa y haré cuanto me mandes, te daré gusto como lo hice lavándome y peinándome; en otra forma nunca más me peinaré, porque ya ves con qué facilidad se me enreda el pelo. Por ti me peinaré cuantas veces quieras y remendaré mi enagua solo para ti, porque a mí no me importa traerla rota.

—Así debe ser —dijo con toda seriedad Andrés—. No me gustaría que fueras como las mujeres de muchos muchachos, quienes nunca se lavan y andan con los vestidos todos rasgados, se emborrachan apenas tienen ocasión de hacerlo y se revuelcan en el campo gritando desvergüenzas.

—Yo nunca haré nada semejante, *Binash Yutsil* —contestó con firmeza, y agregó —: Pero, ¿cómo he de saber lo que tú juzgas bueno y recto y lo que te es grato si no me lo dices? Yo no tengo experiencias ni soy tan lista como tú. Tú tienes que decirme lo que debo hacer para darte gusto. Tú eres mi marido, mi señor. Y me satisface que lo seas tú y nadie más. Pero es imposible que te sea agradable si no me dices cómo. Desde que mi padre murió, nadie se ha ocupado de mí; solo tú —y le miró a la cara con ojos suplicantes, en los que se leía tristeza y desamparo—, solo tú, esposo mío, te preocupas y me cuidas; eres tú quien puede, quien debe, quien hará de mí lo que quiera.

—Nunca te abandonaré, muchachita —dijo pensando sus palabras—. Y quiero decirte lo infinitamente feliz que soy por haberte encontrado y por saber que me quieres por marido.

Él tomó su cabeza entre las manos, la estrechó contra su pecho y le revolvió el pelo.

Ella le tomó una mano, presionó su dorso contra su mejilla y la besó. Entonces él se inclinó sobre su cabeza y colocó los labios en sus cabellos, en una caricia semejante a una plegaria muda, y así permanecieron por tanto tiempo, que a él le pareció que habían pasado siglos.

No hablaban ni se movían, temerosos de interrumpir su éxtasis supremo y de ahuyentar aquella especie de influencia benéfica que envolvía su ser y el mundo entero.

La última luz del día murió en la extensa planicie. La noche envolvió la pradera con un velo de niebla ondulante. La oscuridad se hacía cada vez más densa.

Cuando volvieron en sí de aquel rapto se encontraron envueltos en las tinieblas de la noche. Los embargó el sentimiento de haber estado en trance toda una eternidad sin percatarse de lo que ocurría a su alrededor. Y fueron felices de no haberse perdido mutuamente, de sentir, lejos de lo que hubieran podido temer, que su corazón, su alma y su cuerpo se habían fundido formando una sola parte de la naturaleza, gracias al destino benévolo que los protegía.

La noche no despertó su deseo; continuaron embargados por el profundo bienestar que el día les había legado al morir, y nada hubiera sido capaz de destruir aquel sentimiento, cualesquiera que hubieran podido ser los trabajos y amarguras que los días por venir les reservaran.

Ella se apartó un poco y, mirando en rededor, dijo con asombro:

—Mira, es de noche y yo no me había dado cuenta.

—¿Vamos a las carretas o a la plaza, o prefieres que nos quedemos aquí platicando? —preguntó Andrés.

—Esto es encantador —contestó ella—. A menos que tengas trabajo en las carretas, yo preferiría que nos quedáramos aquí hasta que empezara a hacer frío.

—¿No tienes hambre?

—Ni tantita, y si tuviera esperaría. Tantas veces he esperado, que he aprendido la manera de olvidar el hambre. Desde que enterramos a mi madre he pasado muchos días sin comer. Mi madre murió un día y no supimos por qué. Tal vez haya sido a causa del paludismo; pero el finquero no tenía medicina, nunca compraba polvos blancos. Él me dijo que no me afligiera, que mi madre solo tenía pereza y que al día siguiente estaría bien. Pero un día la encontramos muerta. Se fue sin un suspiro. Después yo cocinaba y hacía los quehaceres de la casa. El día de San Antonio el finquero dio a cada peón una medida de aguardiente para que lo probaran, y cuando lo habían probado quisieron beber más y tuvieron que pagarlo. El les vendió cuanto quisieron, pero no a crédito.

—Ya lo sé, los finqueros temen vender aguardiente a crédito porque está prohibido por la ley.

Ella continuó su relato:

—Entonces los peones gastaron hasta su último centavo en aguardiente. Ya ni siquiera podían beberlo y regaban más de lo que bebían, pero seguían comprando. Mi padre bebía muy poco, estaba triste por mi madre. Al día siguiente se celebraba la gran fiesta en que eran depuestos los viejos capitanes de la Iglesia y electos los nuevos. Aquel año correspondía a mi padre ocupar el puesto, pero otro hombre se lo disputaba, alegando que mi padre no podría dar la fiesta que se acostumbra porque no tenía mujer. A lo que mi padre contestó que ciertamente no tenía esposa, pero tenía una hija. Entonces el hombre dijo que una hija, refiriéndose a mí, no era capaz de cocinar bien y de dar una buena fiesta y que sería tanto como privar a la gente de una fiesta sagrada si se les ofrecía lo que yo cocinara. Los hombres aún estaban borrachos, pues desde la víspera no habían cesado de comprar aguardiente al finquero y de beber; así que la discusión entre mi padre y el otro hombre culminó en riña que se fue agriando más y más, interviniendo los que les rodeaban, quienes por estar ebrios no se hallaban en condiciones de saber lo que hacían con sus machetes y se exaltaban cada vez más. Mi padre, que no tenía machete, fue herido mortalmente por su contrincante. Aquella noche murió. También el otro hombre salió herido de la refriega, pero él vive aún. Cuando enterramos a mi padre, el finquero llamó a mis dos hermanos y les mostró su cuenta, pero los muchachos no tenían con qué pagar, y como el finquero quería su dinero, los mandó a una montería, en la que los españoles sacan caoba.

—¿Eso ocurrió a tus pobres hermanos? —preguntó Andrés con interés sincero.

—Sí, eso les ocurrió. Eran muy jóvenes: uno tenía solo dieciséis y el otro diecisiete años, y debido a su edad no podían poseer tierra en la finca, y, por supuesto, tampoco podían tener esposa. El finquero no quiso que trabajaran en la finca porque dijo que nunca recuperaría su dinero si se atenía a los pocos centavos en que valuaba su trabajo. Agregó que en la montería podrían ganar más, y como los españoles de las monterías no encuentran con facilidad gente que les trabaje, compran

peones endrogados, pagan su deuda y los hacen trabajar para pagarla.

Andrés iba a decir que una montería era peor que el infierno y que cualquier indio que era vendido a una de ellas, allí encontraba la muerte. Pero calló para no hacerle más dura su pena.

—El finquero también quería venderme —continuó—, pero el enganchador de la montería dijo que yo solo serviría de estorbo porque era muy pequeña y débil y ni siquiera serviría para guisar y tal vez moriría al cabo de las largas semanas que duraba el viaje a través de la selva.

Sus ojos se ensombrecieron cuando agregó:

—Todos me dijeron que nunca volvería a ver a mis hermanos, porque ninguno de los que parten a una montería de españoles regresa jamás. Allí suelen perecer más miserablemente que cualquier bestia. Por eso los enganchadores andan siempre en busca de nuevos peones y tratan de obligar a engancharse con engaños a los hombres libres. Cuando mis hermanos partieron, el finquero fue al jacal y me dijo que le había dado éste a Daniel y que yo debía habitar en su casa, en donde ayudaría en los quehaceres de la cocina. Me llevó en seguida y empecé a trabajar; tres horas antes de amanecer comenzaba a moler el nixtamal y a lavar los trastos y los pisos, hasta las cuatro de la tarde, y no me pagaban ni me compraban ropa.

—Y por eso huiste —interrumpió Andrés.

—No, no fue por eso —conteste ella—. Todas las muchachas trabajaban igual; pero José, el hijo del finquero, andaba siempre tras de mí y tenía por costumbre mandarme salir en la noche con cualquier pretexto y me salía al encuentro diciéndome que debía ir a dormir con él. Yo le tenía terror. Es horrible y tiene una mirada siniestra. Tiene ocho muchachas, hijas de peones; cada una tiene un niño de él y ninguna puede casarse con un hombre de su clase, porque los muchachos temen que él los mate alegando que las muchachas son suyas. Y si alguna encuentra un hombre que la quiera, el pobre nunca sabe cuándo José la va a reclamar, golpeándolo o matándolo en caso de atreverse a poner alguna objeción. Ya ha matado a dos y no lo han castigado, porque el presidente municipal es su amigo y porque él declaró que ellos habían tratado de matarlo a machetazos cuando andaban en busca de un ganado extraviado y que él había obrado en defensa propia. No los mató al mismo tiempo, a uno el año pasado y a otro éste. Y hubiera matado a un tercero si éste no huye con su mujer a Tabasco. Las muchachas nada pueden hacer en contra suya, es muy fuerte. Les trae del pueblo listones, collares y arracadas, y las engaña diciéndoles que siempre las tendrá a su lado y que podrán vivir como señoras. Ellas saben que todo eso es mentira, pero nada pueden hacer. Solo son hijas de peones. Una vez estaba yo lavando en el río cuando él llegó cabalgando, detuvo el caballo, desmontó y dijo: «Esta noche vendrás a mi cama. ¿Oíste, rata?» «No iré —contesté yo—; tengo miedo, usted golpea a las muchachas y las hace llorar.» Él contestó: «No tienes que temer, rata; si tú eres buena conmigo, yo lo seré contigo. Si las golpeo es porque son unas embusteras que solo saben andar con chismes. Además, te traeré listones rojos

cuando vaya al pueblo.» Yo le dije: «Déjeme en paz, patroncito; no quiero ir, y no iré.» Entonces volvió a montar, y, cogiendo el fuete, me golpeó la espalda hasta hacerme caer de rodillas por el sufrimiento y el miedo. Se inclinó sobre mí y cogiéndome del cabello me levantó, haciéndome gritar de dolor. No me soltó, me siguió tirando del pelo y diciendo: «Vendrás esta noche a mi cama, rata, porque si no, iré a sacarte de tu agujero, te arrancaré el cuero cabelludo, se lo tiraré a los marranos y te encerraré toda la noche en el granero para que las ratas te coman viva, y lo que dejen de ti se lo echaré a los puercos. Juro por la Virgen y por el Niño Jesús que eso te haré si no vienes a mi cama. Dejaré la ventana abierta.» Cuando terminó de hablar me soltó, azotándome en el suelo.

Volvió a él la cara y continuó:

—Tú sabes, Andrés, hay más de mil ratas enormes en el granero. Tenía un miedo atroz y decidí ir a verle aquella noche; pero cuando caminaba por la orilla del río me encontré a una de las muchachas que tiene tres niños de él y me dijo: «Chica, sé que José anda tras de ti; no le hagas caso, te hará un niño y todavía estás muy chica para cuidarlo y se te moriría.» Después de la cena, cuando todos dormían en la casa, hasta José, huí. Primero a través del bosque, en donde me sobrecogió tal terror que estuve a punto de regresar; pero encontré a un señor que acompañado de su esposa llevaba una manada de puercos que habían comprado para venderlos en Jovel y con ellos recorrí un largo tramo del camino. Me dijeron que había ferias en Sapalut y en Balún Canán y que me convendría ir allá, porque me sería fácil conseguir trabajo y estaría a salvo de los finqueros. Fueron amables conmigo y hablaban el mismo idioma que yo. Caminamos por un atajo que dijeron era el camino más corto a Balún Canán, indicándome que si iba con ellos a Jovel llegaría tarde a la fiesta, porque todavía era necesario caminar mucho y ellos no podían andar tan aprisa como yo porque iban guiando los puercos, en tanto que yo no llevaba carga alguna. Me dieron instrucciones sobre lo que debía hacer, diciendo que con seguridad en el camino me encontraría con traficantes indios que irían a Balún Canán a vender su loza, petates, sal, tabaco, lana y sarapes; que debía reunirme a los que me parecieran más amigables; que si alguien me preguntaba por qué viajaba sola y si había huido de alguna finca, dijera que había prometido en el lecho de muerte de mi madre llevar una vela a San Caralampio e ir a besarle los pies, y que así todos habrían de creerme; que no debía decir que procedía de una finca, sino de Baschajom, que es un pueblo libre. Me dieron tantitos frijoles y unos cuantos chiles verdes para el viaje y seguí mi camino. El primer día no hallé absolutamente a nadie. Ya entrada la tarde llegué a una milpa en la que había dos jacales habitados por dos familias indígenas a quienes pertenecían las milpas. Les dije que iba a Balún Canán a besar los pies de San Caralampio, porque lo había prometido en el lecho de muerte de mi madre, y agregué todo lo que me había aconsejado la pareja que llevaba los puercos. Me dieron algo que comer y pasé la noche en un rincón caliente del jacal, junto al fuego. Por la mañana me despedí, pero me dijeron que no debía partir sola porque por allí había

muchos tigres y tal vez hasta leones, aunque ellos nunca habían visto más que tigres, y que debía esperar hasta esa tarde o hasta el día siguiente en que empezarían a pasar todos los comerciantes indios, quienes, acompañados de sus esposas y de sus niños, se dirigirían a Balún Canán con sus mercancías. Y que de allí mismo partiría un matrimonio que andaba buscando loros en los alrededores para llevarlos a vender a la feria. Y así ocurrió: a mediodía los traficantes llegaron con sus familias. Procedían de Cancuc, Oshchuc, Chiilum, Hucutzín, Sivacja, Teultepec, Chanjal y otros lugares. Se habían reunido en Achlumal, pero el presidente municipal de aquel sitio les negó el paso exigiéndoles que pagaran por el derecho a transitar por el camino. Ignoraban que el presidente los despojaría hasta del último centavo, pues de haberlo sabido habrían evitado el paso por cualquier lugar que tuviera presidente. Me dijeron que es así como esos funcionarios se enriquecen y adquieren una finca. Así fue como llegué aquí con los traficantes, pero no pude encontrar trabajo. Nadie me indicó dónde podría hallarlo, y yo temía solicitarlo de los ladinos. Cada vez que llamaba a una puerta, acudía a abrirla alguna persona mal encarada. Mi temor aumentó y renuncié a pedir trabajo. Sin embargo, el hambre me obligó a acercarme a las puertas con la esperanza de que alguien solicitara mis servicios; pero invariablemente, cuando el hombre o la mujer de alguna de las casas salía, me daba un empujón y me gritaba: «Lárgate, aquí no queremos piojosas; lárgate y que no vuelva a verte.» Mi temor aumentaba a cada instante y no sabía qué hacer ni qué comer. Por fin me arrastré hasta un rincón oscuro para morir, porque no tenía fuerzas para soportar más la miseria, y cuando me hallaba allí agobiada por ella y esperando la muerte, Pegaste tú con tu bondad y me hiciste tu esposa sin preguntarme quién era ni de dónde venía. Eres bueno, *Binash Yutsil*; yo siempre seré buena para ti y nunca te causaré pesares.

Andrés la atrajo a su pecho y le acarició la cara. Quería compensaría de todas las durezas que la vida le había deparado en aquellos meses; quería hacerla olvidar su soledad. Ella había acogido tan vehementemente su protección en medio de su desamparo, que él empezó a sentirse empequeñecido.

No sabía qué hacer, si permanecer como estaban o lomarla formalmente por esposa. No había nadie allí ni en las carretas capaz de indicarle cómo debía obrar para hacerla feliz. Tal vez si su madre hubiera estado cerca habría podido aconsejarle. Después de meditar llegó a la conclusión de que ni su madre habría acertado, pues sólo él sabía cuáles eran los sentimientos que la muchacha le inspiraba y de acuerdo con los cuales debía obrar. Mientras más pesaba y analizaba el asunto, más incierto se hallaba. No podía poner en claro lo que deseaba. La vacilación no entra en la línea de conducta de los carreteros, acostumbrados a tomar decisiones rápidas. La reflexión lenta puede representar la pérdida de una carreta con su carga y sus bueyes y tal vez hasta la vida de algún camarada.

Aun cuando Andrés carecía de toda experiencia personal respecto a las mujeres,

en presencia de cualquiera habría obrado de acuerdo con sus instintos y sin pararse a reflexionar; pero tratándose de aquella muchacha, no sabía qué hacer, pues el afecto que le profesaba le hacía temer obrar erróneamente, perdiendo así su estimación y confianza. En aquel momento no distinguía entre el buen y el mal camino a seguir; podía ocurrir que lo que juzgara recto entonces, resultara mal al día siguiente.

¡Si pudiera saber qué era lo que la muchacha espetaba! Pero conociendo la absoluta inocencia de ella, y no teniendo una idea precisa de sus sentimientos a medias revelados, no tenía esperanzas de lograr por medio de alguna estratagema enterarse de la verdad de sus pensamientos.

Podría haberse hecho sentir en su interior durante aquellas últimas horas la urgencia de un deseo a medias soñado, y, para su felicidad, tan fatal podía ser que lo atendiera como que se desapercibiera de él.

El único impulso definido que ella despertaba en él era el deseo de no perderla y de no turbar la quietud de su alma.

Recordó haber dicho a los carreteros que ella era su mujer, y cuando le habían pedido detalles les había asegurado haber pasado la noche a su lado. Pero aquello era mentira; lo había dicho guiado por su innata astucia de indio, pues aceptando la imputación sin mayor ruido, ponía fin a intromisiones posteriores. Había dicho: «Desde luego que he estado con ella, ¿pues qué creen?» Así ponía punto final a la cosa y evitaba que en adelante se metieran en sus asuntos privados.

Ya que sus compañeros habían mostrado su interés amistoso por su boda, dejarían de prestar atención a la muchacha, a quien respetarían en su calidad de esposa de uno de los suyos. Y ya que el hecho había sido aceptado por todos, no había necesidad de desperdiciar más palabras.

La muchacha no se dio cuenta cuando Andrés la presentó a los carreteros como su esposa, porque no comprendía el castellano. Pero su instinto le reveló el significado de sus palabras y ella misma había dicho que era su esposa. A pesar de ello, Andrés no sabía cómo consideraba ella las relaciones entre marido y mujer y tenía la impresión de que para ella no significaba más que la obediencia a determinado hombre, a quien debía considerar como un amo que la protegía y cuidaba y a quien debía ayudar en su trabajo en la forma que le fuera posible.

Finalmente, cuando las reflexiones de Andrés parecían haberse encerrado en un círculo, decidió no intentar ni aquel día ni el siguiente hacer algo que alterara los términos de sus relaciones. Así recobró la confianza y llegó al convencimiento de que cualesquiera que fueran los deseos de la muchacha o de él, se realizarían por sí mismos y su realización revestiría una gran belleza por su espontaneidad. El goce de esa belleza en el momento imperativo y oportuno le parecía tan grande y delicioso, que nada justificaría perderlo en aquel instante de incertidumbre y sentimientos débiles.

Quizá la muchacha pensara en la misma forma. Era inocente e inexperta, pero no ignorante. Como todas las muchachas indias, sus instintos, sus sentimientos y sus

impulsos eran naturales, como los de los animales de la selva. Ella había observado lo que ocurría en su propio hogar y además había oído hablar a las muchachas casadas de tales cosas con la misma franqueza con que hablaban de comer, dormir, trabajar y bailar. No solían preocuparles más que los colores que debían elegir para el bordado de una camisa. Eran necesarias e inevitables, y, sobre todo, constituían un placer que debía gozarse sin pensamientos en el momento en que el deseo lo ordenara.

Aquel deseo era instintivo en ella. Si Andrés hubiera expresado el suyo con una palabra o con un simple movimiento, ella habría estado pronta a responder. Pero tal vez lo complacería atendiendo solo a su estado de ánimo en aquellos momentos, que la inducía a obedecer ciegamente y a cumplir todos sus deseos. En medio de la quietud de su corazón y casi inconscientemente, ella también había sondeado sus sentimientos durante el largo silencio que Andrés guardara mientras debatía consigo mismo acerca de sus pensamientos y sus deseos.

Sus sentimientos e instintos la llevaron a la misma conclusión a que Andrés llegaba en aquellos precisos momentos, y su felicidad fue completa cuando se aseguró de que Andrés nada le demandaría, conformándose con estar a su lado y estrecharla contra su corazón.

Fue por aquella delicadeza de él no expresando urgencia y esperando el momento inevitable, por la que algo desconocido hasta entonces para ella maduró en su corazón. Era un sentimiento al que no sabía dar nombre, que iluminaba su alma y la dotaba de un extraño poder creador y de una profunda sensación de seguridad y certeza. Sentía que el corazón se le ensanchaba hasta llenarle todo el cuerpo. Lo sentía latir no solo en su pecho, sino en todo su ser. Fue invadida por el misterio de su unión, en corazón, espíritu, alma y cuerpo, y por la certeza de que a partir de aquel momento eran un solo ser inseparable.

Por fin su cerebro se iluminó con el único deseo que podía traducirse en palabras. «Desearía que él me matara, eso sería lo más dulce que podría ocurrir.»

Le besó las manos y se estrechó más contra su corazón; le entristecía no poder incrustarse en su carne para convertirse realmente en una sola criatura.

Él dijo acariciándole el pelo:

—*Tujom Anís* (querida müjercita), eres como una estrellita, como una estrellita del cielo. Cada vez que te veo, que pienso en ti o que te siento próxima, viene a mi memoria la historia que me contaste, la que aprendiste de tu madre. Eres una estrellita en mi cielo. La más hermosa que hubiera podido imaginar para mí, la más amada. Si yo fuera rey y me lanzara a la conquista de un nuevo sol para los hombres, serías la primera estrella refulgente que prendería a mi escudo para tenerte siempre conmigo, para que me acompañaras en mi ascenso por la bóveda celeste. Así, nunca estaría solo, siempre estaría contento y gritaría de gozo desde la cúspide del cielo para que el mundo entero supiera de mi felicidad. Así, sólo con alegría, felicidad y sonrisas iluminaría a la raza humana, acabaría con todas las tristezas de la tierra, dejarían de sufrir los peones de las fincas, gozarían de los frutos de la tierra, que deben

pertenecer a ellos y a nadie más. Contigo en mi escudo, estrellita mía, desafiaría a todos los malos dioses y nunca me sentiría nostálgico en medio de los cielos. Contigo en mi escudo, conquistaría todos los mundos que puedan existir para dar felicidad al hombre dondequiera que se encuentre. Tú no tienes nombre, muchachita; ahora yo te nombro Estrellita. ¿Sabes lo que eso significa? Estrellita chiquita, estrellita mía, dulce estrellita caída del cielo para mí.

Y ella, incapaz de traducir en palabras sus sentimientos, solo pudo decir:

—Y tú, *Binash Yutsil Huinic*, eres mi *Chicovaneg*, me has dado el sol. Pero yo no puedo darte ese nombre porque es ajeno. *Viltesvanel*, tú eres realmente *Viltesvanel*, porque sabes dar nombres hermosos a todas las cosas de la tierra y contar historias maravillosas. Ahora dime, *Binash Yutsil Huinic*, ¿te gusta ese nombre?

—Es precioso, y lo tomaré porque me lo das tú, estrellita mía.

XV

La caravana de Andrés estaba lista para partir. Poco después de medianoche dejaron la pradera y se dirigieron al pueblo, en donde los esperaban los traficantes con el resto de la carga, Andrés deseaba estar en camino antes de las cuatro de la mañana. Los carreteros habían acordado que todas las caravanas partieran juntas y el lugar de cita era la pirámide de Junchavin, que estaba a la derecha del camino por el que tenían que pasar, pues deseaban ir reunidos para prestarse protección, porque el camino, hasta llegar al pueblo indígena de Tsobtajal, no prestaba seguridad debido a los bandidos que vivían en los ranchos solitarios de los alrededores, quienes esperaban hacerse de un buen botín con las utilidades que los traficantes habían logrado en la feria de San Caralampio. Las carretas ya estaban en orden y los bueyes se hallaban a la mano, listos para ser uncidos. Nada quedaba por hacer, y como la pradera tenía mortalmente aburridos a los carreteros, decidieron ir al pueblo para gozar de lo que quedara de la fiesta en las pocas horas que aún permanecieran allí.

Manuel, compañero y amigo de Andrés, fue uno de los que marcharon. Cuando llegó al pueblo se encontró con que la plaza se hallaba casi desierta y que todos descansaban después de tres semanas de agitación. Parecía, a juzgar por la tristeza que reinaba en la plaza, que el pueblo y sus habitantes se hallaban finalmente satisfechos de que la locura de la feria hubiera pasado y de volver a la monotonía de su vida, en la que, a excepción de las murmuraciones que propagaban el escándalo, los celos y la discordia, nada divertido ocurría. Por lo demás, los ciudadanos prominentes ya se preparaban a aumentar el número de aquellos entre los que sin duda ya habría algunos condenados a soportar toda su vida el peso de llamarse Caralampio, nombre desagradable a cualquier oído mexicano, pero que era necesario sufrir porque los padres consideraban que cualquier niño beneficiado con tan ilustre nombre estaba predestinado para una vida mejor en este mundo y en el otro, bajo la protección del santo.

La mayoría de los traficantes habían desocupado las barracas, y sus propietarios las habían desarmado y retirado de la plaza. Los únicos que seguían haciendo buen negocio eran los que tenían mesas de juego y puestos de refrescos, pero sobre todo las cantinas y las mamás de las cantineras, quienes exigían a las chicas que en aquella última noche hicieron lo más que pudieran por obtener buenas ganancias.

Como el tiempo apremiaba, las muchachas tenían que darse prisa para satisfacer con placer el hambre de los hombres, pues debían reunirse a la caravana de carretas para emprender el viaje. Las escenas en las cantinas tomaban caracteres salvajes.

Las autoridades se deleitaban con cerveza y comiteco, gozaban con todo lo que proporcionaba algún placer y cerraban los ojos y los oídos, porque San Caralampio era indulgente y les daría su bendición.

Las esposas de los ciudadanos honorables se hallaban a salvo en el lecho marital. Y como en México se desconoce el hecho de recorrer las calles por la noche buscando al marido en cantinas y otros lugares de placer, ya que en cualquier forma la esposa sabe bien cómo emplea su marido las felices horas de la noche, los maridos podían gozar de libertad y esforzarse por honrar una última vez a San Caralampio. El marido que cumple con su deber merece recompensa, y el que no lo cumple la amerita más aún.

La mayor parte de los ciudadanos honorables de Balún Canán no trabajaban. Tan pronto como llegaban a la mayoría de edad y se encaraban seriamente con la vida, trataban de hacerse en cualquier forma de cuatrocientos a setecientos pesos y se casaban. Después de su luna de miel compraban una tiendecita surtida con artículos de primera necesidad.

Alguien tenía que atender la tienda y nadie resultaba más apropiado que la esposa. La mujer entregaba al esposo dos o tres pesos diarios de las ganancias, y además tenía que atender a todos los gastos del hogar y de la familia, y para lograrlo se veía obligada a coser vestidos, modelar ceras, hacer rompope y regatear las mercancías que los indios llevaban a vender. También se las arreglaba para vender comiteco en la trastienda a los contrabandistas que metían sedas por la frontera de Guatemala.

Los maridos les daban niños robustos. Ése era el único trabajo, la única función de sus amos y señores. El marido está siempre contento, es amable y agradable con todo el mundo y «particularmente» con sus conciudadanos. Siempre juega en política y lleva un revólver en el cinturón. Al aproximarse las elecciones, trata de obtener el puesto de alcalde, de jefe de policía, asesor, recaudador de contribuciones o administrador de Correos. Si llega a ser alcalde, todos sus amigos consiguen buen empleo, ninguno queda olvidado. El hombre con semejante vida, bajo un clima de incomparable perfección que no varía en todo el año, en donde la tuberculosis y el cáncer son desconocidos, alcanza los ochenta, los cien y hasta los ciento treinta años sin el menor esfuerzo y sin parecer percatarse de su edad. La mujer sigue criando hijo tras hijo, aún después de muchos años de ser abuela. Si él muere joven, es debido a que las elecciones no fueron muy legales y el revólver resulta ser el mejor medio de ganarlas. Desde luego no el revólver profusamente adornado que se lleva al cinto para demostrar que su poseedor es muy macho, sino los revólveres escondidos y empleados para dirimir cuestiones políticas, y como todos los votantes poseen uno, la libertad de voto no resulta privilegio exclusivo de un solo bando. Un buen tirador que cuente entre sus partidarios con los mejores tiradores, resultará electo para guiar los destinos del pueblo, como ocurría en la celebrada y admirada República romana. Asesina a César y serás Primer Cónsul; asesina a Madero o a don Venustiano y serás Presidente del país más bello y potencialmente rico del mundo, habitado por el más amable y paciente de los pueblos: Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

Así, pues, cuando no había elecciones, los hombres del encantador y hospitalario

Balún Canán solo contaban con las fiestas de San Caralampio para experimentar algún cambio en su quieta, contemplativa y poco excitada vida diaria.

En una buena república, las autoridades civiles surgen del pueblo, no son diferentes de sus conciudadanos. Las autoridades volverán mañana a ser ciudadanos comunes y corrientes, y los ciudadanos comunes y corrientes de hoy serán autoridades mañana. Entonces, ¿por qué convertirse en aguafiestas cuando todos reconocemos que el placer es el único punto luminoso en una existencia que privada de él sería tristísima? Aquello de que el hombre vive para trabajar es parte de la filosofía de los mojigatos, de los eunucos de la moral. Si después de todo la vida tiene algún sentido —cosa que puede ser dudosa—, su único significado es: goza de la vida hasta satisfacer tu corazón y deja que los demás lo hagan a su modo, y mientras no constituyan una rémora para ti o para tus camaradas, déjalos en paz; tú no eres mejor que ellos y ellos no son más santos ni más apreciables que tú; porque los malhechores, los que se hallan fuera de la ley son solamente aquellos que han sido sorprendidos con las manos en la masa.

La fiesta de San Caralampio terminará mañana y no se repetirá hasta dentro de un año. Así, pues, seamos felices ahora bajo su santa protección. Es en honor del santo que nosotros gozamos y por su gloria que cometemos los pecados que nos serán perdonados con una confesión, una buena limosna o una caminata sobre las rodillas a través de la nave de la iglesia. Ninguna religión conservaría a sus adeptos si no les permitiera de vez en cuando algunas juergas y licencia para sus francachelas, con la única condición de que la santidad del domingo sea respetada concurriendo a misa, aun cuando se esté presente en la ceremonia medio somnoliento y sucio.

¡Qué lástima, San Caralampio, que no puedas ver lo que ocurre en tu honor esta última noche en las cantinas! Tal vez tuvieron razón al poner tu imagen de madera en un rincón oscuro de la catedral cuyas puertas pueden cerrarse herméticamente, evitando así que, como Harún, salgas por las noches a ver lo que hacen tus creyentes.

En la cantina ya nadie llevaba disfraz. Las muchachas bailaban en todas formas y sin ninguna ropa para complacer a los parroquianos. Tan pronto como unos salían satisfechos se alistaban para complacer a otros, y como no había tiempo que perder para ganar los últimos pesos, pues ya las carretas esperaban, nadie se preocupaba por correr cortinas o cerrar puertas y ventanas. Muchas, por temor de perder al cliente, ni siquiera se tomaban el trabajo de correr a alguna de las casas en las que alquilaban cuartos por un ratito ni de dirigirse a la pieza que el cantinero tenía dedicada para aquellas ocasiones y que rentaba a un elevado precio. Aquella pieza, al igual que las de las casas que se hallan en las carreteras de los Estados Unidos, se veían generalmente ocupadas por dos, tres y hasta cuatro parejas que no tenían tiempo que perder buscando acomodo. Pero ni siquiera había tiempo para ello. Las viejas chillaban por su porcentaje; cualquier rincón resultaba bueno, y si todos los rincones

y callejones del interior se encontraban ocupados, entonces cualquier rincón en los muros o puertas de la iglesia resultaba acogedor y bajo la protección más próxima de San Caralampio.

Aquello era la orgía alrededor de la cabra dorada, exhibición de la que cualquiera, con inclinación y tiempo, podía gozar mirando. Como las horas corrían, la indulgencia desvergonzada se desembarazaba de todo control y disfraz. Por fin el escándalo llegó a su apogeo: unos juraban, otros gritaban y cantaban y todos estaban embargados por el mismo pensamiento. Todos parecían pagar, porque no se escuchaban disputas por cuestiones de dinero. Los habitantes del lugar se hallaban cansados o habían gastado cuanto tenían. Cada vez se veían menos de ellos. Finalmente, el campo quedó ocupado solo por finqueros, enganchadores de las monterías y traficantes forasteros que podían al fin gozar de las bendiciones de San Caralampio.

Las gentes que bailaban cerca de la fuente lo hacían tranquilamente, y resultaba aquélla una escena modesta y decente en comparación con los escándalos de las cantinas, pues los que danzaban en honor de San Caralampio ganaban hasta su último centavo con el sudor de su frente. No era que éstos fueran más piadosos y mejores que los otros; era simplemente que no disponían del dinero necesario para tomar parte en las juergas de las cantinas, y aun cuando hubieran dispuesto de dinero, les habría faltado la habilidad para el placer que sobraba a aquéllos, acostumbrados a tener más dinero del que necesitaban gastar. La habilidad para gozar apropiadamente requiere una larga práctica, como para adquirir cualquier otra actividad.

También del grupo de bailadores se desprendía de vez en cuando alguna pareja que se dirigía a los rincones de la iglesia para estudiar su arquitectura, pero la mayoría de los danzantes parecía complacerse mejor en danzar por el solo gusto de hacerlo, tal vez porque pensaban que de los otros placeres podían gozar cualquier noche, pues no siempre había música, y la marimba no tocaría al bajo precio que lo hacían aquellos músicos indígenas.

Manuel, el carretero, se encaminó al baile para encontrarse con gentes de su clase; había dado una vuelta por la plaza y se aburrió porque allí solo quedaban barracas con mesas de juego en las que había tanto barullo como en las cantinas, y porque en ellas no hallaba diversión alguna, pues no entendía absolutamente nada de lo que allí hacían y no le alcanzaba la tentación de hacerse de una fortuna con los cuantos centavos que habría podido apostar.

Buscó a su alrededor una compañera y descubrió a una muchacha que llevaba un bulto en la mano. Parecía estar sola; podía ser sirvienta de la mujer de alguno de los traficantes que partirían al día siguiente.

Se aproximó a ella tímidamente, pensó que tal vez alguno de los muchachos que bailaban era su marido y que ella lo esperaba. Pero cuando después de varias piezas

vio que ninguno de los muchachos le reclamaba, se aproximó más, aún con timidez, y ella pareció darse cuenta de su presencia. Le miró y él le sonrió; ella contestó la sonrisa y entonces él se atrevió a decir:

—¿Bailamos, chiquita?

—¡Cómo no! —contestó ella—. Pero, ¿en dónde dejaré mi bulto? Con él no puedo bailar.

—¡Ah, eso yo te lo cargaré!

Tomó el paquete y lo sostuvo en la mano derecha mientras bailaba, porque no tenía necesidad de rodearle la cintura con los brazos. Parecía tonta su actitud, pero a nadie le importaba que otro bailara con un bulto o con una caja bajo el brazo. Y si alguien hubiera dedicado un pensamiento al asunto, comprendería que alguna buena razón asistía a aquel muchacho para bailar con el paquete bajo el brazo.

Al final de la primera pieza, Manuel invitó a la muchacha a tomar una taza de café con él; ella aceptó gustosa y lo bebió tan precipitadamente que él le dijo:

—Debes tener hambre.

Ella contestó afirmativamente y entonces él la invitó a comer enchiladas. La vieja india del puesto accedió a guardarles el paquete por una hora, y regresaron al baile.

—¿Cómo te llamas? —preguntó mientras bailaban.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Bueno, si te llevo conmigo no siempre he de llamarte chica —contestó riendo.

—¿Tan pronto?

—¿Por qué no? Tengo que obrar de prisa porque nos vamos después de medianoche. Soy carretero y si quieres puedes venir conmigo.

Ella reflexionó algunos instantes y preguntó:

—¿Adónde vas?

—Primero llevaré mi caravana a Jovel —dijo como si se tratara en realidad de algo suyo—, después a Niba y luego a Socton. Allí recibiré órdenes para partir quizá para Tulum, Arriaga o tal vez hasta Tonalá.

—Me conviene —dijo ella—. Tulum es un lugar grande y acaso pueda conseguir allí un buen trabajo en el que me paguen diez y quizá hasta catorce pesos.

—Cierto, y si allí no encuentras podrás seguir para Arriaga o Tonalá; aquéllos son buenos lugares y las gentes de allí siempre están necesitando criadas y cocineras. Pero si no me dices cómo te llamas, no te llevaré y te quedarás aquí.

—Rosario González —contestó cortésmente.

—Rosario. Entonces, Rosita, querida mía…

Ella le dio un empujón y rieron juntos mientras la muchacha decía:

—Ora, ora, caballero, no tan de prisa; eso de querida suya ya lo veremos; ni siquiera sabes si me gustarás, aunque pensándolo bien yo creo que sí.

—¿Sí qué? —preguntó él—. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Te gusto o no? Dilo.

Ella se sonrojó y dijo sonriendo:

—Tal vez.

—Bueno, entonces trato hecho, te llevaré conmigo. Ya discutiremos los detalles en el camino. Esta noche yo no podré dormir, pues aún tenemos que cargar las carretas y que uncir los bueyes. Tú podrás dormir dos o tres horas; te haré una cama bajo alguna de las carretas. Con nosotros está otra muchacha, la mujer de Andrés; puedes acostarte con ella para que se calienten mutuamente. Ninguno de nosotros podrá perder el tiempo con su mujer. Tenemos que trabajar muy duro. Están tocando otra pieza; vamos, Rosita, estira las piernas y bailemos.

Mientras bailaban, él tuvo tiempo de reflexionar sobre su rápido noviazgo y compromiso. Pudo mirarla a todo su gusto sin que ella se percatara, porque, como todas las muchachas indias de la clase humilde, bailaba el zapateado con la cabeza baja.

Mientras más la miraba, más le gustaba. Era india, pero había sido educada en pueblo y hablaba bien el castellano mexicanizado y mezclado con algunos modismos guatemaltecos, tal y como lo hablan en la frontera. Sin duda era una muchacha con experiencia de la vida, a juzgar por la forma en que había accedido, sin falsa modestia, a las proposiciones de él, aun cuando sólo las había esbozado. Si había obrado en aquella forma era por lo apremiante del tiempo, pero bien le habría gustado en aquella ocasión poner de relieve su recato, como suelen hacerlo las muchachas honestas. Ninguna mujer gusta de que su elegido piense que estaría dispuesta a caer en sus brazos a la primera insinuación. A ella no le agradaba aquello y sin duda no lo habría hecho si solo tuviera que atender a sus deseos sin tener la absoluta necesidad de acogerse a la primera oportunidad que se le presentara.

Cuando él reflexionó en todo aquello se sintió más inclinado a ella. El pasado de una chica nunca debe tomarse en cuenta cuando el tiempo apremia y nada mejor se presenta. Al poco tiempo se encuentra que aquello no tiene gran importancia. Cualquier mujer puede ser adorable o intolerable, sea cual fuere su pasado. Generalmente el pasado ejerce menor influencia en la mujer que en el hombre. El hombre es más inclinado a la pedantería, más apegado a su concepto de moralidad y respetabilidad y su conciencia suele obligarlo a sacrificarlo todo, incluso a su esposa, a su estrechez de conceptos y a su rígida respetabilidad.

Excluyendo a las santas mujeres disecadas y a las solteronas marchitas, los hombres son fariseos apestosos menos soportables que las mujeres. Los hombres de esas ideas, como los propietarios de cuartos amueblados para hombres, no se detienen ante los más nauseabundos actos de hipocresía. Las mujeres, en casos similares, son mucho más comprensivas, de mejores sentimientos, y, de hecho, más naturales y, propiamente hablando, más morales. Ellas han sido maleadas solamente en los países en que aún imperan las leyes del declamador Lutero y en los que las gentes suelen hablar sonrojándose del «alcahueteo» y de «los deslices», cosas, como todas, relativas y que requieren únicamente ser definidas, en el sentido en que puede definirse el robo de un banco. Y son los hombres, no las mujeres, quienes respaldan, defienden y emplean esas idiotas leyes a falta de algo mejor, a efecto de exhibir

pública e hipócritamente su profunda respetabilidad y moralidad. Pero lo cierto es que son justamente esos moralísimos hombres quienes desean tomar todas las mujeres para sí, privando muchas veces a su prójimo hasta de la única de que dispone.

Después de bailar varias piezas con su conquista, Manuel miró a las estrellas para enterarse de la hora.

—Hay mucho que hacer, pero antes de irnos tendremos tiempo de bailar dos piezas más, preciosa.

Cuando terminaron de bailar se dirigieron al puesto de enchiladas a recoger el paquete de la muchacha. Al pasar por una de las cantinas, Manuel dijo parándose:

—Mira, chica, los finqueros y los dueños de montería derrochan su dinero; ellos sí festejan espléndidamente a San Caralampio. Mira a los desgraciados, cada uno con dos mujeres sobre las rodillas, y aquéllos arrastrándose bajo las mesas; y fíjate en aquel rincón: tres de ellos tienen a tres de ellas enfrente; les están quitando las medias y ya colgaron toda la ropa en el perchero de los sombreros. Aquí se acompaña la vida con bombos y platillos; los cantineros se repletan las bolsas. ¡Eso es gozar!

—¿Por qué los miras? —dijo ella tirándole de un brazo—. Bien que te gustaría a ti también.

—¿Celosa? —preguntó él riendo—. Me gustas, chatita; espérate tantito y ya verás cómo nos entendemos. No tendrás de qué quejarte. Pero —continuó— cuando miro todo eso no puedo dejar de pensar en los pobres peones esclavizados y en la miseria de los muchachos de las monterías, quienes nada tienen y caminan hacia la muerte más miserablemente que un perro o una mula, en tanto que aquí el dinero se derrocha en mujeres y aguardiente. Las mujeres dan todo lo que se les pida con tal de que se les pague con buenas piezas de oro, aun cuando no las conservan, pues la mayor parte de ellas van a parar a manos de las celestinas, que las despojan cuando yacen ebrias en sus camas, y lo poco que les queda tienen que entregarlo a sus chulos, a los hombres que viven de ellas en Tapachula, Veracruz, Frontera, El Carmen, Progreso o cualquiera de esos sitios, y esos chulos gastan el dinero que sus muchachas les consiguen en otras que encuentran a la vuelta de la esquina. En una de las caravanas que hizo el camino con la nuestra venía un grupo de chicas como ésas. Pude oírlas conversar y disputar y por lo que dijeron me di cuenta de que viven en un infierno.

Repentinamente tiró del brazo de la muchacha y la estrechó con fuerza diciendo:

—¡Al diablo con todo esto, querida, vámonos! Cuando pienso en mis carretas y miro todo esto y después recuerdo que nosotros vivimos en el lodo y nunca tenemos segunda camisa que ponernos…, sí, ¡al diablo con todo! ¡Me gustaría saber quién hizo este maldito mundo!

Caminaron un rato y sintiendo el cuerpo caliente de la muchacha junto al suyo, balanceándose por el camino oscuro, evadiendo las piedras, los baches y las ciénagas,

le embargó un lúbrico deseo. Quizá por primera vez en su vida tuvo una clara visión del lugar que ocupaba en el orden económico su miserable existencia.

La muchacha era fuerte y saludable, enteramente distinta a la niña que Andrés había tomado por esposa, y mientras bailaban, bebían café, caminaban y se detenían en diferentes lugares, Manuel había descubierto en ella algo que no había visto en ninguna otra mujer.

El buen natural de aquella muchacha fuerte y saludable, cuyas manos se habían endurecido en el trabajo; su cordialidad, el calor y la feminidad que la envolvían, despertaron en él un deseo salvaje, pero al mismo tiempo casi tímido.

Caminaron un rato más; de pronto él se paró y la tomó fuertemente entre sus brazos diciéndole:

—Rosita, solo hace una o dos horas que te conozco y no me importa lo que hayas sido; quiero que seas mi esposa.

—Pero… —dijo ella—. Bueno, pero espera que estemos en el camino… Aquí mismo no… Tenemos bastante tiempo… Por supuesto que yo… Tú me llevas a Tulum y yo sé muy bien por qué. Te prometo…, tú lo sabes…, pero…

—No —dijo él—, no es eso lo que te pido. Bueno, oso también, pero quiero algo más, quiero que seas mi esposa en todos los terrenos; quiero decir, para siempre. Lo que te quiero expresar es que vivamos juntos tú y yo en un jacal con nuestro pedacito de tierra. También podré buscar trabajo en algún pueblo y tenerte siempre conmigo, tener hijos y ser propiamente marido y mujer. Ya veré la manera de conseguir algún dinero. Tan pronto como lleguemos a Arriaga nos iremos a la estación más próxima, compraremos boletos y nos iremos en ferrocarril a algún pueblo en donde nadie sepa que soy un evadido y que debo dinero al patrón. Diré que soy de Tapachula. Al poco tiempo nos marcharemos a un pueblo mayor. Allí nadie sabrá nada de nosotros y podré trabajar en una fábrica. Entonces viviremos tranquilamente tú y yo, solos, tú, yo y los niños. ¿Quieres, Rosita?

—Creo que sí —contestó sencillamente.

Tan pronto como dijo todo aquello y hubo escuchado su respuesta honesta y nada romántica, Manuel se sintió embargado de un sereno bienestar que lo libertó de la presión de su deseo inmediato.

Era lo mismo que había ocurrido a Andrés una o dos noches antes, aunque las causas y pormenores eran diferentes, tan diferentes como eran Andrés de Manuel y Estrellita de Rosario.

Para Manuel no era ninguna novedad hallarse al lado de una mujer; y él comprendía que Rosario tampoco era una novata.

Ni para uno ni para el otro había misterio en tales asuntos.

Solo que en lugar del importuno deseo que lo había atormentado una o dos horas antes, sentía dentro de sí la aspiración a algo bello. Tal vez no alcanzaba a comprender la belleza de ello, pero sentía que era la mejor vida que podía ofrecérsele, una existencia con verdadero valor. Cientos de veces había pensado en desertar de

aquella vida de trabajo desesperado en la que nunca había cambios y la que parecía interminable.

A la vista de aquella muchacha sana, saludable y sincera, había ardido dentro de él el deseo salvaje que hace hervir la sangre de todos los indios, de poseer una familia, una familia que los ate a su hogar y a su país, y una labor que gane su fervor y que les rinda alguna recompensa. Era el deseo insaciable de todo hombre por un punto de reposo, por un medio de centrar la existencia, pues en otra forma la vida es un incesante flujo.

Ese anhelo es generalmente sofocado en los hombres esclavizados por un trabajo agobiador. Hasta aquel día, hasta aquella hora precisa, Manuel había sentido sólo débilmente aquel anhelo, porque las carretas casi habían logrado matarlo.

Cuando se dio cuenta de todo eso, lo abandonó el deseo agresivo y descocado de la muchacha, que toda la noche lo había atormentado. Dejó de verla como una muchacha extraviada tomada al acaso y a la que se podía, a la medida del deseo, conservar o repudiar. Quería conservarla para siempre y lo primero que debía hacer era conquistarla.

No era el sentimentalismo lo que lo inspiraba, pues ignoraba todo cuanto se refiere a estratagemas y triquiñuelas. Tenía la conciencia limpia de sensiblerías y ternezas y nunca en su vida había sido capaz de asumir falsas actitudes. Cuando hablaba de conquistarla no pensaba hacerlo con grandes discursos, palabras dulces, galanterías y servicios caballerosos. Nada de esto cruzaba su pensamiento, como no lo cruzaba el de ningún indio, pues no suelen deponer su actitud natural ante la vida.

Su instinto le indicó que la forma de conquistarla consistía no solo en no tomar aquello a lo que las circunstancias le daban derecho, sino en alejar hasta el pensamiento de ello. Su decisión no se debía a que él tuviera idea de que eso podía considerarse odioso o sucio y que representaba una mala acción por las ventajas de que él gozaba.

Lo que sintió repentinamente fue el deseo de ser libre y el pensamiento de que solo por aquella mujer podría alcanzar su libertad. Mientras ella fuera el centro de sus aspiraciones, nunca lo abandonaría el propósito de libertarse de la esclavitud de las carretas. Y podía ocurrir que, si daba libre curso a su deseo, ella podía dejar de ser aquella misma noche lo que él quería que fuera. Podía no ocurrir así, pero no tenía ganas de arriesgarse. El anhelo de un hogar y una familia estaba ligado al de conservar algo hermoso para una oportunidad menos casual y carente de sentido que aquélla.

Si Manuel hubiera pertenecido a alguna raza altamente civilizada, resultaría sospechoso pensar en la forma de acrecentar su placer; pero Manuel era un carretero indio que nada sabía de las triquiñuelas usadas para refinar el goce con dilaciones y astutas preparaciones. Y aun cuando tales ideas le hubieran asaltado, nunca habría sido capaz de ponerlas en práctica, porque hubiera necesitado de mucho tiempo y su propósito era alcanzar la meta que se proponía por el camino más corto y seguro sin

recurrir a tonterías.

No habría podido explicar por qué obraba de aquella manera. Eso era instintivo. Hubiera podido unirse a la mujer sin tomar para ello más de una hora, pero sentía que al no hacerlo sus relaciones serían mejores, más amistosas. Ella se intrigaría al ver que él no obraba en la forma que esperaba, y así le demostraría que sus sentimientos eran más serios de lo que suponía.

Obraba así porque no encontraba otra manera de expresarse para hacerle comprender que había llegado a lo más hondo de su corazón. Le faltaban palabras; era tan incapaz de expresar sus emociones profundas con palabras como de derramar lágrimas cuando alguna pena lo agobiaba.

Mientras Manuel debatía consigo mismo para llegar a una conclusión caminaban separados, sin darse cuenta de ello, tal vez debido a las piedras, charcos y agujeros que cada uno se veía obligado a evitar. Cuando dejaron los linderos del pueblo y se hallaron en la pradera, el camino fue más fácil y volvieron a aproximarse.

Un pensamiento cruzó la imaginación de Manuel:

—Rosario —dijo—, no digas ni una palabra de mi partida, ni siquiera a los muchachos. Si el patrón se entera, nunca podré llegar a la estación del ferrocarril en Arriaga, y hasta podría venderme a alguna montería para asegurar el pago de lo que le debo, y eso sería horrible. De las monterías no es posible escapar, los muchachos que allí trabajan están más vigilados que los presos.

—Mira, muchacho, yo no diré una palabra, te lo prometo —y agregó—: pero, ¿cómo te llamas? No sé cómo llamarte. ¡Oh, Manuel! Bueno, Manuel, te doy mi palabra, no te traicionaré.

La promesa de guardar el secreto le ligó aún más a ella; conspiraban juntos, y él supo, por el tono de su voz, que podía confiar en su promesa. No solo eran conspiradores, sino camaradas leales. Fueron necesarias únicamente aquellas palabras, aparentemente triviales, para ligarlos con más fuerza. No fueron las palabras en sí lo que le hizo presentir que se hallaba en camino de conquistar una mujer en quien podía confiar, sino el tono en que fueron dichas.

Por lo demás, ella no había hablado mucho, parecía ser callada. Ya no era una chiquilla, debía tener más o menos veinticinco años.

Caminando a su lado en medio de la oscuridad de la noche, apenas aclarada por el débil brillar de las estrellas, él la miraba sólo como a una sombra. Era algo más baja que él, iba descalza y caminaba con paso largo y firme, llevando el bulto sobre su cabeza.

Con el mero propósito de decir algo, en vez de caminar en silencio, le preguntó:

—¿Qué traes en el paquete, querida?

—Mi vestido dominguero, dos camisas, una toalla, un par de zapatos y un par de medias. No mucho, pero nada es robado y, además, yo no necesito demasiado.

Después, con toda sencillez, sin temor alguno de perderlo ni de ganar su desprecio, le relató cuanto le había ocurrido en la vida. Parecía no encontrar nada trágico en sus experiencias, como él no lo encontraba en su vida de carretero, y ni siquiera lamentaba su mala suerte. Para ellos, como para todos los de su raza, cualquier acontecimiento, desgraciado o feliz, pertenecía al orden natural de las cosas; si era desgraciado, y si se tenía la suficiente habilidad, podía esquivarse, evadirse; si se carecía de ella, no había más que sufrirlo. Y si buscaban alguna explicación a aquello, caían en la conformidad de la creencia que tan bien se les había inculcado y se decían: «Es la voluntad de Dios.» No se les ocurría que aquella voluntad de Dios es solo producto de la razón, la perseverancia y la voluntad del hombre. Pues de haber razonado en esta forma no habrían pertenecido a la más baja y miserable clase social, ya que es justamente esa piedad y paciencia, esa especie de fe infantil, ese dejar todo en manos de Dios en vez de procurar por sí mismos, el mayor obstáculo para que el proletario tome lo que le corresponde por derecho.

Mientras cruzaban la pradera, Rosario le contó que a la edad de doce años había tenido que abandonar el pueblo indígena donde había nacido, porque en su hogar había demasiados niños. Era un pueblo de indios libres, y la parcela de tierra correspondiente a su padre era árida, pedregosa y demasiado pequeña para sacar de ella lo necesario para sostener una familia grande. Las tierras más fértiles habían sido robadas palmo a palmo a los indios de la comuna por los políticos, quienes las habían vendido a los terratenientes españoles y alemanes.

Rosario entró en Yajatón al servicio de un tendero mestizo, quien le pagaba un peso mensual. Su patrón le hizo un niño antes de que cumpliera catorce años. Ella permaneció en la casa y se le aumentó el sueldo en cincuenta centavos. El niño murió y su patrón quiso hacerle un segundo. El primero lo había concebido ignorante de todo, y su asombro no había tenido límites cuando un día, cocinando, lo vio caer a sus pies.

Ella sabía de quién era el niño y por eso permaneció en la casa, ya que él pertenecía al amo. En México esas cosas no se toman trágicamente. La esposa insulta al marido durante una o dos horas, al cabo de las cuales se reconcilian sin que ni por un momento piense en separarse de él, pues son un buen matrimonio católico al que la Iglesia unió permitiendo toda clase de bestialidades en la vida común. El marido puede golpear a su mujer y hacer toda suerte de escándalos sin que se piense en el divorcio, aun cuando esos actos alcancen proporciones monstruosas, porque Dios está de por medio y la unión es indisoluble, aun cuando haya sido motivada por dinero, por razones políticas o por un impulso pasajero.

Cuando el amo se le aproximó nuevamente, en la creencia de que le reconocería

derecho sobre ella, obró con más sentido que la primera vez. Por experiencia sabía cómo y de dónde venían los niños; así, pues, armó un verdadero escándalo, logrando que su ama acudiera precipitadamente y que el patrón recibiera de ella su merecido.

Rosario permaneció aún por algunos meses en la casa, pero su situación era cada vez menos tolerable, porque el hombre no la dejaba en paz. Por último, abandonó aquella casa y recorrió el vecindario trabajando por tres o cuatro pesos mensuales. Finalmente llegó a Balún Canán. Trabajó como cocinera y criada en varias casas; fue a dar con una viuda a quien exasperaba su estado, agriándosele el carácter cada día más. Sin embargo, en ocasiones intimaba con la muchacha, tanto, que ésta, cuyos instintos de india sana eran enteramente normales, no acertaba a comprender cómo aquella viuda, a pesar de ser dama muy respetada y de la sociedad, era más hombre que mujer y le hacía proposiciones que la confundían y la asqueaban.

Con el tiempo llegó a temerla más que a su primer amo, aun cuando éste la atemorizaba horriblemente y le había obligado con golpes a que se entregara.

La viuda pasaba por la crisis más aguda de su vida y perdió todo control. Pensó que podía hallar en Rosario la víctima propicia y que le sería fácil ganar su voluntad con regalos y favores, induciéndola a acceder a su anormal deseo. La muchacha comunicó aquello a varias gentes y la viuda se vengó, no sin dejar de abrigar esperanzas de que al fin se rendiría, acusándola ante la policía de haberla robado. El dinero que ella decía faltarle fue encontrado en el oscuro agujero en el que la muchacha dormía. Si el asunto hubiera llegado al tribunal, Rosario habría sido sentenciada a prisión; pero aquella mujer, que no cejaba en su empeño de sentarla sobre sus rodillas, llegó a un entendimiento con el jefe de policía para que no hiciera pasar el asunto a otras autoridades y encerrara a la muchacha, dejándola salir solo a condición de que pagara una multa de cincuenta pesos. El jefe de policía prefería la multa, pues el encarcelamiento de alguien no le rendía ningún beneficio, en tanto que las multas, después de ciertas maniobras, iban a parar a su bolsillo. Son estas multas una de las razones por las cuales durante las elecciones quedan tendidos, en el campo de batalla, hasta cincuenta votantes muertos, quedando inválidos los más afortunados.

La mujer esperaba que Rosario flaqueara en la prisión y le implorara que pagara la multa para rescatarla. Ella lo haría únicamente bajo la condición de que Rosario se arrodillara ante la Virgen Santísima y jurara obediencia incondicional a todas las órdenes que su patrona le diera.

Pero Rosario no hizo tal, prefería permanecer en prisión antes que acatar las órdenes de la viuda.

Además, en la prisión no la trataban tan mal, a pesar de que todas las cárceles de los pequeños pueblos de México se hallan infestadas de ratas, piojos, pulgas y toda clase de inmundicias pestilentes. Estas condiciones se deben a la absoluta falta de disciplina. Los ocupantes se hallan el día entero en el patio, en donde pueden jugar a las cartas, fumar y hacer lo que les place, permitiéndoseles recibir regalos de sus amigos, quienes les llevan libros, periódicos, cigarros, alimentos y ropas, objetos

todos que son apenas examinados por los celadores. Las mujeres, generalmente, tienen a sus hijos consigo, no separándolas jamás de los niños de pecho, y esta regla se halla establecida hasta en las grandes y bien organizadas prisiones de la Federación. Los mexicanos consideran que sería cruel obrar en otra forma. Aun los convictos de los más horribles crímenes pueden en muchos calabozos ser visitados por sus mujeres, quienes suelen permanecer solas a su lado todo el día y hasta en la noche. Se considera que esas prácticas son benéficas para la buena salud y condiciones mentales del prisionero y que los induce a comportarse normalmente.

A Rosario le fue mejor de lo que podía suponer. Como era una muchacha fuerte, saludable y laboriosa, se le empleó en seguida en la casa del jefe de policía, y ya al día siguiente salía de compras sola, confiándosele el dinero necesario. Nunca fue tratada como prisionera. Al tercer día fue a dormir a la casa y el jefe de policía y su mujer se hallaban complacidísimos de que los sirvieran de balde, y, además, como la muchacha comía en la casa, el jefe se embolsaba para cigarros la cantidad que aparecía en sus libros por la manutención de la chica.

La viuda quedó totalmente defraudada en su venganza, y más aún en su propósito de obtener un instrumento de su torpe deseo. Ya nada podía hacer, pues había llegado a un arreglo con el jefe de policía, del que no era posible desistirse.

Al jefe, sin embargo, le interesaba más la multa que los servicios gratuitos de la muchacha, ya que en la cárcel siempre había chicas de las que echar mano, y si resultaban inútiles no sería él quien se molestara, sino su mujer, la que se encargaría de insultarlas.

Hacía tres semanas que Rosario se consideraba presa cuando el jefe se encontró en el hotel a un doctor que llegaba a establecerse en el pueblo y quien le dijo que su mujer se lamentaba de no haber encontrado una buena cocinera. El jefe le ofreció a Rosario, siempre que se encargara de pagar la multa de cincuenta pesos más ocho de gastos; la cantidad podría cargarse a la muchacha y descontarla de su salario, cosa permitida por la ley cuando se trataba de deudas adquiridas por jornaleros. El jefe comunicó francamente al doctor que creía inocente a la muchacha y que la acusación era falsa, pero que nada había podido hacerse porque la patrona que la había hecho era una dama reputada, cuya palabra debía ser respetada sobre protestas de una india.

El doctor dijo que hablaría con su mujer y ésta accedió a probar a la muchacha. La señora quedó tan complacida con el trabajo y la limpieza de Rosario, que aconsejó a su marido que pagara la multa.

En esa forma el jefe de policía vendió a la muchacha por el precio de la multa y los gastos. La esposa del médico no era tacaña y pagó a la muchacha siete pesos mensuales —salario inaudito que dio pie a un sinfín de comentarios en el pueblo—, aun cuando, como la esposa del doctor declarara abiertamente, la muchacha valía veinte, pues la aliviaba absolutamente de todo el trabajo de la casa.

Sin embargo, Rosario no percibió un solo centavo en ocho meses, hasta que su adeudo fue cubierto. Se consideraba prisionera y temía ser encarcelada nuevamente al

menor intento de huida antes de que su deuda estuviera cubierta, cosa que el jefe de policía había prometido al doctor antes de que éste se decidiera a pagar la multa.

Como era natural, Rosario necesitaba algunas cosas imprescindibles, tales como camisas y enaguas, y para adquirirlas tenía que pedir prestado a su ama, aumentando así su adeudo.

Al cabo de dieciocho meses su cuenta quedó saldada y ella en libertad de marcharse a donde quisiera. Pensó dirigirse a Tulum, pues tenía noticia de que allí pagaban mejores salarios: pero cuando la mujer del doctor se enteró, le ofreció diez pesos y ella permaneció en su casa. La señora fue censurada por todas sus amistades por haber cometido aquel atentado que ponía en peligro la tarifa de salarios establecida, pues había comenzado a hacer imposible que las apreciables damas del vecindario, acostumbradas a tratar como esclavas a sus criadas, consiguieran quien las sirviera en forma conveniente.

Rosario sirvió dos años en la casa del doctor, y hubiera podido servir cuatro, de habérselo permitido; pero el doctor, cansado ya de su esposa, encontrándola desagradable, empezó a suspirar por un cambio y puso los ojos en Rosario con la esperanza de que ella le ofreciera lo que deseaba. Un día en que la señora había salido a hacer una visita, el doctor hizo que la muchacha fuera a su consultorio.

—Rosario —le dijo—, me he dado cuenta de que tus pulmones no andan muy bien; fácilmente puedes adquirir la tuberculosis.

Le explicó lo que aquello significaba y la atemorizó diciéndole que podía morir. Agregó que se iría poniendo flaca y fea y que nadie se casaría con ella, y que si acaso llegaba a hacerlo, sus hijos perecerían y su vida sería horriblemente miserable.

La última amenaza surtió efectos decisivos. Rosario quería casarse en cuanto encontrara un hombre que le gustara. Era demasiado mujer para permanecer soltera. Y si algo quería ella del matrimonio eran hijos.

Se dejó examinar después de que él le hubo dicho lo suficiente para asustarla, usando los mismos métodos empleados por los curas, quienes atemorizan con el infierno a sus feligreses para poder desvalijarlos.

Hizo creer a la muchacha que sus pulmones estaban en muy malas condiciones y que no había tiempo que perder, diciéndole que el tratamiento sería costoso, pues aun cuando no le cobrara por ser miembro de la casa, necesitaba comprar medicamentos.

La inyectó, haciéndola creer que lo hacía para detener la enfermedad que ni remotamente padecía, pues era saludable como solo una india de raza pura puede serlo. Cuando hubo esterilizado la aguja le dijo que la inyección le costaría tres pesos, pero que por tratarse de ella le cobraría dos únicamente y que necesitaba inyectarla tres veces por semana si quería recobrar la salud y salvar la vida.

—Pero, señor doctor, ¿cómo podré pagar a usted seis pesos semanarios si solo gano dos cincuenta?

Él aparentó estar muy ocupado con sus instrumentos, y al cabo de un rato se volvió y le dijo:

—Sí, ya veo que no puedes pagarme, pero yo podré hacerlo de balde. Claro que está fuera de toda costumbre profesional que un médico trabaje gratuitamente; los estudios cuestan mucho y los instrumentos y medicamentos son caros. Pero ¿por qué has de morir si es tan fácil curarte? ¿O es que quieres morir?

—No, no quiero —dijo alarmada—. Querido señor doctor, ayúdeme, no me deje morir.

—Eso es —dijo con mayor amabilidad—. Así se habla. ¿Por qué morir cuando puedes ser feliz y casarte y tener niños?

Rosario rió con los ojos humedecidos de lágrimas.

—Ahora escúchame, quiero decirte algo, pero no dirás una sola palabra de ello a mi esposa. Aunque ella parece saludable, no está muy bien. Lo que quiero decirte es que no puede dormir conmigo, ¿entiendes?

—Sí —contestó, adivinando lo que diría en seguida.

La cosa ocurría como con su primer amo, solo que éste había hecho la proposición brutalmente; había usado de la fuerza golpeándola y estrangulándola casi para obligarla a reemplazar en el lecho a su esposa.

—Ahora bien, Rosario, pronto sabrás lo que quiero decir. Necesito una mujer, no puedo ir cada mes a Tapachula y a Tonalá. Yo te curaré inyectándote tres veces por semana y tú en cambio podrás pagarme, es decir… podrás compensarme con algo por cada inyección. ¿No crees que tu vida y tu salud y los hijos que algún día tendrás bien lo valen?

La mención de los hijos dificultó el asunto.

—Pero yo no quiero hijos de usted, señor doctor. Entonces no me será fácil conseguir un buen marido, usted lo sabe bien.

Él le dio unos golpecitos en los hombros.

—Yo soy médico y tú no debes temer nada de eso; yo bien sé cómo evitarlo, pues no quiero disgustos con mi mujer. Eso déjamelo a mí. Si tuvieras un hijo, mi mujer se enteraría de todo. No te aflijas.

Ella no contestó.

—Bueno —agregó él impaciente—, si quieres morir a mí nada me importa.

—No quiero morir —dijo sollozando, y agregó con voz vacilante—: Haré lo que usted quiera.

Pasaron tres semanas. Una tarde la señora regresó a casa antes de la hora a la que el doctor la esperaba y encontró a Rosario con su marido en la cama matrimonial de la alcoba, en situación que no dejaba lugar a duda, aun cuando él negó el hecho jurando por Dios, la Virgen Santísima y todos los santos. Aquello ocurrió durante las fiestas de San Caralampio.

La mujer del doctor no lloró ni se disgustó; guardó todo aquello aparentemente para el doctor.

—Rosario —le dijo sin enojo—, empaca tus cosas y baja a la sala para que te pague; siento que te vayas, eres una buena criada, pero es necesario que salgas de mi

casa. Estás perfectamente sana y no necesitas de los tratamientos del doctor.

Aquélla fue una gran noticia para Rosario, que no era la primera a quien el doctor curaba de un mal fatal. Y a pesar de lo avergonzada que se sentía ante su señora, a quien respetaba y quien la arrojaba como una basura, fue feliz al saber que no padecía la enfermedad mortal y que no necesitaría más curaciones.

En cinco minutos empacó sus cosas y se presentó tímidamente ante su patrona; pero ella no estaba disgustada, conocía muy bien a su amo y señor y si no se divorciaba de él era porque la Iglesia los había unido. Tenía, pues, como buena católica, que soportar las veleidades del señor doctor y hasta por un momento pensó en conservar a Rosario, pues sabía que él llegaría a las mismas intimidades con cualquiera que la reemplazara.

—Aquí tienes tu sueldo, Rosario, y te agradezco la forma en que has trabajado para mí. Te doy diez pesos de gratificación, pero debes irte del pueblo mañana temprano si no quieres que te mande encarcelar. Y si se te ocurre decir una palabra de lo ocurrido, me encargaré de que te encierren todo un año por difamación. Así es que ya sabes. Adiós, Rosario.

Tomó el dinero y se quedó parada, descalza ante su ama, arrugando nerviosamente entre sus manos la tela de su falda de trabajo. Había dejado en el corredor el envoltorio de su ropa y dijo:

—Mil gracias, señora, por todas sus bondades, siempre las recordaré, y mil gracias también por el dinero. Me iré por la mañana temprano como usted me lo indica y no diré nunca una palabra de lo ocurrido, se lo juro a usted por la Virgen Santísima.

No trató de defenderse diciendo haber sido víctima del doctor en contra de sus deseos, porque pensó que ello habría herido a la señora.

Se arrodilló, le besó la mano y abandonó la casa.

Después de aquello fue a reunirse a los danzantes llevando bajo el brazo su envoltorio de ropa, con la esperanza de encontrar a alguien que le hiciera compañía para abandonar el pueblo por la mañana temprano. Su idea era reunirse a alguna caravana de viajeros para no tener que hacer sola el recorrido.

—Y te encontré a ti, Manuel —concluyó—. Ésa es toda mi historia. Ahora puedes tomarme por esposa si lo deseas, y si no, decírmelo para que busque la compañía de otras personas. Te lo he contado todo, porque deseo ser absolutamente honesta contigo. Obra igualmente conmigo y júrame no decir una palabra de lo que prometí callar a la señora. Tenía que decírtelo para que sepas cómo soy. Nadie más en el mundo sabrá una palabra de ello, la señora fue siempre muy buena conmigo. Es una santa y la respeto más que a la Virgen porque ésta nunca ha hecho nada por mí.

Manuel le rodeó la cintura con los brazos, diciendo:

—Querida linda, he olvidado todo cuanto me dijiste, porque pensándolo bien estaba distraído y en parte no te escuché por estar pensando en cuánto más deseaba que fueras mi esposa por el hecho de hablar en esa forma y en mi deseo de hacer algo

para lograr tu felicidad. Una nueva vida empieza para ambos, dejaré el trabajo de las carretas porque con él no tengo esperanza alguna. Quiero ir contigo tan lejos como nuestros pies puedan llevarnos; muy lejos tendremos que ir para hallar nuestra libertad.

Sin tener conciencia de la verdad que ello encerraba, ella repitió hablando instintivamente:

—Sí, la libertad está muy lejana.

Se pararon al borde de la amplia pradera y se unieron en estrecho abrazo. Dejaron de hablar y de pensar, sintiendo, comprendiendo y confiando uno en el otro.

Las estrellas brillaban sobre ellos y los rodeaba el terciopelo oscuro de la noche.

No muy lejos las carretas y los bueyes parecían incrustados en el horizonte. Las hogueras encendidas por los carreteros empezaron a levantar sus lenguas luminosas y rojas. Los carreteros y los bueyes iniciaban su trabajo y se veían a veces iluminados por el resplandor de las hogueras, para perderse después en las tinieblas.

Se separaron; él tomó el envoltorio de su ropa y se encaminaron hacia donde se hallaban las carretas.

La lata oxidada de café y la cacerola esmaltada y abollada de los frijoles ya se hallaban en el fuego. Los carreteros reunían los bueyes y los uncían.

Manuel se detuvo un momento a contemplar la escena, sintiéndose desligado de ella. En su mente se encontraba ya muy lejos, en compañía de su esposa.

—¿Qué hubo? —gritó Andrés alegremente tan pronto como descubrió a Manuel—. ¡Hasta que regresaste, Manuelito! ¡No sabes cuánto te necesito! Ya conoces a este hato de inútiles y los bueyes nos están dando buen trabajo.

—No te apures Andresillo —dijo Manuel volviendo al viejo carril—, pronto lo arreglaremos.

—Ya estaba pensando —dijo Andrés riendo y echándose el pelo hacia atrás— que te traerías algún bulto en honor de San Caralampio.

—No tanto, pero algo se pescó.

—Bueno, hombre —dijo Andrés cambiando de tono—, anda a ver si coges al amarillo, al del cuerno roto; estuvimos a punto de echarle mano y se nos volvió a escapar, pero parece que ya lo trae Luciano.

Andrés reparó en Rosario y la saludó diciendo:

—Buenos días, muchacha.

—Soy la esposa de Manuel —dijo ella presentándose—; haré con ustedes el viaje a Arriaga.

—Bien venida y felicitaciones para ambos —contestó Andrés en voz alta y riendo—. Mi Estrellita no estará sola; ve con ella, muchacha; está tendida en su petate bajo aquella carreta; acuéstate a su lado y duerme un rato. Nosotros todavía tenemos que trabajar muy duro antes de partir, y ustedes tendrán que caminar porque las carretas

están atestadas. Toma un poco de café si lo apeteces y llévale un jarro a Estrellita.

Rosario se dirigió hacia la carreta que le había mostrado Andrés, se tendió junto a Estrellita y, despertándola, le habló quedamente en la lengua materna de ambas. Parecían viejas amigas; inmediatamente se comprendieron porque el mismo goce las embargaba y abrigaban en su corazón iguales esperanzas de felicidad e igual confianza en el olvido de su pasada vida dura y dolorosa.

Antes de que pudieran conciliar el sueño, las carretas empezaron a rechinar, a tambalearse y a rodar, dejando atrás la extensa pradera.

XVI

En su marcha a través del estado, un pequeño grupo de indios acababa de llegar a la plaza de Niba, pueblecito de cerca de quinientos habitantes, cuya sola importancia radica en el hecho de ser el único lugar habitado por ladinos que se encuentra en el escabroso camino que separa dos pueblos de importancia real y en el que los viajeros que van de uno a otro tienen que pasar la noche forzosamente. De no ser por aquel camino, único que comunica el vasto interior del estado con la estación del ferrocarril y por la situación geográfica que el pueblo ocupa, sus habitantes tendrían grandes dificultades para vivir, porque el terreno que lo rodea es pobre y accidentado, lo que imposibilita la agricultura en escala suficiente para sostenerlos.

En cuanto a la cría de ganado, es posible sostener unos cuantos borregos y cabras, siempre que la estación seca no se prolongue demasiado.

Algunos ciudadanos emprendedores habían puesto a prueba su suerte, manufacturando cuerdas con algunas fibras que podían obtener en el lugar, pero la mayoría de las veces les era imposible pagar los pequeños préstamos que les hacían para el establecimiento de la industria, y entonces carecían de crédito.

La plaza es un gran rectángulo. Cada lado tiene bien doscientos metros de longitud. Se encuentra cubierta de un zacate de poco valor para los animales.

En el centro se levanta un árbol inmenso, especie de higuera silvestre, que a juzgar por sus dimensiones debe tener alrededor de tres siglos.

En el lado norte de la plaza, situada exactamente en medio, se encuentra la iglesia, construida en los primeros tiempos de la colonia, tal vez alrededor de 1580.

Y todavía se practicaba el culto en ella, porque era la única iglesia del pueblo. Hacía mucho tiempo que tres cuartas partes de la bóveda se habían derrumbado y nadie se había interesado lo bastante por repararla o por pagar las reparaciones. No cabía duda de que lo que restaba del techo sobre el altar pronto se vendría abajo, y para ello sólo era necesario un huracán o algún temblor medianamente fuerte.

El campanario se hallaba en ruinas, nadie sabía desde cuándo. Las tres campanas se habían salvado y las habían colocado en un pequeño campanario de madera, a un lado de la iglesia, y allí se repicaban cuando algún sacerdote llegaba de Jovel a oficiar la misa, cosa que ocurría tres o cuatro veces al año. Entonces bendecía a las parejas que se habían unido, bautizaba a los niños y oficiaba una misa especial para los difuntos.

Una vez cada tres o cuatro años, el obispo visitaba el pueblo para confirmar a los niños. En ocasión semejante las gentes se sentían avergonzadas no de su iglesia, que en cierto modo era bonita, sino del techo. Todos contribuían con trozos de lona, sábanas y todo aquello que fuera útil para cubrir los agujeros del techo, dándole mejor aspecto.

Debe agregarse que, en virtud de las dimensiones de la iglesia —que indudablemente había sido planeada y construida para una parroquia mucho más

grande—, el techo parecía ser lo más costoso, debido a la dificultad existente para conseguir vigas suficientemente grandes y resistentes. Y el hecho de sugerir la construcción de una iglesia más pequeña y apropiada para la parroquia habría sido casi un sacrilegio. Nadie, ni siquiera los pocos irreligiosos que había en el pueblo, habrían pensado jamás en abandonar aquel templo majestuoso, que estaba más bien cerca de ser una verdadera catedral que una simple iglesia.

En la parte opuesta de la plaza a aquella en que se encontraba la iglesia estaba el cabildo. Era un edificio histórico construido de adobe y que ocupaba casi la mitad de aquella parte de la plaza. Parecía tener unos ciento cincuenta años de construido.

Era en cierto modo significativo que el cabildo, en el que las autoridades mundanas se alojaban y en el que gobernaban, se encontrara separado por la gran plaza del edificio en el que las gentes se preparaban para ir al cielo. La casa próxima al cabildo era una taberna, la más concurrida del pueblo.

Al ver aquel gran edificio de adobe, y al leer los letreros que aparecían sobre las puertas de unas treinta de sus oficinas, se tenía la impresión de que por lo menos la mitad de la población desempeñaba allí algún cargo.

El edificio no habría estado completo si en él no se encontrara la cárcel, que por supuesto existía, y como el resto del edificio, era de adobe, con rejas de madera, ya que no era posible obtener viguetas de acero.

Los ocupantes de la cárcel eran exclusivamente indios andrajosos que habían sido encarcelados cuando se dirigían al pueblo, por habérseles encontrado ebrios en el mercado o por haber sido acusados de algo que nunca hicieran y nunca comprendieran y nadie fuera capaz de determinar. Lo que era fácil saber era no por qué, sino para qué se encontraban allí.

Se les daba solamente agua, porque el pueblo carecía de fondos para alimentar a los prisioneros. Aquellos afortunados que podían avisar a su familia recibían inmediatamente la visita de ésta. Las mujeres se sentaban en el suelo, exactamente enfrente de las puertas enrejadas, encendían fuego y cocinaban la comida de sus presos, y allí mismo dormían para estar próximas a sus hombres y poder serles útiles si las necesitaban. Sin embargo, la mayor parte de los presos no tenía tanta suerte, porque sus gentes vivían tan lejos del pueblo que les era imposible acudir para hacerles menos duro su destino.

A los presos se les hacía trabajar. Barrían las oficinas, las blanqueaban con cal y hacían algunas reparaciones, porque el pueblo carecía también de fondos para pagar sirvientes y artesanos. Otros presos eran enviados a desempeñar trabajos domésticos en las casas de las autoridades, que no les pagaban salario alguno y les alimentaban con las sobras, cuando las había, cosa que ocurría raramente.

Como las condenas no excedían de seis o siete días y los indios por costumbre llevan provisiones cuando viajan de un lado a otro, les era posible sostenerse con lo que tenían. Los obligados a cumplir sentencias mayores eran enviados a trabajar en los caminos, dándoseles para su diario alimento un puñado de frijoles y algunas

tortillas duras, mientras el comisionado cargaba al gobierno un peso cincuenta centavos diarios por cada trabajador.

Otros eran empleados por tenderos, cantineros y compradores ambulantes de ganado para que les ayudaran al cuidado y transporte de sus mercancías. Esos comerciantes pagaban a las autoridades setenta y cinco centavos diarios por cada prisionero, quedando además obligados a alimentar a los que para ellos trabajaban.

Los viajeros maliciosos, particularmente aquellos a quienes cuando necesitaban un prisionero no les era proporcionado, hacían correr por todo el estado el rumor de que ninguna autoridad de Niba existiría ni podría existir jamás si en el pueblo y en el camino no hubiera alguien que vendiera a los indios aguardiente.

Las buenas leyes federales, y en mayor grado las del estado, consideraban casi como una felonía el hecho de vender aguardiente a los indios. Otras leyes hay también para proteger a los indios de los abusos de poco escrupulosas autoridades locales. Todas esas leyes son muy buenas y altamente apreciadas por el vicepresidente de los Estados Unidos y por todos los senadores, diputados, gobernadores, editores de periódicos, magnates, escritores y artistas de cine que visitan la República, en donde se les ofrecen banquetes, se les fotografía en todas posturas, son recibidos por el Presidente, entrevistados y condecorados, para que cuando regresen a su tierra digan a los oídos del mundo que las leyes de la República son más inteligentes y mejores que muchas de las de su país.

De hecho las leyes son buenas, pero entre las buenas leyes y su aplicación se encuentran los inspectores federales y los del estado, encargados de vigilar el estricto respeto de las mismas. De no haber sido por aquellos inspectores, entre los que no había uno que se hubiera acostumbrado a vivir con el salario regularmente bueno que se les pagaba, raras veces se habría abusado de los indios ni habrían podido jactarse los ladinos de tener un compadre diputado o por lo menos un pistolero de algún político.

El lado oeste de la plaza estaba ocupado por tiendas, tabernas, tlapalerías, mesones, casas *non sanctas*, casas de juego, dos billares y multitud de fonduchos. Como no había más luz artificial que la producida por lámparas medianamente limpias de petróleo y de vez en cuando alguna lámpara de gasolina, el único sitio del pueblo en el que la vida nocturna era animada era aquella parte de la plaza. A cada diez pasos se hallaba un policía calzado con huaraches y armado con pistola 38 o escopeta. A ninguno se le había situado allí para vigilar el orden; su obligación era atrapar a cuantos hombres les fuera posible acusar de haber perturbado la paz, a fin de que fuera posible multarlos. El pueblo carecía de fondos para pagar a la policía, que se veía obligada a vivir del diez por ciento de comisión que recibía de cada multa cobrada por el jefe de policía o del juez.

Entre aquella hilera de establecimientos situados frente a la plaza y ésta, quedaba la calle principal. En la plaza propiamente dicha no había edificio alguno. Hasta la plaza y el cabildo estaban separados de la plaza por una especie de calle.

El lado este se abría a la pradera y estaba limitado por una hilera de árboles enfermizos y algunas yerbas.

Todas las calles del pueblo, incluyendo la principal, eran veredas polvorientas. Exceptuando el tiempo de aguas, estaban constantemente cubiertas de cinco centímetros de polvo, el que, removido por el viento o por el paso de alguna recua, cubría totalmente la perspectiva durantes algunos minutos. Por esta razón los alimentos, las camas, los techos, las mesas, los trastos, el cabello de las gentes, la cara de los niños se hallaban permanentemente cubiertos por una capa más o menos gruesa de polvo blanco.

Los indios que poco antes de la medianoche habían llegado a la plaza de Niba pertenecían a la raza tzeltal y habían dejado sus pobres regiones, situadas al norte del estado, hacía más de una semana, para dirigirse a las fértiles y ricas tierras del Sur. Por aquella región cruzaba la única línea ferroviaria del estado. Éste era tan extenso y tan rico en recursos naturales, que aun cuando las circunstancias fueran diferentes, veinte líneas de ferrocarril bastarían apenas para lograr una mediana comunicación.

Aquel grupo de indios no iba al Sur para comprar, como mucho les habría gustado, algún trozo de tierra fértil, ya que el suelo que cultivaban en su región era árido, pedregoso, duro y para hacerle producir algo era necesario trabajar tan duramente como al hombre le es posible. Además, para comprar un pedazo de la rica tierra del Sur habrían necesitado más dinero del que jamás pudieran soñar, teniendo en cuenta, sobre todo, que aquella tierra estaba en manos de gentes que no pensaban vender, a menos que se les ofreciera un precio semejante al de las tierras petrolíferas.

Era el comercio especial a que se dedicaban lo que inducía a aquellos indios a dejar su hogar para dirigirse a tierras del Sur. Compraban mulas de la mejor calidad, procurando escoger a las más jóvenes, ya que por ellas les pedían menor precio. Los precios del Sur, cruzado por el ferrocarril, comparados con los del Norte, en donde los caminos para bestias eran las únicas carreteras a través de las cuales se podía viajar y hacer el transporte de mercancías, resultaban ridiculamente bajos, especialmente tratándose de animales jóvenes. En el Sur había una veintena de rancheros y haciendas que por lo menos desde hacía trescientos años se dedicaban exclusivamente a la cría de mulas. Con el advenimiento del ferrocarril, las bestias habían sido abandonadas como medio de transporte.

Cuando los rancheros se dedicaron a cultivar la tierra para obtener mejores productos no dejaron la crianza de mulas, obedeciendo a una especie de tradición sentimental. Los padres, los abuelos, los bisabuelos habían criado mulas y habían ganado muchísimo dinero con ello. Así, pues, lo que había sido bueno para el padre y el abuelo debía ser bueno para el testarudo del hijo. Además, ferrocarriles podían ir y venir, sin que nadie supiera qué vendría a sustituirlos; en cambio las mulas nunca dejarían de ser mulas. Aun cuando esos animales habían perdido la mitad de su valor con el advenimiento del ferrocarril, y considerando asimismo la baja en el valor de la moneda, el negocio no era tan malo como para descuidarlo totalmente. Por otra parte,

con las ricas pasturas del lugar, el costo de la crianza era realmente insignificante y los gastos especiales que demandaba eran cubiertos por el trabajo de los animales en el cultivo del suelo en los casos en que no se usaban los tractores.

Los indios del Norte, que habían aprendido la crianza de mulas de sus conquistadores españoles, y quienes bajo las leyes de Juárez se habían convertido en colonizadores independientes de tierras no reclamadas, habían tomado el negocio por su cuenta, ya que era uno de los que mejor entendían, y tomando en consideración, además, que las tierras que se les habían donado estaban muy lejos de producir lo necesario para su subsistencia.

Sus grandes dotes de negociantes eran por todos reconocidas y les valían el respeto de los demás. Solían regatear el precio de una mula durante días enteros antes de decidirse a comprarla. Sagaces como eran, esperaban la ocasión más propicia para negociar.

Muchas veces espiaban la oportunidad, durante los días de regateo, de que llegara al rancho algún comerciante sirio y extendiera sobre el piso del patio sus mercancías, invitando al ranchero, a su esposa, hijas, hijos y peones para que admiraran aquellas maravillas. Los ojos de la ranchera se fijaban en vestidos que el sirio juraba, por la eterna tranquilidad del alma de su madre, que eran de finísima seda legítima de Sumatra, siendo lo cierto que los mejores no eran sino producto del país. El ranchero se sentía fascinado por una pistola exactamente igual a la que deseara durante largos años, sin que le hubiera sido dado obtenerla. Además, había municiones suficientes para matar a todos los rancheros enemigos; había collares, zapatillas de tacón alto, linternas, ropa interior de colores vivos y cuyo material tenía la apariencia de verdadera seda; aretes, mosquiteros, libros de oraciones, perfumes, jabones de fuerte olor, rosarios, bolsas de mano, cromos de Nuestro Señor y de San Antonio, telas de algodón de colores encendidos, cinturones, listones de seda, espuelas de pesada plata, objetos de porcelana y de vidrio, cuchillos, tenedores, artículos de piel profusamente decorados, cucharas de plata, y vestidos, muchos vestidos, montones de vestidos.

Nada habría gustado tanto a la ranchera como comprar todo el surtido sin poner reparos en el precio. Su esposo, sin embargo, tacaño como era en cuanto a ella se refería, no mostraba interés alguno en los vestidos. En cambio no quitaba los ojos de la pistola y de un cuchillo de caza de cincuenta centímetros, de magnífico acero. Examinaba la pistola y el cuchillo concentrando toda su atención, mientras la ranchera, como verdadera experta, examinaba con mayor interés aún los vestidos, los listones y otras chucherías, haciendo de vez en cuando señas de entendimiento al sirio para indicarle cuál de los vestidos o de los listones debía separar del surtido, a fin de hacer apreciaciones más tarde.

Haciendo a su marido mimos y gracias, como las que suelen hacer los gatos que quieren ser acariciados, decía:

—Mira, hijito, necesitas una buena pistola para protegerte; hace mucho tiempo que la necesitas. Debo confesarte que más de una vez he sentido temor en la casa

sabiendo que la que tienes no sirve para nada. Si alguien lo supiera te aseguro que no viviríamos más de una semana.

—Por Dios, no seas indiscreta. ¿Es que quieres publicarlo en todo el estado para que me arranquen el pellejo?

—Eso es precisamente lo que no quiero; trato de evitar que dejes una viuda abandonada, ¡que la Virgen Santísima no lo quiera! Nunca vi una pistola más linda que esta en toda mi vida. Me sentiría orgullosa si la llevaras al cinto. Entonces serías un real macho.

—Es muy chula —decía él refiriéndose a la pistola, y volviéndose al sirio agregaba—: ¿Puedo disparar unos cuantos tiros para probarla sin compromiso?

—Desde luego, ya verá cómo queda encantado de su funcionamiento. En toda mi vida de comerciante no había manejado una pistola como esta. Le apuesto veinte pesos a que cualquier divisionario la compraría sin preguntar el precio.

El ranchero disparaba algunos tiros y se decidía inmediatamente. Compraba la pistola, el cuchillo de cincuenta centímetros y las pesadas espuelas de plata, con adornos de oro; además, un cartón de cartuchos.

La ranchera le sonreía satisfecha de su varonil resolución. Él interpretaba la sonrisa inmediatamente, sabiendo que después de obtener aquellas prendas tendría que comprar tres veces su valor en vestidos, perfumes, zapatos y un sinfín de chucherías más, o no volvería a oír de ella una buena palabra por lo menos en cinco semanas, aun cuando volviera a llamar al sirio, que le haría un recargo especial en los precios debido a esa circunstancia, mientras que si accedía a comprarle lo que deseaba, tenía aseguradas algunas semanas tan gratas que bien valían el dinero que podía gastar.

—Dios sabe, vieja —decía—, que realmente necesito la pistola, el cuchillo y unos cien cartuchos para evitar que nos den un susto.

—Así me gusta que hables. Debes tener la pistola y los cartuchos; hace tiempo que te lo vengo diciendo, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo, mujer, y ahora que hay oportunidad creo que debías comprarte algunos vestidos.

—Claro está. ¿No te vengo diciendo desde hace tres años por lo menos que necesito unos cuantos vestidos?

—Ya, ya está bien, no empieces a decir que no tienes qué ponerte; compra los vestidos que necesitas tanto como yo necesitaba la pistola. Pero dime: ¿de dónde vamos a sacar el dinero? Todo cuanto tenemos en efectivo son treinta pesos y este maldito árabe no acepta cheques.

—Perdóneme, señor; pero más de una vez he tenido dificultades por aceptar cheques.

La ranchera, sin descorazonarse en aquel momento decisivo, lanzaba una mirada a los indios que se hallaban acurrucados en algún sombrío rincón del patio, sin prestar atención aparentemente a lo que ocurría en el pórtico.

El ranchero captaba la mirada lanzada a los indios, pero destinada a él.

Los indios, percatándose de que al fin llegaba su oportunidad, tamborileaban con los dedos sobre sus cinturones que parecían salchichas. Tan llenos estaban de relucientes pesos de plata.

—Venid acá, tal vez ahora podamos hacer negocio —gritaba el ranchero dirigiéndose a ellos.

Pero no bien habían dicho diez palabras, cuando el ranchero montaba en cólera gritando:

—Malditos, ayer apenas me ofrecían seis pesos más por cada animal.

Lágrimas aparecían en los ojos de la ranchera, y el marido sabía que le eran destinadas exclusivamente. Entonces llevaba a los indios a un lado y un cuarto de horas después llenaba los documentos de venta y llamaba a los muchachos de la cuadra para que les entregaran los animales adquiridos. Era así como el sirio ganaba la partida.

Eran oportunidades como esa las que los indios solían esperar, muchas veces durante largos días, hasta lograr el precio que les convenía. No les importaba esperar.

Cuando finalmente agotaban su dinero en la compra de animales, se llegaban al presidente municipal para que legalizara sus papeles y les pegara las estampillas del Estado. Después emprendían el viaje de regreso.

Los caminos eran duros. El ardiente sol tropical los hacía más pesados aún. Pero la poca importancia que daban al tiempo se la daban a la dureza del camino, ya que su vida entera discurría por un duro camino.

Cada hombre llevaba consigo un bulto que bien pesaba veinticinco o treinta kilos y en el que iban su cobija, algunos trastos, frijoles, arroz, café, yesca para encender fuego y otras muchas cosas que les eran necesarias durante su largo viaje. Llevaban aquel bulto sobre la espalda, sujetándolo con una tira ancha de cuero que se pasaban por la frente, logrando de esa manera que fuera el cuello y no solo la espalda la que cargara todo el peso.

Encima de cada bulto llevaban atados su machete y uno o dos pares de huaraches. Usaban los más viejos en las partes más escabrosas del camino, reservando los nuevos para el pueblo, a fin de lucirlos cuando trataban con los hacendados. Como el roce del bulto habría acabado con su camisa, en cuanto dejaban el pueblo se la quitaban y se colocaban sobre la espalda, para protegérsela, una piel de carnero o de cabra o un simple petate.

Llevaban los pantalones de manta enrollados en forma curiosa, pues mientras una pierna subía hasta arriba de la rodilla, la otra quedaba por abajo de ésta a media pierna. Todos lo hacían en esa forma, aun cuando ninguno podía explicar satisfactoriamente el porqué de ello.

Habría sido lógico cargar a los animales recientemente adquiridos con los bultos.

Sin embargo, los hombres nunca lo hacían. Los animales marchaban descargados y eso formaba ya parte de su preparación.

Es la preparación la que da a las mulas su verdadero valor. Para comenzar se les enseña a marchar en grupos apretados, sin distanciarse una de la otra, sin detenerse a husmear el zacate encontrado a lo largo del camino, vadeando ríos y arroyos, caminando por puentes medio derruidos o de los que se balancean en el aire. Tienen que aprender a caminar por sitios pantanosos y a veces a través de kilómetros enteros cubiertas de lodo de treinta centímetros de espesor, a trepar por escarpadas montañas rocosas y a nadar contra la corriente de los ríos, sin dejarse arrastrar por el agua.

Una vez que alcanzan la edad adecuada para desempeñar trabajos pesados, y habiendo sido preparadas como solo estos indios con su paciencia y con la poca importancia que dan al tiempo y con el amor que profesan a los animales son capaces de hacerlo, llegan a valer ocho o diez veces el precio pagado por ellas. Y si tienen una apariencia agradable y han sido preparadas como cabalgaduras, pueden venderse hasta en quince veces más de su precio original. Los señores finqueros, plantadores de café, cacao, vainilla y tabaco, ni siquiera preguntan el precio de una bestia si ésta es de su gusto. Porque sin contar con buenos animales para el transporte de sus cosechas, éstas valdrían casi nada.

Eran indios dedicados a esa especie de tráfico los que llegaron a la plaza de Niba al caer la noche y acamparon a la intemperie a unos treinta metros de la iglesia. Evitando, como todos sus iguales, acampar cerca del cabildo o cerca de cualquier casa habitada por autoridades.

Bien sabían por qué. Y bien sabían las autoridades a qué atribuir aquello.

Pronto hicieron arder una hermosa hoguera y empezaron a cocinar su modesta cena.

En la parte opuesta de la gran plaza se había acomodado una caravana de carretas entre el cabildo y el árbol.

Las carretas se hallaban alineadas ordenadamente. Los bueyes, pesados y poderosos como elefantes pequeños, habían sido librados del yugo y descansaban en la plaza haciendo la digestión de sus alimentos y gozando de su bien ganado descanso.

Los carreteros se hallaban sentados en cuclillas ante las tres hogueras que habían encendido. Hacía mucho tiempo que habían cenado y permanecían cerca del fuego fumando, conversando, algunos acostados y medio dormidos. Todos parecían contentos de que aquella noche, por lo menos, no hubiera necesidad de reparar ruedas rotas u otros desperfectos, como siempre ocurría cuando más necesitaban descansar.

No obstante su experiencia, como buenos carreteros que eran, no podían dejar de comentar las dificultades que tendrían que afrontar al día siguiente cuando cruzaran uno de los tramos más accidentados de todo el camino, haciendo cálculos sobre la

resistencia de las carretas y aventurando predicciones sobre las que sucumbirían en aquel viaje, ya que había muchas cuyo estado era lamentable y no dejaban lugar más que a la completa sustitución… Así los muchachos hacían más duro aún su trabajo, hablando de las durezas de la labor futura y muchas veces, obsesionados, hasta soñando con ellas.

El encargado de la caravana había dado órdenes de levantar el campamento una hora antes de medianoche, tiempo correcto marcado por las estrellas, a fin de poder partir inmediatamente después de medianoche con la idea de aprovechar las horas más frescas de la madrugada. Era aquella una orden muy acertada, ya que, a juzgar por la noche, el día siguiente sería sumamente cálido y no lo refrescaría ni la más leve brisa.

Consecuentemente, millares de tábanos caerían sobre la caravana enloqueciendo a los bueyes y poniendo las carretas en constante peligro de ser arrastradas al fondo de un precipicio o estrelladas contra alguna roca.

En aquella ocasión la caravana llevaba una carga muy pesada. Cada carreta iba cargada, hasta tocar el techo de lona, con mercancía tomada de la estación del ferrocarril para ser llevada al interior del estado, y la conducía Andrés.

Andrés hacía ya cinco años que trabajaba para el mismo patrón. Se había transformado en un joven saludable y de constitución extremadamente fuerte. Jamás había ocurrido desgracia alguna ni a él ni a la caravana que conducía durante los largos y penosos viajes que hacía constantemente, porque bien sabía él lo que tenía que hacer y cómo tenía que hacerlo para beneficio de su amo.

Como don Laureano reconocía los méritos del muchacho, que era responsable de las mercancías, los pasajeros ocasionales, las carretas y los bueyes de la caravana, había tenido la generosidad de pagarle la importante suma de veintiún pesos mensuales, de cuyo salario descontaba los daños que las mercancías, carretas o bueyes sufrían en el camino, con o sin culpa de Andrés, que tenía que pagar cada botella de cerveza rota si los bueyes, enloquecidos por las picaduras de los tábanos, chocaban o volcaban la carreta.

Sin embargo, Andrés era feliz porque tenía consigo a su joven esposa Estrellita.

En aquel momento preparaba para ella una especie de cama sobre el suelo y bajo la carreta que él conducía. Además del lecho primitivo de ella, él había traído un petate para sí.

La mayoría de los muchachos dormía ya. Algunos cerca de la hoguera; otros, especialmente los que tenían consigo a su mujer, dormían bajo las carretas.

Andrés terminó de enrollar un cigarrillo que prendió en la hoguera, se estiró e iba a acostarse, cuando pensó que era conveniente echar una última mirada al equipo antes de descansar. Así pues, caminó por la plaza mirando cada carreta, cuidando de que bajo todas ellas se quedara un hombre para evitar raterías. Después contó los bueyes y examinó su actitud para determinar si permanecerían en donde se hallaban descansando o si su inquietud los llevaría a perderse en los bosques que se

encontraban a escasos tres kilómetros del pueblo.

Vagando perezosamente con Estrellita a su lado, llegó al sitio en el que los indios traficantes de mulas habían encendido su hoguera. Ya habían cenado y algunos estaban medio dormidos, tendidos en el suelo. Otros fumaban gruesos cigarros y conversaban sentados alrededor de la hoguera.

Andrés percibió algunas palabras y se percató de que hablaban en tzeltal, su lengua natal.

—Buenas noches —dijo saludando—. Vienen de Baschajom, ¿verdad? —preguntó en buen tzeltal.

—No exactamente, pero sí de los alrededores. Cerca queda nuestro pueblo —contestó uno de ellos mirando a Andrés—, pero no todos vivimos cerca de Baschajom, solamente dos. El resto vive más lejos, cerca de la gran selva por la que cruza el río gigante.

—Yo soy de la finca Lumbojvil —dijo Andrés presentándose—, y ésta es Estrellita, mi mujer, que me acompaña en el camino. Yo trabajo con las carretas de don Laureano. Ella es también de aquel distrito, próximo al camino que conduce a Tsimajovel.

Estrellita se hallaba parada a unos cuantos metros de distancia, siguiendo la costumbre de las mujeres de su raza de no aproximarse al sitio en que los hombres conversan. Allí permaneció con el deseo de escuchar alguna nueva de su hogar, aun cuando sentía que su verdadero hogar estaba al lado de Andrés.

Andrés, siguiendo una indicación de los indios, se sentó a su lado.

—¿A qué se dedican? —preguntó, tomando una astilla ardiente del fuego y encendiendo con ella el nuevo cigarro que había enrollado mecánicamente mientras se hallaba de pie.

—¿Qué quiere decir?… ¡Ah!, sí, ya comprendo; vamos a comprar mulas jóvenes para educarlas. A eso nos dedicamos.

—Las mulas son muy caras por aquí —dijo Andrés.

El más viejo de los indios, a quien llamaban *el Tata*, rió cordialmente diciendo:

—Muchacho, eres un pichoncito; de otro modo no nos creerías tan tontos como para comprar nuestras mulas precisamente aquí. No, no somos tan tontos. Marchamos hacia donde los caballos de hierro corren por caminos de acero, ¿sabes? Vamos hacia donde los pescadores que viven cerca de las lagunas venden pescado asado en la estación a las gentes que viajan en carretas de hierro. Pero allí pasamos rumbo a los pueblos en los que hay chinos, propietarios de grandes tiendas. En esa región las mulas son casi regaladas, porque allá nadie las necesita; las gentes no tienen tiempo para educarlas y criarlas como lo hacemos nosotros. Venden las mulas cuando aún maman y no desean abandonar a su madre. Pero a esas gentes nada les importa; necesitan dinero y más dinero, porque las carretas de hierro les traen cosas nuevas cada día y desean comprar todo lo que ven inmediatamente. Y si no consiguen el dinero son capaces de vender el alma y el corazón para obtenerlo y poder comprar

con él un sinfín de cosas inútiles, porque de no serles posible comprarlas dejarían para siempre de ser felices. Es por esto que podemos conseguir mulas más baratas que una cabra. Si no las consiguiéramos tan baratas, nuestro negocio sería nulo y nuestras enormes caminatas y los largos meses que nos vemos obligados a estar ausentes del hogar resultarían inútiles.

—Tiene usted razón, el trabajo siempre es duro y nadie regala nada.

El Tata hizo un signo de asentimiento.

Comprendiendo Andrés que el viejo nada tenía que agregar ya sobre su trabajo, preguntó:

—¿Pasó usted por Lumbojvil?

—Allí pasamos la noche —contestó otro hombre que atizaba el fuego.

Otro, llamado Lázaro, levantó la cabeza y miró a Andrés con ojos escrutadores y preguntó:

—¿Eres de Lumbojvil?

—Sí, allí nací y crecí. Mi familia vive allí todavía, por lo menos eso creo.

—¿Eso crees? —dijo Lázaro, tomando una astilla ardiente y alumbrando con ella la cara de Andrés como para poderlo examinar mejor—. Ahora te reconozco, hijo mío —agregó—. Ni tu voz ni tu cara me eran desconocidas. Eres el hijo mayor de Criserio, del peón Criserio Ugaldo, ¿verdad?

—Sí, él es mi padre. ¿Cómo está? ¿Cómo está mi madre? ¿Cómo están todos en casa? Dígame, por favor —suplicó Andrés con ansiedad.

Lázaro permaneció en silencio y trató de evadir la respuesta pretendiendo estar muy ocupado enrollando entre sus manos varias hojas de tabaco hasta formar con ellas un enorme cigarro, de cerca de treinta centímetros de largo por cuatro de espesor.

Andrés, al mirar aquel cigarro, tuvo un sentimiento de nostalgia que antes nunca había experimentado.

Hacía ya diez años que había dejado el hogar de su padre para salir al mundo. Durante aquel tiempo había adquirido las costumbres de los ladinos. Hablaba español fácilmente, aun cuando a la fea manera de las gentes del sur de la República. Pero él ignoraba que su castellano fuera defectuoso, ya que el que escuchaba de los demás era igual. En aquellos diez años no solo había aprendido a hablar el español, sino a leerlo y a escribirlo. Sabía también bastante aritmética. Se había adaptado a los usos y costumbres de los ladinos, aun cuando no pudiera ponerlos en práctica, pues seguía arrastrando la miserable existencia de los carreteros, esclavos tratados impíamente, por caminos olvidados de ingenieros, constructores y gobernantes, aun cuando en cuentas y balances aparecieran gruesas sumas como aplicadas al mejoramiento y conservación de aquéllos.

Se había acostumbrado también a fumar los cigarrillos baratos y buenos que se vendían en las tiendecitas del camino, solamente que aun siendo baratos podía comprarlos raras veces y tenía que contentarse con los que él mismo hacía cortando

hojas de tabaco y enrollando el producto en hojas de papel común y corriente o en hojas de maíz. En las tiendas y en la boca de mujeres y hombres había visto cigarros del tamaño usual en el mundo civilizado. Y los había visto tan a menudo, que había olvidado la especie que se fumaba en su pueblo. En el momento en que vio ante sus ojos aquel enorme cigarro tuvo la visión de su mundo de años atrás y recordó a su padre tan vivamente que le pareció verlo sentado en lugar de Lázaro. En su hogar, entre sus gentes, no se consumía otra especie. Evidentemente los hombres de su tribu seguían la costumbre de los indios caribes, conocidos también por el nombre de lacandones, de los que aún quedaban algunas familias que habitaban en las selvas a las márgenes del gran río, y que debían ser los residuos de una otrora poderosa nación, a juzgar por la cantidad de ruinas de antiguos templos hallados en esa misma selva.

Andrés tuvo la impresión de que Lázaro dedicaba tanta atención a la manufactura de su cigarro únicamente para evitar responder a su pregunta acerca de cómo se encontraba su padre.

Fue Emilio, otro hombre, quien finalmente rompió el desagradable silencio.

—Yo también conozco a Criserio, tu padre; lo conozco muy bien y conozco a toda su familia, que habita cerca de la casa grande del finquero. Los conocí porque hace dos años compré a tu padre cinco puerquitos, pero tuve que pagar por ellos al finquero, porque él insistía en que tu padre le debía mucho y que todo cuanto tu padre pudiera conseguir vendiendo animales, lana, pieles o maíz tenía que entregárselo a él. De cualquier forma, yo me las arreglé para darle a tu padre un peso sin que el finquero se enterara. He de decirte, hijo, que ese finquero es un mal hombre, parece el mismo demonio. ¡Maldito sea! ¿Cómo se llama?

—Don Arnulfo —contestó otro indio.

—Exacto, don Arnulfo.

—En mi pueblo también es conocido —dijo Pánfilo—. Más de lo que él desearía. La gente de allá dice que su padre debió haber sido un tigre.

—Sí, y su madre una coyota. Eso opinamos nosotros.

Por fin pareció que Lázaro había arreglado su cigarro satisfactoriamente. No cabía duda de que era una belleza. Pasó la lengua por toda su superficie como si acariciara algo vivo y con la satisfacción del conocedor se humedeció los labios. Se habría pensado que comería el cigarro en vez de fumarlo.

Mucho tiempo se llevó encenderlo, porque se necesita ser un verdadero artista para encender un cigarro como aquél. Después empezó a fumar inclinando la cabeza, elevando los ojos al cielo y entrecerrándolos. Gozaba de su cigarro como solo puede hacerlo un hombre que tiene la paciencia suficiente para dedicar más de media hora en prepararlo.

Fumó varias veces antes de parecer recordar a Andrés y la respuesta que le debía. Después recorrió con la mirada el cuerpo del muchacho, como tratando de valuar la fuerza física del joven.

Andrés dirigió la vista al fuego. Nadie tenía que darle explicaciones porque ya en aquel momento sentía instintivamente que algo indeseable había ocurrido en su hogar.

Así, pues, no trató de obtener una respuesta. Sabía que su gente nada diría hasta hallar el momento oportuno. Necesitaba siempre un largo tiempo para dar forma a sus ideas, y hasta en tanto que esas ideas y las consecuencias que expresarlas tuviera no fueran absolutamente claras para ellos se abstenían de hablar. Consideran propio de mujeres el dar forma a sus ideas a medida que las van expresando.

—¿Cuánto ganas aquí como carretero? —preguntó el viejo, clavando la vista en la cara de Andrés.

—Setenta centavos diarios, además de la ración de frijoles y maíz.

—¿Tu mujer gana algo también?

—No, yo tengo que comprarle cuanto necesita del dinero que gano. Pero en realidad es casi nada lo que necesita. Parece un pajarito.

—Setenta centavos diarios no son mucho. ¿Qué son setenta centavos si setenta pesos no son nada? Eso es insignificante, ni siquiera puede tomársele en consideración. Con tan poco es imposible que saques a tu padre del atolladero en que se halla. ¡Maldita sea! Necesitarías por lo menos ciento cincuenta pesos, si es que ellos acceden, cosa que dudo, porque sé bien lo que son esos demonios. Tal vez se necesitaría mucho más dinero.

Andrés hizo una mueca de dolor. Tenía un nudo en la garganta y la boca parecía habérsele paralizado. Colocando ambas manos alrededor de su cuello, agitó la cabeza como para librarse de algo que tratara de estrangularlo.

Lázaro echó algunos leños al fuego. Cerró los ojos porque una nube de humo verde saltaba a su cara.

Todos los hombres permanecían silenciosos, mirando al fuego o con la vista perdida en la noche. Algunos fumaban.

Estrellita se hallaba sentada a unos cuantos metros de Andrés. Sabía que la conversación duraría más de lo que había pensado cuando se aproximaron al grupo.

Ninguno de los hombres parecía percatarse de su presencia, nadie la invitó a acercarse al fuego para que pudiera darse cuenta de lo que se hablaba. No porque la desatendieran, sino porque todos pensaban que si ella deseaba acercarse a su hombre podía hacerlo, era libre de hacerlo si quería.

A ellos les parecía tonto invitar a alguien que bien podía reunírseles si así lo deseaba.

En el curso de su conversación, Andrés volvía frecuentemente la cabeza para saber si se encontraba bien y le sonreía para hacerla comprender que no la tenía olvidada. Pero no creía necesario invitarla a que se aproximara. Tal vez ella encontraba gusto en permanecer allí y se sentía feliz mirando al grupo que rodeaba el fuego.

En el momento en que Andrés se sintió desamparado e impotente, incapaz de

articular una palabra siquiera, se volvió hacia donde Estrellita estaba, pero esta vez inconscientemente. Tenía que asegurarse de que estaba despierto y no soñando, y de que lo que había escuchado era real y no un cuento acerca de algún extraño. La miró como en demanda de ayuda, como hubiera mirado a su madre de haberse encontrado ella allí en aquel momento, el más penoso de su vida.

Los hombres no habían hablado en voz alta, eso rara vez lo hacían, ni habían dado énfasis a sus palabras, prefiriéndolas en el mismo tono empleado para hablar de los asuntos de la vida diaria. Así, pues, Estrellita captaba solo alguna palabra de vez en cuando, sin comprender de lo que hablaban.

Cuando Andrés volvió la cara en aquella ocasión, ella le miró suavemente y sonrió, para asegurarle que se hallaba perfectamente bien, tan bien como andaba todo en el mundo.

Algo verdaderamente extraño ocurrió en la mente de Andrés en aquel momento. No vio a Estrellita como si se hallara sentado a unos cuantos metros de ella, sino como si los separara un océano. Y fue en ese momento cuando se percató de que la había perdido para siempre. Entre esos dos niños se alzaba un puño más poderoso que el mutuo amor y la ternura de dos seres que no desean jamás hacer daño a nadie, que no desean ni esperan de este mundo nada más que poder trabajar honestamente, amarse uno al otro y gozar de la libertad hasta donde la libertad es permitida a su especie. Era un puño que no se alza en este mundo, que se eleva sobre él, lejos, al que no alcanzan ni las penas ni los horrores de la humanidad; en una palabra, es el puño que rige al mundo.

¿Qué es, qué era todo aquello? ¿Qué hacían a esa hora la Virgen Santa y San Antonio por Andrés? ¿Qué hacían la Iglesia y el santo Papa de Roma, el arzobispo de Canterbury, cuando más nécesitaba de ellos? Se concretarían a decir; «¡Pobre muchacho, Dios lo bendiga!», para proseguir su trabajo rutinario salvando almas para el otro mundo. Dejando que él solo saliera de la trampa en que se encontraba y en la que había caído fuera de toda culpa.

Se rehizo, aspiró profundamente y preguntó:

—¿Qué dijiste, hermano, acerca de ayudar a mi padre?

Sabía que los hombres no habrían dicho palabra si la situación de su padre fuera la común y corriente de los peones de una finca. Si lo hubieran azotado brutalmente, o lo hubieran colgado durante veinticuatro horas suspendido sobre un pozo, o lo hubieran vendido a otro finquero, los indios ni siquiera habrían mencionado el hecho, porque no era nada nuevo ni excepcional. Si su padre hubiera perdido la vista o los brazos, sin duda se lo habrían dicho; pero ello no era nada extraño, ya que podía ocurrir en cualquier parte y a cualquier hombre, y los traficantes le habrían dado la noticia sin vacilar y en el mismo tono que podían hablar de las muertes habidas en los últimos meses.

Lo ocurrido era peor de lo que Andrés podía imaginar. Quería saber la verdad inmediatamente y al mismo tiempo se resistía a escucharla. Tenía el vago

presentimiento de que mientras más se retardara la respuesta menos brutal sería.

Lázaro, como si fuera víctima de un encantamiento, no separaba los ojos del fuego. Estirando los miembros, elevando los hombros como si quisiera ocultar entre ellos la cabeza, miró a sus compañeros. Todos miraban la hoguera. Algunos echaron nuevos leños, otros la avivaron y otros más reencendieron sus cigarros, aun cuando éstos no se hubieran apagado. Todos parecían temer que Andrés se dirigiera a ellos para hacerles decir lo que nadie deseaba comunicar al muchacho.

De repente Emilio habló. Habló sin miramientos.

—¿Qué es eso de evadir la respuesta que el muchacho ansia y a la que por todos motivos tiene derecho? Hablemos de una vez.

Volviéndose directamente a Andrés, dijo:

—No tenemos la culpa de haberte encontrado aquí. No te hemos buscado. Tú viniste y nos preguntaste. No es asunto nuestro el traerte noticias.

—No, ya sé que no es asunto suyo —dijo Andrés con aparente calma—. No es cosa de ustedes el decirme lo que ocurre en casa. Pero es de mi padre de quien yo quiero saber. Hace muchos, muchos años que no sé de él. Ni siquiera recuerdo cuántos años hace que no tengo noticias de los míos.

Y como quien habla de algo sin importancia alguna, Emilio dijo:

—Bien, hijo; el caso es que don Arnulfo, el amo de tu padre, lo ha vendido a un enganchador de las monterías. A un agente, ¿sabes?, a un agente de las monterías. Si no me equivoco, el nombre de ese agente es don Gabriel.

Durante muchos minutos Andrés quedó inmóvil, petrificado.

Cuando su mente empezó a trabajar nuevamente, sus pensamientos tomaron forma y lo primero que quiso hacer fue saltar y correr cuanto pudiera hasta llegar a su tierra para matar a don Arnulfo.

Ese pensamiento, sin embargo, fue rápido como un relámpago, rectificándolo inmediatamente con la idea de que la muerte no era castigo para don Arnulfo. Además, ello no cambiaría la situación de su padre en lo más mínimo, toda vez que ya había sido vendido al agente, y aun cuando matara también después a éste, su padre continuaría vendido, porque otro agente se adueñaría del contrato, y tras de los enganchadores se encontraban las poderosas compañías, en contra de las cuales él no podía hacer absolutamente nada, porque en cierto modo eran parte del gobierno.

No gritó cuando poco a poco el horrible destino de su padre fue penetrando su conciencia. En voz baja, difícilmente audible para los hombres sentados a su lado, repitió una y otra vez: «Vendido a las monterías. Mi padre. Ellos han vendido a mi padre a las monterías porque yo no me hallaba cerca para ayudarlo a pagar sus deudas. Mi pobre, bueno y viejo padre vendido por sus deudas a las monterías. Era yo quien debía haber sido vendido, sólo yo y no él.»

Así, acusándose de algo de lo que él era el menos culpable, empezó a dar cabida en su mente a una multitud de recuerdos, recuerdos de su hogar y de su padre. En aquel momento recordó el día en que había visto a su padre por la última vez. Fue

aquel en que el viejo le había comprado a crédito un petate y un sarape de lana para que no se congelara en la noche trabajando para aquel amo que no le pagaba salario alguno y se conformaba con darle el alimento absolutamente indispensable para conservarlo en condiciones de poder trabajar, no obstante que de entre las muchas obligaciones que para el muchacho tenía se contaba la de proporcionarle un petate para que durmiera sobre los fríos ladrillos del pórtico en donde tenía que pasar la noche para cuidar de posibles robos las mercancías de su amo.

El comerciante lo había contratado comprometiéndose a pagarle determinados salarios, a alimentarlo debidamente, a darle casa, abrigo y los vestidos. Pero no había sido el amo acomodado, sino su pobre padre, quien, al enterarse de que a su hijo le trataban indebidamente, comprara el petate y el sarape a fin de que el muchacho no sufriera en las frías noches del pueblecito montañoso. A su amo no le importaba que él se muriera de frío, pues si ello ocurría, su suegro don Arnulfo le mandaría otro muchacho. Los peones de don Arnulfo producían más niños que becerros sus vacas. ¿Quién pagaría salario al hijo de un peón? ¿Quién había de comprarle un sarape o un petate o una camisa de manta? Solo un tonto. Y ese tonto era el padre del muchacho, a quien no importaba aumentar sus ya grandes deudas con tal de proporcionar bienestar a su hijo.

Cuando Andrés, volviendo a su trabajo, se despidió de los suyos, su padre no profirió palabra, a sus ojos no asomó ni una lágrima. Sin embargo, había mirado al hijo que partía como nunca antes lo había hecho. Todo el amor que sentía por su primogénito y que expresar con palabras o gestos resultaba imposible para un indio de pura sangre como él; toda la adoración, toda la veneración que el indio lleva en las profundidades de su corazón por el hijo a quien considera la única parte del gran misterio en el que el hijo es solamente un eslabón en la cadena de infinitas generaciones y por medio del que el padre, subconscientemente, siente en la existencia de su hijo la verdad de la inmortalidad del hombre, todo eso y más, que su padre no expresaría con palabras, y que solo por instinto sabía que existía en su hijo, estaba en sus ojos cuando le dijo adiós.

No lo abrazó, no le dio palmadas en los hombros; se concretó a tocarle el cabello en un ademán de bendición que el muchacho correspondió besando su nudosa mano con profunda reverencia.

Aquella última impresión de su padre había vivido siempre desde entonces en la mente de Andrés, al igual que las notas de una canción que escuchara hacía mucho, mucho tiempo, cuando vivía aún en su hogar, y la que acostumbraban cantar los jóvenes enamorados.

Veía aquella mirada en cada una de las brasas del fuego que se alzaban frente a él, en las caras de los hombres que descansaban a su lado, caras iluminadas repentinamente por una larga lengua de fuego que se había levantado de la hoguera brillando un instante. Levantó la vista y tuvo la sensación de que allá en la oscuridad, vagando por la amplia plaza, la inolvidable mirada de su padre alcanzaba sus ojos

como una estrella irreal, que él percibía sólo con el alma.

El tiempo pasaba. Aquellos momentos fugaces fueron para él días, meses que pasaban con rapidez tal que no podía contarlos, porque antes de reconocerlos ya habían pasado a formar parte de la eternidad.

Tomó aliento y volvió a la tierra. Su primer pensamiento fue para Estrellita; sin embargo, volvió automáticamente la cara hacia ella.

Aun cuando ella se hallaba allí acurrucada esperándolo, como lo habría esperado cien años, si así lo hubiera él deseado, no la miró en aquel momento. No la vio; vio sólo la mirada de su padre, que parecía extinguir todo el resto del mundo y que caía sobre su corazón como un sol luctuoso.

Se levantó pesadamente, como si hubiera sido un viejo, y dijo:

—Creo que debo arreglar esto. Voy a ver las carretas, porque como ustedes saben levantamos el campamento a medianoche. Ahora no puedo perder ni un solo día. Los días han dejado de ser míos. De hoy en adelante son de mi padre. Comprenden, ¿verdad?

Nadie contestó ni se volvió a mirarlo.

—Buena suerte, amigos. Quieran el Señor y la Virgen Santísima bendecirlos y darles felicidad en el hogar. Adiós, amigos.

Fue extendiendo la mano para alcanzar la de ellos, no para estrecharla, sino para tocarles la punta de los dedos. Para expresar sinceridad y compasión profunda no necesitan tirar del brazo del amigo para hacerlo salir de la articulación.

Al mirar que Andrés se iba, Estrellita se levantó. Él se aproximó a ella, le acarició los cabellos y le dijo:

—Vámonos, mi corazón, tenemos que levantarnos temprano.

El trabajo fue extremadamente pesado durante las primeras horas de la mañana. Cruzaron un sitio en el que el arroyo, que generalmente llevaba una corriente muy rápida, pasaba junto al camino inundándolo constantemente y convirtiéndolo en un pantano a lo largo de varios kilómetros. Al lado opuesto del arroyo se levantaba una escarpada roca que hacía imposible a la caravana, durante el trayecto pantanoso, encontrar terreno firme para la marcha de los bueyes y las carretas. La cama pantanosa estaba cubierta con una gruesa capa de hojas, ramas y varas revueltas con piedras que habían caído de la escarpada roca. A cortos trechos se desprendían de la roca algunos trozos que bloqueaban el camino y que tenían que quitarse para dar paso a las carretas. Árboles gigantes que crecían, parte en el mismo arroyo y parte en sus márgenes, curvaban sus inmensas ramas como techos por encima del camino, evitando así que el sol secara el lodo, porque ni un solo rayo penetraba aquella densa masa de follaje. Hacía un calor sofocante, parecía que los cuerpos se movían a través de una masa compacta que pudiera cortarse con un machete. El permanecer bajo aquel techo, en el que no soplaba ni la más leve brisa, era durante las horas del día

tanto como estar en un baño turco en el que todos los tubos gotearan.

En aquella sección no pasaba un minuto sin que este o aquel carretero gritara pidiendo auxilio porque su carreta estuviera a punto de resbalar del camino e ir a dar al arroyo, de donde sacarla habría significado un día de trabajo bien pesado para dos elefantes, siempre que hubiera quien atara cuerdas alrededor de la carreta, cosa que no era fácil de llevar a cabo sin correr el riesgo de perder uno o dos hombres ahogados.

No solo estaban las carretas en peligro permanente de resbalar del camino, sino de que una o dos de sus ruedas se hundieran completamente en el lodo arrastrando consigo, si el trecho era demasiado pantanoso, parte del cuerpo de la carreta. Uno o los dos bueyes se atascaban y había necesidad de tirar de ellos y de la carreta. Para llevar a cabo esa tarea había necesidad de desenganchar de las otras carretas dos o tres yuntas. Las enormes dificultades de ese paso se complicaban aún más si alguna otra caravana salía al encuentro en dirección opuesta y tenía que pasar por aquel pasaje, en el que había cabida apenas para una sola fila de carretas.

Ni que decir que durante aquella mañana Andrés no tuvo tiempo ni de pensar en el destino de su padre ni en nada más que no fuera en la forma de evitar roturas de ejes y de ruedas.

A las nueve de la mañana la caravana alcanzó un paso del camino al que los que lo cruzaban solían llamar el paso bueno, aun cuando distaba tanto de serlo como uno de esos caminillos de tierra que comunican entre sí las rancherías, dista de ser una buena carretera pavimentada y bien conservada por el gobierno con miras bélicas. Aquel tramo, en el que no había intervenido ningún ingeniero y era solamente obra de la naturaleza, se señalaba a los viajeros inocentes como carretera de primer orden, porque ninguno de ellos había visto jamás lo que era una carretera y aceptaba cualquier cosa que al respecto se le dijera, sin dudar en absoluto de su veracidad.

Ninguna persona de las que jamás habían salido del estado creerían posible que en algún rincón de la tierra podía existir una carretera por la que un automóvil, con el chasis apenas veintitrés centímetros sobre el suelo, pudiera desarrollar una velocidad de ciento veinte kilómetros por hora llevando a bordo objetos de la más fina porcelana, sin empacar y sin sufrir averías. De haber contado semejante cosa a los nativos, aun a los que gozaban de una situación más desahogada, tales como tenderos y carniceros, no habría sido nada raro que el atrevido relator recibiera dos o tres navajazos en el vientre, porque aquellos buenos ciudadanos habrían creído que se les insultaba, pensándolos tan tontos como para creer una historia de esa naturaleza. Porque hasta para bromear, aunque sea en una taberna, hay que tener prudencia o atenerse a las consecuencias.

Los últimos que podían creer en la existencia de semejante carretera habrían sido los carreteros. No podían imaginar siquiera la forma empleada para la construcción de esos caminos ni alcanzaban a pensar que un buen camino habría inutilizado su existencia. De construirse uno, habrían tenido que levantarse en armas, porque el

ahorro de mano de obra por medio de máquinas hace presentir al proletariado el peligro de perder el pan diario.

Una vez salvado el tramo peor, el camino era regularmente bueno hasta Jovel. En circunstancias ordinarias podrían haberlo recorrido en tres horas, pero ahora hacía demasiado calor, el polvo levantado por las carretas y por la brisa hacía de cada kilómetro una tortura. Lo peor de aquello eran los tábanos, que, desplegando gran actividad, caían como nubes sobre hombres y bestias. Así, pues, Andrés ordenó un descanso.

El campo, de forma triangular, era una pradera no muy extensa, pero sí tapizada de zacate tierno, bueno para los bueyes. El camino que venía de Jovel entraba al triángulo de la pradera por uno de sus ángulos, seguía el lado izquierdo del triángulo y salía por el ángulo opuesto. El otro costado formaba la base de una colina cubierta de matas raquíticas y de una especie de pinos enanos. En el tercer costado había una hondonada no muy profunda, en cuyo fondo jugueteaba un arroyo.

Del ángulo formado por el segundo y el tercer costados salía una vereda pedregosa que conducía a la cúspide de la colina y bajaba por el lado opuesto, volviendo a cruzarse nuevamente con el camino al cabo de tres kilómetros. Las gentes que viajaban a caballo o en mula, así como los andarines, preferían aquel paso porque les ahorraba casi una hora.

La pendiente que conducía a la hondonada estaba cubierta por una espesa capa de zacatón, matas y pequeños pinos y otros arbolillos, de los cuales ninguno crecía ni derecho ni alto. El lado opuesto estaba cubierto totalmente de espesa maleza.

Aquel sitio guardaba uno de los recuerdos más dulces que Estrellita tenía desde que conociera a Andrés.

El hecho había ocurrido durante el primer viaje que habían emprendido juntos, al regreso de la feria a Balún Canán, acampados en aquel lugar. Mientras llegaban a Jovel, había viajado con el temor constante de que su amo, o peor aún, el cruel hijo de éste, la obligara a regresar por fuerza o por orden de la policía, cosa que habría sido perfectamente natural, toda vez que se le consideraba como sierva, incapaz de gozar de libertad hasta en tanto no pagara a su amo las deudas reales o imaginarias que con él tenía. Una vez llegados a Jovel y alcanzada la región en la que los caciques y finqueros tenían menor poder y las leyes debían por lo menos en apariencia ser respetadas, Estrellita se sintió a salvo. Perdió el temor y vivió entera y exclusivamente para amar a Andrés.

Fue en aquel sitio en donde él le enseñó a escribir la primera palabra, la palabra Estrellita, el nombre que le había dado, ya que su nombre nativo era duro y poco adecuado para una muchacha bonita como ella. El primer día solo había podido trazar y reconocer la E.

Se sentaron cerca del arroyo, en un sitio en que la maleza dejaba de ser densa en

un corto espacio que les permitía sentarse juntos. Aquel lugarcito romántico era ignorado por el resto de la caravana, ya que para llegar a él había que cruzar por entre la espesa y espinosa maleza, y Andrés había dado con él casualmente durante uno de sus viajes anteriores, buscando bueyes extraviados.

Cuando se acomodaron, él sacó de su camisa empapada en sudor un trozo de papel en el que se leían impresas algunas líneas que podían ser de un poema. Después de llevarlo varias semanas en la bolsa de su camisa, se había convertido en algo sucio, arrugado, próximo a desaparecer.

Andrés lo desdobló y leyó lo que decía:

—Adondequiera que mis ojos se dirigen el mundo parece florecer; cuanto mis oídos escuchan son canciones e himnos; todos los pensamientos que tengo rodean tu corazón, porque desde que me encontré grabado en tu alma, mi vida es un amanecer de dulces esperanzas.

Leyó las líneas en español, lentamente, haciendo vibrar las palabras de la bella lengua en forma tal que parecía cantar para Estrellita. Así era como ella lo escuchaba.

Le miró interrogante, porque entonces entendía muy poco castellano.

Entonces él le tradujo las líneas al tzeltal, y ella dijo:

—Eso es semejante al canto de un pájaro en el bosque llamando a su compañera para hacerla saber su deseo de construir un nido para ambos.

Él la miró atónito.

—¿No es como digo, dulce muchacho?

Él continuaba perplejo, como si hubiera visto un duende aproximarse y desaparecer. Movió la cabeza mecánicamente y al cabo de varios minutos de reflexionar en la interpretación que ella había dado a los versos, dijo:

—Sí, Estrellita, creo que tienes razón; es como tú dices. Antes nunca me di cuenta de ello, pero tú tienes razón. Nunca pude interpretarlo por mí mismo y pienso que tal vez el hombre que escribió estos versos quiso darles el sentido que tú has hallado.

—¿El hombre que escribió? ¿Escribir? ¿Qué es eso de escribir?

Explicándole lo que quería decir escribir y leer, le dijo que una persona que podía hacer ambas cosas podía decir a otra que estaba lejos todo cuanto quisiera.

—Sí es así —dijo ella meditativa—, yo no necesito escribir o leer, porque tú estarás siempre conmigo; así, pues, podré decirte cuanto quiera con mi boca, sin necesidad de escribir o leer.

—Es verdad —dijo él.

Ella tenía razón, no necesitaba leer ni escribir. Sin embargo, no se sintió seguro con aquella conclusión. Esto se debía quizá a que la limitadísima educación que él poseía la había adquirido con tan grandes dificultades que la consideraba su mayor tesoro. Él se sentía rico debido a su habilidad para leer y escribir. Solo unos cuantos de entre los doscientos o más carreteros sabían escribir y ninguno de esos pocos sabía tanto como él. Podía ser que Estrellita no necesitara educación alguna de esa especie, pero él no quería ser más rico que ella. Él no quería tener absolutamente nada en lo

que ella no participara totalmente. Todo cuanto tenía y sabía, deseaba compartirlo con ella. Al pensar de esa manera no se daba cuenta de que el que imparte cultura voluntariamente, aun donde no se la desea, se enriquece más de lo que estaba antes de ayudar a otros a cultivarse. Ciertamente que él no lo sabía, pero debía sentir en su mente el hecho de que mientras más grande es el campo de la cultura general, más profunda es la cultura individual. El hecho de que ciertas hipótesis son conocidas solamente de una escasa veintena de hombres es causa de que las grandes teorías permanezcan dormidas durante siglos sin acceso a revolucionar la mente humana y el progreso, no en forma aparente sino verdadera, y no aplicable a la manera científica de anunciar cigarrillos o esponjas sintéticas.

En su deseo de comunicar a Estrellita cuanto sabía, de conversar con ella acerca de todo lo que pensaba, trataba de convencerla de que estudiara y de que comprendiera la importancia de saber leer y escribir. Él podía haberle ordenado que hiciera lo que deseaba y ella habría obedecido. Pero le disgustaba la idea de darle órdenes tanto como la de darlas a los demás, aun a los bueyes. Él no podía decir que la lectura y la escritura eran buenas por el simple hecho de poder practicarlas, de enriquecer la mente, de ampliar el horizonte. Ella no habría comprendido. Necesitaba ponerlo a su alcance por medios más sencillos y directos. Muy pocos jóvenes estudiarían Medicina si se les dijera que no podían hacer uso de ella como medio para ganar dinero, sino con el único objeto de saber anatomía o sin ningún objeto.

—Mira, Estrellita querida, al hombre que sabe leer y escribir no se le engaña tan fácilmente; no puede ser esclavizado con la facilidad con que es posible esclavizar a un ignorante. Si los peones de las fincas supieran leer y contar no habría finquero que los mantuviera en esclavitud toda la vida a causa de sus deudas, porque tendrían la suficiente habilidad para contar y encontrar que habían sido engañados y que se les había cargado diez veces más del monto de su deuda.

Ella trataba de captar el significado de lo que él decía. Pero no podía comprender la relación que existe entre la esclavitud y la ignorancia, porque para comprenderlo, en primer lugar, debía entender el valor de saber leer y escribir. Aquello era tanto como hablar a un ciego de la belleza de un valle bajo la luz del ocaso. Diría: «Así debe ser, muchas gracias», pero se quedaría tan ignorante de ello como antes de que se le describiera.

Siendo Andrés quien le hablaba de semejantes cosas, aceptó sus palabras como podría haber aceptado el verbo divino. Preguntó con interés lentamente creciente:

—¿Puedes escribir?

—Claro está que puedo. ¿Quieres ver cómo se hace?

Sacó de su bolsa un trocito de papel de envoltura y un pedazo de lápiz y escribió: «Encontré a mi Estrellita cuando era pobre y estaba abandonada por el mundo y no tenía un solo amigo que se doliera de su suerte.»

Escribía lentamente. Ella admiraba su habilidad, orgullosa al percatarse una vez más de que el hombre que llenaba su existencia supiera todo cuanto puede saberse y

todo cuanto es posible aprender. Su grandeza y perfección, por lo que veía, no tenían límite. De haberle asegurado él que podía borrar al sol del espacio ella habría dicho: «Yo sé que puedes hacerlo, nunca he dudado ni dudaré de ello.» Sin embargo, siendo mujer y, como tal, poseedora de una buena dosis de malicia, no lo habría hecho aun cuando en el fondo de su corazón tuviera la certeza de que él era capaz de eso y mucho más.

Cuando acabó, leyó lo escrito. Ella contestó sencillamente:

—Es verdad, eso es tan cierto como que hay estrellas en el cielo.

Entonces tomó su mano, la mano con que había él escrito, y la oprimió fuertemente contra su cara.

Sonriendo levemente, dijo:

—Por todas las cosas del mundo quisiera saber escribir para poder escribirte palabras tan lindas y ciertas como las que escribiste para mí en ese papelito que ahora, por virtud de lo escrito, se convierte en algo más lindo que una mariposa.

—Entonces tómalo y guárdalo.

Ella lo dobló cuidadosamente, lo guardó entre los pligues de su camisa y dijo:

—En adelante lo llevaré siempre junto al corazón, como llevo en él todas las palabras hermosas que me has dicho.

—Ahí tienes, mujercita, ahí tienes —dijo riendo—; si quieres escribir algo igualmente bonito para mí debes aprender a hacerlo. Yo te enseñaré a hablar castellano, a escribir, a leer y a contar. Porque verás, no se puede escribir en tzeltal, no tenemos letras. Solo los ladinos tienen letras para su idioma. Ellos las inventaron para poder hacer contratos y escribir cartas con las que les es fácil mandar a la cárcel a cualquier pobre diablo que no sabe escribir, acusando al pobre peón de haber robado maíz o algún puerquito, aun cuando no sea cierto. A mí no podrá hacérmelo ningún finquero, ningún mayordomo astuto. Yo leo la carta, y si no me parece bien lo que en ella se dice la pierdo al vadear un río. Todo el mundo sabe que es fácil perder una carta al vadear un río, porque la costumbre es ponerla entre los dientes para evitar que se moje y fácilmente puede escapar de la boca al tratar de tomar aliento, ¿ves?

Ella, llena de admiración, le contempló y dijo:

—Oye, a veces temo por ti, créeme; eres tan hábil que jamás pensé que hubiera hombre igual.

—Olvida eso —dijo él riendo de buen humor—. Empecemos a estudiar ahora mismo.

Así fue como ella recibió su primera lección en aquel rincón oculto tras la maleza, a orillas del arroyo y a unos doscientos metros de distancia del lugar en que acampaban las carretas. Aquella primera lección empezó cuando los rayos del sol se despedían con un beso de la noche.

Desde aquel día, ahora tan lejano, la caravana había acampado cuatro veces en su paso de ida y vuelta a la estación y cada vez habían bajado a aquel rincón en el que ella había aprendido a trazar las primeras letras de su nombre. Y cada vez ella se

había arrodillado sobre el zacate para besar el sitio que le era más sagrado sobre la tierra. Recordaba la primera tarde que había pasado allí con Andrés, sintiéndose por primera vez libre del peligro de opresiones y persecuciones.

Cuando en los últimos días escuchaba la palabra hogar, pronunciada por alguien, en su alma y en su mente aparecía aquel pedacito de tierra a la orilla del arroyo y rodeado de espeso matorral.

Los carreteros dormían. Parte a la sombra de los arbustos y parte bajo las carretas. Andrés miró en rededor y viendo que todo estaba en orden llamó a Estrellita.

Ella se hallaba en la colina por donde cruzaba el camino, sentada a la sombra de un árbol, bordando su blusa nueva de percal azul, con estambre rojo, verde y amarillo, produciendo pequeñas figuras. Nadie le había enseñado nunca a hacer aquel delicado trabajo de aguja. Ella lo había visto solo una vez, en ocasión en que la caravana pasaba frente a la puerta de un jacal ante la cual se hallaba sentada una india que cosía. Los muchachos habían tenido que reparar una avería, la caravana se detuvo por largo tiempo y Estrellita pidió permiso a la mujer para sentarse a su lado y verla trabajar.

Ahora ella intentaba poner en práctica lo que había visto en aquella ocasión. La cosa fue difícil en un principio, pero pronto halló la manera, sin aventurarse desde luego por los senderos más elevados del oficio. Como dibujo empleó el más sencillo que pudo imaginar: estrellitas, triángulos, cuadrángulos, círculos con una cruz en el centro, corazoncitos, hojas, cuernos como los de los bueyes y ruedas como las de las carretas. Las figuras eran bien simples, pero ella las agrupó tan hábilmente, hizo tan delicadas combinaciones con los colores, que la blusa, la más barata de su especie, se vería al ser terminada no solo bonita, sino original. Ella estaba extremadamente orgullosa de su trabajo, más aún cuanto que era el primer producto femenino que realizaba, fuera de la ayuda que daba a los muchachos para cocinar cuando tenían que reparar averías.

Cuando oyó la voz de Andrés que la llamaba, saltó del asiento, empacó rápidamente las cosas y llevó el bulto a su carreta, y como un joven antílope salió corriendo al encuentro de su hombre.

—Vamos al arroyo, a nuestro arroyo, Estrellita querida.

—Sí, es nuestro; tan cierto es que nos pertenece como que hay un sol en el espacio. Sí, Andrés, sentémonos allí en donde hemos sido tan felices y en donde podemos hablar íntimamente.

Corriendo y saltando, escurriéndose entre la maleza y canturreando, quería mostrar al muchacho su felicidad, como suelen hacerlo algunos perros corriendo alrededor de sus amos.

No solo por su edad, sino más bien por sus gestos, semejantes a los de un animalito, parecía una niña, aun cuando en opinión general, y especialmente a los

ojos de los muchachos, ella había dejado de ser niña ya desde hacía algún tiempo.

Se sentaron en su amado escondite. Ninguno de los muchachos llegaba hasta allí, porque habiendo otro arroyo que cruzaba la llanura no tenían necesidad de subir hasta aquél para traer agua. Cuando se encuentran en camino los carreteros evitan hacer cualquier movimiento que no sea absolutamente necesario y en relación con su trabajo. Además, a ninguno de ellos se le habría ocurrido espiar a un compañero a sabiendas de que éste se hallaba con su mujer.

Andrés enrolló un grueso cigarro concentrando toda su atención y dándose apenas cuenta de la presencia de su muchacha, quien al percatarse de su distracción se había dedicado a jugar con los pies dentro del agua fría, murmurando y canturreando para sí, llena de felicidad y contento al sentir que vivía.

Una vez encendido el cigarro, y después de dar dos o tres fumadas, la llamó para que se sentara más cerca de él.

—Siéntate junto a mí, Estrellita; quiero que platiquemos.

—Sí, Andrés, platícame; ya sabes que me gusta oírte decir muchas, muchas cosas.

Después de hablar se aproximó tanto como si quisiera incrustarse en el cuerpo de él.

Tan repentina y sencillamente como habría podido hablarle de la matadura en la pierna de un buey, así le dijo:

—El finquero vendió a mi padre a las monterías.

Antes de que él comenzara a hablar, ella se había dispuesto a escucharle con una amplia sonrisa que iluminaba su rostro como un haz de luces. La sonrisa murió en sus labios, que se tornaron lívidos al escuchar aquellas palabras. No porque su mente hubiera captado todo el significado de ellas, sino porque había percibido la entonación con que habían sido pronunciadas. Entonces, de un golpe se le fue hasta la última gota de sangre de la cabeza, dejando su rostro verde primero y cenizo después. Abrió la boca y la mantuvo abierta durante varios minutos. Se le secó la boca, hizo intento de tragar varias veces, tomó aliento y el aire silbó en su garganta, como si de pronto una brisa fresca se agitara a través del denso y seco follaje de un árbol. La cabeza le daba vueltas sin cesar y parecíale como si en unos cuantos segundos más fuera a desprenderse de sus hombros. Se le agrandaban los ojos, que parecían a punto de saltársele de las órbitas, al mismo tiempo que los párpados se le coloreaban hasta ponérsele escarlata. Apretó los puños y empezó a golpearse los muslos como si hubiera enloquecido. Un sollozo estuvo a punto de escapar de su garganta involuntariamente, pero pudo dominarlo y hacerlo volver apagándolo y haciéndolo morir en un rincón de sus pulmones.

La parte superior de su cuerpo se agitaba de un lado para otro como aprisionado por un huracán. Sacó los pies del agua fresca en donde había estado moviéndolos. Primero sacó uno y luego el otro automáticamente, sin darse cuenta de lo que hacía. Después dobló las piernas tanto como solía doblarlas cuando se acostaba. Gradualmente su tronco se fue aquietando y su cabeza inclinándose hasta que los

cabellos cayeron sobre su regazo.

Finalmente, las lágrimas le rodaron por las mejillas. Brotaban como gruesas perlas; primero, lentamente; después, con rapidez tal, que formaban pequeños arroyos que, resbalándole por la barba, caían sobre sus manos inmóviles, descansadas sobre sus piernas, que parecían muertas.

Andrés no oyó sus sollozos ni vio sus lágrimas. No le dirigió ni una palabra. Habría podido abandonarla ya, a juzgar por la forma en que se desapercibía de su presencia. Estaba ausente, estaba muy lejos, mirando a una masa de indios infelices conducidos como bestias al sitio de donde no se vuelve.

Cuando un indio dice a otro: «Mi padre está amenazado de graves peligros», no necesita agregar una palabra más para dar a entender lo que va a hacer, sin importarle obligación u ocupación alguna. Lo que haría ahora el hijo era algo tan inevitable, tan fuera del alcance de su voluntad como la muerte misma.

Un judío o un cristiano habrían tomado por mandato divino el recuerdo ocasional de su padre o de su madre. Y como el sabio que se tomó el trabajo de escribir los diez mandamientos para ellos sabía a quién se dirigía y los conocía perfectamente, se daba cuenta de que aquel mandato nunca sería respetado si no se ofrecía en cambio una buena recompensa. Todos los otros mandamientos son sencillos, sin recompensa a la vista. No mentirás. No matarás. No robarás. No yacerás con la mujer de tu prójimo. Todos resultaban cortos y claros. Pero hay uno tan largo que llena casi todo el espacio ocupado por los otros, y ello es lo que reza: «Si quieres disfrutar de larga vida en la tierra y tener siempre una jugosa cuenta corriente en el banco a tu disposición, más vale que honres a tu padre y a tu madre.» Quien grabó este mandamiento tenía aún alguna decencia, y para no estar desacordes con el original, es conveniente leer primero la última línea. Sus resultados han sido contraproducentes; tal vez si se hubiera escrito en sentido opuesto no habría muchacho que olvidara escribir a su madre todos los sábados una carta de cuatro pliegos.

Los indios no conocen ningún mandamiento elaborado por alguno de los muchos dioses que conocían antes de que el Evangelio los alcanzara. Sin embargo, ellos conocen los hechos terrenos y los aceptan en lugar de las leyes divinas.

Uno de esos hechos se traduce así: «Él es tu padre y ella es tu madre.» Ahora, que si los honras o no, es cosa que a los dioses ni les importa ni les ha importado, ni se ocupan de prometer una larga y próspera vida a cambio de ello. Es su sangre, su corazón, quien les dicta lo que deben hacer cuando sus padres los necesitan. No les hace falta la visión de un tridente candente que los atemorice obligándolos a cumplir con la ley de su sangre.

Andrés y Estrellita no discutieron el asunto.

—¿Cuándo debes irte? —preguntó ella con voz apenas audible.

—Llevaré la caravana a Jovel. Esta noche o mañana temprano llegaremos. Llevo

una carga de café, tabaco y cerca de cinco mil botellas vacías que debo entregar a la estación. En dos días estaremos de regreso. Tres días después estaremos en la casa de don Laureano, en donde pediré se me releve del cargo. Partiré esa misma noche, pues de otro modo llegaría demasiado tarde para ayudar a mi padre tomando su lugar.

—Yo iré contigo, yo te seguiré a las monterías. Adondequiera que tú vayas iré yo. Más allá de los límites del mundo. No habrá lugar demasiado lejano, ni camino demasiado duro, ni trabajo demasiado pesado si puedo estar contigo.

—Si fuera posible, Estrellita mía… Si fuera posible, sería yo tan feliz…

Era ahora la voz de Andrés la que sonaba balbuciente.

—Si ello pudiera ser no habría dicho ni una palabra acerca de mi padre. Yo sabía bien que tú me seguirías a cualquier parte del mundo. ¡Qué importa el sitio donde yo trabaje, qué importa lo duro del trabajo si tú puedes estar conmigo! Iríamos y todo saldría bien, sin importar dónde, ni con qué propósito, ni con qué fin. Esto y un ciento de cosas más han estado dando vueltas en mi cabeza toda la noche y no he podido dormir pensando. Ahora, durante la marcha, he seguido reflexionando sin encontrar la forma de guardarte. Dinero: eso sería lo único. Doscientos cincuenta pesos, tal vez menos, harían posible que mi padre y yo nos liberáramos antes de que el contrato sea sellado en la última presidencia municipal. La única cosa es que el agente no dejaría escapar el contrato a ningún precio. Porque no es dinero lo que quieren, sino hombres que trabajen en las monterías. Así, pues, ni siquiera eso daría resultado.

Ella escuchaba con la cabeza baja y la cara cubierta por los cabellos.

—Sin embargo, Estrellita, cualquiera que fuera la decisión que tomáramos, tú no podrías acompañarme. Yo no puedo, yo no podría nunca hacerte eso, ¿comprendes?

—No, no comprendo —contestó ella sin levantar la cara—. No entiendo ni una palabra de lo que dices, ni quiero entenderlo.

—No puedes acompañarme. No solo por mí, sino por ti misma. Es en ti, no en mí, en quien he estado pensando todo el tiempo. Nunca pensé que algún día habría de causar tanta pena a tu corazón como ahora. Y todo esto ocurre no por mi culpa, y mucho menos aún por culpa de mi pobre padre; es que tengo que dejarte ahora, Estrellita. Dejarte por largo tiempo, tal vez por cinco años, tal vez por quince, solo Dios sabe.

—Pero tú me dijiste en aquellos primeros días que pasamos juntos, cuando sentados en la pradera llenos de alegría y paz conversamos, que nunca me dejarías, que por nada me dejarías. ¿No fue eso lo que me dijiste?

—Te lo dije, es cierto. Tú estás después de mi padre, mi padre es primero. Como tu padre y tu madre estarían para ti antes que nada en el mundo. Si no se tratara de mi padre no habría gobernador, general, jefe de policía, nadie que pudiera separarme de ti, aunque intentaran obligarme por los peores medios. La desgracia ha caído sobre mi padre, mi madre nunca puede verse amenazada por semejante peligro. Mi padre es viejo y muy pobre físicamente, pues carece en absoluto de resistencia. Ha trabajado mucho en toda su vida y queda muy poco de él. No podrá ni siquiera sobrevivir a la

marcha hacia las monterías. Ahora, del trabajo allá, no hay ni qué decir. Moriría en el camino y sería devorado por zopilotes y animales salvajes.

—Entonces, ¿por qué han cogido a tu padre a cambio de sus deudas si no las vale? —preguntó Estrellita.

—Porque saben perfectamente cómo ocurren las cosas entre nosotros. Ellos me quieren a mí que soy joven y fuerte y saben que yo acudiré a salvar a mi padre tomando su sitio. Ésa es la razón. Y si yo no acudo, ellos exprimirán hasta el último aliento de mi padre para recuperar todo lo más que puedan de su dinero. No les importa que el pobre viejo pueda hacer el trabajo o no, ya lo obligarán empleando para ello todas las crueldades que son capaces de inventar. No podría vivir, Estrellita, con la idea constante de lo que en cualquier momento puede ocurrir. ¿Te das cuenta, chiquita?

—Hago lo posible.

—Como te he dicho, tú ocupas el segundo lugar después de mi padre. Tendrías que afrontar peligros mayores que los que amenazan a mi padre, créeme, linda. Y es justamente porque no quiero que sufras más de lo que podría sufrir mi padre por lo que no quiero llevarte conmigo.

Ella repuso entre sollozos:

—¿Cómo es posible que estando siempre contigo mis sufrimientos sean mayores de lo que ciertamente serán si me dejas sola en el mundo?

—Yo podré libertar a mi padre, pero nunca podría librarte a ti de los peligros que tendrías que afrontar si fueras conmigo. Lo único que podría hacer sería matar a quienes te persiguieran; entonces yo sería muerto a mi vez y tu situación sería cien veces peor de lo que será ahora, pues quedarías a merced de veintenas de hombres enloquecidos por falta de mujeres.

—Si te matan moriré contigo, matándome sin titubear ni un instante —contestó ella tranquilamente.

—De eso estoy seguro, Estrellita, pero ellos no te dejarían escapar de ese modo. Peor aún, no quedaría de ti nada digno de ser muerto. Sería demasiado tarde, porque entonces tu corazón y tu alma habrían sido despedazados en forma tal que ya no te importaría estar muerta o viva, ni habría nada en el mundo que pudiera librarte de ese estado desastroso.

Ella quedó sin respuesta. No comprendió el sentido de sus palabras, pero en su mente nació un temor indeterminado, temor hacia una especie de monstruo pesado y feo, provisto de cientos de garras y largos brazos peludos agitándose como serpientes para agarrar a sus víctimas.

Ella no podía comprender a qué peligros tenía que enfrentarse, en desigual y de antemano perdida batalla, si insistía en acompañar a Andrés. Pero se convenció de que el muchacho sabía de qué hablaba. Si él aseguraba que no podía acompañarle a causa de aquellos peligros, debía tener razón, y comprendía que su único propósito era protegerla siempre. Una vez más se impresionó con la habilidad de él, pues todo

lo sabía y todo cuanto decía estaba ajustado a la verdad.

Cuando la prevenía en contra de algo, cualquier cosa que ello fuera, él, fundándose en su gran saber de hombre, debía tener razón, y no pretendía más que salvarla. Al reflexionar en estos detalles, solo adquiría mayor conciencia de que el mundo iba a acabarse para ella.

De la claridad de las explicaciones de él, dedujo que debía abandonar toda esperanza de acompañarle. En lo profundo de su corazón sabía que él le pertenecía en cuerpo y alma; así, pues, no cabía duda de que él había reflexionado en todas las posibilidades de no separarse de ella, pero había fracasado.

Con el destino no puede discutirse.

No obstante, el culto hombre blanco vive con el cerebro lleno de medio ciento de diferentes teorías filosóficas acerca del significado de la vida y de la gran capacidad del pensamiento humano. De esas teorías, que se contradicen unas a las otras, puede elegir para su uso personal la que mejor le convenga y tratar de desafiar con ella al destino. Cuando las cosas no resultan de acuerdo con sus deseos, se rehúsa a dar crédito al axioma de que el destino jamás se altera y cree entonces que su desgracia se debe a la mala aplicación en su caso particular de determinadas fórmulas filosóficas bien establecidas.

El indio, no acostumbrado a las especulaciones filosóficas, se encuentra en situación menos favorable. Él acepta al destino en la forma en que se le presenta y ni siquiera intenta sondearlo. Lo reconoce en cuanto se cruza con él, se inclina para saludarlo y espera el golpe. No puede escapar y nunca lo intenta. Sabe por instinto que es inútil, que sería tanto como perder los últimos preciosos momentos que le restan antes de que la cortina caiga sobre él.

No obstante, Estrellita buscó un último rayo de esperanza.

—Me han dicho que de vez en cuando los hombres llevan consigo a sus mujeres a las monterías.

—Sí, es verdad —admitió Andrés—, algunos hombres lo hacen. Pero en muchos casos, en la mayoría, para no decir en todos, especialmente si la mujer es joven y no fea del todo, el hombre no regresa jamás, debido a ella.

No bien había terminado de hablar cuando se dio cuenta de que no lo comprendía. No habría tenido éxito si hubiera tratado de hacerla comprender, porque le faltaba la experiencia esencial para ello.

Estrellita lo interpretó en forma inesperada:

—En ese caso, desde luego, no quiero ir contigo. No deseo ser nunca la causa de que no vuelvas en cuanto hayas pagado las deudas de tu padre. Deseo ardientemente que vuelvas a mí. Sin ti dejo de ser yo misma. Si te vas no seré ni la mitad de lo que soy. Te esperaré hasta que cese mi último aliento. Tú serás mi cielo, mi estrella, mi esperanza, mi deseo. Estarás en todos mis pensamientos. Estarás en mi corazón, sin

dejar sitio para nada más.

—Lo sé, Estrellita. Y mi único deseo es estar seguro de que me esperas. También en esto he pensado. Pero, ¿en qué sitio del mundo podrás esperarme tranquila? En el mundo que yo conozco no hay sitio para ti, Estrellita. Siendo como eres tan pequeñita, no hay lugar para ti; no hay rincón alguno en el que puedas estar a salvo y tranquila.

—Te esperaré en el hogar de tu madre —interrumpió ella, feliz de haber encontrado una solución al fin.

—Perfectamente. Eso deberías hacer y no habría lugar mejor para que me esperaras, pero mi madre vive de su trabajo para una finca. En menos de una semana el finquero de quien escapaste sabría que estás con ella, enviaría a la policía para que te obligara a regresar, te azotaría sin piedad, y lo que después de eso te ocurriría con el hijo del finquero, de quien me has hablado, no creo necesario decírtelo.

Ella cerró los ojos en un gesto de terror y náusea.

—Pero eso no es todo, y tal vez tampoco sea lo peor en el caso de que te llevara conmigo o te dejara con mi madre. Hay aún otras cosas que no te he dicho. Verás: los caminos que conducen a las monterías atraviesan por regiones en las que los finqueros son reyes, leyes y ejecutores al mismo tiempo, sin que haya autoridad estatal o federal que ponga veto a sus actos, porque cualquier cacique local es capaz, a cambio de unos cuantos tragos o de unos cuantos pesos ofrecidos por el finquero, de matar al peón y aun al ladino que les ordene su señor. Tú sabes eso tan bien como yo; solo te lo recuerdo para que comprendas que es imposible que te lleve conmigo, aun cuando te llevara en un costal sobre la espalda. Ni así podría esconderte de los enganchadores que acompañan a la tropa, menos aún de los capataces que con el látigo obligan a la gente a caminar con mayor rapidez, porque no es en el camino donde los hombres producen, sino en las monterías. Puedes estar segura de que don Arnulfo se enteraría de que tú vas con la caravana; te hará llevar a su finca y te cargará todos los gastos que alegará haber hecho a causa de tu huida y para poder encontrarte. Y para pagar esos gastos vivirías esclavizada por muchos años, trabajando para ellos, que te darían, pretendiendo aún hacerte un gran favor, cincuenta centavos al mes por tu salario. Ahora supón que yo pudiera regresar en dos o tres años; entonces no me sería posible estar contigo, porque tus deudas te retendrían y yo no tendría suficiente dinero para liberarte. ¿Qué puede importarle a un gran señor de esos lo que ocurra a un peón y a una muchachita india asustada? En sus libros, a ti se te considera a un precio bastante más bajo que el de una cabra. Tú sabes que todo lo que te digo es cierto, ¿verdad?

—Absolutamente cierto —murmuró ella—. Todo es exactamente como tú dices. No hay escape. Ahora veo claramente que no puedo ir contigo. Eso sería hacer tu carga más pesada y yo no quiero aumentar tus sufrimientos.

—Eso era lo que quería escuchar de ti, Estrellita mía. El destino es más fuerte que nosotros y tenemos que rendirnos a él por penoso que ello sea.

Tomó aliento, la miró, estrechando una de sus manos entre las suyas, y agregó:

—Hay todavía una cosa que quiero decirte. Debes obedecerme ahora por última vez. ¿Lo harás?

—No por última vez, Andrés, sino cientos y cientos de veces más te obedeceré en cuanto digas y hasta el día en que me muera.

—Bueno, muchachita mía, óyeme y trata de entender cada una de las palabras que te diga para que no olvides ningún detalle, porque todos tienen importancia. Ahora vamos a Jovel. En algunos días estaremos de vuelta en Socton. En Socton haré mis cuentas con don Laureano. Como tú sabes, todavía debo bastante. De acuerdo con mis cálculos deben ser como noventa pesos. Él transferirá esa deuda a don Arnulfo y don Arnulfo la sumará a las de mi padre y ambas cuentas serán transferidas a la de los amos de la montería a la que me manden. Ellos pagarán a don Laureano todo lo que le debo y a don Arnulfo todo lo que mi padre le debe. Pero yo le pediré a don Laureano que me dé diez pesos en efectivo cargándolos a mi cuenta. Estoy seguro de que me los dará porque le he servido fiel y honestamente por muchos años, siempre he cuidado sus intereses y nunca le he hecho daño alguno.

Por primera vez sintió ella claramente que él se iba, que él se empezaba a ir desde aquel momento.

—En Socton te daré esos diez pesos, que esconderás cuidadosamente entre los pliegues de tu falda para no perderlos. Entonces seguirás caminando con la caravana, que quedará a cargo de Aurelio, hasta la estación del ferrocarril. Aurelio es mi mejor amigo y lleva a su mujer consigo. Son gentes buenas. Él te llevará a su cargo hasta la estación y su mujer irá contigo hasta Tonalá; yo le daré para tu pasaje, que cuesta solo cincuenta centavos.

—Sí —dijo ella sollozando.

—Tonalá es una gran ciudad. Allí buscarás trabajo como sirvienta en la casa de alguna buena familia. La mujer de Aurelio te ayudará a encontrar un buen lugar y te recomendará para que te reciban bien. Ahora ya puedes hablar bastante español y sabes leer, escribir y hacer cuentas bastante bien; esto te ayudará a que la familia que te dé trabajo te aprecie más. Pienso que podrás pedir seis u ocho pesos al mes y que te los pagarán porque es una ciudad de importancia.

—Eso creo, Andrés.

—Si al cabo de algún tiempo no estás contenta y te tratan mal, abordas nuevamente el tren y te vas a Meapastepec, o mejor aún a cualquiera de las grandes ciudades del Sur, a Huixtla o a Tapachula. Tapachula es realmente una gran ciudad, en la que viven muchos norteamericanos que pagan bien y nos tratan decentemente.

—Haré lo que dices.

—Pero hay algo que nunca debes olvidar. Nunca vayas a ningún pueblo por el que no pase el ferrocarril, porque en ese caso me será imposible volver a encontrarte. No dejes los pueblos que se hallan entre la región de Tonalá y Tapachula, y trabaja únicamente en pueblos que tienen estación ferroviaria.

—No olvidaré ni una sola palabra —contestó en castellano—, y haré exactamente todo lo que me has dicho, todo lo que deseas.

Pronunció estas palabras como haciendo un juramento solemne.

Tres días después, la caravana, de vuelta de Jovel, acampó en el mismo sitio.

Llegó poco antes del anochecer.

Los bueyes descansaban y las carretas se hallaban colocadas en perfecto orden. Después de cenar, los muchachos se sentaron junto al fuego a fumar, a contar sus aventuras y a enseñarse unos a otros suertes que hacían con las manos y con las cartas.

El día había sido fácil porque el tramo del camino que habían recorrido era el menos malo de todos. Menos cansados que de costumbre, los muchachos estaban de buen humor.

Bonifacio tocaba un acordeón barato que había comprado en Jovel. Pascual lo acompañaba con su guitarra y dos de los muchachos intentaban bailar un zapateado.

Cinco mujeres pasajeras que con sus niños se hallaban sentadas modestamente formando un grupo aparte y próximo a la carreta en que viajaban, y en la que dormían por las noches, cantaban tristemente en voz baja junto a la hoguera que habían prendido y sobre la que hervía un poco de café.

La luna se levantó iluminando las tierras altas de Jovel.

Poco a poco fue apareciendo roja y llena en el horizonte. Se veía tan grande y poderosa que parecía pretender tragarse el universo.

Andrés, que había estado departiendo con los muchachos, se levantó y se dirigió hacia su carreta, que era la primera de la fila.

Estrellita se hallaba sentada en la tabla que sirve de asiento al carretero, perezosamente recargada contra la lona de la cubierta y al parecer hondamente concentrada en sus pensamientos. Con los ojos muy abiertos seguía la trayectoria de la luna.

No se había percatado de la proximidad de Andrés, y si la había notado carecía de voluntad suficiente para apartar la vista de la luna encantada. Tal vez en su mente revivía la leyenda de la creación de la luna y de los combates que el bravo guerrero indio, hijo de *Chicovaneg*, tuviera que librar para dar a la raza humana esa maravillosa luna.

Andrés se detuvo junto a ella en silencio, tratando de leer sus pensamientos. No por mucho tiempo pudo permanecer próximo a la muchacha resistiendo la necesidad de acariciarla.

—¿En qué piensas, Estrellita querida?

—No sé, creo que pienso en el mundo —dijo con voz soñadora.

Él le acarició los cabellos que ella, poco antes de la cena, se había peinado cuidadosamente y que ahora caían sobre su espalda en una masa espesa y oscura.

Cuando Andrés la vio aquella noche peinándose, había bromeado diciéndole:

—Te peinas con tanto cuidado que parece que vas a casarte —y había reído después de sus palabras.

Ella, poniendo una cara muy seria, le había contestado sin mirarle:

—Tal vez así sea, ¿quién sabe?

—Tus cabellos son bonitos, Estrellita. Son espesos y abundantes y güelen como florecitas silvestres después de la lluvia.

—¿Te gustan?

—Me gustan, sí, me gustan. Pero no solo ellos. Me gusta todo lo que es tuyo, todo lo que está en ti, y lo amo más que a nada en el mundo.

—¡Mira qué luna tan linda! —dijo acurrucando la cabeza contra su cuerpo, a la vez que tomaba las manos de él y oprimía los labios contra sus palmas.

—Sí, es una luna muy linda; raramente en mi vida la había visto tan hermosa, tan grande, tan dorada, con la apariencia divina que tiene esta noche. Es como otro mundo que nos mirara y nos saludara desde la altura. Parece que quiere cantar para nosotros anunciando la llegada del dios grande, único, lleno de misericordia, que todos esperamos para que acabe con las penas y tristezas de los hombres y nos traiga paz y alegría.

—¡Oh, Andrés, esta es la noche más linda que he visto! En el viento hay canciones y la atmósfera parece preñada de promesas de goce y felicidad.

Le volvió a besar las palmas de sus manos y enredó su espesa cabellera en su brazo, como en un deseo de atarlo a ella para no perderlo jamás.

Hubo un largo silencio, hasta que él sugirió:

—Vamos a nuestra casa.

Su voz calló en su garganta, como si se avergonzara de sus propias palabras.

Con firme resolución, y siguiendo un impulso repentino, la tomó en sus brazos y la sacó de la carreta, colocándola suavemente de pie sobre el suelo. Después la tomó de la mano y como si temieran ser descubiertos se inclinaron y se deslizaron entre las carretas, cuidando de no ser vistos por los demás, hasta internarse en la maleza, en donde, arrastrándose, llegaron hasta el tramo en que era menos espesa. Entonces él la tomó en brazos y caminó hasta la orilla del arroyo, y la colocó sobre el claro que consideraba su hogar. El primero y único que habían compartido y tal vez el último que tendrían en su vida.

Miles de duendecillos de plata resbalaban por los rayos de luna para jugar en las cantarinas aguas del arroyo. Ante los ojos de los dos niños, porque niños eran aún, se levantaba un muro de maleza oscura, amenazadora, impenetrable enemiga del hombre, protectora de bestias, de reptiles, de insectos. Sobre la cúspide sombría se veían círculos dorados que se agitaban en busca de un sitio en el que fijarse durante uno o dos segundos. Aquí y allá había huecos en el follaje que se tragaban los rayos

luminosos y parecían ojos de monstruos gigantescos escondidos en la maleza amenazante. A la espalda, a la derecha y a la izquierda de los muchachos, había plantas y arbustos enfermizos que en tierras altas habrían crecido grandes y hermosos, pero que allí, debido a la naturaleza del suelo, habían perdido su vigor para crecer gigantes. Ahora, con sus ramas torcidas y enfermas, parecían diablejos con multitud de feos brazos retorcidos, listos para usar de todo su poder diabólico para hechizar y convertir en piedra a todo mortal que se pusiera a su alcance. Como humanos deformes, parecían odiar todo lo bello.

Algunos de esos diablejos y algunas matas eran plenamente bañados por el oro plateado de la luna, a otros solo los alcanzaba un rocío dorado.

Sombras de todas formas danzaban sobre la maleza que cubría la falda de la colina opuesta, causando una impresión tan extraña que parecían ser restos de aliento deprimido de las plantas, en espera de ser despertado por el beso del sol para reunirse a la niebla de la mañana.

Andrés y Estrellita, sentados con las manos enlazadas, en profundo silencio, vivían el momento sin pensar ni en el pasado ni en el porvenir, cuando los dos, repentinamente, en el mismo preciso instante, fueron sacudidos por la impresión de que aquella densa maleza de la que ambos parecían formar parte era algo vivo, un mundo completo en sí misma, con sus formas y leyes propias, no influenciadas por ningún mundo externo ni comprendidas por los extraños a ella.

Pero esos dos seres humanos tuvieron la revelación de haber sido aceptados en aquel mundo y dejaron de temer a los arbolillos retorcidos, que parecían tratar de hacer a cuanto les rodeaba víctima del rencor que sufrían por haber crecido deformes y feos cuando hubieran deseado ser como todos los de su especie. Tampoco asustaban a los dos seres las sombras que esperaban el momento de reunirse a la niebla matutina para flotar libremente sobre la pradera.

Ellos nada temían porque estaban en su hogar, en su propio hogar, amurallados, defendidos del resto del mundo impío.

La floresta cantaba sin cesar. Las aguas del arroyo jugaban y canturreaban cambiando constantemente de tono. La luna se elevaba en el cielo y parecía encantar a la tierra, envolviéndola en las notas de un himno tan dulce y poderoso que el mundo entero podría disolverse en éxtasis.

Del campo, de la pradera lejana, llegaban acordes, notas perdidas, trozos de canción, olas de melodías. Todo aquello parecía llegar desde tan lejos, que hubiérase tomado por suspiros dejados por caravanas que acamparan en ese lugar muchas, muchísimas noches atrás.

Tan llenos de pensamientos, tan ricos en sensaciones estaban Andrés y Estrellita, que habrían sentido un dolor intolerable en el alma si alguno de los dos hubiera hablado en aquel momento. Percibían claramente que sus pensamientos coincidían, pero si se les hubiera preguntado qué era lo que pensaban y cuál era su deseo no habrían hallado la respuesta ni esa noche, ni al día siguiente, ni nunca en cientos de

años.

Eran prisioneros de la amarga y dulce urgencia de sentirse perdidos uno al otro para ganarse después por la duración del universo, para sentirse eternamente ligados por la experiencia de las mismas sensaciones, de la misma satisfacción, saturados de la esencia de ambos.

Todo ello les ocurría involuntaria, inconscientemente, sin un ápice de claridad proyectada sobre el hecho de que se aproximaban a grandes pasos hacia la comprensión de muchas interrogaciones que para ambos habían quedado sin respuesta. No sabían si eran más felices ahora que antes. Ni por un momento se percataban de que había ocurrido un cambio que más de un gran hombre considera trascendental en el desarrollo de un ser humano.

Lo único que sabían era que nunca podrían separarse realmente, ni aun cuando jamás volvieran a hallarse físicamente.

Habían olvidado los cuerpos, realizando la comunión de sus almas.

De entre las olas de melodía y los trozos de música que llegaban del campo, percibieron claramente las palabras y las notas de la dulce romanza popular *Amapola del camino*.

Los compañeros cantaban melancólicamente, objetivando los hondos deseos de su corazón y el llanto de sus sentidos. Tan raramente tenían ganas de cantar, que cuando cantaban lo hacían inconscientemente, y era su cantar una alabanza al Dios que los había creado y había creado a los bueyes y a este mundo tan lleno de penas y tristezas, del que no hay escape, en el que tal vez ni la muerte misma constituya un escape, sino el paso a otro mundo más lleno de amargura.

Fue aquél el himno nupcial de los dos seres, la canción llena de lágrimas, saturada de su aliento ardiente. La canción que no podrían cantar jamás separados, porque era parte de ese todo que los unía.

Mucho tiempo después de que la canción se perdiera permanecieron sentados quietamente, envueltos en la eterna sinfonía de la floresta.

Podían haber sido horas, años, siglos, los que permanecieron sentados allí, escuchando la voz de su corazón.

Repentinamente fueron despertados como de un sueño profundo que hubiera durado no sabían cuánto.

«Ahou-hah-hooo-ee, ahou-ha-hoooee», llegaba la voz, unas veces lejana, otra vez próxima, de los muchachos.

—Los muchachos están juntando a los bueyes, parece que se han perdido. Necesito ayudarlos, necesitamos estar listos antes de medianoche.

Estrellita, acurrucada entre sus brazos y jugando con sus cabellos, se enderezó para ponerse de pie. Abstraída en sus pensamientos, arregló automáticamente los pliegues de su enagua. Después se dejó caer una vez más sobre el suelo y acercó su cuerpo al de Andrés como si pretendiera incrustársele.

—Parece que nuestra luna de miel ha terminado. Fue tan corta, pero tan dulce,

que ha valido por un siglo de vida. De rodillas doy gracias al buen Dios del cielo por haberme permitido que te conociera como te he conocido en este siglo de vida.

Andrés dijo suspirando:

—Sí, tienes razón, nuestra luna de miel ha terminado.

Después la tomó en sus brazos y la oprimió con toda su fuerza contra su cuerpo, agregando:

—No tengas miedo, Estrellita mía, sé valiente. Aun cuando es cierto que cientos de hombres y de muchachos no regresan jamás de las monterías, aun cuando caen hechos pedazos como troncos podridos y son enterrados con menos piedad que un perro, yo volveré, Estrellita mía; volveré aunque tenga que hacer pedazos al mundo entero, aunque tenga que perforar con mi cuerpo las rocas más espesas para abrirme paso hacia ti. Volveré.

—Te esperaré siempre, siempre, hasta que la última estrella del cielo caiga hecha polvo.

«Ahou-hah-hooo-eee. ¿En dóndee estáaas, Andréees? Nos faltan doos bueeeyes. Andréees. ¿En dóonde estáaas?»

«Allá voy. Ahouuu-ha-hoo-eee. Allá voy.»

FIN DE
«LA CARRETA»

LA REBELIÓN DE LOS COLGADOS

I

En un ranchito que formaba parte de la colonia agrícola libre de Cuishin, en los alrededores de Chalchihuistán, vivía Cándido Castro, indio tsotsil, en compañía de su mujer, Marcelina de las Casas, y de sus hijitos, Angelino y Pedrito. Su propiedad alcanzaba más o menos dos hectáreas de un suelo pedregoso, seco, calcinado, que exigía un trabajo durísimo a fin de obtener de él el alimento necesario para los suyos.

Los grandes terratenientes de los distritos de Jovel y de Chiilum, a quienes se llama finqueros, habían intentado en varias ocasiones convencer a Cándido de que abandonara su miserable ranchito y se fuera con toda su familia a trabajar en calidad de peón.

Los finqueros se hallaban constantemente a caza de familias indígenas, mano de obra indispensable para los trabajos de sus fincas, y empleaban los medios más carentes de escrúpulos para conseguir arrancarlas de sus pueblos y colonias.

La posesión de esas familias era disputada entre los finqueros, como si se tratara de ganado sin hierro cuya propiedad trataran de asegurar. Las disputas por la propiedad de las familias indígenas y de sus numerosos progenitores se eternizaban, se transmitían de padres a hijos y subsistían aun cuando el objeto de ellas hubiera desaparecido mucho tiempo atrás, no sabiéndose ya exactamente cuál era la causa del odio mortal entre algunos finqueros vecinos.

Los jefes políticos, así como todos los otros funcionarios de la dictadura, se hallaban siempre, naturalmente, del lado de los poderosos finqueros. Cuando se les pedía que despojaran a alguna familia indígena de su pedacito de tierra, declarándola desprovista de derechos o valiéndose de cualquier otro medio criminal, inmediatamente lo hacían, dejando a las víctimas a merced del finquero. Éste se encargaba de pagar las deudas de la familia y las multas exorbitantes que se le infligían, por motivos la mayoría de las veces inexistentes, pero que tenían por objeto ahogarla en deudas de tal manera que el finquero quedara en posibilidad de adquirir derechos absolutos sobre la familia.

El hecho de que un finquero fuera pariente o amigo de un jefe político o de que asegurara a éste o a cualquier otro miembro de la tiranía una existencia larga y fácil, era suficiente para que la mano de obra indígena no faltara jamás en su finca.

Cándido había podido conservar su independencia y vivir libremente, gracias a su innata cautela de campesino, a su buen sentido natural y a la línea de conducta que se había trazado de no ocuparse más que de su tierra, de su trabajo y del bienestar de los suyos.

La ranchería estaba compuesta por cinco familias que, como Cándido, pertenecían a la raza tsotsil. Sus tierras eran pobres como la suya. Sus jacales eran de adobe, con techos de palma, miserables. Llevaban una existencia tan dura como solo los humildes campesinos indígenas son capaces de soportar. Sin embargo, todos los esfuerzos de los finqueros para convertirlos en peones habían fracasado, al igual que

con Cándido. Los indios no ignoraban que la vida en la finca les sería menos dura; pero preferían quedarse en su tierra árida, seca —por ello a la colonia se le llamaba Cuishin, que quiere decir ardiente—, y vivir su vida precaria, con la agonía constante de ver destruidas sus cosechas, a perder la libertad, aun cuando a cambio de su servidumbre se les hubiera ofrecido el Edén. Preferían morir de hambre libres, independientes, a engordar bajo las órdenes de un amo. Si se les hubiese preguntado el porqué de su elección, habrían contestado lo mismo que la vieja negra de Luisiana, esclava en su juventud, antes de la guerra de secesión. Entonces eran sus amos quienes debían de preocuparse por su existencia; ella comía tanto como quería. Ahora vivía en una choza miserable y lavaba la ropa de sus vecinos para poder vivir, sin saber jamás si podría comer al día siguiente, si se vería obligada a robar para vivir y si la meterían a la cárcel. Un día en que le preguntaron: «Pero vamos a ver, vieja, ¿es que no vivías mejor cuando eras esclava?», contestó: «Sí, antes vivía mejor; pero ahora soy feliz, porque no es el estómago lo único que hace feliz al hombre.»

Y en Cuishin no era el estómago lo único que mandaba. Solo así podía explicarse cómo esos indios aceptaban su penosa vida, habiendo podido dejar al finquero los cuidados de su estómago a cambio de la obediencia a sus órdenes.

En el fondo de su alma, el indio cree más en la fuerza de su destino que en el poder de no importa qué Dios. Sabe que haga lo que haga, no podrá escapar a ese destino. Cuando lo ve aproximarse, el indio se porta como todo ser humano y el puro instinto biológico de conservación lo empuja a resistir por todos los medios de que dispone o por los que considera capaces de ayudarlo, y entre los que se cuentan la invocación de los santos, que se comunican, como todos sabemos, con Dios; pero sabe perfectamente que es como un centinela perdido y que si se opone a su destino es solo para retardar un poco la acción.

Cuando Marcelina, la mujer de Cándido, cayó enferma súbitamente y cuando ninguno de los remedios habituales fue capaz de aliviar sus dolores, Cándido tuvo la intuición de que se encontraba en un momento crucial de su existencia. Marcelina tenía un dolor horrible del lado derecho del vientre. Decía sentir que se inflaba en tal forma que parecía iba a reventar. La vieja partera de la familia declaró que tenía los intestinos hechos nudo. Para desanudárselos le recetó purgas capaces de hacer desalojar el vientre de un elefante y que solo vinieron a redoblar los dolores y las lamentaciones de la infeliz. Ahora sentía que tiraban de sus intestinos hasta desgarrárselos.

La vieja partera opinó que aquello era la señal de una muerte próxima y aconsejó se enviara a uno de los niños a ver a Mateo, para encargarle que fuera haciendo el ataúd a fin de dar cristiana sepultura a la pobre Marcelina. Pero la solución estaba muy lejos de satisfacer a Cándido. Él amaba a su mujer y no estaba dispuesto a dejársela quitar tan fácilmente. Decidió llevarla a lomo de mula hasta Jovel, para que

la viera un médico de verdad.

Reunió hasta el último centavo que pudo encontrar en la casa. Contó y recontó el dinero y se convenció de que su fortuna consistía en dieciocho pesos. Cándido no ignoraba que los doctores son como los curas, y que nunca hacen algo gratuitamente. Sabía además que la enfermedad de Marcelina no era de aquellas por las que los doctores aceptaban el habitual pago de un peso.

Cada paso de la mula arrancaba gritos de dolor a la infeliz. Cuando el camino se presentó más accidentado, Cándido decidió cargar a su mujer sobre su espalda y tomar a la mula por la brida, pero con ello no logró aliviar a Marcelina; todo lo contrario, ahora el peso de su cuerpo hacía presión sobre su vientre, que se apretaba contra el cuerpo de su marido, y sus sufrimientos fueron tan atroces que rogó a Cándido la volviera a sentar sobre la mula. Finalmente, suplicó que la bajara al camino, donde se tendería a morir en paz, pues sabía que su fin estaba próximo.

Así permanecieron más de media hora; ella, acostada sobre el dorso; él, sentado a su lado, al borde del camino, no sabiendo a qué santo invocar. De vez en cuando iba al arroyito que se hallaba del otro lado para traerle unos tragos de agua tibia. Al cabo de un largo rato apareció una caravana de indios que regresaban del mercado. Estos indios eran tsotsiles y pertenecían al mismo pueblo que Cándido. Todos se detuvieron para refrescarse en el arroyo.

—¿Adónde vas, Cándido? —preguntó uno de ellos—. Hace mucho que levantaron los puestos del mercado.

—Es que Marcelina está muy mala, creo que se va a morir. Quería llevarla a Jovel para que la viera un doctor capaz de desanudarle los intestinos. Pero no puedo llevarla sobre mi espalda porque grita, y sentada en la mula sufre mucho. Ya está medio muerta. Ahora sólo espero…, porque así ya podré ponerla sobre la mula y regresar con ella a casa. ¡Qué lástima, es tan joven y tan buena! ¡Tiene tan bien nuestra casa, es tan trabajadora!… Además, los niños quedarán sin mamá.

—No hay que desesperarse, Cándido —dijo otro de los indios—. Naturalmente, si Marcelina tiene que morir, morirá; pero ello no es seguro todavía. Espera tantito, te daremos una mano.

Reunieron a sus compañeros, discutieron algunos momentos y se aproximaron a Cándido.

—Mira, la llevaremos cargando hasta Jovel; la cargaremos con tanto cuidado, que ni cuenta se va a dar de que nos la llevamos.

Cándido inclinó la cabeza agradeciéndolo en silencio.

Los indios se adentraron un poco entre la maleza, cortaron ramas, las entretejieron y sujetaron, improvisando una camilla sobre la cual colocaron a la enferma. Las mujeres y los niños se hicieron cargo de los diversos objetos que la caravana llevaba y ésta emprendió el regreso a Jovel.

Llegaron ya avanzada la tarde a casa del doctor, quien, después de palpar el sitio dolorido, declaró:

—Es necesario operar inmediatamente. Tengo que abrirle el vientre para sacarle parte del intestino que está infectado y que le provocará la muerte antes de doce horas si no la opero. ¿Cuánto puedes pagarme, chamulita?

—¡Dieciocho pesos, patroncito doctorcito!

—¿Pero no te das cuenta de que solamente el algodón, el alcohol y la gasa yodoformada me cuestan más de dieciocho pesos? Sin contar el cloroformo, que costará otro diez pesos por lo bajo.

—¡Pero por el amor de Dios, doctorcito jefecito, yo no puedo dejar a mi mujer sufrir como a un perro!

—Óyeme, chamulita: si Dios Nuestro Señor pagara mi renta atrasada, mi recibo de luz, las deudas que tengo en la tienda, la carnicería, la panadería y la sastrería, entonces sí podría operar a tu mujer por el amor de Dios. Pero has de saber, chamulita, que yo tengo más confianza en la platita y las buenas garantías que puedes darme que en el amor de Dios, Nuestro Señor. Él se ocupará de muchas cosas, menos de un pobre médico plagado de deudas. Estas deudas me las he echado encima para estudiar, y si no he podido pagarlas es porque aquí hay muchos médicos y pocos enfermos con plata.

—¡Pero, doctorcito, si usted no opera a mi mujer se va a morir!

—Y si yo opero gratuitamente me moriré de hambre, chamulita. Todo lo que puedo decirte es que una operación como ésta cuesta trescientos pesos. Solo para demostrarte que no soy un malvado capaz de dejar morir a alguien, aun cuando sea la mujer de un indio ignorante, procuraré ayudarte: te cobraré nada más que doscientos pesos. Es un precio escandaloso y me expongo a que me echen de la sociedad por bajar tanto la tarifa. Así, pues, te cobraré solamente doscientos pesos; pero es necesario que me traigas el dinero a más tardar dentro de tres horas, pues de otro modo la operación sería inútil. No voy a decirte cosas bonitas ni a hacer una operación por amor al arte. Si tomo tu dinero te daré en cambio mi trabajo y devolveré la salud a tu mujer. Si no sale bien de la operación no te cobraré. Esto es lo más que puedo hacer. Tú no regalas ni tu maíz, ni tu algodón, ni tus puercos, ¿verdad? Entonces, ¿por qué quieres que yo te regale mi trabajo y mis medicamentos?

Mientras este diálogo tenía lugar, Marcelina permanecía tendida en un petate sobre el suelo del pórtico. Los indios que la habían transportado en la camilla se hallaban próximos y discutían en voz baja mientras fumaban sus cigarros.

¿Qué podían hacer? Aun reuniendo todo el dinero que poseían no llegarían a juntar los doscientos pesos, ni siquiera habiendo vendido todos sus borregos. En cuanto a Cándido, no sabía ni cómo ni dónde conseguir el dinero que le pedían.

Habiendo fijado el precio de la operación, y después de cerciorarse de que nadie más lo esperaba en el consultorio, el doctor tomó su sombrero, se lo puso y salió a la calle.

Tenía necesidad de asegurarse de que las viejas casas del pueblo se encontraban en su sitio habitual; pero, sobre todo, necesitaba saber si en las tres últimas horas no había ocurrido algún acontecimiento digno de ser comentado en la cantina. Tal vez doña Adelina se habría dado cuenta al fin de que su marido pasaba una de cada dos tardes en casa de la amable doña Pilar, cuya viudez alcanzaba apenas cuatro meses. El hecho de que doña Pilar se regocijara con don Pablo, a pesar de ser éste hombre casado, no era realmente lo más escandaloso del hecho; lo deplorable era que para ello no hubiera esperado que corriera siquiera un año del duelo que debía guardar por la muerte de su esposo. Todo el pueblo, salvo doña Adelina, naturalmente, estaba enterado de las visitas vespertinas de don Pablo. Como en el pueblo nunca ocurrían cosas sensacionales y como lo único que podía comentarse era algún robo de vez en cuando, los vecinos esperaban ansiosamente el momento en que doña Adelina se enterara de que no era ni la preferida ni la única que tenía el derecho y el placer de consolarse con don Pablo de las tristezas de este pobre mundo. Si dos hombres se encontraban en la cantina, si dos mujeres se cruzaban en el mercado o conversaban delante de alguna puerta, al cabo de breves consideraciones sobre la temperatura llegaban a la obligada pregunta: «¿Se habrá enterado al fin doña Adelina?»

Nadie juzgaba inmorales las visitas extraconyugales de don Pablo, porque todos tenían un espíritu bastante sano y normal para admitir que doña Pilar solo hacía uso de un derecho natural, y como nadie antes de don Pablo se había preocupado por consolar a la solitaria, era él quien había jugado el papel providencial, y en el fondo de sus corazones todas las mujeres casadas de Jovel se regocijaban de que la plaza estuviera ocupada por un extraño y no por sus maridos. Los vecinos no esperaban el escándalo por amor al escándalo, pero deseaban ardientemente asistir a la escena que doña Adelina estaría obligada a representar para salvaguarda de su dignidad. Había, sin embargo, un punto negro. Era muy posible que ella estuviera enterada y que deliberadamente evitara el escándalo. En ese caso toda esperanza de presenciar un acontecimiento tragicómico se desvanecía.

Antes de ir a dar su vuelta por la plaza, el doctor pasó por la casa de don Luis, el boticario, su mejor amigo y socio, para desearle buenas noches. Cuando el médico y el boticario se entienden bien, los negocios son prósperos para ambos. Por el contrario, si no se entienden, los enfermos aumentan de peso y llegan a viejos y las fábricas alemanas de productos farmacéuticos despiden a sus obreros.

Cuando Cándido vio salir al doctor volvió a preguntarse qué debía hacer. Decidió salir para ver hacia dónde se dirigía el médico. Ni por un momento se le ocurrió consultar a otro, pues sabía que todos coinciden en el capítulo de los honorarios. Había acudido a aquél porque era el que los indios del pueblo y de los alrededores acostumbraban consultar. Los indios no cambian de curandero más que cuando éste ha matado a alguno de ellos. Entonces ensayan otro hasta la muerte siguiente, y así sucesivamente. Al cabo de pocos meses se han recorrido ya todos los miembros del cuerpo médico y no queda más que volver al primero.

Los indios eran los clientes predilectos de los médicos de Jovel, porque pagaban sobre la marcha sin que jamás se les concediera crédito. En el preciso momento en que el indio cruzaba el umbral del consultorio, y antes de que el médico le dirigiera la menor palabra, el indio tenía que depositar su peso o sus seis o cuatro reales de acuerdo con la rebaja que el médico acostumbrara hacerle.

Cándido había dejado a Marcelina tumbada en el pórtico al cuidado de sus amigos y se encontraba parado a mitad de la calle, sin saber qué rumbo tomar. Obsesionado con los sufrimientos de su mujer, se dirigió instintivamente a la farmacia más próxima con la idea de que el boticario le diera algún remedio. Guardaba la esperanza de poder comprar con sus dieciocho pesos alguna medicina bienhechora.

Al verlo entrar, don Luis le preguntó:

—¿Qué quieres, chamula, amoníaco o alcanfor?

—¿De qué me servirá eso? Quiero algo para mi mujer, que tiene un dolor muy fuerte del lado derecho del vientre.

Le expuso la situación. Cuando terminó, el boticario le dijo que no tenía remedio alguno para un caso como ése.

Era un hombre honrado. Por el relato de Cándido se había dado cuenta del mal que sufría su mujer y en su opinión solo una operación podía salvarla.

—Pregúntale a un doctor —le dijo a Cándido.

En aquel preciso momento entraba el doctor con la intención de que don Luis le enterara de los acontecimientos sensacionales que habrían podido ocurrir en las cuatro horas que hacía no se veían.

—Conozco al chamula —dijo el doctor—, su mujer está tendida en el pórtico de mi casa. Tiene apendicitis; ya le he aplicado hielo al vientre, aunque ello no habrá de curarla. Si no la opero morirá. ¿Pero cómo podré operarla si este chamula sólo tiene dieciocho pesos?

El boticario soltó una carcajada.

—Claro está, ¿cómo había usted de operarla por ese precio? Yo tendré que cobrarle bastante por el algodón, la gasa y el cloroformo.

—Ya se lo he explicado —dijo el médico—. Pero dime, chamula, ¿no conoces aquí a nadie que te preste doscientos pesos para salvar a tu mujer?

—¿Quién habría de prestarme a mí doscientos pesos? —contestó Cándido con una voz en la que no traicionaba ni su desesperación ni su emoción. Con una voz tan neutra que parecía significar: «Así es y nada puedo hacer.»

—Podrías engancharte para recolectar café en Soconusco. El enganchador no se negará a prestarte los doscientos pesos —sugirió el boticario.

Cándido dijo, sacudiendo la cabeza:

—No, yo no quiero ir al Soconusco; allá hay alemanes, ellos son los dueños de los cafetales. Son más crueles que las fieras de la selva y lo tratan a uno como a

perro. Eso es imposible; si yo fuera a trabajar a los cafetales mataría a algún alemán a machetazos si lo viera maltratar a uno de nosotros.

—Entonces, chamula, yo no veo la posibilidad de ayudarte, y tu mujer morirá.

—Ella morirá, sin duda, patroncito —declaró Cándido, en tono tan indiferente como si se tratara de una extraña.

Después, recargándose contra el marco de la puerta, se pasó las manos por los cabellos y lanzó un escupitajo hacia la calle iluminada por unos cuantos faroles que hacían tristes guiños aquí y allá.

Con los codos perezosamente recargados sobre el mostrador, pasándose el cigarro de un extremo a otro de la boca, el boticario lanza también miradas hacia la calle; ésta desemboca en la plaza y su oficina se encuentra justamente en un ángulo. La plaza está sombreada por árboles seculares de tupido follaje. Al oriente se levanta el palacio municipal, al norte la catedral, y los dos lados restantes lucen los aparadores iluminados de las tiendas más importantes del pueblo.

El doctor se recargó sobre la caja, sentía la necesidad de descansar de las fatigas de un día de trabajo. Lánguidamente recargó los codos sobre el mostrador y subió el pie derecho sobre un paquete que habían llevado a la botica desde la mañana y que ni siquiera había sido desenvuelto.

—¿Cómo va el asunto de doña Amalia? —preguntó el boticario.

En realidad, don Luis se burlaba locamente de la salud de esa vieja señora que jamás le había confiado ni la receta más sencilla, y si hacía aquella pregunta era solo por decir algo. Es un hecho curioso el de que la mayor parte de los hombres, cuando son conocidos entre sí, se sienten incómodos si no encuentran algún tema de conversación. Es por ello que cuando se reúnen dicen tantas tonterías que sus palabras resultan más vacías que las dichas por las mujeres cuando comadrean.

—¿Doña Amalia? —preguntó el doctor—. ¿A cuál se refiere usted?

—A la que tiene un viejo cáncer en la matriz.

—Pues mire usted, si hubiera que dar crédito a las leyes científicas de la medicina y tener fe en las profecías de los mejores discípulos de Esculapio, haría ya diez años por lo menos que doña Amalia debía estar bajo tierra. Sin embargo, ahí la tiene usted con más energías que usted y que yo juntos. Debe admitirse que los profanos tienen razón cuando dicen que la medicina está tan avanzada como hace tres mil años. Hablando francamente, yo opino lo mismo.

El médico se preparaba ya a decir otras cuantas verdades filosóficas cuando fue interrumpido por la llegada de un hombre que surgió bruscamente de la oscuridad de la calle.

—¡Ah, don Gabriel! —exclamó el médico—. ¿De dónde sale usted? ¿Vino usted a dar una vueltecita por el pueblo?

Don Gabriel se detuvo, vaciló un poco y al fin se decidió a entrar saludando:

—Buenas noches, caballeros.

Después, dándose un golpe en el ala del sombrero se lo echó hacia atrás y dijo

malhumorado:

—¡Vaya un lío! Nada más vine a cobrar los cheques de las monterías y resulta que don Manuel no tiene fondos suficientes.

—¿Y no le puede dar él un cheque sobre su propio Banco? —preguntó el boticario.

—Naturalmente, está dispuesto a hacerlo; pero lo que a mí me hace falta es dinero contante y sonante, y él no lo tendrá sino hasta dentro de seis días. Hasta entonces tendré que esperar aquí; eso será perder demasiado tiempo.

Para reforzarle la moral dijo el boticario:

—Voy a hacer un coctelito de esos que solo nosotros los farmacéuticos sabemos preparar y que tienen la virtud de enderezarlo todo.

Se metió a la rebotica, a la que él daba el nombre de santuario y en donde trituraba las píldoras tóxicas y mezclaba los brebajes mágicos que le ordenaban los facultativos.

—¿Qué espera ese chamula? —preguntó don Gabriel.

—Su mujer tiene apendicitis, es necesario operarla. Ya le he propuesto cortarle la tripa por doscientos desgraciados pesos; sin ello está condenada. ¿Pero de dónde ha de sacar ese muchacho el dinero? —dijo el médico.

Don Gabriel aparentó inmediatamente tomar un interés conmovedor en el caso del indio.

—¿No conoces a nadie en la ciudad que te preste los doscientos pesos?

—No, jefecito, a nadie —contestó Cándido, acentuando su respuesta con otro enérgico escupitajo.

Después aspira plenamente el humo de un cigarro y parece considerar el asunto definitivamente liquidado. Don Gabriel era buen cristiano y mejor católico todavía. Observaba religiosamente los preceptos bíblicos y prestaba servicios a su prójimo cada vez que se presentaba la ocasión.

—Óyeme, chamula, yo te prestaré esos doscientos pesos y hasta cincuenta más, y fuera de trato te regalaré dos botellas de aguardiente para que obsequies a los amigos que se prestaron a traer hasta aquí a tu mujer. Porque no los dejarás volver sin mostrarles tu agradecimiento, ¿verdad?

Cándido no sabía leer ni escribir. No daba la impresión de ser ni más ni menos inteligente que la mayor parte de sus congéneres. En cambio poseía una facultad más preciosa para la vida corriente que todas las ciencias. Tenía el don natural de discernir lo que podían ocultar las palabras de los hombres y tenía una gran experiencia respecto a sus semejantes y sobre todo respecto a los ladinos. Sabía, sin temor a equivocarse jamás, que si un ladino le ofrecía un peso y él tenía la mala fortuna de aceptarlo, tendría que pagar por lo menos diez. Así, pues, no tuvo que vacilar mucho antes de ir al fondo de la cuestión.

—Si ello es a cambio de trabajar en el Soconusco con los alemanes, yo no iré. No lo haría ni por quinientos duros.

En aquel instante, el boticario salió de su santuario agitando un extraño brebaje en un gran vaso, y guiñando los ojos como coneja enamorada, dijo:

—Caballeros, he aquí un coctel que no olvidarán en una semana, les doy mi palabra, y no les daría la receta ni por veinticinco pesos. Para que tengan una idea de lo complicada que es, básteles saber que contiene agua de rosas y una cantidad infinitesimal de benjuí.

Pero cuando don Gabriel se hallaba tratando algún negocio, ni la bebida más misteriosa del mundo podía distraerlo de la jugosa ganancia que vislumbraba. Un coctel nuevo es regocijante, pero una ganancia sustanciosa reconforta el corazón.

—¿A Soconusco, con los alemanes? —dijo en tono de asombro—. Muchacho, manito mío, no se trata de cafetales; aquellas gentes no saben pagar y se portan como brutos. Llevan toda la vida el fuete entre las manos y lo dejan caer sobre la espalda de los pobres indios que se mueren por ganar algunos desgraciados reales.

—Tiene usted razón, patroncito; pero, ¿dónde conseguiré los doscientos pesos si no es en los plantíos de café?

—¡Yo procuraré engancharte para las monterías, muchacho!

Don Gabriel enrolla un cigarrillo con toda calma.

—Ve a buscar un fiador, sin duda lo encontrarás entre los amigos que transportaron a tu mujer. Dime cómo te llamas y en dónde vives para hacer el contrato inmediatamente. En cuanto lo hayas firmado te daré los doscientos cincuenta pesos sin más trámite.

—Harías bien en aceptar en seguida —dijo el boticario—. Ya el doctor te lo dijo, es necesario quitarle a tu mujer el pedazo de intestino podrido antes de dos horas. De otro modo, al amanecer no te quedará más que enterrarla y serás viudo…

—Y tus hijos se quedarán sin madre —agregó el médico, que, como era natural, no perdía de vista sus intereses.

Aun cuando el cerebro de Cándido pasaba por una dura prueba tratando de pesar los pros y los contras de la proposición de don Gabriel, no olvidaba que no era él el solo interesado en el asunto. Lo dicho por el doctor había llevado su pensamiento lentamente hacia su mujer y sus hijos. Se le presentaba un medio de salvación. Ese medio, al parecer enviado por Dios y sus santos, ¿podía él rechazarlo para evitarse una vida penosa sin cometer con ello un gran pecado? Si se negaba a firmar, dejaría escapar el socorro providencial, condenando a muerte a la madre de sus hijos. Él sería su asesino; pero si aceptaba, pasaría largos años de trabajo en las monterías, lejos de su mujer, de sus hijos, de su tierra. Y si a causa de su negativa su mujer moría, ¿quién podría salvarlo? Su conciencia no lo dejaría en paz. Noche y día el espectro de la muerte lo perseguiría y lo agotaría a reproches. Cándido trataba en vano de resolver el problema. En vano buscaba una salida. ¿Qué sería de su mujer y de sus hijos durante su ausencia? No, no los abandonaría; dejaría a Dios la responsabilidad de la muerte de su mujer.

Pero Cándido no contaba con la marrullería de don Gabriel, que también había

visto la salida por la que Cándido podía escapar. Así, pues, se apresuró a cerrársela.

—¿Quién te ha dicho que deberás abandonar a los tuyos, chamula? —dijo don Gabriel, levantando las cejas con asombro—. Yo nunca he dicho semejante cosa.

Cándido se queda mirando a don Gabriel con la boca abierta y la mirada interrogante. Él no creía en milagros; por tanto no había que considerar como tal el hecho de poder conseguir el dinero de la operación pudiendo al mismo tiempo quedarse en su rancho en compañía de los suyos. ¿Cómo podía ser aquello? Evidentemente Cándido no podía comprenderlo con rapidez; era demasiado difícil. Además, antes de que tuviera tiempo de hacer cualquier pregunta, don Gabriel se había adelantado ya a decirle:

—Es muy sencillo, chamulita; traerás a tu mujer y a tus hijos contigo a la montería.

Cándido fue sorprendido por aquella solución, en la que ni remotamente había pensado. Comprendió en seguida que le sería imposible refutarla, puesto que venía a cerrarle la única salida que le quedaba. Por un momento le asaltó la idea de alegar que no podía dejar su tierra, pues ello sería perderla definitivamente; pero sentía que aquel argumento no tendría valor alguno, puesto que don Gabriel le haría notar que nadie querría adquirir su tierra, ni aun cuando se la vendieran solo en cincuenta pesos, ya que aquello era un erial fácil de encontrar en cualquier momento con la única obligación de pagar cincuenta centavos al catastro; además, don Gabriel no le dejó más que un segundo para reflexionar; inmediatamente le preguntó su nombre, el nombre del lugar en que habitaba y el del amigo a quien elegiría como fiador. Hizo cuidadosas anotaciones en su libreta, se desabrochó el cinturón de cuero que llevaba bajo la camisa y en el que guardaba su dinero, como lo hacen los comerciantes, los traficantes de ganado y los rancheros que viajan.

Don Gabriel sacó del cinturón cincuenta monedas de plata, que contó y colocó en pila sobre el mostrador de la botica.

—Aquí tienes cincuenta pesos adelantados; en cuanto al resto, yo me arreglaré con el doctor, a quien se lo entregaré mañana. ¿Está usted de acuerdo, doctor?

—Seguramente —dijo el médico, y dirigiéndose al boticario añadió:

—Don Luis, ¿quiere usted preparar esa receta en seguida? —y le tendió un papel sobre el que acababa de trazar algunos jeroglíficos.

—Perfectamente, dentro de diez minutos tendrá usted todo en su casa. Y ahora, caballeros, al fin podremos hacer honor a este coctel, en el que he empleado tanto trabajo y talento.

—Excelente —dijo don Gabriel chasqueando la lengua, después de vaciar su copa de un solo trago.

—Todavía queda —dijo don Luis llenando las copas por segunda vez.

Mientras los caballeros cantaban las excelencias del coctel y de su autor, Cándido

se ocupaba de colocar los cincuenta pesos entre los pliegues de su faja de lana roja. Hecha esa operación, se deslizó hacia el exterior sin despedirse de nadie y desapareció en la noche.

Cándido encontró a sus amigos en el pórtico de la casa del doctor. Se hallaban agrupados al parecer velando a Marcelina; pero su silencio era tal que Cándido pensó que estaban durmiendo, aun cuando no era costumbre entre los hombres de su pueblo la de hallarse reunidos y permanecer en silencio mirándose entre sí estúpidamente. Por el contrario, cuando los indios del Sur se reúnen conversan interminablemente. Hablan hasta bien entrada la noche, y cuando el sueño los vence, algunos suelen despertar cada media hora para hacer comentarios sobre los que duermen. Al día siguiente, apenas abren los ojos empiezan a mover la lengua con gran soltura. Solo cuando van de marcha, cuando trabajan o están en presencia de algún extraño, los indios se encierran en un mutismo obstinado, feroz y que da la impresión de que se encuentran privados del uso de la palabra o de que están embrutecidos.

Cándido se aproxima al grupo; a la pobre luz de una lamparita de petróleo que desde una ventana alumbra el patio, distingue con dificultad a los hombres, se aproxima a ellos tropezando y se da cuenta de que forman un círculo alrededor del cuerpo alargado de su mujer. Inmediatamente comprende que algo ha ocurrido. Se sienta al lado del primer indio con que tropieza, lo toca ligeramente en el hombro y le pregunta con voz débil:

—¿A qué hora me dejó?

—Hace más o menos media hora. Despertó y empezó a quejarse horriblemente; en seguida preguntó: «Cándido, mi marido, ¿dónde estás?» Después se estiró y murió.

Llega el doctor, franquea la puerta y con voz agitada grita hacia donde se encuentran los indios:

—Métanla en el consultorio, voy a operarla.

Y sin detenerse, se dirige a grandes zancadas hacia el interior de la casa. Abre la puerta y llama:

—¡Eh, Rodolfa, maldita gallina dormilona! Mete seis velas en el cuello de seis botellas vacías y tráemelas, voy a operar; tráeme también una cubeta de agua caliente, ¡pronto! ¿Me oíste?

—Voy volando, doctorcito —grita la muchacha desde un rincón de la casa.

El doctor deja abierta de par en par la puerta del consultorio y se alumbra con una vela colocada en un candelerito de peltre al que el esmalte se le ha caído por todos lados. Contra el muro se encuentra un gabinetito en el que se ven hileras de frasquitos llenos con líquidos oscuros y ostentando etiquetas con calaveras. Esos frasquitos producen efectos extraordinarios en la clientela; por ello se les ha colocado en primer término en la vitrina. En la sección inferior del gabinete se encuentran dispuestos los

instrumentos, que parecen tijeras y pinzas de un arrancamuelas en vez de instrumentos de cirugía. Mirándolos de cerca se notaba que el niquelado había desaparecido en muchas partes y que muchos de ellos se hallaban oxidados. Después, sobre una mesita medio pintada de blanco y cubierta por un trapo de limpieza dudosa, se veían otros instrumentos de mayores dimensiones, que podrían tomarse por la herramienta de un herrero. No obstante, algunos rastros de níquel notables entre el orín indicaban su oscuro origen.

El doctor se aproxima al gabinete encendiendo un cigarro, saca una botella de considerables dimensiones en cuya etiqueta se lee claramente «Henessy», la eleva a la altura de la flama de la vela, la transparenta y examina su contenido, vierte más o menos la mitad de un vaso en un cubilete y lo bebe de dos tragos, chasquea la lengua y tose para aclararse el pecho. «¡Diablo! —murmura—. Tendré que comprar otra mañana; ésta se me fue como aceite caliente. A menos que la puerca criada me esté ayudando mientras hace el aseo. En adelante pegaré a la botella una etiqueta que diga *veneno*, así no se atreverá.»

Tose fuertemente, se aproxima a la mesa sobre la que se hallan las tijeras, las pinzas y los ganchos de herrero y se aplica a frotarlos con una gasa. Se encuentra como a la mitad de su trabajo cuando se percata de que la enferma está todavía tendida en el pórtico. Se aproxima rápidamente a la puerta y grita:

—¿Qué diablos pasa con ustedes, la van a traer o no?

Nadie responde. Entonces sale, cruza el patio y se aproxima al círculo formado por los indios. Los hombres le miran sin pronunciar palabra. Él se inclina, alumbra con su vela la cara de Marcelina, le golpea las mejillas, le levanta un párpado y dice:

—¡Bien, bien, era de esperarse!

En su rostro se adivina una decepción profunda, se siente en alguna forma frustrado por esta mujer. Todavía con la esperanza de poder tasajear el cuerpo, coloca una mano sobre el pecho de Marcelina; pero la retira vivamente y se da a pellizcarle las mejillas con vigor, sin lograr que afluya a ellas ni una gota de sangre. Entonces interpela bruscamente a Cándido:

—¿Por qué no viniste antes?

—¡Pero doctorcito, si yo llegué a tiempo! —protesta dulcemente Cándido.

—¡Con un diablo, cierra el hocico, y ustedes llévense a ésta de aquí!

—Con su permiso, doctorcito, vamos a llevárnosla a la casa.

Cándido acaricia el rostro de su mujer y le cubre con su cobija el pecho descubierto. Los otros indios enredan el cuerpo en el petate en que yacía, lo atan como a un bulto y lo colocan sobre la camilla improvisada. Cándido se adelanta hacia el portal y muestra el camino a los otros.

Los indios se disponen a salir cuando el doctor llama a Cándido:

—Oye, muchacho, ¿es que piensas irte sin pagar tus deudas?

Cándido se regresa.

—Me olvidaba, doctorcito. Perdóneme, ¿cuánto le debo?

—Cinco pesos por la primera consulta y cinco por el examen *post-mortem*, esto es, por haber verificado la muerte.

—Perdone, doctor; pero usted no la curó, usted nada hizo por aliviarla de su mal.

—¿No la examiné cuidadosamente y te dije que necesitaba operarla?

—Sí, jefecito.

—Bien, ¿a eso no le llamas tú trabajo?

—Ciertamente, doctorcito; fue trabajo, pero trabajo que para nada sirvió. Como usted ve, ella ha muerto a pesar de todo.

—Amigo, yo tengo otras muchas cosas que hacer que no son discutir contigo. O me pagas los diez pesos que me debes o te meto a la cárcel. ¿Está bien claro? Además, el cuerpo de tu mujer no saldrá de aquí hasta que no hayas pagado tus deudas. Yo soy un hombre decente y tengo los mejores sentimientos para con los indios, especialmente para contigo. Cualquier otro médico te habría cobrado diez pesos más por haber tenido a tu mujer en su patio. Tú no ignoras que me veré obligado a hacer limpiar con creolina el sitio donde ella murió. Es orden de las autoridades sanitarias que yo comando, y bien sabes que nadie va a regalarme el desinfectante.

El doctor tendió a Cándido una mano bien abierta para hacer comprender que nada más tenía que agregar y que la mano abierta debía ser llenada. Cándido comenzó a desenrollar su faja de lana y a sacar de ella diez pesos que depositó uno tras otro en la mano del doctor. Mientras contaba el dinero y pensaba lo que a él le costaba ganar cada peso vendiendo en el mercado el producto de su miserable tierra, sus amigos, encargados del cadáver, franqueaban la puerta. Iban a esperar a Cándido en la calle.

Las agencias de inhumaciones se hallan abiertas día y noche, pues el clima exige que un cadáver sea enterrado en doce horas y con frecuencia antes.

Así, pues, Cándido encontró fácilmente una agencia abierta. El más barato de los ataúdes era una caja de madera rectangular mal pintada de negro, pues como el artesano recibía de la empresa un salario risible se conformaba con dar unos cuantos brochazos, dejando en muchos sitios la madera al descubierto y la base de la caja desprovista por completo de pintura.

—Ese ataúd cuesta cuatro pesos —dijo el dependiente.

—Está bien, lo tomo.

—Pero me temo que sea muy chico para la mujer —agregó el dependiente al ver que a Cándido le quedaba dinero para comprar uno más caro.

Uno de los indios tomó con los brazos la medida del cuerpo y la del ataúd y declaró:

—El ataúd está de buen tamaño, Cándido.

El comerciante siente que está a punto de perder una venta mejor, y golpeando cariñosamente el hombro de Cándido le dice:

—Escucha chamulita, tú no puedes enterrar a la madre de tus hijos en un ataúd tan feo como ése. ¿Qué pensará la Virgen Santísima cuando la vea en él? Es muy capaz de no dejarla entrar al cielo, y yo no creo que tú estés dispuesto a dejar que tu mujer se quede en la puerta del paraíso haciendo compañía a los pecadores, bandidos y asesinos. Esta caja que pretendes comprar es la que se destina a los cadáveres de desconocidos a quienes se encuentran en los caminos. Mira en cambio cómo es bonito este otro ataúd. No te estoy obligando a que lo compres; pero cuando menos, míralo. ¿No crees que tu mujer descansará mejor en él? Y te aseguro que cuando la Santísima Virgen mire esta preciosa caja, se adelantará a dar la mano a tu mujer para conducirla al cielo ella misma. Ello es seguro, puesto que inmediatamente verá que la difunta no es una pecadora perdida, sino una buena cristiana que ha recibido el bautismo. Porque supongo que a tu mujer la habrán bautizado.

—Sí, patroncito, cuando era chiquita.

—Entonces no puedes enterrarla en ese ataúd tan corriente. La otra caja está bien clavada, bien pintada de negro por fuera y de blanco por dentro, forrada de papel picado, de papel de china muy fino.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó Cándido.

—Veinte pesos, chamulita.

Cándido lo mira espantado. Inmediatamente el dependiente abandona su tono comercial y le dice con una voz plena de compasión:

—Es duro, mi amigo, es duro perder a la esposa. Yo lo sé mejor que otros porque he enviudado dos veces, y como te considero, voy a cobrarte diecisiete pesos solamente. A ese precio yo nada gano. Te juro por la Virgen Santísima que yo pago por él dieciséis cincuenta.

Empiezan a regatear, y cuando finalmente el indio puede extender el cuerpo de Marcelina en el fondo del ataúd es porque ha desembolsado trece pesos. Todavía tiene que comprar velas benditas y el aguardiente necesario para que sus amigos no se vayan con la garganta seca.

II

Desde el día en que su mujer cayera enferma hasta una semana después de su muerte, Cándido había vivido en una especie de aturdimiento. Sus pensamientos se habían detenido, su sensibilidad se había embotado.

Al comprar el hermoso ataúd, las ceras y los cinco litros de aguardiente para honrar a sus amigos y a aquellos que habían llegado a darle el pésame, Cándido había hurgado su cinturón sin pensar un solo instante en la forma en que había conseguido el dinero que contenía y mucho menos aún en las consecuencias que para él tendría la posesión y dilapidación de aquella suma. De no haber tenido un solo centavo en la bolsa, ya se habría procurado los medios para enterrar a su mujer decentemente. En todo caso, habrían enrollado a Marcelina en dos petates y entre sus amigos y hermanos de raza le habrían ayudado a tumbar un árbol y a sacar de él algunos tablones para hacer la caja. Cándido había comenzado a gastar, sin pararse en cuentas, a partir del momento en que el médico le había exigido el pago de los diez pesos, bajo amenaza de retener el cadáver de Marcelina si no le eran entregados. Amenaza vana, además, ya que el doctor no habría podido detener el cuerpo más de diez horas, al cabo de las cuales hubiera tenido que ocuparse de que el municipio lo enterrara. Pero Cándido no había vacilado en mermar su peculio. La idea de abandonar el cuerpo de Marcelina en casa del doctor, de regresar a su casa y de mostrarse ante sus hijos sin haberles traído a su madre viva o muerta le horrorizaba. A partir de ese momento, y como presa de un vértigo, había continuado sus prodigalidades.

Aunque escrupulosamente honesto, habría dilapidado en aquel momento hasta fondos ajenos que le hubieran sido confiados, pues su dolor era tal que le impedía discernir lo malo de lo bueno, lo justo de lo injusto. Durante las tres semanas que siguieron a la muerte de su mujer, ni por un instante se le ocurrió pensar que esos dispendios decidirían su suerte. En la colonia el dinero era inútil, puesto que la tierra producía lo indispensable para no morir de hambre; pero era necesario comprar tres cerdos de leche. Esos animalitos son tan indispensables para la subsistencia de los campesinos indígenas como lo son las vacas para los campesinos de Dakota o de Minnesota… Para mala suerte, Cándido, al tratar de desenterrar una piedra, había quebrado su machete, tan cerca del mango, que lo que quedaba de la hoja no servía para nada. Hizo sus cuentas: un machete nuevo le costaría tres pesos; en cuanto a los cerditos, los hallaría a cuatro reales cada uno, si se echaba a buscar los más pequeños que hubiera en el mercado de Jovel. En total, necesitaría cuatro pesos y medio.

El día de mercado se decidió y reunió la cantidad que necesitaba. Como todos los indios de su raza, él tenía la costumbre de envolver su dinero en un trapo y enterrarlo en el suelo de su jacal. Cuando les es necesario sacar algunos centavos, desentierran el hatillo, los sacan y vuelven a enterrarlo, pero en sitio diferente, generalmente bajo el fogón. Cándido excava, saca su envoltorio y no puede contener un grito de

asombro al encontrarse ante la vista de veintiséis pesos.

En los últimos días había ido poco a poco sacudiendo su estupor. Los trabajos del campo, urgentes por la proximidad de las lluvias y el cuidado de sus dos niños, lo habían vuelto a la realidad. Como la lucidez de sus ideas había desaparecido cuando llevara a su mujer a Jovel, todo lo que le había ocurrido a partir de aquel momento, sus gestiones en casa del doctor y del boticario, le parecían una pesadilla y no recordaba más que los dieciocho pesos que economizara en otro tiempo. Su estupefacción no duró más que un minuto. Bruscamente se dio cuenta de las circunstancias que rodeaban sus riquezas, de los gastos que había hecho y de que no solo había perdido a su mujer, sino que había empeñado su libertad para siempre. Él se había convertido en la propiedad, en el esclavo de don Gabriel, que lo mandaría a las monterías arrancándolo de la tierra en que reposaba Marcelina.

Le asalta la idea de huir lejos con sus dos hijos, pero dos consideraciones le retienen en seguida: uno de sus hermanos de raza era su fiador, y si él, Cándido, faltaba a su promesa, sería su amigo el que tendría que ocupar su lugar, y él no podía hacer semejante cosa. Además, si huía, tendría también que separarse de esa tierra que era la carne de su carne. Por lo tanto, no le quedaba más que esperar el día en que los rurales llegaran a buscarlo para obligarlo a ir a las monterías. Tenía la esperanza, bien lejana, de que tal vez don Gabriel lo hubiera olvidado. Era posible, puesto que no le había enviado los doscientos pesos, a los que el doctor no tenía derecho alguno; por lo tanto, don Gabriel tampoco había cumplido con el contrato.

Al día siguiente Cándido emprendió la marcha con sus dos hijitos, sin esperar siquiera a que saliera el sol. Sobre la espalda llevaba una carga de maíz. El mayor de los niños se encorvaba bajo el peso de una paca de forraje y el chiquito cargaba un costal lleno de lana. Cándido pensaba vender sus productos en el pueblo y con lo que le dieran por ellos comprar sal, azúcar y una pieza de manta. Por precaución llevaba cinco pesos consigo.

Cerró rápidamente sus operaciones, obteniendo de ellas, como de costumbre, una suma irrisoria. En seguida compró los cerditos y los echó en un costal, colocándoselo a la espalda. Los animalitos chillaban y le golpeaban con sus patitas, con gran regocijo de Cándido, que sabía que aquella vivacidad era signo de buena salud y que sería fácil criarlos. Después se dirigió a la quincallería *El Globo* para comprar un machete nuevo. Dejó en la puerta el costal y encargó a los niños de cuidarlo, y penetró en la tienda con timidez y embarazo tales, que en vez de parecer un cliente con dinero dispuesto a beneficiar al comerciante con sus compras, parecía un mendigo vergonzante al que habrían de recibir a patadas.

Apenas había entrado en la tienda cuando oyó que lo llamaban.

—¡Ah, chamulita! Mira, justamente te andaba buscando.

Cándido levantó la vista y descubrió a don Gabriel el enganchador, el

embaucador.

Como todos los ladinos, don Gabriel se pasaba el día ya en una tienda, ya en otra, conversando con los comerciantes, en busca de caras conocidas. Entre visita y visita hacía un viaje a la cantina para humedecerse la garganta y discutir con sus amigos. Se daba cuenta de que sus opiniones sobre política tenían una importancia considerable. Cuando se había refrescado a su gusto, regresaba a sus ocupaciones y así pasaba el día. Entonces tenía un buen pretexto para regresar a la cantina y no contentarse solamente con una modesta copita, por lo menos merecía media docena. Después salía a dar una vuelta por la plaza hasta que llegaba la hora de cenar. Como la cena no podía pasarse sin una buena cantidad de líquido, se imponía una nueva visita a la cantina. El trabajo de los verdaderos caballeros, indispensable para la marcha de la civilización, es intermitente. Ellos saben mezclar los asuntos serios con las cosas placenteras de la vida, mientras hacen trabajar a los que no son caballeros y, por lo tanto, no están en posibilidad de vivir sin hacerlo.

Fue en uno de esos brevísimos períodos de actividad, que generalmente duran solo unos minutos, en el que había sabido embaucar a Cándido atándolo con un contrato cuyos beneficios se le presentaba la ocasión de reclamar en otro de esos instantes. El hecho de recorrer las tiendas y dejar pasar las horas inútilmente no resultaba tan improductivo como hubiera podido suponerse, pues ya vemos que si don Gabriel no hubiera estado ocioso en apariencia en la quincallería no habría encontrado a Cándido y no habría podido tratar con él aquel importante asunto.

—Oye, chamula, no se te olvide que el grupo sale para las monterías el lunes y que tú formas parte de él.

—Pero patroncito, si yo no hice uso del dinero, mi mujer murió antes de que el doctor llegara.

—Los doscientos pesos están a tu disposición. Puedes pedírselos al boticario cuando quieras.

Claro que el dinero no se encontraba ni en la farmacia ni en parte alguna; pero don Gabriel pensaba que si Cándido reclamaba aquel dinero del que ya no tenía necesidad, tendría tiempo de depositarlo o de hacérselo olvidar a fuerza de buenas palabras.

Cándido resistió débilmente diciendo:

—No, jefecito; puesto que yo no he tomado el dinero, no existe contrato para las monterías.

—Tomaste cincuenta pesos, ¿sí o no?

—Sí, pero se los puedo devolver.

Don Gabriel se desconcertó por un instante, tenía miedo de perder a su hombre; pero se repuso inmediatamente con el pensamiento de que era imposible que el indio tuviera los cincuenta pesos, ya que había pagado al doctor y comprado el ataúd. Por otra parte, estaba seguro de que nunca había podido ahorrar tanto.

—¿Te has creído que voy a hacer caso de tus estupideces? Aunque me

devolvieras los cincuenta pesos no estarías libre de tus obligaciones. Tú firmaste el contrato ante testigos y también recibiste un adelanto delante de testigos. Aunque solo hubieras tomado tres pesos, sería igual; la obligación no puedes quitártela, o ¿quieres que te lleve a la comisaría para que allí te digan cuál de los dos tiene razón?

Cándido no contestó y un nuevo temor asaltó a don Gabriel.

—¡Ah no, eso sí que no! Como intentes escaparte…

Inmediatamente Cándido comprendió lo que ocurriría. De un salto ganó la puerta, y sin duda habría podido huir si no hubiera llevado consigo a sus hijitos, a quienes no podía dejar abandonados en el pueblo. Les gritó para que lo siguieran; pero ya don Gabriel había tomado a cada niño por un brazo y con voz estentórea gritaba:

—¡Policía, policía, acá!

El Palacio Municipal estaba justamente al otro lado de la plaza. La cuarta puerta correspondía a la Comandancia de Policía, y en ella se veían constantemente agentes en espera de órdenes. A los gritos de don Gabriel, acudieron tres de ellos garrote en mano.

—¿Qué pasa, don Gabriel? ¿Le han robado algo esos muchachos?

—Llévense a este par de piojosos a la comisaría y enciérrenlos; ahora mismo voy a hablar con el jefe.

—Muy bien, don Gabriel, a sus órdenes —dijeron los policías servilmente, arrastrando a los niños que gritaban aterrorizados: «Tata, tata, papacito.»

A pesar de su carga, Cándido había logrado alejarse bastante, casi había atravesado la plaza pensando que sus hijos lo seguían, pues sabía que eran listos y estaban acostumbrados a corretear a las liebres y a perseguir a las iguanas. Pero al oírlos gritar se volvió y vio que los llevaban al cabildo. No le quedó más que regresar. Al verlo aproximarse a la puerta de la Comandancia, los policías soltaron a los niños, que se lanzaron hacia él prendiéndosele a las piernas en demanda de protección. Un hombre sentado frente a una mesa miraba profundamente aburrido hacia la plaza, sin duda porque no tenía nada mejor que hacer.

—¡Alto ahí, chamula! Espérate a que venga don Gabriel, que parece tener algo contra ti.

A lo largo de los muros del pórtico se hallaban dos largas bancas de madera en las que los delincuentes se sentaban resignadamente a esperar a que los llamaran.

En el gran edificio se hallaban no solamente los servicios municipales, sino el consejo municipal, la policía, el juez civil, el juez de instrucción, las autoridades locales y los representantes del estado, las oficinas del fisco y todavía había sitio en el patio para los calabozos que formaban la cárcel.

Los policías que esperaban órdenes se hallaban sentados a la entrada en uno de los bancos. Cándido se detuvo algunos segundos en el vestíbulo. Nadie pareció prestarle la menor atención. Lentamente se dirigió hacia el patio y se sentó en un rincón. No podía pensar siquiera en escapar con aquellos policías obstruyendo la salida. Pasó un cuarto de hora, al cabo del cual llegó don Gabriel sin darse prisa,

entró a la oficina y preguntó al empleado somnoliento:

—¿Está allí don Alejo?

Don Alejo era el jefe de la policía.

—Ahorita no está, don Gabriel; se fue a tomar un aperitivo con el diputado; pero no se tarda.

—Bueno, en ese caso regresaré. ¡Hasta luego!

—A sus órdenes —dijo el escribiente inclinándose.

Don Gabriel salió del cuarto y lentamente lió un cigarrillo. Recorrió el patio con la mirada y se dignó descubrir la presencia de Cándido metido en su rincón.

—Métete esto bien en la cabeza, chamula: a mí ni tú ni nadie se me escapa de las manos. Cuando cojo un pescado lo agarro bien.

Luego ofreció su cigarrera a los policías, que tomaron un cigarro y le dieron las gracias cortésmente.

Antes de alejarse don Gabriel, dijo todavía:

—¡Cuídenme bien al chamula, muchachos!

—No tenga cuidado, don Gabriel, no se salvará.

Cándido tira del costal en que guarda los cerditos, lo abre y acaricia a los animalitos que tratan de salirse chillando.

—Quietos, quietos —y dirigiéndose a sus hijos añade—: Están muy vivos, crecerán hasta ser unos puercos muy grandes.

—Sí, tata —responden los niños—, son unos puerquitos muy bonitos.

Cándido saca cinco centavos de su faja y se los da al mayor de los niños, diciéndole:

—Toma, vete a la esquina del mercado y compra este quinto de maíz para darles de comer a los animalitos, tienen hambre.

Angelino obedece y regresa al cabo de algunos minutos con el faldoncito de su camisa lleno de maíz. Porque aunque el dinero de los indios tenga exactamente el mismo valor que el de los ladinos, jamás se les da a aquéllos ni un pedazo de papel, ni una bolsa en que guardar lo que compran. ¿Para qué semejante generosidad? Ellos bien pueden guardar sus efectos en el sombrero, en los faldones de la camisa o en las puntas de la cobija. Los indios no pueden esperar atención alguna de los comerciantes, aun cuando sin las compras de los campesinos indígenas el comercio se arruinaría y los comerciantes del pueblo se verían obligados a cerrar sus puertas, porque los indios que llegan a Jovel cada semana o cada quince días para comerciar son veinte o veinticinco mil, es decir, el doble de la población de la ciudad que ellos sostienen.

Los cerditos se lanzaron vorazmente sobre el maíz, con gran contento de Cándido y de sus hijos. Mientras tanto, el comandante había llegado. No prestó atención alguna a los indios amontonados en el rincón del patio, ya que constantemente éste se

hallaba lleno de los que venían a arreglar algún asunto o que sencillamente entraban a descansar o a esperar a algún amigo al que le habían dado cita allí para regresar juntos a su pueblo.

Unos minutos después don Gabriel apareció.

—¿Cómo está usted, don Alejo?

—Regular, don Gabriel.

—Don Alejo, allí en el patio está un chamula a quien quiero que encierre hasta el lunes; yo pagaré su comida.

—¿Por qué motivo, don Gabriel? Ya sabe usted que es necesario formular una acusación. Sin ello no puedo encerrar a alguien, porque hay que hacer constar en el registro…

—Ruptura de contrato, don Alejo, o más bien intento de ruptura.

—Bien, ¿cómo estuvo?

El comandante da una orden:

—¡Un hombre!

Uno de los policías se precipita hacia la puerta, saluda militarmente y dice:

—A sus órdenes, mi jefe.

—Tráigame al chamula de don Gabriel.

El policía regresa a la puerta, y con el mismo tono imperante empleado por el comandante, grita:

—¡Ey, chamula, ven acá, de prisa! ¡O voy a traerte!

Cándido se endereza, mete a los cerditos en el saco, lo cierra, se lo carga a la espalda y se dirige hacia donde está el policía.

—¿Qué traes en ese costal, chamula? —pregunta el comandante.

—Unos puerquitos que quiero engordar, patroncito.

—Bueno, puedes tenerlos en el patio contigo.

El jefe se vuelve hacia los niños cargados de paquetes y que tratan de ocultarse tras las piernas de su padre.

—¿Y esos chamacos?

—Son míos, patroncito, y humildes servidores de usted —responde Cándido cortésmente.

Don Alejo mira a don Gabriel.

Don Gabriel no muestra el menor embarazo.

—Lo mejor será que los encierre usted a todos juntos, don Alejo. Los chamacos no pueden regresar solos al rancho.

—Tiene usted razón, don Gabriel. Pero ¿qué hará usted con ellos el lunes cuando el padre parta para las monterías?

Don Gabriel se suelta riendo.

—Sí, es verdad, su madre ha muerto; yo creo que la única solución es mandarlos a las monterías con su padre.

El comandante hace un gesto de asentimiento, mira a los niños distraídamente,

como si otras mil preocupaciones asaltaran su espíritu, y dice:

—Efectivamente, don Gabriel; yo creo que es la mejor solución, la más humana. No hay derecho alguno para separar a los niños de sus padres. Ahora que hemos resuelto el asunto, creo que podremos ir y tomar una copita a la cantina de don Ranulfo.

Una vez en la calle, don Gabriel le dice al comandante:

—Ya sabe usted, don Alejo, que yo gano; pero dejo ganar a los demás.

—Bien lo sé, don Gabriel, y sobre eso quisiera yo decirle dos palabras.

—Diga, don Alejo, ya sabe usted que yo siempre estoy a su disposición.

Entran en la cantina.

—Esos niños —dice el comandante— están sanos y fuertes. ¿Por qué no hacerlos vaqueros o pastores? Pueden trabajar al lado de su padre y ayudarlo, como es su obligación y como Dios lo manda.

—Soy de la misma opinión, don Alejo; sobre todo porque arrancarlos del lado de su padre sería una crueldad imperdonable, un pecado por el que no hallaríamos perdón.

—Salud, don Gabriel.

—A su salud, don Alejo.

El comiteco les aclara la garganta. Don Gabriel chupa un limón para atenuar el fuerte sabor del alcohol. Después ordena:

—¡Llénelas otra vez, don Ranulfo! Aquí tiene usted a dos caballeros muertos de sed en el desierto.

Mientras don Ranulfo se vuelve para tomar la botella, don Gabriel murmura al oído de don Alejo:

—Veinticinco pesos, ¿eh? Yo creo que con eso dejamos arreglado el asunto.

—Aceptado, don Gabriel. Ya sabe que estoy para servirle.

El policía se guarda el dinero, vacía de un trago su copa y se echa un poco de sal en la palma de la mano que hace desaparecer de un lengüetazo.

—¡Mal rayo! Necesito darme prisa. Perdóneme, don Gabriel.

—Hasta luego, don Ranulfo.

Y saludando amistosamente al cantinero, sale.

III

El lunes siguiente los indios se pusieron en marcha. Eran treinta y cinco, contando a los dos hijos de Cándido. Cuatro mujeres formaban parte de la caravana. No habían querido dejar a sus maridos y los seguían valientemente a las monterías, prestas a afrontar las peores fatigas para portarse como buenas compañeras. Antes de llegar a la maleza se les habían ido reuniendo pequeños grupos aislados de trabajadores pertenecientes a los pueblos o ranchos por donde pasaban y que don Gabriel había enganchado anteriormente, y esperaban el paso de la caravana para sumarse a ella. A cada kilómetro la caravana aumentaba.

Al dejar el último pueblo, antes de llegar a la región desértica, se contaban ciento veinte hombres, catorce mujeres y nueve niños menores de doce años. Los que eran o parecían mayores trabajaban como los adultos pero solo ganaban medio salario.

Al pasar por un pueblecito, tres hombres de aspecto extraño vinieron a sumarse a las filas. Habían pedido a don Gabriel que los llevara a las monterías. Don Gabriel los había contemplado largamente antes de decidirse a contratarlos.

—Sea —había dicho al fin—. Si están ustedes decididos a trabajar seriamente, creo que podré darles trabajo.

A decir verdad, hubiera querido abrazarlos. Tres mocetones robustos como aquéllos eran un regalo inesperado. Sobre todo cuando no había necesidad de adelantarles dinero ni de hacer gasto alguno en ellos, salvo las pocas raciones de frijoles negros que comerían en el camino. En cambio cada uno de ellos le rendiría una comisión de cincuenta pesos. Aquél podía considerarse dinero caído del cielo. Apuntó los nombres que le dieron sin poner en duda ni un momento su autenticidad. A caballo dado…

Los tres hombres eran gallardos. De su aspecto podía deducirse que ya tenían algún tiempo de rodar por aquella región. Carecían en absoluto de equipaje, en tanto que todos los indios de la caravana, hasta los más pobres, iban llenos de bultos, lo que denunciaba que venían de algún hogar.

—Ustedes parecen estar muy cansados y desprovistos de todo —dijo don Gabriel.

En el fondo decía eso únicamente por decir algo enfrente de los capataces y por justificarse anticipadamente del reproche que podrían hacerle por haber reclutado vagabundos o tal vez escapados de la justicia. Sabía de antemano la explicación que los hombres le darían y la escuchó con cierto placer.

—Esperábamos que usted pasara, patrón. Sabíamos bien que tendría que pasar por aquí; pero ignorábamos qué día, y para poder vivir mientras tanto hemos tenido que vender todo lo que teníamos.

—Sí, claro, es natural —contestó don Gabriel—. Como ustedes comprenderán me es muy difícil precisar mi itinerario. A veces hay que detenerse en algunos sitios y ello retarda la marcha. Los tomaré conmigo; pero entiendan bien que lo hago por caridad y porque soy muy buen cristiano y no podría por ningún motivo dejar morir

de hambre en la maleza a hombres que están decididos a vivir trabajando honestamente. Así, pues, haré todo lo posible por encontrarles trabajo en las monterías, solo que no sé si lo logre, porque en las monterías hay muchísima gente, un sinfín de gente que no puede ser ocupada. Así que ya lo saben.

Don Gabriel agregó a su lista los nombres siguientes: Martín Trinidad Castelazo, Juan Méndez y Lucio Ortiz. Don Gabriel era tan hábil en negocios como buen conocedor de hombres. Se cuidó bien de no registrar los contratos de los recién enganchados en Hucutzín como debiera haberlo hecho. No hizo compromiso alguno con ellos y juzgó perfectamente inútil presentarlos al presidente municipal, ya que es difícil registrar contratos que no existen. Les aconsejó que se encaminaran directamente al campamento situado fuera del pueblo y que no se mostraran inútilmente.

Conocía bien el mundo y sabía que aquellos tres no pretenderían evadirse. Lo que hicieran llegando a las monterías no le importaba, pues él ya habría recibido su comisión.

A la entrada de Hucutzín, sentada al borde del camino, esperaba una india joven. Iba descalza y llevaba un paquete voluminoso bajo el brazo. Cuando divisó a los primeros hombres de la caravana salir de la espesura se subió a un montón de tierra para poder ver mejor desde allí a la fila de caminantes. Examinó de una mirada a los que iban pasando. Los hombres avanzaban encorvados bajo el peso de sus cargas, fatigados, cubriéndose en parte la cara con las manos que llevaban en alto para aflojar un poco la presión de la correa de cuero que les ceñía la frente. Era ésta una banda larga y dura de la que pendía la carga que llevaban sobre la espalda que les hacía hervir la cabeza después de tantas horas de marcha a través del terreno montañoso. Era como un cerco de acero que se estrechaba más a cada instante.

La joven indígena miraba atentamente a cada indio que pasaba. Había desfilado ante ella casi la mitad de la columna, ya su rostro expresaba una gran desilusión, cuando de pronto brilló en sus ojos un rayo de esperanza. Enderezó el cuerpo bruscamente, levantó los brazos al cielo y gritó:

—¡Cándido, hermanito!

Cándido, doblado en dos, renqueando, con la cabeza inclinada sobre el camino, experimenta un sobresalto. Por un momento da la impresión de haberse quedado clavado en un lugar, después reemprende la marcha vacilante. Sus hijos van en la misma fila que él y siguen todos los movimientos de su padre, con el deseo secreto de ser considerados como iguales por los hombres de la caravana.

Cuando la muchacha se da cuenta de que aquel a quien había llamado sigue su camino sin mirarla, corre tras la caravana para encontrar a su hermano. Próxima a él, grita nuevamente:

—Cándido, hermanito, ¿no me conoces?

Entonces Cándido se endereza, se detiene y mira a la joven estupefacto. Los niños dejan caer los bultos que se les han encomendado y se precipitan hacia la muchacha gritando gozosos:

—¡Tía Modesta! ¡Tía Modesta!

Cada uno le toma una mano y se la cubre de besos. Los indios han continuado su marcha; solo los más próximos a Cándido se han dado vagamente cuenta de la escena, pero todos estaban lo bastante fatigados para interesarse en algo que no les afectaba personalmente.

Cándido se sale de la fila. Se arrodilla para desembarazarse con mayor facilidad de su carga. Cuando ésta toca el suelo se oyen débiles chillidos de los cerditos, que no había podido dejar, y a los que llevaba consigo, ya que no le había sido dado volver al sitio donde quedara enterrada su mujer, como hubiera querido, para hablar a sus vecinos y a sus amigos y encargarles los pocos bienes que dejaba abandonados.

Cándido se endereza, levanta la cabeza y es hasta entonces que reconoce a su hermana, no estando todavía muy seguro de que es la misma en carne y hueso. Se convence ante el gozo y la excitación de los niños, que quieren a su tía con el ardor que los pequeños suelen poner en el cariño que profesan a las personas de su familia más jóvenes que sus padres y que acostumbran mimarlos más que ellos.

Modesta era la más joven de sus hermanas. Él era el mayor y tenía una marcada preferencia por la muchacha, a quien se la había mostrado sobre todo cuando a la muerte de su padre se había hecho cargo de la familia.

Su madre había muerto de viruela, dejándolo absolutamente solo al cuidado de Modesta, ya que las dos hermanas mayores se habían casado y habían seguido a sus maridos a sus respectivos pueblos.

Modesta había insistido en que Cándido se casara, pues a causa de ella él no se decidía. Cuando al fin se decidió a tomar mujer, a buscar un pedacito de tierra y a establecer una familia, tuvo de antemano el cuidado de colocar a Modesta como sirvienta en la casa de un comerciante de Jalotepec, que le pagaba solamente dos pesos al mes, pero que le permitía ir a visitar a su hermano cada quince días. Muchas veces la visita podía ser solo una vez al mes, porque la patrona, como todas las patronas, descubría siempre a última hora algún quehacer urgente, o tenía visitas o esperaba a algunos amigos. Pero aquellas visitas, aunque fueran raras, eran suficientes para estrechar aún más los lazos que unían a Modesta con su hermano y su cuñada. Cuando Cándido tuvo su primer niño ella consagró su vida a su hermano y a su familia. Para ella la vida no comenzaba sino cuando se encontraba en su casa, en el jacal miserable que había construido, junto al que la casa de sus patronos habría pasado por un palacio. Todo hacía prever que Modesta no se casaría nunca, a fin de dedicarse por entero a Cándido y a los suyos.

Los rezagados seguían a distancia. Tras de ellos, Epitacio el capataz, montado a

caballo, cerraba la marcha y los forzaba a reunirse con los otros.

—¡Anda, chamula, no te atrases, corre! —le gritaba a Cándido—. Ya llegamos, el campamento está cerca. Allí podrás enroscarte a tu gusto y descansar. ¡Ándale, camina!

Hace restallar su látigo y repite las mismas frases a otro rezagado.

Cándido se ajusta las correas alrededor de la frente y se endereza. Los niños cogen nuevamente sus bultos. Modesta corre hacia el sitio en el que ha dejado su envoltorio, se lo coloca debajo del brazo y se reúne con su familia.

—¿Vas a Hucutzín, hermanita? —pregunta Cándido, avanzando penosamente.

—Sí, hermano, allá voy.

—¿Has encontrado allá un buen trabajo? Dicen que Hucutzín es muy grande, más que Chamo, tan grande como Vitztan. Creo que allá te pagarán mejor que en casa de doña Paulina.

Modesta no contestó. Apretaron el paso para lograr reunirse a la caravana, que ya atravesaba el pueblo. Los habitantes se paraban frente a sus casas para ver pasar a los indios, con el mismo placer con que en otro tiempo vieran desfilar un regimiento, porque aquella fila de indios significaba para ellos negocios fructíferos. Su pueblo era el último antes de llegar a la selva. Es decir, para los indios representaba la última oportunidad de comprar lo que necesitaban, con lo que dejarían allí el dinero que les habían adelantado. A partir de entonces no volverían a ver un centavo sino hasta la expiración de su contrato. En la montería no había qué comprar y la moneda no tenía valor alguno. Por ello todos gastarían cuanto poseían. Y era así como se explicaba el gozo de los vecinos del pueblo.

La columna debía atravesar el pueblo para dirigirse al campamento, situado en las afueras, en una pradera pobre en la que la yerba se perdía a medias entre las piedras. En seguida se llamaría a los trabajadores para llevarlos al cabildo, en donde el alcalde debía visar los contratos. Solo después de llenada esa formalidad, eran libres de pasearse y de hacer sus compras.

Cándido se reunió a la fila, junto con Modesta y los niños. Cuando hubieron dejado atrás las últimas casas y el cementerio para alcanzar el campamento, Cándido preguntó:

—¿En dónde está, pues, la casa en que vas a trabajar? Creí que sería alguna de las grandes que se hallan en la plaza.

Modesta contestó con voz suave, algo plañidera:

—¡Caray, cómo pesa este paquete! Felizmente ya llegamos.

Cándido se puso a hacer la hoguera.

—Déjame que te ayude, hermano; yo descansé mucho tiempo y estoy menos fatigada que tú.

Saca un comal, la olla y se dispone a hacer el café y a calentar las tortillas.

—Ustedes, niños, vayan a buscar leña y a traer agua.

Cándido, sentado en el suelo, se pone a enrollar un cigarrillo. Mira a su hermana por unos momentos y después se levanta y dice:

—Voy al pueblo a comprar maíz para los puerquitos, tienen hambre.

Levanta un palo que está caído cerca de ellos, lo mete en la tierra y amarra a él a los cerditos. Los animalitos, que habían estado apretados dentro del costal sobre la espalda de Cándido durante todo el camino, dieron chillidos de placer al pisar el suelo, hozaron, rascaron con las patas y empezaron a disputarse las raíces que encontraban.

Al cabo de algunos minutos, Cándido regresó con un puñado de maíz y se lo dio, divirtiéndole la forma en que se atropellaban. Después aspiró fuertemente el humo de su cigarro y dijo:

—¡Cómo son glotones mis cochinitos! Pronto serán unos puercos bien gordos.

Después levanta la cabeza y parece despertar de un sueño. Mira a su hermana afanarse junto al fuego y se diría que todavía no comprende por qué se encuentra allí y cómo vino.

—¡Ya está listo! Muchachos, hijos, vengan acá —grita a sus sobrinos, que se encuentran un poco retirados, cerca de otra hoguera, en donde un indio destaza y pone al fuego una liebre que atrapó en el camino.

Los cuatro se sientan alrededor de la hoguera y consumen su pobre cena. Cuando han bebido hasta la última gota de café, Cándido enciende el cigarro que había enrollado antes de la cena y da unas cuantas fumadas.

Modesta limpia los trastos, los pone en orden y de una bolsita saca tabaco y hace un cigarrillo, enrollándolo en una hojita de maíz. Agotados por la fatiga, los niños se acuestan cerca del fuego. Modesta los cubre con un sarapito agujereado que saca de su envoltorio.

—Se está haciendo tarde, hermanita; más vale que te vayas a dormir a casa de tus patronos.

—Mañana será buen tiempo; aún puedo irme después de que ustedes hayan salido, lo que yo creo no será sino hasta dentro de dos días.

—Exactamente, don Gabriel me lo ha dicho.

—Iré a buscar a mis patronos cuando quiera. Ellos no saben si llego mañana o la semana próxima.

Cándido hace un movimiento de cabeza significando: «Como tú quieras.»

Quedan largo tiempo silenciosos. La noche se aproxima y cae pesada, brutalmente, como un martillo que se abate. Ellos continúan sin moverse, sentados cerca de la hoguera, fumando, con los ojos fijos en las brasas, perdidos en sus pensamientos. A su alrededor, brillan las hogueras en todos lados. Se ve a los hombres agazapados cerca de ellas. Algunos hablan, ríen, discuten. Otros, los más,

permanecen quietos, aproximándose lo más que pueden entre sí, como perros en busca de calor.

Los matorrales que forman el límite del campo se envuelven en una niebla ligera. Por el cielo corren las nubes, dejando ver de vez en cuando algunas estrellas. Las lluvias no están lejanas. Del pueblecito llegan hasta ellos voces humanas, confusas y aparentemente alegres. De un rincón del campamento se eleva la nostálgica melodía de una armónica, y más lejos, tal vez en la plaza de la catedral, suena una marimba. En los matorrales, un pájaro asustado o perseguido cubre con sus silbidos el zumbido amoroso de las cigarras y el canto de los grillos.

La hoguera de Cándido y su hermana no es ya más que un montón de brasas rojo oscuro que se van extinguiendo. Cándido va por algunas ramas, las quiebra y echa una brazada sobre los tizones. El fuego se ensombrece aún más. Cándido se inclina, sopla sobre él. Una llama alcanza bruscamente a una rama seca, brilla y, asustada de verse sola, se hunde en el humo verde y movedizo.

—Fui a verte el domingo, a ti y a los niños —dice de repente Modesta.

Ella se encuentra a algunos centímetros de distancia, separada de él solamente por el fuego. El humo le impide distinguir sus facciones. Él da una fumada a su cigarro, sin responder.

—Lauro, tu vecino —continúa—, me dijo que tú y los niños estaban en la cárcel, en Jovel. No quise saber más y me puse en camino. Encontré a Manuel, que había llegado de Jovel el día anterior.

—Sí, Manuel se enteró de lo que me pasaba. Estaba parado frente a *El Globo* cuando don Gabriel me salió al encuentro para recordarme que debía estar listo para el lunes —respondió Cándido, como si evocara un recuerdo muy lejano.

—Manuel me lo contó todo y yo comprendí que no regresarías. Inmediatamente fui a buscar al tío Diego, lo puse al corriente de lo ocurrido, se vino en seguida y me ha prometido hacerse cargo de tu tierra y de tu casa. Allí vivirán él y mi tía hasta que tú vuelvas. Así podrás encontrar de nuevo tu casa, tus cabras y tus borregos. El primo Emiliano y su mujer vivirán mientras en casa del tío; él podrá ocuparse de la tierra de los dos.

—Está muy bien; es así como yo quería que quedaran las cosas. La noche que pasé en el patio de la cárcel no pude dormir pensando en lo que podía ocurrir dejando todo abandonado.

—Hicimos lo único que podía hacerse, lo más natural —respondió Modesta, con el tono que pudiera haber adoptado para hablar de los trastornos que sufre una familia cuando mueren el padre o la madre.

El tono exalta a Cándido y le da valor para decir:

—Me alegro de que Marcelina haya muerto; por lo menos así no sabe lo que ha pasado, no puede ver lo que pasa. ¡Qué pena le daría presenciar todo esto, saber que había tenido que venderme para salvarle la vida! Entonces me sería imposible volverle la alegría y moriría de pena.

—Ella te habría acompañado a las monterías.

—Yo no lo habría permitido jamás. Ella bien podía encontrarse otro hombre.

—Tú sabes bien que ella jamás habría querido a otro hombre. Yo me habría ido a vivir con Marcelina y juntas hubiéramos cultivado la tierra, cuidado de las cabras y de las vacas para que cuando tú regresaras encontraras la casa bien cuidada y a los niños crecidos y sanos. Te habríamos esperado, pensando en ti de día y de noche. Hubiéramos puesto un altarcito en un rincón de la casa, con una veladora para la Santísima Virgen, y le habríamos rogado todos los días que te dejara regresar sano y salvo.

Cándido reanima la hoguera. El fuego es demasiado pequeño para calentar efectivamente; apenas se desprende de él un poco de claridad, pero da al ambiente un sabor de intimidad y despierta en aquellos seres un sentimiento reconfortante hasta hacerlos olvidar durante algunas horas sus penas y su triste destino.

Las hogueras vecinas, sus compañeros sentados, acostados o agitándose, vagos, más imprecisos que las sombras, sus voces mezcladas en los coloquios, levantándose para llamar a alguien y perdiéndose inmediatamente en la noche; el zumbar incesante de los insectos en la maleza, el gemir de las ramas agitadas por el viento se entremezclaban, se fundían en un solo bloque fantástico, en el que Modesta y Cándido se sentían aislados del mundo, ligados a él solamente por el fuego.

Los niños duermen envueltos en un sarape. Uno de ellos suspira profundamente y el otro, soñando, dice algunas palabras ininteligibles. Después vuelven a entrar en calma. Modesta les arregla la cobija, menos por evitar que el aire frío entre en contacto con sus cuerpecitos semidesnudos, que por darles la sensación de que aun durante el sueño hay una mano amante que se ocupa de ellos.

—Mañana podrás entrar a trabajar, hermana —le dice Cándido al cabo de un largo silencio.

Modesta enrolla un nuevo cigarrillo, lentamente, como si tuviera particular interés en que quedara muy bien hecho. Lo enciende y da unas cuantas fumadas. Después baja con lentitud la mano en que lo sostiene y deja vagar su mirada sobre la maleza, donde su sombra negra se destaca en contorno irregular sobre el cielo oscuro, pero despejado, y en el que se ven brillar algunas estrellas. Suspira profundamente y dice:

—No entraré a trabajar, hermano. Ya no seré más criada de ladinos, me iré contigo a las monterías. Porque en adelante, el único trabajo que me interesa es servir a ti y a los niños.

Cándido se inclina sobre la hoguera y dice en voz muy baja:

—No debes hacer semejante cosa, hermanita; las monterías no son buenas para las mujeres, mucho menos para las muchachas. Yo no tengo por qué darte órdenes, pero te aconsejo que regreses. Si ya no quieres trabajar para los ladinos, puedes quedarte con el tío en mi casa que es la tuya y en la que tienes perfecto derecho a vivir.

—El tío Diego y la tía me han dicho lo mismo. También los vecinos; pero

mientras más insisten, mayor es mi sentimiento de que jamás podré vivir tranquila y en paz y de que debo partir contigo y los niños porque ustedes me necesitan.

—Tú no sabes, Modesta, lo penosa que es la vida en la selva, y más aún en las monterías. Tú eres solo una muchachita y estarás obligada a vivir rodeada de hombres entre los que no hay ni uno que valga gran cosa.

—Todo eso me lo han dicho antes de emprender el camino; pero recuerda que la vida no empezó a ser dura para ti sino hasta que tuviste que recogerme cuando me quedé chiquita y huérfana. ¿Cómo ha de ser, pues, penoso para mí ayudarte, estar a tu lado ahora que tus hijos son chiquitos y no tienen madre? Algún día regresaremos y entonces buscaré un hombre bueno como tú para casarme con él.

Ésas fueron las últimas palabras que se cambiaron. Se cobijaron mejor con sus cobijitas de lana, fumaron con la vista perdida en la hoguera que moría y esperaron el nuevo día.

El alba llega lentamente, envuelta en una niebla húmeda y pesada que cae sobre la maleza y la pradera cuando el sol se eleva. El astro aparece en el horizonte bruscamente, sin anunciarse, como si de un salto se lanzara al universo.

IV

—¡Me lleva el diablo con esta recua de tales por cuales! ¡Es así como me roban el dinero que tanto me ha costado ganar! Durante tres meses solo han sabido rascarse las nalgas y yo no he podido despachar ni un carro de caoba. Dios y la Virgen Santísima son testigos de que yo les he pagado hasta el último centavo, de que nada les debo. Y ahora, al cabo de tres largos meses, me vengo a dar cuenta de que en los tumbos nada hay, ¡ni una brizna de caoba de la que valga la pena hablar! ¡Yo que creí encontrar montones tan altos como cerros, o por lo menos como la catedral de Villa Hermosa, nada encuentro! Pero por Dios y todos los santos, ¿qué han hecho ustedes durante todo ese tiempo? ¡Rascarse la barriga, desgraciados! ¡Ahora contesten, y nada de mentiras porque les rompo el hocico, infelices! A ver, ¿qué responden?

En esos escogidos términos se dirigía don Severo a sus capataces, *el Pícaro* y *el Gusano*. Gritaba tan fuerte que se le hubiera podido oír a dos kilómetros de distancia y no habría persona que al escuchar sus alaridos no se hubiera atragantado de miedo.

A medida que don Severo gritaba, su cara se iba enrojeciendo y congestionando. Sin duda sentía que iba a reventar, pues bruscamente puso sordina a su furor; pero en una forma que denunciaba no tratarse más que de una corta tregua y que en cuanto los capataces le hubieran dado alguna explicación volvería a hacer brillar las joyas de su lenguaje.

Don Severo era el mayor de los tres hermanos Montellano, propietarios de aquella gran montería y de dos más pequeñas situadas al otro lado del río. La más importante se llamaba la Armonía y las otras la Estancia y la Piedra Alta.

La Armonía cubría una extensión tal que había sido preciso dividirla en cuatro regiones o campos: Norte, Este, Sur y Oeste. Los límites del terreno en explotación eran muy imprecisos y hubiera sido en extremo difícil determinarlos, puesto que la propiedad íntegra se hallaba sepultada en la maleza. Algunas corrientes de agua la bordeaban y en algunas ocasiones se les había tomado como límites naturales. El terreno explotado medía bien de un extremo a otro sus ochenta kilómetros a ojo de pájaro, los que parecían duplicarse cuando se les recorría a pie o a caballo, a causa de los obstáculos naturales que representaban las rocas, las gargantas, los ríos y los pantanos.

El campo Norte estaba bajo la dirección personal de don Severo, en tanto que los otros campos eran vigilados por capataces de confianza y por mayordomos asistidos por algunos ayudantes.

El segundo hermano, don Félix, llevaba las cuentas de la explotación en la oficina central de la administración, a la que llamaban la ciudad.

La administración no estaba situada en el centro de la explotación, sino en uno de sus extremos, a la orilla del río que arrastraba la madera hasta el mar. De tal suerte, la administración podía vigilar y controlar las cargas de madera que arrastraba la corriente, estimar su monto aproximadamente, registrarlo y calcular su valor. Aquella

situación permitía igualmente circular con mayor facilidad entre la administración y las diversas monterías, utilizando canoas o cayucos y navegando por los afluentes del río, ya que los otros medios de comunicación eran precarios. A decir verdad, muchas veces ni siquiera era posible remontar los afluentes; pero los propietarios de las monterías habían elegido aquel lugar como el mejor para la administración, atendiendo sobre todo a razones estratégicas. La explotación había sido iniciada por una compañía americana, que la había cedido a los Montellano por haber encontrado un filón más rico.

El hermano menor, don Acacio, administraba las monterías del otro lado del río. Tal era la organización establecida de común acuerdo por los tres hermanos.

Don Severo tenía tanto que hacer en su campo, que le era imposible ir cada dos o tres semanas a inspeccionar los otros. Las vías de comunicación eran tan malas y largas que una jornada de inspección a los tres campos, sin comprender el suyo, le habría tomado quince o veinte días, sobre todo si se hubiera propuesto visitar los tumbos. Tenía, pues, que contentarse con una inspección trimestral, que estaba muy lejos de ser una excursión de placer. De hecho era una penitencia que bien debía valerle al que la hiciera las indulgencias divinas y la admisión directa al paraíso.

Don Félix no podía encargarse de esa tarea porque le era imposible dejar la administración, corazón y cerebro de las monterías.

Era a la administración a donde llegaban los clientes, en donde se recibían los útiles y las herramientas, en donde se amontonaba todo lo necesario para la subsistencia de los leñadores, donde se recibían facturas, comunicaciones del fisco, cartas de los bancos, de los clientes, noticias de los agentes de Nueva York y de Londres sobre el mercado de caoba y sobre el comercio de madera.

Gracias a su energía y a su larga experiencia, don Severo era el más indicado para dirigir la explotación y el acarreo de la caoba. Por ello se había echado a cuestas el trabajo más duro, dejando a don Félix la parte más agradable de la administración.

Don Acacio, en su alejado puesto, era tan infatigable como sus hermanos; pero era aún más codicioso que ellos y más irritable.

Desde que los tres Montellano hubieron comprado las monterías, él no había vuelto a poner un pie en la administración. Ni siquiera se había arriesgado a mandar un mensajero a través de los caminos pantanosos. No se sabía, pues, si vivía o si su cuerpo se pudría en algún lugar.

Por otra parte, no estaba muy seguro de que don Severo y don Félix se apenaran mucho al saber que su hermano Acacio había sido asesinado, que la fiebre se lo había llevado, que un tigre lo había devorado, que un alacrán le había picado mortalmente o que se había hundido en un pantano.

Era muy probable que si él hubiera dejado los tumbos suficientemente provistos de trozas de caoba —era ésta la única cosa en el mundo que interesaba a los Montellano—, ellos no hubieran podido verter ni una lagrimita por el fin prematuro del menor, y en todo caso se hubieran consolado rápidamente, pensando que a partir

de ese momento las ganancias serían divididas en dos en vez de en tres partes.

Era en el campo Sur en donde don Severo hacía su inspección y dirigía al *Pícaro* y al *Gusano* sus amables palabras. Muy temprano había salido en compañía del *Pícaro* con la intención de enterarse de las cantidades de caoba amontonadas en los diversos tumbos y listas para ser arrastradas. Con una mirada rápida estimaba la cantidad de trozas apiladas en cada tumbo y dejaba correr su furia.

—Miren nada más, ése es todo el trabajo que se ha hecho en tres meses. ¿Cómo es posible que en tres largos meses no hayan producido más que esto? Éste es un crimen, un pecado en contra de todos los santos.

Y en cada ocasión *el Pícaro* le daba la misma respuesta:

—Pero don Severo, todavía hay otros tumbos en los que encontrará usted bastantes más trozas.

Lo que no impedía que don Severo declarara al tumbo siguiente que todavía había menos trozas que en el anterior. De suerte que, a medida que la inspección avanzaba, la cólera de don Severo aumentaba. Aquella cólera se iba transformando en furor incontenible, en rabia loca. Cuando al regresar a la oficina del campo, después de una cabalgata agotadora, encontraron al *Gusano* tendido cuan largo era sobre el suelo y ahogado de borracho, don Severo le administró una tanda de fuetazos que *el Gusano* ni siquiera pareció sentir, puesto que se encontraba en un mundo en el que el dolor y la pena parecían tan dulces como el jarabe.

Entonces don Severo empezó a golpear la mesa de madera ordinaria, y cada pasaje de su discurso, salpicado de juramentos ignominiosos, era subrayado a golpes de látigo aplicados a la mesa, a los otros muebles, a la puerta.

—¡Debería arrancarles las tripas! ¡Los sinvergüenzas como ustedes no tienen perdón! ¡El infierno resultaría demasiado bueno para ustedes dos!

En su rabia proseguía:

—Pero por el diablo y por todos los perros comedores de carroña, ¿qué es lo que han hecho en tres meses? ¿Rascarse las nalgas, escarbarse las narices? ¡Hablen!

El Pícaro se mantenía del otro lado de la mesa, en donde se parapetaba contra la cólera de don Severo. Como las cosas fueran de mal en peor, se iba aproximando disimuladamente a la puerta, pronto a escapar.

—¿Vas a hablar, canalla?

—¡Todos los troncos estaban invadidos por las raíces!

—¡Por la raíces, por las raíces! ¡Vaya una razón!

—Ha sido necesario construir andamios por lo menos de dos metros de altura para alcanzar los troncos —alegó *el Pícaro*.

—¡Diríase que ello ocurre por primera vez! Como si yo mismo no hubiera tenido que hacerlo durante años y años a casi todos los árboles. Yo, yo mismo he construido andamios porque las ramas y las raíces tenían tres metros de alto; eso no me ha

evitado hacer producir a los hombres de tres a cuatro toneladas diarias. Pero ustedes, par de capataces flojos, a quienes dejo encargado el trabajo más sencillo del mundo a cambio de salarios tan altos como los de un contratista, encuentran la forma de producir cuatro veces menos. ¡Son ustedes dos bandidos, dos ladrones que se llevan mi dinero para emborracharse hasta ahogarse! ¡Apenas una tonelada por hombre y por día!

El Pícaro deslizase un poco hacia la puerta y dice:

—Perdón, pero son más de dos toneladas y media por hombre y por día.

Hablaba temerosamente, como tratando de defenderse.

—Cuando yo hable tú cierra el hocico. ¿Entendido? ¡Dos toneladas! ¿Es que no les he ordenado que produzcan cuatro por lo menos? Y para acabarla de amolar, ya tenemos encima las lluvias. Dentro de cuatro semanas será tiempo de comenzar el arrastre. ¿Qué es lo que vamos a arrastrar? Una tonelada y media. No será con eso con lo que podremos pagar los sesenta mil pesos en documentos que vencen el primero de enero.

Recorre la pieza con una mirada furiosa, extraviada. Vuelve a posar los ojos inyectados sobre *el Gusano*, se lanza sobre él y arremete a patadas contra sus flancos.

—¡Puerco, puerco como un cerdo!

El Pícaro juzga llegado el momento de tomar la defensa de su compañero.

—Ésta es la primera vez que se emborracha en seis semanas, por la sencilla razón de que no habíamos tenido ni una gota de aguardiente. Hasta ayer que el turco vino, no pudimos conseguir unas cuantas botellas. Así, pues, nada más natural que beber un poco.

—¡Una copa! ¡Magnífico! ¿En dónde está tu botella?

El Pícaro se dirige hacia el rincón en que se halla el buró y saca de debajo de la cama una botella a medio llenar. Pensaba que don Severo se la arrancaría de las manos y la haría pedazos contra el suelo; pero no fue eso lo que ocurrió.

Don Severo había gritado tanto que tenía seca la garganta. Tomó la botella, la transparentó, la agitó y bebió copiosamente, a grandes tragos. Carraspeó, volvió a agitar la botella y bebió nuevamente.

El ardor pareció calmársele un poco.

—¡Refrescante! —dijo con más calma.

Pero su calma duró muy poco, desapareció casi inmediatamente al recordar el motivo de su presencia en aquel lugar.

Tres días antes se había recibido una carta de don Acacio, la primera y única desde que se encontraba en la montería. La había enviado con un capataz que hiciera el recorrido a caballo. Informaba a sus amigos que la explotación de las dos pequeñas monterías que él dirigía debía suspenderse provisionalmente. Las monterías, encerradas entre dos colinas y dos montañas, habían sido convertidas, por las fuertes

lluvias que habían comenzado a caer, en dos pantanos. Los bueyes no podían avanzar sin atascarse, y, en consecuencia, el transporte de trozas a los tumbos era imposible; pero lo más grave era que el corte había tenido que suspenderse porque los hacheros se hundían en el lodo.

Aquella breve carta llevaba a don Severo la nueva desastrosa de que el corte en las monterías de don Acacio debía considerarse perdido por aquel año. La pérdida era mucho más sensible si se considera que representaba más o menos la mitad de la producción total. El déficit les impediría probablemente enfrentarse a las obligaciones que habían contraído para comprar la explotación, caso en el que era posible que la compañía vendedora les quitara la propiedad para venderla a otros, como estaba en su derecho de hacerlo, de acuerdo con los términos del contrato, cuyas cláusulas eran muy duras, tomando en cuenta lo pequeño de la suma pagada al contado por los hermanos Montellano.

Inmediatamente don Acacio y don Félix se habían reunido en la administración para discutir la situación y ambos habían concluido que no les quedaba más que un medio de salvar la producción del año.

Reconocían que don Acacio, el menor, era el más enérgico de los tres cuando se trataba de obtener un máximo de rendimiento de los leñadores. Si escribía anunciando que su jurisdicción era provisionalmente inexplotable, debía ser cierto y nadie en el mundo podría hacer mayor esfuerzo que él para obtener algo. Así, pues, tomando en cuenta que las dos monterías pequeñas no podían producir, era necesario doblar por lo menos la producción de la grande y, si era posible, cuadruplicarla. Era cuestión solo de rendimiento, puesto que la caoba era muy abundante en la Armonía y permitía cubrir cualquier déficit. Nadie más capacitado para lograrlo que don Acacio, ayudado por los capataces instruidos por él. Don Severo y don Félix sabían perfectamente que don Acacio corría grandes riesgos, pero era necesario agotar hasta el último recurso si se quería ganar la partida.

Al mensajero enviado por don Acacio se le dio la respuesta invitándolo a que se trasladara a la Armonía con sus hombres para establecer nuevos tumbos.

Don Acacio, por lo menos tan inteligente como sus hermanos mayores, les había tomado ya la delantera y se hallaba en camino a la Armonía cuando encontró a su mensajero, para buena suerte de este último, que estaba a punto de sumergirse junto con su caballo.

Cuando don Acacio y sus hombres llegaron al campo principal para hacerse de víveres y de útiles, don Severo había partido ya para el campo Sur, administrado por *el Pícaro*.

El aguardiente parecía ejercer una acción pacificadora sobre don Severo, pero de muy poca duración. Don Severo pensaba que todas las esperanzas relativas a las otras dos monterías debían considerarse perdidas. Por otra parte, había contado con una

producción doble de la que había encontrado en los tumbos del *Pícaro*.

—Si yo no hubiera querido más toneladas de caoba, ¿crees que habría mandado aquí dos capataces? ¿Para qué? Los muchachos habrían hecho el trabajo solos y probablemente habrían rendido más que con ustedes dos, cochinos haraganes. Pero díganme, ¿qué han hecho para obtener la mitad del trabajo que yo esperaba de ustedes? Sin duda han dormido más de lo que han trabajado.

—Pero, jefe, ¿qué más podía hacer? Los he golpeado con el fuete como a perros, hasta arrancarles el cuero del lomo; pero se han acostumbrado rápidamente y mientras más se les golpea menos trabajan.

—Ya te he dicho que cuando se abusa del fuete, éste no sirve para maldita la cosa. Se encaprichan, se echan y no hacen nada más. ¿Por qué no los has colgado más a menudo? Eso es lo que nosotros acostumbramos a hacer en nuestro campo; nada hay mejor, con eso sí que se asustan.

—Pero nosotros no somos más que dos, *el Gusano* y yo. Y colgar a media docena no es tan fácil, se resisten y atacan. Para lograrlo serían necesarios tres hombres para cada muchacho.

—¿De qué te sirve la pistola que te cuelga sobre las nalgas? ¿La traes de adorno o para cazar faisanes?

—Realmente de nada sirve.

—No necesitas más que echar un fogonazo al hocico del que se insolente y verás cómo en seguida se calma.

—Eso sería antes, jefe; pero lo que es ahora se burlan de mí cuando les apoyo el arma en las costillas. «Tira, desgraciado —dicen—. ¿Por qué no disparas? Ya te tocará a ti de todos modos. Espérate un poquito, que ya nos las pagarán tú y *el Gusano*.» Además, cantan canciones injuriándonos, sobre todo en las noches.

—Entonces no tienes más que tender a uno o dos. Así verán que no bromeas.

—Bien, jefe; puesto que usted me lo dice, así se hará. Después de todo no es asunto mío. ¿Sabe usted lo que dicen cuando les acerco el cañón de la pistola al cuero? «Anda, tira, *Pícaro, Picarote*, así te quedarás con un hachero menos y tendrás que guardarte en el culo la póliza de rendimiento.» Eso es justamente lo terrible; ellos quisieran que yo tirara porque así ya no tendrían necesidad de trabajar más.

Don Severo permanece en silencio, se asoma a la puerta, abarca de una mirada el grupo de casas de los leñadores, después se vuelve, toma la botella de aguardiente, bebe otra buena tanda de tragos y enciende un cigarro.

—Mañana —dice al cabo de un rato— llegará don Acacio con sus hombres y sus capataces. Entonces tomaremos medidas enérgicas. Entonces verás cómo maneja él a estos marrulleros y cómo los hace rendir cuatro toneladas diarias por cabeza. Hasta llegaremos a conseguir cinco.

—Sin duda, jefe —respondió *el Pícaro*.

—¡Por el diablo que sí! ¿Qué te estás imaginando? Todo eso que tú dices no son más que niñerías, en comparación con lo que mis hermanos y yo hemos visto en otras

monterías.

Empina la botella nuevamente como si solo contuviera agua. Después la deja y vuelve a mirar al *Gusano*.

—Tráeme una cubeta —ordena.

El Pícaro le trae un cubo lleno de agua. Don Severo lo toma y lanza su contenido sobre el borracho.

—Tráeme otro —dice al *Pícaro*, tendiéndole el cubo—. Con uno no basta. Será necesario por lo menos media docena para que pueda sostenerse sobre las pezuñas, y cuando se haya parado, tú le sacudirás el cuero de las nalgas con esta cuarta. Tal vez entonces pueda servir de algo. Pero lo harás después, porque no tengo ningún interés en presenciar el castigo. Te lo llevarás lejos de aquí para que yo no lo oiga aullar.

—Bien, jefe —dice *el Pícaro*, que para ahorrarse el trabajo de volver a llenar el cubo se echa al *Gusano* a la espalda, lo lleva hasta el arroyo y lo sumerge en él, hasta que empieza a tener conciencia de sí mismo.

—Pero óyeme, compañero, tú no me vas a pegar. ¿Es que no somos amigos?

—Claro que lo somos, marrano. ¿Pero por qué se te ocurre emborracharte así cuando el viejo llega? Ahora nada puedo hacer. Es necesario que te arree, gústete o no. Más vale que sea yo quien te dé amistosamente y no que llame a alguno de los muchachos, Gregorio o Santiago por ejemplo, porque lo que es de sus manos, compañero, no saldrás con bien, yo te lo aseguro.

—Bueno, manito, pues despacha pronto; hay que aprovechar ahora que todavía estoy borracho y no lo sentiré tanto. ¿No podrías traerme un trago antes, para agarrar valor?

—No me parece mal, yo también beberé un poco.

El Pícaro corre a la oficina, se desliza a través de la puerta, toma una botella, la abre y hace béber abundantemente al *Gusano* antes de golpearlo.

Al día siguiente, un poco antes de la puesta del sol, don Acacio y su columna llegan al campo Sur.

Don Severo lo recibe con estas palabras:

—Todo marcha pésimamente por aquí, Cacho; lo único que puedo decirte es que no se han hecho más que dos toneladas por leñador.

—En este caso sólo nos resta comer mierda —responde don Acacio.

Éste no era amigo de perder tiempo en consideraciones ociosas. Aun cuando había realizado un viaje penoso, no parecía dispuesto a descansar y menos todavía a sentarse para escuchar discursos inútiles. Inmediatamente se dirigió a los capataces.

—¡Andando, recua de mulas! Apúrense a levantar los jacales, no tenemos tiempo que perder. Si no quieren pasar todas las noches bajo las estrellas, empiecen desde luego porque mañana no podremos ocuparnos de eso.

Los capataces, seguidos de sus hombres, penetraron en la maleza para tumbar

algunos troncos y cortar hojas de palmera con que levantar los jacales; pero la noche los sorprendió sin que un solo refugio estuviera terminado.

Los muchachos se guarecieron en los jacales de los trabajadores de las monterías, pero no había sitio bastante para todos. Era muy duro pasar la noche tirado en el suelo; llovía muchísimo y los que se quedaron por tierra amanecieron en un baño de lodo. Fueron llamados al trabajo, como de costumbre, antes de que alumbraran los primeros rayos de luz del día.

—¡Buenos días! —dice don Acacio—. Me parece que será inútil construir jacales. En efecto, no nos quedaremos aquí; nos internaremos en el bosque, partiremos en seguida. Después hervirán su café y sus habas, cuando tengamos tiempo. Ya podrán comer en el camino. ¡Andando!

—Así se habla —dijo don Severo dirigiéndose al *Pícaro*, que se hallaba a su lado delante de la puerta de la oficina—. Si tú y el borracho de tu ayudante hubieran sabido manejarse como él, a estas horas tendríamos nuestras cuatro toneladas por hombre.

—Seguramente, jefe; pero si yo hubiera hecho eso, no habría llegado vivo a la noche o habría tenido que dejar tendidos a dos o tres muchachos con un plomo en las costillas —dice *el Pícaro*, sonriendo burlonamente.

—He aquí justamente en lo que consiste la diferencia. Hay capataces que saben hacer trabajar a sus gentes y otros que desconocen su oficio. Tú eres de los que ni entienden ni aprenderán jamás. Y a propósito, ¿dónde está *el Gusano*?

—¡Eh, *Gusano*! —llama *el Pícaro*, dirigiéndose hacia un punto en la oscuridad—. El jefe quiere verte.

El Gusano llega a galope, y sin darse tiempo para respirar dice:

—¡A sus órdenes, jefe!

—Tú y *el Pícaro* van a levantar el campo con todos sus zánganos. Partirán con don Acacio. ¡Recojan sus cosas! ¡En marcha!

Los dos capataces llamaron a sus hombres y siguieron la columna de don Acacio.

Una semana más tarde, don Gabriel llegó a la Armonía con la caravana de hombres que había reclutado y se detuvo en el amplio terraplén que se extendía delante de la casa de la administración.

Don Gabriel tenía demanda de mano de obra para cuatro monterías diferentes. Abrigaba el proyecto de detenerse en la Armonía para situar allí el centro de sus operaciones y repartir a sus gentes. Justamente el día de su llegada don Severo se encontraba allí, y don Gabriel aprovechó la ocasión para discutir con él. Como resultado de la plática todos los indios llevados por don Gabriel fueron enganchados por la Armonía, de suerte que las otras monterías tendrían que esperar el reclutamiento de otro agente o que el mismo don Gabriel se apiadara de ellos.

Don Severo y don Félix se aproximaron a los recién llegados y parecieron

satisfechos.

La caravana de indios estaba muerta de fatiga. Los que venían en ella se tumbaron en el suelo formando pequeños grupos.

En cuanto don Severo y don Félix se aproximaban a uno de los grupos, sus componentes se ponían de pie. Don Severo les palpaba los brazos, los músculos de las piernas y las nucas, como hubiera hecho antes de comprar una partida de reses.

—¿Cuál es tu oficio, chamula? —pregunta a Cándido, cuyo origen reconoce por el sombrero que lleva.

—Campesino, señor; su humilde servidor —contesta modestamente Cándido.

—En ese caso, vas a ser un buen leñador, chamula.

—A sus órdenes, patroncito.

—¿Quién es esta mujer que viene contigo? ¿Es tu mujer?

—Es mi hermanita, patroncito. Mi mujer ya murió.

—¿Y los dos muchachitos son tuyos?

—A sus órdenes, patroncito; aquí los tiene para servirle.

Don Severo les palpa los brazos.

—Creo que serán buenos vaqueritos.

—Perdone si lo contradigo, patroncito, pero los niños están todavía muy chiquitos y no podrán trabajar en la selva. Uno tiene solamente seis años y otro siete años y tres meses.

—Si quieren comer necesitan trabajar. Porque tú comerás tu ración sólo, y si quieres ración doble nunca acabarás de pagar tus deudas.

—Nosotros podemos trabajar, somos fuertes, jefe —dice el mayor al percatarse que él y su hermano serán la causa de que su padre se vea en un aprieto más.

El pequeñito se adelanta y, poniéndose enfrente de don Severo, dobla su brazo para que aquél vea cómo se le levanta el bíceps.

—Mire, patroncito, qué fuerte soy; yo podré trabajar más que mi hermano que es más grande que yo. Además, el oficio de vaquero me gusta. Con permiso tuyo, tata.

Cándido nada dice.

—¡Qué gracioso! —dice don Severo riendo—. Así me gustan los muchachos. A nadie le ha hecho daño comenzar a trabajar temprano y ganarse su pan. Ustedes dos, muchachos, se irán a la pradera y su padre seguirá con los leñadores.

Los dos niños preguntan asustados:

—¿Pero no vamos a estar con mi papá?

—Su padre no es vaquero, es leñador. Así, pues, no podrá estar en el mismo campo con ustedes. Si es posible, procuraremos que se reúnan por las noches.

Cándido tira de los dos niños, aproximándolos a él como en un intento de protegerlos con su propio cuerpo. Les acaricia la espesa cabellera y dice después con voz sorda:

—Nada podemos hacer, hijos; él es el amo y tenemos que obedecerlo.

Don Severo se dirige hacia otro grupo.

Don Félix, que se ha quedado atrás, hace una seña a Modesta, que se ha retirado un poco mientras don Severo hablaba con Cándido y los niños. Obedece la seña de don Félix, se aproxima a él con los ojos bajos, la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho.

Don Félix le da golpecitos en las mejillas y trata de hacerla levantar la cara tomándola por el mentón.

Modesta se resiste y entorna los ojos, apretando un poco las mandíbulas.

—No te asustes, gallinita, yo no me como a las muchachas, sobre todo cuando tienen piernas bonitas; me conformo con abrírselas cuando me da la gana. ¿Cómo te llamas?

—Modesta, su humilde servidora.

—Bien, te llamaré Mocha. ¿Qué vienes a hacer aquí?

—Vengo acompañando a mi hermano para no dejarlo solo con los niños, patroncito.

Hablaba sin levantar la cara.

—¿Y dónde piensas comer, gallinita?

—En el campo, con mi hermano.

—Eso es imposible, puesto que él recibirá sólo una ración, y si quiere otra, tendrá que pagar por ella. Así no le quedará nada de su salario y sólo Dios sabe cuánto nos esté debiendo ya. Le pagaremos cincuenta centavos diarios, y eso a condición de que rinda sus tres toneladas de caoba.

—Dos toneladas, patroncito, así está escrito en mi contrato; el presidente municipal nos lo dijo en Hucutzín —rectificó Cándido aproximándose.

—Yo me mofo de lo que diga tu contrato, y tú cierras el hocico si no quieres que llame a uno de los capataces para que te dé la bienvenida a las monterías. Cuando te haya acariciado el cuero lo suficiente, sabrás que aquí nadie mueve la jeta más que cuando se pide que lo haga. Tumbarás tus tres toneladas diarias. ¿Entendido? Si no lo haces, no te pagaremos, y date de santos de no tener que tumbar cuatro toneladas. Eso será después.

—Perdón, patroncito, con su permiso; es que don Gabriel el enganchador me ha dicho que serían dos toneladas y el presidente municipal de Hucutzín que visó mi contrato me lo dijo también.

—Para ti serán cuatro toneladas, coyote piojoso. Y cuidado con tu cuero y tus huesos si no las tumbas.

Don Félix sacó un cuadernito de la bolsa de su camisa, escribió en él el nombre de Cándido y agregó una nota: «Cuatro toneladas obligatorias.»

—Pero patroncito…

Cándido no pudo terminar la frase porque don Félix le dio un golpe tan violento en la cara, que la sangre empezó a manar de la nariz del indio.

—Ya te he dicho, gusano asqueroso, que aquí sólo tienes derecho a cerrar el hocico.

Cándido se sienta sobre el suelo y trata de parar la hemorragia aplicándose a las fosas nasales un puñado de yerba. Modesta permanece de pie, delante de don Félix, con la cabeza baja. El incidente le es más penoso que a Cándido; pero, como todos los de su raza, está acostumbrada desde la infancia a soportar los peores tratamientos de parte de los ladinos. Ningún gesto, ni la contracción más leve de su rostro había traicionado sus sentimientos. Los niños abrazaban tiernamente a su padre, tratando de consolarlo. El más pequeñito repetía llorando: «Tata chulo, yo no tengo la culpa.»

Cándido lo acarició y le contestó con una sonrisa. El grandecito había tomado un guaje y se había ido al arroyo a traer un poco de agua para que su padre se la echara en la cara.

Don Félix continuaba su conversación con Modesta. El hecho de golpear en la cara a un indígena era algo tan carente de importancia que no había ni por qué prestarle un minuto de atención. El matarlo a golpes o de un tiro era un incidente que se olvidaba una hora más tarde. Se recordaba mejor la caza de algún venado, o un tiro bien acertado a un tigre, que la muerte de un peón.

—¿Sabes, Mocha, que no estás del todo mal? Pero es necesario que comas, y a eso tu hermano no podrá ayudarte.

—Pondré una casita aquí en el campo, engordaré unos puerquitos y guisaré para los trabajadores.

Aquella idea le había venido súbitamente. Sabía que no sería fácil ejecutarla, pero se sentía feliz de haberla encontrado, pues ya temía la clase de trabajo a que don Félix la destinaría. Cierto que ella no había firmado contrato alguno y era libre de hacer lo que quisiera. Pero tenía que comer y todo lo que allí había era propiedad de los hermanos Montellano.

—No creas que eso es tan fácil, gallinita. Tú no podrás levantar tu jacal si yo no te doy permiso para hacerlo. En cuanto a engordar a tus cochinos, también tendrás que contar con mi autorización. Y lo de guisar para los trabajadores, allá tú. Pero mira, si quieres trabajar, ¿por qué no trabajas para mí? Es más fácil trabajar para uno que para veinte. Es probable que la semana que entra me vaya a otro campo a sacudir el cuero de aquellos holgazanes. Entonces te llevaré conmigo, gallinita, para que me sirvas de todo.

La tomó de la barbilla y trató de hacerla levantar la cara para vérsela bien, pero Modesta cerró los ojos.

—Si te portas bien y eres amable conmigo, todo marchará. Pero si te emperras, te sacudiré el cuero y te regresarás al sitio de donde vienes, cargando tus trapos piojosos. Para eso tendrás que cruzar sola la selva y quién sabe cuándo salgas de ella. A la mejor te encuentras un tigre en el camino que te comerá las piernas y todo lo demás.

—Yo no quiero ser su criada, patroncito —responde Modesta en voz baja.

—Eso lo decidiré yo, no tú, ¡pendeja!

Don Félix le volvió la espalda y caminó a reunirse con don Severo, que continuó

la inspección.

V

La nueva cuadrilla llegó al campo Sur en plena noche. Los hombres se hallaban materialmente muertos de cansancio por su marcha a través de la maleza y después de luchar dos horas para salir de los pantanos espesos y pegajosos. Así, pues, en cuanto llegaron se dejaron caer con todo y su carga y no fue sino hasta media hora después cuando empezaron a tener fuerzas para pedir qué comer. El cocinero les informó que él no tenía nada que darles y que si ellos no poseían algunas provisiones tendrían que esperar hasta el día siguiente. Agregó que además él estaba también muy cansado y no tenía ni tantitas ganas de ponerse a trabajar a esas horas, que esperaría a que llegara la cocinera que le habían prometido para ayudarle. *La Tumba*, el capataz que había conducido la columna, le informó que al día siguiente tendría a la cocinera a su disposición, porque en esos momentos se hallaba en compañía de su hermano.

Algunos leñadores que trabajaban desde hacía tiempo en el campo, y que se hallaban en los alrededores de la cocina, se aproximaron para mirar a los recién llegados, con la esperanza de encontrar algunas caras conocidas. Se sentaron junto al fuego, encendieron sus cigarrillos y se pusieron a mirar a los otros preparar su frugal alimento.

—Con eso no van a engordar —dijo uno de los muchachos.

—Cada quien come lo que puede —fue la respuesta.

—¿Vino don Félix con ustedes?

—No, se quedó en el campo grande para revisar el material y preparar las provisiones.

—¿Alguno de ustedes estuvo antes en una montería? —pregunta otro.

—Yo no —contestó uno de los hombres con la voz agotada por la fatiga—. Y no creo que alguno de nosotros conozca ya las monterías.

Santiago, uno de los boyeros, interviene.

—Pues ya las conocerán. Lo que es aquí van a conocer el infierno con todos sus diablos.

Ninguno recoge sus palabras. Los viejos fuman, los nuevos esperan a que su café y sus frijoles se calienten. El fuego crepita, de él se desprenden chispas y por fin se decide a arder vivamente.

Los indios que se hallan acostados alrededor del fuego levantan bruscamente la cabeza, como si acabaran de escuchar el rugir de algún tigre en la maleza.

—¿Qué es ese ruido que viene de la espesura? —pregunta Antonio, un indio de Sactan, levantando las orejas como un perro de caza.

—¿Te refieres a los gemidos, a las quejas que llegan en oleadas desde la maleza? —interroga Santiago levantando las cejas.

—Sí, a eso precisamente; se diría que martirizan a animales amordazados.

—¡Por Dios, camarada —dice Santiago con ironía—, te aseguro que tienes el oído fino! Podrías oír a una pulga bailando el zapateado sobre un pañuelo de seda. Con semejante oído llegarás muy lejos. Además, no te equivocas, muchacho.

—No, no te equivocas, has oído perfectamente —interviene Matías—. Se trata de animales a los que se martiriza y se ha amordazado para sofocar sus gritos, pues podrían molestar a don Acacio cuando se escurre entre los gruesos muslos de su Cristina, la de la nariz chueca. ¡Por el diablo que es fea! Pero sin duda sus nalgas tienen algún encanto, porque él la lleva consigo por todos lados y le compra cajas de jabón perfumado cada vez que el turco viene.

—¿Y por qué atormentan a esos pobres animales? —pregunta Antonio.

Los boyeros ríen a carcajadas.

—¡Los pobres animales! —responde Santiago—. Sí, a los pobres animales se les martiriza cruelmente porque a pesar de su mordaza pueden escucharse sus lamentos.

Vuelve a reír con ganas.

—Pero no se trata de corderitos de blanca lana —explica Pedro.

—Animales, pobres animales; no se trata de bestias atormentadas, ¡manada de burros! Se trata de veinte leñadores, de veinte hacheros que aúllan. Los han colgado por tres o cuatro horas, porque ni ahora, ni ayer, ni antier han producido las toneladas de caoba que les corresponden. Ustedes son unos pobres inocentes, unos ignorantes; pero dentro de tres días sabrán lo que son cuatro toneladas. Dos toneladas es la producción normal de un leñador ejercitado y fuerte como un buey. Y ahora el tal por cual de don Acacio quiere que tumbemos cuatro toneladas diarias. Al que no puede, lo cuelgan de un árbol, atado de los cuatro miembros, y hasta de los cinco, durante la mitad de la noche… Entonces llegan rondando los mosquitos, porque la cosa ocurre al borde de los pantanos, sin contar con las hormigas rojas, que llegan por batallones. Pero no necesito darles más detalles, en menos de una semana ustedes sabrán tanto como yo y por experiencia personal. A partir de entonces habrán sido iniciados en todos los misterios de una montería perteneciente a los hermanos Montellano; serán soldados del ejército de los colgados.

Alguien dice:

—Yo creí que solamente empleaban el fuete, como en los campos de rebeldes y en las fincas.

Hablaba Martín Trinidad, que parecía muy bien enterado. Martín Trinidad era uno de los tres hombres desharrapados que se habían reunido a la columna en el camino y que don Gabriel había conservado sin contrato visado. Durante las tres largas semanas que había durado la marcha a través de la selva, los tres vagabundos apenas habían cambiado palabra con los indios. Se mantenían siempre los tres juntos, hablando entre sí, sin parecer preocuparse por los otros. Era la primera vez que Martín Trinidad se dirigía a ellos.

Santiago lo miró con los ojos medio cerrados y el aire desconfiado, con la prudencia que el verdadero proletario emplea delante de un soplón.

—¿Tú de dónde vienes?

—Yo soy de Yucatán.

—Eso está muy lejos. ¿Cómo llegaste hasta aquí? ¿Vienes huyendo?

—Supongamos que así sea, hermano.

—Supongamos… Cuando te hayan colgado por lo menos tres veces, entonces comenzaré a creerte. Porque mira, hermanito, si alguien aquí no es fueteado o colgado se hace sospechoso, bien podría ser un soplón hijo de… Y aun cuando aguante algunos fuetazos, ello nada prueba; pero si lo cuelgan bien colgado, como saben hacerlo *el Rasgón, la Mecha* y *el Faldón*, eso ya es otra cosa, después de eso no puede haber comedia. Espero que entiendas lo que voy a decirte. Celso y Andrés platicarán un rato con tus dos compañeros a fin de saber mejor quiénes son ustedes. Aquí no hay quien tenga temor de algo y a nosotros no hay quien nos iguale en habilidad para rebanar dulcemente el pescuezo del prójimo, «por quítame allá esas pajas». La cosa puede ocurrir incluso desde a veinte pasos del jacal, sin que el interesado lo sienta en absoluto, sin que se dé cuenta siquiera de la forma en que el alma asquerosa de un soplón baja hasta los infiernos. Como verás, a nosotros todo nos tiene sin cuidado, hasta sus plomazos, porque no se dispara sobre un hombre de quien se esperan cuatro toneladas diarias. Un muerto no puede tumbar árboles ¿no es verdad? Lo más que pueden hacer es prendernos; pero ya estamos tan acostumbrados que nos da exactamente lo mismo. Antes nos golpeaban salvajemente cuando no podíamos tumbar más de dos toneladas; pero llegamos a acostumbrarnos y eso de nada les servía. Al contrario, mientras más nos golpeaban menos producíamos. Es por ello que los Montellano discurrieron colgarnos. Es horrible, espantoso, pero solamente mientras se está colgado. Al día siguiente ya se puede trabajar y tumbarles sus cuatro toneladas. Esta nueva invención les ha resultado realmente eficaz, porque el recuerdo, el solo recuerdo de lo sufrido y el temor de ser colgado nuevamente te hacen sacar fuerzas para tumbar las cuatro toneladas, aunque ya a la primera tengas las manos desolladas. Solo que nosotros ya hemos llegado al límite y pronto su nueva invención también habrá de ser inútil. Con Celso, por ejemplo, ya no les queda qué hacer. Cuando ha estado colgado durante cuatro horas y *el Guapo* se aproxima a desatarlo, Celso le grita: «¡Eh, tú, hijo de puta, llegas justamente cuando mejor me siento; me estaba quedando dormidito y se te ocurre perturbar mi sueño, pendejo!» Celso fue el primero, ahora somos unos seis. El secreto consiste en que los hombres pueden llegar a ser como los bueyes o los asnos y quedarse impasibles cuando se les apalea o aguijonea, siempre que hayan podido rechazar dentro de sí todo instinto de rebelión.

Martín Trinidad nada contestó.

Las gentes de otros grupos terminaron con sus frijoles recalentados y su café y se aproximaron al grupo formado por los boyeros Matías, Santiago, Cirilo y Fidel, que

desde hacía mucho tiempo trabajaban en la montería.

Andrés, el más inteligente de los boyeros, no se encontraba allí. Lo habían mandado a la pradera grande, en compañía de otros muchachos, para que llevara a los animales hambrientos y cansados y recogiera a los bueyes que se hallaban en buen estado. La pradera estaba a seis leguas del campamento, al borde de un lago; pero como la mayor parte del camino se encontraba inundado, no podría estar de regreso sino hasta dentro de tres días.

—¿Es que todas las tardes cuelgan a algunos leñadores? —preguntó Antonio.

—No, hombre, así atraparían las calenturas más fácilmente y reventarían más a menudo. Eso que ya los reventados son muchos, no hay semana que no enterremos dos o tres.

Pedro le interrumpe:

—Hablas de lo que no sabes.

Él, Pedro, el más antiguo en la montería, sentía, como todos los viejos, una necesidad imperiosa de hablar de sus conocimientos y de su experiencia, sobre todo al darse cuenta de la atención que prestaba el auditorio de Santiago. Era un verdadero placer para el viejo poder conversar con gentes a quienes todo lo que se les relataba les parecía una novela.

—Sí —continuó diciendo Pedro—. Hablas sin saber lo que dices. Seguramente que a los leñadores no los cuelgan todas las tardes, tampoco a nosotros los boyeros; la prueba de ello es que estamos aquí en este momento fumando nuestros cigarros, conversando tranquilamente con ustedes, pichoncitos que nada saben.

—Las cosas son como son —interviene Cirilo—, y solo después de muchas idas y venidas podemos darnos cuenta de lo que realmente pasa aquí.

—No le hagan caso —interrumpe Santiago con risa burlona—; esta mañana le cayó un tronco en la cabeza y todavía no sabe lo que dice. Por eso habla a tontas y a locas. Además, mañana se sentirá peor; pero lo que yo voy a decirles es la mera verdad. Hace cinco o seis días que llegó aquí el más joven de los Montellano. Su distrito está inundado y no secará antes de enero; eso quiere decir que su montería no les dará ni una brizna de caoba y que lo que no saquen de allá tendrán que sacarlo de aquí. Don Acacio es el peor de los tres. La última primavera se llevó a su montería ochenta hombres, indios fuertes y sanos, acompañados de una docena de mujeres y de unos veinte niños. ¿Saben ustedes cuántos le quedaban ahora que dejó la montería? ¡Veintitrés! Todos los otros murieron. La mayor parte a causa de los malos tratos, después de haber sido golpeados o colgados. A los otros se los llevaron las calenturas. Diez se sumieron en los pantanos, cuatro se huyeron y uno reventó en la selva. Otros fueron devorados por las fieras o mordidos de serpiente cuando se hallaban colgados. Porque, ¿quién puede defenderse de un tigre estando colgado? Ni siquiera es posible mover un dedo. De las doce mujeres, tres se volvieron locas. Él mató a balazos al marido de una de ellas, de la más bonita, para hacerla su querida. Dos huyeron con sus maridos compartiendo su suerte. Además, golpeó a una bárbaramente porque se

había atrevido a incitar a su marido para que se salvara; la mujer quedó también sin sentido y, como no había quien la socorriera, fue devorada por los jabalíes. En cuanto a los niños, de veinte quedan dos que ya tienen las calenturas.

—Total, que el ladino ha hecho un buen trabajo —observa Fidel.

—Tú, muchacho, hablarás cuando se te diga. Así, pues, don Acacio, después de enterrar alegremente a casi toda su gente, dejó la montería inundada y ahora lo tenemos por aquí con los pocos que pudieron escapar. En el camino, cinco se huyeron; él mandó a dos capataces a buscarlos. Sin duda los cogerán, porque aunque sepan correr, siempre pueden más dos caballos. Puede ser que se ahorquen o se rebanen el pescuezo cuando se vean sin fuerzas o a punto de ser prendidos; si los traen, no quedará ni rastro de su pellejo. Don Acacio llegó aquí hace cinco o seis días, con la idea genial de recuperar lo perdido; así, pues, ha ordenado que sean tumbadas cuatro toneladas diarias por cabeza y al que no lo logre, no solamente no se le pagará el día, sino que se le enseñará la forma de lograrlo con un poco de buena voluntad. El fuete no dio resultado en su montería y sabe que aquí resultaría más inútil aún; por eso ha puesto en práctica su invención de colgar en masa. Ustedes han llegado justamente a tiempo para gozar de las canciones de los primeros colgados. Nosotros, los boyeros, ya hemos recibido las nuevas órdenes. Todos los días recorre los depósitos a caballo y determina el número de trozas que cada boyero debe arrastrar hasta los tumbos, si quiere que se le tome en cuenta el día. De suerte que, si ahora nos encontramos aquí tranquilamente conversando, no será difícil que mañana a la misma hora ustedes nos oigan todavía, nada más que nuestras voces vendrán de allá abajo, de la espesura y tocará en turno a los leñadores escuchar nuestra música.

—¿Qué puede uno hacer contra eso? —pregunta con voz cavilante uno de los recién llegados, perteneciente a una colonia libre y que se había vendido a la montería para poder casarse después.

—Sí, ¿qué puede uno hacer contra eso? —repite Fidel como un eco.

Después recorre con la mirada los rostros de los hombres que se hallan presentes, se muerde los labios y agrega:

—¿Que qué se puede hacer? Ello depende de la clase de hombres que sean ustedes.

—¿Qué quieres decir? —pregunta uno de los nuevos.

—Nada —responde por él Santiago—. Nada, solamente la otra noche yo oí a un muchacho que cantaba en medio de los lamentos y los gemidos de los colgados y parecía que su canto lo aliviaba.

—Tú debes recordar la letra —dice Cirilo, que conoce la canción, pero que quiere que sea Santiago quien la repita a los nuevos.

—Claro que me acuerdo; canciones como ésa basta escucharlas una vez en la vida para no olvidarlas jamás. Dice más o menos así:

Si mi vida nada vale

y vivo peor que animal,
nada pierdo con matar
al que me tiene colgado,
y mucho gano mandando
al infierno a un condenado.
Ay, ay, ay, ay, iguanita,
vamos al tumbo a cantar…

—No entiendo ni una palabra —dice Antonio.

Matías lanza una carcajada brutal y dice con los labios apretados:

—Ya la entenderás, la música te hablará bien claro.

Alguien más pregunta:

—¿Pero es que los muchachos no se resisten cuando los van a colgar?

—También los cochinos cuando los van a matar chillan —replica Prócoro—, pero eso no impide que tres horas después te comas los chicharrones. Lo mismo pasa con nosotros. ¿Qué se puede hacer cuando se te echan encima tres pelados a un mismo tiempo? Supongamos que te resistes, entonces te dan tres macanazos y cuando vuelves en ti te encuentras perfectamente colgado de la rama de un árbol, con un ejército de hormigas rojas paseándosete por la nariz y las orejas, que te han untado de manteca para atraerlas mejor, feliz de que no se te hayan metido en el trasero o se te paseen por delante, cosas ambas muy agradables. En cuanto a los mosquitos, acuden aun sin necesidad de manteca. A la mañana siguiente amaneces con un gran chichón en la cabeza y un mareo tal que no te vuelven a dar ganas de presentar la menor resistencia cuando vuelven a cogerte.

—*La Mecha*, esa bestia bizca, ha descubierto un truco que ustedes no conocen todavía —dice Santiago a los viejos—. Dile a Prócoro que te enseñe.

Prócoro no tiene camisa y muestra la espalda desnuda a la luz de la fogata, y Santiago pasa las manos sobre las líneas que convierten en piel de cebra los hombros de Prócoro:

—Ese coyote de *la Mecha*, después de colgarlo, le rasgó la piel con una espina para que las hormigas, los mosquitos y demás insectos pudieran chupar mejor. Ahora, muchachos, díganme: ¿en dónde creen que están? ¿En una finca? ¿En su pueblo donde solo los piojos y las pulgas pueden comerlos? Aquí ni siquiera están en la entrada, aquí se está en el fondo mismo del infierno.

—Dices bien, Santos —intervino Fidel—, en el mero fondo del infierno. Ésa es la pura verdad. El más cruel de los diablos no querría estar aquí, le daría vergüenza.

A treinta pasos de distancia, próximos a otra hoguera, se calientan Cándido y Modesta, en compañía de otros indios de su raza. Los niños de Cándido duermen. La distancia que separa a los dos grupos impide que Cándido y sus compañeros se

enteren de la animada conversación de los boyeros y de los horrores cuyo relato congela la sangre del auditorio. Al contrario, en el grupo de Cándido reina un silencio casi completo. Los hombres están abatidos, rendidos de la larga marcha y tal vez también por el miedo impreciso de lo que les espera en adelante. El terror les rodea, surge de todas partes, de la noche sombría, de la yerba en que se hallan sentados, de la maleza que rodea el campo, del murmullo agonizante del arroyo próximo. Como los del otro grupo, ellos también escuchan las quejas y los gemidos que parten de la espesura, y cuando el viento viene de su lado y los oyen más claramente, se miran entre sí con horror, porque saben bien que aquellos son gritos de dolor de hombres torturados, de sus compañeros de miseria de mañana. Porque todos esos que ahora rodean las hogueras aparentemente tranquilos, bien pronto gemirán como los otros, a quienes tocará en turno escuchar sus gemidos, impotentes como ellos para socorrer a sus hermanos.

Saben que en el otro grupo se explica nuevamente el por qué de los lamentos. Lo saben porque a ellos llegan frases incompletas, voces emitidas en tono elevado. Por ello ninguno se levanta para preguntar a los viejos el significado de los lamentos que pueblan la maleza. No quieren perder su última esperanza, tienen miedo de saber la verdad. Quisieran convencerse, en el fondo de sus corazones, de que no son compañeros suyos los torturados, de que aquellos lamentos no son tales, de que lo que escuchan es el plañir del viento o el zumbar de los insectos en la espesura. No hay uno de ellos a quien se le ocurra aproximarse a la maleza y tratar de ver lo que pasa, sobre todo cuando se dan cuenta de que ninguno de los hombres del otro grupo lo intenta. Todos saben que allí, como en las fincas, en los cuarteles, en las cárceles, en las colonias penales de Veracruz, Yucatán, Tabasco y Jalisco, más vale no mostrarse demasiado curioso ni tratar de profundizar en la causa de gritos angustiosos, de gemidos y de quejas que surjan de pozos, cavernas, calabozos o conventos en ruinas. Los obreros y los peones saben por experiencia que los curiosos conmovidos por los lamentos de las víctimas y tentados de socorrerlas no tardarán en lamentar como ellas.

Además, era muy posible que aquellos gemidos no tuvieran fundamento: en la selva, tanto de día como de noche, el hombre está constantemente a merced de alucinaciones, de mirajes, de obsesiones. Desde todo punto de vista, más valía no decir nada, era preferible no hacer alusión alguna a aquellos ruidos. Después de todo se podía suponer que ello ocurría en un país extraño, lejos, muy lejos del sitio en el que ellos se encontraban.

En las oficinas se oía reír y jurar a los capataces. Hasta los indios llegaban sus canciones obscenas y los gritos agudos de mujeres ebrias.

En el campo había solo dos mujeres para satisfacer los apetitos de los cinco capataces de don Acacio. Habían seguido a los colonos cuando la inundación había

obligado a éste a evacuar la montería. Esas mujeres eran viejas, de carnes flojas, nada en ellas podía atraer y ellas lo sabían. Sabían también que habían llegado a su última etapa. Habían contraído todas las enfermedades, sin excepción, inherentes a su oficio. Nadie las había obligado a seguir a los capataces. Ellas hubieran querido que las llevaran a la fuerza, para poder pedir diez centavos más por el precio de sus favores. Pero persona alguna, ni siquiera aquellos inmundos capataces, habían querido forzarlas y se sentían felices de que don Acacio les hubiera permitido seguirlos y les hubiera proporcionado bestias para hacer el viaje. Llegado el caso, hasta a pie hubieran seguido a la columna, porque de haberlas querido dejar en los pantanos no les habría quedado más remedio que rogar a los capataces, por el amor de Dios, que les dieran el tiro de gracia, que acabaran con ellas de un balazo en la cabeza. Así, pues, eran felices de ver a su alrededor todavía algunos hombres de los que podían sacar algo, poco que fuera, y que compartían con ellas sus frijoles, sus tortillas y su café. Y hasta había la posibilidad de que cuando el turco llegara al campo, alguno les comprara un corte de muselina sin refunfuñar demasiado.

Se sentían verdaderamente satisfechas cuando oían decir delante de ellas: «Es una ventaja tener por aquí algo que parezca una mujer,»

Las mujeres comenzaron a cantar con voces de carraca y dos de los capataces les hicieron segunda.

El capataz apodado *el Guapo* salió del jacal, titubeó y, volviéndose al interior, gritó:

—¡Eh, *Faldón*, y tú, *Mecha*, salgan, y ustedes también, tales por cuales!

Los tales por cuales eran dos muchachos indios que servían en la oficina.

—¡Cojan las linternas! —ordenó.

Los indios encendieron las linternas en la flama de la vela que se hallaba sobre la mesa.

—Vamos a bajar a esos cochinos, hace ya bastante tiempo que están colgados; si no nos apuramos, mañana estarán fregados y no podrán trabajar —agregó *el Guapo* tambaleándose.

—¿Nos dejas acompañarte para ver cómo cuelgas a los indios y cómo los desatas para bajarlos? —preguntó una de las mujeres aproximándose a la puerta.

—Anda, déjanos —dijo la otra, subiéndose la camisa, que había dejado resbalar hasta el ombligo—, ¡yo quiero Ver!

El Guapo la lanzó contra la pared de una cachetada.

—¡Pendejas, viejas putas! Ustedes aquí se me quedan, que no las vea yo rondar por el lugar en donde están colgados los muchachos, porque les rompo la jeta. ¿Es que necesitan de ese espectáculo para estar satisfechas? ¡Puercas! ¡Si quieren conservar el pellejo no metan el cochino hocico por allí!

Se aproximó a la mujer que había tenido la peregrina idea, y aquélla, sabedora sin duda de lo que iba a ocurrirle, se cubrió la cara con las manotas abiertas; pero con gesto brutal él se las bajó y le propinó media docena de golpes tan violentos, que la

nariz de la desgraciada se infló y empezó a manarle sangre de la cara.

—En marcha —gritó dirigiéndose a los otros capataces—, hay que bajarlos, ya hace demasiado tiempo que cuelgan de sus árboles.

Los tres capataces pasaron entre los grupos de indios sentados alrededor del fuego, sin parecer apercibirse de su presencia.

—¿Adónde van ésos? —preguntó Antonio en voz baja.

Fidel, a quien se había dirigido, le contestó:

—Van a desamarrar a los castigados.

—¿Y si vamos a ver? —dice enderezándose uno de los recién llegados.

Matías lo obliga a la fuerza a sentarse nuevamente.

—Estate quieto, si estimas tu pellejo. En cuanto los capataces te vieran asomar la nariz por allí, sufrirías la misma suerte. Cuando se están repartiendo bofetadas gratis, más vale correr antes de recibir una.

—Paciencia —dice Santiago a media voz—. Ya llegará el día en que también nosotros colgaremos y descolgaremos, y cuando nos aproximemos a ellos no será para recibir bofetadas, sino para darlas. Esos perros olvidan que no es posible golpear a un hombre eternamente. Un buen día el hombre aprende a servirse del fuete y a repartir golpes para dar un poco de reposo a su alma.

Pronunciadas aquellas palabras, deja caer la mirada sobre Martín Trinidad, que a su vez le mira, como si tratara de escudriñar su pensamiento.

—¿Por qué me miras de ese modo? Si eres un soplón, dilo. Al fin y al cabo dentro de muy poco hemos de saberlo, y entonces puedes estar seguro de que no soplarás más.

Martín Trinidad contesta con una risita burlona.

—Si no quieres que oiga lo que dices, no tienes más que dejar de hablar en mi presencia. Yo no te llamé, fuiste tú el que viniste a reunirte con nuestro grupo.

Santiago sacude la cabeza, contrae los labios y vuelve a encender su cigarro con una brasa.

—Mañana Celso los inspeccionará a ustedes tres —dice al fin—, y Celso ve claro, tiene un par de ojos muy buenos.

—Y nosotros tenemos seis excelentes —replica Martín Trinidad.

Sus dos compañeros estallan en carcajadas y Juan Méndez agrega:

—Sí, nosotros tenemos tres pares de ojos excelentes; sin ellos no estaríamos aquí, te lo aseguro, hermanito —dice volviéndose a Lucio Ortiz.

—Nosotros tres vemos por seis —responde este último.

—Miren, allí vienen ya —dice Santiago señalando a los capataces con un movimiento de cabeza—. ¡Vienen hartos, como cerdos!

—Ahora —dice Fidel— podremos ir a encontrar a los muchachos.

Se levanta y diez trabajadores más lo imitan.

Fidel y dos de sus camaradas se dirigen a la casa grande que sirve de dormitorio, toman dos linternas y se van en dirección de la espesura. Ocho hombres, ocho masas informes se agitan por tierra. Están increíblemente plegados sobre sí mismos, como si hubieran permanecido durante seis meses dentro de un cajón estrecho. Los cubre sólo un calzón blanco y deshilachado. Gimen dulcemente, como durmientes a medias despiertos. Ruedan por el suelo y lentamente estiran los miembros, uno después de otro, para desanquilosarlos, porque tienen los brazos y las piernas tiesos e hinchados.

Los lazos que los sujetaban a los árboles habían sido simplemente desanudados por los capataces, dejando caer a los hombres por tierra brutalmente. Los capataces jamás se preocupaban de sus víctimas porque sabían que los muchachos vendrían a socorrerlos. Además, los capataces no estaban obligados a velar por la salud de los colgados. Éstos podían reventar o no durante el suplicio. Los Montellano y sus guardaespaldas no se preocupaban de la muerte de los colgados más que en la medida que la pérdida de la mano de obra los afectaba. Si los leñadores eran haraganes o débiles, y no podían producir tres toneladas diarias de caoba, la pérdida no era grande, el hombre podía reventar tranquilamente. Para el proletario el trabajo es un deber. Si es perezoso, no tiene derecho a vivir. Después de todo, si revienta es un estorbo menos.

Los ojos de los colgados se mostraban sanguinolentos e inflamados. Tenían el cuerpo cubierto de placas provocadas por los piquetes de las hormigas rojas y de los mosquitos. Centenares de garrapatas de todos tamaños se habían introducido en su epidermis a tal grado que era necesaria una paciencia infinita para extraerlas sin dejar dentro las cabezas, pues de quedarse éstas dentro de la piel, las placas producidas por los piquetes de los insectos se convertirían en una amenaza. En el sitio en que una garrapata se mete, persiste, aun después de extraerla, una comezón horrible que dura muchas veces hasta una semana, obligando al que la ha sufrido a rascarse constantemente. Los cuerpos de los atormentados estaban aún cubiertos de hormigas que empezaban a emprender la huida con su botín de sangre o de carne. Sobre los dedos y entre ellos, las niguas habían depositado sus huevos bien profundamente dentro de la carne. Las arañas les habían invadido la cabellera y algunas hasta habían comenzado a tender sus telarañas para aprisionar a las moscas que acudían atraídas por la sangre y el sudor de los colgados. Sobre sus muslos podía verse la huella viscosa que les dejaran los babosos.

Los viejos tomaron en brazos a sus camaradas, aún embrutecidos por el dolor, y los condujeron al borde del arroyo. Los sumergieron en el agua corriente para aliviarlos de los piquetes ardientes de los mosquitos y para desembarazarlos de hormigas y arañas. Después de la ablución, los volvieron a colocar sobre la orilla y se dieron a estirarles los miembros dándoles masaje al mismo tiempo.

—No están tan mal —explica Santiago a Antonio, que le ayuda a reanimar a uno de los leñadores, Lorenzo—. La cosa no es tan grave cuando lo cuelgan a uno cerca de los jacales; lo que es peligroso es cuando lo cuelgan lejos del campamento en vía

de castigo especial. Porque entonces los jabalíes y los perros salvajes lo devoran, sin que sea posible defensa alguna.

—Todavía hay un castigo maravilloso; ése lo inventó don Severo —dice Matías friccionando a otro colgado—. Como a eso de las once de la mañana toman al sujeto, lo llevan a un sitio en el que no hay ni árboles ni abrigo de especie alguna. Entonces lo desnudan, lo atan de pies y manos y lo entierran en la arena ardiente hasta debajo de la boca, no dejándole fuera más que la nariz, los ojos y el cráneo, y todo ello bajo la caricia del sol. A ustedes, inocentes corderitos que nada de eso saben, puedo asegurarles que cuando lo han enterrado a uno en esa forma una vez, solamente una vez, tiembla como la barba de un chivo cuando oye a don Félix decir estas lindas palabras: «Ahora, o tumbas tus tres toneladas o hago que te entierren durante tres horas»; esas tres horas parecen más largas que una vida.

La bárbara práctica de las suspensiones era eficaz y raramente costaba una vida humana, porque los indios son fuertes y tan resistentes que muchas veces les es dado trabajar el mismo día que han sido atormentados.

A través de su larga experiencia, los hermanos Montellano habían descubrierto que la suspensión producía sobre los «haraganes» un efecto tan aterrador como en otro tiempo el fuete. La suspensión y los enterramientos no dejaban heridas capaces de impedir el trabajo. Lo que quedaba, dando resultados excelentes, era el temor de revivir horas espantables, horas que parecían una eternidad y que aterrorizaban a los desgraciados. Su tormento en medio de la oscuridad les impedía apercibirse de los peligros que los amenazaban y eran sorprendidos por ellos indefensos.

Solo los indios de esa región conocen los horrores que puede deparar la espesura.

Pero lo que aumenta hasta la locura el terror a la suspensión, a la impotencia de defenderse en la noche, en las profundidades de la selva, es el horror indecible, inexplicable, el miedo instintivo e imposible de dominar que siente el indio por los fantasmas y los espectros, su creencia supersticiosa en los resurrectos, a quienes ve surgir en todas direcciones entre las tinieblas.

Un blanco, encerrado de noche en un museo de figuras de cera o en la cripta de un panteón sufre menos que un indio suspendido de un árbol en la selva, lejos de toda luz. Los Montellano tenían demasiada experiencia y eran lo suficientemente inteligentes para no llevar a sus trabajadores demasiado lejos del campamento, quitando a algunos tipos excepcionalmente endurecidos. De haber colgado a la mayoría lejos del campamento, al día siguiente no encontrarían ni a uno solo vivo.

Cuando los colgados fueron finalmente reanimados, gracias a los cuidados de sus camaradas, pudieron beber un poco de café y comer tantitos frijoles recalentados, para dirigirse después, vacilantes como ebrios, hacia sus jacales, en donde se tumbaron estirados. Eran aproximadamente las once de la noche.

A la mañana siguiente, a eso de las cuatro, *la Mecha* entró en los jacales para

despertar a patadas a los durmientes. Estaban todavía tan adoloridos y atemorizados por la suspensión de la víspera, que sin preocuparse por enjuagar sus manos se lanzaron sobre la cazuela de frijoles a medio calentar y empezaron a comerlos con avidez, llevándoselos a la boca con las manos. Después bebieron unos cuantos tragos de café y con el hacha al hombro se internaron en la selva con la resolución de tumbar ese día sus cuatro toneladas.

Durante todo el día no tuvieron más que una idea en la cabeza, y esta idea no los dejó en tres semanas: «Por todos los santos del cielo, Diosito, haz que pueda yo tumbar mis cuatro toneladas para que no me cuelguen.»

Pero Dios, que vino a la tierra hace dos mil años para salvar a los hombres, olvidó sin duda a los indios.

Es cierto que su tierra era aún desconocida y, cuando al fin fue descubierta, lo primero que los conquistadores hicieron fue plantar una cruz en la costa y decir una misa; es todavía, a causa de esa ceremonia, que los indios sufren.

—Es cierto —dice algunas noches después Martín Trinidad a quemarropa—. Dios vino al mundo hace dos mil años para salvar a los hombres. La próxima vez seremos nosotros quienes los salvaremos.

—Puede ser —respondió Pedro, uno de los boyeros que tenía algunas nociones de la religión y los curas—, puede ser. Pero todavía tendremos que esperar dos mil años para que llegue nuestro turno.

Celso intervino secamente.

—¿Por qué esperar al Salvador? Sálvate tú mismo, hermano, y entonces tu salvador habrá llegado.

VI

—No está mal tu arbolito —dice Celso a Cándido, preguntándole—: ¿Lo escogió don Cacho especialmente para ti?

—Sí, mira: mi número está escrito con tinta sobre la corteza.

—Ya me lo imaginaba. Realmente es un placer mirar este árbol. De él se sacan bien tres toneladas.

Cándido había colocado el hacha en el suelo y se escupía las manos abundantemente. Antes de levantar el hacha y de comenzar a golpear, dijo:

—Yo no sé nada de toneladas ni de trozas, este es el segundo árbol que tumbo. *El Faldón* me ha dicho que las dos primeras semanas sirven de aprendizaje y que no me colgarán aunque produzca menos de las cuatro toneladas. Durante quince días se conformará con tres; pero el caso es que aquí me tienes, hace más de dos horas que golpeo con el hacha sin haber logrado avanzar un ápice.

Celso se soltó riendo.

—¡Con un diablo! Eso nada tiene de raro. Si sigues rascando como lo has hecho esta mañana pasarán cuatro días y el árbol seguirá en pie.

—Eso es lo que me temo. Me dan ganas de dejarlo y de buscar en el bosque otro que tenga mi número, pero que esté menos difícil.

—Con eso nada ganarás. Este árbol te toca y si no lo tumbas hoy tendrás que hacerlo mañana.

Cándido miró a Celso desesperadamente.

—¿Entonces qué haré? Mi hacha es buena y está bien afilada, pero no alcanza a penetrar, diríase que golpeo sobre fierro. A cada golpe que doy rebota y ni siquiera mella un poquito la corteza. Ya van dos veces que al rebotar me golpea la pierna, aquí puedes ver la huella.

—Es porque la coges mal. A los árboles como éste es necesario atacarlos de otro modo.

Celso le explica que aquel árbol pertenece a una especie excepcionalmente dura.

Además, las excepciones eran muy frecuentes y don Acacio y sus capataces las hallaban fácilmente para designarlas a los leñadores a quienes querían hacer la vida demasiado dura, y Celso era uno de ellos.

Un gran número de árboles en las selvas vírgenes de los trópicos tienen raíces que en el momento de crecer salen de la tierra junto con el tronco. Esas raíces forman una especie de costillas que alcanzan cerca de tres centímetros de espesor en sus extremos. Mientras más se aproximan al tronco más gruesas son y más profundamente lo penetran. Algunos árboles tienen siete y aun nueve costillas de ese género, que emergen del tronco como rayos. Estas costillas formadas por las raíces son de una madera muchísimo más dura que la del tronco. Antes de atacar al árbol es necesario tumbarle todas las costillas, pues solo así es posible llegar con el hacha al tronco propiamente dicho. A menudo esas raíces alcanzan un metro de largo.

Era contra un árbol de esta naturaleza con el que Cándido se agotaba en esfuerzos inútiles y se daba cuenta de que le serían necesarios por lo menos dos días de trabajo para poder tumbarlo.

Celso era uno de los más sólidos y experimentados leñadores de la montería. La turbación de Cándido le divertía. Él veía solamente las tres toneladas de madera y las largas raíces no eran a sus ojos sino un obstáculo insignificante, teniendo en cuenta la cantidad de madera que el árbol rendiría.

—No, así nada lograrás; es menester obrar de otro modo. Primero necesitas construir una especie de andamio, bastante alto para alcanzar el tronco con el hacha. Es necesario que te levantes por encima de las costillas del árbol, de manera que golpees directamente el tronco sin tocar las raíces.

—Pero solamente para eso necesitaré por lo menos medio día.

—La primera vez es posible. Cuando te hayas acostumbrado será la cosa más sencilla. Lo primero que debes hacer es cortar algunas ramas y reunirlas con lianas. Con que te aguante hasta que des el primer golpe de hacha será bastante; ya te diré lo que hay que hacer después para sostenerse.

Cándido derribó algunos troncos tiernos que Celso reunió, formando una especie de zarzo. En menos de una hora había logrado rodear el tronco de un original andamio.

—Ya ves, hermanito —dijo Celso contemplando complacido su obra—. Claro que no podrás pararte como en el suelo; es necesario que te sujetes bien con los pies a los troncos transversales; si te descuidas caerás y tendrás que trepar nuevamente. Ahora inténtalo para verte.

Cándido trepó y comenzó a golpear. Apenas dados tres hachazos, y cuando se disponía a dar el cuarto, cayó por tierra cuan largo era.

—Muy bien —dijo Celso riendo—. Ya por lo menos sabes cómo se hace. Ahora espérate, te voy a enseñar un buen truco. Echa la cuerda alrededor del tronco. Bien, ahora enrédate a la cintura uno de los cabos; sí, así como lo estás haciendo. Ahora haz un nudo, ni muy apretado ni muy flojo. Así, si resbalas no llegas al suelo, sino que te quedas colgando simplemente, y si el tramo de cuerda que has dejado entre el árbol y tú no es muy largo, podrás fácilmente volver a tu sitio. De ese modo podrás golpear mejor y más fuerte.

Cándido se escupió las manos y asestó varios buenos golpes. El hacha hirió el tronco.

—¿Ya ves, muchacho, cómo la cosa es bien fácil cuando se tiene maña?

Celso intentó volver a su trabajo, pero Cándido lo retuvo.

—Dime, compañero, ¿por qué motivo te prestas a ayudarme? Apenas nos conocemos y sin embargo te arriesgas a ser colgado perdiendo el tiempo para ayudarme.

—Tengo tumbadas ya algunas toneladas y sé que al fin de semana completaré lo que me toca. Y si hago esto es porque me das lástima; tú no estás acostumbrado.

Además, si me cuelgan una o dos veces más será mejor, porque necesito de todo mi coraje, de un coraje inmenso, y si me cuelgan podré acumularlo.

—¿Y para qué necesitas tanto coraje?

—Para… para agarrar a un jabalí. Tengo hambre y quiero comer carne fresca y tierna de jabalí. Dentro de poco iré de caza.

Celso tomó el machete, lo pasó por las espirales de la cuerda que le ceñía el cuerpo, sacó del pecho de la camisa un saquito y se lo tendió a Cándido.

—¿Sabes lo que hay dentro?

—Sí, son puntas de flecha.

—Precisamente. Además me he hecho dos arcos preciosos. Cuando lance mi primer flecha tendré un jabalí o por lo menos un faisán. Y si cojo algo bueno te invitaré a ti con tus hijos y tu hermana para que cenen conmigo. ¿Cómo, se llama tu hermana?

—Modesta.

—¡Modesta! Ese nombre me gusta. Hace tiempo yo quería a una muchacha. Ya se debe haber casado porque yo no pude regresar; pero ya ni acordarse es bueno, ahora prefiero pensar en la caza.

—¿Piensas trabajar todavía ahora?

—Naturalmente. Yo lo hago sin sufrir mucho, mira mis manos.

Extiende las manos para que Cándido se las vea; éste se inclina, las mira y las palpa.

—¡Hombre! Pero si no son de carne, parecen todas de hueso o de fierro.

—Es verdad —dice Celso riendo—. Más de cien veces se me ha caído la piel y cada vez me ha salido más dura. Ahora parece cuero; por eso, si quiero puedo tumbar hasta seis toneladas diarias. Generalmente hago cuatro y, a veces, cuando estoy de mal humor, hago solamente tres; pero créeme, cuando deje caer una de estas manos sobre la cabeza de un capataz se la parto como si fuera una nuez.

—Mis manos no son como las tuyas —dice Cándido mostrando sus puños, en los que se ve la piel arrancada y la carne desprendida y colgante en algunas sitios sanguinolentos.

Celso las examina con mirada de conocedor.

—Ahora comprenderás que es solo debido al estado de tus manos que ellos permiten que durante las dos primeras semanas produzcas menos de cuatro toneladas sin golpearte ni colgarte. Pero en cuanto tus manos hayan sanado, esos salvajes encontrarán la manera de ponerte en carne viva cualquier otra parte del cuerpo.

Celso se aleja, pero regresa al cabo de algunos minutos.

—Escucha, compañero. Acabo de ver un árbol que has tumbado.

—Sí, es el primero que logro.

—Pues bien, viejo, ese no te lo aceptarán.

—Pero ¿por qué?

—Porque lo dejaste a medias. Aquí solo cuentan las trozas, no los árboles.

Regresa allá y recorta el tronco debidamente, calculando que haga una tonelada, después limpia la corteza en un pedazo y talla tu marca con el hacha.

—¡Por todos los diablos! —exclama Cándido—. En eso perderé dos horas más.

—Con tu falta de costumbre seguramente; ¿pero qué quieres? Es así como debe hacerse. Árboles hay bastantes en la selva; lo que los Montellano quieren son trozas, no árboles. Así, pues, más vale que vayas en seguida. Dentro de media hora *el Faldón* pasará a caballo y si ve tu árbol como lo has dejado, te irá mal, porque no aceptará como excusa tu ignorancia, como no lo es la falta de fuerza suficiente. ¡Cuatro toneladas diarias o la suspensión, indio piojoso y mañoso! ¿Que cómo harás para tumbar tus cuatro toneladas? Eso es cosa tuya, no de los que te dan de comer y un gramo de quinina de vez en cuando, no para favorecerte, sino para evitar que revientes demasiado pronto. De otra manera tendrían que enterrarte y entonces podrías reposar.

El mes de agosto llegaba a su fin y don Severo había decidido echar las trozas al agua al comenzar la siguiente semana. Acompañado de cuatro capataces, don Acacio recorría a caballo la montería para inspeccionar los campos y ver si todas las trozas se hallaban reunidas y listas para ser arrastradas. Con grande ira se da cuenta de que en el campo Oeste más de doscientos troncos se hallaban tirados exactamente en el mismo sitio en el que habían sido abatidos. Los boyeros explicaron que habían estado acarreando de día y de noche y que no les había sido posible transportarlos todos a los tumbos. Las trozas se hallaban tan profundamente sumergidas en el suelo fangoso, que había sido necesario un esfuerzo inconcebible para lograr transportar más de cuatro en un día.

Don Acacio reúne a todos los capataces y les pregunta qué han hecho durante todo el tiempo que han durado las actividades. Explican que han tenido que estar sobre los leñadores para lograr que produjeran la madera necesaria, sin tener tiempo de ocuparse de los boyeros, pues no podían estar en todas partes, máxime que no eran más que dos, por lo que rogaban a don Acacio que tomara eso en cuenta y que considerara que las veredas y los atajos estaban inundados, que las erosiones eran más extensas cada día y que el acarreo resultaba muy difícil, ya que las lluvias estaban en su apogeo. Los mismos bueyes se hallaban agotados y los boyeros se veían obligados a tirar ellos mismos de las trozas.

—Sí, ¡hatajo de haraganes, sinvergüenzas! Ahora es cuando me salen con eso; pero durante el tiempo seco solo supieron roncar y emborracharse. ¿Qué otra cosa hacían cuando no llovía?

—Pero patrón, si hace meses que está lloviendo en nuestro distrito. Ni modo que diga usted que nos la hemos pasado acostados y tomando, porque aquí no tenemos ni aguardiente ni mujeres.

—¡Cierra el hocico, insolente, si no quieres que te lo cierre yo de un fuetazo! Lo

que es ahora les descontaré tres meses a cada uno.

—Como usted quiera, patrón —replica *el Doblado*—; pero si usted nos descuenta el sueldo por algo que no es culpa nuestra, *el Chapopote* y yo nos iremos, eso es lo convenido.

—Eso creen ustedes, pero todavía tienen por allí un saldo en su contra.

—Cierto —reconoce *el Chapopote*—. tenemos una deuda; pero lo que es yo no me dejaré descontar ni un solo día.

—Pues andando, lárguense; vayan y digan en Hucutzín que los corrí por haraganes y borrachos; pero tendrán que irse a pie. Los caballos se quedarán aquí y ustedes atravesarán la selva con sus patotas, con las cuatro si les acomoda, y dentro de unos días tendré el gusto de encontrar sus huesos bien limpiados por los zopilotes. ¡Ahora a moverse, mándenme aquí algunos boyeros!

Media hora más tarde aparecieron en la oficina dos boyeros.

—A sus órdenes, patrón —dijeron al entrar.

—Oigan bien lo que voy a decirles.

Don Acacio se aproximó a los dos hombres, los tomó de una oreja y tiró de ellos hacia sí. Después los sacudió como si quisiera arrancarles las orejas. Los boyeros se retorcían, se encogían y trataban de tomar por el brazo a don Acacio, que finalmente los soltó.

—Es preciso que mañana en la mañana lleven todas las trozas a los tumbos, si no… Si no, les ofrezco que tendrán una fiestecita como nunca la tuvieron. Lárguense y adviértanlo a los otros.

Los dos hombres contestaron al unísono:

—Bien, patroncito, se hará como usted lo ordena.

—Estamos como estamos a causa de la pereza de ustedes; pero ya verán cómo acabo yo con su flojera.

Don Acacio entra en el jacal que sirve de oficina y se sienta a la mesa. Afuera llueve a cántaros. El terreno que rodea la oficina y los otros jacales se convierte rápidamente en un lago.

Don Acacio manda traer una botella de comiteco que llevaba en su maleta y calentándose con ella el interior recorre la lista de trabajadores. De vez en cuando se levanta, camina hasta la puerta y se asoma para mirar al lago que se extiende más y más.

El agua termina por invadir el jacal. «¡Mal rayo!», jura don Acacio, bebe un buen trago de alcohol y grita en dirección de la cocina:

—¡Eh, Pedro! ¿Cuándo me vas a dar de comer?

—Ahorita, jefe —responde Pedro—. Un momentito, por favor. Se me tiró el café y se apagó la lumbre, pero ya casi está.

—Está bien, pero date prisa que me muero de hambre.

Una hora más tarde la lluvia cesó; pero apenas empezaba a bajar el agua del lago que se había formado, cuando un nuevo aguacero se precipitó sobre el lugar. Ya

entrada la noche regresaron los boyeros al campo para comer.

La lluvia había cesado nuevamente.

El suelo de los jacales estaba empapado. Algunos leñadores tenían hamacas, pero la mayor parte de ellos no tenían más que un sarapito.

Tan fatigados estaban, que una vez que se hubieron tumbado no tuvieron fuerzas para levantarse cuando una hora más tarde el agua volvió a invadir sus casas. Los muchachos antiguos y más experimentados habían colocado tablas sobre cajones y se habían enrollado sobre ellas, logrando dormir secos mientras el agua no traspasara los techos de palma. En cuanto a los que no estaban familiarizados con los aguaceros de la selva, no tenían más recurso que dormir empapados o resolverse a hacer un esfuerzo indecible para arreglarse un sitio como el de los otros.

Solamente los leñadores se habían acostado.

Los boyeros, avisados del trabajo gigantesco que tendrían que hacer en las veinticuatro horas siguientes, comieron rápidamente y descansaron un momento de pie. Bien pronto encendieron sus linternas y se dirigieron a los campos. Los bueyes, después de habérseles dado un poco de comer, fueron llevados nuevamente al trabajo. Los boyeros regresaron temprano por la mañana para comer su arroz y sus frijoles y partir de nuevo.

A mediodía don Acacio montó a caballo y recorrió la región. Inspeccionó los campos. Docenas de trozas se hallaban profundamente sumergidas. Los boyeros se encontraban metidos en el lodo hasta el pecho, a riesgo de caer en cualquier momento y perecer deshechos bajo la troza. Hacían esfuerzos inhumanos para trasportar las trozas a los tumbos. Regularmente llovía cada dos horas durante veinte minutos, con lo que el fango aumentaba.

—Miren, ni la mitad de las trozas han podido transportar, a pesar de la orden que di para que las reunieran todas. ¿Qué les prometí, manada de puercos? Una fiestecita, ¿verdad? Pues la tendrán con música y baile.

Por toda respuesta tuvo el rechinar, el crujir, el chirriar de las cadenas contra los yugos, el jadear de los boyeros bajo el esfuerzo inhumano que realizaban para sacar las trozas del pantano; el desgarrar de las raíces que las retenían, las voces de ánimo que prodigaban a sus bestias y el sonido hueco de la tierra lodosa que se pegaba a las piernas de los boyeros y de los bueyes sumiéndose un poco más a cada paso.

Al caer la noche, los boyeros y sus ayudantes regresaron al campo para comer algo. Estaban tan cansados que no pudieron hacerlo, pues en cuanto se tumbaron por tierra cayeron en un sueño profundo. Solo algunos pudieron arrastrarse hasta la cocina, para beber un poco de café y comer algunos frijoles.

Don Acacio llegó escoltado de sus cinco capataces, y dirigiéndose a la masa que formaban los cuerpos de los boyeros tumbados por tierra y del pequeño grupo que comía en la cocina, gritó:

—¡Arriba, cabrones piojosos, caminando; ahora van a ver quién soy yo! ¡Al baile todos!

Los trabajadores, acostumbrados a obedecer incondicionalmente las órdenes de los ladinos, al escuchar la voz de don Acacio se pusieron de pie inmediatamente.

—¡Vamos, allá abajo, a los árboles!

Los boyeros obedecieron.

—Cuélguenlos de las patas y sálenles el cuero —ordenó don Acacio a los capataces—, y no tengan miedo de apretar —agregó, dirigiéndose al *Guapo*—. Si les arrancan un pedazo de cuero ya les volverá a crecer. Déjenlos colgados una hora para que la sal les cueza la carne de cochino o se la traguen cuando el sudor les escurra. Así recordarán que no hay que dejar las trozas en el campo toda la noche.

Los capataces necesitaban por lo menos dos horas para recuperarse; pero antes de ello tenían que estar en guardia para descolgar a los boyeros.

Los martirizados se quedaron inmóviles al pie de los árboles de los que habían sido colgados; después se fueron tumbando allí mismo, sobre el suelo fangoso, sin fuerzas para alcanzar sus jacales, insensibles al frío y a la lluvia.

A la mañana siguiente, dos de ellos no se levantaron, siguieron durmiendo. Cuatro horas más tarde hedían y tuvieron que enterrarlos.

VII

Urbano y Pascasio, indios del mismo pueblo y amigos desde la infancia, eran de los que habían podido levantarse. Se curaron mutuamente sus heridas y se cubrieron las llagas con la grasa que el cocinero distribuyó entre todos los colgados.

Era todavía noche cerrada cuando los boyeros fueron llamados al trabajo. Urbano y Pascasio siguieron la columna; pero apenas habían recorrido algunos metros, cuando Urbano dijo a su amigo:

—¡Ahora, hermanito!

Con movimientos felinos se apartaron de la columna y se deslizaron entre los árboles ocultándose tras los troncos. El capataz que mandaba al grupo no vio cuándo se alejaron en la oscuridad, y aunque los hubiera visto habría pensado que solo se detenían para buscar algo olvidado.

Los indios alcanzaron el campamento, cogieron apresuradamente toda la carne seca, las tortillas y el polvo de frijol que tenían en su jacal, atravesaron rápidamente la explanada y se perdieron en la espesura.

—Más vale que rodeemos para no atravesar el campo —aconsejó Urbano.

—No nos echarán de menos hasta mediodía —dijo Pascasio en voz muy baja, como temeroso de ser escuchado—. Con suerte, no se darán cuenta sino hasta mañana temprano.

Al día siguiente, cuando a media mañana atravesaban un arroyo, oyeron que los llamaban por sus nombres. Eran los dos capataces, lanzados a caballo en su persecución. Un lazo alcanzó a Urbano a mitad del arroyo. Pascasio, más rápido, pudo ganar la orilla opuesta y escapar. Corrió a refugiarse en la espesura que rodeaba un macizo de rocas poco elevadas. *La Mecha* lanzóse en su persecución, pero el caballo que montaba se detuvo ante el obstáculo sin que el jinete lograra hacerlo avanzar.

Pascasio se hallaba ya en la cima de las rocas. Comprendió que aun descendiendo del otro lado y escondiéndose en la espesura le sería imposible escapar, ya que no faltarían a los capataces medios para hacerlo salir de allí y cogerlo.

La Mecha le grita ordenándole descender y seguirlo al campamento sin resistirse; pero Pascasio no responde, permanece de pie sobre la plataforma de roca, observando los movimientos de su enemigo, esperando, a pesar de todo, encontrar un medio para salvarse.

Viendo aquello, *la Mecha* desciende del caballo y se dispone a escalar las rocas.

El otro capataz, *el Faldón*, que acababa de alcanzar la otra orilla del arroyo arrastrando tras de sí a Urbano fuertemente atado a la cuerda, se dio cuenta de la peligrosa situación; *la Mecha* trepaba penosamente por un costado de las rocas, mientras que el indio se disponía a escapar por el otro. Éste podía lograrlo, ganar

rápidamente la base y adueñarse del caballo de *la Mecha*, montarlo y escapar, abandonando al animal en un sitio alejado para desviarse luego, ya que las huellas del caballo lo denunciarían mejor que sus propias pisadas.

Adivinando las intenciones del fugitivo, *el Faldón* obra con rapidez. Ata fuertemente a Urbano al tronco de un árbol y en seguida hace que su caballo dé la vuelta al macizo para cortar la retirada de Pascasio; pero el indio se percata de la maniobra y asciende nuevamente en el momento en que *la Mecha* gana la cima.

Toda esperanza de fuga se desvanece. Pascasio coge una pesada piedra y la lanza con todas sus fuerzas a la cabeza de *la Mecha*. El capataz cae de espaldas al suelo, seguido por la enorme piedra. Pascasio, fuera de sí, salta sobre él y lo golpea hasta hacer una masa informe del cráneo de su víctima.

Después busca con la vista a su compañero. Ha perdido su machete durante la ascensión y va a necesitarlo para cortar las ataduras de Urbano, ya que no podía perder tiempo tratando de desatarlo. Pero *el Faldón*, habiendo perdido de vista a Pascasio, deduce que éste ha descendido del lado opuesto y que se encuentra ya en poder de *la Mecha*. Regresa y descubre desde lejos a Pascasio, a punto de librar a Urbano. Pascasio lo descubre a su vez y vuelve corriendo para trepar a la roca con el propósito de esconderse y de atacar al capataz por la espalda. Ya en la roca, su mirada se encuentra con el cadáver de *la Mecha*, sobre el que descubre una pistola de grueso calibre. Si Pascasio no hubiera perdido tiempo buscando su machete y hubiera trepado a esconderse con mayor rapidez, habría ganado la partida; pero se dio cuenta de ello muy tarde, porque al volverse después de arrancar el arma al cadáver, se encontró con *el Faldón* a su lado apuntando hacia él su revólver. Pascasio jamás había empuñado una pistola. Sabía, y eso porque lo había oído decir, que era necesario oprimir el gatillo para hacer salir una bala. Apretando el revólver entre ambas manos, tira del gatillo, el tiro sale antes de lo que él esperaba y se pierde en la espesura.

El Faldón sólo piensa en una cosa: el indio había pretendido matarlo; así, pues, sin vacilar, dispara y acierta. Pascasio da una vuelta sobre sí mismo y cae por tierra.

—A ti también debería perforarte el cuero —gruñe *el Faldón*, mirando a Urbano, que, atado, ha sido espectador impotente de la escena.

—Me pregunto qué esperas para hacerlo, coyote apestoso —replica el indio con insolencia.

—Espera un poco, perro sarnoso; ya te enseñaré yo a no tutearme.

El Faldón golpeó con su fuete repetidas veces la cara del prisionero.

—¡Para que otra vez me hables como debes, puerco! —dice el capataz, poniéndose nuevamente el fuete a la cintura.

Pero Urbano estaba decidido a molestarlo.

—¡A ti también te llegará tu día, ten paciencia!

—¡Cierra el hocico y ve a enterrar los cadáveres!

—Enterraré el de mi camarada, ¡al capataz que se lo lleve el diablo!

—Eso lo veremos.

El capataz comienza a inquietarse, mira en todas direcciones, escudriña el horizonte con la mirada como temeroso de ver surgir de la espesura a más indios fugitivos. Por fin se decide a desatar con toda precaución a Urbano, procurando evitar que en un momento dado quede en aptitud de atacarlo. Antes de quitarle la cuerda del cuerpo y de las manos, lía sus piernas de tal suerte que Urbano pueda sólo mantenerse en pie y dar pequeñísimos pasos. Después se aproxima al cadáver de Pascasio, recoge el revólver, que se halla tirado a su lado, y se lo coloca en la cintura. Hecho esto, saca el suyo y apuntando con una mano desata con la otra el tronco y los brazos de Urbano. En el momento en que caen las cuerdas, da un salto de lado, vuelve a apuntar y ordena al prisionero:

—Carga esa carroña y llévatela allá abajo, a la espesura, detrás de la roca.

Mientras Urbano ejecutaba la orden del capataz, éste se mantenía a unos cuantos pasos detrás de él con la cuerda en la mano, listo a lazarlo al primer movimiento sospechoso. Urbano vio que no podía ni defenderse ni escapar. Llevó el cadáver de su compañero tras de la roca. *El Faldón* le ordena hacer otro tanto con el de *la Mecha*. Urbano le obedece.

Finalmente, *el Faldón* le hace cavar una tumba. Para hacerlo, Urbano habría necesitado de su machete; pero *el Faldón* era lo bastante despierto para saber que al menor descuido el prisionero cortaría las ligaduras y emprendería la fuga, no siendo difícil que cogiera una piedra y le hundiera el cráneo sin darle tiempo siquiera a disparar el arma.

Así, pues, ordena a Urbano que corte una rama fuerte. Con ella empieza el indio a cavar la fosa. La operación es lenta y difícil. Finalmente la fosa queda abierta. *El Faldón* le dice:

—Deposita a *la Mecha* en el agujero.

Urbano levanta el cadáver y lo arroja a la fosa ayudándose con pies y manos.

—¡Dime, pendejo! ¿Es que no puedes tratarlo cristianamente? ¡Como si fuera un perro!

—Dios juzgará mejor que nosotros —replica Urbano.

—Quítate de ahí —ruge el capataz.

Se aproxima al cadáver, se descubre, se persigna y persigna al cadáver, todo ello sin perder de vista a su prisionero. Ahora es necesario llenar la fosa; está a punto de hacerlo cuando recuerda un rito que ha olvidado. Bruscamente laza a Urbano y lo hace rociar por el suelo.

—Ahí te vas a quedar, sin moverte, hasta que yo te ordene lo contrario. ¿Entiendes? Si por tu desventura mueves la cabeza, ya sabes cuál será tu suerte.

Urbano queda inmóvil.

Entonces *el Faldón*, vigilándolo de reojo, registra los bolsillos del muerto.

Encuentra cuatro pesos veintitrés centavos. Le quita la cartuchera y examina cuidadosamente el cadáver para ver si encuentra algo escondido entre las ropas. Como nada encuentra, da por terminada la ceremonia. *El Faldón* se vuelve hacia Urbano.

—Ahora levántate, perro, y llena la fosa.

En cuanto termina, *el Faldón* ordena:

—Ahora, camina. Apenas tenemos tiempo para llegar al campo esta noche.

—Pero —protesta Urbano— ¿es que a Pascasio no vamos a enterrarlo?

—Ahí dejaremos su carroña, ya los zopilotes se encargarán de ella.

—Si hubiera sabido que sólo ese perro iba a recibir sepultura nada habría hecho.

—Es por eso que te hice traer los dos cadáveres; pero lo que es éste se quedará ahí. Un puerco como él no necesita cristiana sepultura. No la merece. ¡Andando, vamos!

El Faldón se aproxima al caballo de *la Mecha*, que se encuentra atado a un árbol.

—Debía llevarte amarrado a la cola, pero no tengo tiempo. Prefiero apresurarme y regresar al campo. El diablo sabe si todavía podremos llegar esta noche.

Tira de la cuerda y Urbano cae por tierra como un fardo. Revólver en mano, *el Faldón* se aproxima a él y le ata las manos.

—Levántate y voltéate.

Le sujeta las manos a la espalda y le desata los pies.

—¡Ahora monta!

Torpe, como todo el que no ha montado en su vida, Urbano trata de subir al caballo. *El Faldón* se ve obligado a ponerse el revólver al cinto para ayudar al indio con sus dos manos y hasta con las rodillas y los dientes.

Durante esta operación, Urbano debió aprovecharse de la ocasión como de todas las que se le ofrecieron durante los diez minutos siguientes, para tratar de huir y quizá hasta de atacar al capataz. Sabía perfectamente lo que le esperaba de regreso al campo. Sabía que al caer la noche lamentaría amargamente no haber compartido la suerte de su desdichado compañero, que por lo menos había dejado de sufrir; pero las fuerzas habían empezado a abandonarle. Su energía se había extinguido. La rápida fuga, la carrera hasta el arroyo lo habían agotado. Después, el espectáculo de la lucha de Pascasio con los capataces lo había excitado como si se tratara de él mismo y, finalmente, la muerte de su compañero le había demostrado lo inútil que resultaba toda tentativa de fuga. Las pocas fuerzas que le quedaban se habían desvanecido al cavar la fosa con la rama. Se hallaba en un estado físico y moral tal, que si *el Faldón* lo hubiera desatado y dejado libre sobre el lomo del caballo no habría aprovechado la ocasión de huir y lo habría seguido dócilmente. A la mañana siguiente sin duda habría recuperado su energía y habría de reprocharse las faltas que estaba cometiendo. Entonces desearía haber combatido a fin de ganar su libertad o morir por ella.

—No podemos continuar.

Fueron las primeras palabras que pronunció *el Faldón* apenas emprendió el regreso. La noche había caído, el cielo estaba cargado de nubes, los caballos caminaban penosamente. *El Faldón* había perdido el camino y habían sido las bestias las que habían dado con la vereda; pero parecían haberla perdido nuevamente y a cada diez pasos trataban de desviarse bien a la derecha, bien a la izquierda, advertidas por su instinto del peligro en que estaban de empantanarse. *El Faldón* sintió el peligro; se arriesgaba a perderse en la espesura. Así, pues, tomó la resolución de no avanzar más y de acampar allí mismo. No tenía por qué temer que Urbano se escapara. En la noche le era imposible intentarlo; además, sabía que los itacates de los indios se habían perdido al atravesar el arroyo, y ellos, los capataces, seguros de dar alcance a los fugitivos, pensaban regresar esa misma noche, de suerte que no habían llevado provisiones consigo. Si Urbano intentaba huir, moriría en la selva. No moriría de hambre, porque, como todo indio, habría sabido encontrar las plantas necesarias para su subsistencia; pero habría de recorrer largos tramos sin encontrar ni una palmera, y para atravesar la selva no era necesario satisfacer el hambre solamente.

Ayudado de Urbano, *el Faldón* logró encender una hoguera para calentarse. Sus ropas estaban todavía húmedas del agua del arroyo y de las gotas de lluvia que caían de las ramas mojadas. *El Faldón* tomó la precaución de amarrar bien a Urbano antes de envolverse en su sarape y tumbarse junto al fuego. En el transcurso de la noche llovió abundantemente. Cuando empezó a amanecer, los dos hombres, el guardián y el guardado, se sintieron aliviados al poder continuar la marcha.

Don Acacio y uno de sus capataces, *el Pechero*, acababan de sentarse a la mesa cuando *el Faldón*, tirando del prisionero atado a su cuerda, franqueó la puerta de la oficina.

El Faldón entró al comedor.

—¿Y *la Mecha*? —preguntó don Acacio—. ¿Dónde está?

—Lo mató el de Bachajón.

—¿Y el de Bachajón?

—Lo maté… Me había atacado por la espalda.

—Vaya, dos hombres perdidos. Un capataz y un peón. La próxima vez me la pagarás. Nunca me había pasado, ¿entiendes? Perder al mismo tiempo a un muchacho y a mi mejor capataz. Además, a mí nunca se me había escapado uno. He corrido tras ellos un día, dos si era necesario; pero los he traído. ¿Trajiste al otro por lo menos?

—Sí, patrón.

Urbano aparece, con las manos atadas.

—¡Tú, acércate! —grita don Acacio sin levantarse del asiento—. Conque querías escurrirte, ¿eh? ¿Conque querías largarte y robarme?

Don Acacio parte su tortilla y la echa en la sopa.

—Yo no quería robarle, patroncito.

—Todavía me debes más de doscientos cincuenta pesos y si te salvas de pagarlos con tu trabajo, me robas. Ahora agregaré cien pesos más a tu cuenta.

—Está bien, patroncito.

—En cuanto a *la Mecha*, mi buen colaborador me debía doscientos treinta pesos. Yo me pregunto cómo podía deberme tanto. En fin, bien que le gustaba correr tras de las viejas, y como tú eres la causa de que se haya muerto y de que ahora se lo coman los zopilotes, serás tú quien me pague esos doscientos pesos. Así, pues, ¿cuánto me debes? Bueno, lo que sea, no me voy a molestar calculando, y menos durante la comida. Lo único que puedo decirte… Urbano…, ¿no es así como te llamas?, es que antes de que puedas pagar tu deuda, tú y yo seremos viejos, muy viejos; pero eso es asunto tuyo.

—Sí, patroncito.

—Anda a la cocina a que te den un bocado. Después, cuando haya yo dormido la siesta hablaremos en serio, porque lo que es ahora voy a colgarte de los pulgares y de algo más que yo sé. Veremos qué queda entonces de tu cuero. Así se te quitarán las ganas de irte otra vez, muchacho… ¡Eh, cocinero!, ¿qué pasa con mi guisado?

—¡Ahorita, jefe! —contesta el cocinero desde el jacal que le sirve de cocina.

—¿Entendiste lo que te he dicho, o es que no hablas castellano? —preguntó dirigiéndose a Urbano.

—Entendí muy bien —dice Urbano con indiferencia—. Con su permiso, patroncito —agrega, haciendo una reverencia y saliendo.

—Haz que te desate el cocinero —le grita don Acacio—. Ya te he dicho que de ésta no te salvas.

—No, patroncito —responde el indio mientras se aleja.

—Decididamente soplan vientos de rebelión por aquí —dice don Acacio al *Pechero* y al *Faldón*, que acaban de sentarse a comer—. De esto tienen la culpa mis hermanos. Han sido demasiado buenos con los muchachos y los han dejado hacer su voluntad. Resultado, menos caoba. Si la cosa sigue así, para Navidad andaremos pidiendo limosna por las calles de Villa Hermosa a los indios, a quienes habremos enriquecido a fuerza de generosidad, a fuerza de llenarles las manos de dinero. Cuando esos puercos llegan aquí, todo se les va en vagabundear o en asesinar a pedradas a mis mejores capataces, a los que yo mismo he enseñado. Pero esto debe cambiar. Ya verán lo que pasa cuando a mí se me acaba la paciencia. Ahora mismo comenzaré a demostrarles quién soy.

Este discurso, prometedor de decisiones enérgicas, no había sido pronunciado de un solo golpe. Entre cada frase don Acacio había tomado el tiempo necesario para masticar y tragar. Pausas aprovechadas, ya por uno ya por otro de sus comensales,

para aprobar con un «sí, jefe» servil las palabras de su amo.

Así trataban de testimoniar que compartían la opinión de don Acacio. En realidad eran incapaces de tener opinión personal alguna, pero les satisfacía intervenir simulando tomar parte en la discusión. Se sentían halagados de saberse por encima de los peones, que no tenían ni siquiera el derecho de aprobar.

Todo lo que a éstos se pedía era obediencia ciega, aun cuando se les ordenara arrojarse al agua con una piedra al cuello. Para el esclavo no hay más que una virtud y un derecho, el de considerar como palabra evangélica todo lo que el patrón dice. El esclavo que no practica esa virtud ni ejerce ese derecho contraviene la regla, y en esas condiciones el matarlo o torturarlo son acciones de un mérito nunca bien ponderado.

Después de comer un poco, Urbano se sentó en la cocina. Sentíase fatigado y embrutecido. Regresó a su jacal y encontró algunas provisiones que Pascasio y él habían dejado para no cargarse demasiado. Entre las provisiones encontró unas hojas de tabaco. Enrolló un cigarrillo y se sentó en cuclillas a fumarlo silenciosamente. De vez en cuando daba respuesta a las preguntas que la cocinera y su ayudante le dirigían. A medida que el tiempo pasaba su agonía crecía. Si inmediatamente llegados al campo, don Acacio o *el Faldón* lo hubieran abatido a golpes ya se encontraría tendido en el suelo o bien lavando sus heridas en el arroyo o hasta quizá acarreando trozas. «Pudiera ser —repetía mentalmente—, pudiera ser», y miraba el humo de su cigarro elevarse. «Pudiera ser…»

No sabía exactamente a qué correspondía aquel «pudiera ser». Intentaba no pensar en la amenaza de don Acacio. Tuvo la idea de escaparse nuevamente, aun sabiendo que esta segunda vez tendría muchas menos posibilidades de lograrlo. Él solo no podría hacerlo; sin embargo, se aferraba a la idea como a una tabla de salvación. Esta vez se defendería, derribaría a los capataces a pedradas o a palos. No tanto para tratar de enmendar su destino trazado de antemano, sino para hacerse matar, como lo había hecho Pascasio. Una vez muerto, don Acacio nada podría contra él. Con su cadáver podía hacer lo que quisiera. ¿Acaso importaba en aquel momento a Pascasio el ser devorado por un tigre, roído por las ratas o verse convertido en depósito de huevos de mosca? Con la desaparición de su mejor camarada, la vida le parecía sin sentido. ¿Para qué vivir? ¿Para quedarse allí, en la selva, hasta saldar sus deudas? ¿Con la sola perspectiva de ser molido a palos cada semana, o peor aún, de ser colgado? Y todo ello porque, a pesar de sus esfuerzos, no le era posible producir tanto como se le exigía. Allá, en su pueblo, él siempre había comido mal; pero aquí la cosa era peor. ¿Entonces?

La oficina, los jacales ocupados por don Acacio y los capataces, la cocina y los jacales de los muchachos, estaban agrupados en una especie de explanada al borde del río. Desde donde Urbano estaba sentado podía ver la corriente rápida y la orilla opuesta. El agua enlodada arrastraba ramas y raíces de árbol. ¿Adónde las llevaba?

Urbano lo ignoraba; y ninguno de los muchachos tenía la menor idea de ello y a nadie parecía preocuparle. Pensaba que debía terminar en alguna parte, en una región apacible y pasar por pueblos hermosos habitados por hombres amantes del prójimo. La corriente rodaba precipitadamente hacia esa región, sin duda para alcanzar más rápidamente el Edén donde reinan la paz y la bondad.

Dos semanas antes, cuando cargaba trozas con otros camaradas, un muchacho se había ahogado. Parado sobre un petatillo de ramas, trataba de levantar una troza, cuando el petatillo fue arrancado de sus amarras y deshecho por la corriente, que arrastró al muchacho. Como éste no sabía nadar dio tres tumbos y desapareció entre la espuma. Al día siguiente, como a un kilómetro de distancia, encontraron su cuerpo atorado entre las ramas. Urbano había ayudado a sacarlo, todavía recordaba la serena expresión del muerto. ¡Qué contraste entre el semblante del ahogado y el de los muchachos que regresaban después de ser azotados o colgados! Sin duda había entrevisto, aunque fuera de lejos, los pueblos encantados hacia los que se precipitaba la corriente.

Urbano se levantó penosamente, se aproximó a la orilla del río y se puso a buscar una piedra. Tan absorto estaba en sus pensamientos, que hablaba solo y en voz alta. «Si me amarro una piedra a los pies me iré al fondo en seguida. Entonces todo habrá terminado y ya no habrá más don Acacio que pueda martirizarme.»

En ese preciso instante oyó a don Acacio que lo llamaba:

—¡Eh, tú!, ¿dónde te has metido? Ven acá, que todavía tenemos algo que decirnos.

De un golpe, Urbano se olvida de todo. Su costumbre de obedecer era tal, que sus sueños se desvanecieron en el mismo instante en que sonó la voz de su amo.

Se apresura hacia la oficina.

—¡A sus órdenes, patroncito!

Don Acacio sale de la oficina con un cigarrillo en los labios y ve venir apresuradamente a Urbano. Don Acacio lleva en las manos un grueso fuete que empieza a curvarse de tanto servir. Sin dejar de caminar, se sujeta el asa alrededor del puño.

Urbano se encuentra sólo a dos pasos de él.

—Bien, indio bachajón; ahora platicaremos los dos solitos. Es necesario que aprendas, de una vez por todas, que tú no partirás de aquí antes de haber pagado hasta el último centavo de tus deudas.

De uno de esos jacales llega hasta ellos la melodía del vals *Sobre las olas*. Don Acacio se vuelve y mira a su querida en el pórtico del jacal, balanceando las caderas al compás de la música y fumando un cigarrillo.

—¡No te vayas tan lejos para hacer lo que vas a hacer, chulito! —le grita—. Las distracciones son aquí tan raras, ¡se muere uno de hastío!

—¡Cierra el hocico apestoso y métete en seguida, si no quieres que también a ti te dé una tunda! —gruñe don Acacio.

—¡Pensar que no es capaz de dejarme divertir ni con lo que nada le cuesta! ¡Lo que es yo no me quedaré aquí por mucho tiempo! —replica furiosa la mujer, metiéndose al jacal.

—Ven —prosigue don Acacio dirigiéndose a Urbano—. Para lo que vamos a decimos no necesitamos testigos. Nos iremos un poquito más lejos, a la orilla del río, allí nadie te oirá.

El jacal estaba a solo unos cuantos pasos de la orilla del río, pero el camino era lo suficientemente largo para que Urbano encontrara tiempo para hacer los planes más aviesos. Seguía a don Acacio a unos cuantos pasos. Delante de sus ojos, el fuete danzaba constantemente suspendido del asa. Por instantes el aliento aguardentoso de don Acacio le azotaba el rostro. Era cierto que cuando había ocasión Urbano bebía un trago de aguardiente, y en otro tiempo, en su tierra, a menudo había bebido más de la cuenta, cuando tenía dinero en el bolsillo; pero jamás se había sentido asqueado como ahora con el olor del alcohol. Este olor fétido no despertaba en él ningún deseo de beber, al contrario, le disgustaba horriblemente, sentía la misma sensación que el fumador que jura no volver a fumar cuando ha dado un beso a una muchacha bonita que acostumbre a consumir una cajetilla de cigarros diaria.

Llegaron al declive y lo descendieron. El enorme fuete se balanceaba ante los ojos de Urbano y su extremo parecía golpear por momentos el agua agitada. Le parecía que cortaba la corriente que se precipitaba hacia los lugares en los que él acababa de soñar; pero al mismo tiempo le traía el recuerdo doloroso de aquella noche en la que, junto con una docena de sus compañeros, lo habían colgado por los pies y azotado sin piedad porque no habían podido transportar todas las trozas que se les exigían hasta el tumbo lejano. Hacía justamente tres días de ello, y había sido aquella crueldad bárbara la que los había incitado a huir a él y a Pascasio. Ellos estaban decididos a no volver a soportar jamás suplicio semejante. Las cicatrices de su cuerpo estaban aún frescas y sangrantes. De improviso un pavor espantoso invade a Urbano. Teme los nuevos golpes que habrán de caer sobre él abriendo nuevamente sus heridas aún vivas. Teme al dolor que le espera y al que sabe no podrá sobrevivir. Un segundo después su temor se une a la desesperación y ambos sentimientos se transforman en coraje, en un coraje jamás por él sentido, en una rabia que le es desconocida, que parecía poseer a otro que no era él.

A una docena de metros del borde se levantaba un enorme tronco de árbol seco, que parecía haber perdido toda su savia y su fuerza, ya por la edad o bien por su prolongado contacto con el agua. Ni una hoja verdeaba en sus ramas, que apuntaban al cielo tristemente como brazos de grotesco espantapájaros. Era el único árbol que se veía en aquel lugar. Sobre el borde crecía una vegetación enana, hundida en la arena y

tan pobre y maltratada que se podría asegurar no sobreviviría a la próxima inundación.

—¡Vamos allá, a aquel árbol! —ordena don Acacio—. Es allí donde arreglaremos nuestras cuentas. Por lo menos ahí estaremos tranquilos, sin testigos, lejos del cacareo de aquellas putas que se imaginan que para nosotros todo es placer y distracción y que tenemos montones de dinero.

Urbano se adelanta en dirección del árbol.

—¡Con un demonio! ¡Que el diablo me lleve! ¡Se me olvidó lo principal! —grita furioso don Acacio—. Imposible que tú solo te detengas por las patas si no te amarro. Anda, regrésate y tráeme un lazo.

Urbano monta el declive rápidamente, ayudándose con pies y manos. Dos minutos después regresa con el lazo. A medio camino vacila dos segundos. El agua del río corre allá abajo tan libre, tan independiente, sin que nadie la golpee, sin que nadie la martirice, y el tronco de árbol tiene un aspecto tan miserable, sugiere una tal desesperación…

Urbano cierra los ojos dolorosamente. Recuerda el horrible suplicio en la noche, mira los jirones de carne que saltan sangrantes a la cara de los desventurados entrándoles por la boca cuando la abren para aullar, para gemir. Aunque solo sean los jóvenes los que gritan. Los muchachos de más edad se conforman con encogerse, con hundirse bajo los golpes. No acostumbran exteriorizar sus sufrimientos o pedir misericordia. Por esclavos que fueran, eran demasiado orgullosos para eso. Gemían silenciosamente y los solos sonidos que emitían eran de odio. Mientras más sufrían más odiaban y mientras más odiaban menos sentían su dolor y más sus almas se iluminaban pensando que un día, tal vez lejano, pero que seguramente llegaría, podrían devolver golpe por golpe y con creces, aunque tuvieran que pagar con la vida esa venganza tan deseada.

Urbano sigue vacilando. Piensa que aquel tronco seco se verá en diez minutos salpicado por su sangre. Aprieta los labios y entrecierra los ojos.

Se encuentra a solo diez pasos del árbol. Don Acacio, recargado en él, enrolla un nuevo cigarrilo. En el suelo, a dos metros del tronco, Urbano descubre una piedra grande, como la cabeza de un hombre.

La mira largamente y recuerda que su amigo Pascasio se había armado de una piedra semejante para romper el cráneo de *la Mecha*; pero casi al mismo tiempo vuelve a su mente el pensamiento que lo había obsesionado media hora antes, cuando soñaba en los sitios apacibles hacia los que la corriente debía precipitarse. Sus manos se crispan como si quisieran quebrantar su voluntad. Se inclina a recogar la piedra, piensa atársela a un pie y caminar hundiéndose en el agua hasta perder el fondo.

Es necesario hacerlo, es preciso hacerlo en aquel momento. Su respiración es agitada. Lentamente se aproxima a la orilla. Sí, es necesario obrar inmediatamente, un instante más tarde ya no podrá hacerlo. Si se decide, el tronco lúgubre no se verá regado por su sangre.

Deja escapar el aliento contenido y dice: «¡Sí, ahora!»

—¿Qué estás gruñendo ahí? —pregunta don Acacio—. Por fin regresas con el lazo. Anda, párate allí, con la cara contra el árbol, y levanta las manos.

Don Acacio enciende el cigarrillo que acaba de enrollar. El viento empieza a soplar bruscamente. Sopla a lo largo de la orilla del río con creciente violencia. Don Acacio ha quemado ya tres cerillos sin lograr encender el cigarro. Dice una maldición. Ensaya nuevamente. Da dos pasos hacia atrás como para dejar pasar a Urbano. Al retroceder, se cubre con una mano parte de la cara y con la otra sostiene el cerillo que acaba de encender. Tiene los ojos fijos en el cigarrillo y en la flamita vacilante, que parece gozar dejándose llevar por el viento antes de hacer su oficio.

Urbano tiende el lazo a don Acacio. Al mismo tiempo ve el fuete pendiente del puño de su verdugo. Con gesto instintivo, irreflexivo, da un puñetazo violento contra el brazo de su enemigo y lo proyecta contra el árbol. La cabeza de don Acacio golpea fuertemente el tronco.

Por una fracción de segundo, Urbano queda estupefacto. Pero inmediatamente se repone y comprende que ya no puede retroceder; acaba de rebelarse, y aquel puñetazo se lo harán pagar con la muerte después de sufrimientos espantosos.

Más que sus reflexiones y sus sueños es el terror el que lo guía, el que lo obliga a llevar hasta el final lo que ha iniciado.

Don Acacio continúa con las manos frente a la cara. Por fin ha podido encender su cigarrillo. No se da cuenta inmediatamente de que el indio lo ha golpeado, tiene la impresión de que Urbano ha resbalado en algún agujero y se ha prendido de su brazo para no caer. Si hubiera comprendido la realidad, tal vez se habría salvado; pero Urbano obra con la rapidez de la que sólo es capaz un indio, cuyas manos y brazos se hallan habituados, desde la infancia, a luchar contra las trampas de la selva y a derribarlas con golpe seguro.

El día anterior Urbano había aprendido, a expensas suyas, cómo es posible atar a un árbol a un hombre sin que la víctima pueda oponer ni la menor resistencia, siempre que se disponga de un buen lazo.

Don Acacio no tuvo ni tiempo ni intención de bajar las manos cuando su cabeza golpeó el tronco del árbol. Inmediatamente se las vio fuertemente atadas contra éste. Fue solo entonces cuando don Acacio tuvo la clara visión de lo que ocurría. Lanza una patada a la pierna de Urbano; pero éste lo ha previsto, y ya para aquel momento es lo único que don Acacio puede intentar. Con rapidez y agilidad felina le rodea el tronco, le pasa una lazada por los muslos, tira de la cuerda, aprieta los nudos, pasa una nueva lazada alrededor del prisionero y le inmoviliza la cabeza.

Ahora don Acacio comprende que está perdido. Aunque hubiera prometido a Urbano darle toda la montería a cambio de su vida, el indio no habría renunciado a su propósito. Tenía demasiada experiencia para creer en palabras de ladino. En otros

países un proletario puede todavía creer en la palabra de un policía, si el policía le promete dejarlo en paz. Pero los proletarios indios han tenido con policías y dictadores experiencias demasiado amargas para tener fe en sus palabras o en la de sus amos o secuaces.

Don Acacio sabía bien que el indio obraría hasta el final. Porque aun en el remoto caso en que a un capataz se le hubiera ocurrido aproximarse a aquel sitio, Urbano le habría partido el cráneo o estrangulado, antes de que aquél pudiera socorrerlo.

No obstante, a pesar de la situación desesperada, don Acacio no perdió la cabeza. No pidió compasión, como no la pedían los muchachos cuando los azotaban o los colgaban. Personalmente, él nunca había golpeado a Urbano, nunca lo había pateado, como tenía costumbre de hacer con todos sus inferiores. Ni siquiera habíase percatado nunca de la existencia de Urbano, que pertenecía al campo de su hermano Severo. Era la primera vez que lo veía, que tenía algo que ver con él, y ello porque el indio se había fugado y era necesario hacerle una advertencia saludable; pero sabía que de los tres hermanos y sus capataces, era él, don Acacio, a quien se odiaba con más encono. No le hubiera sorprendido que uno de sus hombres, con el rencor que le tenían el chamula Celso o el boyero Santiago o Fidel o Andrés, el más inteligente de todos, le hubiera esperado en la espesura para acabar con él a traición. Pero el hecho de que un gusano infeliz y amedrentado como Urbano lo tuviera en su poder y fuera a matarlo, era algo que no podía soportar. Su rabia era tal, que olvidando la situación en que se hallaba, y aprovechando la circunstancia de que aún tenía libre la boca, usó de esa libertad, no para pedir auxilio, porque hubiera sido rebajarse el hecho de pedir auxilio en contra de un indio piojoso, y ello habría acabado para siempre con su prestigio en la montería. Los muchachos y los capataces se habrían reído a sus expensas. Los últimos, sobre todo, y más cuando estuvieran borrachos, nc se detendrían para llamarle maricón. En la montería solo había hombres. Los maricones temerosos de los suplicios y los golpes no existían allí.

Don Acacio dio salida a su rabia gritando:

—¡Perro asqueroso, hijo de puta! ¿Qué es lo que vas a hacer? ¿Te imaginas que porque me has amarrado me voy a quedar sin darte tu merecido? Espera un momento, ya verás tú cómo me suelto…; pero, ¡con un demonio!, yo te aseguro que después ya podrás implorar a la Virgen y a todos tus santos. ¡Ahora, desgraciado, desátame!

Urbano se echa a temblar de miedo. Sabe perfectamente que don Acacio se encuentra sólidamente atado y, sin embargo, piensa en que podría desatarse por medio de alguna forma mágica o con la ayuda del diablo. Se siente delante de él como un cazador ante un tigre caído en la trampa y encadenado y que teme que el animal, en un esfuerzo desesperado, pueda romper sus ligaduras y saltar sobre él.

Urbano permanece perplejo durante un segundo, con los ojos fijos en el río que corre a algunos pasos del borde arenoso.

Nuevamente don Acacio grita:

—¿Me vas a desatar, perro? ¿Sí o no?

Bruscamente Urbano se lanza sobre él, le quita la pistola que lleva al cinto. Él nunca había tenido un arma de fuego y no sabía cómo servirse de ella. La sostiene con las dos manos, recarga el cañón contra el cuerpo de don Acacio; pero no sabe con qué mano o con qué dedo oprimir el gatillo. Finalmente, lo oprime; pero el tiro no parte porque el arma tiene puesto el seguro.

—¡Y es un imbécil como tú el que pretende matarme! —exclama don Acacio. Y la risa que sigue a su exclamación es amarga, porque sabe muy bien de la vanidad de sus esfuerzos por librarse.

Urbano tira el revólver, que describe un amplio círculo antes de caer en la arena.

Los dos capataces y la favorita de don Acacio se encuentran sentados en la oficina.

Algunas de las voces de don Acacio llegan hasta ellos, pero indistintas y apagadas.

El Faldón dice al *Pechero*:

—Algo debe estar ocurriendo. Por mi madre que no quisiera yo estar en el pellejo de Urbano. Oye nada más cómo ruge Cacho.

—De buena gana me aproximaría un poco para ver algo —dice la mujer.

—Más vale que no lo haga, señorita —aconseja *el Faldón*—, porque si don Cacho se da cuenta no le va a gustar. A nosotros no nos gusta que nos miren, ya don Cacho se lo debe haber dicho.

—¿Pero es que aquí no se puede tener ni la menor distracción?

—No, señorita, y créame que para nosotros eso no es una diversión. ¡Mal rayo! Ahora que me acuerdo, mañana tendremos que levantarnos a las tres de la mañana… Yo me pregunto siempre: ¿qué he venido a hacer en este desierto, en el que solo encuentra uno caca de rata, y de vez en cuando un poco de alcohol y carne?

Se levanta y se dirige al jacal que sirve de dormitorio a los capataces.

En ese momento se oye un grito agudo que llega del ribazo; pero él sólo llama la atención de Martín Trinidad, uno de los descamisados contratados por don Gabriel, que acaba justamente de llegar a la oficina para cambiar su hacha usada por una nueva.

Se aproxima a la pendiente; llega casi al borde y tirándose al suelo empieza a avanzar arrastrándose para no ser visto, porque sabe lo malo que es dejarse ver en un sitio en el que se distribuyen azotes. Escondido tras unas matas estira el cuello prudentemente. Desde allí puede ver muy bien una gran parte de la orilla del río.

Urbano recoge la piedra y camina en dirección a don Acacio.

—Tú no harás eso, perro —ruge don Acacio.

—No —responde Urbano—. No, eso sería demasiado bueno para ti, demasiado bueno para un ladino desalmado.

Urbano deja caer la piedra. Don Acacio respira aliviado. Pero Urbano lanza una mirada al río y descubre algo que don Acacio no puede ver porque tiene la cara vuelta hacia la pendiente. Se da cuenta simplemente de que Urbano abre la boca y una sombra de crueldad pasa por sus ojos.

Urbano, encogiendo los hombros y caminando sobre las puntas de los pies, penetró en el agua como quien trata de sorprender y capturar un animal. Tal vez a alguna serpiente.

Pero no, no era una serpiente, era una rama provista de espinas largas como un dedo y duras como el acero. Flotaba avanzando, retrocediendo, aproximándose y alejándose del borde. Urbano dio un salto y con movimiento rápido la atrapó antes de que la corriente la arrastrara. Después, aproximándose a don Acacio, se la puso ante los ojos.

—¿Ves estas espinas, verdugo? —dice entreabriendo los ojos con un remedo de sonrisa.

—¡Por la Virgen! ¿A qué hora vas a desatarme?

—Dentro de un minuto serás libre, verdugo —dice Urbano quitando una larga espina del tallo.

Después la toma fuertemente entre sus dedos y la aproxima tanto a la cara de don Acacio, que éste la siente sobre su mejilla.

—Con esta espina te voy a sacar los ojos de bestia feroz; así ya no podrás ver jamás cómo azotan y cuelgan a los muchachos. Así, jamás volverás a ver la luz del sol ni la cara de tu madre.

—¿Te has vuelto loco, muchacho? —pregunta don Acacio, que ha palidecido súbitamente.

—Nosotros, los muchachos, todos estamos locos. ¡Ustedes nos han vuelto locos!

—Sabes muy bien que te fusilarán o te ahorcarán.

—No habrá quien pueda fusilarme, ni ahorcarme, ni siquiera azotarme, porque hasta esa venganza voy a robarte. Porque cuando haya hecho lo que tengo que hacer me tiraré al río, y ya pueden venir a buscarme.

—¡Por la Virgen, muchacho!, no hagas eso, mira que te irás al infierno. Por todos los santos, no lo hagas.

Don Acacio había dulcificado la voz para pronunciar aquellas palabras.

De pronto Urbano, como temiendo flaquear, o tal vez pensando que pudieran venir en auxilio de don Acacio se lanza sobre él.

Don Acacio lanza un grito penetrante, un grito que no es de dolor, sino de horror, de terror loco. Por primera vez en su vida ha sentido miedo.

Sin inmutarse, Urbano se lanza una segunda vez contra él. De las órbitas de don Acacio empieza a manar sangre. Él dobla hacia atrás la cabeza para que la sangre no le penetre por la boca y murmura:

—Madre Santísima, Madre de Nuestro Señor…

Urbano se vuelve y descubre la cabeza de un hombre inmóvil que lo mira.

Rápidamente desata la cuerda que le sostiene los calzones desgarrados, recoge la piedra, se la coloca dentro del calzón, después se ata los muslos por debajo de las caderas para evitar que la piedra se salga y, sosteniéndose la pretina con ambas manos, se lanza al agua. La corriente lo envuelve, varias veces aparece y desaparece en medio de la corriente. Una vez más aparece su cabeza y finalmente se pierde.

Cuando está seguro de que Urbano ha desaparecido, Martín Trinidad sale de su escondrijo, desciende hasta la orilla con precaución y con todo sigilo se aproxima a don Acacio, a quien contempla largamente. Descubre el revólver tirado en la arena, lo recoge y se lo esconde entre los pliegues de la camisa. Después, aproximándose cuidadosamente a don Acacio, le quita la cartuchera. Don Acacio no hace ni el más leve movimiento, no dice ni la menor palabra. Posiblemente no tiene conciencia de la presencia de un ser humano cerca de él.

Martín Trinidad esconde la cartuchera sujetándosela por debajo de la camisa. Después se aleja rápidamente bordeando la orilla hasta perderse de vista. Cuando está seguro de que nadie puede mirarlo, saca la cartuchera y la entierra en la arena. Camina cincuenta pasos más, inspecciona bien el sitio para poder reconocerlo más tarde y esconde el revólver. Después trepa hasta la explanada, pero a bastante distancia del sitio en que se encuentra el jacal más lejano del campamento, y hacia éste se dirige, recogiendo al pasar el hacha, que ha dejado recargada contra un tronco. Llegado al depósito de implementos pide al *Faldón* que le cambie el hacha deteriorada por una nueva.

—¿Dónde está la vieja? —pregunta *el Faldón*.

—Mírela, está toda mellada.

—¡Mal rayo! Hay que ver. *Made in Germany*. Esto no vale un cacahuate, parece de hoja de lata. Vaya, ¡hecha en Alemania! Mira, toma esta otra; no es nueva, pero es americana y durará más. Lo que es la otra no cortaría ni una rebanada de queso sin doblarse. Vaya porquería. Era parte del equipo de la compañía que trabajaba antes que nosotros; aquéllos eran unos pobres diablos que nada sabían de hachas o de machetes. Compraban cualquier porquería, por eso quebraron. Dime, ¿cuántas toneladas tumbaste ahora?

—¡Hum! No creo que lleguen ni a tres.

Una vez hecho el cambio, *el Faldón* lo anota cuidadosamente en el libro inventario. Permanece algunos instantes más en la bodega para encargar al cuidador que engrase las hachas y frote los cueros para evitar que la humedad los perjudique.

—¡Vaya una pocilga! ¿A qué dedicas todo el día? Mira nada más, hay hongos por todos los rincones; las clavijas tienen un kilo de moho. Me gustaría hacerte trepar a un árbol sirviéndote de ellas para ver cómo te rompes la cabezota, así no olvidarías

que hay que engrasarlas.

—Pero jefecito, ¿qué quiere usted que yo haga para que los hongos no crezcan, cuando llueve continuamente? Nada alcanza a secarse, y luego, para engrasar las cosas, sería necesario que me dieran la grasa…

—¡Cierra el hocico si no quieres que te lo rompa!

El Faldón se aproxima a la puerta, inspecciona el cielo y mira que un nuevo aguacero se aproxima, y se alegra para sí de encontrarse aquel día de guardia en el campo en lugar de tener que andar vigilando a los leñadores. Se aproxima rápidamente al jacal, pero se detiene a mitad del camino.

«¡Caray! —se dice en voz alta—. Me parece que Cacho prolonga demasiado la tunda. Hace más de hora y media que comenzó.»

Se vuelve en dirección del río e intenta encaminarse hacia la pendiente para ver lo que ocurre; pero se detiene.

«Después de todo, no es cosa que deba importarme el que le caliente el cuero más o menos a ese canalla; esa es cuestión suya. De lo que yo me alegro es de que no me haya encargado de hacerlo, porque estoy deshecho, siento que ya no puedo más…»

Empiezan a caer gruesas gotas, seguidas inmediatamente de una verdadera tromba. Aunque el jacal no se hallaba a más de veinte pasos, *el Faldón* llega calado hasta los huesos. Alcanza el pórtico y sacude el agua de su sombrero.

«Eso me saco por ocuparme de lo que no me toca.»

La lluvia cae con creciente violencia. Súbitamente *el Faldón* se siente invadido por un sentimiento de inquietud. Sin dejar el pórtico, se vuelve hacia el río y escucha atentamente con la vista clavada en la pendiente, esperando a cada instante ver aparecer a don Acacio.

«¡Con un diablo! —murmura—; tal vez no estaría de más ver lo que hacen.» Se tapa con la manga y se pone el sombrero mojado. Cuando llega precisamente al borde de la pendiente, se percata de que no es Urbano sino don Acacio el que se encuentra atado al árbol. Lo reconoce por sus vestidos, que no dejan lugar a duda. Don Acacio tiene la cabeza inclinada, la barba apoyada sobre el pecho y los largos cabellos negros caídos sobre la frente. Hace esfuerzos inútiles para deshacerse de sus ligaduras, pero visiblemente carece de fuerzas para luchar.

El Faldón le oyó llamar:

—*¡Pechero, Faldón!* ¡Por todos los diablos! ¿En dónde está ese par de mulas flojas?

Era evidente que la distancia y el ruido de la lluvia habían evitado que sus gritos fueran escuchados en la oficina.

El capataz baja corriendo la pendiente.

—Vaya, ¡al fin viene alguno! ¡Pandilla de bandidos! Mientras yo estaba en las garras de ese salvaje, ustedes se rascaban la barriga.

El Faldón lo desliga y lo ayuda por los hombros a enderezarse. Cuando don Acacio se yergue, los cabellos que cubrían su frente se apartan de ella dejándole el

rostro al descubierto.

—¡Por Nuestra Santísima Madre, jefe!, ¿qué le pasó?

Loco de espanto, *el Faldón* se persigna varias veces.

—Ahora es cuando se te ocurre venirme a preguntar qué me ha pasado. ¡El bandido me sacó los dos ojos! Y, naturalmente, se ha escapado. Pero ya lo cogeremos y sabrá lo que esto va a costarle. Andando, todos a caballo, que no se nos vaya… ¡Me fregó, me fregó sin remedio!

Busca inútilmente su pistola. Se palpa la cintura en pos de la cartuchera.

—¡El muy pendejo me quitó todo, hasta la cartuchera!… O a la mejor anda tirada en el suelo —moviendo los pies trata de encontrarla entre la arena.

—No, jefe, ni la pistola ni la cartuchera aparecen.

—Entonces, ese desgraciado se las llevó.

—Probablemente, jefe; eso es lo más seguro. Todavía nos costará trabajo atraparlo, pues no se parará a pensar para dispararnos.

—Vaya, vaya, ahora vas a temblar de miedo ante un indio piojoso. Tráiganmelo nada más y verán cómo lo estrangulo con mis propias manos.

—No debe estar lejos, jefe; con esta lluvia es imposible avanzar y además tiene muchas probabilidades de empantanarse.

Durante este coloquio, *el Faldón* había llevado a don Acacio hasta la oficina y lo había ayudado a sentarse. *La China*, al ver a su amante en aquella condición, se había precipitado hacia él gritando:

—¡Ay, pobrecito de mi hombre! ¡Salvajes! ¡Éstos no son cristianos, son bestias feroces! Pero yo no te dejaré jamás.

Don Acacio, nervioso, rechaza violentamente a la mujer.

—¡Cierra el hocico, tal por cual! Déjame en paz con tus bondades, que son otras muchas cosas las que me preocupan.

—Pero amorcito mío, si lo que yo quiero es consolarte —dice la muchacha con voz plañidera.

—Yo no necesito de tus consuelos, puerca; lo que quiero es que te vayas de aquí y no me estés fastidiando.

La mujer se tumba en la cama y empieza a lloriquear y a quejarse en voz lo suficientemente alta para que don Acacio la oiga.

—*¡Faldón!* —grita don Acacio.

—Saca de aquí a esta perra, porque no quiero oírla aullar. Échala al río o haz lo que quieras, pero líbrame pronto de ella.

Se levanta y camina torpemente con las manos tendidas en busca de una botella; pero como no la encuentra, piensa que con toda maldad le han cambiado las cosas de sitio.

—¡Con un diablo! ¿Dónde han metido la botella de comiteco?

—Aquí está, jefe.

El Faldón le tiende la botella, que él toma y vacía de un solo trago. Después la

lanza con todas sus fuerzas, sin preocuparse de lo que le rodea.

—Lo que no paso, lo que no soporto, es que un puerco piojoso de esta especie haya podido conmigo, con Acacio. No, eso no, eso jamás.

Se golpea la cabeza contra la pared, da unos cuantos traspiés, tropieza con una silla y cae cuan largo es. Al levantarse vuelve a tropezar con la esquina de la mesa. Su furor no tiene límites y grita fuera de sí:

—Ahora no sirvo para nada, absolutamente para nada.

—Tranquilícese, jefe —dice *el Faldón*, aproximándose a él con algunas vendas sacadas de una camisa vieja y un jarro de agua caliente en la que ha vertido unas gotas de alcohol—. Siéntese en esa silla, jefe; en la que está atrasito de usted, y déjeme que lo cure.

Don Acacio se vuelve, coge la silla y la azota con tal fuerza sobre el piso, que la rompe.

—¿De qué me han de servir tus curaciones? Más valía que hubieras llegado a tiempo. Ahora nada necesito, bien puedes ponerte las curaciones en las nalgas.

Se aproxima a la cama, sobre la que se encuentra la india tumbada, y la oye llorar en voz baja.

—¿Todavía estás ahí, puerca? Ahora mismo haré que te echen al río. Anda, levántate —agrega, aproximándose con el puño en alto; pero la muchacha lo esquiva.

Cuando se da cuenta de que se le ha escapado tiene clara noción de su impotencia.

—¡Pensar que ni siquiera le puedo romper el hocico a esta perra que tanto lo merece! ¡Pensar que en adelante tendré que vivir así siempre, dejando que hasta los perros me meen, y todo por culpa de ese pendejo bachajón!

Busca la puerta.

—¿Qué están secreteándose ustedes? —pregunta al *Faldón* y a la mujer, que hablan en un rincón tratando de encontrar la mejor forma de calmarlo y de hacer que se acueste.

La india se hace cargo de su estado y está decidida a no abandonarlo.

—¡Mal rayo! ¿Tan pronto se han entendido? ¡Ahora sí que estoy bueno! Apenas se dan cuenta de que para nada sirvo y ya están a dos pasos míos, en mi propia cara, haciendo sus cochinadas.

—Pero, Cacho, amorcito mío —protesta la mujer con voz tierna—. Yo te quiero, y si me dejas estaré siempre contigo.

—Te quedarás por lástima, perra. Yo no quiero tu compasión, ¿entiendes? ¿Dónde está la botella?

—Mi vida, ya has bebido bastante; sé razonable y vente a acostar. Yo te ayudaré.

—No te me acerques o te estrangulo, desgraciada.

—Bueno, pues aquí estoy, estrangúlame si quieres.

Don Acacio la oye levantarse y le golpea la cara. Después, cerrando violentamente la puerta que divide los dos cuartitos del jacal, hace pasar en seguida el

travesaño para atrancarla y quedar solo.

El Faldón y la mujer pegan la oreja a la puerta y oyen que don Acacio se acuesta.

—¡Gracias, Santísima Madre! Por fin se acostó. Cuando se levante estará más tranquilo y verá las cosas de otra manera.

El Faldón suelta una risita zumbona y la mujer comenta:

—Ya se tranquilizará y comprenderá que se puede vivir ciego y hasta ser feliz.

Los dos se ocupan de poner un poco de orden en la pieza.

—Sería bueno ensillar un caballo, *Faldón*, y que fuera usted a avisar a don Félix. O tal vez fuera mejor advertir a don Severo.

—Don Severo está en el campo principal, que queda menos lejos de aquí; pero ya es muy tarde. Iré mañana a primera hora.

En esos momentos oyeron sonar un tiro. Los dos se precipitaron sobre la puerta cerrada por don Acacio y lo hallaron con un balazo en la cabeza.

—¡Por Dios santo! ¿Pero de dónde sacó la pistola? —grita la mujer espantada—. Si yo tuve buen cuidado de no dejar alguna a su alcance en la oficina.

El Faldón se aproxima a un baúl de madera con travesaños de fierro que se encuentra abierto cerca del cadáver. Dentro de él se ven cartas, documentos, algunos libros, algunos saquitos llenos de monedas, dos revólveres cargados y seis cajas de cartuchos.

—Ahora sé por qué quiso acostarse —dice la india—. Era solamente para esto. Desgraciadamente yo no sabía que aquí tenía una pistola. Jamás, en los dos años que llevo con él, se me ha ocurrido meter la nariz en sus asuntos. Créame, *Faldón*, yo lo quería mucho.

La mujer se arrodilla, acaricia la cara del muerto y con la ayuda del capataz lo coloca correctamente sobre la cama.

—Sí, yo lo quería mucho —repite—; lo quise desde el primer día.

Llora desconsoladamente y permanece arrodillada sosteniendo la mano de don Acacio entre las suyas.

El Faldón se aleja. Entonces ella va en busca de una jarra con agua y de una toalla y se aplica al arreglo del muerto. Le cruza las manos sobre el pecho. Se quita el crucifijo que lleva pendiente del cuello y se lo coloca. Finalmente, tira de la cama hasta colocarla en medio de la pieza, y pone cuatro ceras sobre sillas y cajones. Se cubre la cabeza con un chal negro y se sienta llorando y haciendo pasar maquinalmente entre sus dedos las cuentas de su rosario.

VIII

Don Severo y don Félix llegaron para asistir al entierro de su hermano. Lo sepultaron en el cementerio destinado a los muchachos que morían en el campo. Las tumbas eran todas iguales, pero tratándose de un personaje tan importante como don Acacio, había sido necesario levantar una cruz más grande y encerrar la tumba en una especie de jaula suficientemente fuerte para evitar que los zopilotes llegaran a buscar el cadáver. Para mayor seguridad, se había recubierto el lugar con piedras.

Llegados a la oficina, don Severo pregunta:

—¿Vieron los muchachos lo que ocurrió a don Acacio?

—No hubo quien lo viera y nosotros nada hemos dicho —contestan *el Pechero, el Faldón* y la mujer.

Los muchachos se enteraron de la muerte del patrón aquella tarde en la cocina, por boca del cocinero y de su mujer. Pero el cocinero ignoraba las circunstancias de la muerte de don Acacio. Así, pues, aquella misma noche empezó a correr el rumor de que don Acacio había tenido un fuerte altercado con su mujer, que ésta había cogido una pistola y que cuando él trataba de quitársela el arma se había disparado.

En la noche, don Severo dijo a la mujer, a los capataces y a don Félix:

—Guarden la cosa en secreto. Si los muchachos llegan a sospechar algo de la verdad, ello sería peligroso para todos nosotros, porque estas cosas resultan contagiosas. Si los muchachos se enteran es posible, podría decir seguro, que imiten a Urbano. Debo decirles, además, que he recibido cartas con noticias poco halagüeñas. Los diarios que llegan permanecen mudos, nada dicen porque solo pueden publicar lo que el viejo cacique quiere. Es no sólo el amo del país, también manda en los periódicos y en los libros. Pero las cartas son menos prudentes y ellas dan bastante en qué pensar. Además, en los periódicos mismos se puede leer entre líneas. Aquí dice que han cogido a tres maestros y los han mandado a Veracruz o a Yucatán. Allá se sabe de otros dos maestros metidos a un cuartel y de quienes nada ha vuelto a saberse. O bien, se trata de todos los hombres de algún pueblecito de Morelos a quienes los rurales del viejo se llevaron sólo Dios sabe a dónde y que después se hallaron a más de veinte colgados en el camino. Se sabe de trenes descarrilados y de bombas que han hecho explosión en la Jefatura de policía de Puebla. En Monterrey cogieron un coche cargado de volantes incitando a la rebelión. El cochero, quien tal vez era inocente, fue fusilado allí mismo. Ésas son las últimas noticias. No se necesita ser un gran profeta para decir que todo está a punto de reventar. Si el trono del viejo vacila y se hunde, la República entera arderá. Y como durante largos años las gentes no han aprendido a pensar, porque pensar está prohibido, las cosas arderán hasta que todos nos hayamos consumido.

Don Félix tose y dice:

—Todo esto es cierto, hermanito; pero nosotros ya lo sabíamos cuando vinimos a Villa Hermosa y compramos estas monterías.

—Cierto —replica don Severo—. Pero ahora las cosas parecen ser más serias. El desorden se siente próximo: por eso les aconsejo, particularmente a ti, Félix, y a ti, *Pícaro*, y a ustedes, *Gusano* y *Pulpo*, que aflojen un poco las riendas. Traten a los muchachos un poco mejor. Hay algo en el ambiente que no me gusta. El atentado de Pascasio contra *la Mecha*, el crimen cometido por Urbano en la persona de Acacio son cosas nada alentadoras. Hace seis meses nadie habría osado levantar ni el dedo meñique, en tanto que ahora tienen la audacia de atacar y de matar. Hablando francamente, amigos, creo que estamos sentados en un barril de dinamita. Basta acercar una chispa para que todos volemos. Entonces nada quedará de nosotros, ni un pelo de nuestra barba. Si alguna vez el ruido empieza en alguna de las fincas cercanas y si alguno de los muchachos de allá se llega por acá, deberemos considerarnos afortunados si nos queda tiempo de hacer lo que don Cacho hizo ayer.

—Bien, jefe —dice *el Pícaro*—; pero entonces, ¿qué hacer? ¿Salvarnos?

—Claro que no, cabeza de burro. ¿Crees que vamos a perder nuestro dinero así como así? Todavía tenemos muchos millares de toneladas de madera listas para echar al agua. No es precisamente para pagar adelantos a esos cochinos indios para lo que nosotros hemos trabajado.

—Entonces denos usted sus instrucciones, don Severo —responde *el Faldón*.

—Pero si ya se lo he dicho: durante algunas semanas váyanse despacito, aflojen las riendas. Si los muchachos no pueden darnos cuatro toneladas confórmense con tres y hasta con dos si es necesario. Los seguirán amenazando como antes, pero nada de azotes ni de suspensiones inútiles por el momento. Ya volverán, esténse tranquilos, los días en que podremos exigir las cuatro toneladas diarias; pero no será sino después de la inundación. Mientras tanto dejemos que la atmósfera se aclare en todo el país. Hasta será posible que el chiquito Madero entre en razón. Es un enano que apenas alcanza al borde de una mesa. Pero es quizá por eso mismo que ha tenido éxito encendiendo el fuego en el asiento del sillón del viejo, que está a punto de saltar y caer con el trasero chamuscado.

—¿Por qué no lo han encarcelado? —pregunta don Félix.

—¿Por qué? ¿Por qué? Si ya ha estado en la cárcel durante seis meses, y, naturalmente, el enano ha ganado así, de un golpe, centenares de partidarios y adoradores. Ha sido necesario que el viejo lo mande soltar, porque sin ello sus amigos habrían forzado las puertas, regado petróleo y prendido el fuego, que pronto cundiría por todos lados. ¿Qué puede el viejo cuando en cada rincón hay un tipo con una bomba de dinamita, cosa fácil de conseguir con los mineros? Yo no sé lo que pasaría aquí si nosotros también necesitáramos dinamita para nuestro trabajo.

—¡Ah! —dice *el Chapopote*—. Usted está nervioso por lo que acaba de pasar, don Severo, pero eso a nosotros no nos intimida fácilmente.

—Claro, *Chapopote*, di lo que quieras, que al cabo tú nada tienes que perder, como no sean tus calzones agujereados; pero no es lo mismo con mi hermano o conmigo. Nosotros hemos invertido aquí todo nuestro dinero, todo cuanto hemos

podido hacer en quince años de trabajo duro. En todo caso a ustedes les bastará hacer lo que les digo. Durante algún tiempo hay que aflojar. Eso es todo, ¿entienden?

Don Félix va en busca de dos botellas y llena los vasos para dar a la sesión un cariz más simpático.

Don Severo se levanta y se dirige hacia los jacales habitados por ellos.

—¿Y ahora qué vas a hacer, Áurea? —pregunta a la viuda—. En este tiempo de aguas es imposible que te vayas, porque te empantanarías con todo y caballo, y aunque te salvaras de ello, sería imposible que atravesaras los ríos. Las aguas están crecidísimas y te arrastrarían como a una brizna de paja.

La mujer se hallaba tendida en el lecho, llorando abundantemente. Tenía los ojos enrojecidos. Al oír hablar se enderezó y se sentó a la orilla de la cama.

—No sé qué hacer, nada me importa, todo me es igual.

Se deja caer sobre la espalda y vuelve a sollozar.

—No es necesario que armes tanto lío —le dice don Severo consolándola a su modo—. No había día en que no se tiraran de los cabellos o se llenaran de injurias. ¿Es cierto?

—Sí, es verdad —dice Áurea entre dos sollozos—; es verdad que peleábamos constantemente, pero yo lo quería y él también me quería a mí. Él había prometido llevarme a España y casarse conmigo cuando tuviera dinero suficiente.

Don Severo aproxima una silla.

—¡Qué sabes tú! A lo mejor llegando a Villa Hermosa se deshacía de ti. Además, ¿de qué te sirve hablar ahora? Él ya está bajo tierra y nosotros no tenemos tiempo que perder recordándolo. Por eso quiero decirte una cosa.

La muchacha deja de sollozar, sintiéndose reconfortada pensando que, a pesar de todo, hay alguien dispuesto a ayudarla.

—Sí, Áurea, necesito decirte algo —repite don Severo—. Tú no puedes quedarte aquí sola, caerías entre las patas de algún capataz puerco, a menos que alguno de ellos te guste.

—No hay uno siquiera que merezca que yo le escupa a la cara.

Durante algunos segundos Áurea olvida su pena, cuando oye decir a don Severo:

—En ese caso, Áurea, lo único que te queda es venir conmigo.

—Pero don Severo, usted ya tiene a dos mujeres en su casa.

—Es cierto; pero si puedo con dos mujeres no veo la razón para no poder con una tercera.

—Sí, nada más que las dos muchachas que usted tiene me arrancarán los cabellos.

—Ése es asunto mío. ¿Crees tú que yo voy a dejarlas que lo hagan?

—Claro que no, don Severo; usted es el amo y cuando usted habla no hay más que obedecer.

Sollozó una o dos veces más; pero era visible que estaba dispuesta a reconciliarse

con su destino. Además, ¿de qué le habría servido prolongar su duelo? La vida es demasiado corta para llorar eternamente a un hombre que no regresará jamás. Se muere y el mismo día ya nadie piensa en él.

Lo perdido, perdido está sin remedio. Al día siguiente será más difícil encontrarlo que el anterior, y así sucesivamente. Es necesario gozar de la buena suerte cuando ésta se halla presente, porque en su próxima aparición será menos bella y menos fresca.

Áurea tenía demasiada experiencia para saber que las mujeres pueden consagrar menos tiempo que los hombres al pasado y a los muertos. Porque si bien es cierto que sus goces son más numerosos, éstos duran menos.

Áurea responde con la voz doliente de un mártir:

—Si usted lo ordena, me iré a su casa y haré lo que usted quiera.

—Yo no doy órdenes, Áurea —protesta don Severo con voz paternal.

Ella se aleja de él, se acuesta sobre el lecho y empieza a peinarse la cabellera en desorden. Aquella ocupación le permite reflexionar disimuladamente sobre las ventajas de la proposición de don Severo.

—Yo sé bien que usted no da órdenes, don Severo —dice sollozando de nuevo.

Decididamente ella no podía rechazar tan pronto sus velos de viuda en favor de don Severo sin despreciarse con ello. Desde el momento en que don Severo había penetrado en la pieza para hablarle, ella había pensado en hacerse valer. Su precio no se contaba en números, pero lo tenía. Una mujer que no se aprecia o que no sabe cuánto vale es generalmente depreciada por los hombres.

—Es verdad que usted no da órdenes, don Severo: por eso no me es dado escoger. Yo no puedo irme, porque eso equivaldría a empantanarme. Es necesario, pues, que me quede y que recurra a la bondad de usted; pero yo espero que usted no me tratará como a una sirvienta, porque, vea usted, no obstante nuestras eternas disputas, su hermano me respetaba. Yo soy de buena familia, mi padre era comerciante e industrial.

—Tú sabes que yo nunca he pensado en eso; tu educación no se compara con la de las dos mujeres que tengo en casa. No puedo despedirlas porque tampoco ellas podrían viajar en estos momentos. De no ser así, ahora mismo las mandaría al diablo. Porque has de saber, Áurea, que tú me gustaste desde la primera vez que te vi con Cacho. Siempre me has gustado más que cualquier otra. Pero era difícil decírtelo desde el momento que estabas con Cacho, y yo no quería pleitos. Ahora ya lo sabes y vendrás conmigo.

—Está bien, don Severo, iré con usted.

Sus lágrimas habían desaparecido casi completamente. Se enjuga la cara cuidadosamente con el pañuelo mojado y hace lo que toda mujer intenta para mirarse fresca y bonita cuando acaba de conquistar al hombre de quien depende que no muera de hambre.

Don Severo entreabre la puerta y llama:

—*Faldón*, ayuda a la señorita a que haga sus bultos. Mañana por la mañana, muy tempranito, partiremos. Haz que preparen las mulas y mándame a algún muchacho que me sirva de mozo.

El Faldón hace un gesto significativo a los otros capataces, señalando hacia la pieza en que se encuentran Áurea y don Severo. Desgraciadamente don Félix se hallaba sentado a la mesa con ellos, porque de no haber sido así las lenguas se habrían movido con mayor rapidez. Al cabo de un instante don Severo se les reunió, cerrando tras de sí la puerta de la recámara.

—Ella podría haber venido conmigo también —dice don Félix.

—Seguro; pero con la mujer que tú tienes las cosas habrían resultado muy mal. Mañana habríamos tenido otro entierro o tal vez dos. ¡Tú bien lo sabes, hermanito!

Don Félix llena un vaso, bebe el contenido, da un puñetazo sobre la mesa y exclama:

—Tienes razón, Severo, más vale que las cosas sean como tú lo has decidido.

Todos los capataces, o por lo menos todos los capataces en jefe, los mayordomos, habían sido llamados al campo para ser enterados de la forma en que se haría la nueva repartición de distritos, necesaria debido a la muerte de don Acacio, y para conocer las zonas que les correspondían.

Hasta entonces, don Severo había dirigido la región Norte. Ahora se agregaría la Oeste y una parte de la Sur, a fin de no sobrecargar a don Félix, que continuaría con la administración general de las monterías. Las regiones destinadas a don Severo estaban todavía mal desmontadas y exigían toda la atención y todo el trabajo de un hombre experimentado.

Además, la administración dejaba provisionalmente algún tiempo libre. Debido a las inundaciones no se recibía correo alguno. Por ello, don Félix podía ocuparse de la dirección de las regiones Norte, Sur y Este, más próximas a la administración del pueblo, como solían llamarlo. Se encargó igualmente de los distritos que se hallaban del otro lado del río y que comenzarían a talar desde la siguiente semana. No era necesario que don Félix pasara todo el tiempo en esa zona; los trabajos allí no eran tan importantes como para alejarlo de los asuntos administrativos, que no podían confiarse a los subalternos y que eran de importancia primordial en una montería racionalmente administrada. El pueblo estaba situado al borde del río, todas las trozas arrastradas por las corrientes menores pasaban por allí y era allí donde se las controlaba. Así, pues, la temporada de lluvias, que se había iniciado solamente, traería consigo una gran animación. El pueblo era también el sitio de reunión de los bateleros encargados de vigilar el arrastre de las trozas, evitando que éstas se acumularan en determinados sitios, se embotellaran e incluso detuvieran la marcha o desviaran la corriente. Era indispensable evitar que se formaran diques de aquella naturaleza. El trabajo resultaba en extremo peligroso, mucho más que en las

corrientes de zonas templadas. Los trabajadores debían deslizarse entre los troncos a fin de descubrir cuál era la causa del posible embotellamiento —muchas veces se trataba solo de uno— y separarlo, ponerlo en buena posición y dejarlo ir nuevamente con la corriente. Pero muchas veces, cuando los muchachos hacían equilibrios entre las trozas, tratando de ordenarlas y de regularizar el arrastre, llegaban enormes masas de agua acumuladas en algún tramo más alto, a causa de un aguacero torrencial, y se abatían con enorme estruendo y con la irresistible fuerza de una avalancha, quebrándose contra los diques y arrastrando a los trabajadores empeñados en deshacerlos. Éstos veían la avenida, pero era necesario que fueran de una destreza excepcional para escapar a tiempo evitando que los troncos machacaran sus cuerpos dejando arrastrar después solo una masa informe. Casi siempre, antes de iniciar el primer salto encaminado a salvarse, su cráneo quedaba aplastado, y momentos después solo la espuma sanguinolenta vista por una fracción de segundo denunciaba el sitio en que el cuerpo era despedazado. Los más afortunados, aquellos que lograban sumergirse y tratar de ganar la orilla por debajo del agua, generalmente morían ahogados. No era raro que de una cuadrilla de cincuenta hombres perecieran veinte.

Río abajo, en las regiones ya pobladas, circulaban botecitos de vapor y la vigilancia del arrastre resultaba incluso divertida; pero ese placer no les era dado a los de las monterías.

En los poblados se utilizaban los servicios de campesinos libres o de barqueros profesionales para que recogieran las trozas y las apilaran en lugar seguro.

El pueblo más próximo a la montería se encontraba a una distancia enorme pero ya a diez leguas se hallaba, de cada lado del río, una cuadrilla armada y montada, vigilando para evitar que alguno de los muchachos, a horcajadas sobre un tronco, alcanzara algún pueblecito y lograra huir. De noche era imposible escapar; así, pues, se conformaban con vigilar durante el día. De noche, las riberas sombrías, cubiertas de maleza, escondían demasiados peligros.

Cuando don Severo llegó al campo principal faltaban más o menos cuatro semanas para la fecha fijada por él y por don Félix para llevar a cabo el arrastre de las trozas. Llovía abundantemente casi todo el día, pero, no obstante, los arroyos y las corrientes que atravesaban la región no llevaban el agua suficiente para arrastrar las trozas desde los puntos apartados. Era necesario esperar a que el lecho de esas corrientes se embebiera totalmente hasta que la superficie se impermeabilizara y el agua se desbordara y permitiera el arrastre.

Por otra parte, mientras más retardara don Severo el momento de echar al agua las trozas, más toneladas de madera tendría, ya que el trabajo no cesaba. Lograr la mayor cantidad de toneladas era la gran preocupación de él y de don Félix, su hermano.

Tres días después de la famosa conferencia todo el mundo se había olvidado de la resolución de tratar a los muchachos con mayor consideración. Los capataces, que percibían una bonita comisión por cada tonelada entregada, así como don Félix y don

Severo, que solo perseguían acumular toda la madera que fuera posible, se desataron nuevamente contra los boyeros y los leñadores, con la misma dureza de siempre. Lo ocurrido a don Acacio había sido olvidado antes de que los gusanos comenzaran a gozar de sus restos.

Además no había la seguridad de que don Acacio hubiera caído bajo los golpes de alguno de los muchachos. A lo mejor algún canalla capataz le guardaba rencor por malos tratos atrasados o porque le hubiera quitado a la mujer mientras él se hallaba en el trabajo. Porque don Acacio jamás había despreciado los placeres prohibidos y don Félix y don Severo sabían a qué atenerse.

IX

Durante toda una semana, Celso había sacrificado dos horas diarias para ayudar a Cándido a producir sus cuatro toneladas al igual que los otros.

—Ya no es necesario que me ayudes más, compañero —le decía Cándido a menudo—. Estás perdiendo tu tiempo y van a azotarte por mi causa.

—No importa, hermano, ¿acaso no somos del mismo pueblo?

—Cierto, los dos somos chamulas y vecinos.

—Ya ves, esa es una razón suficiente; además, bien puede haber otra.

Cándido sonríe, descansa el hacha y enciende un cigarrillo.

—No te impacientes, hermanito, ella no tiene novio. Anoche volvimos a hablar y ella me dijo que tú le simpatizas; pero ya sabes que entre nosotros esas cosas no se hacen de la noche a la mañana. Lo que sí puedo asegurarte es que tú no le disgustas a Modesta.

—¡Cómo me gusta su nombre! No creo que haya otro más lindo.

—Ya me lo has dicho muchas veces; pero antes de que me lo dijeras yo lo había adivinado todo.

Cándido recoge su hacha y se aplica nuevamente al trabajo.

Aquella noche, después de cenar, Celso enrolla algunos cigarrillos, los acomoda en la bolsa de su camisa y se dirige hacia el río. Se va metiendo poco a poco en el agua hasta que sentado sobre la arena deja salir solamente la cabeza para poder fumar. Ésa es la única manera de matar a las garrapatas demasiado pequeñas que resulta imposible arrancar de la piel. El agua era como un bálsamo que calmaba también los piquetes de los mosquitos y de los tábanos que lo habían acosado durante el día. Los insectos son excesivamente voraces durante la época de lluvias y sobre todo más numerosos que en cualquier otra. Sumergido en aquella forma, el humo de su cigarro le protegía la cara y la cabeza de los mosquitos que en nubes apretadas revoloteaban por las orillas. Celso no era el único que se refrescaba en aquella forma. En ambas orillas del río se veían muchachos reposando; ya en grupos, ya aislados. Al cabo de cinco minutos un hombre vino a colocarse cerca de él; era Martín Trinidad.

—¡Eh, Celso! Pásame tu cigarro, deja que prenda con él el mío.

—¿Por qué no lo encendiste antes de meterte al agua?

—Lo encendí, pero se apagó.

—Está bien; pero antes dime: ¿de dónde vienes tú? ¿Quién eres?

—Te lo voy a decir, Celso, y tú serás el único en saberlo. Yo soy de Pachuca, de la región de las minas de plata; allí trabajaba como maestro de escuela.

—¡Hum! ¿Maestro de escuela y ahora leñador de una montería?

—Sí, ¿qué quieres? Nunca he sabido tener el hocico cerrado; siempre les hablé con verdad a los mineros, que en su gran mayoría eran padres de los chiquillos a

quienes yo enseñaba en la escuela.

—¿Les decías la verdad? ¿Qué verdad? —pregunta Celso con desconfianza.

—Les he dicho la verdad sobre el dictador y sobre los derechos del pueblo. Les he dicho que un hombre, por hábil que sea y por persuadido que esté del derecho que lo asiste para dirigir todo un pueblo, no tiene ninguno para privar del derecho de pensamiento y de expresión, para oprimir la voluntad de otros hombres. Porque cada hombre tiene el derecho de decir lo que piensa y cada hombre tiene igualmente el deber de enseñar, de explicar a otros hombres que están mal gobernados y que se les perjudica. Y aunque en concepto de otros el hombre se equivoque, tiene perfecto derecho a decir lo que piensa, lo que cree mejor para que las cosas marchen bien.

—¿Es eso lo que les dijiste a los mineros de Pachuca? —pregunta Celso mirándolo de reojo; pero ya estaba demasiado oscuro para que le fuera dado distinguir la expresión de Martín Trinidad.

—Les he dicho eso y otras muchas cosas más. Les he aconsejado que dejen de bajar a las minas, que no trabajen para que los propietarios, y solo ellos, ganen. Les he aconsejado que pidan un alza de salarios y autorización para formar un sindicato que les permita reivindicaciones colectivas, ya que un hombre aislado nada puede. Tú sabes: uno es fusilado, otro es encarcelado, a un tercero se le golpea hasta matarlo; pero si todos se reúnen para luchar por sus derechos no es posible que los fusilen, pues en ese caso no quedaría quien trabajara y extrajera el metal precioso del suelo. Así, pues, si los propietarios de las minas quieren plata, deberán pagar en plata a los mineros la que reclaman.

—¿Y qué dicen los mineros de tus explicaciones?

—Después de oírlas se negaron a trabajar. Llegaron los soldados, fusilaron a diez y los otros volvieron al trabajo, porque no existiendo un sindicato no hubo quien reuniera a todos los mineros.

—¿Y tú? ¿Por qué a ti no te fusilaron? Es muy raro, ¿no te parece? —pregunta Celso otra vez lleno de desconfianza.

—No, después de azotar a un minero hasta hacerle confesar quién le había metido aquellas ideas en la cabeza, me encerraron en el cuartel y me dijeron que yo no sería tan afortunado como los diez mineros fusilados a quienes yo había descarriado. Durante tres días me torturaron. Cuando un sargento se cansaba de martirizarme llegaba otro, y así sucesivamente. Mañana te enseñaré los cientos de marcas que tengo en el cuerpo. Querían hacerme gritar «viva don Porfirio». Yo me negué, puesto que odio al cacique y lo único que deseo es su muerte. Cada vez que podía abrir la boca era para gritar: «¡Abajo Porfirio, que muera el tirano! ¡Abajo los explotadores! ¡Viva la revolución!» A cada uno de mis gritos me cruzaban la cara con el fuete.

Celso pregunta:

—¿Y cómo pudiste escapar?

—No escapé, ¿cómo habría podido hacerlo si estaba medio muerto? Me llevaron a la estación en compañía de otros cien hombres, todos jóvenes estudiantes, maestros,

obreros y campesinos. Nos encerraron a todos en un vagón de carga, hacinados, sin ventilación, sin luz, y por todo alimento nos echaban un puñado de tortillas viejas, mohosas, sobre las que nos precipitábamos con hambre desesperada. A veces vaciaban sobre nosotros una olla de frijoles, que recogíamos de entre nuestras ropas y del suelo, junto con otras porquerías que comíamos sin poner reparo. En lugar de agua, vaciaban sobre nosotros botes de orines. Por fin, un día, después de haber navegado una eternidad en peores condiciones de las que te he dicho, sufrimos en el ferrocarril, llegamos a Yucatán destinados a trabajar en las plantaciones y en la reparación de caminos. Ataban a cuarenta hombres para que tiraran de un gran rodillo que solo veinte caballos quizá habrían podido arrastrar. Para hacernos avanzar nos azotaban. Debíamos tirar bajo un sol cien veces más ardiente que el de aquí. Entre nosotros también había mujeres y su suerte era la misma. Muchos de aquellos hombres y mujeres eran hilanderos de Orizaba que se habían negado a seguir trabajando si no les aumentaban el salario. Habían escapado de ser masacrados. Los que se habían rendido sufrían el castigo de trabajar por menos sueldo aún.

—¿Y cómo pudiste escapar de Yucatán? —preguntó Celso.

—Un día asaltamos a cuatro tipos de la policía. Después de matarlos como a perros rabiosos huimos a toda prisa. Éramos treinta. Los otros muchachos no se atrevieron, tenían demasiado miedo. De los treinta, un buen número fue aprehendido nuevamente; otros fueron fusilados por la espalda por los rurales que a caballo nos persiguieron. Otros más se ahogaron al atravesar un río. Pero nosotros tres, Juan Méndez, Lucio Ortiz y yo tuvimos la suficiente malicia para apartarnos de los grandes caminos transitados y llegar, cogiendo atajos, primero a Campeche y después a la región de la que tú eres. Allí encontramos a don Gabriel, el enganchador, que nos pareció el mismísimo Salvador, y quien nos trajo a la montería. Aquí, por lo menos, no nos buscarán.

Celso rió sordamente.

—¡Vaya mentiras las que sabes contar, compañero! Seguro que aquí no te buscarán. Ahora te darás cuenta de que lo único que has hecho es cambiar de prisión. A menos que a ti te parezca de otro modo.

—Sí, para mí no es lo mismo; hay una diferencia, y ella es que aquí se está peor que en Yucatán. Allá era necesario trabajar, bien o mal, como cada quien podía. El trabajo era duro, nos golpeaban y nos mal nutrían. Pero aquí todos debemos producir nuestras cuatro toneladas y, además, en Yucatán no conocían el truco de la suspensión.

—Y los dos compañeros que escaparon contigo hasta aquí, ¿quiénes son?

—Juan Méndez era sargento de infantería en Mérida, ahora es desertor.

—¿Por qué desertó?

—Un capitán entró borracho una noche en el cuartel. Juan tenía un hermano joven que servía en la misma compañía que él. Era su primer año de trabajo. Justamente esa noche estaba de guardia cerca de las cuadras de las mulas de la

sección de artillería. El capitán nada tenía que hacer allí, pero entró tambaleándose y jurando. Dio un mal paso y resbaló, cayendo sobre las inmundicias de las mulas. Entonces llamó a gritos al hombre de guardia, que era el hermano de Juan, le dio un golpe y con toda la fuerza que desarrollan los marihuanos lo arrastró hasta el bebedero de los caballos y lo hundió en el agua hasta que lo ahogó. El capitán fue juzgado por un consejo de guerra que por todo castigo lo privó de un mes de sueldo. Eso fue todo. Dos días después, cuando el capitán pasaba frente a una caballeriza, Juan se le echó encima gritándole: «¡Asesino! Tú asesinaste a mi hermanito, el consejo de guerra no te castigó; pero yo voy a castigarte con mis propias manos para mostrarte que todavía hay justicia sobre la tierra.» Y aun antes de que el capitán pudiera ponerse en guardia siquiera, Juan le rebanó el pescuezo. Lucio era cabo del mismo batallón y amigo íntimo de Méndez. Los dos se habían dado de alta al mismo tiempo y no se habían separado ni en las buenas ni en las malas ocasiones. Cuando Juan se vio obligado a desertar, Lucio no quiso abandonarlo. «Si yo hubiera tenido ocasión habría hecho lo mismo con el capitán. Soy tan culpable como tú; así, pues, me voy contigo.» Huyeron juntos y desde entonces han permanecido tan unidos como Cristo a su Cruz. Nos encontramos en Tabasco y, como tenemos las mismas ideas, decidimos viajar y afrontar nuestra suerte juntos.

—Pero —pregunta Celso—, ¿por qué me cuentas todo eso? ¿A mí qué diablos me importa?

—Es bien sencillo. Te lo cuento porque es algo que a todos nos interesa. Yo bien sé que tú tienes la misma idea que nosotros y que no estamos muy lejos de realizar lo que tú piensas.

—¿Y qué es ello?

—No está lejos el día en que todo habrá de terminar, en que nosotros empezaremos a colgar para no ser colgados nunca más. No creas que yo era el único en Pachuca. En Yucatán conocí a otros más, aun cuando había que temer siempre que tu vecino de cama fuera espía de los rebeldes. Pero cuando hay millares de hombres en las cárceles, en las mazmorras, en los fosos letales, en las islas lejanas, a causa de una misma idea, es porque el país está próximo a arder, y el fuego está próximo a devorarlo todo, a pesar de las mentiras propaladas por los periódicos. En el Norte ha comenzado a correr la sangre, y el caudillo, el viejo macaco que tiene la desvergüenza de llamarse a sí mismo el protector, el salvador del país, no se atreve a salir sin hacerse acompañar de cincuenta guardianes. ¿Quién puede decir si ahora mismo, mientras nosotros hablamos de él, del irreemplazable como se llama él mismo, no lo han echado a puntapiés del palacio y muerto de miedo se orina en los calzones escondido debajo de la cama? Mientras más cruel es un tirano, más cobarde se muestra al primer revés. Yo he leído muchos libros, Celso, no puedes imaginarte cuántos, y sé un sinfín de cosas sobre las revoluciones y las insurrecciones. Siempre ocurre lo mismo: la tiranía dura algún tiempo, pero solo algún tiempo.

—¡Qué lástima que yo no sepa leer, Martín! —dice Celso—. Lo más que puedo

hacer es mal escribir mi nombre.

—Tal vez yo pueda enseñarte a ti y a otros muchachos a leer y a escribir.

—Si tuviéramos tiempo, aunque fuera un poquito de tiempo, podríamos aprender muchas cosas útiles, muchas cosas capaces de procurar satisfacción en la vida. Mi camarada Andrés, el boyero, sabe leer y escribir y a menudo me dice que en los libros se leen historias maravillosas que muy pocas gentes saben relatar. Pero los libros solo tienen vida en manos de quienes saben leer; para los que no sabemos no son más que una serie de hojas pegadas entre sí. Andrés fue quien me enseñó a escribir mi nombre. Desgraciadamente él duerme en otro campo para estar cerca de sus bueyes. Cuando llega a venir es por la noche, cuando ya estamos muy cansados. Nos hace falta tiempo y, sobre todo, trabajar menos; solo así podremos reflexionar en nuestras cosas como seres humanos en vez de mirarnos estúpidamente como bueyes que tiran de la yunta, rumian y se espantan las moscas con el rabo. A veces pienso que nosotros somos más desgraciados que los bueyes. Ellos nada saben de una vida mejor, en cambio nosotros lo sabemos, hemos visto otros lugares y sabemos de otros hombres menos miserables y menos ignorantes que nosotros.

—Voy a decirte algo que tú no sabes todavía. Algo que solamente yo sé.

Celso se esfuerza nuevamente para mirar la cara de su vecino, sentado cerca de él sobre la arena del río; pero la oscuridad no se lo permite. Chupa fuertemente su cigarro y al avivarse el fuego un leve resplandor ilumina la cara de Martín Trinidad. Éste mira en rededor para cerciorarse de que nadie se halla próximo y en posibilidad de oír lo que va a decir. Se acerca más a Celso y habla en voz queda.

—Lo que cuentan en la oficina sobre el accidente de don Acacio es mentira.

—¿A qué llamas tú mentira?

—La historia es enteramente distinta, solo que ellos no quieren que se sepa la verdad; tienen un miedo espantoso de que nosotros hagamos lo mismo.

—¿Qué es lo mismo? Habla, nadie nos escucha; pero si alguien parara la oreja yo le daría tal bofetón que se quedaría sin habla una semana.

—Pascasio y Urbano huyeron, eso tú lo sabes; lo que no sabes es que en el momento de ser cogido, Pascasio le partió el cráneo a *la Mecha* con una piedra. Inmediatamente *el Faldón* mató a Pascasio a balazos. Urbano se lo contó todo a la mujer del cocinero mientras esperaba en la cocina a que don Acacio estuviera listo para administrarle la azotaina de costumbre. Pero lo que Urbano hizo allá abajo, a la orilla del río, solamente yo pude verlo. Urbano aprovechó un descuido de don Acacio, saltó sobre él, lo ató a aquel árbol que ves allá abajo y le sacó los ojos con una espina.

—¿Estás seguro?

—Lo vi con mis propios ojos. Venía de cambiar mi hacha en la bodega cuando descubrí la escena, me escondí tras unas matas y observé todo lo que pasó. Después de hacer lo que te he dicho, Urbano se amarró una piedra a la cintura, entre el pantalón y la piel, y se arrojó al río, ahogándose. Nadie sabe esto, todos creen que

volvió a huir y ya han enviado a dos a perseguirlo. Después, don Acacio, loco ante la idea de no volver a ver jamás, se pegó un tiro en la cabeza.

—¿También eso lo viste tú?

—No; pero Epifanio, el mozo de la oficina, lo vio todo a través de una rendija. Él vio suicidarse a don Acacio.

Celso lanza un silbido y dice:

—¿Sabes, Martín Trinidad, que todo eso es muy divertido?

—¿Sí? Pues todavía sé algo más —dice Martín aproximándose a Celso y bajando la voz—. Los de allá creen que Urbano se escapó llevando consigo la pistola y la cartuchera de don Acacio. Lo cierto es que la tiró porque no sabía cómo usarla, el pobre era bien tonto. Cuando él se arrojó al río yo salí de mi escondite y recogí el revólver y la cartuchera de don Acacio, que, ya ciego, de nada pudo darse cuenta.

—¿Así que tú tienes el revólver y la cartuchera? —pregunta Celso en voz baja, excitada.

—Sí. Los enterré en la arena. Como verás, Celso, con ese revólver tú, yo, Juan Méndez y Lucio Ortiz podemos hacer mucho.

—¿Saben ellos que tú tienes el revólver?

—No, nada les he dicho; eres tú el primero que lo sabe. Como ves, podríamos salvamos fácilmente.

—Mucho he pensado en ello; pero de nada serviría salvarme yo sólo ni que te salvaras tú. Es necesario, es menester que todos huyamos el mismo día y que todos juremos no dejarnos coger y morir antes que dejarnos conducir aquí nuevamente. Lo mejor sería acabar con todos los que aquí no son camaradas nuestros. Si los dejamos vivos nada cambiará, todo seguirá igual y cualquier día nos volverán a poner el pie en el pescuezo. Sólo un acto total y bien conducido podrá servir. Un solo hombre nada puede cambiar ni hacer. Debemos obrar juntos y al mismo tiempo. De otro modo todo sería inútil. Yo habría podido salvarme cien veces, solo o con Andrés o Santiago o Fidel, que también son de fiar. Pero nosotros nos hemos dicho y redicho que es necesario acabar con las monterías, destruirlo todo, incendiarlo, exterminar a los patronos y a los capataces; lo demás no vale la pena.

—Eres más inteligente de lo que yo creía, Celso.

—No te creas que he sido yo solo el que ha tenido esas ideas. Yo soy fuerte y resistente; pero en cuanto a pensar, ya es otra cosa. Eso lo hemos discurrido todos juntos. Andrés, Pedro, Santiago y todos los que en nuestra vida hemos visto algo más que la finca o el pueblo donde nacimos. Y mira tú, ahora se nos vienen a reunir un maestro de escuela y dos militares que piensan exactamente como nosotros. ¡Buena falta que nos habían hecho ustedes! Ahora debemos reflexionar en el cómo y el cuándo. Es lamentable que Urbano se haya ahogado. Era un verdadero rebelde, de los que nosotros necesitamos. Porque hasta ahora, nadie se había atrevido a atacar a un patrón y arrancarle los ojos. No sé siquiera si yo mismo habría tenido valor para hacerlo. Puede ser que sí, todo depende. Se trata del momento en que uno habrá de

decirse: «Hasta aquí, esto es todo lo más que puedo soportar, cualquier cosa sale sobrando; ahora arremeto cueste lo que cueste, pues lo único importante es acabar de una vez por todas.»

Martín Trinidad da una última chupada a su cigarro, lo tira y sale del agua sacudiéndose.

Celso mete la cabeza en el agua, produciendo gruesas burbujas, escupe, con la mano se quita el agua de la cara y echa hacia atrás sus largos cabellos, e impulsándose como flecha con los brazos tendidos, gana la orilla arenosa.

—Parezco esponja; pero al menos creo haberme sacudido todas las garrapatas. Los piquetes de mosco se me quitaron y hasta las huellas de mi última colgada no aparecen ya —le dice a Martín Trinidad.

Cuando terminan de montar la pendiente, Martín Trinidad dice con calma:

—Entendido que nada dirás de cuanto te he contado, Celso. Ni siquiera a Andrés. Tampoco yo lo diré ni a Méndez ni a Ortiz. Sólo tú lo sabes. Deja que los muchachos sigan creyendo que nosotros somos tres vagabundos, tres evadidos de la prisión; déjalos que piensen lo que quieran. Yo quería que tú supieras quiénes somos y que nuestro pensamiento y nuestro deseo es el mismo pensamiento y el mismo deseo de ustedes. Ustedes seguirán su camino, nosotros el nuestro. Pero cuando la cosa se desencadene es necesario que sepan que si tú tomas la cabeza, yo iré a la retaguardia o que seré yo quien vaya a la vanguardia si tú te decides por la retaguardia. Tal vez esperemos dos meses, seis; pero sé que no habremos de esperar un año. En todo el país el fuego cunde, las primeras llamas se levantan en todas partes. Lo importante era decirte lo que te he dicho. Nuestro grito de guerra será: «¡Tierra y Libertad! y ¡Abajo la dictadura!»

—No tan aprisa, manito —contestó Celso—. Todavía no. Cuando gritemos con todas nuestras fuerzas «¡Libertad!», entonces será necesario que ni un solo hombre deje de acudir al llamado.

—Nosotros no necesitamos de banderas ni de estandartes. Todo lo que nos hace falta es sangre en las venas: ¡Tierra y Libertad!

Y en vez de buenas noches, Celso contestó:

—¡Tierra y Libertad!

X

La tarde siguiente, don Félix se presentó en el cobertizo que servía de comedor a los trabajadores. Seis troncos sostenían un techo de paja y eso era todo. Cuando llovía, los hombres tenían que apretarse en el centro del cobertizo unos contra otros, lo más estrechamente que les era posible, a fin de no mojarse. Desde luego que aquel comedor carecía también de mesas y de sillas y los comensales se sentaban en cuclillas sobre el suelo con los trastos y el tenate de las tortillas al alcance de la mano. Los patronos jamás se habían parado a pensar en si los trabajadores habrían deseado un poco de comodidad para comer.

Don Félix camina algunos pasos, mira a los hombres y habla:

—Tú, Cándido; tú, Tomás, y tú, Cástulo, y ustedes —señalando a algunos otros hombres—, van a empacar sus cosas en seguida y a atravesar el río, porque en adelante trabajarán en los campos nuevos a unas cuatro leguas de aquí. Ahora, de prisa, acaben de comer y en marcha, porque los barqueros no pueden esperar toda la noche.

Los interpelados terminaron de comer rápidamente y se dirigieron a sus jacales a fin de prepararse.

Cándido mandó a sus dos hijos en busca de los cochinitos, que vivían libremente en el campamento, alimentándose con lo que podían encontrar. Don Félix había dicho varias veces que los mandaría matar y se los comería uno por uno, ya que habiendo engordado en sus propiedades tenía perfecto derecho a hacerlo.

Modesta ayuda a su hermano a hacer sus paquetes.

Don Félix se dirige hacia el jacal donde se hallan Cándido y Modesta.

—¡Eh, muchacha!, ¿por qué no te quedas tú en el campo? Podrías trabajar para mí. Allá, en el nuevo campamento, no hay más que maleza y tú te encontrarás sola entre tigres y serpientes. No hay ni siquiera un jacal levantado. Los que lleguen allá tendrán que dormir por lo menos hoy y mañana bajo las estrellas, a menos que a medianoche, en cuanto lleguen, se pongan a levantar cuando menos un cobertizo. Y eso, con lo que va a llover, no será nada divertido. Yo sé lo que te digo, chiquita, más vale que te quedes.

—Muchas gracias, patroncito; pero yo prefiero seguir con mi hermanito.

—Como quieras, muchacha; yo te lo digo por tu bien. Si mañana cambias de parecer, ya sabes que puedes regresar; pero te esperaré hasta mañana solamente.

De regreso a su jacal, y al pasar frente al cocinero, don Félix dice:

—Cuando uno quiere ayudar a estos puercos se rehúsan. Prefieren vivir en el chiquero, es lo único que conocen.

—Muy cierto —aprueba el cocinero.

Él tenía experiencia y sabía que más vale dar siempre la razón en este mundo a los poderosos. Así no hay peligro de cometer imprudencias y se aseguraba el pan. Al cocinero jamás lo habían golpeado ni colgado. De vez en cuando don Félix le

administraba algunas cachetadas; pero él las aceptaba como una demostración amistosa.

Al regresar del trabajo, Celso se dirige al comedor, y al no ver allí a Cándido va a buscarlo a su jacal.

—¿Así que el patrón los manda del otro lado del río?

—Sí —responde Cándido mansamente—. ¿Qué podemos hacer?

—Aquello es la pura selva. Habrá que empezar por limpiar la maleza. La primera noche tendrán que pasarla en la espesura. Cuando menos envuélvanse bien en los mosquiteros. Espera, Modesta, ahorita voy a ayudarte.

Los niños llegan en aquel momento, trayendo a los cochinitos que chillan desesperadamente creyendo llegado el día en que habrán de convertirse en jamón y embutidos.

—Yo iré allá para ayudarlos —dice Celso.

—Así te atrasarás muchísimo —replica Cándido, feliz, a pesar de todo, con aquella promesa.

—Puede ser que yo también vaya allá después de echar al agua las trozas para el arrastre. ¿Te gustaría que volviéramos a estar juntos? Es tan agradable poder reunirnos todas las noches, como aquí…

—Claro que me gustará, y tú, hermanita, ¿qué piensas?

Modesta no responde.

Celso, armándose de valor, dice:

—¿Te gustaría a ti que me reuniera allá con ustedes, Modesta?

—Sí, me gustaría mucho.

—Con el gusto que me da oírte —dice Celso riendo alegremente.

Felipe estaba más borracho de lo que Celso podía suponer, por lo que el primer cayuquero le había dicho. Se tambaleaba sobre la canoa, que ni siquiera había logrado inmovilizar sobre la arena.

—¡Por Dios! —grita—. ¡Qué porquería de tiempo! Mojados por arriba y por abajo, sin un solo pelo seco.

Lo acompañaba un muchachito a quien llevaba como ayudante y cuya misión consistía en saltar de la canoa y tirar de ella hasta hacer avanzar la proa sobre la arena.

—Anda allá arriba y tráeme la botella —le ordena—. Es necesario que me eche al cuerpo un poco de combustible.

—Con la borrachera que traes no podrás pasarnos del otro lado —protesta Celso —. Ni siquiera puedes tenerte en pie.

—¿Quién, borracho yo? ¿Y eres tú, chamula asqueroso, quien se atreve a decir a

un viejo cayuquero que está borracho? ¿Borracho yo? Dime nada más: ¿quién lleva la barca, tú o yo?

—Tú —contesta Celso.

—Perfectamente, y tú vas a cerrar el hocico. Ahora, ¿quieren embarcarse o no quieren?

Cándido se arma de valor y dice a Celso:

—Aguárdame aquí, voy a buscar al patrón y a preguntarle si permite que nos embarquemos en otro cayuco.

—Ustedes pasarán en el cayuco que les toca —decreta don Félix en respuesta al ruego del infeliz que, parado humildemente a la puerta del jacal, explica que Felipe se halla en estado tal de embriaguez que no puede tenerse en pie—. ¿Quién manda aquí, chamula?

—Usted, patroncito.

—En ese caso, nada tienes que temer; Felipe podrá estar tan borracho como quiera, que ello no le impedirá ser el mejor cayuquero de la montería. Pablo bebe menos; pero en cuanto a conocer el río, no le llega ni a la punta del zapato.

—Patroncito, si usted quisiera, podríamos cruzar el río mañana tempranito.

—Ni pensarlo. Perderíamos media jornada. Vas a atravesarlo ahora mismo, y ahora mismo también vas a dejarme por la paz. Pablo tiene que transportar los útiles, las hachas y a los otros muchachos. Además, con todo lo que tú llevas, para transportarte a ti y a tu tren es necesaria una canoa completa. ¡Andando, vete ya! Mañana temprano iré a ver cómo marchan las cosas. Ahora ten, tómate esta copa.

Cándido acepta y de un trago vacía el contenido. Aquello le reconforta el corazón. Da las gracias y se retira con un cortés «con permiso».

Regresa a la orilla del río, en donde Celso lo espera.

—Nada logré.

—Lo sabía de antemano y he cargado todo sobre el cayuco. Siéntate atrás, adelante todo está empapado. Los chamacos han estado sacando el agua, pero con este llover nada puede secarse.

Celso había metido los bultos en la canoa. Modesta se hallaba sentada en medio con los niños a su lado. Éstos mantenían a los cochinitos cerca, atados con un lazo. Modesta cargaba sobre las rodillas el envoltorio que contenía todas sus propiedades.

Cándido saltó sobre la barca, brincó sobre los cochinitos y los bultos y se acurrucó en el fondo de la canoa, manteniendo en alto la linterna. Cerca de él se hallaba Felipe de pie, con un largo remo entre las manos. Estaba furioso, primero, porque su joven ayudante había resbalado tirando la mitad del contenido de una botella de aguardiente y, después, porque sus pasajeros no acababan de embarcarse. Aquella era la última vez que tenía que atravesar el río esa tarde y estaba impaciente por acostarse.

Celso tendió la linterna al muchacho ayudante.

—Métete en la canoa, yo voy a empujarla porque con lo cargada que está tú no

podrás hacerlo.

Celso curva el cuerpo sobre la proa, la levanta un poco a fuerza de brazos, la hace resbalar sobre la arena y la pone a flote. Felipe empuña el remo y comienza a remar. Celso salta sobre la primitiva embarcación que navega ya, perdiéndose en la oscuridad.

Felipe da dos vigorosos golpes de remo y la barca avanza hasta la mitad del río metiéndose en la espuma. El remero endereza rápidamente la barca para evitar que la arrastre la corriente y lo hace con habilidad tal, que Celso y Cándido reconocen que su temor al agua había sido ridículo.

La barca se desliza como una flecha. De vez en cuando Felipe apoyaba su largo remo sobre el fondo, para enderezar la embarcación hacia donde podía deslizarse con mayor rapidez. Deseaba terminar su tarea cuanto antes. Generalmente, cuando la corriente era tan fuerte como entonces, los barqueros procuraban mantenerse, al contrario de lo que Felipe hacía, lejos del centro, para no exponerse a ser arrastrados. En efecto, si el piloto perdía, aunque fuera por un segundo, el control de su embarcación, ésta era desviada y la corriente, azotándole los costados, la hacía zozobrar hasta que los hombres y las cosas que se hallaban en su interior eran lanzados al agua. Por ello preferían navegar cerca de las orillas buscando sitios más calmados. Pero las zonas tranquilas no se hallaban siempre del mismo lado. Unas veces se las hallaba del lado derecho y otras del izquierdo, de acuerdo con el curso marcado por la corriente. Así, pues, el trabajo del cayuquero consistía en llevar la barca de un lado a otro buscando las zonas menos agitadas. La travesía del río no exigía solamente una habilidad consumada, sino un conocimiento profundo del curso del agua, de las corrientes ocultas, de los remolinos, de los bancos de arena y de los rápidos. Los cayuqueros iniciaban su carrera desde niños, acompañando a viejos cayuqueros que les servían de maestros.

La navegación de día era difícil; pero de noche, las dificultades se duplicaban. Los viejos cayuqueros conocían tan bien la corriente que con solo tocar el fondo del río con su largo remo sabían de qué lado se encontraban. Y era cierto que aun en estado de ebriedad maniobraban a la perfección; pero como la embriaguez no es un estado normal, es difícil adelantarse a decir cómo obrará un ebrio ante un acontecimiento inesperado.

Felipe, con la razón velada, se sentía en extremo audaz. Además, él era mestizo y despreciaba a los indios profundamente. Era tan trigueño como Cándido; sus cabellos eran negros, gruesos y lacios como los de Celso; pero él se consideraba igual que los ladinos. A él jamás se le golpeaba, y su habilidad de cayuquero experimentado y su calidad de constructor y propietario de dos cayucos hacían de él un trabajador independiente, con el derecho de embriagarse tan a menudo como quisiera o como su dinero se lo permitiera. Los lloriqueos del miedoso Cándido, que se había atrevido a

pedir a don Félix que retardara la travesía para no obligarlos a navegar durante la noche, lo hacían más temerario aún. Iba a mostrar a aquel chamula piojoso de lo que es capaz un verdadero cayuquero y cómo puede conducir una barca a toda velocidad en plena noche y sobre la corriente desencadenada.

Así, pues, insistió en mantener la barca a mitad de la corriente. Se deslizaban como si fueran en una lancha de motor. Para hacer la travesía se necesitaban más o menos quince minutos; pero Felipe quería demostrar que él era capaz de hacerla en diez minutos. Desgraciadamente la canoa navegaba a tal velocidad que era imposible mantenerla en el centro con algunos golpes de remo. Aquel navegar locamente dura solo dos o tres minutos, al cabo de los cuales, la proa va a dar contra los guijarros que bordean un rápido, tan violentamente, que queda aprisionada entre los dos bordes de guijarros. Con un golpe de remo, de una habilidad maravillosa, Felipe salva la popa; pero el segundo golpe no es acertado, la embarcación vira demasiado sobre la izquierda y ya no es posible conservar la dirección conveniente.

Felipe abarca en un instante la situación, sabe que ocurrirá lo inevitable. Sin embargo, da un fuerte golpe de remo; pero alcanza el fondo una fracción de segundo más tarde de lo necesario. La corriente golpea la canoa por un flanco, inundándola. Felipe, mal sostenido por sus piernas, se tambalea y cae por estribor. Por desventura la barca va a estrellarse contra un tronco gigantesco y naufraga.

—¡A la orilla! —se contenta Felipe con gritar.

Cándido, Celso, Modesta, los niños y los puercos, todos, luchan en el agua. La oscuridad profunda les impide distinguir las orillas. Felizmente, y previendo lo inevitable, Celso y Cándido pudieron darse cuenta momentos antes, a la luz de las linternas, de que se encontraban más próximos a la orilla derecha que a la izquierda, habiendo observado también que de aquel lado el remo no se había hundido ni a la mitad, lo que les hizo pensar que se hallaban cerca de un banco de arenas y de guijarros que formaban un vado.

Cándido sacó la cabeza del agua para llamar a los niños. El más pequeño se encontraba cerca de él y le contestó. Cándido se apresuró a afianzarlo de la camisa.

Celso daba voces llamando a Modesta y a Cándido. A tientas logró cogerse a las ropas de la muchacha y tirar de ella. Cándido gritaba:

—¡A la derecha!

La región de la que Cándido y Celso eran no ofrecía muchas posibilidades de aprender a nadar, ya que no se encontraban en ella ni lagos ni ríos; pero los indios, cuando caen al agua, salen como los perros, por instinto. Además, no llevan calzado y sus ropas de manta son lo bastante holgadas y ligeras para no estorbarles.

Lograron hacer pie; se encontraban un poco separados entre sí y daban voces para reunirse. Felipe también se reunió a ellos. Vuelto repentinamente de su embriaguez, no se daba cuenta exacta de lo que ocurría.

—¡Por la Virgen Santísima! —exclama—. Jamás me había ocurrido semejante cosa. Mi barca ha volcado una o dos veces, pero ello ha sido a causa de algún rápido.

Por aquí nunca me había ocurrido, es imposible, alguien me debe haber jugado una mala pasada; tal vez fue alguno de ustedes; ¡malditos chamulas!

Se hallaban todos juntos; hasta los cochinitos, amarrados con el lazo, estaban presentes. El perro que había seguido a Cándido desde su pueblo, daba chillidos de contento y se sacudía el agua.

En cuanto al equipaje, se había perdido. Modesta, exprimiendo sus enaguas, se volvió rápidamente y preguntó:

—Celso, ¿está Ángel contigo?

—No, aquí no está. Estará con Cándido.

Cándido contesta angustiado:

—No, aquí no; yo creí que estaba contigo, Modesta, o con Celso.

Todos se ponen a gritar:

—Angelito, Angelito, ¿dónde estás?

Pero la única respuesta que obtienen es el grito furioso del agua que se precipita rugiendo.

Al ver que Felipe tarda en regresar, don Félix comprende que algo anormal ha ocurrido y a la mañana siguiente, muy temprano, despacha a Pablo con su cayuco. Pablo descubre a los náufragos agazapados en la orilla; los embarca y los conduce al nuevo campo en donde los otros muchachos han comenzado ya a construir sus jacales.

Celso regresa al campo principal con Pablo. Don Félix lo recibe con injurias:

—¿Qué tenías tú que hacer allá? Vas llegando ahora después de haber perdido medio día de trabajo. ¿Acaso te mandé yo al nuevo campo?

—Quise ayudar a Cándido con sus cosas, patroncito; él lleva a la familia consigo.

—Y mientras tanto tu trabajo espera. Cándido es ya bastante grande para viajar solo.

—Perdió a uno de sus niños —contesta Celso.

—Por descuidado, debía haberle prestado mayor atención. Además, nadie le dijo que trajera a sus hijos. Aquí de nada sirven. Ahora, vete a trabajar y procura producir tus cuatro toneladas, como de costumbre. Si tienes ganas de pasearte otra vez no lo hagas a costa mía. Yo te pago por tu trabajo y tu trabajo está en producir cuatro toneladas.

—Está bien, patroncito.

Don Félix continúa desayunando y dice a los dos capataces que lo acompañan:

—Ya ven, una vez más acerté designando a Pablo para que transportara los útiles y las hachas. De haber sido ese borracho de Felipe el que las llevara habríamos perdido todo; habrían sido por lo menos ciento cincuenta pesos echados al agua. Solo eso nos hubiera faltado. Hace dos semanas que no llega el correo y que no aparece por aquí ni una caravana de turcos. ¿Pero en dónde se habrá escondido el tal por cual

de Felipe?

—Se fue con Pablo —contesta uno de los capataces—. Va a ver si logra encontrar su cayuco.

—¿Sí? Pues ya tiene para tres semanas, si no es que más.

Cándido trabajaba, comía, se acostaba, se levantaba, volvía a su trabajo, comía nuevamente, se acostaba, se levantaba, tumbaba sus árboles, entraba en su jacal, se acurrucaba en un rincón y miraba fijamente delante de sí. Apenas hablaba, iba viviendo como un autómata. Todas las mañanas y todas las tardes se aproximaba a la orilla del río y miraba correr las aguas agitadas que le habían arrebatado a su Angelito. Y cada vez que regresaba del trabajo daba una vuelta por el jacal y miraba a Modesta en silencio.

Modesta sabía lo que él esperaba encontrar cuando regresaba fatigado, abrumado.

Cuatro días pasaron iguales. Una tarde dijo con voz sorda a su hermana:

—Modesta, el cayuco de Pablo está amarrado en la orilla. Cuando se oscurezca embarcaremos.

—¿Adónde iremos, hermanito? —pregunta con sorpresa. Parece dudar de que su hermano esté en su razón.

—Yo no puedo quedarme aquí. Ellos mataron a mi Angelito, asesinaron al hijito mayor de Marcelina. Regresaremos al pueblo, Modesta, porque yo aquí no me hallo. Quiero volver allá, a mi tierra, a cultivar mi maicito, a mirar cómo está la casa que levanté con mis propias manos. Yo no puedo seguir aquí, necesito volver.

—¿Nos llevaremos los cochinitos, hermanito?

—Claro que nos los llevaremos. ¿Cómo crees que vamos a dejarlos? Ellos tampoco se hallan, ni el perro, ni tú…

—¿Y Celso? —pregunta ella.

—Celso sabe de dónde somos y te irá a buscar. Él ya me lo ha dicho, sólo que me ha pedido que no te lo cuente. Dice que si como él cree, la muchacha a quien quería se ha casado con otro, él te pedirá que seas su mujer. Él nos seguirá, hermanita, de eso puedes estar segura.

Modesta acaba de acomodar cuidadosamente los trastos en un rincón y dice:

—Nos cogerán.

—Tal vez. ¿Pero qué quieres? Yo no puedo continuar aquí. Es necesario que me vaya, y, si me cogen, volveré a irme una y otra vez. No puedo más, ellos mataron a mi Angelito.

—No, hermanito, desgraciadamente cayó al agua.

—Sí, pero no por la voluntad de nuestra Santísima Madre, sino por la voluntad de ese demonio, del patrón. ¿Por qué no quiso que hiciéramos el viaje de día? ¿Por qué no nos dejó ir en el cayuco de Pablo? Sencillamente porque odia a los niños y quería matarlos. Yo lo sé bien. Cien veces me ha dicho que deben trabajar porque si no no

tendrán derecho a estar aquí conmigo. Quiere hacer trabajar a los hijos de mi pobre Marcelina, de mi pobre mujer asesinada también por ese doctor, asesinada porque no pude pagar a tiempo.

—Haremos lo que tú quieras, hermano, nos iremos.

—Esperaremos a que los muchachos se hayan dormido. Pero tú ya puedes ir bajando hasta la orilla a Pedrito y a los cochinitos. Los otros pensarán que los llevas para que se bañen.

Esa misma noche Cándido, Modesta, Pedrito, los cochinitos y el perro se embarcaron en el cayuco de Pablo. Desde hacía dos días la lluvia había disminuido. El nivel del río era ya más bajo y la corriente había perdido su violencia.

Ya avanzada la noche, la luna, en menguante, apareció. Había solo unas cuantas nubes y podía verse con bastante claridad.

Pablo el barquero se había llevado la garrocha con la que guiaba el cayuco. Pero Cándido sabía perfectamente que él jamás habría podido usarla, pues para ello se necesitaba una larga experiencia. Para sustituirla había tallado tres tablas, una de ellas larga y plana que pensaba utilizar a manera de remo.

No se aventuró a mitad de la corriente, se mantuvo cerca de los bordes a fin de sentir siempre el fondo con su tabla, que tenía solo dos metros y medio de largo. Así, pues, pudo dirigir la canoa tal como lo había planeado.

No llevaban equipaje que aumentara el peso. En un pedazo de su única camisa llevaban envueltas las tortillas, la pasta de frijol y un pedacito de carne seca. Uno de los muchachos le había prestado un pedernal y una mecha para poder hacer fuego. Desgraciadamente había perdido el cuchillo que llevaba siempre al cinto, en su funda de cuero; pero tenía la intención de tallar unos harpones para ensartar algunos peces y comerlos asados. También podría tumbar algunos pájaros con su honda. Considerándolo bien, las perspectivas no eran del todo malas.

La barca se deslizaba fácilmente. Durante algún tiempo la luna iluminó la ruta acuática; después, de ambos lados del río, la maleza empezó a formar dos barreras impenetrables. De tierra llegaba hasta ellos el murmullo de la selva que llenaba la noche de vida. De vez en cuando el croar de las ranas o el canto de algún pájaro asustado cubría el murmullo de la selva. A cada instante cruzaban sobre sus cabezas batiendo las negras alas los murciélagos y los pájaros nocturnos. Pedrito se había dormido en el regazo de Modesta. Uno de los puerquitos se recargaba contra él calentándole el cuerpo.

—Hermano —pregunta Modesta en voz baja—, ¿cuánto tiempo durará nuestro viaje?

—No lo sé; lejos, muy lejos, encontraremos los grandes rápidos. Entonces tendremos que sacar la canoa a tierra. Volveremos a navegar y encontraremos nuevas caídas; pero entonces ya no podremos arrastrar la canoa por tierra, a causa de las

rocas; tendremos que caminar en dirección del ocaso hasta llegar a nuestro pueblo. Así me lo ha dicho un muchacho que conoce bien el río, porque el año pasado le tocó navegar con los que cuidaron el arrastre de las trozas.

—Hay algo que yo no comprendo, hermanito. ¿Por qué si es tan fácil salvarse en un cayuco, los muchachos se quedan en la montería en vez de salvarse?

—Porque no todos tienen un cayuco a su disposición o porque tienen miedo del agua o porque temen no saber conducir la barca.

—Puede que tengas razón, hermano —contesta Modesta. En el fondo no lo cree, pero calla.

A la mañana siguiente don Félix llama al *Chapopote* y al *Guapo*.

—Bébanse el café de prisa, traigan sus caballos y vayan en seguida a las Champas, al nuevo campo. Recorran la región, cuenten los troncos y márquenlos. Felipe los llevará.

Los capataces cogieron las cosas que les eran indispensables y se embarcaron en el cayuco. *El Guapo* llevaba consigo su fusil, porque, decía, por allá habrían de encontrar bastante caza mayor, toda vez que aquello era selva virgen. No se había comenzado a talar y los muchachos no habían tenido ocasión de ahuyentar a las bestias con sus gritos; así, pues, habría oportunidad de cobrar algunas bellas piezas, que hubiera sido una lástima dejar escapar, ahora que los alimentos comenzaban a ser extremadamente justos, sobre todo después de la inundación.

Durante la travesía los dos capataces se pusieron a hacer proyectos placenteros. Sus caballos, atados por un lazo al cayuco, los seguían a nado, uno a la derecha y otro a la izquierda.

Cuando les faltaban unos cincuenta metros para llegar al embarcadero del nuevo campamento vieron de lejos a Pablo, que juraba y levantaba los brazos al cielo.

—¡Me han robado mi cayuco! ¡Mal rayo! ¡Que yo le ponga la mano encima a ese desgraciado!

Felipe tira de su canoa haciéndola entrar en la arena y dice:

—Lo que ocurre es que no ataste bien el cayuco, lo dejaste flojo y el agua se lo llevó. Tú tienes la culpa.

—¿Que yo tengo la culpa? ¡No digas estupideces, tú qué sabes! Lo amarré allí, ¿ves? El agua está bien baja, no me dirás que el cayuco echó a correr.

Dirigiéndose a los dos capataces, grita:

—¡Que me parta un rayo si no sé quién me lo robó! Fue ese desgraciado chamula, el que trae a toda su piojosa familia y a una piara de puercos consigo.

—Ahora eres tú quien dice estupideces. ¿Cómo quieres que esa bestia de chamula pueda irse guiando tu cayuco?

—Bueno, puesto que ustedes saben tanto, búsquenlo, a ver en dónde están ese tal por cual y su familia. No están ni aquí ni en el campo, se llevó hasta los cochinos. Corre tras él, que cuando le eches mano yo recuperaré mi cayuco.

Los dos capataces treparon la pendiente tirando de sus caballos hasta encontrarse

con *el Faldón*, que los esperaba arriba.

—Es verdad —dijo éste—. El chamula se ha llevado el cayuco. Créanlo o no, se ha ido, y ustedes caen como llovidos del cielo para ir a buscarlo.

—Nada más eso nos faltaba —dice *el Chapopote* dirigiéndose a su compañero—. ¿Qué dices, *Guapo*, lo seguimos? Después contaremos las trozas; pero antes vámonos a echar algo en la barriga, porque lo que es con el puro trago de café de esta mañana yo me estoy muriendo de hambre. Don Félix cada día está peor. ¿Cómo se le ocurre que contemos toneladas de madera en un sitio en el que no hay árboles? Si yo conociera el truco para hacerme millonario, haría mucho tiempo que no andaría cuidando a estos puercos chamulas como si fuera su nana.

—¡Comencemos por echar un trago para lubricarnos el gañote!

El Faldón saca una botella y todos beben un buen trago para renovar las fuerzas.

—Tú síguenos con tu otro cayuco, Felipe —dice *el Chapopote*—; *el Guapo* y yo marcharemos por la orilla a caballo.

—No, eso sí que no —contesta Felipe—. Nada de eso. Con el cayuco nunca los alcanzaremos; piensen en que llevan una noche de ventaja, y aunque lográramos darles alcance, en cuanto nos vieran se tirarían al agua, la canoa sería arrastrada por la corriente y nunca podríamos recuperarla. A caballo irán ustedes cien veces más de prisa que yo navegando. El río da infinidad de vueltas, ¡si lo conoceré yo! Ustedes podrán coger algunos atajos sin necesidad de bordear el río y llegarán mucho antes que el chamula, que no conoce la corriente. Pueden ustedes estar tranquilos porque antes de cinco minutos se habrá estrellado contra las rocas o encallará en algún banco de arena. Además…, además no hay razón para que yo vaya tan lejos. Es necesario que yo me regrese porque don Félix quiere ir río arriba justamente para asistir a la echada al agua de las trozas.

Aquello era verdad. Don Félix le había ordenado regresar inmediatamente para que lo llevara a inspeccionar los tumbos; pero en un caso semejante, tratándose de perseguir a un fugitivo, Felipe habría podido transgredir las órdenes de don Félix. La verdadera razón por la cual se rehusaba a ir era el temor que le inspiraba encontrarse solo con Cándido antes de que los capataces hubieran aparecido para ayudarlo. Él sabía que Cándido, como los otros fugitivos, no vacilaría en matarlo para evitar ser cogido.

Cándido parecía tener a los dioses de su parte; en tres días no había caído una sola gota de lluvia. La corriente estaba baja y tranquila. De haber hallado la corriente agitada, Cándido no habría podido llegar muy lejos. Pero si el tiempo le era favorable a él, también lo sería para sus perseguidores, porque si la lluvia hubiera sido tan pertinaz y violenta como lo fuera en la semana precedente, las veredas a través de los matorrales serían impracticables; los caballos se hundirían en el lodo hasta las rodillas y los capataces se verían obligados a caminar las más de las veces tirando de

los caballos por la brida. Habrían tenido que hacer largos rodeos para evitar las partes inundadas y los pantanos próximos a los bordes.

En cambio, ahora la superficie del terreno estaba lo bastante seca para permitir una cabalgada bastante rápida. Las aguas habían bajado y a lo largo de muchos kilómetros era posible galopar sobre la arena, y aun sobre el lecho descubierto y pedregoso del río. En algunos sitios, como es común en las corrientes que atraviesan bosques tropicales, el río se abre a lo largo de dos o tres kilómetros haciéndose superficial, exceptuando algunos cortos tramos generalmente franqueables de un salto. A medida que la corriente se fuera haciendo más sinuosa los perseguidores ganarían terreno al chamula, sobre todo porque el río tranquilo lo conducía lentamente y, a lo largo de kilómetros y kilómetros, los jinetes podrían avanzar tres veces más que el fugitivo.

Si Cándido no hubiera pedido consejo a sus camaradas, se habría estrellado junto con los suyos en las primeras caídas. Sacar al pesado cayuco del agua y tirar de él por sobre rocas escarpadas para rodear las caídas no era operación sencilla de hacer él solo, como lo había pensado.

Hubiera podido tumbar algunas ramas y labrarlas para hacer rodar sobre ellas el cayuco; pero no tenía machete.

Por otro lado, no era posible abandonar la canoa y continuar la marcha a través de la maleza, porque sus perseguidores conocían el camino que se vería obligado a seguir o a tomar en cualquier momento para evitar los pantanos y los vados. Los capataces no tendrían que hacer más que esperarle pacientemente en algún pasaje. Cándido ignoraba todo aquello, y era precisamente la ignorancia de esas cosas la que hacía difícil la evasión de las monterías. Celso, que deseaba de todo corazón la libertad de Cándido y de Modesta, habría hecho todo lo posible por disuadirlos de aquella expedición. Porque él tenía bastante experiencia para saber que una tentativa de fuga como aquella no podía tener éxito.

El día había avanzado; en dos horas más el sol se habría puesto. *El Guapo* dijo a su compañero:

—Mira, aquí hay un arroyito y debajo de ese árbol frondoso nos guareceremos; está lo bastante alto para dejarnos vigilar el río. Nos sentaremos media hora, comeremos un taco y fumaremos un cigarro.

—Además, los caballos tienen necesidad de descansar —contesta *el Chapopote* —, es necesario que resuellen un poco.

Al *Chapopote* se le apodaba así por el color de su piel oscura con manchas casi negras, que denunciaban su origen. Había nacido en las costas del Pacífico.

Preparaba cuidadosamente su taco de frijoles, cuando *el Guapo*, que escudriñaba el horizonte, dio un grito de gozo:

—¡Caray, mira! La Sagrada Familia deslizándose en su trasatlántico.

Efectivamente, la canoa se aproximaba navegando con lentitud. Mal dirigida, avanzaba la proa ya a derecha, ya a izquierda, como si el piloto vacilara

constantemente sobre la dirección que debía tomar.

Cándido, Modesta y el niño se hallaban sentados en el fondo de la canoa, de entre la que sobresalían apenas sus cabezas y sus cuellos. *El Chapopote* y *el Guapo* depositaron sus tacos en el piso con toda precaución, a fin de no perder algo del relleno; después, *el Guapo* desató de la silla su escopeta.

Mientras *el Chapopote* echaba mano al revólver y lo cargaba, uno de los caballos, por alguna razón desconocida, lanzó un relincho y los ocupantes de la canoa se apercibieron inmediatamente de la presencia de los capataces. Cándido trató inútilmente de desviar su canoa hacia el borde opuesto, la corriente lo llevaba sin remedio hacia donde los capataces se hallaban. Antes de que la canoa llegara al lugar en donde se encontraban, *el Guapo* gritó:

—¡Acerca la barca, chamula, o tiro!

Los capataces no podían juzgar si Cándido tenía la intención de desobedecer, o si simplemente no le era posible guiar la canoa, porque lejos de aproximarse, ésta seguía su curso. Así, pues, *el Guapo* disparó. Tenía la intención de atemorizar a los indios simplemente; pero toda la carga del arma tocó la canoa. Pedrito gemía gritando y diciendo haber sido herido; después se levantó oprimiéndose con la mano contraria el bracito. *El Chapopote* disparó su revólver y *el Guapo* introdujo un cartucho más en la carabina y, apuntando en dirección de la canoa, dijo:

—¡Acércate, chamula, o por nuestra Madre Santísima hoy te mueres!

El Guapo desciende la pendiente y, con los pies en el agua, apunta el revólver en dirección de la canoa, listo para tirar.

Al mirar el brazo ensangrentado de su hijo, Cándido pierde todo valor, ni siquiera piensa ya en huir; se da cuenta de la seria amenaza de los capataces. Seguramente volverán a tirar y lo harán hasta que todos estén heridos o muertos, su hijo, Modesta y él, y grita:

—Ahoritita voy, jefecitos. ¡Por la Virgen Santísima, no tiren más!

Con gran esfuerzo logra empujar el cayuco hasta un banco de arena, en el que encalla. Sale del cayuco, toma al niño entre sus brazos y avanza seguido de Modesta, caminando con el agua hasta la cintura. Los marranitos se agitan gruñendo detrás de él y, cuando llegan a la orilla, se ponen a hozar. El perro se sacude y salta feliz delante del grupo.

XI

—Así que no solo tratabas de largarte, sino de robarme mi canoa, chamula puerco —gritaba don Félix dirigiéndose a Cándido, a quien había hecho comparecer ante él.

Don Félix había ordenado que le llevaran al indio, a Modesta, al niño y a todo cuanto Cándido poseyera, porque deseaba aplicar un castigo ejemplar, a fin de poner de manifiesto la forma en que él trataba a aquellos que se atrevían a romper su contrato.

—Sí, ya se va haciendo costumbre aquí el abandonar el campo cuando a alguien le da la gana. ¡Rebelión, motín, aquí en la montería! —gritaba don Félix.

Cerca de él se hallaban cuatro capataces. Los trabajadores del campamento habían salido de sus jacales y desde el quicio de las puertas los muchachos y algunas mujeres observaban la escena, sin que nadie se atreviera a aproximarse.

—Y tú también, pendeja, tú también querías escapar de mí —dijo don Félix a Modesta, tomándola por el mentón—. Pero esta vez no te escurrirás, porque yo necesito una jovencita bien fresca.

—Perdónenos, patroncito —suplica Cándido—; perdónenos usted, no volveremos a hacerlo. Yo estaba muy triste, necesitaba volver a mi pueblo, no podía seguir aquí después de que mi niño se ahogó en el río. Yo tenía esperanzas de encontrarlo, a la mejor había logrado salvarse; pero no lo encontré. ¡Perdónenos, jefecito!

Pedrito, con su brazo en cabestrillo, atado con un pedacito de las enaguas de Modesta, se soltó llorando al escuchar las súplicas de su padre. Después se arrodilló y juntando las manitas como su madre le había enseñado a hacerlo ante la imagen de la Virgen, dijo:

—Perdónenos, patroncito lindo; le prometemos no volverlo a hacer. ¡Echábamos tanto de menos a mi hermanito!

Intentó decir algo más; pero sólo pudo pronunciar algunas frases confusas, mezcla de tsotsil y de un pésimo español.

—Tú cierras el hocico, chamaco —dice don Félix dándole un fuetazo que inmediatamente deja una marca sangrante en la carita del niño.

Cándido, inclinando la cabeza, se arrodilla y tiende las manos como Pedrito. Él no pensaba en sí mismo, su única idea era la de salvar a su hijito.

Modesta también se arrodilla, baja la cabeza y se oprime la frente entre ambas manos, como si invocara silenciosamente, apasionadamente, la figura de algún santo. Por fin le es posible hablar y murmura:

—¡Tenga piedad de nosotros, patroncito!

Pero su voz era tan ahogada que Cándido apenas pudo escucharla.

La muchacha iba descalza, con la falda de lana rota y llena de barro y las enaguas blancas desgarradas, dejándole al descubierto las piernas hasta la altura de las rodillas. La camisa de manta no le alcanzaba a cubrir los brazos.

—¡Ah, y todavía se atreven a pedir piedad, cerdos piojosos! —contesta don Félix,

asestando a Cándido un golpe violento sobre la curvada espalda.

Cándido lo recibe sin hacer el menor movimiento, en espera de los que han de seguir.

—Todos los días rebeliones, motines —continúa don Félix, con la cara encendida de ira y dando un nuevo golpe a Cándido—. Cada día están ustedes más insolentes. Por las noches se cantan canciones revolucionarias a mis espaldas; pero sepan que todavía yo soy el amo y les aseguro que seguiré siéndolo, piara de puercos. Yo voy a enseñarles lo que cuesta largarse del campo. Eso se acabó, porque me quito el nombre de Montellano si alguien vuelve a largarse.

Volviéndose a los capataces grita:

—¡Eh, *Gusano*!

—A sus órdenes, jefe.

—¡Saca tu cuchillo!

El Gusano llevaba al cinto un cuchillo de caza.

—¡Córtale las orejas a ese perro chamula! —ordena don Félix.

El Gusano lanza una mirada interrogante y temerosa a su amo.

—¿No oyes, bestia? Acabo de darte una orden. ¿Es que quieres que también a ti te dé tu merecido?

Y subraya sus palabras haciendo silbar el fuete.

El Gusano salta sobre Cándido y lo coge por las orejas, no sin una expresión de disgusto, y se las corta. Cándido, de rodillas, ni siquiera intenta defenderse.

—¡Ahora comerás tu propia carroña —dice don Félix—, en vez de engordar tragándote tus piojos, chamula puerco!

Da una patada a Cándido, que cae sobre un costado. Éste se endereza en seguida y trata de retirarse.

—*¡Gusano!* —dice don Félix—. ¿Dónde echaste eso?

—Aquí están, jefe, a sus órdenes —dice *el Gusano* aproximándose.

—No tengas tanta prisa; todavía no guardes el cuchillo, porque le vas a cortar las orejas al chamaco. ¡Ya verás si restablezco el orden aquí! Vamos, andando, ¡córtale las orejotas al bastardo!

Cándido salta como un tigre y cubre al niño con su cuerpo.

—Tú, cabrón, ¡quítate de ahí y arrodíllate pronto, si no quieres que le haga cortar la nariz y los dedos!

Cándido no soltaba a su hijo.

—¡Por el amor de Dios, patroncito, a él no! ¡Córteme a mí la nariz y las manos, pero a mi muchachito déjelo!

—¿Cortarte las manos? Eres inteligente, ¿eh? Así verías trabajar a los otros y tú descansarías. No, tus manotas me son necesarias, en cambio las orejas de tu chamaco de nada me sirven. Andando, *Gusano*, si no quieres ser tú el agraciado.

El Gusano hace llover puñetazos y patadas sobre Cándido, y aprovechando su sorpresa le arrebata al niño. Entonces Modesta interviene; de un salto coge al

pequeño y se coloca delante de él, pero *el Pulpo*, uno de los más crueles capataces, se lo quita y lo empuja hacia *el Gusano*. El niño tropieza, cae e inmediatamente Modesta se lanza sobre él cubriéndolo con su cuerpo.

Don Félix se inclina y tomándola por las trenzas la obliga a levantarse.

—No tengas miedo, a ti no te cortaré ni la nariz ni las orejas; me gusta mucho mirártelas. A ti sólo te separaré las piernas.

—¡Haga de mí lo que quiera, patroncito, todo lo que quiera! Yo aquí estoy para servirlo, patroncito; pero al niño déjelo, se lo ruego.

Está de rodillas suplicando a don Félix.

—¿Por qué no lo dijiste antes, pendeja? Ahora es demasiado tarde, lo que quiera de ti me lo llevaré a la fuerza.

Al oír decir a don Félix que era demasiado tarde, Modesta se volvió bruscamente y dio un salto hasta donde se hallaba el niño y, levantándose las ropas hasta los muslos, trató de detener la sangre que corría en arroyos por las mejillas de Pedrito.

—Y ahora, miren bien todos lo que ocurrirá a los que en el futuro traten de escapar o de rebelarse o simplemente de cantar canciones insolentes por las noches. Yo aquí soy y seguiré siendo el amo. Ustedes, a trabajar, que no han venido aquí para otra cosa. No lo olviden.

Se acomoda la cartuchera, da la vuelta y camina contoneándose en dirección de su jacal, deteniendo un poco el paso para encender un cigarrillo.

En la noche, hizo llamar al cocinero y le preguntó:

—¿Tú conoces al chamula, al tipo a quien cortamos las orejas? ¿Al que quiso escaparse y robarme el cayuco? Pues bien, vas a decirle que te dé los cochinos, que los matarás para mí; para reponerme así de lo que gasté en perseguirlo. Él para nada necesita esos cuatro cochinos. ¿No es así?

—¡Vaya, patrón, por lo menos ahora podré servirle un platillo sabroso! —contesta el cocinero riendo.

—Ven y bebe un trago mientras.

—Gracias, patrón.

Al día siguiente Cándido fue enviado al nuevo campo; pero, por orden de don Félix, Modesta y el niño debían quedar en el campo central. Don Félix estaba en la creencia de que era Modesta quien había incitado a su hermano a huir. Si los separaba, ya no pensarían más en escaparse, y, si la tentación volvía a asaltarlos, tendrían necesidad de buscarse para hacer nuevos planes. Además, había dispuesto que Modesta ayudara en la cocina e hiciera el aseo en el jacal que él habitaba. Le pagarían dos reales diarios y sus alimentos. Porque en el campo nadie tenía derecho de vivir si no se ganaba la comida. En cuanto al chamaco, estaba ya suficientemente grande, opinaba don Félix, para ganarse el pan como boyero. «Aprenderá pronto —decía don Félix—, sobre todo ahora que lo hemos desorejado, y hasta tendrá la ventaja de que nadie podrá tirarle de las orejas.»

El campo en el que Celso trabajaba se encontraba a hora u hora y media de marcha del campo principal. A fin de evitar una larga pérdida de tiempo, él y sus compañeros habían preferido construirse unos pequeñísimos refugios en los que guarecerse durante la noche en el sitio mismo en que se encontraba su trabajo. Iban al campo principal dos veces por semana para proveerse de víveres y cambiar o afilar sus hachas.

Las grandes lluvias de septiembre estaban próximas, en tres semanas más sería posible echar las trozas al agua. La operación se iniciaba siempre en las regiones apartadas del río en donde las aguas de inundación se mantenían altas solo por tres o cuatro días. Los otros distritos próximos al río podían esperar, porque allí la altura de las aguas se conservaba durante dos o tres semanas.

El calor se había hecho insoportable. En la espesura que Celso y sus compañeros limpiaban de matorrales, el aire se hallaba cargado de un vapor sofocante. A medida que el sol se elevaba, la tarea se hacía más y más penosa para los trabajadores.

En las planicies descubiertas la temporada de lluvias es agradable, refrescante; pero en la selva, en donde las lluvias se prolongan más, cuando faltan tres o cuatro semanas para que el suelo se vea cubierto por lo menos durante seis veces diarias por un lago de un metro de profundidad, la existencia del hombre y de los animales domésticos se convierte en un suplicio infernal.

El suelo se halla tapizado de una espesa alfombra de hierbas que lo hacen impermeable, evitándole absorber ni una gota de agua. La evaporación también resulta difícil porque los rayos ardientes del sol no llegan a penetrar hasta las lagunas y los pantanos. Las cimas de los grandes árboles se encuentran tan próximas unas de otras, sus follajes se aprietan de tal manera que el sol no pasa a través de ellos más que cuando por casualidad un fuerte viento los agita y los separa un instante. Las lluvias de los días precedentes habían vitalizado de tal manera el suelo que éste se hallaba materialmente tapizado de una vegetación espesa de un color verde tierno. En unos cuantos días la maleza había cubierto pistas y veredas, y la bóveda opaca de follaje se convertía en barrera casi infranqueable para la luz y el aire. El calor es un tirano de la selva. Hace correr en arroyos el sudor del hombre, y el vapor húmedo que pesa en el ambiente no permite su evaporación.

La humedad perpetua bajo la bóveda de follaje impenetrable y la estancia constante del hombre con el agua a la altura de los muslos lo sumen en un pesado sopor. Para donde voltee no ve más que la bóveda y los muros apretados de follaje y por todos lados encuentra humedad asfixiante. La atmósfera sola es ya suficiente para debilitar al hombre, para embotar sus sentidos y hacerle perder el juicio. Cada hachazo descargado sobre el tronco de caoba, duro como el acero, hace pensar al leñador que es el último esfuerzo que podrá realizar; siente que no le será posible continuar, y que antes de atacar, el tronco siguiente caerá, indiferente al destino que le aguarde.

Pero su suplicio habrá de aumentar aún. A medida que la estación de lluvias se

prolonga, los animales feroces, los reptiles y los insectos se multiplican. Los mosquitos se abaten en grandes y espesas nubes y en la selva su agresividad comienza con el año y acaba con él; pero en el tiempo de aguas las nubes se centuplican y éstas contienen millones. Para esos ejércitos voraces la sangre es un regalo, el más codiciado de los regalos. Llegan en número inconcebible, vomitados sin duda por los infiernos para envenenar la existencia del hombre sobre la tierra y hacerle suspirar por la paz del paraíso. Los pequeños y negros pinolillos, cuyo piquete deja un punto sangrante y doloroso, se presentan en escuadrones increíblemente numerosos, que en media hora pueden convertir la piel de un hombre en un coágulo de sangre. Los mosquitos mayores llegan también voraces como ratas, y con ellos las arañas gigantes y enanas, los alacranes, los ciempiés, los niños, las escolopendras y las serpientes, que parecen estar en espera solo de que el pie desnudo de un indio se pose sobre su escondite de hierba y lianas. Los jaguares, los pumas y los tigres acechan a sus víctimas desde el hueco de algún tronco, listos a saltar sobre el leñador que pase, absorbido en su trabajo, sin ocuparse siquiera de levantar la vista.

Durante la estación de lluvias el trabajo hacia el mediodía era atroz; los muchachos tenían la costumbre de beber un poco de café y de comer algunas tortillas recalentadas al amanecer, antes de comenzar su trabajo, y de comer algo más sustancial a mediodía. De este modo evitaban el suplicio de trabajar durante las horas más cálidas.

En el campito que ellos llamaban Palo Caído, algunos compañeros se encontraban agrupados alrededor de una hoguera levantada sobre un pedazo seco. Ellos eran Celso, Martín Trinidad, Juan Méndez, Lucio Ortiz, Casimiro, Paciano, Encarnación y Román.

Todos eran leñadores. Dos se hallaban inclinados sobre la hoguera vigilando las ollas del café y las cazuelas donde calentaban el arroz y los frijoles. Los otros, un poco alejados, fumaban esperando que la comida estuviera lista.

En la mañana temprano, Celso había matado a pedradas a una iguana. Lucio la había limpiado y la tenía cociendo en la hoguera; así, pues, aquel día su alimento sería menos frugal.

Celso hacía un buen rato que fumaba, menos por placer que por alejar de sí los mosquitos; sentado quietamente, acabó por dormirse con las piernas abiertas, los brazos caídos y la cabeza apoyada sobre un tronco.

De pronto se despierta sobresaltado y dice:

—Alguien me ha llamado, por allí, ¿quién podrá ser?

—¿Quién quieres que te llame? Yo nada he oído; estás soñando, viejo. *El Pasta* estuvo aquí hace una media hora para marcar los árboles, pero no regresará, por lo menos esta noche. Seguro que has soñado.

—Sigue roncando —dice Lucio riendo—. Todavía debes esperar pacientemente

una media hora. La iguana se va ablandando, pero todavía no se ha cocido. Ya te despertaré cuando esté lista.

A Celso parece no satisfacerle esta explicación; trata de penetrar los matorrales con la mirada y dice:

—Apostaría que alguien me ha llamado por mi nombre; por Dios que he oído claramente una voz, como si me estuvieran hablando al oído.

Vuelve a escudriñar los alrededores con la mirada e intenta dormir nuevamente. Apenas ha cerrado los ojos cuando se levanta de un salto.

—Ustedes pueden decir lo que gusten, pero acaban de llamarme nuevamente; he oído cómo dicen: «Celso, Celso, ¿dónde estás?» Les aseguro que no estoy loco, ¡era una voz de mujer!

Lucio y Paciano ríen de buena gana.

—¡Una mujer! Miren nada más, ¡una mujer que le llama por su nombre! Seguro que lo que necesitas es una mujer, por eso hasta en sueños la oyes hablar. Anda, mea un poco, que después dormirás más tranquilo.

Celso permanece de pie, sin que las palabras de sus compañeros logren convencerlo de que está equivocado. Recoge el cigarro que en su sueño cayera de entre sus labios y lo enciende en la hoguera. Después da algunos pasos y se mete entre los matorrales. De pronto se retira el cigarro de la boca y escucha atentamente.

—Muchachos —grita—, esta vez estoy seguro; alguien llama por allá, y estoy seguro de que es una mujer.

Paciano se levanta, escucha también con atención y dice:

—¡Tienes razón, Celso! Es verdad que alguien llama, es una voz de mujer.

—¡Oigan!… Ha vuelto a llamar… La voz parece venir de aquellos matorrales —dice Celso, que escudriña los alrededores vivamente interesado—. Ven conmigo, Paciano; vamos a ver de qué se trata.

No había avanzado dos pasos cuando los dos se estremecieron. Esta vez no cabía lugar a duda, habían oído una voz femenina.

—Celso, Celso, ¿dónde estás?

—¡Aquí estoy! —grita Celso con todos sus pulmones.

—¿En dónde?

Los dos hombres se precipitaron hacia los matorrales de donde partía la voz, con tanta rapidez como se lo permitían los obstáculos. De pronto vieron surgir de entre las matas la cara de Modesta.

—¡Modesta! —gritó Celso asombrado—. ¿Qué te pasa?

En cuanto la muchacha ve aproximarse a los hombres se cubre con las matas y dice:

—¡Estoy desnuda, vengo cubierta solo con ramas!

Celso se quita la camisa, que nada más usa durante los ratos de reposo para defenderse de los mosquitos, y se la tira a Modesta. La camisa está hecha jirones, pero cubre lo suficientemente a la muchacha como para permitirle mostrarse a los

ojos masculinos.

—Dame tu camisa, Pachi —dice Celso a su camarada, y sin esperar la respuesta él mismo se la quita.

Celso conduce a la muchacha al campito en donde los muchachos preparan su alimento.

—¿Desde cuándo andas vagando así por la selva? —pregunta Celso a Modesta, una vez que ésta se halla sentada.

—¡Hace mucho tiempo! Yo no sabía dónde encontrarte, Celso. Hallé un muchacho cerca de un tumbo y me dijo que trabajabas en Palo Caído; pero no pudo explicarme claramente dónde era, sólo pudo darme razón del rumbo. Caminé mucho sin encontrar ni un alma; al fin descubrí que había varios troncos recién tumbados y pensé que tal vez te hallarías cerca. Así, pues, caminé un poco a la ventura llamándote por tu nombre. Óyeme, ya casi no puedo hablar de tanto gritarte. ¿Qué haré ahora, Celso?

—Pero explícame qué te ha ocurrido. ¿Es que Cándido volvió a fugarse?

Celso insistía en saber el motivo que había impulsado a la muchacha a correr desnuda por la selva. Un presentimiento oscuro de lo que había ocurrido o de aquello que la había amenazado empezaba a tomar contornos cada vez más precisos en su mente; pero deseaba que Modesta le dijera la verdad, no por curiosidad inútil, sino para saber de dónde venía el peligro y cómo podría protegerla.

—Esta mañana muy temprano don Félix me mandó llamar a la cocina en donde ayudo al cocinero y a su mujer…

Modesta vacila un poco, no sabiendo por dónde empezar su relato.

—¿Es el cocinero quien te ha echado?

—No, el cocinero no; él era muy bueno conmigo. Me dio dos petates para que durmiera, porque tú sabes que yo nada tengo, lo que poseíamos se perdió en el río.

—¿Entonces fue su mujer?

—No, tampoco; déjame pensar para poder explicarte. El patroncito me mandó llamar para que tendiera su cama; pero en cuanto me acerqué me sujetó con todas sus fuerzas y me echó sobre la cama. Yo me defendí arañándole toda la cara. Después descubrí una botella que estaba cerca. Como él me tenía sujeta por el cuello y por las piernas, me quedaba libre una mano. Forcejeamos, pude coger la botella y con todas mis fuerzas le di un golpe en la frente. Entonces me soltó; rápidamente pude escurrirme y corrí a la puerta…, pero como mi ropita estaba tan vieja se quedó entre las manos del patrón. Solo me quedaba un pedacito de camisa, con él escapé.

—Pero —interrumpe Román—, ¿no tiene ya dos mujeres?

—Habían salido… Yo corría y el patrón corría tras de mí gritando: «¡Párate ahí o disparo!» Y me tiró dos o tres balazos sin poder alcanzarme. Entonces empezó a aullar como loco, diciendo: «Ya te tendré, marrana, ya te sujetaré a mi cama y veremos si puedes escaparte. Y cuando me haya hartado de ti te cortaré, no solamente las orejas, sino la nariz también.»

—Y sin duda lo hará —afirma Juan Méndez.

—Me entró un miedo horrible, hasta me daban ganas de regresar para que no me cortara las orejas. Entonces se dirigió al jacal de los capataces y ordenó al *Gusano* que me alcanzara. Felizmente *el Gusano* estaba muy ocupado con los caballos. Entonces el patrón siguió gritando: «No sólo te cortaré las orejas, bruja, sino que te haré amarrar tres días con sus noches a aquel árbol que ves allá abajo. Tal vez entonces se te quiten las ganas de dar de botellazos…» En ese momento el cocinero salió de su jacal y me dijo: «Corre, muchacha, corre con todas tus fuerzas y no te dejes coger.» Corriendo, corriendo le pregunté a dónde podría ir. «No importa dónde —me dijo—. Más vale que seas presa de un tigre que de don Félix.» Entonces me vine para acá.

Los muchachos permanecieron silenciosos.

—Celso, tú me vas a ayudar, ¿verdad? —pregunta Modesta, apercibida de la indecisión de los leñadores.

—Podríamos esconderla —propone Encarnación.

—¡Idiota! ¿Dónde quieres esconderla? —replica Lucio.

—¡Oh, Celso! —dice Román con voz angustiada—. Mira, allí viene *el Gusano* a caballo…

—Debe habernos visto…

—¡Celso, Celso, ayúdame! —suplica Modesta, y sin esperar la ayuda implorada, corre enloquecida a ocultarse en los matorrales…

El Gusano, efectivamente, estaba muy cerca de ellos y pudo ver a la muchacha cuando huía. Don Félix le había encargado que se la llevara. Su caballo avanzaba lentamente entre los matorrales, pero le había seguido los pasos. Todos los muchachos se pusieron de pie y siguieron ansiosamente la persecución.

Modesta, en su aturdimiento, tropezó; un segundo después *el Gusano* la tenía sujeta por la cabellera y la ataba con su lazo. La muchacha, agotada, renunció a la lucha. Sin duda su destino era ser presa de don Félix. No podría escapar.

El Gusano la arrastra tras de sí y se aproxima al grupo de los leñadores. Detiene su caballo, saca de su camisa la bolsita de tabaco, enreda un cigarrillo y se dirige a Celso, que es el que se halla más próximo.

—¡Dame lumbre!

Celso tiende un tizón. *El Gusano* aspira algunas bocanadas de humo y dice:

—¿Qué tienen de comer?

—Iguana, jefe —responde Lucio.

—Puercos, ¿cómo es posible que un cristiano coma iguana sin vomitar de asco? Marranos, eso es lo que son ustedes.

Lanza nuevas bocanadas de humo y sonriendo desagradablemente señala con la cabeza a la muchacha atada, agregando:

—¡Eh!, en cambio yo le llevo un buen platillo a don Félix. Lo que el patrón comerá esta noche sabe mucho mejor que la iguana. Y cuando la haya saboreado bien, me la dejará para que la pruebe. Ya me ha prometido las sobras. Y lo que es yo, me la comeré aunque sea sin nariz.

Lanza una carcajada amenazadora y golpea los flancos de su caballo para hacerlo caminar, al tiempo que tira violentamente del lazo para hacer andar a Modesta.

Modesta, sorprendida por el jalón imprevisto, cae por tierra y *el Gusano* no hace sino tirar con más fuerza.

La muchacha se levanta a medias, cayendo inmediatamente de rodillas. Sus ojos encuentran a los de Celso. Lo mira sin reproche alguno; ella sabe bien que Celso, como todos sus amigos de miseria, son impotentes. Pero la tristeza infinita que el muchacho descubre en los ojos de ella le hiere más que el más cruel reproche, que la mayor injuria. La mira fijamente por un instante y después se vuelve a mirar a sus compañeros. Ve cómo Martín Trinidad aprieta los labios y respira profundamente por la nariz como para librarse de una gran opresión.

Todo eso no dura más de dos o tres segundos.

Celso tragó con fuerza su saliva y encogió los miembros como para dar un gran salto; inmediatamente estiró todos los músculos y lanzó un rugido con fuerza tal que el caballo del capataz se encabritó y trató de apartarse como si estuviera ante la presencia de un tigre; pero al intentarlo fue a dar con las pezuñas en un lodazal, del que en vano trató de salir. *El Gusano* azotó al animal y tiró vigorosamente de las riendas. Los miembros del caballo se tendieron en un esfuerzo inútil por salir del sitio pantanoso; pero mientras el animal se esforzaba y el jinete buscaba la forma de obligarlo a salir, Celso, dando un salto prodigioso, montó sobre las ancas, sujetó el cuerpo del capataz que, sorprendido, abandonó los estribos. En cuanto cayó por tierra, Celso se lanzó sobre él y le golpeó la cara con los puños. *El Gusano* se defiende tratando de rechazar a Celso a patadas en el estómago, pero el muchacho las esquiva sin soltar la presa. Los dos luchan desesperadamente por tierra. La cara del *Gusano* se va amoratando.

—¿Vas a soltarme, perro? —dice con voz entrecortada, atragantándosele las palabras.

Con una mano, Celso busca por el suelo algo que pueda servirle de arma. Juan adivina su intención, coge un grueso leño y lo descarga sobre el cráneo del *Gusano*.

Las manos del capataz se aflojan y sueltan a su enemigo.

Juan continúa descargando golpes sobre la cabeza del *Gusano*. Los golpes llovían con violencia tal, que al cabo de un instante Celso pudo soltar a su víctima. El cráneo del *Gusano* era solo una masa sangrante.

—Hacía mucho que te lo tenía advertido, *Gusano* —dice irguiéndose—. Más de cien veces te canté la canción. Ya ves cómo sé cumplir mis promesas y hacer lo que canto.

Con el dorso de su larga mano se enjuga el sudor y la sangre que le corren por la

cara. Después se aproxima a Modesta, corta sus ataduras y le pregunta con dulzura:

—¿Te lastimaste, Modesta?

—No —responde ella en voz apenas audible—; son las espinas de los matorrales las que me han ensangrentado las piernas y los brazos; pero ¡he tenido tanto miedo, Celso!

—No temas, Modesta. Ahora no podremos volver atrás, deberemos seguir siempre adelante. ¡Nos iremos todos! ¿Qué dicen, muchachos?

—Sí, todos —interviene Román.

—¿Los de las fincas? ¿Y los peones también? —pregunta Paciano, que precisamente proviene de una finca cuyo propietario lo vendió a los Montellano.

—Sí, ¡también los peones de las fincas! —afirma Martín Trinidad, y como para subrayar su dicho, lanza el que ya es su grito de guerra—: ¡Tierra y Libertad!

Como una sola voz, todos los muchachos contestan:

—¡Tierra y Libertad!

Celso voltea el cuerpo del capataz, tomándolo por uno de sus pies desnudos, se inclina sobre el cadáver y le quita la cartuchera y el revólver.

—¡Martín —grita—, tú tienes ya una pistola y cartuchos! Ahora me toca a mí. Ven y dime cómo se carga y cómo se dispara esto.

—En cinco minutos sabrás tanto como yo.

—Deberíamos enterrar el cuerpo de este perro antes de regresar al campo —propone Román.

—¡Eso sí que no, ya los cerdos darán cuenta de él si les apetece la carroña!

Después, dirigiéndose a Martín Trinidad:

—¿Tomas el caballo o quieres que yo lo monte?

—Tú serás el comandante; así, pues, móntalo tú. Cuando nos hagamos de otras bestias, entonces montaremos nosotros.

—¡Eh, ustedes, vengan todos! —grita Celso—; necesitamos pensar, hacer planes.

—Sí, necesitamos hacerlos —contestan todos.

—Pero no aquí —replicó Celso—, porque dentro de unos instantes esta inmundicia comenzará a apestar. Vayamos más lejos, y tú, Modesta, acompáñanos, necesitamos de tu presencia.

Modesta hace un signo de asentimiento, se sujeta lo mejor que puede los andrajos que la cubren y sigue a los leñadores.

Los muchachos se sentaron en círculo, como acostumbran a hacerlo los indios, y Celso tomó la palabra.

—Esto no es más que el principio y ya no podemos retroceder. Hemos acabado con este gusano asqueroso que desde hace mucho tiempo debía haber recibido su

merecido; pero si por desventura no seguimos adelante, todos sabemos la suerte que habremos de correr. El Félix nos colgará a todos después de cortarnos las orejas. Desde que el Cacho recibió lo que le tocaba de manos de Urbano todos se han vuelto locos. La verdad, muchachos, es que se andan meando de miedo. Y de puro miedo son capaces de hacer cualquier cosa, de pegar a ciegas, sin fijarse ni a quién le dan. ¿Quieren que nos corten las orejas a todos? ¿O prefieren que sea la nariz o los dedos?

—¡No seas bruto! —interrumpe Lucio riendo—. ¿Cómo se te ocurre preguntar semejantes cosas?

Todos los muchachos ríen con Lucio. El mismo Celso ríe con ellos.

—Bueno; pero es necesario que me digan si quieren regresar a sus casas, volver a ver a sus mujeres, a sus hijos, a sus padres, volver a cultivar su tierra.

—¡Claro que lo queremos!

Martín Trinidad se levanta, agita los brazos y dice:

—¡No, pedazo de buey, animales! Eso no lo harán, ya tendrán tiempo de fornicar con sus mujeres y de cultivar su tierra, que no cambiará de lugar. Mientras yo pueda tenerme en pie ninguno de ustedes huirá a su rancho. Es necesario que levantemos a todos los muchachos que sufren en las monterías, que vayamos a las fincas y acabemos con los finqueros y los mayordomos y después con los rurales y los federales. Es necesario que todos los peones sean libres. Todos, absolutamente todos, ¿comprenden? Es necesario que todos tengan su pedazo de tierra y que todos lo cultiven en paz y que lo que la tierra les rinda sea para ellos, solo para ellos. Eso es, ¡tierra y libertad! La tierra que les pertenece, porque sin tierra no hay libertad ni para ustedes ni para nadie más, y si no comenzamos por desembarazarnos de finqueros, mayordomos, capataces, rurales, federales, jefes políticos y presidentes municipales, nunca tendremos libertad. Ya los verán, cuando nos vean cerca, arrastrarse y suplicar. Pero para ellos, guerra sin cuartel. Si no los exterminamos, pronto volverán a echarnos las cadenas, y esta vez las habrán forjado más pesadas que las que ahora llevamos. Es necesario acabar con el enemigo, acabar con todos los que puedan convertirse en enemigos. Si tienen piedad de ellos, se traicionarán a sí mismos, traicionarán a sus mujeres, a sus hermanas, a sus padres, a sus hijos, hasta a aquellos que aún no han nacido.

—¡Arriba, Martín, así se habla! —gritan Celso y Paciano.

—¡Arriba! —gritan a coro los demás—. Eso es lo que todos pensamos.

—En ese caso, ¡adelante! No dejemos que el fuego se apague. ¡Viva la rebelión! ¡Vivan los rebeldes!

Todos los muchachos repitieron:

—¡Viva la rebelión! ¡Vivan los rebeldes!

Recogieron sus útiles, sus hachas y machetes y propusieron marchar inmediatamente sobre la administración.

—¡No tan de prisa, muchachos! —dijo Celso—. Antes vamos a pensar en lo que debemos hacer y en cómo debemos hacerlo. Si nos precipitamos locamente nada nos

costará adueñarnos de la oficina; ¿pero después? Ustedes saben que hay capataces en todos los rincones de la selva y que los otros muchachos nada saben de nuestros planes. Los capataces pueden reunirse y acabar con nosotros fácilmente, ya que disponen de buenas monturas y de armas. Podrán correr a otras monterías a pedir refuerzos y nos derrotarán. Oigan, muchachos, lo que Martín Trinidad les dice; él habla con la voz de la razón. Quedémonos aquí y deliberemos. Si ahora tomamos buenas resoluciones no tendremos que lamentarnos más tarde.

—Celso, dinos, ¿tú qué piensas?

Celso propone que algunos muchachos vayan y adviertan a los boyeros que conducen las trozas al borde del arroyo Mono.

—Yo los conozco bien —dice— y sé que son muy machos. Entre ellos están Andrés y Fidel, el que hace poco le rompió el hocico al *Gusano*; está Santiago, que no teme ni al diablo, y está Matías, que sólo espera la ocasión de rebanarle el pescuezo al *Doblado* porque le robó a su mujer, y están además Cirilo, Sixto, Prócero. Con ellos nada hay que temer. Con ellos podremos conquistar toda la selva y limpiar las fincas. ¡Si todos los leñadores fueran como los boyeros no habría quien se nos parara enfrente y llegaríamos muy lejos!

—Bueno, que vayan primero a buscar a los boyeros —ordena Martín Trinidad—. Tú, Juan, monta el caballo y vete por delante; al primer boyero que encuentres le hablarás y lo mandarás al arroyo.

—Pero —dice Juan— si en el camino me encuentro a algún capataz y éste me ve a caballo, ¿qué le diré?

—Le dirás que el patrón te mandó a buscar urgentemente a Andrés y a Santiago. ¿Y para qué dar excusas? Toma el revólver, lo llevas en la cabeza de la silla y si algún capataz intenta detenerte no tienes más que tirarle tranquilamente. Tú sabes tirar; si la primera bala no le acierta, le disparas una segunda. Toma la cartuchera y no tengas miedo. Ahora iremos hasta el fin. La comedia ha durado ya bastante tiempo; o ellos o nosotros. Si queremos vivir tenemos que quebrarlos. ¡Vete, Juan! En media hora todos estaremos contigo en el arroyo.

XII

Cuando los muchachos llegaron al arroyo encontraron que Juan Méndez había prevenido ya a los boyeros; los ayudantes de éstos parecían muy atemorizados y se afanaban en rededor de las bestias tratando de dar la impresión, en caso de que apareciera por allí un capataz, de que ellos eran ajenos al golpe que se preparaba, pues sabían lo que les esperaría si la cosa resultaba mal.

Sin contar a los jovencitos ayudantes, había más de veinte muchachos reunidos y cada cuarto de hora llegaba una nueva cuadrilla, con su jefe, a quien se participaba inmediatamente lo que ocurría.

Los muchachos decidieron marchar primero sobre la administración, pero haciendo antes un buen rodeo para reclutar en el camino a todos los boyeros y hacheros que fuera posible.

Los leñadores llevaban sus hachas, otros tenían además sus machetes y todos procuraron hacerse de cuanto gancho, cadena o útil de fierro podían para emplearlos como arma.

—Además —dijo Juan Méndez—, es preciso que todos entiendan: para el primer asalto nos bastan las piedras y los garrotes. Cuando la cosa se haya desencadenado haremos como los peones de Morelos, los primeros que se atrevieron a asaltar los ingenios azucareros. Ellos tendieron una soberana emboscada a los rurales y a los federales que habían llevado para batirlos.

—¿Y para qué la emboscada? —pregunta Cirilo.

—¡Qué bestia eres! ¡Vaya una pregunta! Mientras mayor fuera el número de soldados que salieran en su persecución, mayor número de armas podrían recoger después. ¿No sabes que cada policía y cada soldado posee un fusil y cada oficial tiene un revólver? La cosa es bien sencilla: sorprendes a un soldado o a un policía, lo tumbas y le quitas la carabina o la pistola…, además, los cartuchos. Ya ves que la cosa no es complicada. Es así como se hace una revuelta.

—¿Y los rebeldes de Morelos ganaron? —preguntó Santiago.

—Claro que no. Por el momento era imposible; pero ellos, con los campesinos de Tlaxcala, dirigidos por Juan Camatzi, su jefe, han sido los iniciadores, han dado el paso más difícil, pues ahora los peones y los campesinos de todo el país saben lo que hay que hacer y se han convencido sobre todo de que la dictadura y la tiranía no son invulnerables ni invencibles. Antes pensaban que nada era posible contra la tiranía porque ésta había sido establecida por Dios y porque todos los curas predicaban que ella duraría por lo menos mil años. ¡Paciencia! La próxima vez los muchachos de Morelos ganarán y también los de Tlaxcala. ¿Quién puede decirnos si ahora mismo, mientras nosotros hablamos del asunto, ellos han logrado levantar ya a todo el estado de Morelos? Desgraciadamente nosotros nada sabemos de lo que ocurre en el país.

—¡Con un diablo! ¿Qué hacen allí todos juntos? ¿Qué significa esto? —pregunta furioso *el Doblado*, que llega a caballo en compañía del *Tornillo*.

Al verlos, los muchachos, o por lo menos la mayor parte de ellos, experimentaron un terror loco; pero ni uno solo de entre ellos se movió ni hubo quien hiciera ademán de volver al trabajo.

—¡Piara de puercos! ¿Es que no han entendido? ¡Digan! ¿Qué significa esta reunión? ¡Solo a ustedes se les puede ocurrir holgazanear a mitad del día cuando la semana próxima tendremos ya que empezar a echar las trozas al agua! ¡Vamos, a trabajar!

Los jóvenes ayudantes de boyero y dos o tres de entre éstos, menos experimentados que los otros, regresaron a sus tiros.

—¡Aquí, cobardes, no se muevan! —grita Celso.

Los desertores se detuvieron.

—¿Pero qué pasa? —aúlla *el Doblado*, esgrimiendo el fuete—. ¿Es esto una huelga o un motín?

—¡Eso mismo, coyote! —replica Santiago Rocha—. Has adivinado, se trata de un motín, de una reunión de rebeldes. ¡Ahora ya lo sabes, perro!

El Doblado palidece, le raya las espuelas al caballo y trata de retroceder; pero el caballo obedece a medias y durante algunos segundos piafa en el mismo lugar. *El Doblado* siente que lo invade una inquietud mortal. Mira a los muchachos, que con actitud amenazante parecen esperar solo una señal.

El Tornillo, el otro capataz, estaba más alejado, hubiera podido intentar la fuga; pero reflexionándolo consideró que más le convenía quedarse al lado del *Doblado*; no para protegerlo precisamente, sino para salvaguardarse él mismo. En efecto, el hecho de abandonar a su compañero para salvar el pellejo podría ser de graves consecuencias para él si los otros capataces se enteraban después. Aunque, en verdad, entre morir en aquel momento o ser muerto más tarde por sus camaradas no veía una gran diferencia.

Mientras el caballo del *Doblado* continuaba vacilando y piafando, el jinete perdió su sangre fría. Quiso sacar el revólver; pero como llevaba el fuete en la mano, el asa de éste se atoró en el arma.

Matías, aprovechando el momento, golpeó con una rama las patas delanteras del caballo, que se encabritó. Inmediatamente Fidel saltó sobre la grupa y sujetó al capataz torciéndole la mano con la que trataba de sacar el revólver. *El Tomillo*, al darse cuenta de la gravedad de la situación, hizo que su caballo se volviera a fin de emprender la fuga. Cirilo, que lo vigilaba, golpeó las ancas del caballo con su gancho de fierro. El animal dio algunos saltos desordenados; pero *el Tornillo* se mantuvo firme en la silla. Entonces Sixto, otro de los amotinados, se agachó para recoger una piedra; no encontró lo que buscaba, pero descubrió un pedazo de yugo y con esta arma improvisada dio un fuerte golpe en la espalda del jinete, quien se volvió para defenderse; pero en aquel mismo instante Pedro se lanzó al ataque arrancándole las riendas de las manos y haciéndole caer por tierra. Segundos más tarde los capataces habían dejado de existir.

Fidel, que tenía especiales motivos de resentimiento hacia *el Doblado*, se había ensañado golpeándolo con la rama. Parecía loco y gritaba al tiempo que lo golpeaba: «Toma, y toma este otro para que aprendas a dejar en paz a nuestras mujeres.»

Cuando Fidel se levantó, después de dar un último golpe a su enemigo, Martín Trinidad le dijo:

—Su pistola y sus cartuchos te pertenecen. Bien los has ganado.

Después, se vuelve a los otros muchachos y, mostrándoles con el dedo los cadáveres de los capataces, les grita con acentos convincentes en la voz:

—¡Miren, miren bien; es así como se procuran las armas, muchachos! ¡Cada revólver que consigan de este modo tendrá un doble valor, porque faltará a sus enemigos y lo tendrán ustedes! Ataquen por delante o por detrás, en pleno día o en la oscuridad. Ataquen como quieran; pero ataquen, ¡con un diablo! ¡Si quieren hacer la revolución háganla hasta el fin, si no, ella se revolverá contra ustedes y los despedazará!

—¡Vaya, hombre! —grita Andrés, que llega en ese momento aguijoneando a sus bueyes e ignorante de lo que allí ocurre—. ¡Mira cómo hablas bien! ¿Quién eres tú?

—Ya lo he dicho a Celso, él sabe cómo me llamo y que soy maestro de escuela, y un tipo de los que no saben ni arrastrarse ni lamer las botas de los de arriba. Soy un maestro de escuela, un simple maestro de escuela; pero después, cuando reine la paz en el país, cuando finalmente nos desembaracemos del dictador, cuando cada quien tenga su tierra y goce de libertad, entonces yo seré maestro de las nuevas generaciones en la Universidad. Ahora saben por qué estoy con ustedes en este momento, porque no sé doblar el espinazo ni buscar el saludo de quienes me desprecian. La libertad no existe cuando está prohibida la expresión del pensamiento. Para ustedes será la tierra que cultivan. Yo no quiero tierra, yo quiero solamente libertad para enseñar lo que para mí es sensato y verdadero.

—Pero hombre —dice Andrés entusiasmado, aproximándose a Martín Trinidad, a quien estrecha la mano—, eso es exactamente lo que yo quiero, solo que no podía definirlo, y me alegra muchísimo que tú lo hayas explicado.

—Seremos amigos, Andrés; aunque tú eres muy joven y yo te doblo la edad, seremos amigos.

—Eso quisiera, profesor.

—Sí, seremos amigos, muy buenos amigos, siempre que tú lo quieras, hijo. Pero ahora no tenemos tiempo para hacer protestas de amistad. Estamos en pleno combate. No debemos perder la partida. Vivir más tiempo con nuestra vergüenza es un crimen contra la nación. Ahora tú eres soldado, yo soy soldado, soldados de la revolución. Aquí no hay ni jefes ni oficiales, todos somos soldados. ¡Démonos un abrazo antes de seguir adelante!

Entonces Celso toma la palabra.

—¡Ahora no estamos para abrazos! Ellos vendrán más tarde. ¡Vamos! ¡Todos a la administración! Y tú, Modesta, ven acá; en adelante marcharás siempre a mi lado, serás mi fiel soldadera.

—Así será, Celso.

—Cogeré para ti los vestidos más lindos que allá encuentre, y cuando nos hayamos apoderado de todo, iremos a buscar a Cándido y al niño.

—Vamos a hacer una verdadera limpia en la oficina —dice Martín Trinidad aproximándose a Celso—. Pero antes debo ir a desenterrar mi pistola y mis cartuchos. Es la mejor automática que he visto.

Silbando, cantando, gritando, los rebeldes avanzan dando un largo rodeo. Tres muchachos se hallaban provistos ya de caballos. Dos de los jinetes marchaban a la cabeza, otro cerraba la marcha para proteger la retaguardia. Pero ni siquiera habían pensado en planear el ataque a la administración. Confiaban en la fuerza activa de la revolución, que cuando no es desvirtuada por los políticos jamás pierde su impulso renovador.

Los rebeldes eran sesenta hombres decididos. Una hora antes de ponerse el sol se encontraban a las puertas de la administración. Todos los perros del campo principal empezaron a ladrar a coro.

Don Félix acababa de regresar de inspeccionar el campo haría apenas una media hora. Al llegar había encontrado en su despacho a don Severo, llegado para arreglar con él y los capataces los últimos detalles necesarios para la echada al agua de las trozas.

Al escuchar los incesantes ladridos de los perros, don Félix se dijo:

—¡Diablo! ¿Y ahora qué ocurre? ¿Es que nunca podemos estar en paz? Es que todos han de estar borrachos, ¡partida de sinvergüenzas!

Los perros continuaron su concierto. Don Félix franqueó el pórtico, cogió una tranca y golpeó a los primeros perros que se le atravesaron. Los animales aullaron de dolor y echaron a correr, pero no cesaron de ladrar.

—Probablemente es el turco que se aproxima con su caravana —dijo don Severo dirigiéndose a su hermano.

—Imposible —observó *el Chapopote*—, se hubiera ahogado antes de llegar aquí, porque todo está inundado. Más bien deben ser los bueyes, que se han soltado y que vienen hacia acá para escapar de los mosquitos.

—Es posible —dijo don Félix carraspeando.

—¿Les advertiste a todos los capataces que debían reunirse aquí esta tarde, *Chapopote*?

—¡Seguro, jefe!

Don Severo y don Félix se inclinaron sobre sus listas y trataron de determinar el número aproximado de trozas que había amontonadas en cada embarcadero.

—A propósito, Severo —dijo don Félix—. Mañana te daré a probar unas carnitas de puerco.

—¿De dónde sacaste los puercos?

—Se los quité al chamula.

—¿Al que trae consigo una mujer y unos chamacos?

—Ése. Ahora lo tengo en el campo nuevo. La muchacha se me escapó de entre las manos esta mañana, ¡la muy puerca! Pero ya la cogeré.

Don Severo suspiró, diciendo:

—¡Esas mujeres! ¡Mal rayo! ¡Vaya líos en que lo meten a uno! Las tres que yo tengo se pelean por lo menos cinco veces diarias. A una de ellas ya casi no le quedan cabellos en la cabeza de tanto que las otras le han tirado de las trenzas. Creo que dentro de muy poco tendré que enterrar a alguna. Y todo porque soy un buenazo y no me atrevo a echarlas ahora con la inundación.

—¿Tú un buenazo? ¡Mira nada más! Eso sí que tiene gracia, es como para morirse de risa.

—Pues como lo oyes. ¿Te imaginas que soy un salvaje, que no sé cómo conducirme? Podría darte lecciones; pero no hablemos de ello; pásame la botella, que hace ya mucho tiempo que la tienes y yo me estoy muriendo de sed…

Los primeros jacales, que pertenecían al conjunto que hacía la administración, aparecieron a través del follaje. Los muchachos se detuvieron. Algunos perros, más maliciosos que los otros, venían delante de los trabajadores. Aunque conocían a casi todos, su instinto les decía que ocurría algo anormal.

—Espérenme aquí —ordenó Martín Trinidad a los muchachos que lo rodeaban—. Voy a desenterrar mi pistola y mis cartuchos porque dentro de un rato tendremos que usar el juguetito.

Su ausencia fue muy corta. Al cabo de un instante regresó empuñando su arma con orgullo.

—¡Sería capaz de besar a mi pistolita como se besa a una muchacha linda!

Y en efecto, besó la pistola repetidas veces.

—Me gustaría saber si todos los capataces están allá —dijo Celso—. Esta mañana el cocinero me dijo que don Severo había llegado con los suyos para organizar la echada al agua de las trozas.

Andrés contestó:

—No, no deben haber llegado todos. Por lo menos los del campo nuevo deben estar ausentes.

—Mira para allá, me parece que son ellos. Ya desde por allá arriba me había parecido ver un cayuco que remontaba la corriente, y si mis ojos no me engañan,

vienen en él los del campo nuevo. No es fácil equivocarse porque los capataces no visten como los muchachos.

Andrés se dirige a uno de los hombres:

—Vicente, tú que corres bien, ve, párate allá y acecha la llegada de los capataces. Cuando hayan entrado a la oficina, avísanos.

El muchacho obedece en seguida. Martín propone discutir un plan de guerra:

—Ustedes, Juan y Lucio, han sido militares y poseen el hábito de mandar. Cada uno llevará consigo diez muchachos y en cuanto Vicente dé el aviso sitiarán la oficina del lado del arroyo, de modo que no haya quien pueda escapar saltando a un cayuco. Si descubren a alguien que pretenda hacerlo, tírenle sin fallar. Nosotros nos situaremos en el terraplén, frente a la oficina. No hay más que tres veredas que conduzcan a la selva. A la entrada de cada una emboscaremos dos hombres que se encargarán de dar fin con sus machetes a los capataces que se aventuren por allí. Arréglenselas de modo de que si trata de escapar alguno puede irse sólo del lado de la oficina, donde pensando hallar refugio encontrará la sorpresa de su vida. En cuanto a los muchachos que regresan del trabajo, mándenlos inmediatamente a que se reúnan con nosotros en el terraplén.

Vicente regresa corriendo.

Los capataces acaban de llegar y se dirigen a la oficina.

—¡Adelante! —ordena Martín Trinidad al grupito al que ha encomendado cortar la retirada a los futuros asediados.

Los perros habían cesado de ladrar y algunos seguían a los rebeldes.

Los hombres se situaron en la pendiente hasta la altura de la oficina principal; después, poco a poco, fueron ascendiendo y dispersándose, se ocultaron tras los matorrales de modo de poder observar lo que ocurría sin ser descubiertos. Una vez en sus puestos, Secundino empezó a aullar como coyote, con habilidad tal, que los perros se lanzaron a la caza de su enemigo natural.

—Ya están listos —dijo Celso con voz calmada; pero sus ojos y el aleteo de su nariz traicionaban su ansiedad.

Ni él, ni ninguno de sus camaradas se había rebelado jamás. Ni siquiera habían osado cubrirse la cara cuando les era golpeada con un fuete. Los amos, los gachupines, los ladinos, los alemanes de los cafetales a quienes se llamaba chinos blancos, eran dioses contra los que un peón indio jamás había osado rebelarse. No era ni por cobardía ni por la esperanza de obtener piedad por lo que obraban así. Sabían que hay dioses y siervos y que el que no era dios sólo podía ser siervo sumiso y obediente. Entre estas dos especies no existía, tal vez, como intermedio, más que un buen caballo. Pero cuando el siervo comienza a ser consciente de que su vida ha llegado a ser semejante a la de los animales, de que en nada les aventaja, es porque los límites se han rebasado. Entonces el hombre deja de razonar y obra como un

animal, como un bruto, intentando así reconquistar su dignidad de hombre.

Lo que ocurría en las monterías, como lo que ocurría en todos lados, no era crimen imputable a los muchachos, sino a aquellos que habían creado las condiciones en que los hechos se desarrollaban.

Cada golpe dado a un ser humano resuena en el cristal del poder que ha ordenado ese golpe. ¡Desventurado el que olvida un golpe recibido! ¡Tres veces desventurados quienes, rehuyendo la lucha, no vuelven golpe por golpe!

XIII

Todos los muchachos sintieron las piernas pesadas en cuanto tuvieron conciencia de que el momento del asalto había llegado, pero todos estaban conscientes de que ya no era posible retroceder. Habían quemado sus naves. La muerte de tres capataces solo les permitía avanzar. Nadie se preguntaba ya si marchaban hacia la victoria o hacia la derrota. Debían marchar, eso era todo, lo demás nada importaba. Por ello, aquel extraño sentimiento de aprensión no les duró más que algunos segundos.

Cuando Celso les gritó: «¡Adelante, muchachos! ¡Tierra y Libertad!», no marcharon, saltaron como caballos salvajes que se lanzan al abrevadero.

Sin saberlo, sin quererlo siquiera, habían ganado ya la mitad de aquel combate.

Si hubieran avanzado lentamente, don Félix y don Severo habrían pensado que los muchachos se aproximaban porque algún acontecimiento anormal había ocurrido. Tal vez el hundimiento de un trozo de tierra produciendo la muerte de algunos hombres, o el derrumbamiento de una pila de trozas, con las mismas consecuencias, o la aparición de un grupo de tigres. Los Montellano hubieran comenzado por hablar, por interrogar, y los muchachos, incapaces de expresarse, y sobre todo de discutir con los patronos, se habrían turbado, no habrían sabido explicarse ni reclamar.

Don Severo se hallaba en la puerta de la oficina y discutía con su hermano volviendo la espalda al terraplén. Cuando oyó el ruido que los muchachos hacían al aproximarse tumultuosamente, les hizo frente; pero no le era dado comprender lo que vociferaban, ya que la mayor parte hablaba en su dialecto indígena.

—¡Con un diablo! ¿Qué les pasa?

No fue a los muchachos a quienes hizo la pregunta, sino a su hermano y a los capataces, que comenzaban a rociar su cena y que conservaban aún los vasos en la mano.

Don Félix y los capataces se levantaron de un salto y se reunieron con él en el pórtico.

Don Severo avanzó algunos pasos y gritó a los muchachos:

—¿Qué pasa? ¿Por qué vienen todos juntos? Podían haber trabajado una hora más. Todavía hay suficiente luz.

—¡Perro! —fue la respuesta.

—¡Coyote cabrón! —gritó otro.

Las injurias llovían, todos gritaban; pero era imposible comprender lo que reclamaban. Solo era posible entender los juramentos y las frases soeces.

Don Severo, volviéndose a los capataces, preguntó una vez más:

—¿Pero qué quieren?

Una nueva lluvia de injurias y de juramentos partió del grupo de rebeldes que se hallaba a unos cuantos pasos de distancia de la oficina principal.

—Sólo Dios sabe qué nueva estupidez se te habrá ocurrido —dijo don Severo a su hermano.

—¿Yo? ¿Pero qué quieres que haya hecho? Últimamente no se ha colgado ni golpeado ni a un solo hombre. Desde que enterramos a Cacho, desde que nos dijiste que aflojáramos las riendas, ninguno ha sido tocado.

—Perdone usted, jefe —dijo *el Faldón*—. No se olvide de lo del chamula y su hijo. De Cándido. ¿No es así como se llama?

—Sí; pero ése se huyó, y, a pesar de ello, ni lo colgamos ni lo golpeamos, simplemente se le mandó al campo nuevo.

—Sí, solo que su hermana se quedó aquí —insistió *el Faldón*.

—¿Y a mí qué me importa la puerca de su hermana? Yo nada le hice y, sin embargo, ella se largó esta mañana.

—Entonces, por todos los santos, no comprendo qué les pasa a éstos —dice don Severo.

Se detiene un instante e inspecciona por los alrededores.

—¡Que Dios nos ayude! Tenemos todo un ejército sobre las armas.

Acababa de descubrir a los muchachos que, venidos de la selva, amenazaban cortarle toda retirada.

—Se me figura, jefe, que aquí hay gato encerrado —dijo *el Chato*.

—¡Cierra el hocico, idiota! ¿Crees que necesito que me lo digas? Solamente quisiera que esos puercos gritaran menos y dijeran claro qué es lo que quieren. Palabrotas es lo único que entiendo de todo cuanto dicen.

—Eso es lo que me parece extraño —intervino don Félix—. Me parece que se trata de dos o tres capataces, porque a nosotros no se atreven a hablarnos en esa forma.

Don Félix se vuelve hacia los capataces:

—¡Ustedes hablen! ¿Qué nueva fechoría han hecho? Ya me he cansado de decirles que dejen tranquilas a las mujeres de los muchachos. ¿Acaso ustedes no tienen las suyas?

El Faldón recorre con la mirada el grupo de capataces.

—No veo al *Doblado*. ¿Qué le habrá pasado?

—Nada —contesta *el Chato*—, sencillamente que todavía no es tiempo para que regrese.

—Vamos —dijo don Félix—, parece que tienes sospechas del *Doblado*…

—Es que andaba en líos con una muchacha traída aquí por uno de los hombres.

—En ese caso bien merecido tendrá lo que le ocurra. Bien sabe que no hay que tocar a las mujeres; bastantes mariposas tenemos a la mano para que todos estén satisfechos.

Don Severo levanta el brazo tendido esperando que los muchachos callen para hablar. Pero su gesto majestuoso ha perdido sin duda el poder mágico que tuviera en otro tiempo, porque el clamor aumenta: «¡Tales por cuales, puercos, pendejos, desgraciados!»

Don Severo se dio cuenta de que hacía el ridículo. Rectificando su actitud, se

puso en jarras, abombó el pecho y trató de dar muestras de seguridad en su autoridad. Un grito estentóreo, como lanzado por un solo hombre con dos mil pulmones, fue la respuesta:

—¡Abajo los gachupines! ¡Al infierno los ladinos!

Por primera vez en su vida don Severo palideció. Miró a su hermano meterse en el jacal y a los capataces volverse disimuladamente hacia la puerta. Él no se movió, permaneció como pegado al pórtico. Abrió repetidas veces la boca tratando de hablar y de pronto se sintió torpe y no supo qué hacer con sus manos y sus brazos; por fin los dejó caer con un gesto grotesco y le quedaron colgando por enfrente de su cuerpo, como si tratara de protegerse el bajo vientre, en la actitud de un escolar sorprendido tratando de satisfacer un deseo, malsano. No se dio cuenta de lo ridículo de su actitud hasta que los muchachos le gritaron:

—¡Cógete bien el pajarito, no se te vaya volando!

Del grupo partió una carcajada general. Otro de los muchachos dijo:

—¡No podrás salvarlo, gachupín; además, esta noche ya no lo podrás usar!

Don Severo, aprovechando un segundo de silencio, gritó:

—Pero digan, muchachos, ¿qué es lo que quieren?

—Queremos regresar a nuestro pueblo; ya no queremos trabajar, queremos ser libres. Ahora mismo iremos, sacaremos a todos los muchachos de las fincas y las monterías. ¡Tierra y Libertad!

Don Severo palidece aún más, retrocede un paso y se vuelve hacia donde se halla don Félix.

—Ahora sé de qué se trata. Ése es el grito de los rebeldes: «¡Tierra y Libertad!» Bien me lo han dicho en las últimas cartas que he recibido.

—¡Con un diablo! ¿Quién será el que ha venido hasta acá con esas cosas? ¡No puede ser alguno de nuestros muchachos, puesto que los pocos que saben leer no reciben ni cartas ni periódicos!

—Tal vez haya sido Andrés —dijo *el Chato* en voz baja.

—No, él no es capaz; me parece más bien aquel que trae consigo a la hermana del chamula, el que se llama Celso. Es el más audaz y duro, ni los golpes lo doblan. *El Gusano* me dijo que era él, Celso, quien por la noche cantaba canciones sediciosas… ¿Y *el Gusano*? Tampoco *el Gusano* se encuentra aquí.

Los capataces se volvieron y don Félix observó:

—Faltan dos capataces.

—Tres rectificó *el Faldón*.

—Escuchen, muchachos —dice don Severo, atreviéndose por fin a hablar—. Una vez que se hayan echado las trozas al agua, cuando el trabajo se encuentre totalmente terminado, todos podrán volver a su pueblo. ¡Palabra de honor!

—¡Métete tu palabra de honor en el trasero, desgraciado! —replicó Celso, cuya voz potente domina el alboroto.

Es como una llamada de clarín. Toma aliento y vuelve a gritar:

—¡A la mierda tus malditas trozas! ¡Ellas nos servirán para calentarte el infierno, salvaje, hiena! ¡Cuatro toneladas, cuatro toneladas! ¡Ahora túmbalas tú con tus propias patas, gachupín, hijo de tal!

Aquello era demasiado para don Severo, creyó estallar. De pálida, su cara tomó un tono carmesí.

—Tú, chamula puerco, ¿cómo te atreves a hablar así a tu patrón? ¡De rodillas, perro, ponte de rodillas en seguida!

Había sacado el revólver y lo disparaba sobre Celso, subrayando cada una de sus palabras. Celso cayó por tierra como si hubiera sido tocado; pero como los muchachos habían previsto la forma en que terminaría el discurso de don Severo, dejaron caer sobre él una verdadera lluvia de piedras antes de que lograra hacer blanco con el arma. Alcanzado por las piedras, había caído al suelo en el pórtico; pero no se hallaba aturdido y estaba muy lejos de encontrarse fuera de combate. Volvió a disparar, mas no supo si pudo alcanzar a alguno de sus enemigos. Lo único que supo es que había disparado siete veces porque el cargador de su arma estaba vacío en el momento en que los muchachos hacían irrupción en la oficina. Éstos se lanzan en masa desde el terraplén y la pendiente. De los que tienen armas no hay uno solo que dispare. Atacan a los capataces a palos y a pedradas. En cuanto uno de los capataces cae, se echan sobre él deshaciéndole la cara, hundiéndole las costillas y golpeándolo hasta que su cuerpo ya no da señales de vida.

Cuando los muchachos asaltaron la oficina, don Félix había sido el único que había sacado el revólver. Los capataces habían optado por la prudencia. Como ratas atarantadas se habían metido a la oficina y atrancado las puertas, tratando de huir sin hacer uso de las armas. Pretendieron llegar hasta sus caballos, pero su intento fue vano. Ni uno solo pudo escapar, los muchachos no se lo permitieron; no hubo ni uno siquiera con la remota intención de ayudarlos. Los aplastaron, los hicieron pedazos. Sus restos fueron conducidos a la oficina por los muchachos, que en seguida marcharon en busca de los cerdos y de los perros para encerrarlos con ellos. Así su carroña fue devorada por las bestias.

Don Félix había sacado el revólver, logrando disparar un tiro e hiriendo con él a uno de los muchachos en una pierna; pero el muchacho ya se había lanzado sobre él, sujetándolo. Don Félix tiró nuevamente y la bala fue a dar al techo del pórtico. Un instante después el arma le era arrancada. El vencedor se irguió y, levantándola, gritó:

—¡Yo también tengo ahora una pistolita linda!

Don Félix trató de enderezarse y de ocultarse en un rincón del pórtico. Pero el muchacho que le había quitado el revólver dio un salto sobre él y materialmente lo incrustó en el rincón. Con una mano sujetaba al amo por el cuello mientras que con el revólver que sostenía con la otra le golpeaba la cabeza. Don Félix desvió el primer golpe cubriéndose con un brazo. El muchacho iba a soltarle un segundo golpe cuando una voz lo detuvo bruscamente.

—¡Hermano, hermanito, no lo mates!

XIV

Al volverse, miró a Modesta parada tras de él, a unos cuantos pasos de distancia. En aquel momento Celso llegaba al lugar. Venía de atrancar las puertas de la oficina, después de haber hecho entrar en ella a los cerdos y a los perros. Se aproximó a Modesta; en su semblante no se leía el menor asombro, porque había comprendido. Sabía que Modesta era de la misma sangre, de la misma raza que él. Sabía que obedecía a un instinto ancestral, al instinto de justicia y de armonía.

—¡Hermano, hermanito, no mates a ese hombre!

Modesta se hallaba inmóvil, en el lugar mismo desde el que había lanzado su primer grito. Justamente a mitad del pórtico que se extendía a lo largo de toda la oficina. Entre Modesta y el rincón en el que don Félix estaba incrustado, no se veía más que al joven leñador presto a matarlo. Todos los muchachos se hallaban reunidos detrás de ella… No habían transcurrido más que veinte minutos desde que Celso diera la señal. Todavía les quedaba una media hora de luz, pero el cielo se hallaba cubierto de nubes. Con la noche vendría una nueva tormenta.

Modesta se hallaba cubierta solo por la camisa desgarrada que le había dado Celso. Se hallaba descalza y tenía las piernas descubiertas hasta los muslos, que llevaba ensangrentados y desgarrados por las heridas que se había hecho al cruzar los matorrales en su desesperada huida a través de la selva.

La cabellera negra y espesa le caía en desorden sobre los hombros y la espalda. Después de la desventurada travesía en el cayuco, había perdido su peine de madera y las cintas de sus trenzas. Aquella mañana justamente había tenido intención de pedir a la mujer del cocinero que le facilitara un peine; pero antes de lograrlo había caído en las garras de don Félix.

Modesta era pequeñita, como la mayor parte de las mujeres de su raza, pero bien hecha y muy proporcionada, de modo que parecía más alta de lo que en realidad era. En medio de aquel grupo de muchachos macizos se diría una niñita; pero pareció crecer cuando dejó oír su voz al interpelar por tercera vez a aquel que se disponía a castigar a don Félix.

—¡No mates a ese hombre! ¡Lo quiero vivo! ¡He de tenerlo vivo entre mis manos! ¡Solo así podré yo seguir viviendo!

Entonces el muchacho que tenía a don Félix bajo su rodilla se levantó, se separó de él y lentamente fue a colocarse junto a Modesta. La miró largamente; pero ésta no se apercibió de su mirada, porque tenía la suya obstinadamente fija en don Félix, que, temiendo al parecer un ataque de la muchacha, se encogía más y más tratando de ocultarse en su rincón hasta dejar ver solo su cabeza y sus grandes hombros.

Modesta levantó el brazo derecho y con el índice apuntó hacia la cara de monstruo vencido de don Félix.

—¡Óyeme bien, tú! Que hayas obligado a mi hermano y al muchachito a que se embarcaran con un borracho, que a pesar de sus protestas los hayas hecho navegar de

noche y que el niño se haya ahogado, eso, te lo perdono…

Los muchachos sostenían una lucha silenciosa porque no alcanzaban lo que la joven se proponía. Sin embargo, algunos se agitaron y murmuraron:

—¡No! ¿Por qué perdonarlo? ¡Lo debemos matar!

Pero los que estaban más próximos a Modesta los obligaron a callar. Por el tono de la muchacha habían comprendido que aquello no era más que el principio de lo que tenía que decir.

Sin dejar de señalar a don Félix con el brazo tendido, Modesta tomó aliento y continuó:

—Que el niño se haya ahogado por tu culpa, yo te lo perdono porque tú eres el amo, tú mandas y nosotros obedecemos…

—¡Se acabaron los amos! —gritaron algunos exaltados, en tanto que los otros los hacían callar.

Modesta no se apercibía de lo que pasaba tras de ella. Miraba a don Félix fijamente, como si tratara de hipnotizarlo. Claramente podía verse cómo el terror iba invadiendo el semblante del hombre. Tal vez recordaba entonces haber oído decir que lo más terrible que podía ocurrir a un prisionero era caer en manos de las mujeres de la tribu, porque los hombres tienen la costumbre de trabajar y de obrar rápidamente, en tanto que las mujeres cumplen con sus deberes sin prisa, con la misma lentitud con que trabajan en sus cocinas.

Modesta volvió a alzar la voz:

—Que tú hayas querido violarme, tomarme por la fuerza contra mi voluntad; que me hayas obligado a huir desnuda bajo la mirada de los hombres, te lo perdono también, porque tú eres un hombre y yo soy una mujer…

Celso, que conocía mejor que nadie las desventuras de Modesta, empezó a comprender. Hizo una mueca parecida a una sonrisa y en su interior sintió el orgullo de haber sido elegido por la muchacha como protector. Hizo un signo rápido a los otros muchachos y dijo:

—¡Déjenla hablar, ella sabe bien lo que quiere!

Sin cambiar de actitud, Modesta continuó:

—Que le hayas cortado las orejas a Cándido, mi hermano querido, que lo hayas mutilado por haberte faltado al respeto, también te lo perdono, porque al huir faltó a su contrato y tú, su amo, tenías derecho de castigarlo cruel, horriblemente…

Los muchachos comprendieron que la requisitoria de Modesta había alcanzado su punto culminante.

Poniendo toda la fuerza que poseía en sus últimas palabras, la joven continuó:

—Pero al niño, al niñito, al chiquito que ningún mal te hacía, que ningún daño podía hacerte con sus manitas, con sus pensamientos inocentes, por el que yo te imploré de rodillas sobre la tierra, por el que te supliqué en nombre de la Santa Madre de Dios con toda la angustia de mi corazón…; tú, Satanás, bestia salvaje, delante de la que el nenito se arrodilló juntando sus manitas como delante de Nuestro Señor; tú,

gachupín ladino, por vengarte de una falta cometida por su desventurado padre, no te tentaste el corazón de perro para cortarle las orejitas, para dejarlo mutilado por el resto de su vida, ¡y eso… eso no te lo perdono! Si hay en el cielo un Dios justo, si se digna derramar una poca de su gracia sobre sus hijos desamparados, si escucha las palabras que se elevan a Él desde el fondo de mi alma, yo lo conjuro a que jamás te perdone, a que entre los pecadores seas condenado por toda la eternidad, y para ello pido ayuda a la Santísima Virgen que conoce mis sufrimientos, porque ella vio sufrir a su hijo como yo al niñito que me tenía por madre. Por él, para poderle dar mi protección y mi amor, seguí hasta aquí a su padre. Yo no te escupo mi desprecio a la cara porque tú has caído demasiado bajo para merecer el desprecio de una mujer. Yo no te toco porque no quiero ensuciarme las manos. Yo no te maldigo, porque mi maldición no puede hacer de ti menos de lo que ya eres. Yo te abandono al infierno, a la condenación y al justo castigo de Dios. Porque a ti, como eres, la Madre que está en los cielos, con ser tan grande su misericordia, te negará su piedad…

Modesta calló. Sintió que nuevamente pisaba tierra firme al salir del éxtasis en que había vivido durante su discurso. Miró en rededor y pareció darse cuenta por primera vez del sitio en que se hallaba. Dejó caer su brazo y sintió que las fuerzas la abandonaban. Se estremeció. Hasta aquel momento había hablado con voz fuerte y vibrante, agradable al oído. Pero vuelta en sí, sus palabras sonaron ásperas y sus labios se contrajeron en un gesto ominoso.

—¡Ahora, muchachos, pueden hacer lo que quieran con el tigre de las monterías! ¡La bestia es suya! ¡Tómenla, no tiene alma ni corazón, no es un ser humano, es una fiera! ¡Háganle pagar por las orejitas de mi pobre muchachito! ¡Háganle pagar por las orejitas que le robó! ¡Debe pagar, pagar, pagar!

Modesta recorrió el círculo que formaban los muchachos a su rededor, gritándoles sus últimas palabras, como si pretendiera incitarlos a la acción, como si deseara llamarlos a las armas. Los muchachos gritaron transportados:

—¡Bravo, muchacha! ¡Arriba Modesta! ¡Viva la chamulita! ¡Viva la valiente chamulita! ¡Viva le rebelión! ¡Tierra y Libertad!

El clamor salvaje de los hombres acabó de despertar a la muchacha, que se tambaleó y tuvo que buscar apoyo. Varias manos se tendieron para sostenerla. Ella ocultó la cara entre las manos, se tumbó en el suelo y rompió a llorar.

Los muchachos se sintieron bruscamente sorprendidos. Hablaban y se agitaban, pero no se movieron de sus sitios.

XV

La actitud de los muchachos no sorprendió a don Félix, al contrario, había contado con ella. De un salto rápido, pegándose al muro, llegó hasta la parte más accesible y apoyándose en el borde se elevó. Había obrado con tal rapidez, que el joven que se hallaba a su derecha se sintió brutalmente empujado por el fuerte golpe que don Félix le había dado en el pecho con la cabeza; pero en el momento en que éste se hallaba a punto de ganar tierra, Celso, dando un gran salto, lo alcanzó haciéndolo caer sobre la espalda. Los dos hombres rodaron por el suelo sin soltarse. Celso tenía cogido a su adversario por el cuello de la camisa y con el férreo puño le golpeaba la cara, que parecía a punto de reventarle. Don Félix logró soltarse y pegarse al muro nuevamente. Celso lo acorraló y golpeándole otra vez le convirtió en pocos instantes el rostro en una masa sangrante. El muchacho, sin dejar de golpearlo, lanzaba gritos de gozo. Cuando tuvo bastante, dijo, limpiándose una mano con la otra:

—Necesito lavármelas con agua bendita para que no les quede nada de tu carroña. Mira, parece que acabo de tumbar cuatro toneladas de caoba; es así como se ponen las manos después de cuatro toneladas, ahora lo sabes bien. ¡Y es así como quería yo que las sintieras, puerco!

Don Félix se hallaba nuevamente metido en su rincón, sin esperanzas, limpiándose la sangre que le inundaba la cara.

—¡Eh, muchachos, ya oyeron lo que nos dijo Modesta! —gritó Celso—. ¡Vamos a cortarle las orejas! Después lo colgaremos un ratito. Una colgadita no le caerá mal, nosotros sabemos bien lo que es eso…

Después, volviéndose a Modesta, que continuaba llorando tirada en el suelo:

—No llores más, muchachita querida. Esta misma tarde iremos a buscar a Cándido y al niño. Si los cayuqueros no quieren, nosotros sabremos obligarlos.

Mientras que Celso y algunos de los jóvenes leñadores se dirigían hacia las casas de los obreros y de los cayuqueros, los otros hicieron caminar a don Félix a empellones hasta un árbol de fuertes ramas. No era necesario dar instrucciones a los muchachos, ellos bien sabían lo que debían hacer. Todos ellos habían sido colgados por lo menos una vez y tenían suficiente experiencia. Sacaron varias fibras de una reata, con ellas liaron la oreja derecha de don Félix, atándolas después a una rama. En seguida tres de los muchachos, después de sujetar con la reata el cuerpo de don Félix, lo elevaron de modo que su cabeza quedara a algunos centímetros de la rama. Mantuvieron el cuerpo en aquella posición hasta que los otros arreglaban la cuerda, y, al grito de «¡listo, muchachos!», dejaron descender el cuerpo en forma tal, que quedara suspendido en gran parte solo de la oreja derecha. La mejilla, la cara toda de don Félix se estiró desmesuradamente.

—¡No, no, muchachos, esto no! —gritó mientras le fue posible hablar—. ¡Mátenme, acaben conmigo!

Después, a pesar de su deseo de no traicionarse demostrando su dolor, se puso a

gritar lastimeramente. Mientras más se prolongaba el suplicio, más se le oprimía la garganta, porque la piel se le distendía más y más, jalándole la que cubría su cuello y sus hombros.

—¡Ahora, perro roñoso, sabes ya lo que es estar colgado! —gritó uno de los muchachos.

—Nosotros sabemos hacerlo tan bien como tus puercos hermanos, a los que yá mandamos al infierno —dijo otro—. Y nosotros no te pediremos que mañana estés listo para tumbar tres o cuatro toneladas. Nosotros nos contentamos con cogerte a ti solo; pero como tú has golpeado y colgado a centenares de los nuestros, es necesario que tú pagues siquiera por un ciento…

—Suéltenme, muchachos, les daré toda la caoba, todo lo que hay en el almacén.

Aun cuando se había jurado no implorar piedad de los muchachos, aunque le pusieran el puñal al cuello, don Félix comenzó a suplicar.

—¿El almacén, la tienda? ¡No necesitamos de tu permiso para cogerlos! ¿Y la caoba? ¡No la necesitamos! ¡Puedes metértela donde quieras, puedes dejarla que se pudra!

—¡Suéltenme! —volvió a implorar—. ¡Hagan de mí lo que quieran, pero suéltenme!

Uno de los muchachos le contestó:

—¡Oye bien, gachupín! No tenemos ni tantitas ganas de quedarnos aquí oyéndote chillar. Tenemos hambre. Hemos trabajado todo el día para ti sin haber tragado. Ahora iremos a la tienda para abrir unas cuantas latas. Ahora sabremos cómo viven ustedes. Sardinas, conserva de duraznos, potajes, jamón, tocino, manteca, chocolate, café…, todo eso nos hará olvidar un poco las tortillas martajadas que te parecían suficientemente buenas para nosotros.

—Y dentro de una hora —agregó otro— volveremos para ver si todavía aguanta tu cachete o si la carne podrida de tu carota se te ha desprendido de los huesos. Después de ello, pasaremos a la oreja izquierda.

Otro intervino:

—Todo depende de la calidad de tu cuero, mi querido Félix. Si el cuero es bueno y resistente, y esperamos que lo sea, el placer podrá durar seis horas, quizá hasta diez… ¡Ah! ¡Cómo descansaban ustedes en sus casas, meciéndose en las hamacas mientras que nosotros sudábamos trabajando! Ahora serás tú el que sude sangre mientras que nosotros nos comemos tus provisiones, nos fumamos tus cigarros y nos acostamos con tus mujeres, si acaso nos gustan, porque eso está por ver.

—¡Que te diviertas, amiguito Félix! —gritó uno de ellos, ya en camino a la oficina.

La oscuridad comenzaba a reinar, un cuarto de hora más y sería noche cerrada.

Nuevos grupos de boyeros y de leñadores llegaban al campo principal. Muchos de

ellos habían sido advertidos de lo ocurrido; pero, como en tiempos normales, se detenían a descansar cerca de sus campamentos.

Andrés y Santiago montaban guardia en la tienda para evitar actos de pillaje, cosa que resultaba inútil, pues al parecer a nadie se le ocurría adueñarse de cosa alguna. Bien pronto, sin embargo, empezaron a aproximarse a la oficina. Después de deliberar con Celso y Martín Trinidad, se había convenido que Andrés haría una repartición equitativa de las provisiones entre los muchachos. Se había elegido a Andrés porque era el único que sabía leer y escribir.

Cuando llegó a la tienda la encontró cerrada con llave. El empleado que la atendía había corrido a ocultarse.

Andrés dejó a Santiago de centinela y se dirigió hacia un grupo de jacales en donde estaba seguro que encontraría al tendero. Tenía la intención de pedirle la llave para no tener que forzar la puerta. En el camino encontró a Celso que, acompañado de algunos muchachos, iba en busca de los cayuqueros para que los condujeran a varios campamentos en busca de Cándido…

Los herreros, carpinteros, cordeleros, cocineros y cayuqueros eran los trabajadores privilegiados. Constituían la clase media. Ganaban un peso o uno cincuenta diario. Vivían en la montería acompañados de sus mujeres y sus hijos y formaban un verdadero pueblecito. Entre ellos había mestizos y ladinos.

Despreciaban a los muchachos tanto o más que los patronos y se consideraban como «gente bien». Hablaban el español más o menos correctamente; tenían una capillita y sabían leer y escribir. No descendían hasta los muchachos, a menos que tuvieran algo que venderles o que vieran entre sus manos algún dinero que arrebatarles. Se enorgullecían de poder hablar con los patronos casi de igual a igual y estaban dispuestos a hacer cualquier cosa que éstos les pidieran. Se consideraban casi aristócratas, y aunque a decir verdad su situación material era muy semejante a la de los muchachos, ellos no deseaban reconocerlo. Aunque ganaran en ocasiones menos que algunos de los hacheros, se creían magníficamente pagados si el amo les hacía un pequeño gesto amistoso o los invitaba a tomar, de pie, una copa de vez en cuando. Siempre estaban dispuestos a apoyar al patrón contra los indios puercos y piojosos y a perjudicarlos cuando a aquél le convenía.

Todos los obreros, los cayuqueros, los tenderos y sus familias habían presenciado, desde los rincones de sus jacales, el asalto a la oficina. Gran número de ellos tenían pistola. Si los patronos o los capataces los hubieran llamado en el momento del asalto ellos habrían acudido, aun cuando muy a su pesar; solo que don Severo no había tenido tiempo ni de pensar en llamarlos. Además, él no había tomado en serio el motín y cuando había medido su magnitud era ya demasiado tarde.

Todos los empleaditos se felicitaban de haber sido olvidados. Consideraban más prudente y menos peligroso presenciar el combate desde sus agujeros mirando de lejos cómo se desarrollaban los acontecimientos, dispuestos a felicitar al que resultara victorioso y a ponerse inmediatamente de su parte. Si los muchachos ganaban, harían

causa común con ellos; pero si eran los patronos los vencedores, estarían dispuestos inmediatamente a cumplir con su deber y a aprestarse para aplastar definitivamente la rebelión.

Ahora bien, como los muchachos eran dueños de la victoria, los empleaditos, al ver que aquéllos se aproximaban a sus casas, se apresuraron a salir a su encuentro diciéndoles:

—Bien lo habíamos predicho nosotros. Si no se trata mejor a los muchachos llegará un día en que se rebelen. No se puede maltratar siempre a un caballo, mucho menos a un muchacho que a pesar de todo es un hombre.

Celso, Andrés, Santiago, Fidel, Martín Trinidad, Juan Méndez, Lucio Ortiz y la mayor parte de los otros sabían a qué atenerse respecto a las protestas de amistad de sus nuevos amigos; así, pues, declinaron los servicios que tan rendidamente les ofrecían. Los muchachos más inteligentes, no solo rebeldes del momento, sino revolucionarios desde siempre, conocían bien a aquellos invertebrados y sabían que no debían fiarse de ellos; su experiencia les decía que si con la ayuda de los federales la situación cambiaba, aquellos fantoches se volverían inmediatamente del lado de los amos con la misma rendida actitud con la que ahora se les ofrecían. Y no solo eso, sino que se convertirían en los delatores más encarnizados, en los más ardientes auxiliares de los sabuesos. Así, pues, los muchachos permanecieron imperturbables ante la actitud rastrera de los empleaditos.

—Ya yo lo había dicho —insistió el herrero—, ¿verdad, compañeros? Yo ya había dicho que esto no podía durar.

—Cierto, compadre, tú siempre lo dijiste…

—Cierra el hocico —dijo al fin Celso brutalmente—. ¡Ciérralo antes de que te lo parta! Digan, puercos, ¿cuál es el agujero de los cayuqueros?

—Allá, chamulita; si quieres yo te llevo. ¿Ves aquella casita en la que brilla la luz? Ésa es la de Pablo, en seguida está la de Felipe.

Celso se dirigió hacia el jacal de Pablo y le gritó desde fuera:

—¡Pablo, ven acá!

El cayuquero salió temblando de miedo.

—¿Cuántos chamacos tienes? —preguntó Celso.

—Tres, muchachos.

—Hazlos salir.

—¡Por favor, chamulita, yo te ruego que no les hagas mal! —suplicó el cayuquero con terror.

—¡Anda, saca a los chamacos!

—Ya están durmiendo, muchacho.

—¿Quieres que los saque yo con este machete?

En aquel momento aparecieron los niños, despierta la curiosidad por las voces que daba su padre. La madre estaba bajo el tejavancito que formaba la cocina, preparando la cena.

Al parecer de nada se había enterado, pero en realidad se había refugiado allí por orden de su marido, temeroso de que los muchachos vengaran en las mujeres las muchas humillaciones que habían recibido de éstas.

Un muchacho cogió a uno de los niños, que empezó a gritar, e inmediatamente la madre corrió hacia ellos arrodillándose.

—No chilles como rata, vieja cochina —dijo uno de los muchachos—. Nada vamos a hacerles a tus chamacos.

Celso ordenó:

—Lleva a los dos más grandes al terraplén, y tú, Pablo, acompáñame.

La mujer volvió a llorar, y uno de los muchachos, irritado, le gritó:

—¡Cierra el hocico si quieres volver a ver a tus ratones!

Cuando llegaron al terraplén, Celso hizo amarrar a los niños, uno de siete años y otro de diez. Los chiquillos se resistían llorando, y Celso les dijo:

—Esténse quietos, nosotros no comemos chamacos. Nada les haremos si su padre obedece nuestras órdenes. Corre a la tienda, Vicente, y dile a Andrés que te dé un pedazo de chocolate para los niños. Después te quedarás aquí cuidándolos para que no los vaya a morder una culebra o a picar un alacrán mientras están amarrados.

Vicente echó a correr hacia la tienda.

—Tú, Pablo, escúchame. Tú conoces bien todos los campamentos que hay río arriba y río abajo. Ahora mismo te vas al Campo Nuevo y nos traes a Cándido y a su hijito, así como a todos los muchachos que allá se encuentran. Llamarás a Felipe para que él también lleve su cayuco y te ayude a traer a los muchachos lo más pronto que sea posible.

—Pero muchacho, ¿no miras que es de noche? ¿Cómo quieres que bogue a ciegas?

—Dime, puerco: ¿es que cuando tu patrón te ordenaba salir la noche te parecía oscura? Ahora los patronos somos nosotros y tú harás lo que te ordenemos, para que tú ni Felipe se larguen con los cayucos, yo me quedo con los chamacos. Cuando hayas traído aquí a los muchachos que están en los campos de los dos lados del río dejaré libres a los niños. Mientras más pronto los traigas, más pronto quedarán tus hijos en libertad. Si alguno de ustedes se escapa, cuatro semanas tendré amarrados a los chamacos. Como ves, no hacemos más que emplear los mismos métodos que los patronos emplearon con nosotros. Es a ustedes a quienes se les ocurrieron estos sistemas. Harían muy mal en quejarse si se los aplicamos. Harías bien poniéndote en camino inmediatamente. Tú sabes que las hormigas coloradas gustan de pasear por la noche y no creo que a tus hijos les guste mucho que ellas se los coman. Nosotros hace mucho que conocemos ese suplicio y otros… ¡Anda, date prisa! ¡Ve a buscar a Felipe y a todos los que sepan remar y tráete a los muchachos! Diles que traigan sus cosas y sus machetes…, que traigan todo lo que tengan.

Celso se volvió hacia algunos de los muchachos que se hallaban próximos:

—Cada uno de ustedes se subirá a un cayuco para vigilar a los cayuqueros. No

quiero que estos canallas nos hagan una mala jugada.

Dos minutos después, cuatro cayucos bogaban río abajo.

—¡Olvídate de esa pesadilla! —dijo Celso a Modesta—. ¿Sabes lo que vamos a hacer?

—¿Cómo quieres que lo sepa si no me lo has dicho?

—¡Es verdad! Mira, pues iremos a la tienda y tú escogerás los mejores vestidos y los zapatos que más te gusten.

Cuando llegaron a la tienda encontraron en ella a Andrés, a Santiago y a otros compañeros. Andrés discutía acaloradamente con el tendero.

—No me hagas perder el tiempo, dame tu pistola y también los cartuchos. ¡Anda, pronto!

—Pero esa pistola es mía, nunca fue de los Montellano.

—Es lo mismo, dámela.

—¿Cómo quieres que viva sin pistola en este lugar salvaje?

—Exactamente igual que como hemos vivido nosotros hasta ahora. Yendo y viniendo por todas partes a merced de los tigres. ¡Y ahora, lárgate!

Estas últimas palabras las dijo Santiago subrayándolas con un puntapié en el trasero del tendero.

—Andrés —dijo Celso—. Dale un vestido a Modesta, el más bonito que encuentres.

—Encantado —contestó Andrés riendo—. ¿Cuántos quieres, muchacha? Tres, seis, diez, veinte, ¡los que quieras! De todos modos quedarán bastantes aun después de vestir a todas las muchachas. Tendrás de todo, camisas, calzones, zapatillas. ¡Tenemos hasta cadenas de reloj y aretes! ¡Santo Dios, hay que ver todo lo que tenían aquí amontonado! ¡Todo para sus mujerzuelas!

El tendero volvió a la carga.

—Por favor, muchachos, es necesario que me den mi inventario y mis libros. Sin ellos pensarán que he sido deshonesto.

—¡Miren a este idiota! —dijo Celso—. ¿Inventarios, libros? ¿Y qué más? Todos los libros y los inventarios serán quemados, y los contratos también. Se acabaron las cuentas, las deudas y todo. ¡Hemos empezado a limpiar y limpiaremos bien, tú lo verás! ¿No es verdad, muchachos?

—¡Bastante hemos esperado este momento! —dijo Santiago apropiándose una cajetilla de cigarros—. Para lograr nuestra libertad es necesario que lo quememos todo. Y ahora que lo sabes, lárgate; pero lárgate de una buena vez y procura que no te coja yo rondando por aquí, porque te arranco el cuero.

—Tú no te preocupes, Modesta —dice Andrés a la muchacha—. Recoge los vestidos más bonitos y vete a la trastienda a vestirte tranquilamente. No temas nada, todo esto nos pertenece, bastante caro hemos pagado por ello. Mañana lo

distribuiremos todo, ¡y sólo Dios sabe cuántas cosas hay que repartir!

—Celso —propone Santiago—, ¿sabes lo que podemos hacer? Catearemos las casas de todos esos desgraciados empleaditos; requisaremos todas las armas y el parque que tengan, y al que se atreva a ocultar algo le amarraremos una piedra al pescuezo y lo echaremos al agua.

—Perfectamente. Llévate contigo una docena de muchachos y reúne todas las armas que encuentren. No vayas a ponerte blando con esos cochinos ni a perder el tiempo discutiendo con ellos. Si abren el hocico ciérraselo a tiempo con una bofetada.

Juan Méndez, que llegaba en aquel momento, intervino:

—Eso es, porque estate seguro de que si los patronos pudieran tomar la revancha nadie se prestaría a la represión con mayor crueldad que estos empleaditos que ahora nos sonríen con sus caras de idiotas y nos ofrecen todo lo que pueden para salvar el pellejo… Yo lo sé por experiencia. Cuando fui sargento vi cómo tomaban parte en la represión de huelgas y en la persecución de peones evadidos. Por eso, déjame que te acompañe, Santiago, las pistolas me gustan mucho.

Acababa de salir el grupo encargado de requisar las armas cuando Modesta se oyó llamar por su nombre. Cándido, con el niño y los muchachos del Campo Nuevo acababan de llegar.

—¡Mira, Andresote! —dijo Celso con voz triunfante—, jamás los cayuqueros bogaron con más rapidez y mayor seguridad que ahora. Estoy seguro de que antes de medianoche todo el mundo se hallará aquí reunido. ¡Mira cómo se mueven con las antorchas en las manos para hacerlo más aprisa; ahora sí que se mueven!

—¡Allá están ya los muchachos de todos los campos! —dijo Pablo el cayuquero, que venía a rendir cuentas de su misión.

El muchacho encargado de vigilarlo confirmó su declaración.

—¡Andrés! —llamó Celso—. ¡Andrés! Te nombro proveedor. ¿Tienes las llaves de la tienda?

—Sí.

—Bueno, llégate al árbol al que están atados los chamacos de Pablo, desátalos, llévalos a la tienda y dales un pedazo de chocolate o lo que quieran. Dale también un par de aretes a la niña, una navajita al niño y luego despáchalos a su casa…

—¡Mil gracias, muchacho! —contestó Pablo efusivamente.

—Guárdate las gracias —replicó Celso secamente—. Coge a tus chamacos y vete en busca de tu mujer y de los otros gatos como tú. Nada les vamos a hacer, te doy mi palabra. Nosotros nos iremos de aquí y les dejaremos todo el campamento para ustedes solos. Hasta les dejaremos víveres en la tienda. Allí encontrarán maíz suficiente. Además, se quedarán con los bueyes; así no hay peligro de que se mueran de hambre, y quince días después de nuestra partida ustedes podrán hacer otro tanto…

Pablo volvió a dar las gracias y Martín Trinidad habló:

—Lo que el camarada acaba de decir se refiere a tu porvenir, cayuquero. Pero yo tengo dos palabras que decir respecto a tu presente… Que a ninguno de ustedes se le ocurra tratar de huir para llevar la alarma a Hucutzín o para denunciarnos ante las autoridades militares… Conste que te lo advierto… Celso les ha hecho una promesa, yo a mi vez les hago otra… Si alguno de ustedes deja el campamento hoy o mañana, o siquiera un día antes de los quince fijados por Celso, yo les mandaré rebanar el pescuezo a todos, hombres, mujeres y niños… ¡Lo juro! Por mí, los ahogaría ahora mismo como a gatos roñosos, porque ustedes y nosotros ni somos ni seremos amigos jamás. Sé perfectamente lo que ustedes harían si las cosas marcharan de otro modo. Por eso haríamos bien suprimiéndolos de una vez; sin embargo, por ahora los dejaremos tranquilos. Vuelve con tus semejantes y diles lo que has oído y explícaselo bien. No olvides, sobre todo, decirles lo que les espera si no obedecen. A partir de ahora tú eres el perro guardián de la manada…

XVI

—Es necesario que cuando nos vayamos nadie falte —dijo Martín Trinidad.

Apuntaba el día y los muchachos se hallaban reunidos en consejo de guerra.

—No dejaremos a ninguno de los nuestros en las monterías; aun cuando alguno se resistiera nos lo llevaríamos a fuerza. Todos deben acudir a nuestro llamado.

Era todavía muy temprano; el sol se veía ya en el horizonte, pero sus rayos no llegaban aún a aquel lugar. El terraplén se hallaba envuelto en una espesa niebla. Las nubes se encontraban tan bajas que ni siquiera el río se distinguía desde la pendiente.

Cándido exclamó alegremente:

—¡Caray, pero qué lindos están mis cochinos!

—Oye, Cándido, ahora tenemos otras cosas más importantes de qué ocuparnos, deja en paz a tus cochinos.

—¿Por qué, manito?

—No te ocupes de ellos, hasta podrías dejárselos a los tales por cuales de los cayuqueros.

—Están tan gordos que sería una lástima.

—Entonces véndeselos, a ellos les gustan los puercos gordos.

—Eso es lo que voy a hacer. Sería imposible hacer con ellos el camino de regreso; habrá que cruzar varias veces el río crecido… Yo no sé cómo vamos a llegar.

Mientras tanto el consejo seguía deliberando. Finalmente se decidió que Juan Méndez y Lucio Ortiz partieran con veinte muchachos a caballo y armados a fin de recorrer todas las monterías que se hallaran a veinte kilómetros a la redonda, para hacer, como la víspera en los campamentos de los Montellano, una requisa de armas y una reunión de hombres, que llevarían al cuartel general para constituir así una imponente fuerza rebelde de tres o cuatrocientos hombres. Entonces podrían marchar sobre Hucutzín.

En su camino hacia Hucutzín destruirían todos los dominios que encontraran; matarían a todos los finqueros, patronos, ladinos y aristócratas, y enrolarían a los muchachos, a los peones y a los trabajadores reducidos a servidumbre. Tomarían Hucutzín por asalto y después todos los pueblos siguientes hasta Balún Canán y Jovel, para adueñarse del camino real que conducía hasta la capital del estado, y allí de la estación del ferrocarril.

Nadie parecía pensar en lo que ocurriría una vez que todo estuviera destruido. El mismo Martín Trinidad tenía una idea bien imprecisa de lo que pasaría después.

Él y los muchachos más inteligentes, Andrés, Celso, Santiago, Fidel, Matías y tres o cuatro más, explicaban que para conquistar de una vez por todas las tierras y la libertad debían, en primer término, llevar la revolución hasta el último rincón de la República.

Solo la mitad de los hombres seguirían levantados en armas, en tanto que la otra mitad regresaría a los campos a cultivar la tierra. Después los campesinos relevarían a

los soldados en tanto que éstos trabajaban la tierra. Las cosechas serían levantadas por las mujeres, los viejos y los niños.

Para llegar a esto era necesario matar a los finqueros, a los amos y a sus progenitores y descendientes; saquear sus dominios defendidos como fortalezas y prevenir, en fin, toda posibilidad de una contrarrevolución en cuanto los rebeldes hubiesen depuesto las armas. Lo malo, lo difícil era que las fincas y los dominios se hallaban lejos de la selva y cerca de los pueblos y de las guarniciones. Para conquistarlos era necesario ante todo vencer a los rurales, a los federales y a todos los defensores del dictador. Y para vencerlos necesitaban primero destruir todo aquello que pudiera servirles de apoyo.

No debía culparse a los rebeldes por sus ideas de muerte y destrucción. Jamás se les había dado libertad de expresión y toda posibilidad de comunicación y de consulta les había sido negada. Nunca alguien se había aproximado a ellos para hablarles de economía o de política. No había periódico que se atreviera a criticar los actos del dictador, ni a los trabajadores llegaba nunca libro alguno que pudiera darles una idea de cómo mejorar su situación sin recurrir a la destrucción y a la matanza.

Los que no pertenecían al grupo del dictador debían escuchar y callar. Los obreros, los campesinos, las gentes humildes se hallaban privadas de todo derecho y tenían un solo deber: obedecer. La obediencia ciega les era inculcada a fuerza de fuetazos y llegaba a formárseles una segunda naturaleza. En dondequiera que los derechos se encuentren solo en manos de unos cuantos y las obligaciones pesen sobre la masa a la que no le sea dado ni levantar la voz para criticar, acabará por reinar el caos inevitablemente.

No era solo el dictador el que decretaba. Los grandes industriales, los banqueros, los señores feudales, los terratenientes tenían determinados deberes para asegurar la dominación del dictador. Pero esos grandes personajes tenían algunas veces algo que decretar y no lo hacían por sí mismos, sino que obligaban al Caudillo, al dictador, a decretar lo que les venía en gana. De esa manera podían encadenar al pueblo apoyando sus actos en las leyes. De haber decidido por sí mismos, el pueblo se habría enterado de que la única función del Caudillo era llenar los bolsillos de los poderosos, en tanto que dictando al dictador lo que debía decretar, los decretos de éste se decían expedidos en interés del Estado, y era así como muchos patriotas cándidos y sinceros eran engañados.

Si los muchachos hubieran propuesto a los patronos discutir sus diferencias pacíficamente, éstos les habrían dado su respuesta envuelta en plomo, pues el solo hecho de que un asalariado propusiera el examen y la discusión de su situación era considerado ya como un crimen contra el Estado. Y un crimen también era el de permitir a los trabajadores hacer cualquier proposición. El único derecho de los trabajadores era el de trabajar duro y obedecer. Eso era todo. Lo demás era cosa del

dictador y de su camarilla, a quienes pertenecía por entero el derecho de mandar y de criticar.

Así, pues, no era salvajismo el que impulsaba a los indios al asesinato y al pillaje. Sus hechos no podían ser tomados como pruebas de crueldad porque sus adversarios, sus opresores, eran cien veces más salvajes y más crueles cuando de salvaguardar sus intereses se trataba.

Quince días después del motín, la tropa estaba lista para marchar. Mientras tanto, dos correos habían sido capturados. Las cartas y los periódicos que los muchachos menos ignorantes podían leer les trajeron la noticia de que en el norte de la República cuatro regimientos se hallaban en abierta rebelión contra el viejo cacique cubierto de condecoraciones y dispuesto en todo momento a cantar su heroísmo. Ya estaban hartos de oírle llamarse así mismo «Dios salvador del pueblo mexicano».

Los periódicos proclamaban que al viejo no lo tirarían tan fácilmente, pues millares de criaturas favorecidas por él y entusiastas lo impedirían. Esas entusiastas criaturas no defendían al Caudillo, sino a sus frijoles, y cuando de defender los frijoles se trata, el ardor es más grande que cuando se trata de defender a un dictador. Y cuando el dictador busca a sus amigos, encuentra vacíos los rincones que ocuparan sus cantores.

Después de leer los diarios, Martín Trinidad comentó:

—En el fondo, nada de esto nos interesa, nadie se ocupa de nosotros y no hay quien esté de nuestro lado para ayudarnos. Así, pues, para conquistar nuestra tierra y nuestra libertad es necesario que luchemos solos. Si en final de cuentas queda sólo uno de nosotros y ése puede cultivar en paz su tierra, nuestra lucha no habrá sido inútil. Nosotros no hemos venido al mundo para obedecer, para ser sumisos y recibir malos tratos. No, muchachos, nosotros vivimos en la tierra para ser libres; pero si queremos ser libres debemos ganar nuestra libertad todos los días. El que se siente a descansar sobre su libertad de un momento, en menos de una semana se verá privado de ella. Yo sé lo que les digo, camaradas, la libertad puede perderse el mismo día que se festeje su conquista. No piensen que serán libres por el hecho de que su libertad se escriba en letras de molde y sea consagrada por la ley, por la Constitución o por lo que ustedes quieran. Nada se halla establecido eternamente sobre la tierra y solo puede contarse con aquello que se renueva y por lo que se lucha cada día. Nunca depositen su confianza en un jefe, quienquiera que sea, cualesquiera que sean sus promesas y cualquiera que sea el lugar de donde venga. Será libre aquel de ustedes que luche cada día por su libertad y no se la dé a guardar a nadie. Todos seremos libres si verdaderamente tenemos la voluntad de serlo y seremos siervos si permitimos que nos manden. No se ocupen de la libertad de su vecino, empiecen por ocuparse de la suya propia. Y si cada uno de nosotros es libre, entonces todos seremos libres y no habrá más finqueros, ni políticos, ni científicos capaces de

enviarnos nuevamente a las monterías.

—Tienes razón, camarada —dijo Celso—. Ahora nos pondremos en marcha y no habrá federales ni rurales que puedan detenernos. Partiremos pasado mañana.

—¡Pasado mañana! ¡Pasado mañana! —repitieron centenares de voces.

Por todos los rincones de la selva se oyó el clamor «Tierra y Libertad», palabras en las que se expresaba la voluntad unánime de los muchachos.

—Nos queda bastante trabajo que hacer antes de la partida —dijo Andrés mientras comían—. Bastante trabajo y muy importante.

—¿Y qué? —preguntó Celso—. Haremos todo lo que sea necesario. Hasta podríamos acabar con la basura que pensamos dejar aquí; así evitaremos que esos tales por cuales nos ataquen en cualquier momento por la espalda.

—No, no es eso a lo que yo me refiero —dijo Andrés, mostrando con un gesto la oficina—. Es allí donde tenemos que hacer. Es necesario quemar todos los papeles que allí se encuentran y echar después sus cenizas al viento.

—¡Por mi madre que has tenido una buena idea, Andresillo! ¡Y pensar que a nosotros se nos iba olvidando hacerlo! Claro, debemos quemar todos los libros de cuentas, todos los contratos, todas las listas, todos los papeles en los que se haya apuntado una deuda. Y en cada pueblo que crucemos hasta llegar a Hucutzín iremos quemando el cabildo y el registro civil y todo.

—¿Por qué? —pregunta Pedro—. Allá no le debemos nada a nadie.

—Pues por las dudas y por si hay papeles en los que diga que algún muchacho debe algo. Además, es necesario que sepas que si quieres que venzamos y que nos conservemos vencedores debemos quemar todos los papeles. Muchas revoluciones han estallado y han fracasado solo porque los papeles no se quemaron debidamente. Podrás matar a todos los finqueros que quieras; pero después, un buen día, sus hijos, sus hijas, sus primos o sus tíos volverán a fregarnos con sus documentos, sus registros y sus libros de cuentas. Cultivarás tu milpa tranquilamente sin acordarte ya de la rebelión y ellos saldrán de sus escondrijos, de sus covachas y vendrán con sus policías, con sus rurales, con sus federales cargando gruesos códigos e interminables papelotes para probarte que tu milpa no es tuya, sino que pertenece a don Aurelio, o a don Cornelio, o a doña Rosalía, o a doña Regina, o al demonio. Y entonces dirán: «Muchachos, ¡la Revolución ha terminado por fin! Ahora vivimos en orden y en paz, ahora hemos vuelto a la civilización. Es preciso respetar todos estos papelotes con sus firmas y sus sellos, porque sin sellos y sin firmas no hay civilización posible.»

—¡Con veinte mil diablos! ¡Así se habla! —dijo Matías—. Entonces habríamos trabajado en balde y tendríamos que empezar de nueva cuenta.

—Afortunadamente todos me entienden. Ahora ya saben: hay que buscar todos los papeles, reunirlos y hacer con ellos una hoguera. Y cuando entremos en las fincas, en los pueblos; cuando lleguemos a Hucutzín, a Jovel, a Balún Canán, a Oschuc y a Canancu, a Nihich y a Achlumal, lo primero que haremos será atacar el cabildo y quemar los papeles, todos los papeles con sellos y firmas: escrituras, actas de

nacimiento, de defunción, de casamiento, boletas de impuestos, todo… Así, los herederos no vendrán nunca a meternos sus papeles en las narices. Ya nadie sabrá quién es, cómo se llama, quién era su padre y qué poseía éste. Nosotros seremos los únicos herederos, ya que nadie podrá probar lo contrario. ¿De qué sirven las actas de nacimiento? ¿Tenemos hambre? Bueno, pues eso es suficiente para probar que nos han echado en este mundo. ¿Para qué las actas de matrimonio? Vivimos con la mujer a quien amamos, le hacemos los hijos. Eso es estar casado. ¿Se necesita algún papel para probarlo? Los papeles solo sirven para que alguien venga a quitamos las tierras que trabajamos. La tierra pertenece al que la trabaja, y puesto que nosotros la cultivamos ello es prueba más que suficiente de que nos pertenece.

Los muchachos parecían hechizados. Habían olvidado la comida y solo prestaban atención a lo que Martín Trinidad decía. Se habían aproximado al grupo que formaban éste, Celso, Andrés, Pedro y Matías. Las palabras de Martín Trinidad tenían para ellos un sonido nuevo, pero por su sencillez les eran fácilmente comprensibles. Ellos conocían bien la omnipotencia de los papelotes. Siempre había sido por medio de papelotes cubiertos de escritura y de sellos como les habían probado que nada tenían que decir y que debían someterse y pagar.

—¡Qué idiotas somos! —exclamo Santiago—. Yo no había pensado en nada de eso; pero tú estás en lo cierto, Martín, es necesario quemar todos los papeles que encontremos.

—Yo quisiera saber —preguntó uno de los leñadores, de nombre Gabino— en dónde has aprendido todo eso. Porque en verdad que tú sabes más que el cura.

—Es que he leído un montón de libros. He leído todo lo que han escrito sobre las revoluciones, las sublevaciones, los motines. He leído lo que han hecho las gentes de otros países cuando están hasta el copete de sus extorsionadores. Pero referente a la quema de papeles nada he leído. Eso no está escrito en libro alguno, eso lo he encontrado en mi cabeza.

—Hombre, tú eres el mejor de todos nosotros —dijo Pedro—. Si realmente has encontrado eso en tu cabeza, tú solo sabes mucho más que los libros.

—¡Con mil diablos! —dijo Celso—. No seas idiota. Claro que él sabe mucho más que lo que puede leerse en todos los libros. ¿No ves que él es profesor? Profesor de verdad. ¡Él ha enseñado a cientos de niños en escuelas muy grandes!

Durante largo tiempo Martín Trinidad estuvo hablando a los muchachos, explicándoles que había llegado el tiempo de cambiar sus vidas de bestias de carga por una existencia acorde con su dignidad de hombres.

—Más vale reventar rebelándose que vivir agachándose. ¡Tierra y Libertad! Muchachos, ¡viva la Revolución!

Y el grito desafiante resonó una vez más en el campamento, frente a la oficina, y su eco se escuchó en todos los rincones de la selva impenetrable.

Todos los papeles que los muchachos encontraron en la oficina fueron quemados en el terraplén, en presencia de Martín Trinidad y de Celso. En seguida se obligó a los empleados a entregar todos los cuadernos de cuentas, los libros, cuanto pedazo de papel poseían, hasta las imágenes de santos y los calendarios y los cromos. En todo el campo principal no quedó una sola letra, una sola palabra escrita. Todo se convirtió en humo. Las cenizas mismas fueron cuidadosamente dispersadas.

Santiago dirigió la operación. Cuando todo hubo terminado, Martín Trinidad, conocido ya por todos como *el Profesor*, externó su satisfacción.

—¡Muy bien hecho, manito! Ahora ya saben lo que hay que hacer en Hucutzín, en las fincas, en las administraciones. Nuestros compañeros de las fábricas de San Rafael nos darán todo el papel que necesitemos para escribir e imprimir en él todo lo que queramos y cuando queramos.

Al atardecer, Andrés, acompañado de dos muchachos, fue recorriendo los diferentes grupos para rogarles que pensaran bien en lo que querían llevar con ellos, pues al día siguiente se haría la repartición de todos los efectos que había en la tienda: vestidos, pantalones, camisas, cotones, cobertores, machetes, cadenas de reloj, aretes, anillos, carretes de hilo, listones, piezas de tela, sombreros, huaraches, cuerdas, tabaco, cigarros, cerillos, linternas. Después de enumerar los tesoros que había en la tienda, Andrés advirtió:

—Que nadie pida más de lo que le sea indispensable. Una vez que las necesidades urgentes sean llenadas, hablaremos de lo superfluo. Es muy probable que ni siquiera sea posible dar gusto a todos. Y, además, deben pensar que todo lo que pidan deberán cargarlo después sobre la espalda, ya que los caballos, los burros y las mulas irán más que cargados. No olviden que debemos llevar con nosotros una docena de mujeres y más de veinte niños.

Martín Trinidad, *el Profesor*, agregó:

—Más tarde nos reuniremos en consejo para convenir la forma en que habremos de emprender la marcha. Pero puesto que se ha hablado de lo que tenemos en la tienda, les diré que los víveres no serán distribuidos individualmente. Serán distribuidos entre diferentes grupos, que se encargarán del aprovisionamiento y de la preparación de los alimentos. Nosotros formaremos los grupos ahora que se reúna el consejo; pero el que quiera pertenecer a alguno distinto del que le haya tocado, podrá cambiar con uno de los compañeros del grupo al que quiera pasarse. Queda entendido que cada hombre deberá cargar una porción de los víveres que corresponden a su grupo, por eso les recomiendo que no se carguen más que con aquellos objetos que les sean indispensables. Bien pueden pasar más de cinco semanas antes de que lleguemos a los primeros pueblos. No olviden que estamos en pleno tiempo de aguas y que podremos considerarnos satisfechos si podemos caminar tres leguas diarias.

Los muchachos atendieron el consejo y al día siguiente pidieron apenas unas

cuantas cosas. Los objetos de primera necesidad se habían repartido desde los primeros días de la rebelión. A Andrés le llamaba la atención que los hombres no hubieran pretendido obtener todo lo posible. Tal vez no querían cargarse demasiado; ésta, quizá, era la realidad, porque aquella moderación no respondía sin duda a escrúpulos morales. Una sola cosa daba en qué pensar a Andrés. Muchos de los muchachos vestían andrajos y hasta la más humilde camisa de manta de las que había en la tienda debía haberlos tentado, y sin embargo ninguno se había acercado a pedirla. Curioso, Andrés se dio a preguntar a alguno de ellos sobre el por qué de su actitud. Uno le contestó: «¡Bah! Cuando salgamos de la selva todos serán hilachos, los nuevos y los viejos.» Otro dijo: «¿Quieres que me ponga una camisa nueva para reventar dentro de ella? Mira, cuando yo me encuentre con los rurales arremeteré contra ellos como un loco. Si me quiebran, para nada necesitaré la camisa. Si no me quiebran es que yo habré partido por lo menos a seis de esos perros y entonces podré tranquilamente echarme encima sus camisas, sus pantalones, sus botas… y, sobre todo, tendré un arma bonita con muchas balas. Así, pues, ¿para qué quieres que cargue ahora con lo que hay en la tienda? Ahora tengo cosas mucho más importantes en las que pensar, para ocuparme de las baratijas que hay en la tienda. Mientras mis hilachos alcancen a taparme bien las nalgas no tendré por qué preocuparme. Cuando tenga necesidad de renovar mi guardarropa, allí estarán los rurales y los federales para surtirme. ¿Entiendes, Andresillo?»

Durante tres días las mujeres trabajaron componiendo el nixtamal, moliéndolo y torteando los totopostles, haciendo el polvo de frijol y preparando todo lo necesario para la partida. Cada muchacho debía llevar un sontle, es decir, cuatrocientos totopostles, lo que no era excesivo, ya que éstos son poco consistentes y no llenan demasiado el estómago.

Aquellas damas no habían aceptado muy contentas el servir de cocineras a los muchachos. Se sentían heridas en su dignidad. Santiago les había oído decir coléricas, en voz baja: «¿Cómo es posible que hayamos llegado al grado de tener que tortear los totopostles para estos puercos chamulas piojosos? Es una vergüenza que tengamos que servir a estos chamulas que no saben siquiera hablar como cristianos.»

Santiago había dejado que la mujer diera escape a su rencor. Cuando ésta calló, él se aproximó al grupo de donde habían partido las palabras y, dirigiéndose a las mujeres, les dijo:

—Digan, bestias, ¿para qué sirven ustedes? Todavía me pregunto: ¿para qué las hemos dejado vivir?

Cuando vieron aparecer a Santiago, las mujeres fueron presa del terror al darse cuenta de que aquél había escuchado sus palabras.

—¡Mal rayo las parta! —continuó Santiago—. Bastante nos han cargado ustedes también, cuando al regresar molidos por el trabajo todavía teníamos que partir leña para ustedes, que acarrearles el agua, que componer los techos de sus madrigueras…, y todo eso cuando ya reventábamos de cansancio… Y entonces, hatajo de perras,

¿hubo alguna de ustedes que abriera el hocico para dolerse de nosotros? ¡Contesten, atrévanse a mentir y les haré tragar su mentira de un bofetón en la trompota! Ahora, a trabajar y a trabajar prontito. A ver, denme a probar uno de esos totopostles para que vea yo si están buenos, y si no lo están ya pueden componerse. Regresaré dentro de tres horas, viejas cochinas, y para entonces cada una de ustedes debe tener listos ya por lo menos diez sontles de totopostles si no quieren que les sacuda el cuero y les arranque los pelos. Y ahora, ¡a trabajar con el hocico bien cerrado!

—Pero muchacho —dijo tímidamente una de las mujeres—, tú sabes que para preparar el nixtamal se necesitan muchas horas; después habrá que moler, y aunque le echemos bastante cal no creo…

—Eso a mí no me importa. A ver cómo se las arreglan; les daré una hora más, y si dentro de cuatro, cuando yo regrese, no están listos los totopostles, les pondré las nalgas al aire y se las moleré a palos. ¿No tuvimos nosotros muchas veces que hacer en un día el trabajo de tres? Y cuando no lo conseguíamos nos daban de fuetazos y nos colgaban. Y cuando eso ocurría, ¿alguna de ustedes habló para decir a los patronos: «Señor, los pobres muchachos no pueden hacer ese trabajo»? No. Y no solamente eso, sino que se gozaban y pedían: «¡Denles duro a esos puercos chamulas!»

—Yo nunca dije semejante cosa —dijo la mujer del herrero.

—Tal vez tú no lo hayas dicho; pero cuando las otras hablaban tú nunca protestaste. Bueno, basta ya de charla, ¡ahora a trabajar!

Las mujeres se entregaron a la tarea, llamando en su ayuda hasta a los niños. Santiago se alejó. No tenía la intención de regresar al cabo de las cuatro horas, porque sabía que las mujeres, por más que hicieran, no podrían cumplir con sus órdenes.

A los empleaditos, sus maridos, les fue bastante peor. Matías y Fidel no les dejaban respiro y les habían dicho bien claro la opinión que les merecían. Debían arreglar los aparejos, llenar las tinajas, torcer las cuerdas, cortar las correas, cuidar a los animales, curarlos, alimentarlos. Para preparar la partida de una caravana tan numerosa era menester trabajar sin descanso y los muchachos conocían bien los medios para lograr la actividad de los empleaditos: solo tenían que recordar los que aquéllos habían usado. Sin embargo, el trato era más humano. La consigna era obedecer; pero no se empleaba ni el fuete ni la suspensión, apenas podían contarse algunas costillas acariciadas por el puño impaciente de algún muchacho.

Al obligar a trabajar a los empleaditos, los muchachos se dieron cuenta de algo de lo que no habían podido percatarse: de que también ellos eran capaces de dar órdenes, de que lo estaban haciendo y haciendo bien. Hasta entonces habían creído que para saber mandar era necesario haber nacido ladino o gachupín. Ahora veían que dar órdenes era la cosa más sencilla. Y si dar órdenes a los favoritos de los poderosos era cosa fácil, ¿por qué no había de serlo gobernar? Claro que gobernar no era solamente

dar órdenes, y en ello consiste tal vez el hecho de que la mayor parte de los dictadores sean unos pobres diablos. ¿Dar órdenes? Eso es cosa que hasta el más atrasado de los indios puede hacer. ¡Cuántas veces de un idiota ha salido un dictador!

Por el momento, los muchachos estaban todavía bien lejos de poner a prueba sus dotes de gobernantes. *El Profesor* les aconsejaba:

—Aprendan a conducirse mientras estamos aquí. Más tarde, cuando salgamos de la selva, cuando no sepamos hacia dónde queda el lado derecho y hacia dónde el izquierdo, la cosa será más difícil. Aquí, en la selva, un ejército de federales y de rurales no nos hace nada, acabaríamos con él en un suspiro. Pero ustedes saben bien que esos tales por cuales no vendrán a buscarnos. Nos esperarán en las fincas y en los pueblos. Entonces habrá que luchar por la revolución, y esto no lo haremos solo con palabras. Las revoluciones no se ganan solo con palabras; los oprimidos debemos hacer triunfar nuestras resoluciones luchando duramente. El que afirme lo contrario tratará de engañarnos, es sin duda secuaz del enemigo, rata solapada a sueldo del tirano. ¡No lo olviden, muchachos, no lo olviden jamás!

XVII

La gran horda fue dividida en ocho grupos, a los que Juan Méndez dio el nombre de compañías. Juan Méndez ascendió al grado de general de la tropa, en atención a sus antecedentes militares. Cuando era sargento, más de una vez tuvo ocasión de dirigir los ejercicios de un grupo de soldados cuyo oficial, ebrio hasta perder la conciencia o demasiado perezoso para levantarse al alba, delegaba en él sus facultades.

Méndez tomó el mando de la primera compañía; su camarada de batallón, el cabo Ortiz, se encargó de la octava y última, de aquella que debía proteger la retaguardia durante la marcha. *El Profesor* recibió el título de Supremo jefe de las fuerzas. Andrés se encargó del avituallamiento. A Matías, a Fidel y a Cirilo se les encargó de la vigilancia del cargamento y de las armas.

Juan Méndez tomó a Celso como Jefe del Estado Mayor, pero Celso no le dio a aquello importancia alguna. Decía:

—¿Galones? ¡Uf!, me río de ellos. Estaré en primera fila, junto al jefe cuando la música comience. Entonces sí seré yo el que se ponga el primer uniforme. Ya me dieron una pistola, pero en verdad que tengo más confianza en mi machete.

—Como quieras, compañero —repuso Méndez—. Ya volveremos a hablar del asunto después del primer combate, si de él salimos con vida.

Muy pocos de los muchachos iban armados, porque las pistolas eran escasas y las escopetas de caza mucho más. Algunas de ellas eran tan viejas que todavía se cargaban por el cañón. Por todas eran seis las que habían quitado a los empleados. Las pistolas habían sido arrebatadas por la fuerza a los cantineros y eran de malísima calidad. Jamás se había disparado con ellas y servían solo para intimidar. En cambio, los machetes y las hachas estaban todos bien afilados. No era necesaria una apreciación acuciosa para llegar a la conclusión de que el armamento casi no existía.

Si se tiene en cuenta que el armamento de los rurales y de la policía del estado, devotamente afecta al dictador, era considerable y que contaba además con una buena provisión de parque, la marcha de los muchachos al encuentro de esas fuerzas debe considerarse suicida. Los soldados regulares no portaban más que un fusil o una carabina cada uno; pero cuando partían en pequeños grupos, iban armados de una o dos ametralladoras por cada cincuenta hombres. Con estos juguetitos, salidos de las mejores fábricas norteamericanas, habían dado ya numerosas pruebas de su habilidad, reprimiendo huelgas y un considerable número de rebeliones campesinas. Cuando cincuenta rurales se enfrentaban a quinientos rebeldes, los resultados eran siempre más o menos los siguientes: de entre los soldados resultaban tres muertos y cinco heridos cuando más. Mientras que entre los rebeldes cuatrocientos cincuenta eran muertos y ninguno herido. Los cincuenta que quedaban con vida la debían a la velocísima fuga que emprendían hacia las montañas o hacia la selva.

Los únicos que conocían las condiciones exactas de la lucha emprendida eran *el Profesor, el General* y *el Coronel*. El coronel era Lucio Ortiz, quien había alcanzado

el grado por decisión de Juan Méndez. Ninguno de ellos hacía un misterio de lo que sabían acerca de los posibles resultados del combate desigual que deberían librar, si la tropa de caoberos se enfrentaba a una columna o tan siquiera a una patrulla de rurales. Una y otra vez, al anochecer, en derredor de las hogueras, ellos habían expuesto detalladamente a los muchachos cuál era su situación; pero ni los que la explicaban ni los que oían las explicaciones variaban en un ápice su determinación. Tanto habían sufrido, tanto habían soportado, tanto era el rencor y el odio acumulado en sus corazones, que la lucha, cualquiera que fuera su resultado, les parecía el único reconfortante moral posible. Para ellos era inconcebible la idea de salir vencidos. O ganaban o perdían la vida; era su única alternativa. Su vida había sido tan miserable, tan vacía, que caer con la satisfacción de haberse rebelado les parecía mil veces preferible a refugiarse en la selva huyendo del enemigo. Al hablar de este modo, Celso no expresaba sólo su pensamiento, sino el de todos los muchachos. Todos se hallaban profundamente convencidos de que las puertas del paraíso se abrirían para ellos si antes de morir abatían a cinco o seis federales.

Este odio feroz hacia el dictador y sus secuaces no era sentimiento exclusivo de los oprimidos, podía asegurarse que tres cuartas partes del pueblo mexicano lo abrigaba. Era éste el que impulsaba los vientos revolucionarios que soplaban en todo el país. Era él al que debían atribuirse los hechos despiadados, la determinación de los hombres de no pedir y de no conceder gracia. Nadie hacía prisioneros; los vencidos que no podían o no querían huir eran muertos. Sobre los campos de batalla no quedaban heridos. Las mujeres de los revolucionarios, que acompañaban a sus hombres en el combate, recorrían como furias el campo de batalla y con sus cuchillos de cocina ultimaban a los enemigos heridos. La causa de aquel salvajismo, de aquella crueldad, era la dictadura y nada más que la dictadura. Ocurría con ésta como ocurre con todas: que al romperse los diques, las fuerzas ciegas de la naturaleza arrastran sin piedad cuanto encuentran al paso.

No obstante, Juan Méndez se creía en la obligación de exponer una y otra vez, con toda claridad, cuál era su situación. Decía:

—Si nuestra primera compañía se enfrenta a doscientos federales ninguno de nosotros saldrá con vida. Ninguno de nosotros tendrá tiempo siquiera de apuntar con la pistola, de la que además muy pocos conocen el manejo, cuando una lluvia de balas estará cayendo ya sobre nuestras cabezas. ¿Qué haremos entonces?

La respuesta era siempre la misma:

—¿Que qué haremos? —dijo Matías en esta ocasión—. Pues yo te lo voy a decir, Juanito. Si sobre nosotros caen doscientos hombres, doscientas víctimas se nos habrán ofrecido. Y sería una lástima que solo doscientos aparecieran, pues mientras más se nos pongan enfrente, más mataremos. Ahora, si te place, puedes largarte antes de que la cosa se ponga seria. Nosotros seguiremos adelante y no retrocederemos jamás.

—Tampoco yo retrocederé; soy yo quien encabeza el combate. Lo único que

quiero es que no estén ignorantes de lo que nos va a pasar, porque yo lo sé por experiencia y ustedes no.

—Puede ser —repuso Fidel—, pero entonces tú eras militar. Nosotros somos caoberos y ahora tú lo eres también. Y esto no es lo mismo que ser soldado. ¡Cualquier idiota puede ser soldado! Pero para ser revolucionario es menester tener cualidades que se desarrollan solo en el vientre de determinadas mujeres, y mi madre era una de ellas.

—Ahora, hablando de otra cosa, Santiago tiene razón. Deberíamos acabar con todos los empleaditos. ¡Esta ralea no vale un cacahuate!

Un general, realmente conocedor de los asuntos militares, habría considerado con pavor la marcha que se proyectaba. Habría previsto tantas dificultades, que se hubiera dicho: «Diablo, con los medios de que dispongo, al cabo de diez kilómetros habré perdido más de la mitad de mi ejército.» Habría reunido a todo su Estado Mayor y habría tratado de enmendar sus planes; pero Juan Méndez era un general revolucionario que jamás había recibido ni siquiera nociones de estrategia, hasta cuyo nombre le era desconocido. «¡Adelante, marchen!», y su ejército marchaba como debía marchar.

Si durante las estaciones secas una expedición de aquella naturaleza, con aquella cantidad de hombres y de bestias de carga, resultaba tan complicada que no habría enganchador que se hubiera atrevido a hacerla, en pleno tiempo de aguas era un positivo reto a la razón.

Y en verdad que si los muchachos hubieran sido gentes razonables, jamás se habrían rebelado. Los sublevamientos, los motines, las revoluciones son siempre en sí irrazonables, porque vienen a turbar la agradable somnolencia que se conoce con los nombres de paz y de orden. Los muchachos probaban además no ser simples huelguistas, sino revolucionarios auténticos, porque la verdadera revolución no reconoce obstáculos. El rebelde auténtico, aquel que siente la rebeldía hasta la última fibra de su ser, el que salta todo obstáculo hasta su último aliento, marcha siempre hacia adelante, y el que no detiene su marcha lleva ganadas las tres cuartas partes de la partida. Si se les hubiera dicho a los muchachos que debían marchar durante toda una semana a través de las regiones infernales, habrían contestado: «Esto no importa, porque terminaremos por salir del infierno. Y cuando hayamos salido de él seremos mejores revolucionarios que antes de haber entrado.»

Y en verdad que el infierno les esperaba, no a lo largo de una semana, sino durante tres al parecer interminables.

Hasta los atajos, que generalmente escapaban a la inundación, se hallaban convertidos en pantanos enormes. Cada tres o cuatro horas caía un aguacero, las nubes se convertían en ríos y el agua caía con tal violencia que perforaba la tierra haciendo pozos en los claros de la selva. Las ramas de los árboles se desgajaban y los

senderos se convertían en arroyos. Grandes piedras eran arrastradas con violencia por las corrientes fuera de cauce y lanzadas contra los gigantes de la selva, tumbándolos después de estrellarse contra ellos. Cuando la lluvia cesaba, el sol brillaba nuevamente lanzando sus rayos ardientes sobre la maleza empapada, de la que se desprendía tal cantidad de vapor que la selva toda se convertía en una estufa, dentro de la que se respiraba penosamente, y cuando las cimas de los árboles y la maleza que cubría los claros empezaban a secarse, se iniciaba una lluvia fina que duraba alrededor de diez minutos y que era el preludio de una nueva tormenta, de un diluvio más acompañado de truenos y relámpagos.

Para gentes ignorantes, el emprender una larga marcha a través de la selva durante el tiempo de aguas sería una temeridad; pero para los muchachos que conocían perfectamente todos los peligros que esa marcha traía consigo, ella resultaba la prueba a la que estaban resueltos a someterse para llevar implacablemente hasta el fin la revolución que habían iniciado.

Durante una de sus deliberaciones, uno de los muchachos había propuesto esperar a que las lluvias terminaran.

El Projesor había contestado: «Claro está que nosotros podemos esperar; pero hay otros muchos que no pueden hacerlo, y ellos son los peones de las fincas, que quieren ser libres como nosotros, que, como nosotros y con nosotros, quieren marchar para luchar por la libertad de sus hermanos.»

Al cabo de un tiempo no era ya el deseo ardiente de volver a su tierra y a su hogar el que atormentaba a los muchachos. Este deseo no los abandonaba; pero ahora abrigaban en su corazón uno nuevo: la sublevación era un hecho y todos los muchachos que trabajaban en la selva se habían reunido a los primeros rebeldes. Todos los días nuevos grupos venían a engrosar sus filas, y esta multitud había casi olvidado el regreso tan deseado al hogar para no pensar más que en la rebelión contra los amos y en la liberación total.

Cada vez los muchachos se convencían más de que si la rebelión no alcanzaba a todos sus hermanos de miseria, la libertad que lograran les duraría muy poco. A esta convicción habían llegado también gracias a los hábiles discursos del *Profesor*.

El Profesor les había dicho mil veces:

—Si somos nosotros solamente los que nos rebelamos para regresar después a cultivar nuestras milpas y a criar a nuestros hijos, lograremos, y eso si bien nos va, levantar una cosecha; pero una y nada más. Antes de que nos demos cuenta tendremos otra vez a los rurales y a los federales encima, arrastrándonos hasta aquí otra vez, para ser más esclavos que antes y para siempre. Es necesario, pues, que la revolución nuestra sea poderosa y pujante. Para ello necesitamos o ganar a los federales y a los rurales para nuestra causa o eliminarlos. Es necesario no dejar las cosas a medias y, sobre todo, no hay que creer en promesas. En el preciso instante que hayamos caído sobre las primeras fincas y sobre los primeros pueblos empezarán a prometernos el oro y el moro. Es necesario que no nos dejemos engañar, porque

todas esas promesas serán dictadas por el miedo. Todo lo que nos prometan carecerá de valor si no hacemos la revolución total y la llevamos triunfante hasta el último rincón de nuestra tierra.

—¡Arriba *el Profesor*! Tienes razón, compañero, seguiremos tu consejo.

Fue así como insensiblemente y por su propia cuenta los muchachos habían dado un nuevo sentido a su rebelión. El deseo de regresar al hogar había dejado su sitio al más ardiente de llegar a la victoria total.

Hasta Andrés y Celso, que al principio solo deseaban volver a ver a sus padres y a todos sus seres amados, no pensaban ya en ello más que de vez en cuando.

—Después de todo, ellos pueden esperar, ¿no te parece, Celso?

—En eso tienes razón, Andresillo; en casa nadie espera verme regresar antes de cuatro años, por lo menos. Así es que ellos esperarán. Más vale que esperen un año más y no que tengamos que empezar de nuevo. ¡Qué diablo! Yo estoy seguro de que regresaremos a casa definitivamente y de que no tendremos que vivir con el temor constante de que un buen día nos obliguen a dejar el hogar nuevamente.

—Eso es, Celso, así lo haremos. ¡Tierra y Libertad o la muerte!

XVIII

Todos los días llegaban grupos de las monterías más lejanas. Algunos de ellos compuestos de cinco y hasta de tres hombres solamente. Estos hombres presentaban el aspecto más salvaje. Habían huido de sus monterías desde hacía largo tiempo y no habían podido regresar a sus hogares por temor a ser sorprendidos en el camino por alguna caravana o por algún enganchador que los hubiera denunciado. Además, por los senderos sería fácil a los capataces enviados en su persecución echarles mano y obligarlos a volver a sus monterías, y aun suponiendo que pudieran salvar esos obstáculos, en cuanto llegaran a su ranchito o a su pueblo habrían sido prendidos por las autoridades.

Conocedores de su suerte, los fugitivos habían renunciado a regresar al hogar. Habían huido del trato inhumano que sufrían en las monterías y se mantenían alejados de los senderos y de los caminos, viviendo al margen de toda ley en las inexpugnables profundidades de la selva. Habitaban cavernas o cuevas hechas en la tierra o sobre las ramas entrecruzadas de los árboles, cubiertos por el tupido follaje. Raros eran los que se tomaban el trabajo de construir siquiera un tejaván. A pedradas o flechazos, valiéndose de hondas y de arcos primitivos, cazaban algunos animales con cuya carne se sustentaban. Si algo de lo que les era en absoluto indispensable, como un puñado de sal o una punta de acero, les faltaba, sigilosamente, aprovechando la oscuridad de la noche, llegaban hasta algún campamento y cogían lo que necesitaban de donde lo había. Algunas veces los muchachos de la montería habían sido acusados del robo cometido por los fugitivos y habían recibido el castigo consiguiente. Y si éstos no podían llegar hasta las monterías, se las arreglaban para obtener, de grado o por fuerza, de los muchachos que se hallaban trabajando en la selva lo que les hacía falta. La mayoría de las veces los muchachos, si llevaban encima lo necesario, socorrían a estos prófugos, a quienes se llamaba «los salvajes».

Cuando el número de éstos aumentaba, los propietarios de las monterías en cuyos alrededores se avecinaban enviaban cinco o seis capataces para darles caza, igual que si se tratara de bestias feroces. No se intentaba prenderlos, a pesar de la necesidad constante de mano de obra que había siempre en las monterías. Se les abatía a tiros simplemente. La cacería se organizaba con todo cuidado y para rastrear la presa los cazadores se valían de una buena jauría de perros. Los patronos no hacían esto solamente con un espíritu deportivo ni con el propósito de evitar las raterías. No, lo que perseguían era impedir que el ejemplo de los fugitivos fuera seguido y que los desertores aumentaran, dejando insolutas sus cuentas pendientes.

Los salvajes nada tenían en perspectiva; si acaso, una muy vaga esperanza de ser olvidados al cabo de uno o dos años y de poder regresar entonces a sus hogares. Habrían podido alejarse y buscar trabajo en otra región; pero en cualquier montería, hacienda o finca cafetalera a la que hubieran llegado, habrían encontrado la misma suerte, la de ser reducidos a servidumbre, oprimidos hasta negárseles el mínimo

derecho a discutir sus condiciones de vida y de trabajo.

Sin embargo, les quedaba una posibilidad, a condición de poder salir de la selva sin ser atrapados, y ésta era la de reunirse a alguna colonia de indígenas independientes; pero era solo un uno por ciento de los fugitivos el que lo lograba. Y después, el que tenía éxito, si se incorporaba a alguna tribu de su raza era inmediatamente reconocido. La noticia corría de boca en boca hasta llegar a los rurales, que lo prendían para entregarlo en seguida al enganchador. Si buscaba refugio en alguna otra tribu que no fuera de su raza, era acogido con desconfianza; casi siempre la lengua le era desconocida, y si no tenía la buena suerte de casarse y entrar así a formar parte de una familia, nada le quedaba por hacer, pues no le sería concedida ni la tierra ni el grano, y en esas tribus no existían los asalariados.

Pero el caso se daba raramente; los salvajes morían siempre antes de poder salir de la selva, porque la vida que allí llevaban escondía peligros cien veces mayores que los que amenazaban a los muchachos de las monterías. Eran la fiebre, los tigres, los leones, las serpientes, los que solían apiadarse de ellos y librarlos de su penosa existencia. Todos los muchachos que trabajaban en las monterías conocían perfectamente la suerte reservada a los salvajes y era precisamente el terror a aquella vida lo que los retenía en las monterías. Si la existencia de los salvajes hubiera sido placentera, ni un solo muchacho habría quedado en las monterías. Solo los más resueltos, aquellos convertidos en seres feroces gracias a la ferocidad de algún castigo en perspectiva, tenían el valor de huir.

Entre los grupos de rebeldes que habían llegado a reunirse a los de la Armonía, después de matar a los patronos y a los capataces, podía contarse una docena de salvajes. Unos habían oído hablar de la rebelión a algunos antiguos compañeros de trabajo. Otros, sorprendidos de ver a los muchachos abandonar repentinamente toda una región dejando las trozas en su sitio y la labor no terminada, se valían de toda su astucia y, tomando un sinfín de precauciones, se aproximaban a alguna oficina, y encontraban a veces un grupo de muchachos dispuestos ya a partir o simplemente los cadáveres de los capataces, que hablaban elocuentemente de lo que allí había ocurrido.

La Armonía era una de las monterías más importantes de la región y, además, se hallaba sobre el camino que conducía al río; era, pues, natural que los salvajes pasaran por la Armonía.

Cuando llegaban, ninguno de los muchachos les hacía preguntas y eran recibidos fraternalmente. Encontraban viejos conocidos, antiguos compañeros de trabajo en las monterías de las que habían huido y quienes los acogían alegremente como precursores que eran de la rebelión. Su valor para huir a la selva y vivir al margen de las leyes opresoras era testimonio suficiente de su espíritu revolucionario.

Tres de esos salvajes, Onofre, Nabor e Isaías, habían llegado la víspera de la partida. Después de reconocer y saludar a algunos amigos y hermanos de raza se dieron a pasear por los alrededores en busca de otros conocidos. Durante su paseo

llegaron a los jacales en que los empleados se hallaban prisioneros y bien vigilados. Se detuvieron a conversar con los centinelas, que les ofrecieron cigarros, y a quienes preguntaron:

—¿Por qué demonios guardan a esos espías?

—Para que no se larguen y vayan a denunciarnos.

—¿Quién les ordenó que los vigilaran? —preguntó Onofre.

—*El Profesor.*

—Pues ustedes son unos idiotas —repuso Nabor—. Si yo estuviera aquí de guardia, ésta no duraría mucho tiempo. Hay un modo más efectivo y seguro de guardar a estos tales por cuales, y es el de mandarlos de una vez por todas a donde ya no puedan hacer más daño.

Durante aquel coloquio, Isaías había recorrido los jacales que, privados en absoluto de puertas, dejaban ver a numerosos empleados sentados sobre el suelo jugando a las cartas, mientras otros, tendidos en el exterior, roncaban tranquilamente. Algunos más, con la cabeza en el regazo de sus mujeres, se hacían despiojar por ellas mientras otras guisaban.

Isaías, recorriendo con la mirada aquel espectáculo, lanzó de pronto un grito de sorpresa:

—¡Muchachos, vengan acá, pronto! ¡Miren nada más quién está allí!

Sus dos compañeros corrieron para reunírsele.

—¡Mal rayo! ¿Quién lo habría de creer? Nuestros amiguitos, *el Poncho* y *la Ficha*.

Los muchachos que vigilaban a los prisioneros se aproximaron llenos de curiosidad.

—¿Los conocen, manitos?

Onofre soltó una carcajada irónica:

—¡Que si los conocemos! Son estos hijos de perra los más crueles, los más feroces y serviles, los más despreciables abortos que haya desechado el infierno. Es a ellos a quienes debemos habernos convertido en salvajes. Son ellos quienes, ayudados por una jauría de semejantes suyos, trataron de darnos caza en la selva. Más feroces que las bestias, más rastreros que las culebras son estos desgraciados. Hasta en un tigre podría hallarse la piedad que a éstos les falta. ¡Eh, *Poncho, Ficha*, pongan acá las patotas, pronto!

Los dos interpelados, que jugaban a los naipes con otros empleados, levantaron la cabeza y en cuanto reconocieron a los muchachos palidecieron y las cartas se les escaparon de las manos.

—¡Vaya —dijo Onofre—, parece que aquí no les va tan mal! Todavía pueden pasarse el día sentadotes junto a sus viejas y a sus chamacos, engordando como cerdos.

El Poncho intentó sonreír y con voz tímida dijo:

—Ni tan gordos.

—Hace mucho tiempo que les suponía cultivando sus milpas y casados —dijo *la Ficha*, tratando a su vez de sonreír sin lograrlo.

Los tres muchachos les volvieron la espalda y se dirigieron al campo seguidos por algunos de los centinelas.

—¿Desde cuándo están esos dos capataces en la Armonía? —preguntó Isaías.

—No lo sé, yo no soy de la Armonía, soy de Palo Quemado. ¿Es que son capataces?

—Los más crueles, los más bestias de su especie.

—Nosotros matamos a todos los capataces y los muchachos de la Armonía hicieron lo mismo. Si éstos fueran capataces no estarían aquí.

Nabor se dio a jurar con la energía que suelen emplear los carreteros, y cuando se sintió satisfecho agregó:

—¡Pero con mil diablos! ¿Qué es lo que les pasa a ustedes? Se portan como viejas, sí, como viejas revoltosas. Con ustedes no iremos muy lejos; nosotros necesitamos juntarnos con verdaderos rebeldes, no con viejas. Miren que ni a la más estúpida de ellas se le ocurriría engordar a los verdugos y cuidarles las nalgas para que no se las coman los tigres.

Después, cambiando de tono, preguntó a los muchachos que estaban de guardia:

—¿A qué hora tienen que ir ustedes a cenar?

—Ya debíamos estar cenando. Tenemos mucha hambre; pero hay que esperar a los que vendrán a relevarnos.

—¡Al diablo con el relevo! ¿Quién puede decirles a qué hora vendrá? —dijo Isaías riendo—. Váyanse y tomen el tiempo necesario para llenarse la barriga hasta reventar. No hay por qué aguantarse el hambre, nosotros los relevamos.

Los centinelas no esperaron a que Isaías repitiera su ofrecimiento.

—Bueno, entonces ahí los dejamos, porque la verdad es que ya estamos hartos de cuidar a estos espías, de verlos tragar para llenarse las panzas, abrazados a sus viejas, y de mirar cómo pasan las horas jugando a las cartas y apostando frijoles y hojas de tabaco.

—¿Pero es posible? ¿Cómo es que estos cerdos tienen tabaco y aguardiente? A nosotros jamás se nos dio una hoja de tabaco, ¿y a ustedes?…

—¿A nosotros? ¡Bah!… Y si quieren que les diga algo, camaradas, les diré que más valdría acabar de una vez con toda esta canalla. Hacer con ellos exactamente lo que hicimos con los capataces. Lo malo es que nosotros no mandamos aquí, y si *el Profesor*, Andresillo y Celso dan órdenes hay que obedecerlas.

—Bueno —dijo Isaías—, váyanse y coman tranquilamente. Dense prisa, no sea que los demás acaben con todo… Han asado un temasate[1] y dos jabalíes. Saboréenlos bien, no se apuren, que aquí nosotros nos encargaremos de cuidar. No dejaremos escapar a uno sólo, díganle al *General* que a las diez puede mandarnos relevar.

—Bien —dijeron los muchachos—. Avisaremos al *General* que ustedes están de

guardia, que después de todo yo creo que a él poco le importa quiénes sean los que se encarguen de ella.

—Entonces, camaradas, déjennos sus machetes.

—Tómenlos, nosotros pediremos otros en la bodega. ¿Por qué ustedes no tienen? ¿Es que hasta ahora llegan?

—Sí. Desde hace seis meses que somos salvajes. Cuando nos fuimos llevamos con nosotros nuestros machetes; pero uno se rompió, otro se nos cayó al pantano y no pudimos sacarlo, y el último que nos quedaba hubimos de abandonarlo un día en que los capataces lanzaron a la jauría de perros tras de nosotros, sin darnos tiempo para recogerlo. Habríamos podido robarles el machete a algunos de los muchachos, pero ustedes saben, habrían sido ellos los obligados a pagar. Y cuando nos decidimos a robar una bodega nos encontramos con que la rebelión había estallado.

—Aquí, muchachos, ustedes encontrarán todo lo que necesiten. Solo tienen que pedirlo. Si quieren tabaco, aquí les dejamos el nuestro. Cuando lleguemos al campo nosotros cogeremos más de la tienda.

El relevo llegó a las diez, como se había convenido. Los hombres que venían a hacerse cargo de la guardia encontraron a los tres salvajes sentados en derredor de la hoguera.

—Parece que todo se halla en calma —dijo uno de los recién llegados—. Generalmente se les oye aullar y gruñir, calentados por el aguardiente. Todavía tienen enterradas y escondidas muchas botellas y pueden emborracharse todos, los hombres, las mujeres y hasta los niños.

—*El Profesor* nos ha recomendado que los dejemos que se embrutezcan con el alcohol.

—¡No teman nada, camaradas! —dijo Isaías—. Esta noche se han bebido más de un barril y están llenos, hinchados, tanto, que no podrán decir ni una palabra. La guardia de ustedes será fácil. Si les viene en gana hasta podrán dormir. Ni uno sólo se escapará, de ello estén seguros. ¡Buenas noches, compañeros!

—¡Buenas noches!

Todavía llegaron tres relevos antes del amanecer. Los muchachos no se conocían entre sí y no se ocupaban de saber quién llegaba a relevarlos… Lo importante era que la guardia no faltara.

Cuando los primeros rayos del sol empezaron a alumbrar, uno de los nuevos centinelas observó:

—¡Mal rayo! Lo que es anoche se la pusieron buena. No hay uno de ellos que mueva un solo dedo.

Después, aproximándose a uno de los jacales y espiando el interior a través de la hendidura de un tronco de árbol, gritó:

—¡Eh, muchachos! ¡Vengan acá! El aguardiente que éstos se bebieron ayer en la noche era rojo como el jaltomate[2].

—¡Pero si los han matado a todos, hasta a los chamacos!

—Veamos en los otros jacales.

En los otros jacales el espectáculo era el mismo: las gentes yacían en medio de botellas teñidas de rojo. No era posible equivocarse.

Uno de los muchachos se dirigió a toda prisa al campo principal para dar cuenta de lo ocurrido.

El General, el Profesor, el Coronel, Celso, Andrés, Matías, Fidel, Santiago, Cirilo, Pedro, Valentín, Sixto y algunos otros jefes rebeldes se hallaban reunidos y discutían los últimos detalles de la partida de la primera compañía, que habría de ponerse en camino antes de ocho horas.

El muchacho informó a los jefes de lo ocurrido en los jacales de los empleados.

—¿Estás seguro de lo que dices, muchacho? —preguntó *el Profesor*.

—Enteramente, ni uno de ellos se encuentra con vida.

—Gracias a Dios que esa basura se acabó —comentó Celso.

—No era necesario destruirlos —dijo Andrés—. Ya ningún daño hacían y hubieran podido vivir.

—No hay que darle vueltas al asunto —repuso Matías—. La Cosa se acabó. ¿Para qué servían esos canallas?

—¡Tienes razón, manito! Así ya no tendremos que andarlos cuidando y engordando. La verdad es que eso de cargar sobre la espalda a un pelotón de espías no es cosa grata.

El Profesor levanta la mano y dice:

—¿Para qué hacer más comentarios? Los han aplastado como a piojos y bien merecido lo tenían.

Después, mirando a sus ayudantes, agrega, dirigiéndose a Fidel:

—Llévate a una docena de muchachos y préndeles fuego a todos los jacales. Es necesario que todo arda, que nada quede, si no queremos que para el mediodía la peste sea insoportable. Y cuando todo se halle reducido a cenizas, echen sobre ellas algunas paletadas de tierra.

XIX

Por supuesto que la primera compañía no estuvo lista para salir a la hora convenida. En aquellas remotas regiones no se ha dado el caso todavía de que una caravana se halle lista para ponerse en marcha a la hora fijada. Y ello no depende de los guías ni de los organizadores de la partida, sino de mil incidentes y contratiempos incontrolables que echan por tierra hasta los planes más cuidadosamente elaborados. En la selva, como en los desiertos alejados de toda civilización, hasta los planes más inteligentemente estructurados resultan inútiles. Se decide, por ejemplo, que para la partida serán necesarias diez mulas. La víspera en la noche, las mulas se encuentran dispuestas; pero a la mañana siguiente ya faltan tres que se han escapado. Como no existen ni muros ni barreras no resulta fácil encontrarlas. Si se les sujeta estrechamente, los animales no pueden buscar su alimento ni están en posibilidad de evadir el ataque de las fieras. En la noche, los arneses, los aparejos y las monturas se encuentran listos, pero las ratas voraces roen las correas. En la tarde, los arrieros y los guías se encuentran en perfecto estado de salud; pero en la noche un escorpión o una serpiente muerde en el pie de alguno de ellos, mientras que dos o más han sufrido un ataque de malaria.

La víspera, el sol brilla espléndidamente y en el cielo no se ve una sola nube; pero bruscamente, a medianoche, se desata un aguacero que inunda los senderos y los atajos, empapando bultos, cajones y arneses. La víspera todo se encuentra bien empacado, pero en el momento de cargar se percata uno de que hay que hacer algunas modificaciones porque los bultos pesan más de lo debido.

La tarde anterior, en consejo de guerra, se había decidido que cada compañía partiera con un día de diferencia. Aun en tiempo seco habría resultado muy difícil conducir una caravana numerosa a través de la selva, pero en pleno tiempo de aguas resultaba empresa gigantesca.

La tropa, que había ido aumentando incesantemente, contaba ya quinientos hombres y más de ciento cincuenta animales de tiro, entre mulas, caballos y burros.

A los animales que pertenecían a la Armonía se habían sumado los de las monterías, dirigidas otrora por don Acacio, y aquellos que habían llevado consigo los muchachos de las monterías vecinas.

Se había decidido abandonar a los bueyes que podían procurarse pastura suficiente hasta el día en que ellos mismos pudieran marchar por los atajos que los condujeran a sus fincas de origen. Ellos sabrían encontrar sin dificultad alguna su camino.

Además, cada día reducían en número, ya que los muchachos sacrificaban dos o tres diarios para preparar víveres de reserva. Fue a Andrés a quien se le ocurrió tomar esta precaución. La carne se partía en tiras que se secaban y se salaban, obteniéndose cantidades considerables de cecina que serviría para todo el viaje.

La tropa debía repartirse en grupos de cincuenta a sesenta hombres cuando más,

dotados de una recua de quince bestias. Solo la primera compañía estaría formada de ochenta hombres, que llevarían veinte bestias entre mulas y caballos. Esta compañía sería la avanzada encargada de preparar campamentos destinados a pernoctar. Los campamentos se levantaban en plena espesura o en algún llano entre el río y las faldas de un cerro, y en ocasiones aun en lo profundo de una barranca.

Era necesario tener siempre presente la necesidad de pastura para alimentar a las bestias y no siempre era posible conseguir la necesaria en un solo sitio para que comieran cien o ciento cincuenta animales a la vez. Pero durante el tiempo de aguas la hierba crecía con rapidez extraordinaria, es decir, entre la partida de una compañía y la llegada de otra, muchas veces en menos de veinticuatro horas, y, en último caso, bastaba con meterse un poco en la espesura para encontrar el pasto que hiciera falta. Así, pues, ésta era solo una pequeña dificultad. Lo que hacía absolutamente indispensable la división de la tropa en grupos poco numerosos, dispuestos a emprender la marcha cada uno con un día de diferencia, era el estado del suelo reblandecido, convertido en fango por las lluvias.

El primer centenar de hombres podía, aunque difícilmente, marchar con lentitud; pero el segundo ya empezaba a hundirse en las huellas del primero y a resbalar en las pendientes, arrastrando tras de sí montones de tierra y ramas desprendidas de los árboles, raíces sueltas y guijarros, y ya para el tercer grupo los atajos y los senderos resultaban intransitables. En cambio, si la tropa se dividía en pequeños grupos, sus huellas no resultaban tan profundas y la tierra podía adquirir mayor firmeza en el curso de veinticuatro horas. Cierto que llovía sin cesar; pero en las pendientes el agua bajaba con rapidez, cosa que no podía ocurrir cuando centenares de pies se hundían en el lodo y producían erosiones que convertían los senderos en arroyos.

De acuerdo con el plan elaborado, la primera compañía debería hallarse ya en la décima etapa de la marcha cuando la última no hubiera dejado aún el campo principal.

En el preciso instante en que se llegara al primer poblado, ya fuera de la selva, las compañías harían alto y esperarían la llegada de todas hasta que la tropa completa se reuniera en el lugar. La primera tarea de los avanzados sería evitar que alguien del poblado corriera a poner en guardia a los finqueros establecidos en el camino de Hucutzín o de Achlumal, o a los rurales y a los federales de las guarniciones próximas. Tarde o temprano tendría que ocurrir el encuentro, pero los muchachos deseaban llegar a Hucutzín o a Achlumal antes de enfrentarse por primera vez a la fuerza armada o a la policía.

Las caravanas montadas hacían, tomando en cuenta la estación y la naturaleza del terreno, de cuatro a nueve leguas en cada jornada, es decir, entre dieciséis y treinta y seis kilómetros. Así, pues, una jornada de nueve leguas podía considerarse muy pesada, realizable solo con carga ligera. La jornada media era de siete leguas en tiempos normales, y ya requería un gran esfuerzo.

El primer día, la primera compañía no pudo hacer más que tres leguas, y cuando

los muchachos llegaron al primer lugar en que les era posible acampar, comprendieron las fatigas y las penalidades que su empresa les reservaba. En esa primera jornada habían caminado sin interrupción, hundiéndose en el fango hasta las rodillas.

Naturalmente, las otras compañías no pudieron hacer siquiera las tres leguas logradas por la primera.

El General había ordenado que todas las compañías fueran pernoctando en el campamento levantado por la primera; pero cuando los muchachos se dieron cuenta de que las otras compañías no podían hacer la misma distancia que la primera, deliberaron y *el General*, de acuerdo con ellos, dispuso que se redujera la jornada de la primera a tres horas de camino solamente. Desde luego que la marcha no podía detenerse precisamente al cabo de las tres horas, porque era necesario que el lugar en que se detuvieran fuera propio para levantar el campamento, que hubiera agua potable y pastura para los animales.

Más tarde pudieron comprobar que la idea de dividir la marcha, no en leguas, sino en horas, era realmente magnífica. Así, la primera compañía disponía de tiempo suficiente y podía construir buenos cobertizos para guarecerse durante la noche. Además, hombres y animales llegaban al campamento sin fatiga.

Claro está que solo la primera compañía podía gozar de esa ventaja, pero el éxito de toda la expedición dependía de ello. Tres horas de marcha para la primera compañía, sin importar el camino recorrido, eran poca cosa. Para las compañías que la seguían representaban el camino a recorrer de un campamento a otro. Sin duda esas tres horas representaban cuatro para los grupos que seguían al primero, por lo que *el General* se cuidaba bien de que las tres horas disminuyeran en vez de aumentar, y no obstante esta precaución, la última compañía se veía obligada a luchar durante ocho o nueve horas con los obstáculos del camino para trasladarse de un campamento a otro.

Cada cinco días la tropa reposaba. Hombres y bestias podían recuperar su fuerza mientras se daba tiempo a que los senderos y los atajos endurecieran un poco y el paso por ellos fuera menos penoso.

El día de descanso se aprovechaba de la mejor manera; cada compañía mandaba dos muchachos a la vanguardia y dos a la retaguardia para establecer contacto con la precedente y la que venía atrás, a fin de formar una cadena de transmisión por medio de la cual toda la tropa estuviera enterada de los acontecimientos.

Ni el general más experimentado habría obrado tan acertadamente como este sencillo sargento casi analfabeto, pero que contaba con oficiales como *el Profesor* y con hombres como Celso, Andrés, Santiago y Matías, incultos y humildes muchachos indígenas, cierto, pero rebeldes natos, sin más ambición personal que la de hacer triunfar su idea de libertad y de justicia tal y como ellos la concebían, sin transigencias, sin mermas. La querían íntegra, cabal, y a verla realizada marchaban conduciendo a sus hombres sin pararse a considerar obstáculos. «Queremos tierra y libertad.» Ése era su programa, nada más.

«Queremos tierra y libertad, y, si la queremos, es necesario que vayamos a buscarla a donde la encontremos y que después luchemos por ella cada día para conservarla siempre. No necesitamos nada más. Si tenemos tierra y libertad, tendremos todo lo que el hombre necesita en este mundo, porque es en ella en donde se halla el amor.»

El programa era tan sencillo, tan justo, tan puro, que *el Profesor* no tenía necesidad de pronunciar grandes discursos para convencer a los muchachos de la sabiduría que encerraba. No había necesidad de elaborar interminables estatutos, ni de dar explicaciones, ni de recomendar a los muchachos la lectura de tratados de economía política para hacerles comprender que cualquier hombre, por estúpido que sea, podrá llegar a gobernar a un pueblo siempre que disponga de ametralladoras y que tenga buen cuidado de privar de ellas a los demás.

La ruta que seguía la columna estaba cruzada en todos sentidos por ríos y riachuelos que al desbordarse dejaban sus márgenes sumergidas. También era preciso rodear las lagunas numerosas en aquella región. Algunas de esas lagunas se hallaban entre dos montañas y generalmente los altos senderos se encontraban en buenas condiciones porque allí las lluvias no se estancaban y la humedad de la tierra desaparecía rápidamente al contacto de los primeros rayos de sol.

A veces, los altos senderos descendían hasta reunirse con el que bordeaba la laguna, de tal manera que durante el tiempo de aguas era necesario caminar largos trechos hundiéndose en el fango hasta la cintura para encontrar agua potable. Era esta circunstancia una de las que podían contribuir en más alto grado al fracaso de los planes tan hábilmente elaborados por el Estado Mayor de los rebeldes.

Cuando al terminarse la sexta semana de marcha, la primera compañía llegó al borde del lago Santa Lucía, *el General* se reunió a la vanguardia de la que formaban parte Celso y Santiago.

—La cosa está de todos los diablos —dijo.

—Mira a quién se lo dices, *General* —contestó Celso riendo, no obstante hallarse sumergido hasta los muslos.

—Es ésta la primera vez que nos vemos detenidos en nuestra marcha revolucionaria.

—Es también el primer combate que tenemos que librar —agregó Santiago, que a algunos metros de distancia del sitio en que se encontraba Celso luchaba contra la corriente de lodo.

—Temo —dijo *el General*— que nos veamos obligados a permanecer aquí durante toda una semana.

Después, observando cuidadosamente el terreno y reflexionando durante algunos segundos, agregó:

—Tal vez tengamos necesidad de quedarnos aquí tres meses, hasta que ya no

caiga ni una gota de agua.

Celso retrocedió lentamente hasta lograr hacer pie sobre terreno más seguro.

El General ordenó a la compañía hacer alto hasta nueva orden. Después envió a algunos de los muchachos en busca de algún atajo que, sin hacerles perder el rumbo, los apartara del lago llevándolos a un sendero más fácilmente transitable. Al cabo de dos horas el *General* tuvo las primeras noticias de los avanzados, en el sentido de que en cinco kilómetros a la redonda no había más que pantanos y lodazales.

—Era de preverse —observó Celso—; de no ser así, todas las caravanas que siguen este camino cada año habrían encontrado otras rutas.

—Tienes razón —dijo *el General*—; pero para nosotros es indispensable salir de aquí, encontrar un camino. Tal vez atrás de aquella cadena de montañas lo hallemos. Ello significará un rodeo de dos o tres días, y es quizá por esto que los arrieros, deseosos de ahorrar tiempo, no lo han buscado; pero nosotros podemos permitirnos este rodeo. Llegaremos a tiempo, porque las fincas que queremos conquistar con la tierra y la libertad no se nos escaparán a causa de la espera.

El Profesor se aproximó al grupo lentamente y dijo:

—Claro está que la tierra no se nos escapará, ¿pero la libertad? Si queremos la tierra y la libertad, no solamente debemos llegar a tiempo, debemos llegar todos juntos, pues de no lograrlo seremos exterminados. Solo venceremos en masa, por la masa y con la masa. Tomemos un hombre del grupo, cualquiera, Celso o Santiago, por ejemplo: obrando aisladamente les faltaría la instrucción necesaria, el cerebro cultivado en forma indispensable para evitar que cualquier escribientillo de cabildo, que cualquier tendero, por tonto que sea, pueda hacer lo que quiera hasta de un ciento de ustedes, debido a su ignorancia, debido a que ni siquiera saben leer y escribir. Es por esta razón por la que siempre los han engañado y robado. Pero obrando, en masa la cosa es diferente. Entonces ya hay mil cabezas y mil brazos vigorosos constituyendo una fuerza superior. Es por esto que les digo que la libertad podrá escapársenos fácilmente si no formamos una masa importante y si no llegamos todos al mismo tiempo. El más poderoso de los leones queda desarmado ante diez mil hormigas, que lo obligarán a soltar su presa. Nosotros somos las hormigas y los amos son el león.

—Todo eso está muy bien dicho, *Profesor*. Pero lo importante ahora es encontrar un camino por el que podamos seguir. No podemos regresar a las monterías y esperar allí dos meses o más hasta que las lluvias pasen y los senderos estén secos. Necesitamos continuar la marcha para llegar cuanto antes a sacudir la modorra de los peones. En cuanto éstos se den cuenta de nuestra fuerza y miren nuestras armas, despertarán. Así, pues, ¡adelante!

Fue en verdad tarea gigantesca la de marcar un nuevo camino a través de la selva sumergida. Fue necesario hacer un rodeo de cinco kilómetros hacia el noroeste internándose en la espesura.

Tantas horas de durísimo trabajo habían sido necesarias a la primera compañía,

que esa tarde, y por primera vez desde que iniciaron la marcha, la segunda compañía llegó a tiempo para acampar con la primera; pero como había que seguir el plan inicial de marchar por separado, ésta se vio obligada a seguir caminando durante tres horas más.

Las compañías que seguían a la primera no podían considerarse privilegiadas, porque si bien es cierto que sobre ésta pesaba el encargo de buscar sitio que, hallándose próximo a algún lugar en el que fuera posible obtener agua potable, se encontrara a la vez libre de fango para poder levantar las chozas en que acampar, las otras compañías tenían que luchar contra las condiciones en que las que las precedían dejaban los senderos y los atajos. Muchas veces, para no hundirse hasta el cuello en el fango, debían marchar, sin perder la ruta, muchos metros arriba o abajo del sendero.

Este primer combate librado con los elementos no era el único. Las avenidas del río y de los arroyos que tenían que atravesar habían causado considerables bajas en el pequeño ejército rebelde.

Cuando por fin lograron salir de la selva y se encontrataron en el primer pueblecito, *el General* dio a conocer las pérdidas sufridas. Veintiocho muchachos, cuatro mujeres y tres niños. Algunas de las víctimas habían encontrado espantosa muerte perdiéndose en los pantanos, otras habían perecido ahogadas, arrastradas por la avenida. Entre los supervivientes, más de una docena tenían un brazo o una pierna fracturados; otros presentaban grandes heridas en la cabeza, y por lo menos cincuenta se arrastraban con los ojos encendidos y la piel amarillenta a causa de la fiebre. Entre los desaparecidos, probablemente más de uno había sido devorado durante la noche por alguna fiera. No podía decirse exactamente quiénes; la tropa se había habituado a los gritos de los delirantes y era difícil saber cuándo un hombre en medio de la noche oscura se debatía entre el ataque de un tigre real o imaginario. Al aclarar el día se notaba la ausencia de algún muchacho y, a veces, cuando la lluvia no las había borrado, se veían las huellas de la bestia que había visitado el campamento.

Una veintena de animales, entre caballos y mulas, habían desaparecido por las mismas causas, solo que a aquéllos no les atacaba el paludismo, sino la disentería, y casi todos se hallaban heridos, a pesar de las precauciones tomadas por los arrieros, que no habían podido evitarles las mataduras producidas por la carga, ni las mordeduras de serpiente, ni los daños que lograban hacerles los gatos monteses.

Pero no obstante las pérdidas, las enfermedades y las fatigas, la moral de la tropa era excelente. En todas las compañías reinaba el buen humor, exteriorizado en el grado y forma permitidos por la austeridad indígena.

Tanta era la confianza que sentían en sí mismos, tan grandes sus esperanzas y tan legítimo el goce que les producía la marcha emprendida hacia la libertad, que na recordaban haber vivido jamás horas tan bellas.

Hacía meses, quizá años, que habían perdido la esperanza de que su situación mejorara, porque no obstante los contratos, las promesas y las leyes, ellos sabían que,

una vez que entraban a formar parte del engranaje de las monterías, jamás podrían regresar a su hogar, jamás volverían a ver un pueblo. Pero ahora, una tras otra, las compañías habían alcanzado uno, el primero que veían después de muchos años.

Detrás de ellos quedaba la selva con sus peligros y sus horrores. Ante ellos, sus hogares, sus padres, todos los suyos. Ante ellos, la tierra y la libertad. ¡Tierra libre para todos! ¡Tierra sin capataces y sin amos!

Ya todos reunidos, lloraron de gozo cuando *el Profesor* les dirigió estas palabras:

—Oigan bien, muchachos; aun cuando perdamos esta batalla, aun cuando hasta el último de nosotros caiga bajo las balas de los federales y de los rurales, aun cuando ninguno de nosotros alcance tierra y libertad, habremos triunfado. Porque vivir libremente, aunque solo sea durante unos cuantos meses, vale más que vivir cientos de años en esclavitud. Y si ahora caemos, no caeremos como peones, como colgados fugitivos, sino como hombres libres sobre la tierra, como rebeldes francos, como verdaderos soldados de la Revolución.

—¡Viva *el Profesor*! ¡Así se habla! —gritaron cientos de voces—. ¡Somos libres y luchamos por la libertad de todos los campesinos, de todos los obreros, de todas las mujeres y los hombres honestos!

Desde lo alto de la rama del árbol, al que había trepado para hacer llegar su voz a todos, *el Profesor* pudo mirar a la multitud que lo aclamaba, y prosiguió:

—Ustedes lo han dicho, muchachos, somos libres; pero no queremos la libertad solo para nosotros, debemos unirnos a todos los nuestros para luchar juntos por la libertad.

—¡Arriba *el Profesor*! ¡Viva la libertad! ¡Adelante la lucha por la tierra y la libertad!

Mucho tiempo después de que *el Profesor* descendiera del árbol se escuchaban aún los gritos de entusiasmo.

La última compañía había llegado. La tropa se hallaba toda reunida. Amigos y camaradas que se habían separado por pertenecer a diferentes compañías se encontraban nuevamente sentados en rededor de la misma hoguera y se relataban unos a otros las penalidades sufridas durante la marcha a través de la selva. En todos los grupos reinaba la alegría. Unos se pegaban el organito a la boca y soplaban produciendo sonidos dulces; otros pulsaban el requinto para acompañar a los que cantaban canciones plañideras pronunciando palabras sencillas y hondas, con las que expresaban su hondo y sencillo sentir, con las que se aliviaban las heridas de tantas y tan viejas penas sufridas. Y se bailaba y se cantaba y se hacía ruido, porque la idea de haber podido salir con bien no obstante los horrores de la selva con sus pantanos, la avenida de sus ríos y los ataques de sus bestias feroces había producido entre ellos una explosión de gozo. Así reaccionaban al llegar al final de aquella marcha agotadora.

El pueblecito pretendía ser punto final de la selva; pero ésta, obstinada, trataba de prolongarse en él. Los caminos no eran mejores y había sitios en los que la maleza era cerrada. Además, la lluvia duraría quizá algunas semanas; pero ya no se trataba de lluvias torrenciales, sino de ese llover fino tan común en las serranías. Hubo una tregua, durante dos o tres días la lluvia cesó completamente. Había, sin embargo, que esperar los aguaceros nocturnos del trópico. ¿Pero qué importancia podía tener aquello una vez sorteados los horrores de la selva?

Algunos kilómetros adelante se hallaban ya grupitos de jacales, pequeñas rancherías. Después, las fincas y, más adelante, a considerable distancia aún, verían aparecer los caseríos de Hucutzín y de Achlumal. A partir de allí se cruzarían con pequeñas caravanas, con arrieros conduciendo a sus recuas cargadas para llevar al mercado los productos de su trabajo.

Entre un pueblecito y otro tendrían que atravesar aún regiones desérticas o cubiertas de maleza cerrada, entre la que habrían de caminar durante días enteros; pero la selva y sus peligros estaban ya lejos; por fin habían quedado atrás.

Empezaban a verse ya las milpas y los sembrados de frijol. A medida que avanzaban, las tierras de cultivo se hacían más extensas hasta que sus límites se perdían de vista con la aparición de las primeras fincas.

¡Maíz y frijol! Con ellos, la seguridad de que los muchachos no morirían de hambre. Hasta aquel momento se habían sostenido con lo que habían sacado de las monterías; todavía les quedaban provisiones para cuatro o cinco días más; pero el temor al hambre desaparecía a la vista de las fincas con su inmensa riqueza de maíz, de cerdos, de ovejas y de vacas, de trigo y de azúcar y de todas las cosas que aquel grupo de hombres jóvenes deseaban con el corazón. Hacía meses, y en algunos casos años, que se hallaban privados de todas esas cosas que hacen soportable la vida de los hombres.

Porque el maíz solo no bastaba, aunque los muchachos prepararan el nixtamal y obtuvieran la masa que de acuerdo con la receta transmitida de generación en generación desde hace siglos les permite lograr toda una serie de manjares: tortillas, suaves totopostles, quesadillas de huitlacoche, atole aromatizado con hojas de naranjo o florecitas de aftís. No, tampoco hubiera sido suficiente solo la carne de ternera o de res.

En las fincas no les esperaban solamente tortillas y frijoles. Había allí un sin fin de buenas cosas por las que bien valía la pena detenerse. Los muchachos no eran bandidos salteadores. Pero una rebelión no puede vivir sin rebeldes y es necesario que los rebeldes vivan para llevarla adelante. No son los rebeldes los culpables de las consecuencias desagradables que las rebeliones tienen para aquellos que de nada carecen. Los responsables de los actos de los rebeldes son aquellos que creen que se puede maltratar eterna e impunemente a los seres humanos sin que éstos se rebelen.

XX

El primer pueblecito que encontraron al salir de la selva se llamaba El Requemado. Hacía treinta años era nada más una montería. Después, cuando no quedaba un solo palo de caoba, no obstante las promesas de reforestación hechas por los concesionarios, el amigo de un jefe político había obtenido la propiedad por unos cuantos pesos. Había conducido allí a varias familias indígenas que trabajaban en provecho suyo a las órdenes de un capataz, y así se había querido transformar la montería en rancho. Pero el rancho era tan pobre que no rendía beneficio alguno a su dueño, quien, además, nunca se paraba por allí, pues prefería continuar al frente de su comercio en Jovel. Si del rancho obtenía cien pesos al año, ya consideraba que sus esperanzas habían sido colmadas. El mayordomo no recibía sueldo alguno y vivía de los alimentos y pequeños objetos que vendía a los muchachos que cruzaban por allí de paso a las monterías.

Don Chucho, entonces mayordomo, fue presa del terror cuando la primera compañía apareció. Cuando los muchachos empezaron a acampar en las proximidades del rancho, él trató de que le dijeran si los habían licenciado y por qué llevaban consigo a los caballos y a las mulas, y sobre todo por qué no venían acompañados de capataz alguno. Solo pudo obtener respuestas evasivas. Pero era lo bastante prudente y astuto para comprender que más valía no insistir. Trataba de infundirse valor diciéndose que nada de aquello le importaba y que si los muchachos habían dejado las monterías era asunto suyo.

Pero al día siguiente, al ver llegar a la segunda compañía y al constatar que la primera no tenía intenciones de marcharse, tuvo la idea de enviar a uno de los peones a la finca vecina a fin de poner al finquero al tanto de los acontecimientos. Entonces su mujer lo disuadió diciéndole: «Mira, Chucho, hasta ahora nada te han robado, todo lo que necesitan te lo pagan; si compran poco no es cosa nueva, pues así lo han hecho siempre, y si cargan algo sobre su conciencia, ese no es asunto nuestro. Pero si se enteran de que has mandado avisar a los finqueros, quién sabe cómo nos vaya. Yo creo que más vale que te calles.»

Don Chucho comprendió que su mujer tenía razón, y ello le causó más disgusto aún que la presencia de los muchachos armados y acampados en el rancho. Sabía perfectamente cómo habían llegado hasta allí, en manos de los muchachos, las pistolas y los rifles; pero no quería pensar —pues se hubiera muerto de miedo— en lo que había sucedido en las monterías. A su mujer le ocurría lo mismo, y sin haberse puesto de acuerdo sobre ello evitaban cuidadosamente hablar del asunto. Preferían no cerciorarse de lo acontecido, pues la certeza los habría hecho morir de temor.

Además, su cautela no obedecía solo al miedo. Don Chucho nada intentaba porque sabía muy bien que aun cuando los rurales fueran avisados, jamás llegarían hasta ese lugar para combatir a los rebeldes. Los esperarían en las afueras de los pueblos importantes, si acaso emboscados en alguna de las ricas fincas, donde

seguramente los derrotarían. Entonces los muchachos se verían obligados a huir, y bien sabía él que el único lugar en que podrían refugiarse era la selva. Para llegar a ella tenían forzosamente que pasar por el rancho, y cuando pasaran derrotados, en pequeños grupos maltrechos, pero llenos de rencor, ¿qué quedaría del rancho? Nada, ni una brizna de paja, lo arrasarían. ¿Y de su persona? No dejarían ni un trocito de piel, pues para entonces sabrían ya quién los había traicionado.

Los muchachos no habían levantado el campamento dentro del rancho, pues éste no era lo suficientemente extenso para ello. Era, en realidad, solamente un trozo desmontado y ganado al borde extremo de la selva. Un poco más lejos, sobre el camino que conducía a las fincas, *el General* se había instalado en una vasta explanada a la orilla del río bordeado de hierbas y de chaparros.

El sitio era estratégico, ya que cortaba el camino y nadie podría ir o llegar de las fincas sin atravesar por allí. Así, pues, por el momento nada tenían que temer ni de los finqueros ni de los rurales. Podían darse algunos días de reposo porque sabían, además, que ni los federales ni los rurales se aventurarían por aquellos rincones. La maleza se hallaba aún muy próxima y su espesura formaba murallas naturales contra las que los mejores fusiles del mundo y hasta las ametralladoras nada podían. Aquí los muchachos, descalzos y apenas cubiertos por sus andrajos, eran los reyes; para ellos la selva no tenía secretos y para combatirlos hubiera habido necesidad de llegar a la lucha cuerpo a cuerpo, a la despiadada lucha a machetazos, a puñaladas, a pedradas o a mano desnuda, y los puños de hierro de los hacheros —los soldados lo sabían bien— valían allí más que las armas más valiosas. Por estas razones los muchachos estaban absolutamente tranquilos. Sabían que aun cuando los rurales fueran enterados de su presencia, no llegarían hasta allí a combatirlos.

En el primer consejo de guerra reunido después de establecer el campamento se discutía. Pero la discusión en nada se asemejaba a las lamentables deliberaciones de los hombres que en casi todas las revoluciones hablan y peroran sin cesar; hablan, cuando debieran pasar a la acción, sobre la forma de ejecutar las resoluciones. Hablan, hablan y son estos voceadores de la revolución los que acaban por arruinarla. Es durante esas deliberaciones cuando los enemigos obran, y mientras los asambleístas discuten aún sobre el color de su bandera y sobre las minucias en la redacción de boletines y de edictos, la contrarrevolución cae sobre las avanzadas y hace zozobrar las primeras columnas, prende a los centinelas y hace callar a los incorregibles charlatanes. Felizmente, entre los muchachos no había viejos teorizantes. No conocían ni las asambleas apasionadas ni los escritos inflamados. Discutían animadamente, pero no sobre divisas decoloradas y gastadas. Discutían sencillamente para saber cuál sería el grupo que debía marchar a la vanguardia en

cuanto la situación, durante la marcha que se disponían a emprender, se presentara seria. La compañía que fuera a la vanguardia tenía la perspectiva gloriosa de ser exterminada hasta su último hombre en cuanto los rurales hicieran funcionar la primera ametralladora. Y sin haber desatado del lomo de las mulas las ametralladoras, los soldados ya habrían causado bajas entre los hombres de la vanguardia. ¿Acaso no los habían provisto para ello de una carabina de repetición y de una Colt por cabeza? ¿No se había adiestrado con ese objeto a los federales y a los rurales?

La discusión estaba muy lejos de los caminos de la gloria que aureolaría a la vanguardia. Los muchachos no tenían aún el sentido de los grandes hechos de armas idealizados por historiadores con inclinaciones poéticas, ni habían sido contaminados por el espíritu deformado y deformante de periodistas y oradores. Para ellos no se trataba de ganar la gloria, sino de algo más concreto y preciso: de obtener las armas de sus enemigos. Ninguno de los muchachos había leído jamás un artículo revolucionario ni estudiado la historia de las revoluciones. Jamás habían asistido a reuniones políticas ni conocían el significado de un programa. Pero la experiencia les decía a todos: «Si tú tienes armas y tus enemigos no las tienen, serás tú el que ganarás la revolución o la rebelión o la huelga, cualquiera que sea el nombre que des a la acción que libera al que trabaja. Porque las verdaderas revoluciones no son las que tienen por objeto único la mejoría de los salarios o la repartición de los bienes o la conquista de tales o cuales privilegios. Las verdaderas revoluciones no se detienen hasta alcanzar la justicia sin disfraces.»

Para los muchachos, la revolución significaba el fin de su esclavitud, de la servidumbre a la que se les obligaba por medios bestiales, nada más.

Desde la infancia todos los muchachos habían oído decir lo que más tarde habían comprobado: que aquel que lleva una pistola al cinto o una carabina en bandolera tiene derecho de reducir a los indios a servidumbre, de explotarlos, de maltratarlos e imponerles su voluntad. Y como él, el indio, el siervo, no tenía ni pistola al cinto ni carabina en bandolera, tenía que someterse y dejarse conducir. Si se atrevía a abrir la boca para protestar, la culata de la pistola le hundía el cráneo o la de la carabina le rompía las costillas. Así, pues, era absolutamente natural que para los muchachos la conquista de las armas representara el triunfo de la revolución. Arrancar las armas a sus enemigos: esa fue la consigna y esa fue la divisa.

La compañía que marchara a la vanguardia sería la obligada a sostener el primer choque con los que poseían armas. Era evidente que por lo menos las tres cuartas partes de la vanguardia caerían; pero la cuarta parte que quedara en pie podría hacerse con las armas a tan alto precio conquistadas. Y los muchachos eran como esos jugadores de lotería convencidos de que ganarán el premio mayor, porque todos tenían la seguridad de que formarían parte del grupo que quedaría en pie y armado.

La discusión sobre cuál debía de ser el grupo de vanguardia continuaba animada, pero *el General* y Celso pusieron el punto final.

—¡Con un diablo, partida de idiotas! —gritó *el General*—. Parecen viejas

chismosas. La vanguardia será la primera compañía; la primera compañía la formamos nosotros, ¿entonces qué? ¡Ahora lárguense y déjenme en paz!

A Celso no le parecieron suficientemente enérgicas las palabras del *General* y dejó oír su voz:

—¿Entendieron bien? ¿Oyeron lo que dijo *el General*? ¡Ésta es una rebelión, tales por cuales! ¡Los rebeldes hacen, no dicen! Dentro de seis días todos estaremos en la fiesta, y no se apuren, que la mitad de nosotros allí quedará tendida.

—¡Viva! —gritaron los muchachos. Algunos agregaron:

—Tienes razón, Celso; pero la otra mitad tendrá armas y cartuchos. ¡Tierra y Libertad!

Anochecía, y atraídos por las voces, muchos de los peones del rancho se habían aproximado sigilosamente hasta donde estaban los muchachos. De día no se habrían atrevido a hacerlo por temor al mayordomo. Se acercaban con timidez porque no sabían cómo los acogerían. Los muchachos no los consideraban de los suyos. La víspera ellos no habían dado paso alguno para ganar su confianza y su amistad y los muchachos bien podían considerarlos como espías llegados no para sumarse a su movimiento, sino para penetrar sus intenciones y comunicarlas al mayordomo, y aun hasta para denunciarlos al finquero o a los rurales más próximos a cambio de un peso.

Pero algunos habían oído hablar a varios de los muchachos en su misma lengua, los habían reconocido, eran del mismo pueblo que ellos y por ellos habían sabido que los muchachos se hallaban en rebeldía, que habían acabado con los amos de las monterías y que se aprestaban a hacer otro tanto con los de las fincas. Sabedores de ello, pudieron confirmarlo en cuanto penetraron en el campamento. Pidieron hablar con el jefe y les señalaron al *Profesor* y al *General*. Se aproximaron a la hoguera en rededor de la cual se encontraba el Estado Mayor y quitándose el sombrero cortésmente hablaron:

—Jefe, ¿quieres decirnos qué debemos hacer?

—Hombre —contestó *el Profesor*—, yo no soy su jefe. ¡Ya no hay ni jefes ni amos! Yo soy su camarada. Ustedes, los peones de este rancho enlodado sean bien venidos. Tierra y libertad sin capataces y sin amos, eso es lo que queremos. ¡Tierra y libertad para todos!

—Camaradas, eso es también lo que nosotros queremos. Un pedazo de tierra y libertad para cultivarlo en paz. Derecho a discutir libremente entre nosotros lo que más convenga sin que el capataz llegue por ello a rompernos la cara. Eso es lo que queremos, nada más.

—Bien; puesto que así lo quieren, vengan con nosotros. Tenemos necesidad de muchos combatientes, porque dentro de poco muchos habremos caído. Ahora alístense, porque mañana nos vamos…

—Pero mire, jefecito…

—Acabo de decirte que no me llames jefe.

—Perdone, camarada, déjeme que le diga. Yo tengo una milpita, si me voy con ustedes no podré recoger el maíz. Tengo además tres cochinitos. ¿Qué debo hacer?

—¿No acabas de decir que quieres tierra y libertad?

—¡Claro que la quiero! Pero mire, camarada, también tengo a mi mujer y está encinta, dentro de tres semanas dará a luz. Yo no puedo dejarla sola.

—Bien, entonces quédate. Quédense todos en el rancho para que los apaleen en cuanto intenten levantar la voz.

—Podríamos hacer cambiar todo esto y quedarnos con la tierra que trabajamos. Porque mira, aquí tenemos todos un pedacito de tierra para sembrar nuestro maíz y nuestro frijol; pero a cambio de él tenemos que trabajar tres semanas de cuatro sin que nos den en cambio ni un centavo.

—¿Tienen todos machete? —preguntó *el General*.

—Sí, camarada.

—Bien; entonces díganme: ¿qué hacen cuando al tumbar la maleza para limpiar la tierra se encuentran un jabalí?

—Con mi machete en la mano no hay bestia que se atraviese en mi camino.

—Muy bien, amigo. Tú quieres tierra y libertad en este rancho en el que ahora trabajas sin recibir ni un centavito y sí muchos golpes.

—Así es.

—¿Quién, pues, se atraviesa en este momento en tu camino?

—Tú lo sabes, camarada; es don Chucho, el mayordomo.

—¿Y ustedes tienen sus machetes?

—Sí, y Florencio y Marcos, estos que están conmigo, no solo tienen uno, tienen dos.

—Y ustedes saben cómo se afilan los machetes, ¿verdad?

—Bien que lo sabemos. Es lo primero que hacemos al levantarnos.

—En ese caso, cojan los machetes, afílenlos bien y corten con ellos todo lo que se atraviese en su camino, si es que realmente quieren el rancho para ustedes.

Cuando los peones se fueron, *el General* llamó a los capitanes de todas las compañías para comunicarles las instrucciones necesarias para la marcha del día siguiente. Habían decidido que a partir de entonces las compañías marcharían a corta distancia una de otra, porque debían esperar en todo momento su primer choque con las tropas.

Al amanecer, y a las órdenes del *General*, de Celso, jefe de Estado Mayor, y del *Profesor*, marcharía a la cabeza la primera compañía. La segunda y la tercera saldrían con media hora de diferencia cada una. Después seguirían la cuarta y la quinta. Las tres últimas irían a la retaguardia conduciendo a las recuas que cargaban las provisiones. Cada muchacho llevaría a la espalda su carga habitual. Las mujeres y los niños seguirían a la compañía en que fueran sus maridos o sus padres. Modesta

formaba parte de la compañía de choque y llevaba sobre la espalda la misma carga que los hombres.

Los muchachos no se preguntaban qué harían ni cuál sería su actitud cuando llegaran a las fincas. Tampoco se detenían a elaborar planes para la victoria sobre los rurales o los federales. ¿Para qué discutir y perder eternidades en palabras inútiles? La revolución triunfaría, el enemigo mordería el polvo. Vencer, derribar al enemigo, eso era lo importante. Una vez logrado aquello, les sobraría tiempo para reflexionar y deliberar.

—No hay que vender la piel del tigre antes de cazarlo —decía *el Profesor* a Andrés, que aconsejaba un plan para la repartición de la finca en la que había nacido y en la que su padre trabajaba aún como peón.

—No sería malo —contestó Andrés— buscar por adelantado un buen cliente para la piel del tigre, a fin de no vernos obligados después a malbaratarla.

—Mira, Andresillo, por el momento olvídate de los compradores ambulantes. Cuando tengamos la piel ya habrá tiempo de discutir buenas ofertas.

Era noche cerrada cuando *el General* reunió a los hombres de la primera compañía para la partida. Los otros grupos podían disfrutar por lo menos de media hora más de reposo.

Hacía cuatro días que no llovía; pero hacia la medianoche, cuando se disponían a partir, volvió a llover. La lluvia era fina, tupida y en menos de dos horas el suelo volvió a enfangarse. Cuando *el General* dio la orden de salir, todos los hombres estaban mojados hasta los huesos. Tuvieron buen trabajo antes de lograr encender las hogueras para calentarse y calentar un poco de café.

La lluvia cesó hacia las cuatro de la mañana. La primera compañía se preparaba a salir cuando los muchachos vieron aproximarse a los peones que les habían hablado la víspera.

—¿Qué hay? —preguntó *el General*—. ¿Ya se han decidido a venir con nosotros?

—No, camarada, ya no es necesario; ahora tenemos lo que queremos. Ahora tenemos tierra y libertad. El rancho es nuestro.

—¿Se lo regaló el mayordomo?

—No…, bueno, es decir…, cuando le explicamos a don Chucho que desde hacía muchos años nosotros cultivábamos el ranchito se puso furioso y comenzó a gritar que él sabía bien lo que ocurría, que los malditos piojosos de las monterías nos habían excitado, azuzado, mal aconsejado y que si no cerrábamos el hocico inmediatamente, ya se encargaría él de arreglarnos en cuanto los bandidos de las monterías levantaran el campo.

—Y ustedes, ¿qué contestaron?

—¡Casi nada! Desde la víspera habíamos afilado los machetes. Cuando nos acercamos a don Chucho él sacó la pistola y disparó. Dejó tendidos a Calixto y a

Simón e hirió a tres más.

—¿Entonces es por miedo por lo que han corrido hasta aquí?

—No, amigo. Pensamos bien lo que tú nos dijiste y a estas horas don Chucho, su mujer y sus chamacos son difuntos. Además, cogimos su pistola y su fusil porque pueden hacernos falta. En cuanto a su casa, no la queremos, está llena de ratas. En estas condiciones, camarada jefecito, te darás cuenta de que no tenemos necesidad de partir con ustedes, ya que lo que ahora tenemos es todo cuanto deseamos, nada más. Si se quieren quedar aquí en el rancho pueden hacerlo porque ya no hay ni capataces ni patronos.

—No, amigos, gracias. Nosotros nos vamos y ustedes se quedarán para repartirse la tierra y trabajarla tranquilamente. Pero díganme: si los rurales llegaran ahora mismo y les preguntaran por el mayordomo, ¿qué responderían ustedes?

—Les diríamos que don Chucho y doña Amalia habían corrido asustados a refugiarse en la selva, y si nuestra afirmación no resultara de su gusto, volveríamos inmediatamente a afilar los machetes y podríamos hacer uso además de la pistola y el fusil que ahora tenemos; pero tú sabes, jefecito, que los rurales no llegarán hasta acá porque ustedes acabarán con ellos y con los federales en el camino. Ahora regresaremos, porque los muchachos han matado un cerdo muy grande que doña Amalia había engordado y a estas horas ya deben estar listos los chicharrones. Lástima que no podamos convidarles, son ustedes tantos que no alcanzaría. Adiós, amigo capitán; adiós todos y muchas gracias. ¡Que la suerte los acompañe!

El Profesor llamó a Andrés y le dijo:

—¿Te has dado cuenta, Andresillo? Es a esto a lo que llaman la revolución práctica.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues, sencillamente, que el instinto de posesión, que la idea de propiedad, se hallan ahora más hondamente arraigados en estos ranchos que antes. Sólo el nombre del propietario ha cambiado, y te aseguro, hermano, que mañana o pasado mañana los nuevos dueños se darán de machetazos a causa de la propiedad y se matarán unos a otros hasta que sólo quede uno, si es que puede, para gozar de la propiedad. El que quede será el que se haya hecho con la pistola. Ése será el nuevo dueño, y si alguno otro logra quedarse con la escopeta, ése será el mayordomo. En cuanto a los que por azar solo conserven la vida, serán los nuevos peones.

—Entonces, ¿la revolución habrá sido inútil?

—Para estas gentes, sí. La cosa les ha sido muy fácil y la han logrado prontamente. Las facilidades y la rapidez no son buenas para los revolucionarios. Los campos y los cerdos habrán cambiado de manos, pero las ideas serán las mismas sobre las que se apoya todo el sistema, que desgraciadamente ha quedado intacto. Ayer el amo se llamaba don Chucho, mañana se llamará Florencio y después Eusebio o Fulano; pero los amos continuarán en sus puestos, porque aquí todo sigue igual. Ellos no tuvieron ni una sombra de reconocimiento para nosotros, que les dimos la

idea. Ellos te dejarán reventar de hambre y a mí también, antes que dejarse privar de un pedazo de chicharrón.

Andrés intenta defender a los peones diciendo:

—¿Pero cómo querías que supieran lo que debían hacer si nadie se lo explicaba?

—Los revolucionarios que necesitan les expliquen los motivos por los que han de rebelarse son todo menos revolucionarios. La verdadera revolución, la que es capaz de cambiar los sistemas, se encuentra en el corazón de los verdaderos revolucionarios. El revolucionario sincero nunca piensa en el beneficio personal que la rebelión le reportará. Él sólo quiere derribar el sistema social bajo el que sufre y ve sufrir a los demás. Y por destruirlo y ver realizadas las ideas que considera justas se sacrifica y muere.

Andrés ladea la cabeza y contesta:

—*Profesor*, todo eso es muy complicado para mí. Deja que algún día yo también llegue a ser profesor. Entonces, tal vez te entienda.

—No te preocupes, Andresillo. Tú, *el General*, *el Coronel*, Celso, la joven Modesta, Santiago, Matías, Fidel, Cirilo y otros muchos de ustedes son las gentes que la revolución necesita; ustedes la llevan en el corazón, y a aquellos que la llevan ahí no hay necesidad de explicársela.

Un grito se dejó escuchar en el alba:

—¡Con un diablo, *Profesor*! ¿Por qué hablas tanto? ¡Adelante!

Era la voz del *General* buscando a su ayudante.

—Aquí estoy.

—En marcha, camarada; ya es hora de salir de aquí. Debemos ir a la vanguardia y tenemos un buen trecho por recorrer.

—Me entretuve explicando a Andrés cómo esos peones, los que acabamos de dejar, mañana se estarán matando por la posesión de dos o tres metros más de tierra.

—¡Al demonio con ellos! Tenemos otras cosas de qué preocuparnos y no podemos detenernos ante semejantes mezquindades. Tal vez más tarde…

—Tienes razón, *General*, poco tiempo tenemos que perder.

—Tú lo has dicho. Tal vez dentro de pocas horas… Pero ahora caminemos. ¡Rápido, que tenemos que ponernos a la cabeza de la columna! En adelante será preciso que vayamos siempre a la vanguardia, *Profesor*; solo así no prestaremos oídos a las pasiones mezquinas y podremos robustecer nuestra esperanza en que la revolución no habrá de cambiar solo los sistemas, sino el espíritu estrecho de los hombres.

—¿De dónde has sacado esas ideas, *General*? Yo quisiera saberlo.

—Anoche, cuando los peones regresaron a sus casas, pensé en ello. Me puse a vagar por el campamento, veía brillar las hogueras a través de la maleza y hasta mis oídos llegaban trozos de las conversaciones de los hombres. Y las ideas llegaron solas

a mi cabeza.

—¡Excelentes ideas! ¡Por mi madre que debíamos anotarlas en un papel!

Mientras así hablaban, caminaban tan aprisa como les era posible, tropezando con las raíces de las matas, con las piedras del camino y las ramas arrancadas por la lluvia, hundiéndose a veces en el lodo hasta la cintura.

El día comenzaba frío, gris y húmedo. Iluminaba con tacañería las copas de los árboles milenarios, y abajo, en la tierra cubierta por el tupido follaje del bosque, la oscuridad era completa.

Los muchachos hacían un ruido extraño y monótono al chapotear con los pies en el lodo. Gruñían, juraban y se lamentaban cuando se hundían hasta el pecho en el terreno pantanoso o cuando al menor soplo de viento las ramas de los árboles dejaban caer sobre ellos verdaderos chorros de agua.

El General y *el Profesor* apenas veían, casi adivinaban las siluetas de los muchachos que con su pesada carga sobre la espalda iban dejando atrás. Al cabo de un rato se dieron cuenta de que no se hallaban lejos de la cabeza de la columna. Pronto pudieron oír la voz potente de Celso, que gritaba como para ser escuchado hasta en el infierno: «¡Hatajo de burros! ¡Vaya una escolta la que llevo conmigo! ¿Ustedes rebeldes? ¡No me hagan reír! Pero si se quejan y chillan más que una partida de viejas. ¡Tales por cuales! ¡No lloriqueaban así cuando había que caminar para los amos y cuando para ellos había que hundirse en el lodo hasta las orejas! ¡Entonces trabajaban como bueyes, cada uno hacía lo que no hubieran podido cuatro bueyes juntos! Pero entonces trabajaban para esos hijos de perra. Ahora que tienen algo que hacer para ustedes mismos, ahí van chillando. Maldigan si ello les hace bien, pero no me revienten los oídos con sus lloriqueos. ¿Rebeldes? ¡Vaya con los rebeldes! Óiganme bien, recua de mulas: ¡Al que vuelva a quejarse, que un rayo me parta si no lo parto yo a él! Ahora, ¡adelante y con el hocico bien cerrado!»

El Profesor y *el General* se detuvieron.

—¡Eh, *General*, me parece que has escogido bien al jefe de tu Estado Mayor!

—Ya lo veo. Desde ahora es teniente.

—¿Nada más teniente? Yo te propongo que lo nombremos capitán.

—Tú eres nuestro consejero, y puesto que tú lo propones, yo lo nombro capitán.

—Gracias, camarada.

—Pero ahora me doy cuenta de que tengo un coronel, diez capitantes, cincuenta tenientes y que me falta un mayor. Así es que con tu permiso, camarada, esta tarde, llegando al campo, nombraré mayor a Celso.

El Profesor reanudó la marcha, y cuando Juan Méndez le hacía su proposición, él tropezó con una raíz y cayó cuan largo era con la cara sumida en el lodo. Por eso no pudo aprobar inmediatamente la promoción de Celso.

FIN DE
«LA REBELIÓN DE LOS COLGADOS»

EL GENERAL

TIERRA Y LIBERTAD

I

1

TIERRA Y LIBERTAD. Con este grito de guerra en los labios, un grupo de indios abandonó las monterías del sur de la República para derrocar la dictadura y conquistar tierra y libertad.

Su grito, aunque simple y breve, les sonaba a canción heroica.

Expresaba lo que en medio de su lamentable pobreza y enormes sufrimientos había en ellos de poesía, de anhelo de belleza, de ansia de paz, de amor a los hombres, de ingenua fe en una justicia inquebrantable que en alguna parte debía existir, y su profunda tristeza por la suerte de los compañeros ignominiosamente asesinados o martirizados hasta sucumbir a causa de los bestiales tormentos; expresaba todo esto y muchas otras cosas que llevaban dentro sin saberlo. A veces, convertidos en una masa compacta, movidos por una misma voluntad, alzaban de pronto sus puños cerrados, como para exigirle a su Dios que no se olvidara de ellos, y al mismo tiempo y a una sola voz lanzaban su increpación hacia el universo. Su grito retumbaba como una poderosa ola contra las rocas. Sin embargo, cada uno distinguía claramente su propio grito, pues lo sentía en el alma como una oración muy íntima.

Corridos, canciones populares, frases rimbombantes, políticas o patrioteras, pierden su sentido y revelan su vaciedad en cuanto se someten a un análisis desapasionado y sistemático, y es posible que hasta este grito de guerra de los indios rebeldes se hubiera disuelto en palabras sin importancia al ser examinado objetivamente.

Cuando los sufrimientos de estos hombres, sus privaciones, su desamparo frente a los concesionarios de la caoba y sus esbirros, señores del monte, se habían vuelto insoportables; cuando se habían convencido de que sería mejor y humanamente más digno perecer en una rebelión que seguir viviendo tan ignominiosamente, expuestos a tantqs tormentos —y, cosa rara, casi todos ellos se convencieron simultáneamente, y a un mismo tiempo en regiones remotas, separadas entre sí por las grandes distancias de las selvas vírgenes del trópico—, tomaron una decisión. La decisión de acabar por fin y de una vez con su propia vida o con la de sus tiranos.

En medio de sus penas y miserias habían conservado un resto de conciencia de su amargo destino. El espectáculo de los pájaros del monte y aun el de los millones de insectos que revoloteaban a su antojo, libres y llenos de alegría, mantuvo vivo en ellos el anhelo de libertad.

Primero tímida, medrosamente, con incertidumbre, pero muy pronto con vigor y energía, se resolvieron por fin a desatar una rebelión.

Una vez iniciadas las cosas, éstas se desarrollaron mucho más rápidamente de lo

que se hubiera creído.

Los dueños, administradores y capataces de las monterías de la región, más temidos que Dios omnipotente a causa de su poder y crueldad, comprendieron a las dos horas de iniciada la rebelión que ya no tenían autoridad sobre nadie, ni siquiera sobre los peones más intimidados y apaleados; se desinflaron, convirtiéndose en despreciables fantoches dignos de lástima, que de repente habían olvidado cómo hablar y hasta cómo moverse.

En estas luchas los insurgentes se hicieron de algunas armas. No eran muchas; unas cincuenta pistolas, no todas en buen estado, cerca de doce rifles de cacería, algunos casi inservibles y enmohecidos irremediablemente por el clima húmedo y caluroso de la selva. Consiguieron, además, algunas escopetas ligeras y alrededor de diez fusiles españoles de antecarga. El botín de municiones, que no era mucho, resultaba tan variado en calibre como las mismas armas.

Pero todos ellos llevaban machetes y hachas, armas excelentes, que manejaban en su lucha diaria contra la selva y que en sus manos eran más eficaces que los fusiles de repetición.

Desde luego que en comparación con las armas modernas de las tropas federales y rurales, las de los peones de las monterías de caoba no merecían ni siquiera el nombre de armas. Frente a esas tropas regulares, su valor, el odio y la rabia que sentían por los opresores debía sustituir el armamento que les faltaba. Cada uno de ellos lo sabía. Y cada uno atribuía a ese odio, a esa rabia, mayor valor combativo que a grandes cantidades de municiones.

2

Bajo la dictadura sólo el propio dictador era más temido y odiado que los rurales.

Los rurales, cuerpo de policía federal montada destinado al campo, eran un arma especial del dictador. Los temían en primer lugar los obreros amotinados y los huelguistas. Eran una tropa selecta compuesta de jóvenes y de hombres maduros, excelentemente armados, perfectamente entrenados, bien alimentados y bien pagados. No pocos de ellos eran incorporados a las filas especialmente a causa de sus sádicos instintos. Los oficiales de esta tropa no necesitaban rendir cuentas a juez alguno acerca de las fechorías, arrestos y ejecuciones que llevaban a cabo. Eran el instrumento de terror, con la ayuda del cual el dictador suprimía implacable y despiadadamente la más leve crítica o rebeldía contra su régimen. En casos como los que habían ocurrido en varias huelgas de obreros textiles y mineros, en que los oficiales del ejército se resistían a llevar a cabo, ya reprimida la huelga, una bestial matanza entre los obreros humillados y vencidos, se mandaba a la región, a marchas forzadas, un destacamento de rurales. Y ellos hacían lo que se habían resistido a hacer los oficiales del ejército. No perdonaban la vida a ninguno de los infelices que les

parecían sospechosos o instigadores de huelgas y motines, aunque nada tuvieran que ver en el asunto y se encontraran por azar en el pueblo o en el barrio de la ciudad cercado por ellos.

Encontrar en su marcha a medio batallón de rurales significaría, según el juicio de todo hombre sensato, la segura muerte del pequeño grupo de peones del monte, y con el exterminio de ellos, el rápido fin de la rebelión en las regiones selváticas.

3

El grito de guerra de los hombres que se habían levantado en armas parecía claro e inequívoco cuando lo lanzaban a los cuatro vientos con la fuerza de su entusiasmo. Sin embargo, habrían enmudecido si alguien les hubiera preguntado qué cosa era esa tierra y esa libertad que se habían propuesto obtener.

Cada uno llevaba dentro de sí su personal idea de lo que significaban los conceptos de tierra y libertad. Para cada cual, tierra y libertad expresaban algo distinto, de acuerdo con sus anhelos, preocupaciones, circunstancias y esperanzas.

Muchos de ellos, vendidos a los poderosos terratenientes por deudas ya propias o de sus padres, o bien a causa de multas policiacas o judiciales, poseían en su pueblo un pedacito de tierra que amaban y que no habrían cambiado por ninguna otra que pudieran conquistar, aunque fuera mejor y más rica. Para esas gentes su grito de guerra carecía aparentemente de sentido, porque ya poseían tierra. Pero lo que les faltaba para cultivarla y para gozar en paz los frutos de su trabajo era la libertad.

Y les faltaba libertad frente a miles de corrompidos empleados públicos —funcionarios y subalternos—, aleccionados por la dictadura para su conservación y protección y a quienes había que cebar para que no se convirtieran en peligro para el dictador. Ningún juez los condenaba. Cuando sus acciones llegaban al colmo de la injusticia, los disculpaban diciendo que habían obrado impulsados por un celo excesivo al servicio del bien público y por devoción al *Viejo*.

Todos aquellos que lograran liberarse de esos parásitos podrían decir con razón que ya sabían lo que era la libertad.

Para otros, «Tierra y Libertad» significaba la posibilidad de volver al lado de sus padres, sus mujeres, sus hijos, sus novias, sus amigos y parientes; o bien la oportunidad de volver a sus pueblos de origen.

Y había quienes interpretaban las nociones de tierra y libertad como el simple deseo de poder trabajar donde les gustara, para un patrón que los tratara bien y por un salario que creyeran justo.

Para la mayoría de esos trabajadores de las monterías de caoba, el concepto de libertad se condensaba en el deseo simple y llano de que los dejaran en paz, lejos de todo lo que se llamara gobierno, bienestar público, lealtad a sus gobernantes, aumento de la producción, expansión económica, conquista de los mercados, incorporación al

conglomerado de la Nación y demás lemas insustanciales y absurdos que se cultivaban bajo la dictadura para ofuscar el cerebro de los gobernados e impedir que miraran hacia donde estaban las raíces de todos sus males.

Al exigir a gritos la libertad, esperaban que, cuando la conquistaran, podrían vivir su vida a su propia manera, sin que les molestaran funcionarios de quienes no podían fiarse porque no comprendían ni trataban de comprender sus dificultades y preocupaciones; funcionarios que solo se presentaban una y otra vez con papeles que había que llenar y pagar. Querían, una vez liberados, disfrutar ellos solos de los productos de su duro trabajo, y no volver a permitir que cualquiera los despojase, total o parcialmente, con fines que para ellos carecían de sentido y de valor y que solo servían para proporcionar al dictador más recursos y oportunidades de ocultar la verdad de su gobierno, dando al mismo tiempo la apariencia de una Edad de Oro.

Pero por poco claros que en los detalles fueran para los rebeldes los conceptos de tierra y libertad, instintivamente sabían con toda precisión lo que querían. Y lo que querían era que ya no les oprimieran, que no les humillaran ni maltrataran más. Estaban muy lejos de desear que los dejaran participar en los grandes bienes culturales de la civilización moderna, tal como lo pide en sus programas el proletariado industrial de los pueblos avanzados. Ni siquiera hubieran entendido este deseo, aunque durante días y semanas se lo hubieran explicado. No sabían nada de democracia, ni de socialismo u organización sindical. Y si acaso alguien les hubiera dicho que pidieran una curul en el parlamento de su estado o en el Congreso de la Nación, lo habrían tomado por un embaucador interesado en confundirlos, y sin duda le habrían contestado: «¿Qué parlamento ni qué Congreso? Que nos dejen en paz, simplemente; esto es lo que queremos, y ustedes, estafadores sinvergüenzas, lárguense.»

4

El trato indigno, infame y cruel que esos rebeldes y todos los de su clase habían tenido que soportar en los largos años de la dictadura había cambiado totalmente su carácter. A hombres pacíficos —agricultores, taladores, carboneros, alfareros, curtidores, tejedores de sarapes, de sombreros, cestos y petates, cuyo único deseo era poder trabajar sin estorbos, cultivar su tierra, criar su ganado, llevar sus mercancías al mercado libremente, fundar una familia, tener hijos, celebrar de vez en cuando una fiesta y peregrinar una o dos veces al año a las grandes ferias de su estado, para morir algún día, ya viejos, en paz y rodeados de buenos amigos y vecinos— los había convertido la dictadura en hombres salvajes, vengativos, díscolos, eternamente desconfiados, rijosos, hipócritas y adictos al aguardiente. Por esto y solamente por esto aquellos salvajes, una vez iniciada la Revolución, no pensaban sino en destruir todo lo que encontraran a su paso y en matar a cuantos llevaran uniforme, aunque

solo fuera una gorra militar, y a todos aquellos que por su empleo o profesión consideraran sus verdugos y opresores.

Los habían tratado como esclavos que solo tenían permiso de abrir la boca para responder a las preguntas que les hacían. Pues ahora se portaban como esclavos, esclavos que de pronto se ven libres de sus cadenas.

Bestias con cara de hombres, les habían dado tormento, los habían azotado, humillado, les habían pegado en la cara como se pega a las bestias en la jeta. Y como bestias se pusieron ahora a devastar el país y a matar a todo aquel que no fuera de su clase.

Cuando algún día estuviera destruido y asolado todo lo que el Caudillo había erigido con el sudor del pueblo, con su penuria, su congoja, sus lágrimas —toda aquella Edad de Oro de la República—, entonces, ya satisfecha su venganza, volverían a sus lugares nativos, a sus aldeas, rancherías y chozas, para llevar en adelante una vida como la deseaban.

Era de prever que los fariseos de todos los países pondrían en sus descripciones periodísticas y estudios históricos todas las bestialidades a cuenta de esos salvajes, que carecían de comprensión para la gran época que les tocó vivir.

Y era de prever igualmente que cuando todo hubiera pasado, los tiranos destronados y sus admiradores, aquí y en cualquier parte de la tierra, declararían que ya todos podían ver y comprender por qué el dictador hacía bien en tratar a esos salvajes como los había tratado, y por qué la dictadura, una dictadura férrea y despiadada, era el único régimen con que, para su propio bien, se debía gobernar a un pueblo compuesto de esclavos con mentalidad de esclavos. ¡Abajo la corrosiva democracia! ¡Arriba la dictadura, vital y rejuvenecedora!

5

La partida rebelde estaba formada por casi seiscientos hombres. Nadie los había contado con exactitud y hubiera sido realmente difícil llevar una cuenta exacta, pues todos los días, durante la marcha por la selva, se les agregaban de aquí y de allá pequeños grupos o individuos aislados, quienes mucho antes de empezar la insurrección habían desertado de los distintos lugares donde habían trabajado. También peones huidos de las fincas y que permanecían escondidos hasta tener oportunidad de salir al paso de los revolucionarios, de quienes ya habían oído hablar vagamente, se incorporaban contentos y llenos de esperanza.

Pero no solamente había que sumar a los recién incorporados. El penoso avance por las grandes e insalubres selvas hacía fluctuar el número día a día. Algunos se ahogaban al cruzar los ríos, otros desaparecían hundidos en pantanos y ciénagas, varios enfermaban y morían en unas cuantas horas a causa de las mordeduras de víboras y otros animales venenosos; algunos, al seguir una angosta vereda montañosa

conduciendo caballos y mulas, que de pronto, asustándose, pateaban y se encabritaban, se caían al precipicio arrastrados por las bestias; muchos, que se habían incorporado padeciendo heridas y golpes infligidos por sus amos, golpes cuyas huellas vivas todavía conservaban en sus cuerpos, se agravaban y morían al no poder ser curados por sus compañeros, que carecían para ello de los más indispensables elementos.

Con la tropa marchaban también pequeños grupos de mujeres y niños, alrededor de cincuenta personas, familiares de los campesinos que habían sido vendidos a las monterías y que ahora, después de escapar de sus antiguos amos, pertenecían a este cuerpo de rebeldes. Estas mujeres y niños habían rehusado siempre dejar a sus esposos, padres, hijos o hermanos, siguiéndolos voluntariamente a donde fueran y compartiendo su duro destino.

6

Guiaba a este improvisado ejército un hombre joven, de unos veinticinco años, llamado Juan Méndez, aunque él era el único que se daba ese nombre, pues para todos era simplemente *el General*.

Pertenecía al pequeño grupo de trabajadores que iniciara la rebelión en las monterías. Y como tuviera algún entrenamiento militar, era muy natural que a él le fuera confiado el mando del ejército.

Su apariencia era de indio huasteco con cierta mezcla de sangre española. A la edad de dieciséis años había ingresado voluntariamente en el ejército federal y progresado tan rápidamente que a los diecinueve años era ya sargento.

Entonces persuadió a su hermano preferido, algunos años menor que él, para que fuera también soldado e ingresara en el mismo batallón. El pequeño aceptó, pero sucedió que un día, en el curso de sus deberes, cometió algún acto de negligencia sin importancia, de los que normalmente se castigan con doce horas de arresto o con algunas horas extras de guardia. Por esa falta, en tiempos normales, un teniente le habría dirigido un fuerte regaño, y después ambos se olvidarían del asunto. Pero bajo la dictadura, los oficiales del ejército, y aún más los superiores de los rurales, habían sido de tal manera exaltados y hasta elevados a la categoría de seres infalibles que, en efecto, así se sentían. El soldado inferior, frente a un superior, no tenía otro derecho que el de la ciega obediencia y callada aceptación de cuanto se le exigiera. Sucedió que un oficial borracho castigó al muchacho por su falta sumergiéndole la cabeza en una cubeta y manteniéndosela dentro del agua con su bota hasta que murió. El asesino no solo no fue castigado, sino que fue mencionado en la orden del día por haber obrado con energía ejemplar en aras de la disciplina, que era para ellos un deber mantener como si fuera el sacramento más alto.

El sargento Juan Méndez no estaba todavía completamente habituado a los

excesos de la dictadura, probablemente porque tenía más de indio que de soldado, y olvidándose por un instante de la naturaleza divina del oficial, lo apuñaló. Lo apuñaló hasta matarlo, y sin sentir el menor remordimiento por su acción. Ocurrido esto no tenía otra salida que desertar del ejército.

Su mejor amigo en el regimiento era un cabo, también de origen indio. Fue al único a quien confió lo que había hecho, y dónde había escondido el cuerpo del semidiós, para ganar tiempo en su huida. La liga sanguínea y la amistad significaban más para el cabo que la promesa solemne de lealtad al ejército. «Sabes manito —le dijo simplemente a su amigo—, yo me voy contigo, y al demonio con este maldito ejército y toda esa palabrería sobre el patriotismo. ¿Qué tiene que ver la patria con ellos?» Y así se fueron los dos juntos.

Pensaron escapar a Honduras, El Salvador. A cualquier parte lejos de su querida tierra.

En el camino se encontraron con un grupo de indígenas que habían sido reclutados y eran conducidos a las monterías como trabajadores contratados. Se engancharon a este grupo. En los montes nadie los buscaría, y de todos modos, de encontrarlos, nadie los hubiera sacado de allí, fuera quien fuere el que los buscara o el crimen que hubieran cometido; pues un trabajador de estos estaba diez veces peor en aquellos lugares que en la más cruel de las prisiones.

El General dio a este cabo, Lucio Ortiz de nombre, el cargo de coronel de su ejército.

Como jefe de su Estado Mayor, *el General* nombró a Celso Flores, un indio tsotsil. Celso había trabajado muchos años en las monterías como talador. Aunque no sabía leer ni escribir, como la mayoría de los trabajadores de la caoba, poseía una aguda inteligencia innata. Estaba dotado, además, del raro talento de inspirar a su gente para que hiciera grandes esfuerzos. Quizá porque nunca exigía nada que él mismo no hiciera primero —y mejor—, sobre todo cuando alguien insinuaba que la orden era imposible de realizar.

Para desempeñar el cargo de comisario los muchachos escogieron a Andrés, un indio tzeltal que había trabajado como boyero, arrastrando los troncos derribados. Sabía leer y escribir, y antes de ir a dar al infierno de las monterías había sido encargado de los bueyes en las caravanas de carretas que traían mercancías y pasajeros de la estación del ferrocarril de la costa hasta el interior del estado —una distancia de más de cuatrocientos kilómetros—. En estos viajes había adquirido cierta experiencia y conocimientos.

El jefe intelectual, el cerebro del ejército, era *el Profesor*, como le llamaban los muchachos. *El Profesor* había sido maestro de escuela. Gradualmente, y conforme se fue interiorizando del estado real en que vivía el pueblo bajo la dictadura, empezó a sentirse renuente a inculcar a sus discípulos, a fuerza de golpes —como se había hecho costumbre en las escuelas—, la admiración e idolatría hacia el régimen. Por el contrario, siempre que tenía oportunidad, ya fuese en la escuela, en la calle o en los

cafés, daba expresión a las quejas y sufrimientos del pueblo y exteriorizaba su libre opinión sobre el dictador y los métodos de la dictadura. Aunque sabía perfectamente lo que podría sucederle, no «entraba por el aro», como le aconsejaban sus colegas. Se sentía depositario de los ideales y anhelos del pueblo y le era muy difícil quedarse callado a pesar de que arriesgaba su excelente empleo en una de las mejores escuelas de una de las grandes ciudades del país. Como consecuencia, empezó a ser trasladado continuamente, yendo de aquí para allá y empeorando cada vez más su situación, sin contar, además, con las consabidas entradas y salidas de las cárceles, en las que permanecía a veces largos meses.

Por fin fue a dar a un pequeño pueblo minero, a una escuela rural de lo más miserable, a la que asistían los hijos de los mineros más pobres y peor pagados. Coincidió que, seis semanas después de su llegada, comenzaron las explosiones en las galerías, y hasta en secciones enteras de las minas. Parecía, sin embargo, que Dios estaba del lado de los mineros, pues después de las explosiones no resultaba muerto ningún obrero, y en cambio solo perecían los miembros del personal militar y los agentes de la policía secreta que habían sido introducidos a las minas vestidos de trabajadores para investigar por qué la producción disminuía constantemente y quién hacía estallar la dinamita en lugares peligrosos y deliberadamente equivocados. Cuando comenzaron abiertamente las huelgas y los motines, los edificios de la administración de las minas fueron apedreados y las huestes policiacas empezaron a arrestar a los mineros rebeldes. Entonces fue aprehendido nuevamente *el Profesor*. Esta vez parecía que el gobierno estaba resuelto a retirarlo de la vida pública definitivamente, pues ni con la intervención de los padres y hermanos de sus anteriores discípulos, algunos de ellos muy influyentes, fue posible obtener clemencia para él como había ocurrido en otras ocasiones. *El Profesor* fue incluido en una redada de incorregibles y peligrosos reincidentes, y conducido, a la manera de los esclavos negros en el siglo XVIII, a la prisión de «El Infierno», un campo que así denominaban para indicar la clase de lugar que era. Pero ni en ese espantoso lugar podía *el Profesor* permanecer callado. De cuando en cuando le amordazaban por veinticuatro horas seguidas, sin permitirle ni agua ni sombra que lo protegieran del sol tropical. Pero apenas le era removida la mordaza y se le quitaba el entumecimiento de los labios torturados, las primeras palabras que gritaba siempre eran: «¡Muera el Caudillo! ¡Abajo la dictadura! ¡Viva la revolución social! ¡Sufragio efectivo, no reelección! ¡Viva la revolución del pueblo!» En seguida era nuevamente amordazado y sacado al sol ardiente, atado como un fardo y echado sobre la candente arena. Por fin, un día logró escapar con varios de sus compañeros, la mayoría de los cuales sucumbieron o fueron nuevamente capturados y torturados lentamente hasta morir. Durante su huida se encontró con el sargento y el cabo vestidos con tales harapos, que difícilmente se distinguían de cualquier campesino indígena errante. En compañía de ambos se dejó enganchar como trabajador de la caoba, con el fin de esperar en las profundidades de la selva el principio de la rebelión que ya se presentía

en todo el país, y poder abrir entonces el fuego en aquella parte del sur de la República y ganarla para la causa de la Revolución.

7

El ejército rebelde estaba formado por ocho compañías, cada una mandada por un capitán y un teniente, con cabos como jefes de pelotón.

En la travesía por la selva cada compañía marchaba con un día de intervalo respecto a la siguiente, en parte debido a los ciento cincuenta animales que llevaban, entre los que se contaban caballos, mulas, burros, bueyes, vacas y cabras, y en parte también para dar al terreno pantanoso de la selva, saturado por torrenciales lluvias tropicales, tiempo para emparejarse y secarse un poco. Pues sucedía que cuando una compañía con sus animales había pasado por una de estas angostas sendas tropicales, dejaba tras de sí una vereda con un fango profundo, tenaz y pegajoso, en el cual hombres y bestias se hundían hasta las rodillas y aun hasta la cintura, lo que dificultaba terriblemente el tránsito de los que les seguían.

8

Las penalidades de este viaje, vadeando pantanos, cruzando arroyos y ríos, luchando en los desfiladeros de las montañas, eran una dura prueba para todos.

Ningún general experimentado y adiestrado en una academia militar hubiera podido conducir un ejército regular por estas selvas con tan pocas pérdidas como lo hicieran estos jefes rebeldes. Era, además, un excelente entrenamiento para todos, así como una clara demostración de que si eran capaces de vencer esos obstáculos, bien podían aspirar a vencer muchos más en distintos lugares y según se fueran presentando.

Conquistadas las fuerzas de la Naturaleza, había que aprestarse a vencer otras no menos peligrosas. Esas otras fuerzas que tenían que ser combatidas y vencidas se acercaban más cada día conforme las guerrillas avanzaban hacia campo abierto, en donde se encontraban las grandes haciendas, las fincas con sus dueños feudales, donde había aldeas, pueblos, guarniciones del ejército, patrullas militares y escuadrones destacados de los rurales.

El ejército rebelde marchaba adelante sin ningún objetivo determinado. «El objetivo ya aparecerá una vez empezada la marcha», pensaban *el Profesor* y *el General*.

Los rebeldes tenían bien poca necesidad de un objetivo; tenían de éste la misma necesidad que tenían de un programa revolucionario. Se guiaban simplemente por su deseo de adquirir tierra y libertad; una vez que hubieran logrado estas dos cosas y

estuvieran seguros de poder retenerlas, entonces se establecerían permanentemente, tal como se establecieron los náhuas, después de una peregrinación que duró más de cien años, en una región que les atrajo y que les garantizaba tierra y libertad.

Comprendían, naturalmente, que la tierra y la libertad podían ser logradas únicamente cuando aquellos que las monopolizaban y detentaban fueran vencidos. Por lo tanto, la primera tarea era combatir a los hacendados, dominarlos, arrollarlos y destruirlos totalmente. La siguiente tarea era destruir a todos aquellos que impedían o podían impedir la realización de su ideal de tierra y libertad. Podrían incluso verse en la necesidad de entrar a la capital del estado para ocupar los edificios gubernamentales, matar al gobernador y a todos sus esbirros, y desde dichos edificios mantener una estrecha vigilancia para que todo lo logrado anteriormente fuera respetado en beneficio y provecho de los triunfadores.

Ésta era, a grandes rasgos, la idea de los cerebros más despiertos del grupo. Traducir esto en un programa agrario preciso resultaba muy complicado, y *el Profesor* no deseaba confundir a estos decididos muchachos, ni tampoco era necesario, por lo pronto. Ya habría tiempo más adelante para explicarles ideologías y programas. Sobre este asunto *el Profesor* generalmente daba sólo cortas consignas: «Ganemos la revolución primero y destruyamos a nuestros enemigos. Después habrá tiempo para discutir lo que deba hacerse. Mucho hablar prematuramente de las cosas es pérdida de tiempo y energías que necesitamos para asuntos más inmediatos.»

De los asuntos más inmediatos, ninguno era tan importante y urgente como el de conseguir armas. Y el único modo de conseguirlas era quitándoselas a los que las tenían, y los únicos que las tenían en ese momento eran los soldados federales y los rurales.

9

Después de semanas de fatigoso caminar a través de selvas inhóspitas, el ejército llegó por fin al primer poblado. Las compañías ya no marcharían con intervalo de un día de marcha. En adelante avanzarían en formación más cerrada, de modo que llevaran solamente unas dos horas de distancia una de otra, pues era posible que muy pronto se librara la primera batalla, y en estas circunstancias hubiera sido una táctica errónea que las compañías marcharan tan separadas.

Dejaron atrás el primer poblado y al día siguiente se encontraban ya en el rancho Santa Margarita. La primera compañía había llegado por la tarde.

Santa Margarita consistía en la casa de adobe del dueño, flanqueada por dos bodegas, también de adobe, en las que se almacenaban las cosechas de maíz, frijol y fibra de henequén. Allí se guardaban también las monturas y los pocos implementos agrícolas que el rancho poseía.

Cuatro chozas se amontonaban alrededor de las bodegas.

Todas estas construcciones cerraban un gran patio cuadrangular, quedando, sin embargo, un lado abierto, en el que una cerca rústica separaba el patio del corral donde estaban los caballos y el ganado. A un lado de la casa principal había un espacio libre, también separado del exterior por una cerca de espinos. Un portón daba acceso del patio al camino que seguían los viajeros y las caravanas que pasaban por la finca.

Todas las construcciones del rancho estaban sobre una loma, en cuyas faldas quedaban los primitivos jacales de palma de los peones. Eran catorce jacales. En tres de ellos, tan deteriorados como la casa del dueño, vivían el mayordomo, el cordelero, y el capataz de los vaqueros. Los miembros de estas tres familias eran ladinos. Los peones y sus familias, que habitaban las demás chozas miserables desparramadas por los alrededores del patio, eran indios.

En contraste con las humildísimas chozas, la casa principal podría parecer como una buena mansión, pero la realidad era que estaba muy lejos de serlo. No tenía ventanas, sino solamente puertas toscas de sólida caoba. Los pisos eran de ladrillos mal cocidos, y el techo de tejamanil burdo. La casa tenía dos habitaciones, y el único mueble que indicaba que sus ocupantes no estaban viviendo en el siglo XIV, es decir, el único objeto que podía considerarse como moderno, era una máquina de coser americana, bastante enmohecida.

Las mesas y las sillas eran de caoba, construidas a golpes de machete; las camas eran simples armazones de ébano sobre las cuales habían colocado unas tiras de cuero entrelazadas, y sobre éstas unos petates gruesos y unas sucias almohadas rellenas de musgo y zacate. Usar maderas preciosas en muebles y puertas no constituía ningún lujo, pues abundaban en la región.

La casa era considerada elegante, y el dueño, acomodado. De lo cual se puede deducir cómo vivían los peones.

Todo lo que la familia necesitaba, aparte de la seda, el algodón y los utensilios de hierro, era manufacturado en el rancho. Allí mismo se destilaban las bebidas, se tejían sarapes de lana, se hacían monturas, huaraches y reatas, y de la fibra del henequén se confeccionaban redes, bolsas y hamacas.

A un lado de la vivienda principal había una capilla en la que la señora de la casa dirigía los rezos y cantos religiosos; esta capilla consistía en un salón pequeño, sin divisiones, cubierto por un techo de palma, en uno de cuyos extremos, sobre una burda mesa, había un cuadro de la Santísima Virgen de Guadalupe. Ante esta imagen siempre había flores frescas que recogían en el campo las esposas e hijas de los peones y las ponían allí todas las mañanas. Los domingos, el piso de la capilla era cubierto con ramas verdes para que los fieles pudieran arrodillarse sobre ellas como sobre una alfombra.

Además de los menesteres de la capilla, la señora hacía de doctora y de partera para la gente del rancho.

En cuanto a dinero en efectivo, rara vez había más de cien pesos en casa, y la

mayor parte del tiempo juntando el capital de amos y peones, apenas se podrían reunir cinco pesos. Todo lo que necesitaban se lo pedían prestado unos a otros, y todos solicitaban préstamos de sus amos, quienes estaban —más por conveniencia que moralmente— obligados a mantener a sus peones con buena salud.

Éstas eran las condiciones existentes a la llegada de los rebeldes a aquel lugar; las mismas que habían existido durante los últimos cuatrocientos años.

Lo que una revolución pudiera cambiar aquí de inmediato, o más aún, lo que ésta pudiera lograr dado el estado de cosas, habría puesto en aprietos al más radical de los pensadores europeos, de habérsele encomendado elaborar un plan para liberar a estos peones de su servidumbre, y darles por conducto de la revolución algo más de lo que ya poseían.

Allí no había nada. Y la libertad que hubieran tenido que agradecer a una revolución, hubiera dejado a estos peones doblemente pobres y más desamparados de lo que entonces estaban.

Había suficiente tierra disponible. El rancho tenía la categoría de un gran latifundio; pero cuatro quintas partes del terreno, pedregoso y accidentado, eran matorral y selva; de la quinta parte restante, un pedazo era pradera con pasto para el ganado. Solo una décima parte de la tierra se podía cultivar, y ésta, en la época de sequía, era dura como el cemento, y una ciénaga durante las lluvias. Si la sequía duraba demasiado, todos los habitantes del rancho por igual, incluyendo al todopoderoso patrón y su familia, estaban muy cerca de morirse de hambre.

La única riqueza del dueño consistía en el ganado, caballos y mulas que criaba. Para poder tener estos animales, había solicitado capital, pues era necesario comprar sementales y después esperar años hasta que las crías estuvieran en edad de venderse. Si una sequía duraba demasiado, los animales morían.

La revolución, que tenía cierto objeto en los grandes latifundios, ¿qué podía hacer aquí para mejorar la situación de los peones? Aunque los liberara de sus amos, el cielo pronto les quitaría esa libertad; pues ésta era inútil si no tenían qué comer. Los peones, una vez liberados, usarían su libertad para trabajar menos que antes, y allí nada se daba sin grandes esfuerzos. Además, nadie les daba semilla ni implementos, nadie les enseñaba cómo coordinar su trabajo o formar una sociedad cooperativa para defenderse, unidos, los unos a los otros. Y aunque así fuera, su sentido de unión estaba tan poco desarrollado, pues había sido casi destruido durante los últimos siglos, que una organización cooperativa les hubiera sido de poca ayuda; las envidias, los celos, los eternos pleitos por el mando, habrían desintegrado gradualmente cualquier organización. Los hombres que han vivido en tal servidumbre durante cuatrocientos años, y que todo ese tiempo han sido obligados a dejar a sus amos y a las autoridades toda iniciativa y responsabilidad, toda organización, consulta y discusión, no pueden, en un año de revolución, ser convertidos en campesinos libres, capaces de pensar independientemente, actuar y producir sin necesidad de que alguien les indique que deben estar de pie a las cuatro de la mañana para labrar sus

campos.

Los rebeldes que llegaron a este rancho no creyeron tarea suya considerar que una revolución por sí sola no altera un sistema; que solo cambia la propiedad, que solamente varía el nombre del dueño, y que la Nación o el Estado, en su papel de capitalista, puede ser más brutal, implacable y tirano de lo que lo fueron los anteriores amos.

Habían sido por tanto tiempo despojados del derecho de actuar y hablar libremente, que era natural que todos sus sentidos se encontraran atrofiados. Conocían únicamente la venganza y la represalia. La destrucción era la única cosa que entendían; mientras más destruían, mientras más aniquilaban a aquellos que consideraban sus enemigos, más libres se sentían. Pues todo lo que existía, todo lo que vivía y que no les pertenecía a ellos, era causa de su esclavitud; si deseaban ser relevados de su esclavitud, entonces debían destruir. No les preocupaba el mañana; solo recordaban el ayer, cuando habían sido torturados y explotados.

La tragedia no es que pueda haber y que haya dictadores; no, la tragedia es que toda dictadura, hasta la más floreciente y aparentemente benévola, tiene que terminar en destrucción, desolación y caos, de acuerdo con la ley implacable de la Naturaleza, la cual ningún hombre puede cambiar, ni influir en ella; esa es la verdadera tragedia, porque la Humanidad entonces retrocede cientos de años en su marcha ascendente hacia la completa liberación del estado animal y de la anarquía.

10

Cuando la avanzada llegó al rancho, encontraron todas las chozas desiertas. El patrón y su familia habían huido a ocultarse en la maleza y todas las familias de los peones los habían seguido.

—Ahí tenemos una prueba de que alguien ha traicionado nuestra llegada —dijo *el General*—. Ya han tenido noticias de que veníamos y el temor los ha hecho huir a todos.

—El saberlo es de gran valor para nosotros —contestó *el Profesor*—. Ahora podemos estar seguros de que nos encontraremos con los rurales en una de las dos fincas siguientes.

Los hombres tiraron sus cargas al suelo y escucharon los comentarios del *General* y del *Profesor*. Uno de ellos dijo:

—*General*, nosotros podemos fácilmente encontrar al patrón en la selva. Nomás díganos y vamos y se lo traemos arrastrando con todo y su cría.

—¿Pa’ qué? —contestó *el General*—. Sacrifiquen todo el ganado que encuentren y coman bien siquiera una vez al año. Lo que sobre nos lo llevamos pa’l camino. La última compañía le prende fuego al lugar. Así no habrá una fortificación a nuestras espaldas. Los peones se pueden quedar aquí, y si quieren seguir con su patrón, pos

que les construya chozas nuevas. Tú, Nicasio, di a todas las compañías que acamparemos aquí durante la noche. Lloverá otra vez y podemos guarecernos en las chozas. Yo me quedaré con *el Profesor*, Celso, y cuantos quepan en la casa del patrón. Mañana por la mañana, a las cuatro, nos ponemos en marcha.

Al día siguiente partieron llevando consigo bastante carne de puerco y de res para el camino. Llevaban, además, todos los caballos y burros que encontraron.

Hacia el mediodía arribaron al rancho Santa Isabel, Como en Santa Margarita, las chozas estaban desiertas; el ganado y los puercos habían sido arreados por los moradores hacia la maleza; solo una media docena de gatos se lamían somnolientos fuera de las chozas. Unos perros contemplaban a los recién llegados con el hocico abierto, pero después se escurrieron detrás de las chozas al llegar los canes de la tropa, que comenzaron a perseguirlos.

Ni siquiera la mitad de las fuerzas había pasado por allí y ya los jacales, la casa del dueño, la bodega, portones y cercas estaban ardiendo. Antes de incendiar el rancho, los muchachos habían buscado monturas y machetes, pero no encontraron nada. La impresión general era que los habitantes habían dejado sus moradas el día anterior, si no algunos días antes. Todos los fogones estaban fríos y húmedos; unas cuantas ollas de barro era todo lo que quedaba en las chozas.

Después descubrieron que hasta los más pequeños poblados de campesinos indígenas independientes estaban desiertos. Perros y gatos perezosos vagaban por doquier o se escondían miedosos y desconfiados al acercarse la tropa.

—La reputación que nos precede es muy mala —dijo *el Profesor* al *General*, mientras señalaba las solitarias y fantasmagóricas chozas desiertas—. Me gustaría saber quién nos ha difamado haciéndonos aparecer como bandidos.

—Bueno, nos importa un comino lo que digan de nosotros —repuso Celso, que se había unido a ellos, y mientras decía esto descargaba sus bultos, sentándose después en cuclillas para descansar un rato—. Somos rebeldes —prosiguió—, ¿o qué?, ¿no somos rebeldes? No hemos venido aquí con caramelos. Y a quien no le guste, que se largue. Nosotros seguiremos haciendo lo que creemos que deba hacerse.

—Celso tiene razón —dijo *el General*—. ¿Qué nos importa si los inditos tienen miedo o no? Algún día se darán cuenta de que no somos bandidos y que la cosa no es con ellos. Si no nos ayudan ahora a suprimir a los tiranos, entonces tendrán que aguantar esa clase de patronos con látigos por muchos años más. Allá ellos, nosotros no los aguantaremos. ¿Qué dicen ustedes, muchachos?

Se dirigió a un grupo de jóvenes que acababan de llegar y se habían acercado a la muy trillada plaza del pueblito. Al igual que Celso, tiraron sus cargas al suelo y se acuclillaron para tomar aire fresco y nuevas fuerzas para continuar la caminata. Todavía distaban dos o tres horas de camino del lugar en donde acamparían.

Este pequeño poblado consistía solamente en diez chozas, de una pieza cada una. Aquí la revolución no podía traerles nada. Tendría que traerles tierra más fértil, ganado y pasto y también costales llenos de ropa antes de que estos miserables

campesinos indígenas y sus familias pudieran tener lo más esencial. De los habitantes de este lugar solo tres familias poseían un machete, mientras que cada hombre tenía un cuchillo quebrado y enmohecido. Cada familia disponía de una cuchara para todos. No había ni camas ni sillas en todo el pueblo; tampoco había hachas, ni clavos. Después de registrar todas las chozas, se habían recogido unos veinte metros de alambre. Era alambre que los hombres, en sus largas caminatas, habían encontrado en el campo y recogido pedazo por pedazo, o lo habían cortado de cables telegráficos colgantes, o lo habían arrancado de las cercas de alambre a su paso. No poseían arado o instrumento agrícola alguno. Todo lo que tenían para cultivar el magro y pedregoso suelo era una estaca de madera fuerte y puntiaguda, la cual hundían en la tierra cuando sembraban su maíz.

Hasta esos hombres y sus familias habían abandonado sus miserables viviendas y huido, adentrándose profundamente en la maleza por temor a ser aniquilados por los rebeldes que avanzaban con su grito de combate: «¡Tierra y Libertad!»

Podían haber escuchado todo un día al *Profesor* disertar sobre la dictadura, la tiranía y la esclavitud del proletariado, sin comprenderlo. Ellos tenían aquí tierra y libertad y no pedían nada más a la vida y a sus tiranos, excepto que no los asesinaran, que nadie les robara, y que los dejaran en paz con su propia miseria. Cuando el árido suelo llegara a ser aún más árido debido a la falta de lluvia o al exceso de lluvia que deslavara la ligera superficie de la tierra, y cuando su pobre cosecha de maíz y frijol fuera consumida, una tercera parte por las ratas y otra tercera parte por el gusano, ellos hubieran estado agradecidos a una revolución si ésta pudiera protegerlos entonces contra esas calamidades, así como de las águilas, gavilanes, tlacuaches y coyotes que les robaban sus pollos, y de los tigres y lagartos que devoraban sus puercos y becerros. Sus problemas eran tan sencillos que hasta la más grandiosa e inspirada revolución que liberara al país de la dictadura, y que en los gruesos tomos de la historia fuera glorificada por unos y maldecida y condenada por otros, pasaría inadvertida para ellos.

Su único conocimiento de la revolución fue, pues, que en el mercado del pueblo ya no era don Dámaso quien les cobraba el impuesto por vender su modesta mercancía, sino don Dionisio; y que mientras antes de la revolución tenían que pagar dos centavos de contribución cuando querían vender veinticinco de lana, ahora tendrían que pagar cinco centavos, de los cuales un centavo era calculado como un impuesto extraordinario para una escuela rural que nunca sería construida.

A los rebeldes se les podía haber hecho felices con facilidad otorgándoles la tierra, la cual abundaba y les podía haber sido distribuida fácilmente de los cientos de miles de hectáreas que pertenecían a las fincas, pero que nunca habían sido cultivadas y que los dueños no cultivarían jamás. Les hubiera salido más barato a los hacendados y a los grandes terratenientes regalar estas tierras baldías. Les habría resultado más cómodo abolir la esclavitud por deudas. Y para la nación entera y para la buena reputación del dictador hubiera sido un millón de veces mejor, también, si se

hubieran instituido elecciones genuinamente libres, si los derechos autocráticos del dictador hubieran sido restringidos, si hubiera habido un cuerpo legislativo ante el cual fuera de veras responsable.

Hubiera sido mejor y más barato, si el dictador hubiera permitido a todos sus compatriotas, amigos o enemigos, el derecho sin restricción de hablar hasta por los codos. Pero como todos los dictadores cuyos nombres registra la historia, éste tampoco permitía oposición alguna. Lo que él ordenaba era ley, sin que el que tenía que observarla y obedecerla hubiera tenido voz ni voto en la hechura de dicha ley. Él tenía sólo una respuesta a los deseos y reclamaciones de los ciudadanos y ésta era dada con garrotes y fusiles por sus secuaces uniformados.

Hubiera sido tan sencillo no cerrar los ojos ante la inquietud y el descontento que reinaban por todas partes y, al enterarse de la aproximación de los rebeldes, mandar a unos cuantos hombres sensatos y pacíficos a entrevistarse con ellos, escucharlos y tratar de llegar a un arreglo. Ciertamente se habrían logrado resultados más, mucho más valiosos para el Estado que ordenar al ejército, sin más ni más, empezar a disparar tan pronto como los «bandidos» y «asesinos» estuvieran a la vista.

II

1

Los rebeldes avanzaban por un camino ancho y abierto a través de la pradera. Esta pradera pertenecía a la finca Santo Domingo, así como todas las tierras que podía abarcar la mirada a uno y otro lado.

Cuarenta familias de peones habitaban en sus chozas a un lado de la casa principal. Otras cincuenta familias vivían en los cuatro poblados situados uno en cada esquina de la inmensa área de la finca. El situar a estos poblados lejos de la casa principal tenía la ventaja de que, siendo pastores la mayoría de los peones, podían así reunir y cuidar mejor los rebaños de sus amos, pues los animales se descarriaban a lo lejos por los pastos.

El General, el Profesor y Celso descansaban en lo alto de una loma, desde donde se divisaba la iglesita blanca de la hacienda. Un poco más allá de la mitad del camino a la finca había una profunda hondonada, la cual, según podían apreciar desde su posición ventajosa, debía de tener algo más de dos kilómetros de largo. Por un lado, un lomerío ondulante interrumpía la llanura, y más allá, hacia el sur, se elevaba una cadena de montañas grisáceas que se extendían a través de todo el horizonte visible. Aquí y allá unos cuantos árboles, algunos solitarios, otros en grupos de diez o veinte, matas y arbustos completaban el paisaje.

Desde la colina, al pie de la cual acababa de arribar la primera compañía, el camino hacia la finca se dibujaba claramente. Cuatro o cinco bien trilladas veredas constituían este camino. En algunos tramos, estas veredas se agrupaban hasta llegar a ser solo tres, o dos, después se bifurcaban de nuevo hasta formar cinco o hasta ocho y nueve. Parecían rodadas de carretas; pero allí no había carretas en uso, eran las huellas del ganado que regresaba de la pradera al atardecer y volvía a pastar por las mañanas lo que las mantenía tan trilladas, impidiendo que creciera hierba alguna sobre ellas. También las caravanas con mulas que viajaban de Hucutzín a las fincas y a las monterías y que llegaban de cuando en cuando a esta finca usaban estas veredas; y, en menor escala, los indios también pasaban por ellas cuando iban al mercado.

El pasto no era muy alto, pues escasamente medía un metro; tampoco era muy tupido, y crecía más bien en pequeños matorrales; sin embargo, era muy verde y jugoso durante y después de la época de las lluvias. El camino ancho y abierto cerrábase en algunos tramos aprisionado por la maleza que crecía en ambos lados, pero más allá aparecía de nuevo la llanura más grande y extensa. El fuerte sol, resplandeciendo sobre la pradera, lo envolvía todo en una especie de bruma, que hacía que la pequeña iglesia y el patio de la finca desaparecieran para volver a aparecer en un lugar distinto. Mientras el sol se elevaba y ardía con mayor intensidad,

más confusos se volvían en sus formas todos los objetos que estaban a más de tres kilómetros de distancia. Por momentos, el ganado daba la impresión de parecer una manada de perros bajo el efecto de aquella luz trémula y deslumbrante, y las grandes rocas parecían enormes casas; los viejos troncos de árboles petrificados que permanecían de pie y las palmeras carbonizadas, semejaban columnas de templos en ruinas, después se antojaban recias figuras de indios en contemplación.

Normalmente solían encontrarse por allí rebaños enteros de ganado y caballos semisalvajes, propiedad de la hacienda. También solían verse dos o tres peones y vaqueros a caballo en busca de becerritos que a veces nacían en cualquier parte durante la noche y de animales enfermos que arreaban a la finca para que fueran curados.

Pero hoy no se veía ningún rebaño en toda la región, sino solo uno que otro animal solitario y perdido. Ni un vaquero ni un peón eran visibles. Una bandada de cuervos volaba en círculo en lo alto. Y en el gran patio de la finca podía observarse de vez en cuando una columna de humo arremolinada elevándose, a veces de la cocina de la finca, a veces de una de las chozas de los peones.

2

—Esa maldita Santo Domingo es una buena finca —dijo Celso, sentándose en cuclillas y enrollando un puro grueso—. Yo la conozco. Pertenece a don Patricio. La conozco bien. He pasado la noche ahí varias veces con los peones. Es una hacienda muy rica, riquísima.

—También yo la conozco, igual que tú —*el General* se dirigía al *Profesor*—. Aquí pasamos un día y dos noches cuando íbamos a las monterías.

Algunos muchachos subieron la loma y se sentaron junto a ellos.

El Profesor se detuvo y miró hacia atrás al camino, observando que en ese mismo instante aparecía a la vista la segunda compañía. Pronto acamparía junto a la primera, que ya descansaba al pie de la loma.

—Sí, ya hemos estado aquí antes —dijo de pronto *el Profesor* con una voz cambiada—. ¿Qué hacemos ahora? Podíamos darle vuelta y proseguir como si no la hubiéramos visto. Pero ¿de qué nos sirve ser rebeldes si desperdiciamos el primer buen bocado que encontramos a nuestro paso? Si realmente deseamos hacer una revolución y dar a todos los peones tierra y libertad, entonces debemos empezar con esto. Un importante axioma revolucionario dice: «Nunca dejes un enemigo en tu retaguardia.» Si nosotros nada más pasamos por aquí pacíficamente como un rebaño de borregos, tendremos un enemigo poderoso a nuestras espaldas. Así, pues, ¿qué dicen ustedes?

—Lo mismo que tú —contestó *el General*.

Celso exhaló una gruesa nube de humo y dijo secamente:

—Correcto. ¿Por qué han de seguir reinando aquí el hacendado y su gente? Ya es tiempo de que los otros tengan su turno, los que han sido pisoteados por tanto tiempo sin atreverse a abrir la boca.

El Profesor se rió.

—Entonces todos estamos de acuerdo. De acuerdo en pensamiento. De acuerdo en la acción. De acuerdo en la batalla. ¿Qué opinan ustedes, muchachos? —preguntó con voz fuerte a los hombres a su derredor.

—¡Tierra y Libertad! —gritaron todos a manera de respuesta. Y después vitorearon—: ¡Viva *el Profesor*! ¡Arriba *el General*! ¡Muerte a los tiranos y a los dictadores! ¡Libertad para todos!

Cuando *el Profesor* se había vuelto a sentar, Celso dijo:

—La finca no está desierta. De otro modo no habría humo.

—Eso es justamente lo que está revoloteando en mi cabeza —*el Profesor* miró en dirección de la finca—. ¿Por qué sale humo de la casa y de las chozas? ¿Por qué ninguno ha huido, aunque saben que somos muchos y que tenemos revólveres y rifles?

—Porque creen que nosotros solo agarraremos unos cuantos animales para sacrificar y que después seguiremos nuestro camino —contestó *el General*.

—Y tú, Celso, ¿qué piensas?

—Que ellos tienen rurales o soldados federales en la finca —respondió Celso.

—Celso, te asciendo a coronel —dijo *el Profesor*, riendo—. ¿Confirmas el nombramiento, *General*?

—Confirmado.

—Muy bien dicho, Celso —exclamó *el Profesor*—. Eres un muchacho muy listo. Lo que dijiste es la verdad. Ellos tienen la finca llena de rurales. Deben de haber recibido noticias de nuestra llegada desde hace algunos días en Balún Canán o Achlumal. De otro modo los rurales no podrían ya estar aquí.

—Están ya aquí porque seguramente andaban en gira de inspección cerca de las fincas, para cerciorarse de que todo estaba en paz y que no había insurrecciones o robo de ganado por los indios bachajones.

—Celso, tienes razón otra vez. Es más seguro que solo haya una patrulla de inspección ahí en la finca, veinte o veinticuatro hombres y quizá un capitán, un sargento y tres o cuatro cabos. Aparte de los rifles, por lo regular cargan con una ametralladora.

Cuando los muchachos oyeron esto, se animaron. «¡Rifles y pistolas! ¡Arriba las armas!», gritaron, saltando y bailando alrededor como si ya hubieran ganado la batalla.

—Una comunicación exacta difícilmente podría haber llegado a Balún Canán —continuó *el Profesor*—, y en Achlumal y Hucutzín hay solamente pequeñas guardias militares ocasionales. Pero sin duda las noticias van ya camino a Jovel y eso traerá medio batallón contra nosotros. ¿Dónde crees que están esos rurales en estos

momentos, *General*?

—Cuando yo todavía pertenecía al ejército, salíamos a atacar y no esperábamos en una finca, digo, en su patio. Nosotros esperábamos en campo abierto, o íbamos tras los amotinados.

—¿Por qué no esperaban en el patio, que está cercado y ofrece buena protección?

—Simplemente, porque primero y ante todo se causaría mucho daño a la finca; segundo, porque en un momento dado fácilmente podríamos encontrarnos en una trampa, especialmente si los insurgentes eran quinientos armados y nosotros solo veinticinco. En campo abierto, con nuestras ametralladoras, rifles y soldados bien adiestrados, teníamos superioridad sobre quinientos hombres, aunque nosotros fuéramos solo veinte.

—¿Entonces crees que vendrán a buscarnos aquí afuera, en el campo?

—No solo lo creo; estoy seguro. No en balde fui sargento. Sé cómo se hace, pues lo he hecho yo mismo.

—¿En contra de peones y trabajadores?

—Pos ¿qué quieres? No puedes hacer nada a este respecto cuando estás en el ejército. Es como una máquina; te guste o no, tienes que someterte, y sólo puedes cambiar las cosas apuñalando a algunos oficiales o aplastándoles el cráneo y después huyendo. Pero si sabes que algunos de los soldados piensan como tú y si tienes los pantalones suficientes para hacerlo, puedes, en un momento oportuno, dar un golpe y lograr voltear todo el batallón de tu lado. Después de todo, también ellos son solo peones asalariados.

3

Mientras hablaba *el General*, Celso había permanecido perezosamente en cuclillas, descansando, fumando y parpadeando mientras miraba hacia el patio de la finca.

De pronto dejó escapar un grito, medio ahogado por la excitación. Cambió de posición y se puso de rodillas, apoyando ambos puños en el suelo, bajando la cabeza y estirándola hacia adelante tanto como le era posible.

—Por Dios, ¿qué es lo que se te ha metido? —preguntó *el Profesor*.

Varios muchachos, que se habían juntado en la loma, asumieron la misma posición que Celso. Era su postura natural cuando querían observar a distancia algo que deseaban ver claramente y juzgar antes de que estuviera más cerca.

—*El General* tiene razón —murmuró Celso a los muchachos que estaban a su lado.

El General y *el Profesor* se arrastraron hacia ellos.

—¿Qué dijiste, Celso? —preguntó *el General*.

—Están en esa cañada —contestó Celso quedamente, como si tuviera miedo de que los rurales lo pudieran oír. Había más de tres kilómetros a la cañada.

—He visto cosas brillar en varios puntos de ese hoyo. Puede que sean las placas de sus gorras, o bien los cañones de sus rifles, o los botones. Son rurales o federales.

—Por Dios, Celso, acabo de ver esos destellos también, y en tres lugares distintos al mismo tiempo —dijo *el General*.

Olegario, uno de los muchachos que había trepado la colina para llegar a ellos, preguntó:

—¿Cuántos crees que haiga esperándonos, *General*?

—Unos dos pelotones, probablemente.

Otro muchacho, Herminio, al oír esto, gritó:

—Ojalá que el buen Dios nos mandara dos regimientos de una vez. Fíjense cuántas buenas pistolas, rifles, ametralladoras y cartuchos tendríamos si fueran dos regimientos.

El General se rió.

—Aguántense, muchachos. Vamos a tener las manos llenas con solo lidiar con esa ametralladora que tienen esos perros a sueldo. Pero la lograremos, no se preocupen. Una vez que nos echemos a los de lar cañada, podremos enfrentarnos fácilmente a un batallón; no esperen todo al mismo tiempo, muchachos. Poco a poco. No se equivoquen, pero les anticipo que después de habérnoslas con esos de ahí, la mitad de nuestra primera compañía no estará viva.

—Sea que vivamos o no, nos importa una fregada —dijo Olegario—. Si nos lleva el carambas, que nos lleve, pero cuando menos los que queden vivos sabrán por qué están viviendo y pa' qué. Yo quisiera tener un rifle, por Dios, con todo y cartuchos. Y me iré tras ellos solo, si usted no lo hace.

—Tú te quedas aquí, grandísimo idiota —dijo *el General* furioso—. Tú irás cuando yo lo ordene, y cuando váyamos todos. Quizá lograrás tu rifle, pero bien metido en la panza, si tratas de hacer la guerra solo.

—*El General* tiene razón, Olegario —dijo Celso consoladoramente al muchacho —. No podemos mandar aquí todos, cada quien haciendo lo que le pegue la gana. De ese modo nos matarían uno tras otro y no quedaría ninguno. Iremos todos juntos y cuando *el General* lo ordene.

4

Los muchachos se deslizaron sigilosamente cuesta abajo. Las dos compañías que habían acampado alrededor de la falda de la colina no podían ser vistas por los rurales, pero no era seguro que los pocos que habían estado en la loma hubieran pasado inadvertidos. *El General*, sin embargo, dijo que él creía que los rurales sí los habían visto, porque el capitán tendría seguramente anteojos de largo alcance.

Entretanto llegó una compañía más, a la que *el General* ordenó acampar, advirtiéndoles a todos que si querían andar por allí lo hicieran agachados. Quería

evitar que los enemigos supieran el número de tropa con que contaba. Ahora demostraba que, aunque era solamente el hijo de un pobre campesino indígena, se merecía el derecho de ser llamado *el General*. Podía decirse con certeza que de cien oficiales federales entrenados, ni dos probablemente hubieran podido mejorar o siquiera igualar su estrategia y la forma en que llevaba a cabo sus proyectos.

Llamó al *Profesor*, a Celso, a Santiago y a los capitanes de las compañías que ya habían llegado, para exponerles esquemáticamente sus planes.

—Si marchamos contra ellos como borregos, nos dejan ir la ametralladora y no queda ni uno de nosotros vivos, y la rebelión, por lo menos en este estado, y desde luego en este distrito, se paralizará por este año. Tenemos que atraerlos con maña para hacerlos salir de esa hondonada.

—Podríamos lanzar una docena de muchachos pa' hacerlos salir, y entonces aprovechábamos la oportunidad pa' echárnosles encima —sugirió el capitán de la tercera compañía.

—No, ellos no salen de ahí de ese modo; dejarían que nuestros hombres se acercaran a ellos lo más posible sin disparar ni un solo tiro, y cuando estuvieran dentro de la trampa los atacarían y los matarían sin hacer ruido, pa' que los que los siguieran no oyeran nada y no supieran lo ocurrido a sus compañeros.

—Está bien. Entonces vamos a avanzar y los tomamos por asalto —sugirió un muchacho que estaba sentado cerca, pero que no era de la junta de guerra.

—Eso sería aún más estúpido —dijo Celso—. Hasta tú comprendes eso, aunque solo sabes dar de comer a los bueyes.

El General tomó la palabra:

—Correcto —dijo—, eso sería lo más idiota que pudiéramos hacer. Podríamos establecer un campamento grande, fortificado, y dejar que saliera un montón de humo. Los rurales responderían a esto en varias formas. Una de ellas sería retirándose a la finca; entonces no tendrían que estar a la intemperie día y noche, pues son bastante flojos y comodines y están mal acostumbrados. Ya una vez en la finca, esperarían a que medio batallón de federales los reforzara.

—Quizá no saben cuántos somos, y piensan que habemos solo unos sesenta muchachos —dijo *el Profesor*.

—Más bien eso es lo que me parece, *Profesor*, pues aun habiendo sido traicionados o descubiertos, ningún delator podría saber cuántos somos. Es por eso por lo que no hemos marchado en un solo grupo. Al pasar aquí y allá ante algunas chozas, alguno de sus habitantes se nos pudo haber adelantado. Pero no lo creo. Además, tuve buen cuidado de investigar cuántos hombres había cuando llegábamos a un lugar y cuántos cuando nos marchábamos. Todos estaban ahí, pero con todo, a lo mejor de algún ranchito cabalgaron hasta la finca y avisaron. Pero es igual, aun en el caso de que hayan llevado las noticias a la finca, o aun a Hucutzín o a Achlumal; solo podrían saber el número aproximado de hombres de la primera compañía, nuestras tropas escogidas. Por lo tanto, los rurales creen que tienen que lidiar con esta

compañía solamente.

—¿Cómo puedes saber eso? —preguntó Celso.

—Es muy sencillo. Si los rurales supieran que estamos aproximándonos seiscientos hombres, con veinte revólveres, diez o doce escopetas, y además seiscientos machetes y hachas, no estarían ahí esperándonos con un pelotón o dos y con solo una ametralladora. No, esta clase de mercenarios serviles del Caudillo ya tendrían sus pantalones bien mojados de saber que tienen que enfrentarse a media docena de escopetas viejas. Son valientes solamente cuando hay una docena de ellos juntos y cada uno con su garrote y su revólver contra un prisionero solo e indefenso. Pero aquí, en campo abierto, veinticinco soldados armados cada uno con pistola y carabina, además de la ametralladora, no esperarían a varios cientos de hombres con algunas armas y todos con machetes; no, no esperarían ni diez minutos. Saldrían corriendo como conejos sin siquiera tomarse el tiempo pa' desmontar la ametralladora y ponerla en posición. Justamente porque están ahí todavía agachados en esa hondonada es por lo que sé, sin tener necesidad de ir a preguntárselo, que no creen que seamos más de sesenta o setenta muchachos muertos de hambre. Creen que les vamos a servir de aperitivo antes de la comida que seguramente ya tienen preparada en la finca para celebrar su victoria junto con el hacendado y sus vecinos.

5

Llegó una nueva compañía.

Celso había estado observando a su alrededor y había notado las nubes negras que se estaban juntando en el poniente, atrayendo hacia ellas, de todos los demás puntos del cielo, nubecillas pequeñas que flotaban a la deriva sin saber qué hacer, y que pronto vinieron a aumentar la presagiosa aglomeración. Mientras más se condensaban, más rápida se aproximaba la tormenta. El sol, que estaba llegando a su cénit, aún brillaba ardiente.

—Ahí está nuestro dios indio que viene a ayudarnos —dijo Celso—. Si ellos no quieren mojarse, tendrán que arrastrarse fuera de sus agujeros y tienen más miedo de mojarse que un gato viejo. ¿No lo crees así, *General*?

—Ya te dije que no les gusta mojarse los pantalones ni por dentro ni por fuera. Pero esto no cambia mi plan. Solo lo apresura. Tú, Olegario, sube a la colina otra vez. Pero cuídate la cabeza; mantente cubierto, fíjate bien. Muy pronto empezarán a asomarse. Y justamente porque se aproxima la lluvia, ellos procurarán que el ataque sea pronto para terminar y poder regresar a la finca y estar bajo techo.

—Pero es posible —objetó *el Profesor*— que no nos salgan al encuentro, sino que hagan como que no nos vieron. Quizá se marchen y esperen a que ataquemos la finca.

—Eso también es parte de mi plan —dijo *el General* con la mirada puesta en Olegario, esperando recibir de él una señal que le indicara los movimientos de los

rurales—. Eso es lo que les encantaría a esas ratas, *Profesor*, retroceder a la finca a llenarse la panza, emborracharse y divertirse con las muchachas. Pero eso no les va a ser tan fácil. En esa finca, y seguramente en todas las fincas de por aquí, todos saben ya que estamos en marcha. Ellos tienen que esperarnos, cuando menos para dar la impresión de que son valientes. No pueden ser el hazmerreír y no lo serán, pues están de por medio las burlas de las mujeres, y aunque menos, también las de los hacendados.

—A ti se te ha olvidado lo más importante, *General* —dijo Celso, riéndose—; ellos no pueden correr de los indios, y mucho menos de los peones, pues ya no podrían nunca más enfrentarse a un ladino. La gente les escupiría y se burlaría si ellos, los valientes rurales, armados hasta los dientes con rifles y automáticas, fueran correteados por nosotros, pobres leñadores piojosos. Y lo que es más, tendrían que enfrentarse a un consejo de guerra, o al tribunal especial del jefe de la policía secreta. ¡Y esos sí que los fusilarían!

—Eres un buen discípulo, Celso —dijo *el Profesor* riendo—. Hace tres meses no sabías nada de automáticas y no tenías ni idea de que existe una policía secreta en el país, que no es responsable más que ante *el Viejo*. Ahora hablas y avientas las cosas como si no hubieras hecho nada toda tu vida más que leer periódicos prohibidos.

—Nada hay de raro en eso —contestó Celso, ruborizándose—. He tenido un buen profesor. ¡Además, no te olvides que ya soy coronel!

—¡Epa! —exclamó Olegario desde lo alto de la loma—. Hay señales de vida. Tres se han parado, están mirando por ahí y fijándose en todas direcciones. Uno tiene algo frente a sus ojos y con eso mira.

—Son binoculares —contestó *el General*, que comenzó a estar muy activo, pero no demostró ningún sobresalto. Se portó con tanta calma y frialdad como si estuviera preparando una cacería de conejos, parecida a las que organizaba con los muchachos de su pueblo.

—Quédate ahí y continúa vigilando, Olegario —dijo, y dirigiéndose a los muchachos acuclillados alrededor de él, les explicó—: Tenemos que atraerlos al ataque. Nosotros no podemos atacar mientras permanezcan en ese agujero; sería una matanza inútil. Ellos ya saben que estamos cerca. Hasta saben por qué dirección vamos a llegarles. Por eso se salieron a estudiar el campo de batalla. Si por una vez logramos hacerlos salir, no podrán volver a su trinchera. Allá atrás de ellos, en el techo de la finca, están parados el hacendado y su mayordomo, tal vez hasta se hallen reunidos otros hacendados de la región, y seguramente también tendrán sus anteojos de largo alcance para estar al tanto de todo lo que pasa aquí. ¡Bueno, muchachos, ahora a tratar de incitarlos a que salgan de su escondite!

Comenzó a llover, lentamente, en largos y delgados hilos.

El General llamó a Santiago y a Fidel.

—Desde ahora ambos son sargentos. Tú, Santiago, toma veinte hombres, todos con sus bultos a la espalda, sus machetes y hachas y márchense. Pero no derecho, no hacia la hondonada en que están metidos esos imbéciles, esperando a que nos aventemos frente a su ametralladora para así poder barrernos como patos. Ustedes tienen que marchar más hacia la derecha, siempre a la derecha, diagonalmente, ¿entiendes? Al principio tu línea de marcha tendrá a tus hombres cerca de la maleza. Allá a la distancia, ¿ves ese monte puntiagudo?

—Claro que lo veo.

—Bueno, esa es tu dirección. A los que vigilan desde su escondite les parecerá como que tú y tus hombres tratan de esquivarlos. Se trata de hacerles pensar que están enterados de que ellos se esconden en esa hondonada y tratan de alejarse. Si empiezan a dispararles, tírense al suelo, quítense los sombreros y amárrenlos a sus bultos en las espaldas. Los bultos quedarán más altos que las espaldas y esos puercos creerán que tienen sus cabezas debajo de los sombreros. Desde lejos no pueden ver claro. Entonces continúan ustedes arrastrándose por el suelo para que sus sombreros se muevan con sus bultos. Enfilen siempre hacia aquella loma. Cuando haigan caminado una media legua en esa dirección, vuélvanse y entonces continúen diagonalmente a la izquierda hacia la finca. Si para entonces esos no se han arrastrado fuera de sus hoyos, saldrán en ese momento, porque querrán proteger la finca. Tan pronto como salgan y se preparen a atacarlos, den media vuelta y corran agachados hacia la maleza. Debe aparecer exactamente como si les hubieran puesto un cohete en los pantalones y huyeran aterrorizados. Inmediatamente que estén ya bien fuera de la hondonada y montados en sus caballos, corriendo detrás de ustedes, entonces salimos nosotros y los pescamos por la espalda. Con esto los dejarán en paz, y mientras tanto ustedes se esconden en la maleza. Una vez bien adentrados, regresen derecho al lugar donde estamos ahorita. Trataremos de inducirlos más hacia la maleza y así podrán ustedes atacarlos por la retaguardia y nosotros por enfrente. Tú, Fidel, llévate también veinte hombres. Si alguno quiere rajarse, dale unos trancazos en el hocico.

—No es necesario, *General* —Fidel sonrió confiadamente—. Se están muriendo por enfrentarse a esas ratas. Ne’sitamos quitarles sus rifles y cartuchos; también tienen buenas camisas y pantalones, muy útiles pa’ nosotros.

—Ya saben: todo rifle obtenido pertenece al que lo haiga logrado capturar. También los cartuchos y todo lo demás que les quiten a esos perros sarnosos: relojes, anillos, medallas de oro. Pero el dinero lo tendrán que entregar. Ne’sitamos dinero en el cuartel de mando como fondo de guerra. Pero si no lo conseguimos, no importa. Obtendré todo lo que ne’sitemos, con dinero o sin él. Ahora tú, Fidel, no debes de salir fuera de la maleza. Vete por el lado izquierdo, adentrándote lo suficiente pa’ que tú y tus muchachos no sean vistos, y atáquenlos desde ahí cuando nosotros los háigamos alejado más, atrapándolos por la espalda también, como Santiago por el

lado derecho. Bueno, ¿han entendido los dos lo que hay que hacer? Si no, encontraré otros sargentos con más seso en el coco.

—No te preocupes, *General* —contestó Santiago—. Entendido o no, de todos modos los agarramos.

—Entonces váyanse los dos a sus puestos, luego luego.

En un minuto, los dos nuevos sargentos habían reunido sus tropas. Solo era necesario informarles que la orden de atacar a los rurales había sido dada para que un centenar de muchachos saltaran al frente para tomar parte. El hecho de que estos dos pelotones debían de atacar a los rurales por atrás, ofrecía una excelente oportunidad para obtener sus armas y hacía que la participación en esta maniobra fuera particularmente deseada. Por supuesto, ninguno pensó en el peligro de morir o ser capturado. Los revolucionarios tienen que atacar y conquistar; si no lo logran están perdidos, y entonces es mejor morir. Ninguno de los muchachos necesitaba que le dijeran, ni que le recordaran lo que el fracaso de la rebelión podría significar para ellos. La brutalidad y crueldad aunadas a la perversidad reprimida de una burguesía hipócrita y amoral que se sabía en el poder se revelaban en la forma más bestial cuando algún trabajador indígena, que se había atrevido a rebelarse en contra de la tiranía y la dictadura, era castigado. Por cada señorito que resulta muerto, cien, y a veces hasta trescientos indígenas eran torturados, golpeados y sacrificados como animales, o bien eran ahorcados como si fueran ladrones, colgando hasta veinte de un solo árbol. Los relatos de estos casos a veces aparecían en periódicos del extranjero, pero no decían ni la décima parte de los horrores que realmente sucedían.

Pero ¿cuál de estos muchachos pensaba en la derrota? Su ansiedad inmediata no consistía en vencer para obtener la tierra y la libertad deseadas. Por de pronto se trataba simplemente de poder conseguir armas con qué luchar.

III

1

Los dos grupos partieron, cada cual en la dirección que *el General* les había indicado.

Apenas habían dado unos cuantos pasos, cuando *el General* ordenó a los otros hombres cerca de él que se prepararan para salir también. La mayoría, que estaban acampados a corta distancia, recibieron orden de levantar el campamento y marchar, mas no al frente, sino retrocediendo por donde habían llegado.

Continuaba lloviendo, no fuerte, sino en tristes hilillos. Pero como resultado de esta ligera cortina de humedad había poca visibilidad, aunque suficiente para permitir observar el terreno hasta la cañada.

Entretanto, el grupo de Santiago había avanzado cerca de un kilómetro y estaba ya casi al nivel de la hondonada.

En ese momento los rurales se dieron cuenta de que estaban expuestos a ser flanqueados y se decidieron a evitarlo a toda costa, pues existía el peligro de que los muchachos se colocaran entre ellos y la hacienda. Una vez dentro del perímetro de la finca, los rebeldes tendrían una posición amenazadora, además de tener el recurso, en un momento dado, de poder usar al hacendado, a su familia y a los visitantes como rehenes.

Un silbido penetrante surgió de la hondonada, e inmediatamente después empezaron a salir los rurales. Algunos ya salían montados. Otros, la mayoría, jalaban a sus caballos hacia el borde de la barranca para ganar la cima lo más pronto posible. Una vez arriba, saltaban sobre sus monturas a esperar la orden de su jefe. Los caballos estaban visiblemente inquietos y nerviosos a causa de sus jinetes, quienes por lo visto no resistían el deseo de forzar la escaramuza para llevarla a un rápido término. Este celo no era precisamente causado por su valentía o su aguerrida bravura, sino ocasionado por el hecho de que la penetrante lluvia, que ahora resbalaba en un tedioso y suave «chipi-chipi», amenazaba convertirse muy pronto en un aguacero tropical, pesado y torrencial. Mientras más aprisa fuera el encuentro, más pronto podrían estar de vuelta en la finca. Con medio centenar de indios rebeldes piojosos, los rurales terminarían en menos de diez minutos. Ya lo habían hecho tantas veces antes que hasta la cuenta habían perdido.

2

En cuanto estuvieron montados, avanzaron hacia los hombres de Santiago a un trote pausado. El terreno disparejo y fangoso en el cual se enterraban las pezuñas de los

caballos no permitía un galope rápido.

Al principio solo una decena de ellos era visible. *El General* creyó que estos diez hombres serían la mitad de los rurales que habían estado en espera, de los rebeldes que se aproximaban. Pero no pasó mucho tiempo sin que más y más jinetes surgieran de la hondonada. Al fin *el General* vio, con gran perplejidad, que eran como sesenta hombres bien pertrechados, y, como podía deducir de las mulas que llevaban, tenían dos ametralladoras.

—¡Con un diablo y que se los lleve la tiznada! —dijo—. Hay casi media compañía saliendo de esa barranquita. ¡Ahora sí que nos vamos a divertir!

—Ojalá que se ponga bueno —gritó alguien—. Dos ametralladoras son mucho mejor que una, y cuarenta rifles mejor que veinte. ¿Qué me dicen a esto, manos? —preguntó a los que estaban tirados a su alrededor.

Antes de que pudieran contestar, *el General* dio la orden a cincuenta hombres para que estuvieran listos a partir dentro de los siguientes cinco minutos.

El General gritó al *Profesor*:

—¡Tú, llévate el grupo principal y empieza a caminar hacia atrás, por donde vinimos!

Los hombres obedecieron a regañadientes. No había tiempo para que *el Profesor* explicara los planes que *el General* había dispuesto.

El General se quedó con sesenta hombres, a los cuales dijo:

—Tan pronto como yo dispare un tiro con mi revólver, párense y síganme hacia la finca. Yo les diré cuándo han de atacar. Si ustedes atacan antes de que dé la señal, ¡por Dios que los mando al infierno a balazos!

3

Los rurales habían avanzado tan cerca de Santiago y su tropa, que estaban a escasos quinientos metros de ellos, cortándoles así el camino a la finca.

Siguiendo fielmente el plan del *General*, Santiago ordenó a sus hombres correr como locos a la maleza para fingir que estaban horrorizados y deseaban cubrirse.

Al verlos correr con pavor, el mayor que mandaba a los rurales recibió esto como una señal de victoria. Sonriendo, dijo sarcásticamente a su teniente:

—Ahora ha visto lo que siempre he sostenido. Estos apestosos indígenas son muy valientes en la profundidad de la selva, pero en cuanto ven una gorra de uniforme corren como conejos asustados. ¡Persígalos y acabe con ellos! Si alguno tiene un arma, aunque sea un machete o un cuchillo, ha de ser fusilado inmediatamente, sin piedad. Los que no estén armados deberán ser amordazados y traídos a la finca, donde nos haremos cargo de ellos por la noche. Las mujeres de la finca gozarán viendo cómo tratamos a rebeldes. ¡Adelante! ¡Marchen! Que los ametralladoristas permanezcan en la retaguardia por el momento, pero listos para entrar en acción.

¡Marcha adelante!

Un clarín dio la señal. Las tropas avanzaron a un trote más veloz. Pero los caballos tropezaban y sus pezuñas se atascaban en el suelo lodoso, por lo que el ataque no se desarrolló en el estilo elegante y marcial que hubieran deseado tanto el mayor como los oficiales. Sabían que eran observados con gemelos desde la azotea de la finca.

4

El General, que yacía estirado en el suelo, se irguió sobre los codos. Luego sacó su revólver. Siguieron algunos momentos de tensa espera para los muchachos, quienes tenían sus ojos clavados sobre cada movimiento de su jefe.

Los hombres de Santiago, huyendo, habían alcanzado ya la orilla de la maleza. Los rurales estaban a unos doscientos metros de ellos y, a pesar del mal terreno, estaban decididos a galopar, costara lo que costara, para poder detenerlos y evitar que lograran cubrirse, pues una vez en la maleza sería más difícil para los soldados de caballería poder capturarlos.

La señal de galope fue dada por el clarín. Los caballos salieron disparados.

Simultáneamente, desde la loma, sonaron dos disparos, uno de la pistola del *General* y el otro de la de su ordenanza, inmediatamente empezaron a dirigirse hacia la finca a paso veloz. Después corrían conforme recibían la orden de hacerlo, no en una masa compacta, sino en pequeños grupos de cinco o seis hombres, para evitar ofrecer un buen blanco.

La estrategia que *el General* había formulado era digna de un experimentado y brillante mariscal de campo. Lograr sacar a los rurales de su seguro escondite en la hondonada, donde por su superior armamento eran inexpugnables, era en sí una obra maestra.

Los caballos eran más bien un estorbo que una ventaja, sobre todo ahora que el aguacero arreciaba y que la llanura, saturada por las prolongadas lluvias, comenzaba a convertirse en un pantano. El mayor de los rurales se había dado cuenta demasiado tarde de cuán pesado era el ataque sobre este terreno. Como era más firme entre la finca y la hondonada, él supuso que aquí sería igual. Había pasado por alto el hecho de que cualquier extensión de terreno, mientras más cerca esté de la selva o de una arboleda, más toma las características de la maleza, reteniendo la humedad por más tiempo que el campo abierto, donde, bajo el sol tropical, la tierra se seca pronto, aun después de las grandes tormentas.

El General había previsto este bien conocido fenómeno dentro de su plan. Mientras más cerca de la maleza se lograra atraer a los rurales, menos uso podrían hacer de sus caballos. También tomó en consideración que marchar sobre terreno pantanoso es mucho más difícil para el que usa botas que para el indio que anda

descalzo. Los indios descalzos pueden correr como venados a través de una superficie delgada, donde un soldado con botas apenas si puede dar un paso y tiene, además, que poner tanta atención por donde camina, que con esta sola desventaja ya tiene perdida la mitad de la pelea.

La lluvia, ese aliado ansiado y bienvenido, había sido extremadamente oportuna para *el General*.

Mas lo que realmente le daba superioridad sobre el jefe de los rurales era su don de poder situarse en el lugar de su contrincante, y desde esa posición planear hasta el último y más mínimo detalle, y su capacidad para imaginar lo que un oficial de los rurales o de los federales haría bajo las mismas circunstancias.

Era natural que los oficiales tomaran como su más alta responsabilidad la protección de los habitantes de la finca, cuyos huéspedes eran; además, como caballeros, sentían un verdadero placer en la tarea de salvar a las mujeres de la familia del hacendado de las cochinas y brutales manos de los indígenas rebeldes.

Por esto no dejarían acercarse siquiera a la finca a los hombres de Santiago. Además, aunque esto lo ignoraba *el General*, el oficial de mando tenía otras buenas razones para impedir a todo trance que los rebeldes pudiesen flanquear la finca y avanzar hacia Hucutzín, pues sabía que esta población se encontraba desguarnecida. El cálculo del *General* era correcto al planear que la tropa de Santiago obligaría al mayor, en contra de su voluntad, a abandonar su seguro escondite y entrar a campo abierto.

Ahora solo era necesario atraerlos hacia la tropa principal. Esta operación era más difícil. Pero *el General* solucionó este problema de táctica tan brillantemente como había resuelto el de sacarlos de la hondonada.

Mientras los rurales, queriendo obtener una lucida victoria, perseguían a las tropas de Santiago, que aparentemente huían aterrorizadas, la gente de Fidel se movía hacia la izquierda conservándose al borde de la maleza cerca de la salida al claro en la llanura. Al mismo tiempo, *el General* dispuso hombres a ambos lados del claro, emboscados en tal forma que no podían ser vistos por los rurales.

Ya todo había sido preparado para el combate, solo restaba una cosa al *General*: atraer a los rurales hacia dicho claro en la llanura.

5

Cuando las dos balas fueron disparadas, una por *el General* y la otra por su asistente, todos los rurales montados, sin excepción, hicieron alto sin siquiera esperar una orden: tan imprevistas habían sido esas detonaciones, máxime que provenían de un lugar en el cual nunca se hubieran imaginado que hubiera gente.

Al mismo tiempo vieron la tropa dirigida por *el General* corriendo salvajemente hacia la finca. Mientras corrían, tres de ellos, obedeciendo órdenes del *General*,

dispararon sus escopetas sobre los rurales.

—¡Por todos los santos! —gritó el mayor a su teniente—. ¡Maldición! ¡Estamos en una pista falsa!

El teniente se acercó galopando.

—Allá están los marranos a quienes debíamos estar persiguiendo —explicó el mayor—. Estos muchachos que cazábamos como conejos no son más que unos pobres escapados. Probablemente están huyendo de esos perros rebeldes que han de querer robarles sus bien ganadas pitanzas. ¡Acá, corneta, da la señal! ¡A la derecha! ¡Al ataque con todas las armas!

El clarín dio la señal y las filas de los rurales cambiaron de dirección galopando hacia la llanura de donde habían brotado los rebeldes atacantes. Algo más de un kilómetro los separaba de ellos.

Apenas habían tomado los rurales esta nueva dirección, cuando la tropa de Santiago se retiró a la maleza, una maniobra que el mayor interpretó como el miedo de estos muchachos a verse envueltos en la pelea, que era inminente, y ser alcanzados por las balas perdidas. Si la tropa de Santiago, en vez de obrar de esta manera hubiera marchado en su dirección original, el mayor seguramente habría enviado una media docena de jinetes tras ellos. Esto hubiera sido contrario al plan del *General*, quien tenía que evitar que la tropa de Santiago se viera envuelta en el combate, por lo que el jefe de los rurales habría descubierto que Santiago y sus hombres pertenecían al mismo ejército rebelde y que esta marcha por un flanco no era más que una maniobra táctica.

Tan pronto como *el General* vio a todos los rurales cabalgando hacia su tropa de choque permitió que cada uno de sus hombres que portaba un arma disparara una ronda a los rurales. Dos de los caballos de éstos cayeron. No se podía determinar si habían sido acertados o solo habían tropezado con los altos matojos de correosos zacatones. Pero dos rurales cuyos caballos seguían en pie habían sido tocados, según pudieron darse cuenta los muchachos por los movimientos erráticos que hacían los heridos.

Sin estos heridos, cuya baja era esencial para los planes que había forjado *el General*, el mayor hubiera llevado a sus hombres otra vez a la hondonada para esperar ahí a los rebeldes o para atacar de otra manera, o aun para retirarse rápidamente a los edificios de la finca y desde ahí lanzarse en forma de abanico sobre el terreno.

Pero una vez más *el General* había estimado correctamente la mentalidad, o más bien, en este caso especial, la psicología particular de un oficial, miembro de la clase alta del país. Ya sea que estén mandando trabajadores forzados o granaderos o reclutas mocosos con gorras cafés, verdes o negras, todos son iguales. Su honor es lastimado si son salpicados con estiércol o apedreados por el proletariado. Y, en este caso, el honor de un oficial de los rurales había sido mortalmente herido, ya que estos cochinos indios piojosos se habían atrevido a dispararles. Tenían que pararse firmes

con los brazos cruzados sobre el pecho cuando pasaba un oficial, y hacer una profunda reverencia cuando éste se dirigía a ellos; pues el mirarlos a los ojos era en un peón indígena un sacrilegio más grande que el de querer escudriñar la cara del mismísimo Dios del cielo.

La lluvia, que ahora azotaba fuertemente, acabó de irritar al mayor. ¿Por qué no podía brillar el sol cuando un honorable guerrero deseaba librar una batalla? ¡Al diablo con esta maldita lluvia! ¡Empapados hasta la camisa pegajosa y así tener que perseguir a estos mugrientos indios! ¿Por qué, con un demonio, no habían matado a todos los indios en el primer siglo después del descubrimiento de América? Así hubiera habido paz y tranquilidad, así podría uno estar cómodamente recostado en una hamaca, pellizcando a las muchachas bajo las faldas y quitándoles cientos de pesos a los hacendados jugando a la veintiuna o al siete y medio.

—¡Avancen! ¡Ataquen a esos marranos! Ya les enseñaremos a dispararles a soldados honorables. No hay que dejar vivo uno solo que lleve la menor cosa que parezca un arma de fuego o una navaja. ¡Ésa es la orden! ¿Entendido?

6

Confundidos y tropezando, los rurales cabalgaron hacia el claro. Todos, sin excepción, estaban deprimidos por la lluvia que les calaba hasta los huesos, como solo puede estar una persona que sabe que tiene que enfrentarse a la lluvia que continuará cayendo a chorros durante horas enteras. Se aferraban, agachados, a sus caballos, como si esperaran así protegerse mejor de la lluvia. No podían usar sus capas impermeables, pues les hubieran estorbado en la batalla.

El pelotón de choque de los rebeldes continuaba avanzando hacia la finca. Cuando *el General* había avanzado tanto hacia el campo abierto que, marchando en retirada, alcanzaría la entrada del claro más o menos al mismo tiempo que los rurales, formó filas en contra de éstos y dio la orden de disparar otra vez. Dos o tres hombres parecían haber sido tocados, pero permanecieron sobre sus caballos y siguieron cabalgando hacia el claro.

El corneta dio la señal y los rurales trataron de cargar en un ataque glorioso. Pero debido al terreno y a la lluvia la carga no llegó muy lejos. El mayor marcó el alto y ordenó fuego constante sobre el pelotón de choque por algunos minutos.

Los muchachos contestaron con tiros dispersos; y en seguida, leales a la orden del *General*, corrieron como vencidos por el terror, formando una chusma caótica, hacia el claro, que tenía la forma de un camino ancho en medio de la maleza.

El mayor consideró que había llegado el momento de acabar con los rebeldes y persiguió a la tropa desorganizada hacia el claro. Este espacio estaba cubierto con zacate corto, tieso y erizado. La tierra estaba, por lo tanto, menos empapada que en campo abierto, y por eso a los soldados les fue posible galopar un poco más

rápidamente. Los muchachos corrieron como conejos perseguidos, y para los rurales era un verdadero placer perseguirlos. El placer se acrecentó, cuando, además, la lluvia pesada aligeró y las nubes empezaron a despejarse.

—No tiren —ordenó el mayor—, hasta que yo dé la señal —y continuó, dirigiéndose a su teniente—: ¿Comprende, teniente? Allá en el claro hay muchos más. Cuando los tengamos a todos amontonados pondré en acción nuestras dos ametralladoras. ¡Caramba!, entonces va a ver usted cómo se vindican nuestras lindas automáticas. Verá lo efectivas que son. Algo del gran arte de la guerra.

La tropa de choque, en su retirada, se había juntado con las otras compañías que tiempo antes habían recibido orden de retirarse a la maleza. La chusma que corría, reforzada por estas compañías, sumaba ahora cerca de doscientos hombres. Parecían bastante confusos, y era desde luego natural que los rurales se regocijaran en perseguir a estos rebaños que huían. Era mucho más agradable que cercar ganado, pues detrás de los que huían, iban también numerosos caballos, mulas y burros que habían sido llevados de las haciendas. Estos animales, de por sí asustados, eran azotados para incitarlos a correr más, causando tal estado de confusión, que pareció a los bien entrenados y bien montados rurales que ya nada podría traer orden a esta chusma envuelta en pánico.

Pero el mayor, tan seguro de la victoria, nunca se dio cuenta —y ninguno de sus oficiales pareció notarlo tampoco— de que esta indescriptible confusión solo servía para disfrazar la estrategia sutil que *el General* había planeado.

La gran masa que huía llenó todo el ancho del amplio claro. Se desparramó a los dos lados hasta que ambas alas fueron empujadas hasta el borde de la maleza a derecha e izquierda. Los excitados muchachos estaban aparentemente tan confundidos, que para poder escapar más de prisa presionaron sus flancos dentro de la maleza, forzando así un paso que les era negado por el centro.

La situación parecía excepcionalmente favorable a los rurales al ver que los perseguidos, como hormigas perturbadas, formaban rebaño y tropezaban. No se daban cuenta aún de que los muchachos a quienes ellos presionaban y acosaban hacia la orilla de la maleza, se infiltraban más y más dentro de ésta, para permanecer allí semiescondidos, en espera de que los rurales vinieran otra vez contra ellos. Tan pronto como los rurales los habían dejado atrás, persiguiendo a la chusma en retirada, se deslizaban sigilosamente en dirección de la finca. Cuando habían avanzado unos cuantos cientos de metros en esa dirección, daban vuelta y se aproximaban a la boca del claro. Así eran ellos quienes ahora se encontraban en la retaguardia de los rurales.

Si el mayor hubiera tenido que lidiar con soldados verdaderos, o con revolucionarios bien adiestrados y dirigidos por oficiales de profesión, desde luego que hubiera tenido mucho más cuidado. Probablemente ni siquiera hubiera cabalgado dentro del claro; hubiera, simplemente, esperado a los rebeldes, quienes, tarde o temprano, habrían tenido que dar la cara en campo abierto. «Pero estos cochinos indios llenos de piojos no podían pensar por sí mismos y por eso necesitaban

dictadores y tiranos que los relevaran del terrible trabajo de tener que pensar. Y ya que no podían ni siquiera pensar por sí mismos, menos aún podrían tener ningún plan estratégico. Por lo tanto, ¡a ellos, corneta! ¡Carguen! ¡Adelante!»

7

Solo unos cuantos hombres de las primeras dos compañías comprendían, en parte, lo que intentaba *el General*, pues le habían escuchado cuando explicaba su estrategia a sus capitanes. Pero las últimas compañías desconocían este plan. Ellos solo veían a aquellos que huían, y, naturalmente, fueron arrastrados también en la huida. Querían resistir, pero en vista de que las compañías dirigentes se les venían encima, no podían hacer nada, y así fueron empujados por el oleaje de esta marea. A cada instante se escuchaban sus gritos:

—¡Nosotros no somos cobardes! ¡Nosotros no huimos! ¡Sobre los soldados! ¡Ne'sitamos sus rifles!

Desgraciadamente para el completo éxito de la acción, la chusma que huía —obedeciendo el plan preconcebido por *el General*— irrumpió entre las dos compañías de la retaguardia, esas mismas compañías que formaban la poderosa fuerza de reserva. Entre los hombres de estas compañías se encontraban Andrés, *el Coronel* y varios otros de los muchachos más inteligentes.

Ni *el General*, ni *el Profesor*, ni los recién iniciados capitanes habían tenido tiempo u oportunidad para familiarizar a los de la retaguardia con el plan. Por lo que, apenas topaban los primeros grupos de los que huían e iban contra los muchachos de las compañías de la retaguardia que se aproximaban, éstos los forzaban a permanecer dentro del claro prorrumpiendo en salvajes gritos:

—¡Desgraciados, jijos de la tiznada! ¿A dónde van? ¿Le corren a los rurales? ¡Somos rebeldes! ¡Tierra y Libertad! ¡Vuélvanse y den la cara a los criados de los tiranos! ¡A ellos y a darles! ¡Tienen pistolas y rifles que nosotros ne'sitamos! ¡No corran, atáquenlos!

Como novillos enloquecidos irrumpieron por entre la chusma que corría y en unos cuantos minutos se encontraron en el frente, a escasamente cincuenta metros de los rurales.

8

La batalla empezó diez minutos antes del tiempo que *el General* había fijado para su plan. Las dos alas envolventes no habían podido desplegarse completamente a lo largo de los lados del claro. Los muchachos que habían podido escabullirse dentro de la maleza no se habían vuelto a reunir, y, por lo tanto, no eran lo suficientemente

fuertes para cortarles por completo la retirada a los rurales. Si estos grupos de la retaguardia hubieran llegado justamente un cuarto de hora más tarde, ni uno solo de los rurales hubiera escapado.

Pero de todos modos, los que ahora estaban realmente perseguidos y confundidos eran los rurales.

Los muchachos de las dos últimas compañías, sin importarles para nada los tiros, corrían machete en mano hacia los rurales, gritando y aullando. Aquellos que tenían revólveres y escopetas no querían perder el tiempo en usar estas armas; era para ellos demasiado lento e incómodo; además, cualquier idiota podía disparar con una pistola. ¡En eso no había ninguna valentía! ¡Era mejor y más a gusto con los machetes! Así, excitados, acalorados, enloquecidos, arrojaron no solo sus bultos, sino también sus pistolas los que las tenían. Cualquier cosa que no fueran sus puñales o machetes era un estorbo en una batalla de verdad como la que ahora libraban.

Los rurales, mientras cabalgaban al ataque, tenían sus rifles listos, con las culatas apoyadas sobre el muslo derecho. Solo necesitaban levantarlos y disparar. Intentaron hacerlo, pero la mayoría de los disparos silbaron por sobre las copas de los árboles, pues los alaridos y la gritería de la horda enfurecida que avanzaba hacia ellos asustó a los caballos, poniéndolos fuera del control de sus jinetes. Todo lo que luego sucedió fue muy repentino e inesperado. Los caballos se espantaban, se encabritaban y volteaban a morder el freno, tratando de galopar salvajemente hacia atrás. Una docena de jinetes fueron arrojados fuera de sus caballos. Los jinetes desmontados se rehicieron y comenzaron a disparar, pero ninguno de ellos alcanzó a disparar una ronda completa, pues antes de que esto sucediera ya tenía a tres o cuatro hombres sobre su garganta, pecho o espalda, y pocos segundos después habían sido despedazados.

Si el suelo hubiera estado lo bastante endurecido, los rurales probablemente hubieran podido correr y escapar en gran número, pero, ahora, apenas intentaban voltear su montura y espolearla en retirada, cinco muchachos se colgaban inmediatamente de la cola del caballo mientras que otros tres se afianzaban de las riendas y tres más sacaban al hombre de la silla.

El intento de quitar el avantrén a las ametralladoras y montarlas no llegó más lejos que el desamarrar las correas. La cuadrilla era inmediatamente hecha jirones.

El mayor y el teniente trataban de berrear órdenes, pero nadie les hacía caso. El corneta yacía sin cabeza en el lodo. Los caballos pateaban su cuerpo.

«¡Sálvese el que pueda!», gritaba el mayor para tener él mismo una excusa y razón para escapar. Su teniente ya estaba unos cien mil kilómetros arriba de él, tocando un arpa.

El mayor había cabalgado escasamente cincuenta pasos y creíase ya escondido, cuando le saltaron de un lado de la maleza cinco muchachos. No tardó más de dos segundos en errar la puntería una bala de su elegante revólver chapado en oro, y cinco segundos después su mejor amigo no hubiera podido distinguir su enlodado

cadáver de cualquier otro.

Cuatro soldados lograron escapar. Se lo debieron a sus caballos, los cuales estaban tan asustados que vencieron hoyos y lodo y se escabulleron como mejor pudieron.

Los dos flancos de la tropa llegaron al claro medio minuto demasiado tarde. Pues, de otro modo, ni el caballo más temerario hubiera salvado a su jinete.

Sin embargo, la fuga de los cuatro rurales no representó una pérdida completa, pues antes habían tirado sus rifles y municiones para aligerar su huida. Estos cuatro fugitivos encontraron en su precipitado galope a los dos camaradas que habían sido tirados de sus caballos heridos antes del avance hacia el claro y que caminaban de regreso a la finca. Afortunadamente para ellos, varios caballos sin jinete corrían también en esa dirección, por lo que a los cuatro rurales montados les fue posible capturar dos de ellos y montar a sus cansados compañeros. Estos seis hombres regresaron a refugiarse dentro de las paredes de la finca, derrotados y humillados, únicos supervivientes de aquella tropa que antes había salido tan elegante y orgullosa.

A los rurales que habían caído no les quedaban ni sus armas. Sus rifles habían permanecido colgados de la cabeza de la silla cuando los caballos tropezaron y arrojaron al suelo a sus jinetes. A los muchachos les fue fácil apropiarse de las monturas y los rifles.

Cuando se contó el botín, los rebeldes se encontraron con que tenían doce rifles nuevos, ocho revólveres y tres pares de gemelos. Además estaban en posesión de dos ametralladoras, nuevas y pertrechadas con suficiente munición. Los cargadores de los rifles estaban, con muy pocas excepciones, completamente vacíos, pero cada uno de los rurales muertos tenía consigo de cuarenta a sesenta balas adicionales en su cartuchera y en las bolsas.

Entre el botín recogido figuraban relojes, anillos, navajas de bolsillo, y otras pertenencias de los rurales. Estos objetos pasaban a pertenecer a quienes habían matado a los dueños, pero cuando la posesión no podía decidirse con claridad, los muchachos no peleaban por ello. A la mayoría no les interesaba mucho tomar parte del botín. Todo el dinero fue entregado al *Profesor* para el fondo de guerra. Reunieron cerca de trescientos veinte pesos, de los cuales más de doscientos cincuenta había pertenecido al mayor y cuarenta a su teniente. Los soldados tenían, en la mayoría de los casos, menos de un peso en los bolsillos; y algunos ni siquiera diez centavos, pues ya hacía más de seis semanas desde que habían llevado a cabo algún registro en las casas de los ciudadanos que habían sido denunciados como opositores del régimen en el poder.

Lucio Ortiz, llamado *el Coronel*, que había llegado con la tropa de retaguardia, tenía cierta experiencia en el manejo de ametralladoras, pues había recibido entrenamiento en el uso de estas nuevas armas en su batallón. Se le regocijó el corazón y levantó el pecho cuando vio estas dos bellísimas y relucientes ametralladoras. Las abrazó y las besó como a su novia.

—¡Ay, qué chamacas tan lindas; cómo les voy a hacer cosquillas! ¡Las haré saltar! —dijo, acariciándolas y dándoles palmaditas—. Y ustedes responderán salpicando a esos condenados verdugos hasta que el mismo Dios en el cielo tenga que reírse. Esto es lo que hemos estado deseando, muchachos.

Volteó hacia el grupo de hombres que se habían reunido a su alrededor para ver estas fantásticas armas, las cuales la mayoría de ellos ni siquiera habían oído nombrar y desconocían por lo tanto sus efectos.

—*General* —gritó—, ¿a quién vas a encargar de estas dos humildes jeringas? Su bronce pulido parece oro resplandeciente. Oye, *General*, debes de nombrar a alguien que se encargue de estas linduras. ¿Qué dices, *General*?

El General se acercó riendo y dijo:

—Está bien, *Coronel*. Tú estás al mando de las ametralladoras. Yo no puedo hacerme cargo de todo. Quedas nombrado.

—Gracias, *General*. Formaré un pelotón de ametralladoristas y empezaré a instruir a los muchachos. ¡Qué caramba, maldita sea, ya pasamos lo peor! Con éstas me echo dos regimientos del Caudillo. Ojalá nos enviara dos regimientos. O hasta una división. Mientras más, mejor. Me gustaría también quitarles dos cañones de campaña. ¿Y si el tipo ese sentado en su trono cargado de águilas se viera precisado a enviar dos divisiones en contra de nosotros? Quizá trajeran hasta seis cañones de campaña. ¡Caray!, todo lo que tiene que hacer es mandarlos, que nosotros se los quitamos pronto. Así sí podríamos marchar sobre Tullum y hacer una visita de cortesía al gobernador.

Completó sus bromas con una fuerte carcajada, pero al descubrir a Andrés entre los que le rodeaban, continuó de muy buen humor:

—¡Epa, Andreúcho!, ¿qué te parece? ¿Sabes leer y escribir lo bastante? Ne'sitamos un gobernador de los nuestros.

Andrés, guiñando un ojo al *Coronel*, al *General*, al *Profesor* y a Celso, dijo sonriendo:

—Discutiremos cómo está el puente cuando lleguemos a la orilla del río. Es un camino bastante largo a Tullum. Y de aquí al zócalo de Tullum, en donde está el palacio de gobierno, hay tres batallones de infantería, dos regimientos de caballería y probablemente veinte compañías de rurales.

El General puso una cara larga, hizo un gesto agrio y, observando de pies a cabeza al *Coronel* a cargo de la sección de ametralladoras, comentó:

—¿Oyes eso? Hay veinte compañías de rurales entre aquí y Tullum.

El Coronel echó una ojeada a su derredor para ver qué cara ponían los muchachos. Ellos, sin embargo, permanecieron impasibles, sin preocuparles su suerte futura. Regimientos y batallones podían o no interponerse en su camino. Éstos serían atacados conforme y cuando se encontraran. Mientras no se encontraran, les era igual si había ocho regimientos u ochocientos esperando ser vencidos por ellos.

Aunque la batalla se había desarrollado rápidamente y había terminado en victoria para los rebeldes, había tenido su saldo sangriento. Si la idea del *General* se hubiera llevado a cabo tal y como él lo había planeado, habría sido posible aniquilar a los rurales antes de que éstos hubieran tenido tiempo de hacer dos primeros diez disparos.

Cuando se dieron a la tarea de recoger a sus muertos, encontraron que éstos sumaban diecinueve. Además tenían cerca de treinta heridos, la mayoría a consecuencia de las balas y una minoría por heridas de sables y coces de caballos espantados. Antes del anochecer, ocho de estos heridos habían fallecido, por lo que el número de muertos aumentó a veintisiete.

Fueron enterrados sin mucho aparato. Cuando ya todos habían sido cubiertos con tierra y algunos muchachos habían mascullado los pocos rezos que recordaban, se olvidaron de ellos completamente.

El Profesor dijo a los hombres que estaban parados alrededor de los pequeños montículos de tierra, sobre los cuales se habían colocado unas burdas cruces:

—Nosotros somos rebeldes, ¿no es así, muchachos?

—¡Tierra y Libertad! —gritaron por toda contestación.

—Correcto, camaradas; tierra y libertad para todos. Tierra sin capataces y sin amos. Y precisamente porque somos rebeldes, no tenemos tiempo ahora de llorar a nuestros hermanos caídos. Ya los recordaremos cuando hayamos ganado la revolución. Y entonces los recordaremos con honor, con devoción, y con gratitud, porque ellos cayeron por la causa de la revolución. Pero ahora no tenemos tiempo para eso. Ahora tenemos que pensar en los vivos y en la victoria. Los caídos no pueden celebrar la victoria; para los victoriosos, la celebración. Los que ahora yacen aquí enterrados tuvieron que sucumbir para que nosotros podamos conquistar. Ellos no han sido los primeros en morir por la tierra y la libertad en contra de un cacique, y tampoco serán los últimos en morir así. Pero una cosa puedo prometerles, muchachos, y lo que aquí les prometo, algún día será una realidad. De todos los que estamos aquí frente a las tumbas de nuestros hermanos muertos, ni dos docenas quedaremos vivos cuando triunfe la revolución. Pero eso no importa. Nosotros no somos los primeros hombres sobre la tierra, ni tampoco seremos los últimos. Después de nosotros vendrán cientos, miles de generaciones, y esas generaciones que vendrán después de nosotros vivirán libres de tiranos, opresores y dictadores, y nos darán las gracias y nos honrarán, a nosotros que morimos por su libertad. Eso también vale algo, el ser honrados por las generaciones futuras. Pero esos, esos que están tirados allá en jirones y pedazos, caídos como mercenarios del dictador por sostenerlo en el poder, mientras él alimenta al pueblo con mentiras, esos serán olvidados antes que esa rama desprendida de aquel árbol. Las futuras generaciones no los recordarán como combatientes, como fieles soldados, sino como instrumentos del verdugo, como

torturadores cuya única sabiduría consistió en ser obedientes lacayos del Caudillo y de sus aristócratas y científicos. Los tiranos dictadores y opresores de los hombres ocupan solo una breve parte de la historia de la Humanidad, aunque esa parte esté colmada de terror y de ansiedad. Pero a nosotros, como a todos los que luchan por la libertad, por la justicia humana y por la democracia, a nosotros nos pertenece toda la historia del hombre. Nosotros colaboramos, mientras que esos serviles quisieran detener el tiempo; ellos son los enemigos del progreso pacífico. Y así, camaradas, nos despedimos de nuestros hermanos caídos. Quitémonos todos el sombrero y honremos a los que han caído por nuestra revolución. Tomemos cada uno un puñado de tierra y depositémosla sobre las tumbas en donde ahora duermen. Y después de eso gritemos: ¡Tierra y Libertad! ¡Viva la revolución agraria! ¡Abajo los dictadores y los tiranos! ¡Tierra y Libertad!

Cuando los muchachos habían gritado esta invocación que *el Profesor* había pronunciado ante ellos, y guardado unos segundos de silencio, *el Profesor* levantó su mano y dijo, ahora con voz reposada:

—¡Adiós, muchachos! ¡Que duerman bien! ¡Adiós, muchachos! ¡Dulce es morir por la revolución de los pobres y de los oprimidos!

Se puso su sombrero y caminó hacia *el General*. Con una voz completamente cambiada, dijo:

—¡Ahora, a la finca!

El General saltó sobre su caballo, para poder ser visto, y gritó a través del tropel:

—¡A la finca, muchachos! ¡Adelante!

Cuando el último hombre de aquel núcleo levantó sus bultos y empezó la marcha siguiendo a la avanzada, los restos mutilados de los rurales ya estaban cubiertos por enjambres de hormigas coloradas.

Por encima de la espesura, donde las nubes comenzaban a amontonarse, se veía una bandada de zopilotes acercándose cada vez más hasta formar un estrecho círculo sobre aquella parte del llano donde se había librado la batalla.

Al frente de la tropa caminaban *el Profesor*, Celso y *el General*, quien había desmontado y llevaba al cuello los gemelos del mayor. Se detuvo y miró por ellos hacia la finca, los enfocó, miró otra vez y entonces los dejó caer hasta donde alcanzaba la correa.

El Profesor también tenía binoculares, el tercer par estaba en poder del *Coronel*, quien una vez más dirigía la retaguardia, ayudado por Andrés.

—Es una gran cosa tener tan buenos anteojos —comentó *el Profesor*, palmeando cariñosamente sus binoculares, que, del mismo modo que los del *General*, colgaban sobre su pecho todo lo que permitía la correa.

—Supongo que sí —replicó *el General* con indiferencia—. Supongo que este pedazo de mirador es algo fino. Pero no sirven de mucho. Cuando uno puede ver a esos marranos por estas cosas, uno está muy lejos pa' echarles el guante. Cuando están lo suficientemente cerca pa' darles una entrada, entonces no se necesitan

anteojos. Y cuando están tan cerca que les puede uno meter un machete en la panza, las mugres estas solo se bambolean de un lado a otro en la cintura, y bien que estorban. ¿Qué hago yo con semejantes porquerías? Puede que estén bien para esos malditos vendidos, pero no para un rebelde.

Se quitó los anteojos del cuello y se los entregó a Celso.

—Ten, son tuyos. Tú eres un *Coronel* y puedes usarlos debidamente.

—¡Demonio! —contestó Celso—. ¿Qué hago con esta cochinada? Yo no ne'sito unos anteojos, puedo ver muy bien sin ellos; a quinientos pasos puedo ver un pajarito parado en una rama y hasta puedo distinguir si es hembra o macho.

El General rió de buena gana.

—Ya ves, *Profesor*, nadie los quiere ni regalados.

—Está bien. Dámelos a mí. Los anteojos que yo tengo están tan llenos de burbujas y manchas que me caen bien los tuyos. Mis ojos no son tan buenos como los de ustedes. Yo los tomaré.

—Con gusto —contestó *el General*.

El Profesor se quitó los suyos y los cambió por los nuevos que le ofrecían, y, colgándose éstos al cuello, gritó a los muchachos:

—Oigan, ¿quién quiere unos anteojos de campo?

Nadie los quiso.

El Profesor se detuvo un momento y miró a su alrededor. Entonces se fijó en el pequeño Pedrito, que caminaba resueltamente hacia él. El niño traía, al igual que los hombres, su pequeño bulto sobre la espalda. Desde luego este bulto era proporcionado a sus fuerzas.

A su lado caminaba su joven tía, Modesta, cargando también su fardo. Era una india tsotsil, como de unos diecisiete años, y de apariencia bastante agradable.

—¡Epa, chamaco! —le gritó *el Profesor*—. Aquí hay un regalo para ti: dos pequeños tubitos clavados juntos. Si te fijas bien, con ellos verás a los hombres de la luna, cruzando los ríos sobre sus canoas.

El pequeño se dirigió a su tía:

—¿Es cierto, tía, que con estos carretitos uno puede ver a la gente de la luna en sus canoas?

—Yo no sé de eso, m'ijito —contestó Modesta sonriéndole—. Pero tómalos, si te los da *el Profesor. El Profesor* es una persona muy lista, un hombre muy educado. Si él dice que tú puedes ver a la gente en la luna por esos pequeños tubitos, entonces así es.

El Profesor colgó los anteojos de larga vista en el cuello del niño.

El pequeño se sintió como si el maestro lo hubiera condecorado con una medalla. Con su carita resplandeciente, hizo una seña a otro muchacho un poco más grande que él que caminaba con la tropa, y le enseñó su nuevo juguete.

El muchacho examinó los anteojos por todos lados y después dijo desdeñosamente:

—Con eso no podrías dispararle ni a una liebre coja. Lo que yo quiero es un rifle, y eso es lo que me voy a conseguir en la siguiente batalla. Tú nada más fíjate cómo me lo voy a ganar. Con mi navajita ésta me conseguiré un rifle. Todo el tiempo durante esta caminata he rezado mañana y tarde a la Santísima Virgen para que topemos pronto con algunos rurales o federales. Lo que tú tienes ahí no es más que un juguete para chamaquitos como tú, pero no para hombres como yo. Yo soy un rebelde y me conseguiré un rifle.

Este chico tenía diez años, pero llevaba un bulto que seguramente pesaba unos treinta kilos.

Pedrito no iba a dejar que le despreciaran el regalo del *Profesor*. Tocó con el codo el brazo de Modesta furtivamente.

—¿Habrá luna ahora en la noche, tía Modesta?

—No, mi vidita; no creo. La luna no brillará sino hasta la semana entrante. Tendrás que esperarte hasta entonces antes de que puedas ver a los hombres remando en sus canoas.

—Tía —dijo el niño después de un momento de silencio—, ¿podré ver entonces a los que se han ido y viven en las estrellas?

—Quizá, hijito. Hoy en la noche nos fijaremos muy bien para ver si salen las estrellas. Y entonces buscaremos a la más grande y que tenga más linternitas brillando y a lo mejor podremos ver allí a la gente que hace las nubes pa’ nosotros y que pinta las flores tan brillantemente y que enseña a cantar a los pájaros.

IV

1

Grandes jirones de nubes oscuras huían por las alturas en fuga precipitada cuando la tropa marchaba a través de la pradera hacia la gran finca, dejando al sol brillar regocijante en un cielo azul.

Semejante a una fortaleza, la finca estaba rodeada por un alto muro. Afuera, a unos ciento cincuenta metros de él, hacia el norte, estaba el poblado de los peones.

La tropa se acercaba hacia la finca por el este. *El General*, *el Profesor*, Celso, Andrés y unos diez muchachos montaban caballos de los que habían pertenecido a los rurales. Los otros caballos, mulas y burros de la tropa, estaban llenos de mataduras causadas por las pesadas cargas que habían tenido que soportar. Además se encontraban hambrientos y exhaustos por las largas caminatas a través de la pantanosa selva y de los rocosos desfiladeros. Muchos de estos animales sucumbían en el camino y había entonces que descargarlos para poder seguir adelante. Unos caían al abismo desde las angostas veredas montañosas, mientras otros se perdían sumergidos en los pantanos o se ahogaban al cruzar algún río, demasiado agotados para luchar en contra de las corrientes turbulentas.

De pronto los jinetes que marchaban a la cabeza de la tropa dominaron con su vista los edificios de la finca. Todo parecía demasiado quieto.

—Seguro que el hacendado ha huido con toda su familia —dijo *el General*—. Sí, esos malditos que se nos escaparon les han de haber traído ya noticias de que no quedó ninguno de sus gloriosos hidalgos para lucir aquí sus relucientes uniformes de changos de organillo bien vestidos. Pero desde el momento en que huyen es porque al fin se dan cuenta de que tienen que tomarnos en serio, que sabemos pelear y que nos importa un bledo si salimos vivos o muertos de las refriegas.

—Bien dicho, *General* —asintió *el Profesor*—. Eso es lo que estos jijos de la tiznada tienen que aprender tarde o temprano; tienen que comprender que a la larga perderán, pues nosotros o triunfamos o morimos. De todos modos, ya no tendrán esclavos a quienes poder golpear y explotar.

Uno de los muchachos, que por haber recogido el clarín de los rurales había sido nombrado corneta de la tropa, cabalgaba a un lado del *General*.

—Mejor pa' nosotros si la finca está desierta —dijo—. Así la tendremos pa' pasar la noche y mañana descansar.

—Bueno, tendremos dos días de descanso allí —contestó *el General*.

—Pero a lo mejor llegan los federales —dijo otro de los hombres.

—Ojalá y así fuera —*el General* tomó esto como un hecho—. Pa' nosotros es igual lidiar aquí en la finca con el batallón que mandarán en nuestra persecución, que

en el camino a Hucutzín o Achlumal, o en cualquier otra parte antes de que lleguemos a Jovel o a Balún Canán. Mientras más pronto nos encontremos, más pronto nos hacemos de más armas. Mientras el dictador insista en seguir en su trono y crea que nos puede apaciguar con ametralladoras, seguirá enviándonos federales. Ya sea aquí o más allá. ¡Ah, caramba! —se interrumpió bruscamente—. ¿Qué demonios pasa allí? —se irguió en los estribos y gritó a los muchachos que estaban montados —: ¡Avancen! ¡Al ataque! ¡Hacia esos peones!

Un grupo de peones de la finca, hombres, mujeres y niños, sumando más o menos unos cincuenta en número, se habían lanzado fuera de sus miserables chozas de adobe y, dominados por el pánico, trataban de huir hacia el oeste, donde la maleza quedaba más cercana. Los perros ladraban y los peones hacían esfuerzos desesperados por arrear su ganado. Cuando se dieron cuenta de que este ganado los demoraba, dejaron a los animales defenderse por sí solos y corrieron tras las familias que encabezaban la fuga.

2

En menos de diez minutos los hombres a caballo rodearon a todas las familias y les cortaron la retirada hacia la espesura.

Se dejó escuchar un desesperado grito de temor. Los fugitivos cayeron de rodillas y elevaron sus manos implorantes rogando a los rebeldes les perdonaran su miserable existencia. Protestaban gimiendo que ellos eran solamente unos pobres peones que no habían hecho mal a nadie y que nunca habían revelado al patrón una sola palabra de la rebelión en las monterías a pesar de estar enterados.

—¡Levántense todos! —gritó *el General*—. No hay ne'sidad de que ninguno se arrodille ante mí. Métanse eso en la cabeza. A mí nadie me suplique hincado. Todos somos iguales y nadie es superior o inferior.

Sin comprender esta afirmación, a pesar de la forma clara y directa en que había sido formulada, sino simplemente obedeciendo la orden, todos se pusieron de pie. Sumisamente, los hombres sostenían los sombreros en las manos, las cabezas inclinadas y los ojos fijos en el suelo, esperando respetuosamente que alguno de los vencedores se dignara llamar a algún peón por su nombre, otorgando así permiso para levantar la vista hacia su amo.

Las mujeres se cubrieron completamente la cabeza y la cara, asomando apenas un ojo a través de un pliegue de sus deshilachados rebozos, sin atreverse a levantar ese ojo más allá de las patas de los caballos cercanos. Algunas mujeres sollozaban y se sonaban con unos trapos utilizados a guisa de pañuelos, mientras que los niños, lloriqueando y chillando, se escondían detrás de los adultos. Varios niños de pecho lloraban al despertar y trataban de asomar sus cabecitas fuera del apretado bulto del rebozo en las espaldas maternas, sintiéndose sofocados seguramente; otros chiquillos

balbuceaban inocentemente golpeando con sus puños pequeñitos sobre el cuello de sus madres. Una de ellas, para evitar parecer irrespetuosa ante los jinetes, trataba de impedir, con disimulados movimientos de cabeza, que su niño surgiera de entre los trapos de su espalda, hundiéndolo como si quisiera de ese modo negar la existencia de la criatura. Los perros empezaron a reñir y a ladrar. Algunos, muy atrevidos, intentaron morder las patas de los caballos. Tan pronto como los peones notaban tal impertinencia en sus perros, les daban unos puntapiés tan fuertes, que los arrojaban a varios metros de distancia.

A los intimidados peones de la finca se les había escapado el hecho de que los recién llegados estaban igual o más desharrapados, sucios y piojosos que ellos mismos. Tampoco parecían percibir que estos victoriosos muchachos eran indios como ellos, que pertenecían a su misma clase y que, como ellos, consideraban a todos los patronos unos tiranos.

Pero estos rebeldes montaban briosos caballos y portaban armas. El que cabalgaba sobre tan fino caballo, y poseía rifle y pistola y se enfrentaba a los rurales, y aún más, los derrotaba, éste tenía que ser un nuevo amo; probablemente un amo más cruel, más despiadado e injusto que el anterior.

Aquel que tiene un rifle y un revólver es el amo del que no los tiene. Los muchachos llevaban revólveres y por lo tanto eran vistos como los nuevos amos y patronos. No importa que fueran indios desharrapados; para ellos esto era una mera coincidencia. Mañana estarían tan bien vestidos como los ladinos.

Los peones tenían sus buenas razones para huir y sentir un terror mortal cuando veían llegar a los rebeldes. Ellos conocían su tierra, su bellísima, sufrida y abnegada tierra; habían nacido y crecido en ella; aquí no se usaban las pistolas de adorno, se llevaban con el objeto de usarlas a la primera oportunidad. Sabían que habiéndose librado una batalla entre rurales y rebeldes, los victoriosos eran ahora los rebeldes, pero algunos habían caído en la refriega. Los caídos debían ser vengados, y la venganza tenía que ser ejercida en aquellos que no podían defenderse a sí mismos. Nadie investigaría si habían tenido algo que ver con la batalla o no. La dictadura se distingue siempre de otras formas de gobierno, principalmente por su intransigencia, por la implacable descarga de su venganza sobre los más débiles y humildes. Los peones pertenecían a la finca, en donde los rurales habían estado en acecho, donde los habían atendido y de donde habían recibido toda clase de ayuda de parte del amo. El hacendado, junto con su familia y sirvientes de la casa, había huido; sobre ellos no era posible ejercer la venganza. Pero los peones, que no se habían ido antes porque se habían dado cuenta de la huida de sus amos demasiado tarde, estaban aquí; los victoriosos bien podían tomar venganza y represalias en ellos a falta de los culpables. El prisionero siempre es culpable; puesto que es un prisionero, su defensa queda restringida.

Después de más de treinta años de dictadura, los peones sabían que ellos eran siempre los perdedores, siempre los castigados, siempre los azotados y siempre los

colgados. Los rebeldes caían en la batalla. El proletariado sobreviviente, que nunca es consultado sobre si debe o no haber una guerra, es siempre el que tiene que pagar por ésta, de un modo o de otro.

3

—¿Por qué corrían? —preguntó *el Profesor*. Se apeó del caballo y caminó hacia los hombres más cercanos; los palmeó en los hombros y en las espaldas para demostrarles que los consideraba sus amigos.

Y no fue por amistad —pues los peones nunca cedieron en su desconfianza—, sino por cortesía y para no disgustar a los vencedores, por lo que ahora levantaron la vista y se esforzaron por comportarse como si aceptaran la autenticidad de esta oferta de amistad. Algunas mujeres se acercaron y besaron la mano al *Profesor*. Un grupo de hombres y la mayoría de las mujeres corrieron hacia los demás recién llegados, quienes paulatinamente se iban apeando de sus caballos, y los saludaban haciendo profundas reverencias y besándoles las manos.

El Profesor preguntó otra vez:

—¿Por qué corrían? No deben temernos, no les vamos a hacer nada.

Los hombres insinuaron, sin éxito, una tenue y triste sonrisa.

—Bueno, díganme ¿por qué? ¡Hablen! —*el Profesor* abrazó a uno de los hombres —. El patrón les dijo que nosotros somos bandidos, ¿no es así? ¿No es eso lo que dijo ese tal por cual?

Temerosamente, los peones negaron con un movimiento de cabeza. Eso era exactamente lo que el hacendado les había dicho. Pero ni con tormento les hubieran sacado semejante acusación, pues de repetir lo que les había dicho el patrón, los rebeldes hubieran supuesto que eso era lo que ellos mismos pensaban. Así había sido siempre en los interrogatorios a que los sometían el hacendado o la policía. Si alguno de ellos repetía algo que había oído, inmediatamente era acusado de haberlo dicho él mismo. Los dictadores le enseñan a uno a no ver, a no oír, a no saber, a no pensar, y a abrir la boca sólo para gritar: «¡Viva!»

Los peones, acostumbrados durante siglos a tener amos tiranos, caciques y dictadores, no esperaban que una revolución los liberara ni siquiera allí donde eran divididos los latifundios entre las familias de los peones, en los pequeños ejidos. Ellos sabían que permanecerían esclavos, con la única diferencia de que sus amos serían otros que ahora se llamarían revolucionarios, y que los nuevos ricos utilizarían a los ejidatarios aparentemente liberados para enriquecerse aún más; sabían que los nuevos políticos los usarían para aumentar su influencia con la ayuda de los ahora independientes peones, quienes seguirían viviendo en un constante estado de terror debido a los asesinatos y a las bestialidades. Los campesinos, desde tiempo inmemorial, sabían que estos nuevos amos, igual que los anteriores, podrían cometer

toda clase de crímenes para lograr ser diputados, senadores o gobernadores. ¿Por qué habrían de tener fe en que una revolución cambiara algo? Los nuevos amos, una vez que alcanzaran los puestos ambicionados, los usarían para llenar con más oro sus arcas. ¿Para qué otro propósito querían los puestos?

—No hay motivo para que ustedes huyan de nosotros, amigos —dijo Andrés entonces—. Nosotros somos sus amigos.

—Con su permiso, jefe —respondió un hombre—, nosotros no estamos huyendo. Nosotros sabíamos muy bien que ustedes eran nuestros amigos. Solo queríamos ir allí dentro de la maleza.

—Entonces, ¿por qué se llevaban sus ollas y sus cabras y puercos? —preguntó *el Coronel*.

—Queríamos hacer una fiestecita allí esta tarde. Una fiesta muy chiquita para un santo; un santito, sabe, un santito de los nuestros, y no queríamos que el patrón supiera que todavía les rezamos, aunque muy de cuando en cuando, a nuestros propios dioses.

Andrés caminó hacia Celso.

—No son tan tontos —le dijo riendo—. A mí nunca se me hubiera ocurrido disculpa tan buena allá en nuestra finca. Si ellos quieren celebrar a alguno de sus santos antiguos, no lo pueden hacer cerca de la finca, donde el patrón los podría descubrir y castigar duramente por descreídos. Por eso se esconden en la maleza; y claro, eso solo lo hacen cuando el patrón no está, cuando éste se ha ido con toda su familia a la ciudad o de visita a otra finca.

—¿Dónde está tu patrón? —preguntó *el Profesor* a uno de los hombres.

—¡Ay, patroncito!, perdóneme, pero no sé. No nos dijo. Yo creo que salió con su familia a una boda. Algo dijo la semana pasada.

—¿En dónde es la boda?

—No sé; pero creo que es en Tumbala.

Túmbala distaba como unos seis días de viaje a caballo.

4

Ahora que la tropa de avanzada se había acercado lo bastante, *el General* les gritó a todos que marcharan hacia el patio de la finca. Los edificios allí eran lo suficientemente grandes para que todos los hombres durmieran, por primera vez en casi seis semanas, bajo techo; protegidos de la lluvia, de los rayos y tormentas y del acecho de los tigres y los reptiles.

—Y todos ustedes —*el Profesor* se dirigía a los peones— vienen con nosotros al patio.

Al oír esto, las mujeres de los peones empezaron a gemir y a lloriquear arrodillándose nuevamente pidiendo clemencia, pues estaban seguras de que se les

había ordenado entrar al patio solo para presenciar el asesinato de sus maridos. Los hombres no dieron muestras de miedo. Caminaron, como se les había ordenado, dentro del patio. ¿De qué servía quejarse? Ellos sabían muy bien que si estaban predestinados a ser asesinados no tenía objeto gritar y llorar o suplicar piedad abyectamente. La única cosa que podría ayudarlos sería resistir, desobedecer, echar mano de sus armas y matar a aquellos que estaban dando las órdenes, pero esto no lo harían, simplemente porque eran como soldados obedientes cuyos cerebros y poder de resistencia ha sido entumecido en las primeras semanas de entrenamiento militar. Además, ellos tienen su amor propio y en bien de éste deben aceptar cualquier cosa, pues solo los rebeldes indignos y los renegados de Dios no lo hacen.

Minutos después, las hogueras ardían en el patio. Como hormigas, los muchachos invadían las habitaciones de la finca. Todo cuanto era considerado útil era saqueado: mantas, sillas de montar, ropas, zapatos, trajes, cofres y cajas. Una máquina de escribir fue lanzada al espacio formando un ancho arco y desbaratándose en fragmentos al estrellarse en el patio. Tres máquinas de coser siguieron la misma suerte. Todos los muebles de madera eran despedazados, mesas, sillas, camas, anaqueles. Para los rebeldes era más importante tener leña con qué alimentar las hogueras que la posesión de un piano, el cual también fue arrojado en pedazos a las llamas. Después siguieron las puertas. Durante siglos, estos hombres habían estado acostumbrados a no tener mesas, ni sillas, ni puertas en sus chozas miserables. Ellos no veían en un piano otra cosa que una caja de madera con alambres. ¿Por qué habían de respetar objetos que no habían sido hechos para ellos, que no tenían otro significado que el de ser propiedad exclusiva de sus amos? Esos objetos se volvían odiosos por el hecho de pertenecer a los patronos, a aquellos a quienes se había enseñado a disfrutar de ellos.

—¿Quién es ése del cuadro, el hombre ese con las medallas y cruces en el pecho? —preguntó uno de los muchachos señalando un gran retrato clavado en la pared.

—Ése es el mero Caudillo, el dictador, el más noble jefe del país —gritó *el Coronel* lanzando un escupitajo en medio de la cara del retrato.

La saliva resbaló sobre las condecoraciones admirablemente pintadas; y antes de llegar al ancho cinturón de cuero y de manchar la preciosa águila de oro de la hebilla, uno de los hombres saltó y, arrancando el retrato de la pared, dijo:

—Debería echarle algo en la mera nariz, pero no soy tan puerco como para hacerlo aquí en este cuarto tan elegante en donde vamos a dormir divinamente esta noche, por primera vez en la vida. Mejor me lo cuelgo atrás.

Diciendo esto, separó la tela del marco y metió la parte superior de ella bajo su cinturón, dejando que el resto colgara hacia abajo.

En los cuartos había una variedad de retratos y pinturas, finamente ejecutadas, del patrón, su esposa, su padre y el cielo sabe quiénes más. Había cuadros representando escenas de ópera y tragedias griegas. Ningún cuadro quedó intacto. Todos fueron arrojados a la hoguera. Las habitaciones pronto se vieron desoladas; pero mientras

más vacías estaban, más a gusto se sentían aquellos hombres. Exceptuando al *Profesor*, ninguno estaba acostumbrado a tener muebles en sus chozas o en las de sus antepasados, y si habían conocido cuadros eran solo aquellas amarillentas y desteñidas reproducciones en almanaques viejos regalados por las casas vendedoras de cigarros y cerveza. Alguna vez habían visto también retablos en los cuales el dibujante no había tomado en cuenta para nada la anatomía.

En los pisos de mosaico de las habitaciones se extendían los petates y bultos de los rebeldes. Solamente dos de las piezas de toda la finca tenían pisos de madera; éstas eran, desde luego, las recámaras del amo y el cuarto de huéspedes. En estas habitaciones se acomodaron las mujeres y los niños de la tropa.

5

En el ancho patio todo era bullicio, ruido y alegría. Los amigos y compañeros muertos habían sido olvidados. Existían cosas más importantes en qué pensar; quien vive y debe continuar viviendo no puede preocuparse por los muertos. ¡Que cada cual se preocupe por sí mismo!

Se refrescaban con buena agua cristalina. En veinte lugares distintos la gente se bañaba o lavaba su ropa. Rugientes y estruendosas, diez o doce hogueras ardían en el patio y nadie recordaba haber visto nunca fogatas tan alegres como éstas. Siempre habían tenido que usar leña verde y húmeda cuyo humo les hacía arder los ojos. Pero estos cuadros y muebles y los gruesos marcos dorados de los grandes espejos estaban secos como huesos viejos y hacían una fogata bellísima, que aunque a veces apestaba a barniz y a pintura, ardía libre y jubilosa.

Se escuchaban canciones y música de órganos de boca y guitarras primitivas, silbidos, bromas, danzas y bailes. No parecía reunión de hombres maduros convertidos ahora en guerreros y rebeldes, sino más bien un tropel alegre y exuberante de adolescentes de ambos sexos que salen de excursión.

Los peones, acompañados por sus mujeres y niños, se mantenían en medio del patio, acurrucados tímidamente como animales asustados. Estaban cerca del altar de piedra sobre el cual se encendía todas las noches una gran pira que se mantenía ardiendo hasta casi la medianoche para hacer menos tristes y sombríos el patio y los extensos corredores. Ni en las más ricas y grandes fincas de aquella remota región había luz eléctrica. Una lámpara de petróleo era en sí un lujo tan inaudito, que para observarlo, los hacendados y sus familias hubieran gustosamente emprendido un pesado viaje de dos o tres días a alguna finca cercana que la tuviera. Todos usaban velas, generalmente hechas en casa. Los peones no tenían otra luz en sus chozas que aquella que emanaba de la lumbre que usaban para cocinar, encendida sobre el suelo o en un pequeño anafre de barro. Cuando no había fuego ardiendo, se iluminaban con astillas de pino. Los peones solo encendían velas en sus chozas en los velorios o en

honor de algún santo de su devoción. Para amo y peón todo era tal y como había sido durante los últimos cuatrocientos años.

Era aún muy temprano para encender la pira de leña sobre el altar, pues faltaban aún tres horas para que se pusiera el sol. A los peones de la finca que se les había ordenado entrar al patio, se les dejó solos por un buen rato. Ninguno se atrevió a escapar, aunque estaban bien familiarizados con los edificios; y podían haberse evadido fácilmente, pues los centinelas que custodiaban las dos puertas eran tan negligentes como solo pueden sellos centinelas de fuerzas rebeldes y ejércitos revolucionarios.

El Profesor se acercó a los peones, seguido por *el General*, Celso, Andrés, Santiago y unos veinte hombres más de los que tenían algo que decir en esta rebelión, pues sus demás compañeros de armas se contentaban con que se les permitiera pelear. Aparte de eso no tenían responsabilidad alguna, ni tampoco la deseaban, pues apenas si llegaban a comprender algunas de las ideas de las cuales *el Profesor* hablaba tanto. Siempre estaban dispuestos a sacrificar sus vidas en las batallas, y a cambio de ello solo deseaban que se les dejara en paz después, y que una revolución triunfante aliviara para ellos y sus hijos su miserable existencia. Su idea de la rebelión se resumía en los sencillos pensamientos: «¡Abajo la dictadura! ¡Abajo los tiranos y opresores!» Pues mientras la dictadura no fuera derrocada, no podía haber ¡Tierra y Libertad! Eso era claro para todos. Lo demás —las cuestiones acerca de los derechos del hombre, las utilidades, capitalismo, democracia, socialismo, comunismo, cooperativismo, etc.— los adormecía y atontaba. Es por eso por lo que tantas insurrecciones se desvían, porque el proletariado está completamente hastiado de ideas y polémicas sobre asuntos que no comprende. Ellos desean resultados inmediatos y palpables, y no explicaciones acerca de que después de cada rebelión o guerra viene un desbarajuste tal que al principio todo tiene que ser caos y confusión; que una revolución, como un árbol, tarda años en dar sus frutos, buenos o malos.

—Ven acá, manito —llamó *el Profesor* a Andrés—. Tú hablas el idioma de esta gente, ¿no es así?

—Por supuesto. Hablan tzeltal como yo.

—Bien, Andrés, quédate a mi lado y les traduces todo lo que ellos no entiendan bien.

—Muy bien, *Profesor*, habla. Te ayudo con gusto.

El Profesor se colocó de un salto sobre el altar de piedra y gritó a los peones que se acercaran. Cuando empezó a hablar, sus hombres se fueron aproximando para escucharlo, pero cuando se dieron cuenta de que se dirigía sólo a los peones de la finca, se alejaron a cierta distancia.

—No teman acercarse, hermanos —dijo a los peones.

Acompañaba estas palabras de una sonrisa amable; y la gente, tomando un poco de confianza, empezó a acercarse más.

—¿Cómo es de grande esta finca? —preguntó.

—Quizá unas mil caballerías —gritó uno.

—Tú no sabes de qué hablas —interrumpió un vecino—. Es cuando menos tres veces más grande.

—Claro que sí —gritó otro osadamente desde atrás—, claro que sí. Es diez veces más grande.

Después uno de los peones más viejos empezó a describir reflexivamente los límites de la finca. *El Profesor* y *el General*, situados en lo alto del altar, podían fácilmente calcular la extensión del terreno, máxime que la casa de la hacienda había sido construida sobre una loma casi en el centro del vasto feudo.

—Deben ser más o menos cincuenta mil hectáreas —dijo *el Profesor* al *General*.

—Por lo visto.

—¿Cuántas familias son ustedes? —preguntó *el Profesor*.

Andrés repitió esta pregunta en tzeltal.

—Noventa, más o menos —contestó el hombre a quien *el Profesor* se dirigía.

—No son noventa, qué va, hay más de cien —intervino otro.

—Los dos están locos —gritó un tercero—. ¿De dónde sacas que somos noventa familias? Si contamos al mayordomo, al carpintero y al cordelero, aun así no somos noventa. Y eso que ellos no son peones como nosotros. Todos se fueron con el patrón. Y se olvidan, también, que cinco familias fueron regaladas por el patrón a su yerno, y que vendió cuatro familias a don Claudio, quien le dio sus dos mejores caballos por ellas.

—¿Quién es ese don Claudio? —preguntó *el Profesor*.

—Don Claudio es el patrón de la hacienda Las Delicias que está como a veinte leguas de aquí.

—Entonces quedamos en que por todo son como noventa familias las que trabajan aquí para su patrón —dijo *el Profesor*.

—Eso es, más o menos. Hay otras familias más allá, cuidando los rebaños. Ellas tienen su propia aldea, toda para ellos solos, con un capataz. Nosotros raramente vamos por allá. ¿Cómo podemos saber cuántas familias son? Y hay otra guardia allá abajo, en el río.

—Bueno. Dejémoslo en noventa familias.

El Profesor comprendió que nunca lograría saber exactamente el número de hectáreas y de familias de peones en esa finca, así discutiera durante horas.

Su voz cambió de tono y preguntó:

—¿Saben ustedes lo que somos y por qué hemos venido aquí? Su patrón les mintió. Nosotros no somos bandidos. Nosotros somos sus amigos. De hoy en adelante no hay más peones. Ustedes son ahora campesinos libres e independientes. ¿Entienden? Es cierto que hemos venido aquí a matar a su patrón si no les daba libremente esta tierra que ustedes han estado cultivando por largos años hasta ahora y que legítimamente es de ustedes porque perteneció a sus antepasados desde siempre. Además, cuando alguien labra la tierra y no es honesta y debidamente compensado

por su trabajo, a él pertenecen los frutos de esa tierra. ¿Comprenden eso?

Fielmente tradujo Andrés cada palabra dicha por *el Profesor*.

A los campesinos les fue imposible poner a trabajar sus cerebros lo bastante aprisa para entender esta nueva ordenanza, pero todos dijeron:

—Sí, mi jefe.

—¡Yo no soy su jefe! Soy su amigo y compañero, todos somos compañeros. Aquí no hay más jefes, ni patronos, ni mayordomos, ni capataces. Ustedes son ahora los amos de esta finca. Lo primero que van a hacer mañana es salir hacia las tierras y dividirlas entre todas las familias. Cada familia recibirá veinte hectáreas. Usted parece ser el que dirige aquí —*el Profesor* se volvió hacia uno de los peones más viejos.

—No, mi jefe; perdóneme, mi jefe; quiero decir, mi amigo, lo que quiero decir es que yo no soy el que manda aquí. Es Braulio. Él es el más viejo y es compadre de casi todas las familias aquí.

—Está bien, Braulio, ven aquí.

A juzgar por su apariencia, Braulio no era el más viejo de los peones. Pero todos dijeron que él era el más viejo y evidentemente tenían sus buenas razones para reconocerlo como su jefe. Las causas podían venir de unos quinientos años atrás. *El Profesor* no se preocupó por esto.

Braulio se acercó. Ahora todos los peones se acercaban más para no perder ni una palabra del *Profesor*. Se les había quitado completamente el miedo. Las mujeres, menos interesadas en lo que discutían sus maridos con los rebeldes, empezaban a acercarse a las mujeres de los recién llegados y a platicar con ellas. Los niños ya se habían escabullido y hecho amistad con los niños de la tropa. Tenían prisa por sellar su amistad y lo procuraron llevando a los otros niños a cuanto rincón oculto conocían, y allí revelaban secretos de aquellos que atraen a todos los niños.

Había hoyos cuyas profundidades nadie conocía, pero que, según aseguraban los niños, eran los respiraderos de un pasaje subterráneo que iba desde una bóveda de la finca a Hucutzín y allí salía otra vez en la cripta de una catedral. Allí había cangrejos tan grandes como la cabeza de un toro, y los niños de la finca contaban que no eran cangrejos realmente, sino las viejas esposas de peones muertos mucho tiempo atrás, y algunas de ellas eran las abuelas del anterior hacendado, a quienes el brujo había transformado en cangrejos, pero que tomaban su forma de mujeres durante tres horas en la noche de San Juan. Cuatro niños aseguraban haber visto, en la última noche de San Juan, cómo esas mujeres salían arrastrándose fuera del viejo altar de piedra, y después habían observado cómo se dirigían al río, pero lo que habían hecho allí no lo sabían, pues habían tenido demasiado miedo para seguirlas.

Así quedaba sellada la amistad entre los niños.

Las mujeres de los rebeldes se lamentaban con las de los peones acerca de sus dificultades con los crios, y se quejaban de las suegras, que intervenían siempre en todo.

Mientras tanto, también los peones conversaban con los hombres de la tropa, canjeándose tabaco e invitándoles a visitarlos por la noche en sus chozas, donde tenían una media botella bien enterrada para que no se enteraran los viejos.

Fue así como mucho antes de que *el Profesor* llegara al punto culminante del discurso, o sea, a la distribución de las tierras, los peones ya habían olvidado su desconfianza y su temor. Se aseguraban unos a otros que verdaderamente estos rebeldes eran amigables, hombres respetables en todos sentidos.

Por su parte, los rebeldes afirmaban que los peones no eran ningunos brutos salvajes como se les había dicho. Sabían abrir la boca y expresarse con bastante sentido común, al contrario de lo que durante generaciones uno se había imaginado: que eran simplemente idiotas, y siendo idiotas, tenían que ser peones, considerados más estúpidos que sus mismas bestias.

Ahora había llegado a Braulio el turno de hablar. No se encaramó al podio, sino que habló desde el sitio en que se encontraba, cerca del *Profesor*, que seguía arriba y a quien tenía que mirar oblicuamente para poder verle la cara.

—Es un gran evento, amigo, el que usted nos haya dado esta tierra.

—Sí; es propiedad de ustedes desde hoy hasta la eternidad. Ustedes la trabajaron y todo lo que hay aquí les pertenece —confirmó *el Profesor*.

—¿El ganado también? —gritó uno de los peones.

—El ganado también, y todas las construcciones que hay aquí.

Con ambas manos, Braulio se rascó la cabeza alisándose después el grueso cabello negro que ya mostraba muchas rayas grises. Era el gesto inseguro de un campesino que tiene necesidad de comprar marranitos en el mercado pero encuentra el precio demasiado alto y no sabe dónde conseguir otros a mejor precio.

—¡Qué bueno que ya tenemos la finca, amigo! Pero ¿qué vamos a hacer cuando regrese el patrón?

—Nosotros cuidaremos de que nunca regrese.

—Pero, ¿y si a ustedes los agarran los federales? ¿Entonces qué?

—No nos agarrarán. Pierdan cuidado.

—Entonces, ¿ustedes no se van a quedar aquí en nuestra finca?

—Claro que no. Nosotros nos vamos, a entregar a otros peones tierras que legítimamente les pertenecen.

—Pero ¿quién nos protegerá contra el patrón cuando ustedes se hayan marchado?

—Ustedes mismos tendrán que protegerse. Ya les dije que ahora ustedes son los dueños de todo esto. Ustedes son sus propios patronos.

—Pero si el patrón regresa y trae rurales, ¿qué podemos hacer?

—Lo que nosotros hacemos con los rurales. Mátenlos como perros sarnosos, tal y como ellos hacen con ustedes. Lo importante es sostener lo logrado. Ni un paso atrás.

—Bueno, muy bien, amigo —pensativamente, Braulio dio media vuelta y desapareció entre los peones.

—¡Tierra y Libertad! —gritaron los rebeldes. Esta vez algunos peones se unieron

también al grito.

—¡Viva la revolución! —gritó *el General*.

—¡Viva la revolución de los campesinos y de los peones! —llegó un eco desde el patio.

6

A las primeras horas del día siguiente, cuando gruesas neblinas colgaban todavía pesadamente sobre la pradera y la mañana se insinuaba tímidamente, la tropa ya había abandonado la finca.

Y no fue sino hasta más tarde, cerca de las ocho, cuando *el General* marcó el alto sobre una colina y se volvió para echar una mirada a su tropa. Adelante, a unos cien metros de distancia, se atravesaba un río en su camino. En la orilla opuesta, dos canoas que pertenecían a la hacienda, yacían sobre la arena. El río era profundo y sus aguas, rápidas y turbulentas, habían aumentado a causa de las recientes lluvias. Algunos hombres tendrían que nadar en aquellas peligrosas aguas para traer las canoas. Eran las mismas que el hacendado y su gente habían utilizado para huir.

Después de recorrer ampliamente la región con la mirada, *el General* dijo repentinamente, dirigiéndose al *Profesor*:

—Parece que allá atrás los peones se están divirtiendo.

El Profesor enfocó sus binoculares.

—Tienes razón, *General*, de veras que se están divirtiendo. Todo está en llamas. Solo unos cuantos edificios quedan en pie. ¡Caramba, eso es lo que yo llamo una hoguera! Ahora también arde la capilla. La dictadura se despide. El país comienza a llenarse de ruinas. Comenzó con flameantes martirios, terminará con quemazones y ruinas. Un ciclo perfectamente natural.

El General ya no lo escuchaba. Observaba el ancho río.

—Un ciclo perfectamente natural, pero ¡con un demonio! ¿Cómo vamos a pasar nuestro ejército al otro lado? Eso es lo que me gustaría saber. Tardaremos cuando menos dos, posiblemente hasta tres, endemoniados y calurosos días. ¡Pero ni modo; hay que cruzar!

V

1

El ejército rebelde estaba en camino hacia Achlumal.

Por largo tiempo sus jefes habían discutido cuál centro de importancia visitarían primero: Achlumal o Hucutzín, pues en ambos pueblos tenía su asiento un jefe político, ya que cada uno era centro de su pequeño y respectivo distrito. También en ambos lugares se encontraba una compañía de rurales y un importante pelotón de tropas federales.

Al decidir acerca del lugar sobre el que marcharían, *el General* trataba una vez más de interpretar el modo de pensar de los oficiales enemigos, y fue así como determinó marchar hacia Achlumaí y no hacia Hucutzín. Juzgó acertadamente que los rurales y federales que estaban estacionados en Hucutzín estaban convencidos de que los rebeldes avanzarían sobre ellos para así llegar a Jovel, vía Teultepec, Oshchuc y Viztán. En Hucutzín estaban reunidos la mayoría de los terratenientes de la región, todos armados y bien acompañados por su gente de confianza.

Sabían que el único camino lógico para los rebeldes era el de Hucutzín, pues este pueblo estaba en la región de donde procedía la mayoría de ellos. Era el camino que mejor conocían y en el cual podían estar seguros de encontrar siempre amigos y parientes, quienes en una u otra forma les ayudarían, ya fuera espiando e informándoles acerca de los movimientos de las tropas uniformadas u ofreciéndoles buenos escondites.

De los numerosos peones que regresaban del mercado de Hucutzín a sus hogares, se obtuvieron muchos datos y valiosos informes. *El General* pudo así confirmar sus conclusiones en cuanto a los movimientos proyectados por los federales que se encontraban concentrados en Hucutzín, reforzados por una gran cantidad de policía rural y un buen número de hacendados. Estos últimos eran tan abundantes que los peones pensaron que se trataba de celebrar algún festejo muy especial. Los peones también les informaron que en Hucutzín todos estaban seguros de que los rebeldes avanzarían sobre dicho lugar para sitiar la ciudad y matar a todo ser viviente que allí se encontrara.

Cuando los cabecillas de los distintos grupos rebeldes supieron esto, apenas podían ser contenidos. Deseaban lanzarse inmediatamente sobre Hucutzín, pues la cantidad de armas reunidas en esa plaza les entusiasmaba tanto que no pensaban en otra cosa.

El General comprendía cuán difícil iba a ser imponer su criterio sobre estos impacientes jefes de grupo, quienes, en medio de su excitación, no se detenían a considerar que bajo tales condiciones el sitio de la ciudad era posible solo

sacrificando la mitad de su ejército. Contaba hasta con la posibilidad de que se le acusara de demasiado precavido y aun de cobardía.

Por supuesto, *el Profesor, el Coronel*, Celso, Santiago, Andrés y Pedro, sí comprendían perfectamente la situación.

El General decidió enfrentárseles para explicar:

—No seamos niños. Los rurales y los hacendados no son tan animales como para esperarnos dentro de Hucutzín. Ellos saben muy bien que allí nosotros tendríamos superioridad, porque pisamos terreno nuestro. Por esto ellos nos esperarían bien retirados del pueblo —tres o cuatro kilómetros fuera—, y hasta les puedo señalar en dónde nos esperarán. Cerca de un río muy fluente que hay en las afueras. Nosotros no podemos rodear este río, tendríamos que cruzarlo inmediatamente. Después del cruce existe una barranca, rodeada de tupida maleza. Es allí exactamente donde ellos nos esperarán sentados. Por lo tanto, es allí precisamente donde no debemos ir. En cambio, si desviamos nuestra ruta los engañamos, y entonces sí estaremos mucho más fuertes. ¿Comprenden? ¿Y ahora qué opinan, muchachos?

Titubearon al principio, pero una vez convencidos, ellos mismos pidieron instrucciones de los planes a seguir.

Fidel fue el encargado de aleccionarlos. Se trataba de hacer buenas migas con los peones que continuamente iban y venían camino a los mercados de Hucutzín y de contarles a éstos, con gestos agitados, que en tres días más su tropa estaría en Hucutzín. Que matarían a cuanto ser viviente encontraran y que harían tal incendio en el pueblo que no iba a quedar ni una sola pared en pie, pues todos ellos tenían serias cuentas que arreglar con las autoridades de Hucutzín, y con el jefe político especialmente.

No bien llegaban estos viajeros a Hucutzín, se apresuraban a repetir por todo el pueblo lo que sabían. Además ellos mismos arreglaban con prontitud sus asuntos, con la intención de salir del lugar esa misma noche, pues temían ser muertos en la refriega a pesar de que sabían que contra ellos no había agravio alguno. Todo lo cual confirmó en las mentes de las autoridades, oficiales, soldados y hacendados la seguridad de que los rebeldes se encontraban en camino hacia ellos.

—Si avanzamos para atacar Hucutzín —había explicado *el General*—, tendremos la guarnición de Achlumal a nuestras espaldas, pos con seguridad para orita ya recibieron informes de que vamos hacia Hucutzín y tendrán ya órdenes de atacarnos por detrás. Aparte de eso, los rurales y los federales nos saldrían al encuentro en varias partes del camino que va de Hucutzín a Jovel. Y ellos tienen fuerzas muy superiores a las nuestras. Nos esperarían en la pradera o en pequeñas emboscadas para caernos de improviso.

—¡Qué caray! Lo que dices es la verdad, *General* —interrumpió *el Coronel*.

—Pos precisamente por eso, porque la gente en Hucutzín está tan absolutamente segura de que vamos hacia ellos, por eso marcharemos hacia Achlumal y atacaremos las guarniciones de los rurales y federales que se encuentran allí. Probablemente así

consigamos de cincuenta a cien rifles más, a lo mejor hasta otra ametralladora, y tanto parque que no lo agotaremos ni en todo un mes. Al mismo tiempo nuestra retaguardia estará a salvo. Ahora, con respecto al cambio en nuestros planes, una vez tomado Achlumal, no seguiremos el camino directo a Hucutzín, sino que marcharemos por San Miguel y San Jerónimo hacia Teultepec. Allí no encontraremos muchos rurales. En Teultepec, como ustedes recordarán bien por sus viajes a las monterías, estaremos a una altura de más de seiscientos metros sobre Hucutzín. Allí estaremos sentados como en una fortaleza de piedra y desde esas alturas podremos caer sobre Hucutzín como águilas sobre su presa. Entonces tendremos las alturas, la maleza y los caminos. ¡A ver si son tan güenos pa' agarrarnos! ¡Ni los piojos que traen encima quedarán vivos! A buena hora ocuparemos el camino a Sibacya. Entonces, cuando nosotros atáquemos solo tendrán una salida: el camino de regreso por el que nosotros venimos, de vuelta a la selva. Y entonces empezará el relajo, pos nosotros los tendremos exactamente donde nosotros queremos que estén. ¡Muchachos, así lo haremos! ¿Oyeron bien? Los que estén a favor de este plan que levanten la mano, los que estén en contra…, pos ¡qué caray!, yo no soy infalible. Sí tienen un plan mejor, que lo digan, estoy dispuesto a escuchar. Si realmente es bueno, lo aceptaré.

Marcharon hacia Achlumal.

Mientras tanto, en Hucutzín, rurales, federales y hacendados, armados hasta los dientes, reuníanse en número cada vez mayor para celebrar la inminente victoria.

La verdad era que los hacendados habían estado celebrando anticipadamente esta victoria. Las banderas ondeaban en el cabildo proclamando por adelantado el gran día del triunfo final.

Un júbilo entusiasta invadía las cantinas.

—Muy pronto les enseñaremos a esos malditos indios rebeldes quién es el amo en este país y quién manda en el distrito de Chilúm.

—¡Bebamos otra vez por eso!

—Muy bien dicho. ¡Salud, compadre!

—Claro que nos echaremos otra, don Clementino.

—Desde luego, don César.

—¡Viva el Caudillo!

—¡Que viva el jefe!

—¡Salud, compadre!

—¡Viva la autoridad!

2

La caminata del día había sido muy penosa. El camino seguido por la tropa rebelde no era más que una vereda abierta por el paso de las mulas. En ocasiones se elevaba

hasta llegar a alturas rocosas; otras veces se encontraban con pantanos, cenagales y trechos fangosos por donde les era casi imposible avanzar. Había que hacerlo levantando fuera de aquel lodazal, primero una pierna y después la otra, para volver a hundirlas al siguiente paso.

Por fin, hacia el mediodía, después de cruzar un río, el camino se abrió anchuroso. Comenzaba nuevamente la pradera.

Otra finca, la Santa Brígida, había sido visitada el día anterior. Allí también la familia del amo, según manifestaron los peones, había salido para asistir a un matrimonio. El motivo real por el que abandonaban la finca, o sea, el miedo a los rebeldes, no era admitido jamás por un hacendado o por sus familiares. Esto no lo admitían ni en su lecho de muerte. Ante sus vecinos y amigos, pero muy especialmente ante sus peones, un hacendado perdía todo vestigio de respeto si dejaba saber a cualquier alma viviente que él y su familia se marchaban porque se temía un asalto a la finca de parte de los mugrosos indios rebeldes.

Si no era posible celebrar una boda con tan poca anticipación, porque la pareja escogida protestara pidiendo un poco más de tiempo para decidirse, entonces siempre quedaba el recurso de algún día de santo de que echar mano, y el cual motivaba que los finqueros y sus familias tuvieran un buen pretexto de llevar a cabo una celebración en la cual todos deberían estar presentes.

También en Santa Brígida, al igual que en todas las otras fincas visitadas por los rebeldes, permanecían solo los peones. Y como en las anteriores, *el Profesor* concedió todas las tierras de la finca a los peones que las trabajaban y declaró todas las deudas con el hacendado canceladas, nulas y sin valor.

Dos horas después de que los rebeldes emprendieron su marcha, se veían arder, como en las anteriores fincas, los edificios de la Santa Brígida. Nunca quedó establecido, pues a nadie le interesaba hacerlo, si este acto de destrucción era llevado a cabo por el último grupo de rebeldes antes de partir, o si era el primer acto de independencia de los mismos peones que permanecían en la hacienda.

Sea como fuere, cada inmolación de una finca significaba para los rebeldes una plaza fuerte menos en su retaguardia.

3

Cuando la tropa surgió de entre la maleza y una vez más recobró la pradera, la avanzada vio frente a ellos, a una distancia como de dos leguas, la gran finca de Santa Cecilia. Las tierras de la finca abarcaban cerca de sesenta mil hectáreas. La mayor parte era tierra de pastoreo para ganado, criado más por su piel que por su carne. Otras fuentes de ingresos importantes de la finca eran la producción de azúcar, alcohol, aguardiente y cordeles. Tramos considerables de terreno estaban sembrados con maíz y frijol, mientras que en los bajíos, además de la caña de azúcar, se

cultivaba la piña. En cuanto al ganado, la finca tenía un buen número de cerdos, caballos y mulas. Si la finca hubiera tenido una carretera para vehículos rodantes, su productividad anual hubiera llegado al cuarto de millón de pesos. Pero, igual que todas las fincas de la región, el único medio de comunicación de que disponían era una miserable vereda para mulas, intransitable durante tres o cuatro meses del año. Santa Cecilia se destacaba, sin embargo, como una de las haciendas más ricas y florecientes del distrito de Chilúm.

Estaba, como las otras, construida en forma de fortaleza, con el patio rodeado por altas y fuertes murallas dentro de las cuales quedaban los edificios de importancia. Mientras que la mayoría de las fincas se consideraban lo bastante ricas como para tener una capilla, Santa Cecilia alardeaba de tener toda una iglesia con un campanario visible a cuatro leguas.

La mayoría de las veredas de esta región pasaban por Santa Cecilia, que era considerada como un alto natural para las caravanas, donde los arrieros podían descansar por la noche y reponer sus provisiones para el viaje. Esto producía una sustanciosa entrada adicional a los dueños de la finca.

La hacienda, según un cálculo conservador, comprendía unas ciento treinta familias de peones, que habitaban una villa de considerable tamaño no muy lejos de las paredes de la finca.

—Hoy podríamos llegar a Santa Cecilia fácilmente —dijo *el Coronel* mientras observaba la posición del sol.

—Podríamos —asintió *el General*—. Pero los muchachos están retecansados, y será cerca de la puesta del sol pa' cuando lleguemos. Y eso sí que no quiero. No sabemos lo que haya allá, y podríamos caer fácilmente en alguna trampa. En cualquier caso, será mejor pasar la noche aquí y salir muy tempranito, todavía oscuro, pa' que téngamos todo el día cuando háyamos llegado a la finca. ¿Qué opinan, compañeros?

—Muy bien. Nos quedamos aquí. Que lléguemos a Santa Cecilia hoy, mañana o dentro de tres días no va a importar mucho a la rebelión —dijo Andrés—. Y además esta revolución no va a durar cuatro semanas; la verdad, nos daremos de santos si solo dura cuatro años.

—Es lo que yo también creo —convino *el Profesor* moviendo afirmativamente la cabeza—. Una dictadura que ha existido por más de treinta años ha amamantado muchos parásitos listos a defender, no solo la dictadura, sino también sus ubres. Más bien eso es lo que defienden desesperadamente, no a un dictador decrépito que trata de pegarse a su trono de por vida.

—En otras palabras —intervino *el General* interrumpiendo la arenga política—, acampamos esta noche aquí.

Dio al improvisado corneta la orden de tocar «alto»; él obedeció lo mejor que pudo, y bien o mal ejecutada la orden, la cansada tropa comprendió la señal mejor que ninguna otra.

Grandes trechos de terreno eran inservibles para acampar, pues la reciente y abundante lluvia había formado grandes charcos. Sin embargo, en algunas partes el agua se había escurrido, y a pesar de la saturación del suelo, la superficie se encontraba relativamente seca.

—Esto me conviene —dijo *el General*—. Nunca tuve intenciones de tener todo el campamento en una unidad. Sería muy peligroso.

Dividió a sus hombres en tres secciones. A la primera, que era la mejor preparada, le ordenó acampar en ese mismo sitio, pues allí el terreno era más elevado y ofrecía una posición estratégica. A la segunda división la envió media legua hacia el suroeste, a buscar un lugar seco en ese rumbo. A la tercera parte del ejército la mandó hacia el noroeste, a una legua de distancia.

La finca quedaba al oeste, vista desde la parte central del ejército.

La idea era buena, pues tomaba en consideración la posibilidad de que la finca estuviese ocupada por los rurales. *El General* decidió que las tropas de ambos lados marcharan mucho antes del amanecer, de modo que una atacara la finca desde el sur y la otra desde el norte, mientras que él y sus fuerzas del centro pasarían la noche al este de la finca. Las dos alas de sus fuerzas tenían instrucciones de que tan pronto como hubieran marchado, mientras estuviera todavía oscuro, veinte de sus mejores infantes, con algunos hombres de a caballo, actuaran muy al frente, de modo que los flancos extremos de las tropas de flanqueo se encontraran al oeste de la finca, y así podrían rodear el lugar completamente. Este grupo occidental, compuesto por cuarenta hombres de las dos secciones, sería, desde luego, muy débil, y en ninguna ocasión lo bastante compacto como para impedir una fuga de los rurales hacia el oeste cuando vieran que la batalla estaba perdida. *El General* sabía bastante bien que estas posiciones al oeste de la finca eran las más peligrosas, pero al mismo tiempo las más codiciadas, y los muchachos peleaban entre sí por ser asignados a estos puestos arriesgados, pues precisamente allí se obtendría el mejor botín de armas, en caso de que los rurales y los federales huyeran a la desbandada. *El General* dejaba con intención a los militares esta vía de escape. Atacar la finca fuertemente por todos lados hubiera sido un error, pues un asalto semejante tendría que ser hecho ese mismo día, y sus tropas estaban demasiado cansadas para sostener un combate prolongado si los rurales trataban de evitar el ser rodeados. Además, si *el General* hubiera deseado rodear la finca con fuerzas iguales por todos lados, hubiera cometido otro error, puesto que cada uno de los grupos de rebeldes hubiera sido muy débil en espesor. Apenas la quinta parte de los muchachos estarían armados, y eran además inexpertos en asuntos militares, por lo que no podrían impedir que se abrieran paso los soldados si éstos lograban abrir brechas en varios puntos; por consiguiente, los frentes donde se esperaban estas fugas y estos ataques no podrían ser reforzados como para asegurar una superioridad numérica en cualquier eventualidad.

En caso de que los rurales trataran de abrirse paso para escapar hacia el oeste, las tropas, en ese peligroso sector, tendrían poca o ninguna esperanza de sobrevivir. No

obstante, ninguno de los muchachos asignados a esta tarea pensó por un momento en ello. Todo lo que les preocupaba era capturar rifles con su complemento de parque, y acaso finos caballos con buenas monturas. La captura de un rifle era la máxima recompensa que *el General*, que andaba desarmado, podía prometerles. Pero nadie esperaba una recompensa mejor, ni ahora ni después. Ninguno de estos rebeldes peleó nunca con la esperanza de recibir recompensas mientras duró la Revolución.

4

Que Santa Cecilia estuviese ocupada por soldados o rurales, era ignorado por el ejército rebelde. No se habían encontrado un solo peón de la finca que les informara al respecto, debido quizá a que todavía se encontraban bastante retirados o porque marchaban por una vereda que no era muy transitada por los peones.

El General tuvo esa mañana un presentimiento. Era muy extraño, pensó, que ni una sola patrulla de rurales hubiera aparecido por ningún lado durante varios días, siendo que cuando menos medio batallón andaría tras de su pista. Estimó también que, por más astutamente que tratara de inducir a los federales a caer en una trampa o a dejarse acorralar en un movimiento de pinzas, éstos no serían tan ingenuos. Ciertamente era de esperar que ellos tuvieran a su vez un buen plan. Ningún comandante puede elaborar un plan que no haya podido también ser ideado por su contrario; todo depende de quien lo ejecute primero y lo explote más diestramente evitando que el enemigo lo descubra prematuramente, haciéndolo abortar.

Era más que probable que una tropa de rurales o federales hubiera sido enviada al sur desde Hucutzín para que los rebeldes pudieran ser sorprendidos por un flanco o por la retaguardia, cortándoles el camino a Achlumal en caso de que decidieran moverse en esa dirección. Santa Cecilia era el único lugar donde tal fuerza podía ocultarse y tener una posición poderosamente estratégica, que pasaría desapercibida para los rebeldes que se aproximaban.

El General encomendó al mando del ejército del norte a su oficial más experimentado: *el Coronel*, pues esa posición era de importancia vital para su plan. *El Coronel* se llevó consigo una ametralladora, la otra permaneció con el grupo central.

El punto de reunión de los tres ejércitos debía ser Santa Cecilia, estuviera o no ocupado el lugar.

El ejército central acampó tras una cadena de colinas y no podía ser visto desde Santa Cecilia.

Al ejército del sur le fue asignada una ruta que lo llevaría en parte por la maleza y en parte detrás de unas colinas que cubrirían sus movimientos. El sitio para acampar era un matorral que quedaba tras del lomerío, en el cual podría pasar la noche sin ser percibido desde la finca, esperando la orden de atacar al alba.

El General había ordenado expresamente que no se encendieran fogatas durante

el día, porque las columnas de humo revelarían su posición. Por la noche las fogatas deberían hacerse detrás de las lomas o en trincheras excavadas especialmente y sin levantar llamas altas, para evitar reflejos en el cielo nublado.

El ejército del norte, bajo el mando del *Coronel*, tenía la tarea más difícil de ejecutar. No podía marchar hacia su campamento por la maleza, ni había tampoco colinas protectoras en su ruta; tenía, pues, que marchar por la pradera abierta. Así, durante todo el curso de su avance hasta el destino final, estaría bajo observación desde la finca.

El ejército del norte empezó su marcha.

El Profesor lo siguió con sus binoculares para ver si lo atacaban. Nada pasó. Al fin llegó al lugar que se le había asignado para pasar la noche. Pero *el General* observó con sorpresa que no se detuvo allí. *El Profesor* ofreció la explicación de que allí la pradera sería muy baja y quizá muy cenagosa para acampar. El ejército marchó más lejos, mucho más lejos que lo conveniente, para defenderle desde el centro en el caso de que cayera en una emboscada. Marchó tan lejos que dejó atrás la finca hasta situarse en el lado oeste. Por lo tanto, la finca quedaba rodeada por el oeste, el sur y el este, dejando sólo el camino norte, hacia Hucutzín, abierto.

—¡Qué caray! —dijo *el General* cuando *el Profesor* le comunicó esto—. *El Coronel* ha tenido un buen plan. Ciertamente no ha hecho lo que yo creí mejor. Yo lo quería más cerca de nosotros. Pero pensándolo bien, lo que ha hecho es excelente. En el caso de que los federales avancen desde Hucutzín hacia Santa Cecilia, los tendremos en nuestras garras.

—Puede ser que *el Coronel* haya marchado hasta el otro lado de la finca porque haya visto soldados acercarse desde Hucutzín, y, vivo como es él, no quiso retroceder aquí, pues revelaría nuestra posición, exponiéndonos a que el enemigo se metiera entre nuestras fuerzas, en cambio así ellos creerán que tienen que lidiar solo con un pelotón en su flanco occidental —así expresaba Andrés su opinión.

El General y *el Profesor* admitieron que era ésta una interpretación lógica. De todos modos, no podían alterar lo que hacía *el Coronel* o lo que ya había hecho, y si desarrollaba el plan de campaña de otra manera de como se le había indicado, debía tener ciertamente sus buenas razones para ello.

Desde luego, *el Coronel* había tenido muy buenas razones para cambiar el plan de movimiento de su tropa. Hubiera actuado estúpida e irresponsablemente de no haber alterado tal plan tan pronto vio que las condiciones que lo determinaban también habían variado. La estrategia principal del ataque no sería afectada por su desviación del plan acordado; pues esta estrategia estaba basada en el envolvimiento completo de la finca al amanecer, para hacerla accesible por todos lados simultáneamente.

El ejército del norte, como *el Profesor* adivinó correctamente, había encontrado el suelo tan húmedo que *el Coronel* había dicho: «Si acampamos aquí desde hoy en la tarde hasta el amanecer, ninguno de nosotros podremos mover un brazo o una pierna mañana antes del mediodía.»

Así, a pesar del cansancio, los muchachos marcharon adelante en busca de un lugar seco. Durante la marcha, uno de los muchachos vio que una patrulla federal se acercaba a Santa Cecilia por el camino de Hucutzín.

Los muchachos querían atacar esta patrulla, pero *el Coronel* lo prohibió. Dijo que si estos federales pasaban la noche en Santa Cecilia, al amanecer todos los que estuvieran en la finca caerían en manos de ellos, y sería tonto ahora darse a conocer antes de rodear la finca.

Inmediatamente ordenó a todos sus hombres echarse al suelo y esconderse en el zacatal, de modo que no fueran vistos por la patrulla, que cabalgaba distraídamente. Los que montaban a caballo siguieron cabalgando perezosamente en la misma dirección, sin tomar en cuenta aparentemente la presencia de la patrulla. La patrulla vio bien a estos jinetes, pero estaban muy lejos para discernir claramente, y como cabalgaban con lentitud y sin dar señal de preocupación alguna, los dirigentes de la patrulla bien podían creer que eran vaqueros de la finca en busca de ganado perdido. Pronto la patrulla desapareció y el avance continuó.

Después de otra media hora de marcha, *el Coronel* notó una barranca ancha en la distancia, donde aparecían sotos de árboles y arbustos.

—Ahí abajo, en esa hondanada, hay un arroyo —dijo *el Coronel* a sus dos capitanes, que cabalgaban a su lado—. Ése es el lugar para acampar. Tendremos buena agua, y si algo pasara durante la noche, tendremos la hierba pa’ cubrirnos.

5

Sin embargo, la patrulla no había sido tan poco observadora e ingenua como creía *el Coronel*. Él pequeño ejército había sido visto antes de que se percatara siquiera de la presencia de la patrulla y ésta se había comportado intencionalmente como si ningún cambio se operara en el paisaje.

La patrulla llegó a la finca y allí reportó pormenorizadamente lo que había visto.

Santa Cecilia estaba, como instintivamente había adivinado *el General*, ocupada por unos cincuenta rurales, setenta soldados federales y unos veinte hacendados con sus hijos, yernos, mayordomos y capataces, que formaban en total una fuerza de más de doscientos hombres.

La guarnición de la finca ya había recibido noticias de la proximidad del ejército rebelde por medio de los peones que andaban de cacería o trabajando en la maleza. Pero no habían podido obtener datos precisos de si los rebeldes marchaban sobre Hucutzín o Achlumal, pues los peones, tan pronto divisaban a los rebeldes a distancia, huían despavoridos hacia la finca con la noticia, sin esperar a determinar la dirección concreta del ejército.

Los federales no tenían prisa en mandar exploradores, pues sabían que de todos modos los rebeldes atacarían Santa Cecilia; y no había mejor lugar que la finca

misma para darles la bienvenida.

Aparte de ser un lugar seguro, la finca estaba bien pertrechada con dos ametralladoras, ciento diez rifles, sesenta escopetas de cacería, variadas, incluyendo dos docenas de rifles de repetición de grueso calibre y, además, unos ciento veinte revólveres. Contra tal superioridad de armamento, era inadmisible pensar que los rebeldes pudieran avanzar a trescientos pasos de las paredes de la finca sin perder tres cuartas partes de sus efectivos. Y si se atrevieran unos cien pasos más cerca, era seguro que no sobreviviría uno solo de sus hombres.

6

El General poseía dotes de mando que ni sus más allegados sospechaban. Era un estratega innato con el don y el talento de un gran mariscal.

En esta ocasión sacrificaría su ejército del norte con tal de ganar la batalla. Sin ese sacrificio, que juzgado superficialmente podía aparecer despiadado, su ejército entero sería destruido en Santa Cecilia. Había mandado al *Coronel* delante porque sabía que *el Coronel* era el más capaz de todos para reducir el sacrificio de hombres al mínimo, dadas las circunstancias.

El General no contaba con información precisa para elaborar su plan de batalla, pues no había tiempo que perder antes de que su presencia por la región fuera descubierta. No obstante, comprendía que las autoridades de Hucutzín estaban enteradas del avance del ejército rebelde. La pasmosa tranquilidad que reinaba en Santa Cecilia también le hacían sospechar que algo se tramaba ahí. En caso de estar equivocado, de que no hubiera soldados en Santa Cecilia o sus alrededores, nada se perdería. Los muchachos tomarían la finca, la dividirían entre los peones, se aprovisionarían y el avance continuaría.

De una cosa sí podía estar seguro *el General*: de que dentro de los tres días siguientes debía de librarse una batalla decisiva, pues los federales y los rurales no podían permitir que los rebeldes capturasen un pueblo entero. Y dentro de tres días el ejército rebelde llegaría a uno de los dos pueblos de importancia más cercanos, y la ocupación de un pueblo en el que hubiese un jefe político crearía tal impresión desmoralizadora en todo el estado, que ya entonces sí se podía esperar con toda certeza una revolución general. El fuego del desasosiego estaba latente por dondequiera. *El General* no tenía la menor duda de que una batalla vital se avecinaba. Mucho se ganaría si podía, por medios estratégicos, forzar a los federales a dar batalla a la hora y en el lugar más favorable a su plan.

Con una habilidad poco común, había logrado mantener en secreto el número preciso de sus fuerzas. Solo los más inteligentes de sus hombres sabían aproximadamente cuántos eran. A los demás no les importaba esto, aparte de que tenían una idea muy vaga de lo que es un ejército.

Era absurdo pensar que nadie absolutamente se había percatado de su presencia en la región. Por lo menos unos treinta peones debieron haber visto al grupo rebelde y seguramente habrían comunicado sus observaciones. Pero ninguno había tenido oportunidad de ver más de dos compañías juntas a la vez. El que veía una compañía, pocas veces o nunca veía una segunda; y si encontraba una segunda compañía, no podía estar seguro de que no fuera la misma que había visto antes.

Así es que no era únicamente por el carácter difícil del terreno por lo que *el General* había mantenido a su ejército marchando en tres o cuatro grupos; era también con el fin de no dar a conocer su número total.

Cuando llegaba alguna noticia de los rebeldes a las fincas, a Hucutzín o a Achlumal, se hacía mención de cien o ciento veinte hombres. Pero aun cuando todo el ejército acampara en un solo lugar, hubiera sido imposible para un peón que acertara a pasar por allí calcular el número preciso; pues los peones y los indios errantes no se adentraban para nada en ningún campamento. Se escurrían tímidamente por las orillas y se iban felices si nadie les molestaba y si se les dejaba ir en paz. Además, es muy difícil para los peones y los indios calcular correctamente un número elevado de gente o de ganado. Cuando pasan de ochenta, su cálculo se vuelve extremadamente impreciso, y pronto comienzan a hablar de muchos miles.

El ejército destacado al norte de la finca había sido despachado por una ruta por la que inevitablemente tenía que ser observado desde la hacienda. *El General* también consideraba la posibilidad de que hubiera patrullas vigilando los alrededores del camino entre Hucutzín y Santa Cecilia, y que éstas vieran desde luego a dicho ejército.

Este ejército se componía de dos compañías y constaba de ciento sesenta hombres.

El General podía haberle destinado una sola compañía. Pero eso hubiera sido un error táctico. Tenía que convencer a las patrullas y a la guarnición de la finca de que este ejército representaba toda la fuerza rebelde. Nunca hubiera logrado crear esta impresión con sesenta o setenta hombres. En tal caso, los federales hubieran permitido pasar a la pequeña tropa y hasta la hubieran dejado acampar en paz esperando al grueso del ejército para atacarlo, y entonces, sí, ni un solo hombre habría escapado.

Así, pues, *el General* arriesgó una cuarta parte de su ejército reservando el resto para cuando considerara favorable la ocasión de desatar el ataque principal. Esta ocasión se presentaría cuando el enemigo se creyera dueño absoluto de la situación sin hacer más que esperar a que llegase un representante del Caudillo a condecorarlos a todos con medallas y a ascender en un grado o dos a los oficiales.

Siempre es bueno que los rebeldes sepan de antemano lo que les acontecerá en caso de perder una batalla. Mientras menos misericordia esperen, menos se pueden dar el lujo de fracasar.

Hubo una violenta y cruel lucha con las fuerzas del *Coronel*. Tres federales y

cuatro rurales habían perdido la vida, doce soldados resultaron heridos. El resto de las fuerzas federales volvió a la finca con veinte prisioneros maniatados al extremo de sus lazos, e hizo su entrada triunfal por el ancho zaguán.

Unos cien muchachos del ejército del *Coronel* yacían muertos, desparramados sus cuerpos en el campo de batalla.

7

La noche estaba bastante avanzada cuando *el Coronel*, con el pequeño grupo sobreviviente, regresó al campamento del ejército central y se presentó al *General*.

Tanto él como los hombres que traía consigo sangraban profusamente por numerosas heridas. A un hombre le faltaba una mano, a otro el antebrazo. No había uno solo que no tuviera cuando menos cuatro heridas de bala o sable en su cuerpo. Seis muchachos eran conducidos sobre los hombros de sus compañeros, heridos. Cinco habían perecido en el camino de regreso.

Ninguno tenía una camisa encima. Hasta sus calzones de manta estaban rasgados. Cada pedazo de tela había sido utilizado para vendar las heridas o detener la sangre que brotaba de ellas.

En el campamento les sirvieron café y frijoles, al mismo tiempo que les lavaban y vendaban las heridas.

—Fue algo muy serio —dijo ahogadamente *el Coronel*, incorporándose en su lecho sobre el suelo—. Si de por sí soy flaco, ahora creo que voy a secarme de tanta sangre que he perdido. Nunca creí regresar a poder contarlo. Estábamos sentados muy a gusto en nuestro campamento, más cansados que los perros después de cazar un tigre. ¡Maldita sea!, yo presentía algo, pues había visto la patrulla, pero pensé, burro que soy, que ellos no nos habían visto.

—Como soldado, más aún, como *Coronel*, nunca creas nada. Piensa siempre que el contrario es tan listo o más que tú —le interrumpió *el General* sonriendo paternalmente.

—Precisamente porque sospechaba algo, y porque te conozco, *General*, y tenía buena idea de por qué me habías mandado a ese preciso lugar, tuve bastante cuidado. Aposté cuatro centinelas. Pero antes de que pudieran comunicar algo, ya estaban esos malditos encima de nosotros. Y qué lástima que ustedes no vieron eso. Todos hubieran aprendido algo. Eran por lo menos unos doscientos cincuenta. Todos montados en caballos de refresco. Había dos ametralladoras en el suelo. No sé cómo se las arreglaron tan pronto. Las han de haber traído en brazos mientras cabalgaban hacia nosotros. Lo vergonzoso fue que nos atacaron de día, en plena tarde. Que háyamos vuelto con siquiera veinte hombres, francamente no sé cómo lo hicimos. Y que háyamos matado diez o doce de ellos yo creo que lo hizo el mismo San Pedro para tener más visitantes que echar al infierno. Te digo, no había escape por ningún

lado. Como bólidos, nos rodearon como con una pared de tres en fondo. Y entonces comenzaron a darnos. Con sable, con rifles, y hasta con las pezuñas de sus caballos. Y los balazos, ¡Virgen Santa de Guadalupe!, zumbaban como abejas. Y luego empezaron a gritar: «¡Ahora sí los pescamos, malditos indios piojosos. Querían su revolución, ¿verdad? Gritaban Tierra y Libertad! ¡Les vamos a dar su revolución y su tierra y su libertad! ¡Hijos de la tiznada, van a saber lo qu'es empezar una revolución! ¡Los vamos a descuartizar, cabrones, y a chicotearlos y a amarrarlos a las colas de los caballos, mugrosos indios desgraciados!» Y luego, pos fue el infierno aquello, p'atrás, p'acá y p'allá, por arriba y por abajo, los muchachos cayeron por dondequiera, con el cráneo rajado hasta la nariz, los brazos arrancados con todo y hombro, los sables encajados y las tripas hechas garras por las balas. ¡Les digo que si no lo ven, no lo creen! Nosotros nos las arreglamos pa' dejarles ir un par de andanadas con l'ametralladora y medio centenar de machetazos, y donde cayeron ahí están todavía. ¡Eso sí! Pero dime, ¿qué puedes hacer cuando estás sentado con tus hombres, creyendo que todo va bien y de repente doscientos cincuenta de a caballo se te echan encima?

—¿Qué has hecho con la ametralladora, *Coronel*? —preguntó *el General*.

—¡Qué pregunta, hombre! Me doy gracias que todavía conservo la cabeza.

—Pues no se hubiera perdido mucho si la pierdes. No debe valer gran cosa donde te dejaste que te dieran tal paliza.

—Mira, *General*, es muy fácil hablar. Pero quisiera verte, aun a ti, salir de ésa con siquiera treinta hombres.

—¿Y cuántos rifles y pistolas te trajiste?

—Dos rifles y una pistola, la mía, que aquí está; pero ya sin balas.

—Bueno, muchachos, vamos a tener mucho que hacer en los próximos días —dijo *el General* enérgicamente—. La ametralladora, los rifles y pistolas tenemos que recobrarlos, o si no, no dura nuestra amistad.

—¿La ametralladora y los rifles? —*el Coronel* sonrió. Y su amplia sonrisa puede haber sido la causa de que le corriera la sangre desde la cabeza en dos gruesos chorros, por las mejillas y dentro de la boca. La escupió, se echó un buen trago de café caliente para cambiar el sabor, y luego dijo—: ¿Estás pensando en la ametralladora y en los rifles, compañero? Déjalos donde están. Ya no los puedes usar. Pero he visto dos ametralladoras nuevecitas y más de cien máuseres retesuaves, y lo demás, ¡qué bárbaro!, como unas cien automáticas y Colts. Son algo así como revólveres. Me dieron dos veces en la cabeza por estar viendo cómo funcionaban en lugar de apurarme a disparar. Y te juro que si no haces algo por agarrarlas, nosotros treinta, los que quedamos, vamos y las traemos solos. Tengo que tener esas ametralladoras, tengo que tenerlas, y esos rifles y pistolas, y si no, pos no valgo medio real.

—Aplácate, *Coronel* —dijo Celso—. Las tendremos. Nos han costado ciento veinte de nuestros hermanos, pero han de pagarlo duro. Ya no estamos en las

monterías, donde ellos nomás se reían y nosotros no podíamos hacer nada. Ahora les vamos a devolver con creces lo que nos han hecho, y hasta entonces quedamos a mano.

—Por todos los santos del cielo —exclamó Matías—. Cuando pienso en todo lo que tienen almacenado para nosotros, se me hace agua la boca. Tenemos que apoderarnos de esa armería, así podremos equipar la mitad de nuestro ejército y entonces sí barremos el país de una vez por todas. La vida es bonita, ¡qué caray!, pero solo si dura hasta que les háyamos prendido fuego a toda esa pandilla de amos eternos y les métamos un susto que les dure cien años.

—Cierra el hocico —le gritó Fidel—. Tenemos que elaborar planes de campaña.

—Puedo decir lo que me dé la gana —se defendió Matías.

—Cierto, muy cierto —dijo *el General*—. Cualquiera puede hablar aquí. Pero *el Coronel* tiene primero la palabra. ¿Qué camino tomaste de regreso con los heridos? Digo, hasta llegar aquí. ¿No una ruta directa?

—¿Me crees tan animal? Está bien que perdí, pero hubiera estado mejor haber traicionado nuestro escondite. Esos roñosos ni siquiera sospechan que quedamos treinta vivos. Creen que nos arrasaron; y que los únicos vivos son los que se llevaron prisioneros a la finca para divertir a esos perros hoy en la noche.

—Los prisioneros, pobres muchachos —dijo Andrés, suspirando hondamente.

—Sí, los compadezco. Ahorita preferirían estar tendidos despedazados en el campo —añadió *el General*—. No quiero ni pensar en lo que les van a hacer. ¡Maldita sea!, los que se escaparon de caer prisioneros pueden dar gracias a todos los santos. Pero no podemos hacer nada; tenemos que esperar hasta que estemos listos, y mientras tanto esos marranos se habrán divertido; pero por más duro que sea, no debemos cambiar los planes. ¿Comprenden? Bueno, *Coronel*, ¿cómo llegaron hasta aquí?

—Todos los que nos salvamos de ser hechos picadillo no andábamos en bola. Desde luego que no. Mientras marchábamos hacia acá, les previne a todos que en caso de que nos atacaran y tuviéramos que retroceder, nadie debía de tomar la ruta directa de regreso al campamento, para no dar a conocer el sitio. Y nadie falló. Ni en lo más peligroso. Cuando vimos que ya habíamos peleado bastante y ya no podíamos hacer más, entonces los que estaban en medio del relajo y no podían escaparse se echaban entre los caídos. Estaban tan ensangrentados que parecían más que muertos. Otros se arrastraron hacia la maleza por el lado contrario del campamento. El zacate de la pradera ya está crecido. Una vez lejos de la polvareda, les era muy difícil a los soldados ver dónde nos escondíamos. Te digo que nos arrastramos mejor y más bajo que cualquier víbora. Además, estaban muy ocupados lazando a los que querían agarrar vivos. Así es que al fin nos pudimos escurrir como lombrices. Al comienzo, desde luego, éramos muchos más de treinta los que tratábamos de escapar. Y los prisioneros que tomaron los cogieron de los que trataban de escurrirse, nomás que los pobres no pudieron volverse gusanos tan pronto como nosotros. Mientras, oscureció.

¡Gracias a Dios que todavía permite que se oscurezca el mundo de cuando en cuando! Ya de noche, esos coyotes, aullando de alegría, se largaron con sus prisioneros. Entonces nosotros dimos un gran rodeo, cruzando dos veces el río allá abajo, hacia el norte, y pos aquí estamos.

—Sí, aquí estamos —dijo *el General*—. Pero no para quedarnos. Nos movilizaremos rápidamente. Nos adentraremos lo menos media legua en la maleza, lo suficientemente cubiertos por las colinas para pasar inadvertidos desde la finca.

Dio en seguida orden de levantar el campamento y mandó un mensajero al ejército del sur, con instrucciones de que también ellos retrocedieran hacia la maleza, pero quedando lo suficientemente al sur como para dominar ese flanco.

8

Los victoriosos, ya reagrupados en la finca, estaban totalmente convencidos de que habían destruido a todos los rebeldes surgidos de la selva. Era muy posible, se decían unos a otros, que tal vez diez o quince escaparon, pero no constituían ningún peligro y en unos cuantos días serían acorralados por las patrullas y fusilados. En cualquier caso, la rebelión, al menos en este estado y en esta región, había sido aplastada para siempre, en vista de la matanza en masa de los indios amotinados. Otros, especialmente los peones, no pensarían tan fácilmente en hacer huelgas o rebelarse en varias décadas. Y para asegurarse que así fuera, habían tenido la buena fortuna de traer vivos suficientes indios apestosos para demostrar, en presencia de las familias de los peones, lo que les sucede a los rebeldes y a todos los que osan abrir la boca en contra de sus amos.

Tanto la dictadura como los señores feudales, los hacendados, una vez más se sintieron seguros en sus tronos.

—Acción firme es todo lo que se necesita, caballeros —dijo el coronel que comandaba a los federales.

Aunque los federales y los rurales combinados Sumaban ciento veinte hombres, se les había puesto bajo el mando de un coronel experimentado en revueltas. Además, todos los hacendados de la región, junto con sus mayordomos y otros vasallos, estaban en cierto modo bajo el mando del coronel; por lo tanto éste no tenía por qué quejarse del número de sus fuerzas.

—¡Sí! Acción firme, caballeros. Ése es el único medio efectivo para tratar con rebeliones, huelgas, motines y otras locuras semejantes —continuó el coronel en su discurso a los propietarios—: Yo les prometo, caballeros, que mientras esté aquí con el mando, esta región seguirá libre de cualquier clase de insubordinación en contra de nuestro amado Caudillo. Si el desasosiego asoma la cara en el norte y el occidente de la República, así como en las regiones azucareras, no significa gran cosa; mientras tengamos el sur firmemente en nuestras manos podremos empujar hacia adelante, en

caso de que sea necesario. Aquí, en confianza, caballeros, yo les diré que por el momento las cosas no van muy bien en esas otras partes del país. Pero eso queda entre nosotros. Sin embargo, nos sobrepondremos y destruiremos a esas pandillas de facinerosos, y entonces les enseñaremos quiénes son los verdaderos amos. La antigua y fina tradición, ley, orden, tranquilidad, religión y decencia, eso es lo que defendemos. ¡Salud, caballeros; brindemos por nuestro muy amado jefe, el Caudillo, el guía insustituible y presidente de nuestra gloriosa República! ¡Viva el Caudillo!

Los hacendados y los oficiales estaban sentados alrededor de una larga y tosca mesa que había sido puesta en el pórtico de la mansión. Este pórtico, sostenido por pilares, corría a lo largo del edificio y quedaba abierto hacia el lado que daba al gran patio de la finca. Como en todas las casas del trópico, este pórtico servía de estancia en el día, de comedor y de salón de descanso, pues se colgaban hamacas para pasar las horas de la siesta, y allí las señoras bordaban y hacían algunas faenas domésticas.

La larga mesa de madera estaba cubierta con manteles de algodón de vivos colores. Las ricas viandas consistían en pollos y pavos asados, frijoles negros, ensalada fresca, cebollitas y picantes, latas de sardina y salmón, y enormes canastas rebosantes de piñas, plátanos, mangos, guanábanas, y otras frutas tropicales de la región. Unas cinco botellas de vermouth y moscatel se veían tristemente esparcidas a lo largo de la mesa. No había mucho vino. El anfitrión pidió excusas por el escaso número de botellas. Nadie se ofendió, pues todos sabían que era difícil almacenar grandes cantidades de vino en esas regiones tan remotas. La verdad era que el hacendado cuidaba de no desperdiciar su buen vino en esta clase de huéspedes forzosos a quienes tenía que agasajar. Además, se decía a sí mismo, no sabrían apreciarlo. Era lo bastante listo como para reservar el buen vino para las ocasiones en que invitara a sus amigos terratenientes y a sus familias. Ellos sí lo sabían apreciar; además tenía que portarse bien con ellos para recibir el mismo trato cuando fuera invitado.

Sin embargo, en cada extremo de la mesa había un barrilito de cinco litros de excelente comiteco añejo, y no había comensal que no prefiriese el comiteco, pues el de Santa Cecilia, que se destilaba en la finca y se dejaba añejar durante cinco años por lo menos, era renombrado en toda la región.

En el patio estaba la tropa de rurales y federales, así como los mayordomos y capataces de los hacendados. Dos lechones y un becerro habían sido sacrificados para alimentar el inesperado número de combatientes. Estos valientes consumían enormes cantidades en una sentada, y la dueña de la casa, doña Guillermina, se hacía cruces, pues el ejército podía quedarse hasta una semana. No era la falta de carne o de maíz lo que le preocupaba, sino la escasez de sal y el vino. Además, la desaparición de platos, tazas, servilletas, cuchillos, tenedores y cucharas la aterrorizaba. Desde luego los mayordomos y los soldados comían con los dedos, pero tenían que usar cucharas. Y no era solo en el patio, sino también en la mesa principal en la que se servía a los oficiales, donde, después de cada comida, la cuchillería y hasta las tazas iban

desapareciendo. Y no era solo porque se las robaran. Algunos huéspedes se las arrojaban a la cabeza a sus subordinados cuando los llamaban y no acudían pronto. Otros espantaban con cuchillos y cucharas a los perros que se metían bajo la mesa en busca de huesos. Otros se sentían tentados de mostrar su talento de malabaristas, equilibrando tazas, platos y platones hasta que toda la pirámide se venía abajo y se hacía añicos. Otros hacían suertes con tenedores, cucharas y cuchillos, para lo cual doblaban o quebraban la cuchillería de modo que pudieran hacerla desaparecer en la boca o detrás de las orejas. El éxito de estas suertes era tremendo, pero la cuchillería quedaba inservible. Encima de todo esto, una tercera parte desaparecía en la forma usual, y doña Guillermina alcanzó a ver varias cucharas y cuchillos asomando de las bolsas de uniformes, muchos de los cuales pertenecían a oficiales.

Los rurales y los federales —es decir, sus jefes— cargaban al gobierno, por medio de sus cuentas de comisaría, el costo de su estancia en la finca. Y el gobierno pagaba. Pero el hacendado que hospedaba a estos hombres no recibía un solo centavo. Desde luego que no. Pues vivía bajo la bendición de la dictadura. Ni siquiera osaba hablar del asunto con los oficiales. En primer lugar, era indigno de un caballero rebajarse a discutir estas minucias, y, de haberlo hecho, el oficial en jefe le hubiera respondido: «Querido amigo, debería estar agradecido que hemos derrotado a los rebeldes. Si no llegamos a tiempo, no quedarían ni las paredes de su finca, y no sería nada remoto que ustedes no estuvieran vivos ahora.» Puesto que el hacendado sabía que ésta sería la contestación, su orgullo le prohibía provocar tal respuesta.

El patio estaba lleno de gente. Además de los soldados, en cuclillas y atiborrándose de comida, estaban también los peones con sus mujeres e hijos, quienes servían o sencillamente se paraban a ver a los soldados disfrutar de una comida que a ellos nunca se les ofrecía, a pesar de que eran los únicos productores de todo cuanto en la hacienda se consumía.

Los soldados, mayordomos y capataces también disfrutaban del comiteco. Para ellos se había mandado poner en el patio una olla gigante que contenía cincuenta litros. Desde luego que no era de la misma calidad del que se servía en la mesa. Era el sedimento del mejor comiteco, sin añejar y ardiente, claro como el agua.

Como resultado de las buenas viandas y la abundancia de comiteco, las cosas tomaron un cariz bastante alegre. Las esposas e hijas de los peones y demás inditas eran jaloneadas y se les hacía bailar a la fuerza. Era inútil que doña Guillermina tratara de protegerlas llamándolas a su lado. Los soldados eran aquí los amos y no titubeaban en reírse duramente en la cara de la esposa del hacendado.

Habían transcurrido menos de dos horas cuando silbaron cincuenta tiros de revólver en varias direcciones, por el aire, que ahora estaba henchido de humo de la enorme hoguera que ardía en el patio. Provenían de los militares que se divertían con sus armas. Unos cuantos peones recibieron heridas y se arrastraron a sus chozas. Dos soldados y un mayordomo eran candidatos a la fosa para la mañana siguiente, y una media docena de soldados y capataces se retiraron al bodegón de los arneses, donde

fueron atendidos. Después, todo fue, una vez más, paz y concordia.

Los prisioneros estaban acorralados en un espacio cercado, donde se encerraban caballos y ganado. Nadie se había tomado la molestia de desatarlos. Así es que permanecían amarrados, tal y como habían sido arrastrados tras los caballos de sus captores. Yacían como fardos en el suelo del corral, cubierto de estiércol.

Cuatro soldados con rifles sobre sus rodillas montaban guardia sobre la cerca de postes. Se sentían molestos de tener que estar de servicio mientras sus compañeros se divertían en el patio. Después de unas horas fueron relevados para que pudieran ir a comer. La nueva guardia se sentía más disgustada aún que la primera, pues tenían que abandonar la fiesta para vigilar a unos indios miserables.

Algunos peones de la finca se habían acercado tímidamente a los prisioneros a darles agua y puñados de frijoles hervidos. Tenían un miedo cerval de que los soldados les atravesaran con sus bayonetas el estómago por el acto de misericordia que hacían. Pero los soldados estaban tan hartos que no ponían mucha atención a lo que hicieran los peones, siempre y cuando no soltaran los lazos con que estaban atados los muchachos.

Sintiendo una necesidad urgente, un teniente se levantó y caminó hacia un oscuro rincón del patio inmediato al corral y buscó el lugar donde se agrupaban varios prisioneros contra la cerca.

—Quédense donde están, marranos —gritó el teniente cuando los muchachos trataron de arrastrarse fuera del alcance del chorro de orines tibios. Los muchachos no se movieron más—. ¡Indios apestosos! Debían de sentirse honrados porque un oficial federal tiene la condescendencia de visitarlos. ¿Entienden? ¡Contesten!

—Sí, jefecito —contestaron los muchachos sumisamente.

El teniente volvió a la mesa y relató su gran hazaña.

Una risa estrepitosa se dejó oír; y todos, oficiales y hacendados, por falta de mejor entretenimiento y de imaginación, se levantaron uno por uno, fueron al corral y exigieron a los prisioneros que se arrimaran a la cerca.

Y durante las horas subsecuentes, cuando alguno sentía la necesidad, iba «a darle agua a los puercos».

También los soldados, mayordomos y capataces, tan pronto como descubrieron el lugar favorecido para tal menester, copiaron la broma de sus oficiales hasta que uno de los capitanes de los rurales lo prohibió; no por un sentimiento de piedad hacia los prisioneros, sino porque la tropa no tenía derecho a usar para sus necesidades el mismo sitio escogido por los oficiales y los caballeros, pues tal estado de cosas podía degenerar en un desentendimiento de la rígida distinción de rangos.

9

La siguiente mañana, tan pronto como los oficiales y los hacendados se habían

limpiado los ojos con los dedos mojados, y las sirvientas les habían ofrecido una taza de caliente café negro hervido con piloncillo, el mayor ordenó que comenzara el examen de los rebeldes capturados.

El consejo de guerra se componía de un capitán. Él era fiscal, juez y tribunal de apelación simultáneamente. Los demás oficiales y los hacendados hacían las veces de jueces supernumerarios. Su ingerencia, sin embargo, se iimitaba solamente a sugerir formas de castigo parcialmente efectivas que dejaran una impresión «imborrable por lo menos en cien años».

Rebelarse era prerrogativa solo de generales, terratenientes poderosos y magnates del comercio, y esto en el caso de que el dictador hiciera algo que no fuera de su agrado. Realmente, toda persona en el país, hasta un alumno de primaria, sabía que el dictador podía seguir en el poder mientras no afectara los intereses de estos individuos. A esta complacencia ellos correspondían sosteniendo las arcas gubernamentales bien repletas.

Cada caso era despachado de un modo sumario y muy militar. Los prisioneros pasaban al frente, o mejor dicho, eran empujados al frente a puntapiés y empellones; después daban su nombre y permanecían inmóviles, con los brazos cruzados sobre el pecho.

El capitán, que se había ofrecido voluntariamente para esta tarea, preguntó a cada prisionero si había sido empleado en las monterías. Todos lo confirmaron. Ni uno solo cayó de rodillas o pidió perdón o misericordia.

El coronel en jefe demostraba poco interés en el asunto del «consejo de guerra» o en la suerte de los prisioneros. Había disfrutado de un sueño largo y reparador, al despertar había desayunado solo, sin ser molestado para nada, todo lo cual había sido de su completo agrado. Después se sentó junto a una mesita en el último rincón de la galería, pensativo, mientras fumaba un grueso cigarro y dictaba a un escribiente un pormenor de la batalla para conocimiento del jefe de operaciones militares que tenía su cuartel general en Jovel.

Después de oír los nombres de los prisioneros, que nadie se tomó la molestia de anotar, el «consejo de guerra» dio por concluida su pesada tarea.

Mientras tanto el capitán, los demás oficiales y los hacendados habían desarrollado un enorme apetito. Con la alegría dibujada en los ojos, notaron que las sirvientas indígenas adornaban la mesa con humeantes lechones y montañas de doradas chuletas de ternera, por lo que había necesidad de darse prisa para no desairar a la señora de la casa, quien se había tomado tantas molestias para agasajarlos. Los deliciosos platillos no debían dejarse enfriar.

—¡Sargento Paniagua! —gritó el capitán.

—A sus órdenes mi capitán —contestó el sargento, parándose de un salto en el borde del pórtico, donde se encontraba sentado el capitán con un puro, colgando de sus labios.

—Llévese los prisioneros fuera de la barda de la finca y prepare la ejecución.

Pero antes pueden ustedes tomar su desayuno.

—¡A sus órdenes, mi capitán!

Piadosamente consciente de haber cumplido con su deber como soldado y guardián del dictador, quien le daba su pan de cada día, el capitán se levantó, fue hacia una palangana con agua, se lavó las manos, llamó a los demás oficiales y se dirigió a la mesa. Una docena de hacendados estaban ya sentados esperando a que el coronel, el decano, se sentara para que todos pudieran comenzar su retardado desayuno.

—¡Dios! —dijo el coronel, sentándose e indicando al capitán y demás oficiales que podían hacer lo mismo, mientras se limpiaba las uñas con un palillo—, debo admitir que este es un buen desayuno, como para hacer saltar de alegría el corazón de un viejo soldado aguerrido. Bueno, caballeros, al ataque con todo el coraje que les reste.

10

Los comensales estaban a media batalla cuando el sargento Paniagua se cuadró ante el capitán:

—¡Listo mí capitán!

—¡Muy bien! ¿Ya sabe lo que hay que hacer con los prisioneros, sargento?

—Sí, mi capitán.

—Bueno. Cumpla las órdenes.

—Un momento, capitán —interrumpió el dueño de Santa Cecilia, que como anfitrión ocupaba el asiento principal a la cabecera de la mesa, entre el coronel y el capitán—. Yo sugeriría, mi capitán, que citemos a todos los peones de mi finca para que presencien el castigo de estos rebeldes. Será muy benéfico para todos nosotros, los hacendados, que los peones vean esto. Acabará con toda esa palabrería idiota de tiranía e injusticia para siempre.

—¡Bravo! ¡Bien dicho! —gritaron los demás hacendados—. Es una excelente idea la suya, don Delfino. Lástima que no podamos traer a nuestros peones para participar también en el espectáculo. Tal lección no se les puede ofrecer todos los días.

Algunos peones estaban ya en el patio, donde servían o simplemente curioseaban. En días como éstos, cuando había grandes celebraciones en la finca, no se trabajaba mucho, pues los mayordomos y los capataces no se querían perder nada del banquete. Solo el trabajo más urgente se atendía.

Sin embargo, el hacendado mandó a su mayordomo a las chozas de los peones a ordenar que vinieran todos, hombres, mujeres y niños, a presenciar la ejecución de los rebeldes.

Poder tener a su libre disposición gran número de prisioneros harapientos, intimidados y totalmente indefensos, hubiera regocijado el corazón de más de un dictador. Dictadores que solo se sienten seguros y contentos cuando están rodeados de peleles y esclavos. Su felicidad aumenta al contar con el apoyo y los vítores de aduladores serviles, secuaces y parásitos de cuartel, heces humanas que a falta de individualidad y de una chispa siquiera de personalidad, solo pueden sentirse vivos cuando se les permite portar una gorra de uniforme. Estas gorras militares transforman a un cero humano en un semiser, pero tan pronto como este semiser queda sin su gorra militar, se revela tal y como lo que es, un cero distorsionado, torcidamente concebido.

El sargento Paniagua, que había recibido la orden de ejecutar a los rebeldes, no tenía ningún capricho sadista tal y como tienen otros que gozan golpeando a los prisioneros indefensos por días y por semanas o haciéndolos escupirse unos a otros o que se pellizcaran las orejas. Tales cosas no constituían una diversión para él.

Casi siempre, los rebeldes capturados eran colgados en el primer árbol. Se hacía esta ejecución con tanta rapidez, que diez hombres eran colgados en menos de diez minutos.

El sargento Paniagua llamó a un pelotón y dio orden de que sacaran a los prisioneros a trescientos metros de la finca, y allí los colgaran de los árboles.

Pero no bien se aproximaban a los árboles cuando llegó un capataz con una orden para el sargento de que demorara la ejecución por un rato, pues los patronos deseaban estar presentes.

El sargento mandó un cabo a preguntar al coronel si tal demora estaba en orden. El coronel asintió y mandó que la ejecución esperara hasta que los señores hubiesen terminado de tomar sus alimentos y tuvieran tiempo de llegar al lugar.

Después de media hora, los hacendados llegaron descansadamente junto con el capitán y unos cuantos oficiales somnolientos.

—No podemos tener una celebración como ésta todos los días —observó don Crisóstomo, el dueño de la finca Santa Julia.

—Muy cierto —asintió don Abundio, el amo de La Nueva Granada—. Además, es mucho mejor que nosotros veamos que se haga justicia. ¿Qué más le da a un asqueroso peón la hora en que es colgado?

Esto dio lugar a sonoras carcajadas de los hacendados.

—¿Todos los peones están aquí? —preguntó don Delfino.

—Sí, patrón —contestó el mayordomo.

—¿Por qué tenemos que estar parados? —preguntó don Faustino, el dueño de la finca Río Verde.

A uno de los mayordomos se le dio orden de que ensillara caballos y los trajera de modo que todos pudieran montar y no tuvieran que estar de pie sobre sus piernas

flacas y combadas.

—¡Oiga, capitán! —dijo don Eleuterio, de la finca La Providencia, acercándose al oficial—. ¿A usted le da lo mismo quién se encargue de estos perros rebeldes?

—Sí —respondió el capitán—. A mí me da lo mismo. Sólo tengo que informar que los rebeldes capturados están muertos, ya sea fusilados o colgados. Lo demás me es igual. Yo soy soldado. Y mis hombres son soldados. Y puesto que somos soldados honrados, nosotros no pegamos o torturamos a los prisioneros indefensos. Nosotros colgamos o fusilamos. Pero lo que hacen los demás no es responsabilidad nuestra.

El capitán se encogió de hombros y dio media vuelta.

—Mire, mi capitán —interpuso don Tirso, el propietario de la finca La Camelia —. Dentro de uno o dos días ustedes se marcharán y una vez más nos quedaremos solos e indefensos. Yo sé muy bien que nuestros peones ya no son como antes. Están inquietos. Están esperando una oportunidad para apretarnos el pescuezo. Nos matarán como a borregos; y si no les damos una buena lección de cómo tratamos a los que se rebelan, aquí mismo y ahora, no tendremos seguridad.

—¡Muy bien, caballeros! Hagan lo que deseen. Yo voy a tomar un trago, después me meteré en mi hamaca y pasaré una tarde tranquila. ¡Sargento Paniagua!

—¡A sus órdenes, mi capitán!

—Usted y sus hombres retírense a la finca. Dejen los prisioneros para los caballeros.

—¡A sus órdenes, mi capitán!

El comandante de los rurales gritó a sus hombres:

—Ustedes permanezcan aquí de guardia.

Cuando hubo dado esta orden, siguió a los demás oficiales, que volvían perezosamente a la finca.

12

Don Delfino llamó a uno de sus capataces.

—Corre, llévate unos peones y traigan picos y palas del almacén.

Trajeron las palas y el hacendado ordenó a los muchachos cautivos que cavaran hoyos, cada uno como de un metro y cuarto de profundidad.

Cuando habían sido cavados los hoyos, los muchachos fueron otra vez atados con las manos hacia atrás y puestos de pie, en los bordes de dichos hoyos.

—¡Va a encantarles esto, cabrones piojosos! —gritó el finquero—. ¿Qué creían? Una bala y se acabó. ¡Pero no, no tan pronto! ¡Ahora brinquen a los hoyos! ¡Cada quien en el suyo!

Los muchachos cayeron en las fosas, pero como había anticipado el hacendado, los hoyos no eran lo suficientemente grandes para que cupieran acostados. Quedaban medio de pie, medio acostados, con las cabezas sobresaliendo de cada hoyo.

El hacendado llamó a algunos capataces.

—Córtenles las orejas a estos marranos.

—¡Eh, tú!, ¿dónde tienes tus apestosas orejas? —preguntó el hacendado, encaminándose a uno de los muchachos en su agujero.

—Patroncito, me las cortaron en los montes.

—¡Ah!, ya veo, por amotinarte.

—Con su permiso, patroncito, no fue por eso. Mi chamaquito se me ahogó en el río. Entonces me puse tan triste que me fui río abajo.

—Un desertor, entonces. Es igual —con un movimiento de cabeza llamó a su capataz—. Este perro ya no tiene orejas que le corten. Móchale la nariz. ¡Epa, tú!, no te retuerzas tanto, si te llevan el cachete, mucho mejor. Así los diablos del infierno no te reconocerán cuando llegues allí.

Los peones que presenciaban esto no dijeron nada. Ni con un gesto traicionaron lo que sentían dentro de sí. Parecían tan humildes y obedientes como siempre. Los hacendados estaban convencidos ahora de que nada debían temer.

Los peones recibieron orden de llenar los hoyos.

Cuando habían concluido y solo las cabezas de los condenados asomaban sobre el suelo, un hacendado gritó hacia las cabezas:

—¿Tierra y Libertad es lo que quieren? Ahora les vamos a dar tierra y libertad. Más de la que puedan tragar. Puercos piojosos —picándole en las costillas a un capataz agregó—: Atarrágales el hocico con tierra hasta que les salga por el ano.

Él mismo levantó una palada de tierra, la arrojó a la cara de la cabeza más cercana, caminó hacia ella y le metió la tierra en la boca con sus botas.

—Ahí está tu tierra y tu libertad. ¿Ahora estás satisfecho? ¿Eh? A ustedes también los vamos a rellenar de tierra y de libertad. Trae agua, José —ordenó a otro capataz—. Trae agua para todos y échasela en la boca. Ahora tendrán toda la libertad que existe en la tierra, y en el infierno también.

Llamó a todos los mayordomos y capataces y les ordenó que hicieran lo mismo con las demás cabezas.

Urgidos por sus amos, los capataces empujaron con sus botas, contra las bocas indefensas, la tierra suelta que se amontonaba alrededor de los hoyos. Y cuando bocas, narices, ojos y oídos sangrantes estaban tan llenos de tierra y agua que ni una partícula hubiera cabido, comenzaron a patear las cabezas con sus botas, hundiéndolas más y más en la tierra suelta hasta que las caras, totalmente cubiertas con una mezcla de sangre y tierra, se habían tornado irreconocibles y consistían solamente en una masa que se conservaba unida inciertamente por el grueso y negro mechón de pelo.

Al comienzo de esta distribución de tierra, los muchachos habían escupido, tosido y estornudado al sentir que se ahogaban; pero ninguno se había quejado. Tampoco habían emitido palabra alguna que pudiera tomarse como un ruego de piedad o misericordia. Ni temor ni reproche se notó en sus miradas mientras pudieron ver; sólo

el odio brillaba en el último parpadeo de sus ojos oscuros. Y era ese mismo odio inconmensurable el que los volvía insensibles a todo dolor, como si sus cabezas fueran de piedra. Era el odio inextinguible del oprimido que, pisoteado y atormentado, solo conoce una emoción: el odio hacia el opresor. El odio que siente el esclavo que no ha conocido jamás la justicia y solo sabe de órdenes y maldiciones. El odio que no permite oscilación en su coraje, ni siquiera para pedir una última patada misericordiosa que le extinga la vida de una buena vez.

Cuatro de los muchachos, cuando sintieron que el próximo golpe de la bota en la cara los dejaría sin poder hablar más, gritaron tan fuerte como sus gargantas ahogadas en tierra les permitían: «¡Tierra y Libertad! ¡Viva la revolución de los peones!» El grito no había sido bien claro, pero ellos, que lo escuchaban con la última chispa de su vida, no solo lo entendieron instintivamente, sino que les pareció un himno heroico en el cual intuían el nacimiento de una nueva Humanidad. Ni a un coro de ángeles entonando música celestial anunciando el arribo del Salvador le hubieran escuchado con igual emoción en aquel momento. Era como un canto anunciando el fin, pero no de ellos, sino de la dictadura.

13

Los hacendados no solo habían oído aquellas postreras palabras de los muchachos agonizantes, sino que las habían entendido a pesar de lo apagado de sus voces.

Y se apoderó de ellos tal furia que perdieron todo control de sí mismos. Haciendo a un lado a los capataces, saltaron sobre las cabezas de los rebeldes pateando y bailando sobre ellas como si desearan hacerlas desaparecer de la superficie de la tierra cuanto antes.

—¿Dónde están los caballos, perros mugrosos?

Gritaban como enloquecidos, golpeando a los capataces con sus puños. Pero los caballos no habían sido traídos todavía porque pastaban en el campo abierto y tenían que ser hallados primero y luego llevados a ensillar.

—¡Caballos! ¡Traigan los caballos! ¡Queremos mandar a estos malditos perros al infierno!

Pero no solo los hacendados; también los peones de la hacienda habían escuchado y entendido las postreras palabras de estos rebeldes. Y aunque hablaban su dialecto indio con más facilidad que el castellano, de todas maneras comprendieron, por primera vez en su vida, lo que estas palabras revolucionarias significaban. Y también en ellos resonaron como un himno, un himno a los héroes que solo la resistencia a una dictadura puede producir.

Los hacendados habían cometido su más grave error: habían obligado a los peones a ver esta exhibición macabra con el fin de aterrorizarlos. Pero éstos, al presenciar el espectáculo que se les ofrecía, experimentaron una sensación nunca

antes advertida, un sentimiento que los identificaba plenamente con aquellos desdichados; y sin poder explicárselo a sí mismos, sintieron que una liga invisible de hermanadad los unía, no solo porque eran peones, sino porque en esos momentos comprendieron que tenían un enemigo común, pues de pronto se aclaró para ellos que esos amos que atormentaban y golpeaban a los prisioneros, eran los mismos que pretendían pasar por sus benefactores, por sus padres benévolos. Ahora empezaron a vislumbrar, por primera vez en su existencia, que estos pretendidos padres no eran más que crueles padrastros que se decían paternales para hacer uso del dominio y autoridad que este título les confería.

Se dieron cuenta también de otro hecho revelador: Que su clase oprimida y atormentada podría producir héroes de un temple, orgullo y espíritu de sacrificio hasta ahora insospechado por ellos. Siempre habían considerado esas cualidades humanas como herencia inalienable de otra clase, la clase de sus amos feudales, pues así se lo habían oído proclamar a éstos desde siempre y a cada oportunidad. Así como habían escuchado que los peones y proletarios eran precisamente eso, peones y proletarios, por falta de dignidad y valor.

Pero ahora los peones sintieron henchirse de orgullo su pecho al oír los ahogados gritos de victoria de los prisioneros. Sus personalidades, hasta ahora nebulosas e indiferentes, florecieron en una comprensión de sus propias posibilidades como seres humanos, pues vieron por sí mismos que estos rebeldes, aun bajo el dolor más intenso, podían sobreponerse y lanzar su verdad a la cara de sus torturadores; y vieron también que estos valientes pertenecían a su raza, a su clase y no a la de sus amos. Ninguno de ellos había visto nunca a un hacendado morir con un gesto tan sublime y tan glorioso como el que estos rebeldes habían alcanzado.

Cuando los hacendados habían ordenado a los peones estar presentes en la ejecución, no sospecharon que lograrían exactamente lo contrario a sus propósitos.

Con el corazón lleno de una ferviente admiración por los rebeldes muertos, los peones se escurrieron a sus chozas y allí contaron a sus mujeres e hijos lo que habían visto y experimentado. Y narraron esto con la misma veneración con que habrían contado que en los arbustos habían visto al mismísimo Señor aparecérseles en persona y mandarles construir una capilla.

Hombres y mujeres se arrodillaron ante las pequeñas y manchadas imágenes de la Virgen apoyadas sobre pequeños armarios, que hacían las veces de altares en sus chozas, y rezaron por las almas de los rebeldes con tanto fervor y cariño como si hubieran orado por sus propios padres. Cuando habían terminado sus plegarias y los hombres una vez más habían de abandonar sus míseras chozas para seguir al capataz a sus labores, ya no eran los mismos peones del día anterior.

VI

1

El General, una vez que hubo retirado su ejército central y el ejército acampado al occidente de la finca a legua y media dentro de la maleza, se preparó para un contraataque. La maleza cubría no solo sus dos ejércitos, sino también sus preparativos de ataque. Todos los animales fueron llevados por las mujeres y los niños a una distancia de más de tres leguas dentro de los bosques.

Ahora *el General* disponía de un amplio campo de acción y tenía, además, bastante espacio para atacar a sus contrarios por cualquier flanco. Guiado por su perspicaz instinto indígena, evitaba cualquier ataque por sorpresa, ordenando centinelas y patrullas avanzadas de tal manera que podía atrapar a cualquier leñador que anduviera de caza antes de que pudiera prevenir a los habitantes de Santa Cecilia y echar a perder sus planes. La idea fundamental de su plan era hacer creer a sus contrarios que el ejército rebelde había sido totalmente aniquilado en la batalla asesina que había ofrecido al enemigo, y que quedaban solo unos cuantos hombres heridos y fugitivos que vagaban por la selva y los llanos, dominados por el terror y la desesperación. Su mayor preocupación era que los federales, los rurales y los hacendados, junto con sus mayordomos y capataces, hubieran ya salido de Santa Cecilia, pues no quería perder a uno solo de estos enemigos.

La mañana en que los prisioneros fueron enterrados vivos en Santa Cecilia, *el General* había llamado a dos muchachos que sabía estaban familiarizados con los alrededores, pues habían nacido y se habían criado en una de las fincas de esa región y más tarde habían sido vendidos a las monterías por sus amos por deudas de sus difuntos padres, y les había preguntado:

—Ustedes dos, Pablo y Mario, ¿entienden el idioma que hablan los peones aquí?

—Sí, *General*. El tzeltal.

—Bueno. Lleven unos costales y corten mucho zacate allá en aquel claro de la pradera. Bastante zacate como para rellenar bien sus sacos, hasta que parezcan unas bolas enormes. Después se van derechito a Santa Cecilia. Vayan a la villa de los peones y haciéndose los inocentes les dicen que van camino de Balún Canán y que de allí quieren contratarse para trabajar en las plantaciones de café, que quieren vender el zacate en Balún Canán por buen precio para comprarse tabaco para el viaje.

—Eso es fácil. Yo trabajé en los cafetales en San Jerónimo —contestó Pablo.

—Paren ahí como medio día, como si quisieran descansar. Aquí tienen dos reales cada uno para que les compren algo a los peones: tortillas para el viaje, frijoles, chile, y unas hojas de tabaco. Luego caminan por ahí, haciéndose los tontos, no lo olviden, cerca de los edificios, y paren bien las orejas. Ya saben bastante castellano como para

entender lo que dicen. Se trata de que investiguen cuántos hombres hay, si éstos se piensan quedar uno o dos días o si se van a quedar más tiempo. Échenle un vistazo a las puertas, si las cierran de noche o nomás las emparejan, dónde guardan los rifles y las ametralladoras, en qué cuartos duermen los oficiales, y si beben mucho. ¿Podrán averiguar todo eso?

—Desde luego, *General*. Tenemos buena cabeza y estómago pa'no fallar.

—Y al abandonar la villa digan muy casualmente que por ahí se encontraron a unos cuantos muchachos cansados y muy sucios, con rifles, y heridos en el cuerpo y en la cabeza, y que en cuanto los vieron, desaparecieron entre la selva rápidamente como conejos asustados. Tan pronto como hayan dicho esto y como quien no quiere la cosa, salen en dirección de Balún Canán. Desde luego, cuando lleguen a la finca nadie debe adivinar que van de aquí; y al dejar la finca caminen media legua o más hacia Balún Canán, luego se dan la vuelta y se devuelven hacia acá. Es muy importante que nadie en la finca, ni siquiera los peones, sepan que salen de aquí y que regresan aquí. ¿Entendido?

—Todo, *General*. Y no te preocupes por nosotros. Ya averiguaremos todo lo que quieres saber.

—Entonces, váyanse. Y si alguno de los soldados les preguntara algo, nomás díganles que vieron a un par de hombres con rifles corriendo hacia la maleza y que iban tan atemorizados que no tuvieron tiempo de hablar. Pero es mejor que no se metan a hablar ni con los federales ni con los rurales. Tengan los ojos bien abiertos y hablen con los peones.

2

Al regreso de los dos enviados del *General* se supo la suerte que habían corrido en la finca Santa Cecilia los compañeros capturados. Pero en lugar de aterrorizarse o amilanarse por temor a que les sucediera lo mismo, la noticia despertó en todos los muchachos tal furia, que de no haber estado *el General*, *el Coronel*, *el Profesor*, Andrés, Celso y otros cuantos de los hombres lo suficientemente calmados para persuadirlos pacientemente de esperar a seguir el plan cuidadosamente preparado, hubieran partido inmediatamente a atacar a Santa Cecilia de día y sin medir las consecuencias.

Modesta, que acuclillada al lado de Celso peinaba a su pequeño sobrino Pedrito, también había oído las noticias. Al pequeño Pedrito le habían cortado las orejas, como a su padre, cuando éste trabajaba en las monterías. Este castigo le había sido infligido al padre por un intento infructuoso de escapar, y el niño, en presencia de su padre, había tenido que soportar la misma mutilación para aumentar la pena al padre y marcar al niño por el resto de su vida como al hijo de un desertor. Si como castigo por su intento de evasión el padre hubiera sido azotado, esto lo hubiera inhabilitado

para trabajar durante varios días, y prescindir de su valioso trabajo hubiera afectado la economía del amo. Por eso se había implantado la costumbre de cortarles las orejas, pues esto no les impedía continuar su trabajo inmediatamente y así la producción de caoba no decaía.

Cuando Modesta, que hasta entonces había creído que su hermano había caído en el combate y sufrido una muerte rápida, se dio cuenta al oír mencionar al prisionero sin orejas, que entre los tan brutalmente asesinados había estado su querido hermano, palideció mientras candentes lágrimas le brotaron de los ojos. Pero no dio rienda suelta a su dolor. Solo apretó los labios fuertemente, los abrió luego, rápida, como involuntariamente, y expulsó su respiración con vehemencia. Entonces cogió al pequeño Pedrito, lo estrechó contra ella y lo besó.

—Tu padre es uno de los héroes inolvidables de la lucha por la Tierra y Libertad —le dijo besándolo de nuevo.

—¿Nunca va a volver mi padre, tía?

—No, pequeño; desde ahora vive con todos los demás héroes en las estrellas, donde están todos los grandes hombres cuyos actos maravillosos nunca serán olvidados.

—Entonces lo podré ver con mis anteojos, ¿no?

—Sí, estoy segura que sí —contestó ella con una triste sonrisa.

Mientras tanto había terminado el informe de los exploradores. Ella había dejado de prestarles atención.

Ahora, sin embargo, cuando todos quedaron callados con el impacto de la noticia, miró a Celso largamente. Éste se encontraba parado, con la cabeza inclinada, mirando al suelo.

Lo tocó suavemente y le dijo quedo:

—Tú estás a cargo de la segunda ametralladora, ¿no es así, Celso?

—Tú bien sabes que sí, Modesta. Y ahora que *el Coronel* fue y desgraciadamente perdió la suya, yo soy el único ametralladorista en todo el ejército. Y no necesito decirte lo orgulloso que estoy de estar a cargo de una ametralladora tan hermosa, tan brillante, y que dispara tan lindo.

—Desde luego que no, Celso. Tienes razón de estar orgulloso.

Permaneció callada por un rato, y con el dedo gordo del pie dibujó una figura en el suelo.

De pronto dijo:

—Yo te gusto, ¿no es así, Celso?

—¿Que-e-é? —contestó él con voz sorprendida—. Seguro que me gustas. ¿Por qué no? Eres bonita y sabes cocinar. De veras me gustas, me gustas bastante. No creí que fuera necesario tener que decírtelo. Cualquier muchacha sensata podía darse cuenta.

—Entonces, si quieres que te quiera, que te quiera mucho, tienes que hacer algo por mí, Celso.

—Cualquier cosa, Modesta, cualquier cosa que quieras. No tienes más que decirlo, y ya está hecho. Pero con una excepción. Te lo tengo que advertir luego. Si quieres mi ametralladora, esa sí no te la doy. Al menos no antes de que háyamos ganado la revolución. Entonces te haré con ella una máquina de coser.

—No, Celso, yo no quiero tu ametralladora. Lo que quiero que hagas por mí es que me enseñes a tirar tan bien con tu ametralladora que pueda cortar un mango de la rama a doscientos pasos.

—Pero ¿por qué mangos, Modesta?

—Para poder cortarles en tiritas el corazón a todos los que no están con nosotros, los que no gritan Tierra y Libertad con nosotros, los que patearon las cabezas de nuestros compañeros, entre ellas la de mi hermano. Las orejas de Pedrito las tienen que pagar, pagar muy caro. Y ahora la cabeza despedazada de su padre la tienen que pagar más caro todavía. Mucho, pero mucho más caro, Celso.

—Bien dicho, Modesta. Yo te enseñaré a tirar con mi ametralladora mejor que lo que me enseñó *el Coronel*. Bien visto, ¿qué sabe *el Coronel* de ametralladoras? Él nomás dispara sin ver si pega, nomás por oír el rat-tat-tat. A mí no me gusta el ruido, me gusta hacer blanco, y si pudiera pegar sin hacer ruido, estaría cien veces más contento.

—¿Cuándo comienzas a enseñarme a tirar, Celso? —preguntó Modesta, impacientándose.

—Mañana no, Modesta, sino ahora, luego luego.

—Siempre que sea sin ruido y sin disparar balas —interrumpió una voz. Era *el General*, que había escuchado las últimas palabras.

Celso rió estrepitosamente.

—Disparar es lo último que se aprende. Armar, cargar, apuntar, esas son las cosas más difíciles de aprender, y es aún más duro aprender a encontrar las fallas y corregirlas cuando se atora de repente la ametralladora. Tienes mucho que aprender, Modesta, antes de que dispares una bala. Y eso no será ahora, ni mañana, ni en diez días. Por eso, *General*, no te tiene que preocupar que comencemos a disparar y descúbramos nuestra posición.

El General se sentó, encendió en la hoguera un puro mal liado, y dijo a Modesta:

—¿Así es que quieres ser ametralladorista, muchacha?

—Sí, mi *General*, eso es lo que quiero, y eso seré.

—Muy bien —replicó *el General*—. Me gustan las muchachas como tú. Lástima que ya hayas escogido marido.

Miró de reojo a Celso, quien se puso encendido y hundió la cabeza tanto que solo quedó visible su pelo negro enmarañado.

—Yo estaría muy contento con una mujer como tú, muchacha. Pero tengo una joven viuda, linda y gordita, cuyas lágrimas tengo que secar. Y me hará una buena esposa. Desde luego, no está loca por las ametralladoras como tú. Ella prefiere cocinarme algo bueno y espulgarme el cabello. Muchas veces una mujer así conviene

más a un soldado que una que quiere pelear. ¿No crées tú, Celso?

—Yo no soy general, así es que tengo menos preocupaciones que tú —contestó Celso, levantando la cabeza y viendo al *General* con una sonrisa—. Y como no tengo más que cuidar que a mi ametralladora y a los muchachos que me ayudan con ella, pues no me caería mal una mujer que también quiera cuidarla.

—Bueno, eso ustedes lo deciden. Hagan lo que les convenga a los dos con tal de que estén contentos y ataquen a los uniformados con más gusto —dijo *el General*, aspirando hondamente el humo de su puro recién encendido y parándose al mismo tiempo.

Se acercó a Modesta, quien también se había parado, le dio una palmada en el hombro, le cogió la barbilla y alzándosela dijo:

—¡Oye, muchacha; escucha! Cuando le pegues a un mango a cien pasos, te nombro la primera tenienta en nuestro ejército.

Modesta, levantando la cabeza, saludó como vio que lo había hecho *el General*, y dijo:

—Estoy a sus órdenes, mi *General*. ¡Tierra y Libertad!

3

—¿Qué traen en sus morrales? —preguntó *el General*, apuntando a los sacos de yute de los exploradores que habían regresado.

Los sacos estaban llenos a reventar.

—¡En el nombre de Dios!, si parece que saltan por todos lados. ¿Qué traen ahí? ¿Puercos, becerros, chivas, o qué?

—Trofeos de guerra, *General* —contestó Pablo.

Pablo y Mario desataron sus morrales, sacaron el zacate de la parte superior y de los lados, y en cada saco apareció una cabeza.

—Al pasar agarré por ahí a un capataz desarrapado y me lo traje —dijo Pablo, tirando de su prisionero, a quien había atado con una cuerda y metido tanto zacate en la boca que no podía producir el más leve sonido.

—Y yo encontré un mayordomo —Mario le picó en las costillas a su prisionero para que rodara fuera del costal.

—Cada uno tenía un revólver brillante tan bonito —explicó Pablo—, que nunca nos hubiéramos perdonado hasta el día del Juicio Final si no les quitamos esas cositas tan hermosas. Y como todo entraba en la tarea del día, pensamos que sería bueno traérnoslos para que los interrogaras, *General*. Ellos saben más que los pobres peones, que no se atreven a abrir el hocico por miedo de que los hacendados los entierren hasta la cintura y luego les pasen a caballo por encima. Ni siquiera nos vendieron tortillas para que no lo fueran a saber los patronos y los acusaran de confabularse con campesinos desconocidos que a la mejor sabían algo de los

rebeldes.

4

Los peones a los que se referían los dos exploradores estaban a estas horas en un estado de terror indescriptible. Pero su terror no era mayor que el de los dos prisioneros que ahora estaban medio agachados ante *el General*.

Ser llevados a cuestas por los indios rebeldes, atados con fuerza, totalmente cubiertos de zacate y luego ser entregados bajo el sol tropical del mediodía en manos enemigas, ¡y qué manos!, las de los camaradas de los que habían sido salvajemente martirizados hasta su muerte unas horas antes, era para helarle la sangre a cualquiera.

La actitud de estos dos hombres contrastaba grandemente con la asumida apenas esa misma mañana cuando se sentían absolutamente protegidos y trataban de descollar ante sus amos infligiendo torturas a los indefensos prisioneros. Cayeron de rodillas, implorando compasión, y antes de ser interrogados contaron todo lo que sabían de los planes e intenciones de los oficiales y hacendados. Demostraban, con más vehemencia que las palabras, hasta qué grado increíble puede una dictadura destruir el carácter de los seres humanos. Pero es precisamente cuando los ha degenerado a ese extremo cuando ésta, la dictadura, se ha colocado ella misma a un nivel desde donde puede ser arrojada de un puntapié.

—Esta mañana ustedes ayudaron a enterrar a nuestros camaradas, los golpearon y les escupieron —dijo *el General*.

—Por nuestra Madre Santísima, mi jefe, ni siquiera tocamos a esos pobres muchachos.

El General llamó al *Coronel* y a algunos muchachos. Se llevaron a los dos prisioneros. A la media hora volvieron.

—¿Será eso todo lo que saben? —preguntó *el General*—. Bien, es bastante. Ahora podemos alistarnos para entrar en acción.

El Coronel preguntó:

—¿Qué hacemos con esos dos? ¿Los fusilamos?

—¡Y gastar buenas balas! —exclamó *el General*—. Debías de aprender a economizar, hermanito. ¿Dónde está tu ametralladora?

—Tú lo sabes, *General*.

—Tú eres uno de mis coroneles y un oficial con mando, y dejaste que te quitaran tu ametralladora.

—¿Conque eso tienes contra mí, mano? Muy bien, me dejé que me la quitaran. Pero hoy la recupero. Y mañana tendré otra más. Además de la nuestra, tienen dos nuevecitas allí en Santa Cecilia.

—Deja que los demás hagan algo también. No quieras hacerlo todo tú solo. Llama a algunos muchachos y diles que apedreen a estos condenados hasta que dejen

de revolcarse. ¿Gastar balas en ellos? ¿O mellar un buen machete con su grasa? Hasta las piedras son demasiado buenas.

Un muchacho se acercó corriendo.

—¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen! —gritaba desde antes de llegar.

—¿Quién viene, estúpido? —preguntó *el General*.

—¡Los federales!

—No lo creo —dijo *el General* al mismo tiempo que brincaba hacia un árbol, al cual se encaramó.

—Cinco hombres —gritó desde el árbol después de observar durante un momento —. Son hacendados que andan tras de esos muchachos que les dijimos que corrieron asustados hacia la maleza. *Coronel*, toma doce hombres y captura a esos hijos de puta. Ya están bien adentrados en la maleza. No disparen. Lácenlos. Quiero interrogarlos. Solo si se dejan venir p'acá tiren. Pero los pueden agarrar sin tirar un balazo. Y te advierto que si llegan a ver nuestro ejército aquí y se baten en retirada con informes a la finca, te juro, *Coronel*, aunque somos buenos amigos, que te mando cortar la cabeza, o más bien, te la corto yo mismo. Lo juro.

—Los voy a agarrar con dos dedos, y uno lastimado.

—Tu cabeza, *Coronel*, o esos marranos. Ya sabes —*el General* rió—. Lo digo en serio aunque me ría. Yo te nombré *Coronel* y supe por qué lo hacía. Pero precisamente por eso espero de ti lo que de veinte hombres.

—Bueno, no te enojes, *General*. Y a la noche consigo mi ametralladora. Yo solito. Con un machete y un muchacho que me ayude a cargar todo. No llevaré ni la pistola.

—Hoy en la noche haces lo que *yo* ordene, no lo que tú digas. Aquí yo soy *el General* y tú harás lo que yo mande.

—Sí, *General* —*el Coronel* dio media vuelta y comenzó a escoger sus hombres.

—¿Vienes? —le preguntó a Celso, que se le unió al momento.

—Me insultas, hombre. Naturalmente que sí. Puedo atrapar ganado y potros medio salvajes, así que media docena de miserables hijos de la tiznada no me preocupan.

Dos horas después los cinco hacendados yacían atados de pies y manos en el campamento. Tres mayordomos también habían sido capturados. Estos hombres no había sido avistados por los centinelas, pues se habían separado de los hacendados y habían enfilado hacia la maleza, buscando a los supuestos fugitivos.

5

En el interrogatorio los indios se agrupaban por decenas. Tan pronto como un hacendado trataba de mentir, algún muchacho que conocía bien la región lo oía, e inmediatamente gritaba:

—¡No es cierto! ¡Miente!

Uno de los prisioneros recibió una bofetada de uno de los muchachos más cercano. El hacendado, sintiéndose humillado al ser abofeteado por un indio, rehusó seguir hablando a pesar de las amenazas y masculló unas frases ininteligibles.

Los mayordomos estaban más dispuestos a decir todo lo que sabían. Y en los últimos momentos de su vida estos hombres se dieron cuenta en qué clase de individuos habían depositado su confianza. Sin que siquiera se les preguntara, los mayordomos descubrían los lugares en que sus amos tenían enterrados el dinero y las joyas o el rincón de los edificios en que estaban escondidos o emparedados.

Al fin *el General* se cansó del interrogatorio y de las mentiras. Llamó a media docena de muchachos y les dijo:

—Esta mañana estos caballeros y sus aprendices de verdugo martirizaron a nuestros compañeros hasta la muerte. ¿Qué hacemos con ellos?

—¡Igual! ¡Lo mismo! —gritaron al unísono.

—No. Lo mismo no —replicó *el General*—. Cuélguenlos allá de aquel árbol. Todos en el mismo árbol. Y déjenlos colgados ahí hasta que se pudran o hasta que se los traguen los zopilotes. Y cuando digo que los cuelguen, no quiero decir como nos colgaban en las monterías. No. Corto y rápido, con las propias reatas que traen en sus sillas.

Uno de los muchachos gritó:

—¿Y quién se queda con sus revólveres y sus rifles?

—Los que los capturaron.

—¿Y si traen otras armas?

—El que los cuelgue más aprisa.

Los hacendados se persignaron y murmuraron avemarías.

Los tres mayordomos, sin embargo, no perdieron tiempo en eso. Cayeron de rodillas, abrazando las polainas que *el General* llevaba puestas y que había ganado en la batalla contra los rurales, y gimieron:

—Misericordia; perdónenos, mi general, mi jefe. Tenga piedad de nosotros y de nuestras familias. Tenga piedad no de nosotros, sino de nuestros hijos.

El General se zafó del abrazo de aquellos miserables y los pateó con tal fuerza que cayeron amontonados.

—¿Quién de ustedes, hijos de puta, tuvo piedad de nuestros muchachos? ¡Vamos, hablen! A ver, ¿quién? Si alguno de ustedes la tuvo, no será colgado. Esta mañana estaban gozando al amparo de esos malditos verdugos y torturadores y ahora están arrastrándose aquí.

—Siempre hacemos lo que nos ordenan nuestros patroncitos —gimió uno, medio incorporándose.

—Pos por eso. Por eso mismo está bien que a ustedes tres no los cuelguen, sino que primero los azoten y luego los cuelguen.

Dio unos pasos hacia los hacendados, que se santiguaron otra vez cuando se acercó.

—A ustedes, caballeros, los debía también mandar azotar antes de ordenar que los colgaran. Para que sepan lo que se siente, canallas. Miserables canallas de alma y corazón, eso es lo que son, aunque aquí ponen esas expresiones altivas porque tienen que humillarse ante nosotros. He pensado en algo mejor para ustedes, para que los acompañe en su marcha al infierno. Les dolerá más que una despellejada triple. Para sus miserables secuaces no significaría nada. Los azotes son lo único que les preocupa. Pero a ustedes sí, cuando les diga lo que les vamos a hacer hoy, mañana y todos los días a sus mujeres, a sus hijas, a sus nietas, y a sus madres. *Nosotros*, los piojosos, los mugrosos chamulas apaleados, sí, *nosotros*, los puercos apestosos y perros sarnosos, nosotros nos divertiremos con sus mujeres, tal y como ustedes lo han hecho con las nuestras durante siglos. Nosotros no lo hacemos por gusto, sino por justicia. Y para que reine la justicia en este estado, por eso me he hecho general y este de acá coronel, y aquel de allá mayor, aunque no sepa leer ni escribir. Pero una cosa sí podemos hacer. Matarlos a todos, y sacar al Caudillo de su trono para que al fin se nos permita abrir la boca y decir lo que quéramos, y no tener que repetir como pericos lo que nos dicen que digamos todos los días. Y ahora, caballeros, adiós y buen viaje al infierno. ¡Vamos, muchachos, llévenselos! —les gritó a los hombres que había designado para la última tarea.

—¡Viva nuestro *General*! ¡Tierra y Libertad! —gritaron más de cien rebeldes que se habían juntado en número creciente mientras hablaba *el General*—. ¡Tierra y Libertad! ¡Que muera la dictadura! ¡Abajo los caciques! ¡Abajo los patronos y los capataces! ¡Viva la revolución! ¡Libertad para los campesinos!

6

En el curso de la tarde, cuatro hacendados más fueron traídos por las avanzadas. Eran terratenientes que volvían a sus fincas con sus mayordomos y capataces, después de haber celebrado en Santa Cecilia su victoria sobre los rebeldes, y convencidos de que la región estaba libre de bandas aisladas de rebeldes.

Cuando los hacendados llegaron al campo y vieron el formidable ejército, quedaron tan atónitos y confusos que por un buen rato se les olvidó totalmente pensar en el predicamento en que se encontraban. Se dieron cuenta de lo que les esperaba en Santa Cecilia y gozosamente hubieran sacrificado cien años de salvación con tal de poder tener una oportunidad de prevenirlos de la proximidad de este ejército.

Dos de los caballeros, don Fernando y don Anselmo, todavía conservaban suficiente humor, y uno de ellos dijo al otro en tono afectuoso mientras les corrían los lazos hacia el cuello:

—No es ni agradable ni cristiano terminar colgado de una rama sin tener siquiera el beneficio de un cura, pero lo que les espera a nuestros buenos vecinos en Santa Cecilia que ahora están celebrando el triunfo ruidosamente, no es mucho mejor. ¿Eh,

don Anselmo?

Don Anselmo, que tenía el cuello rodeado ya por el nudo, replicó:

—Como siempre, don Fernando, una vez más ha ido usted al grano. Yo también prefiero partir callada y discretamente de este —cuando uno se pone a pensar— muy triste mundo, en lugar de participar en la confusión y angustia que sufrirán los de Santa Cecilia antes de que, como nosotros aquí, ellos pacíficamente…

Pero don Anselmo no pudo concluir su discurso filosófico. El mundo nunca sabrá qué sabias palabras hubiera pronunciado en su última hora. La palabra «pacíficamente» se volvió un murmullo ahogado cuando dos de los muchachos lo alzaron al aire en ese momento. Ante medidas tan severas y decisivas hay un fin a toda la sabiduría humana. Aun a la de los más grandes filósofos.

VII

1

Faltaban tres horas para la puesta del sol.

El General había ordenado a cada hombre estar listo para marchar a los veinte minutos de recibir la orden de hacerlo.

Los hombres que componían el Estado Mayor se acuclillaban juntos, pero ninguno había comentado el plan de ataque. Los muchachos charlaban de cosas triviales. *El General*, acuclillado también, escarbaba raíces de zacate con una vara. Tan pronto había sacado dos o tres, escarbaba con la misma vara otro agujero no lejos del lugar y plantaba las pequeñas raíces. Era fácil ver que hacía esto porque su pensamiento andaba muy lejos.

De pronto se puso activo. Apuradamente aplanó la tierra alrededor de la última raíz, se levantó de un salto, y casi corrió alrededor del círculo que formaba su Estado Mayor, gritando una y otra vez:

—Daría la mitad de mi brazo izquierdo por saber si es de noche o de madrugada. Daría la mitad de mi brazo izquierdo por saber…

—¡Qué diablos, *General*! —gritó Matías—. Da gracias a Dios que todavía tienes tu brazo izquierdo y deja de lamentarte. Ni una vieja podría seguir oyendo ese eterno quejido. Si te estorba el brazo, ven y te lo mocho de un solo machetazo, como cuando le cortamos la pierna a aquel muchacho a quien mordió una cascabel.

—Vamos, *General*. ¿Qué es lo que anda mal? Desembucha. Los brazos izquierdos son muy útiles. Matías tiene razón. Necesitamos todos los brazos que tenemos, y el tuyo más que los nuestros —dijo Celso con tono reposado.

—Muy bien, si no mi brazo izquierdo, entonces daría el dedo gordo de mi mano izquierda por saber cuál plan, cuál de los dos que he pensado debo escoger —se paró y se rascó su pelo crespo.

—Si los dos son buenos, no importa cuál escojas —dijo Andrés.

—No es tan sencillo como eso. Cada uno tiene sus ventajas y sus desventajas.

—Entonces escoge el que tiene la menor desventaja —aconsejó Andrés.

—Lo difícil es saber, o más bien adivinar, cuál de las dos desventajas es la menor.

El Coronel se jaló la manga rota y se paró cerca de él por un instante.

—Siéntate aquí sosegadamente y deja de brincar como un chapulín. No puedes ni pensar con todo ese brincoteo.

—Ya probé sentado, pero sigue siendo difícil —sin embargo, se acuclilló y sacó un cigarro de la bolsa de su camisa—. El plan me vino esta mañana cuando estaba trepado en el árbol, viendo a los hacendados arrastrarse tratando de cazar a los fugitivos y a los heridos. Yo creo que muchas veces tiene uno mejores ideas sentado

muy alto en un árbol y mirando al mundo hacia abajo en lugar de estar viendo siempre desde abajo. ¿Qué saben las hormigas de nuestra existencia? Pa' las hormigas somos nubes o montañas andantes. Uno de los planes es tomar a Santa Cecilia hoy en la noche. El otro es atacar la finca dos horas antes del amanecer. Tenemos que atacarla. Pero si marchamos como rebaño de borregos nos barren con sus ametralladoras. Tenemos que atacarlos de tal manera que no les dé tiempo de agarrar sus rifles.

—Bueno, pues… ¿Qué tal antes de la madrugada? —preguntó Celso.

—Hay muchos madrugadores ai. Los hacendados que quieran irse y tengan que caminar todo el día aprovechan el fresco de la madrugada. Hay que contar con que van a estar despiertos y a la mejor nos oyen antes de que nos acérquemos lo bastante. Y hasta es posible que los federales y los rurales se vayan a las dos de la mañana. Eso es lo que no pude sacarles a esos pendejos que agarramos. Pero, ¡maldita sea!, esa tropa no debe salir de ai antes que le quitemos los rifles. Ne'sitamos los rifles y todas las balas que traigan esos desgraciados. Y *el Coronel* quiere recuperar su ametralladora, su Ema, como le dice, o si no nunca va'star contento. Si agarramos a esos marranos aquí en Santa Cecilia, entonces no tenemos quí'andar correteando detrás d'ellos y gastarnos las plantas de los pies.

—¡Entonces a darles! —aconsejó Celso.

—¿A darles? ¿A darles? Tú sí puedes hablar, pero yo cargo con la responsabilidad si pierdo muchos hombres. Pero ahora escuchen todos y paren las orejas. Si les caemos a las dos o tres de la mañana, a la mejor ya están todos levantados, los hacendados pa'irse pa'sus casas, y las tropas pa'regresar a sus cuarteles en Hucutzín, Jovel o Balún Canán. Antes de que háyamos brincado la cerca, ya tendrán todo listo en el patio pa' llenarnos de plomo. La ventaja es que vamos a estar atacando ya p'amanecer y habrá bastante luz pa' ver a quién le cortamos el gaznate. Pero de otra manera sería mucho mejor a medianoche. Entonces van estar medio borrachos, echados y roncando el primer sueño. Pero va'star reteoscuro y se nos pueden pelar la mitad y atacarnos por la espalda.

—¡Ah, qué mi *General* tan tonto! ¿Y por qué no podemos llevar linternas, como las que ponemos en los carros cuando no hay luna? —dijo Matías riéndose.

—Matías tiene razón —opinó Andrés—. ¿Por qué no usamos linternas? No las de los carros, desde luego. Podemos usar las nuestras, así ahorraríamos parafina.

—Aunque soy *General*, realmente no entiendo de qué hablan —dijo *el General* mirando a Andrés inquisitivamente.

—No es exactamente idea mía; me vino de los peones de las fincas que visitamos y a quienes se las dimos enteritas aunque las quisieran o no. Es muy sencillo. Cuando háigamos rodeado la finca, algunos arriba de la barda y otros ya adentro, pos entonces le entregamos la parafina al dueño de Santa Cecilia. Y si todavía no has entendido, lo que quiero decir es que le prendemos fuego a las chozas de palma y a las casas de madera que están en las afueras, y en menos de dos patadas van estar

ardiendo con el aire de la noche. Entonces vamos a tener suficiente luz. Naturalmente que tendremos que entrar en la finca como bólido, y hay que tener hombres en todas las salidas pa'que naiden se escape.

—Puede ser que todavía te ascienda a brigadier algún día, cuando yo sea mariscal, Andreúcho. Eres bastante listo, aunque nunca has sido soldado. Si al menos no hubiera esos malditos perros que comenzarán a ladrar como locos tan pronto como nos acérquemos a trepar las paredes.

—Yo me encargo de los perros, mi *General* —dijo Emilio, quien estaba acuclillado escuchando—. Yo sé una buena maña p'atraerme a los perros fácilmente a una media legua de la hacienda. Cuando los de la finca oigan ladrar a los perros, pero corriendo hacia la maleza, naiden les va a poner atención, porque van a creer qui'un jabalí o un tigre se ha acercado al corral. Pero tengo que empezar desde orita. Yo me hago responsable de que los perros se estén quietos, *General*. Y voy a ne'sitar tres muchachos que vayan conmigo.

—Muy bien —asintió *el General*—. Nomás que después te arreglo si los perros me echan a perder mis planes y todavía quedamos vivos yo y tú.

—Me puedes ajusilar, *General*, si no saco a los perros; naturalmente que siempre hay algunos *ya* muy viejos o muy perezosos que tienen miedo de salir de noche. Pero esos cuantos pueden ladrar todo lo que queran. Y es mejor palos que están adentro oírlos ladrar, porque los perros ladran toda la noche, aunque vean nomás a una rata o a un gato enamorado.

2

El comandante en jefe de las tropas estacionadas en Santa Cecilia había dado la orden de salir a las ocho de la mañana del día siguiente. El saber con seguridad que su hacienda quedaría libre de estos huéspedes tan costosos, indujo al hacendado a dar un banquete de despedida, ya que sería el último. Así es que no escatimó lechones, ni pavos, ni terneras en esta fiesta, y hubo abundancia de aguardiente, fino y añejo, para los oficiales y los hacendados, y claro y más fuerte para los soldados.

Tales cenas monumentales en las fincas de esas regiones no duran hasta muy entrada la noche, principalmente por la falta de buena iluminación, que hace de una larga sesión, aun teniendo enfrente los manjares más ricos, una cosa desagradable. Las velas se doblan con el calor, mientras que las linternas abiertas humean intolerablemente y cada corriente de aire arroja el grueso y negro humo lleno de hollín sobre los comensales y sus blancas pecheras. Las lámparas de petróleo se apagan cien veces y tienen que ser encendidas otras tantas, con el peligro de que exploten debido a la inferior calidad del combustible. La hoguera encendida en el altar del patio da una buena luz a bastante distancia, pero también arroja humo con hollín sobre los invitados.

Antes del anochecer, millares de moscos, jején, zancudos y otros bichos indeseables comienzan a animarse, pues se sienten atraídos hacia las mesas y las caras iluminadas. En esta época del año los insectos son más numerosos y están más sedientos de sangre. Aparte de sus molestas picaduras caen por montones en la sopa y en la salsa y nadan desesperadamente en los vasos de vino o de agua. Así es que hasta para el comensal mejor templado, una larga sesión a la mesa es más bien una tortura que un placer.

Hay, además, otra razón por la cual tales banquetes en esas fincas remotas no duran hasta bien entrada la noche. A las nueve de la mañana el calor tropical comienza a pesar sobre hombres y bestias, sobre la hierba y el suelo. Esto obliga a la gente a levantarse muy temprano, en parte para aprovechar toda la luz del sol y en parte para hacer el trabajo necesario durante las horas frescas de la mañana. El día de trabajo útil y tolerable termina a las once de la mañana para todos aquellos que no son peones u obreros, y si alguna labor queda por hacer, se reanuda el trabajo después de las cuatro de la tarde. Por eso sucede que todos, hasta los soldados, se encuentran fatigados a temprana hora, al grado de quedarse dormidos en la mesa. Considerando las razones anteriores, se da comienzo a los banquetes a las cinco de la tarde y se terminan tres horas después, desde luego no más tarde de las nueve, y, cuando esto ocurre, ya en medio de bostezos y hasta de ronquidos.

Tales costumbres tienen que ser conocidas por un comandante en jefe para poder elaborar sus planes estratégicos. Y *el General* tenía conocimiento de que se preparaba un banquete; lo sabía no solo por los dos espías que había mandado, sino porque tal cosa le había sido confirmada durante el interrogatorio de los mayordomos capturados. Los hacendados, por su parte, aunque habían sido parcos y cautelosos al hablar, habían tomado la pregunta respecto al banquete como inocua y la habían contestado fielmente.

3

El General ordenó el ataque para las once de esa noche. No es que los muchachos midieran el tiempo con exactitud por medio de relojes que no tenían, sino que calculaban la hora por la posición de ciertas estrellas indicadas por *el General*.

Se necesitaba tiempo para llevar al ejército cerca de la finca sin ser visto, por eso durante el día marcharon hasta la orilla de la maleza. Tan pronto como oscureció, continuó el avance.

Todo el equipo y el armamento, así como los caballos y mulas, fueron dejados en la maleza a cargo de las mujeres y de los heridos que no podían tomar parte en este ataque.

A quienes poseían revólveres se les permitió que los llevaran consigo. Sin embargo, muchos de ellos prefirieron dejarlos. Pero cada uno, con revólver o sin él,

llevaba un machete o un cuchillo al cinto o guardado en alguna ranura del pantalón.

El General llamó a los muchachos a su alrededor y les dijo:

—Aquellos que orita no tienen ni rifle ni pistola tendrán preferencia cuando lléguemos a la finca. Hay que buscar ametralladoras y sacarlas rápidamente o llevarlas a algún rincón del edificio.

Encomendó a doce muchachos la tarea de buscar las ametralladoras, capturarlas y vigilarlas, de modo que no pudieran ser usadas o recobradas por los soldados.

—Tú, Celso, como jefe de ametralladoras, eres responsable, junto con Matías, de que no sean usadas en contra de nosotros y de que, una vez en el patio, se las vigile bien. Tú, *Coronel*, recobrarás a tu Ema, y cuando la tengas la llevas donde Fidel, que tiene la otra, y entonces tomarás parte en la batalla.

Después, *el General* designó a veinte muchachos para capturar, asegurar y vigilar todos los rifles que encontraran. Luego organizó cuatro grupos que se encargarían de custodiar los cuatro lados de la barda, y dos más para las puertas que debían ser celosamente vigiladas de manera que nadie pudiera escapar.

Finalmente escogió a varios muchachos que sabía ingeniosos y les encomendó la iluminación del campo de batalla.

Sus dos exploradores, observadores sobresalientes, le habían dado un plano detallado de los edificios, y de cómo y dónde estaban distribuidos los soldados, los rurales y los hacendados con sus secuaces. También le informaron que frente a la puerta principal había una guardia de tres hombres y un cabo, pero que este destacamento servía más de ornato que de seguridad, pues el comandante en jefe se sentía crecer ante los ojos de las mujeres cada vez que pasaba por esta entrada y la guardia se ponía firme y presentaba armas. La guardia dormiría de noche, pues habían sido bien agasajados con los platillos, y especialmente con la bebida, en la gigantesca fiesta de despedida. Y aunque no hubiera existido esta causa, de todas maneras habrían dormido, pues estaban cansados y nadie vendría a cerciorarse de si vigilaban. Además, «los rebeldes habían sido totalmente destruidos».

De todos modos, *el General* no dejaba nada al azar. Destacó a tres muchachos muy al frente de la tropa para asegurar que no volvieran a montar guardia jamás.

—Y ahora discutiremos la señal de ataque —dijo *el General*—. No se disparará un solo tiro, no habrá ni un silbato ni una orden. Todas las órdenes serán dadas por mí aquí y orita. Nadie debe de abrir el hocico hasta que todo termine. Dejen la gritería pa’los otros cuando vean nuestros cuchillos frente a ellos. Como tigres cazando en la noche, así es como deben de trabajar. Mientras menos ruido, mejor. Toda la cosa no debe durar más de quince minutos. De ai depende nuestro éxito. Tan pronto como se incendie el primer tejado y el patio se ilumine, ustedes deben estar brincando la barda. Cada grupo debe de vérselas con la tropa que les he asignado. Un grupo para cada cuarto y cuatro grupos para el patio. Cuatro grupos pequeños van a estar afuera de las cuatro paredes en caso de que quieran escapar algunos. ¡Ni uno solo debe salir de la finca! ¡A ver, grupo incendiario, aquí!

—Aquí estamos, *General*.

Los hombres del grupo designado dieron un paso al frente.

—Vayan. Arrástrense más quedo y con más cuidado que un coyote mañoso. Una vez que lleguen bastante cerca de la finca, busquen montones de rastrojo y lo desparraman por onde haiga cobertizos y casas con techo de palma y paredes de madera. No se olviden de llevar bastante yesca y astillas de ocote, ya encendidas pero bien cubiertas. Tan pronto como estemos todos juntos, les mando a Eladio, y él les dará la señal pa'comenzar las iluminaciones. Tengan cuidado de no empezar muy pronto, porque eso echaría a perder nuestro plan. Luego, cuando haigan recibido la señal y comenzado la cosa, tengan cuidado de que arda bien, y que no se vaya a apagar antes de que téngamos agarrados a todos. Pobres de ustedes si dejan que algo salga mal. Entonces sí van a saber cómo puedo ser. Ustedes son el grupo más importante para el éxito de todo el plan. ¿Entendido?

—No te preocupes por nosotros, *General*. Vamos a prenderle al lugar pa'que se vea más brillante qu'el infierno.

Los hombres juntaron toda la yesca en el campamento, cada uno se proveyó de varias astillas de ocote, y, para mayor seguridad, cada hombre se llevó una linterna llena de petróleo. Provistos de ese equipo echaron a caminar. Con ellos iban los muchachos cuya tarea era visitar a los centinelas y hacerlos desaparecer para siempre.

Puesto que todavía no era de noche, los muchachos se arrastraban cautelosamente como culebras por entre los zacatones para evitar ser vistos desde la finca. Desde luego no era de esperar que alguien en la finca, mientras el gran banquete de despedida estaba en su apogeo, se tomara la molestia de enfocar sus binoculares sobre la pradera con la esperanza de ver a algún antílope descarriado. De todas maneras, *el General* preveía hasta las más insignificantes eventualidades.

El Profesor, quien había escuchado todas las disposiciones del *General*, pues había estado a su lado durante la última media hora, dijo:

—En mi opinión, y después de lo que hemos visto y oído aquí, hicimos bien en hacerte general. Difícilmente hubiéramos hallado uno mejor.

—Vamos, vamos —sonrió *el General*—, no soy tanto ni tan bueno como crees, *Profesor*. Mañana o pasado me atraviesa una bala, me cuelgan, o me entierran hasta el pescuezo y me pasan por arriba con caballos, o me embarran de melaza y me amarran a un árbol. ¿Qué importaría eso? La revolución seguiría igual y tiene que seguir hasta su glorioso fin. Los generales mueren y nuevos generales, mucho mejores que yo, aparecen. Pues mientras más dure la revolución, más práctica tendrán los revolucionarios en hacer la guerra, y, en unos cuantos meses, cualquiera de los que están aquí parados lo hará mejor que yo ahora porque habrá tenido más experiencia que la que yo he tenido hasta hoy.

—Eso está todo muy bien dicho, *General* —replicó Andrés—, y es verdaderamente una lástima que no puedas escribir todo eso para que todos los revolucionarios que no te puedan oír puedan al menos leer tus palabras. Pues los hay

que se sienten indispensables.

El General soltó una sonora carcajada.

—¿Yo escrebir? ¿Escrebir mis palabras? Tengo que decirte, Andreúcho, que me daba dolor de cabeza cada vez que le tenía que escrebir a mi madre cuando era sargento. Apenas podía llenar un lado del papel. Pero cuando llegaba al otro lado, comenzaban las dificultades, porque para entonces ya no me quedaban palabras, y si me hubieran quedado no habría sabido cómo escrebirlas. Y ya hace tiempo de que fui sargento. Ahora no sabría escrebir más que mi nombre. Y eso creo yo que es bastante para un general. ¿Qué piensan de eso, muchachos?

—¿Qué más ne'sita escrebir un general aparte de su nombre, quisiera saber? —dijo Celso, mirando inquisitivamente a todos los hombres—. Míreme a mí. Yo ni siquiera sé escrebir mi nombre. Una C chueca y torcida es todo lo que me sale y eso con dificultad, y a pesar de eso soy coronel, y lo qué's más, a cargo de una ametralladora. Si sabes escrebir o no, no le importa a una ametralladora. Todo lo que le importa es si está bien aceitada y si sabes manejarla bien pa'que dé en el blanco.

El Profesor sonrió al *General*.

—Me gustaría mucho saber, *General*, qué le decías en la primera hoja cuando le escribías a tu mamá.

—Es muy sencillo y muy claro. Escrebía: «Mi muy querida, noble y respetada madrecita», y luego le ponía un punto.

—¿Y qué más decía en ese primer lado?

—No podía decir más, porque la página estaba llena y no cabía otra palabra.

—¿Y en el otro lado? ¿Qué ponías en el otro lado? —inquirió riendo *el Profesor*.

—Eso es igual de sencillo y de claro —dijo *el General*, como si estuviera hablando de la cosa más común del mundo—. Qué más podía decir sino: «Estoy bien, su hijo agradecido que le besa sus manos. Juan Méndez.» Con eso se llenaban las dos páginas. Ponía la carta en un sobre, compraba una estampilla, la lamía y después metía la carta en un buzón.

—¿Y qué te escribía tu madre contestándote?

—Nada. No sabía escrebir. Pero podía leer mis cartas muy bien. ¿Y qué más quieres de una carta, si no es que la lea la persona a quien se la mandas? Pero ya no vamos a pensar en eso. Tenemos otras cosas que hacer, y, además, yo creo que mi madrecita ya murió. Su vida era trabajo perpetuo, una penalidad tras otra; mucho cariño, eso sí, y siempre la preocupación por alimentarnos; nomás una vez la vi reír —*el General* frunció el ceño e hizo un gesto extraordinariamente cómico. Los muchachos que se sentaban a su alrededor lo miraron e iban a soltar la carcajada cuando se paró de un salto y gritó—: ¿Dónde están mis muchachos de la iluminación?

—Hace media hora que van de camino, mi *General* —le contestaron.

—¿Y los encargados de dormir a los centinelas?

—Ya hace tiempo que salieron también.

—Entonces alístense para marchar. ¡Vamos! ¡Apúrense! ¡Sacudan los huesos! Bola de piojosos desvergonzados, sentados ahí chismiando como comadres, en lugar de estar ejercitándose o aceitando sus armas y afilando sus cuchillos y machetes. ¡Vaya! ¡Valientes soldados! Bola de pelados mugrosos, eso es lo que son, ni siquiera sirven p'hacer un motín, menos una revolución. ¡Vamos! A hacer todo más rápido que de costumbre. Alisten todo pa'la marcha. Al momento que se ponga el sol tras esos cerros, pos nos vamos. Y le vuelo los sesos al que tome otra posición que la que le he asignado pa'su grupo. Voy a'star vigilando muy de cerca, aunque tenga las manos llenas. Y les prometo que se van a'rrepentir si encuentro a alguno agachado sobre un pescuezo que no le pertenezca o acuclillado en algún rincón que no sea el suyo.

Desató la funda de su pistola, tiró su revólver hacia una mujer que estaba cerca y dijo:

—No ne'sito un revólver pa'trabajar. ¡Epa, tú, muchacho! Dame tu machete y consíguete otro. Tú tienes bastante ensangrentadas tus manos de la pelea de ayer, así que te puedes quedar aquí y cuidar del campamento.

Calando el filo del machete que el hombre le había entregado, *el General* continuó:

—No muy filoso, ¿verdad? Pero mejor. Esos malditos puercos siquiera lo sentirán cuando los esté aserrando, y tendrán unos miserables dos segundos de más p'aprender lo rápido que se puede uno ir a la tiznada.

4

Mientras tanto, una hora y media antes de la puesta del sol, el banquete en Santa Cecilia comenzaba. Como en todas las fiestas en que se celebraba una victoria, las cosas tomaron un cariz ruidoso e hilarante. Los bravos combatientes, orgullosos de la batalla ganada gozaban en la certeza de que el enemigo no solo había sido derrotado, sino también vuelto inofensivo para siempre.

¿Y por qué tenían que ser excluidos el cabo y sus tres hombres, que formaban la guardia de honor a la entrada principal, de esta fiesta de la gran victoria? Ellos habían peleado valientemente en la escaramuza de ayer en la cual la horda de rebeldes había sido aniquilada, y consideraban un derecho bien ganado el poder atender las celebraciones victoriosas en persona, como todos los demás. No eran delincuentes, ni mucho menos desertores que hubieran tratado de escabullirse cuando las cosas se habían puesto caldeadas y los rebeldes, esos bandidos infames, habían desatado toda su furia sobre ellos. Además, siendo que no había razón por la cual tuviera que venir un oficial a la puerta de entrada, sería algo casi rayano a la idiotez el que un cabo del ejército se estuviese afuera con sus hombres, viendo desde lejos cómo los otros juanes, rurales y capataces, pellizcaban los senos de las sirvientas indias que servían

los alimentos y algunas veces les palmeaban los muslos para tantear si más noche se podían atrever un poco más arriba sin que les arañasen la cara.

Los oficiales, sentados a la mesa en sillas que aunque burdas eran, sin embargo, sillas, y que, en contraste con los soldados, comían con tenedores y cuchillos, hubieran considerado una grave falta de cortesía hacia su anfitriona si se hubiesen levantado, llamado al cabo y dado un buen regaño en frente de todos por haber abandonado su puesto. Eso se podía atender al día siguiente, y el regaño sería reforzado enfáticamente con media docena de bofetadas propinadas al cabo y unos buenos fuetazos sobre los hombros de los soldados. El coronel no sólo era un oficial, era todo un caballero. Eso no se le debía olvidar, y menos ahora que la esposa del hacendado, sus tres hijas, dos sobrinas y las esposas e hijas de los terratenientes vecinos se sentaban a la mesa.

Además, la puerta principal no era de gran importancia, pues había tres ametralladoras en el patio. Estaban bien empacadas para la marcha y de ninguna manera listas para disparar, pero seguían siendo ametralladoras que cumplían su misión de amenaza formidable aunque estuviesen completamente desmanteladas y puestas en un rincón. Dónde quedaba el rifle de cada soldado, eso sí que no lo sabía nadie después de dos horas de banquete. Si uno no podía tener un momento de distracción de cuando en cuando como cualquier ser humano, entonces el jueguito militar no tendría atractivo alguno. El uniforme proporcionaba este atractivo de día, pues de noche los botones no brillan, y los bordados rojos y verdes y los cordones de oro y plata semejan cualquier hilo corriente.

En el curso de la conversación, se comenzó a hablar sobre los rebeldes que habían escapado. Trataban de adivinar cuántos habrían quedado sin capturar todavía. El número más pequeño, sugerido por dos hacendados, era de tres. El más alto fue ofrecido por un teniente, que aseguraba que no menos de once habían tenido la suerte de escapar, pero estaba convencido de que los once estaban heridos tan seriamente que no podían haber ido muy lejos, y, no teniendo esperanza de encontrar ayuda, seguramente se esconderían en la selva hasta perecer miserablemente, pues su terror era tan grande que no osarían salir jamás. Así es que debían de estar escondidos en la maleza, pero bien lejos.

—Es extraño —interpuso un capitán de rurales—, que los caballeros que salieron con sus mayordomos a coger a esos marranos no hayan regresado. Nada les puede haber pasado.

—No se preocupe, mi capitán —lo tranquilizó el dueño de Santa Cecilia—. No era la intención de mis vecinos regresar. De todas maneras tenían que seguir ese camino para llegar a sus casas. Y puesto que tenían todo el día por delante, tuvieron la idea de atrapar a los rebeldes a su paso y colgarlos de un árbol. Han de haber hecho eso precisamente y continuado hacia sus fincas. De seguro pasarán la noche en Santa Rosa. Ahí estarán ahora, y probablemente les pesará no haberse quedado otro día aquí para gozar de este espléndido banquete. Pero vinieron desde Jovel, donde tenían

asuntos que atender, y como han estado fuera de sus hogares por más de tres semanas, estaban ansiosos por regresar. No hay nada de extraño en eso, mi capitán.

Las viandas fueron al fin derrotadas y siguió el proceso de empujarlas bien con bastante comiteco y aguardiente, evitando así que los chiles verdes se pegaran a las encías y a la lengua e hicieran llorar los ojos.

El fonógrafo de cuerda estaba bastante enmohecido, pero alcanzó a dar vueltas lo suficiente como para raspar unas veinte tonadas chillonas de discos que ya comenzaban a criar lama por la humedad. Había en la finca dos acordeones americanos, unas cuantas guitarras y dos violines ya también bastante enmohecidos. Una media docena de solados podían ejecutar algunas melodías, que aunque distaban de ser reconocidas como tales, bastaban para persuadir a la gente de que se podía bailar, es decir, las parejas brincaban, pataleaban y se movían hacia atrás y hacia adelante, lo cual era aprovechado por los hombres como pretexto para acercarse tanto a las señoras, que la fiesta pronto degeneró en una desenfrenada orgía cargada de vulgaridad y obscenidades.

Después de media hora de bailar sobre las duras y disparejas losas, con las pesadas pistolas golpeando contra las caderas, la carne se comenzó a resentir y los bonitos uniformes corrían peligro de ser maltratados, por lo cual los oficiales y los finqueros creyeron más conveniente y cómodo quitarse sus cinturones con sus pistolas y colgarlos sobre el barandal.

Las señoras, desde luego, no gustaban mucho de la idea de bailar con caballeros armados; al contrario, las vueltas y giros rápidos de la danza daban pábulo a que las pesadas armas causaran daño a las delicadas piernas de las damas, volviendo un tormento de lo que podía ser una agradable velada.

El coronel, para no rebajar su dignidad, había desistido de desarmarse, aunque sacrificara su comodidad. Sin embargo, cuando la dama con quien bailaba le dijo de pronto: «Perdóneme, mi coronel, pero su pistola me lastima mucho y preferiría sentarme», ¿qué podía hacer el coronel? Naturalmente, portarse como un caballero y acceder a los deseos de la dama.

De manera que muy pronto todas las pistolas estuvieron en los lugares más inesperados: colgando de la pared, sobre las sillas de montar o debajo de los catres de campaña donde dormían los huéspedes de más categoría.

5

Los revolucionarios verdaderos que tomen las cosas en serio, no deben depender del azar o esperar que la suerte les favorezca. Los soldados regulares sí pueden contar con la estupidez del enemigo y convencerse de que la fortuna siempre está del lado del más aguerrido. En cambio, los revolucionarios nunca deben contar con que el enemigo está cansado o borracho o que es inferior, y bajo ninguna circunstancia

deben creer en noticias que no tienen más fundamento que los buenos deseos de que sean ciertas.

Cuando los rebeldes discutían el plan de ataque, Gabino había dicho:

—Puede ser que estén tan borrachos que se queden tirados durmiendo como perros muertos.

A lo que *el General* había replicado:

—Puede ser. Pero ese «puede» no nos ayuda en nada. No hay que depender de eso. Ése es mi consejo a todos ustedes. Hay que suponer que ni un alma duerme, que nadie está borracho, que todos tienen sus armas en la mano, que están alerta y que de alguna manera ya conocen nuestros planes. No confíen en la suerte. Nunca. Siempre háganse de cuenta que el otro puede hacer más, que sabe más, y que es más fuerte. Que está más alerta de lo que quisiéramos y que ya sabe o adivina todos los planes. Porque lo mismo que nosotros hemos pensado aquí, los de allá pueden haberlo pensado también. La única ventaja que les llevamos es que no saben que somos más de cuatrocientos hombres los que estamos aquí en la maleza. Y hasta eso lo pueden haber sabido de alguna manera. Si yo fuera a confiar en la suerte y en que estén borrachos, no necesitaríamos ningún plan ni estar divididos en grupos. Pero como no cuento con la suerte, hay solo una cosa que nos puede derrotar, y eso es que haiga un regimiento de caballería entero en la vecindad de Santa Cecilia, y que éste nos pueda atacar por la espalda tan pronto como háyamos llegado a las afueras de la finca. Pero pa’eso tenemos nuestros encargados de la iluminación. Si vemos que no arde algo, entonces anda mal la cosa; pero una vez que comience a arder, nos echamos encima de ellos, venga quien venga detrás de nosotros.

6

El General, acompañado por Celso, se había arrastrado cerca de la finca mientras su ejército estaba a menos de media legua, escondido en el zacatal. La finca ya estaba completamente rodeada, de modo que los cuatro grupos atacantes estaban más o menos equidistantes de las bardas que eran sus objetivos. El único obstáculo en el plan de envolvimiento era la villa de los peones. El plan de los dos grupos que aquí formaban un ángulo recto, era cortar el acceso de la villa hacia la finca durante el curso del ataque, destacando un reducido número que vigilara la villa de modo que los peones no pudieran huir hacia la finca en caso de que se asustaran y salieran corriendo.

Naturalmente, los muchachos a quienes se les había encomendado ocuparse de los perros no habían podido atraerse absolutamente a todos los canes de la hacienda. Algunos ladraban aquí y allá. Éstos fueron silenciados por cada hombre a quien se le acercaban, o cuando menos eran reducidos a un mero quejido lastimero gracias a una piedra bien plantada sobre el cráneo. Estos perros pronto aprendieron que las cosas

iban en serio, y se refugiaron dentro de las tapias de la finca, donde encontraron bastantes huesos nuevos que roer, y que pronto les hicieron olvidar que afuera acechaba un poderoso tigre con el cual era mejor no enredarse.

En el rincón más oscuro del ancho patio, donde no llegaba ni el más leve resplandor de la fogata, *el General* se encaramó sobre la tapia. Cuando se dio cuenta hasta qué grado estaban embebidos los oficiales y soldados en sus tareas de bailar y beber, y observó que ninguno traía arma al cinto, pensó por un momento en dar la orden de ataque inmediatamente.

Celso también había trepado sobre la pared para reconocer el campo de batalla. Cuando habían bajado los dos al suelo, *el General* dijo:

—No sería malo caerles ahoritita. Pero no creo qu'es decente atacar a alguien cuando está bailando y gozando.

—Pos, puede ser —cuchicheó Celso—. Pero tampoco es muy decente molestarlos después. No te creas que después de estar comiendo bien, bebiendo, bailando y manoseando a las muchachas se vayan a poner a rezar.

—Bien dicho. Y lo que has dicho me convence más de que la señal no debe ser dada antes de tiempo; no debemos de cambiar el plan; todavía tenemos que atacar como una hora después de que se haiga apagado la última vela, como tenía arreglado. Entonces será más rápido y hasta puede ser que no piérdamos ni un hombre.

El General visitó una vez más a los grupos incendiarios que estaban echados en el suelo a cincuenta metros de los techos y los montones de zacatón que debían de incendiar, sin permitirse siquiera el lujo de fumar un cigarro.

—Cuando aúlle cuatro veces como un coyote, prendan fuego —ordenó a los jefes. Luego ambos, *el General* y Celso, retornaron a sus propios grupos.

7

Ni un sonido, aparte del aullido melancólico de algún perro que tan pronto como había abierto el hocico varias veces huía despavorido a los edificios de la finca o a las chozas de la villa, delataba la cercanía del ejército. Las cigarras y los grillos cantaban y zumbaban por millones a lo ancho de la pradera, ahogando los movimientos reprimidos de los hombres que yacían tan bien escondidos en el zacatón que quizá ni un poderoso faro, en caso de que lo hubiera habido en la finca, los hubiera descubierto. Hasta un hacendado podía haber cabalgado por entre los muchachos tendidos, y aparte de un ligero respingo de su caballo al reconocer a un hombre en el suelo, no hubiera notado nada fuera de lo común y hubiera seguido trotando pacíficamente. Aun así hubiera pensado que era una bestia salvaje la que había olfateado su caballo, perceptible al animal, pero no a su jinete. Y en el caso de que hubiera visto a dos o tres de estos cuerpos casi desnudos, no habría prestado mucha atención a este encuentro, pues creería que eran peones de la finca borrachos que

habían llegado hasta allí y dejádose caer cuando sus piernas se negaron a llevarles hasta sus chozas.

Pero ni un hacendado iba a su casa antes de la madrugada, ni un soldado dejaba las seguras paredes durante la noche a menos que tuviera órdenes precisas, y los peones de la finca, tan pronto como se les soltaba de sus tareas, corrían a sus chozas a comer y a dormir, pues a las cuatro de la mañana las campanas de la finca sonaban y tenían que abandonar sus hamacas o petates y comenzar otro día de trabajo.

8

Cuando *el General* vio que la gran hoguera en el centro del patio no había sido alimentada hacía más de una hora y que sólo aquí y allá el destello de una vela era visible en uno de los cuartos de la finca, dejó escapar el aterrado chillido de un pavo real que es atacado por un puma, y los cuatro ejércitos comenzaron a arrastrarse como víboras sobre el suelo.

Aunque no hicieron ruido alguno, los perros que todavía quedaban en la finca comenzaron a ladrar una vez más, y una decena de los canes de los peones se creyeron obligados a unirse al coro.

En el patio se podían oír las maldiciones de los soldados que habían sido perturbados en su sueño, e inmediatamente después los aullidos lastimeros de varios perros que habían sentido el peso de un garrote sobre sus patas.

En los pueblos pequeños, en las villas de los indios y en las fincas más remotas, no se le da importancia al ladrido de los perros que se escucha durante el día, mucho menos de noche. Los perros ladran porque una vaca, perdida en el potrero, regresa tarde al corral, porque pelean dos marranos, porque algún burro trata de arrancar un elote, porque la luna hace sombras raras, y especialmente cuando otro perro empieza a ladrar sin razón alguna o cuando el aullido de los canes de las fincas lejanas se oye a través de la pradera. En la mayoría de los casos, sin embargo, estos perros ladran nada más por ladrar, para acortar las horas de la noche o sencillamente para convencerse a sí mismos de que todavía están vivos.

Desde luego que si todos los perros de la finca y de la villa de los peones hubieran estado presentes, el escándalo hubiera sido tan notable que posiblemente los habitantes de la hacienda hubieran pensado que estos ladridos avisaban de un peligro serio. Pero como los perros habían sido reducidos a menos de la mitad, sus ladridos no despertaron la menor sospecha.

Las filas avanzadas estaban ya a menos de cincuenta pasos de las bardas sobre la vereda que conectaba a la villa con la finca, por lo que esta ruta quedaba cortada tanto para los peones como para la gente de la hacienda.

Los hombres asieron fuertemente sus machetes o cuchillos y levantaron la parte superior de sus cuerpos de modo de poder saltar al instante al oír la señal de ataque.

Ésta llegó luego en la forma de un aullido de coyote que se escuchó prolongadamente cuatro veces.

Inmediatamente después se vieron unos destellos en los dos flancos de la finca donde quedaban los establos, sobre las casas de los mayordomos y capataces, donde todos los techos eran de hojas de palma seca.

Unos segundos más tarde, una llama roja y amarilla saltó silbando y corrió por la orilla de los techos como una lagartija asustada. De una esquina brotaron altas llamas con un crujido estrepitoso.

Era extraordinario que nada se moviera en el patio o en los edificios de la finca, cuando menos durante varios minutos. Solo los canes, que habían estado ladrando, dejaban escapar terribles aullidos.

Los rebeldes ya habían brincado la tapia. Como felinos deslizábanse en grupos hacia las habitaciones, cuyas puertas, a causa del calor, estaban entreabiertas. Pero como *el General* había supuesto que todas las puertas estarían aseguradas con candados o pestillos interiores, había destacado grupos que subieran a la azotea, rompieran las tejas y se dejaran caer en las habitaciones por el techo, pues la agilidad de los muchachos haría de esto un procedimiento rápido y sería un elemento de sorpresa mucho más efectivo que tirar las puertas. Imaginó que detrás de ellas estarían esperando los oficiales y los hacendados con sus revólveres listos, por lo que el ataque se efectuó simultáneamente desde el techo y por las puertas.

Cuando los grupos que tenían que asaltar las habitaciones habían alcanzado las puertas, ya no quedaba vivo ni uno solo de los hombres que dormían en el patio —soldados, rurales, mayordomos y capataces—. Las cuadrillas del patio les habían rebanado la garganta mientras los grupos de los techos estaban todavía arrodillados en los edificios arrancando tejas.

El primer ruido definido que se oyó fue al desprenderse, caer y romper un montón de tejas de barro. Todo lo que había ocurrido, incluyendo la muerte de más de ciento veinte hombres que dormían en el patio, no había producido más ruido que unos cuantos gruñidos reprimidos, gritos agónicos sofocados, un chillido que terminó en gorgoreo antes de que pudiera tomar forma, el raspar de los machetes cuando sus puntas pegaban contra alguna piedra o las baldosas del patio, y, desde luego, manoteos y pataleos vagos y confusos.

Y ahora, unos seis minutos más tarde, resonaron las primeras voces humanas. Provenían de la casa donde vivía el mayordomo con su familia. «¡Fuego! ¡Fuego!», la voz se oyó dos veces. Luego cesó.

En los edificios más importantes de la finca sonaron aquí y allá fuertes y claras detonaciones de pistola dentro de espacios cerrados. Pero dondequiera que sonaban dos o tres disparos, era evidente que a lo sumo dos de las veces provenían de la misma arma y que el siguiente disparo venía de otro cuarto o de un rincón distinto.

Era notable que aún no se oyera gritar o vociferar dentro del edificio. No era ciertamente el valor el que impedía gritar a los bravos oficiales y a los igualmente

aguerridos hacendados. La sorpresa había secado sus gargantas. Y antes de que trataran de dar un grito de alarma, ya sus gargantas no estaban en condiciones de producir sonido alguno.

Los únicos chillidos que se escucharon provenían de tres voces femeninas, que inmediatamente después se convirtieron en sonoros gorgoteos.

En la brillante luz de los ardientes techos de palma se vio al *Profesor* agazapado en lo alto sobre la cornisa del edificio principal.

Fue el primero en hablar y habló tan fuerte que se oyó en todo el patio, y más allá de las bardas, probablemente hasta en la villa de los peones.

Moviendo sus puños, irguiéndose cuan alto era y dando a su voz toda la fuerza de que era capaz, gritó:

—¡En el terror y en el caos nacen las dictaduras! ¡Con el terror, brutalidad y látigos se sostienen en el poder! ¡Con el terror y con la muerte de millones de hombres serán destruidas! ¡En arroyos de roja sangre se ahogará el reino de la mentira! ¡Viva la revolución de los pobres! ¡Tierra y Libertad!

Los rebeldes, despertando súbitamente como de un trance, blandieron sus cuchillos y machetes en el aire y gritaron la respuesta:

—¡Viva la revolución! ¡Abajo los tiranos! ¡Tierra y Libertad para todos, sin amos y sin capataces! ¡Viva nuestra rebelión! ¡Viva la rebelión de los indios!

Y sucedió en el curso de la revolución, que un ataque como el de la finca Santa Cecilia fue repetido no una, ni diez, sino cientos de veces a lo ancho del país, hasta que no quedó para recordar esa época más que las ruinas de los otrora florecientes dominios y las destrozadas y oxidadas máquinas en cientos de fábricas e ingenios, y una población que había disminuido en casi tres millones. La edad dorada de la dictadura había sido capaz de lograr un aumento de productividad nunca antes soñado. Pero al hacer esto había olvidado por completo al ser humano, al individuo; también había olvidado que las cosas pueden ser transformadas en productos vendibles, con una sola excepción: el cerebro y el alma del hombre.

9

Cuando amaneció y los victoriosos comenzaron a explorar por toda la finca, llegaron al lugar donde sus camaradas ajusticiados yacían con las cabezas despedazadas y los cuerpos lacerados.

—Los enterraremos, pobres compañeros —dijo Andrés—, los enterraremos en el cementerio de los peones.

—Eso sería un insulto para ellos —replicó *el General*.

—*El General* tiene razón —dijo *el Profesor*—. No les podemos hacer mayor honor que dejarlos aquí donde los encontramos. Aquí sangraron, aquí lanzaron sus últimos gritos revolucionarios a la cara de esas bestias uniformadas; aquí se quedarán.

Solo cubriremos sus cabezas con montículos de tierra y luego pondremos una cerca de piedra alrededor de su última morada. Y cuando Dios pase por aquí en el Día del Juicio a llamarlos, los encontrará tal y como fueron enterrados por los tiranos, y así sabrá Dios quién estaba en su derecho en esta lucha entre gobernantes y gobernados.

—¡Nosotros tenemos la razón! —gritó Celso—. Nosotros tenemos la razón y por eso somos rebeldes. Los rebeldes siempre tienen la razón. Porque nadie, indio o ladino, tiene derecho a taparle la boca a ninguno; no se nos dio la boca solo para comer, sino también para hablar, ¡qué caray!, y para hablar lo que quiéramos, les plazca o no a los científicos y a los aristócratas.

—Celso —le dijo Andrés quedamente una vez que había terminado su discurso —, eso es lo que te dijo Modesta ayer. Eso no lo pensaste tú.

—¿Y qué tiene que me lo haya dicho? Es tan viva y tan leída como tú, aunque sea mujer. Sabe leer bien, y sabe escrebir también. Pero no tienes que decirle a todo el mundo que Modesta me dijo eso. Estoy a cargo de una ametralladora y no quiero que se enteren que sigo tan bruto como antes. Además, te digo que manejo mucho mejor ese juguete que un lápiz.

—Y es más útil, Celso. Porque no creo que siempre va a ser tan rápido y tan sencillo como anoche.

—Ni yo —dijo *el General*, quien se acercó a encomendarle a Andrés que hiciera una lista de armas, municiones y provisiones—. *El Profesor* ha revisado todas las órdenes, telegramas y partes que el coronel de los federales y el mayor de los rurales recibieron. Es posible que todo un regimiento esté ya en marcha entre Balún Canán y Achlumal para reforzar las guarniciones del distrito norte. Vendrán por nuestro camino. Y no nos vamos a hacer a un lado. Seguiremos adelante.

10

El ejército rebelde permaneció una semana en esta rica y antes hermosa y real finca.

El día de la partida, *el Profesor* dividió las tierras entre los peones que, como sus antepasados, abonaron esta hacienda con su sudor, su sangre y sus lágrimas.

Cuando el ejército marchaba hacia Achlumal y estaba a unos cinco kilómetros de la finca, todos los edificios que aún quedaban en pie después del ataque ardían en llamas. Los peones permanecían en sus chozas, como siempre. No tenían deseos de vivir como grandes señores.

VIII

1

El pequeño pueblo mercantil de Achlumal contaba con solo veinte soldados, pues la mayor parte de la guarnición, que normalmente constaba de sesenta hombres, había sido despachada a reforzar el contingente que ahora servía de alimento a los zopilotes en Santa Cecilia.

El pueblo, sin embargo, tenía su cuerpo de policía formado por un jefe y seis hombres que andaban descalzos y armados con un machete y un mosquete.

Además estaban el jefe político, el inspector del Timbre, el juez de lo Civil, el jefe de Correos y el agente del Ministerio Público, quienes llevaban su revólver como símbolo de autoridad. Sin su pistola al cinto se parecían a cualquier ciudadano común y corriente, y nadie diría que tenían algo que decir en los asuntos del pueblo. También, la mayoría de los comerciantes y los artesanos libres tenían pistolas que, aunque muy oxidadas y muchas veces con parque inadecuado, por lo menos daban la impresión de ser armas mortales. Y eso era suficiente para meterles miedo a sus semejantes.

El General podía haber tomado Achlumal por asalto de la misma manera que había tomado Santa Cecilia. Sin embargo, probó intencionalmente otra forma de ataque.

Mandó treinta hombres, todos armados de machetes, a Achlumal, como si fueran modestos campesinos que llegaban de compras. El indio lleva siempre consigo su machete. Atraería la atención si llegara sin él.

Los soldados federales, bajo el mando de un teniente, estaban alojados en el cabildo, en una habitación que servía de cuartel, situada en la planta baja del edificio y con la puerta hacia los portales. Como todas las habitaciones del cabildo, ésta tampoco tenía puerta posterior y no poseía ventanas.

En los portales había siempre un buen número de indios sentados o acuclillados, unos para guarecerse del sol y otros esperando ver a algún funcionario del gobierno. Por la noche, comerciantes ambulantes e indios nómadas dormían en los portales del cabildo.

Un soldado iba y venía frente a la puerta del cuartel con un fusil al hombro, pues un soldado debe de hacer algo para demostrar a los contribuyentes que su dinero es bien empleado. El cabo, sin chaquetín y con la camisa arremangada, se sentaba junto a una minúscula mesa, rodeado de formas y documentos y mordisqueaba su lápiz distraídamente. El teniente no se encontraba allí. Dos soldados dormían echados sobre unos petates en el suelo. Puesto que el cabo no podía seguir mordiendo su lápiz indefinidamente, añadió otra ocupación a sus tareas para no parecer totalmente

inactivo: Cuando uno de los soldados dormidos roncaba demasiado fuerte, se levantaba y le plantaba un puntapié que hacía al soldado dar media vuelta y dejar de roncar. Entonces el cabo volvía a su mesa y reanudaba la tarea de masticar su lápiz.

Los demás soldados estaban sentados en el portal, con el chaquetón y la camisa desabrochados de arriba abajo. Algunos jugaban a los naipes. Uno se escarbaba los dientes. Otro estaba leyendo una fábula que le causaba tanta dificultad comprender, que se rascaba la cabeza sin cesar y se chupaba las uñas distraídamente.

Todo estaba tan pacífico que se podía oír zumbar a las moscas. A intervalos, desde alguna casa, salía el llanto de niño, ahondando la atmósfera de la cómoda felicidad hogareña. Los habitantes del pueblo se reponían de sus labores y se mecían en las hamacas o se revolvían sobre sus duras camas. De cuando en cuando una niña o una mujer llegaban apresuradamente a una tienda a comprar algo que necesitaban en casa. Y la señora que atendía la tienda iba perezosamente desde su rincón, medio somnolienta y de muy mal humor, a buscar en el cajón el cambio de tres centavos de sal que había comprado la cliente. Hacía un calor sofocante, y todo ciudadano honrado consideraba como un pecado y un atentado en contra de la moral trabajar a esta hora, tramitar algún negocio o hasta caminar por las calles.

Los muchachos actuaron con tal rapidez y seguridad que cuando entraron al cuartel, el cabo sólo tuvo tiempo de levantar la vista y por un cuarto de segundo sorprenderse de la impertinencia de estos indios que entraban corriendo al cuartel sin hacerse anunciar por el centinela. Pero el centinela, así como los demás soldados sentados en el portal, habían sido introducidos al cuartel de tal manera que si hubiera habido algún testigo en la plaza, éste hubiera pensado que eran los soldados los que llevaban a los rebeldes a ser interrogados por el cabo. En realidad, los soldados ya no estaban vivos, y antes de que el cabo se diera cuenta de ello, tampoco él lo estaba ya. Los soldados que dormían tirados en el suelo dejaron, de pronto, de roncar. Emitieron un ruido parecido al del último chorro de agua que se escapa de una tina de baño.

En un momento los soldados habían sido desvestidos y los rebeldes se habían puesto sus uniformes; un centinela, calmadamente, iba y venía al frente del cuartel con su rifle al hombro. En ese instante el teniente llegó caminando trabajosamente a recibir el parte del cabo sobre cualquier incidente que pudiera haber ocurrido mientras él estaba en la cantina con varios ciudadanos generosos, probando por horas y horas las distintas variedades de comiteco añejo.

Balanceando ligeramente las caderas, se acercó al centinela y le dijo:

—Nunca aprenderás a portar armas correctamente —luego le dio una bofetada y continuó—: voy a hablarle de ti al cabo. Él te va a enseñar a llevar el fusil como si fuera un palo de escoba, y vas a practicar hasta que el hombro se te hinche hasta la barba. A ver si algún día aprendes a ser soldado. ¿Por qué demonios tendré que tener esta cochina guarnición piojosa en este miserable lugar donde a cada paso se resbala uno con la mugre, teniendo que tratar con indios puercos que se creen soldados?

Fue hacia la puerta abierta del cuartel y gritó:

—¡Epa, cabo!, salga de ahí y venga a ver a este centinela y enséñele cómo debe portarse.

Dio medio paso hacia adelante y se apoyó extendiendo un brazo sobre el marco de la puerta. Luego, como si girara en torno al marco queriendo entrar al cuarto sin soltar la mano, desapareció hacia adentro. Todo lo que se oyó fue un golpe seco como si cayera un pesado fardo. Después, el rechinar de los tacones de baqueta sobre las baldosas, al ser arrastrado el cuerpo.

2

Minutos más tarde los rebeldes entraban como enjambre a Achlumal por todas direcciones. Y en aquel apacible lugar se escuchó un aullido de terror como para despertar al más dormido.

Todo fue confusión en la media docena de calles que formaban el pueblo y la plaza: Las mujeres lloraban, los niños chillaban, los hombres maldecían, los perros ladraban. Hubo un tiroteo en el cabildo. Los funcionarios y empleados municipales pagaban ahora muy caro el honor de portar pistola, la cual, por cierto, en el momento preciso no les sirvió ni para poder irse de esta vida con el consuelo de que algunos rebeldes los acompañaran en su viaje. Éstos habían sido más rápidos y listos que sus contrarios.

Todo lo que se encontró en las oficinas de gobierno —registros, documentos, listas, libros, papeles y reglamentos— fue amontonado y quemado. La cárcel, que quedaba en el patio del cabildo y que, como todas las prisiones del Estado, estaba ocupada solamente por peones y campesinos casi muertos de hambre, había sido abierta. Los prisioneros, que no sentían ninguna simpatía para todo lo que oliera a ley, pues ésta nunca era aplicada más que en su contra, tenían un solo impulso: cometer ahora el crimen por el cual habían estado encarcelados semanas y aun meses. Su ofensa había sido desobediencia hacia las autoridades o los hacendados, y a esto se le llamaba motín, rebeldía o insurrección. La tal «desobediencia» consistía en rehusar trabajar sin remuneración alguna.

Así fue como más pronto que los rebeldes, que no conocían el pueblo, estos prisioneros liberados corrían a encontrar a aquellos con quienes tenían cuentas que saldar: funcionarios y delatores. Ellos fueron los que hicieron en el pueblo lo que *el General* y sus hombres no hubieran soñado hacer. Su furia y su deseo de venganza no conocía límites. En cuanta casa irrumpían, ni un hombre, mujer o niño quedaba vivo. Aunque no robaban nada, pues ni siquiera buscaban dinero, aun así no salían de una casa hasta que todo había sido completamente destruido. Después encendían las velas que encontraban en las casas y las colocaban en los montones que habían formado con muebles despedazados, puertas, alacenas y arcones.

No pasó mucho tiempo antes de que el pueblo, el mercado más importante de la

región, ardiera en una docena de lugares distintos. Sin embargo, nadie reparaba en el fuego. Los rebeldes eran los amos del lugar; mas no pensaban seguir siendo los amos allí. Había mayores tareas ante ellos. ¿Qué les podía importar el bienestar de un poblado que nunca había hecho algo por ellos? Sabían que un pueblo donde había palacio municipal y autoridades significaba una fortaleza del dictador y que era el sitio de donde emanaban todas sus penas, explotaciones, persecuciones y encarcelamientos. Para ellos, el edificio del gobierno significaba el sitio donde seres de apariencia humana tenían el privilegio de maltratarlos y a quienes había que obedecer ciegamente, ignorando el por qué de todo esto. Hasta las escuelas eran solo para los hijos de los ladinos. Y si algunos niños de los habitantes indios del pueblo, los humildes que vivían en miserables chozas de adobe en las orillas de la población, eran admitidos algunas veces en dichas escuelas, eran éstos los niños sobre los que el maestro podía descargar con azotes su mal humor. Los indígenas no protestan cuando a sus niños los golpean en la escuela: pues ellos mismos están acostumbrados a ser vejados cuando caen en las garras de la policía, aunque no hayan cometido delito alguno, sin tener a quien acudir en tales casos.

En la plaza había una tienda en cada casa, pues el lugar se había convertido en un gran mercado donde toda la población vivía del comercio y del trueque con los indios de la región. Hasta los numerosos pequeños artesanos del pueblo, además de su oficio, poseían una tienda, lo que les proporcionaba una pequeña pero segura entrada, y en muchos casos mayor que la que les rendía su propio oficio. La mayoría de estas tiendas eran tan pequeñas que hubiera sido difícil encontrar lugar en ellas para más de diez pesos en mercancía.

Cuando los rebeldes irrumpieron en el pueblo y los habitantes se dieron cuenta de lo que estaba pasando, inmediatamente cerraron sus comercios, o mejor dicho, trataron de cerrarlos. La mayoría no tuvo tiempo de hacerlo y prefirió correr a esconderse.

Las tiendas que habían sido cerradas pronto fueron abiertas a puntapiés o a culatazos. Pues como ninguna tenía más de cien pesos en mercancía, el propietario no la iba a proteger con una pesada puerta aherrojada y con buenos candados que le costarían varios cientos de pesos. La seguridad de las tiendas estaba de acuerdo con el valor de la mercancía que había en ellas. La gente desconocida que llegaba al pueblo siempre era sospechosa y no podía dar un paso sin ser vigilada. Así los ladrones solo llegaban al pueblo cuando se celebraban las grandes ferias. Y puesto que el robo era raro bajo condiciones normales, no había razón de hacer fuertes gastos para proteger tan escasa mercancía.

Cada tienda fue saqueada. Pero los rebeldes se llevaron solo lo qué necesitaban para el viaje. No es que no quisieran robar más, sencillamente se daban cuenta de que tenían que llevarse todo a cuestas y, por lo tanto, ninguno se llevaba más que lo indispensable para su subsistencia. No les preocupaba que los llamaran ladrones, saqueadores, pillos y vándalos. Su ambición era ganar la rebelión y derrocar a la

dictadura. Una vez que fuera logrado esto, ya tendrían tiempo de reivindicarse y sobre todo salvar la reputación de la revolución.

Aun cuando cada cual se llevó sólo lo necesario, al final tenían razón los habitantes cuando aseguraban: «Achlumal fue saqueada al grado de que no quedó un grano de sal; no quedó una piedra en su lugar ni una frazada sobre una cama.» Los rebeldes tienen que subsistir, si quieren ganar la rebelión; y si no pueden encontrar jefes de industria o directores de bancos que les presten dinero para su revolución, entonces tienen que hacer que la revolución se pague sola, de una manera o de otra. Pero tiene que haber rebeliones, si el mundo ha de progresar. Un lago por el cual no corre el agua o que no es fuertemente agitado por el viento, pronto comienza a apestar y finalmente se convierte en un pantano.

3

El General ordenó que se diera la señal de avanzar. Faltaban tres horas para la puesta del sol.

—Podíamos pasar aquí la noche —sugirió *el Coronel*.

—Podíamos —contestó *el General*—. Pero no lo haremos. Tengo otro de esos presentimientos en la panza o puede ser que en los huesos: que viene un batallón en marcha a encontrarnos, o a la mejor una brigada. Ya vieron hoy lo fácil que es tomar un pueblo entero. Si nos quedamos aquí cuando no es realmente necesario, estaremos sentados en una trampa. Yo prefiero la pradera o la maleza; tenemos más campo ahí. Además, no hay que hablar más del asunto. Digo que vamos a marcharnos, y todo el que tenga patas todavía va a marchar. ¡Alístense! —gritó a través de la plaza con un bramido resonante.

Una hora después de que habían salido los rebeldes de Achlumal, el pueblo comenzó a reanimarse. Los habitantes salieron de sus escondites en los patios y jardines de sus casas. Algunos se habían escondido bajo los altares de la iglesia. Por alguna razón, los rebeldes no habían entrado a la iglesia. Y no fue por timidez o superstición, sino sencillamente porque ninguno creía encontrar allí algo que fuera útil durante su marcha. Lo más importante para ellos eran las armas, y no pensaron que iban a encontrarlas en una iglesia. Todas las armas que había en el pueblo habían sido capturadas y a algunos ciudadanos los habían buscado solo para asegurarse hasta la última pistola o rifle oxidados. Tan pronto como se acercaban a cualquier hombre que portaba una pistola, éste tiraba su arma inmediatamente. Comprendían que el no poseer un arma aseguraba su pellejo.

Las pérdidas causadas por la entrada de los rebeldes al lugar no fueron mayores que lo que eran usualmente cuando aparecía una epidemia de viruela o de cólera en el pueblo. Desde luego, todos los soldados y la mayoría de los funcionarios públicos habían caído por el honor de su Caudillo, cuando menos así dijeron después los

periódicos.

Las respetables ciudadanas, y todas eran muy respetables porque no tenían oportunidad alguna de no serlo, volvieron a sus casas, y con las ollas y cazuelas que encontraron y con lo que quedaba de arroz, maíz y carne seca, comenzaron a preparar la cena.

Mientras las señoras estaban en esos menesteres, los hombres se agrupaban en la plaza, contándose unos a otros sus valerosas hazañas con los rebeldes y declarando que una vez más quedaba demostrada su superioridad ante los cochinos chamulas al hacerlos salir del pueblo.

Los ciudadanos más astutos, sin embargo, no perdieron tiempo con jactancias que no reportaban provecho alguno. Procedieron a repartirse prestamente los puestos públicos ahora vacantes, antes de que el resto de la población tuviera tiempo de reponerse del suceso y discutiera esa cuestión o pudiera convocar a elecciones de emergencia. Finalmente, uno de los hombres de los grupos que estaban en la plaza declamando sus gestas heroicas, dijo:

—Vecinos, yo creo que es tiempo de pensar en nuevos funcionarios cívicos; y creo, compañeros, que yo siempre he demostrado un carácter íntegro y con gusto asumiría la gran responsabilidad, en estos tiempos tan difíciles para la patria, de echarme a cuestas la tarea de regir, como jefe político, a Achlumal.

—Eso lo discutiremos dentro de unos momentos, don Aurelio —replicó don Jesús María—. Estoy seguro de que usted no negará que yo poseo ese sentido de honradez y de justicia, cualidades únicas para el puesto de juez.

—Cómo no, desde luego, don Chucho —respondió don Aurelio al instante, viendo en don Jesús un partidario influyente.

—¡Caballeros! —dijo don Pablo, acercándose con otra media docena de hombres a los grupos que discutían—. ¿Me permiten que les presente a las nuevas autoridades municipales y federales? Yo mismo, obedeciendo a las reiteradas demandas de nuestros conciudadanos más prominentes, he asumido el pesado cargo de jefe político. Estamos convencidos, caballeros, que en vista de las circunstancias que prevalecen, no pondrán objeción, pues contamos con su patriotismo y su apoyo benevolente como buenos ciudadanos.

—Desde luego que sí, don Pablo —dijo don Aurelio agriamente—. Nosotros, mi amigo don Jesús María y yo, no tenemos nada que objetar. Pensé que yo podría…

—Pensamos en usted, don Aurelio —interrumpió don Pablo prontamente—, y también en don Jesús María. Pero creíamos que usted, con sus compras de tabaco, y don Jesús, con su negocio de puercos, estarían muy ocupados y no creímos prudente que abandonaran sus excelentes negocios para sacrificarse por la comunidad y el país.

«¡Qué cinismo el de este hombre, comparando mi pobre negocio con los jugosos gajes del alcalde!» —pensó don Aurelio enfurecido. Pero dijo:

—Estoy convencido, don Pablo, que nuestro pueblo no podría hallar mejor funcionario que usted.

—Muchas gracias, don Aurelio. Mil gracias por la noble opinión que le merezco —replicó don Pablo. Caminó hacia don Aurelio y lo abrazó—. Quisiera tener más amigos tan rectos como usted, don Aurelio. Venga a mi casa hoy en la noche y traiga a don Chucho. Todavía me quedan unas cuantas botellas de buen comiteco añejo escondidas que no encontraron esos mugrosos marranos.

—¿No creen que volverán esos bandidos? —preguntó don Emilio, otro de los nuevos funcionarios.

—No se preocupe, mi querido don Emilio. No volverá ningún rebelde mientras yo sea jefe político. Eso se lo puedo asegurar. Ya mandé dos jinetes a Balún Canán y dos a Jovel a reportar a las autoridades militares y a ponerlos al tanto de la ruta que llevan esos perros sarnosos; habrá una limpia completa en unos días más. Este motín será cortado en botón. Siempre hemos sido muy indulgentes con esos bandidos. Yo siempre he dicho que a estos peones insolentes y levantiscos no hay que tenerlos en la cárcel, sino colgarlos inmediatamente, tan pronto como abran la boca y comiencen a quejarse de que aquí no se les hace justicia. Porque el mal ejemplo cunde. Dicen que en otras partes del país también hay brotes de bandidaje azuzados por locos que habría que atar a tiempo.

IX

1

Los rebeldes acampaban en una pradera entre Achlumal y Balún Canán. Había varias razones que indujeron al *General* a demorar la marcha sobre Balún Canán.

Balún Canán no era una plaza chica como Achlumal, ni un pequeño poblado como Hucutzín. Con más de diez mil habitantes, era uno de los centros más importantes y de mayor consideración en un estado que no contaba con muchos pueblos de más de cinco mil habitantes.

También había allí una fuerte guarnición.

Atacar el lugar, como habían hecho en Achlumal, hubiera sido poco práctico. Nadie dudaba que intentarlo habría significado la destrucción total de todos ellos.

El General esbozaba afanosamente planes para encontrar aquel que le permitiera vencer y destruir al enemigo sin tener que verse obligado a atacar el pueblo mientras estuviese guarnecido. Y si quería avanzar sobre la capital del estado, no podía dejar estas tropas intactas en Balún Canán a su espalda, máxime que las que se encontraría en la capital serían mucho más numerosas y mejor equipadas que las de Balún Canán.

2

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Modesta acercándose a Celso, quien se encontraba ocupado con su ametralladora, aceitándola, limpiándola y examinándola con infinita paciencia, tratando de descubrirle arena o algún tornillo flojo.

—Seguro que puedes ayudarme, muchacha —contestó Celso—. Ve a esa lumbre y derrite un poco de grasa de puerco pa’engrasar y aceitar esto como se debe. Soy tonto, mientras estábamos en Achlumal debí de haberme conseguido una lata de aceite de oliva en alguna tienda. ¿No sabes, Modesta, que el aceite de oliva es lo mejor pa’engrasar una ametralladora cuando no tienes el aceite adecuado a la mano?

Modesta hizo un grueso montón de trapos, que tiró al suelo.

—Y esto es lo mejor pa’sacarle brillo a un arma tan buena —dijo sonriendo.

—¿De dónde sacaste esos trapos, Modesta? Parecen de seda.

—Son de seda, Celso. Son del vestido de seda que me regalaste. Pero ¿pa’qué ne’sito vestido de seda orita que estamos en guerra? Es mejor usar la seda pa’limpiar l’ametralladora.

Mientras hablaba había empezado a lustrar las partes de bronce, que brillaban de tal manera que podía verse uno en ellas como en un espejo.

—Pero traime la manteca de puerco antes. Luego sigues sacándole lustre —dijo

Celso.

—Yo la puedo traer —dijo Pedrito, quien había acompañado a Modesta.

—Tá bien, chamaquito —rió Celso con buen humor—. Tú la puedes traer tan bien como Modesta. Y luego te enseño cómo se aceita una ametralladora bien y de acuerdo con las reglas. Porque una vez que éntrenlos en combate, no hay tiempo de aceitar o de limpiar, y si se atora cuando no debe, entonces se nos echa el enemigo encima y adiós mi linda ametralladorista; entones acuérdate de esto: lo importante es estar listo un día antes que'l enemigo, y estar siempre en el campo de batalla dos horas antes de que lleguen los contrarios.

—Me acordaré d'eso, mi comandante —contestó Pedrito cuadrándose. Luego corrió a buscar un recipiente para traer la manteca.

Modesta, pensativa, oprimía entre sus manos los trapos de seda para suavizarlos más de lo que estaban. Observaba atentamente los movimientos de Celso mientras éste quitaba los tornillos y con una astilla de madera sacaba la arena y la tierra de las cavidades y hendeduras, luego armaba la ametralladora, movía la mira para un lado y otro y veía por ella, luego daba vueltas al cañón a derecha e izquierda y se asomaba por él, gozando en la contemplación de las estrías brillantes.

Cuando lo hubo observado por un tiempo, Modesta suspiró hondamente y le dijo con voz queda:

—Celso, ¿sabes lo que me gustaría más que nada en el mundo?

—¿Qué, muchacha? —preguntó él sin levantar la vista mientras ajustaba la mira.

—Quisiera que me enseñaras cómo trabaja un arma d'esas y cómo dispararla contra esos mercenarios cortaorejas.

Celso se paró y la miró de frente.

—Yo creo, Modesta, que tú sí podrás ser buena y útil con mi ametralladora si pones atención a lo que te enseñe. ¿Sabes? No he podido dormir bien por muchas noches pensando qué pasaría si a mí me pegaran. ¿Quién se encargaría de mi ametralladora? Todos los demás tienen sus trabajos y sus obligaciones. Ambrosio y Eulodio, mis ayudantes, no valen cuartilla. Si esta arma dejara de trabajar porque le pasara algo al mecanismo, no sabrían qué hacer, y agarrarían sus machetes, que manejan muy bien, eso sí, pero esta arma tan chula se quedaría fuera de acción, muda cuando se ne'sitara más que'l mismito aire que respiramos. Se los he explicado cíen veces. Pero esos burros no aprenden. No saben ni apuntarla. Nomás disparan y creen que las balas se van solitas a pegarles a los rurales que es a donde ellos quieren que vayan. *El General* tiene la misma dificultad que yo. T'amos priocupados porque naiden sabe cómo manejar las automáticas que capturamos. Pero tú sí puedes aprender, Modesta, estoy seguro. Tú eres lista. Yo te podría confiar esta arma si la ne'sitábamos en batalla y a mí me quebraba una bala. ¿Y por qué no? Tú puedes llegar a ser tan buen soldado como yo. Te voy a enseñar todo lo que sé. Y'toy seguro que vas a ser una de las mejores pa'manejar la ametralladora en nuestro ejército.

Modesta lo miró y dijo quedamente:

—Eres tan bueno, Celso. Creo que te voy a dar un beso, pues tienes muy buen corazón. De veras que sí, Celso. Hace mucho que te lo quería decir. Y'ora sí puedo, porque me vas a dejar trabajar contigo y con tu ametralladora tan bonita.

Apenas había comenzado Modesta a pulir de nuevo y con mayor energía, cuando llegó atropelladamente *el Coronel*.

—¡Dios mío! —dijo—, yo creía que podía contar con unos cuantos ametralladoristas pa'usar contra el enemigo. ¿En qué diablos estaba pensando?

Celso y Modesta se quedaron atónitos.

—No se asusten, par de tontos —dijo *el Coronel* con una sonrisa—. Todavía no han hecho ningún daño. Un buen soldado siempre tiene su arma en buenas condiciones, y tan pulida que no ne'sita espejo. Pero en el cuartel, y en tiempo de paz, ¡óiganlo bien!, pero orita estamos en guerra. Úntenle lodo a todo el bronce y dejen que forme costra: ese es mi consejo. Luego le amarran ramitas con bastantes hojas alrededor del cañón tan pronto como se acerque el enemigo. Desde luego no deben dejar que se le meta el lodo al cañón o a la recámara, porque se atora. Pero si brilla como está brillando orita, ¡Dios mío!, la pueden ver a cien leguas sin necesidad de telescopio. Embárrenle pintura o engrásenla y le espolvorean ceniza. Es lo que se debe hacer en tiempo de guerra. Cuando ataquen esos malditos mercenarios, esta cosa los tiene que rociar como manguera, pero no deben saber de dónde viene el chorro. ¿Ahora entiendes lo que te quiero decir, Celso?

—Tienes razón, *Coronel*. No había pensado en eso.

—¿Cómo podías, si nadie te lo había dicho? Pero de ahora en adelante, ya sabes. Es un buen consejo.

—¿Ahora sientes lo de tu vestido de seda? —preguntó Celso una vez que se había retirado *el Coronel*.

—Ni un tantito —contestó Modesta—. De todas maneras nomás me estorbaba. Me daba vergüenza tenerlo. Se parecía a los de las ladinas ricas. ¿Pa'qué ne'sito un vestido de seda? Después de todo, somos rebeldes.

—¿Dónde has estado con la manteca caliente? —gritó Celso cuando vio que Pedrito venía corriendo, asiendo un jarrito con ambas manos.

—Aquí tienes, Celso. Tuvieron que matar al marrano primero —dijo Pedrito tan fuerte como pudo. Pero su respuesta le distrajo la atención del suelo rocoso y tropezó con una piedra. El niño cayó y el jarro se hizo añicos. La manteca corrió por el suelo.

—Y ahí va Pedro y su atole en el lodo —rugió Celso, riéndose mientras auxiliaba al niño—. Corre a la lumbre otra vez y tráeme más manteca.

—Ya no queda más —dijo el muchacho, y comenzó a lloriquear.

—¿Cómo que no? —preguntó Celso—. ¿A poco era esa toda la manteca que le sacaron al marrano?

—No —sollozó el muchacho—, pero cuando les dije pa'qué querías la manteca, todos se acercaron con sus carabinas y pistolas que querían engrasar y aceitar, y se acabó luego luego.

Celso se agachó, y con la ayuda de Modesta, cuidadosamente, empezó a recoger la capa superior de la manteca que no había tocado el suelo y a echarla en uno de los pedazos del jarro.

3

Era ya de noche. *El General* caminó hasta una de las fogatas que servían de punto de reunión a los centinelas que se turnaban. A un lado de la lumbre estaban dos muchachos, escandalizando y cantando.

—¡Párense! —les ordenó *el General*.

—Tú no nos mandas —dijo uno de ellos, mientras el otro hacía un esfuerzo desmañado por levantarse.

—¿Pa'qué te paras? ¡Échate, hombre! —volvió a decir el primero.

Los hombres que acompañaban al *General* brincaron hacia adelante y levantaron a los dos centinelas con un movimiento brusco.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó *el General* al primero.

—¡Vete a la tiznada! —fue la contestación.

—Bonito nombre tienes —respondió *el General*—. Es precisamente el lugar a donde vas a ir muy pronto.

—¿Y tú? —le preguntó al otro.

—Dávila. Ángel Dávila.

—¿Di'onde sacaron el aguardiente que'stán tomando?

—De ai nomás, de aquel ranchito. De un pobre peón como nosotros —contestó Dávila.

—Yo los mandé hacer guardia, a ustedes y a otros cuatro, porque tienen carabinas.

—Son de nosotros las armas —gritó el primero—. Nosotros nos las ganamos y podemos hacer con ellas lo que quiéramos.

—¿On'tán entonces? Las armas, digo —preguntó calmadamente *el General*.

—*General* —dijo Ángel con tono confidencial—, no crea usté que el peón ese del rancho nos va a regalar l'aguardiente. Es tan probe como nosotros.

—No tan probe como tú —le informó *el General*. Se volvió hacia los hombres que sostenían a la pareja—: Suéltenlos. Son muy brutos.

Los hombres los soltaron y los borrachos se tambalearon sin caer al suelo. *El General* disparó dos veces.

—Échenlos a la lumbre —dijo a sus hombres—. Empújenlos con el pie y échenles los tizones encima.

Después de decir eso mandó cuatro muchachos al rancho a recuperar los rifles y envió al peón un peso que sacó de su bolsillo.

Luego caminó hacia el lugar en que otros centinelas montaban guardia. Fue solo.

Los hombres que permanecieron cerca de la fogata esperando órdenes oyeron cuatro balazos más.

—Esos de allá —dijo *el General* cuando regresó—, se los dejamos a los coyotes y a los zopilotes. El que crea que andamos aquí pa'divertirnos está equivocado. Todos deben entender eso. O nos embarcamos en una rebelión o andamos jugando. Y si decidimos que vamos a peliar, entonces es rebelión y no día de campo. ¿Tá bien o no?

—Bien, *General* —contestó *el Profesor*—. Está bien lo que dices y bien lo que has hecho. El que no espere o entienda esto no aporta nada a la causa y no tiene qué hacer aquí. No lo necesitamos y estamos mejor sin él. Gritando «vivas» no vamos a ganar la revolución. Podemos pasárnosla sin esos gritones pero no sin rebeldes que sepan por qué lo son.

El General mandó otros hombres a montar guardia.

4

Ya entrada la tarde del siguiente día, cuatro peones llegaron al campo. Un centinela los llevó con *el Profesor* para que éste oyera lo que tenían que decir.

—¿Qué los trae por aquí? —inquirió. Y les preguntó de una manera y en un tono como si tales visitas fueran cosa acostumbrada.

De hecho, los peones y los indios nunca llegaban al campamento sino cuando tropezaban con él por casualidad; y aun en tales casos, esta gente huía rápidamente al ver al primer centinela. Después de cuatrocientos años de injusticia e incomprensión, el indio se había vuelto tan desconfiado que asentía a todo de labios para afuera, mientras que para sí no creía ni confiaba en nadie, especialmente en aquellos que le decían ser sus amigos o que pretendían ganarse su confianza.

Por eso se comprende que *el Profesor* estudiara a estos visitantes con detenimiento, mas, por supuesto, sin dejarles sospechar que lo hacía.

Uno de los peones habló:

—Se habla mucho en las fincas de que ustedes quieren libertar a todos y darles tierra, independencia y libertad cuando ganen. Si eso es verdad, venimos a hablar con su jefe para que vengan a nuestra finca a hacernos libres a nosotros también; porque nos tienen muy esclavizados.

La manera en que habló este hombre convenció al *Profesor* de que algo andaba mal. Parecía que intentaba no pronunciar bien el castellano, imitando el acento de los peones que están más acostumbrados a su propio idioma. Le extrañó particularmente la frase «estamos muy esclavizados», que era sumamente extraordinaria y singular en boca de un peón. Los peones, como todos los indios, no se expresaban sobre su miserable y desgraciada condición económica y social con tales palabras. Desde su infancia estaban acostumbrados a trabajar mientras les quedara una chispa de energía.

Nunca recibían pago alguno en efectivo y jamás hablaban de estar esclavizados o ser explotados; a lo sumo, decían que eran demasiado pobres para poder pagar sus deudas a sus amos, y por lo mismo no podían dejar la finca para establecerse en algún pedazo de tierra y vivir como campesinos libres.

—Nuestro jefe no está aquí de momento, muchachos —contestó *el Profesor* con tono indiferente—. Está adiestrando a los hombres allá en la pradera, donde oyeron esos balazos. Tenemos ametralladoras también.

El que hablaba en nombre del grupo hizo un gesto. Pero cuando se dio cuenta de que *el Profesor* lo observaba atentamente, cambió inmediatamente a una expresión sencilla, sumisa y humilde. Este cambio de expresión confirmó la opinión del *Profesor* de que algo tramaban con su visita. Sin embargo, no estaba muy seguro.

El Coronel, quien acababa de entrenar a algunos hombres y venía por otro pelotón, se acercó. Vio a los cuatro hombres, lió un cigarrillo, pero no dijo nada.

—¿De qué finca vienen? —preguntó *el Profesor*.

—Las Margaritas.

—¿Quién es su amo?

—¿Nuestro amo?

—Sí, su amo.

—¡Ah, sí, el amo! Nuestro amo es don Fernando.

—¿Cómo se apellida?

—Sosa. Don Fernando Sosa.

—¿Entonces ustedes vienen aquí para guiarnos a su finca para que nosotros les podamos repartir la tierra a ustedes los peones?

—Así es, jefecito. Por eso venimos. Y es lo que queríamos tratar con su jefe.

—Bueno, pues siéntense aquí cerca de la lumbre —dijo *el Profesor*—. Me imagino que tendrán hambre después de tan largo viaje. Los muchachos les van a dar frijoles, tortillas y café. Tan buenos —o tan malos— como los hacemos.

5

El Profesor deambuló hasta llegar a un grupo de hombres a quienes Andrés enseñaba a leer y a escribir.

—Andrés —dijo quedamente—, ven a donde está la fogata del Estado Mayor. Creo que tenemos chinches en el campamento.

—¿Cómo que chinches, *Profesor*?

—¿Sabes dónde queda la finca Las Margaritas?

—Más o menos. Cuando todavía trabajaba de carretero llevábamos muchas cargas para don Susano, el dueño de Las Margaritas.

—Ya veo. ¿Don Susano es el dueño de Las Margaritas? Yo creía que se llamaba Fernando Sosa.

—¿Por qué se había de llamar don Fernando si su nombre es don Susano?

—Eso es lo que me intrigaba. ¿Conoces la finca?

—Nunca he estado ahí. Solo llevábamos las cargas para Las Margaritas hasta Balún Canán, porque el camino a la finca es tan angosto y tan malo que no se podía ir en carreta. De la finca mandaban a sus hombres a Balún Canán a recoger la mercancía a lomo de mula. Está como a seis u ocho leguas de Balún Canán.

—¿Qué hablan los peones de Las Margaritas?

—Hablan tojolabal y castellano. Desde luego que entre ellos y en sus casas solo hablan tojolabal.

—¿Estás seguro que todos los peones que viven en Las Margaritas, aunque hablen y entiendan castellano, entienden tojolabal?

—Todos sin excepción. Hasta don Susano sabe algo de tojolabal, y el mayordomo y los capataces lo hablan tan bien como los peones. Todos son de la región, nacidos y criados ahí. El mayordomo es hijo natural de don Susano, quien lo tuvo con una india tojolabal. Ella ha tenido más hijos de él —de don Susano, quiero decir. Y aunque ha estado casado por más de veinte años ante la iglesia con doña Paulina, de Balún Canán, y ha tenido sus nueve o diez hijos con ella, se pasa las tardes cada tercer día con su viejo amor. Le hizo una casita muy bonita y le regaló algo de tierra y cada Navidad le regala dos docenas de puerquitos. Pero nunca le da dinero.

—Está bien. No quiero saber todo eso.

—Pero debes saber que no hay un alma en Las Margaritas que no entienda tojolabal.

—Eso es lo que quería saber. Han llegado cuatro pájaros raros. No estoy seguro quién los mandó, si el gobernador o los hacendados. Ven conmigo a echarles un vistazo y háblales en tojolabal.

—No hablo mucho tojolabal. Yo soy tzeltal. Pero puedo arreglármelas para averiguar si son peones de Las Margaritas.

El Profesor y Andrés se encaminaron casualmente a la fogata donde los cuatro hombres se sentaban, comiendo apresuradamente mientras una docena de rebeldes estaban acuclillados cerca, algunos platicando con ellos, otros fumando y charlando entre sí.

En el ejército había más de treinta o cuarenta indios tojolabales, algunos de los cuales desde muy jóvenes habían sido vendidos a las monterías y otros que habían huido recientemente de la finca. Pero hubiera sido difícil dar con ellos inmediatamente y hacerles entender lo que quería *el Profesor* que hicieran. En todo caso, Andrés era el más indicado para examinar a los cuatro visitantes.

Andrés caminó distraídamente hacia la fogata y lió un grueso puro. Luego se agachó hacia las brasas y levantó un tizón. Sin mirar a los cuatro hombres, dijo con voz fuerte en tojolabal:

—Ustedes huyeron de su finca, ¿no?

Los cuatro hombres continuaron comiendo calmadamente y platicando con los

muchachos en castellano.

Andrés, incorporándose y aspirando el humo de su cigarro se volteó y habló directamente al más cercano de los cuatro, otra vez en tojolabal:

—¿Todavía tienen aquel mulero que se emborrachaba en Balún Canán cuando iba a traer sus cargas?

El que hablaba en nombre del grupo se dio cuenta de que a él se dirigían y de que tenía que contestar. Se puso nervioso e hizo un gesto como si estuviera considerando la respuesta. Luego miró de reojo al *Profesor* a ver si éste escuchaba. *El Profesor* estaba aparte, hablando con un muchacho, pero no perdía palabra ni gesto del que hablaba.

Al fin, el hombre que había sido interrogado respondió con una sonrisa:

—Venimos de muy lejos, amigo, es verdad —lo dijo en castellano, tratando de pronunciar las vocales muy dentro de la garganta, como hacen los indios.

—Sí. Lo creo —dijo Andrés, esta vez en buen castellano—. Es de creerse. Por eso les pregunté. Han de venir de muy lejos.

Andrés se agachó otra vez y prendió de nuevo su puro Estaba encendido, pero quería ver de cerca algo que había observado en este hombre. Aspiró con fiereza y caminó sin prisa hacia *el Profesor*.

—¿Hablan tojolabal? —preguntó *el Profesor*.

—Dígame una cosa: ¿Ha visto alguna vez a un pobre peón que tenga dientes de oro?

—¿Dientes de oro? Nunca.

—Yo sí. Y aparte de eso, no entienden ni una palabra de tojolabal.

El Profesor mandó a tres muchachos a vigilar a los cuatro visitantes pero de tal manera que éstos no se dieran cuenta; y si se levantaban, se les debía de permitir hacerlo, pero sin perderlos de vista y evitando a toda costa que abandonaran el campamento.

6

Se hizo de noche. Todas las fogatas del campamento ardían intensamente despidiendo brillantes reflejos.

El General llegó a la fogata donde se reunía el Estado Mayor, despacio y con paso cansado. Durante todo el día, ayudado por los oficiales más instruidos, había estado entrenando a sus hombres en las maniobras y en el tiro, corriendo con ellos como un recluta; había practicado tanto que apenas podía moverse. Luego les había enseñado cómo avanzar en formación abierta, cómo cubrirse mejor echándose pecho a tierra; les enseñó cómo evitar que cayera arena en el cañón o en las recámaras de sus carabinas mientras estaban pecho a tierra o sobre una rodilla, cómo disparar en todas las posiciones y cómo escarbar en suelo blando para echarse y ofrecer menos

blanco. Todo lo que recordaba, lo que había aprendido como sargento, ahora lo enseñaba a sus muchachos. El material humano que tenía a su disposición era veinte veces inferior al material con el que había tenido que lidiar cuando a su batallón ingresaban nuevos reclutas. Si sus muchachos no hubieran mostrado tan buena voluntad y tan enorme entusiasmo por la próxima batalla, se hubiera desesperado de los magros resultados que producía su entrenamiento.

Así es que no era de sorprenderse que llegara cansado en grado extremo.

—Conque ese es su jefe, su general —dijo uno de los visitantes quedamente a su vecino cuando se dieron cuenta por los saludos de los muchachos que este hombre cansado, tambaleante, sucio y desmañado era el jefe de la rebelión.

—Dale un manazo y se cae de boca en el lodo —susurró el más joven—. Podíamos hacer correr a esta banda de piojosos a garrotazos. No sé por qué el viejo hace tantos aspavientos, queriendo mandar tres batallones. Yo les zurraba con una sola compañía a estos imbéciles.

—¡Maldita sea! —murmuró el otro, apenas entreabriendo los labios y forzando las palabras por entre los dientes—. ¿Por qué no te callas el hocico? Fíjate como ese tipo voltea y se nos queda viendo.

Era *el Profesor*, que no cesaba de mirarlos, tratando de adivinar quiénes serían y qué los había llevado allí.

Entonces *el Coronel* dijo, volteando hacia los que componían el Estado Mayor:

—Vamos allá donde la muchacha de Celso está cocinando. Tienen allí algo sabroso. Lo que hay aquí no lo parece mucho.

—¿De dónde salió el marrano? —preguntó *el Profesor* a Celso, quien caminaba a su lado.

—No sé quién dijo que era marrano. No hay ningún marrano. Es un venado. Estaba en la maleza con Modesta y la dejé que disparara con la ametralladora para que aprendiera a apuntar. Y entonces sale corriendo el venado enfrente de nosotros, Modesta le dispara y al segundo tiro cae. Los dos disparos hicieron blanco.

—Entonces mañana la asciendo a cabo —dijo *el General* con una sonrisa cansada —. Y tú, *Coronel*, puedes aprender algo de la muchacha esa. Tú le tiraste veinte veces a un árbol, como yo mismo lo vi esta tarde, y nomás una vez le pegaste al tronco, que, por cierto, era bien grueso.

—Hay que tomar la distancia en consideración —replicó *el Coronel*—. El venado estaba tan cerquita que lo podías haber agarrado de la cola con la mano.

—Eso es lo que tú crees, *Coronel* —dijo Celso riendo—. ¿Cogerlo con la mano? Me hubiera gustado verlo. Cogerlo con la mano, si estaba lo menos a doscientos pasos.

—¿Mediste los doscientos pasos? —preguntó *el Coronel*.

—No necesito. Yo bien sé lo que son doscientos pasos.

7

Mientras se sentaban alrededor del fuego que había encendido Modesta y comían venado asado sin más acompañamiento que tortillas y hojas de alguna yerba arrancadas a la orilla de la maleza, *el Profesor* dijo después de un momento de silencio:

—Podíamos haber comido en nuestro fuego, también. Pero teníamos que haber despachado a esos cuatro hombres para poder hablar. Preferí dejarlos sentados allí, para que no se dieran cuenta de que sabemos qué clase de peones son.

El General no contestó. Pero mientras comía y hacía desesperados esfuerzos para no dormirse, numerosos hombres llegaban hasta él, le cuchicheaban confidencias al oído y recibían órdenes dadas también en el mismo tono.

Sus oficiales no prestaban atención ni a las órdenes que daba a los demás hombres, ni a la manera en que preparaban sus planes. De cuando en cuando *el General* preguntaba algo al *Coronel* o *al Profesor*, a Andrés o a Matías, y las contestaciones que recibía parecía incorporarlas a las órdenes que despachaba con los muchachos.

Luego dejó que Matías le liara un puro y lo encendió. Después que hubo aspirado el humo varias veces sin decir palabra, su cansancio pareció aliviarse. Dio la impresión de haber medio dormido y de haber descansado mientras comía. Él, como la mayoría de sus consejeros que se encontraban alrededor del fuego, no estaba acuclillado en el suelo como era costumbre; estaban sentados sobre troncos que luego servirían para alimentar fogatas enormes que alegrarían el campamento y tendrían contentos a los muchachos.

En la fogata del Estado Mayor ardía ahora un enorme montón de leña; era la señal de avivar las demás y terminar el día con cantos, música, bailes y regocijo general.

Finalmente se acercó otro muchacho y le dio un mensaje en voz queda; *el General* se levantó e hizo ademán de que lo siguieran.

8

Caminaron hacia la fogata del Estado Mayor, donde también se sentaron sobre grandes troncos.

—Así es que ustedes cuatro todavía están aquí —dijo a los visitantes, quienes parecían estar muy a gusto cerca de la lumbre o al menos trataban de dar esa impresión.

—Sí, jefecito, todavía estamos aquí —contestó el del diente de oro—. Pero con su permiso quisiéramos irnos ya. Tenemos que caminar mucho.

—¿Cuánto les pagaron por este viaje? —preguntó secamente *el General*.

Al oír esto los hombres palidecieron. Sin embargo, el que tomaba la palabra se repuso prontamente y dijo:

—Nadie nos pagó, jefecito. Somos pobres peones y solo queremos saber cuándo vienen a nuestra finca a liberarnos de la esclavitud y la servidumbre.

Cuando pronunciaron la frase «liberarnos de la esclavitud», *el Profesor* sonrió y observó la expresión del *General*.

—Ustedes son unos pobres peones de Las Margaritas, ¿no? —preguntó *el General*, con una voz aún más seca.

—Sí, mi jefecito, a sus muy amables órdenes.

—Tú —dijo *el General*, con una voz cambiada y con una cara donde había desaparecido el cansancio—, tú eres el teniente Rubén Bailleres, de la tercera compañía, del sesenta y siete batallón, de la guarnición de Yalanchén. Quiénes son tus tres amigos no lo sé todavía, pero lo sabré mañana por la tarde.

Los cuatro hombres trataron de humedecerse los labios sin lograrlo, pues aunque accionaban sus quijadas, parecía que se les había secado la saliva.

El Profesor abrió desmesuradamente los ojos, observando con estupor al *General*. Los otros hombres estaban tan sorprendidos como los huéspedes, solo que tenían menos dificultad en recobrar el habla.

Pasaron tres o cuatro minutos antes de que hablara el teniente.

—Es un error, jefecito. Somos pobres peones de Las Margaritas, y eso es absolutamente cierto.

—¿Lo juran por la Santísima Virgen?

—Sí, jefecito; por la Madre Santísima.

—Nadie los invitó aquí.

—Yo lo sé, pero queríamos saber la verdad.

—¿Cuál verdad?

—Que nos van a dar a los peones tierra y libertad.

—A los peones, sí. Pero a los oficiales de los rurales y a los federales y a todos los zorrillos uniformados les vamos a dar otra cosa. ¿No quieren ver nuestras armas también?

—No, jefecito. Queremos volver a casa, con nuestras familias.

—Todos nosotros hemos querido por años volver a nuestras chozas y a nuestras familias, y no hemos podido. Así es que se van a tener que esperar.

A un ademán del *General* se le acercaron cinco muchachos a quienes habló con voz queda. Los hombres que estaban sentados alcanzaron a oír únicamente la última frase, que dirigió a los muchachos.

—Encuentren un costal fuerte y luego regresan.

Los cuatro visitantes se pararon e hicieron preparativos para irse.

En ese momento, sin embargo, los muchachos regresaron corriendo, ondeando un costal vacío.

—Sigan a estos hombres y echen un vistazo a nuestro armamento antes de volver a Las Margaritas —dijo *el General* con una sonrisa irónica.

Cuando los cuatro visitantes habían caminado unos pocos pasos y comenzaban a desaparecer en la oscuridad, *el General* gritó:

—No todos. Tú, teniente, quédate aquí un rato más. Tus tres compañeros van a encontrar bastantes cosas que ver.

Después ni él ni los demás hombres que rodeaban la fogata le prestaron atención al teniente, quien con gestos convulsivos y bruscos veía cómo los rebeldes se llevaban a sus tres compañeros. Había una gran fogata en esa dirección, pero de todas maneras parecía no ver lo que quería ver.

No habían transcurrido más de diez minutos cuando los muchachos regresaron sin los tres visitantes y arrojaron el costal al suelo enfrente de ellos. El costal, amarrado por la boca con una correa, estaba lleno de mugre y húmedo, como si hubiera sido arrastrado por el fango.

Obedeciendo a una señal del *General*, dos hombres saltaron sobre el teniente. Y cuando de otro salto se apartaron de él, la sangre le corría por la cara y por el cuello. No había proferido una palabra, intentó únicamente defenderse. La nariz le había sido rebanada hasta el hueso y ambas orejas cortadas por la mitad, a lo largo.

—Te debían de haber rajado los labios también, por tus infames mentiras cuando invocaste a la Santísima Virgen que te ayudara a mentir. Pero necesito tus labios, teniente Rubén Bailleres. Tengo un mensaje que deseo lleves a tu jefe, don Petronio Bringas. Y de modo que pueda reconocerte cuando te encuentre otra vez para preguntarte si le llevaste mi mensaje a tu general, te tuve que mandar rebajar la nariz. De aquí en adelante te van a llamar *Chato*. Un bonito nombre. ¿Por qué no?

El teniente no dijo nada. Con la manga se limpió la sangre que le corría por la boca y por el cuello. No dio muestras de dolor. Pero *el General* sabía que en este momento el teniente estaba absorto pensando en la hora en que se le concediera a él tener al *General* como prisionero, sentado enfrente tal como estaba ahora. Aunque no llegara a realizarse este deseo, el solo pensar en ello indudablemente le hacía mucho bien.

—Yo podría, desde luego, mandarte colgar, teniente —continuó *el General*—, pero tengo mensajes importantes que comunicarle a don Petronio. Y tú eres el mejor mensajero que puedo mandar. Tus caballos están en el rancho La Primavera. Puedes volver con tu batallón para las ocho o nueve de la mañana. Por eso te estoy dando este costal. En el costal está el desayuno que le mando a tu jefe, en gratitud por haberse acordado de mí, mandándome tres oficiales y un sargento para preguntar por mi salud. ¿O qué, el cuarto de ustedes era teniente también? No lo creo, pues entonces los otros tres no hubieran tenido un criado.

El General sacó una olla de café de la lumbre y llenó un jarro que asió con ambas manos como tratando de calentarlas. Le dio varias vueltas entre sus manos; luego, cuando se hubo enfriado, lo vació de un trago.

Muchos rebeldes se habían acercado a la fogata principal. Se agolparon para no perder palabra del mensaje del *General* al oficial de las fuerzas federales.

—Don Petronio ha tomado posiciones con dos batallones de infantería, un regimiento de caballería y una sección de ametralladoristas inmediatamente atrás de Peña Alta, donde está escondido esperando que yo caiga en sus garras en la cañada grande que hay ahí. Dile que no le voy a hacer ese favor, porque no soy tan tonto como pa' caer en una trampa tan burda.

El teniente clavó la vista en *el General* como si viera un fantasma alzarse detrás de él.

—Quisiera atraerme hacia Las Margaritas de modo que pudiera caerme también por el flanco. No es conveniente para mí hacer eso. Lo voy a esperar aquí, ya que sabes nuestra posición. Ese viejo lascivo no ha de tenerle miedo a unos mugrosos como nosotros, ¿no? ¡Qué miserable hijo de puta es tu jefe, si sólo espera atacarnos en una cañada pantanosa! Si es un soldado de los buenos, que haga honor a sus medallas, que venga aquí a medirse con nosotros. No te olvides de decirle a ese hijo de perra lo que pienso de él.

Estos insultos provocaron en el teniente tal furia que se olvidó completamente del lugar en que estaba. De un brinco se plantó frente al *General*.

Pero éste se había levantado simultáneamente. Ni uno de los rebeldes intervino. Quizá porque todo fue tan rápido o porque creyeron que era parte de algún plan premeditado.

El teniente lanzó un puñetazo. Pero antes de que llegara a la cara del *General*, éste le había ya golpeado en el mentón con toda su fuerza. El teniente se tambaleó hacia atrás y fue a caer más o menos en el sitio donde había estado sentado.

—¡Qué lástima que no tienes tu pistola! Eso es lo que estás pensando, ¿no? —preguntó *el General*—. Para que te lo sepas, tú no eres el primer oficial a quien le he pegado en el hocico. Por eso ahora soy general de estos hombres, que no son unos miserables cobardes que se dejan pegar en la cara sin defenderse. Lo que pienso de tu jefe, ya lo sabes. Y si tu superior no está aquí dentro de cuatro días para enfrentarse con nosotros, los mugrosos indios, entonces no me va a encontrar ya aquí. Porque voy a marchar rodeando Balún Canán hacia Shimojol. Ése es un buen poblado rico donde vamos a divertirnos. Luego hacia Huninquibal y después de eso tomaré Yalanchén, luego Tsobtajal, luego Acayán, luego Nihich y finalmente Soctón. Después, el ataque a Tullún, donde visitaremos al gobernador, si es que no ha salido a alguna boda. Posiblemente cámbiemos nuestros planes. Pero te estoy diciendo todo esto pa' que sepas que no tengo pensado ir a Peña Alta, donde nos han tendido la trampa. Eso es todo lo que le tienes que decir a tu jefe. Y si se te olvida una palabra, te agarramos otra vez y te arrancamos l'otra mitá de las orejas. Conque no se te olvide repetirle a tu jefe todo lo que te he dicho.

El General vació su jarro otra vez y tiró los residuos del café.

—¿Quién me tiene un buen cigarro? —preguntó mirando a todos lados—. Pa' que

no te pierdas te mando dos de mis muchachos hasta el ranchita donde están tus caballos.

El teniente se paró.

—¿Dónde están mis compañeros? —preguntó.

—Están viendo nuestro armamento. Primero vieron nuestros tesoros desde arriba, ahora los examinan desde abajo. A la mejor se quedan aquí pa' siempre. Nadie los invitó. Mañana por la mañana en el desayuno le puedes decir a tu jefe: o viene con un batallón a recogerlos o nos deja hacer un rodeo. Y antes de irte, no se te olvide dar las gracias por los frijoles, las tortillas y el café. Has sido bien atendido aquí. ¿O no?

Sin contestar palabra, el teniente dio media vuelta y siguió a los dos muchachos que iban a encaminarlo.

9

Apenas habían desaparecido los tres hombres en la oscuridad cuando los muchachos alrededor de la fogata se comenzaron a agitar.

—Pero, hombre, mi *General*, ¿cómo sabías todo eso? ¿Es verdad que los federales nos esperan detrás de las peñas? ¿Cómo sabías quiénes eran esos cuatro?

—Eso fue muy fácil —replicó *el General* encendiendo su cigarro y llenando otra vez su jarro con café caliente—. Más fácil de lo que se imaginan. No hice nada del otro mundo. Más bien me cayó en el regazo. Unos peones llegaron al campamento hoy. Tres. No de Las Margaritas, sino de otra finca. Pero éstos sí eran peones de veras, no espías. Luego luego me di cuenta de que eran peones de verdad. Y por eso no los vieron. Nunca llegaron al campamento, no hasta aquí, en mero en medio. Se quedaron allá en la maleza, más allá de nuestros centinelas más avanzados. Se quedaron escondidos tres o cuatro horas hasta que estaban seguros que yo era el que buscaban. Yo andaba en los ejercicios de entrenamiento en la maleza. Cuando quedé solo por un momento y los demás iban corriendo muy adelante, oí que alguien llamaba muy quedito: «Oye, hermano. Queremos hablarte.» Dejé que los muchachos siguieran corriendo y me adentré en la maleza con los peones. Vinieron a prevenirme de las tropas que se acercaban y de la emboscada en que debíamos caer para gusto de los federales. También sabían lo de los cuatro oficiales disfrazados.

El Coronel rió con ganas.

—Cualquiera puede hacer sus cálculos cuando tiene tan buenos informantes.

—Pero a la mejor a ti no se te hubieran acercado —sugirió *el General*, sonriendo y viéndolo de soslayo.

—¿Y por qué no hubieran venido a verme a mí?

—Tú no inspiras tanta confianza como yo. Lo que más me gustó no fue la valiosa información que me trajeron. No; lo que me alegró el corazón fue que por primera vez en nuestra revolución unos peones hayan venido voluntariamente a darnos ayuda

que no esperábamos. Ésa es una señal segura de que la revolución está haciendo poco a poco impresión hasta en las mentes de estos peones intimidados. Una vez que los cientos de miles de peones se vengan de nuestro lado, una vez que comiencen a rebelarse en las fincas por sí solos, entonces el triunfo de la revolución está asegurado, aunque la lucha dure otros dos o tres años.

—No podías haber expresado eso mejor, *General* —dijo *el Profesor* bostezando. Se levantó, buscó su petate y su cobertor, y se tendió en el suelo.

—Todavía no entiendo mucho de cómo hacer la guerra —dijo Matías al fin, cuando nadie tenía ya ganas de hablar—, pero creo, *General*, que tú cometiste un error.

—¿Qué clase de error quieres decir? —preguntó *el General*, quien ya estaba medio dormido, pero todavía permanecía cerca de la lumbre fumando su cigarro. Preguntó de una manera como si no esperara respuesta, como si la pregunta se le hubiera escapado mecánicamente.

—No tenías por qué contarle tus planes al teniente.

—¿Un error? ¿Yo cometí un error? Bueno, por qué no voy a hacer un error de cuando en cuando si todos hacemos tantos, y aún más esos tales jijos que están emboscados atrás de Peña Alta. Tenía que decirle algo pa' que no descubra lo que sí vamos a hacer. Si no le hubiera dicho nada de sus planes, que sí conocía, no se hubiera preocupado de nada y hubiera marchado a atacarnos. Pero ahora no sabrá qué hacer. ¿Y sabes qué hará el desgraciado viejo panzón? Mandará un batallón por un lado, y otro por el otro, porque no está seguro dónde le vamos a salir. Y los pobres peones que vinieron aquí tan valientes a contarme todo, si no inventan algo bueno para explicar dónde han estado, probablemente los entierren hasta el cuello y les pisoteen la cabeza. Espero que tengan bastantes sesos pa' que sepan qué decir. Pueden haber ido tras una vaca descarriada. ¡Dios santo, qué cansado estoy!

Un segundo más tarde los muchachos le oían roncar. Fidel se paró, trajo un cobertor, lo cubrió y le empujó una montura bajo la cabeza. *El General* estiró las piernas con gusto. Varios dedos asomaron, pues sus botas, que habían pertenecido a un capitán, le quedaban muy apretadas y les había tenido que abrir los lados y cortar la punta para que dieran salida a sus dedos.

Los muchachos barrieron apuradamente la lumbre hacia atrás, pues las botas del *General*, a pesar de su costra de lodo seco, habían empezado a arder.

X

1

Don Petronio Bringas, general de división y comandante en jefe del ejército que había sido enviado por el gobierno para aniquilar a los rebeldes, tomaba su desayuno. Era un desayuno digno de un general, aunque era suministrado en el cuarto principal de un pequeño rancho donde el militar había establecido provisionalmente su cuartel general. Mientras más tiempo permanecía este rancho convertido en cuartel general, más delgado y preocupado se volvía su dueño. Desde luego que el general no era ningún jefe de bandidos. Era un general genuino de las tropas federales. Pagaba cuatro reales por cada comida. Eso era lo que pagaba cada viajero cada comerciante que tomaba ese camino y que buscaba y conseguía alojamiento por una noche en el rancho. No había hoteles por esos parajes solitarios; el viajero pasaba la noche en el primer rancho a que llegaba ya entrada la tarde, pues se detenía tan pronto le comunicaban que el siguiente rancho distaba unas tres horas de camino, sabiendo que una hora después reinaría la más completa oscuridad.

Todo viajero se contenta con lo que le pueda proveer la mujer del ranchero, y agradece cualquier atención especial, así sea un catre desvencijado. Pero es natural que un ranchero no puede darle el mismo trato a un general del ejército. Lo que se le servía al general cada vez que se sentaba a la mesa, valía por lo menos unos cuatro pesos. El ranchero no se atrevía a pedir más del precio acostumbrado, por miedo de despertar la ira y la mala voluntad del militar y caer de la gracia de todos los pequeños dictadores que controlaban su destino. Si el general hubiera estado solo, la situación hubiera sido tolerable y el ranchero podía convencerse de que hacía un sacrificio por la patria. Pero del general dependían una sarta de oficiales y ordenanzas que ayudaban a dejar al pobre ranchero en la calle, pagando todos cuatro reales por una comida, y siendo alimentados en la forma en que, según el pobre hombre, estaban acostumbrados los generales.

El general y sus oficiales se aburrían bastante, pues los malditos rebeldes no parecían dispuestos a marchar por el cañón que había sido escogido para su aniquilamiento. Y, por lo tanto, el rancho era visitado todos los días por mujerzuelas que los altos jefes mandaban traer del pueblo. El ranchero y su familia pasaban las noches arrinconados en el portal para que los huéspedes disfrutaran de las mejores habitaciones. Los soldados no podían pagar más de quince centavos. Pero nadie debía de levantarse con hambre de la mesa. Esto no era, sin embargo, la mayor desgracia del ranchero, a quien le repetían unas quince veces diarias lo afortunado que era al poder amasar una fortuna teniendo hospedada allí a la tropa. Gallinas, puercos, becerros y sacos enteros de maíz desaparecían, y las muchachas del rancho lucían

manchas amarillentas y cenizas en el rostro y confiaban a la dueña que estaban seguras de haber contraído «algo malo».

Se comprende entonces que el ranchero rezara a todas horas del día pidiendo al Dios del Cielo que avanzaran los rebeldes, que se cosumara la matanza y terminara ya este estado de cosas para poder disponer de su rancho aunque se lo dejaran en ruinas.

El general, por su parte, no tenía mucha prisa en atacar a los rebeldes. Recibía sus viáticos mientras estaba en el campo. Una vez que hubieran sido derrotados los insurrectos, tendría que volver al cuartel y terminarían sus viáticos y las buenas comidas de a cuatro reales.

2

Eran las diez de la mañana cuando se arrellanó cómodamente y de buen humor en la burda silla que el ranchero le ofrecía con un «ya listo, mi general», que equivalía a decir que la mesa estaba puesta y las sirvientas comenzaban a desfilar desde la cocina con los platillos. El general afiló el cuchillo con su tenedor, se chupó sus gruesos labios y dijo:

—¡Ah, don Rosendo!, ¿qué tenemos para el desayuno? Espero que algo bueno. ¡Maldita sea!, con el hambre que da aquí en el campo me podía pasar todo el día y la mitad de la noche comiendo.

El ranchero respiró penosamente y dijo:

—Caldo de pollo, huevos rancheros, pollo asado, barbacoa con salsa borracha, puré de papayas y café.

—¿Eso es todo, don Rosendo? —preguntó el general con aire desilusionado—. ¿No hay mole de guajolote?

—Lo siento muchísimo, mi general —replicó el pobre hombre encogiéndose de hombros—. Los pavos que me quedan están muy chicos todavía. Las tres docenas de pavos gordos que tenía, pues usted sabe mi general, ya se acabaron.

—Pero, mi querido don Rosendo, en un rancho tan bueno como éste, los pavos se crían solos. Tiene usted que ver de que se pongan más huevos.

—¿Quién, yo?

—¿No cree usted que yo haría lo mismo por usted, don Rosendo? ¡Pero aun con la mejor voluntad no podría yo complacerlo!

El general quedó tan complacido de su chiste que soltó una sonora carcajada y continuó riendo hasta que los oficiales entraron al salón a acompañarlo a la mesa.

—¡Señores! —gritó, mientras hacía desesperados esfuerzos para seguir riendo—. ¡Señores! ¡No! No lo van a creer, pero don Rosendo me ha pedido que ponga huevos. ¿Qué opinan de eso?

Con ambas manos, en una el cuchillo y en la otra el tenedor, pegó en la mesa

como para acompañar sus berridos.

—¿Qué clase de huevos quiere don Rosendo que ponga, mi general? —preguntó el capitán Segura con una expresión de inocencia. Solo su expresión era inocente, no así su pregunta. Quería estimular hasta donde fuese posible el regocijo del general.

El general podía haber besado al capitán por brindarle esta oportunidad de renovar e intensificar su risa.

—¿Oyeron eso, señores? ¿Lo que me pregunta el capitán Segura? ¿Oyeron eso? —apenas podía hablar entre sus accesos de regocijo—. El capitán Segura pregunta que qué clase de huevos debo poner.

El capitán conservó una cara seria, sin delatar ni por medio de un parpadeo que entendía la broma. Esto arrancó más risas al general, al ver al capitán frente a él con una expresión tan cándida. Con su tenedor apuntó al capitán y volteó a ver a los oficiales que reían, para incitarlos a hacer al capitán el blanco de sus risas.

—El capitán Segura me pregunta qué clase de huevos debo poner. Señores, señores, ¿qué clase de huevos debo poner?

El capitán cambió ahora de expresión. Tomó uno de los brazos de su silla y la arrastró hacia él como para sentarse a la mesa. Al mismo tiempo volteó para todos lados, como preguntando a qué se debía tanta risa. Se sentó lentamente y dijo con voz irritada:

—¡Maldita sea, señores!, no es para reírse cuando pregunto qué clase de huevos deben de ser puestos. Si dice mi general que debe de poner huevos, pues pregunto de cuáles, simplemente.

No era tanto su respuesta como la manera ofendida y displicente en que la dijo lo que intensificó el efecto de su aparente inocencia al no alcanzar a comprender una broma tonta, y causó tanta risa al general que por poco se atraganta con el caldo. Se repuso y apuntó al capitán con su cuchara, rugiendo mientras se ahogaba de risa:

—Capitán Segura, debía de haber sido sepulturero, no militar, con esa cara agria que pone cuando todos estamos tan contentos y riéndonos.

—Perdóneme, mi general, pero soy sepulturero —contestó el capitán, impasible.

—¿Eh? —dijo rápidamente el general—: ¿Usted? ¿Algún negocio de funeraria? ¿Dónde? No lo sabía.

—Pero, mi general, ¿es tan difícil de comprender? —su expresión continuó impasible mientras añadía secamente—: ¿Por qué cree que llevamos pistola al cinto y nuestros hombres traen fusiles y ametralladoras?

—En otras palabras, capitán, ¿quiere usted decir que soy un sepulturero que pone huevos?

Una vez más el general rugió de alegría. Todos los oficiales le siguieron la corriente, unos por cortesía, la mayor parte, sin embargo, porque, al igual que su general, consideraban esta conversación como la más inteligente y de buen gusto que habían escuchado en mucho tiempo.

Cuando la risa aminoró un poco, el capitán tuvo la oportunidad de replicar:

—Ésas no fueron mis palabras, mi general; son suyas. Le ruego me perdone.

—Hombre —dijo el general—, verdaderamente es usted el hombre más seco, más aburrido y malhumorado que he visto en mi vida. Este hombre no tiene ni un grano de sal. Pero eso no quiere decir que no investiguemos, con toda consideración y buen gusto, las posibilidades de este hermoso lechón que las no menos hermosas niñas nos ofrecen en este momento. Oiga, teniente Cosío, páseme mi buena botella de comiteco, tengo que bautizar el dorado cuero de este marranito con un poco de alcohol para matarle los microbios y los bacilos. Y hablando de microbios, capitán Segura, ¿cuál es su punto de vista?

—Depende de qué clase de microbios hable usted, mi general —el capitán había trinchado un trozo de carne y le daba vueltas, mirándolo pensativamente antes de engullirlo. Cuando lo hubo tragado y el general no se acordaba ya de la pregunta, repitió el capitán—: ¿A qué clase de microbios se refiere, mi general? Hay varios puntos de vista. A la mejor todos los que estamos aquí sentados comiendo puerco no somos más que microbios, y probablemente los marranos nos crean sus microbios. Preguntémosles cómo es el mundo visto a través de sus ojos. Todo parásito se siente el objeto más importante del universo, al mismo tiempo que considera a los seres a quienes les debe su vida como creados con el único propósito de servirle de alimento.

El general, atareado en engullir un inmenso trozo de carne, no pudo seguir el discurso completo del capitán. Había escuchado sólo las primeras frases. Con los últimos residuos todavía en la boca, dio rienda suelta a su sonora risa:

—Primero pongo huevos para don Rosendo, y usted me pregunta de qué clase. Luego me convierte en un sepulturero ponedor de huevos. Y ahora en un microbio. ¿Así trata usted a su comandante en jefe, capitán? Debo seriamente pedirle al teniente Ochoa que investigue si este asunto de los microbios no es suficiente para ameritar un consejo de guerra. Pero antes, capitán Segura, nos echamos otro traguito de buen comiteco para librarnos de los millones de microbios que hemos ingerido en los últimos diez minutos. Yo sé por larga experiencia que mis microbios saben distinguir muy bien entre un vaso de aguardiente corriente y un buen comiteco como el que tenemos aquí. Y mis microbios, tratándose de esto, jamás se equivocan. ¡Ah!, y aquí viene la barbacoa, que debe ser recibida como se merece. Yo diría, don Rosendo, que la salsa podía haber estado más borracha, no picaba bastante. Páseme ese platón con chícharos. Muchas gracias.

3

El general alzó la vista.

En el umbral estaba una figura humana que al principio no reconoció.

El cuarto en el que comían los oficiales carecía de ventanas. Toda la luz entraba por el hueco de la puerta, así que ésta permanecía siempre abierta.

El general estaba sentado mirando hacia la puerta. El vislumbre del sol le daba en los ojos. Luego pudo darse cuenta de que alguien estaba parado allí, sin poder reconocerlo al instante. Sólo percibió que el hombre traía un paliacate rojo enredado en la cara, como si padeciera un dolor de muelas. Detrás del hombre apareció un indio llevando un costal lodoso sobre su espalda, y el cual dejó caer con un golpe seco sobre el portal.

—¿Qué pasa, hombre? —preguntó el general.

—Teniente Rubén Bailleres a sus órdenes, mi general, de regreso de reconocimiento y ronda nocturna.

—Pase, teniente Bailleres, pase. Nos estamos desayunando. Don Rosendo, por favor una silla para el teniente Bailleres.

El teniente entró al cuarto.

—¡Primero, hombre!, ¿qué le pasó en la cara? ¿Le volaron la nariz? ¡Gran Dios!

El general lo encontró cómico y comenzó a burlarse:

—Más fácil de besar sin su nariz, teniente. De todos modos era demasiado larga —al decir esto, recurrió a sus risillas burlonas—, ¿qué dicen, señores? ¿No somos todos de la misma opinión de que la nariz de nuestro amigo Bailleres era demasiado larga para poder besarlo?

Los oficiales no se rieron, tan solo dibujaron en sus labios una forzada sonrisa de cortesía.

La risa de su superior hizo que una furia ciega se apoderara del teniente, aunque no la demostró y conservó su compostura.

Mientras tanto un niño indio trajo una silla y el teniente se sentó. Una sirvienta le puso un plato.

En el pequeño rancho donde el teniente y sus compañeros habían dejado sus caballos, había sido provisto de dos mozos para que le acompañaran de regreso y le ayudaran a llevar los otros caballos y el costal que debía entregar al general en el desayuno.

Uno de estos mozos indios, el que había traído el costal, esperaba humildemente en el portal. El otro desensilló los caballos en el patio y los entregó a los soldados.

—Oiga, teniente —dijo el General dirigiéndose al recién llegado—; a esta hora del día no hace frío como para que ande con ese trapo enredado en la cara como una vieja. ¿O qué, trae dolor de muelas? Hable, hombre: ¿qué le pasa?

En el camino de regreso el teniente se había lavado la costra de sangre en un arroyo. El muñón de la nariz había dejado de sangrar. En el ranchito se había limpiado el muñón con aguardiente, y la herida estaba ya seca, aunque de un aspecto horrible.

El oficial titubeó unos instantes, luego comenzó a desatar el pañuelo rojo de debajo de la barba. Había sido su intención arrancarse el paliacate con un tirón rápido, como respuesta a los estúpidos insultos del general. Sin embargo, el pañuelo se pegaba tenazmente a ambas orejas, y cuando el teniente tiraba de él esto le causaba

atroces dolores.

—Por favor, compañeros —dijo—, ¿no me pasan esa botella?

Un oficial que estaba sentado cerca de él dijo:

—Necesita usted un buen trago. Está pálido —y le llenó un vaso de aguardiente.

El teniente lo vació de cuatro tragos, apuradamente. Luego levantó la botella y vació el contenido sobre su cabeza.

—¡Ea, ea!, ¿qué pasó? —exclamó el general. Yo creía que ya estaba usted bautizado hace tiempo. Y ahora gastando este rico comiteco. Es un lujo aquí en el campo, donde es tan difícil obtenerlo y donde… hombre, ¿pero qué es eso?

El teniente, cuando sintió que el alcohol había empapado el pañuelo lo bastante, lo arrancó de un valiente tirón. Inmediatamente la sangre le volvió a chorrear por el cuello. Echando la cabeza hacia adelante frente al general, gritó:

—Por esto es por lo que traía vendada la cara, mi general. ¿Qué tal? ¿Le gusta?

—¿También balaceado?

—Nada de balas. A machetazos. Por esos salvajes, esos animales.

—Teniente Bailleres, no va usted a decir que yo lo mandé allá de reconocimiento. Seguramente que no. Usted lo sugirió. Y yo le permití marchar. ¿Dónde están sus tres compañeros?

—Los salvajes los retuvieron.

—¿Como rehenes?

—Eso no lo sé, mi general. No me dijeron nada de eso. Fui escoltado fuera de su campamento para traerle un mensaje que ese mugroso marrano que se dice *el General* quería mandarle.

—¿Cómo es ese criminal? ¿Es chamula?

—No, mi general. No es chamula. Pero es indio puro. Cómo puede ser general, no lo entiendo. Camina como un perro cojo. No sabe ni pararse. No sé cómo puede manejar un fusil. Nadie lo respeta, lo tutean. Todos lo tratan como igual. Come con los dedos, como toda su ralea. Se echa en un petate como los demás marranos. Podemos acabar con, esos animales en tres horas. Son basura.

—Eso no es novedad, teniente. Yo esperaba más —el general comenzó a reír—. Desde luego perdió usted su belleza, teniente. Unas orejitas tan bonitas. Y me parece que ese miserable general, que camina como un perro cojo, tuvo muy poco respeto para usted. A lo mejor no es tan estúpido como usted lo creyó cuando surgió disfrazado de peón para espiar su fuerza, su número, sus armas y sus planes. Él lo descubrió. Y la próxima vez que quiera usted vestirse de algo, tendrá que cubrirse toda la cabeza; ni una máscara le servirá. ¿Cómo puede alguien ser tan tonto como para dejarse cortar las orejas por una gavilla de ladrones?

El teniente no había esperado compasión, ni de su jefe ni de sus compañeros. La habría rechazado, en caso de que alguien se la hubiera mostrado, y habría sostenido que un soldado debe de sacrificarse, pues para eso es soldado. Pero que nadie lo aclamara como héroe, como un valiente oficial que se había aventurado hacia el

campo del enemigo y que había sufrido dolor y humillación para ganarse un nombre en su batallón, eso lo enfurecía. Era cierto que el general no le había ordenado hacer tal reconocimiento. Se había ofrecido *motu proprio*, más bien para poder alardear entre sus compañeros que para cumplir una tarea vital. El general no les prestaba mucha importancia a los rebeldes. No los tomaba en serio desde el punto de vista militar, y en muchos aspectos consideraba que era degradante a su rango y posición que se le mandara a él, todo un general, a vérselas con unos peones piojosos. Según su parecer, esta labor le correspondía a un mayor con medio batallón. Pero en el Ministerio de la Guerra habían ordenado que él atacara a los rebeldes con tantos y cuantos soldados, y tenía que obedecer la orden. Si unos jóvenes oficiales tenían ganas de aventuras porque era aburrido estar entre el polvo y la mugre esperando a los rebeldes, allá ellos. Él les había concedido permiso porque se lo habían pedido; que su aventura no hubiera resultado como ellos querían, no era un asunto de su incumbencia. Así es que ¿por qué no podía darse el gusto de burlarse del teniente, de mofarse de su apariencia, como se podía haber burlado de algún joven oficial cuyas aventuras amorosas se hubieran desmoronado al romperse la escalera?

El teniente Bailleres, sin embargo, no era de la misma opinión. Y, habiéndose visto despojado de su mérito, pensó en desquitarse a expensas del general, quien seguía engullendo su vasto desayuno con mucho ruido, tan entretenido en mezclar las partes exactas de sal, pimienta, chile y salsa de tomate, que no le quedaba tiempo para preocuparse por los sufrimientos y el orgullo herido de su teniente.

—El tal *General* me dio un mensaje para que se lo trajera, mi general —dijo el teniente tan pronto hubo terminado su caldo.

—Este mensaje debe de estar bueno, señores, y cómico de seguro. ¡Un mensaje para *mí* de esos peones piojosos! Bueno, a ver, teniente —el general rió estrepitosamente, se atragantó y tosió.

—El mensaje no es muy respetuoso que digamos, mi general.

—No le pregunté eso, teniente Bailleres. Pero espero que cuando menos sea cómico —el general se volvió a mirar a sus oficiales y sonrió—: Señores, ahora tendremos un poco de diversión.

—Ciertamente, mi general. Pero no me hago responsable. Sólo le repito lo que me dijeron. Su madre es una puta.

—¿Qué es eso? ¿Qué quiere decir con eso, teniente Bailleres?

—Usted quiso oír lo que el general de esos indios apestosos tenía que decirle.

—Eso es distinto. Bien, prosiga.

—Me encargó que le dijera que va a tasajearlo a usted y a todo su ejército y que tendrá el gusto de arrastrarlo a usted de entre su Estado Mayor y cortarle la nariz, las orejas y ciertos otros apéndices. No le hará el favor de dejar que sus hombres sean despedazados por usted en el cañón cerca de Peña Alta, sino que hará un gran rodeo y quemará todas las grandes fincas y los pueblos en su retaguardia, colgará a los habitantes de los árboles más altos y los dejará colgados; espera de esa manera que

usted sea degradado deshonrosamente por el Ministerio de la Guerra por negligencia y por falta de pantalones. Que si usted tiene una chispa siquiera de valor y quiere mostrarse como hombre y como soldado, avanzará hacia donde él lo está esperando. Pero que usted no es más que un chivo viejo que no se atreve a salir a batir rebeldes y sólo piensa en su sueldo y en su barriga. Que usted es cien veces más puerco y más degenerado que el más piojoso y bruto de sus hombres, los cuales tienen suficiente valor para enfrentársele a usted, a su ejército y a todos los que cargan pistolas, fusiles y ametralladoras, y que pueden pegarles hasta con garrotes, y que aun sin sus machetes quebrados harán de ustedes un montón de estiércol para ser pasto de los puercos y de los perros sarnosos. Que ustedes no sirven sino para violar y robar, y solo son soldados porque si no trajeran uniforme no podrían ganarse una migaja de pan o un pedazo de tortilla con trabajo honrado. Que usted, general, es la basura más grande, el ser más estúpido, bruto e inútil que se puede encontrar sobre la tierra; en la cabeza no tiene más que lo que debía tener más abajo; y los huesos al rozarlos se le quebrarían como una vara hueca, pues está infestado de podredumbre. Y lo que es más, que no es usted ni general ni nada que se le parezca, sino que ostenta el título porque su mujer y sus hijas se han acostado con todos los que han tenido que ver con su ascenso. Que si su madre no hubiera puteado por dondequiera, usted no llegaría ni a sargento, a lo sumo sería mulero. Perdóneme, mi general, pero usted quería oír el mensaje, y como subordinado tuve que obedecerlo; como siempre estoy a sus órdenes y le brindo mis respetos. Ahora tengo que darle algo que le mandó ese piojoso *General* para su desayuno.

Ni el general ni los oficiales, tanto los que estaban sentados a la mesa como los que habían llegado posteriormente y permanecían de pie, habían interrumpido al teniente. Lo habían dejado hablar como a un loco al que no se le puede culpar de lo que dice. Pero cuando hubo acabado, todos se dieron cuenta de que el teniente no había hablado por él, sino que había, palabra por palabra, repetido lo que *el General* de los rebeldes había dicho. Uno solo de estos epítetos habría bastado para que el teniente hubiera comparecido ante un consejo de guerra, y todo el discurso le habría valido cuando menos doscientos cincuenta años en la prisión militar de Santiago. Aparte de todo esto, las expresiones que había empleado eran tales, que un oficial apenas las podría haber inventado, aunque quisiera. Éstas eran las razones por las cuales ni el general ni los otros oficiales habían interrumpido al teniente.

Tan pronto como habían sido pronunciadas las primeras palabras, todos habían dejado de comer. El general se había puesto púrpura al principio, luego pálido, y otra vez morado. Los oficiales, especialmente los jóvenes, habían palidecido. Esperaban que el general sacara la pistola para balacear al teniente. Pero por la misma razón que no se le había interrumpido, nadie había hecho un movimiento para tirarle o abofetearlo. El teniente dijo su discurso sin vacilaciones. Su furia le dio valor para rendir su mensaje sin excusas y sin una sola apología interpolada. Esto lo reservó para el final. En el estado de ánimo en que se encontraba, cansado después de un

largo viaje durante la noche, humillado por su desgracia y casi impotente por el dolor y la pérdida de sangre, le hubiera sido indiferente que el general le pegara un tiro. Lo hubiera considerado como un favor.

4

El discurso fue seguido por un silencio de varios segundos, que parecieron minutos a todos los presentes. Nadie supo qué decir o hacer para romper la tensión opresiva.

Sin embargo, el silencio fue roto bruscamente por un grito del mismo teniente Bailleres:

—¡Ea, chamaco, trae el costal que traías atado a la cabeza de la silla!

El muchacho se había acuclillado en el portal, esperando que alguien le diese de comer. Al llegar había desatado de la montura el costal y lo había puesto junto a él en el portal. Levantó el costal y lo llevó al comedor donde se reunían los oficiales.

—Aquí está, mi general, el regalo que ese perro sarnoso le mandó —dijo el teniente Bailleres.

—¿Un regalo? ¿Para mí? ¿De ese marrano? —el general no se recobraba todavía del torrente de insultos obscenos que lo habían arrollado—. Tiren eso al estercolero. ¿Qué clase de regalo puede mandarme esa basura de indio insolente? Probablemente algún jamón robado que envenenó. Pon el costal en el estercolero, chamaco.

El muchacho levantó de nuevo el costal. Pero cuando había traspuesto el umbral y caminaba por el portal, el general tuvo curiosidad de saber lo que contenía. Al mismo tiempo pensó que el contenido del costal pudiera brindar algún indicio referente a los planes del jefe rebelde.

—Teniente Bailleres, ¿sabe lo que hay en el costal? —preguntó.

—No, mi general. Debo confesar honestamente que en mi miserable travesía mi mente iba ocupada con otras cosas y no pensé en mirar. Además no creí justificado abrir un costal cerrado, cuyo contenido iba destinado a usted.

—Tiene razón, teniente Bailleres. Gracias.

Dirigiéndose a uno de los jóvenes oficiales, el general agregó:

—Llame al muchacho con el costal.

El muchacho volvió y dejó caer el costal sobre el duro piso del cuarto. Todos los presentes fijaron la vista sobre el saco como tratando de adivinar su contenido. Bien podía ser el jamón envenenado, o cocos, o calabazas. A lo mejor, y este pensamiento se les ocurrió a todos simultáneamente, a lo mejor eran bombas que estallarían al momento de rodar fuera del costal.

Un capitán expresó su sentir:

—Mi general, debemos tener cuidado. Pueden ser bombas.

—No sea tonto, capitán. Si fueran bombas, el muchacho que trajo el costal no estaría aquí.

Los oficiales rieron, y el capitán hizo un gesto.

—Vamos. Desata el costal, chamaco —ordenó el general.

El joven se arrodilló y comenzó a meterse los nudos entre los dientes para aflojarlos, pues estaban bastante apretados. Esto desesperó al teniente Ochoa, que cogió un cuchillo de la mesa y de un tajo cortó las cuerdas.

—Sacude el costal, chamaco —dijo el general, levantándose de su silla para ver mejor por encima de la mesa.

El muchacho tomó el costal por las puntas inferiores, lo levantó y rodaron hacia afuera las cabezas cercenadas de los tres compañeros del teniente Bailleres.

—¡Van a pagar muy caro esto esos salvajes, esos asesinos bárbaros! —gritó el general cuando se repuso del choque—. Y mi santa madre, mi madrecita, ¡pensar que ha pronunciado su nombre con su boca inmunda, y que lo ha manchado! Lo voy a despellejar vivo, lentamente y día tras día, arrastrándolo tras un burro. Esas bestias, esos animales salvajes. ¿Qué he dicho siempre y por qué he abogado, señores? Lo repito y lo seguiré repitiendo hasta que el gobierno me escuche: hay que exterminar a todos los indios, destruirlos sin misericordia como a los animales más ponzoñosos de nuestra tierra. Y mientras no hayamos barrido de la faz de la tierra todo lo que sea indio, no habrá ni paz ni descanso en este hermoso país. Manchar a mi madre querida no se lo perdonaré jamás a esta basura, a este indio andrajoso. Y aquí, nuestro camarada teniente Bailleres, amenazado de muerte, y tres de nuestros compañeros asesinados de una manera bestial. ¿Qué me mandó decir ese perro sarnoso? ¿Que no le puedo pegar donde me está esperando? ¿Él esperándome a mí? ¿Él, un marrano rebelde y piojoso esperándome a mí? Gusano vil, perro indio, y dice que me le escondo y no salgo a arrancarle el pellejo. Señores, con un solo batallón voy a batir a esa basura. Y lo que es más, señores, me escupen la cara si en tres días no acabo con esa plaga de víboras. Pero a ese perro indio apestoso no le voy a dar el privilegio de morir a garrotazos como a los demás marranos. Lo traeré yo mismo, con sus huesos sifilíticos amarrados detrás de una mula. ¡Coronel Viaña, queda usted al mando de la tropa durante mi ausencia!

XI

1

El general no tardó en terminar su desayuno. Ordenó que la expedición punitiva estuviera lista para marchar a las cuatro de la tarde.

Mientras daba sus órdenes, se interrumpía a sí mismo a cada momento para entonar su cantinela:

—Manchar el nombre de mi madre, ese perro asqueroso, esa víbora, manchar el nombre de mi madre.

Cuando sus órdenes habían sido difundidas y la tropa se alistaba para la marcha, el coronel Viaña consideró prudente tratar de aminorar el exaltado estado de ánimo del general:

—Con su permiso, mi general, me tomo la libertad de aconsejarle que ordene salir cuando menos dos batallones y una sección de ametralladoristas. No sabemos lo fuertes que estén los rebeldes.

—Mi querido coronel —replicó el general—, por favor, no sea ridículo. Originalmente quería mandar sólo medio batallón tras esa banda de rebeldes. Hubiera sido más que suficiente. Pero mi superior ordenó que saliera casi una brigada —quién sabe por qué diablos; a lo mejor se embolsa unos cinco mil pesos más con esto—, y como su subordinado, tengo que obedecer y traer una brigada hasta aquí. Me daría vergüenza y no podría verle la cara a otro oficial si saliera con una brigada a perseguir a esos indios vagabundos. Muy bien. He traído la brigada hasta aquí, obedeciendo órdenes de arriba, para defender Balún Canán. Pero eso no quiere decir que tenga que llevar toda la brigada para derrotar a esos perros.

—Usted es el que manda, mi general, y yo tengo que obedecerle. Pero todavía creo que debería usted llevar, cuando menos, medio regimiento de caballería.

—Bueno, bueno, solo para darle gusto, coronel, está bien; llevaré algunos jinetes, unos setenta. Dele las órdenes necesarias al capitán Ampudia. Es el que está más borracho. Eso lo alegrará.

—A sus órdenes, mi general.

El coronel se cuadró y salió.

El general llamó en seguida al teniente Bailleres:

—¿Cómo se siente, teniente? ¿Listo para entrar en acción?

—Cansado, mi general. Pero ruego se me permita tomar parte en la expedición.

—Usted irá, teniente. Tiene cuentas que saldar con esos salvajes y no quiero quitarle ese gusto. Usted será valioso, pues conoce el terreno y la gente. Quedará bajo su mando la primera compañía.

—Muchas gracias, mi general.

—Acamparemos por el camino al anochecer. Así podrá usted reponerse. En su opinión, ¿podrían nuestras tropas estar en el terreno enemigo a media tarde de mañana?

—Sin duda, mi general. Y me parece el mejor tiempo para nuestro ataque, pues a esa hora ellos no esperan que los ataquemos. En la tarde andan de cacería, y los que no cazan estarán entrenando o durmiendo. Según lo que pude averiguar, no esperan un ataque por ese lado, sino más bien cerca del cerro, donde los esperamos. Cualquier ataque de parte de nosotros, están convencidos que será, o bien muy temprano, por la mañana, o poco después de anochecer, cuando ellos piensan que nosotros creeremos que están cansados o echados cerca de la lumbre, durmiendo o acostados con sus mujeres. Eso es todo lo que entresaqué de sus pláticas, mi general.

—Les pegaremos bien y duro. ¡Manchar el nombre de mi santa madre con sus hocicos de perro, indios animales! ¡Arrastrar el nombre de mi madre por el lodo!

2

A las tres de la tarde el general creyó muy justo regalarse con otra suculenta comida. Mientras comía, se quejaba de las obligaciones onerosas de un general en jefe, que no le habían permitido esa mañana disfrutar pacíficamente de su desayuno y terminarlo con su calma acostumbrada. Esta vez la comida no fue amenizada con las anécdotas y los chistes del general. Estuvo revestida de una completa seriedad. No era que el general y sus oficiales pusieran en peligro su digestión al discutir sus planes de campaña, no; la seguridad de la inminente derrota que iba a infligir a los rebeldes encontraba su máxima expresión a cada tercera frase del general, que entre bocados y sorbos decía:

—Les voy a pegar a estos marranos piojosos que han manchado el nombre de mi madre con sus mugrosos hocicos; primero hay que rodearlos, luego someterlos a golpes de garrote, y después enterrarlos hasta el cuello, para que las compañías pasen sobre ellos, seguidas de la caballería. Fue un excelente consejo el suyo, coronel Viaña, de que llevara la caballería. Habría echado de menos no poder hundirles la cabeza en la tierra a esos puercos —en seguida se le ocurrió algo más—: Aunque debo admitir, señores, que me humilla tener que marchar contra unos perros de tan baja estofa. Un sargento podría hacerlo. ¿No es verdad, señores?

—Desde luego que sí, mi general.

Un poco después de las cuatro, la expedición punitiva se puso en marcha. Antes de las siete llegaron a un rancho donde el general ordenó que se acampara durante esa noche para poder continuar la marcha en la mañana con nuevas energías. No era aconsejable seguir de noche, pues los rebeldes se les podrían evadir haciendo un gran rodeo.

El teniente Bailleres, sin embargo, opinaba que los rebeldes no marcharían en ruta

directa hacia Balún Canán, pues sabían que toparían con los federales y tenían tan pocas ganas de entrar en batalla de noche como el ejército.

El general torció su boca en una sonrisa irónica, para darles a entender a sus oficiales la poca importancia que revestía esa campaña, recalcando que los había invitado solamente para que disfrutaran de unas horas de regocijo. Era motivo de regocijo solamente, pues la matanza de una cuadrilla de rebeldes no hace ganar laureles, ni siquiera medallas, a un soldado honorable. Y con su boca torcida y el gesto irónico, dijo:

—¿Batalla? No oigo más que batalla, teniente Bailleres. Batalla. No debe hablar de batalla tratándose de esos bandidos andrajosos. Uno no ofrece batalla a los amotinados, a los rebeldes o a los huelguistas. Uno les pega y los cuelga, o si no, los entierra vivos, para ahorrar cuerda y trabajo al verdugo. ¡Batalla! Cuando oigo que un oficial dice eso me dan ganas de vomitar. Pero vamos a tomar un trago antes de la cena mugrosa que nos van a servir aquí. Rancho miserable. No comen más que frijoles, tortillas y chile. No saben lo que es café y hierven unas hojas y las llaman té. Y a esto le llaman rancho. ¡Diablos!, al viejo no le importa un comino que en esta soledad dejada de la mano de Dios un general que él manda contra los piojosos indios tenga que aguantar chinches y pulgas sin un buen colchón donde descansar sus asentaderas, y levantarse en la mañana con los huesos molidos. ¡Dios mío!, vamos a terminar esto cuanto antes y a volver al cuartel, donde un hombre puede tener paz y buena cama. ¿No creen, señores?

—Absolutamente, mi general —contestó el capitán Ampudia en nombre de los jóvenes oficiales, quienes asintieron obedientemente.

3

La tropa acampó en el patio del rancho. Los oficiales tenían un cuarto en la casa del dueño, que era una miserable estructura de adobe de dos piezas que amenazaba ruina. La cocina estaba en el patio, en una choza de estacas con techo de palma.

El patio mismo estaba rodeado de una tapia hecha de piedras sueltas sobrepuestas.

A unos cincuenta pasos más allá de esta tapia quedaban las humildes chozas de palma en las que vivían las tres familias indias que trabajaban como peones en el rancho. La caballada de la tropa pastaba en un potrero con las patas atadas. El ranchero recibía cinco centavos por caballo por derecho de pastoreo, y veinte por cada hombre. Todo de acuerdo con el reglamento y según el recibo que tenía que firmar. Lo que realmente recibía en dinero contante y sonante dependía de lo escaso de fondos que estuviera el cajero. Pero el ranchero conocía a su gente y sabía las mañas de todos los dictadorcillos que el gran dictador tenía que tener contentos para asegurarse su posición. Por tal razón el ranchero no se molestaba en llevar la cuenta de cuántos hombres y animales engordaban en su rancho. Preocuparse por eso o

anotarlo siquiera en su librito sólo le reportaría un dolor de cabeza y ni un solo peso en efectivo. Nadie se fijaba en el recibo oficial que se daba. Se colgaba en un clavo hasta que el clavo se oxidaba o el papel se desmoronaba o se lo comían las cucarachas. Sólo un niño de seis años le llevaría el recibo al cajero del cuartel para hacerlo efectivo. Cualquier persona sabía que el recibo sería objeto de mil averiguaciones y disputas hasta que la furia hiciera que el ranchero lo despedazara y lo tirase a los pies del cajero. Porque, ¿cuál es el objeto de una dictadura si no queda una propina aquí o allá?

4

La puerta del tapial de piedra que cercaba el patio consistía en seis gruesos palos atravesados entre dos postes fijos en el suelo y los cuales el pastorcillo, cuando regresaba con las vacas por la tarde, afianzaba para proteger al ganado de los ataques del tigre.

Ahora estaba ante esta puerta un centinela con la bayoneta calada, quien marchaba de arriba abajo, y cuando veía acercarse a alguien empuñaba el fusil con ambas manos y gritaba el quién vive. Si el interrogado contestaba «¡amigo!», se le permitía pasar. Si contestaba «¡enemigo!», se le disparaba inmediatamente.

No era necesario apostar más centinelas. Uno no pone centinelas cuando combate a los rebeldes. Eso sería tanto como reconocerle rango de soldados. Rebeldes, amotinados, huelguistas y enemigos del Estado, criminales y reos, se sentirían honrados si un oficial empleara en su contra las medidas precautorias reglamentarias dignas únicamente de un enemigo extranjero; porque sólo el enemigo extranjero es capaz de despertar y estimular una industria de armamentos dormida. Y eso sí merece honores militares.

Además, resultaba superfluo cansar a muchos hombres y dejarlos poco aptos para la dura marcha del día siguiente, acortándoles su descanso nocturno al obligarlos a vigilar.

La infantería dormía en el patio. Afuera, junto a las chozas de los peones, dormían las tropas montadas. Todos los hombres dormían al descubierto, vestidos, cerca de sus armas.

Hacia la puesta del sol, el general había mandado tres patrullas de reconocimiento en distintas direcciones, las cuales habían regresado sin ninguna novedad, pues no habían avistado ni un animal, mucho menos un hombre. Los campesinos que acertaban a pasar por el rancho eran detenidos e interrogados, pero todos decían no haber visto rebeldes aunque habían oído que a lo lejos, en el llano, había una cuadrilla de bandidos que se dedicaban a asaltar y a robar ganado.

—Entonces no hay duda, señores, de que estos marranos todavía están donde los visitó el teniente Bailleres. Es una lástima que no se hayan acercado para ahorrarnos

al menos la mitad de la jornada hasta allá. Mañana nos quedan por delante unas siete u ocho horas de marcha antes de que podamos arreglar a esos bandidos.

Al decir esto el general bostezó, se echó un trago de proporciones generosas, volvió a llenar su vaso y pasó la botella.

Dos botellas más fueron traídas.

El general jugaba al dominó con tres oficiales. Desde que el ranchero les había prestado el dominó había subido en estimación ante el general, quien ahora lo consideraba un ente civilizado; pues las personas faltas de cultura e inteligencia no tienen idea del esfuerzo mental que un jugador de dominó tiene que hacer para deducir qué fichas no han sido jugadas y quién las tiene. Es un juego digno sólo de grandes estrategas y mentes privilegiadas. Los tontos se ocupan del ajedrez. Pero ¿qué es el ajedrez? Uno tiene que adivinar, deducir; todas las piezas están a la vista; uno puede ver lo que tiene el contrario, y observar exactamente lo que hace. Un juego para escolares e idiotas. ¡Pero el dominó! El general sabía muy bien por qué consideraba el dominó como el juego más inteligente jamás inventado por el hombre.

Cuando uno de los oficiales prefirió hacer el cuarto en un juego de naipes, el general invitó a su anfitrión, el ranchero, a que los acompañara al dominó.

—Perdóneme, don Facundo, por haberme equivocado respecto a usted —le dijo con una sonrisa amistosa cuando el ranchero se sentó frente a él—. Yo supuse que usted era tan cerrado como los demás rancheros, de los que tenemos tantos en este estado, que no piensan sino en sus vacas y nada más. Me da gusto saber que usted no es así, sino un hombre civilizado y con talento. A su salud, don Facundo. Bueno, y ahora a ver qué tenemos aquí.

De una zarpada el general levantó una ficha y la puso de golpe sobre la mesa, uniendo un cinco con otro cinco, como si nadie más en el mundo lo pudiera haber hecho. Cuando hubo consumado esta hazaña, se frotó las manos con gusto, y miró con ojos de envidia las fichas sobre la mesa para ver lo que añadiría el siguiente jugador. Tan pronto como la ficha hubo sido jugada y encontró que en ambos extremos había seises, se sintió justificado el tomar otro trago como recompensa.

Eran las once cuando decidió que ya era hora de descansar, dando así a los demás oficiales la oportunidad de retirarse.

A medianoche todo el rancho vibraba con los ronquidos de todo aquel que sabía roncar. Ni el centinela de la puerta pudo resistir al fin a tanto ronquido. Se recargó cómodamente contra uno de los postes y puso el fusil con la bayoneta calada entre las piernas. «Aun suponiendo —pensó mientras cabeceaba somnoliento— que llegara el teniente con un centinela de refresco y me encontrara dormido, a lo más me daría un par de fuetazos y otras dos horas de guardia. Unos fuetazos más o menos no me van a hacer sargento con más sueldo; ha habido miles de veces en que no me he dormido estando de guardia y todavía no soy capitán, así que ¿de qué sirve estarme parado como un idiota mientras todo el mundo ronca y yo tengo que estar despierto? ¡Qué buenos chamorros tiene la Gabina! Han de pasar como unos seis días antes de que

pueda volver a invitarla a bailar. Y don Teódulo siempre tiene buena música cuando da un baile; y qué buen comiteco. ¡Caramba!, ya me arden los ojos como si trajera arena. Sí, la música en casa de don Teódulo, no hay como ésa. Es rebuena. Y la Gabina con sus chamorros regordetes. Y mañana tener que seguir caminando como locos. ¡Dios mío! Si en esta tierra de Dios hubiera un fin a esta vida de soldado, que se pudiera echar uno pacíficamente en su petate cuando quisiera, y que nunca le pegara a uno un oficial una cachetada sin poder devolvérsela tres veces en el hocico. Dios sabe que estoy más cansado que una mula vieja.»

Con estas palabras se acurrucó en una posición más cómoda, apoyó la espalda contra el poste y bajó la cabeza entre los hombros para sentir un poco de calor.

XII

1

Nadie, ya fuera oficial o soldado, podía decir con precisión si habían estado durmiendo durante quince minutos o durante cuatro horas. Nadie se acordaba con exactitud si había sido a la una o a las cuatro de la mañana. Sin embargo, soplaba un airecillo frío y por esto cualquiera que conociera la región se inclinaría por la hora más avanzada. Pero, sorprendentemente, nadie había pensado en consultar su reloj para saber la hora. Seguramente por miedo de tener que encender un fósforo o una lámpara, pues hasta una chispa podría delatar su posición, y esto podía costarles la vida. Tenían puesta su atención en otras cosas, de manera que hubiera parecido absurdo investigar la hora.

Sucedió una cosa extraordinaria. Todos los que dormían en el rancho despertaron casi al mismo tiempo, como si hubieran sido despertados por una voz que no habían percibido pero que pensaban haber escuchado.

El primer ruido concreto que les convenció de que estaban conscientes y de que aquello no era un sueño fue el súbito y sostenido ladrar de los perros. Éstos, como siempre, ladraban toda la noche, incesantemente. Ladraban a las mulas y a los caballos, ladraban por el gran número de soldados dormidos, y se ladraban unos a otros: los del rancho a los que acompañaban a la tropa.

Por lo tanto, nadie prestaba atención al ladrido de los perros. Solo cuando éste se convirtió en un coro definido, potente y furioso, sospecharon que algo raro pasaba.

Pero cada hombre permaneció donde estaba, y solo unos cuantos se irguieron somnolientos. Luego notaron que los caballos se habían metido al patio y corrían desordenadamente. Al mismo tiempo, vieron algunas figuras envueltas en sombra correr de aquí para allá; aparentemente intentaban reunir los caballos y echarlos del patio. Estas figuras llegaron cerca de los durmientes, tropezaron con ellos, les cayeron encima, se levantaron tras una breve maldición y volvieron a correr en pos de los caballos.

Los caballos no tenían ya las patas atadas. Así era sin duda como se habían adentrado en el patio, ya fuera por miedo a algún tigre hambriento que acechaba en los potreros, o bien atraídos por los sacos de maíz.

Sin embargo, en menos de cinco minutos, los ruidos extraños, el pataleo de los caballos, las maldiciones y exclamaciones de los hombres que habían sido molestados en su sueño y algunos hasta pisoteados, cesaron tan súbitamente como habían empezado. Los perros cambiaron de nuevo su tono y ahora emitían solo su acostumbrado lamento nocturno. Los pocos hombres que se habían incorporado sin abandonar sus lugares, se dejaron caer otra vez aletargados y siguieron durmiendo,

contentos de que todavía faltaran unas horas antes de que el clarín lanzara su llamada.

Diez minutos después todo el campamento roncaba con más fuerza que antes.

2

Cuando el clarín resonó por el rancho, todos comenzaron a estirarse, bostezando tanto que parecía que iban a tragarse unos a otros, luego se rascaron la cabeza, la espalda, el pecho y las piernas como si tuvieran más de una piel en el cuerpo. Y las primeras palabras que dijeron a su vecino, fueron:

—¡Dios! ¿Lo soñé anoche o anduvo el diablo suelto por un rato?

A lo que el vecino contestaba:

—Entonces no lo soñé si tú también lo oíste. Ha de haber habido medio centenar de tigres en el llano que corretearon a los caballos hacia acá y los mandaron brincando sobre mi estómago.

El general le dijo al capitán, que estaba sentado en la cama de al lado, bostezando y rascándose:

—Voy a darle una lección a ese sargento de caballería por no cuidar a los caballos como debe. ¡Ea, maldición de Dios!, ¿dónde está mi pistola? No estaba anoche tan borracho como para no saber dónde puse mi cinturón. Recuerdo claramente que lo colgué en la cabecera de la cama para tenerlo a la mano.

El general buscó por la derecha, por la izquierda, debajo de su catre, en las repisas que había en la pared, se lo buscó hasta en la cintura; y como no lo encontrara, dijo con una mirada llena de asombro:

—Bueno, ¿pues dónde diablos colgaría mi artillería anoche? ¿Dígame, capitán, estaba yo tan borracho que no supe lo que hacía?

—Desde luego que no, mi general. Estaba usted bien cuerdo.

—Empiezo a dudarlo —replicó el general, parándose y registrando todas sus ropas—. Pero cuerdo o no cuerdo, mi pistola ha desaparecido; eso sí lo sé.

—Es posible que su ordenanza se la haya llevado a limpiar —dijo un teniente.

—Entonces parece que hizo colección de todas nuestras pistolas para limpiarlas —dijo otro oficial que había estado buscando la suya durante varios minutos con la ayuda de una vela chisporroteante, hurgando bajo el tapete, en sus botas, y debajo del montón que formaban sus ropas.

Fuera de la casa, en el ancho patio, había la confusión acostumbrada entre los hombres que acaban de levantarse. Todavía estaba completamente oscuro, pero en varios lugares del patio ardían pequeñas fogatas que iluminaban tenuemente el lugar.

—¡Tú, Claudio! —se destacó una fuerte voz—. ¿Has visto mi pistola? Parece que se la llevó el diablo.

—No me preguntes, baboso; que tengo media hora de buscar la mía. Y no encuentro la bayoneta tampoco.

Un sargento rugió con voz irritada:

—¿Quién jijos tiró la pirámide de fusiles? No hay señal de ellos.

La confusión aumentó.

Simultáneamente, de todos los rincones del patio salieron los mismos gritos furiosos: «¿Qué hijo de puta agarró mi fusil?» «¿Dónde está mi pistola, bola de desgraciados?»; y de otro rincón: «Juro que cuando agarre al cabrón que escondió mi rifle, le voy a romper el hocico. Hijos de la tiznada, si lo tenía pegado como una vieja, y ora ya no está.»

El clarín tocó formación. Había un leve resplandor en el cielo. Cuando se hizo el recuento, se vio que faltaban ciento treinta fusiles, ocho revólveres de la oficialidad, dos ametralladoras, cuatro cajas de municiones para ametralladora, ciento cincuenta cananas cargadas, un número indetermindo de bayonetas, sables y cuchillos, y unos treinta costales de maíz. Cuando la caballería comenzó a desfilar, los jinetes resbalaban hasta el suelo por los flancos del animal y los caballos se asustaban y huían desbocados. Era que todos los cinchos habían sido cortados hasta en tres cuartas partes para que se rompieran tan pronto como comenzaran los caballos a galopar o a encabritarse.

—¿Qué clase de reclutas estúpidos son ustedes? —chilló el general—. ¿Ha pasado alguna vez algo igual en el ejército? ¡Dejar que les arrebaten sus armas! Voy a hacer que les den tres meses de marchas forzadas hasta que suden sangre por los poros. Y al que haya perdido una ametralladora, diez días más encima de eso. ¡Les voy a enseñar lo que cuesta el equipo, pedazos de basura! Cada hombre que haya perdido su rifle se va a cortar un garrote, y con garrotes solamente vamos a atacar a esos indios marranos que les robaron sus armas. De otra manera, por Dios que los mando fusilar a todos aquí mismo. ¡Rompan filas!

3

—Y ahora ustedes, caballeros —dijo el general mientras sus oficiales se sentaban a desayunar—. Veo que ustedes tampoco traen sus armas. ¿Qué tienen que decir?

Los oficiales, que sabían muy bien que no solo ellos, sino también su comandante en jefe, habían perdido sus armas, no dijeron nada al principio, solo trataron de sonreír a su general con un guiño malicioso. El general, sin embargo, respondió con un gesto agrio que excluyó toda familiaridad.

Un teniente que pareció rápidamente interpretar esa expresión agria y antagónica, fijó la vista en la cadera derecha del general y con un guiño incitó a sus compañeros a seguir la dirección de su mirada.

De la cintura del general pendía un revólver cuarenta y cinco del ejército. Todos tenían la impresión de que el general hasta ahora había portado no un revólver del ejército, sino una automática reglamentaria. Sin embargo, cada uno pensó que se

equivocaba y que el general, para esta expedición en contra de los rebeldes, había cambiado su automática por un revólver sin que ninguno lo hubiera notado.

Desde luego que era muy difícil para el general reprender enérgicamente a quienes se habían dejado robar sus armas durante la noche. Inmediatamente después de aue hubo buscado inútilmente su propia automática y de que recordé el disturbio durante la noche, había tenido una leve idea de lo que podía haber ocurrido. Sin buscar más se había precipitado hasta la puerta del segundo cuarto de la casa, donde dormían el ranchero y su familia. La noche anterior había notado que el ranchero poseía una cuarenta y cinco casi nueva. Y por una suma pagada en efectivo, suficiente para que el ranchero se comprase dos revólveres nuevos y hasta unas cajas de balas, el general se consiguió este revólver con la condición de que el ranchero, bajo palabra de honor, no delatara la transacción.

—Yo les pregunto de nuevo, señores, ¿qué tienen que decir como disculpa?

El general repitió la pregunta con toda la amargura que sentía por el ardid de que había sido víctima. Lo que, sin embargo, avivó esta amargura hasta convertirla en un acceso de furia no fue el robo de las armas, sino el hecho de que estos mugrosos indios se habían atrevido a atacarlo a él y a sus tropas federales, orgullo de la nación; que habían demostrado tan poco respeto por el pabellón nacional izado en el patio, el cual habían arrancado y robado también.

El oficial que le seguía en graduación, se cuadró y dijo:

—Con su permiso, mi general, quiero decir, en nombre de mis compañeros, que no tenemos nada que aducir.

El general dirigió una mirada dura y amenazante a su teniente más joven:

—Usted, teniente Manero, usted estaba de guardia anoche. ¿Es cierto?

—Es cierto, mi general. Yo estaba de guardia.

—Luego trataremos ese asunto, teniente Manero.

—¡A sus órdenes, mi general!

El general hizo un leve movimiento con la cabeza.

En ese momento las sirvientas entraron trayendo platones de papayas rebanadas.

El general, que siempre era el primero en ser servido, miró a su plato con una expresión vacua, como si no existiera. Movió la cabeza otra vez. Luego, mecánicamente, cogió cuchillo y tenedor, cortó un trozo de la jugosa fruta y se la llevó a la boca que abrió desmesuradamente, como si tratara de ingerir un trozo tres veces mayor.

Mientras desbarataba la pulposa fruta con la lengua arqueada contra el paladar para saborearla mejor, movió la cabeza una vez más. Cuando hubo vaciado su plato y tuvo que esperar unos minutos antes de que trajeran los huevos, dijo, mirando uno por uno a cada oficial:

—Según la costumbre y los preceptos militares inmemoriales, que desde luego no han sido incorporados en el reglamento militar, me veo obligado a despedirme honorablemente de este mundo metiéndome un certero balazo en el cráneo.

Una airada protesta de los oficiales se dejó oír en seguida, como era de rigor tratándose de un superior.

—No estamos en guerra, mi general.

—Ésa es solo una tradición estúpida.

—Somos soldados modernos, mi general.

—Ésa es una superstición antigua.

El teniente Manero, especialmente, se distinguió con un enérgico y retumbante:

—Yo, mi general, yo solo soy culpable. Yo soy el que debo despedirme, pues he fallado en el cumplimiento de mi deber. Pido su venia para poner un fin honorable a mi existencia.

¡Qué hombre! ¡Qué figura de oficial! Quedaría para siempre en los anales del batallón como el oficial que prefirió la muerte a la deshonra. Ése era el material de que estaban hechos los oficiales de este glorioso ejército. Mientras prevaleciera tal espíritu entre los oficiales, no había el menor peligro de que declinara la nación. Sin trabajadores y canallas que constantemente se quejan de hambre y tratan de socavar al gobierno, una nación podía muy bien florecer y gozar del bien ganado respeto de todos los demás pueblos civilizados de la tierra; pero sin oficiales como el teniente Manero, ninguna nación podría sobrevivir un solo día.

Eso fue inmediata y debidamente reconocido por todos los oficiales presentes, que emitieron tres veces un sonoro «¡Viva Manero!» mientras todos, menos el general, se ponían de pie.

El general interrumpió esta exagerada ovación con un breve:

—Teniente Manero, no le doy mi permiso para tal tontería infantil. ¿Entiende? Y es más, como su superior, le prohíbo usar cualquier arma para atentar contra su vida. Este batallón está en servicio activo. El suicidio en servicio activo equivale a desertar frente al enemigo. ¿Entendido, teniente Manero?

—A sus órdenes, mi general —y el teniente se puso de pie y se cuadró ante el general.

Era una solución extremadamente honorable, y, desde el punto de vista militar, satisfactoria de la situación. Según la lógica, la justicia de esta solución no dejaba nada que desear. El general no podía dar una orden que él mismo no tenía voluntad de ejecutar. Una orden que emanara de él abarcaba a todos bajo su mando. Él era parte de este mando. El suicidio en servicio activo era deserción vergonzosa, deshonrosa. Y un general que mandara un destacamento era la última persona que debiera cometer un acto de deserción. Las armas se podían reponer. Un general, no. Eso también tenía que ser tomado en consideración. Así que no había más que hacer que terminar el desayuno con el gusto acostumbrado y sin ideas de suicidio que hicieran peligrar la digestión.

Cuando el desayuno terminó, ya no hubo excusa para seguir a la mesa.

El general llamó a varios soldados para que acarrearan hacia el portal los duros y toscos bancos en que se habían sentado y convocó a consejo de guerra.

—Sargento Morones, ¿cuántos rifles nos quedan? —preguntó al sargento a quien había encomendado el recuento de todas las armas disponibles.

En opinión del general, había suficientes para continuar el proyectado avance. Los rebeldes, aunque tuvieran tres veces más armas que los federales, sabían tan poco del manejo de éstas, que, como creían unánimemente los oficiales, un soldado armado podía fácilmente batir a veinte rebeldes armados. Estos indios, como sabían muy bien él y sus oficiales, tomaban el fusil al revés, con la culata apuntando al enemigo. Aquellos insurgentes que sabían lo suficiente como para apuntar el cañón hacia el enemigo, lo hacían con la culata apretada entre las rodillas o apoyada contra el estómago, o bien ponían el rifle en el suelo y se agachaban a dispararlo esperando que la bala fuera al blanco apetecido. Esos indios ignorantes combatirían mejor con piedras y flechas, pues creían que las armas modernas disparaban al blanco por sí solas. Eso era un hecho bien sabido, y los oficiales lo habían podido comprobar en sus numerosas batallas contra huelguistas insurrectos y campesinos sublevados. En este caso no era distinto, especialmente cuando el rebelde que se hacía llamar *el General* se portaba y actuaba como un mono ignorante. En apoyo de tal punto de vista, estaba el reporte de un testigo ocular digno de confianza, el teniente Bailleres.

Se desconocía el número de los rebeldes. Pero según todos los informes, y tomando en cuenta los que habían sido muertos en batalla y ejecutados, no podían quedar más de cien o ciento veinte hombres a lo sumo, de los cuales un número considerable debían de estar heridos, incapacitados para manejar un arma o ser un peligro para soldados de línea.

Como resultado de este ataque, los soldados recobrarían sus armas robadas; y además de sus armas recuperarían otras que habían sido robadas con anterioridad o que habían caído en manos de los rebeldes. Después el batallón podía regresar al cuartel con el honor vindicado.

Todo lo que el general sugería en este consejo de guerra era aprobado sin demora, porque era militarmente correcto y, desde el punto de vista del honor, inevitable. «¡El honor es primero, señores!», repetía el general en toda ocasión cuando no sabía qué más decir o hacer para adelantar en la discusión.

El sargento Morones, que concurría al consejo junto con los otros sargentos, era el favorito del general debido a su larga experiencia. De hecho, el general consideraba al sargento como a un oficial, y hacía tiempo que había mandado su recomendación al Ministerio de la Guerra para que el sargento Morones fuera ascendido a teniente y así ingresara en el cuerpo de oficiales. Esta recomendación sería aprobada, sin duda.

En todos los asuntos, Morones se tomaba más libertades que los jóvenes oficiales recién egresados de la academia y a quienes se consideraba como inexpertos y

bisoños.

Fue el sargento Morones quien dijo:

—¿Me permite hablar, mi general?

—Hable, sargento Morones. Para eso estamos aquí, para discutir la situación y hacer sugerencias. Desde luego, no hay mucho que discutir en este caso. Avanzaremos y derrotaremos a esos vagabundos impertinentes de una vez por todas. La única razón por la cual estamos conferenciando es porque nos faltan armas y nuestras municiones no son muy abundantes. Bueno ¿qué tiene que decir, sargento?

—Yo creo, mi general, que hay algo en este asunto que no está bien, si se puede decir así.

—¡Cómo! ¿Qué quiere decir, sargento Morones?

El general habló con aspereza. Temía que el sargento fuera a criticar las brillantes sugestiones de su superior, o, lo que era peor, que hubiera encontrado una falla en sus planes. Pero también se daba cuenta de que el sargento estaba bien entrenado, especialmente como soldado, y tendría buen cuidado de no descubrir fallas en los planes de un superior.

A este respecto los tenientes jóvenes tenían menos tacto. A veces hasta aventuraban media docena de ideas descabelladas que desde luego no habían aprendido en la academia, donde la instrucción todavía se basaba en las campañas de César, Aníbal y Alejandro, y donde los métodos de Napoleón se consideraban modernos. No, habían descubierto sus ideas ultramodernas en un libro sobre tácticas francesas modernas que habían medio entendido, sin digerirlo, y luego las lanzaban para demostrar su brillante inteligencia en los momentos en que su comandante en jefe elaboraba planes para maniobras y ordenaba a los jóvenes oficiales hacer lo mismo para gozar con su estupidez.

Pero la cara se le iluminó de gozo al general cuando el sargento, casi como un alumno, preguntó inocentemente:

—¿Por qué cree usted, mi general, que los rebeldes no asesinaron a todos nuestros hombres anoche? Se movieron con tanta agilidad y cautela para robarnos las armas con las que fácilmente nos podían haber degollado. Y como no lo hicieron, mi general, pensé que algo no está bien.

El general sonrió. Con esta sonrisa paternal todavía impresa en sus labios gruesos y sonrosados, miró a la fila de oficiales. Luego, con un leve movimiento de cabeza, se dirigió al sargento en tono condescendiente:

—Sargento Morones, su pregunta y su observación le hacen justicia. Demuestran que es usted un excelente soldado, que puede pensar por sí mismo y sopesar acontecimientos extraños como el de anoche. Sin embargo, su pregunta es fácil de contestar, sargento.

Los oficiales, ninguno de los cuales había considerado este comportamiento extraño de los rebeldes como digno de mención, aunque notable, esperaban con caras ansiosas la explicación de su superior. En este momento se dieron cuenta de la

importancia de la pregunta del sargento. El general, sin embargo, ignoró completamente la cuestión. Su explicación fue un clásico ejemplo de lo atrofiado que está el pensamiento de todos aquellos que ocupan un cargo oficial o un puesto de responsabilidad bajo una dictadura. Un hombre inteligente e íntegro no es capaz de soportar un cargo semejante más de seis meses bajo tal régimen.

—Muy sencillo, señores. No hay nada más simple en la tierra que explicar el comportamiento de esos marranos. Sabían muy bien que la pena de muerte se inflige a cualquiera que ponga en peligro la vida de una persona que representa a la autoridad. Esto incluye no solo al Caudillo, sino a todos los oficiales, soldados y fuerzas policiacas. Atentar contra la vida de un hombre con autoridad, o simplemente amenazarlo, es un delito que se castiga con el paredón o la horca. Y a eso, señores, es a lo que tienen miedo esos bandidos. Saben muy bien que robar armas en tiempo de paz se castiga como cualquier otro robo, con unos cuantos meses de prisión y nada más. Por eso no tocaron ni un pelo a nuestra gente. Estos pobres diablos son cobardes; actúan como la basura que son. A la luz del día, cuando nos alumbra Dios, se arrastran en sus cuevas hediondas. Ésa es también la razón, y la única razón, por lo que no han marchado a encontrarnos y no han venido a donde los esperábamos para darles su merecido y colgarlos si sobraba cuerda. Son muy valientes con los indefensos, como el teniente Bailleres y nuestros tres infortunados compañeros; pero estos piojosos no tienen riñones para enfrentársele a un soldado en campo abierto. Espero que todo esté claro, sargento Morones.

—Sí, mi general, muchas gracias, todo está bien claro ahora.

El sargento dijo esto con todo el respeto que se merecía su superior. Pero su tono delató involuntariamente que no había aprendido nada y que pensaba de un modo distinto. Como todo buen soldado, sabía que su ascenso a oficial dependía de no contrariar a sus superiores. Evitó, pues, mencionar cualquier duda que le quedara en la mente después de que su superior había expuesto su parecer.

XIII

1

El entrenamiento militar del *General* había sido limitado al conocimiento práctico de que queda imbuido un soldado raso en el ejército después de muchos golpes, puntapiés y regaños recibidos en el curso de un año. Los misterios arcanos de la alta estrategia quedaban fuera de su alcance, pues no tenía esperanza de obtener un grado superior al de sargento, y como sargento no tenía más responsabilidad que ver que los hombres de su pelotón estuvieran levantados a la hora indicada y alineados en el lugar designado.

Por el contrario, el general, hijo de una vieja y rancia familia de origen mitad español y mitad francés, había asistido al muy honorable colegio militar, donde había aprendido todo lo que los jefes de ejército, desde los babilonios hasta Napoleón, habían hecho, dicho, enseñado, planeado y recomendado. Por medio de esta educación había sido gradualmente apartado del hombre común y corriente, del civil, y había escalado varios escaños que lo aproximaban a los dioses. Esta transformación de un simple mortal a un ser privilegiado comenzó desde el primer día de su ingreso al colegio militar, y prosiguió ascendente hacia su apoteosis, de acuerdo con las reglas establecidas desde tiempo inmemorial.

La primera de estas reglas consistía en usar una nueva manera de hablar totalmente distinta, y en modular la voz de tal manera que, tan pronto hubiere abierto las quijadas, todo hombre común y corriente reconociera inmediatamente que él era la encarnación misma del honor de su país y que había sido escogido por Dios para aumentar uno o más capítulos al historial triunfante y glorioso del ejército.

La preparación para tan sublime tarea, naturalmente, exigía esfuerzo, sacrificio, paciencia y trabajo tenaz.

Durante las primeras semanas después de su ingreso al colegio militar, los cadetes que aspiraban a llegar a generales algún día tenían que desfilar a medianoche, vestidos solo con un camisón y portando una vela encendida, por los cuartos de los cadetes más antiguos y demostrar lo mucho que habían progresado en la ciencia de lustrar una bota del ejército correctamente, de acuerdo con el reglamento, enseñando el objeto en cuestión.

A la hora de la comida, cuando un sabroso pemil de carne asada era servido y el ansia de devorarlo les hacía agua la boca, un cadete les ordenaba, por turnos, que definieran lo que es la arena.

Para un general en embrión la arena no es lo que un simple civil se imagina. Bajo una dictadura las cosas no son tan sencillas para un futuro jefe del ejército.

Para un respetuoso, patriótico, estudioso y ambicioso cadete en su primer año, la

arena es algo totalmente distinto. Debe aprender, aun en su tierna juventud, que la arena es una sustancia compuesta de cantidades variables de formaciones geológicas menudas, de estructura en parte granular y en parte cristalina, pero también, en algunos casos manifestándose en todas las formas geométricas posibles y concebibles, conocidas y desconocidas, que se origina, a deducir de sus características visiblemente aparentes, de la erosión o de la influencia continua de las condiciones atmosféricas sobre los elementos rocosos de la corteza terrestre, consistente en masas flojamente asociadas, las cuales, cuando son desparramadas sobre un campo de ejercicios y convenientemente niveladas, tienen el objeto singular pero vital de proveer una superficie sobre la cual un grupo de cadetes bisoños, mal desarrollados, equipados a medias, mal lustrados y lerdos, siempre llegan tarde, se alinean desmañadamente, hacen prácticas de marcha, y, en una manera contraria a todos los reglamentos y siempre en dirección equivocada, hacen sus ejercicios y al mismo tiempo aprenden a llevar a cabo otras manifestaciones de sus reflejos físico-motores con el propósito final de llegar a entender que las piernas de un mugroso cadete no son para ser usadas en hurgarse la nariz o la de un cadete más avanzado, que siempre y en todo momento debe de ser considerado como su superior, sino para apretar firmemente las rodillas hacia atrás, meter el estómago, sacar el pecho, y al mismo tiempo no quedarse parado como una vaca preñada, y tener las manos alineadas con las costuras de afuera de los pantalones —no las de adentro, pues eso podría causar dificultades— y en observar las formas tradicionales y acostumbradas, tales como que la última coyuntura del meñique debe apenas tocar el material militar de que están confeccionados los pantalones, mientras la palma de la mano está arqueada hacia afuera de modo que, vista desde el frente, un ratón común de mediana edad, *muridae* en lenguaje científico, puede ser ocultado dentro, y el índice extendido debe de estar en contacto leve con el material antes mencionado y más ampliamente descrito sin desde luego tocarlo directamente, mientras que al mismo tiempo se debe tener el cuidado, poniendo en juego una delicada intuición, de asegurar que ambos codos estén ligeramente doblados sin aparecer artificiosos, y tenerlos ni tan cerca ni tan lejos del cinturón que permita pasar suavemente entre codo y cinturón la palma de la mano de un oficial de cadetes crecido y normal, sin requerir ningún esfuerzo muscular o mental; eso es, en el lenguaje correcto y militar reglamentario: la arena.

Tener que repetir esto todos los días con excepción de los domingos, teniendo enfrente un apetitoso platillo, era una pequeña broma que los cadetes más viejos les jugaban a los neófitos hasta que los aspirantes a generales desembuchaban toda la frase sin una falta y sin titubear, con tal rapidez, que la terminaban antes de que los mozos levantaran el manjar para dejar espacio al postre.

Al pasar el tiempo, el futuro general se convirtió en cadete y practicaba con los recién llegados lo mismo que había tenido que soportar como novato, pues el poder mental de estos futuros jefes del ejército no era suficiente para inventar algo nuevo en esta materia o para percibir lo tontamente que estaban moldeando sus vidas.

La guerra contra el enemigo hereditario no venía, pues el enemigo hereditario sabía cómo sacar mayor provecho del país por medio del comercio pacífico. De hecho, no existía tal enemigo hereditario. La expresión se usaba de vez en cuando para evitar que el ciudadano que pagaba impuestos protestara por el hecho de que se mantenía una fuerte Secretaría de Guerra, veinte veces más poblada de lo que era necesario. Era precisamente de este enemigo hereditario de quien se compraba todo el armamento pesado y ligero, pues en casa la industria militar no estaba lo suficientemente desarrollada para producir estos apetecidos armamentos.

En el desempeño de su triple cargo de capitán, mayor y coronel había tenido a veces oportunidad de probar la efectividad y la brillantez de las estrategias de Aníbal, Alejandro, Atila y Napoleón, en contra de los obreros textiles huelguistas, mineros refractarios e indios campesinos rebeldes. Había sido probado, en todas estas campañas, que en lo fundamental, la estrategia y la táctica, tal como las había aplicado Aníbal, eran todavía válidas y que no había razón alguna para molestarse con nuevas teorías.

2

El general hubiera considerado degradante usar contra el jefe rebelde las mismas o iguales tácticas que las que habría empleado en maniobras contra generales de su calibre —soldados de profesión—, como él los llamaba. Contra rebeldes procedía, no como general, sino como el jefe de un destacamento de policía que hubiera sido mandado a capturar criminales fugitivos.

Lo primero que pensaba hacer, tan pronto hubiera rodeado a los rebeldes, era exigir el rendimiento incondicional de sus jefes y la entrega de sus armas antes de media hora. Tan pronto se realizara esto, mandaría colgar a los jefes. De los rebeldes restantes ordenaría colgar cada quinto hombre. El resto de los sublevados, hombres, mujeres y niños, los vendería a las plantaciones cafetaleras, a las monterías, y a las haciendas para sufragar el costo de esta expedición punitiva.

Un oficial consciente de su honor no usará jamás contra los rebeldes cualquiera de las tácticas militares en que ha sido instruido y que solo pueden ser efectivas contra tropas militares organizadas. El general se hubiera sentido sumamente ridículo si hubiera considerado al jefe rebelde, siquiera por un cuarto de hora, como un contrario al que se debiera combatir como soldado. A los rebeldes no se les combate, se les caza como a liebres, y el ataque tiene que ser organizado como si fuera una cacería deportiva.

El General, por el contrario, que no tenía honor legítimo, que no conocía las máximas de Napoleón, y menos aún las de Aníbal, no pensó ni por un momento en nada que se pareciera a una cacería. Él tomaba en serio a su enemigo; tomaba en serio no solo lo que, en su opinión, el general de las fuerzas federales debía haber

aprendido, sino todo lo que debía haber descubierto por experiencia durante su larga carrera militar. Sobre todo, tomaba en serio a los soldados; pues sabía que tiraban mejor y con más tino que sus muchachos, que estaban mejor entrenados y mejor organizados, y que ejecutaban con mayor rapidez y destreza las órdenes que se les daban.

Y así, puesto que nunca estaba seguro de la victoria, e ignoraba el desenlace de la batalla inminente, no descuidó ninguna de las precauciones que pensó le ayudarían a obtener el triunfo.

3

Cuando estaban a dos leguas del campo rebelde, el general mandó a sus soldados hacer alto y acampar por la noche.

Había decidido no atacar inmediatamente, como había sido en un principio su intención, sino esperar hasta la mañana siguiente para llevar a cabo su cacería, pues la proximidad de la noche hubiera permitido a sus presas escapar hacia la maleza o la sierra. Pero posponiendo el ataque hasta la mañana, y con sus tropas bien descansadas, tendría todo el día por delante y sus tiradores tendrían buen cuidado de que no escapara un solo perro rebelde.

Después de que se le hubo instalado una buena tienda de campaña y de que hubo discutido con el cocinero lo que quería para la cena y lo que le gustaría para el desayuno, dejó lo demás al cuidado de los oficiales subalternos. Para eso estaban ellos, los jóvenes, para relevarlo de tales menesteres. Él tenía que planear la batalla, para eso era general. Y como se trataba solamente de cazar a los mugrosos indios rebeldes y no de una real batalla, creyó que era su obligación no privar a sus oficiales de la oportunidad de demostrar sus habilidades y de poner en práctica de una vez todo lo que habían aprendido en la academia militar.

Estos oficiales, convencidos de la importancia de sus obligaciones y conscientes de que, aunque peleaban en contra de sus compatriotas, de todas maneras servían a su patria, se pusieron a trabajar con renovados bríos.

Mandaron tres exploradores para avisar sobre la posición de los rebeldes. Después de esto, mandaron otra vez alinear a los soldados, que ya preparaban su cena, y los hicieron desfilar para inspeccionar sus armas. Aunque esto pareciera precaución militar, en realidad era para que el general tuviera la impresión de que sus oficiales hacían algo de importancia. Cuando un oficial, de alta o baja graduación, no sabe qué más hacer, manda desfilar a sus hombres para pasar revista. Siempre hay algo que inspeccionar, y no hay necesidad de pensar en algo nuevo. Aun cuando en ocasiones un hombre inteligente llega a oficial y muy probablemente sería capaz de idear nuevos métodos, se toma buen cuidado de no emplearlos o siquiera mencionarlos a otros oficiales. Para no parecer ridículos o llamar la atención, cosa

que sería desfavorable para su carrera, tratan de no exceder el nivel medio de inteligencia de sus compañeros. Pues eso sería falta de tacto y de compañerismo. En el mundo militar, cualquier vacío puede ser llenado felizmente con inspecciones y marchas. En ninguna otra profesión pueden los errores, deficiencias y descuidos, y especialmente la falta de inteligencia, ser ocultados tan fácilmente y por medios tan sencillos. La utilidad, no solo de un buen soldado, sino sobre todo de un oficial, se mide y se juzga de acuerdo con su limitada capacidad de pensar libremente y con el poco uso que haga de su cerebro. El pensamiento confuso es una virtud bajo una dictadura; en una democracia es considerado sencillamente como pereza.

4

Cuando los tres exploradores regresaron a dar parte de su misión, los oficiales estaban sentados a la mesa. El general, masticando con la boca llena y haciendo un amplio ademán, dijo:

—Todo eso me lo pueden decir mañana cuando tenga mis planes para pisotear a esos marranos.

Pero esta vez sí tomó una precaución. Mandó llamar al oficial de guardia y le ordenó no descuidar a los centinelas, pues estos bandidos y criminales podían osar arrebatarles otros cincuenta rifles, y bajo las actuales circunstancias eso no podía ser permitido.

El General también había mandado sus exploradores. Él, sin embargo, escuchó atentamente sus informes, y les concedió tanta atención que se olvidó de su cena.

Celso preguntó:

—¿Qué opinas, *General*? ¿No les podríamos quitar el resto de sus rifles, orita que están cerquita de nosotros?

—Desde luego que sí —asintió *el General*—. Y es lo que están esperando. Y como eso es lo que esperan de nosotros, no lo haremos. Ésa es una razón. La otra es que entonces los soldados no podrían atacarnos. Y necesitamos una buena pelea. Pa’ alentar a los muchachos y pa’ que sirva de práctica.

En seguida mandó reunir a sus capitanes, discutió con ellos el plan que había preparado, y luego dio sus órdenes.

5

El general pensaba estar de regreso en su campamento principal la tarde del siguiente día. Que volvería victorioso nunca lo dudó ni por un instante, especialmente cuando se trataba de una cacería y no de una batalla. En una cacería no se habla de victoria, sino del número de piezas cobradas.

Y porque el general deseaba estar en su campamento principal esa tarde, donde, al menos, tendría un techo decente sobre su cabeza, y en lugar de este miserable catre de campaña que le producía moretones y le causaba molestias a su obeso cuerpo, dispondría de un mullido lecho, levantó el campamento a temprana hora, y al amanecer sus tropas estaban ante el campamento rebelde.

Acompañado por su asistente y el corneta, tomó posición en una pequeña loma, mientras sus soldados, arrastrándose entre la maleza y el zacatón del llano, rodearon el campamento enemigo de tal manera que ni un gato podría haber escapado.

Todo marchó de acuerdo con el plan.

—Ahora puede ver lo estúpidos que son esos marranos, teniente —dijo a su ayudante—. No han puesto centinelas ni tomado precaución alguna. Y el Ministerio de la Guerra espera que yo tome en serio a esta basura. Es para reír. Mire, teniente, puede ver con sus propios ojos que toda la pandilla de bandidos no hacen más que tragar. Dentro de diez minutos los veremos brincar. No hay ni siquiera quien esté al frente de las ametralladoras que nos robaron. Si quisiéramos se las podríamos quitar con un lazo.

Los comentarios del general eran justos. Los rebeldes se acuclillaban alrededor de sus fogatas. Estaban tan absortos cocinando sus alimentos, que seguían agachados sin mirar hacia arriba. De cuando en cuando, aquí y allá, caminaba uno de un grupo a otro llevando alguna cosa o viendo lo que hacían los demás. Todos parecían tener los ojos pegados; una somnolencia invadía el campamento.

—¿Cuántos cree usted que sean, teniente? —preguntó el general.

—Unos cien, mi general, o aun ciento veinte. Es difícil de precisar.

—¿Podrá haber también unos doscientos?

—Es muy posible, mi general. Hay hondonadas en el suelo, zacatón alto, matas, montículos, de modo que no se puede apreciar todo el terreno. Muchos han de estar durmiendo; puedo ver a varios acostados, enrollados en sus cobertores y en sus harapos.

—Yo también los puedo ver, teniente. Sólo quiero asegurarme de tener a todos juntos ahí y de no tener que hacer otra expedición contra ellos. Esto de andar brincando de aquí para allá y comiendo esta basura de comida en ranchos miserables no le hace ningún provecho a mis huesos cansados. No me importa confesarlo. Podía jubilarme. Pero necesito el dinero. Tengo muchos gastos. Y si me jubilo ¿qué soy? Nada. Un civil, como cualquier mercachifle de Balún Canán.

El general miró a su reloj de bolsillo. Luego tomó sus anteojos de largo alcance y estudió el terreno.

—Ahí están las primeras señales del teniente Manero. Está en su posición y listo. Y allá veo la señal del espejo del sargento Junco. También ha tomado su posición. Dentro de cinco minutos comienza la cacería.

El general encendió un cigarrillo. Se acuclilló en el suelo. Había dejado atrás su caballo, al pie de la loma, para evitar que fuera alcanzado por alguna bala perdida. La

loma era lo suficientemente alta para permitirle al general, aun acuclillado, dominar todo el terreno.

—Qué estúpidos son esos canallas —dijo con una sonrisa a su ayudante—. Puede ver que no han pensado en poner una ametralladora aquí, o siquiera un puesto de observación. Hubiera sido malo para nosotros, y nos hubiera costado vidas inútiles si esos bandidos hubieran pensado en esta loma.

Vio que a varios cientos de metros a derecha y a izquierda de la loma sus tropas estaban también tomando posiciones. Les había ordenado hacer un rodeo, porque allí el terreno estaba alto y su avance podía ser visto fácilmente por los rebeldes. Cuando recibió la señal de que estas tropas estaban también listas y el círculo completamente cerrado, sacó su revólver y disparó tres veces al aire. Estos tres balazos eran una señal a la tropa de que empezaba el ataque general. Simultáneamente ordenó al corneta que tocara avance.

Escasamente habían sonado los disparos y las notas del clarín cuando una ametralladora empezó a regar fuego sobre el campo enemigo.

El asalto había empezado, y era claro que no había habido ni un solo error en la disposición excelentemente organizada de las tropas.

6

Pero entonces ocurrió algo extraordinario, algo que el general, en su larga y gloriosa carrera de soldado, nunca había visto antes y que no solo provocó el asombro del general, sino que causó la primera señal de confusión entre sus oficiales y soldados. Al principio esta confusión solo se manifestó por un ligero titubeo en el avance.

El general, que observaba a través de sus binoculares, esperaba como todos sus oficiales que al primer disparo de la ametralladora el campamento rebelde se animaría como si hubiera sido tocado por el rayo. Pero el campamento permaneció quieto. Unos cuantos hombres parecían reclinarse unos contra otros, y otros cuantos, obviamente alcanzados por las balas, cayeron y permanecieron inmóviles. Aquí y allá uno o dos muchachos corrieron agachados, como despertando a los que parecían estar dormidos. Aparte de estas cuantas figuras fugaces, no se vio movimiento alguno.

Mientras la ametralladora continuaba escupiendo fuego sobre el campamento con el fin de ablandarlo para el ataque general, los soldados con bayoneta calada, inclinándose, avanzaban lentamente sobre el campamento por todos lados, apretando gradualmente el cerco.

El general ordenó al corneta dar el toque de avance a la caballería. Las tropas de a caballo estaban a quinientos metros en la retaguardia, desmontadas y escondidas en la maleza; esperaban la señal del general para barrer el terreno en un ancho semicírculo y así evitar la fuga de quienes intentaran huir.

Los jinetes montaron y a trote lento procedieron a formar un gran círculo. Antes

de que este círculo estuviese completamente cerrado, la infantería ya estaba acercándose a los linderos del campamento.

El general había esperado que cuando empezara a disparar la ametralladora se produjera un tumulto en el campamento. Pero como esto no sucedió, pensó que sería una treta que los rebeldes preparaban no con la intención de querer atraer a los soldados a una celada, sino con el fin de encontrar alguna salida por donde escapar.

La infantería estaba cada vez más cerca y debía ser ya plenamente visible desde el campamento, mientras que la marcha envolvente de la caballería sin duda había sido también avistada por los rebeldes. Pero aun así permanecía extraordinariamente quieto el campamento, por lo que el general se sintió intranquilo. Se paró y estudió el campamento cuidadosamente por medio de sus gemelos. Como antes, vio aquí y allá un hombre caído, alcanzado por las balas de la ametralladora que continuaba su martilleo incesante, el cual terminó sólo cuando la infantería había casi llegado al campo.

El ayudante, que contemplaba el campo con sus gemelos, exclamó de pronto:

—¡Mi general! ¿Ve lo que yo veo, o me engañan mis ojos?

—¿Qué? —preguntó el general, sin bajar sus binoculares.

—Cuatro hombres se acercaron a esa ametralladora que está en medio del campamento, y han desaparecido junto con la ametralladora, como si se hubieran hundido en la tierra.

El general movió sus gemelos hacia el lugar donde, cinco minutos antes, había visto la ametralladora robada. Tuvo que admitir que ya no estaba ahí.

Buscó por todo el terreno con sus gemelos y vio que sus hombres estaban ahora a no más de cien metros del perímetro interior del campamento.

Detrás de ellos la caballería había cerrado su círculo. Los jinetes, con el fusil descansando sobre la rodilla derecha, las riendas firmemente asidas con la mano izquierda, esperaban que los rebeldes vencidos echaran a correr de un momento a otro. Los soldados de infantería, obedeciendo al clarín y a los silbatos de sus oficiales, se detuvieron por un instante. Luego cambiaron de posición, se incorporaron empuñando con ambas manos sus fusiles con la bayoneta calada, listos para avanzar rápidamente. Permanecieron en esta actitud cerca de diez segundos. Luego se oyó otro toque de clarín, se escucharon silbatos por todos lados y los soldados se lanzaron hacia adelante.

Apenas habían empezado a correr cuando del centro del campamento se dejó oír una ametralladora. Barrió calmada y cuidadosamente a todo el círculo. Era la misma ametralladora que un poco antes había estado en medio del campo rebelde; ahora todo lo que era visible de ella eran los pequeños y delgados soplos de humo que brotaban del cañón.

La tropa atacante se detuvo durante unos segundos. Luego continuó su avance, aunque ya no en el estilo elegante con que lo habían iniciado. Aquí y allá alguno tropezaba y caía, aparentemente alcanzado por una bala, pero posiblemente tropezaba

con intención de quedar fuera de la línea de fuego. Diez segundos después era claro hasta para el soldado más estúpido, que su vistoso desfile había terminado y que ahora se veía frente a la sombría perspectiva de terminar su vida fácil de soldado despreocupado con un puñado de tierra en la cara; y esto no era, ciertamente, para regocijar a nadie, aunque después vinieran los panegíricos póstumos que se les tributarían, los cuales ya no podrían escuchar, y menos aún gozar de ellos.

Aunque hubieran deseado otra cosa, los soldados no tenían otra alternativa que seguir avanzando hacia el campamento. Pues en caso de retroceder, serían balaceados ferozmente, y el resultado habría sido el mismo. Además, no hubieran llegado muy lejos aunque hubieran salido ilesos, pues atrás estaban sus propias filas de caballería que no los dejarían pasar, sino que los empujarían otra vez hacia el campo de batalla.

El avance perdió su bonita precisión y se volvió una carrera desenfrenada para llegar rápidamente al campamento y hacer callar a la ametralladora que se estaba tornando francamente desagradable desorganizando todos los planes arreglados de antemano.

A respetuosa distancia del general estaba el corneta. El general no lo olvidaba y pensó por un momento ordenarle dar la señal a la caballería de no perseguir a los rebeldes en fuga como se había planeado originalmente, sino seguir a la infantería para capturar en seguida el campamento. Sin embargo, al mismo tiempo se le ocurrió que tal orden podría causar confusión, pues había dado al jefe de caballería, capitán Ampudia, las más categóricas instrucciones de que en ningún caso se viera envuelto en la lucha, pues las tropas de a caballo se necesitarían para asegurar que no escapara nadie.

El general aspiró fieramente y sin placer el humo de su cigarrillo. Se daba cuenta de que las cosas no marchaban como quería. Sintió que su plan iba mal, si es que no había fracasado ya, mas no podía darse cuenta exacta de lo que en realidad estaba ocurriendo.

La infantería estaba ya en la orilla del campamento, y el general pensó que al fin comprendía el plan de los rebeldes. Ellos querían atraer a los soldados hasta su campo para así acabar con ellos. Ésa era la razón por la que habían estado tan tranquilos aparentemente alrededor de sus fogatas. Ellos, como indios que eran, se sentían más seguros de la victoria en una lucha mano a mano donde pudieran usar sus machetes en lugar de los rifles, con los cuales no estaban familiarizados. En este caso la caballería podía cambiar el curso de la batalla. Ordenó al corneta que tocara la señal de ataque para la caballería. Ésta comenzó a galopar hacia el campamento.

Las primeras filas de la infantería estaban ya dentro del campamento.

Con sus gemelos, el general vio a sus valientes hombres atravesar con sus bayonetas a los rebeldes y arrojarlos a un lado. Pero le pareció muy raro que éstos no se defendieran, ni siquiera trataran de huir cuando los soldados se les echaban encima. Los rebeldes caían para no levantarse más. Entonces el general notó una confusión desconcertante entre los soldados. Cuando trataban de sacar sus bayonetas

de las víctimas, los cuerpos volaban por los aires desmoronándose. Bajo los harapos y sombreros despedazados, se veían montones de paja seca.

Aparte de los veinte o veinticinco muchachos que habían correteado por el campamento para hacer que el lugar se viera animado y así completar la farsa, no había nadie más a quien atacar; por lo tanto los soldados, sin esperar órdenes, se detuvieron perplejos.

Algunos de los rebeldes vivos habían sido alcanzados, y aquellos que caían heridos sin poder moverse eran atravesados sin piedad. Pero la mayor parte alcanzaba a llegar al foso desde donde la ametralladora seguía disparando.

Los oficiales dieron la orden de continuar el ataque y de ejecutar las órdenes originales de acallar la ametralladora a cualquier precio. Sin embargo, el fuego de esta arma barría el suelo calmada y despiadadamente, infligiendo grandes pérdidas a los que avanzaban.

Una vez más se oyeron los silbatos. Los soldados se echaron al suelo para arrastrarse y tratar de capturar la ametralladora con menos bajas.

Sin embargo, escasamente había sonado el último silbato y la caballería había llegado a la orilla del campamento, cuando desde lejos, por afuera del círculo que formaban las tropas federales, una lluvia de balas comenzó a caer sobre el campo en todas direcciones. Además, se oyó el agudo martillear de varias ametralladoras, que disparaban también afuera del círculo de los atacantes.

Y ahora siguió un salvaje e inhumano griterío. De todos lados del paisaje se desbordó un tropel de rebeldes hacia el campamento.

Los soldados, quienes diez minutos antes creían haber copado a los rebeldes, quedaban ahora en medio del campamento que habían capturado.

Pero eran ellos los que estaban copados.

7

El general se volvió hacia su corneta. Tenía la intención de ordenarle que tocara la señal de retirada para todas las unidades y dejar que las tropas se escabulleran del cerco como mejor pudieran. Desde su ventajosa posición veía varios lugares por los cuales sus soldados podían escapar sin sufrir muchas bajas, pero no sabía cómo hacerles saber esto a sus oficiales sino tocando retirada general.

Volteó a la derecha y no vio a su corneta ni a su ayudante, volteó entonces a su izquierda, y encontró junto a él a dos rebeldes desharrapados que se reían descaradamente en su cara.

El general trató de alcanzar su revólver rápidamente y encontró la funda vacía. Entonces uno de los hombres alzó el revólver y dijo:

—¿Será esto lo que anda buscando, general?

El general palideció. Sin embargo, se repuso inmediatamente, estiró el brazo

hacia su pistola y la arrebató de manos del muchacho.

—La puede tener por unos momentos. No está cargada y no puede hacer ningún daño con ella —añadió el hombre con una sonrisa.

El general intentó tocar su cinturón. Pero comprobó que había desaparecido también.

Eso lo puso fuera de sí y gritó enfurecido:

—¿Qué hacen aquí, par de marranos piojosos? Supongo que son de los rebeldes.

—Sí, más o menos pertenecemos a los rebeldes. Yo sólo soy *el General*. Y éste de aquí —y señaló con un dedo a su compañero—, es uno de mis capitanes.

El general miró a su alrededor y gritó con voz estentórea, tal como estaba acostumbrado a gritar a sus hombres cuando algo lo enfurecía:

—¿Dónde están mi ayudante y mi corneta?

—Se fueron, con nuestra ayuda.

—¿Se fueron? ¿A dónde?

—No tuvimos tiempo de preguntarles —replicó el capitán. Era Santiago.

—¡Lárguense, malditos marranos mugrosos! ¡Ya veré de que los fusilen a los dos antes de que volvamos a Balún Canán!

El general estaba congestionado por la ira.

—Desde luego —dijo *el General* riéndose, sin prestar la más mínima atención a los gritos y a la furia del general—. Nos puede mandar matar a todos cuando llegue usted a Balún Canán. Pero por orita lo tenemos de las orejas y no creo que vaya a volver a Balún Canán. No hay quien lo lleve.

8

Desde el momento en que el general se dio cuenta de que estaba en poder de los rebeldes, comprendió que no había esperanza. Aun si por un milagro sus tropas pudieran llegar a rescatarlo, no lo sacarían vivo. La dictadura no sabía de misericordia o piedad hacia los que se oponían a ella. Y los que habían servido al Caudillo sabían mejor que nadie que no debían esperar benevolencia cuando los rebeldes alcanzaran la victoria.

Pero hubiera sentido vergüenza aun después de su muerte si hubiera manifestado temor frente a esos peones despreciables. Esta temeridad no emanaba, sin embargo, de su valor personal. Su valor nunca había sido puesto a prueba; y, además, el que está al lado del poder no necesita ser valiente.

Lo que le dio cierto valor en esta situación desesperada fue sencillamente el convencimiento de que nada podía alterar su suerte, ya fuera que mostrara miedo o que se portara como un valiente. Era igual que implorara clemencia y ofreciera todo su dinero, o que insultara a los vencedores y los hiciera rabiar con sus vituperios. Si hubiera ofrecido sus servicios y su experiencia a los rebeldes, éstos no habrían

aceptado, y tal oferta no hubiera cambiado su destino. El convencimiento de que su situación no podía variar, le permitía darse el lujo de portarse con dignidad frente a los rebeldes en cuyas manos había caído.

Estuvo durante unos segundos mirando hacia el campamento, donde no solo su suerte, sino la de sus tropas, y en muchos aspectos la de todo el estado, había sido decidida. Los soldados que todavía podían moverse habían arrojado sus armas para huir más de prisa. Pero a dondequiera que iban, encontraban los machetes de los rebeldes esperándolos.

La ametralladora de los rebeldes ya no disparaba a la infantería que retrocedía; ahora dirigía su fuego hacia la desorganizada caballería que no había tenido tiempo de coordinar debidamente su ataque. Los soldados que pertenecían a la sección de ametralladoras abandonaron sus mulas, pues vieron que los animales cargados les estorbaban en su huida. Dejaron a las bestias que los siguieran por sí solas. Algunos soldados de la infantería cogieron a los animales que corrían desenfrenadamente, les cortaron los cinchos, arrojaron al suelo su carga y montaron sobre ellos, dispuestos a escapar con vida a toda costa.

—Santiago —dijo *el General* a su capitán—, lleva a nuestro huésped, a este general tan elegantemente uniformado, a nuestro nuevo campamento. Ya sabes dónde. Quiero hablarle, pero después; ahora tengo que ir allá abajo otra vez. Están gastando mucho parque, ¿ya pa' qué? Tenemos que ahorrarlo.

En seguida saltó sobre su caballo del que había descendido poco antes para ir a «saludar» al general, y partió a través del campo de batalla.

En el foso, donde la ametralladora se comenzaba a atorar porque el cañón estaba sobrecalentado, encontró al *Coronel* y a su cuadrilla.

—Qué bueno que esa cosa se paró por sí sola —gritó desde su caballo—. Dejen que esos cuantos se larguen en sus mulas en paz. Los quiero como mensajeros pa' que lleven la noticia al cuartel general. Sólo quisiera que tuviéramos al resto de la brigada aquí, pa' de una vez despejar el camino hasta Balún Canán.

El Coronel buscaba la camisa que en medio del combate se había quitado para tener mayor libertad de movimientos. La encontró trillada por los pies descalzos de la cuadrilla, entre el lodo que se había formado en el foso donde estaba emplazada la ametralladora.

—Dame tu camisa —le gritó a un muchacho que en ese momento pasaba. Levantó una vara, clavó en ella la camisa que el joven le había entregado y la hizo ondear con fuerza sobre las cabezas.

Inmediatamente cesó en todas partes el estallido de los rifles. Los rebeldes que todavía perseguían a los soldados fugitivos les dispararon la última andanada, y los dejaron continuar su camino.

El General galopó hacia su corneta y le ordenó que tocara a reunión.

9

Aproximadamente un centenar de los muchachos que regresaron al campamento venían completamente desnudos, cubiertos solo por un pañuelo atado al cuello y por sus cuchillos y machetes que pendían de sus cinturones de cuero.

Por todo el campamento buscaron sus pantalones, camisas, sombreros y huaraches con los que, según las instrucciones del *General*, habían vestido a las figuras de paja la noche anterior.

Cuando hubieron recogido sus prendas de vestir y suplieron las faltantes con las de los soldados muertos y heridos, despejaron el campamento. Ni uno solo de los heridos o prisioneros alcanzó a ver la puesta del sol. Del general no se ocuparon, pues *el General* deseaba hablar con él y ya había dado sus órdenes al respecto.

El botín de armamento fue tan grande que pudieron armar a todos los hombres, mujeres y adolescentes, y aún sobraron armas.

10

El Profesor aconsejó enterrar todo el armamento sobrante en la maleza para el caso de que llegaran a perder algunas armas en la próxima batalla.

—Las armas enterradas son inútiles —respondió *el General*—. Además, los hacendados las pueden encontrar, o los rurales, o los federales, o cualquiera que esté en contra de nosotros. Tengo mejor uso pa' ellas. En todas las fincas que visitemos, y en los pueblos y villas que captúremos, esperaremos a que se nos unan hombres fuertes y robustos, y entonces estas armas podrán sernos más útiles que si las dejamos aquí.

—Bien —dijo *el Profesor*—, bien pensado. Solo que hay que ver que estos amigos no vayan a huir o a traicionarnos y se lleven las armas consigo.

—No te preocupes por eso, *Profesor*. Ya que háigamos peliado un poco más, miles de hombres van a querer unírsenos. Van a venir a rogarnos que los déjemos marchar con nosotros. Y una vez que haigan marchado, el fin de la revolución va a llegar muy pronto para ellos, y muchos comenzarán sus propias revoluciones. Va a ser más fácil conseguir nuevos y buenos soldados que deshacernos de ellos cuando ya no se ne'siten y quiéramos vivir en paz.

—Ya veremos a su debido tiempo que les den ganas de irse a sus casas —interrumpió Andrés—. Marcharán con nosotros y pelearán con nosotros hasta que sepan de seguro que la tierra que les demos o que capturen no les va a ser arrebatada por los hacendados otra vez. Entonces se irán a sus casas por sí solos. ¿Contra quién pueden peliar cuando ya no quede nadie que valga la pena? Por eso creo que *el*

General tiene razón. Ora es cuando ne’sitamos muchos soldados y si no vienen ellos, los traemos. Cómo deshacernos después de ellos, es otra canción; ya discutiremos eso cuando controlemos el país. ¿No creen que yo mismo tengo mis razones pa’ querer irme a mi casa orita mesmo? Bastantes razones, les aseguro. Y la mayoría de ustedes quisieran mejor estar en su casa que andar acá entre el lodo matando federales. Pero ustedes saben tan bien como yo que si nos volvemos a casa orita que empieza la revuelta, en menos de seis meses vamos a estar como antes o pior, y puede pasar mucho tiempo antes de echar a rodar otra revolución.

—Mientras menos recordemos eso, Andrés, mejor para nosotros.

El Profesor gimió al decir esto. Tenía dos heridas en el omóplato en las que Fidel hurgaba intentando sacar la bala que se había alojado allí. La otra bala lo había traspasado.

—Mejor para nosotros y para todos los campesinos, lo repito —continuó—. No se tengan a escuchar la palabrería de esos que hablan de paz entre hermanos y de crímenes contra el pueblo. Palabras vacías, sin sentido. Solo habrá paz cuando se establezca la estabilidad en el país, la justicia sea pareja y cada quien pueda decir lo que piense, le agrade o no a los demás. Tronchar una revolución prematuramente es peor que no empezar ninguna cuando hay tantos motivos para ello. Y por eso tienes razón, *General*. Vamos a reclutar gente donde podamos. Si nosotros no lo hacemos, lo harán los demás. No pensé en eso cuando sugerí que podían huir y llevarse sus armas.

XIV

1

En un pinar semitropical los rebeldes habían levantado su campamento permanente. El sitio había sido escogido varios días antes de la batalla en que los federales sufrieron una derrota inesperada. Mujeres, niños, heridos y enfermos ya habían sido trasladados allí desde que *el General* había recibido noticias de que se aproximaban las tropas a las que se había encomendado la tarea de eliminar a los rebeldes de una vez por todas. Hacía tiempo que *el General* tenía la intención de crear, en lugar del acostumbrado campamento, una especie de poblado desde donde organizaría ataques a las haciendas cuyas tierras repartiría entre los peones. Desde allí saldría a batir las tropas federales y rurales donde se las encontrara; las atraería por medio de hábiles maniobras y ataques de sorpresa hacia villorrios y pueblos donde podría dominarlos con éxito. En un campo permanente le sería más fácil entrenar a los reclutas novatos y hacer de ellos buenos soldados. Formaría un ejército con el cual podría marchar contra la capital del estado y ocupar los edificios gubernamentales, colocando así a todo el estado bajo el mando de los revolucionarios.

El campamento estaba rodeado de bosques y praderas, además de varias hectáreas de maleza y monte bajo que con poco esfuerzo podían convertirse en tierras de cultivo. No obstante su evidente fertilidad, estas tierras no habían sido cultivadas. Habían pertenecido a una de las grandes fincas que había sido ocupada por ellos unas semanas antes y dividida entre los peones

Esta tierra ofrecía todo lo que un ejército de indios necesitaba para poder vivir durante años, y aun por generaciones. Un ancho arroyo de agua cristalina que no se agotaba ni aun en época de sequía, la atravesaba.

Además, el lugar estaba excelentemente protegido contra posibles ataques. A excepción de la parte sur, se encontraba rodeado de rocosos cerros atravesados por solo cuatro senderos angostos y pedregosos que eran fáciles de vigilar y que veinte hombres podían defender contra el avance de media brigada. El lado sur daba a un terreno llano y pantanoso que en esta época del año era totalmente infranqueable y durante la sequía podía ser cruzado sólo por algunos lugares donde la superficie estaba un poco más alta que el nivel general y se secaba cuando no había lluvias prolongadas. Pero estos cruces eran tan expuestos que, al igual que las veredas montañosas, podían estar bien vigilados por unos cuantos hombres, de manera que un ataque por sorpresa era casi imposible. Sin embargo, en caso de que se llevara a cabo, todo el ejército se podía esconder en las grietas, hendiduras, hondonadas y cuevas, todas bordeadas de espinos y arbustos tropicales, de donde hubiera sido muy difícil echarlos. Desde sus escondites podían tener al ejército atacante bajo un fuego tan

nutrido como si dispararan desde una fortaleza.

Era natural que los muchachos, seguros de permanecer largo tiempo en este lugar, comenzaran a construir chozas ligeras y refugios como los que había en las monterías.

En una semana, este campamento sería un poblado indio como cualquier otro. Aunque de momento no se pensara en ello, era muy posible que los rebeldes se quedaran aquí permanentemente. Si la revolución derrocaba al dictador, era factible que un régimen democrático que reemplazara a la dictadura les reconociera el derecho legal a las tierras donde se habían asentado. Un gobierno democrático estaría dispuesto a reconocer esos derechos ganados durante la revolución, pues de esta manera se evitaría que los antiguos rebeldes se convirtieran en bandidos por necesidad. La posibilidad de que su rebelión tuviese tal desenlace, se le había ocurrido al *Profesor*, al *General*, a Andrés, al *Coronel*, a Celso, y a muchos de los hombres y mujeres más inteligentes de la tropa; lo habían pensado por semanas y en ocasiones hasta lo habían discutido entre ellos.

2

Este nuevo campamento quedaba a cuatro leguas de distancia del antiguo, donde en este día había ocurrido la batalla que terminó en una gran victoria para los rebeldes.

Los muchachos que regresaban al campamento con el general cautivo no llevaban gran prisa. El general era obeso y muy torpe de movimientos para que pudiera escapar. Cada diez minutos gemía, se quejaba y se sentaba a descansar. Posiblemente exagerara su torpeza y su cansancio con la esperanza de que un batallón de auxilio hubiera sido despachado a rescatarlo. Sin embargo, sabía muy bien que tal esperanza era totalmente infundada, pues había ordenado al coronel no iniciar ningún movimiento de tropas a menos que recibiera instrucciones expresas de él.

Alimentaba también la remota esperanza de que algunos de sus soldados que habían escapado anduvieran vagando por allí y que, al ver a su general en manos de tres rebeldes que lo llevaban a su campamento, trataran de rescatarlo. Esta esperanza también se evaporó. Mientras más se alejaban del campo de batalla y se acercaban al nuevo campamento, más difícil se volvía para sus soldados poderlo rescatar, pues ellos mismos eran perseguidos y huían desaforadamente buscando refugio. Por todo el trayecto —una miserable vereda pantanosa recién trillada en la maleza— el general veía grupos de rebeldes que regresaban al campamento principal o volvían al campo de batalla, probablemente para montar guardia o para buscar armas y parque.

La furia incontenible que se había apoderado del general al verse conducido prisionero por estos chamulas mugrosos, había desaparecido en el curso de esta jornada laboriosa. Sabía perfectamente que no ganaría nada con enfurecerse y desahogar su ira sobre los muchachos. Si hubiera rehusado caminar, con toda certeza

lo habrían obligado a fuerza de golpes. El solo hecho de que no demostraban ni un ápice de respeto hacia él, una persona con autoridad ante la cual estos mismos individuos se hubieran arrodillado si se lo hubieran encontrado bajo otras condiciones, era para el general una prueba, más evidente aún que la batalla perdida, de que el país estaba al borde de un levantamiento sin paralelo, sólo comparable al que había sacudido el yugo de la corona española.

En varias ocasiones intentó cambiar algunas palabras con los muchachos con la vaga esperanza de cohecharlos ofreciéndoles una recompensa porque lo llevaran de algún modo a su cuartel general. Pero el primer intento falló. O los muchachos no entendían bien el español o fingían no entenderlo.

Cuando se sentaba a descansar y a encender un cigarrillo, los muchachos también hacían lo mismo a alguna distancia de él y charlaban y reían entre sí sin prestarle aparentemente mucha atención. Tan pronto como se levantaba para proseguir, ellos hacían lo mismo y caminaban tras él.

Cualquier persona que se hubiera encontrado con este pequeño grupo habría pensado que el general había salido a caminar y que los dos muchachos lo acompañaban para que no se perdiera.

A pesar de los esfuerzos del general para prolongar en todo lo posible la caminata con la esperanza de que algo sucediera que lo sacara de su apuro, el pequeño grupo arribó al campamento de los rebeldes.

Había sido sagazmente conducido por caminos desviados y llevado en zigzag a través del campo para que, aun en caso de que escapara, no le fuera fácil volver a encontrar el lugar. Los indios, que siempre desconfían de aquellos que no son de su región, habían actuado en esa forma por puro instinto. Se habían portado exactamente igual que cuando llevaban a algún extraño —un comerciante, por ejemplo— a uno de sus poblados que por buenas razones deseaban mantener secretos del mundo exterior, particularmente de los funcionarios públicos y de las autoridades.

3

Cuando llegó el general, todo el campamento estaba dedicado exclusivamente a preparar la cena. La cena de esa noche tenía que suplir las comidas que los hombres habían perdido durante las últimas treinta y seis horas, ya que los preparativos para la batalla no les habían dejado tiempo para pensar en comer, mucho menos para cocinar. De cuando en cuando habían mordiscado una tortilla dura o un puñado de frijoles resecos.

Así es que ahora el campamento entero concentraba su atención en la cocina, el lavado y en todas las ocupaciones relacionadas con una vida doméstica y pacífica, y lo hacían todo con verdadera pasión.

No había nada que recordara que estos mismos hombres, en la mañana de ese

mismo día, habían sostenido una cruenta lucha en la cual habían muerto treinta hombres y cincuenta resultaron heridos, aun cuando la batalla había terminado en una victoria decisiva para ellos.

Como nadie en el campamento realizara maniobras que se pudieran considerar como preparativos para una nueva lucha, el general comprendió que no vendrían tropas a rescatarlo. Había comprendido, mientras tanto, una de las causas de su derrota. Los espías de los rebeldes eran diez veces más eficaces y cien veces más precisos y seguros que los de su propia división. Ya no le cabía duda de que cada peón de finca, cada indio errante y probablemente hasta los soldados de origen indio, eran miembros activos en el servicio de espionaje rebelde.

En el campamento nadie tuvo la curiosidad de ver de cerca al general cuando llegó. Nadie se interesó en la presencia de este hombre cuyas órdenes y maldiciones habían hecho temblar a toda una división de las tropas federales. Aquí se hubieran reído todos de él si como oficial de alta graduación y alcurnia hubiera exigido que los indios le mostraran respeto y lo recibieran con humildad.

Fue llevado hasta una fogata que ardía en el centro del campo, que era donde se reunía el Estado Mayor.

Cuando se acercó, vio con gran asombro al teniente Bailleres acuclillado, comiendo frijoles y tortillas y bebiendo café con los indios desharrapados.

Por la mañana, durante la batalla, el teniente Bailleres se había encontrado a merced de un rebelde que iba a rebanarle la garganta cuando llegó Andrés y lo reconoció.

—¡Espérate, manito! —le había gritado al joven—. No lo mates. Amárralo bien y luego lo llevas al campamento. *El General* lo puede necesitar otra vez como mensajero. Sus armas son tuyas, desde luego.

De manera que cuando despejaron el campo de batalla, el teniente fue llevado como prisionero. El teniente Bailleres y el general eran los únicos prisioneros que sobrevivían de la lucha.

4

El general, asombrado, no supo qué pensar al ver al teniente acuclillado tan calmadamente ante la lumbre y comiendo con los muchachos como si fuera uno de ellos.

Su primer pensamiento fue que el teniente podía haber sido el responsable del robo de las armas que habían sufrido la noche anterior, e incluso de la vergonzosa derrota de esta mañana. Era posible que estuviera de acuerdo con los rebeldes y que intencionalmente hubiera dado información falsa acerca de su fuerza, equipo y posición.

Esta sospecha, sin embargo, duró solo unos segundos. Se disipó al ver de nuevo

los vendajes ensangrentados con que el teniente cubría sus orejas, y el muñón de su nariz cubierto por una costra de sangre.

Sin embargo, también era posible que el teniente no hubiera sido víctima de los rebeldes, sino de algún ranchero o hacendado a cuya hija hubiera seducido. No era raro que algunos padres o maridos cuyas mujeres habían sido ultrajadas vilmente se vengaran de tal manera.

Mientras que las tres cabezas que el teniente había llevado al general como regalo podían en realidad haber sido cortadas por los rebeldes, era posible que el teniente también culpara a los rebeldes de sus propias mutilaciones para no tener que confesar que eran debido a una aventura con alguna mujer y que no había estado en el campo rebelde para nada, sino en las manos de un ranchero que se había visto obligado a vengar su manchado honor.

5

—Bienvenido, general —dijo *el General* cuando el prisionero fue conducido sin ninguna ceremonia hasta la fogata—. Siéntese en alguno de los sillones para conferencia que ve usted aquí. Está usted en su casa.

—Gracias —dijo el general mecánicamente y por costumbre. Pero en seguida agregó con aspereza—: Vas a pagar esto muy caro, muchacho. Acuérdate de lo que te digo. Serás descuartizado.

—Es un placer, general, saber eso. Aunque desde luego, para poder gozar conmigo de esa manera tienen que agarrarme antes. Y eso, general, yo creo que va a tardar algo. Mientras tanto, nosotros podemos gozar ahora de ese placer, y con usted, general. Su idea no es tan mala como parecía a primera vista. ¿Qué dices, teniente Bailleres?

—No es conmigo la cosa —respondió éste mientras seguía masticando.

El general se volvió a mirar al teniente:

—Buenas noches, teniente Bailleres.

El teniente inclinó ligeramente la cabeza en lugar de pararse, y contestó:

—Muy buenas noches, mi general —bajó la cabeza apresuradamente y se dedicó a su interrumpida cena.

El general estaba visiblemente a disgusto, sentado en el ancho tronco que quedaba a escasos centímetros del suelo. Cada vez que se movía se oía crujir como si estuviera envuelto en un cuero seco. No se podía precisar si este ruido lo causaban sus botas nuevas que le llegaban hasta las rodillas, o su anchísimo cinturón y su angosta fornitura, o si usaba bajo su uniforme alguna faja de cuero que disfrazara su obesa cintura. De todos modos, la impresión que recibieron los muchachos fue que el hombre parecía estar hecho totalmente de cuero, recién salido de alguna mala talabartería.

Durante la larga y pesada marcha hasta el campamento había desarrollado un apetito como para no rehusar el alimento que le ofrecían los muchachos y que era el mismo que ellos comían. Aceptó las tortillas calientes, los frijoles con chile verde, la carne seca asada sobre las brasas y el café hirviendo, aunque todo provenía de las manos de peones sucios y malolientes con los que ni en sueños hubiera pensado rozarse. Devoró su alimento con gozo, aunque sabía que podía ser la última comida de su vida. O quizá por eso mismo. Sin embargo, tuvo cuidado de portarse de tal manera que pareciera que les hacía un gran favor al sentarse con ellos a la lumbre y al comer en sus platos rajados, mientras preguntaba con acento condescendiente:

—¿Me pasan la sal, muchachos? ¿Podrían darme otra tortilla? Gracias, muchas gracias.

Los muchachos que se acuclillaban alrededor de la gran fogata se portaban como si no hubiera nadie más aparte de ellos. No prestaban la menor atención al general ni al teniente. Hablaban, reían, comentaban y contaban cuentos animados; y llegaron hasta a discutir, sin ninguna consideración para con sus huéspedes, cómo en el siguiente encuentro con los federales les iban a pegar aún más duro que hoy, cómo iban a colgar a todos los hacendados y a divertirse con sus esposas e hijas, y, finalmente, lo mucho que ansiaban llegar a Balún Canán y otros pueblos grandes para atacarlos y tomarlos con el único propósito de acostarse con las esposas, hijas y queridas de los oficiales.

Era muy posible que ni el general ni el teniente entendiesen mucho de lo que ahí se decía, pues los rebeldes hablaban, no en lenguaje castizo, sino en una jerigonza donde entraban una forma corrompida del español y palabras indias de tres dialectos. En todo caso, los dos oficiales no dieron muestras de estar siquiera escuchando lo que se decía.

De pronto, el general, volviéndose a medias hacia el teniente, dijo:

—Me da gusto, teniente Bailleres, encontrarlo entre los supervivientes.

El tono levemente irónico en que habló el general no dejó de hacer su impresión sobre el teniente. Éste inclinó su cabeza ligeramente y contestó:

—El gusto es mío, mi general.

—¿Usted no piensa, teniente, que en estos últimos momentos de mi vida que todavía puedo llamar mía, pudiera haberme vendido a estos marranos asquerosos?

El teniente sonrió de una manera que indicaba que su sonrisa era superficial, pero que tras ella se escondía la burla. El general la entendió bastante bien. Sin esperar la respuesta, añadió:

—Más bien podía esperar eso de usted, teniente, viendo lo bien que lo atienden estos hombres; tan bien, que hasta su buen cigarro le dieron.

El teniente asintió con la cabeza, volvió a sonreír, aspiró con fuerza el humo de su cigarro y, mientras lo exhalaba, dijo con lentitud:

—Este cigarro es el último que fumaré en mi vida, mi general. Este cigarro, descomunalmente largo y grueso, tanto que más bien parece un puro, que ha sido

liado por uno de estos muchachos, y tiene un propósito distinto del cigarrillo que usted me acaba de ofrecer. La última bocanada de humo de este puro significa para mí el toque de clarín que indique mi salida de este mundo. Usted sin duda fumará más cigarrillos en su vida que yo cigarros.

—¿Qué quiere decir, teniente, con eso de toque de clarín?

6

En ese momento, *el General*, que se había alejado por un momento, regresó a la fogata.

—El comandante en jefe que nos derrotó explicará lo del toque de clarín y me ahorrará tener que darle una explicación, mi general —dijo el teniente.

El General, aunque debió haber oído estas palabras, permaneció callado. Pero *el Coronel*, que había llegado a la fogata al mismo tiempo que *el General*, echó un vistazo al cigarro del teniente y dijo:

—Es usted un buen fumador, teniente. Y recuerdo en estos momentos que nuestro jefe le aconsejó la última vez que estuvo aquí que no lo queríamos volver a ver.

El general Bringas volteó la cabeza rápidamente, primero hacia *el Coronel* y luego hacia donde se sentaba el teniente, como despertando de súbito de un profundo sueño. Toda su expresión delataba sorpresa. Abrió la gruesa boca y quedó así un buen rato, mirando alternativamente al *Coronel* y al teniente.

El teniente aspiró el humo de su tabaco otra vez, lo contempló pensativamente como tratando de adivinar cuánto duraría, desprendió la ceniza con el meñique, y dijo:

—Sí, hombre, me acuerdo. Me dijeron que no repitiera mi visita. Así fue.

—Y pa' que no hubiera error —continuó *el Coronel*— respecto a la identidad de la persona a quien le dijimos que no volviera, nuestro jefe pensó que era necesario darle un certificado de identidad.

—Eso fue hecho obviamente pensando que yo pudiera regresar disfrazado de porquerizo en lugar de peón, y para asegurarse que era yo, me hicieron dejar atrás mis orejas y mi nariz.

—Correcto —contestó *el Coronel*, el que tomó un trago de café caliente que había vaciado de una olla en un jarro, y prosiguió—: No fue invitado entonces, teniente, y tampoco lo fue hoy. En cambio, usté mandó varios cientos de su gente pa' que les quitáramos sus rifles, su parque y sus vidas. Pero eso no fue lo que usté esperaba, desde luego. Y en caso de que ustedes nos hubieran pegado, ¿qué hubieran hecho con nosotros?

El teniente miró a su general y dijo:

—Los hubiéramos enterrado hasta el cuello y luego hubiéramos hecho marchar a la tropa sobre sus cabezas. ¿No hubiera sido así, mi general?

—Nunca di tal orden teniente —replicó el general con voz ahogada.

—Es verdad, mi general. En esta ocasión usted no dio tal orden. Pero es lo que siempre hemos hecho tratándose de rebeldes, amotinados y peones refractarios. Solo los salteadores de caminos eran tratados de distinto modo. A esos sencillamente se les fusilaba. Pero a todos esos puercos que averiguan acerca de la libertad y de la justicia, a esos se les machacaba la cabeza para que no quedara rastro de sus cerebros miserables.

El general hizo un gesto de preocupación. No dijo palabra; se limitó a encogerse de hombros.

—Esta vez, desde luego —continuó el teniente, alzando la voz de modo que oyeran todos—, esta vez, desde luego, mi general, usted nos dio órdenes distintas. Usted dijo que los prisioneros serían tratados con clemencia. A nadie se le mataría. Se iban a tomar tantos cautivos como se pudiera y serían llevados a Balún Canán para ser juzgados ante un consejo de guerra, donde cada quien pudiera defenderse a su manera y tener una oportunidad de convencer a sus jueces de que se habían unido a los rebeldes contra el gobierno por la desesperación y la miseria y no por intentos traicioneros.

El general asintió con la cabeza, como si quisiera confirmar estas palabras. Sin embargo, no se volvió a mirar al teniente. Parecía que al escuchar estas hermosas mentiras había rejuvenecido varios años.

Celso gritó:

—¿Oyen eso, muchachos? Nomás nos iban a tomar prisioneros, un pequeño detalle, eso es todo. ¡Qué hermoso es el mundo, y qué gentiles y bondadosos son los federales!

Se escuchó una risa general. *El Profesor* se hizo oír entre el grupo:

—Lástima que no supimos eso antes, muchachos, si no hubiéramos marchado hacia ellos con ramos de margaritas y con nuestros machetes adornados con enredaderas; y en lugar de nuestras canciones y gritos de combate, cantaríamos: «¡Loor a nuestro gobernante todopoderoso, quien nos guía tan sabiamente!»

—Oiga, general, ¿por qué no nos mandó decir eso con su enviado, el teniente Bailleres? Nomás que no crea que hubiéramos caído en el garlito. No, señor. Pero hubiera causado una buena impresión a todos aquellos a quienes les gusta rascarse la cabeza sin molestar a los piojos. Nosotros también podemos inventar bellos discursos acerca de paz y justicia. No necesitamos generales para eso.

—Estuvo bien dicho, teniente Bailleres —dijo *el General*—. Pero los discursos bonitos no te sirven de nada orita. Es muy tarde pa' eso. ¿Qué tanto llevas del puro? Va a durar otros diez minutos. Te habíamos prevenido que no te acercaras por aquí. ¿Cierto o no?

—No me tutees tanto, desgraciado hijo de puta.

El General se sonrió ante este insulto y respondió sosegadamente:

—No te pongas tan nervioso por eso. Nosotros siempre nos hemos hablado así. Y

por lo que a ti toca, teniente Bailleres, dentro de una hora hasta los gusanos se podrán llevar contigo de tú, y lo que's más, no te vas a poder ni quejar.

Volteó, y llamó a un muchacho:

—Tráete tres salvajes, Pablo.

El muchacho corrió a traer a los hombres.

7

Cuando los tres nativos que había mandado llamar se acercaron, *el General* volteó hacia el teniente Bailleres.

—No te puedo dejar ir por segunda vez, teniente. Nos podría costar la vida de otros treinta o más de nuestros muchachos. Tuviste la oportunidad que te di y la aprovechaste mal.

El teniente se puso rojo de ira. La costra del muñón de su nariz se comenzó a partir cuando abrió la boca desmesuradamente, tratando de inyectar en sus palabras todo el desprecio de que era capaz. En cualquier otro lugar o circunstancia se hubiera visto cómico con el vendaje enrollado apretadamente sobre la cabeza y debajo de la barba. Las vendas se habían ensuciado y la mugre se mezclaba con la sangre que se había escurrido y estaba ya seca. Sobre la cabeza se había encasquetado una gorra de servicio que le quedaba muy chica a causa del vendaje. Estaba sin afeitar y tenía la cara salpicada de lodo, el cual, al desprenderse, le había dejado el rostro cubierto de manchas cenizas. Pero nadie se fijó en que, con su nariz mutilada y sus vendajes, parecía payaso de algún circo de mala muerte.

Mostró los dientes horriblemente. Luego soltó una breve carcajada, y, al mismo tiempo que reía, gritó:

—¡Marrano asqueroso, traidor, desertor, hijo de puta! ¿Tú, tú me diste la oportunidad que yo aproveché mal? Lo hice porque de ti, perro rebelde, no acepto nada, ni la oportunidad de salvar mi vida. Por eso fue por lo que hice lo que yo quise y no lo que tú querías, perro, indio piojoso.

—¿Traidor y desertor yo? Muy bien dicho, teniente Bailleres. Servir en el ejército es, según dicen todos, el más alto honor. Fue un honor para mí, también, cuando me alisté. ¿Pero quién de ustedes, los oficiales, nos permitieron a mí y a mis camaradas tener honor? Fui golpeado y pateado cuando era recluta, y aún después, cuando fui cabo. Y no solo golpeado, sino escupido en la cara. Y no solo eso. Cuando alguno de ustedes, los oficiales, estaba borracho o de mal humor, nos hacía arrastrarnos de panza o de rodillas en lugar de marchar, o limpiar las letrinas con un cepillo de dientes; a los soldados más antiguos se les incitaba a que atacaran por la noche a los reclutas y los golpearan despiadadamente, y a la mañana siguiente las víctimas tenían que mentir, diciendo que se habían caído por la ventana o del techo, donde no tenían nada que andar haciendo. Te digo, teniente Bailleres, que el desertor que huyó de ese

infierno donde la última pizca de honor le había sido sacada a latigazos, golpes y torturas, el que desertó de ese ejército, tenía diez veces más honor en su cuerpo que aquellos que aguantaban todo por miedo y obedecían ciegamente sin rebelarse. Tal desertor tenía mil veces más dignidad que los oficiales que gozaban y se vanagloriaban con su autoridad. ¿Yo un traidor? Los únicos y verdaderos traidores son aquellos que sacaron a golpes todo sentido de honor a sus soldados y los degradaron a tal punto que ya no sabían en qué ejército servían o a qué país mostraban su lealtad. Traidores son los que han sangrado al pueblo, arrebatado sus justos derechos y humilládole a tal grado, que, no pudiendo al fin soportarlo más tiempo, prefirió desencadenar una guerra civil antes que seguir sufriendo más indignidades. Ésos son los traidores, los verdaderos traidores que crean y causan revoluciones por su sed de poder, sus ambiciones egoístas, sus estafas, sus robos, corrupciones, violaciones y asesinatos. Puede ser que dentro de diez años, o a la mejor cincuenta, se diga que nosotros, los piojosos, los mugrosos indios rebeldes, bandidos, saqueadores, y todo lo demás que ustedes nos llaman, somos los verdaderos salvadores de este país. Tú no entiendes eso, teniente Bailleres. Y por eso viniste aquí por segunda vez aun después de que te lo advertí.

—¿Qué derecho tienen ustedes, animales, de advertirme a mí nada? —gritó el teniente con rabia y arrojando el resto de su cigarro en la lumbre—. Ustedes no tienen derecho de advertir. Yo voy y vengo cuando quiero, sépanselo bien.

—Ya lo sabía. Por eso te marcamos, para que no fueras a volver disfrazado de mujer o de cualquier otra manera, a espiarnos otra vez. Tú no viniste hoy aquí para servir a tu general o a tu gobierno: también sé eso. Esta vez viniste a agarrarme, a tomarme vivo y a hacerme pagar por tus orejas y tu nariz carcomida por los gusanos.

—¡Correcto, maldito marrano! —gritó el teniente, entrando cada vez más en un estado frenético—. Te quería coger vivo. Y mi fracaso será el único dolor que sienta cuando pague por mi cigarro terminado. Para que sepas lo que te hubiera hecho si te hubiera agarrado, te lo voy a decir antes de que sea muy tarde y me hagan callar la boca para siempre. Te hubiera tendido en el suelo y te hubiera mandado meter una estaca en el estómago poco a poco, centímetro por centímetro, y te tendría clavado al suelo firmemente. Ya que tanto gritas que quieres tierra y libertad, yo te hubiera atarragado de tierra hasta que reventaras, así tendrías la libertad de pudrirte lentamente.

—Ya tenía idea, teniente, de que eso era más o menos lo que harías —replicó *el General* con una sonrisa—. Y porque sabía eso no mandé traer a ninguno de mis muchachos; en su lugar, tengo aquí a estos salvajes, que nos ayudarán a divertirnos mejor. Ellos ya conocen estas diversiones porque fueron en un tiempo los ejecutantes. Ora ya no tenemos más qué decirnos, teniente.

—Desde luego que no, perro.

El General llamó a los salvajes.

—¿Ya entendieron la clase de paseo al infierno que escogió este caballero?

—¡Seguro! —contestaron los tres simultáneamente—: Desde luego, *General*, lo oímos todo. ¡Tierra y Libertad! ¡Salud, *General*!

—¡Tierra y Libertad, muchachos! —contestó *el General*.

Uno de los hombres caminó hasta donde estaba el teniente, le picó las costillas con su machete, y le dijo:

—Vamos, amiguito. Te voy a cantar una canción de cuna allá afuera del campamento, pa' que te arrulles.

El teniente se incorporó de un salto, como si no quisiera ser tocado por esta gente. Se volvió hacia su general, quien durante la larga conversación había permanecido sentado en su tronco sin pronunciar palabra.

—¿Tiene, por acaso, un buen trago en su botella, mi general? —preguntó el teniente.

El general sacó un elegante frasco de cristal, delgado y ligeramente curvo, propio para amoldarse a la cadera y poder ser llevado cómodamente en el bolsillo. Le cabía como un cuarto de litro y todavía estaba lleno.

—Tómese la mitad, teniente —dijo el general al alargarle el frasco—. Déjeme el resto. Probablemente necesite un trago más tarde tanto como usted lo necesita ahora.

El teniente sostuvo un dedo contra la botella para medir la cantidad que se iba a tomar; luego tomó un gran trago, bajó el frasco, vio su dedo y cuando se dio cuenta de que aún le quedaba algo de su parte, tomó un segundo sorbo más pequeño.

—Aquí tiene, mi general, creo que lo dividí legalmente.

Se rió con un lado de la boca mientras devolvía el frasco.

El general introdujo el tapón pensativamente. Luego miró directamente a la cara al *General*:

—Pero, muchacho, ¿de veras vas a hacerle algo tan cruel a mi teniente?

—Admito que al principio no era mi intención, general. Pero usted oyó, como todos oímos, lo que pensaba hacer su teniente si yo caía en sus manos.

—Eso era solo una broma de soldado —le aseguró el general.

—Entonces también fue una broma de soldado cuando un buen número de nuestros compañeros cayó en manos de los rurales hace unas cuantas semanas en la finca Santa Cecilia, y fueron enterrados hasta el cuello y pisoteados por los caballos hasta que sus cabezas quedaron aplastadas. Excelentes bromas de soldado, general.

El general se encogió de hombros y dijo:

—Ocurren brutalidades en la guerra. Y estamos en guerra uno contra otro. Pero esas crueldades son raras. Yo nunca he ordenado semejantes actos, y si hubiera estado en esa finca no habría permitido tales abusos.

—Teniente —dijo *el General*—, ¿tienes algún comentario que hacer sobre las bromas de soldado de que habla tu general?

—A ti ninguno, hijo de puta —dijo el teniente y contorsionó su cara como una horrible máscara.

—Pos ora te diré algo, teniente. Eres un individuo valiente. Eso es lo que tú crees,

al menos. Por eso te voy a hacer una proposición. No creas que le tengo miedo a la miserable clase de espía despreciable que eres.

El General sacó un cuchillo de la funda que llevaba al cinto. Al hacer esto, se volvió hacia los muchachos que estaban alrededor y les dijo:

—Denle a este espía hijo de la tiznada un cuchillo del mismo largo que el mío.

Uno de los hombres sacó un cuchillo y miró al *General* como si dudara de haberle entendido.

—Dáselo —dijo *el General*, e hizo un ademán con la cabeza.

El teniente tomó el cuchillo titubeando.

—Pa' que no creas que atacamos a hombres indefensos. Ni yo, ni ninguno de los que tenemos algo que decir aquí. Vamos, agarra tu cuchillo. Yo agarro el mío, y el que gane de los dos le hace al otro lo que pensabas hacerme si hubiera caído en tus manos.

—¿Estás loco, *General*? —gritó uno de los muchachos.

—Al contrario. Es que estoy de buen humor. No debemos dejar a estos oficialillos que crean que les tenemos miedo en una pelea de igual a igual. En el cuartel abren mucho el hocico y le dan a cualquiera una patada en el estómago por cualquier motivo. Pero solo a los soldados, a los que no se pueden defender; y si alguno les hubiera respondido con un trancazo en la quijada, que es lo que se merecen veinte veces al día, lo habrían fusilado.

El General volteó hacia el teniente y le sonrió:

—Vamos, vamos, a darle; tú, un perro teniente, y yo un sargento desertor. Tú tienes un cuchillo como el mío, y aquí no me fusilan si te doy tus trancazos. Si quieres, dejo mi cuchillo. Ni lo ne'sito con un oficialillo baboso como tú —arrojó el arma hacia atrás—. Tú puedes conservar el tuyo, yo usaré nomás mis puños, y si tú ganas puedes irte libremente, volver con tu bola de infelices, y jalarme con un lazo.

El teniente volteó a su alrededor.

Un enorme grupo se había reunido en los últimos momentos para presenciar el duelo. Por un breve instante, el teniente estuvo dispuesto a aceptar la lucha, pero cuando *el General* tiró su cuchillo y se dispuso a pelear con sus puños vacíos y con la intención inequívoca de retorcerle el pescuezo como a una gallina con esas manazas sucias y callosas, el teniente se sintió tan humillado frente al grupo de muchachos que reían y se burlaban, que tuvo que rehusar la pelea. Solo rehusando pelear con *el General* en términos tan desiguales podía salvar su honor y llevárselo consigo. Pues aun en el caso de que hubiese triunfado, nunca habría soportado la indignidad de haber peleado desigualmente contra un piojoso harapiento sólo para salvar su pellejo. Todo el que se enterara de ello lo hubiera atribuido a cobardía indigna de un oficial. No se le podía infligir mayor humillación que la que le proporcionó *el General* con el simple gesto de arrojar su arma y dejarle a él la suya. Se podía desgarrar la cara de rabia por no haber tirado su cuchillo primero, en lugar de dejar que se le adelantara *el General*. Desarmado, no hubiera vencido nunca a este fornido hombre endurecido por

el diario trabajo manual, pero al menos sus compañeros podían decir que había muerto como un héroe.

Ahora no le quedaba sino contestar de la manera que creía más apropiada para un oficial.

Dio un paso hacia adelante. Lleno de rabia, se quedó mirando fijamente al *General*, enseñando los dientes como si quisiera devorarlo, luego levantó su brazo y con un violento movimiento arrojó su cuchillo al suelo, donde se clavó hasta el mango. Luego escupió a los pies del *General* y gritó mientras señalaba al escupitajo:

—¡Ahora perro sarnoso, hijo de puta, lame eso! No crees en serio que un oficial va a pelear con un gusano de estercolero. A alguien como tú le daría media docena de cachetadas, pero no me rebajaría a pelear con él de igual a igual, marrano asqueroso.

Mientras vociferaba, la cara se le iba amoratando y la sangre manaba por sus heridas no cicatrizadas aún. Pero la impresión que había esperado causar, revelándose como un héroe frente a su general y ante la tropa enemiga, falló completamente. Había esperado que ante este torrente de insultos, *el General* se enfureciera y terminara con él, poniendo así un rápido fin a esta tragicomedia.

Pero en lugar de la esperada furia, sola escuchó un tumulto de risas burlonas y de silbidos. *El General* rugió, pero no de ira, sino de gozo. Ya había escuchado demasiadas veces explosiones semejantes durante su vida de soldado para que ahora lo impresionaran. En la situación actual, los insultos del teniente solo podían parecer ridículos; pues para todos los que apreciaban la situación, sus chillidos no eran más que el jadeante gemido y el rechinar de dientes del coyote que ha caído preso en una trampa y ve ante sí la cara radiante del cazador victorioso. Y puesto que estos trabajadores de la selva estaban más que familiarizados con el aullido y los quejidos de los animales salvajes atrapados, la actitud del teniente les recordaba a un coyote recién capturado.

El teniente no podía darse cuenta de por qué sus insultos y su comportamiento, que había preparado para causar una impresión de heroicidad, fallaron completamente y solo provocaron risa, lo cual hizo que por un instante se sintiese como un cómico.

Cuando el efecto que él había esperado producir y con el cual contaba para endulzar un poco su salida de este mundo no sólo no fue logrado sino que produjo una impresión contraria, le sobrevino por primera vez desde su captura un inmenso sentimiento de futilidad y desolación. Miró a su general con ojos muy abiertos, confuso y suplicante. Esperaba hallar en él la respuesta o la explicación de lo que estaba pasando. Hubiérase sentido agradecido si el general se le hubiese acercado y abrazado de una manera fraternal, pero el general estaba en una situación tan desesperada como su teniente, pues él también había esperado un acceso de furia de parte de los rebeldes en lugar del desprecio y la burla, y se encontraba atónito ante el inesperado desenlace, quizá más confuso aún que el hombre que en estos momentos buscaba su apoyo moral.

8

Aunque los hechos ocurrieron en pocos segundos, al teniente le pareció una eternidad. Su tristeza se ahondaba segundo por segundo, a medida que miraba las caras sonrientes de los muchachos. Tan desolado y triste se sentía, que si hubiera tenido diez años menos hubiera llorado y llamado a su madre. Por un instante se olvidó de lo que pasaba a su alrededor y recordó, con la súbita claridad de un rayo, el episodio de su vida que con mayor amargura había experimentado hasta ahora.

Aun antes de que se diera de alta en el colegio militar como cadete, conoció a una muchacha que en aquel tiempo tendría unos trece años. Estaban enamorados uno del otro y habían convenido en casarse en cuanto él obtuviese el grado de teniente. Se escribían dos veces por semana, y cuando él tenía licencia se veían por las tardes. Ella era como una diosa para él, y se habían jurado fidelidad más allá de la tumba. Sin embargo, cuando estaba por terminar el último año en la academia, recibió una carta de ella pidiéndole perdón; se había casado seis semanas antes. Su primer pensamiento fue terminar su existencia con una bala en el cráneo. Pero sólo se retiró a su cuarto. Y cuando se puso a pensar y a recordarlo todo, lo que había sido para él esta muchacha y cómo le había jurado lealtad eterna cientos de veces, se sintió tan inconsolable que lloró amargamente durante horas enteras. Después contó a sus compañeros, cuando se burlaron de su cara roja e hinchada, que había sufrido un espantoso dolor de muelas.

Este episodio, que acudió súbitamente a su memoria, lo obsesionó. Lo invadió la misma tristeza, la misma desesperanza que experimentó al recibir la carta. Sintió que las lágrimas le brotaban.

Hubiera llorado abiertamente, cerrando sus ojos a todo lo que le rodeaba, si hubiera dispuesto de diez segundos más para recordar este episodio. Pero una exclamación puso fin a su retraimiento.

—¡Caray! —gritó *el General* enérgicamente plantando los puños sobre sus caderas—. ¡Miren a éste! Siempre supuse que estaba tratando con un cobarde, y eso que trae uniforme. Primero tenía miedo porque yo traía cuchillo y él no, luego porque le di un cuchillo y yo tiré el mío. Y ahora tiene miedo de que lo claven al suelo con una estaca, tal y como quería él hacer conmigo. Por eso esta lombriz uniformada me escupió y gritó, pa' que yo me enfureciera y lo partiera en dos rápidamente, dándole así la oportunidad de una salida airosa. ¡Ahí tienen a su teniente! ¡Un oficial del glorioso ejército! Un cobarde, nada más; y ahora me avergüenzo de haber querido pelear con este cobarde. Una vieja renga de nuestro ejército tiene más calzones que este desgraciado. Pero, ¡por Dios!, primero me hacen comer carne de perro hoy en la noche que meterle mi buen cuchillo en su cochino cuerpo.

Siguieron a estas palabras las mismas risas burlonas de parte de los muchachos.

El teniente había escuchado este discurso con un terror que se ahondaba con cada palabra. Sacudió bruscamente la cabeza como si tuviera miedo de enloquecer, y,

mitad en voz alta y mitad para sí, dijo: «¡Oh, Dios mío!, ¿cómo permites que se me humille tanto?»

Luego abrió desmesuradamente la boca, como para gritar en respuesta al discurso del *General* que todo era un malentendido, que no había escupido a sus pies para enfurecerlo, y que había sido por un impulso de valentía y bravura auténticas por lo que lo había insultado soezmente. Pero antes de decir palabra, se dio cuenta de que parecería aún más ridículo si hablaba de un malentendido. Resultaría idiota afirmar que había insultado al *General* para demostrar su valor.

Cuando *el General* hubo al fin terminado su discurso, el teniente estaba tan pálido y tan encogido que parecía que las mismas palabras lo habían aniquilado ya. Miró de nuevo a su general. Esta vez no en busca de apoyo moral, sino solo para ver cómo había reaccionado ante el discurso humillante.

El general evitó mirarle, intencionalmente, según le pareció al teniente. Entonces supo que el discurso había convencido hasta al general de que no había sido su valor, sino el miedo, lo que lo había impulsado a tratar de enfurecer al *General* para que éste le infligiera una muerte rápida e indolora.

Y ahora, por fin, el teniente ya no pudo contener más las lágrimas. Comenzó a sollozar, sacó su pañuelo, y escondió en él la cara.

9

El General se volvió y dio unos pasos hacia la lumbre. De pronto se detuvo, llamó a uno de los salvajes y le dijo:

—Nomás cuelguen al gusano este, rápido y sencillo, y dense prisa.

El teniente se secó rápidamente los ojos, fue hacia el general y dijo:

—Mi general, por favor créame cuando le digo que le grité a ese marrano sólo porque quise… —no dijo más. Dio media vuelta mientras pensaba para sí: «¿De qué sirve? *Yo*, lo sé, y eso me confortará por toda la eternidad. Que lo sepan otros, o que yo sea capaz de hacérselo entender, no importará en absoluto dentro de cinco minutos.»

Se irguió. Caminó hasta quedar cerca de su superior, lo miró directamente a la cara, y dijo en tono militar:

—Con su permiso, mi general; deseo licencia indefinida. Con su permiso —luego añadió saludando—: ¡A sus órdenes, mi general! ¡Adiós, mi general!

El general le tendió la mano, luego lo abrazó, saludó militarmente y dijo:

—¡Adiós, muchacho! Adiós, teniente Bailleres. Nos veremos otra vez en unas cuantas horas. ¡Hasta la vista!

Una ligera sonrisa asomó a los labios del teniente, y saludó una vez más.

Luego volteó rápidamente. Sin titubear o esperar la orden, caminó de prisa delante de los hombres que le iban a llevar, uno de los cuales le puso una lodosa soga

al cuello.

Unos momentos después se oyó la voz de uno de los individuos:

—No, teniente, ahí no. ¡Acá, más p’acá! Vamos, vamos. ¡Los pies están tocando él suelo!

XV

1

El general de los federales, acuclillado y encogido, pareció perder todo interés en lo que pasaba a su alrededor. Automáticamente sacó un cigarrillo de su pesada pitillera dorada y lo encendió con una brasa.

Lentamente, los miembros del Estado Mayor se fueron sentando cerca de la lumbre, mientras que el resto se apartaba en pequeños grupos.

Uno de los hombres, Agapito, se acercó, y mirando primero al general y luego a su jefe, como si estuviera considerando las posibilidades de un encuentro de box, dijo:

—¿Sabes, *General*, que no te vendría mal usar este uniforme? Te verías muy bien y todo el mundo se daría cuenta de que eres nuestro general. Yo creo que te queda. Los dos son del mismo alto. Nomás que tú eres tan flaco como un palo y el gran jefe que tenemos aquí, como huésped de honor, está más gordo que un marrano —después, dejando su tono humorístico, pero dirigiéndose ahora al general prisionero, agregó—: Vamos, viejito, levántese y quítese sus garras para medírnoslas.

El general tomó un poco de valor y miró fijamente al que le hablaba. Se retorció vacilante sin saber qué hacer, dudando entre obedecer o no a este indio harapiento. Miró con incertidumbre al *General* y al *Profesor*, a quienes reconocía como a las únicas autoridades del campamento.

Pero *el General* y *el Profesor* no estaban como para ser interrumpidos en su conversación. Se portaron como si no hubieran oído lo que dijo Agapito.

Al ver que el general no hacía movimiento alguno para despojarse de su capa, Agapito le propinó un formidable puntapié en las costillas con su pie descalzo, y el general cayó al suelo.

—¿No oyó lo que le dije? —gritó Agapito—. ¡Quítese sus garras, y no se tarde!

El general gritó enfurecido:

—Indio marrano, ¿estás tratando de darle órdenes a un general? Te voy a mandar despellejar por tu impertinencia.

—No hable tantas babosadas —contestó Agapito sin turbarse en lo más mínimo por el acceso de furia del general; lo levantó con sus fuertes brazos y mientras lo mantenía en vilo llamó a unos mocetones, y en menos de un cuarto de minuto el general estaba ante ellos en calzoncillos verdes, bastante sucios, que le llegaban hasta las rodillas.

Los muchachos que charlaban con *el General* repararon en el incidente. *El General* miró el montón de ropa. Se acercó y levantó una por una las distintas prendas como calculando que algún ropavejero las pudiera comprar.

—¿Acaso estos harapos —dijo al fin, con infinito desprecio—, con sus botones lustrosos y un águila dorada en los hombros me van a hacer divisionario?

Los muchachos prorrumpieron en carcajadas y se volvieron a mirar al prisionero, quien, ante tantas caras burlonas, se enconchó, después de haberse esforzado durante algunos momentos por comportarse con dignidad. Estaba temblando. Se acercó a la lumbre y se volvió a encoger. No era solo el fresco de una tarde lluviosa lo que le hacía temblar de esta manera. Era más bien la incertidumbre de su destino lo que le impedía guardar su compostura, y sobre todo la humillación que le infligían estos barbajanes, y que él, como prisionero, tenía que soportar. Hubiera preferido mil veces pararse ante el paredón, pero orgullosamente uniformado, y no tener que soportar, vestido sólo con sus calzoncillos, las burlas de estos indios.

—Bueno, ¿y ahora qué es usted? —le preguntó *el Profesor*—. Agachado como está, ni el Caudillo lo tomaría por general. Y si fuera a marchar tal como está hacia su división, nadie gritaría: «¡Atención!» Tendría que acercarse bastante para que alguien, al reconocerlo, dijera: «¡Dios mío, aquí está el general! ¿Pero qué diablos parece?» Sin su uniforme inspira lástima, general. Eso lo debe saber. A usted sólo el uniforme lo convierte en general: porque si fuera general de verdad no estaría aquí medio desnudo ni tendría ese aspecto tan insignificante. Al contrario, nosotros seríamos sus prisioneros y usted nos habría mandado enterrar vivos.

Arcadio asintió con la cabeza y dijo:

—*El Profesor* tiene razón. Mire a nuestro *General*, al de nosotros. No trai un bello uniforme como el suyo; ni siquiera trai uniforme alguno. Las polainas que trai son las dos de la pierna derecha, porque las izquierdas las trai algún otro o porque se quedaron en las patas de dos de sus oficiales que ya no andan caminando.

—No, Arcadio —le interrumpió *el General*—, eso no es cierto. Las dos izquierdas taban tan agujeradas por las balas que ya no servían. Por eso traigo dos derechas.

—Desde luego que no considera a nuestro general como a uno de veras, ¿verdad? —preguntó Celso—. Y cree que no puede ser un general de veras porque no trai un bonito uniforme como el suyo. Pero nosotros no ne’sitamos uniformes. No ne’sitamos ni banderas ni estandartes pa’ darnos valor. Tenemos bastante valor sin clarines, ni tambores, ni arengas, y siempre sabemos nuestros puestos y dónde queda nuestro batallón. Pa’ matar federales, no ne.’sitamos barras o estrellas o águilas en los hombros. Nosotros sabemos lo que queremos. Cada quien sabe lo que quiere. Sus soldados uniformados son como borregos que corren de aquí p’allá cuando el pastor los agarra a pedradas o cuando los perros los corretean.

—Bien dicho —*el Profesor* intervino otra vez—. Muy bien dicho, Celso. Ésa es la razón por la cual ganaremos la revolución, aunque dure cinco o diez años; porque nosotros sabemos lo que queremos, y sus borregos no, porque ustedes no los dejan siquiera pensar libremente qué es lo que quieren. Si está temblando, general, acérquese más a la lumbre. No nos lo vamos a comer. Al menos todavía no.

2

El General se agachó, levantó la capa del divisionario y gritó:

—¡Epa, muchachos!, ¿quién quiere un buen abrigo?

Un muchacho que vestía un pantalón y una camisa despedazados contestó:

—Yo puedo usar esa capa. Tá más frío que el diablo en las noches cuando tengo que hacer guardia.

El General le tiró la capa que el muchacho cogió al vuelo y se la puso inmediatamente. En seguida vio que le quedaba demasiado grande.

—No importa —dijo riendo—. En la siguiente hacienda que tómemos voy a tragar bastante pa' que me venga la capa de este panzón.

—Deja las aguilitas en los hombros —le gritó Celso.

El Profesor intervino:

—Sí, Esteban. Deja las águilas. Se ven bonitas. Cuando llegues a Jovel un día y pases por el cuartel, la guardia va a presentar armas. Entonces puedes entrar al cuartel, mandar marchar a todo el batallón y traértelos para acá con todo y sus armas y su parque. No temas. Ni un soldado te verá a la cara. Nomás verán tus águilas. Cuando ven tres estrellas o un águila ahí, pierden sus cinco sentidos y se vuelven máquinas. Nomás les gritas a esas máquinas y se ponen en movimiento rápidamente, hasta en medio de un lago, si así lo ordenas. Cualquiera puede hacer mover esas máquinas si se prende unas cuantas estrellas o un águila en los hombros. Aunque no lo creas, esa es la verdad.

—¿Y quién quiere los pantalones? Tienen asiento de cuero —continuó *el General*, levantando los pantalones para que alguien los reclamara.

—Échalos p'acá —contestó Cecilio. De un tirón se sacó los harapos que traía por pantalones y se puso los elegantes del general. Cuando se paró y se alisó los pantalones para ver cómo le quedaban, dijo—: Falta un pedazo por abajo. ¿Onde está?

Los muchachos se rieron. Uno gritó:

—Así son, bruto. Es muy necesario que se puedan desabrochar los pantalones por abajo. Así los necesitan cuando los mandan contra nosotros y traemos rifles y ametralladoras. Solo cuando no estamos armados es cuando vienen más valientes que un león hambriento.

3

El general no sabía qué hacer. Todo cuanto se decía, las burlas y las pullas, era a costa suya. Su altiva dignidad estaba tan desacreditada y rebajada y se sentía tan insignificante, que ya no podía ni sentir lástima de sí mismo. Si hubiera tenido un

revólver a la mano, hubiera puesto un fin rápido a su existencia. Cuando pensó en esto, se le ocurrió otra idea: no se mataría, sino que dispararía a estos hombres hasta la última bala, teniendo buen cuidado de que *el General* recibiera el primer disparo. Mientras cavilaba, se le ocurrió otra forma de evasión que podría llevar a cabo con éxito: sencillamente levantarse y correr. Quizá con algo de suerte alguno de los muchachos le podía disparar y matarlo, acabando así de una vez con todas las humillaciones y los insultos que había sufrido y que aún le faltaban por sufrir.

Se arrodilló y apoyó ambas manos en el suelo para darse ímpetu. Pero entonces se dio cuenta de que no llevaba encima más que sus calzoncillos y sus calcetines rotos. En calcetines tendría mucha dificultad para correr a través del suelo irregular, y tendría, además, que sostenerse los calzoncillos con las manos para evitar que le resbalaran. Cuando pensó en esto, se dio cuenta de que con esa indumentaria y bajo las circunstancias en que tendría que escapar, se pondría en un espantoso ridículo, comparado con el cual su situación presente se hacía tolerable. Decidió permanecer sentado, esperando la sentencia de muerte que sabía le sería dada antes de una hora.

4

Los muchachos que se habían llevado al teniente regresaron e informaron:

—Ya está colgado el jijo ese.

—Muy bien —replicó *el General*—; cuando haya estado colgado un buen tiempo, van y me traen el lazo, lo ne'sitamos pa' nuestro vecino, el muy honorable general de división. No podemos darnos el lujo de usar un lazo pa' cada oficial. No estamos tan ricos y no podemos apedrearlo hasta que muera. Eso sería una barbaridad. ¿Qué piensa usté, general?

—Podían concederme la última pizca de honor fusilándome. No tendrían que gastar más que una bala —el general se esforzó por sonreír; pero sólo consiguió hacer una mueca grotesca.

El muchacho que recibió los pantalones del general le arrojó los suyos, todos despedazados.

—¿Puedo ponerme éstos? —preguntó el general.

—Seguro que sí —dijo Celso—. Nosotros somos gente de respeto. No dejamos que naiden, menos un gran general como usté, ande por ai en calzones. ¿Qué pensarían nuestras mujeres? No crea que somos una bola de salvajes. Tenemos mucha moralidad —en seguida, mirando a los hombres de un grupo cercano, gritó—: ¿Quién de ustedes tiene una camisa vieja pa' nuestro huésped? Ya tienen bastantes camisas nuevas con las que nos trajeron a regalar los soldados y por las cuales estamos muy agradecidos. A ver, demen una camisa, aunque esté viejita, pues hay que vestir con gusto al pobre que no tiene qué ponerse.

Una amarillenta camisa de algodón, que olía bastante a sudor, voló por los aires.

Celso la levantó.

—Ahí tiene usté una buena camisa, general —dijo Celso arrojándole el harapo—. No vaya a creer que no sabemos cómo tratar a nuestros visitantes, aunque no los háigamos invitado.

Luego gritó de nuevo:

—¿Alguien tiene por ai unos huaraches que ya no le sirvan? ¡Échenlos p'acá!

Un par de huaraches viejos llegó volando y cayó a los pies del prisionero, quien se esforzaba por ponerse la camisa que a todas luces le quedaba demasiado angosta.

Un muchacho le empujó los huaraches con el pie.

—Aquí están sus botas de montar, general, pa' que no vaya a lastimarse sus lindos piecitos —dijo, dando a su voz una entonación afeminada. Luego cambió el tono y exclamó con voz fuerte—: A naide le ha importado si en las monterías pisamos piedras o espinas, o si pateamos alacranes o nos desgarramos los pies en las rocas filosas. Pero no somos tan desvergonzados como usté cree, general. Somos muy decentes. Ya sabemos lo qu'es enterrarse una espina en la planta del pie y que la punta le salga por arriba.

5

—Ora echaremos un vistazo de cerca por el campamento a ver qué hacen los muchachos, y si ya tienen algo pa' la cena —dijo *el General* levantándose.

Todos los hombres de su Estado Mayor lo siguieron. Cuando hubieron caminado un poco, *el General* se detuvo y gritó:

—¡Epa, general, usté se viene con nosotros, desde luego! ¡Andele, ándele!, o lo vamos a tener que traer. Insistimos en que vea algo que vale la pena.

El general echó a andar lentamente, pues no le gustaba mucho la idea de tener que obedecer, pero no ignoraba lo que le pasaría de no hacer lo que le ordenaban. Lo golpearían, y eso quería evitarlo a toda costa.

El grupo deambuló por el campamento.

—Tenemos un buen campo aquí —dijo *el General*.

—Es verdad —asintió el prisionero—. Este campamento, bien defendido y con unas cuantas trincheras por el lado del llano no podría ser tomado por una fuerza que no conociera el terreno y la situación de los defensores. Yo podría sostener este campamento con dos batallones contra dos divisiones enteras durante meses.

—Me da gusto oírle decir eso, general —*el General* movió la cabeza, visiblemente satisfecho—. Yo mismo escogí este sitio y lo escogí aquí porque ne'sitamos descansar por un buen tiempo. Nuestra fuerza ha sido reducida y tenemos que economizar parque. No estamos tan bien que digamos. Eso se lo digo porque a usté ya no le sirve de nada saberlo. Pues dentro de una hora más o menos lo vamos a tener que mandar al otro mundo, aunque no quisiéramos deshacernos tan pronto de

huésped tan fino.

Caminaron por todas partes. *El General* le señaló un nido de ametralladoras y le dejó ver que el parque no abundaba —aparentemente, pues el depósito principal de parque y armas estaba bien escondido.

—¿Tienen artillería en Balún Canán? —preguntó *el General* sin mirar a su compañero.

—Seis cañones. Ligeros. De setenta y cinco. Y le voy a decir que si hubiéramos tenido tres de ellos no hubiera quedado ni el rastro de ustedes.

—Puede ser. ¿Por qué no? De todos modos, espero que cuando su brigadier o un coronel vengan la próxima vez a pegarnos, se traigan no tres, sino los seis cañones. Si no, me voy a enojar mucho. Muchísimo. Puede escribirle si quiere. Le voy a dar un pedazo de papel. Podíamos aprovechar esos cañones, y algunos buenos artilleros también, que nos enseñaran a manejarlos. Estoy seguro que son cañones que se pueden desarmar y cargar sobre mulas.

—Sí se pueden —replicó el general—. Pero no te quiebres la cabeza con eso, muchacho. Si no estuviera yo prisionero, te daba mi palabra de honor de que verías esos cañones muy pronto. Pero solo las bocas, naturalmente.

—Naturalmente —*el General* rió—. Es una lástima que no podamos hacer nada, pues usted ya ha visto demasiado aquí y ya conoce muy bien el campamento. Claro que siempre podría volver a organizarlo de otra manera o avanzar contra usted desde distinta dirección. Realmente, cuando me pongo a pensar, casi, casi me dan ganas de soltarlo. No, no me quiera convencer, general, pero sí que me gustaría mandarlo como regalo al glorioso ejército del Caudillo. Una especie de ofrenda ¿sabe?, para pagar por todas las armas y el parque que usted me dio de modo tan amistoso. Estoy pensando seriamente dejarlo escapar. Si nomás pudiera usted volver con toda su artillería, de una buen vez decidíamos el asunto. Aquí entre nos, general, ya estamos cansados de todo esto; de veras cansados. Los muchachos ya quieren volver a casa, y yo también. Así es que si usted trajera los cañones, no duraría mucho la cosa y tendríamos una buena excusa pa’ largarnos. Hay poco parque, como usted vio; es poco pa’ sostenernos largo tiempo.

El general asintió varias veces, pero era evidente que escuchaba sólo a medias, pues elaboraba un nuevo plan. El plan, sin embargo, era confuso, pues en realidad tenía dos planes y constantemente confundía uno con el otro. Por momentos pensaba si sería posible escapar todavía de una manera u otra; pero luego se acordaba que era militar, y ese pensamiento no lo dejaba en paz. Desarrollaba planes de ataque y tácticas de sorpresa para tomar el campo, siempre que se le diera oportunidad de volver a su cuartel.

Por fin sus pensamientos extraviados fueron interrumpidos bruscamente cuando *el General* dijo de pronto:

—Muchachos, llévenlo otra vez a la fogata principal.

El General, que había preguntado antes por los tres muchachos que colgaron al teniente, los veía llegar ahora. Los llevó aparte y les habló durante largo rato. A juzgar por los gestos de los muchachos, era evidente que *el General* se aseguraba de que habían entendido correctamente.

Al fin partieron, y, después de un rato, volvieron a la fogata. Uno de ellos llevaba al hombro un lazo cubierto de lodo seco.

Se detuvieron por un momento, esperando órdenes.

Cuando *el General* los vio, se dirigió hacia su huésped de honor y dijo:

—Veo con mucha pena, general, que está usted dispuesto a dejarnos y a seguir a su teniente, quien ya se le adelantó bastante. Es realmente una pena que ya no podamos ocuparnos de usted. Cuando lo sorprendimos en aquella lomita desde donde dirigía su gran batalla, lo podíamos haber atravesado con el machete. Pero, como usted se imagina, son muy pocas las veces que nos visita un general de veras y vivo. Como estamos orita, tenemos muchas ganas de aprender maneras aristocráticas, y esas las podemos aprender solamente de visitantes distinguidos como usted. Con suerte, un buen día uno de nosotros llega a ser gobernador, y cuando lo vaya a visitar el embajador de Inglaterra a la mejor le sale con un: «Qui'hubo, jijo de la tiznada, ¿cómo te va?» ¿No cree, general?

Dio media vuelta y gritó:

—¡Epa!, ¿quién trae la botella de nuestro huésped? ¿Tú? Devuélvesela al caballero.

El muchacho se la entregó al general.

El General sonrió.

—Dé las gracias. Va ne'sitar todo ese trago de su botella en la media hora que sigue.

—De veras les doy las gracias —dijo el general secamente.

—No hay de qué.

El general tomó un buen trago y metió la botella en un bolsillo del desgarrado pantalón de manta que ahora llevaba. Los pantalones le quedaban tan apretados que ya comenzaban a abrirse por las costuras de las piernas. En el estómago no le cerraban por varios centímetros y se sostenían con la ayuda de un cordón amarrado alrededor de la cintura.

—¿Tiene cigarro pa'l viaje, general? Nuestros huéspedes nunca podrán decir que los dejamos ir sin algún regalito amistoso. Aunque lo que nosotros fumamos a la mejor no le agrada a su paladar.

Volvió nuevamente la cabeza y gritó:

—¡Epa, muchachos!, ¿quién trae la cigarrera dorada de nuestro honorable huésped?

Los muchachos se miraron entre sí. Al instante, uno de ellos exclamó:

—Aquí está, jefe, en el bolsillo del saco que me acabo de poner. Hasta orita la tenté. Y aquí está su bonito encendedor. De veras que está bonito, aunque no logro sacarle ni una chispa.

El General abrió la pitillera, contó los cigarrillos y dijo, alargándosela al general:

—Hay bastantes ai, general, pa' durarle una hora. Después d'eso sus pulmones van a estar muy apretados pa' ne'sitar más.

—Gracias —dijo el general, tomando la cigarrera.

El General hizo un movimiento de cabeza y sonrió:

—Y eso es todo, caballero. Muchas gracias por la visita. Adiosito. Fue un placer conocerlo. Adiós. Que le vaya bien.

Los tres muchachos que lo iban a acompañar se acercaron al general.

Éste caminó unos pasos. Luego se detuvo y volteó gritando:

—De todos modos sigues siendo un mugroso perro piojoso, parido en un estercolero por una puta india. Quiero que sepas lo que pienso de ti antes de irme.

—Y eso es lo que él llama cortesía aristocrática —gritó a su vez *el General*, con una animada sonrisa—. Le dimos de comer, lo vestimos, lo sacamos a pasear p'ayudarle a hacer la digestión, lo hemos agasajado dejándole su botella llena de coñac y además su cigarrera de oro llena de cigarros importados pa'l camino, y ora nos echa esos insultos de despedida. Ésa es la cortesía, la elegancia de estos científicos. Ni una palabra de agradecimiento por los frijoles y las tortillas que le dimos pa' que no se muriera de hambre. Pero así es el mundo, y ni modo.

Después de decir esto, *el General* soltó una sonora carcajada. Luego, cambiando de voz gritó a los hombres:

—Denle cinco minutos al viejo cascarrabias pa' que rece y se ponga bien con el cielo. Lo ne'sita. Llévenselo bastante lejos pa' que no vaya a corromper el campo. Mañana sabremos quién apesta más, un general muerto o un indio rebelde vivo. Llévenselo bien lejos, lo menos una legua y media. ¿Entendieron bien, muchachos?

—Seguro, jefe, seguro —respondieron los muchachos, al mismo tiempo que apuraban al prisionero.

7

Cuando el pequeño grupo hubo caminado un buen trecho y estaba lejos del campamento, se detuvo.

Uno de los muchachos, dijo:

—No llevamos mucha prisa, ¿verdá, general? ¿Por qué no nos sentamos y liamos un cigarro?

—¿No quieren probar uno de mis cigarrillos? Son de Egipto.

—Puede ser. ¿Dónde es eso? A la mejor son buenos. Pero nos gusta fumar los nuestros. Gracias.

El general sacó su botella y tomó un trago muy pequeño. Luego restregó sus pulgares sobre el frasco y lo ofreció al que estaba más cerca de él:

—Toma un trago, muchacho —dijo amablemente—. Hay bastante para mí.

—Mejor no tomo nada, señor general, porque si el jefe me huele el aliento y nota que apesto a vino me da un trancazo en el hocico. ¿Verdá, compañeros?

—Pior —contestó otro—. Nos metería un plomazo en la barriga si olemos a aguardiente.

Al general no se le escaparon las palabras «señor general», pues era la primera vez que las escuchaba desde su captura. Lo reanimaron tanto como reanimaría a un sentenciado la buena nueva de que va a ser libertado porque había sido injustamente condenado y ahora recibirá una reparación pública reivindicatoría.

—Su jefe debe de ser un tirano muy estricto para no permitirles ni un goce tan pequeño —dijo el general.

—Sí, lo es. ¿Pero qué podemos hacer? Nos tiene en su poder.

—¿Pero qué esperan ganar, muchachos? Él y *el Profesor* les gritan ¡Tierra y Libertad! cien veces al día. Pero si el país queda destruido, ¿dónde van a encontrar tierra?

—Es verdá, señor general. Nunca pensamos en eso. ¿Adónde vamos a encontrar tierra?

—Y hay algo más que les voy a decir, muchachos. Por el momento admito que llevan la ventaja. Pero eso no va a durar mucho tiempo; van a llegar divisiones enteras con trescientas ametralladoras y quinientos cañones a batirlos, y no les va a quedar ni un pelo en la cabeza. ¿Qué van a hacer con su tierra y libertad cuando todos estén muertos?

—De veras. ¿Qué vamos a hacer, compañeros? —preguntó uno de los hombres—. El señor general tiene razón. Pero ¿qué podemos hacer?

—Ustedes son tres buenos mozos robustos y sanos —continuó el general—. Yo los podría meter de soldados, con paga extraordinaria de guerra. Eso es bastante dinero. Y cuando hayan servido tres o cinco años, tendrán bastante para comprarse un ranchito. Entonces pueden vivir en paz, cultivar su tierra, y todo lo que compren será suyo, sin que nadie se lo pueda quitar.

—El señor general tiene mucha razón ¿no es cierto, compañeros? Todo es como dice él. Pero ¿qué diablos podemos hacer?

—Les voy a decir, muchachos. ¿Cómo se llaman? ¿Eh? Bueno. Me acordaré de sus nombres. Y ahora, escúchenme. ¿Por qué tienen que colgarme? Eso es asesinato, y el asesinato es un gran pecado. Le pueden preguntar a cualquier padre. Si me cuelgan no irán al cielo, sino al infierno. ¿Para qué quieren ir todos al infierno, pudiendo ir al cielo? Yo ya estoy viejo, y no viviré mucho. Lo pueden ver. Les voy a decir lo que harán: me llevan al rancho más cercano donde pueda pedir prestado un caballo para irme y vivir en paz por el resto de mi vida. ¿De acuerdo? Luego ustedes vuelven al campo y le dicen a su jefe que me colgaron bien, como debían hacerlo, y

que estoy con la lengua de fuera. Deben de volver al campo, si no se harán sospechosos y su jefe mandará a buscarlos. Si no fuera por eso, me los podía llevar ahora mismo y para mañana ya serían soldados.

Los muchachos escuchaban atentamente.

—Pero es mejor que ustedes vuelvan y digan que me colgaron, para que su jefe no mande a nadie. Mañana o pasado, ustedes se escabullen, van al cuartel y allí les doy a cada uno cien pesos.

—¿Cien pesos, señor general? —preguntaron los muchachos incrédulamente.

—Cien pesos de plata para cada uno. Y si gustan, también pueden hacerse soldados. Pero si no quieren se pueden llevar sus cien pesos o irse a casa. También les daré una carta de recomendación para las autoridades de su pueblo diciendo que son buenas gentes y que no deben de ir a la cárcel porque se rebelaron. A todos los demás rebeldes los matarán, pero a ustedes no.

—¿Qué dicen de eso? —preguntó tino.

Los otros dos contestaron al unísono:

—Estoy de acuerdo.

Pero entonces el más listo de los tres dijo:

—Señor general, yo creo que sería mejor que nos diera un papelito pa' estar seguros de recibir los cien pesos.

—Desde luego, desde luego —contestó el general—. Muy justo. Pero no tengo papel ni lápiz. Dejé todo eso en mi saco. Todo lo que pude traer fueron mis cigarros y mi botella. ¿No le tienen confianza a un general, muchachos?

—Nos han traicionado tantas veces toda clase de gente, generales y no generales —dijo uno—, que ya no podemos confiar en nadie. Pero esta vez sí lo haremos, señor general.

—Y no se arrepentirán, muchachos —dijo el general levantándose, y agregó—: Bueno, vamos a seguir, antes de que se haga tarde. Ya está oscureciendo.

—No se preocupe, señor general; ya conocemos el camino, hasta de noche. Hemos estado de guardia por acá.

8

Caminaron durante un cuarto de hora. La vereda era mala, en partes pedregosa y en partes cenagosa o cubierta de tupida maleza.

La luna asomó lentamente, alumbrando el camino, luego desapareció detrás de unas rasgadas nubes negras solo para reaparecer unos minutos más tarde y después ocultarse de nuevo.

El general se quejaba. Su paso se volvía lento y tropezaba a menudo. Había estado de pie desde las tres de la mañana. Lo que había sufrido en este interminable día crucial, aparte de la batalla perdida, hubiera dejado sin fuerza hasta a un hombre

más joven.

La vereda se abrió hacia un claro.

El general avistó un peñasco, se acercó, se sentó respirando pesadamente, y dijo:

—Muchachos, no creo que pueda caminar más. Voy a tener que pasar la noche aquí.

—Entonces nuestro jefe vendrá de seguro en la mañanita por usté, señor general —dijo uno de los hombres.

—Puede ser, pero ¿qué puedo hacer?

Se limpió la cara y la frente con la manga sucia de la camisa despedazada.

Encendió otro cigarrillo.

La media luna volvió a asomar por un momento.

El general, aspirando el humo de su cigarrillo, se volvió a un lado, luego al otro. Dondequiera que dirigía la mirada no veía más que la negra espesura. El claro estaba despejado y brillante, sombreado por las manchas claras de los manojos de zacate y por las oscuras pinceladas proyectadas por las sombras de los penachos, en forma de escobetillas, de las plantas.

En la lejanía, en dirección a Balún Canán, surcaba de cuando en cuando el resplandor de un relámpago sobre la negrura del cielo.

«El cuartel general de la división», pensó el general. «¡Qué gusto poder estar allí ahora! Estar sentado en el salón, con una batería de botellas de buena cerveza a un lado, jugando al dominó con el mayor Fernández o con el capitán Munguía. El capitán Munguía ¡qué diablos!, no vale gran cosa como soldado, y menos como caballero. Pero en caso de apuro, se le podía llamar para jugar una partida de dominó. Siempre estaba listo, el sinvergüenza ese.»

El general aspiró fuertemente. Su cigarrillo brilló en la oscuridad.

—¡Dios mío! —exclamó de pronto con voz alta, levantándose convulsivamente como disparado desde la piedra en que había estado sentado. Tiró lejos su cigarrillo —. ¡Santa Madre de Dios! Nunca pensé en eso. ¡Maldita sea, nunca pensé en eso!

Hablaba a gritos, con la voz llena de un terror indescriptible.

Sin querer, se dejó caer otra vez sobre la piedra. Dejó correr su vista hacia la espesura impenetrable de la majeza, a la derecha, a la izquierda, a la izquierda, a la derecha, constante e incesantemente, como si su cabeza se moviera por sí sola. Luego accionó su cuerpo hacia arriba y hacia abajo.

De pronto y con una sacudida decisiva cesó estos movimientos y emitió una corta y sonora carcajada.

—De manera que eso es, eso es lo que intentaba hacerme. Nomás eso. Nunca lo hubiera creído, nunca hubiera pensado que él fuera capaz de urdir algo tan traicionero, tan infame. ¡Gracias, Dios mío, que me avisaste a tiempo!

Respiró profundamente, como relevado de una pesada carga. Encendió otro cigarrillo y lanzó gruesas bocanadas de humo.

Los muchachos no mostraron el menor interés por saber si el general tenía

convulsiones o si había sido atacado de un súbito e irresistible impulso de saltar como un fauno a la luz de la luna.

Como si se hubiera olvidado completamente de los muchachos que estaban acostados en el suelo, no muy lejos de él, el general empezó a hablar en voz alta consigo mismo y en el mismo tono que acostumbraba usar ante una junta de oficiales. Mientras hablaba, accionaba y fumaba sin cesar.

—¿Qué diablos puedo decir cuando vuelva al cuartel? Todos se pararán a mi derredor y se me quedarán viendo. Llego solo, bueno y sano, sin un rasguño, sin haber perdido ni medio kilo de peso. Regreso vestido como un indio harapiento y sucio. Llego sin mi batallón. Ni un oficial me acompaña, ni un sargento, pues todos han muerto. Veinte heridos de caballería son los que vuelven, y unos cuantos de infantería montando mulas en pelo. Pero yo, *Yo*, general de división, llego desarmado, en andrajos, sin una cortada en la cara, tan sano y tan fresco como si volviera de unas maniobras en tiempo de paz. Ése es el plan que urdió para mí. Por eso me mandó con estos hombres, a los que ordenó dejarse cohechar. ¿Ellos? ¿Dejarse cohechar? ¿Los que colgaron al teniente Bailleres, y que saben que yo lo sé y que soy testigo? ¡Ellos no se dejarán cohechar!

Miró hacia los muchachos.

—¡Eh, oigan! ¿Me dicen algo si les prometo que dentro de media hora no estaré vivo?

—Pué que sí, señor general —dijo uno de ellos, sin levantarse.

—Noté que su jefe les habló un buen rato, a ustedes solos, antes de mandarlos a esta comisión.

—Sí, es cierto.

—Les dijo que me dejaran ir. ¿No es así?

—Ésas fueron nuestras órdenes. Y usté, señor general, puede hacer lo que quiera. Que esté muerto o no dentro de media hora, no nos preocupa. Le diremos a nuestro jefe que tuvimos el gusto de hacerle saber a usté las órdenes que él nos dio. Hasta nos dijo que le podíamos contar a usté todo antes de dejarlo ir.

El general se puso a cavilar. Automáticamente encendió otro cigarrillo. Luego tomó un largo trago de su botella.

—Mientras más cerca está un hombre de su fin, mejor entiende al mundo y a la gente que lo habita y ve la esencia de los acontecimientos. ¿Quién fue el que dijo eso? Lo leí en alguna parte. Así es que él quería que llegara sano y salvo al cuartel general, y allí les podía contar una extraña historia de cómo me escapé de sus garras. Y ahora se quedan ustedes ahí parados, caballeros, viéndome incrédulamente. ¿Creen que estoy mintiendo, yo, un general de división? ¿Por qué se me queda viendo así, coronel Arizmendi? ¿Porque me ve a mí solo? Ningún otro oficial escapó, nomás yo. ¿Porque sólo un puñado de hombres aturdidos, sangrantes y desesperados pudo escapar, mientras que yo, el general de división, estoy aquí parado, sano y salvo, ante usted? Por supuesto, tuve que dejar uniforme, dinero, reloj, anillos, pistola. Tuve que

vestirme como un indio miserable para poder llegar aquí con el pellejo entero. Escúcheme, mayor Maldonado, ¡maldito sea! ¿Qué es lo que está creyendo? ¡Atención! ¿Por qué me ve de esa manera? ¿No puede ver a su general cara a cara? ¿Qué? ¿Qué ha estado tomando, que me ve con un ojo solamente y torciendo los labios como si fuera a sonreír? ¡Pongan atención, caballeros! No pueden pensar que… Sí, caballeros. ¿Qué piensan? ¿Ustedes realmente piensan, creen que les di mi dinero, mi uniforme y mí pistola a esos indios apestosos para comprar mi libertad? ¿Yo, el general de división Petronio Bringas? ¿Yo? ¡Gracias, caballeros. Adiós, camaradas y amigos!

El general se levantó. Gritó hacia la impenetrable pared de la oscura maleza, en un tono cada vez más agudo:

—¡Adiós! ¡Adiós, caballeros! ¡Adiós! ¡Adiós!

Cien veces repitió el mismo grito, hasta que enronqueció y le fue difícil abrir una vez más la boca.

Se cogió la garganta, como tratando de obligarla a obedecerle.

Entonces comenzó a sollozar y a reír quedamente. Luego reaccionó. Cayó sobre el peñasco y respiró trabajosamente con la boca abierta.

Sacó otro cigarrillo.

Los muchachos estaban todavía echados en el suelo cerca de él. Uno le ofreció el encendedor.

Cuando lo devolvió, se rió con los muchachos.

—Estoy borracho, muchachos, borracho, borracho, borracho; eso es lo que tengo. Estoy bien borracho.

Tomó su botella, se la llevó a los labios y dejó correr el líquido hasta que no quedaron más que unas gotas.

Alzó el frasco contra la luz de la luna. Viendo lo que quedaba, vació las últimas gotas en la boca y sacudió el frasco, todavía reteniéndolo entre los labios hasta que hubo agotado el contenido.

—Allá, en aquella esquina, muchachos, ¿ven aquel hermoso árbol? Es un árbol maravilloso. Desde aquí parece un cedro. Pero ya sea cedro, caoba o ébano, no importa. Muchacho, dame esa soga que traes colgada al hombro.

Probó la soga. «Está bastante dura y rasposa. Una miserable soga. Pero bien fuerte. Ya tiene su nudo y su lazo. Mucho mejor. De todos modos, yo no podría hacer un buen nudo como éste, que se resbala tan bien y tan suave hacia atrás y hacia adelante.»

Titubeó al ver correr la cuerda por el lazo.

—¿Ésta no es por acaso la misma soga que le raspó el cuello al teniente Bailleres esta noche, muchachos?

—La mesrna, señor general —dijo uno de los muchachos, sin mostrar gran interés.

—Entonces esta cuerda ya tiene práctica —dijo el general, y soltó una carcajada

irónica.

—Ya ha tenido práctica —respondió el muchacho, tan indiferente como antes.

—Muchachos —dijo el general, abandonando su tono burlón y tornándose serio —, no les puedo dar nada. La ropa que traigo está sucia y piojosa, tan rota que ni sus compañeros la quisieron, y la tiraron. No les puedo dar el frasco y la cigarrera porque de todos modos los tomarán en lugar de dejarlos tirados. Lo cual es muy justo. Todo lo que les puedo dar son las más sinceras gracias, de antemano, por algo que quiero que hagan. Nunca le he dicho «por favor» a un indio. Ahora les digo: Por favor, muchachos, por favor, cuando haya dejado de respirar, córtenme la cara desfigurándola de tal modo que si me llegaran a encontrar no sepan quién soy. ¿Harán eso, muchachos?

—Lo podemos hacer, señor general. No sería gran cosa pa' nosotros. Nada muy especial.

—Mil gracias, muchachos, por este pequeño favor. Díganle a su jefe que puede venir aquí mañana a besarme las nalgas, antes del desayuno.

—Se lo diremos, señor general.

—Muy bien. En cinco minutos, o digamos diez, van para allá. Hacia aquel árbol. Y ahora una vez más, muchas gracias de antemano, muchachos.

—No hay de qué, señor general. Hasta luego y buen viaje. Dese prisa. Diez minutos, dijo. Esperaremos hasta entonces.

9

El general echó a andar, columpiando la cuerda con la mano izquierda.

Se tambaleaba un poco al andar, probablemente como resultado de las generosas libaciones de su botella. Varias veces tropezó con los matojos de zacate correosos.

Cuando llegó a la esquina del pequeño claro que había escogido, la límpida luz de la luna brillaba de lleno sobre esa pared de maleza.

Se persignó. Bajó la cabeza. Se volvió a persignar. Sacó un escapulario que llevaba al cuello con una cruz bordada. Lo tomó con ambas manos y lo besó.

Se persignó otra vez.

Luego probó la cuerda, dejándola deslizarse entre sus manos. Miró hacia arriba al ramaje del árbol, y con un ademán decisivo tiró la cuerda sobre una rama que sobresalía hacia el claro.

Los muchachos echaron una ojeada indiferente. Uno de ellos dijo:

—Espero que haya escogido una buena rama que no se quebre. Ta tan pesado como un güey. Parece que la rama está aguantando. Pásame el tabaco.

10

Un cuarto de hora después, los tres muchachos fueron hasta el árbol.

Al regresar al claro, uno de ellos se acuclilló y empezó a limpiar su machete en un matojo. Al hacer esto, miró hacia el cielo. Luego anunció:

—Hay un tormentón en Balún Canán. Viene p'acá.

Uno de los dos que estaban junto al árbol gritó:

—Oye. ¿Le dejamos la soga, o qué?

—No dejamos nada —respondió el muchacho que limpiaba el machete—. Es un buen lazo, muy útil. No se rompió con tamaño peso en la punta. Puede ser usado otra vez. Además, *el General* se va a poner furioso si no llevamos la cuerda. Ya saben cómo se pone a veces. Nos hace volvernos por la cuerda. Parece que esa maldita tormenta viene p'acá, y yo no quiero tener que regresar por este maldito camino otra vez.

—Tienes razón, manito. Mejor nos llevamos la cuerda.

—¡Vamos! —gritó el hombre que estaba en el claro a sus compañeros que esperaban bajo el árbol—. No hablen tanto. Bájenlo y desamárrenlo. Ya dejó de gorgorear. Apúrense. Tengo más hambre que un coyote cojo.

XVI

1

Pasaron cinco semanas. O tal vez siete, ocho o aun diez. Nadie se molestaba en contar los días y las semanas. Pero que no eran menos de cinco semanas era evidente para los rebeldes a juzgar por los altos tallos de maíz que crecían en los campos donde la cosecha iba bien avanzada.

El campamento, con sus numerosas chozas, casuchas y cobertizos construidos durante las últimas semanas, había tomado la apariencia pacífica y soñolienta típica de cualquier poblado indio.

Se encontraba allí todo lo necesario para fundar y mantener una comunidad: bosque, praderas con excelentes pastos, monte bajo con buena tierra, y un ancho e inextinguible arroyo de agua fresca y cristalina. La gente tenía maíz, frijol y chile suficiente, y una nueva cosecha estaba ya madurando. Poseían caballos, mulas, burros, vacas, bueyes, cabras, borregos y hasta puercos. Lo que faltaba lo proveían los ranchos cercanos, ya fuera voluntariamente o persuadidos por los rifles de los rebeldes.

Pequeños destacamentos andaban siempre en expediciones de… bueno, diremos de cooperación. Sorprendían a las guarniciones militares y a las patrullas de los rurales. De cuando en cuando había escaramuzas con los hacendados armados, quienes se agrupaban para batir y exterminar a los rebeldes y a los bandidos de la región.

Los hacendados seguían convencidos de que la rebelión se reducía a una pequeña banda de indios que sobrevivía de las batallas con las tropas federales y que ahora vagaba dedicada al pillaje. Siempre habían merodeado pequeñas cuadrillas similares por toda la República, hasta en los años en que el régimen de la dictadura era más estricto y nadie osaba ni siquiera pensar en rebelarse.

Evidentemente, las autoridades militares del estado eran de la misma opinión que los hacendados; pensaban que solo tres o cuatro pandillas insignificantes infestaban la región, y que no era necesario lanzar un gran número de tropas contra unos cuantos bandidos, para no aumentar los gastos de la nación. Los terratenientes por sí solos combatirían a estas cuadrillas tal y como lo habían hecho durante cuatrocientos años.

También *el General* y *el Profesor* interpretaban así la situación, pues durante semanas enteras ni siquiera una compañía había marchado contra ellos.

2

—Vengan p’acá pa’ que vean qué clase de pájaro atrapé —dijo Eladio, conduciendo al campamento a un ladino que se veía inteligente y vestía más o menos bien, pero que no se había afeitado durante varios días.

El hombre llevaba a su caballo por las riendas. Lo seguía un muchacho de mediana edad que conducía con una mano un caballo, mientras que con la otra sujetaba a una mula cargada con bultos y dos baúles pequeños de cuero bastante usados.

El recién llegado miró hacia todos lados, pero no dio muestras de temor. Su expresión y sus gestos parecían decir: «Todo va a estar bien aquí, y si no, pues no hay nada que yo pueda hacer.»

El visitante fue rodeado por un enjambre de perros que ladraban sin cesar, por eso le resultaba difícil seguir a Eladio a la velocidad que éste caminaba.

Llegaron a un gran cobertizo abierto con techo de palma y zacatón erigido en medio del campamento. Este edificio espacioso servía de alcaldía, salón de consejos, arsenal y, temporalmente, como escuela para niños y adultos.

—*Profesor*, estos parecen una pareja interesante —dijo Eladio—. No vinieron por el camino principal, donde tenemos centinelas. Iban pasando por ai. Pero pensé que sería bueno que usté les echara un vistazo a los dos. Yo creo que vienen a espiar.

—No digas tonterías, muchacho —dijo el ladino, riéndose—. ¿Yo venir a espiar? Tengo otras cosas de qué preocuparme. Créanme. Y si no me creen, poco me importa. Con una vida miserable como la mía, sólo puede uno dar gracias si alguien se la quita. ¿Espiar yo? No seas ridículo.

Se rió otra vez. Luego dijo:

—Quisiera mejor que me dieran algo de comer y de beber. Desde ayer en la tarde no he comido ni un pedazo de tortilla. Ésa es la vida, amigos. ¡La vida, Dios santo! Denme algo decente de comer y luego me cuelgan si quieren, ¡para lo que me importa! Nomás no me cuelguen con el estómago vacío. Eso sería cruel, y ustedes no parecen malas personas.

El Profesor estaba sentado en el cobertizo con Andrés, entretenido con un libro que había llegado a sus manos y que había pertenecido a alguna finca visitada recientemente.

Acompañaron al ladino en su risa, gozando con su buen humor.

Había varios muchachos más en el cobertizo, pues el sitio nunca estaba vacío durante el día, y mucho menos por la noche, cuando servía de dormitorio a unos veinte o treinta hombres.

El Profesor dio orden de que trajeran una buena comida para el ladino.

—Eso es lo que yo llamo amistad —dijo el ladino—. Dar de comer al hambriento es un acto piadoso que hará a los ángeles en el cielo tocar sus trompetas, y hasta San Pedro lo tomará en cuenta. Yo mismo se lo recordaré cuando lo encuentre allá arriba y tenga oportunidad de ver su llave. Siempre me ha intrigado esa llave, si es grande o chica, de fierro o de plata, si la trae colgando de un cordón o en una cadena dorada al

cuello. Por lo que respecta a ustedes, muchachos, no me importa si son bandidos o asesinos o campesinos pacíficos siempre y cuando me den de comer.

—Quisiera saber qué clase de hombre es éste, hablando nomás de hambre y de comer y nada más —dijo Andrés muy quedo al *Profesor*.

Los ojos del *Profesor* se iluminaron de pronto. Se rió y dijo:

—Ya sé lo que es. Usted no es ladino ni comerciante.

—Desde luego que no —respondió el hombre—. Yo nunca dije que fuera tal cosa.

—Usted es maestro. Y lo que es peor, maestro de pueblo.

—¡Válgame Dios! Sólo un colega podía haber adivinado eso. Es verdad. Soy profesor rural ambulante. Cada dos meses me mandan a una villa distinta porque el presupuesto que destina la villa para la escuela solo es bastante para dos meses. Las últimas cuatro semanas de esos dos meses son muy duras, al segundo mes doy gracias de que me den siquiera la mitad de lo que me prometieron. Y luego recibo una carta de la Secretaría de Educación Pública en donde me dan el nombre del siguiente pueblo a donde tengo que ir. Muchas veces, el poblado a donde me mandan está a tres o cuatro días de viaje, y para gastos de transporte la Secretaría me da seis reales aunque mi siguiente puesto esté a un día o a una semana de viaje por estos caminos miserables. Solamente seis reales. Y de esa cantidad se supone que me tengo que alimentar, pagar el alquiler de mi caballo, pagarle al muchacho que me acompaña para traer de vuelta al caballo, y encima de eso el alquiler de un caballo para el mozo, que no puede desde luego caminar tanto con este calor; y luego está el alquiler de la mula que carga con mis andrajos y mis pocos libros, y después de eso está todavía el maíz para los caballos. ¡Ay! Quisiera que el señor Ministro de Educación me dijera cómo puedo pagar todo eso con seis reales.

—Yo ya sé de eso —le interrumpió *el Profesor*.

—¿Usted también es profesor, verdad?

—Era, amigo y colega, era. Al principio estuve en la capital, en una escuela secundaria y con un sueldo adecuado; luego me enviaron a una primaria, después me destinaron a una ciudad pequeña, más tarde a un pueblo, y de ahí a un pueblito, hasta que fui a dar a las rancherías.

—Pero ¿por qué fue así? Si se comienza bien en una escuela secundaria, se puede permanecer allí muy bien o si no ascender a una preparatoria o hasta a un puesto de director.

—Puede ser, amigo. Es muy posible. Si tiene uno siempre la boca cerrada. Pero yo no puedo conservar la boca cerrada, y nunca aprenderé a hacerlo. Por eso estoy aquí. Cierto que aquí no recibo salario alguno, pero me siento en mi casa. ¿De qué sirve el sueldo si uno no está contento? Y si no osara abrir la boca y decir lo que pienso, entonces cien pesos de sueldo no pagarían por lo que iría perdiendo en cuerpo y alma. Un hombre no es una bestia ni un títere. Yo todavía soy un hombre, ¡maldita sea! Aquí puedo seguir siendo hombre, todos podemos ser hombres aquí, y lo

seguiremos siendo. Nos defenderemos hasta la última gota de sangre contra *el Viejo* y contra esa maldita y miserable dictadura.

3

Mientras tanto, un plato con comida había sido traído al cobertizo. Por el modo en que el recién llegado lo devoró, recogió hasta la última migaja y se chupó los dedos, se dieron cuenta los muchachos, mejor que con palabras, de que este hombre había dicho la verdad.

Su mozo también se llenó el estómago, que parecía haber estado tan vacío como el de su patrón.

Cuando el maestro terminó de comer, suspiró satisfecho y dijo:

—Me llamo Gabino Villalba, a sus órdenes. Mis más sinceras gracias por la comida.

—¿Y qué hacemos con él ahora, *Profesor*? —preguntó Eladio, quien había traído al maestro casi muerto de hambre—. ¿Es espía o no? Si no lo es, me vuelvo a mi puesto de centinela.

—Yo me encargo de él, Eladio, y tú puedes volver a tu puesto. De todos modos, hiciste bien en traerlo. Uno nunca sabe de qué plumaje son los pájaros que se acercan por aquí.

—Conque eso es, amigos —dijo el maestro—. Conque ustedes también se cuidan de las cuadrillas de bandidos que dicen merodean por aquí y traen desesperados a los hacendados. Tienen razón. Hay que tener cuidado. Son una punta de bandidos que vagan de día y de noche y no dejan descansar a nadie. Veo que tienen unas cuantas docenas de fusiles por ahí. Eso es muy necesario en tiempos como éstos.

El General, que había llegado, escuchó las últimas palabras e intervino:

—Los tiempos son malos. Tiene razón, amigo. Y lo peor es que no sabe uno quiénes son los verdaderos bandidos.

—Bien dicho, amigo. Tiene razón —dijo el maestro volteando hacia *el General*, qué se había sentado con el grupo—. Bien dicho. En estos tiempos nunca sabe uno quién gobierna y quién es el gobernado.

—Por eso decimos: «¡Muera el Caudillo! ¡Abajo la dictadura!» —intervino Andrés.

El maestro lo observó detenidamente. Luego vio a todos los demás que lo miraban tomar su café sorbo a sorbo y pensativamente, como si nunca hubiera tomado tan buen café.

Su mirada, al fin, descansó sobre Andrés, inquisitivamente.

—¿Por qué dice «¡Muera el Caudillo! ¡Abajo la dictadura!?» Explíqueme, por favor.

—Porque no somos libres y no viviremos libremente mientras la dictadura

amordace y oprima al pueblo —dijo uno de los muchachos.

—¿A cuál caudillo y a cuál dictadura se refieren? —preguntó el maestro, estupefacto.

—Hasta un niño sabe a quién nos referimos —dijo Andrés—. No hay necesidad de que se haga el inocente o se porte como un estúpido. Aquí puede hablar libremente, sin trabas. No hay aquí delatores o espías de la policía secreta.

El Profesor miró al maestro con desconfianza y le dijo:

—Ahora quisiera saber cómo tomarlo. Primero habla de un modo y luego de otro. Díganos la verdad.

—¿He venido a caer en la luna, o en África, o en China, o en dónde? —preguntó el maestro, mirando a los demás con un gesto de incomprensión.

—Desde luego que nos referimos al *Viejo*, a don Prudencio Domínguez, al que rige. ¿A quién más? —gritó uno de los muchachos.

—Jamás lo hubiera adivinado, amigos —respondió el maestro—. Si se refieren a don Prudencio Domínguez, quien fastidió al país los últimos treinta o Dios sabe cuántos años, están ustedes muy atrasados de noticias; hace ocho, nueve, diez, trece, sí, dieciséis meses que abdicó porque ya no pudo sostenerse. Ahora está lejos, muy lejos.

—¿En dónde? —interrumpió *el Profesor*.

—En Inglaterra, en España o en Francia, ¿qué importa? De todas maneras, ya se fue.

Andrés volteó hacia *el Profesor* y dijo quedamente:

—¿Hace dieciséis meses? Entonces no puede haber estado en el poder cuando salimos de las monterías.

—Así parece, muchacho. ¡Qué broma! —dijo, como si hablara consigo mismo. En seguida exclamó con un grito de alegría—: ¡Qué broma celestial!

—¿Broma? —dijo el maestro—. No hay mucho de qué bromear en estos días en ninguna parte del país.

—¿Quién está en el poder ahora? —preguntó *el Profesor*.

—Eso es lo que yo quisiera saber —replicó el maestro—. Eso es lo que todo el país quisiera saber, pobres y ricos, capitalistas y trabajadores.

—Pero tiene que haber un gobierno —interpuso *el General*.

—¿Un…? *¿Un gobierno?* —el maestro hizo un gesto agrio—. Ahora hay mil gobiernos. Mil políticos gritan y vociferan, y cada cual tiene su propio gobierno. No hay *un* Congreso, hay diez, veinte, cuarenta, todos a un mismo tiempo. Cada estado tiene no *un* gobernador, sino siete u ocho, simultáneamente.

—¿No hay un partido al cual el pueblo pueda seguir para formar el gobierno que elija el voto popular? —preguntó *el General*.

—También hay partidos. Innumerables partidos: Constitucionalistas, institucionalistas, revisionistas, reformistas, liberalistas, reeleccionistas, antirreeleccionistas, la boristas, comunalistas, imperialistas, antiimperialistas,

indoamericanistas, agraristas, dominguistas, separatistas, regionalistas, nacionalistas, continentalistas, cooperativistas, unionistas, y como unos doscientos más, todos istas. Es imposible recordar los nombres. Todos los días salen nuevos, y todos los días desaparecen algunos que todavía el día anterior eran poderosos.

—¿Y el ejército? ¿Qué hace el ejército entonces? —preguntó *el General*.

—En el ejército los generales no saben quién manda, por lo tanto no saben a quién obedecer y a quién no. Cada general, mayor o coronel recibe veinte telegramas distintos por día con diferentes órdenes, y no sabe a cuál obedecer. Así es que se queda donde está con su gente, y cobra su paga, no importa de quién venga. Además, ya hay como diez mil generales que se dieron el título de tal en un día y andan con sus hombres. La mayoría de estos generales no traen arriba de veinte hombres a sus órdenes. Y estos diez mil generales se pelean como perros y gatos entre sí, cada quien pretendiendo sostener a un partido, y volteándose al otro día contra ese mismo partido.

—Entonces ¿eso es todo lo que el Caudillo, en treinta y pico de años de dictadura inmisericorde, nos hereda? —exclamó *el Profesor*, incorporándose y levantando los brazos como era su costumbre cuando, en medio de una sencilla conversación, cambiaba su postura y tono para arengar a la gente—. Eso es lo que logró la dictadura. Eso es exactamente lo que todos los que tuvieron algún conocimiento de la Humanidad profetizaron cien veces, lo proclamaron, escribieron, expresaron, y tronaron en contra, y fueron por eso martirizados y despedazados como perros rabiosos. ¡El caos! Eso es lo que logró ese gobernante senil. Crear el caos. ¿Quiénes son estos que ahora han subido y están dividiendo a la gente? Son los mismos que nacieron bajo su dictadura, que se educaron bajo su dictadura, que crecieron bajo su dictadura, que fueron amordazados por la fuerza bruta bajo su dictadura, y que, bajo su dictadura, no tuvieron derecho ni oportunidad de pensar libremente, de educarse en materia de civismo. Por eso es que todos gritan a la vez. Y cada quien grita a su modo, porque no sabe de qué otra manera expresarse, y no sabe escuchar a nadie más, y no sabe porque no ha tenido donde aprender. Es el desbarajuste natural, tan natural como que un arroyo baje de la montaña en lugar de subir. Es lo que nos hereda la dictadura, una desgracia que nuestra patria sufrirá por cien años.

El cobertizo se había llenado de hombres y mujeres, todos agolpándose para poder oír lo que decía *el Profesor*. La mayoría, sin embargo, no entendía claramente lo que éste decía, pues no había oído el principio.

—Y ese es el amargo fin de la dictadura; largos años de sacrificios y esfuerzos, pero al menos se vislumbra una esperanza. He hablado, muchachos.

—¡Bravo, *Profesor*! —se oyó el eco por todos lados—. ¡Abajo la dictadura! ¡Tierra y Libertad!

El maestro, acostumbrado a los discursos que por medio de los periódicos, panfletos, hojas sueltas, manifiestos y programas inundaban al país, continuó sorbiendo su café calmadamente y lió un cigarrillo con el tabaco que un muchacho le ofreció.

El Profesor se sentó y dijo al maestro:

—Estas noticias que usted nos trae son algo grande. Hemos estado tan apartados de todo que no sabíamos lo que estaba pasando en el resto del país.

—Así ha de ser —y añadió con una sonrisa—: Nunca me había sentido tan deliciosamente satisfecho en toda mi vida como aquí en este día. Y por eso les doy las gracias desde el fondo de mi corazón, o mejor dicho, de mi estómago. Bueno, yo creo que apenas tengo tiempo de llegar al siguiente rancho antes del anochecer. Así es que con su permiso, me voy. Aunque me duela el alma, no puedo seguir abusando de su generosa hospitalidad.

Llamó al muchacho que lo acompañaba y le ordenó traer los caballos y volver a cargar la mula con sus baúles.

El Profesor lo escudriñó pensativamente, como tratando de adivinar su carácter y sus pensamientos. Plenamente satisfecho, miró interrogativamente al *General*, a Celso, a Andrés y al *Coronel*. Aparentemente su mirada fue contestada en el sentido que esperaba.

Cuando el maestro se disponía a partir, *el Profesor* lo tocó ligeramente en el hombro. El maestro se volvió a sentar.

—Dígame, Gabino Villalba, profesor rural ambulante, ¿por qué no se queda aquí con nosotros? Quiero decir, permanentemente. Bien podíamos utilizar otro maestro. Uno para los niños mayores y otro para los pequeños. Andrés ayudará también. Desde luego que el sueldo no será mucho, eso depende de muchas cosas que habrá que arreglar de hoy en adelante. Pero, con sueldo o sin él, le prometo que mientras esté con nosotros, nunca pasará hambre.

—Si es así, amigo y colega, ¿para qué necesito sueldo? Mi sueldo nunca me ha llenado el estómago. Desde luego que me quedo. ¿Cómo se llama este lugar?

—Solipaz —contestó *el Profesor*.

—Sol y paz. Un nombre maravilloso. Pero, ¡en el nombre de Dios!, ¿quiénes son ustedes?

El Profesor se inclinó y murmuró una palabra al oído del maestro. Luego, en voz alta, dijo entre carcajadas:

—No lo repita, aunque se lo pregunten. Solo lo decimos en circunstancias muy especiales. Y ahora que ya sabemos oficialmente que ha caído el dictador, lo que éramos antes ahora cambia a lo que somos, oficialmente, no importa qué clase de gobierno se quede en el poder.

—¡Conque así es! Casi lo podía haber adivinado. Pero como están los tiempos, es difícil adivinar. Naturalmente que me quedo. Esto es lo que yo había anhelado desde que tenía ocho años. Y tuve que cumplir los treinta y siete antes de encontrármelo.

Se levantó. Alzó el puño cerrado y gritó a manera de saludo:

—Muchachos, ¡Tierra y Libertad!
Los muchachos contestaron a una voz:
—¡Tierra y Libertad!

FIN DE
«EL GENERAL (TIERRA Y LIBERTAD)»
Y DEL
TOMO SEGUNDO
DE LAS
«OBRAS ESCOGIDAS DE B. TRAVEN»

NOTAS

[1] Venado pequeño, de color café. <<

[2] Tomate rojo, pequeñito y ácido. <<